Apuntes

2

Servando Blanco Déniz

SERVANDO BLANCO DÉNIZ

APUNTES
2

1ª. edición virtual
e-libro.net
www.e-libro.net
2001

e-libro.net

No quise seguir ese día allí, ni en el instituto donde yo había estudiado; mi antigua profesora, no me dijo nunca que la tuteara; una de dos, o estaba ya desvariando y no se daba cuenta que yo la trataba de usted, o yo le parecía demasiado pardillo para ella.

Lo que me impactó algo, era que ahora la profesora usaba ropa en tonos azules; cuando me dio clases, la usaba en tonos marrones y en tonos pastel.

Resultado, tenía un nuevo trabajo, por lo que mi estrés aumentaba.

D. Rafael me propuso que fuera a firmar todos los días las recetas, nada más que a eso, a firmar. Me pagaba por ello unas quince o dieciocho mil al mes. Acepté. No es sólo que tuviera un trabajo, no, ahora estaba pluriempleado. No se me ocurrió pensar en esos días que uno valía para algo, sino que me parecía estar casi más ocupado de lo que estaba antes; esto en realidad, no era cierto, pues en total trabajaba menos horas; ahora dormía más, aunque en mi casa, le dedicaba más tiempo al trabajo.

Junto a mi telegrama, le mandaron otro a uno de La Aldea, un profesor de dibujo. Tardó unos diez o más días en aparecer. Debe ser porque en La Aldea, se toman la vida de forma muy relajada. No le llegué nunca a preguntar por qué tardó tanto en presentarse ante el director. Yo fui al día siguiente de recibir el telegrama.

El primer día de clase, lo que hice, fue hacerles un examen a los chicos, con el motivo de ver cómo andaba la clase, en definitiva para ver el nivel de la clase. Realmente, y es *mea culpa*, lo hacía para romper el hielo del primer día. Nada más entrar, me presenté:

—Soy Antonio; estoy en sustitución de la profesora de matemáticas.

-¿Cuánto tiempo va a estar “profe”? —me preguntaban algunos.

En todas las clases me hicieron la misma pregunta.

—No sé, creo que un mes.

Respondía yo, con muy poca picardía; en realidad les debía decir que no sabía, pues de esa forma, ya estaban sobre aviso del tiempo que les iba a dar clases, y esto les hacía ser uno pasotas absolutos. Yo suponía que seguramente eso no les fuera a influir

Pequé de buenazo, sobre todo con la clase de la que era tutor; en esta última, creo, y me di cuenta al final, que sólo me hacía caso uno, un pibito, que de seguir como iba, llegaría lejos. Me ponía enfermo cada vez que debía ir a esa clase; me habían perdido todo el respeto; había una gran escandalera, gritos, risas, tizas volando, algunos oyendo música, etc, etc. De eso quizás tengo yo la culpa, pues al principio, les dije:

-¿Qué, conmigo tienen más libertad que con la otra profesora, no?

Lo que no sabía era que se reían de mí. Cuando algo de esto empecé a sospechar, me dije, “Bueno, esperemos que llegue la evaluación, entonces ya veremos”. Esto lo pensé, a raíz de hablar con una compañera de Bellas Artes, que me dijo eso precisamente, que estando ella en un colegio particular, empezó su primera sustitución, se le rebeló una clase; al llegar la evaluación suspendió a casi todos, después fue ella quien se rió. Nunca más se le volvieron a revelar.

También tenía problemas con otras clases. De la que era tutor, era de un tercero. Daba también clases a segundo y a primero, y a otro tercero, afortunadamente, no daba clases a C.O.U.

Los profesores veteranos estaban todos revueltos, pues se decía que iban a empezar otra vez a haber oposiciones para optar a catedrático, pero que ese año, sería sólo por concurso de méritos, por lo que la mayoría de los veteranos, estaban alterados, mejor “desarretados”, mirando a ver si con los cursos a los que habían asistido, y demás, llegaban a las puntuaciones pedidas en los baremos. Yo no me metía en sus discusiones, todo lo contrario, me sentaba a charlar con los jovencitos.

Uno de los veteranos, me dijo, refiriéndose a nosotros: “cuando yo empecé, estábamos todas las semanas de chuletadas y demás fiestas al campo o donde fuera; lo cierto es que siempre estábamos de reunión en reunión con los compañeros”. Yo sinceramente no deseaba eso, a mí lo que me gustaba era estar de reunión con mis amigos, los de siempre (que ya saben, no había estado siempre con ellos). Me refería a Control y al Lu, y por otro lado con Charli.

A Charli lo solía ver casi a diario en el trabajo, pues yo iba ahora arriba, a la mesa donde se “hacían” las recetas, allí firmaba, un servidor, las del día anterior.

El día que más trabajo tenía eran los lunes, pues debía firmar las del viernes (días por otro lado de gran trabajo en la farmacia) y las del sábado. Juntos hacían más de dos mil y pico, que había que liquidar antes del fin del día. Allí Charli me dijo claramente cómo él firmaba algunas que a mí se me pasaban, yo le di mi consentimiento, pues ya decía D. Rafael, que eso era una tontería.

e-libro.net

A Charli, le confesaba que estaba cada vez más, pensando en escribir, aunque otras veces pensaba en hacer otra carrera; no se me pasaba aún por la cabeza hacer una de letras, todo lo contrario, pensaba hacer una de ciencias, cosa que creía lógica por otro lado.

Charli, como sabía que yo iba a escribir o que al menos eso pensaba, se hacía el gracioso diciéndome payasadas y niñadas, yo le reía la gracia, aunque maldita risa que me causaba; la cosa consistía en que él me iba narrando un cuento que yo podía contar en mis libros, e incluso hacer un libro con esos cuentos. Desconozco si la calidad literaria de éste es buena o mala, lo que sí puedo decir es que lo que él contaba, era nefasto, total y absolutamente nefasto. Me daba vergüenza ajena oírlo; supongo que él se quedaría tan pancho, e incluso no se extrañen de que se considerara muy inteligente; no Charli, lo siento, no lo eres; eras mas bien aburrido y poco original. Lo mejor de mi relación con Charli, es que veía las películas porno del Canal plus grabadas del día anterior o de la anterior semana, en el vídeo en su casa. Está claro que él vería todas. La verdad que las mozas estaban muy, pero que muy potentes; los varones no recuerdo cómo estaban.

Seguía, y quizás con más ganas, esperando a que llegara el fin de semana; ahora más concretamente el viernes. Ese era el día que yo soltaba, y hasta el lunes; no me lo podía creer, los sábados ya no tenía que trabajar. El viernes salía con el Lu y Control, y el sábado con Charli; el que él me robaba, cada vez se hacía más patente.

Íbamos generalmente a cenar al chino, al Nan-King, quizá de los mejores de Las Palmas. Yo siempre iba de punta en blanco; iba a cobrar una pasta gansa por mi trabajo; por cierto, ahora debía dejar un tiempo disponible para estudiar lo que debía explicar cada día, y mejor lo de un par de días, por si me quedaba corto algún día.

El esquema de mis clases, era casi siempre el mismo. Explicar la parte de la lección para ese día, después marcarles ejercicios que se relacionaran con lo explicado, y por último las correcciones en clase; la forma de corregir era sacando a alguien que pensase que lo tuviese bien; si nadie quería salir, yo les sacaba, solía sacar tanto a los de las primeras filas como a los de las últimas.

Tenía también algunos problemas con las clases de primero de B.U.P., sobre todo con un payaso, que como siempre, los hay en cada clase. Yo fui durante mucho tiempo, uno de ellos. Cosa de la que ahora me avergüenzo, pues después vi lo absurdo que era ese papel; la cosa es querer destacar.

De un segundo, me acuerdo de tres jóvenes, dos chicos orientales, uno de ellos quería que le llamara Javier, a pesar de su nombre oriental; parecían que pasaban de sus raíces, y sin embargo se mostraban muy equilibrados y muy participativos; diría incluso que inteligentes, sobre todo el más hablador; su compañero era más apocado. Otra, una canaria, parecía más pelota, aunque también era una estudiante muy buena. Esa clase daba gusto, allí entraba y salía a mis anchas.

La otra clase de tercero, parecía que me tenían miedo; a mí al menos, nada más entrar, se me oprimía el culo y me ponía tenso. Me preguntaba si sería yo igual que Arturo; hay que ver la diferencia de una clase a otra. Ésta era todo lo contraria de la que yo era tutor. No eran todos tan santurrones; había un adolescente al que yo quería conocer; él me saludaba y le pregunté de qué lo conocía, contestó que del examen de conducir (el que le había cogido el coche al padre el fin de semana). Era muy golfo; después de pasar lista se me escapaba siempre. Generalmente iba vestido con pantalones azules, camisa azul y chaleco del mismo color.

Había en esa clase un par de golfos, que desentonaban con el resto del curso; no es que fueran buenos, sino que parecían serios y aplicados, al final no lo eran tanto, pues les puse una serie de problemas, que nunca me supieron responder.

Me decía: “Si en tercero me tengo que preparar las clases, no digo nada de C.O.U.” Esa sustitución no me tuve que enfrentar al C.O.U., curso que según parece nadie quiere, pues tiene cerca la selectividad. Me juego que la mayoría de los profesores, no saben lo que tienen entre manos.

Había en esa clase muchas chicas; el aula era amplia, por lo que los jóvenes se ponían donde querían, estaban sentados en filas, pero estas no eran simétricas ni estaban alineadas.

En esa clase, parecía que tenía tanto poder, que no perdonaba una. Ya se me habían escapado algunos, ciertos días; pero un día, no quise soportarlo más, por lo que fui detrás de los fugados, pero antes de salir dije:

—El delegado, o la delegada, que mantengan el orden —lo dije en tono imperativo.

Salí detrás del golfo, le di alcance cuando ya se iba. Lo llevé a que lo amonestaran y a que le echaran de mi clase.

Primeramente había tenido una discusión con el director del instituto, el cual, junto con la jefa de estudios, me llamó una vez a su despacho; empezó diciendo cosas como que después de hacer el C.A.P. y no sé

e-libro.net

qué más; en definitiva, encima de lo amargado que me tenían los alumnos, me venían estos con milongas, por lo que me enfurecí y les dije a grito pelado:

-¡Si lo que pretenden decirme es que no sirvo para este trabajo, me lo dicen y me busco otro!

Les dije esto prácticamente gritando. El director pensando en que se iba a encontrar con uno apocado y esquivo, se quedó asombrado, y a partir de ese día, me saludaba con mucho respeto.

A saber, quizás lo que me quería decir era que yo no sabía mantener respeto en el aula. Tenía razón, pues yo en las aulas no hablaba.

Me dijo también, que siempre llegan rumores sobre los profesores, pero es que le habían mandando una carta firmándola todos los alumnos. Yo le pedí que me dijera que clase era, para saber en cual me tenía que corregir; él me dijo que no me lo podía decir, seguro, porque pensaba que tomaría represalias. Me convenció muy poco.

Hice migas con una que llevaba todo el año sustituyendo, era una chica de clásicas, el latín y el griego me perseguían. Ésta era infinitamente más fina, y más señorita que Águeda, quizás ahora sean las dos grandes señoras, que nunca se sabe, Águeda tenía una voz un poquito (bastante) basta.

A los que cogí fugados, les echaron una semana del centro. Eso, según parece, con la L.O.G.S.E., ya no se puede hacer. No es seguro. El director me había dicho, que ellos respetarían todas las decisiones que yo tomara, sobre todo, las relacionadas a establecer el orden.

Con el grupo que era yo tutor, no había nada que hacer; una cosa mala que hice fue que les pregunté a unos al principio del mes de sustitución, si conmigo estaban más a gusto, más relajados; les di la mano y ellos se cogieron no tan sólo todo el brazo, sino todo mi ser.

Cuando volvía a la clase que había dejado a medias por los fugados, me encontré, que no había sublevación ninguna; yo llegaba dispuesto a darles caña.

Todas las clases, me las pude estudiar por donde me dijo que las estudiara el jefe del seminario.

A las reuniones del seminario, también iba Feluco, quien iba vestido muy seriamente; me extrañó mucho el que fuera sudando más de lo habitual. No le correspondía a su personalidad, lo tan estricto que se hacía, de profesor implacable.

Le conté mis temores con C.O.U. y él me dijo que él los prefería pues estudiaban más; esto me dejó asombrado. Se imponía en las reuniones a base de gritos; yo me decía: “Este no es mi Feluco”.

Efectivamente, a los pocos meses lo vi con una gran depresión y debía dejar de dar clases, según tengo entendido. Forzaba mucho la situación, y ya no era él, sino uno que se había inventado, usurpando su personalidad. Me extrañó que tan pronto hubiera olvidado lo que era ser alumno.

Me preguntaba qué tal me iban las clases, y yo decía que bien gracias. Nos reuníamos una vez en semana, aunque por las mañanas, por lo que por suerte me tocaba en mi turno de clase, las que las daba por las mañanas.

Todos los profesores, sobre todo las profesoras, estaban de acuerdo en que el director lo único que hacía era hablar por teléfono. Era el primero, al concluir la hora del recreo, en levantar el vuelo; ahora, cuando me veía siempre me saludaba de lejos.

Me iba a tomar el cortado con los chicos de mi edad al bar de la esquina, luego volvía enseguida, o cuanto antes me permitieran, para hablar con las chicas (caballeroso que uno siempre ha sido).

La de clásicas, me atraía algo, aunque su nombre no lo recuerdo, quizás mejor sea así; ella era delgadita y parecía poca cosa, pero me atraía. También se sentaba con nosotros una machona (y gorda), de filosofía, algo verdaderamente poco agradable a la vista, pero hay que ser demócratas y aceptar todo lo que hay (sí, pero no someterse, más que a lo que la mayoría quiere).

Por de pronto, otra profesora, que iba siempre igual vestida, con un vaquero, una chamarra de cuero, y un pañuelo anudado al cuello, se llevaba muy bien con la obesa (vamos a no ser tan despectivos pues mis queridos amigos, son bastante obesos, y no por eso me meto contra ellos).

Deseaba que llegara el fin de semana para salir con mis amigos, ahora salía con más frecuencia los viernes y los sábados, pero no entre semana.

El Lu, muchas veces para ganar más dinero, se ponía a trabajar en horario de noche, por lo que ciertas semanas trabajaba tres días y otras cuatro; los que trabajaban de noche, trabajaban más horas cada día, pero menos días a la semana; cuando él trabajaba el viernes, o bien ese día salía con Charli, o bien me iba con Control.

Estaba más que harto de las clases; encima, con los compañeros no se podía contactar mucho, sobre todo uno que había hecho la carrera de Física por la U.N.E.D.

e-libro.net

Mi tío Domingo, me había dicho que hacer la carrera por la U.N.E.D., era muy, pero muy difícil; yo no lo creía tanto, pues estaba acostumbrado a estar solito y estudiando por apuntes que nunca había oído ni visto en mi vida. Me supongo que lo diría por eso, y porque son más imparciales. Aún ando con la mosca detrás de la oreja de por qué lo dijo.

El mes de sustitución iba pasando, y cada vez estaba más y más cabreado; se habían desmadrado completamente los alumnos de los que era tutor; una de las veces, recuerdo como entró hasta el dintel una profesora, quien se extrañó muchísimo por el alboroto tan grande que había en el aula, más se asombró cuando vio que dentro había un profesor.

Ya casi no tenía autoridad ni para hacer entrar a los alumnos a la clase; y eso que me ponía más bien serio, sin muchas sonrisas ni cosas por el estilo. Podría ser que hubiera dado por perdido el recuperar mi autoridad, pero eso era lo que pasaba, y pensaba: "Ya me quedan pocos días y me podré quitar a estos niñatos de delante".

Uno de los días, incluso, un alumno, mientras yo explicaba, se tiró un sonoro eructo, lo que hizo que yo saltara inmediatamente, me diera la vuelta y dijera:

-¿Quién fue?

—Yo —dijo uno.

Menos mal que ese reconoció su culpa, pues si todos se hubieran solidarizado y nadie decía que había sido él, entonces sí que me las vería canutas; no habría sabido reaccionar ante toda la clase. No fue así, y le dije:

—Vete abajo, y que te apunten.

Algo de eso dije; no sé si fue o no, pues después no pregunté por él ni nada.

Me parecía una falta de respeto, pero no muy grande, piensen que D. Camilo José Cela, una vez se quedó dormido, y se largó un peo en la Real Academia Española. Al menos estas salidas de tono se le atribuían a él; lo que tenga de cierto o no, lo ignoro, entre otras cosas, porque Pepe Armas, me dijo una vez que eso de "¿Estaba usted dormido?; no durmiendo, respondía. Es igual, le contestó el superior. No, no es lo mismo estar jodido que jodiendo", que yo pensaba que también era cosa de D. Camilo, pero él me dijo que había sido hacía muchos años antes aunque no sabía de quién. Yo no le dije quién creía yo que había sido.

Por ese tiempo, le concedieron a D. Camilo el Premio Nobel; fue todo un acontecimiento; al premiarle salió por la tele y una de las veces dijo que las tres debilidades del hombre (o algo por el estilo, que no recuerdo bien, aunque luego lo leí) eran: sexo, afán de mando y estómago; esto se me quedó grabado, y pensaba, "Será eso más cierto que lo que todo hombre desea es salud, dinero y amor"; mi caso casi iba ligado a lo otro. De todas formas unas no son del todo excluyentes de las otras, casi más bien están unas incluidas en las otras, o al menos son intersección unas de otras (para algo sirven las matemáticas que repasé esos años).

Otra vez, que quizás fuera el mismo día, las chicas de la primera fila estaban revolucionadas, y se reían unas con otras; le dije a una que vino de otra fila a charlar con las de delante:

—Vete a tu sitio.

—Es que vamos a hacer los problemas en grupo.

Allí se quedó. Había perdido toda mi autoridad. De los más que revolucionaban en clase, era uno con un yeso, no muy inteligente por su parte (aunque esté mal que lo diga). Encima destacaba de entre los demás por su enorme cuerpo y constitución (no voy a caer en la metedura de pata de decir: "de gran envergadura", tal y como decía antes de leer al hasta hace poco presidente de la Real Academia Española, D. Fernando Lázaro Carreter), encima era el más golfo de todos. Allí los golfos de siempre, los "moteros" y matraqueros, eran santos comparados con ellos; estaban estos escuchando música, y no se metían con nada ni con nadie.

En una ocasión, estaba tan harto y con tantas ganas de marcharme, que un poco porque no me acordaba que tenía que estar en ella hasta que sonara la sirena y otro, porque me quería ir, lo cierto es que terminé una clase antes de tiempo; me fui lanzado a la calle, a pesar de tener cierto remordimiento por irme antes, de diez a veinte minutos; era de la clase de segundo, con los que mejor me llevaba, pues eran aunque niños, los menos alborotadores.

Después de recibir el toque de atención del director, me volví más serio y amargado, que se reflejaba en un peor humor; así no se puede llevar bien una clase. Me preparaba lo mejor posible las clases, para ello dedicaba aproximadamente de una hora a hora y media todos los días, salvo el último tema de tercero en el que tuve que pedir nuevamente ayuda al jefe de seminario, quien me aconsejó un libro del seminario; me lo llevé y por allí estaba mejor explicado; aunque con un nivel superior; eso no me importaba; lo llevé "cogido con trabas", y fui aprendiendo a medida que lo iba explicando en las clases; lo que pedía era que no se me atrofiara la mente, tal y como

e-libro.net

decía Luis de los profesores, cosa que igual tenía razón, si excluimos a los catedráticos y demás intelectuales. Ese tema fue el último que expliqué. En la clase de los fugados, saqué a uno a la pizarra; tenía muy buen concepto de él, aunque luego vi que estaba en un gran y grave error, pues no tenía ni idea de nada, pero de nada en absoluto. En cambio, unas chicas a las que consideraba más trabajadoras que inteligentes, lo supieron resolver, cosa de las que no les creía capaz. Bien por ustedes, chicas, demostraron la superación del hombre sobre el hombre. Las chicas, esas al menos, me fallaron menos que los chicos. Mientras lo explicaba, iba concentrado para ver que no se me quedara nada atrás, con la explicación trataba deducir las distintas fórmulas de diversas figuras geométricas. Iba paso a paso y constatando de vez en cuando; no estaba totalmente seguro, aunque pensaba que lo estaba haciendo bien. “Era difícil, pero con mi explicación, quedaría todo bien claro”, me autoconvencía, no fue así, en ninguna de las clases.

Cuando en esta clase pasaba lista, y llegaba al nombre del fugado, me decían sus amigos:

—Es el que usted expulsó de clase.

A mí esto me hacía mucha gracia, pues sabía que no tenía esa falta la menor importancia, no al menos para mí. Sus amigos, por el tono de voz parecían que se habían solidarizado con él, y estaban por tanto en contra mía. Esos niñatos me hacían la “mar de gracia”. Llegué por último a la clase de la que era tutor; allí creo que me preguntaron si era el último día que daba clase.

—No sé exactamente, creo que sí.

Se les veía relajados y descojonados; expliqué lo mejor que supe, lo mismo que en la clase anterior. Al final, un alumno, en el que no me había fijado, fue a preguntarme una duda, era el más inteligente de todos los que había visto; al menos así lo decían sus ojos. Se lo volví a explicar y creo que fue al final de los pocos que lo entendieron.

Como despedida, cuando llegué a mi casa, me encontré un folio, firmado según parece por todos los alumnos de esa clase, en el que me llamaban de todo: subnormal, tolete, imbécil, etc., etc. Gracias chicos. Fue algo que horadó mi orgullo, de tal manera que incluso hoy día, el recordarlo, me lastima.

Me fui, más asqueado que satisfecho; así no se podía seguir, nada me gustaba, nada me reconfortaba, a no ser el tiempo que estaba sin dormir en mi casa; digo sin dormir, pues mi exceso de sueño, me da la sensación de que son horas que le cedo a la muerte, todo lo contrario a lo que Águeda decía de que se rejuvenecía la piel durante el mismo.

Me solía tomar el cortado, tal ya dije, con los colegas jóvenes, pero aún me tomaba otro más a la llegada al instituto; era como esa copa que se toma uno para darse ánimos, no es ni más ni menos que eso; en esos momentos de soledad en que uno se dice: “Venga, ya te queda poco”.

Entraba por la entrada de los alumnos, pues no sabía cómo entrar por la otra; a parte de eso estaba la costumbre que había adquirido, de tantos años yendo a ese instituto, tan odiado como siempre, que incluso ahora, entrando por la puerta grande, me sentía raquítico, pequeño, insatisfecho.

Me tocaba guardia un día a la semana en la biblioteca, que no era otra cosa que mantener el orden en ella; junto a eso, debía vigilar que nadie estuviese en el pasillo que daba al bar, ni siquiera creo que dejaran entrar al bar.

La última semana entré en él, y pedí un bocadillo de tortilla y un cortado. El del bar, persona que me resultaba enormemente conocida, me dijo:

—Tú estudiaste aquí.

—Sí —contesté, sin ánimos de alargar la conversación.

—Yo me acuerdo de tu cara - me respondió él.

Enseguida pensé: “Claro, no se va a acordar de mi con lo golfo que yo era. Mi tamaño y mi pelo, seguro que no le pasarían desapercibidos”.

Una vez recuerdo que salí de clase y del instituto con otro profesor, uno de filosofía, iba haciendo chistes por el trayecto; yo, como siempre, iba muy serio, o quizás será mejor decir, muy amargado iba.

Me extrañaba un huevo que la gente dure tanto en los puestos de trabajo, al menos por mí lo digo. Me juego que seguro que el del bar no tenía el carné de manipulador de alimentos; debería ir un inspector por allí y pedírselo, tanto a él como a la que al menos estaba antes con él, una mujer gorda y descuidada, a la que no sé por qué yo calificaba como su mujer.

Me chocaba mucho y eso que fui un par de veces, el ir al baño de los profesores, y no al de los alumnos, al que yo estaba tan acostumbrado a ir.

e-libro.net

Mientras, en la biblioteca, no creo que nadie, y por mí mismo lo digo, pudiera estudiar, lo intenté, pero estaban las muchachas y muchachos hablando sin parar. Según me dijeron estaban haciendo un trabajo; en vista de lo cual, hice “mutis por el foro”, les dejé a ellos hacer sus trabajos.

Me senté en el pasillo, y allí pensé esperar el fin de la guardia, en ese momento aparecieron unos muchachos ya crecidos, no recuerdo lo que me dijeron, pero no me convencieron en absoluto, seguro que se habían pegado la “fugona”. Les dejé como si me hubiera creído lo que me decían. No recuerdo si salieron al patio, cuya puerta, por otro lado, siempre estaba cerrada, a excepción de la hora del recreo.

El instituto estaba masificado, tal y como ocurría en todos los de la zona. Esto va en detrimento de la calidad de la enseñanza, pero según parece no hay más dinero para la enseñanza, ni para los centros, ni para más enseñantes. ¡Falso!, pues no hace mucho leí cómo no se habían gastado todas las partidas destinadas a ese ministerios.

Alguna vez, me llevó mi hermano Jose en el coche, un “Mini”, bastante viejo aunque bastante valiente; él trabajaba ya de repartidor, según tengo entendido, lo gana bien, no tan bien como yo en aquella época, pero él no había sufrido casi nada para conseguir ese puesto de trabajo.

Siempre dije, que lo menos que yo ganaría siempre, es lo que estaba ganando, que incluso el de profesor, sería un sueldo bajo, comparando con lo que podría ganar en otros puestos; no es esto tan cierto como pensaba, ni mucho menos. Era más bien todo lo contrario; se ganaba más allí que en la mayoría de los puestos de trabajo.

Tenía menos de treinta años, aunque estaba próximo a cumplirlos. Me sentía pletórico de fuerzas, y sobre todo, joven; tenía en mis manos la juventud, delicia de esta vida, como no bombardea la publicidad; no sé si es preferible cambiar sabiduría, si es que ahora tengo alguna, por la juventud; decidan ustedes, yo me reservo, aunque sea por única vez, mi derecho a guardarme mi opinión. Bueno, no, la diré, me decía mi abuelo: “¡Ay! quién tuviera unos años menos con lo que sé ahora”, pues sí, todos prefieren la sabiduría a la inexperiencia de la juventud; eso de que durante nuestra juventud el cuerpo funciona como un reloj, no siempre es así, como ya había observado en mí, de seguro porque uno no se cuidaba como debiera. No obstante, no hay que olvidar el refrán que dice: “Juventud, divino tesoro”. Hoy día me quejo de que no tengo dinero ninguno, pero creo que llevo un estilo de vida más acertado, que el que llevaba en la veintena, época de muchos cambios, de clases al trabajo, de sano como un roble a enfermo por completo, cambios de trabajo, etc.; todo eso ha aguantado el cuerpo, quizás menos estoicamente que ahora. A medida que envejece, tiene uno más afán por aprovechar el tiempo, aunque siga, al menos yo, pensando en que aún lo derrocho mucho con ciertas cosas. Hablaba un día D. Pedro Laín Entralgo de la amistad, yo como ahora la tengo, quizás no la valore tanto; todo lo contrario, algunas veces la menosprecio e increpo a mis amigos con que no hay que perder tanto el tiempo. Yo ya sé lo que es sentirse total y absolutamente solo; recuerden si no mi brote, ¿a qué se debía?, a mi soledad, y a no saber soportarla. Pero, ¿sabrá ese personaje lo que es la amistad; lo sabrá él mejor que otros, o por el contrario está tan arriba que se encuentra totalmente solo? Ni idea, a veces pienso en esos grandes hombres, y que me gustaría ser como ellos; otras veces pienso que soy tal como soy, y que subiré (si subo) pero siendo lo que soy, ¿es eso posible? En manos de ustedes lo dejo (aquí tendría que haber puesto vosotros, en lugar de ustedes, pero es que aunque no siendo congénitas estas palabras, sí las he mamado de siempre).

Estuve aproximadamente una semana parado, y me empezaba a preocupar; no sólo por el dinero, sino porque no me volvieran a llamar, quizás porque no fuera buen profesor, me reprochaba. También lógicamente me preocupaba el dinero, pero tenía algo de ahorros; mi banco, en esa época, La Caja de Canarias, me tenía bastante indignado, pues no sólo había que hacer cola para ir a ella, sino que no me daban ningún tipo de ventajas; tampoco el personal era muy amable, todo lo contrario, por lo que presentía le caía mal a algunos allí, sobre todo a un gordo (no pez gordo ¡ojo!, sino a uno que era obeso) que me miraba atravesado, y que después íbamos a los mismos sitios (en cuestión de terrazas, no de discotecas), y no nos saludábamos; dónde vivía él, eso ya no lo puedo decir.

Mis hermanas y Tomi, me daban ánimos; me decían que no me preocupara, que ya vería como me llamaban otra vez para a trabajar. Yo en el fondo estaba muy dolido con el papel en el que mis alumnos me humillaban, no se lo dije a nadie, y espero querido lector que no “ventiles” tan horrenda y enorme derrota. ¿Me salía todo mal, o es que yo era pesimista? En la farmacia estaba a disgusto, y en Educación y Ciencia, no sólo esta estresado, sino que no me salía nada como yo quería; seguro que fue por un mal planteamiento de dicho trabajo pues mientras Pine me decía:

—Vete de serio, impón orden, que tiempo de cambiar siempre habrá.

e-libro.net

Maru sin embargo me aconsejaba lo contrario:

—No vayas de duro y serio.

Al final no sabía qué hacer, y así salió el potaje que salió; hoy pienso: Cada maestrillo con su librillo; uno podrá tener detractores o seguidores, pero seas como seas, siempre habrá de unos y de otros.

De todas maneras, me gustaría ver a mis seguidores, y no a mis detractores. Durante esos días no pensaba con la cabeza fría, estaba demasiado nervioso. Pensé guardar para siempre ese papel, me serviría de recordatorio; asimismo me dije que no debía estar uno amargándose con las cosas negativas de la vida. Al final terminé tirándolo, aunque no recuerdo con exactitud cuándo me deshice de él. Fue otra gran derrota de mi vida; ¿es que no era mi destino el ser "profe"? no, no lo creo así.

Pasó la semana y durante ella, iba a firmar las recetas.

Estaba un día durmiendo en mi casa, cuando mi madre me dijo que pasaron a dejar un telegrama. Efectivamente, me volvían a llamar de un instituto, esta vez era del Santa Teresa de Jesús. Estaba en una racha de suerte, me volvían a llamar de Las Palmas, cerca, muy cerca, casi al lado del anterior. Este instituto era más reciente, lo cual no quería decir que era más numeroso, a pesar de ello, sus instalaciones eran o parecían viejas. Fue como siempre el primer día, me presenté en secretaría, y allí me dieron un papel, como que a partir de ese día empezaba a sustituir a una chica de matemáticas.

Esa chica había dejado dicho que yo me pusiera en contacto con ella. Al final fui a verla, entre otras cosas porque una profesora me había dicho que era muy buena y muy guapa. También porque me tenía que dar material. Efectivamente, fui a verla a la clínica San Roque, allí la llamaron y bajó ella con toda una serie de exámenes; me explicó por dónde iba cada clase, por qué parte del temario; de los libros a seguir, me comentó que las actividades que habían en ellos estaban bien, que ella los seguía y que si yo quería los podía seguir. Aclarémonos, no estaba ella enferma, estaba allí en la clínica, porque su madre estaba mal; ella pensaba, que estaría todo lo que quedaba de curso de baja; egoístamente, me dije "Espero que ahora tenga suerte y dure todo el año en clase", sin pensar en la enfermedad de su madre.

Les debía hacer a los alumnos, los exámenes de la evaluación, y se había llegado a un acuerdo, que habría dos exámenes para algunos; ella ya me daba uno planteado. Pensé pedirle por favor que me lo diese ya resuelto, pero al final no se lo dije; me dio vergüenza; fui bobo, porque después tuve que estar pidiendo favores a los compañeros del seminario para que me los resolvieran; así, en lugar de quedar de tolete ante uno, quedé de tolete y estúpido ante todos.

Los primeros días, cuando me tocó una hora cuidando, estuve todo el tiempo, dentro de una salita, allí me puse a hablar con un veterano, que me dijo, que llevaba muchos años, aunque ya no recuerdo cuánto tiempo, en el oficio.

-¿Entonces, que edad tienes tú? —le pregunté yo, pues me resultaba joven.

Me respondió y sé que eran treinta y pico, pero no recuerdo exactamente.

-¡Qué bien te conservas! —le respondí, a sabiendas que era una especie de halago aunque no lo hice exclusivamente con tal motivo.

A él esto le gustó mucho esto, ya éramos pues buenos compañeros. Era delgado, aunque no excesivamente, tenía un tamaño normal, en definitiva era un simple profesor, al que yo sólo vi que se conserva bien. A él, tímidamente y con miedo al rechazo, le pregunté si me podía resolver un examen que no sabía como hacerlo, se brindó a resolverlo, se lo llevaría a clase y lo traería ya resuelto. Esto no fue el mismo día de la "guardia", fue cosa de tres o cuatro días después.

Parecía que me iban bien las cosas. De entrada, no me presenté yo solo a los alumnos, sino que una con poco más de cuarenta y pico años, la misma que me había dicho que a la que yo sustituía era guapa, me dijo, que si quería, ella no tenía inconveniente en presentarme. Me di cuenta que tenía un defecto en una mano, que estaba casi inútil y bastante atrofiada; no sería a la única persona que vi así, pero que la hubiera tratado tan de cerca, aún no había visto a ninguna.

Le agradecí la presentación, pues ayudó a romper el hielo. Todos, salvo creo que los de tercero de B.U.P., tenían programado hacer el examen, nada más empezar las clases, o sea desde el primer día que yo les diera clase. Eso ocurrió. Magnífico, no podía ser mejor el principio de las clases.

Parecía que los tenía más controlados que a los anteriores, quizás fuera la suerte del principiante (ya no era tan principiante y cuando lo fui, no tuve mucha). Quizás fuera que ese instituto estaba formado por gente más joven, o que éramos muchos menos o que, y es otra razón, eran las clases por la tarde.

e-libro.net

Había muchos profesores que llegaban antes de la hora de inicio, para tomarse el cortado y charlar. De todas maneras, la mayoría llegaba tarde. Había uno, que daba música, aunque había estudiado otra cosa, que decía que él no hablaba nunca de dinero, y eso que mantenía a su mujer, ella era farmacéutica, y más concretamente analista, no con título, sino porque se había puesto a trabajar de ello, en una isla menor. Según intuí la relación a distancia no iba bien. Me contó no sé que cuento sobre el trabajo de ella, al final, dejó ella su puesto de trabajo por él, y ahora estaba en Las Palmas, y no encontraba trabajo. Mantenía él la casa, y nunca hablaba de dinero como los demás. “Nadie está contento con su suerte”. Yo pensé que su mujer ganaría poco, hoy pienso que en una de esas islas seguro que se gana más que aquí, y encima de analista mucho más.

Con él, pasaría yo las notas, y menos mal, pues aunque estaba todo muy detallado, no sabía si sería capaz de pasarlas al ordenador por mí mismo.

La Jefa de Estudios, estaba bastante bien, aunque presumía algo de su cargo. No solía variar mucho su vestuario, por lo que cuando lo hacía, era todo un acontecimiento. Las casualidades de la vida, iba detrás del profesor que a mí me parecía bastante corriente; no tengo ni idea de por qué se enamoran las mujeres, entre otras cosas porque no lo sé cuando ocurre en los hombres, como ya habrán empezado a sospechar.

Ella, físicamente valía mucho más que él; sí, él estaba delgado, pero sospechaba que estaba así por dejadez, mientras que en ella se veía que era algo cuidado y porque deseaba ser atrayente.

Había dos chicas más jóvenes, que siempre estaban juntas; una de ellas, no se quitaba la misma ropa de encima, la mayor parte de los profesores vestía bastante mal, peor aún. Había uno, que llevaba en el cinto del pantalón un estuche para las gafas. Parecía que nunca se bañaba, y siempre, siempre, iba igual vestido, y con el pelo alborotado. De todas formas, no era esta la característica más destacable, ésta, no era fisiológica ni morfológica, era simplemente, que diariamente compraba El País; creo también que era de filosofía. Me sorprendía ver que los profesores vistiesen tan mal, a pesar de tener bastante dinero; cobran más de la media, y encima se dejan ir. Dicen todos que es un trabajo jodido y que por eso les entran depresiones; ya saben mi opinión. De todas formas, las depresiones no siempre vienen de no trabajar, pues si no vean a mi tío Domingo, un trabajador inteligente, y sin embargo depresivo. ¿Y quién no padece de algo? Asimismo, quién nos dice que todos no tenemos algo de depresión.

Terenci Moix, tal y como leí hace poco, tuvo que tomar Prozac®, durante una temporada, por depresiones; quién lo diría. Las enfermedades, no suelen respetar a nadie que no las respete, y no se cuide; aún así, algunos suelen caer.

El del País, que alguna vez se lo pedí para hojearlo, iba siempre, pero siempre, igual y encima mal vestido; llevaba unos pantalones de pana, hiciera frío o calor, una camisa oscura, y la misma chamarra siempre igual; el pelo lo llevaba muy desaliñado, y despeinado. Era delgado y alto, bastante alto y bastante delgado; de todas manera, no me imagino luciendo su cuerpo al sol.

La otra chica que iba siempre igual vestida llevaba vaqueros, e invariablemente una camiseta gris sin mangas, y con un gran escote; desde esa época ya me daba la impresión de que no se cuidaba lo más mínimo. No tengo referencias de si en aquella época era la moda el no cuidarse. Pudiera ser que no se cambiaba de ropa, porque tenía una familiar en la clínica, a la que ella iba a velar; se trataba de una tía, aunque muy allegada por lo que creo, pues se le murió, y se tomó tres días de permiso, los permitidos por la ley. Vayan ustedes a saber si yo los he criticado tanto, y resulta que estaban todos los días cambiando de ropa.

Tenía un par de colegas, que dábamos matemáticas; uno, a diferencia de los demás, llevaba todos los días una camisa nueva, ese era demasiado limpio, bueno en realidad era muy fino, o sea si lo quieren ver más claro, era mariquitoso; nos daba a todos material para clase, problemas que él había inventado o eso al menos decía. Tenía las oposiciones sacadas. A otra compañera, que había sacado las oposiciones el año que acababa de terminar, según parece se las querían impugnar, y estaba siempre en contacto con el del País, ya no sólo porque estuviera informado políticamente a través del sindicato, sino que creo, según deduje, que él también aprobó ese año las oposiciones.

Había también un catedrático, quien se me desmereció mucho: llevaba una camisa que había yo retirado por demasiado vista hacía unos seis o siete años atrás, efectivamente, cuando estaba en los primeros años de mi carrera. Me dijo el que me hizo el certificado de trabajo, que ese, el catedrático, era la mayor institución del centro. A mi me dejó perplejo; ¿entonces todos aquellos grandes catedráticos -a los que yo no consideraba grandes cosas, pero que en fin eran eminencias de farmacia-, qué serían: monstruos, genios, sabios?, en fin no puedo ni imaginar cómo los definiría ese secretario del director.

e-libro.net

Cosa rara para un profesor de medias, ese, el secretario, llevaba corbata, de espanto, pero la llevaba.

Dirán que de una cosa me paso a la otra, pero es que están relacionadas: José Juan, el encargado de la farmacia, estuvo llevando durante una semana aproximadamente, corbata al trabajo; parecía de punto, pero como fuese la llevaba; se tiraba realmente el peo más alto que el culo.

El homo, siempre cambiaba de camisas, y a lo largo de todo el tiempo que estuve en ese instituto, no le vi ni una repetida, llevaba el pelo hacia atrás, engominado. A las veteranas, las vi criticar a la profesora que tenía la malformación, diciendo cómo llevaba una semana sin cambiarse de traje; se lo dijeron y creo que al día siguiente llevó un traje nuevo, quizá estuviera apestando a sudor y orín, pero a mí no me lo pareció. A quien se lo debían decir, no se lo dijeron; la que no se cambiaba nunca de ropa; la que llevaba el uniforme, que vayan a saber si lo lavaba el "finde" (esta palabreja se la oí por primera vez a Totó, la que sospecho se deba a un argot callejero de su zona, usado para referirse al fin de semana), y luego se lo volvía a poner, a modo de uniforme. Cuando no se quedaba en la clínica, quedaba con compañeras para salir a la Plazoleta Farray a tomar algo y a pasar la tarde; eso sí que era vida. Es raro que yo recuerde eso, pues nosotros íbamos por la tarde a trabajar, por lo que deberían salir de noche a tomarse la copa, de las que indudablemente abusaba, al igual que del sol; recuerdo ver su piel bastante apergaminada. Quizá fuera que tenía más años de los que yo le echaba, aunque no me fío mucho de eso; sí, se la notaba estropeada prematuramente; muchas juergas, tantas o más tal vez que Maru (no quiero decir que Maru beba mucho, pues según tengo entendido, se pasa toda la noche con una o máximo dos copas, pero la vida de noche no perdona y si no, que me lo pregunten a mí). De todas formas, entre semana, por fortuna, ya no salía. Ni siquiera recuerdo si iba a casa del Lu, creo que no, que con el instituto y el ir a firmar las recetas todos los días, tenía más que suficiente. Los viernes, eso sí y siempre que él no trabajara, me iba de juerga con el Lu y Control; si Control no iba, nos íbamos los dos solos. Yo llegaba al fin de semana con esa avidez de todo trabajador que sabe que después tiene un par de días libres sin ningún tipo de obligación, sino para dedicarlos al ocio, que no al negocio, como deberíamos hacer todos, si queremos hacer que éste nuestro país, mejore; somos muy folclóricos todos (hoy es domingo, el día que escribo). Vean como negocio es precisamente eso, negación del ocio, pero yo soy de los que dicen, "¿y si el trabajo nos lo tomamos como ocio?", que es lo que pretendo. Actualmente parece que lo he conseguido, disfruto más con un libro que tomando una copa. Antes no, sobre todo en la carrera; ahora, cada vez me gustan menos las copas, e iba huyendo de ellas más a cada momento.

Les había dicho a los de primero, que no les haría más que un examen; entre otras cosas, y eso no se los dije, porque la profesora a la que sustituía, no me lo hizo. El veterano, aunque joven profesor, me dijo:

—Mira, Antonio, eso no lo deberías hacer; ellos tienen derecho como todos a los dos exámenes.

Me tragué el orgullo y asentí. De todas formas, no les puse un examen puto, ni mucho menos. Me daban pena, bueno más que pena, me hacían gracia (a pesar de ser casi una contradicción, pasar de una a otra), los alumnos, sobre todo los de primero. Les hice el examen a los de tercero, al día siguiente al de la presentación; según parece, ellos ya habían hablado para reservar un espacio en el salón de actos, o como quieran que llamaran al sitio que me llevaron. Era un salón enorme, con un escenario. Habían otros profesores también haciendo un examen; eran de letras, y no recuerdo qué me dijo sobre "El lazarillo de Tormes" la que los cuidaba, pero sé que a partir de ese momento me lo leería varias veces, unas por ocio y otras por obligación.

A la vez me presenté a ella, aunque no creo que le dijera que era farmacéutico. Quizás ellas habían cotilleado sobre mí. Les entregué los exámenes, aunque no les dije nada sobre el silencio, ni sobre el baño, y que ya no podían salir; de todas maneras, todos fueron buenos chicos y no pidieron ir a éste.

Muchos me venían a hacer preguntas; para ser sincero, no tenía ni la más remota idea de cómo se hacía el examen, y las preguntas que los chicos me hacían, me sonaban a chino. Me daba auténtica vergüenza el no saber contestarles y les respondía con evasivas: "Lean bien", "¿Tú qué crees que dice el problema", y así hasta tal punto de sentir vergüenza absoluta de mi ignorancia, o sea les estaba exigiendo algo que no sabía, es más, algo que ni siguiera me había leído. Había llegado ese día pronto a clase, para poder fotocopiar los exámenes en secretaría. Pasé un mal momento. Pido disculpas a mis alumnos por mi ineptitud. "Lo siento. Me avergüenzo grandemente de ser tan inepto".

Era viernes, según parece, había fiesta. No me hagan mucho caso, pero algo había y si querían entrar gratis debían pedir las invitaciones; se podían pedir para dos personas.

Por lo que me dijeron, estaba en la comisión de fiestas, no porque yo quisiera, sino porque a la que sustituía lo estaba; no hacía tutorías, pero cualquier cosa que surgiera en el centro, debía colaborar. Me pusieron a escribir los nombres, y a buscarlos en unos folios, para que no se diera la picaresca de que alguno fuera a sacar

e-libro.net

dos veces las invitaciones. Estaba estresado intentando cumplir bien con mi trabajo, que ahora, precisamente, consistía en apuntar correctamente el nombre que me decían. Me acomplejaba preguntar cómo se escribían, y ahora que lo pienso es una bobería, pues qué más fácil que eso, el decir:

—Y ¿cómo se escribe? —o bien-: ¿cómo se deletrea?

Pudor de jovenzuelo.

A medida que ha ido pasando el tiempo, no he vuelto a caer en el mismo error, salvo extrañas ocasiones. Digo extrañas, pues hace poco me pasó, y no supe cómo decírselo; se trataba de Enrique, que generalmente se escribe sin H, lo escribí con ella. Cuando me percaté de mi error, lo rectifiqué. Lo confundí en parte con Henríquez (por el apellido patronímico, que puede ir con ella o sin ella). Mala cabeza la mía, no acordarme del famoso rey mujeriego y cabronazo, al que encima había que adular, si uno no quería caer en desgracia. No me gusta la política y paso mucho de las cosas de la corona, pero hay cosas que no tolero. *Nada niño, eso seguro que son celos y envidia, por no pertenecer yo a la aristocracia, o por no estar emparentado con los reyes*. Que le den; no a él, sino a mí, entendámonos. La princesa que se casó hace poco, no la que tuvo primero un niño (que no sé si es varón o hembra), sino la que se casó después, me resulta muy guapa, y bastante inteligente, o al menos decidida, aunque parezca que una cosa contradiga a la otra, por las cosas de la prudencia.

No nos desviemos del tema, que era el instituto; el ambiente de éste, me entusiasmaba; era una gran diferencia con el del Tomás; aquí la mayoría de los educadores eran jóvenes o querían serlo; en el otro todos eran veteranos o lo pretendían ser. Allí a los jóvenes se les replegaba fuera del instituto, enfrente; los experimentados, lo invadían y se atrincheraban en su interior.

En una ocasión me puse a hablar con el de Ética, que según parece había estudiado Teología; estaba casado, y creo que daba también clases de Religión. Había un cura en el centro con el que hablaría una vez, quien le daba material al teólogo para que leyera; yo devoraba lo que caía en mis manos, cosa que el teólogo no hacía. El cura había escogido la biblioteca, con la finalidad de estar más cerca de los libros.

Bueno ya que estoy hablando de él, voy a contar todo lo que me unía a él: estaba haciendo una guardia, cuando pasó por mi lado, le conté lo de mi sustitución y me dijo:

—Yo, cuando murió mi padre, al día siguiente vine a clase.

Me pareció un poco bruto y brusco, pero ya dice Jesús que su Padre era el del Cielo, y que no reconocía ni a su madre ni a su padre, ni a sus hermanos carnales, mas que en aquellos que lo siguieran. No hizo el cura como yo, que casi no le hice caso a mi hermana, cuando el mío y mi tío se murieron por mi examen. Me dijo también que conocía a mi tío Joaquín, aunque me contó de él, que hablaba demasiado. Yo le dije, que pretendía hacer otra carrera. Ahí se acabó nuestro diálogo.

Con el teólogo tuve una vez una conversación en el patio donde estaba la cafetera, o sea, al lado de la sala de profesores. Allí me desahogué con él, quien sí me dijo que había estudiado junto con uno de medicina, que no hacía otra cosa que estudiar y estudiar; eso no es vida, me comentó.

Pensé, si no sería esa la auténtica vida, sé que es la vida de los grandes hombres, pero ¿realmente viven esos grandes hombre, o, por el contrario, viven más que la mayoría de los mortales? A saber.

Tal y como me dijo el que me hizo el certificado de trabajo, refiriéndose al cura:

—El año éste, desde que empezó el curso, no se ha quitado la chamarra que tiene.

Y sí, estaba bastante desteñida; era como de paño y encima el calor que hacía. Yo llevaba cada día una camisa distinta, y cada dos cambiaba de jersey; era mi media. Así que estimo que algo distinto me debían ver, y no me llamarían guarro, ni nada por el estilo.

La que me había hecho las presentaciones del primer día, dijo una vez, que estaba atareadísima con su madre, no porque la tuviera que cuidar, sino porque tenía que encargarse de unos pisos que ella tenía. No me pareció que lo dijera en tono jocoso y echándosela, no, más bien me pareció como si hubiera algo de queja, como de tener todo el día ocupado, y no poder dedicar nada de él a ella; eso me había ocurrido a mi casi toda la vida, y yo no me quejaba; bien es cierto que los primeros veranos de la carrera eran desatrosos, sabe bien el cielo, que era precisamente por eso, por dedicármelos a mí, con lo que aburría sobremanera; mejor hubiera sido, dedicarlos al estudio, y seguro que estaría mejor que ahora. No me quejo, bueno no me quiero quejar, a pesar de que si me ven desde fuera, a veces les parecerá que voy de mal en peor; si no, atentos.

Los fines de semana, con Charli, empezaban a ser duros, muy duros, no por lo fatigosos, sino por las drogas que tomábamos; ya no sólo nos valía con el alcohol, sino que empezaba a esnifar coca; Carlitos y su

e-libro.net

hermano, Ramón (el cual no es que se pueda, sino que se le debe llamar cabrón) me iban metiendo en su sumidero, por el que cada vez me hundía más y más. Ya no era sólo salir, sino salir, esnifar y beber.

Cuando le dije a mi hermano Jose que había esnifado algo de coca, me dijo:

—Ten cuidado, que a los gemelos se les conoce por esnifar, en los centros modernos; lo hacen a todas horas.

Yo pensaba: "Y Charli siempre me dice, que él sólo ha esnifado una o dos veces. ¡Será cabrón el tío ese!"

Creo que uno o dos años después, salió el anuncio ese, de como se esnifaba uno todo el sueldo, y al final uno no tenía donde caerse muerto.

Sigamos en las clases. Me creía el mejor profesor. Recuerdo un día, en el que di hora para ver los exámenes, me acuerdo que aprobé de esa vez a mucha gente, que en principio había suspendido, y es que me daba pena verles tan preocupados por un simple examen; ¿ya se me había a mí olvidado lo que era eso, y los nervios que pasaba?, cuando no sabía una nota, o cuando suspendía, ¿en qué postración y agujeros me sumía? Pues ahora estaban ellos así.

Iba a veces a casa de Tomi, pues ellos vivían cerca de la mía. Allí, a veces, me invitaba a cenar, otras a tomarnos unas copas, y a veces, incluso salíamos por ahí, de juergas nocturnas. Salíamos los tres. Tomi, Herse y yo. Me decía trucos Tomi del trabajo, como por ejemplo, decirle al Jefe de Estudios, que todo iba viento en popa, aunque uno fuese atrasadísimo con sus clases, como les suele ocurrir a casi todos los profesores, y cómo no, a mí también, a pesar de que generalmente iba a un buen ritmo; quizás a algunos les pareciera un ritmo bestial, me refiero a los alumnos, sobre todo los de los cursos más bajos, pero había que cumplir con el temario.

Había en un primero, dos alumnos malos, de uno de ellos no recuerdo casi ni su cara, era un candidato a ser un perdedor; el otro, según me enteré más tarde, trabajaba en un bar de calidad, con su padre; su padre era el dueño, y le hacía trabajar y estudiar; me imagino que eso también es una infancia dura, pero el padre quería educarlo a su manera. Lo malo es que no era muy buen estudiante; era el líder de la clase, pero he de decir, que de signo algo negativo. No estaba dispuesto a que me jodiera las clases, por lo que le tenía al hilo. En un examen recuerdo que me quiso torear y sin él saberlo, me toreó.

No se podían ir del aula, aunque hubieran acabado los exámenes que estaban haciendo; el candidato al fracaso, fracasó estrepitosamente, le cogí copiando y le suspendí sin contemplaciones; el otro hacía cosas como si se estuviera copiando y me engaño, porque caí en su trampa; al final, creo que no se copió, al menos le dejé seguir haciendo su examen. No me acuerdo si aprobó o no, de todas maneras, lo tenía muy en mente, pues parecía que me quería boicotear las clases. Ahora que lo recuerdo, con el de Galénica II, quizás me portaba igual, bueno que a él le pareciese; sobre todo con el Sr. Llabrés, a pesar de que me caía fenomenal; me imagino, ahora que lo vivo desde otra perspectiva, que yo no le caía tan bien; creo incluso que por ello, se portó algo injusto conmigo. Seguro que porque también fui injusto con él; le pedía más que a la media de profesores, entre otras cosas, porque sabía que se le podía exigir; tal vez me equivoqué y le sobrestimé; a saber.

Aprobaba a la inmensa mayoría; y exámenes que en principio había dado por suspendidos, al final los aprobaba.

Una vez, tenía que corregir exámenes, pero estaba preocupado, porque me habían dicho que en La Feria del Atlántico, en ese barrio, cabría posiblemente una farmacia. Quedé con mi padrino para ir a verlo; me vino a buscar por la tarde, cuando él salió de trabajar, al fin llegamos a ese barrio, que está cerca de mi casa si se va en coche, pero lejos para ir andando. Llegamos cuando ya era de noche; fui y le expliqué lo que quería saber, así fuimos y medimos la distancia, pero por ninguna de las partes, alcanzaba la mínima necesaria exigida por la ley; habitantes tenía muchos, unas cinco o seis veces más de los requeridos, pero la distancia era la que no cuadraba.

Le expliqué cómo el farmacéutico ese, se había traído un catedrático, quien al final le dijo que pusiera la farmacia en medio del barrio, con lo que ya no cabría ni una farmacia más en toda la barriada. Estaba y sigue, haciéndose de oro.

Un día vi a Javier Gil Rodríguez por mi casa, y me criticó a su jefe, que también era farmacéutico. Tan listo que decía él que era, y no ha sabido llegar más que a auxiliar de farmacia, y a eso sin la F.P. hecha, sino con tercero de B.U.P., según creo.

Quien me falta saber si sigue luchando en cuerpo y alma o no, es Mavi; espero que al menos una lleve alto el estandarte de la promoción en lo que yo empecé, y que muy tardíamente acabé. Quizá, si no me hubieran surgido tantos inconvenientes al final, habría terminado mucho antes, pero no fue así, para mi desgracia soy como soy, a unos les pareceré un perdedor, y a otros, eso espero, un luchador, que para ser sinceros, ambas cosas es lo

e-libro.net

que me siento. Y pensarán: "¿Por qué me siento un perdedor?", bien sencillo, tengo treinta y cinco años, y me considero estancado laboralmente; no tengo oposiciones ni nada seguro. Pero bueno ya hablaré de mi presente, el cual el de hoy, ya será pasado cuando de él hable, si es que lo hago alguna vez.

Aprobaba como han visto, a la mayoría de la gente. Se veía como en las clases, sobre todo las de tercero, cómo iban definiéndose cada tipo de alumnos, con sus particularidades; si esto es alguna vez posible, pues yo cambié tantas veces, y sigo cambiando, que no sé muchas veces si lo que soy es fruto de lo que he sido, o de lo que he podido hacer y no he hecho y que por tanto ahora quiero hacer; me imagino que de esos, como uno habrá muchos; son menos, aquellos que ya sabían que iban a ser académicos, o vayan ustedes a saber cuál o cuáles son las metas de los niños a esas edades; yo quería ser farmacéutico, cosa que conseguí, no sin muy grandes esfuerzos, que sinceramente hoy, no me parecen tantos. Respecto a mi vida, no tenía razón Octavio al decirme que no me diera prisa, que todos los trabajos eran iguales, para mí no; cada vez he aprendido más, pero lo que es ganar dinero, no lo he hecho cada vez a más, sino que parece que cada vez a menos.

Se acercaba a toda marcha, la hora de la evaluación; tenía que ir poniendo notas; unas las pasé con el profe que tenía la mujer farmacéutica, quien se extrañó que suspendiera a la gente con un cuatro con cinco, por lo que le decía:

—Pero es que conmigo es muy fácil aprobar.

Las pasamos los dos al ordenador, cada uno pasaba las del otro; nunca había estado en esa sala, una gran sala llena de ordenadores; cuando ya llevábamos un tiempo, vinieron otras dos profesoras, en las mismas circunstancias que nosotros, una sabía manejar el ordenador y la otra no.

Terminamos de pasar las notas, él había aprobado también a mucha gente, a pesar de que, siendo una María la que él daba, suspendían algunos y con notas muy bajas; eran unos cuantos, más de los que yo suponía. Yo explicaba una de las asignaturas más difíciles, a pesar de esto, había gente que sacaba sobresaliente.

Pensando en los alumnos, o mejor en las alumnas, había una de tercero, que vestía como una señora de la noche; con chaqueta negra y ropas negras y grises; el pelito muy cortito; me hizo temblar, y me dije: "¡Dios mío, cómo es posible que me atraiga tanto una alumna!" Tomi me confesó que eso era normal, que a él le había pasado algo por el estilo; había tenido un flirteo con una alumna de La Aldea; al final, la chica en cuestión, terminó casándose con un profesor de inglés; si siguió con sus estudios o los dejó a un lado, es algo que no me he enterado, aunque, bien pensado, si era madura para casarse, también lo era para seguir estudiando.

Por suerte para mí, la que me gustó no vino más, pero ¡ay!, no terminaron ahí mis intranquilidades: un día me vino una alumna diciendo que no se podía presentar el día del examen, que tenía que ir al médico. Le dije que no había problema, que se presentara al día siguiente.

Me dije que le debía poner el mismo examen, pues no tenía ni idea de la materia que entraba en el examen; tras muchas dudas (incluso hoy dudo si era correcto o no), le puse el mismo examen. "¡Vaya, que bien está, y que dientes más blancos tiene! Parecen dientes de leche", pensé socarronamente; ¿era yo un viejo verde?, pues seguro que para ellos sí; para mí era una experiencia nueva; pensaba lo que muy acertadamente me había dicho Chano (el que luego sería ginecólogo), aquello de: "En la olla, no metas la polla"; afortunadamente, y a pesar de lo mucho que me excitó, no la metí. Ella fue de las chicas que contestó el examen enterito; nota final: sobresaliente. Puedo garantizar que no hubo condescendencia, ni ningún tipo de ayuda o favoritismos hacia ella, pero sí pensé: "Ella ha tenido ventajas sobre los demás, pues seguro que le dio tiempo de estudiarlo en su casa, el que les había hecho a sus compañeros".

Era flaca, alta, zancuda, pelo largo y negro, piel morena; algo absolutamente fantástico y digno de admiración, pero como gran inconveniente, y cosa que les suele ocurrir a la mayoría de los estudiantes de BUP, menor de edad; yo ya había pasado los dieciocho hacía bastante. "Mucho ojito con lo que haces chaval", me decía yo a mí.

Ahora que discurro, Tomi se lo pensaría el que no era mayor de edad ella, pero sin embargo salió con esa chica a cenar un día. También me contó una cosa que le había ocurrido con un compañero, con el que salió a cenar, y que luego se haría su confidente, y del que por ello sentí algo de celos, pero se me pasaron enseguida al saber de qué se trataba: era mariquita, y le seguía el juego a Tomi, seguro que con la intención de acostarse con él, a pesar de que éste, su nuevo amigo, le decía que de quien estaba enamorado era del camarero del bar al que lo había invitado. Viendo lo que le ocurría a Tomi, yo debía darme con un canto en el pecho. No sólo eso, sino que el muy perverso, también se drogaba, con infinidad de tipos pastillas, porros y alcohol, para ese no era fiesta únicamente

e-libro.net

el fin de semana, sino a todas horas; por lo que veo, muchos homosexuales, llevan una vida de juergas y desenfreno, que no envidio nada.

Probablemente yo había sido el culpable de atraer a Leo, a pesar de lo cual, me sentía halagado; cuando vi que ya no le interesaba, me desinflé, ¿quieren saber si por fortuna o no? no lo puedo decir, digo que por fortuna que no me pervertí, pero es triste saber que uno ya no es atrayente.

Di buenas notas, y los alumnos me lo agradecieron. Estaba exultante de alegría y emoción; se notaba una gran algarabía en el instituto, pronto se entregarían las notas, y algo después serían las vacaciones.

Estando una vez solo en la sala de profesores, me dijo uno que fuera a hablar con una mujer que había venido a hablar de su hijo; su tutor no estaba allí en ese momento. Sin pensármelo mucho, salí y le dije:

—Buenas, mire, yo soy un sustituto, y el tutor de su hijo está en clase, así que no sé en qué le puedo ayudar.

Ella se rió, quizá más por los nervios que tenía, que porque le hiciera gracia lo que le dije; pudiera ser también que se riera de mi pinta, pues llevaba la chamarra que un día había sido de Domingo, y que ya hacía muchos años que me habían dado, y que sin embargo aún seguía usando; me hacía sentirme joven, alegre y despreocupado.

Esto me trae a la mente cuando salió un catedrático en un programa por la tele, de buen ver, pues estaba más, mucho más en forma que el resto de los catedráticos, con una chamarra. Juancho riéndose dijo:

—Seguro que encima era de escai.

Y se echó a descojonarse.

Recuerdo que los otros profesores, iban la mayoría de ellos con jersey de cuello en pico y corbata, y le miraban de no muy buena manera. El entrevistador, por cierto, era feo con ganas, no lo he vuelto a ver más; cosa por otro lado no muy difícil, pues prácticamente no veo nada, aunque en esa época todavía veía algo la tele, las noticias, las teleseries ya no tanto, no porque no me gustase, sino porque no quería perder tiempo.

Me quedé a medias contando lo de mi padrino: después de comprobar que no cabía una farmacia, nos fuimos a tomarnos un par de cervezas; había deseado eso muchas veces, aunque nunca había podido ser. Por fin lo tan ansiado se produjo, buscamos algún sitio al que ir, y mi tío me diría:

—Por aquí hay un sitio al que yo antes venía.

Era por la parte alta de Escaleritas; a mí por allí no me gustaba ningún bar, y eso que me los conocía todos, no sólo por el copeteo, sino también por el típico café y agua; estaba muy acostumbrado a meterme en los bares, y no comprendía esa canción de un grupo pop nacional que decía:

—Estás siempre, metida en el bar, que es donde más problemas hay…

No sabía por qué decía eso, yo siempre estaba en los bares, y allí no tenía, al menos eso pensaba, ningún problema. Al final, le dije a mi padrino dónde ir; le llevé al Típico Canario, que aunque me da la sensación de que es un lugar cutre, y que está lleno de alcohólicos borrachuzos, lo suponía de los más decentes del lugar. La comida allí era nefasta; sólo se podían pasar algo las “papas arrugaás” con mojo, y el pulpo a la vinagreta; el resto, pura bazofia, incluso los platos calientes, esos de prepararlos en la cocina, nunca me han convencido. Los encontraba guarros; no hay más que ver “el aura” de ese bar, es negativo y sucio; es el típico de la mayoría de los bares de bebedores; toda esta zona se caracteriza por su mala calidad. Muy mala.

Mi tío, al sentarnos en una de las mesas pues la barra es pequeña y siempre está llena de bebedores, se quedó fijamente mirando a dos que iban con corbatas, y se imaginó que eran unos altos ejecutivos, según me dio a entender a mí. Por mi parte sospeché: “Seguro que son o representantes o vendedores”, supuse eso pues ni la zona era de ejecutivos, ni ellos me parecían seres inteligentes, más que inteligentes, adictos al trabajo, y por ende “sabedores” y conocedores de su medio: el despacho o la oficina, y de sus subalternos. Pero no, más bien creo que tomaban su refresco por hacer economías, de paso expansionarse, y llorar por la mala jornada, suponiendo que fueran vendedores de “a pie”. Los pobres ya tienen bastantes problemas como para yo estar aquí criticándoles; sus problemas seguro serán el cómo llegar a final de mes, etc.

De todas formas, tampoco es para decir que son los más bajos en la pirámide social. Pero muy arriba no están, a pesar del presidente de una editorial, decir, que ahora como incentivo a los vendedores les regalaba un barco, pues ya coches tenían todos; y efectivamente, muchos representantes tienen coches que se los ponen las propias empresas; pero yo, a aquellos pobres, ni siquiera eso les quería considerar, me daba la espina que eran novatos en el asunto y que aún no se habían acostumbrado a la chaqueta y corbata.

e-libro.net

El bar le extrañó mucho a mi tío; seguro que está acostumbrado a muy buenos sitios, pero no es tan buen conocedor del barrio como yo, al menos de ese mi barrio. No puede uno decir lo mismo de “la noche”, pues en cuestión de tres o cinco años la cosa cambia enormemente, más aún.

Nos tomamos unas dos o tres cervezas, después aunque me imaginaba que él iría a pagar, yo pensaba invitarlo, hoy pienso que qué menos, pues le hice venir desde el sur hasta mi casa y de allí después a esos sitios de Dios. La casualidad, y aseguro por lo que más crean que fue verdad, es que me entraron ganas de mear; cosa que fui a hacer. En ese momento mi tío pagó. Me pareció normal que lo hiciese, hoy no pensaría igual, pues qué menos que invitarle tras tantas molestias. Pero ocurría que era un ser rastrero, que no pensaba en el agradecimiento a los demás, sino, que me lo merecía todo; no es tanto por lo que ocurrió ese día, pero sí es norma general.

Al final como digo pagó, aunque no me explico con qué rapidez; quizá pensó que yo me iba a adelantar y pagaría, cosa que realmente debía haber hecho, pero ya ven que no hice.

Estaba algo desinhibido, y eso me daba cierto desparpajo; le dije a mi tío, que ahora me iba a corregir (exámenes se sobreentiende). Él me dijo durante el tapeo:

—Porque debes, me imagino, querer hacer las firmas bien, a ser posible, que siempre salga la misma…

Me quedé asombrado con eso, ¡nada más lejos de mi intención!, lo que pensaba era en hacer lo más rápido posible todas las firmas en las recetas; eso sí, en el espacio dedicado para ello, junto con el sello de la farmacia y la fecha, que no debería ser superior a los diez días entre la dispensación y la prescripción. Esto es, acabar pronto, cuanto antes mejor y al final, que el jefe no se demorara mucho al pagarme. No recuerdo exactamente lo que me pagaba, pero es buen pagador, o lo era al menos en mi época, sospechaba que no estaría mucho tiempo firmando, seguro que hasta que encontrase a un farmacéutico sustituto.

Cuando le dije a mi padrino, que me iba a corregir, se extrañó: “¿Cómo ahora después de beber tiene las ganas y el autocontrol necesario para corregir?” Pues sí que lo tenía, eso creía yo; pensando ahora, que ha pasado un tiempo, quizás fuera ese el examen que más me protestaron los alumnos.

Al ver que ya nos íbamos, pensé que mejor me iría caminando, tal como le dije a mi padrino. También le pregunté a él:

-¿Seguro que puedes conducir, estás bien?

Pues la gente no se percata cuando tiene un coche, que está jugando con su vida, al menos eso no lo pensaba yo antes, sobre todo en La Laguna, y más concretamente con Juan Carlos y con Antonio Granados.

Terminé con un:

—Ten cuidado, adiós, adiós...

Llegué a mi casa, y sacando los exámenes de los cajones en los que tenía a modo de documentos importantes y secretos, bueno no tan secretos, pero sí algo como si fuera una “valija diplomática”, al menos lo eran para mí. No debía perderlos, ni trastocarlos. Los que ya había corregido, y los que había comentado con quien quisiera verlos, y también pasados al ordenador, los metí en sobres separados en la taquilla de la profesora en el centro, demasiado chicas, ciertamente.

No había en ese tiempo la reglamentación que creo que hay hoy, por la que se deben guardar los trabajos y exámenes durante seis meses, supongo que es por las posibles protestas de los alumnos.

Las taquillas eran como unos cajoncitos pequeños, menores a medio metro por medio, o a lo sumo ese tamaño tenían; ocupaban toda una pared y la chica a la que yo sustituía me había dejado la llave; el jefe del seminario, también me había dejado la llave del seminario, al cual iría un par de veces; una de esas ocasiones, me puse a leer un libro de historia de las matemáticas, era un mamotreto de casi mil páginas que a mí me encantó, al menos el principio; pensaba leérmelo del todo en los ratos libres que estuviera en el centro. De normal, la mayoría de las veces que estuve libre en el instituto estaba o tomando café o leyendo, leía cualquier cosa que me cayera en las manos, por lo que me empapé las lecturas que había sobre religión y escritos religiosos, seguro que era porque eran las lecturas que más abundaban; recuerden que el cura llevaba bastante información al teólogo, que éste último no consultaba.

En eso, un buen día, me enteré que la madre de la que estaba sustituyendo, murió de repente; supuse que sin su familia esperarlo; digo esto, sin saberlo exactamente, más bien sospechándolo, pues ella, la chica que sustituía, ya le dije lo que me había dicho. Algo debió fallar; yo, muy mal por mi parte, no hice por enterarme más. Sé, que si eso fue un viernes, al lunes siguiente dijo un profesor delante de todos:

-Yo porque no me enteré, pues a mí esas cosas me gustan, aparte de eso, a mí qué más me daría ir, si el sábado por la mañana me lo pasé tontamente limpiando el coche.

e-libro.net

Me imaginé que lo diría no por el morbo y para disculparse, sino por acompañar al familiar del finado, eso me creo.

La vi una vez a ella, una tarde que no tenía ganas de dar clase, por lo que cuando llegué y vi que en la clase de segundo, sólo estaban la mitad de los alumnos, los otros ya se habían ido, se habían escapado, fue por ello, y siendo la última hora de un frustrante día, debía ser así, pues si no, no estaría yo tan deseoso de terminar, a no ser que fuera un día magnífico, y por ello tuviese ganas de que terminara bien (¿se lo tragan?). Lo cierto es que viendo a menos de la mitad de la clase decidí decirles a los chicos, después de pasar lista, que en silencio se fueran para sus casas.

Salí el último, contento, casi pletórico, fuera vi a la Jefa de Estudios, el veterano de matemáticas y a la que yo sustituía. Me cogieron por sorpresa; la jefa me dijo:

—Oye, eso que acabas de hacer, no se puede hacer, para que lo sepas para la próxima.

Le expliqué por qué lo había hecho, y ella siguió en sus trece; emputado me fui sin hablar con los otros. Me imagino que ni siquiera que la saludara casi, le molestó a la que sustituía.

Sé que hice mal al no ir ni al entierro ni al funeral.

Sólo fui a dos reuniones de seminario, a ellas solían faltar muchos profesores, unos por un motivo, otros por otros; lo cierto es que era una reunión cada quince días, y aún así, no iban los profesores. No recuerdo exactamente de qué se hablaba, pero recuerdo que lo pasaba muy bien, mejor, mucho mejor que en las del Tomás, quizás por ir ahora más, mucho más relajado.

El veterano de matemáticas, aseguraría que no fue a ninguna reunión de seminario, mientras estuve. Lo veía a veces tocar algún instrumento; muchas veces era un parche a modo de tambor; sacaba de él buenos sonidos; según me enteré después, formaba parte de un conjunto de música.

Hubo un día de huelga, a la que casi no se unió ningún profesor, pero la jefa de estudios se dio cuenta (¿no se iba a dar cuenta, si estaba todo el tiempo detrás de él?, y eso que para mí ella valía cien o más veces que ese veterano; a saber lo que ella veía en ese joven), que su amado no había ido.

-¿Qué raro que se pusiera en huelga? -dijo ella en voz alta, pero en realidad, como si lo estuviese pensando. Mirando el periódico vimos que el conjunto donde él tocaba, actuaba esa noche, aunque no recuerdo dónde; ya se sabía el motivo de su adhesión a la huelga. Empezaba a perder muchos puntos a mis ojos ese “tocador”.

Llegó el día de la evaluación, estaba todo el centro revolucionado. Según me enteré, otros años, los días de evaluación no había clases, pero eso ya se había acabado.

Las reuniones solían ser en la biblioteca, a la que iría yo a algunas evaluaciones. Menos mal que no era tutor de ninguna clase, si no se hubiera armado la gorda, y bastante gorda, pues lo de rellenar y dar las notas, no sé cómo se hace.

El filósofo que siempre iba mal vestido (perdón, no era filósofo, sino profesor de filosofía), criticaba dura y cínicamente a los que no hacían nada, a los que no daban golpe, sobre todo a uno del que decía, que estaba sosteniendo la columna y que eso ya era para él suficiente trabajo. Lo que ocurría, y muy positivamente por cierto, es que no armaba escándalo no destacaba ni dejaba de destacar, era y no era, yo qué sé lo que pensaba el pobre chico. Después de la evaluación, en la que yo no hacía más que reírme, al ver cómo criticaban a sus anchas los profesores a los alumnos. Era un auténtico ajetreo; creo que fue una de esas mañanas (si es que hubo más de una) en que una profesora, se puso a hablar sobre el café, yo argüí:

—Yo tomo, pero aún no he pagado nada por él ¿Hay que pagar? ¿Si? ¿Cuánto?

No recuerdo si pagué quinientas o mil pesetas, por uno o por dos meses; me pareció una menudencia, ante tan buen sueldo como pensaba cobrar, y encima trabajando pocas horas, aunque luego tuviese que coger algunas pocas en mi casa para prepararme las clases.

Según dijo un profesor:

—Yo no me dejo ir, y corrijo los exámenes el mismo día, o al siguiente, en la terraza, frente al mar.

Me dio que se las estaba dando de rico, que igual comparado con los otros sí lo era, pero no era de ese tipo de personas carismáticas, aunque no sabía por qué. Ese día vestía pantalón beis y camisa canelosilla.

Empezaban unas fiestas en La Palma, y uno de los profesores, jovencito y muy marchoso, dejó caer: “Yo soy de allí, y he pedido días libres para irme para allá”, era del turno de mañana; existe una gran diferencia, todo un abismo entre el profesorado de la mañana y el de la tarde, incluso, dentro de un mismo instituto, con que no les digo nada entre uno y otro, o entre uno de ciudad y otro de pueblo, en fin, etc., etc, ustedes mismos.

e-libro.net

En éste me sentía a gusto, contento y seguía pensando, a pesar de que ya la madre de la sustituta se había muerto, que iba a seguir en la misma situación hasta final de curso. Pero no, un buen día, me llegó la noticia, que se incorporaría la semana antes de Semana Santa. "¡Joder! Qué putada, se va a incorporar ya, no me dejará cobrar las vacaciones de Semana Santa, ¿he hecho algo mal?, quizás fuera porque ni el pésame le di"; lo cierto es que en esas cosas no sabía comportarme. En fin, que me la hizo buena, otra mala jugada del destino: "Pero, mira que es descarado, que se ponga a trabajar tres días antes de la Semana Santa", en fin, tendría que suponer que yo la criticaría; me juego que lo hizo basándose en que no me había preocupado por ella. Y así fue realmente, aunque más por desconocimiento de las costumbres sociales, bueno, mejor: más que nada, por desconocimiento práctico sobre ellas.

Recuerdo que dormía aprovechando cualquier ocasión; me consideraba un inútil y un gandul, por esto mismo; no puedo decir que mal de muchos, consuelo de tontos, pues aunque en principio, sí me dije. "Bueno no soy el único, pero no me vale como pretexto para mi vida". Ello razoné al decirme una compañera, que era el primer año que daba clases, y que había sacado las oposiciones ese año, lo siguiente:

-¡Uf!, hoy, después de la evaluación me eché a dormir.

Con ello deduje que siempre dormía mucho, entre otras cosas porque estaba gordita y con cuerpo de gandulilla; la recuerdo con una camisa verde y unos vaqueros del mismo color; estaba casi embutida en la ropa, efectivamente, le quedaba bastante justa; quizá porque había engordado, o quizás porque le gustaba usar ropa ceñida, o sea, marcando culo.

Me compré unos cuantos libros sobre la carrera, no sólo libros, sino también una extensa colección de revistas que aún conservo; quedé tan asqueado de mi mierda de carrera, que hasta hoy día en que pienso que sí lo puedo compaginar, que quería pasar de ella; los libros casi no los he leído, siempre postergándolo para cuando tuviera la farmacia, me animaba diciéndome que ésta ya no me podía tardar. Compré algunos, no muchos, aunque sí, seguramente más que el resto de mis compañeros, al menos eso creo.

¿Se haría realidad lo que me dijo Joaquín?, eso de que la vida es un continuo estudiar; lo veía poco, pero lo poco que le veía, era más que suficiente, pues se aprendía muchísimo con él. Según he podido comprobar después de su muerte, fue quien más alto llevó el estandarte, de su apellido. El que le hubieran puesto una placa al archivo de Canarias con su nombre, lo consideraba como algo anecdótico, pero realmente no fue así, según parece, se lo ganó a pulso.

Una cosa que recuerdo de la farmacia era, tanto la cantidad de Termalgín® vendidos, al igual que la de Orfidal®, eran los dos medicamentos rey; a pesar de que las estadísticas dijeran años después, como el que más se vendía era la Aspirina® de Bayer.

Este inciso, aunque pueda parecer anécdotico, está claro que rompe la hilaridad de la crónica.

Me quedaban escasos días de permanencia en el centro como profesor, así que intenté exponer lo mejor que supe las clases que me restaban; no dije hasta el último día, cuándo se me acababa el contrato. Afortunadamente, la chica que se sentaba cerca de mí, la marchosilla, la de tercero, faltó todo el mes, o casi todo (no sé el motivo), y menos mal; me extrañaba el influjo que tenía sobre mí, me tenía bastante preocupado. Pero ya digo, afortunadamente, y espero que no sea por nada malo, más que no le interesaran mis clases, no fue más por allí, pues no me hubiera hecho gracia joder mis clases por ella; mis clases y mi reputación, si es que tenía alguna. A la chica de los dientes muy limpios, intenté ignorarla, entre otras maneras, explicando las cosas, dándole la espalda a los alumnos, y mirando yo hacia la pizarra, muy mala técnica de trabajo, tal y como vería más adelante.

Estaba bastante estresado, con esto de trabajar, pararme, volver a trabajar, etc.

Llegó, como dije, el último día, y pensé en no dar clase, que se dedicaran a lo que quisieran; como observé no tenían una gran imaginación; los de segundo se pusieron a jugar a las cartas, yo participé con ellos. Me aburrí soberanamente, a pesar de hacer como si estuviese muy entretenido y divertido; no participaba yo de ese espíritu estudiantil de los adolescentes; les llevaba algunos años, y en ellos se cambia mucho, demasiado. Creo que gané alguna que otra partida, cosa que no me importó y mucho menos me importa ahora; había una chica que era la típica asombrada por todo, y me decía:

—Profe, "tal cosa" -o-, profe "tal otra".

Estaba siempre encima de mí, puede, porque me quisiera hacer la pelota, cosa que no ocurrió, y en todo caso, ya era tarde.

e-libro.net

Si alguno de esos ex-alumnos me lee y se ve reflejado aquí, siento no poner su nombre, pues en un mes, poco tiempo da de aprenderlos; sí los retuve durante ese mes, pero, después se me han ido olvidando con el paso del tiempo, y el no hacer por recordarlos.

En la de tercero, su característica era, que dos alumnos fumaban porros, uno más marchoso que otro, los dos eran los únicos hippies de la clase, los otros eran más normalitos; cada uno, según el grupo al que perteneciera, tal como les gusta llamarse a ellos: según la tribu urbana de la que forman parte. Les dejé hacer lo que quisieran el último día y a uno, uno gordito, no se le ocurrió otra cosa que ponerse a jugar al baloncesto, mientras me apremiaba:

—Venga profe, juegue profe.

—No, no, yo soy muy malo -le respondí.

Y realmente lo era.

Los chicos se pusieron a charlar; es increíble que prefieran charlar a leer o estudiar; pero así era realmente; no sabía qué hacer, si meterme en su conversación, quedarme en mi sitio, tras la mesa y sobre la tarima del profesor; ambas, también según parece, técnicas anticuadas y obsoletas.

Al final, uno de ellos, a pesar de sentir un gran cariño por todos los jóvenes, y que a la vez todos ellos, o al menos eso me da, se despidieron efusivamente, uno, como digo, se despidió dándome la mano en señal de enhorabuena, me emocionó mucho; otro, el de baloncesto mi dijo:

—Y ¿qué va a hacer ahora?

—No lo sé —le contesté.

-¡Siga con esto profe, siga con esto!

Por lo visto y según hoy veo, no era uno tan malo como pensaba; o al menos no lo estaba haciendo tan mal como creía. Y eso que usaba técnicas de estudio viejísimas, pues muy pocas me habían enseñado a usar durante las clases, o mejor a las muy pocas clases a que había yo ido, de las que pudiera sacar algún tipo de "recorte".

Gracias, gracias mil; quizás esa bien distinta despedida, fue lo que hizo que no me suicidara aquella Semana Santa, que por otro lado, tenía para mí muy poco sentido religioso.

Me daba rabia el verme siempre en la cama, y por los alrededores, rondando Tere, la que ayudaba en las tareas domésticas de la casa a mi madre. Hablaba esta joven (treintañera creo que era), hasta por los codos, excesivamente; de todas formas, mi madre estaba muy contenta con ella. Según tengo entendido presumía de tener el graduado social. No me explico cómo hay gente que se conforma con tan poco.

Se le notaba su cultura, pues una vez que limpió mi cuarto, puso en el ordenador en el lado derecho de la pantalla, un almanaque que me había dado Antonio Santana, lo pegó allí, cosa que más nunca ha ocurrido con otras, quizás su ansia de saber y de estar al día, le inducía también a saber en qué día estaba; de eso nunca estuve muy seguro.

Me daba una vergüenza enorme que me viera siempre en la cama, pero qué le iba a hacer si el sueño, según yo creía, causado por las pastillas, me dejaba siempre tan derrotado. Falso, no tomaba pastillas, tan sólo me ponía un Lonseren® inyectado al mes. Solía ponérmelo entre los días diez y veinte de cada mes, variaba tanto de uno a otro según lo despierto que yo pensaba debía estar. Me juego lo que sea que ahí actuaba más el efecto placebo que otra cosa. Piensen que tan sólo me inyectaba uno al mes, y por lo tanto no debía hacerme tanto efecto, entre otras cosas porque el organismo ya se debía haber acostumbrado a él, llevaba más de un año y medio poniéndomelo, así que calculen ustedes.

Después, al finalizar las clases, llegó Semana Santa; no hice nada en especial más que dormir, leer y salir de juerga; esto no me gustaba excesivamente, pues algo pensaba sobre el que eran días de dedicárselos al Señor. Mucho cuento tenía yo, pues bebía y bebía como cualquier fin de semana, si no más, pues me sentía amargado por estar en paro.

Creo que fuimos el Lu, Control y yo a un chino, al que solíamos ir; a la salida, nos íbamos al bar de enfrente, que se llamaba El Pasillo, precisamente por eso, porque era un pasillo que conectaba una calle con otra, se veía pasar a mucha gente por allí. Nosotros llegábamos de los primeros y en seguida se llenaba.

Según dice mi hermano Saso Madrid tiene una extensión similar a toda la isla de Las Palmas. Yo comparando a ojímetro, creo que Madrid es incluso mayor que esta isla, a cuya urbe se le llamaría capital de provincias, aunque alguien pudiera decir que más que capital, es un pueblo; a mí no me parece tal, pero sí sé que es pequeña.

Un día, hablando con José Manuel, el marido de Rosa María, le dije:

e-libro.net

—José Manuel, a ti te gusta más esta ciudad que Málaga —que creo que es donde nació.

—Me gusta una ciudad con no muchos habitantes, de aproximadamente quinientas mil personas -no estoy seguro si me dijo esas cifras, o de unos trescientos a seiscientos mil, y como no recuerdo cuál de las opciones refirió, redondeo y así no peco ni por defecto ni por exceso.

Me dio una buena, pues veía cómo yo empezaba a echármelas de que aquí éramos ciudadanos de una capital, tal y como presumen la mayoría de los madrileños de la suya. A mí ese chovinismo capitalino me repatea; aunque con esto, quiero yo ser chovinista de mis afortunadas islas, las cuales aún no me las he recorrido todas.

En Santiago, me sentí desarraigado, y eso me llevó a lo que me tuvo que llevar: a la esquizofrenia. Ya hoy pienso que es una enfermedad, aunque aún en esa época, seguía pensando que era cosa de brujería, y más concretamente la perpetrada por Felipe González Márquez hacia mi persona.

Seguía aún este individuo, durante las noches, dando la tabarra, o quizás, yo me consideraba tan importante como para ello. ¿Quién se iba si no a ocupar de un número más de España, e incluso en mi ciudad era un simple número más, si no era D. Felipe?, sí, yo era el único que le podía hacer sombra; motivo este por el que me visitaba todas las noches, al igual que Juancho; no es de extrañar que ellos estuvieran siempre muy atentos a la hora en que yo me iba a la cama, y ya allí me sobrevolaban, y no recuerdo que mil y una cosas me hacían; sé que confiaba en Juancho, aunque pobre de mí, ir a confiar en un mortal, por mucho que este sea.

De Felipe González, no me fiaba lo más mínimo, no me fiaba nada, le encontraba rastrero; aún le seguía en su papel político, y veía como cada vez se rodeaba de más y más chorizos. Digo chorizos, aunque ellos no se sintieran tales, pero ojo, igualmente digo que seguro que la mayoría de nosotros tiene algo de chorizo (vean que no digo todos, pues seguro que alguno al menos uno se salva, así, “El que esté libre de todo pecado que tire la primera piedra”).

Seguía comprando libros por medio de clubes y por mis visitas a librerías, ferias y locales de compraventa; de estos últimos estuve buscando al que yo iba en mi niñez y adolescencia, no lo vi nunca más abierto; siempre que pasaba por allí, me daba la sensación de oler a papel viejo. Estaba en una de las calles que se han hecho peatonales, con lo que no está tan contaminada como el resto de la ciudad.

La compraventa, la única que yo conozco de mi ciudad exclusiva de libros, está en la calle Montevideo, en la misma calle donde vivía Miguelo, quien no tenía mayormente el gusto por la literatura, entendido este como tal al de la lectura de novelas, pues si nos referimos a “la literatura científica”, a esa sí que era bastante aficionado; le recuerdo ver en El Corte Inglés, de pie leyendo libros científicos; sí, me daban celos de él; “si pudiera ser como él”. A pesar de que me había dicho una vez terminada la carrera:

—Yo nunca decía lo que sentía.

Yo a eso hoy lo llamo prudencia aunque él lo llama hipocresía.

Me hacía un poco recordar a lo que me decía Braulio sobre mi padre:

—Él no era como se hacía.

¿Pero es que no actuamos todos nosotros continuamente, incluso en nuestra propia casa, y no adoptamos cada uno un rol, al que creemos que pertenecemos y que nos es propio?; siempre estamos adoptando distintos roles, el de padres, el de hijos, el de oficinista, etc., etc.

Y ¿no es el rol, la careta que nos ponemos: nuestra actuación? ¿Sí?, pues por tanto, apenquemos con ello, e intentemos hacerlo todo lo que hagamos lo mejor posible, lo mejor que sepamos, tal que trabajemos hasta quedarnos exhaustos, que seguro que eso no pasa con frecuencia. Pues como todo, hay que ejercitarse y experimentar más y más cada vez, no se preocupen que nunca se llega al límite, y eso que quizás yo, por mi brote, sea el menos indicado para decirlo pero es lo que creo; no discuto que mi actitud sea por leer siempre cosas positivas, y quizá por ello uno vaya de mal a mejor, la mayoría somos así, salvo algún que otro jodido cabrón que nos quiera inutilizar. Los demás, progresamos, pero ojo con esos, aunque pienso que son los menos. Pero sí, hay algunos.

Yo espero no ser de esos, al fin lo veré, o me verán ustedes.

Me pareció muy poca cosa lo aprendido durante esos años, y aún me sigue pareciendo. Seguía pensando en hacer otra carrera, y después de ella dedicarme a escribir.

Qué carrera hacer, aún no estaba seguro.

Empezaba a pensar sobre quién sobrevive a quién, si el bueno al malo, o el malo al bueno, todavía no lo tenía claro.

e-libro.net

Uno de los días que fui a la farmacia a firmar las recetas como siempre, D. Rafael habló conmigo preguntándome:

—Y tú ¿cuánto ganas dando clases?

—No sé exactamente, pero creo que sean unas doscientas mil.

—Pues yo te puedo pagar eso si vienes a la farmacia.

No le dije ni que sí ni que no. Me imagino que no le dije nada, y que él me debió decir algo como:

—Bien, piénsatelo.

No sabía qué pensar, si estar contento o no. Había una serie de ventajas a saber:

• Mi casa estaba muy cerca de la farmacia y yo en las clases, no sabía dónde me iban a mandar.

• Cobraría más por un trabajo que ya sabía en qué consistía.

• Eso mismo, el trabajo ya sabía en qué consistía.

• Con las clases estaba bastante estresado.

En fin, así una serie de ventajas e inconvenientes, que inclinaban la balanza a favor de la farmacia; mi gran inconveniente era que la botica me ocupaba todo el día; aunque que más daba estar puteado uno o dos años más, si después iba a tener mi propia farmacia, y encima tendría más experiencia si trabajaba para C...

Empezaba a inclinarse la balanza a favor de la farmacia, aunque pensaba que estando allí nunca podría estudiar otra carrera.

Lo mejor de las clases: que era jornada continua y un máximo de cinco horas al día.

Estaba comiéndome el magín con estas cosas cuando de buenas a primeras me volvieron a llamar de Educación y Ciencia; ahora era del Instituto de Tafira; requerían allí mis servicios.

A mi, en principio el ir “tan lejos” no me gustó mucho; que si guaguas pa’rriba y pa’bajo.

Me había hecho un vago, y con la farmacia al lado de mi casa, cualquier nimiedad, como podía ser recorrer unos diez quilómetros desde la capital, ya me parecía todo un gran esfuerzo.

Fui al instituto, algo desganado y bastante tenso; iba mirando todo con gran concentración.

Fui en guagua, que por desgracia no había directas hasta allí, de todas maneras solían pasar con bastante frecuencia, al menos eso me habían dicho.

Al llegar a la zona, tras preguntarle al chófer dónde era el instituto de Tafira, me bajé. Iba con mi “chamarruquí” de cuero, haciéndome el mundano, aunque más oportuno sería decir el pasado de rosca.

Allí antes que nada, fui al bar, el único que había por las inmediaciones, a tomarme un cortado; para ser sinceros, no me atendieron nada bien. Yo me pregunté: “¿Y aquí es dónde vienen los profesores a tomarse el cortado?, pues me parece bastante cutre, y muy malo el servicio”; recordaba que era precisamente de ese sector de servicios del que yo me quería retirar.

Después de concentrarme en el bar, sobre cuál sería mi estrategia a seguir, o sea que tenía que ir al instituto y allí presentarme, lo hice; no recuerdo con quién me pasaron.

Casualmente recuerdo que ese día había reunión de seminario.

Me imaginaba que a ese colegio iban todos los niños ricos, efectivamente todos los pingajos de los chalets de alrededor del instituto debían confluir allí, a no ser que los padres metieran a sus hijos en centros privados; no sé si por allí hay alguno.

Pero bueno, primero era ver qué tenía que hacer.

Me presenté a una profesora que casualmente, también me había dado clase de matemáticas; otra batata; creo, o al menos eso me pareció, que me reconoció.

Me extrañó el detalle de verla con ropa de calidad, pero algo (por no decir muy) desteñida. Era de la marca del cocodrilo, pero ya de tersura en la prenda, quedaba poco, seguro que no la lavaba con “Perlán”.

Me fui con ella y con un animalito, pues según me pareció de Homo Sapiens, tenía poco, era de modales bruscos, no tengo ni idea de si las matemáticas le habían embrutecido, o si realmente, la falta de más matemáticas y otras materias, eran precisamente las que lo habían hecho así, era en mi primera impresión, un baturro.

Me consideraba mucho más educado y caballero que él, al menos esto yo lo asemejaba con ser refinado; quizá por mi excesivo afán de hacerme y parecer distinto a los demás.

Este solía vestir con un pantalón vaquero y un niki de manga corta. Yo llevaba una camisa de manga larga y la chamarra (la de mi padrino); aún así seguía teniendo frío; ese joven debía ser de las altas montañas para ir tan ligero de prendas y no sentir el frío.

e-libro.net

Primera mala noticia, me tocaba dar clases a COU. “¡No, Dios mío, me tocó a COU, que allí ya empiezan a ‘controlar’, y se van a dar cuenta que yo no tengo ni idea!”; me entró auténtico pánico al ver lo que se me venía encima.

A la que sustituía, era una chica joven, quizás de mi edad. Acababa de sacar ese años las oposiciones, y para celebrarlo, se quedó embarazada; pues ya podía pedir meses de permiso, la baja por maternidad, sin miedo a que le quitaran el puesto de trabajo; no, seguro que fue “un accidente” (aunque estuviese bien programado).

A la chica, le pregunté sobre qué libro usar; ella me dijo que era el primer año que daba a COU y que no tenía mucha información sobre libros y demás. O sea que se había pasado el año preparándose esas clases. Recuerdo que llevaba un traje minifalda que le quedaba holgado; era de verano, y no llevaba más prenda de abrigo. Del resto de la gente del seminario no me acuerdo.

Estaba enfermo, haciendo aguas por todos lados, al saber que debía darle clases a COU. Yo, al igual que me ocurrió a mí, pensaba que debían estar todos controlando, y máxime con la selectividad encima; esa sí era una baja de un mes y medio aproximadamente, y después, vacaciones. Pero ese mes y medio, debía ir a todo meter; a la que debía sustituir sólo había dado un tema y pico y yo antes de dos semanas, pues ellos eran los primeros en acabar allí, debía dar un mínimo de dos temas más. “¡Pero bueno, esto es imposible, cómo voy a dar esos temas en tan poco tiempo!”

—Y ¿por qué parte vas?

—Por matrices.

“¡Mi madre, si de eso casi no me acuerdo, pues sí, en las matemáticas de primero lo di, o sea que me tengo que pegar una empollada de alucine!; adiós ‘finde’”.

Estas y muchas más cosas me daban dolor de cabeza. Hacían que sintiera una opresión en el pecho y grande; sí, la ansiedad me estaba corroyendo.

—Pero bueno, aconséjame al menos un libro.

—No, no —decía la que yo iba a sustituir—, eso te lo dice ella —refiriéndose a la profesora que me había dado clase.

Ya no sabía qué hacer; estaba seguro que a esa profesora yo le caía mal; y estaba también seguro, que era porque yo tenía una carrera de mayor prestigio social que la de ella. Tuve esa impresión al verla, algo me decía que realmente pasaba eso, ni por un momento me dedicó ni una sonrisa de las que era bastante pródiga con los demás. Ay, que bien me habría venido una palabra amable.

Le pregunté que si por favor me podía aconsejar algún libro con el que pudiera prepararme las clases. Ella me indicó uno, me hizo ir a la biblioteca y allí sacarme el carné de lector, eso hice y saque el libro que ella me indicó. “Uf, menos mal, al menos ya sé que hacer, estudiar este fin de semana a todo meter”. Bueno, parece que la cosa se iba a enderezar, bien, bien.

Quiero recordar que ese fin de semana, no salí, para aprovecharlo, estudiando; era difícil de creer pero no imposible.

Cosa insólita, Tomi había empezado a hacer guardias en la farmacia; había entrado en los turnos, y ese domingo le tocaba a él. Pensando que iba a ir mucha gente, y como Álvaro no iba a hacer la guardia, me dijo si a mí me importaba ir por allí, a echarle una mano; le dije que si era el domingo por la mañana sólo, no me importaba; esperaba que no fuera todo el día; estaba desesperado, pues tenía que estudiar muchísimo y aún no había empezado.

El sábado se me había ido pidiendo a los demás, entre ellos a Quillo, mis libros y los de ellos, de matemáticas.

Había empezado a leerme el libro, y ya me había empezado a volver el estrés, pues no podía entender lo que ponía el libro de matemáticas, no era eso lo único ni lo más importante, ello era lo siguiente: ¡El jodido libro, no tenía ni una fórmula, y ya me podrán explicar ustedes, cómo les iba a explicarles las matrices y los determinantes, sin fórmulas!

Estaba cada vez más acelerado.

A la farmacia, me llevó Herse, quien iba un poco más tarde, quizás para llevarme a mí. Pues si no supuse que habría ido con Tomi.

Cuando llegué, no había ni un alma en la farmacia.

e-libro.net

Me senté en el sillón que allí había (en un sofá cama que se lo había comprado a Tere, “la de los colchones”, con la finalidad de dormir en él durante las guardias). Era estampado y no muy resistente, igualito, que el que mi madre tenía para dormir ella. Lo básico para poder sentarse y hacerlo cama.

Estuve en la farmacia un par de horas, durante ese tiempo, pasaron los padres de Tomi, y como siempre su madre se metió conmigo, esta vez diciéndome:

—Estás más gordito ¿no es verdad Antonio?

—Sí, sí —le contesté.

Mientras, pensaba: “¿Por qué se tendrá que meter siempre conmigo esta mujer? No le basta ya con saber que su hijo está mucho más montado que yo, en fin que querrá de mí esta señora”.

Siempre, siempre, me tenía que decir algo. Por cortesía, esperé que se fueran, poco después, le dije a Tomi.

—Según parece, aquí ni hay, ni creo que vaya a haber movimiento (a pesar de que aún ninguno de lo dos descartábamos del todo, que la farmacia se llenase), así que yo me voy.

Herse dijo que ella me alcanzaba, yo no quise. Al final no recuerdo si ella me trajo o yo cogí la guagua. Recuerdo que iba vestido con un niki blanco de manga larga, y una rebeca en tonos verdes y amarillos estampada horterísima, la misma que había llevado al evento de mi prima la abogada. No me gustaba mucho el conjunto, quizás por eso lo recuerdo, pues no iba perfectamente conjuntado, tal y como a mí me gustaba, a pesar de no conseguirlo siempre.

Herse le había llevado la comida y Tomi había comprado refrescos y cerveza; a mí se me apetecía un refresco pero no se lo pedí, y a pesar de él invitarme a comer lo que quisiera, yo le di las gracias pero no acepté.

Con cierta desazón (por decir algo), dejé a Tomi en la farmacia. Yo fui a comer a mi casa; él debía saber que yo estaba presto a echarle una mano en lo que fuera, pero de ahí a estar perdiendo el tiempo sin hacer nada, había un abismo, y eso es lo que empezaba ya a mosquearme.

En pago de los favores que hacía a Tomi, y él queriéndome recompensar, me invitaba luego a cenar los tres; a mi esto me gustaba mucho, pues yo no acostumbraba a ir a sitios lujosos, si no era con ellos. Con mi familia, iba siempre a sitios baratitos. Miento, con Saso y Juancho, iba a sitios caros, pero no era lo habitual; ellos aún, y yo no sabía si lo harían, no se había casado, y vivían emparejados en Madrid, en casa de mi hermano Saso.

A Juancho, parecía que mi hermana le traía suerte; empezaba a ser cada vez más famoso en España, y creo incluso en América del Sur.

Recuerdo como Saso, me dijo que la mujer de él, les seguía a todas partes, al principio, y le decía a Juancho, supongo que ya desesperada.

-¿Si quieres? Yo también me rizo el pelo -que era como mi hermano Saso lo usaba y usa, una melenita rizada.

Saso decía:

—Pero bueno, qué estupidez.

Sí, pero cuando a uno o una le dejan, no sabe qué hacer para atraer a su ¿amado? (mejor acompañante, ¿no creen?, pues la mayoría de las veces se está con el compañero por rutina).

Tomi a veces, y para dejar claro que él era el jefe, estaba sin bata en la farmacia y despachaba con ropa de calle.

Recuerdo, cómo un día, a última hora de la tarde, le dijo a un chico, sin conocerle, y al que, estimo yo que prematuramente, tuteó, diciéndole:

—No, mira, el farmacéutico, es el único que puede cambiar el medicamento a tomar.

El cliente no aceptó y se fue. Hoy pienso que algo merecido se lo tenía por tutear tan rápidamente, y no tratar cortésmente al público, y en segundo lugar, por echárselas de farmacéutico. Este último defecto lo tenemos muchos, yo entre ellos me incluyo, pero intento disimularlo. Cada vez estoy más orgulloso de mi carrera, aunque también pienso que no vale gran cosa. Mi padre, según me enteraría más tarde, tenía tres, y de muy poco le valieron; sí, quizá en el mundo laboral le sirvieran de algo; pero lo que es como realización personal, me da que de muy poco.

Bien, me fui a mi casa, y en mala hora, pues empezó otra vez mi sufrimiento, y se aumentaba mi ansiedad. No era posible explicar las matemáticas con ese libro.

e-libro.net

Llegó el lunes y aproximadamente el miércoles tenía mi primera clase de COU. Nada más llegar, hablé con los profesores veteranos, y les dije lo que pasaba; ella me llevó a que cogiera otros libros. Yo, ya estaba bloqueado, y no hacía más que pensar en que no me daría tiempo de explicar nada a los de COU.

Empecé a dar clases y en primer lugar tenía a gente de primero y segundo. Estos no me preocupaban, a pesar de estar al loro para ver si eran gente de dinero o no. En honor a la verdad, diré que realmente había de todo, mucha ropa de marca, pero también mucha ropa desteñida.

Como ya había hecho en otros centros, empecé las clases, poniéndoles un examen. Así pasó el primer día; los alumnos eran bastante tranquilos; el que estaba taquicárdico era el menda.

Por la tarde intenté estudiar, pero no me pude concentrar. "¡Ya está, ya basta!, me pongo a trabajar nuevamente con C...", decidí finalmente.

Con esta idea, la de dimitir, me fui al trabajo al día siguiente. Uno de los días, la misma profesora me había llevado a Las Palmas, y me había dejado en el "Puente Piedra"; todo con muy mala cara.

Ella dijo ese día, el que tenía pensado dimitir, que ella se encargaría de dar la clase de COU; no lo podía soportar, semejante humillación, según pensé; a pesar de que ya había pensado, que de ser así, le compraría una joya de más de cien mil pesetas, la mitad de mi sueldo, si no más, al terminar el curso.

No estaba del todo convencido, y le dije:

—No, mira, yo me retiro.

Fuimos a hablar con la directiva del centro, allí, me preguntaron si quería aceptar las condiciones y me dijeron:

—Y ¿a los otros cursos, les darías clase?

—Sí, a esos sí.

No les dije que tenía pánico de presentarme ante los alumnos de COU, sin tener idea de la asignatura; era un impresentable por no saber matemáticas, pero la profesora me podía haber ayudado algo más, aunque sólo fuera un poco, y no al final, quedar ella por una excelente persona y yo como un "pringao" ignorante, que de acuerdo que lo era, pero no era cuestión de quedar uno solo mal, aunque al final, fue eso lo que pasó.

Me dijeron por qué no quería aceptar esas condiciones.

Me lo pensé algo y cabizbajo, les dije:

—Porque no me parece ético.

—Déjate de éticas y boberías…

No recuerdo que más pasó, lo cierto es que me vi en la parada de la guagua, a la que tuve que esperar una eternidad; estaba como en una nube, sin saber qué ocasión de oro había perdido. Estaba atolondrado, no sabía bien lo que había hecho. "Menos mal que tengo la posibilidad del otro trabajo, y ahora cobrando más, y cerca de mi casa; pues bien, no he hecho tan mal negocio…"

Tenía que ir a darme de baja en Educación y Ciencia.

Llegó la guagua y la cogí.

Fui a las oficinas de Educación, y allí me dijeron que fuera a otro sitio, donde me dijeron que tenía que hacer una declaración jurada, en la que constara que me iba voluntariamente. Eso hice, le leí la declaración a un funcionario y me dijo que estaba bien, se la entregué y me fui. Andaba por la calle General Franco al salir de la Consejería, y me encontré a Miguelo, quién me saludó y me dijo:

-¡Oh Gordo! te llevo para tu casa, si vas para allá.

—De acuerdo -le contesté.

Íbamos en una moto, Miguelo llevaba casco y yo no, aún en esa época no era obligatorio llevarlo; no sé qué boberías nos dijimos, al final me dejó por mi zona aunque no me llevó exactamente a mi casa, pues iba a hacer deporte por el Club Náutico.

Nos despedimos con las mejores intenciones, aunque todo nuestra vieja amistas, se iba quedando en eso, al menos hasta el presente día. Llegué a mi casa, y le conté por encima lo sucedido a mi madre. Ya no recuerdo que más hice ese día. Al siguiente, llamé a D. Rafael, para ver si podía hablar con él. Llegué a la farmacia, y me atendió en la oficina de abajo, le dije:

—Mire, D. Rafael, que me he pensado lo que usted me dijo, y he decidido aceptarlo.

Me contestó:

—Bien, pues ahora cuando empiece el mes empiezas a trabajar otra vez.

e-libro.net

No me explicaba por qué no me dijo que desde ya podía empezar, seguro que para no darme la impresión de que me necesitaba mucho; lo que él no sabía era que yo lo necesitaba más aún a él, bueno, a su dinero, pues bien podía haber sido otro mi jefe, siempre que me pagara lo convenido; pero fue él, y a él acudí. Desde aquí: "Gracias, mil gracias"

Esperé pues, unos cinco o seis días, y como supuse, no cobraría ni un día de los trabajados en el instituto de Tafira; habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo; pensaba: "Aquí no me gustaba trabajar, pero ya no recuerdo por qué, sé que se trabajaba muchísimo, pero ¿era por eso sólo? No me acuerdo, ya lo vería, total, no debe ser tan fiero el león como lo pintan".

Empecé a trabajar, y al cuarto o quinto día, entré exhausto a la rebotica, y con un grito no muy alto, aunque si desgarrador, me apoyé contra la mesa de dentro. Todos se me quedaron mirando, como preguntándose que me pasaba.

—Estoy supercansado —exclamé.

Todos hicieron una especie de mohín, muchos, como de descanso por no ser nada más grave y me dejaron solo. Por un momento, y sin pretenderlo, fui el centro de atención de todos.

Charli no hacía más que repetirme, que había gente que estaba celosa de mí, hoy me pregunto si el más celoso y el instigador del grupo de enemigos no sería él, aunque se disfrazara de cordero, siendo él mismo el propio lobo. Los de mi alrededor seguían progresando; yo también progresaba, aunque era casi un retroceso, por lo que diré mas adelante.

Javier Núñez, se puso a trabajar de forma ilegal en el sindicato de sanidad; es una cosa que nunca me he explicado, y es cómo dan trabajo ilegal en un sindicato, cuando es este quien debe luchar porque se cumpla la ley, y proteger al trabajador; nunca lo entendería. El Lu, quería ese trabajo, pues con un par de horas en él, se llevaba un sobresueldo de casi cincuenta mil pesetas al mes. Era increíble, que teniendo solo hasta octavo de EGB, estuviera ganando casi como yo que era un universitario; ya sé, que a mi me parecía la carrera más larga, por todos los años que perdí, pero si me pongo a pensar, lo lógica sería haber terminado a los veintidós o veintitrés años, no como yo, sobre los veintisiete, cinco años o cuatro después, y de esos dándole a los apuntes a piñón fijo; era un simple desgraciado.

Políticamente España estaba ardiendo, estaba llena de chorizos, y de eso entre otras cosas hablaban Juanito y D. Rafael, a mi nunca me pidieron mi opinión, por lo que no la expuse; no sé si se me vería el plumero, que yo era un poco liberal. De D. Rafael, no me extrañaba que fuera de derechas, lo que sí me extrañaba grandemente era de Juanito, quien prácticamente no tenía donde caerse muerto, y aún así lo era. Se traba de un simple empleado, aunque él no lo decía por eso, sino porque decía:

—Con Franco se vivía mejor.

Yo le contestaba:

—Yo con Franco viví poco, pero francamente vivo ahora mejor que siendo adolescente.

Las putadas de mi padre, se las atribuía de ser típicas de los de extrema derecha.

No achacaba mi enfermedad a los socialistas, a pesar de ser ellos y su sensacionalismo periodístico, quienes me jodieron; y me jodieron de verdad.

Una cosa que me extrañaba una barbaridad, es como el Lu siempre besaba a su madre en los labios, en la boca; ojo, no con un beso de tornillo, pero sí se besaban los labios; esto me sorprendía grandemente, aunque lógicamente nunca le dije ni le he dicho nada al respecto.

A decir verdad, las condiciones de la casa del Lu, dejaban mucho que desear. Ningún cuarto daba para la calle. O sea no tenían ventanas ninguna. Todo daba a un patio interior; pero que tampoco ayudaba mucho a unas condiciones de vida higiénicamente saludables.

Las habitaciones, sin embargo, eran bastante grandes; a la de la madre, yo casi nunca entré, a no ser por un par de veces, a ver algún programa en la tele, incluso así me sentía incómodo en el cuarto de su madre.

Cuando era verano y apretaba el sol, nos íbamos a una habitación, que estaba frente a la alquilada a doña Lucrecia.

El Lu se mostraba como el dueño de la casa, sin serlo aún, pues allí vivían casi tres familias, siendo cinco personas, bastantes, en esa su casa.

Yo jamás, ni besé, ni espero besar nunca a mis familiares con mi boca. Tan sólo lo haría a mis novias, y no a todas, la que más a Águeda, y eso que le daba muy pocos besos de tornillo.

e-libro.net

Aun no me explico el por qué Águeda siempre hablaba del respeto y como Ramonsi y Candelaria se lo habían perdido entre ellos, y sin embargo, han durado más que nosotros, que no nos perdíamos el respeto. Quizás, para ella el respeto era no tirarse peos uno delante del otro; en los años que con ella estuve, tenía mucho más educados a mis esfínteres que ahora, los cuales largan ventosidades a cada paso.

Aunque Domingo José, el hijo de mi padrino, me dijo un día asombrado, cómo su padre se había ido de juerga con él, a mí no me extrañó esa reacción de mi tío, a pesar de siempre decirme:

—Porque yo no sé, ¿qué tienen que hacer los jóvenes a partir de las doce en la calle?, cuando esa ya es hora más que sobrada para estar en sus casas.

Y seguía hablando de cuando él y su mujer eran novios, que nunca dejó a su mujer, en casa de sus padres, no recuerdo si más tarde de las nueve de la noche.

Me gustaría que este libro triunfara, sobre todo para demostrar a muchos y especialmente a Águeda, como el genio, no nace, se hace; no discuto que posiblemente tenga yo demasiadas ínfulas con eso de autodeclararme como un genio. También me gustaría demostrar como el de escribir es un oficio, sí, un trabajo como otro trabajo ejecutivo cualquiera, a pesar de que algunos digan que en el arte no entra la inteligencia; también creo que el que ejecute acertada y adecuadamente las órdenes, tiene algo de inteligencia, si no, ya me dirán ustedes entonces quién es inteligente: ¿el que se vende por un poco de jaco?, no sabía yo que el pincharse y el autodestruirse, sea de personas muy listas. Sé que son enfermos; pero son enfermos por no cuidarse, y algunos porque no quieren cuidarse; no digo que no haya alguno que no sepa como salir, pero es cierto que hace más el que quiere que el que puede.

Yo mismo, si quisiera, alegaría inutilidad mental, y exigiría el cobro de una paga, pero no, prefiero buscarme los garbanzos, mientras me sea posible.

En sentido literal, no me estoy ganándolos, pues yo no me alimento, sino que verán quién.

Acostumbraba, bueno, esta palabra está mal usada, pues debería decir, de vez en cuando, hacer gimnasia en mi cuarto, en el que me quedaba muy poco espacio para ello, a lo más, dos metros por uno es lo que tenía de espacio en mi cubículo.

Empezaba a comprarme colecciones de libros por las ventas por correo; eran las primeras grandes tandas de libros que tenía. Estaba orgulloso de ellos, y me ponía a leer de vez en cuando alguno, de los comprados en esas colecciones; generalmente eran de autores clásicos, aunque también compré algunos de temas varios, y algunos de escritores en lengua española modernos; no digo modernos como perteneciente a ese estilo, si es el que se usa hoy día, sino que me refiero con ello a actuales; estas dos últimas son de los que menos he leído, casi siempre por falta de tiempo, no porque no me guste leer; todo lo contrario, esa es de las cosas que más a gusto hago; a pesar de ser motivo de disgusto para algunos, a los que no sólo negativamente critico, sino también a los que me rodean, que pienso piensan que estoy perdiendo el tiempo. Yo a veces, también.

El exceso de cigarros, me hacía incluso pensar, en caso de que tuviera un futuro brillante, en que no podría tener obras de arte, más que nada porque las deterioraría. Me refiero a cuadros y demás, a libros no, pues yo tenía algunos, y mi tío Joaquín, muchos, y los dos fumábamos como carreteros; yo quizás más que él. Algo me preocupaba; pensaba en cuadros como “El caballero de la mano en pecho”, de El Greco, si estaría tan oscuro por estar expuesto a mil y una clase de contaminantes.

Fumar por placer, no lo hacía, sino por vicio; eran muy pocos los cigarros que fumaba gratamente, a no ser alguno que otro en casa del Lu; antes de hacer cualquier cosa seguía diciendo: “Después de este cigarrito hacemos ‘tal o cual cosa’”.

Me dejó asombrado, cómo el Lu dejó de fumar durante ocho años. Según él, gracias a Dios. A mi esto, en esos momentos, se me hacía muy difícil de comprender, y no recuerdo, si de creer también, más bien, no sabía cómo.

Algún sábado me tomaba, sobre todo en verano, alguna cervecita en casa del Lu, aunque ya casi no bebía cervezas normales, sino las Lights, las bajas en graduación alcohólicas, dicho bien; al principio esta no me gustaba, pero con el tiempo, serían las únicas que tomara; eso sí, después, me hartaba de güisquis, o sea que mi abstención alcohólica, bien podría ser al revés, como por ejemplo ocurría con Julio, quien sólo bebía cerveza, y aseguraría que ningún otro tipo de bebida más dura.

Otro que también le daba al alcohol poco, era Jacinto, quien se tomaba generalmente cuando iba a jugar al fútbol con el equipo de veteranos, al terminar el partido, dos cubatas, nunca uno más. Cuando salía conmigo, le pasaba igual, dos cubatas, nunca uno más, ese era su límite y su norma. Bien por él. Charli y yo sin embargo, más

e-libro.net

desarrebatados bebíamos bebidas espirituosas a mansalva, toda la noche copa tras copa. Siempre pagaba yo, cosa que aunque aquí les parezca algo anecdótico, no lo era tal, más bien, me tocaba los cojones. Encima nunca se sinceró Carlos conmigo.

Estoy seguro que le pagué todos los vicios al condenado gemelo; para colmo, a veces también venía su hermano, bastante parecido, pero este era más gordo, mas redondo; Charli también estaba gordo, aunque comparándose conmigo, se la echaba de flaco: "Voto a tal, que esto no era cierto"; un día en la playa, se daría cuenta como, a pesar de que no lo pareciera, estaba más flaco, y más en forma que él.

Según las autoridaes sanitarias, empezaba a ser cada vez más peligroso el no usar el preservativo, en las relaciones sexuales. A mí eso no me pasaba, pues mis contactos, no ya eran escasos, sino nulos; mucho ir a ver mujeres, pero después enrollarme con ellas nada.

No puedo encuadrarlos en un año, aunque sí en una temporada, y era en esa, cuando vi por la tele a un recién licenciado o que le faltaba poco para terminar derecho; era joven y sudaba abundantemente por las axilas; ganó en el concurso: "A jugar" del malogrado Joaquín Prat (creo se escribe así) le llamo malogrado, pues como murió en activo, pero uno no sabe si pensaba seguir trabajando, o ya preveía su jubilación, que todo es posible. No recuerdo cuánto ganó, pero sé que bastante, como mínimo la casa y el coche y creo que algo más se sacó. Según Jose, era una buena manera de acabar la carrera. Yo en cambio pensé: "Si lo ven los profesores, lo tendrá difícil para acabar la carrera, y si ya la terminó, para abrirse camino en la abogacía; no iría el joven a poner en un currículum, cómo había ganado las pertenencias que tenía".

Esto de todas maneras, no eran más que suposiciones mías. Seguro que era porque yo tenía otro concepto de la facultad, gracias, sobre todo a Arturito.

Tenía pánico y lo sigo teniendo a los de COU; más que porque dijeran de mí que era un batata, un ignorante, que no sabía ni explicar (esto pase, o se puede tolerar más o menos), sobre todo, porque vieran que no tenía ni idea de la materia, cosa que sí me preocupaba grandemente, y con lo cual, quizás eché a perder una gran posibilidad de futuro.

En los libros hay que saber leer entre líneas, tal y como me gusta a mi hacer con los libros; en este, mi libro, no tengo ni idea si dejo entrever algo en medio de sus líneas. A fuer de ser sinceros, creo que no. Sí pensaba antes, sobre todo al principio, que se podría sacar alguna conclusión de este libro; hoy aún pienso que se podría sacar algo así como: "Los marginados también contamos", siempre que yo sea un marginado, lo cual a veces creo que es cierto, y otras no. Pero en fin, veremos en el fin lo que ocurre (valga la redundancia).

Ayer estuve leyendo algo sobre un artista del gremio, no tengo ni zorra idea de si sé o no, crear arte; quizás lo que esté haciendo sea simplemente hilvanar una cosa tras otra, y creo con ello que ya haga arte; no creo tampoco mucho en el arte por inspiración, sino como digo en el del trabajo y la constancia. Tampoco estoy muy seguro de que lo que estoy creando, sea una sucesión de hechos conectados y con cierta secuencia lógica; a esta conclusión, ya había llegado antes, motivo por el que tengo pensado llamar a esto, por lo pronto, y a pesar de haber pensado en otros títulos, como ya he dicho.

Es curioso ver como el anagrama de farmacia, es una copa rodeada de un áspid, y es precisamente ese tipo de serpientes, bueno esas y cualquiera, pues incluso las boas (de éstas, prácticamente no entiendo nada), me dan pánico; no se como puedo defender una profesión en la que esto ocurre. Espero no ser el único; pero cuando pienso que me puedo levantar y ver una serpiente en mi casa me entra auténtico pánico.

No es un miedo infundado, ni a lo imposible, pues una tarde, vi a un chabolista frente a mi casa, con una serpiente enrollada entre sus brazos; me dieron incluso ganas de vomitar ante tal visión.

Ha sido años y meses después, cuando me di cuenta de lo importante que fue en mi vida, cuando el señor Vila me dijo:

- Sí, está usted aprobado.

Aún recuerdo cómo estábamos los dos situados en un lado del pasillo, yo en el de enfrente, lo más alejado posible de él, y algo retrasado; lo justo como para que no se viera el catedrático molesto por mi presencia.

Tampoco quería que se diera cuenta de lo sedado que estaba, aunque me imagino que esto era más difícil de ocultar, o disimular. Todo porque el Dr. Henrik, pensaba que la cantidad de pastillas que llevaba, era necesaria, yo siempre la consideré excesiva; me molestaba el tener que depender de estas sustancias, sobre las que aún no están suficiente demostrada su inocuidad, me revelo ante ellas. Según ellos, los médicos dicen, es preferible los beneficios sobre los efectos indeseables o secundarios; claro, porque la mayoría de ellos no se los toman, o al

e-libro.net

menos eso creo. No ocurre lo mismo conmigo, quien receto cosas que me acostumbro a tomar; en algunas, con el tiempo, me he dado cuenta que estoy equivocado, con otras pienso que no he estado desacertado.

"¡Dios!, que relajante y satisfactorio me ha sido ese: 'Sí, está usted aprobado'".

Ha sido más importante incluso que el aprobar Broma, incluso antes de acabar de cursarla; y menos mal que sabía esto, pues si no pudiera ser que como estaba hubiera preferido no presentarme, aunque esto último me extrañaría algo, pues soy de los que opinan que el capitán debe ser el último que abandona el barco, aunque a veces no me incluya entre estos.

Los fines de semana, ya no sabía donde ir, me estaba degenerando cada vez más; a veces iba con Ramón y Carlitos, a casa de unos amigos, de ellos, y allí esnifábamos coca y bebíamos güisqui. Jose, el dueño de la casa, era ingeniero, él y yo éramos los señores, y aunque más drogatas, en definitiva éramos quienes más posturas de caballeros poníamos.

Vivía él, en un piso que era magnífico; ojalá lo pudiera tener o uno por el estilo, yo para mi.

Jose, era como digo ingeniero, aunque trabajaba en el pequeño negocio familiar; en el que alguna vez que voy a sacarme alguna foto, veo los diplomas de asistencia a cursos de fotografía, y me pregunto, si no serán como muchos que yo tengo, de tan sólo una semana de asistencia, o por ahí, en los que prácticamente poco se aprende; bueno, es falso, algo, sobre todo respecto a los profesores se comprende.

Sobre todo, si los profesores están preparados, pues más se podrá aprender de ellos, si son batatas, algo se puede aprovechar de sus conductas, si no de sus conocimientos.

Algún que otro fin de semana, fui a la discoteca de San Mateo, de la que Oti, decía que estaba muy bien; yo no hacía caso de sus comentarios. Íbamos a esa discoteca el Lu y yo, allí nos encontrábamos con Paco, un profesor, de EGB que no bebía nada; según decía el Lu, siempre estaba con mujeres guapas; yo no las encontraba guapas; y encima tampoco contentas; conocía a dos y creo que a pocas más, y con una de esas dos al poco tiempo se casó, como no me invitó a su boca a pesar de no tener tanta confianza con él, no le compré tampoco ningún regalo, el cual se lo habría hecho, quizás incluso, solo diciéndome un:

—Mira tío, me voy a casar.

O algo por el estilo; pero no se dejó ver.

No me dijo el Lu si lo invitó o no.

Según decía Javier, era muy buen chico, y muy sanote. Lo que pude comprobar, pues un par de veces, veía como pedía batidos en la discoteca; yo pedía güisqui, era más de hombre, a pesar de cuestionármelo varias veces. Estaba raro en aquella discoteca, no era como las de Las Palmas; me sentía mas desinhibido que en las de la capital, a pesar de estar más alerta; aunque parezca un contrasentido, así era.

Es extraño, pues siempre pensaba como una de las cosas más sensibles y que mejor cuidada debía estar, según pensaba era el cerebro; sin embargo esto ha sido lo que más he vapuleado, casi desde mi preadolescencia, con tanto alcohol, drogas y cigarros; era de lo más bajo que podía haber, todos los vicios los tenía; no me controlaba nada. No era pues de extrañar el observar como las mujeres que se me acercaban, no eran las más guapas, sino a pesar de que pretendiera lo contrario, eran las más feas, y encima no estaban tan bien; bueno, pensando fríamente, no todas eran feas, Lali y Águeda, no lo eran; menos aún y quizás por ello, me tenía medio trastornado el seso, Totó. Como siempre, bueno, mentira, menos durante la carrera, quería ser el mejor farmacéutico de canarias; no creo que lo consiguiera, al menos en C...

Y de tanto vapuleo, así me han ido las cosas, pues sí, lo tenía más que merecido.

Uno, durante la carrera, piensa en millones y millones; cuando se enfrenta con el mundo laboral, se percata uno que eso no es así, o al menos en los trabajos que había estado; de todas formas el ejecutivo siempre lo cobra mejor; yo no era un ejecutivo tal, pues no estudiaba acerca del trabajo, pero sí intentaba trabajar lo mejor que sabía; señal por lo que C... me volviera a llamar; bueno, puede también que fuera porque no encontró a nadie; durante mi ausencia, contrataría a un empleado, que en los primeros días empezó a echar sangre por la nariz, lo echó inmediatamente, no fuera que fuese por el uso y abuso de la coca, no sabía aún ni creo que lo sepa, a quién tenía allí metido, y a su hermano en la camisería también del jefe, ubicaba en Triana. Estaban los dos bonitos.

Es increíble, pero veo a ciertos chavolistas, y algunos, me dan la sensación de ser seres inteligentes; vayan ustedes a saber si esos son los grandes camellos de la zona. Otros son un auténtico desastre, el caos. Una vez, una noche que salimos de juerga, no recuerdo en qué coche íbamos, lo cierto es que Ramón, el hermano de Charli, fue a comprar coca a las chabolas que hay frente a mi casa. Yo le esperaba junto con Carlitos en otra calle,

e-libro.net

la que está frente a mi casa; estaba hecho polvo, por si me iba a ver mi familia; de todas formas, yo no pensaba ir a comprar.

Estuvimos esperando un gran rato, y veíamos cómo Ramón no llegaba. Empezamos a preguntarnos si le pasaría algo; al final más mosqueados y preocupados que otra cosa le fuimos a buscar, efectivamente, estaba en la chabola del "Caracol"; era la primera vez que entraba; antes de llegar a su morada, había en un gran espacio vacío un Doberman que parecía bastante, excesivamente, peligroso; nos ladraba y enseñaba los dientes con gran ferocidad.

Yo iba de camisa, corbata y pantalón de pinzas; seguro que nada bien conjuntado; en esa época vestía fatal, quizás hasta peor que ahora. Quería vestir como un señor, pero realmente era una persona con muchas dependencias sobre ciertas drogas, y cada vez se iba aumentando más el cupo, en lugar de disminuir como se habrán percatado; entramos a la chabola del fulano, allí había una gran cama como de matrimonio; como toda luz, tenía la de una tele enorme a los pies de la cama.

El hermano estaba comiendo de una escudilla, leche y vayan ustedes a saber qué coño era aquello; tenía pinta de ser una auténtica bazofia; me pregunté, ¿es posible tanta miseria aquí, en esta ciudad? Pues sí; y eso que me juego lo que sea que ganaban mucho más que yo, que siendo "controlador de drogas", ganaba menos que unos pequeños traficantes de ella, hecho esto sin mucho esfuerzo, aunque desgraciadamente, o mejor, se lo tenían merecido, adictos a ellas.

Estuvimos como media hora esperando a que un contacto, que había ido a comprarla, fuera por allí; eso era dependencia, lo demás es bobería; no me llevaban a nada bueno aquellas amistades, pensaba; así era, y cada vez me hundía más y más; más a disgusto estaba en el trabajo; me parecía que todo me lo debían; no niego que no trabajara mucho, todo lo contrario, me parecía hasta excesivo, pero no se agrandaba mi capacidad, por el uso y abuso de drogas, café, petas, tabaco, coca, alcohol, etc, etc., (no son tantos los etcéteras, pero por si habían algunos más, como Ventolín®…).

Estaba cada vez más desahuciado, y sin embargo, pensaba que iba a ser el mejor farmacéutico de la provincia, y quién sabe si de la región.

Según me dijo una vez D. Rafael:

—Cuando falta uno, tú pones el ceño más fruncido.

No era realmente porque faltara uno, sino porque yo entonces trabajaba más con lo que se me desencajaba la cara; no solo era que faltara uno, sino que era frecuente que faltaran dos, pues casi continuamente había alguien de vacaciones.

La forma de cobrar el sobresueldo, era ilegal, no costaba en ningún sitio que D. Rafael, me diera de ochenta a noventa mil más de lo que había en la nómina; esto me extrañó sobremanera, aunque no recuerdo si me cambió el sueño o no. Dormía siempre demasiado, lo que no quiere decir que muy bien; en esa época, casi todos los días tenía sueño; era el martes o miércoles, día en que iba con Julio, Carlos y Carlitos (Carlos era el que menos iba, después Charli, porque alegaba que tenía que ir con su hija, yo sin embargo creo que era por dinero, pues en esas salidas, le costaba más hacer que lo pagara todo este vuestro servidor) de copas por allí, a algún bar de trabajadores.

Me daba el dinero de las formas más extrañas; a veces en un sobre con un manotazo en la bata, para metérmelo en el bolsillo de ésta; así fue un par de veces; me preguntaba por qué no era más comedido o educado dándome el dinero; será porque al tenerlo, se consideraba con la capacidad de menospreciar a las personas (de esto no se fíen, pues yo menospreciaba a la gente y no tenía mucho). Ahora cobraba en total doscientas mil pesetas, ya era algo; comparado con lo que cobraba anteriormente, ahora, casi cobraba el doble. Pero, pensaba: "y si alguna vez me voy al paro, no cobraré más que lo proporcional a lo que va en la nómina, y el resto qué". No era sólo esto, sino que en las pagas extraordinarias, no cobraba la parte proporcional al "sobresueldo". ¿Es que no me lo tenía ganado? ¡Yo creía que sí!

Quiero recordar que una vez, D. Rafael me llevó a su despacho (esta también era una forma de pagarme, pero no solía usarla mucho para que el resto de los empleados, perdón, "sus esclavos", no sospecharan, me dijo que no dijera a nadie lo del dinero negro; esto no lo tomé como una advertencia al pie de la letra, o sea, no como algo para tomarlo a rajatabla. Tenía necesidad de desahogarme, pues me daba que estaba cometiendo una ilegalidad bastante grande, sin yo tener la culpa; cómo iba a saber que me iba a pagar con dinero negro.

Se lo dije a Charli y Jacinto; no creo que de la farmacia a nadie más.

e-libro.net

Estaba un día tranquilamente tomándome un cortado en la churrería de al lado de la farmacia, en eso entró como un rayo D. Rafael, eso me gustó pues pensé que iba a tomarse un café conmigo, pero en vez de eso, me espetó con un:

-¡Tú eres bobo, eres un tolete, no te había dicho que no dijeras a nadie lo del dinero negro…!

Se me desencajó la cara; me quedé descompuesto para todo el día y algunos siguientes; hoy me sublevo, y no me explico cómo pude dejar que me insultara de esa forma, sí, era mi jefe, pero eso no le daba autoridad ninguna para insultarme. Él no lo veía así, y pensaba que yo, como esclavo suyo, debía soportar sus altibajos de persona que no se domina, ni está acostumbrada a dominarse; de ahí el que tuviera que usar muchas veces Valium® para conciliar el sueño. Bueno, ya sé que aquí al único que se había calificado de sufrir alteraciones psíquicas era yo. ¡Falso!, él también había padecido trastornos psicológicos, según me dijo una vez que lo acompañé a su casa.

—Porque, yo, cuando noto que me va a entrar la depresión, voy y me echo un güisqui.

Pues, estaba él bueno para dar consejos a los que presentaban algún tipo de patologías; claro que eso me lo dijo como de colega a colega, a pesar de que tanto le costara reconocerlo delante de los demás, y sobre todo en la farmacia.

Después de tamaña bronca, me dije, “Pues ya no les voy a decir nada más, a mis queridos amigos”; a partir de ese momento, mi postura hacia ellos, cambió mucho, pero mucho. Ellos se lo habían buscado.

Otras varias veces me dijeron:

-¡Qué, a ti te dan dinero por debajo de la mesa!

Y les contestaba:

-¡No!

Y era verdad, pues nunca me lo daba por debajo de la mesa, sino por encima, y de una forma muy despótica; ahora caigo que su despotismo hacia mi persona, venía a partir de no tener mi boca cerrada, precisamente por eso, por hablar demasiado. No era precisamente un ladrón en toda regla, ¿o sí lo era?, ayudaba con mi postura a defraudar al fisco, a pesar de, y lo puedo decir abierta y francamente, no estar en absoluto de acuerdo en que se me pagara de tal manera y de forma tan clandestina; prefería cobrar todo tal y como mandaban las ordenanzas, y aunque tuviera que pagar más al fisco, lo haría gustoso.

Pero retrocedamos tiempo atrás y hablemos de un tema más gratificante: el sexo. En la época en que estuve con Águeda, veía el intercambio de parejas, como algo viable, hoy no lo veo tan claro; es más me entra a veces un cierto rubor sólo de pensarlo. Tendría que pensármelo mucho, pues ya iría contra los principios, no los de mi niñez y adolescencia, que tanto he cambiado, sino que se debería más a mis principios tardíos, o los que he ido ganando a través de los últimos años. En esos años, a la mujer de C..., la consideraba como una cuarentona bastante atractiva, más que atractiva, atrayente, aunque quizás más, por lo de imposible que tenía, entre otras cosas por el abismo tan grande entre el dinero de su familia y de la mía, no era tanto así como por el coeficiente si ya no intelectual si cultural; todo esto, pensando tan sólo en los que vivimos bajo el mismo techo; o sea no entrarían para nada mis otros familiares, sino Piluca, Jose, mi madre y yo.

Aún consideraba a mi madre como un handicap y ella encontraba todo lo que yo hacía como algo negativo; todo lo que hacía o decía, le parecía mal, hoy me sigue ocurriendo igual, pero mi conducta hacia ella ha cambiado muy mucho. Antes cada vez que la veía pensaba, “Está vieja y no me sabe entender”; hoy día pienso, “Dios mío, no te lleves aún a mi madre, que tiene que seguir cuidando de mí”. Ya me salté de lo del intercambio a otra cosa.

Estaba en esos momento entre Totó y Celeste; la balanza se inclinaba más hacia Totó.

Ya se habrán dado cuenta como a veces empiezo a divagar considerablemente, esto se debe a que no tengo a nadie que me detenga, más que mi mente, que a veces me dice, “te vas, chico, te vas”, entonces intento retener el tema, aunque muchas veces no recuerde de qué estaba escribiendo y deba recular y leer de qué iba la cosa. Espero que sepan perdonarme estos desvaríos, que quizás también ayuden a comprenderme más y más. Seguramente lo mejor sería tomar la línea recta, no digo que no, pero a veces me voy por una serie de vericuetos, que creo son imprescindibles en mi vida (la de perdedor) aunque de todas maneras, de ti, lector, depende el que divagues conmigo y le hagas caso a esas cosas, o no.

Era la vez que más dinero mío había manejado, y creo que ese “todo se compra con dinero”, empezaba a sentirlo en mi propia carne; no pensaba más que en dinero y dinero. Recuerdo que de toda cosa que veía, pensaba: “Será mío”, verán como es una postura demencial, pues entre otras cosas no hacía gran cosa para ganar más, ni

e-libro.net

cursos ni nada por el estilo; lo cierto es que lo único que hacía para ganar más, era trabajar, que si era de forma inteligente o mecánica, ya no puedo asegurarlo.

Tenía dinero, y podía viajar, lo que hice, nada más empezar a tener vacaciones, una semana de cada vez, en la que tampoco podía planear grandes cosas ni grandes aventuras.

Empecé por ir a La Laguna, fui un viernes y cogí el fin de semana; al llegar allí me quedaba en casa de mi hermana Pine, llamé a Juan Carlos, de quién no era tan amigo, aunque si nos veíamos un par de veces, nuestra amistad no cuajó nunca tanto como ocurrió con Antonio Granados o Tomi, entre otros; tampoco con Toño a pesar de saludarnos efusivamente, hubo una amistad muy grande; más bien fue con él con quién más me jodí, aunque también me portaba mal con él en las prácticas, recuerden cómo lo dejaba solo y me iba a hacer gimnasia y a correr.

No era vida esa de pensar en el dinero, dinero, y de que no hay nada más en la vida. En el mostrador, con menos frecuencia de lo que a uno le gustaría, se veía de vez en cuando guapas chicas, aunque esto no era lo normal, y la que no cojeaba de una pierna, cojeaba de la otra.

Llamé pues a Juan Carlos y no estaba; le dejé el recado de que me llamara a casa de mi hermana.

Eso hizo; nos saludamos efusivamente y quedamos en vernos por la tarde, para ir a cenar por ahí.

Cuando llegó, lo vi igual de flaco, en principio parecía que no había cambiado nada.

Tenía otro coche y me dijo que había tenido un choque por el que el anterior se había quedado inservible; me di cuenta como casi ya no corría; lo hacía mucho menos.

Durante la cena, en un buen y solitario restaurante a las afueras de La Laguna, se notaba que habíamos subido de nivel, me contó como ya prácticamente no salía de juerga; a lo sumo, recordaba haberse ido unos carnavales un día, y al día siguiente fue a trabajar.

No vestía muy seriamente, sino con una camisas de un solo color, pero de color demasiado vivo, como para ser el farmacéutico que quería ser.

Me siguió contando cosas, todas como que había empezado comprando una farmacia con “Manolón” (el de la “Manolona”), que se había separado de su novia de toda la vida.

La había comprado a medias, y al final, él, Juan Carlos, le vendió su parte, según parece porque no les fue muy bien a medias. No me comentó más, supongo porque no quería criticar a su exsocio.

Según parece, llevaba un laboratorio de análisis con otra gente. Le dije cuánto cobraba yo y que estaba más que quemado de mi trabajo.

—Yo no cobro tanto como tú –fue su respuesta– estoy cobrando las ciento y pico.

Bastante poco, según pude observar, aunque quizás eso fuera los mínimos. Seguro. Nos pusimos a beber vino como locos. En esas me contó que estaba también por las tardes haciendo la tesina, pero a su ritmo, nada de prisas como en la carrera.

Inmediatamente me pregunté, “pero ¿y tú llevabas un ritmo fuerte en la carrera?”, me contuve y no expresé verbalmente mis pensamientos.

Durante la cena, no hubo ese sentimiento, ese compañerismo que nos uniera, todo lo contrario, nos encontrábamos bastante distanciados. No saltó la chispa, no digo que no fuera por mi parte, aunque por la de él tampoco creo que hiciera muchos esfuerzos porque saltara.

Eso de que estuviera haciendo el doctorado, me causó algo de daño, yo, que sin lugar a dudas, al menos por mi parte, era mejor estudiante que él, y ahora, me iba a dejar atrás, era por lo que veía, el cuento de la tortuga y la liebre; por mi parte, podría ser perfectamente, aunque no me consideraba una liebre, pero por lo que allí veía estaba ocurriendo, yo sí podría ser una liebre pero lenta, y que encima hace constantemente paradas para tomarse las copas con los amigos. Él era ahora la tortuga. Lo del doctorado me impresionó. “Qué suerte, yendo por un departamento, ya como licenciado, de señor, y haciendo sus experimentos científicos”.

No recuerdo de que “iba” su tesis, pero ya era una tesis, ¡qué coño!, y yo encerrado en una farmacia, y sin hacer nada que importara; sí, si lo tomamos como labor social, “y ¡una mierda!”, durante el tiempo que estuve con C..., jamás me planteé que fuera labor social lo que allí se hacía, era simple y llanamente, tal como él decía: “una empresa, y él era el empresario”. Que no le fuera nadie con remilgos, él lo tenía claro, eso de labor social, lo dejaba para otros. Por si fuera poco, lo consideraba un mal empresario, ¿afortunado?, sí, y mucho, quizás por sus creencias, que desconozco si las tenía o no. ¡Hombre!, creer él algo, debía creer, aunque fuera en alguna persona o en algún extraterrestre o a saber qué, pero el que fuera en Dios, lo ponía mucho en duda.

Notaba como cada vez tenía una mayor carga de resentimiento contra todo lo que me rodeaba; no me había reconciliado con el mundo.

e-libro.net

Después de pasar algo de pelete en el frío restaurante, nos fuimos a La Laguna, muy tranquilamente, demasiado según creía yo. Hay que ver como son las cosas de correr de forma alocada, a ir despacito a velocidad de recreo. “Aprieta un poco el acelerador”, me daban ganas de decir, aunque me contuve pues no sabía su resistencia al alcohol y su conocimiento de la carretera. Me llevó allí, pues según parece ahí había ido con la gente de la universidad. “Sí que me fastidia eso, que el niño pueda alardear de universidad, cuando realmente yo era mejor, ¿o no estaba claro?; bueno, eso se quita con un copa”.

-¿Nos vamos a La Laguna a tomarnos una copa?

—Vale —dijo mi compañero de fatigas.

Nos fuimos a La Laguna, allí nos fuimos a una cervecería donde vimos a un par de antiguos amigos, a saber si también estaban haciendo el doctorado, nos saludaron con una sonrisa; a uno de ellos lo había visto un día en Las Palmas, por la Plaza de la Victoria (hoy Plaza de España) y se hizo el sueco; aquí sin embargo se dejaron abordar muy sonrientemente.

Lo bueno es que allí, salvo Quillo y Pine, nadie sabía que había estado como unas maracas. De todas maneras, me iba percatando de que ya, la vida en La Laguna, no me gustaba tanto.

Al poco, se fue Juan Carlos, no fue muy efusivo en su despedida, al menos a mí y mi intoxicación alcohólica, no me lo parecieron. Ahora sí que vendría bien eso de: “¿Porqué bebe usted tanto Fijoleis?” y voto al cielo que no lo sabía, o quizás al infierno quería decir, en el que cada vez me iba metiendo más y más.

Me quedé pues solo; me di una vuelta por los alrededores y me di cuenta que ya no me estaba enterando de nada. ¡Solución!, irme a casa de Quillo y Pino.

Por el camino vi como un antiguo bar, ahora era un sitio donde se vendían perritos calientes; no recuerdo si me comí uno o no, estaba muy cerca de la Avenida de la Trinidad.

Cuando llegué, Quillo estaba aún despierto, viendo la tele, quizás esperándome. Mi hermana estaba en la cama. Me senté a ver la tele y, nada más sentarme, eché la mascada, linda y oronda.

Quillo dijo:

—No te preocupes que yo lo limpio.

Le debió sentar fatal, no, peor aun.

Por mi parte de seguro que hubiera pensado: “El borracho este, me tiene hasta los cojones”.

Limpiamos a medias la mierda y después me fui a dormir. Efectivamente era un fracasado, e iba cada vez peor.

Me dormí. Al día siguiente, ya era otro día. Mi hermana me dijo que fuera a comprar el pan, eso hice, por el trayecto compré palmeras de chocolate que me comí, no me supieron tan bien como cuando yo era una parte integrante de ese pueblo, de ese gran pueblo, que a la vez era tan desgarrado y odiado. Seguro que muy amado por muchos. Recuerdo las idas con Águeda al cine, a pasar momentos de gran emoción, aunque no supiéramos qué película íbamos a ver, generalmente eran buenas, aunque algo viejas, de hacía algunos años. No podían ser películas de estreno, pues si no los multicines no podrían hacer su agosto.

Pero sigamos con mi viaje a ese pueblo del que ya no me consideraba parte.

El sábado lo pasé medio resacado. Por la tarde, salí a dar una vuelta; vi algunas caras conocidas, sobre todo la de una chica con sus hijos que me resultaba muy familiar; yo a ella también, pues me saludó con la cabeza y sonrió, yo la saludé también, aunque me encontraba bastante estresado, por lo que estuve poco tiempo allí.

Me puse a caminar sin destino fijo. Es raro, se me acaba de venir al pensamiento, unos sueños que tuve durante una época en la que ponían por otra parte de la parte vieja, unas películas de pornografía y fascismo; en el sueño, recuerdo como me gustaba ir a ese cine; se lo decía a Águeda de ir; ella iba a regañadientes; a mi me gustaba mucho, había gente de todos tipos, sobre todo matados y chorizos. A Águeda le repateaba el cine, yo incluso, creía que me había dejado por culpa de mi afición por este cine.

Realmente ese cine ni esas películas existieron nunca.

Mentira, estuve más días allí en al isla vecina, pues recuerdo cómo un día bajé con Quillo a su centro de F.P. (no era suyo, sino que trabajaba allí como maestro de taller). Allí fui a un bar y me tomé unos cervezas y unas tapas de tortilla.

Luego fui a otro, donde la tortilla a la paisana tenía mucha mejor pinta, pero ya no podía más, “ojo con los huevos”, me dije.

Después fui donde estaba Quillo, allí fuimos a la parte del bar de profesores y nos tomamos junto a otros unos cortados.

e-libro.net

Por último entré en sus clases, donde lo vi explicando algo a unos cuantos y después me enseñó la clase y las dependencias cercanas, incluido el baño, al que fui porque me estaba reventando por tanta cerveza.

Al final regresamos en su coche a La Laguna; creo que el "centro" estaba en La Cuesta.

No llegué a ir a los sitios donde había vivido en La Laguna, seguro, según creo ahora, porque mi intelecto me protegía para que no volvieran a supurar heridas ya bastante cicatrizadas.

No me acuerdo qué hice el resto del tiempo; sí recuerdo cómo tenía un regusto amargo, no era lo que yo me pensaba La Laguna, todo lo contrario, me llevé un chasco; una de las veces, incluso vi a un chico seriecito, que recuerdo que cuando yo acababa él empezaba; no puedo asegurar si me reconoció o no, yo a él sí. ¡Suerte chaval! Yo aquí deseando suerte, y a saber si llevaba una carrera meteórica, a pesar de no ser muy carismático. Bueno, yo mucho hablar del carisma y demás, y posiblemente yo no sea nada carismático; pienso que no; según dicen algunos, atraigo y seduzco a las personas, lo que me gustaría sobremanera, pero como dice el diccionario, "es un don que da Dios", quien es posible que a mí no me lo haya querido dar.

El domingo, fuimos a comer los cuatro por ahí, sí, ya mi hermana tenía una niña pequeña, Elena, a la que hasta la fecha siempre la he llamado Elenita; según me dijo hace un par de días, tiene ocho años, por lo que en esos años, por fuerza ya estaba crecida.

Recuerdo que el domingo era uno más en la familia, y mi hermana Pine, buscó la mesa más idónea para que estuviésemos todos (o mejor, la niña) cómodos.

El bar era de trabajadores, los típicos de los campos; al igual que critiqué al que fui con Juan Carlos, este también lo critiqué para mis adentros; estaba muy a disgusto, nada me gustaba, y todo lo comparaba con lo que hacía antes, pero ojo, no era cuestión de reabrir heridas que ya creía restañadas.

Uno de los días, bajé con Quillo a Santa Cruz, y nos fuimos a un cine de películas porno; la película no era nada buena, al menos las modelos no eran tan guapas y sofisticadas como a mi me gustan, tampoco usaban lencería sexy, por lo que ya iban perdiendo varios puntos. Recuerdo como el piso estaba resbaladizo, con algo que no era agua, sino algo más consistente. "Una corrida", supuse. Fui en el descanso al baño y me creí que lo iba a encontrar lleno de corridas y gente masturbándose; afortunadamente no fue así, tan sólo había un señor mayor, muy pegado al urinario, demasiado, ahora que lo pienso, aunque no creo que estuviera empalmado. Me extrañaría grandemente, más bien parecía un despistado como yo.

Es raro, siempre que me veo con Quillo, hay sexo de por medio, al menos siempre que estamos él y yo solos.

Mi hermana, tenía la casa montada a todo tren, era pequeña, pero de gran funcionalidad, y funcionalidad lo entiendo como lujo actual; muebles tipo IKEA, muy modernos pero también caros, y encima no son de una calidad suprema.

El cafecito de casa de mi hermana siempre me ha gustado mucho. En esos años lo seguía haciendo con leche evaporada. Sí, algo de lo más exquisito.

Recuerdo perfectamente, como todas las bandejas de uso eran de un juego, todas iguales, con dibujos rojos que las decoraban, y en diferentes tamaños y formas, según para qué se quisiera.

Las cenas no consistían en comida, lo que hubiera sobrado por ejemplo del mediodía, no, eran siempre a base de embutidos. Creo que hoy siguen igual.

Ya les quedaba poco de estar en La Laguna, donde tenían tantas amistades; mi hermana Pine estaba más que deseosa de venir a Las Palmas.

Para ser tres o cuatro días los que estuve, estuvieron bien aprovechados.

También una noche paseé por el camino largo; no me trajeron recuerdos extremadamente dolorosos, todo lo contrario, casi más pensé en cuando fui con Antonio, el amigo de Pepe Blanco, sí, el de la instaladora, que nos pusimos a sacar algunas fotos; pues bien esas imágenes se me quedaron muy grabadas, seguramente porque tenía fotos en mi cuarto de esas ocasiones.

Poco más duraron esas fotos, y los recuerdos que tenía que Águeda me había regalado durante nuestro desastroso noviazgo (o al menos así debió de ser, según ella).

Me despedí pues de la familia, y Pine me llevó a los muelles; allí embarqué en los "barcos voladores" que llevaban en muy poco tiempo de capital a capital, tal como anuncia la propaganda.

Ya no usaba tanto los vaqueros, aunque en La Laguna estuve casi todo el tiempo con ellos. No, ya no era miembro integrante de esa comunidad.

Tenía que volver ya, aunque no quería, a pesar de estarlo deseando.

e-libro.net

Llegué a Las Palmas, y al igual que siempre, me dirigí rápidamente a la parada de taxis del Parque Santa Catalina; allí cogí uno y direchito a casa.

En mi casa, ya no me importaba romper con los recuerdos sobre La Laguna, que por otra parte, estaba dispuesto a romper. Cambié el cuarto por completo, bueno, lo pintaron (Alexis, un estudiante de empresariales que se pagaba sus lentos estudios con la pintura). Daba gusto verlo tan blanquito; bueno, para ser sincero, extrañaba tanto deslumbramiento.

Con el tiempo me fui comprando una serie de estanterías, unas más anchas que otras; al final, y tras algo buscar, conseguí unas tres, más anchas, y otras dos, algo estrechas.

Las estanterías, las iba a comprar siempre con Maru; íbamos en su jeep, con la intención de traérmelas conmigo, hasta Las Palmas, a mi casa (la de mi madre). Al final eran demasiado largas como para traérnoslas con nosotros. “Mala suerte”, tuve que esperar un par de días a que me las llevaran los de la tienda.

Recordando lo del viaje, no me acordé de preguntarle a Juan Carlos si estaba casado; supuse que no, pues le llamé a casa de su madre y allí estaba, tampoco ni siquiera si tenía novia, lo que tampoco creo, pues si no algo me habría contado de ella y en todo el tiempo nada dijo; sí me comentó como Toño, que estaba en otra isla ganando sobre las trescientas (cosa que dudo), trabajando de analista; él sí tenía novia, allí en su turístico pueblo chicharrero.

Una vez tuve las estanterías, se lo comenté a Julio, y él, muy dispuestamente se me ofreció voluntario para, en un día, ayudarme a montarlas.

Se lo agradecía y le cogí por la palabra; le dije si quería ir un día al mediodía a mi casa, él me dijo que de acuerdo; se lo dije a mi madre, y ésta hizo un puré y unos huevos rellenos, algo exquisito. Entre los dos montamos las estanterías, aunque tardamos más de dos horas. Comimos y nos quedamos reventados. Yo más de lo normal, y eso que de normal me quedo más que lleno. Julio es mañoso, pero con poco poder de abstracción, por lo que yo era el que interpretaba las instrucciones y luego entre los dos las llevábamos a la práctica.

Al final y gracias a él, terminamos de montarlas; Julio iba con unos vaqueros y con su inseparable camisa, una de rayas azules sobre fondo blanco.

Al final me duché, aunque no lo solía hacer, pero ese día sudé más de lo habitual a la hora del almuerzo.

Le dije a Julio si quería ducharse. No quiso.

Cuando fuimos al trabajo, por el trayecto me dijo Julio:

—Oye, y ¿tú siempre comes igual?

Yo, aunque no era cierto, no le dije nada, le di a entender que sí, como ya habrás sospechado, inteligente lector; mi madre hizo un extraordinario para agasajar a mi amigo, y es que madre sólo hay una.

Cansados fuimos al trabajo, la tarde se me hizo enorme, pero al final, afortunadamente concluyó, y me pude ir a mi casa a descansar.

Lo más curioso de vender en una farmacia, en esa farmacia, eran los preservativos; la gente es poco natural comprándolos, unos gritan demasiado, otros los piden bajito, en fin que pocos son los que los compran de manera natural. Quizás el más normal o quizás porque ya nos conocíamos, era el vendedor de lotería que estaba junto a la botica; era un lotero ambulante, sin puesto de venta fijo, bueno, siempre se ponía en el mismo sitio a venderla, pero no tenía un local en el que venderla. Siempre iba igual vestido, y su pinta no era nada agradable, todo lo contrario, daba un aspecto de guarro algo asombroso. Siempre pensaba, “joder, mira que este tío es guarro”, llevaba una especie de bolsa pequeña a modo de bandolera, en la que guardaba el dinero; no me imaginaba que alguien se pudiera acostar con él, seguramente que debía ser una persona igual o más guarra, que haberlas tiene que haberlas. Siempre me encasquetaba una lotería primitiva; así me decía:

—Que tengas suerte y puedas montar tu propia farmacia.

A mí esto me daba ánimos.

He de decir que en esa época me volví un ludópata; no dejaba jueves que no mirara el sorteo de la primitiva por la tele; me ponía a pensar: “A ver si ya esa piba se calla y da paso al sorteo”, pensando en la pobre presentadora. Según parece, lo hacía bien, al gusto de la gente, pues tengo idea que aún sigue con el programa.

Era un auténtico ludópata, sólo me faltaba rezar para que me tocaran los, muchas veces, mil millones que se sorteaban, que como verán no es en absoluto moco de pavo.

Me había obsesionado; tiempo después, incluso querría venderme la de los sábados; el pensar en tantas pesetas, me dejaba totalmente alucinado. No sólo me daba asco su presencia, sino su persona; no todos los sábados se la compraba, ya era demasiada cara dura.

e-libro.net

Iba siempre, absolutamente siempre, igual vestido, con una chamarrilla gris y unos pantalones gris marengo, todos muy estropeados y sucios, todo él y en él era sucísimo.

Suponía que no se cambiaba ni los calcetines ni los calzoncillos, pues si por fuera era así a saber por dentro; estaba bastante delgado, era lo único que tenía a su favor; y menos mal, pues si encima llega a ser una bola de sebo, pues ya no habría por donde cogerlo.

El pelo largo, suelto y nada sedoso, más bien bastante guarro, conformaban su persona; la cara no la sabría describir, a pesar de que me acuerdo de su persona perfectamente.

Durante esas fechas, fue cuando al tener, ahora sí, bastante espacio para ponerlos, empecé a comprarme varios libros.

Algunas veces, seguro que es por el rabia que tengo acumulada dentro, me imaginaba yo con mi farmacia, una especie de la de las tías paternas, y yo en mi despacho estudiando o leyendo, y en eso que entra Águeda, la miro por encima de las gafas, con la cabeza gacha. Está allí para pedirme dinero; yo sumamente magnánimo se lo doy y le largo un:

—Tómalo, y no vuelvas a venir nunca más.

Incluso he pensado en no pedírselo nunca, sí, no cobrarlo; otras veces pienso, "¿cómo que no se lo voy a cobrar, estoy bobo o qué?", he pensado de todo, pero como ven siempre ella dependiendo de mí, y no yo de ella, de la que tanto dependía, y la que tanto mal me causó.

Aseguraría que fue por ese desajuste por el que me busqué el odio con los profesores, sí, seguramente.

Hablando de mujeres, hablemos de la novia de mi hermano, Soraya, una chica, sumamente potente; a él un día le dije:

—Esa chica me cae bien para ti.

Como dándole mi consentimiento; no vean el número que me montó. "Que, qué me creía yo, quién era, para meterme en su vida", etc., etc. "Está bien, está bien, pensé para mí, Dios mío, cómo se puso por un simple consejo".

Los cabreos en mi casa eran demasiado frecuentes, tal que a veces, cuando estaba comiendo en mi casa (la de mi madre), me cogía tal enfado, que dejaba lo que estuviera comiendo y me iba por ahí a dar una vuelta; alguna vez, si era después de comer, me iba al López Socas, el estadio, pero allí no me gustaba mucho sentarme, ya que me ensuciaba la ropa, y me había costado cara.

Otras veces, me iba sin comer, por lo que iba a algún bar (esto me ocurrió unas cuantas veces) de los de la subida de Escaleritas, por donde los bares son mucho más cutres, bastante más que por mi zona, pues pensaba que la comida sería mejor, menos sintética, y entre otras cosas, para pasear y no hacer todo en el mismo sitio siempre.

Iba y generalmente pedía algo junto con tortilla, seguía siendo mi plato preferido; mi madre estaba continuamente preocupada por nosotros.

Comía pues cutremente; luego me iba a pasear, sin rumbo fijo: "Bueno, al menos así adelgazo", me consolaba.

Un día, recuerdo que pasé algo antes por la farmacia, había allí, en el parque que está frente a ella, un cliente que me hacía mucha gracia; era bastante guarro, tal que pensaba que quizás viviera solo; no era así, vivía con su mujer, aunque más parecía que la mujer no se preocupaba nada de él. Llevaba la camisa continuamente sucia; tenía bastantes años, y lógicamente estaba retirado. Decía que él iba al club de pensionistas que había por allí cerca. Me imagino que debía ser el estilo de persona muy parecido a Julio, pues hablaba siempre riéndose, igual que él, o mejor, él, Julio, igual que ese señor.

Según decía, había sido militar, y me contó algunas batallitas: fue chófer de altos mandos; me dijo que había estado en una guerra, aunque no recuerdo que me dijera cuál; me hablaba de hacer las cosas bien hechas, seguro que instruyéndome, no me habló nada de juergas, quizás porque eso sea lo más fácil de aprender y lo más dañino.

Me alucinaba que una persona de esa edad, se me acercara y se pusiera a hablar conmigo. Creo que le comenté que esta enfadado con mi madre.

Julio tenía sus años, creo que unos más que yo, con esto no quiero decir, sino que tenía algo de experiencia; por ejemplo, que se había quedado unos años en Madrid, después de hacer la mili; fue mucho lo que le gustó, y vi que hablaba de la capital del reino con añoranza.

e-libro.net

El año que allí se quedó, ahora que lo pienso, a saber si era por una chica, o por qué, viviría costeándose la estancia de camarero. Eso me parecía alucinante y algo imposible; "Cómo es posible que este chico hubiera sido camarero", me preguntaba; "y por qué no", pienso ahora, aunque su carismático planteamiento de las juergas, me dejaban alucinado, me parecía un joven de mundo.

Un día me dijo que se había pasado en el aeropuerto de Barajas, casi un día entero, en el cine, y dando vueltas.

—Aquello era algo realmente impresionante —me contaba él.

Una cosa que no entendía, es que me decía que cuando estaba en su barrio, estaba siempre en meiba, y se ponía a jugar en la calle, a las cartas con los amigos; hoy pienso que debía ser un barrio marginal, y no me imagino a Julio, jugando a las cartas, sin por lo menos una cervecita al lado.

Según me di cuenta después, no éramos más que amigos para las juergas y compañeros de trabajo; a pesar de todo, guardo un gran y buen recuerdo de él. Me resultaba sorprendente el que alguien jugara a las cartas en la calle, y sin haber "pastuqui" de por medio; a mí, al menos ese juego, salvo con mi familia, habría sido con monedas como mínimo.

Siempre hablaba de Madrid con nostalgia; yo creo que si le ofrecieran un trabajo allí se iría; yo hoy (y no en esos años) estoy muy a gusto en Las Palmas, por lo que no pienso cambiar de residencia al menos por el momento.

El señor que se puso a hablar conmigo, dejó, según él, su buena carrera, por la que hoy es su mujer; le dijo ella, que si no venía por esta preciosa isla, no habría nada que hacer. Como verán, se vino, y aquí hizo su hogar. Tenía hijos, aunque, ninguno vivía con ellos, al ser un militar de no muy alto rango, sospeché que sería porque no le gustaba mucho cumplir las órdenes.

Yo no iba a comer a la churrería que estaba al lado de la farmacia, pues me parecía muy cara; a parte de esto, porque no supe que daban comidas hasta tiempo después, cuando vi a un antiguo compañero de instituto (cuando cursaba BUP) en él. Con él nunca había hecho muchas migas, pero ahora nos saludábamos como dos buenos chicos civilizados, también nos cruzamos algunas palabras, por lo que me enteré que trabajaba en el mercado, de lo que deduje que era "perruno"; él quizá pensó lo mismo sobre mí. "Encima viene a comer a este bar, que es carísimo" me dije acerca de la churrería.

Me contó cómo él al igual que yo, se había cambiado de trabajo, aunque después volvió al mismo; algo parecido a lo que yo hice, aunque no sé si por el mismo motivo, me imagino que no. Nunca le pregunté a qué trabajo se fue; años después lo vería en una fotocopiadora fotocopiando unos papeles; por lo visto, el trabajo que llevaba ahora era más cuestión de papeleo.

Estaba mucho más flaco, lo que se lo comuniqué:

—Sí, me puse a régimen —fue lo que me respondió a mi interpelación.

—Adiós.

—Adiós —nos despedimos.

Trabajaba sin gusto, por el dinero; como diría Alfredo Kraus, "Lo hacía sin amor"; y eso que mi intención, siempre había sido montar una farmacia y trabajar en ella, no al pie del cañón, sino dedicado a algo que tuviera relación con los libros.

Javier Núñez me decía que él antes, cuando estaba de profesor evangélico, iba a hacer retiros y a ayunar a un monasterio; yo le contaba que yo había ido a uno, pero que más casi fue en plan de juerga. Me decía que lo pasaba muy bien; tanto fue lo que me llenó la cabeza de pajaritos, que un día me dijo:

—Yo voy a ir al monasterio, si quieres venir, le digo a... (no recuerdo su nombre), que vas a ir también, y que nos guarden dos camas.

Me lo pensé, y me gustó la idea; "Un fin de semana tomando cervezas y copas por ahí, bien, fantástico", me recreaba con estos pensamientos. Lo único era, que había un gran inconveniente, cómo se lo decía al gran jefe, al jefe supremo: C... Cuando ya faltaba poco, creo que fue esa misma semana, la que nos íbamos a ir, le pedí el sábado libre, a cuenta de mis vacaciones; yo pensaba que esto era muy normal y natural, pero no, el muy cabronazo, me echó un pleito de aquí te espero, al final me fui sin hacerle caso. Me decía: "De modo, a Benedicto sí le daba días libres para que fuera de juerga con la tuna a Tenerife, y yo que le pido un simple sábado, me lo niega, pues no, me voy al monasterio", eso hice. Estaba el jefe, cogiendo la fea costumbre de gritarme y humillarme: "Poderoso caballero es don dinero".

e-libro.net

Al final, me fui con el Lu al monasterio; llegamos el viernes por la tardenoche; yo trabajaba hasta las ocho menos cuarto.

Nos recibió el prior en una salita, donde había una foto que estimo fuera suya, ya que él era el fundador de ese monasterio. Me interesó mucho, muchísimo.

Miento, creo que fuimos en el viernes por la tarde, después de almorzar en mi casa, ya que recuerdo que llegamos temprano; le dije al Lu:

-¿Nos vamos a comprar unas cuantas cervezas?

—Vale.

Yo pensaba, que íbamos a comparar cervezas, y algo para picar; al final no fue así, tampoco compramos el güisqui como había supuesto.

Fuimos a comprarlas al mismo sitio al que habíamos ido cuando la enfermera, me dijo de poner una farmacia en su pueblo, al lado del local que me quería encasquetar el dueño, para la farmacia; no recuerdo si entré al local a verlo; desde fuera sí me acuerdo perfectamente que miré: había algunas vagos y ociosos cerca, por miedo a ellos, no entré más.

Compramos las cervezas, en latas, y nos las llevamos al monasterio. Era un sinvergüenza total y absoluto, como verán.

La celda en la que estaba, me gustaba mucho, era una especie de cuarto similar al del colegio mayor. Me gustó, enseguida me sentí integrado; era raro, pero después de comprarlas, no me sentí en la obligación, ni con la necesidad de beberlas.

Las teníamos debajo de la cama.

El prior nos dio ropa de abrigo y sábanas limpias para la cama. Se lo agradecí, también nos dio una hoja en la que pedía que anotáramos a qué se debía nuestra visita; yo como gran “genio”, y ya planificando mi futuro, puse en ella: “Para leer y dormir, por este oren”; lo demás era simplemente poner los datos personales de cada uno; no tengo ni idea si era por mera curiosidad o para llevar un control, o bien porque las ordenanzas así lo exigieran.

El Lu llevaba la cámara, y se puso a sacar fotos, primero de nosotros y luego de otras cosas de por allí.

El prior nos dijo a qué horas eran las comidas; se cenaba temprano y más temprano aún se desayunaba. “Órdenes son órdenes”.

Fuimos a cenar y éramos en total muy pocos los que comíamos, a pesar de que habían bastantes mesas, supongo que para cuando aquello estuviera más lleno. Según dijo el prior, no había en ese momento más monjes, pues estaban en Andalucía estudiando.

Tenía carisma el sacerdote, mucho carisma. “Menos mal”.

Me chocó, como partían el pan con cuchillo, y más en una casa del Señor, cuando ellos, los apóstoles y Cristo lo partían con las manos.

Del pan se encargaba uno distinto cada vez.

Yo siempre iba a comer en chándal; el prior me dijo, que a comer, y menos a la capilla, no se podía ir en pantalón corto; le pregunté si en chándal se podía y él me contestó que sí. Estuve pocos días, pero los que estuve, fueron de lo más provechosos que yo recuerde, en mucho tiempo. Me extrañó ver cómo el prior, tenía en su sotana un parche de tela de otra sotana igual de gastada; me pregunté por qué y cómo consiguió un parche igual de gastado, para sus ropas.

También me resultó extraño ver como siendo una persona mayor, usase tan pocos medicamentos, y cómo llevando el monasterio, no tenía que tomar ningún ansiolítico ni nada por el estilo; quizás sí lo tomara para dormir, lo cierto es que allí no vi nada de eso.

Me chocó también ver que antes de comer bendecía la mesa con rezos de los que yo no tenía ni idea, pero que me gustaban grandemente.

Un día después de llegar, el cura nos preguntó a Javier Núñez y a mí, por qué no rezábamos; le contesté:

—Porque no sé.

—Yo, porque soy evangelista.

Fueron las respuestas de los dos.

El prior conmigo se quedó medio asombrado, al ver que no sabía las oraciones.

Había tres chicos, uno licenciado en Química, y los otros, dos estudiantes, uno de Derecho, el más inteligente, y otro de Empresariales, el más vividor y parlanchín.

e-libro.net

Con el licenciado estuvimos charlando en uno de los cuartos, lo invitamos a una cerveza y aceptó; me extrañó mucho, pues después de terminarla dijo que no quería más y que iba a oír la misa.

Yo no insistí más, al día siguiente el Pastor nos dijo:

-¿Por qué no van ustedes a misa?

—Porque no tengo costumbre.

El Lu no recuerdo qué contestó.

El viernes, no hubo charla al anochecer.

Ni en los pasillos, ni en los sitios comunes se podía fumar. En realidad sólo se podía fumar en las celdas (quería ver cómo eran las de los curas aunque no las pude ver) y en el salón de reunión.

Al día siguiente, el sábado, nos levantamos temprano y fuimos a ducharnos, afortunadamente el agua estaba caliente, pero había tal frío, que me recordaba los vestuarios del polideportivo universitario de La Laguna.

No estaba aquí tan triste y desmoralizado como allí, pero sí algo que no me dejaba ser del todo feliz, a pesar de estarlo pasando fenomenal; si no recuerdo mal, estaba leyendo un libro de Javier Marías; allí no terminé de leerlo; lo leería años después, a pesar de intentarlo por una segunda vez, en la que tampoco pude comprenderlo por el estrés que los cambios de los desplazamientos conllevaban.

Me puse los mismos chandals que usaba para estar en la quinta.

Siempre vestía con su sotana negra desgastada; este monje, nos fue enseñando todo el monasterio, los alrededores, la biblioteca de la que comentó que se estuvo cayendo, y que gracias a un milagro, consiguió dinero para las reparaciones.

No le importó que le fotografiara, todo lo contrario, parecía que le hacía gracia el que yo quisiera tener un recuerdo de su ilustrísima.

Me enseñó en la biblioteca unos manuscritos en latín, que según parece era lo más preciado, valioso y costoso, de la biblioteca; los miré sin gran curiosidad, no tenía ni idea de latín; creo que es un gran inconveniente el no saberlo, pero por esos años aún no lo consideraba como tal.

Me encantaron unos libros antiguos que había sobre unas altas estanterías.

-¿Qué libros son esos?

—Los misales de los monjes —me dijo asombrado de que reparara en ellos.

Eran antiguos y muy bonitos.

La biblioteca en su mayor parte, estaba formada por libros de donaciones. Había de todo, desde policíacos hasta de religión (textos escolares).

El prior estaba sentado, mientras, nosotros sacábamos fotos; estaba sonriente, nosotros nos afanamos para sacar buenas fotos, sobre todo el Lu; yo me esforzaba porque el preboste de tal pequeña comunidad, saliera lo más enfocado y claro posible.

Después fuimos a la capilla, en la que según creo daba misa todos los días, al menos el finde dio un par de ellas diarias.

Después de la biblioteca, que aunque no excesivamente grande, comparada con otras que había visto (sí era mayor que la de mi tío, pero la de éste era una privada, mientras que la de aquel era de una comunidad, a pesar de que la comuna fuera pequeña), pero eso sí, repletísima de libros, pocos más cabían allí.

Yo aún en esos tiempos no tenía demasiados libros, a pesar de que pensaba que me dolería el dejárselos todos a ellos; cada vez era más tacaño y usurero.

Caminé por el sitio que se había estado hundiendo, y cuando me lo dijo el “padre” (al que nunca lo llamé como tal, pues no lo consideraba mi padre), al que casi todos le llamaban como tal, me asustó.

Después fuimos a la capilla (bastante chica también), y allí nos enseñó la sacristía; era la primera vez que veía una. La temperatura en la iglesia, era de lo más agradable; se respiraba paz allí dentro; volví a sacar al cura fotos, pero quiero recordar que las de allí dentro, no salieron, al menos en las que él salía.

Nunca había entrado a ninguna sacristía, y esa me sorprendió, es un poco el cuarto trastero de la iglesia, al menos aquella lo era; había muchos cirios mal puestos, y diversas casullas, distintas según la época del año y lo que se celebrase en la iglesia; me impresionó ver tales ropajes.

Después fuimos al exterior, donde había abejas, por lo que le dije:

-¿Pican?

—No mucho.

e-libro.net

Ante la duda, preferí no ir, aunque me perdí el ver panales naturales y en vivo. Me enseñó las vigas que se habían puesto, que estaban justo encima de nosotros; estas mantenían la biblioteca; no se vino abajo de puro milagro, descubrieron el hecho de forma casual, se llegan a despistar algo, y todo hubiera acabado mal. Se habría caído sin solución.

El Lu fue a ver el panal; afortunadamente no le pasó nada; yo, más miedoso o quizás más prudente, no me acerqué por allí.

Me asombraba lo bien que tenía el pelo el cura, peinado para un lado, sin un rizo; mucho mejor que el del Dr. Henrik (era la otra única persona que le veía el pelo más o menos largo y peinado a un lado) aunque al cura le sentaba y lo tenía infinitamente mejor, más caballeroso, más digno, mucho más.

Después nos recogimos.

Almorzamos y cenamos, muy pero que muy bien; en la mesa el prior decía como la gente que iba allí a estudiar salía más gorda de lo que entraba; era comida casera, hecha por una mujer creo que voluntariamente. El cura intentaba preocuparse lo menos posible del dinero; la comida sabía y sentaba fenomenal; si sobraba del almuerzo, se comía en la cena; a esto no le hacía ascos, pues es lo mismo que mi madre me hacía y me sentaba bien.

El sábado, recuerdo que comimos paella; para desayunar, invariablemente había leche con café, galletas, pan, mantequilla y no recuerdo qué más; a mí al no gustarme la mantequilla, me debía conformar con galletas, que por cierto estaban muy buenas.

El viernes no hubo charla coloquio, pero el sábado sí. Yo le insinué lo del libro de Umberto Eco que le hizo famoso a nivel mundial: “El nombre de la rosa”. Él dijo que no lo había leído, ni pensaba hacerlo, pero que según lo que había oído, no se parecía en nada a lo que era un monasterio.

Me imaginé que cada monasterio será distinto.

Afortunadamente, ahí sí se podía fumar. Fumé todo lo que me dio la gana.

El de derecho (pues estábamos todos allí), parecía que quería participar, pero estaba muy metido en su mundo, no sabía adaptarse al medio, o al menos: al mundo vil; el cura le decía cosas agradables a ver si descontrolaba, pero no fue así.

Yo le hice, al preboste, un par de preguntas, más que capciosas, indiscretas, tales como:

-¿Aquí se usa el cilicio?

-¿Eso, qué es?

—Esa cosa que es de cuero con tachas, para ponérselo en la cintura…

—Ah, el suplicio —me dijo el cura—, no, no nos lo ponemos.

Me dejó sin saber qué contestar, y sin saber si él estaba o no de acuerdo con el sexo y sus variantes(al escribir esto, me entra la sensación de cometer sacrilegio).

—Y, ¿no echa de menos a los hijos? —le pregunté.

—No, tengo muchos sobrinos, que de vez en cuando me vienen a ver y yo disfruto con ellos.

Mientras hablaba, no se dirigía a mí, sino que hacía preguntas al Lu y a los demás; a mí, como si me rechazara.

Después, a los días, meses y años, pensaría yo: “¿Se acuerda él de mí?: sí; ¿era yo el diablo?: sí”; esto último lo pensé después, me intrigaba por qué no me miraba, después (años más tarde), lo supe: yo era para él, el mismísimo demonio. Era el diablo en persona. El “padre”, para mí sería un iluminado, que me tendría alucinado, hasta hoy día. Me impactó yo creo que más que el Dr. Creus, que ya es decir.

Estuve mucho tiempo pensando, sobre todo cuando iba por las calles, si tendría yo los rasgos tan fuertes como el Dr. Creus, o sea como si yo hubiera sufrido tanto como él. “Sí, pensaba, seguro que me parezco mucho a él”, me juego que él destacaría también en la carrera, sobre todo por la cojera, yo, por mi estatura y mis pies largos.

El domingo nos levantamos, y según me di cuenta, casi no habíamos tomado ninguna cerveza, seguro que por la influencia del “santo varón”, al menos era lo más santo que yo había visto alguna vez, acostumbrado a estar siempre entre borrachos.

El prior me había dicho, cómo de los cuatro monjes, sólo creía él que uno fuera su posible sucesor, los otros no creía que pudieran serlo, aunque todos estaban estudiando.

Dijo también cómo una vez había estado uno de ellos muy grave de los ojos, tal que lo tenían que operar; él fue a rezar, y sobre la marcha, un exalumno suyo de BUP (donde él dio clases muchos años, y que cuando se despidió hicieron una manifestación en su honor, y eso sí es digno de orgullo), le mandó un dinero, era ingeniero

e-libro.net

y trabajaba en Francia, todo un héroe de esta cultura, y se acordó de él, quien pensaba que no era nadie, y yo realmente pienso que es un santo.

Lo pudieron llevar a Barraquer; la operación fue un éxito.

Esto lo dijo a modo de ejemplo de pequeño milagro, y que iguales a estos ocurrían a cada momento. No eran quizás grandes milagros, pero algo era.

También dijo como él, no queriendo tener nada de valor, le regaló unas reliquias que tenía a una religiosa; creo que era un trozo de ropa de una beata. Todo porque no quería tener posesiones de ningún tipo.

Nos fuimos el domingo, después de almorzar.

Llegó la hora de pagar por la estancia y él, el único monje que había en esos momentos en todo el monasterio, nos dijo:

—La voluntad, la voluntad.

—Pero, ¿cuánto es lo normal?

No recuerdo cuánto dijo; el Lu puso exactamente lo que él había dicho; yo puse algo más, no por nada, sino por ayudar algo, a pesar de saber que de poco le iba a servir mi dinero, pues era bien poco.

Compramos miel (que aun se conserva en mi casa) y unos cuadritos, nada, chucherías. El cura como si se fuera a contaminar con el dinero, no cobraba, sino que lo hacía un señor cincuentón, el encargado de hacer los cobros; a ese señor, no le había visto hasta el último día; por lo que parece, no hacía nada, sino estar tan sólo allí; permanecer, pero sin producir y sin hacer nada, más que cobrar.

El curo explicó:

—Es que yo de cosas de dinero, no sé, no quiero saber.

Me chocó eso, aunque lo admití, no tenían ni para cambiarme un billete de cinco o diez (que eran los del dinero negro que usaba en ese tiempo: ¿seré cerdo?). Al final rebuscaron por todos lados. No recuerdo cómo se arregló lo del cambio, creo que le dije al Lu que pagara él, que luego ya arreglaríamos. Ahora que lo pienso, al Lu, no le gustaba hacer ese tipo de tratos, en cambio, al revés sí; o sea que yo pagara y... ya después arreglaríamos.

Llevaba una camisa comprada en El Corte Inglés, en la época de rebajas, y de la planta de oportunidades; también me compré allí mismo y ese mismo día, una vaquera que no me gustó tanto, a pesar de usarla unas cuantas veces.

Cuál no sería mi sorpresa al vérselas puesta a un médico especialista en dermatología, por lo que me dije: “Estupendo, tengo una camisa de categoría por muy poco dinero”.

Me duró bastante tiempo; aún la conservo pero está remendada y algo pasada.

Hicimos una parada en Tafira, en un bar que allí había, nos tomamos un cortado y un licor. Me encontraba pletórico, lleno de fuerza, aunque para ser sincero sin muchas ganas de ir a trabajar al día siguiente; pero ese día estaba lleno; había madrugado, leído, comido y trabajado manualmente (limpiando los cuartos); había dado tiempo para todo. Fantástico, algo asombroso.

Como verán, ya no iba a playas nudistas; no me atrevía ya; es mas ahora me daba cierto pudor, no falso, sino auténtico de mostrar mis partes íntimas a todo el mundo. Siempre había sido nudista, pero en sitios desiertos o con muy poca gente; creo que la última vez que había hecho un desnudo completo fue el de Montaña de Arena, con Mari Carmen; fue un auténtico desastre; el machote de al lado presumiendo de su cipote; a saber si a Mari se le iban los ojos al de él, seguro que sí; lo que él no sabía era el poder de erección y desarrollo máximo que uno era capaz de desarrollar, y no era plan enseñárselo a él.

Ya en Mari no pensaba casi, en quién pensaba era en Totó, y eso que veía que una chica iba algo detrás mía, o al menos, coincidía mucho en despacharla; hoy sé cómo seguro que incluso hacía cola para que yo la atendiera; la pobre tenía los dientes todos podridos; yo ni hablaba de ella, ni con ella, pero “¡Dios mío!, por qué no se arreglará esa dentadura”; quizás le daba miedo.

Pero es que chica, estarás muy bien, pero con esa dentadura, no tienes nada que hacer.

Tenía y tengo mis dientes al completo, aunque estaban sucísimos del tabaco y café; nunca me había hecho ninguna limpieza y pensaba que no me hacía falta, que tenía unos dientes perfectos, a pesar de escupir sangre de vez en cuando, cosa que me ocurría desde hacía unos cuantos años, recuerdo que en La Laguna empecé; de todas formas, cada vez se hacía más patente, y ahora sigo aún escupiéndola; me tiene ligeramente preocupado, sobre todo cuando lo veo, o sea casi todos los días, al levantarme y al acostarme.

Pensaba en Totó de forma maravillosa; creía que era la que más me comprendía, pues era la que más había pasado conmigo; es raro, con Mari, quien también había tenido problemas psicológicos, no sentía que me uniera

e-libro.net

nada, en cambio con Totó de quien desconocía casi todo, pues me atraía mucho, muchísimo, enormemente, era la última que más me había atraído; seguramente yo había idealizado nuestra situación; aún no perdía las esperanzas de casarme con ella. Por ella, pensaba seguir siempre con el trabajo que tenía, que aunque me tenía amargado, económicamente iba viento en popa.

Pensaba pedirle a mi madre un piso, el peor de todos, y que me lo alquilara por una pequeña renta.

Incluso, un día vi en el periódico un artículo sobre cursos de bibliotecarios, y enseguida pensé, cosa que hice, mandárselo por correo. Nunca me había gustado, y siguen sin gustarme, las cuñas, pero pensaba que si Joaquín viviera, me podía conseguir un puesto de bibliotecaria en el archivo que lleva su nombre. Pero ya no se podía contar con el pobre difunto; quizás ha sido mejor así.

Recuerdo que tenía muy presente que mis herramientas de trabajo eran los bolígrafos, lápices, y demás; pensé que al cambiar de actividad, cambiarían también mis instrumentos, no ha ocurrido tal; sigo usando útiles para trabajar iguales a los de antes; quizás de mejor calidad; estando con C..., lo que había aumentado era el cortador y la bata. La bata era blanca, aunque con el tiempo se ponían amarillas; eran de una buena marca, pero pasaba con ellas demasiado calor. Me la cambiaba una vez en semana, por lo que cuando llegaba el sábado estaba completamente sucia; me daba mucha vergüenza trabajar con ella, y ver cómo los demás la tenían, ese día más limpia; yo la llevaba limpia el lunes, para empezar la semana; era bobo, pues debería llevarla el sábado como todos, ya que era el día en que pasaba gente de otras zonas por allí, atraídos por el mercado, la churrería, y el ambulatorio (urgencias); el sábado era el día que más hombres aparecían buscando la antitetánica y muchos porque se habían cortado un dedo haciendo experimentos en la cocina, a saber si bebidos, o bien por querer sorprender a sus mujeres con platos exóticos y distintos; todo ello por falta de costumbre.

Aún seguía pensándolo y creo que cada vez más, cuando iba a beber, me acordaba de las vacas, que iban a beber al abrevadero, los comparaba a todos con las vacas, bebiendo unos y otros, sin casi dirigirnos las miradas, prácticamente siendo imposible moverse de allí, todos con la cabeza gacha, sorbiendo, y moviendo los ojos. No sé por qué, siempre me ha dado la sensación de que los humanos somos iguales, al menos cuando vamos a los bares; de vez en cuando, giramos la cara y nos ponemos a mirar a las mujeres, a veces soslayadamente, y otras, descaradamente, al menos eso me pasa a mí; no sólo cuando uno está de copas, o mejor, "jarto copas", momento en el que uno no se entera de nada, de nada en absoluto, al menos cuando sobrepasa uno ese límite; límite que la mayoría dice saber cuál es; yo nunca lo he sabido, motivo por el que me suelo pasar de rosca a menudo.

Afortunadamente, ese fin de semana no había bebido prácticamente, aunque para celebrar lo sobrio que estaba uno, nos tomamos un par de licores. "Bueno, ya está uno bien, pensé para mí, ahora me iría a casa del Lu, pero cualquiera se lo dice".

Pensé que por mi parte, todo había salido correctamente, ahora lo analizo y me salió todo fatalmente, hasta tal punto de que ni el prior me miraba cuando hablábamos, no sólo eso, sino mucho más, evitaba a toda costa mi degenerado mirar, y yo pensaba que porque yo era el mejor, y por ello, el no querer seguirme a mí, el líder, es por lo que me evitaba; pensaba que todo el mundo debía mirar hacia mí; sí, me dio un gran escarmiento ese cura.

Pasé muchos años pensando en si le había causado efecto mi presencia. "¡Ya lo creo!, he sido de las personas que más lo ha impactado; ¿no iba a ser así?", era y a veces pienso si sigo siendo el demonio en persona. "¡Qué, seguro que le causé impresión; a que cambió de forma de ser por mí, iría a la capilla por mí seguro!", observarán que era sumamente prepotente. Yo, el mejor, el súper, o como bien dice el título de un libro: "Yo, el supremo", y es que yo me consideraba como tal; de entrada, sabía que iba a ser Premio Nobel; no sabía aún de qué, ni cómo, pero sí que lo sería. Prepotencia tal no me asombraba, sino que me vanagloriaba más, en lugar de hacer las cosas: "Con paciencia, con humildad y con sumisión", yo, no tenía paciencia para leer y estudiar, menos aún humildad. "¿A quién me tenía yo que someter…?" Estaba chifleta.

Puesto que pensaba presentarme a las oposiciones de Matemáticas de Enseñanzas Medias, todas las noches, de lunes a jueves (los demás días estaban dedicados a Baco) leía un poco de matemáticas de COU, también por si tenía que volver a darles clases, que no me afectara tanto. "Para que no me impresionen, ni me cogieran desprevenido otra vez los machangos de COU. Me los voy a follar vivo".

Como el Lu alegaba no tener dinero, y que con otros amigos le salía más barato, dejó de salir con nosotros, con Control y conmigo, quienes medio institucionalizamos la salida de los viernes a una pizzería, la mejor, bueno, la única de mi barrio. Las primeras veces que fuimos, la camarera dijo que nos conocía; Control la reconoció, yo no, me parecía una mujer sórdida, sin una pizca de chispa, motivo por el que, seguro, casi no me fijé en ella.

e-libro.net

Nos sentábamos siempre en el mismo sitio, cerca de la cocina.

Las pizzas que allí se hacían me encantaban, eran enormes; también solíamos pedir una tabla de quesos, esto era más bien, por la bobería de hacernos los finos, pues salía carísimo con respecto a lo demás y encima era muy poca la cantidad; en cuanto a la calidad, no digo nada, no sólo porque no entiendo de quesos, sino porque, y eso que me sabían bien, tenía el sentido del gusto y del olfato atrofiado de tanto alcohol, cigarros y café. En esos años sí tomaba café, pero no tanto como el que tomo a medida que van pasando los años.

Mi pizza era invariablemente la "Cuatro Estaciones", ya saben, lógicamente era una de las más caras, aunque uno en esos aciagos meses no miraba tanto el dinero, o mejor, esos gastos estaban dentro de los gastos normales y mensuales.

Habrán visto que estaba prácticamente en la calle, siempre bebiendo y comiendo. Me extrañaba enormemente, que después de todo lo que trabajaba, siguiera estando tan gordo; no comprendía el por qué y eso que en las revistas del corazón de mi madre, leía que el alcohol engordaba un güevo; me decía: "Bueno, yo no tomo tanto alcohol como para eso", no, tomaba más, tenía que estar al borde del síncope hepático, pero seguía pensando que casi no bebía, y está claro que era por lo que en mi niñez vi hacer a mi padre y a mi familia, quienes irremediablemente se venían abajo debido al exceso de alcohol. El peor ejemplo de todos lo daba mi padre, luego mi tío político, Antonio Lotario.

Fíjense si eran adictos, y seguro que me querían enganchar también a mí, que un día vino Ramón, el hermano de Charli, el gemelo, a mi casa, le llevé al salón y nos tomamos un par de cervezas, él no quería mucho alcohol; me juego que por hacerse el que controlaba, pero le mandaba a la coca cosa fina, sí señor. Hizo las divisiones y allí nos la esnifamos, hoy no se cómo me contengo, y como no les doy un par de tortas a tales degenerados. No se crean que incluso en esos momentos no me atormentaba, mientras pensaba algo así como: "Dejé, tras muchos esfuerzos los porros, y ahora me viene este machango mamarracho, haciéndose el suave y moderno, porque esnifa y fuma coca"; ¿cómo lo consentía?; lógicamente actué de la peor forma, pues lo que debía era haberle dicho: "¡¿Pero qué coño estás haciendo?, guarda eso si no quieres que te de un bofetón!", no, en lugar de eso esnifé y fumé coca.

Aunque para ser sincero, no me sentí más identificado con él, y con la mierda de su familia, todo lo contrario, me preguntaba: "¿Iré yo por buen camino?, sinceramente no lo sé". Encima ese día estaba mi pobre madre en la casa, a la que poco le faltaba para morir, debido a la depresión a la que le estaba llevando por mi conducta. Otro día, que afortunadamente no estaba ella, vinieron, esta vez, los dos gemelos; trajeron una botella de ginebra, empezaron a tomarla, aunque antes habían ido a mi cuarto y suponiendo que yo no me daba cuenta, se pusieron a investigar y a olerlo todo. ¡Esos mierdas me tenían más que harto!; encima cuando me los llevaba abajo, me dijo Charli:

—Yo me quedo aquí un rato.

—No, no, ven conmigo —respondí.

"¡Valiente carota!, encima quiere registrarme el cuarto, ¿pero esta gente cree que soy subnormal y que chupo el dedo?"; espero, porque no quiero pensar mal de ellos, que intentara robarme, eso sería el colmo.

Pensaba que lo hacían para ver si tomaba medicación, que sí la tomaba, y si tenía revistas porno, que sí las tenía. Supongo que algo de eso buscaría tal mierda de tío.

Me asombró lo de acuerdo que estaban uno y otro.

Una vez abajo, se fue Ramón a buscar no sé qué (bueno si sé, era coca, aunque él pusiera otra disculpa), tardó una hora más o menos; no recuerdo si dejó o no la botella de ginebra, al final fui yo quien insistió en que se la llevara; todo lo de ellos cuanto más lejos mejor, me tenían más que harto.

Una temporada, bastante grande, tomaron por costumbre los gemelos, llevarme a una salilla de fiestas, donde todas eran mucamas, y no es que yo tenga nada contra el servicio, todo lo contrario, pero disponen de poco dinero que ponerse arriba, por lo que no lucían mucho. Soy de los que piensa que si para algo quiero a una mujer licenciada, no es por otra cosa sino porque gana dinero, y lo que no es muy difícil, porque gane más que yo, y así no dependa de nadie, al menos en el aspecto económico.

Hasta ahora nunca me lo había planteado así; hoy día tampoco me lo planteo con frecuencia, lo que no quita para que lo piense. De todas maneras ahí está Quillo y Pine, Saso y Juancho, mi madre y mi padre; de todas maneras entre estos últimos mi madre siempre dijo que mi padre abusó de ella, porque no tenía estudios, y por ende un medio de vida. Otro ejemplo es el que se perfilaba entre Chiew y Piluca.

Mi madre siempre me dijo, que a ella le hubiera gustado trabajar en una boutique o en algo por el estilo.

e-libro.net

Uno, por suerte, ya casi sólo bebía cerveza lights, esto es, sin alcohol; de todas maneras, bebía unas cantidades desorbitadas de cuatro a seis, cada vez me parecía más a mi padre. Seguro que por la ansiedad que soportaba, bebía y bebía sin parar. Me decía muchas veces, aunque esto no lo comenté con nadie: "Y menos mal que bebo este tipo de cerveza, pues si sólo bebiera güisqui a esta velocidad, claro lo llevaría".

No tengo ni la más remota idea, de por qué D. Camilo José Cela, cuyos libros empiezo a leer estas Navidades (en las que el nuevo año a inaugurar es el 99), llama a esta bebida (aunque siempre en cursiva) como "whiskey" con una 'e' que en realidad no lleva; para comprobarlo fui al diccionario de la Real Academia, y efectivamente se escribe como yo lo hago, y no como el ilustre Premio Nobel lo hizo. Sus razones tendrá.

Era increíble que incluso con zuecos que daban masaje similar a la arena de la playa, sentía tan grandes dolores en la base de mis pies; seguro que era y cada vez más, por el exceso de peso que tienen que soportar.

Se casaron mi hermana Saso y Juancho por lo civil, y celebraron la boda en Madrid; yo no fui, más que por trabajo con d. Rafael, porque me da que se avergonzaban de mi estado mental, al menos eso empecé a sospechar hace poco.

A la boda fueron los hijos de él, sus compañeros de trabajo, toda gente conocida, muy chic, su padre y demás. Pensé que habían ido tan sólo esas personas, las que se veían en las fotos; según me dijo mi madre hace poco, fue todo un salón bastante grande. Mis hermanas nunca han perdonado a Juancho que dijera que iba a ser una cosa íntima, y que luego invitase a toda la gente que invitó; según se decía, o se rumoreaba al principio, ni siquiera Saso podría invitar a sus compañeros de trabajo. Al final no sé en qué quedó la cosa, tan sólo sé que yo ni mis hermanas fueron; de mi casa sólo asistieron Jose y mi madre.

Algo después, no sé si como celebración de boda o qué, iríamos a La Farola a cenar, en Arinaga, y otras veces a casa Julio (marisquería de las más lujosas de Las Palmas). La verdad es que Saso está guapísima en la foto de su boda, a pesar de no ir de blanco, todo lo contrario, llevaba un traje más bien oscuro; Juancho, todo lo contrario, parecía más bien un niño cursi que acaba de hacer la primera comunión; sobre todo por el corte de pelo (esperamos que esto no lo lea mi cuñado, pues le podría sentar fatal). En honor a la verdad, hay que decir que su nuevo corte de pelo le queda infinitamente mejor.

Recuerdo que a la marisquería, única vez que he ido, iba vestido con unos vaqueros color beige, una camisa del mismo color aunque algo más tostada y una chaqueta color vino; observarán que fui moderno y a la vez clásico; algo así me gustaría vestir, aunque no tengo dinero para eso, por lo que prácticamente y casi invariablemente voy vestido más clasicón.

Alberto, un joven (de mi edad aproximadamente) chabolista, se emborrachó una noche, fue tal el peo que se cogió, que una de las botellas, la tiró a mi casa; fue a parar a mi cuarto, oí el estruendo y miré, al ver que el cristal no se había roto, el de mi ventana, se entiende, pues el de la botella se hizo añicos, como no le di importancia, Alberto, más cabreado contra el caciquismo que seguro piensa que nosotros representamos (de lo que está muy equivocado), y porque no le hice caso (la indiferencia es el peor de los castigos), tiró otra botella, pero esta vez a la habitación de Jose, en la que ahora, sí rompió el cristal. Jose se puso a gritar y yo bajé con él. Llamamos a la policía, al 091, cuando llegó un coche, uno de ellos, se puso a decir (él era madrileño): "Porque que va, aquí lo que ocurre son pequeñas cosas, comparadas con Madrid", yo le daba la razón; se darán cuenta que a veces soy algo tolete y no defiendo mis intereses, al igual que el Quijote; Jose insistió tanto, que al final se llevaron detenido a Alberto. Ni su mujer quería estar con él, decía que estaba loco, y que siempre estaba bebiendo. Si no recuerdo mal estaba embarazada de pocos meses; el padre se suponía que debía ser Alberto.

Según dijo el sospechoso, no tenía ningún antecedente, cosa que me extrañaba pues era un auténtico golfo, de los peores del barrio, cuando estaba allí.

Vivía él, cerca del caracol; el traficante que consumía más de lo que vendía (se entiende que consumía más droga, pues de otras cosas, carecía bastante), quien era pobre debido a su adicción, pues en esa temporada era junto con Alberto, los mayores traficantes.

También vinieron los vigilantes nocturnos del barrio a ver qué pasaba, ya que mi madre había removido cielo con tierra. Vinieron de todos; al final quién descubrió que había sido Alberto, fue un vigilante nocturno, quienes se han consolidado como los vigilantes de la zona, a pesar de que nunca están cuando se les necesita.

Visten de azul marino, como los guardias locales, quienes, a pesar de no tener el puesto de trabajo tan seguro como los de ese cuerpo policial, seguro que ganan más que esos funcionarios, cosa que es bastante normal entre los trabajadores autónomos.

e-libro.net

Siempre que en algún sitio (generalmente en novelas, que es por lo demás lo que más leo), leo u oigo, que fulano de tal chasqueó la lengua, me viene a la mente mi padre, quien continuamente la chasqueaba, al menos, cada vez que subía por la puerta principal a la casa, puerta que era él el único que utilizaba, todos los demás subíamos por la puerta de servicio, entre otras cosas porque era la primera que uno se encuentra, viniendo desde arriba, que es de donde generalmente se viene.

Si por casualidad, yo, que era de los que más caminaba (no puedo decir lo mismo ahora, salvo contadas veces), venía desde abajo, tampoco me daba subir por ahí; o lo más frecuente, si venía de casa del Lu, también tenía que pasar primero por esa puerta, cosa que no me gustaba, pues eso no sólo lo consideraba algo exclusivo de mi padre, y que nadie más ha intentando cambiar, sino que temía por los chabolistas, aunque quién sabe que si me hubieran visto subir por ahí, tratarían con más miramientos y respeto esa parte de la casa; o no, pues cualquiera sabe cuáles serían sus reacciones. Todo esto venía a cuento del chasqueo lingual paterno, casi al mismo tiempo que hacía ese tic, solía mover la cabeza, como para desentumecer algún músculo; la verdad es que ahora lo pienso y tenía esas dos manías invariables, por mucho que pasara el tiempo las seguía teniendo; o mejor todavía, a medida que pasaba los últimos momentos con nosotros los tuvo.

He tenido todos los vicios, como diría el viejo roquero: sexo, droga y rock and roll; mi inestabilidad emocional, sería quizás por lo vivido en mi casa con mis padres.

De mi primo tocayo y su novia, al menos según me contaron los que vivían conmigo, decían que él decía, que él podía acostarse con las mujeres que quisiera, mientras que su novia debía quedar virgen e inmaculada hasta la hora del matrimonio, lo que esto tenga de cierto, no puedo saberlo, a no ser que se lo pregunte a él, cosa que hoy día no pienso, pues nuestra relación no es muy profunda, a partir del cabreo entre los dos hermanos(nuestros padres), por lo que el distanciamiento entre los padres, se extrapoló a los hijos. Yo, en cuanto a eso era totalmente liberal, así, si ponía cuernos pensaba que la otra también podría. Los cuernos que yo puse, fueron emocionales, y en otras ocasiones, tan sólo fue atracción física (que no se llegó a consumar), que tampoco era muy frecuente, ya que sexualmente me sentía satisfecho, lo que no quitaba para que tuviera alguna espinita clavada con respecto a cosas que quería hacer con Águeda en la cama y no hice, y que al menos por ahora, no cuento. No tanto porque me parezcan aberraciones, que después de leer a Sade veo que no lo son, sino porque no ha lugar.

Hoy es día de reyes, e incluso este día me pongo un ratito (una hora, no más, siempre que esté suficientemente concentrado, que por otra parte es lo más común) dale que te pego, al intelecto, y la pluma corriendo sobre el folio ya no inmaculado.

Según observé meses más tarde, cobraría más dinero del que dije a D. Rafael dando clases, realmente eran cincuenta mil pesetas más cada mes, descontando los descuentos que debería hacer como si estuviera de fijo. ¿Salí perdiendo entonces con el cambio? El tiempo lo dirá.

También, y me extrañó enormemente, me vino meses después en verano, y sin yo esperar nada, un ingreso de dos meses más, era extraño, tenía medio millón que no había trabajado. Según me dijo mi tía Mila, seguro que era algún chanchullo de algún político, que se quería quedar con el dinero, pero que a última hora no pudo arreglar, vayan a saber si porque se fue, o porque se olvidó, o por lo que coño fuera, si es que ese mal pensamiento sobre nuestros políticos era cierto; la verdad es que cobré de más, y no se me ocurrió devolverlo, aunque se me constreñían las tripas; pero pensaba: “Seguro que si lo devuelvo se reirán de mí”, al menos eso quería yo pensar.

Fuera o no fuera como pensó mi tía, o quizá sólo fuera un error entre tantas nóminas como hay, y que por tanto son difíciles de controlar, aunque sean por ordenadores, (si es que por esa época ya los usaban para ello), lo cierto es que tuve medio millón de más, que no declaré a Hacienda hasta años más tarde. Podrán ver, que me estaba haciendo un estafador y un ladrón profesional, puede que no de altos vuelos, pues mi sueldo no era de cientos de millones, pero sí me estaba convirtiendo en un ser rastrero. Me avergüenza decir estas cosas, quizás más que otras. Sé también que quizás me juego la cárcel por contarlas. Soy un mierda y por ello pido clemencia, pues debería apencar con lo hecho.

De una forma u otra, lo cierto es que ese dinero desapareció con el paso del tiempo, aunque si unas cosas se olvidan, surgen otras quizás peores (ya verán); aunque a veces, mi vida no la considero tal desastre como para merecer la cárcel ¿o sí?

Ya vienen mis sobrinos a ver los regalos, y aún me queda un folio por escribir. Estoy en ello, espero que mi madre no me llame para bajar a ver los regalos todos juntos.

e-libro.net

Pasemos rápidamente al trabajo. Recuerdo cómo yo era el que iba a buscar los cortados, por lo que si el jefe estaba, le decía:

—Don Rafael, ¿quiere un cortado o algo así?

—Espera un momento -me decía, y mientras, miraba en su absurdo pequeño monedero para las monedas, absurdo digo en un hombre que maneja tantos millones-, pues sí, tráeme uno.

Y me daba el dinero justo, o casi justo para su cortado.

—Si no tiene, yo se lo pongo - le decía casi siempre.

Esto, quizás molestaba a mi jefe, y a saber si le ofendía. Yo, sinceramente lo decía con la mejor intención del mundo:

-¡Este es un buen amigo! ¡Fíjense ustedes que va a buscar cortados para todos!

Nunca lo vi desde ese punto de vista; tampoco lo veía como una obligación sino como una tarea que me permitía fumar.

Creo, que en parte lo decía para dorarme la píldora; pues suponía que él, el gran jefe blanco, no sería capaz de hacer ese favor. ¡Ojo!, yo no veía eso, ya lo he dicho como un favor que les hacía a ellos, en todo caso era todo lo contrario, era un favor que ellos me hacían a mí para yo poder fumar, me permitían que me escaqueara de diez a veinte minutos cada media jornada, para así poder satisfacer mi denigrante vicio, al menos ese, el del tabaco, los otros ya se ocupaban otras personas de “satisfacerlos”. Me jodía algo, aunque lo pasaba por alto, el que con frecuencia, sobre todo Jacinto, Juanito y Charlie, y raras veces Jorge, me dejaran a deber desde un duro, al valor de todo el cortado; se los debía pagar pues de mi bolsillo, por lo que muchas veces, gastaba casi doscientas o más al comprarlos, o sea como si desayunara y merendara en el bar, cosa que no solía hacer para ahorrar.

Por la mañana, algunas veces, se me iban los ojos a la tortilla a la paisana, enorme, gordita, y magnífica; me atraía mucho más que la de papas y cebollas; ésta última sí me atraía algo, pero comparada con la otra, no tenía nada que hacer. Eso sí, si alguna vez íbamos a tomar algo a la salida de la farmacia al bar, de seguro que caía una tapa de la tortilla, aunque ya a esa hora, estaba algo seca y no tan sabrosa.

Llevaba muchos vasos, a veces incluso sucios, lo que me daba mucha vergüenza, al pensar que dirían los del bar: “Miren que son hediondos, esta gente”; pues bien como nadie quería limpiar sus propios vasos, pues todos eran muy finos, tenía yo que pasar la vergüenza.

Me daban en el bar, una bandeja de acero inoxidable, había de dos tamaños, generalmente me daban la pequeña, para unos cinco o seis cortados largos, que normalmente si me los pagaban, me los pagaban como pequeños. Abusaban de mí, y dejaba que se me subieran a la torera. No me sabía imponer a pesar de estar siempre incómodo por estas cosas.

Como todos eran muy señores, tenía que preguntarles uno a uno si querían o no cortados. Esto me cabreaba mucho. Debía coger el montacargas, subir y decir:

-¿Alguien quiere un cortado?, que me de el dinero.

No demorarme mucho y bajar, y en la farmacia, propiamente dicha, decir lo mismo.

Por desgracia, la parte de arriba estaba casi limitada a los veteranos; con qué desenvoltura se movían, “Quién pudiera ser uno de ellos, ¿pero qué, toda mi vida en la farmacia?”; oscuro, muy oscuro futuro me esperaba de ser así.

No era extraño que rompiera de vez en cuando un vaso, desliz que me ponía algo nervioso, aunque nunca pedía perdón por ello, y eso que inmediatamente debía salir un camarero a arreglar todo el estropicio, y a recoger todos los cristales, y dando gracias que en el mejor de los casos, no salpicara a los clientes de los alrededores.

Había veces, que estaban tan sucios los vasos, que pasaba de llevarlos, por lo que llevaba la bandeja vacía; eso daba gusto, lo que ya no daba tanto gusto, era que la siguiente media jornada debía llevar el doble de vasos. Había un tejemaneje con estos vasos, que era algo anormal.

Nos hacían los del bar ese favor, sospecho que a regañadientes, pues a los del ambulatorio, les daban los cortados en vasos de plástico, incluso a las mujeres de la limpieza, las que algunas iban de poderosas por la vida.

Las bandejas tenían festoneado el borde, muy curiosas. De todas maneras, ellos tampoco nos las daban muy limpias.

Había una cantidad de empleados, enorme. Me juego que los hermanos Matos, dueños de la churrería, no se creían el negocio que tenían montado; intuyo que incluso ellos, estaban asombrados de lo bien que les iban las cosas. Había dos turnos en el bar, y los hermanos también se turnaban; el de la tarde era más normal y

e-libro.net

trabajador, el de la mañana, se lo tenía muy creído, y prácticamente no trabajaba nada; "¡Señor!, por qué estará tan mal repartido el mundo", se plantea uno a veces.

El encargado de la mañana, se llamaba Pedro; era un cincuentón, que llevaba casi tan honrosamente como orgullosamente el cargo. Este fulano sí trabajaba. Un servidor nunca lo llamaba ni por el nombre de pila, ni por el de D. Pedro. Me daba un apuro enorme. El había encontrado la fórmula ideal para denominarme: "El chico de la farmacia", por ejemplo:

-¡A ver!, ¿están ya despachando al chico de la farmacia?…

De todas maneras, sospecho que no le caía muy bien.

Los camareros, cambiaban de igual forma que los empleados de la farmacia; a veces, ni siquiera duraban tres años. Muy pocos duraban todo el tiempo.

Uno de ellos, que hizo migas conmigo, quizás por ser también alto y gordito, aunque creía que él era más gordo que yo. En la duda, se lo pregunté a Jacinto, si yo era tan gordo como él, y me contestó:

—No, tú eres más gordo que él.

Esto me dejó bastante preocupado; ahora que lo pienso, no era cierto.

Tengo una foto en la farmacia, en la que estoy con una camisa blanca con rayas negras muy finas, muy descamisado, excesivamente; la verdad es que estoy feísimo, pero no resulto tan gordo; lo que ocurre es que uso las batas muy holgadas, demasiado, pero es que si no las llevo de esa manera, me da la sensación de que no puedo trabajar a gusto, sino que estoy cosido en ellas, y así no puedo moverme con soltura.

A veces me confundían con que era el hijo de D. Rafael; a mí esto no me gustaba, consideraba más inteligente a mi padre, del que me sentía ahora, sumamente orgulloso.

Para el jefe, había siempre algún distingo, así cuando él pedía el cortado, que solía ser descafeinado, le llevaba su vaso, el café descafeinado en sobres, y unas dos bolsas de azúcar, también le llevaba una cucharilla para que removiera su "cafetito". A los demás, cinco o seis más, les dejaba para todos, una única cucharilla.

El jefe como verán ha tenido pocas quejas de mí, a pesar de no ser yo tan pelota como debiera, eso lo reconozco, pero es que soy así, y así seguiré, nunca cambiaré, al menos esto decía la canción.

Es curioso, que siendo estudiante, si me preguntaban sobre la guerra, yo decía inconscientemente que hacía falta, más que nada, para mantener estable el número de habitantes sobre la tierra, pues las encontraba a éstas como un gran nivelador y regulador de los movimientos demográficos. Lógicamente que esta fuera, bastante alejado de mi país, y por ende, de mi isla.

Hoy pienso todo lo contrario, que haya paz, una paz mundial, real, y que luchemos todos manual e intelectualmente por un mundo mejor; estos sentimientos no son exclusivos de ahora, pues cuando veo algo sobre guerras se me revuelven las tripas. Me juego lo que sea que los que las promueven viven bien, muy bien, mejor que la mayoría de los mortales. Ya es suficiente con los desastres de la naturaleza, para que encima nosotros sigamos jodiéndola más.

Puedo asegurar, y por eso lo aseguro, que no ha sido premeditado, pero si las cábalas no me fallan, más que cábalas, mi propia predisposición a terminarla en cuatro años, que estas nimias líneas saldrán para el año dos mil, y digo nimias, en su acepción más común, la de pequeñas e insignificantes.

Esto me ha salido para esa fecha sin habérmelo propuesto en ningún momento, ni cuando los empecé a escribir, ni ahora, era simplemente que me dije: pues voy a hacer una novela, o un escrito o un ensayo, o como coño quieran llamarlo, que lo trabajaré durante cuatro años; así estoy en ello, y espero que si no me retraso, saldrá para el dos mil, como ya he dicho.

El mundo cambia, y bastante rápidamente; esto se nota en la velocidad con que lo hacen las comunicaciones, carreteras y demás; ahora sin embargo me refiero al teléfono, no sólo al móvil, que quizás empezara a usarse en esos años, sino a las cabinas telefónicas; ya de ellas hablé para referirme a una en La Laguna, en la Plaza del Cristo, en la que íbamos a robar el cristal y lo que hicimos fue romperlo; bien durante esos años las cabinas eran como un pequeño habitáculo, hoy día son simplemente un poste y una cabina como con orejeras, lo justo para meter la cabeza dentro; hay una a cada lado del poste, por lo que se ve que la gente usa cada vez más el teléfono. De todas maneras, en sitios en los que llueve demasiado, supongo que seguirá existiendo el modelo antiguo; en Las Palmas, ya se ven pocas de estas últimas; ahora son más modernas y más caras también. Es asimismo raro el bar que no tenga teléfono público.

El alcohol me llevaba cada vez más a mi perdición; mientras pensaba: "Así no puedo seguir, no se puede, ni yo ni nadie", pero sin embargo seguía y cada vez tenía más mala leche.

e-libro.net

Seguía entre otras cosas en “conexión” nocturna con mis fantasmas, Juancho y Felipe. A ellos, les podía ver donde dormían, pero ellos a mí no, para algo soy yo el “maguán” (imagino que esta expresión venga del “más ‘one’”, palabra esta última que se refiere al número uno en inglés, pero no lo sé a ciencia cierta). Ellos aunque querían entrar en mi cuarto, yo no les dejaba. A la Moncloa fui un par de veces, y le deba un par de pasadas, para meterle miedo y para joder a Felipe; me decía que el único que sabía cómo funcionaba este mundo, era yo. Me los imaginaba tal como eran por la tele y los periódicos. Vestían muy seriamente, con chaquetas los dos; a Felipe le di un par de vueltas por el espacio, para joderlo más que nada, pues él insistía en molestarme, y regodearse conmigo todos los días. Pero, vamos a ver, qué otra cosa más importante tenía el presidente del gobierno y un intelectual de la época, que preocuparse por un más que mediano, peor aun, licenciado en farmacia. Está claro ¿no?, yo podía cambiar el mundo (hoy me conformo con aportar mi granito de arena). Había medicamentos como era el caso de la Ernodasa®(digo era porque ya no debe cumplir este requisito) que iban en la nevera, ello se sabía porque llevaban la estrella del frío en la parte superior derecha, justo donde van todas las indicaciones que imprescindiblemente, debe saber el farmacéutico sobre el medicamento, como por ejemplo si es psicotropo o E.F.P., etc., etc. Cuando las despachaba, debía indicar al paciente-cliente esto, por lo que les decía que le ponía un equis al medicamento para que recordaran que lo debían conservar allí; todo ello, se debía a que no sabía si nevera, se escribía con “b” o con “v”, lo que me costó bastante tiempo retenerlo (después de mirarlo en el diccionario), al final lo hice asemejándolo con la palabra nieve, así: “La nevera congela porque es como la nieve” algo más o menos, por ahí iban los tiros, mientras que *nube* va con “b” (como diría mi madre, con “b” alta, no “b” chica: “v”). Me veía a veces en tales situaciones que me decían:

—No, escríbamelo, que va en la nevera.

No se conformaban con una gran equis, por lo que se me ocurrió ponerle: refrigerador que no caía en la cuenta si se debía escribir con ge o con jota, hoy ya he salido de la duda, aunque en ese momento, sin saberlo, y sin planteármelo lo escribía correctamente.

Según han visto ustedes mi trayectoria, debían pensar que mis gustos musicales iban por el rock duro, pues no, aunque en esos años, le pedía a Julio que me grabara canciones de la época, tipo pop-rock, a otros como Control, les decía que me grabaran lentas.

Mi hermana Pine, me dijo en una ocasión:

-¿Por qué ya no tienes cintas y música como antes?; vete haciéndote con una colección poco a poco.

Eso he hecho, aunque no tengo demasiadas, tendré sobre la cincuentena.

El cassette que tenía era el que una vez me había dejado Quillo, el cual estaba medio roto, y no tenía reproductor de “compac”.

Sí, las lentas y la música clásica es lo que más me gusta, aunque cuando descanso, me gusta oír algo de música moderna, la que me echen, incluso música house (creo que así se escribe y que es una especie o variante del bakalao), de la que no entiendo nada, sino que la oigo por la radio; desde luego, de esos, sí que no me compro nada, ni siquiera grabo cintas; no ya porque no conozco a nadie que me lo pueda grabar, sino porque no me gusta tanto como para eso.

Desde la época lagunera, y hojeando el libro de Darwin, que no leyendo, y mucho menos estudiándolo, me pregunté sobre Adán y Eva, de siempre se me ha hecho difícil, encajar las dos teorías; quizás Darwin fuera un lunático, y el hombre, nació ya hombre y no mono; desconozco hasta lo básico sobre este tema como para disertar sobre él; desgraciadamente para mis creencias, existió Darwin; sin embargo, Dios existió y existe.

A veces, cuando salía con Tomi y Herse, podían ocurrir dos cosas, que saliéramos con la madre de Herse y sus amigas (las de la madre), o que saliéramos con Tere, su hermana Macu, el novio de la última, etc. Yo lógicamente prefería salir con estos últimos, pues Tere estaba realmente apetecible, era un bombón (y me imagino que lo siga siendo, aunque esté a punto de caducar).

Una vez, con Tere, me pegué una amanecida, estaba yo en ella, sumamente contento, “Estoy saliendo con una chica, que está como un tren, fenómeno”. Me llevó a mi casa en su coche, o quizás fuera de su padre, ella se compró un coche furgoneta, por motivos de trabajo, ya dije como había puesto una tienda de colchones en Guanarteme, motivo por el que la conocíamos como: “Tere, la de los colchones”.

El día de la amanecida, ella estaba imponente; yo, alucinado con mi acompañante, he de decir que estaba orgulloso de ella. Me imagino que Herse le diría lo de mi brote psicótico, yo aún no le había dicho nada. Estaba privado con ella, motivo por el que subí a mi cuarto y cogí Coronas y Camel, dos del último y uno del primero; los Camel eran para yo fumar uno, y darle el resto a ella.

e-libro.net

No recuerdo de qué hablamos, pero estábamos ambos muy inspirados, charlábamos y charlábamos sin cesar; Eros, de seguro, nos había idiotizado, por no decir hechizado; ella, seguro que pensaba, que no era cuestión de hacerlo todo en un día, se fue y me dejó en mi casa. Me dio esto que pensar mucho tiempo; así antes de una semana, ya la había invitado a comer por ahí, a un chino, o a algún sitio por el estilo; ella me contestó que no, que a cenar no, que a tomarnos una copa sí.

Quedamos en un bar en Las Palmas, por lo demás no era raro, pues es donde la conocí, y donde empecé a relacionarme con ella y con las amigas de Herse y Dafne (la hermana de Herse), también quedaban a veces con su madre y las amigas, en ese mismo bar.

Tere llegó tarde y con un amigo; yo a él, a su amigo, que tenía bastante pluma, le dije:

—Oye, a ti te gusta Tere, porque a mi me atrae mucho.

—No, a mí no.

Le faltó decir, yo soy homosexual, pero no me lo dijo, así.

Tenía Tere, suma confianza con ese amigo, de tal manera, que se fue una vez de viaje con el a Francia, a París.

Tere vestía extremadamente bien; ya le había dicho Herse, creo que algo celosa del gran vestuario de su amiga, de quién dijo:

—Porque Tere, tiene un montón de vestidos y buenos.

Tere también daba clases en FP como les indiqué; no cobraba mucho por ellas, porque tampoco era mucho el tiempo que daba, estaba a tiempo parcial.

Lo de los colchones, por lo visto, no le iba muy bien; creo que no tenía muchas ventas. El negocio se lo había montado el padre, está claro que con la intención de que se independizara; su hermana y su marido (que en esa época aún novios), daban clases en colegios privados, eran maestros; como verán en esa casa, no salieron gente muy estudiosa. Bueno, comparando con mi casa; y no digo nada de la casa de Tomi, tres hermanos en total y los tres con carreras, dos farmacéuticos, y una pedagoga.

Tere me daría calabazas, pues ese día estuvo un ratito nada más hablando conmigo, al poco vino su hermana y Pepe, su futuro marido, yo me sentí un intruso, y bobo de mí, no hice nada para ganarme a su hermana.

Las amigas de la madre de Herse y Dafne, bebían bastante; una de ellas era funcionaria, la otra lo mejor es definirla como alcohólica, o quizás estaba pasando una mala racha, racha que se alargó muchos años.

De los primeros días que salí con ellos una de las veces, me la quise tirar, en su casa lógicamente, pues los pisos de mi casa estaban ahora alquilados. Me importaba un bledo el que tuviera hijos y estuviera separada, yo iba a lo mío: sexo, sexo y sexo. Afortunadamente me salió el tiro por la culata. Ella tendría cuarenta y tantos años (pocos) y yo pues no me acuerdo qué edad tenía, creo que veintinueve o treinta máximo. Digo afortunadamente, pues si no tendría hoy día, otro pesar en mi cabeza.

De todas maneras, la imaginaba en la cama, y no sé por qué, supuse que no iba a ser muy higiénica ella, sobre todo con su sexo, su vagina y sus muslos.

Tenía las carnes prietas, y no dudo que se acostara con cualquiera, menos conmigo; otras veces que la vi, no me hice tantas ilusiones.

Las llevé una vez que salimos, en taxi hasta la zona de Las Palmas, una perpendicular a Tomás Morales, justo donde vivía la madre de Dafne, joven aún, aunque no tanto como para salir con sus hijos de juerga. Ellas llevaban otro rollo, seguro que mucho más sano que el de el padre de Herse, cuyo trabajo no era muy bien remunerado (albañil o similar), encima era alcohólico; no recuerdo si estaban separados o no.

De todas formas, Herse vivió con su tía hasta que ésta murió; de esa casa le venía su afición por los gatos, a los Tomi odiaba, igual que yo.

Un día quedé con Tomi y Herse en ir a su casa, para salir por ahí. Imprudentemente, llamé a Herse y le dije:

-¿No te importa que vaya yo a tu casa?

—Como quieras, pero Tomi no ha llegado todavía.

—No importa, yo le espero allí –le respondí, bobaliconamente.

Metí la pata, pues cuando Tomi vino, se llevó una sorpresa, al encontrarme allí, me imagino que su primera impresión sería: “Ya me están poniendo los cuernos”, yo, pobre de mí sería y hoy más que nunca, incapaz de ponerle los cuernos a ningún amigo, y menos a Tomi, compañero de fatigas.

Ese día fue suficiente como para darme cuenta, que de no ser por Tomi, entre Herse y yo, casi no existe ni amistad, aunque ella, cuando estoy con Tomi, me soporta.

e-libro.net

Otra cosa que pensé fue: “Espero que Tomi no llegue, y como yo a veces, nada más llegar se tire un par de peos, pues sería un corte para él, y para mí”. Lo de los peos es hoy día un gran tabú, y somos bobos, pues todos tenemos gases que debemos expulsarlos, si no de ahí vienen los problemas, cosa que le ocurre hoy día a mi madre, quien casi no come de los dolores tan grandes que le entraban; esto que les cuento es de este último año que acaba de pasar; empezó con esos dolores hace poco, y aunque le estén haciendo pruebas, supone el médico del estómago, que seguro que son gases.

Empecé bien mi trayectoria de lector; mis libros eran El Quijote y Guerra y Paz, los dos los iba leyendo todos los días aunque poco a poco, muy poco a poco.

Quizás por el Quijote, por su lectura, me volviera yo un tanto chifleta, que todo es posible; no lo creo tanto.

Siempre me extrañó, y así se lo pregunté años después a mi hermana, a ver si Juancho le había dicho algo, como por ejemplo, qué significa eso de los gigantes y los molinos; sé, que el Quijote confunde cosas, pero qué significaban unas y otras para Cervantes, si es que tenían un significado concreto. Que el enemigo fuera los pellejos llenos de vino, está más claro, a pesar de leer, en una biografía, que Cervantes de vez en cuando, se iba a tomar un vino (no puedo asegurar si esto es cierto o no).

Iba por mi segunda o tercera lectura del Quijote. Lo leí esta vez en una mala adaptación comentada por Francisco Rico, era su primer comentario sobre la obra. Me pareció tan extremadamente fácil su lectura, que supuse por ello que no era una muy buena adaptación. El tiempo me daría la razón.

Constaba la obra de dos tomos (igual que Guerra y Paz) y cada día me leía un capítulo, siempre que estos constaran de tres caras, o sea menos de dos hojas; como verán iba al golpito, poco a poco, menos de lo que el trabajo me permitía.

El de Guerra y Paz lo leí también cuando estaba en la farmacia, justo cuando lo pusieron por la tele; no la vi, la película, aunque enseguida, Jorge salió como comentarista de la obra, lo primero que dijo es que le resultó larga; error al que me imagino que llegaran los que no la han leído, pues su lectura engancha, al menos la traducción que yo leí, a mi me subyugó. Pero dejémonos de pedanterías. Perdonen si estas líneas de hoy no den todo lo que deberían dar, pues no acabo de concentrarme y quizás no me inspiro tanto.

Debía hacer algo, en lo que la asistencia no fuera tan importante; sí, lo haría por la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia). Sí, ya lo tenía decidido, estaba acostumbrado a estudiar por apuntes de otro, por lo que no me resultaría difícil estudiar sin haber asistido a clase.

Hoy, no me explico por qué, pero estoy haciendo un montón de argollas, mientras esto escribo. Quizá porque ayer sábado no estaba suficientemente concentrado, entre otras cosas, porque me estaba leyendo otro libro, distinto al de la colección: “Obra completa de Camilo José Cela”.

Seguramente que es por que es la época que me ha tocado vivir, pero tengo que decir, que la mejor forma de gobierno que pienso que es la mejor con la que se puede vivir, es la democracia. Vayan ustedes a saber, si hubiese vivido en una dictadura (fuera del cariz que fuera), lo hubiese tomado como la mejor forma de gobierno, tal y como le pasó a mi padre.

Mi tío Joaquín, era mas veleta; Domingo, no ocultaba que era de derechas, pero a eso me refiero, uno puede ser del partido que sea, que siempre será respetado; a los que más se teme son a los ultras, y a los que se respeta siempre que no usen la fuerza, ¿aunque si no la usaran, serían ultras?, yo creo que sí.

Que puede haber gente extremista del lado que sea, que intente por todos los medios legales convencer, pero en esto consiste esta democracia.

Alucínense, con el chabolista este, me salió inglesito o americano el muchacho, o quizás ni siquiera sepa escribir su nombre. Me imaginé que la madre le pondría ese nombre por la playa de la isla llamada Güigüi, (que creo no va con diéresis, o al menos eso recuerdo de cuando lo vi en un atlas de las islas). Quizá ni la madre ni el que registrara su nombre en el registro, supieran cómo se escribía, o quizás la madre le quiso poner el nombre en plan anglosajón, que de bobos está el mundo lleno. Sí, por lo que vi a su portador, escribió su nombre en la madera de la chabola, así: Wiwi, que por otra parte estoy seguro que es lo único que sabe escribir, pues de adolescente dejó el colegio.

Recuerdo que los sábados tocaba fiesta, casi de amanecida, cuando no llegaba de día a mi casa. Entonces, me pasaba todo el domingo durmiendo, me levantaba para almorzar, y después me volvía a dormir. El lunes tenía que ir a trabajar, por lo que la noche del domingo al lunes, la pasaba fatal, con pesadillas y despertándome cada dos por tres. Siempre he admirado a aquellos que saliendo de noche, al día siguiente están frescos y

e-libro.net

saludables, yo nunca he podido, seguro que es porque cuando bebo, lo hago también sin medida, al igual que hago todas las cosas, o todo o nada.

Cuando me levantaba el domingo para cenar, a veces, si no estaba muy resacado, me quedaba una hora o algo más, viendo las noticias.

Recuerdo, y me desagrada muchísimo, que para mis vicios cuando venía de La Laguna, le pedía dinero a mi madre casi todos los días, para tomarme las dos cervezas que me tomaba cuando iba con Águeda; sé que iba al sitio menos frecuentado, y por lo tanto casi donde más barato; iba entre calles, pues mi ropa, no estaba para muchos lucimientos, entre otras cosas, y como le pasaba a Luis Cosmen, porque no me gustaban las aglomeraciones de personas. Hoy me da pena, pensar el cómo mi madre se quitaba dinero de su bolsillo para mantener mis vicios. Esos días con C... ahora daba veinte mil pesetas para la casa, y me parecía un fortunón, claro, como no iba a hacer la compra, no sabía lo que costaba la cesta de la compra.

Mi madre, un día me dijo que pusiera, sólo quince mil pesetas; espero, pues no recuerdo si lo hice o no, que no fuera tan cerdo como para ello; pues creo que ganaba más que ella.

El que siempre, para los pocos estudios que tenía, lo ganaba bien, y lo gana, es Jose, de repartidor de Correos, sin oposiciones. Así siempre ha vivido bien, muy bien; según saben, también ha sido freganchín, la verdad es que no sé cómo no le daba resquemor, pero, qué iba a hacer, si no tenía cualificación alguna.

Yo con la cualificación que en teoría tengo, siempre, o casi siempre he ganado menos que él, y puedo asegurar, al menos eso afirmaría, que cuando trabajo, trabajo más que él.

Sé que he de ser humilde, y aceptar, o mejor luchar, tal y como me viene la vida, pero es que a veces se me revienta la hiel (tal y como dice mi madre).

Nunca he podido saber cómo mi madre nos alimentaba; en esa época, nadie nos echaba una mano; bueno, a veces Domingo y su mujer Conchita (la hermana de mi madre) nos traían las bebidas alcohólicas que ellos no usaban, no por malas, pues algunas eran del tipo de licor de Chivas, etc., pero quizás por vergüenza o vayan a saber por qué, no le daban dinero a mi madre; metal del que andábamos tan escasos (y seguimos), y el que tanta falta hacía. Yo era bastante inconsciente, aunque no lo bastante, como para pedirle miles de pesetas, como hacían mis “amigotes” laguneros, para salir unos con otros y beber y drogarse como gente rica; que aunque lo pude haber sido, nunca lo fui.

En el trabajo, en la farmacia, me había hecho amigo de los drogadictos que iban a que les regaláramos las “insulinas”, o bien para vendérselas; no es insulina lo que se les dispensa, sino jeringuillas para la insulina, las intradérmicas o como coño se usen..

Uno de ellos, me caía especialmente bien, quizás porque fuera de mi mismo estilo, y era orgulloso, que es de lo que acabo de darme cuenta; llevaba el pelo largo y rizado; usaba bigote, y al igual que yo, era rubio pero con muchas canas; quizá tenía un algo más que nos caracterizaba, y era nuestro buen porte; él era (y espero que siga siendo), mayor que yo; su nombre, no lo recuerdo, tal vez Gaby, o algo parecido.

Un día, estando en la calle, me dijo que él estaba casado y con una hija, aunque la mujer lo había dejado; se me parecía algo al que vivía en la casa de A. Granados; el primero, el de mi barrio, tenía mejor porte. Su madre, iba a buscarle tranquilizantes y analgésicos para él, él iba a buscar la insulina, con sus amigotes; tenía un amigo, que ya no es que estuviese en la mierda, sino que él, *per se*, era un mierda. Según decía era psicólogo, aunque ya no ejercía, se le veía que tenía ropa buena, aunque muy pasada de moda, los colores al menos; iba, a veces de chaqueta y corbata con gabardina, me dejaba asombrado, pensando en “¿de dónde sacará este el dinero para los modelitos?” Lo malo era que siempre venía con exigencias, y avasallando a todo el mundo; por él fue que me enteré que tenía su carrera, pero él, de ciudadano universal, no tenía nada, era un ser vil.

Se llevaba bien con el que me parecía físicamente, y espero que sólo en eso. Yo tenía más barriga que él, y así me lo hizo notar un día; su madre, me daba pena, siempre comprando los medicamentos de su hijo, y este haraganeando con sus amigos y pidiendo dinero para vaya usted a saber qué; era agresivo, y junto con su amigo, tenían amedrentado a todo el barrio.

La madre, iba lo mejor arreglada que podía, pero el bolso, gastadísimo, en el que lo que en principio era piel no muy buena, negra, tenía ya muchas zonas blancas. La madre se teñía de rubio. Usaba moño. No iba mal vestida, pero tampoco muy bien. Me da la impresión de que le gustaba que yo le despachase.

Una vez, pasó un ejecutivo a comparar, cuando le despaché, casi ni alcé la mirada, sino que le vi el torso con su niki blanco, y pantalones de pinzas; era un buen día quizás de primavera, o quizás el verano. Fue al único ejecutivo que vi a esa farmacia, ir a comprar, y que yo le despachara.

e-libro.net

Había también una señora, toda una gran dama, que se estaba quedando sorda, por lo que siempre me decía:

—Si ve que estoy hablando alto me lo dice, es que me estoy quedando sorda, y no me oigo.

—No, no –le decía con un acompañamiento de cabeza moviéndola de un lado a otro.

Iba siempre muy bien vestida, y de peluquería. Yo creo que no le caía tan mal; al menos ella a mí, me caía muy bien.

Un cierto día, un señor, compró Buprex®, y me dijo:

-¿Para qué es este medicamento?

—Para desintoxicarse los drogadictos.

El señor, al instante, me echó un rapapolvo impresionante. Enseguida vino José Juan y no se quién más a sacarme del apuro.

El hombre se puso hecho una fiera, todo porque pensaba que le estaba llamando drogadicto. Después miré el prospecto y me di cuenta que era un derivado del opio, según acabo de mirar nuevamente: Buprenorfina (D.C.I.) era pues un analgésico, bastante potente.

Alguno hubo que necesitaba morfina por el cáncer, y la iba a buscar a la farmacia; yo mismo le acompañé al ambulatorio, y allí se lo dejé a Eduvigis, la mujer de Carlos Loberia (hermano de Quillo). Le expliqué el caso, y luego, me fui de nuevo a la farmacia, al lado; iba ligeramente inflado, había hecho una buena labor; para la morfina, hace falta una receta especial de estupefacientes, y él, el cliente-paciente, llevaba una ordinaria de la seguridad social, tenía la impresión de que el médico que se la había prescrito, no tenía ni idea de que eso se despachara con recetas especiales y específicas, debido a los pocos estupefacientes que hoy se venden en las farmacias, y que toda farmacia, debe tener en un número mínimo.

Chari era una empleada de la farmacia, que sinceramente, no me atraía nada, todo lo contrario, la consideraba algo hediondilla, de todas maneras, era mi compañera, y en un sitio tan reducido, debía mantener buenas relaciones.

Tenía una amiga, que según parece era modelo, nunca la llegué a ver, aunque solía ir por la farmacia, fue unas dos o tres veces. Una de esas veces, y casi de casualidad, al despachar a esa amiga, de la que sólo pude ver sus hermosas piernas y su espalda; las oí a ambas hablando bajito, como un murmullo, luego vi a Chari que iba y cogía un psicotropo de los más fuertes, Tranxilium 50, y se lo escondía en el bolsillo de la bata. A partir de ahí empecé a especular, e hice un mundo de semejante granito de arena; seguro que todo fue legal, pero yo no dudé de lo contrario hasta hoy.

Chari duró muy poco en la farmacia. Vivía sola.

Como verán, desconfiaba hasta de mi sombra; era y soy, un ser vil y despreciable, critico a todos mis amigos en estos folios, ¿entonces, con quién me quedaré?, pues fácil, con mi familia; falso, pues también a ella la critico. Pues solo, seguro que al paso que voy y si por desgracia esto leen mis amigos, estoy seguro que dejarán de serlo; espero, pues, y como suele ocurrir, que mis seres allegados no me lean, y si me leen, que no estén muy concentrados cuando la parte que de ellos cuento, lean. Más me vale.

En una de las ocasiones que fui a consulta del Dr. Henrik, le dije una vez:

-¿Usted sabe matar?

-¿¡Eh!, cómo?

Y enseguida apuntó eso en mi historial.

Me dije, “Bueno, ya tengo una mancha negra en el historial”. Lo cierto es que me refería al ping-pong, cuando jugaba con el Flaco, quien me hacía mover y sudar, de todas los mates que me daba, pero cómo no, de tanto parárselos al final yo también aprendía “a matar”, y ese es el matar que apuntó sin él saberlo. He sido bobo al confesar esto, pues, si alguna vez me vuelvo loco y mato a alguien (que Dios no lo quiera), tendría una excusa, así dirían: “No, es un psicópata de toda la vida”.

De resto, lo que me preguntaba el médico, era siempre lo mismo y supongo que como todos los malos médicos, o en general los profesionales que no encuentran que se puede perfeccionar su trabajo.

Me preguntaba siempre lo mismo, sobre la farmacia que tenía pedida, cómo me iba con ella, si estaba bebiendo o no, a lo que yo falsamente contestaba que poco, muy poco; él a su vez me decía que mejor, así dejaba descansar a mi hígado.

También me preguntó muchas veces si había leído el libro de Isabel Allende: “La casa de los espíritus”, y le contestaba que no; continuamente me preguntaba sobre ese, y algún que otro día sobre alguno que estaba

e-libro.net

de moda, a los que le contestaban que sí, que me los había leído, claro está, siempre que me los hubiera leído, que uno no tiene necesidad de mentir en esas cosas.

Menos mal que nunca me preguntó sobre si me drogaba, pues le tendría que haber dicho que esnifaba y fumaba coca.

Aún seguía pinchándome un Lonseren®, del que aún, yo quería rebajar la dosis, pero él se mostraba algo reacio, y me decía que ya veríamos, que el tiempo que debía estar con el Lonserén® eran unos cinco años, de los que por el momento llevaría dos o uno y medio. También me preguntaba sobre mis relaciones con el colegio, y le decía que eran buenas, yo así lo creía y creo, a pesar de lo poco que el colegio ha hecho por mí, han sido unas relaciones cordiales.

El Dr. usaba calzones, casi siempre los mismos, o al menos el mismo color de pantalón, eran gis marengo, y el muy cerdo, siempre llevaba la polla de lado, o sea más alta que lo que habría que llevarla, con lo que marcaba el paquete, pero para su desdoro, era un paquete bastante vulgar, hortera y encima pequeño, pequeñísimo; casi tanto como la mía en estado de descanso.

No tengo ni zorra idea de quién le dijo que le sentaba bien el marcar el paquete. Llevaba también generalmente, si era invierno, jersey de cuello en pico, abrigadito, todo él iba casi siempre del mismo color; lo que más variaba era la camisa, aunque tampoco la variaba mucho, solía ser blanca, de rayas azules. Según le vi en verano, eran de una buena marca.

Invariablemente, llevaba encima una gruesa y muy buena bata, siempre inmaculadamente blanca, no se parecía a mí, que parecía invariablemente sucia, gris, sobre todo los faldones.

A mi madre el médico del seguro, menos mal que ha hecho algo al derecho, le prohibió el bicarbonato (sódico), porque decía que producía alcalosis, justo la reacción opuesta a la combatida; me imaginaba, tal como hace poco leí, que hacen falta grandes dosis para ello. Yo no había oído nada de eso en la farmacia. Tampoco había llegado aún noticia, del Helicobacter pylori, que del que sé sólo es que este microorganismo está presente en la mayoría de las úlceras, por lo que a éstas, ya no se pueden tan sólo tratar con antiulcerosos, sino, que también hace falta ahora unos antibióticos para destruirlos.

Todo esto es lo último, de lo que no sé es si el médico de mi madre está enterado o no, supongo que debe saber las cosas que se comentan en los despachos y pasillos. El Dr. Henrik, se consideraba el súper; yo le dejaba hacer, sabía mis intenciones sobre escribir, lo que nunca le dije es que quería llegar a los más altos puestos, pues me juego que me ingresaría por trastornado total, y es que querer, debe parecer de locos, en un pueblo en que muchos, pudiendo, no quieren.

El despacho del médico estaba en el piso alto de la Quinta, por lo que había que subir la escalera que estaba entrando a la izquierda. Me extrañaba el que cada vez veía menos gente, o una de dos, o se le iba la gente, o Canarias va muy bien en cuanto a enfermedades mentales; sinceramente me gustaría creer esto último, pero no creo que sea sí, ojalá.

Arriba, había un pasillo, primero estaba la sala de espera con su baño, muy bien montado todo, no al último grito, pero sí combinando lo antiguo con lo nuevo. El baño, aunque pequeño, no estaba mal, era todo blanco, al igual que la sala de espera, en la que contrastaban los sillones con el armazón de madera. La consulta, tenía dos sillones frente a la mesa, yo siempre me sentaba en el mismo, y nunca antes de que me dijera que me sentara. Su sillón parecía cómodo; tenía un aparato de música, que nunca le vi usar, no era un gran aparato, y eso desentonaba mucho de su imagen de estudioso y eficiencia, que era lo que intentaba aparentar, con todos los libros de psiquiatría por todo el despacho; estaba lleno de ellos.

Me hacía gracia un muñeco que tenía en una estantería acristalada y cerrada, en la que ponía: “No hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista”.

Tenía unas fichas en las que escribía las prescripciones; yo fui el primero en decirle, que ya no se podía mandar más de un psicotropo por receta, y que ésta, la receta, debía quedar en manos de la farmacia. Hasta antes de esa ley, se permitía sellar la receta con el sello de la farmacia, y así servía la misma para tres meses, que solían coincidir con tres dispensaciones; para ser sinceros ahora no recuerdo si el máximo de dispensaciones eran tres, o si la receta sólo servía para tres meses.

Sobre esto, el medicucho, me preguntó:

—A ver si lo sabes, cuánto dura una receta.

—Tres meses –le dije yo.

Creo, me juego lo que fuera, que le saqué de un aprieto.

e-libro.net

No digo que el médico no trabajara, pero es que con tanto libro como había en su despacho, sólo le vi un día intentando leer, con el ceño fruncido y una expresión en la cara como diciendo: "¿Y qué dice aquí?". Encima, alguno libros, estaban en otro idioma; no puedo asegurar cuál o cuáles, pero de seguro que la mayoría no eran españoles.

El pelo lo llevaba siempre a un lado, ligeramente largo, para mi gusto, o al menos comparado conmigo, que lo suelo usar bastante corto; me pelo cada cuatro o cinco semanas. Hoy estoy camino de la sexta, y estoy desesperado por ir a cortármelo.

Pasemos ahora ante una calamidad, al menos, a mi modo de ver, del progreso, esto es que antes el novio desencantaba a la princesa con un beso; hoy esto es absurdo (a pesar de que el escritor sigue añorándolo), y hoy se desencanta, o se puede desencantar con un "polvo".

Antes, los cuentos terminaban bien, los dos eran felices, novio y novia, y comían perdices. Hoy se acuestan con todo el mundo, y yo el primero, sin pasar por la vicaría, ni por el juzgado. Al menos eso es lo que suele ocurrir, aunque alucínense, Control, con treinta y cinco años, como mínimo, aún es virgen. A pesar de que se masturba más de lo que yo pensaba; según sus últimas declaraciones, una vez cada dos o tres días. Lo hace sin recrearse la vista con pornografía, como el escritor, o cosas eróticas, no, lo hace con la imaginación, la cual, según me ha dicho, se le ha deteriorado muchísimo, pues no la alimenta, según comenta; aunque yo creo que la alimenta más que yo, al ver él la tele; yo la alimento con la pornografía, sexo, simple y llanamente, que quizás debiera meter algo de amor en él, pero no. A mi siempre me ha gustado ir la grano, las cosas claras y el chocolate espeso.

Un inciso lector, como veréis, se me está yendo el tiempo y yo aún con estos pelos, y eso que no se me puede negar, o al menos eso creo, que no sepa lo que vale un peine.

Acostumbro a tener almanaques, pero ninguno con el santoral, por lo que no me complico la vida como algunos autores, mirando la fecha y diciendo:

—A ver, ¿de quién es día hoy?

Uno de estos parecía ser, al menos allá por la década de los cuarenta, al final, Cela. Que por cierto, al leer ese libro, se da cuenta uno de lo que valen muchos peines, pues si él, un monstruo de la literatura, ya por esa década escribía y alcanzó el Nobel en el ochenta y nueve, pues no me queda a mi nada; más me vale tomarme las cosas con tranquilidad y parsimonia, pues si me planteo lo que me queda de vida, tal y como ando durante estos años, sin nada fijo, durmiendo malamente, con lo cual no quiero decir que duerma poco, todo lo contrario, siempre (salvo en Santiago), he pensado que duermo excesivamente, aunque cuando duermo poco me siento contento, pero también es cierto de que a la vez, me da la sensación de no descansar lo suficiente, mejor dicho, que me cuesta concentrarme; de todas formas no es raro, si no he dormido bien, el darme una buena y gran siestecita, que no impide el que a la noche duerma a la misma hora de siempre, o de casi siempre.

Una vez, en la farmacia, despachaba a una mujer, sumamente pesada, me decía que se lo apuntara todo, y yo mientras le ponía con boli la forma de tomarlo, en cada medicamento, varios, de los que pensaba que no se los iba a llevar, pues tenía pinta de no ser muy rica, y mucho menos inteligente, que bueno, quizás fuera listilla, cosa que tampoco me lo pareció, pues entre otras cosas, no caería tan pesada y antipática.

La mujer no comprendía los símbolos, entendibles por otro lado por todos, de los números; me hacía pues poner en los medicamentos, todas las letras de cuando tocaba la prescripción, por ejemplo: "Dos en el desayuno; uno en el almuerzo…", y así con un montón de medicamentos; no quiero exagerar, pero creo que eran casi diez. Si a esto sumamos el que sospechara que me los iba a devolver, bueno que no se los iba a llevar por ser muy caros, deducirán mi estado anímico. Pensando y pensando, he deducido que sabía que eran ligeramente caros, y con eso de: "El cliente siempre tiene la razón", pues me estaba jodiendo a base de bien. Sea esto cierto o no, la cosa, es que una vez que la atendí, y ya con los cojones más que repateados, entré a la rebotica y allí, apoyándome sobre la mesa, dije en tono de amargura, con ira y frustración:

—Pero, ¡qué analfabeta!

Los demás se me quedaron mirando, quizás porque pensaban que yo había disfrutado con el arte del mostrador con aquella cliente; pues no, todo lo contrario, terminé tan asqueado, que enseguida miré la hora para ver cuánto me quedaba para concluir la jornada, de paso a ver cuánto tiempo me había hecho perder la mala mujer, pues una buena mujer, no me hubiera hecho eso. Jodía por joder, se veía a la legua, pero en fin, olvidemos eso.

Últimamente mi peluquero, Sergio, siempre me pregunta por qué página voy, y nos ponemos a reír; hoy, después de hacer ya casi un año o más que me pregunta lo mismo, me dijo que él tenía clientes que eran catedráticos, a lo que le dije enseguida:

e-libro.net

—Esos ya tienen la vida resuelta.

Me fijé, como enseguida le subieron ligeros colores, aunque por otro lado yo también desconozco, qué cobra un catedrático; pero si es como mis profesores, he de decir que cobran mucho o al menos, eso siempre se ha oído decir de ellos.

Pues en esos años, ya hacía algunos en que iba a pelarme a Sergio; poco a poco hemos ido cogiendo confianza y ahora, siempre que no haya mucha gente, estamos de bromas.

Durante esa época, tenía bastante contacto con Control, quien a veces venía con Alberto, el eterno estudiante de música; aún sigue estudiando, aunque no me pregunten qué, sé que se está especializando en flauta, pero no sé que más. Pues bien, a Alberto, igual que a mí, le gusta leer, por lo que me dijo que fuera a El Corte Inglés que había buenas ofertas, allí fui, y me compré muchos libros, aunque no vi las grandes ofertas en el Corte, sino en Galerías Preciados, aún se llamaba como tal, pero no pasarían muchos años en que el Corte los absorbiera.

En Galerías compré unos siete u ocho tomos de las obras completas de Cela, y en el Corte, muchos libros de los Episodios Nacionales de Galdós; en realidad, ni comía ni dejaba de comer, pues no los compré todos, y leerlos sueltos no creo que sea muy afortunado. De forma que no me leí mas que unos pocos, y pensé y pienso, que lo dejaría para cuando la tuviera completa.

Otro libro que me aconsejó Alberto, era algo así como “El guardián del centeno”; ya con el título, me imaginaba que era alguien que quería subir en la pirámide social y que no usaba muy buenas tácticas.

Eso lo deduje por el título, y porque recordaba, como un niño, había matado o intentado matar a alguien tras según dijo, la lectura atenta del libro, a mí, cuando lo leí, que tardé muchos años en leerlo, no me pareció tal. Lo leí hace cosa de medio año. No podía dejar de sentir remordimientos por Alberto, cada vez que le veía y le decía sobre él, que aún no lo había leído; eso cada vez que nos encontrábamos, me daba la sensación como si creyera que quisiera pasar de los consejos de mi amigo.

Alberto era evangelista, y según parece era un miembro destacado dentro de la iglesia; ahora ya no es miembro ni de esa, ni de ninguna, más bien todo lo contrario, pasa de todo absolutamente. No sólo es que pase, sino que parece, a veces, un miembro activo contra la cruzada de Cristo. A mí, fueran mis creencias las que fueran, nunca me gustó eso, ni creyendo ni sin creer; recuerdo, cuando con el Lu no me gustaba hablar de esos temas, ya que siempre me daba la sensación de ser el diablo; él en cambio, al no hablar y tan sólo escuchar, me daba la idea de poseer una gran sabiduría; aunque he visto que tampoco, pues con el tiempo, ha ido de “Guatemala a Guatepeor”, de creer y ser un miembro activo a no saber decir qué mejunje ha hecho con su vida y su cerebro.

Quizás, él ha sido de las personas que le ha venido mal sacar las oposiciones, como a muchos.

No puedo decir a todos, pues Control, o casi siempre, da muestras de autosuficiencia y satisfacción; cuando se le conoce, se ve que ni lo uno ni lo otro posee.

Control, en esos años, se medicaba más que yo, y me daba la sensación de que tanta medicación, le tenía muy atontado, demasiado, siempre esperaba que él no me mirara, para observar sus ojos, sobre todo durante el fin de mi veintena; intenté decírselo al Lu, pero luego pasé. Mejor ha sido así, pues eso podía haber dado lugar a malos entendidos.

El Lu, empezaba a pasar de salir con nosotros, pues también decía que no sabíamos comer, cosa de la que él siempre alardeó; nunca he tenido eso muy claro, si sabe o no sabe comer, a veces me da la sensación de que es cuento y pura imagen tantas finuras.

Solía pedir espagueti, para demostrar su destreza, con la cuchara y el tenedor; realmente tenía cierto dominio, pero era tan afectado, que me resultaba absurdo; seguramente en su casa no los comía así.

Según el momento, pero generalmente, no me gusta hablar delante de mucha gente, ya no sólo porque me da vergüenza, sino porque ciertamente pienso que no tengo nada importante que decir; sin embargo, muchas veces, me gusta hablar con la gente, bueno, mas que hablar escuchar; es mas, cuando soy yo solo el que habla, esa persona empieza a caerme pesada y poco interesante, a pesar de en principio parecérmela; tal situación, me ha pasado con el Lu y Control, ante los que muchas veces me he hartado de hablar, hasta llegar un momento en que me he dicho, “¿Pero bueno, y esta gente no habla?, ya no me atrae hablar con ellos”. Es de veces, la mayor parte de ellas tengo ganas de verlos y hablar, y otras me digo: “¿Qué mejor que en mi casita con un buen librito? (da la casualidad de que soy de los que piensan que de la mayoría de los libros se pueden sacar buenas conclusiones), mejor si es gordo y clásico”, no por nada, sino porque es lo que en su época serían culebrones, que después de todo no son otra cosa que la vida misma, o bueno algo por el estilo, pues ya estoy pensando que me he perdido y que estoy desbarrando una barbaridad. Quizás he metido la pata, pues lo escrito lo he hecho sin reflexión, y sin

e-libro.net

ganas de volver atrás, ya que no creo que personas inteligentes se paren a analizarme, no vale la pena. He llevado una vida vulgar, aunque es mi vida, y por tanto la única de la que dispongo, y de la que por tanto estoy orgulloso, aunque como ya digo siempre hay un pero, o varios.

Me ha pasado una cosa muy curiosa, leyendo precisamente a don Camilo José Cela, y es la siguiente: yo siempre he considerado al lector como de mi misma edad, por lo que nunca me ha importado hacer guiños con él, pero leyendo a nuestro ilustre Premio Nobel, me he dado cuenta de: ¿y por qué no puede ser mayor que yo el lector?, si esto es así, le pido mil y una disculpas por tratarlo tan campechanamente, cuando seguro que se merecía un respeto, no ya sólo por sus canas, que de seguro tengo yo más que él, sino por el lógico respeto por la edad, así, que al menos ahora: usted, querido lector, me ha de perdonar por mi confianza. De todas maneras, me extrañaría que tuviera lectores (y lectoras, a las cuales se deben siempre dar por aludidas cuando escribo sobre ustedes) longevos, y tal cosa me honraría mucho, no muchísimo, más que todo el dinero del mundo (bueno, quizás he sido demasiado exagerado, aunque hoy, el día que esto escribo, así me parece). De todas maneras, como siempre, algún despistado habrá que hasta aquí me lea: Gracias mil.

Según digo una cosa, también digo otra, y es querido y respetado lector (aunque a veces piense que debería llamarle bobo por leerme, pero, hoy no, así, si este libro triunfa, no es por casualidad, sino fruto de un esfuerzo y un trabajo, que si he de ser sincero, no me parece tanto el sentirme aislado de todo, pero cuando me comparo con los demás si me lo parece, pues lo que es leer, aquí en esta ciudad, como ya decía mi tío: “Aquí nadie lee”, y es cierto, pues cuesta muchísimo ver a intelectuales auténticos; si he de ser sincero, el más frecuente que veo es a Juancho, y eso que lo veo una o dos veces al año.

Pero pasemos a un detalle que supongo que seguirá igual, si no es que su mujer le ha quitado tan antihigiénica costumbre; me refiero a Pepe Blanco, quién se ponía el calzoncillo y por dentro de ellos se metía los faldones de las camisas, los de delante pase, aunque así me imagino que tenga más posibilidades de meárselos, aunque lo que más me extrañó es que se los metiera también por el culo, por lo que las zurrapas, se quedarían adheridas a la camisa, y no a los calzoncillos, que supongo que por algo relacionado con ello, estarán; pues si no es para preservar la higiene de los pantalones, no me explico entonces para qué estarán.

Ramón, el hermano de Charli, según ellos contaban, no se ponía calzoncillos, pero que después de ir al baño, siempre se lavaba muy bien, y más le valdría, pues me imagino que si no, no ganaría para pantalones. Él, no era lo que se decía rico, era simple y llanamente un oscuro dependiente de una oscura camisería de una calle comercial peatonal.

Fui una vez a dicha camisería a comprarme un par de camisas para llevar con corbata, me dio unas magníficas, me quedé muy contento, y ni siquiera me dejó que me las probara, seguro que ya me tenía más que calado y se sabía al dedillo mi talla. Esas me costaron no más de cuatro o cinco mil pesetas, sin embargo, me dio una de menos vestir, más de sport, y ¿a que no saben por cuanto me salió la susodicha?, carísima para un oscuro farmacéutico: siete mil y pico, sin exagerar, me tomó el pelo, eso sí, nunca la he vuelto a ver a nadie; quizás del mismo estilo sí he visto algunas, pero del mismo color de la mía aún no se la he visto a nadie; desde el principio la usé para diario, siempre que después fuera a ir a algún sitio en el que tuviera que ir algo más arreglado.

Un bar al que a veces iba era al de Julio; él, el dueño, Julio, era muy suave, tan suave que bebía junto con los clientes; terminó alcoholizado y vendiendo el bar, y eso que en una de sus vacaciones, se fue a Miami, con lo que supondrán que el negocio era rentable. Su mujer, que de vez en cuando pasaba por el bar, estaba muy bien; yo siempre la miraba con una cierta malicia, ella me miraba a mí, muy atravesada; quizás porque adivinaba mis deshonestas intenciones.

He de confesar, que aunque en principio fue eso lo que ocurrió, no sabría ahora decir si los antisicóticos me han quitado las ganas de luchar, no podría asegurarlo, pues como decía Bego (la mujer de Luis), yo siempre estaba luchando y luchando, de todas maneras no quiero hoy día al menos, hacer caso de esos esoterismos, del que quizás, inconscientemente, algo tengo grabado en mi mente, ¡a la mierda con ello! Quizás lucharía más si no estuviera con ellos, o quizás menos, de todas formas no lo sabré nunca; sé lo que he hecho y lo que hago, si es que se puede decir que cada uno sabe lo que hace.

Recuerdo como llevaba el Lonseren®, a cuestas, del que tanto me humillaba. Me lo iba a veces a pinchar al ambulatorio, justo el que estaba al lado de la farmacia. Cuando me tocaba ponerlo, sobre el día veinte, iba al ambulatorio, y pedía hora para el practicante, tras previa presentación de un volante, allí me daban un número y esperaba mi vez, no solía haber mucha gente, generalmente de dos a cuatro; me arriesgaba de tal forma, que a veces quedaba con mis compañeros en el bar de al lado, y les decía: “Espérenme allí que en un cuarto de hora

e-libro.net

llego"; eran otros tiempos en los que no pensaba más que en divertirme y eludir mi deuda con la sociedad (si es que le debo algo, que creo que sí, que todos debiéramos esforzarnos al máximo).

Ese día siempre iba con cuidado, no sea que alguien, en la farmacia, me golpeara y me rompiera y por tanto ensuciara los pantalones al romper el inyectable que me iba a poner; no sólo eso, sino que también pensaba que me lo podrían clavar en la pierna.

El practicante, un cliente y amigo (relativo) de los de la farmacia, de todas maneras, creo que siempre guardó su discreción, y nunca dijo nada respecto a mis inyecciones; estuve con este arriesgado método, todo el tiempo, hasta que quitaron el alto porcentaje de médicos que ya he comentado que iban a reducir; a mi familia, y a mi con ellos, nos mandaron al ambulatorio de arriba, con lo que se hacía infinitamente más pesado el ir hasta allá arriba a pincharme; el nuevo ambulatorio, quedaba bastante más lejos, cerquita de la "Iglesia redonda".

Una cosa que le he de agradecer a Charli, era el que me sacara la tarjeta sanitaria para el médico; fue muy de agradecer.

Estuve diciendo eso de "Espérenme un momento que voy aquí al lado" bastante tiempo; afortunadamente nunca me preguntaron qué iba a hacer, y menos mal, pues si no debería haberles mentido, aunque fuera una mentira piadosa, lo que no me gustaba nada, nada en absoluto.

Como habrán observado, cuando me declaro culpable por algo, es porque siento resquemor y odio sobre esa cosa, y por ello, la llevo bastante grabada en mi mente, de tal manera, que me acuerdo de ella perfectamente por lo que se los cuento aquí, con lo que así parece que me libero. Esto tiene algo de truco, pues no de todo lo que aquí escribo me acuerdo en este momento, no, ojalá, sino que según me voy acordando de cosas, voy tomando notas en pequeñas libretas, y luego cuando me siento a escribir (hoy día aproximadamente una hora), pues saco las chuletas. Ignoro, por falta de referencias si escribo muy poco tiempo, pero según he leído a algunos autores, ninguno se define claramente; sí parece como ya he dicho antes, que todo es fruto del trabajo y la constancia, aunque el trabajo sea algo especial, tan especial, que uno goza con ello.

Tienen razón los autores, como Cela, que dicen tener terror ante el folio en blanco, a mí, más bien me pasa ante los folios que he de rellenar como mínimo (y a la vez como máximo), cada día; quizás esté utilizando un mal sistema de trabajo, espero que el tiempo me lo dirá.

Ya saben que Felipe González, me caía fatal; y me caía tan mal, justo cuando a todo el mundo, mejor le caía; como siempre, estaba en contra de la opinión pública, y aunque les parezca pedante, no era por nada, sino porque tenía mi propia opinión. De todas maneras, un día que salí con Tomi y Herse a cenar por ahí, ya cuando F.G. estaba cayendo en desgracia, les dije muy indignado:

—La gente, cómo es, al principio, todos que si F.G. era buenísimo, que si pa'rriba, que si pa'bajo. Y ahora, se han puesto todos de acuerdo contra él.

Lo que ya no recuerdo es si manifesté mi lástima y estima sincera hacia él, precisamente porque a todo el mundo le caía mal, para mis adentros me decía, "Pero el pobre es humano, y además, ¿qué ha hecho para que todo el mundo se ponga en su contra?" Me molestan muchísimo los oportunistas, aquéllos que se tuestan al sol que más calienta cuando este hace, pero que desde que se pone una nube delante, inmediatamente lo abandonan; ¿saben ustedes lo peligroso que es que el sol esté dando continuamente (aquí muchos paisanos míos lo saben)?, y si uno está expuesto a todas horas al sol, pues ya me dirán los dañinos efectos que éste produce.

Cuando iba a casa del Lu, si no era cuando venía del trabajo, que entonces iba tal cual como estaba vestido, con la ropa de salir, si no, si me había dado tiempo de cambiarme de ropa, o los sábados, pues entonces iba en chándal; esto lo hacía al principio, pero me daba cierta cosa ver tanta gente por ahí, pues entre compradores y traficantes, se juntaban un buen mogollón, quizás no tanto como ahora, pero sí eran bastantes; con el tiempo me daría vergüenza absoluta ir en chandal, quizá entre otras cosas porque ya no era tan joven; y también, cómo no, porque me daba vergüenza ir con ropa de dentro de casa viéndome tanta gente. Solía llevar un jersey celeste clarito brillante, que aún lo conservo, y tanto, que es uno de los jerseys que desde hace cosa de cinco días, y hoy incluido, llevo, para soportar el temporal que está cayendo sobre el archipiélago.

Sinceramente, cada vez estaba más harto de la farmacia, y sólo pensaba en cuánto tiempo me quedaba para coger las vacaciones.

—Estoy harto, más que harto –le decía a Juanito un día.

—Entonces, imagínate yo.

Una cena de Navidad con la empresa, recuerdo que nos fuimos a un bar de mucho postín por Bañaderos, justo frente a la desviación que va a Los Pescaditos; creo que el bar en cuestión, se llamaba La Casita.

e-libro.net

Cuando llegué, yo con mi chaqueta de sport (digo de sport por la mala calidad de su tejido, y que enseguida tuve que desechar), se me iban los ojos a Celeste, quién llevaba una falda, prenda con la que la había visto por primera vez. Íbamos los empleados de las dos farmacia y por supuesto los dos jefazos.

Al llegar, todo eran saludos y demás; José Juan, el encargado, parecía un rico potentado, con su camisa azul, su corbata y su traje de invierno, algo francamente increíble. La cena estuvo bien, aunque no recuerdo qué comimos, yo como siempre, al final pedí carne.

Empezaba a gustarme más Celeste por esa época, y así se lo comuniqué a Charli y Jacinto; afortunadamente a Charli no le gustaba, pues si no hubiera intentado salir con ella, tal y como hacía con todas las chicas nuevas que llegaban. Según parece tenía gancho este Carlitos con las mujeres; según él, se le daban muy bien.

Empecé a beber y beber vino, y estaba algo borracho, cuando el jefe, cerca del que yo estaba sentado, me preguntó:

—Y, ¿en cuánto crees tú que debería vender la farmacia, si la vendiera?

—Yo creo que como mínimo en mil millones –lo dije de corazón, quizás de demasiado corazón, y poco usar la cabeza, pues así me dejaba al descubierto de que sabía las ganancias de la farmacia.

-¡Oh!, si fuera así, ya la habría vendido.

Seguro que dijo eso para disimular.

Junto a C... estaban los más veteranos, aunque pegados a él, estaban Irene y José Juan.

Una de las veces, fui al baño y me encontré a Jacinto en él, le comenté:

—Estoy medio borracho, empezando.

—Pues no bebas más.

Y pensé: “Si fuera tan fácil como eso, pero no, es difícil, mucho más difícil de lo que la gente cree”. Observarán como mi postura era preocupante, ciertamente preocupante.

Poco a poco me fui olvidando de Celeste, entre otras cosas, porque estábamos sentados perpendicularmente, debido a la disposición de las mesas en forma de “U”.

Ella iba guapa, y como siempre, tenía una piel muy morena, y a pesar de tener la cara llena de agujeros y de granos, la consideraba absolutamente hermosa. Es delgadita, cuerpo que de seguro que no engordaría, ni con las comidas malas, ni con los hijos, ni… Lo cierto es que llegó un momento en que estaba borracho totalmente borracho.

Al final, ¿a quién se le ocurrió la brillante idea?, no tengo ni la más remota ídem, pero lo cierto es que dijeron que yo fuera con D. Rafael en el coche; estaba sumamente bebido.

D. Rafael había dicho que venía del campo de ver a un perro, muy raro, según pude ver más tarde.

Con los dos grandes jefes fui a mi casa. No recuerdo si hablamos o no durante el camino, entre otras cosas porque perdí el conocimiento; quizás fuera mejor así. Me recobré momentáneamente, cuando iba cerca de mi casa. Como ven volvía a meter la pata, todo por las jodidas copas. Estaba harto, sí harto, y “Todos ustedes tienen la culpa de que mi vida vaya tan mal; yo soy la víctima, y todos los demás, el mundo mi juez acusador”, creía.

Era extraño, pero no imposible, así que, mientras leía “Guerra y Paz”, y a su término, me iba dando cuenta cómo lo de Celeste y yo, podía ser posible, no es que ni ella ni yo perteneciéramos a una familia noble y adinerada, pero los demás mortales, no sólo los ricos, tenemos derecho a ser partícipes de una gran historia de amor; de todas formas, también seguía pensando en Totó, y en que debíamos solucionar nuestra situación. Quiero recordar que de vez en cuando nos carteábamos. Ella nuca me dijo que hubiera otro hombre, pero yo podría asegurar que sí, lo había, al igual que en mi vida había otro chica.

Discrepo muchísimo, de lo que D. Camilo José Cela decía allá por el 47 sobre la música, de tal forma que él decía que encontraba poca diferencia entre Mozart y el ruido de una motocicleta, desconozco el ruido que hacían en ese momento las motos, hoy son un ruido ensordecedor, mientras que Mozart da vida, me ayuda a concentrarme en lo que escribo o leo; ojo, no muy alto, sino como música de fondo. Precisamente ahora estoy escuchando un compacto de ese autor (pues ya tengo un reproductor para ellos), del que por otra parte dicen, y no puede confirmar lo que tenga de cierto, que aumenta el coeficiente intelectual el oírlo. Sin embargo el ruido de las motos, me causa desasosiego, no sólo porque mi hermano las haya tenido, y con ellas ha tenido unos cuantos accidentes (que a la larga le han reportado unos dineros, a pesar de quedarle algo de minusvalía en una pierna), sino porque vivo frente a personas que están todo el día pendientes de sus “motillos”, y he de confesar que son bastante pesados y desagradables sus ruidos y pruebas de los motores. Con la motos, pues, me desconcentro.

e-libro.net

Aparte de eso está el famoso dicho de: “La música amansa a las fieras”, música que es todo lo contrario al ruido, el cual más de amansar, altera.

Andando el tiempo, me llegó la siguiente semana de vacaciones. ¿En qué invertirla y adónde ir? Este era mi problema, aunque tal y como estaba mi mente pensando en Celeste y Totó, no me lo planteé mucho. Sí, iría a Santiago a ver si aún había algo entre Totó y yo.

Recuerdo que fui por Madrid, pues no había ningún vuelo directo. Iba con un niki de manga larga, que me hacía mucho más gordo de lo que soy, y la chamarra nueva que me habían regalado los reyes.

Me pegué muchísimo tiempo esperando a que saliera el avión, y luego, de Madrid a Santiago, encima, no se podía fumar; más estresado aún me sentía, a parte del viaje, del que ya estaba algo cansado. Cuando llegué a Santiago, de una cabina telefónica llamé a Totó y le dije que ya iba para allá ella me dijo que me esperaría (realmente la llamé de las estación de “buses”, por lo que le pude decir a qué hora salía la guagua). Iba muy veraniego, pues como siempre, pensaba más en el buen tiempo de mi tierra, que en el malo de Galicia. “Llegué, por fin, llegué”. Nada más bajar vi a Totó a la que le di un frío beso en la mejilla, a pesar de yo haber querido un encuentro más emotivo.

Me llevó a un hostal, tras caminar algo, bastante si pensamos que iba cargando una gran bolsa bastante pesada. De todas maneras mucho del cansancio era gracias al cigarro, al condenado cigarro, del que nunca encima, pensé que pudiera dar mal olor, y que me ensuciaba grandemente los dientes, y menos aún que me enfermara.

El hostal donde me hospedé, según ella era donde se quedaba su tía, siempre que iba para Santiago. Me supuse que era la tía que conocí en Madrid; o quizá, que no es extraño, fuera otra. De todas formas, tal y como pude apreciar por la calidad del hostal, no se preocupaba mucho por su paradero. Totó me dijo que me duchara, que ella me esperaba abajo.

Quizás, no seguro, debía estar apestando, pues fue una gran directa esa de la ducha. No caí en ello, a pesar de que me quedé sorprendido.

Pensé que ella se iba a quedar allí mientras me duchaba. Me equivoqué, se fue para abajo, y me esperó en la calle.

El baño era tan pequeño, que el agua que salía del plato de la ducha, se salía al cuarto.

Me habían dicho dónde estaba la tele, aunque no pensé nunca en que la vería.

También me dijeron dónde estaban las mantas, lo que me gustó más. El cuarto era sumamente estrecho, aunque no protesté, pero sí pensé en hacerlo.

Bajé ahora más abrigado y con otro niki, igual pero de otro color. Me los había comprado en unas rebajas, y aún no estaba a gusto con ellos, ni aún hoy lo estoy.

Totó, iba, como todo el tiempo que allí estuve, con una gabardina.

Cuando bajé, nos fuimos a tomar un café en el sitio donde habríamos de quedar de ahora en adelante, y durante el tiempo, corto tiempo que allí estaría.

Totó cada vez estaba más guapa, mucho más. Yo sin embargo, seguramente que por la mala vida que llevaba, no debía tener muy buen aspecto.

Me dijo que qué me gustaba a mí de comer, le dije que lo que más me gustaba de Santiago eran las judías a la gallega; Totó dijo que eso era una especialidad de su madre, y que vería si me las hacía un día de los que iba a estar allí.

Recuerdo que por las mañanas íbamos a dar vueltas, después almorzábamos juntos, a pesar de que ella prácticamente no comía casi nada.

Según me dijo había tenido una beca para trabajar de bibliotecaria; según dijo, su jefe era el vicerector; todo muy bonito, pero ahora estaba parada, y lo que era peor, sin esperanzas de conseguir ningún trabajo.

Yo le decía de dar clases, y sin embargo, ella no decía nada. Esa profesión, al menos en Las Palmas, era una de las que yo conocía mejor pagadas. De todas maneras, Totó, tenía la matraquilla de ser bibliotecaria; no sé por qué le gustaba tanto y si era así, por qué no luchaba más para conseguirlo.

Me decía que solía leer en su casa.

Estaba hermosísima, mientras tomaba algo como café, me decía yo para mí: “¡Pero que guapa está esta chica!” El lugar era una cafetería-churrería, que me parecía de película y la que a la vez me hacía mucha gracia; con un par de días que fui, ya me hice un esquema del lugar, la mayoría de los que iban eran una serie de parados y de jubilados; especialmente me fijé en un chico de mi misma edad más o menos, pero mucho peor vestido que yo; era un parado, un marginado social (de esto sé bastante, a fe mía). Generalmente, después de cenar iba yo caminando

e-libro.net

a mi pensión, aunque, siempre solía hacer una serie de paradas para tomarme una gran cantidad de vinos, quería probarlos todos, todos absolutamente todos.

Alguna vez que me quedé solo a cenar, entré en un bar al que a Totó no le gustaba entrar, no sé el por qué, pues lo encontré mejor que muchos a los que ella me llevaba.

Un día fuimos a un chino; según parece era nuevo; la comida era asquerosa, así, no sabiendo si era porque yo estaba harto, o por lo mala que era, lo cierto es que prácticamente no comí nada. Totó se me cabreó por tirar así el dinero; ella comió menos aún que yo, podría asegurarlo, pero ella era la guía, y había que hacerle caso. Se me estaba volviendo muy mandona, por lo que veía.

Recuerdo que la comida, el arroz tres delicias, era como un arroz con huevo revuelto, nada que ver con el de Las Palmas, en donde se le ponen trozos de tortilla, jamón, guisantes, etc., según el chino, así es el arroz. También llevaron para los rollos (malísimos de sabor), aunque no recuerdo exactamente, una salsa de tomate igual que la que hace mi madre, pero que desde luego no se parece en nada a la que hacían y hacen en los chinos de mi querida isla.

Total, un desastre; y eso que la quería sorprender con mi buen gusto en los chinos.

No recuerdo bien cómo pasaba los días allí, tan solo me acuerdo, que bebía y bebía sin parar.

Llegó el día de ir a casa de Totó; ella me aseguró: —Hoy podremos comer mejor, pues mi padre no irá.

Pero no fue así, llegamos tarde, por culpa de Totó, que me llevó a su casa dando un rodeo. Nos estaban esperando, sus padres y sus dos hermanas. Inmediatamente me lamenté por el padre, y pensé: “Pobre hombre, el solo frente a cuatro mujeres”; enseguida me puse en su piel.

Iba muy bien vestido, demasiado, llevaba pantalón verde, camisa verde, jersey verde y chamarra marrón. Como verán idóneo para un militar. Así me dijeron las hermanas:

-¡Uy!, pero, qué verde has venido.

No me esperaba ver tanta gente, y encima el perro, al que tuvieron que encerrar en un cuarto, pues no hacía más que ladrar y ladrar.

Iba de nuevo, la ropa, me refiero, casi estrenándolo todo.

Me presentaron a su padre y a su madre; al padre le resultaba conocido mi nombre, al final cayó en la cuenta por qué, sí, por mis cartas continuas a Totó.

Nos sentamos todos a la mesa del modesto pero limpio piso; ya no recuerdo como estaba ordenado, pues yo estaba de espaldas al cuarto y al lado del padre, a su derecha.

El padre empezó a beber y beber vino, y siempre también me ponía a mí; terminé medio borracho.

Resulta que las judías que yo decía eran hortalizas verdes, mientras que las que hicieron eran granos; estaban buenas, al igual que la gran cantidad de platos que cocinaron.

Yo comía y comía, sin contarme un pelo; todo lo contrario, cada vez más alegre. El padre comió de postre queso, cosa extraña en mi tierra; las mujeres se tenían una risita cómplice entre ellas.

Enseguida me puse de parte del pobre hombre al que imaginé martirizado por todas las mujeres, y sin ningún varón en quién confiar.

Totó me había preguntado si la chamarra era la misma que la que usaba en la carrera; me reí y le dije que no. Pensé: “¿Por qué lo habrá dicho, porque me ve siempre igual, que no he cambiado o por qué coño será?”

El padre me hablaba y yo le contestaba. También le dije que estaba pensando en hacer otra carrera, como empresariales.

-¡Qué bárbaro! –me dijo su madre.

Yo me callé, y me cuestioné, “¿Por qué le parecerá eso?; seguro que ahora ya le caigo mejor para su hija”.

El padre a los postres (yo estaba ya llenísimo), me ofreció un coñac muy bueno, empecé a largarme lingotazo tras lingotazo, como ven todo un gran espectáculo, para la familia de mi amada.

Se levantó el padre y dijo que tenía que ir a trabajar.

A mí casi me da un síncope: “¿Pero bueno, este señor aguanta tanto alcohol como para ahora ir al trabajo?” Me asustó, yo era un mierda que empezaba a desinhibirse. Me despedí lo más respetuosamente que puede de él.

Yo había comprado dulces, como para merendar. Me preguntaron en qué dulcería los había comprado, y se lo dije, ellas me contestaron:

-¡Ah!, esa dulcería es muy buena.

e-libro.net

No les había dicho que cuando los fui a comprar, había preguntado por una buena dulcería. Había cargado con los dulces toda la mañana con cuidado de que no se me fueran a caer. Al final llegaron sanos y salvos.

El padre se fue.

Nos quedamos las cuatro mujeres y yo solos.

La madre me sirvió una última copa y se llevó el coñac, seguro que se dio cuenta que yo estaba muy contento.

Saqué los cigarros y tras preguntar si se podía fumar, me dediqué a fumar uno tras otro. La madre me preguntó:

-¿Son americanos?

Eran Camel con filtro. Yo le respondí:

—No sé, los compré en la calle.

No me dijeron nada.

Los dulces ellas ni los probaron, pues no tenían costumbre de comer dulce después del almuerzo, lo que era el postre para ellos era el queso. Yo, bobo de mí, no tuve en cuenta eso de, "Allí donde fueres, haz lo que vieres", sino que seguí con mis costumbres normales.

Como verán, soy un hombre de mundo, bueno, mejor dicho un mierda borrachuzo de mi submundo.

Según vi, su madre fumaba rubios, una marca que yo pensaba siempre que era buena, aunque después me daría cuenta que no era tan buena.

Le dejó a Totó, la hermana pedagoga, el coche, un Seat pequeño y ya viejo, amarillo. Totó, antes de salir del aparcamiento le dio un golpe. Vi que Totó había sacado el carnet muy rápido, tan rápido que no había aprendido todo, como:

-¿No miras por el espejo retrovisor hacia atrás, cuando le das la marcha atrás?

—No.

Eso me dejó alucinado.

Estuvimos dos días con el coche. El primero fuimos a la playa a la que ya habíamos ido el año que había yo estado allí.

Por allí ella se echó a correr y a mi me fue imposible seguirla. Era más rápida y ágil que yo, no le podía seguir el ritmo. A parte de eso, asombrado le dije:

-¡Ay!, Totó, que me da que me está subiendo muchísimo el alcohol. Me estoy quedando borracho.

Ella no decía nada, tan sólo se reía de mí.

Después fuimos a un monasterio del que no recuerdo el nombre. Allí me di cuenta de lo grande y poblado que estaba aquello.

"Soy una cagada en mitad del inmenso mundo"; esto me preocupó, como le podría preocupar a Mafalda.

Allí estuvimos un rato, hasta coger resuello y fumarme un par de cigarros; creo que Totó ya no fumaba; me llevaba al trote.

Hablaré de dos cenas en especial. Una a base de tacos de cerdo, pero en un bar que no me daba muy buena espina, era frío y no había casi nadie; me hinché a comer carne; pero yo le decía que lo que quería no era comer cerdo. Otra comí mariscos, aunque no muchos, pues ella dijo que su tía por una mariscada grande se había puesto fatal. O sea, que ahora que podía me quedaba también sin ellos.

En la pensión, por la noche, cuando me metí en la cama, veía una cantidad asombrosa de pelos en las mantas, muy desagradables, recuerdo que en mi ineptitud, me pregunté: "¿y serán estos pelos de la tía?"

Aunque parezca extraño, una vez me lo planteé. Afortunadamente siempre llegaba borracho y cansado, por lo que quitaba un par de pelos de la manta, los tiraba al suelo, donde iba luego también a parar por la noche la manta, a pesar del gran frío que sentía. Las mantas eran azul y rojas, muy buenas, pero muy, muy, hedionditas.

Las sábanas no lo recuerdo, aunque me imagino que como mínimo debían haberlas limpiado para esa vez. Más me vale.

Una noche, me preguntó obstinadamente Totó:

-¿Para qué has venido aquí, dime, para qué has venido?

Me quedé asombrado de la pregunta, pues pensé que estaba claro que era para verla, de todas maneras mi respuesta no fue esa, sino que fue:

—De vacaciones.

e-libro.net

Y me quedé callado; supuse que la dejé cortada, y de que quizás se tuviera preparado toda una retahíla de cosas, si le llego a decir que era para verla, o para pedirla en matrimonio, pero como nada de eso le dije, supongo que se llevó un buen chasco. *Sorry*.

Al día siguiente del almuerzo, me llevó a toda una serie de bares en un pueblo cercano al Ferrol, que se iba pasando por unos puentes. Era lo que yo andaba buscando, a pesar de llevarme después por una zona que según decía daba a unas playas que en verano estaban abarrotadas de gente, yo no tenía ningún interés en verla; le quise sacar una foto con una cámara nueva que me había comprado en El Corte Inglés, en Las Palmas, donde la que me la vendió me dijo: "Te llevas una cámara diez"; "Fuerte boba, pensé, seguro que ha visto esa expresión en la tele"; en total, cuerpo y objetivo, me habían costados unas ochenta y pico mil. Con ello quiero decir que es una buena cámara. Ese día, al ir a sacar el carrete, estaba tan borracho, que metí el dedo por la cortinilla, con lo que me la cargué, y ya no pude hacer nada para arreglarla. O sea me quedé sin fotos; de todas maneras, ya antes nos habíamos hecho un par de ellas, aún las conservo, y me traen recuerdos que no puedo decir si son buenos o no, depende del día. Unos me da una gran morriña, y otros pienso, cómo hubiera sido mi vida de…

En los bares que fuimos empecé a darme cuenta cómo yo bebía y bebía sin parar, mientras que ella no bebía nada, de vez en cuando probaba alguna tapa, ella tomaba refrescos o agua, o sea, más baratita imposible. Me imagino que lo hacía para no gastar, y también porque iba conduciendo.

Los bares eran increíbles, pero estaban unos pegados a otros. Me asombró enormemente el ver que a esa hora, de una a tres de la tarde, cómo estaban tan llenos los bares, será que hay mucho alcohólico debido al frío, pero es que yo no tenía costumbre de ir de bares a esas horas; pensaba: "Mi madre, si ya estas horas están por aquí, no digo nada a la noche". Quizás, quién sabe, fueran eventuales, y yo fuera más borracho que ellos.

Recuerdo cómo el primer día, nos metimos en una zona de chabolas, pues Totó decía que allí podía encontrar más barato el "indicador" que es lo que había roto al chocar marcha atrás; me pareció absurdo pasar tanto peligro por una cosa que suponía que no fuera tan cara en una casa de coches. Me juego que Totó no tenía ni idea de cuánto podía costar, pues supongo que el plástico no costaría ni siquiera quinientas pesetas.

Al final no lo encontró, y por suerte nos alejamos de esa zona. Quizás, aunque lo dudo, me engañó con respecto al motivo de su visita a las chabolas, y fue para conseguir chocolate u otra droga, espero que no, y en caso de que eso hubiera ido buscando, supongo que me lo habría dicho.

Otro día me llevó a un campo, y luego fuimos los dos a comer a un bar que parecía una casita de madera por fuera, dentro era más bien frió, nada acogedor, de todas maneras esa sensación me dio en la mayoría de los bares del Ferrol y alrededores.

Seguro que son imaginaciones mías, pues por lo que oigo, los peninsulares son más acogedores que los isleños, bueno, habrá de todo, barrunto, como en botica.

En ese bar, Totó pidió unas tortillas de patatas, ¡pero bueno, que sumamente barata salía esta mujer!, demasiado; yo, que había pensado en que los dos íbamos a pasar unos días de desenfreno, el único que se arrebató comiendo y bebiendo fue el menda, como siempre, ella estuvo en todo momento muy comedida, demasiado para unas vacaciones.

Quiero recordar, que ese día, el de la casita de madera, Totó me llevó a la pensión, y allí la esperé hasta la tarde; mientras, me fui a ver la tele, y me llevé un libro, el cual intenté leer y no pude. Lo leí unos tres o cuatro años después, en vista de que el autor que llevé se hizo tan famoso (era el mismo que llevé al monasterio).

Bebí un refresco y una cerveza, de la nevera de la pensión. Cuando me fui di parte de las botellas que había bebido, para que me las cobrasen. Poco más ocurrió cuando fui a ver a mi amada, o cosa que recuerde digna de contar; camino a la estación pasó por un edificio enorme, según parece era un colegio de monjas, donde Totó había estudiado. Me gustó que me dijera eso sobre su vida; la despedida fue fría como siempre, y por mi parte con un:

—Hasta luego -le di un besito.

—Adiós –y me puso las mejillas para que le diera los dos besitos.

En Santiago, había hecho la reserva en el Hostal Suso, quién me tuvo los dos días que allí estuve, uno en una habitación y otro en otra, debido a la gran cantidad de gente, según dijo él que había.

El primer día, empecé por ir al cine, cuyo proyector se estropeó, por lo que nos devolvieron el dinero y salimos de allí; como no tenía otra cosa que hacer, ni sabía el qué, fui a un par de bares conocidos, donde me tomé unas copas. Luego fui de compras, medio templado; no recuerdo qué compré, sé que a mi madre le compré un calendario con imágenes religiosas, por fuera se veía lo que se suponía debía ser el retrato de Cristo.

e-libro.net

Después me fui de bares; fue tal el peo que me cogí, que viendo que empezaba a ser difícil el sostenerme por mis propios pies, opté, muy sabiamente, por irme al cuarto.

Llegué y me dormí enseguida; éste hostal le daba veinte mil vueltas al que había estado. Era más caro, aunque dudo que tuviera muchas estrellas, no recuerdo cuantas.

Al día siguiente, antes de almorzar, y para variar, me fui otra vez de bares. Lo que es no saber qué hacer. No se me ocurrió, ni siquiera pasar por la catedral, a la cual bordeé, pero no llegué a entrar nunca.

Andando, andando, fui a parar al bar donde iba los sábados a comer huevos fritos con patatas; antes de entrar, vi como al lado habían abierto uno nuevo, entré y una vez dentro me dije, “Pues nada me tomo una copita...”, y así lo hice.

Harto de copas y de comida, fui a mi viejo bar, allí el dueño se alegró de verme, creo que me reconoció. Le pedí lo de siempre, pero antes un caldo gallego.

Cuando me olió el aliento, hizo un gesto de desagrado: “Vaya otro que se ha alcoholizado”, me da que pensó, o al menos eso hubiera sido lo más lógico.

No sólo estaba borracho, sino que también la comida me resultó excesiva, dos platos, cuando ya estaba harto de alcohol y tapas.

Comí, a regañadientes, pero comí; el pan, el rico pan de Santiago, ni siquiera lo probé, para no hincharme más de lo que estaba.

Estaba pensando en Totó, y no hacía otra cosa más que eso. Almorcé y me fui al hostal a recoger la bolsa y a pagarlo.

Cuando fui al bar, que estaba cerrado, según dijo por vacaciones, algo extraño me resultó, pero no quise hacer más preguntas (hoy me resulta aún más extraño que cerrara con todos los hijos que trabajaban el bar). Había muchas bicicletas, “de turistas, supuse, o bien de sus hijos”; a Suso le comenté:

—Pues voy a ver si le digo a esta chica, Totó, si se quiere casar conmigo.

—Sí, aquí muchos que han estudiado luego han venido aquí y se han casado.

Yo pensaba todo lo contrario, que Totó se viniera conmigo a vivir a Las Palmas, pues yo era ahí donde tenía el trabajo, y donde pensaba establecerme.

Allí no conocía el terreno en el que moverme, y tenía en curso la solicitud de una farmacia. En Santiago o en El Ferrol, no sabría dónde pedirla. A parte de eso, en Las Palmas, le podía alquilar a mi madre un apartamento y vivir con ella en él, muy ricamente, en la ciudad, esperaba que me lo dejara a buen precio, y encima estaba al lado del trabajo, ¿qué más se podía pedir? Y como yo tendría tranquilidad, me podría poner a estudiar la otra carrera, ya saben, para, seguramente después, ponerme a escribir.

Estaba todo completo, lo tenía muy bien planeado.

Suso, no tengo ni idea de por qué insistió diciéndome:

—Toma, llévate el periódico para que leas algo en el viaje.

¿Era quizás que él nunca había viajado en avión, y no sabía que los periódicos los daban en él como gentileza de Iberia?

Me fui en taxi, algo ebrio aún, sin muchas honores a mi espalda, aunque sí con una esperanza, algo más que suficiente.

El viaje fue sin novedad. Al poco estaba de vuelta en mi hogar y algo raro, pues no salí por ahí de juerga, después de los días pasados. A los pocos días, ya había vuelto a la normalidad.

Algunos eran los médicos que por allí pasaban; entre ellos, uno mayor, creo que retirado, que cada vez que iba, se llevaba buena tanda de cajas de Centramina®, todas las que hubiera, siempre decía él; le atendía solo José Juan; Jacinto no se llevaba muy bien con ese médico, al que siempre que se iba le llamaba con un:

-¡Maricón!

A mí no me terminaba de convencer, pensaba que tenía algún negocio sucio, pues para algún pariente estudiante eran muchas; para él, por demencia senil o algo así, no podía ser, pues estaba bastante gordo, y ya se sabe que las anfetaminas son un potente anorexigeno.

Solución: debían ser para traficar con ellas, y poder así costear la casa que se estaba construyendo en un isla menor; creo que era un ginecólogo retirado; eso es otra, que por su especialidad, no debía recetar esas pastillas a ninguna paciente. Usaba distintos tipos de recetas para llevárselas, siempre llegaba, y sonriendo entraba por la farmacia para dentro y preguntaba:

-¿Y, Pepe Juan, dónde está?

e-libro.net

Al momento se le llamaba y compraba las pastillas dichosas. Yo creo que no compró nunca otras pastillas.

Eso me tenía más que mosqueado, aunque yo era como Pilatos, me lavaba las manos, hasta que un buen día, José Juan, me vino con una gran cantidad de papeles, y me dijo:

—Don Antonio –que así gustaba él llamarme–, esto es para que lo firme.

Eran un montón de papeles en los que se repetía, que yo estaba de acuerdo y presente, cuando el mariconazo de ese médico, compraba las cajas de Centramina®.

Como verán el que cargaba con la culpa era yo. Esto me enfureció, y pensé, "si no lo firmo, seguro que es mi despido, y si lo firmo es mi cárcel, pues esto me huele que quiere decir que es de suponer lo peor sobre el uso de esas pastillas".

Firmé todos los papeles. Ahora sí era un auténtico farmacéutico con responsabilidades, bueno más que nada un farmacéutico que consentía el fraude. Lo que más me repugnaba de todo eso, es que yo estaba en contra de ese despacho incontrolado de psicotropos.

Cuando llegué a mi casa, le dije lo de las firmas a mi pobre madre; yo estaba algo estresado, y lo peor es que me da que involuntariamente se lo traspasé a ella.

Al día siguiente o un par de días después, me dijo:

—Hablé con Pepe, el de enfrente -el que era director regional de la casa Volvo–, y me dijo que no me preocupara, que aunque tú hubieras firmado esos papeles, no tienes responsabilidad –creo que me dijo civil, pero no sé lo que significa jurídicamente.

De todas maneras, pensé en preguntárselo a mi abogado, Don Francisco Macías, a ver qué me decía.

Mi madre me dijo que José Padrón, el vecino, entendía mucho de leyes. No le discutí.

Un día poco después de las firmas, le iba a decir a José Juan si me podía dar una copia del escrito que firmé, para enseñarlo a mi abogado; pero él, antes de yo decírselo, me llamó al despacho de abajo y me dijo, que no me preocupara que él rompería todos los folios que yo había firmado, y eso hizo delante mía. A todo esto, durante esos días, ya no sólo D. Rafael no me dijo nada, sino que no se dejó ver por allí. Pensé: "El muy cabrón, pero en fin es el jefe".

Un día que estábamos por la tarde tomándonos el cortado en la churrería, vino D. Rafael, muy eufórico, la vez que más eufórico lo veía.

Mari, la nueva, le había dicho a Jorge que cuándo podría ella hablar con el jefe, para cuestión de una cuña a ver si le dejaban entrar a hacer A.T.S.; Jorge le dijo que ese día podía hablar.

Creo que quería hablar para eso, pero no me explicaba qué relación podía tener el jefe con la Universidad.

También le pidió cuñas a un guardia local del sur, que se las daba de super. Me imagino que fuera uno de los jefecillos, pero a él se le había subido el cargo a la cabeza; siempre iba de súper; se caracterizaba porque continuamente estaba todo sudado, tal que me daba la sensación de que no se duchaba mucho. Casi no tenía pelos en la cabeza. Era amigo del gran jefe, D. Rafael.

A él también pidió ayuda Mari Pérez Gil. Estaba buena, muy buena, aunque era bajita; tenía el pelo demasiado largo, tal que no me gustaba nada, y me resultaba sumamente tontita; pensaba, que a pesar de que era flaca, que tenía tendencia a engordar. Pero he de reconocer que era enormemente atractiva. Encima, unas Navidades, en que hicimos el amigo invisible, le regalaron un conjunto de ropa interior, que me dejó la boca hecha agua; era un conjunto malva, algo absolutamente provocativo; me imaginé enseguida, ese modelito en Celeste, le estaría que ni pintado, pero sigamos el hilo conductor de la historia.

El médico de la Centramina®, ya he comentado que era mayor, tenía el pelo cano, en muy poca cantidad. Llevaba bigote también canoso. Iba siempre con chaqueta y corbata; iba de señor por la vida, y a no ser por el dudoso uso de tanto psicoestimulante, sería todo un caballero. Ya saben, siempre hay un pero.

El día de los Inocentes, había que estar alerta en la farmacia, pues siempre faltaba poco para que le pusieran a uno un pegote en la bata, por la parte de atrás; en teoría era a cualquiera, aunque pobre del que se lo pusiera a un veterano, pues se ponían hechos unas fieras; sin embargo, ellos sí nos lo podían poner; me avergonzaba de que se me subieran al lomo, aunque no me sabía imponer; quizás no tuviera carácter, y fuera el hazmerreír, tanto de los de dentro, como de los de fuera, todo porque por el exceso de alcohol, no tuviera dominio sobre mí. Quizás, los de la farmacia, se extralimitaban un poco, les daba uno la mano y ellos se cogían el codo, pero eso pasará en muchos sitios, me imagino, y sin imaginarlo, a mí ya me ha ocurrido un par de veces, a pesar de intentar

e-libro.net

cortarlo por lo sano, dando a entender que no me gustan las confianzas, que una cosa es la confianza y otra lo dicho ya.

La verdad es que a veces pienso que no debía meterme tanto con la gente que me rodea, tal que en algunas ocasiones pienso que no dejo títere con cabeza; pido disculpas a los que me rodean, tan queridos a veces, y otras tan odiados, y a pesar de que parezca que siempre les odio, no siempre es así. Pido perdón desde aquí a todo el que por una u otra razón, ha tenido algún tipo de contacto negativo conmigo.

Una noche, Charli me dijo de ir a cenar con una chica, y acepté. Resultó que la chica era hermana del primo de Jorge, Mabel se llama. Estaba ciertamente buena, toda una señorita, al menos eso me pareció en ese momento. Era muy guapa, y muy elegante. Trabajó para C..., luego de administrativa en un instituto, y cuando yo la conocí, trabajaba de secretaria, en el Colegio de Farmacéuticos de mi ciudad.

Según me enteré, prefería ese último trabajo a los anteriores; no tengo ni idea de cómo pudo preferirlo al de administrativa en el instituto.

Cuando fuimos a cenar, al Canguro más antiguo, restaurante que se había puesto de moda en Las Palmas, antes la fuimos a buscar a su casa, en Triana; no vivía en una mala zona, desde luego, sobre todo, muy transitada.

Iba vestida muy guapa, con un traje y una falda, bastante elegante.

Después nos fuimos al bar al que iba con Tere, la de los colchones; fantástico. Lo malo era que Charli, no dejaba de hablar y hablar, acaparándola por completo. Yo pensaba: “Quién pudiera tener una chorva como esta; pero, y por qué no”. Por qué no, pues porque Charli se la había acaparado por completo. Después, nos fuimos al Puerto, yo no decía nada, más que pagar y pagar. Mabel bebía güisqui, al menos eso creo que sean, “Four Roses” (creo se escribe así). Nunca lo había oído antes. En el Puerto fuimos al bar que más odio de ese sitio, el que tanto le gustaba a los amigos y a Charli mismo, ir. Todos ellos eran cocainómanos. Llegamos, se pusieron todos a ver unas fotos, que yo no vi. Antes de que pudiera sentarme a su lado, se sentó Ramón. Yo no decía ni hacía nada, bueno sí, bebía y bebía sin parar. Al poco, Mabel dijo que se iba, pensé en acompañarla, pero se me adelantó Ramón, yo me quedé en el sitio. Poco tiempo después, me enteraría que fue desde esa calle, caminando hasta Mesa y López, para poder coger un taxi; no se quedó como supuse, Ramón con ella hasta que lo cogiera. Me dijo indignada otro día:

—Yo sola y a esa hora caminando por todo el Puerto, de noche.

Le pedí disculpas (meses después) y le dije que pensé que Ramón la había acompañado.

Lo que no le dije es que una vez que llegó Ramón, yo me fui, dando por sentado que ya ella iba camino de su casa. A mí también me costó una barbaridad encontrar un taxi libre, yo fui más lejos que ella, hasta cerca del Estadio Insular, por la parte de abajo; en parte me vino bien la caminata, para serenarme, y refrescarme algo.

Si llego a saber eso, la habría acompañado, costase lo que costase. Me enteré tiempo después, viéndola en el colegio, que empezó a salir con un farmacéutico con oficina de farmacia. El susodicho tenía un barco, por lo que estaba siempre morenita. Si era un bote como el de Miguelo, no puedo garantizarlo, aunque viendo lo damisela que era, me imagino que no se conformaría con esos.

Según olfateé, ella iba detrás de una buena presa; hoy día ya está casada con ese colega. Según he oído decir, la gente hablaba mal de ella, cuando la veían en las reuniones de “confraternización” de los farmacéuticos en restaurantes y hoteles. Según oí a Tomi, decían las habladurías:

—Pero mira, ¿no es esa la secretaria del colegio, y qué hace aquí…?

Está claro que los aspavientos, se resolverían al explicar que era la novia del un colega.

Tal y como ando yo económicamente hablando, lo mejor que le ha podido ocurrir a esa exbelleza, es que se casara con otro, con el otro. No podría soportar sus exigencias, ni las económicas ni las de relaciones sociales; como ven, cada vez gozaba menos de las salidas, todo lo contrario, me hundía más en el fango.

Un cierto día, sin esperar, el jefe dijo que se le había muerto a su mujer el padre; por la tarde, después del trabajo, quedé con Julio para ir a la casa a darle el pésame.

Julio y yo llevábamos la misma camisa, yo cuando le vi, dije:

—Me la voy a cambiar.

—No –dijo el–, déjala así mismo.

Sin incomodarme, me fui con él. Allí le di el pésame a la mujer del jefe y a su madre. Vivían en una casa que era una especie de chalecito pequeño, por la calle Montevideo; el finado era abogado.

Fue gente que conocía de vista; allí conocí al que llevaba las nóminas y contratos de los farmacéuticos, no recuerdo su nombre, cuando me venga, se los diré.

e-libro.net

No fue muy bien vestido, y eso que siempre iba en el trabajo de punta en blanco. Si no me equivoco incluso el viejo jersey le quedaba corto.

Pasé bien el trago de las dos camisas. Estuvimos allí escuchando hablar a los mayores un par de horas, después nos fuimos, al bar La Tienda, que está cerca de allí, y nos tomamos un par de copas.

Luego, Charli, me dijo de ir a su casa. Cuando llegué, me soltó un:

-¿Llamemos a un par de putas, para que vengan aquí? Yo me voy a mi cuarto, y tu al de Ive.

No supe qué contestar. De entrada, creo que le dije que no tenía dinero. Según me dijo, cada una costaba treinta mil pesetas, me extrañó tal precio, aunque no le dije nada pues no estaba yo al tanto del negocio ese.

Acepté, pero dijo que él la pagaba y yo se lo pagaría otro día. Él me dijo enseñándome un bote:

—Ves, la caja de aquí, es la mensualidad del piso.

—Bien, bien.

Llamamos a un número que el ya tenía concertado. Charli eligió a una que según decía, tenía dieciocho años, cuando la vi, sinceramente no pude decir si tenía esa edad, si era menor, o algo mayor. Me quedé con la duda.

Al llamar, me preguntaron mis “gustos”, yo, que estaba borracho no supe decir mas que:

—Me gustan flacas y con las tetas grandes.

—Ah, pues yo misma puedo ir.

Charli le dio la dirección, y las esperamos mientras me largaba un par de whiskys. Cuando llegaron, la puta que me tocaba a mí, tenía pantalón corto y camisa; la de Charli iba con vaqueros. Se me había olvidado decirle que yo era un fetichista de cojones, quizá porque lo daba por hecho entre las putas. Pero no fue así.

Me tuve que joder.

Estaba algo cohibido, y no sabía cómo tratarla; me dijo de bailar, cosa que hicimos, a pesar de sentirme anquilosado y absurdo. La sentía pegada a mí, esa sensación hacía mucho tiempo que no la sentía; de todas maneras estaba bastante bebido.

Le dije de ir al cuarto y ella aceptó. Como siempre tuve el problema, sobre todo cuando hay prisas, de que no me corro; ella al principio me puso el preservativo, el que me quité, no porque me fiara de ella, sino porque no me daba gusto ese plástico, que yo siempre aconsejo en unas relaciones no estables.

Sólo les diré que me quedé alucinado de su culo, mas exactamente de su año, lo tenía totalmente reventado; estaba todo para fuera, sin forma alguna; debía ser que se lo había desgarrado de mala manera, es tal la sensación que me dio, que hasta ahora, siento repeluz.

Otro cosa que tenía, era una cicatriz desde el ombligo hasta los pelos del pubis, según me dijo se debía a una cesárea. “Qué animales”, pensé; hoy más bien creo que fue una puñalada o algo por el estilo.

Finalmente me corrí, acto seguido empezaron las prisas, ella se fue a limpiarse a fondo al baño, tanto que creo estuvo un cuarto de hora dale que te pego limpiándose; cosa rara me corrí dentro, ni en mi mejores ocasiones; seguro que porque mi subconsciente no estaba al tanto de que no debía hacerlo, por posible atribución de futuras paternidades, aunque a veces pienso que soy estéril, después de ver lo que ha pasado con las mujeres con las que he estado. Me imagino de todas maneras que ella usaría píldoras y demás; me sentía extraño, era la primera vez que pagaba el vicio, sin duda porque me daba un poco de asco, a saber todos los polvos que pasaban por su cuerpo de continuo.

El polvo me parecía muy caro, para la calidad de la muchacha. Me sentía a disgusto conmigo, todo lo a disgusto que el alcohol me dejaba. Precisamente y como ya iba siendo costumbre, había visto una película porno que Carlitos tenía del Canal Plus al que estaba abonado.

Después de ella terminar de asearse, nos sentamos en el mismo sitio que cuando llegó, yo estaba incómodo, y cosa rara, sin ningunas ganas de hablar con ella.

Ella me comentó:

—Ya ha pasado una hora, y ella sin salir, espera un momento.

Y fue al cuarto de Charli. Abrió la puerta y miró.

—Ah, vale.

Como si estuviesen ya finalizados. Yo creo que Charli no se acostaba con las putas, sino que se ponía a hablar con ellas.

Ese como verán fue mi estreno con las putas, no muy acertado, como habrán comprobado. Sí, me corrí, cosa difícil en mí, pero como estaba muy borracho, casi ni me enteré del clímax.

Ella al ver que yo no me corría, me dijo:

e-libro.net

—Seguro que es por el alcohol.

-No es que normalmente, me cuesta correrme –expliqué.

Después de eyacular:

—Pues al final conmigo te has corrido -dijo ella como una gran cosa.

Yo estaba esperando saldar la cuenta. Pensé en preguntarle cuánto cobraba, pero no lo hice, me fiaba de mi estafador.

Al final la compañera salió y le debió hacer alguna señal que no vi, pues enseguida asintió y sonrió, a la vez que si no me equivoco suspiró; vamos, que por fin cobraron.

Yo no pensaba que se pudiera dudar de mi palabra, pero así empezaba a ser, según parece empezaba a sumergirme por aguas pantanosas y nada recomendables.

Después del polvo, salió Charli, y me fui a mi casa, tenía ganas de estar en mi cuarto, solo, y pensar, pensar; creo que incluso cogí un taxi. Cuando llegué me fui inmediatamente a ducharme, era la primera vez que venía de una juerga y no me iba a dormir.

Al final me dormí, aunque nada a gusto.

Al día siguiente fui al cementerio al entierro del muerto.

Iba de chaqueta y corbata; fuimos todos los de las farmacias, bueno los de las dos farmacias; vi y saludé a Maribel, la farmacéutica que trabajaba para doña Cristina, la hija del muerto. No me extrañó verla, aunque ahora que lo pienso, si me extrañó no verla el día anterior.

Estuvimos charlando de trivialidades, y como había tiempo, nos fuimos a tomarnos un cortado al bar, único bar que había por allí. El cementerio estaba al lado de donde yo había cursado mi segunda etapa de E.G.B., El Castilla. No dije nada sobre que ese había sido mi colegio.

Sinceramente no me encontraba nada bien, algo estaba cambiando en mi interior.

Cuando llegó la hora de cargar al difunto, me ofrecí voluntario a cargar la caja; no me dejaron; cosa rara, la llevaban los empleados, nada de los familiares como hasta el momento había ocurrido con los míos, no, la llevaban los empleados. “Fuerte desapego más grande”.

No había mucha gente, aunque sí, muchos jóvenes de mi edad encorbatados, seguro que eran abogados de las nuevas generaciones.

Me puse con la gente de la farmacia, bastante alejado de la familia; cuando la vi al completo, a los hijos del matrimonio y al mismo matrimonio, me quedé asombrado, y me dije: “Qué calidad de familia, parecen ser gente bien”. Yo me sentía de lo más pobre al lado de ellos.

Encima había llevado la única corbata que tenía, una estampada en tonos rosas, que no pegaba nada para un entierro; ellos, los varones de la familia, llevaban corbata oscura.

Fue todo guardando muy bien las formas. Algo magnífico, muy de ciudad y de gente de dinero.

De todas maneras, recuerden como a mis abuelos, yo les había ayudado a transportar el féretro, y aquí era todo lo contrario.

Incluso al de mi abuela Fidela, había ayudado a transportarlo. En fin, cada familia es un mundo, y para lo que unos es lógico y claro, para otros es lo contrario.

He de decir seriamente, que cuando los vi a todos ellos, frente a la tumba pensé que no me habría importado haber pertenecido a esa familia, parecían tan ricos, tan unidos, tan en definitiva, ideales, y no pertenecer a la mía, donde estaba escaseando el dinero, y nos estábamos convirtiendo en algo muy vulgar, y poco dignos de magnificencia e imitación. Hoy, pensándolo más seriamente, he de decir que el culpable de muchas de esas cosas era yo, con la mala vida que estaba llevando, y que cada vez iba a peor. Al menos la óptica con la que debía mirar las cosas era con mis ojos, y verme yo primero, juzgarme, y luego poder juzgar a los otros.

Sí, llevaba una vida deplorable; era como la canción como les he comentado: sexo, drogas y rock and roll. Esas tres cosas las tenía muy presentes en mi vida; quizás fuera el prototipo de joven de hoy, “Pues no me lo pierdas, valiente mierda”, me asqueaba.

Por lo que parece, y hablando de otra cosa, mi jefe pensaría que yo era bobo, pues después de subirme el sueldo, hacía guardias (todos los días que las hubiera, hasta las diez de la noche, aunque fueran sábados, domingos o festivos). A parte de eso, si algún día había que quedarse, por cualquier motivo, yo también debía estar disponible. Un día le dije en voz alta, de quedarnos a trabajar y enseguida, C..., que me oyó, dijo:

—Bien, coño, no pensaba otra cosa de ti…

No puede asegurar que sintiera lo que dijo, o si me tomó como un bobo, pero era mi obligación.

e-libro.net

Muchos, en el trabajo, me preguntaban:

—Oye, ¿vas a heredar?

Con ello ya pueden observar que efectivamente, dejaba la piel en el trabajo.

Quizás porque nadie me comprendiera era porque bebía yo tanto después (bueno, esto más que nada es una disculpa).

El que sí heredó y de forma real, no como yo, ficticiamente, la farmacia de su padre, fue mi compañero de promoción tan odiado por mí; fue todo una mina de oro la que le cayó encima. De todas maneras, no es oro todo lo que reluce, pues según me enteré años después, y porque Tomi me lo dijo, Octavio debía pagar aproximadamente un millón mensual a la madre; aparte tenía una serie de empleados y a Ani Quesada, una farmacéutica.

También tenía un negocio a medias con Antonio, mi compañero de juergas y estudios, mejor juergas, en La Laguna. Según parece, Antonio también trabajaba en un laboratorio de análisis en el sur, en Playa del Inglés. A mí eso me parecía, un auténtico disparate, el ir casi hasta la mitad de la isla, tardaba casi media hora en llegar, bueno, eso es lo de menos, la cosa era jugarse todos los días el tipo en la carretera, eso decía Tomi; de todas maneras, yo sabía que a Granados, le gustaba mucho el conducir, según decía él, le relajaba.

De la misma fuente, o sea de Tomi, también supe que su negocio, el del laboratorio de análisis que habían montado entre los dos, no era muy rentable, pues aunque tenían mucho trabajo, estaba muy mal pagado, ya que la competencia era grande; encima, ellos se habían metido en unas deudas, increíbles, habían pedido préstamos, por valor de unos cuantos millones, y los debían liquidar.

Una cosa sí es cierta, y era, es, la hermosura de la mujer de Antonio, toda una muñeca de porcelana, que quizás se rompiera en las bruscas manos de Antonio. Aún, a día de hoy, al menos eso creo, siguen unidos. Antonio sigue algo enganchado con las drogas, aunque no le he visto esnifar últimamente, ni nada por el estilo, salvo el tabaco y el alcohol.

Octavio hizo reformas en la farmacia, la que fue de su padre; él había tenido suerte con su familia, hasta el momento, más que yo. Con todo esa serie de gastos, quizás no tuviera mucho dinero en efectivo mi amigo, pero no se preocupen, su mujer, Paqui, bióloga de estudios, había sacado las oposiciones para dar clases en Educación y Ciencia. De esta y otras cosas, me he ido enterando, cuando algunas veces íbamos al campo o a almorzar por ahí con Tomi y Herse.

Un día recuerdo como me dijo Herse:

—Que va, yo a un ejecutivo no lo quiero a mi lado, sin tiempo nunca para su familia, ni vacaciones, etc.

Pero lo que sí quería era dinero, pues aunque no lo decía, bien contenta estaba de que su marido tuviera una farmacia, y deseosa de que empezara a darles beneficios. Por lo pronto, vivían en el pisito de protección oficial en la Avenida de Escaleritas. Vivían allí incómodos, no digo que no, pero ellos eran sólo dos, y esas casas, estaban previstas para cuatro personas. ¡Qué más quisiera yo tener un pisito de esos, tal y como ellos lo tenían!

Yo, ni soy ejecutivo, ni nada que se le parezca, y aunque no lo crean, me gustaría, no ya tanto de una empresa privada como del estado, pero en fin, veremos lo que me depara la vida.

Una cosa que antes me gustaba mucho, y que ahora me hace gracia, era y es, que mi madre llama a todas las secretarias, dependientas, trabajadoras en definitiva, como “señorita, mire… o señorita, usted…”

Yo, que pensaba, que eso era señal de toda una gran señora, hoy soy incapaz de hacerlo, todo lo contrario, juego con el tú y el usted, sin usarlo, hasta descubrir la edad de mi oyente; si veo que es menor que yo, le tuteo, para que él o ella, también me tuteen, si es mayor, digo que me tutee mientras que yo lo trato de usted; seguro que me dirán, que soy de la vieja escuela; más bien es que estoy acostumbrado a ser un subalterno. Que queda bien claro, que una cosa es ser un simple empleado, y otra un servidor a la patria, o mejor a la sociedad. Creo que trabajando para una farmacia, hay más de lo primero que del resto.

Recordaba, siempre que me pedían algo para las lombrices, las clases de parasitología, y quizás por haberme aprobado tan fácilmente, no les daba tanta importancia, y le despachaba un antiparasitario a la buena de Dios; que yo sepa sólo hay dos, Lomper® y Trilombrin®, o habían.

No pensaba en los perjuicios que podían tener para la salud, y tampoco se me ocurría mandarlos al médico.

Hoy, ya no lo veo tan fácil, y me parece absurdo mandar un antiparasitario, sin antes haberlo corroborado en un laboratorio de análisis, mandado por el médico; y no un médico de cabecera, sino el especialista.

Nunca se metió Herse con mi forma de vida, aunque, pienso que la mayoría de mis amigos, están pensando que soy un poco loco.

e-libro.net

Seguía bebiendo alcohol, las veces que salía con Tomi por ahí, quizás seguía siendo más bebedor que él. Bueno, quitémosle el quizás y quedémonos con el resto de la frase; era algo tremendamente preocupante lo que bebía. Que quede bien claro, que yo no quería beber tanto, sino que bebía por las amistades que tenía, las cuales, a Tomi, según él me daba a entender, no le gustaban lo más mínimo.

No me gustaba beber, pero si no bebía, me sentía extraño. Después, en mi casa, siempre estaba de mal humor.

Recuerdo cómo una tarde, en que estaba viendo la tele, mi hermana Pilar, la que me sigue en edad, me desafió con una serie de actos, tales como oponerse a mí, y cambiarme de cadena la televisión; fue tal la rabia que me produjo, que le pegué un puñetazo en la cara, afortunadamente, no se la dejé marcada. Lo que pretendía mi hermana desafiándome, no tengo ni idea, pero lo hizo.

Recuerdo, cómo, hasta poco antes de irme a La Laguna, los fontaneros que venían a mi casa, en las obras que les veía, usaban el esparto, para unir y rellenar las posibles juntas y empalmes de las tuberías, ese antiguo método de unión no lo he vuelto a ver más, quizás porque ya no vengan tantos fontaneros a mi casa, o quizás porque ahora está de moda el plástico, para tuberías, codos y demás mientras que antes se usaba el plomo, el acero y el hierro.

Bueno, de esto mejor no hablar, pues si alguna vez fui un manitas, hoy día, por desgracia, y porque no se puede ser de todo en esta vida, no lo soy.

Quizás, porque yo sea bajo y soez, quizás la casualidad, o quizás el pudor de los demás, lo cierto es que en la mayoría de las novelas que he leído (a excepción de “Bella del Señor” de Cohen, o las de la serie Wilt de Tom Sharpe) no suelen tener problemas de gases los protagonistas, ni los secundarios ni los principales, así ninguno se tira eructos ni bufos, todos tienen un aparato digestivo de lo más sano. Yo, como soy un guarro, aunque no delante de mis amigos, pero sí delante de los que veo todos los días, me los tiro; sobre todo cerca de mi madre, y en mi cuarto, el cual, me imagino debe apestar a mierda, de tanto que me bufeo en él.

A saber por qué coño, cuando le hacía alguna pregunta a José Juan, el encargado de la farmacia de C..., siempre me salía con un:

—Hable con el paciente, pregúntele qué le pasa.

O sea que no le sacaba a uno del aprieto, diciendo qué medicamento sería bueno para su anomalía; al final, te encontrabas tú solo ante el problema; al final, terminaba uno recetando lo que buenamente intuyera, no era tampoco cuestión de ir a preguntarle a otro veterano.

Al que menos le preguntaba era a Jorge, entre otras cosas, porque era el que más solía estar revisando y quien se encargaba de los pedidos; asimismo, era el encargado de mandar los pedidos a Cofarca, por lo que debía tener un conocimiento más o menos exacto de los medicamentos que más se vendían. Había una clave, y era no pedir nunca uno solo de ninguno, siempre como mínimo dos, de tal forma que si alguien pedía alguno, cuando se vendiera, ya se sabía que iba a haber otro disponible para otra posible venta; según salieran o no los medicamentos, así se pedían; de algunos habían burradas, por el ejemplo, el Termalgin®, del se pedían unos quinientos o setecientos al mes, y muchas veces había que pedir más; la Aspirina® Bayer, también salía muchísimo. Era raro que un ansiolítico del tipo del Orfidal®, se vendiera a punta pala, me sorprendía que se despachara tan a la ligera; según me he enterado más tarde, quienes más lo usan son las amas de casa; no significa eso que no sirva para los demás, todo lo contrario, pues sé que Juancho, y yo mismo, lo tomamos, eso sí, bajo prescripción médica.

Sé, porque me lo dijo ella, que cuando está muy cansada, y va a hacer viajes muy largos, intercontinentales, como pasajera, mi hermana Saso, se larga un Valium® o un Orfidal® con un güisqui, y cae roque.

Ante esto, cuando me lo dijo, lógicamente como facultativo enteraíllo que estaba, le dije:

—Saso, eso mejor es que te lo mande el médico.

Ella enseguida, se puso a la defensiva. Me callé, pero el aviso está dado. No es que el psiquiatra le haga a uno muchas pruebas, para ver cómo reacciona el paciente ante tales medicamentos, pero es él el que tiene la culpa si algo va mal; sé, que esto no es consuelo ninguno, pero peor es que dé un infarto por efecto rebote o por una retirada brusca del medicamento, y que la culpa de eso la tenga uno solo. O quizás sea eso preferible, a que uno vaya al médico, y encima éste le joda a uno más. Aviados vamos. Sé que el Orfidal® con el güisqui, se potencia la acción, lo que ya no tengo claro, es de cuál potencia el efecto, si del güisqui, del Orfidal®, de ambos, y si solo se potencian los efectos negativos, creo que esto ya lo he comentado, pero es que a fecha de hoy, aún no he resuelto el problema.

e-libro.net

De. Rafael, y éste ya más claramente, me decía también un: “Habla con el paciente”, pues no sabía seguro, qué despacharle.

Recuerdo cómo un sábado, vino uno a pedirme un Valium®:

—Hace falta receta, para eso.

—Yo soy farmacéutico.

—Espere un momento –le respondí.

Fui a decirle el caso al jefe, que estaba abajo, en la rebotica. El me dijo:

—Dile que sin receta no se puede despachar, además un farmacéutico no es quién para pedirlo por su cuenta.

El ultrajado, pues me daba toda la espina de que era un ultraje hacia mi pobre colega, me dijo:

—Mira, si quieres te enseño el carnet.

Así estuvo un tiempo, en el que defendí “estoicamente” la responsabilidad del farmacéutico, no ya la mía, sino la de mi jefe.

Me imagino que el interpelado, no sabía que yo era farmacéutico, pues si no me habría echado la culpa. De esa otra manera, sabía que era mi jefe quién tenía la culpa.

De todas maneras, los psicotropos no sólo no los despacho sin receta, sino que a ese respecto soy insobornable y más si sé que el que se los está tomando lo hace sin recetarlo el médico. Tengo amigos de esos, como el Lu, y Carlos Padrón. Incluso me cabreo con mi madre pues me da la sensación a veces, que se medica demasiado traspasando los límites de la polimedicación tan grave a su edad.

Hacía, ahora igual que los demás, todos las horas extras habidas y por haber; ya fuera para colocar mercancía, por inventario, por guardia, por lo que fuera. Lo bueno del caso es que esas horas extras no las cobraba; tal vez porque el jefe daba por supuesto, que todo eso iba incluido en el sobresueldo.

También era porque así de duras son las empresas privadas. Trabajo, trabajo y trabajo, y encima dar las gracias por tener el trabajo. Has de saber también que no se es indispensable. Es así pero las empresas que he conocido, el esclavo, o sea uno, es eso, simple y llanamente un esclavo, que ha de enriquecer al jefe.

Cuando hacíamos horas extras, que no fueran por guardia, por la noche, salíamos a comer algo a los bares de al lado; yo sí era en la churrería, comía un bocata o una tapa de tortilla, si era en el que linda con el mercado(del que no tengo ni puñetera idea del nombre), comía ropa vieja u otro plato apetitoso, el que fuera, pero de emboste.

Se me hacían eternas las dos horas de más que estábamos en la farmacia trabajando. No digo nada si era una guardia un sábado o un domingo. No solía venir mucha gente esos días, pero quienes venían, eran gente desconocida, casi nadie del barrio, generalmente por alguna chuchería. Al decir esto, se entiende por tanto, que las recetas que venían tenían otra letra, y muchas veces, no sabía uno lo que ponían y había que interpretarla, por eso, y por cualquier otro problema que surgiera, siempre debían estar abajo, en lo que era propiamente la farmacia, o José Juan o Jacinto, o bien Jorge; a Charlie no se le tomaba para estas cosas como veterano entendido; es más, aún no se quedaba solo Carlitos por la noche, a hacer las guardias, aunque me imagino que él lo estaba deseando, no por nada sino por el dinero.

Se abría todos los días a las nueve y media (los días de guardia de 24 horas, no se cerraba, por lo que a la mañana siguiente había que ir antes), incluso los sábados, días en que la gente no empezaba a llegar hasta después de las diez y media u once. Ese día venía una clientela distinta, más joven, gente trabajadora, que por estar precisamente de descanso, gastaba más dinero. Eran días en que “salían” más cosas que no fueran con recetas, eso lo he notado con bastante frecuencia; los sábados por lo común, hay siempre mucha menos gente.

Yo, en C..., solía ir esos días más de esport; o sea que iba de vaqueros y cuando me di cuenta de la jugada, los viernes y los sábados llevaría las camisas más recientes que me hubiera comprado. Por qué, los viernes porque la gente a veces venía mejor vestida, como para salir por la noche, y los sábados, porque muchos vestían mejor ese día; otros, los que generalmente iban bien vestidos entre semana, se vestían peor esos días, como más de descanso; si hacía buen tiempo, incluso venían con pantalones cortos; otros, los más, vestían peor, no por nada, sino porque no tenían dinero para vestir mejor, y eso que parece que a la farmacia, es un sitio al que la gente va mejor vestida que a otros. Bueno, de todas maneras en esa farmacia, no iba excesivamente bien vestido casi nadie, pues aunque era muy importante por su volumen de ventas, estaba cerca de una barriada, que aunque había una zona de gente con dinero, también había mucha gente sin lo mínimo. Que eran precisamente los que más iban a la farmacia.

e-libro.net

Mi madre tiene una amiga, Mari Luz, que se había quedado viuda no hacía mucho. Tenía tres hijas; las que yo conocía eran muy guapas. Según me dijo la madre (Mari Luz), tenía una hija en Córdoba estudiando farmacia, a la que no le iba muy bien. Yo respiré y me dije: "Menos mal que no soy el único". Su padre había sido un pequeño empresario al que no le había ido mal del todo, a pesar de morirse muy tempranamente.

Mari Luz, un día me dijo:

—Yo cuando estoy nerviosa o no puedo dormir, me tomo Valeriana; no quiero abusar de las otras pastillas como todo el mundo.

Eso me pareció fenomenal, y no como mi madre que abusaba de "esas" pastillas, que seguro que era por mi culpa, al igual que el que estuviera tan vieja y ajada. Hoy pienso todo lo contrario, y si me da pena de algo es no poderle dar más vida.

Mari Luz, me pareció toda una gran señora, y a pesar de tener cuarenta y tantos largos, a mí me parecía que aún estaba de muy buen ver, a pesar de que tenía muchos años más que yo; se habrán dado cuenta de que un servidor, no respetaba nada de nada, ni las canas (que ella no las tenía pues estaba teñida), ni a las madres, ni nada, en definitiva, era un puro desastre.

Una vez, se puso a trabajar una maestra de EGB (aún no había ejercido nunca como tal) con nosotros, estaba muy potente, pero como siempre Charlie se me adelantó; no es que sexualmente me atrajera una gran cosa, pero tenía un cuerpo algo lascivo. Al final, al igual que me decía de Mabel, lo llamaba casi todos los días para quedar con él.

Lo peor e todo es que algo me lo creía. Cosa que él no se lo cree ni equivocado. De todas formas nunca he podido saber el efecto que ejerce él sobre las mujeres; viéndole en posteriores ocasiones, incluso me ha parecido un pobre zoquete, atontado y desfigurado por tantas drogas. Charlie según me decía, salía con todas las mujeres, salvo, afortunadamente con Celeste.

Una vez, el jefe, quiso con la aparición de las nuevas superficies, ampliar su negocio. De lo que se trataba realmente era de un herbolario, al que llamó "Más Salud". Hicieron, según me comentaron, hasta propaganda por la tele.

Todos los días iban un montón de chicas por la farmacia a aprender no sé qué coño, pues allí nadie tenía experiencia en hierbas, ni mucho menos; quizás lo que hacían era un proceso de selección de personal. A mí no me cuenten, que yo no sabía nada. Había una de las chicas, que entre los dependientes y en especial a Jacinto y Charlie, les causó gran impresión: Palmira.

Seguía sin ser rico, pero manejaba el suficiente dinero, como para comprar una gran cantidad de camisas; con las que presumía todo lo habido y por haber; sí, era un estúpido engreído.

Mari Luz, siempre se portó como una gran señora; pero tenía una amiga, tan ridícula, que hasta compraba los huevos y los llevaba en una cesta, no sé por qué no los podía llevar en sus envases como todo el mundo.

Me repateaba las tripas pues siempre que llegaba, daba un gran grito, pregonando mi nombre por todos lados: "Habrase visto, esta mujer, qué se cree ella…"

A pesar de todos las camisas que tenía, seguían pareciéndome pocas, bastante pocas; hoy sé que eran bastantes camisas, muchas a veces casi ni usaba.

Mari luz, en cambio era toda una gran señora; y creo sin embargo que las dos eran vecinas, y por tanto vecinas de mi madre y por extensión mías; bueno esto de por extensión es una bobería, pues eran vecinas mías, sin más; seguía viviendo en casa de mi madre. Sigo viviendo con ella, y no ella conmigo, como sería más lógico. Gracias a la bondad de mi madre y a su infinita paciencia, sigo escribiendo a pesar de lo que ella dice que piensa sobre mis escritos.

El Más Salud, lo estuvieron programando bastante tiempo, aproximadamente sobre un año. Según parece, también pusieron allí a un dietista.

Pensaba que medía 1,86 metros, pues eso era lo que me habían indicado en el cuartel, cuando me tocó la hora de tomarme las medidas. Sin embargo, cuando me medía en mi casa, medía un metro noventa y uno o y dos; por lo que siempre pensaba, que la cinta métrica no estaba tan bien calibrada como el metro del cuartel; hoy supongo, que en el cuartel falseaban datos para no salirse de la media, y así no tener problemas con algo, ¿con qué?, ni idea.

Ya lo decía C..., su farmacia era un negocio, más que una farmacia; eso de la atención primaria al cliente, ahí no había nada, ni podía haber, allí lo que importaba era que se despachara al público. Yo entendía que a cuantos más se atendiera mejor, aunque quizá por ello disminuya la correcta atención al paciente, y tal vez el

e-libro.net

debido respeto. Había uno que más o menos tenía mi edad, que era para mí, excesivamente meticuloso; llevaba psicotropos, y cuando le cortaba la caja del Idalpren®, le rasgaba sin querer la platina del blister y algunas veces se quedaba al descubierto una gragea; según parece no le gustaba la calidad de mi trabajo, pues tras despacharle en unas cuantas ocasiones (pues sí había una sola persona despachando en el mostrador, ese de seguro era yo), que solía ir cuando no había mucha gente, él, al querer hacer la operación por sí mismo (me desesperaba lo lento y patoso que era), me pedía el cortador, para quitar él mismo, el precinto. Tan patoso era, que muchas veces rompió la platina por muchos más sitios que yo. Llevaba un bigotillo absurdo, a lo Aznar, solía ir casi siempre igual vestido, y era bastante delgado. Lo imaginaba viviendo por la barriada de las casas del estado por donde vivía Salvatore. Solía ir vestido de marrón rojizo sin brillo. Usaba las uñas grandes, enormes, y me imaginaba que eran para sacarse mejor los mocos.

Alexis, fue por la farmacia una vez, nos reconocimos, a pesar de que él ya no iba tan guapo como cuando era adolescente, más bien parecía que se había dejado ir. Lo vi una sola vez, y nuestro saludo no fue muy efusivo, cuando se fue, Jacinto me preguntó:

-¿Le conoces?

—Sí.

—Pues parecía un drogadicto.

Nada le dije, a pesar de que sabía que lo era, o al menos había sido; si ahora se drogaba, lo ignoraba.

Otro que también iba algunas veces era Santi, el Flaco, quién en la farmacia siempre me llamaba por mi nombre, y hablando de manera muy alta, de tal forma que todos los de la farmacia, tanto el personal, como la clientela se enteraba de lo que me decía.

De él no hacía falta que lo dijeran mis compañeros, yo lo decía, pues estaba más que claro: “era drogadicto”.

Un día me fui a pelar a Sergio (el peluquero del barrio). Allí vi al “Bola”, llamado así por su gran cabeza en un cuerpo tan pequeño. Según me contó, tenía novia, con quién se iba a casar. Trabajaba en el muelle, y cuando tenía libre iba a su casa a seguirla construyendo; me dio a entender que la estaba haciendo él mismo. Todo el mundo tenía ilusiones menos yo. Hizo alusión a mi ropa, disculpándose porque él venía con ropa de trabajo; no le contesté nada, pero lo que él pensaba que era ropa para días de fiesta, para mí era la ropa de diario. Seguro que si lo hubiese sabido, habrían rechinado sus dientes de odio y rabia; para mí sin embargo, era tan solo un logro que había conseguido. Hoy me pregunto si lo podré seguir manteniendo durante unos cuantos años, o el resto de mi vida. ¡Ojalá!, quizás no, y tampoco es tan importante.

No lo sabía, pero nos pelábamos en la misma peluquería, aunque no he vuelto a coincidir más con él. Según me dijo, ya no se drogaba; pero que algunos de nuestros amigos seguían haciéndolo, y que incluso muchos habían estado, o estaban el la cárcel.

A él, por lo que parece era de los pocos, al que el gobierno socialista le había hecho bien; según se oía, teníamos unos políticos que daban pena. De todas formas, siempre admiré a Felipe González más que a Aznar, quién me parecía un personaje absurdo. Era más carismático, más líder, toda la vida, Felipe que José María.

Ligia, cuando había guardia, un par de veces y cuando era en fin de semana o festivo, iba por la farmacia, pues ya no trabajaba allí, y nos llevaba siempre algún dulce. Nosotros, por nuestra cuenta comprábamos, bien churros o bien pizza, para cenar. A veces, cuando no venía nadie, ni el jefe estaba por allí, se podía decir que se pasaban ratos agradables; después de todo, Ligia y yo habíamos terminado siendo buenos amigos.

Esto me trae a las mientes, que algunos sábados, desayunábamos churros, causa por la que después, cuando iba a mi casa a comer no tenía mucho apetito.

Algunos sábados a la salida de la farmacia, nos tomábamos un par de tapas en la churrería, luego me iba a mi casa, y lógicamente, muchas menos ganas de almorzar tenía. Seguía queriendo ir a casa del Lu, a charlar, pero él muchas tardes las cogía para dormir la siesta; él almorzaba a las doce del mediodía. Yo salía a la una y cuarto (hora de salida de los sábados, entre semana se sale a la una), y era por tanto extraño cogerlo despierto; muchas veces salía su mensaje del contestador, el que en un principio, se lo había regalado a Mari Jose, a pesar de que después se lo pidió.

Personalmente con las novias que he estado, a ninguna le he pedido lo poco o nada que les he dado. Tan sólo con Águeda, la que se había apropiado sin permiso, del Quijote en versión antigua de mi tío Joaquín. Ya recordarán.

e-libro.net

La farmacia tan sólo me trae buenos recuerdos en cuanto a Jacinto y algo a Charlie, con los que hablaba o consultaba cosas, eran del bando de los míos, los demás eran de otro bando. Jacinto también se llevaba muy bien con Juanito, quien quería permanecer neutral.

Me enteraría tiempo después, que Juanito había sido el encargado de la farmacia durante un tiempo, el motivo por el que José Juan lo había desbancado, nunca lo he podido averiguar.

Seguía saliendo con Charlie por las noches; alguna vez, íbamos a algún chino (casi siempre al mismo, el que está detrás del Mercado Central) y después de allí a la zona de marcha. Muchas veces, me llevaba al Toca-Toca, lugar que no me gustaba lo más mínimo. Otras íbamos al Área, y casi nunca, donde yo quería ir, al Pachá. Creo que no le gustaba ir al Pachá, porque allí mucha gente iba de chaqueta y corbata. Pensaba que la gente del Toca-Toca, era muy joven, o yo era muy mayor.

Me hizo Charlie socio de este local, por lo que me dieron una tarjeta y me mandaban mucha propaganda de fiestas que iban a celebrarse en el local. Intuyo que Charlie les diría que era farmacéutico y por ello me mandaron durante tantos años la propaganda, suponiendo que disponía de dinero para gastarlo allí.

Era un carnet pequeño, gracias al cual, tenía la entrada gratis.

Una vez, recuerdo que fui con Tere y su amigo; primero entramos ella y yo, después salió ella y le dio mi carnet al amigo. Total, que se dieron cuenta del engaño y me retuvieron el carnet; al final Tere lo pudo conseguir gracias a su ex-novio, que también casualmente estaba allí. Cada vez me gustaba menos ese sitio, no por esto que acabo de contar, sino por la gente, las luces, en fin, por todo. Cada vez que iba al baño, había toda una serie de raros movimientos, como de gente que entraba a esnifar coca. Estaban los baños, tanto los retretes como los urinarios siempre a tope. Ahora que lo pienso, es absurdo tanta gente mona (o monos, tendría que decir) allí metida, a ver cuál era más moderno y guapo. Sinceramente nunca eché de menos la coca, gracias al cielo.

La propaganda de las fiestas que me mandaban, me venían muy bien como marcadores, y eso me hacía mucha ilusión; no obstante, alguna vez sentí vergüenza por ir haciendo propaganda de bebidas alcohólicas, en los libros que leía.

El dinero me daba algo de seguridad, era otro yo, el que ahora se movía por esos sitios de moda; ya no me prohibían la entrada, casi todo lo contrario, era un habitual.

En el “Toca”, íbamos y nos tomábamos unas copas, que generalmente pagaba yo; luego, cuando a Carlitos le daba por ahí, nos íbamos al bar de al lado, y allí nos tomábamos café y otra copa, ahora pagaba él; habrán intuido que salía aquí todo mucho más barato, a veces le pagaba también la copa aquí, y cuando su hermano venía, ídem de ídem.

El padre de Tomi, vendió su tienda de comestibles, se la traspasó al empleado que tenía; a éste, un fulano bastante gordo, lo vi una vez en el bajo de ese local, bebiendo a reventar y chorreándole el sudor por la cara y el cuerpo; en esa parte del local se bailaba y se bebía más que en el “Toca”, por ser mucho más económico. Era todo muy rápido, como una cumbia, dando vueltas y vueltas, y… “¡¿Qué coño hago aquí?!” Eso me preguntaba cada vez más. Deseaba ir al Pachá, y Charlie nunca quería ir, como siempre hacíamos lo que él quería.

Mi corazón estaba entre Celeste y Totó, al ser esta última, la primera que me había robado el corazón, fue el motivo por el que le mandé una carta proponiéndole el matrimonio. Era la carta más seria que he mandado en toda mi vida; allí le expuse cuanto cobraba, cual era pues mi situación financiera, y cómo veía yo el futuro mío, claro está, siempre aquí, en mi isla querida. Convencido de que era una carta de inmejorable presentación, se la mandé. Dejé un tiempo prudencial a que le llegara; luego otro, en lo que se lo pensaba y me escribía (creo que se la mandé certificada y urgente, y supuse que ella me la mandaría igual). Tras bastante tiempo sin tener noticias suyas, un buen día, decidí llamarla por teléfono; estaba ansioso, y no sabía quién me iba a contestar. En la carta, le había dicho que cuando ella me increpó que le dijera por qué había ido, le escribí que precisamente era para ver si me seguía gustando, y así era efectivamente.

Pensaba durante esos días, que si me casaba con Totó, mi padrino me compraría el chalet que mi jefe alquilaba, y que Juancho me compraría la farmacia de mi jefe. En ella me dedicaría a estudiar sobre farmacología y cosas relacionadas con el negocio. No pensaba bajar de la oficina, donde estaría todo el tiempo leyendo y estudiando.

Por supuesto, mi encargado sería Jacinto, y a José Juan o lo echaba o lo puteaba, o bueno si no, le ignoraría, mientras que con Jacin me portaría bienísimo.

Cogió el teléfono Totó, y le dije:

-¿Recibiste la carta?

e-libro.net

—Sí.

—Y, qué contestas.

—Que no.

—Bien, pues hasta luego.

Me hundí en el estiércol, todas mis ilusiones al garete. Ya no tendría esa gran mansión.

Tuve un palo; pero como siempre tenía un as en al manga: Celeste.

Ahora toda mi ilusión se centraría en ella; ella sabía que tenía la farmacia pedida en Agaete, y yo estaba casi seguro que el concedérmela sería cosa de meses, poca cosa.

De ella, me atraía su delgadez; pensaba que era delgada de nacimiento. No sospechaba que fuera anoréxica, pues la veía comerse un Donut a media mañana; no tomaba nunca café, ni cortado, quién sabe si por ahorrar o porque no le gustaba.

Sacó el carnet de conducir en poco tiempo, y enseguida se compró un coche de segunda mano, un utilitario pequeñito.

Al principio, no lo llevaba a la farmacia, sino que decía, se lo había dejado a un tío suyo, el motivo lo ignoro. Quizás fuera para ponerlo a punto, aunque tampoco sabía si él era mecánico, o simplemente entendido.

Lógicamente lo empezó a llevar a la farmacia, pues vivía en La Isleta (¿no se extrañan que todas la chicas que me gustan, la mayoría viven el La Isleta, qué tendrá esa barriada de pescadores –en principio– en la que hoy, hay de todo?).

El padre de Celeste, trabajaba en el muelle, o había trabajado, igual que el padre de la novia de mi hermano Jose, Soraya.

Tengo entendido que el padre, cuando Celeste sacó el carnet de conducir, fue al bar e invitó a todo el mundo a una copa, se entiende que eso le hizo muy feliz. Pensaría, “qué mujer esta, estudiosa, trabajadora, y ahora con coche”.

Con Charlie, me pude enterar de la dirección de su calle, Princesa Guallarmina. Me lo dijo al mirarlo en el ordenador, donde supuse que cada uno tenía su ficha. Por lo que parece, y efectivamente, cosa extraña en el siglo XX, el que ya estaba dando sus últimos coletazos, no tenía teléfono. Es la única persona que conozco que está tan aislada.

Le decía si quería salir a comer por ahí, a un chino o a cualquier otro bar, ella me decía invariablemente que no.

Una vez, cuando ella empezaba las vacaciones, fui por la mañana hecho un pimpollo, con los pantalones verdes, la camisa de rayas azul, el pelo engominado y apestando a buena colonia.

Ella iba bastante normalita; por la tarde fue con unos pantalones “hippilosos” muy cucos; me encantaron, a pesar de que Jorge y los demás, se metían con ella; iba, fenomenal como para ir al chino, con un buen mozo como yo.

Si no me equivoco, que creo que no, ella estaba esperando que le pidiera de ir al chino a cenar, pues estaba como revoloteando. Yo, al igual que ella, esperaba que ella se decidiera. Creo que tuve una ocasión preciosa que no supe aprovechar. Estaba engallitado, y fue el motivo por que no le dije nada; pues pensaba: “Bien, ahora te toca a ti dar el siguiente paso”. Fui bobo, desaproveché una oportunidad de oro.

Iba tremendamente guapa, a pesar de que la camisa no me gustaba mucho.

Al final ella salió con Oti y Mari; según les oí decir, ella no se decidió hasta el fin a salir con ellos. “Otra vez será”, pensé cuando me fui con Charlie al bar de al lado.

Ya Julio no estaba, se había marchado a otra farmacia, quizás porque le pagaran más. Nada dijo sobre el tema, puede que fuese porque viera más futuro en la otra, o vayan ustedes a saber.

Incluso estando Julio tan lejos, salí un par de veces con él. Desde luego no puedo averiguar de dónde sacaba él el dinero para tanto gasto. Entre otras cosas, supongo que no le daría a la madre nada de dinero.

Donde íbamos últimamente a comer, era a un bar de camioneros por Guanarteme. Muy abundante y muy barata la comida.

El Dr. Henrik me engañó sobre la inyección, primero me había dicho que debía estar con ella un par de años sólo, luego, cuando pasó ese tiempo, me dijo que tenía que estar como mínimo cinco años.

Sabía que no iba a estar más nunca mal, y eso de fruncir el entrecejo, lo hacía muchas veces en la farmacia, cansándome inútilmente, pues todo músculo que está tenso, está trabajando y por tanto consumiendo energía, y por ello produce un desgaste energético del organismo; entonces, para qué cansarnos inútilmente, ya

e-libro.net

está bien que usemos otros músculos, pero los de la cara sólo los deberíamos usar para reír. Por otro lado, tenía la certeza de que el tener los ojos bien abiertos, era señal de estar muy concentrado. En realidad lo que me ocurría era que estaba haciendo el bobo de una forma asombrosa.

Estaba mal preparado y lleno de tics nerviosos inútiles.

Por otra parte, siempre que me sentaba, movía asombrosamente la pierna. Mi madre lo achacaba a la medicación, motivo por el que se ponía nerviosísima al verme así, con la pierna como el balancín de una mecedora.

Pasemos ahora a un día que se me quedó muy grabado en la mente: era sábado, esa noche, Charlie me había invitado a ir con su familia a cenar pescado a un bar en La Puntilla al final del todo. Llegamos los padres, una hermana, su marido, los dos gemelos y yo.

Pidieron una cantidad enorme de pescaditos fritos, empezamos a comer y allí entre que el padre me preguntaba sobre mi familia, y a ratos yo callado y por ende incomodísimo, pasamos el tiempo.

Según parecía, Charlie, quien siempre me decía que comía pescado casi a diario, pues era su comida preferida, se había clavado una espina.

Yo iba con un pantalón de pinzas, una camisa de seda azul marino que me había regalado Saso, y una corbata estampada; iba, ahora lo pienso, horterísimo, y tan moderno, que daba sentimiento.

Terminamos de comer, y nos fuimos los dos gemelos y yo por ahí, cada vez me caían peor, ya lo saben.

Había pagado mi parte en la cena, que era una parte bastante considerable, para lo poco que comí, pues los pescados no tenían casi comida; a parte de eso, les quitaba la piel, y luego estaba el miedo a tragarme y atragantarme con las espinas, justo lo que le pasó a Carlitos.

A ellos les entró la perreta de esnifar coca, hacia mi casa fuimos, a comprarla en las chabolas.

De vuelta al Puerto, nos llevó mi hermano Jose, a quién encontramos saliendo de mi casa. Para que estuviera sobre aviso, le dije:

—Porque acabamos de venir de comprar y esnifar coca.

Con ello le quise advertir que estábamos drogados, para que fuera benévolo y nos respetara (aunque valiente respeto debía tener ante un drogadicto).

A los hermanos les daba la droga por hacerse los finos y agradables: gente de mundo, según decían ellos.

Ese día, fuimos a un bar en el que las sillas eran de mimbre y con un gran respaldo de forma de semicírculo.

Ahí empezamos a beber, y ellos decían cómo me debía vestir, sobre todo Ramón, quien lógicamente estaba al tanto de la moda, pues ese era su trabajo.

Estuvimos toda la noche bebiendo, y la verdad es que me encontraba bastante borracho.

Terminamos de amanecida en la churrería al lado de la farmacia. No quería ir allí, pero Ramón se emperró; prefería ir a la de Las Palmas, o a alguna en el Puerto. Pero no, fuimos a esa. Comimos, yo ya había comido anteriormente. Después de desayunar chocolate y churros, me voy a la barra y digo:

-¡Pedro, un ponche!

Me lo sirve, y acto seguido echo la papilla con todo lo que tenía dentro, sobre la barra.

Me imagino que se indignarían un huevo, tal y como Pedro se ha encargado de dármelo a entender muchas veces. Ahora siempre que me ve, me dice:

-¡Oh, oh, oh! —con resquemor y retintín.

Me avergüenza enormemente.

También me dijo:

—Porque tú debes salir con el hermano, no con él, que no te interesa.

Después, Ramón y yo salimos de allí. Me pidió dinero, y le di diez mil pesetas, las últimas que tenía. El muy cerdo las cogió y se las guardó, me imagino que sospecharía que yo no me iba a dar cuenta, que estaría sin sentido. “¡Pues no Ramón, me percaté perfectamente de lo hiciste, ladrón, cerdo asqueroso!”

Después fuimos a votar; allí vi vecinos que vivían al lado del Lu, dejándome asombrado el ver que no sabían leer, y que se hacían un lío con las papeletas de los votos; digo que fuimos a votar pues era día de votaciones en toda España.

El ver esa imagen de los analfabetos, me dio mucha pena, y me di cuenta cómo realmente se pueden trastocar unas elecciones.

Ramón me preguntó:

e-libro.net

-¿A quién votas?

—A Izquierda Unida.

He votado a Anguita aunque le tenía miedo de que me hiciera él pobre (más de lo que era), pues la verdad es que no tengo conocimiento ninguno de una democracia comunista, quizás por la tendencia a eliminar los extremos, cuando se hace la media.

Después de votar, nos fuimos para casa de los padres del mamón ese, sí, mamón, no tengo ni idea de lo que pensaba hacer allí, quizás cagar y limpiarse el culo. A mí me dejó con su madre, con quien no sabía qué hacer ni de qué hablar. Estaba yo con ella en la cocina, y no recuerdo si me tomaba una cerveza o un refresco. Me imagino que la pobre señora, sufriría muchísimo con sus hijos y sus amigos, lógicamente incluyéndome a mí. Uno era un piojo pegado, al que su hijo había llevado a su casa.

Sólo vi la cocina, estaba muy bien para ser un piso, en realidad estaba fenómeno; su padre, el de los gemelos, había trabajado en un banco, como les he contado, ahora estaba retirado y desgraciadamente, bastante pocho.

No puedo decir, por qué tenía tanto interés Charlie en que yo fuera su amigo, pudiera ser porque conmigo tenía un plus de sueldo; no creo que fuera porque mi título “vistiera”, pues yo era lo contrario a un farmacéutico, iba con matados, más que matados, con drogadictos, y me codeaba cada vez menos con gente con titulación como la mía. Sí, a veces salía con Tomi y Herse, pero no era tan frecuente como con los gemelos o el Lu y demás amigos.

De todas formas me encantaba salir con Tomi, entre otras cosas porque el sí que hablaba, le encantaba hacerlo.

A veces iba a su casa y allí cenábamos los dos; aún no había tanta diferencia económica, y según me dijo un día, yo tenía más dinero ahorrado que él. Seguro que fue una “quedada”, pues nunca me ha dicho exactamente lo que gana; siempre me dice: “Con mantenerme estoy contento”, a pesar de que continuamente hace y vende cosas para aumentar más las ventas; cosa por otro lado que me parece respetable y lógica, siempre que se haga dentro de la legalidad.

Todos o la mayoría de los que trabajan en un farmacia, cuando alguien les pregunta:

-¿Y, ese medicamento es bueno?

—Sí, sí, buenísimo —se contesta.

Yo, agregaba junto a esta coletilla (siempre que fuera algún producto que acababa de salir y sobre todo a los “productos milagro”) un:

—Bueno, es nuevo, y todavía no está muy probado...

Si es un psicotropo digo:

—Con este hay que tener cuidado al tomarlo.

Y así muchos trucos que usamos los de la profesión.

Después de la casa de los padres, nos fuimos a un bar por allí cerca, me invitó a una copa pero cuando le decía:

—Ramón, dame mi dinero.

Él se hacía el sueco. Ya ven ustedes de que calaña eran los hermanos.

Con gente así, cualquiera no tiene miedo y amargura. Eran peor que amigos de juergas. Me confirmaba ahora la conocida canción que dice: ¿Dónde andarán, mis amigos de ayer…?

Al final me fui cabreado, frustrado, indignado y solo a mi casa.

Llegué como habrán visto de mañana. Me acosté y al par de horas me levanté intranquilo y queriendo ir a ayudar en las elecciones a los analfabetos, mi madre me lo impidió.

Me levanté otra vez por la tarde y allí, junto a Pine, comí algo, luego, otra vez a la cama.

Al día siguiente, y hasta el miércoles de esa semana, tuve una resaca de las de aquí te espero.

Estaba trabajando y no veía la hora de que terminara la jornada, para irme a dormir a mi casa. La cabeza no se me arregló hasta la mitad de la semana.

Charlie me contó que había tenido que ir al médico para que le quitara la espina. Él decía que nuestro jefe era un hipocondriaco, pero el auténtico hipocondriaco era él; continuamente estaba tomando antigripales, mucolíticos y mil y un remedios. El cigarro nunca lo dejaba, a pesar de que él no fumaba en la farmacia.

Tampoco puedo asegurar que hiciera como yo, que se metía en el baño a fumar. D. Rafael, respecto a eso siempre me decía:

e-libro.net

—Tienes que dejar el cigarro.

Él había sido un fumador empedernido y sabía por qué lo decía.

Sé que el pobre hombre ya está más que muerto, pero era una constante en mí, cada vez que le veía, que le quería decir y sin embargo nunca le dije a mi adinerado tío Joaquín, aunque muchas veces lo pensé, casi cada vez que lo veía: "¿Por qué no escribes, pero no sobre lo que haces, sino sobre literatura y reflejas tu familia, que bastante 'buena' que es?"; decía 'buena' refiriéndome a que se las traían en lata, sus familiares, había en ellos de todo.

Joaquín fue hasta casi el final de su vida, todo un intelectual; era una persona de mundo, sí señor, después, esas vacaciones impresionantes que se pegaba; quién sabe si en busca de sexo, o drogas, o a saber el qué. Hace poco me enteré que murió de leucemia, aunque sospecho que realmente fuera de SIDA.

Desde que me colegié, empecé a recibir la revista: "Farmacéutico", al principio me hizo algo de ilusión, aunque pronto la encontré monótona y carente de interés; hoy la leo más que antes. Con el tiempo, cada vez me vienen más revistas, y ya sólo leo a determinados autores; hoy por hoy, de los escritores de las revistas del gremio que me llegan, mi favorito es Pedro Malo, de quién intento no perderme ni un artículo. No me he enterado si escribe novelas o no, o simplemente se dedica a escribir en las revistas del ramo; ojo, que no escribe sobre temas científicos, sino que son artículos literarios muy cucos.

El símil, quizás no tenga nada que ver, pero muchas veces, cuando iba y venía a mi casa, pegado a las paredes, me daba la sensación de que era un toro, que va pegado a las tablas, no herido, sino observante de lo que pasa alrededor, para a la primera de cambio, atacar al contrario. Tenía bastante agresividad, creo que fruto de tanto alcohol; ya me dijo Águeda, cuando me dejó: "Porque él -refiriéndose a Pedro-, no bebe". Ya sé que no bebe, pero tampoco hace otras cosas. Y, ¿follar, qué tal folla?

Ciertamente esta chica, le hace a uno ser soez.

Un día, que D. Rafael llegó apestando a puros, me imagino que de un almuerzo con sus amiguetes, enseguida pensé: "Yo también haré eso con mis amigos, iré con ellos y nos tomaremos al final un licor y un puro y…"; también pensaba que algún día iría con C..., por qué no, tal y como él decía, éramos colegas. A pesar de que incluso en privado, lo trataba de Don, aunque por supuesto, no era el don de los libros de El Padrino, ni mucho menos, a pesar de que sobre mi vida, sí podía él disponer sobre ciertas cosas, ya lo creo. De la farmacia para adentro, yo era su esclavo.

No me explico cómo pude aguantar sin caerme y con la continua resaca. Me parecía a un técnico electrónico, que vi una vez siendo pequeño, y quien no podía hacer las cosas de precisión que en aparatos eléctricos diminutos debía realizar por la resaca; me dio un no sé qué, y pensé: "Nunca seré así", pero ya ven ustedes como era así y peor aún.

No pensaba que se demorara tanto lo de la farmacia: "Bueno, no importa, al final las cosas salen, quizás dentro de unos meses, o quizá en breve".

Tenía creído, por lo que había estudiado en Bromatología, que el plomo, no podía entrar a formar parte de utensilios de comida ni de abastecimientos de la red, a pesar de haberlo visto en casa de mi madre; creía que era tóxico, ahora bien, al leer el Código Alimentario Español, veo que dice lo siguiente sobre este tipo de elementos de la Tabla Periódica, que está permitido, aunque sólo "para las tuberías de agua potable no agresiva", y creo que en Las Palmas, el agua es agresiva, muy agresiva, debido al exceso de cloro que se le pone.

El estaño (Sn) debe ser del 99% de pureza; en esas proporciones puede entrar para cacharros de uso doméstico.

Afortunadamente, mi madre tenía alquilados los pisos de abajo, con eso y sus pensiones, comíamos en mi casa.

No recuerdo quiénes, vivían en ellos, pues siempre han estado rotando la gente, de tal manera, que, ¡ah, sí!, creo que eran unos comerciantes con una tienda de ropa especializada para deportes de playa, creo que la marca que ellos vendían era Hot-Tuna. Mi hermano Jose, le compraba a él (su nombre ya se me ha olvidado). También le compraba la ropa a mis sobrinos, aunque Maru era la que le daba el dinero.

Intentaba mi madre tener los dos pisos de la planta baja de su casa, también mi casa, aunque no desde el punto de vista económico, pero sí es donde resido, y donde tengo mi corazón, alquilados y gracias a ellos, comíamos los cuatro, Jose, Piluca, mi madre y el menda. De todas formas ya saben que Piluca y yo, hacíamos una muy pequeña aportación a la casa, económica y algo de trabajo.

e-libro.net

No sé sobre la tele lo que se dice, si es la caja tonta, o la caja que atonta, quizás sea las dos cosas, o quizás ninguna, no lo puedo aseverar con certeza, pues a pesar de ser esos años cuando más tele veía, tampoco lo hacía excesivamente.

Recuerdo como a veces el gran jefe, con su barba, bigote y pelo canos, se ponía a firmar las recetas, y las pocas veces que las firmaba, lo hacía con su boli y pluma de marca y de oro; bueno esperen, ahora que intento hacer memoria, creo que él no usaba pluma, sino bolígrafo. Cuando todos le veían a él en acción, se trincaban muchísimo y prestaban más atención a lo que hacían. Yo era un burro trabajando, en el sentido de que trabajaba al máximo, y porque él se pusiera a firmar, no disminuía mi trabajo, y por tanto habrían más recetas mías en las que pudiera haber algún error, al ser siempre el que más despachaba.

Las recetas las firmaba con bolígrafos Bic, pues el Inoxcrom, lo dejaba para uso del público.

José Juan, como gastaba muchos bolis de los de la farmacia, me lo echaba en cara medio en broma, medio en serio; nunca supe cuál de las dos manera era mejor.

Firmaba todos los días y ocupaba un pequeño espacio del mostrador de dentro, en el otro extremo de donde estaban las dos terminales de ordenador. De todas maneras, el mostrador era bastante pequeño. No era suficiente para todos los que allí estábamos; ahora que me fijo, es poco más grande que la mesa donde ahora, hoy, escribo.

Comprenderán cuando firmaba las recetas, que si me dedicaba a mirar otras cosas, me pasaría todo el tiempo, para firmar tan sólo unas cuantas. Sin embargo, D. Rafael, cuando lo hacía, se detenía a veces mirando si lo que estaba en el precinto, coincidía con lo prescrito, si no fuera así, imagínense la que formaba, armaba la de "Padre Señor mío".

Era curioso, cómo, con el dinero que esa familia ganaba, no fuera el jefe más presumido, mucho más podría; sí tenía aspecto de rico, tal como me diría años más tarde un amigo que vio su foto, pero o una de dos, o tenía una cantidad inmensa de camisas iguales, esto es, blancas y de manga corta, o vayan a saber si eran unos roñosos, o bien que no le gustaba presumir, para que los clientes del barrio, no tuvieran celos de su dinero, dinero que ganaba a costa de ellos y nosotros.

Cuando veía alguna chica que estaba buena en le mostrador, enseguida entraba, y les decía a los jóvenes de más o menos mi edad:

-¡Ño!, mira que chorva —etc.

Pero nosotros tampoco estábamos tan mal, todo lo contrario, yo creo que estábamos muy bien, aunque el tiempo no ha pasado en balde, y ya seamos todo lo contrario.

Cada vez estoy más canoso, y parece que ya sin remedio; algunos me dicen que me tiña, pero no me hago a la idea.

Se me ha quedado muy grabada la palabra "infestación", usada por el Sr. López Román; yo me preguntaba: "¿Será una metedura de pata de este genio, que sabe mucho de una cosa, pero sólo sabe de esa cosa?" Me engañaba, y más siendo una palabra tan de su especialidad; más acertado estaba, que cuando decía "estadío". Encima, no tenía diccionario para saber cual era su forma exacta, o sea si iba con tilde, tal como él decía, o sin ella, tal como yo pensaba y hasta entonces había oído.

Pues sí, la palabra infestación la vi hace uno o dos días en el código alimentario, y después por si acaso, pues D. Camilo José Cela, dijo en el Parlamento a colación de unos escritos que le dieron, lo siguiente:

—Porque esto está muy mal escrito.

A pesar de saber que era un libro que estaba editado en todo el territorio español, no me fié de su corrección al escribir, motivo por el que cuando vi dicha palabra, fui enseguida al diccionario, y efectivamente estaba muy bien empleada y escrita. Claro que si uno se pone a reflexionar, quién mejor que D. Ramón, para usar bien esa palabra, tan específica de su saber. Mejor, de su buen saber.

Recuerdo que en un "amigo invisible", antes de irse Julio, nos tocó a los dos regalarnos mutuamente, uno al otro. Cuando vi lo que me regaló, me dio una especie de shock, era el "Ídolo de Tara" en grande; este era el ídolo de los antiguos guanches, los primeros habitantes de mi isla, a los que tanto quiero, y de los que desgraciadamente no soy descendiente, sino que vengo de la península, y antes de ahí, no tengo ni idea; mi segundo apellido viene de Francia. Me emocionó y me impactó; "Vaya, qué buen regalo", pensé. Efectivamente, lo puse en el mejor sitio de la estantería de mi cuarto.

A él el regalé una pluma de una buena marca, era quizás un regalo más valioso el mío que el suyo, aunque le oí decir:

e-libro.net

—Y yo, ¿para qué quiero esto?

Me desagradó el efecto que en él hizo mi regalo; se lo regalé con la mejor intención del mundo, sabiendo que a mí ese regalo me hubiera gustado mucho, muchísimo, aunque claro, no podía saber que a él no le iba a gustar.

El ídolo, iba dentro de una enorme caja, que sin duda me la compró aparte.

Creo que no debía haberse gastado tanto dinero en el envoltorio, pues con el ídolo, forrado con un papel, hubiera sido más que suficiente.

Ese día, que trabajábamos sólo hasta la mitad de la jornada, me fui luego con Jacinto a su casa, a la que me invitó; ya estaba en su nueva casa, de la que estaba muy orgulloso, pues decía que allí, aunque sólo era un par de calles más arriba, había mucho mejor ambiente, o sea otro tipo de gente, con más clase. Yo de eso no entiendo mucho, y mucho menos debía de entender, viendo la zona en la que vivía, Las Rehoyas, casi una de las peores zonas de la ciudad, a pesar de que se la ha querido hacer más céntrica, menos marginal; por esa fecha aún no lo habían conseguido; hoy día no puedo decirlo.

Fuimos a su casa, la que me enseñó muy orgulloso, y no era para menos, él, el padre y jefe de familia, endeudándose casi de por vida, consiguió esa casa para su diminuta prole.

Dentro de la caja, iban un par de botellas pequeñas de güisqui; una de ellas me la tomé en casa de Jacinto, quién se tomó un vaso de agua, pues no quería empezar a beber desde tan pronto; sabía que no debía beber, pero lo hacía y cada vez lo hacía más y más. Lo curioso es que, después, cuando me veía con la copa en las manos, me decía: "¿Y yo, qué hago con esto?", igual que Julio con su regalo, pero ahora refiriéndome a mi persona y mi vida.

O una de dos, o yo era un farsante de primera o Don Rafael no tenía dos dedos de frente.

Un buen día me propuso D. Rafael un negocio así:

—Si quieres, te pongo al frente de una farmacia, que se está vendiendo en Las Palmas, la que es, no te digo, pero es una muy buena. Yo la compro y tú me vas pagando mensualmente a un interés compuesto, así hasta que mi hija termine la carrera, luego, se la das a ella.

Era mucho más lo que estuvo hablando y explicándome el negocio, pero en resumidas cuentas, ese era su negocio. Hoy no veo muy claro eso, pero según parecía, era un buen negocio. No tenía ni idea del dinero que iba a cobrar, y tampoco se lo pregunté.

Estuvo hablándome y yo callaba, intentando captar en todo lo posible, la esencia del negocio.

Al final le dije, o me dijo él, pues casi me quedé sin habla, que me lo pensara. Entonces me levanté y fui a despachar.

Mi corazón estaba aceleradísimo: "Dios mío, ¿qué hago, acepto o no lo acepto?

Un buen día le dije si no le importaba exponérselo a mi tío (Domingo) que entendía más de ello:

—Bien… Y, ¿qué edad tiene él?

—Pues es joven, creo que sobre unos cincuenta años.

—Ah, como yo, más o menos, bien que venga.

Me puse en contacto con Domingo y quedé con él un día en la farmacia. Cuando llegó, lo primero que dijo fue:

—Vaya, ya se me había olvidado a lo que olían las farmacias.

Le di un beso en la mejilla y le pedí que esperase, que iba a hablar con el jefe, quien me dijo que sí, que subiera. Fue y hablaron los dos del asunto. Una cosa que sí le dijo a mi jefe y que estaba siempre en su boca era:

-¿No habrá una cláusula leonina, por ahí?

D. Rafael quizás ni sabía lo que eso significaba.

Después me dijo mi tío de mi jefe, que era una persona muy agradable. "Vaya usó sus dotes de cautivación mi jefe", pues con sus subalternos, no era tan agradable; seguro que le puso una de sus mejores caras.

También le dijo que no era para que yo estuviera tumbado en la playa cogiendo el sol, sino que debería trabajar. Eso a mí era lo que menos miedo me daba.

También me explicó que me cedería un par de empleados. Inmediatamente pensé en Jacinto y en Rita, los dos que más trabajaban, cualquiera menos José Juan. Aunque vayan a saber ustedes, si precisamente quería cederme al encargado para tenerme vigilado; todo es posible.

Domingo me pidió que le diera tiempo para pensarlo; hoy pienso más que lo dijo para que yo me lo pensara. Como ven, mucha confianza tenía el jefe en mí, lo que no quita que de paso quisiera explotarme.

e-libro.net

Recuerdo cierta Semana Santa, estando con el Lu y Control, en que me comí unos embutidos el Jueves o Viernes Santo, justo el día que está prohibido comer carne; también está prohibido oír música, cosa que hice, era cada vez más ateo, e iba olvidando las buenas enseñanzas de mi madre.

Afortunadamente, Dios no me quiso castigar.

Después de lo de la farmacia, estuve una o dos semanas bastante tenso, pensando en la oferta que me había hecho el gran jefe; esto no quitó para que siguiera siendo un monstruo del mostrador. El jefe no me dijo nada sobre mi tío, al igual que mi padrino no me dijo nada sobre el jefe.

Eso me dio a entender que ya yo era mayorcito para hacer mis propios negocios; según ha demostrado el tiempo, parece ser que no soy muy buen negociante, ¡o sí!, de ustedes depende.

Mientras tanto, seguía leyendo y leyendo; cada vez intentaba hacerlo más; motivo por el que cuando conseguía un par de libros, que me interesaban, fuera cada vez leyendo más, hasta tal punto, de estar tres noches sin dormir; antes de pasarme la última noche en vela, empecé a fruncir mucho y continuamente el entrecejo, por lo que cuando fui a casa del Lu, y pensando que él sería el demonio de mi ser, al menos del futuro que pensaba tener, fue el motivo por el que me marché corriendo de su casa.

Después, cosa que hacía, cosa que mi cerebro me hacía acercarme más al mundo mundanal (por llamarlo de alguna manera). En realidad era más al infierno; efectivamente, me estaba pensando en que podría, perfectamente ser el anticristo; y me estaba preparando para ello; por el día haría "milagros" malignos, y por la noche leería; sobre todo la Biblia para darle la vuelta a las cosas que allí decía.

Esa tercera noche, estaba leyendo y leyendo un libro de superación personal. Era demoníaco, y precisamente estaba escrito por un cura. Yo, cosa que allí leía, cosa que había previamente pensado, sólo segundos antes, que iba a hacer.

Los del trabajo sabían que estaba leyendo por las noches, y que llevaba días sin dormir.

Al tercer día, estaba estresadísimo, pero casi cuando ya estaba decidido a irme a la Península, y decirle a Totó que se viniera conmigo, que ella trabajase un par de meses dos o tres, de lo que fuera, incluso de camarera, en lo que yo escribía mi libro clave, para derrocar a Felipe; me llevaría conmigo nada más que lo puesto y las tarjetas de crédito, sobre todo la de la Caja de Canarias, que es donde tenía la mayor parte del dinero.

O eso, u otra cosa, que no sabía qué sería. Estaba tan resuelto a ser un líder mundial a tan temprana edad, que todo me parecía perfectamente plausible. Sería una especie de Beatles, y por qué no, tenía una historia fantástica que contar, mi brote psicótico, que yo aún pensaba que no lo era, sino que había sido un experimento social.

En estas cábalas calenturientas andaba, cuando a eso de las siete y pico de la mañana, me entró una gran paz por arriba, en "forma" de una especie de columna entró desde encima de mi cerebro a todo mi cuerpo, inmediatamente me di cuenta que Dios había entrado en mí. Acto seguido, fui al cuarto de mi madre, donde se quedaba ella con mi padre cuando aún no se habían separado, allí mi madre tenía y tiene un crucifijo con un Cristo, lo cogió del féretro de su padre. Allí hice casi cosas de brujería, al menos hoy lo pienso así, iba moviendo los brazos de un sitio a otro, y paseando por todo el cuarto.

Mi madre, que quizás la pobre tampoco había dormido, me decía que me encontraba muy nervioso.

A la hora en punto, igual a otras veces, me fui a desayunar y luego también a la hora de siempre a ducharme; era extraño, pues en medio de esas cosas, pensaba otras muchas más, mi cerebro iba a una velocidad de vértigo; parecía que un rayo de sabiduría había entrado en mí. Fui a la farmacia, a pesar de que me costaba concentrarme y dominar la taquicardia de mi corazón.

Según parece, los compañeros no me vieron muy bien; Celeste me inquiría con un:

—Pero ¿qué te pasa?

Yo iba muy ansioso, cuando me pedían más de uno o dos medicamentos iba con el corazón en un puño, para que no se me olvidara lo que me habían pedido, si supieran que había estado al borde de mi perdición y de muchos más, pues me tildarían de loco, pero claro, a nadie jamás he contado lo que me ocurrió esa noche; podía haber sido el anticristo.

Estaba fatal, realmente mal, y yo mismo me gritaba dentro de mí: "¡Deprisa, deprisa, despacha deprisa!" En ese estado estaba, cuando llegó la chica de la dentadura estropeadísima, como siempre muy bien vestida, no recuerdo cómo iba yo, pero seguro que iba con la camisa muy abierta, como siempre. Terminé de despacharla, y calculando mal las bolsas le di una pequeñísima; lo correcto hubiera sido ponerla dentro de otra mayor, pues allí

e-libro.net

no se controlaban ni regateaban las bolsas como hacían mis tías, quienes siempre empaquetaban en la bolsa más pequeña, para ahorrar; eran bastante tacañas, pero ya hablaremos de eso más adelante.

La sorpresa de la chica fue mayúscula, se sorprendió enormemente; no la he vuelto a ver, cosa que no es de extrañar, debido a mi falta de cortesía y trato despótico.

Al ver lo que estaba haciendo, me llevaron arriba a la mesa donde se arreglaban las recetas, para que las fuera firmando; mientras las firmaba pensaba: "Ya lo veo todo claro, José Juan es maricón, y lo es tal, que incluso siente amor por su jefe; es más, cuando el jefe se de cuenta, nombrará a Jacinto de encargado, que es realmente quien se lo merece".

Estas cosas se las dije a Jacinto, quien había subido para ver qué me pasaba; según me comentó me estaba cayendo de sueño; yo sin embargo creía que estaba procesando mis datos en el cerebro; y que ese rayo de sabiduría me estaba dando luz, y se me caían las escamas de los ojos.

Jacinto, me llevó a mi casa, al intuir que seguramente yo no estaba nada bien, y que estaba desvariando.

Me llevó por el trayecto que yo siempre hacía, y me dejó en la puerta de mi casa. Él se fue por el trayecto más largo, seguro que para ver esas vistas tan buenas que se ven desde nuestro barrio.

Nada más llegar a mi casa me imagino que mi madre se preocuparía de verme allí. Le dije:

—Me voy a dormir.

Pero, no fui a mi cuarto, sino al suyo, donde estaba el crucifijo; ella nerviosamente exclamó:

-¡No, no, aquí no!

—Sí, sí.

—Pues espérate que quito el edredón; no sabía si había intuido que quería quedarme allí por el Cristo crucificado que había encima de la cama.

Dormí un par de horas perfectamente.

Me desperté, justo cuando llegó mi hermana Maru; la pobre vino de Arinaga a ver qué pasaba; seguro que ni siquiera comió en su casa; es más tal vez incluso dejó su trabajo para venir a verme.

Acordaron llamar al médico, quien no le cogió el teléfono, pues casi nunca lo coge, sin embargo, a veces cuando yo estaba en su consulta, le llamaban por teléfono y él lo cogía; su secretaria era odiada a más no poder por mi madre.

Resultado, que me dijeron si quería ir a ver a Pedro, el que me había ingresado un par de veces en la Quinta. Les contesté:

—Bueno, vamos.

Como persona es un cerdo, y como médico nefasto.

Fuimos a su consulta, y en principio no me reconoció, tal y como me dijo. Primero, tras esperar en la fría sala de espera y donde sólo había revistas viejísimas.

Entré después de otro paciente. Mi primera impresión fue de asombro, al ver la cantidad de envases de Dormodor® que tenía en su despacho.

Estuvimos hablando, y le di unas clases de Galénica; él me dejó estar. Me dijo que no me reconocía, aunque cuando entró mi madre a la consulta le dijo una serie de cosas sobre teoría médica que desconozco si fueron ciertas o no; también me dijo:

—Porque cuando fuiste a la Quinta, tú estabas muy mal.

Recuerden que no me reconocía.

—El Dr. Henrik, me iba a rebajar el Lonseren® a la mitad.

—En todo caso, sería a tres cuartos —cosa que me lo mandó en la receta.

Harto de su tontería, le pregunté, ya sabiendo la respuesta:

-¿Usted –pues mi intento de tutearle me había fallado–, no es psiquiatra?

—No, bueno, pero soy Jefe de Psiquiatría en … —no sé qué hospital o clínica me dijo.

Llegó el momento de pagarle y le pregunté:

-¿Cuánto es?

—Diez mil.

-¡¿Cuánto?!

—Diez mil, ¿te parece caro?

—No, no —le respondí, aunque a decir verdad me parecía una burrada, y todo para un simple licenciado que estuvo conmigo durante un cuarto de hora.

e-libro.net

Me hizo una receta en la que me mandaba un Dormodor® media hora antes de dormirme, durante tres noches, y tres cuartos de Lonseren® una vez al mes.

Aún se podían mandar los psicotropos con otros medicamentos en la misma receta, al poco eso se prohibiría. Fuimos a una de las farmacias del Puente Palo; allí, mi sorpresa fue sublime cuando vi a Cesáreo (César), quien iba a despacharme y enseguida me reconoció.

-¡Oh! –exclamé en tono de sorpresa–, enseguida vengo.

Y me fui al coche, inmediatamente recordé una cosa y fui nuevamente a la farmacia. Me atendió él.

—No, es que mi hermano acaba de tener un brote psicótico.

Hasta ese punto me avergonzaba de mi enfermedad, que mentí por ella.

Me dio el inductor del sueño solo, pues le había dicho que el neuroléptico no me lo diera. Tenía uno en mi casa, aunque eso no se lo dije.

Decidieron mi familia, llevarme a Arinaga. Camino de allá, mi hermana Maru, de quien nunca me he fiado como buena conductora, pasó al lado de un Salcai que tenía el indicador puesto, con intención de pasarse al carril donde estábamos, a mi esto me produjo un gran susto. Le comenté también:

—Porque Pepe es un cabrón –me refería a su marido–. Yo quiero ponerme la dosis que diga el Dr. Henrik, ¿me prometes que no me harán poner la que me dijo este médico?

Nada me contestó aunque me miró extrañada.

-¿Me lo prometes? -insistí.

Silencio.

Todo era porque estaba seguro que el Dr. Henrik, al que pensaba que lo tenía ganado, me mandaría medio Lonseren®, y no tres cuartos como Pedro (no me da la gana de ponerle el don delante, tal y cómo a él le gustaba) prescribiera.

Esa noche me quedé en la cama de mi sobrinote Daniel, quién el pobre se debió quedar en el salón. Me dieron el hipnótico después de cenar, muy temprano, pues tenía ganas de ir a la cama, no tenía ganas de compartir el calor familiar de todos, me sentía un ser aparte, un desclasificado, un…

Al día siguiente, me levanté, era sábado, y mi familia: Pine y mi madre, habían conseguido localizar al médico. Total, que ese medicucho, me mandó la inyección entera. El resto del tratamiento le había resultado correcto.

Yo no protesté acerca del tratamiento, pues sabía que era uno de los nuevos hipnóticos no barbitúricos, con muchos menos efectos secundarios que los hasta ahora existentes.

Total, que fuimos a un practicante particular; tuve que esperar un montón de tiempo, casi más que en el seguro en Las Palmas, bueno, sin casi, mucho más. Pepe, mientras, se fue a resolver unos asuntos suyos, que no me contó de qué trataban, ni yo se lo pregunté.

Me cobró creo que quinientas pesetas, por un pinchazo, toda una estafa; como verán todos los gastos estaban corriendo de mi cuenta; me daba la sensación de estar gastando en exceso. ¿Seré carota?, claro acostumbrado a que me lo pagaran todo, y más concretamente mi madre.

Creo que a Maru le pagué una o dos cosas en la carnicería, pero vean si es extraño que yo pague, que me acuerdo de esos detalles.

Mi madre había hablado con C... y este le había dicho que me tomara una semana de descanso. Le estoy profundamente agradecido por ello.

—Ya iremos por el médico de cabecera a pedir la baja.

—No, no te preocupes, no hace falta que la traiga.

Gracias, mil gracias, desde aquí a D. Rafael.

Me pasé pues una semanita de vacaciones en Arinaga.

Anteriormente, había comentado a mi hermano que si él se movía, le invitaba a Portugal, que yo correría con todos los gastos, y que él sólo debía preocuparse por los suyos. El tiempo que estuve en Arinaga, no hablamos de nada al respecto, allí no me acuerdo qué hice, salvo que un día que fui de compras, después estuve paseando algo por Vecindario, por la calle general.

Intentaba leer algo, pero no tenía ánimos. Por las mañanas, me levantaba temprano, junto con todos; en aquella casa se madrugaba mucho, pues el matrimonio trabajaba de mañana, y mis sobrinotes, Yeray y Dani (por orden de nacimiento), iban a clase por la mañana. Yeray es y era un mal estudiante aunque en principio fuera mejor, Dani, al menos hasta este año, era bueno, ahora según parece, no lo es tanto, empieza a salir de noche, y tiene una

e-libro.net

novia, cosas ambas que le distraen de su labor, el estudio; está en COU, o sea, sigue por el sistema antiguo, aunque creo que este es el último año que se da la oportunidad al centro donde estudiaba para instaurar la LOGSE.

Sinceramente, me gustaría que mi padre fuera Juan Carlos I, para así tener la vida resuelta. Sí, que en lugar de ser tres los privilegiados, fuéramos como mínimo cuatro, incluyéndome a mí por supuesto, de seguro que no me habrían, puesto tantos impedimentos para sacar la carrera, entre otras cosas. ¿Para qué sirve, que uno pueda hacer cosas que permiten el anonimato?, como vivir con Águeda, o drogarse, para poco, me da. Seguro que algunos dirán que me dio estabilidad, yo hoy digo, que más estabilidad me ha dado mi madre.

Pero no nos desviemos del nudo de este relato, que quizás algunas veces, por las cosas que aquí digo sea garrafal, funesto para mi persona.

No recuerdo cómo pasé la semana, pero sí puedo decir que no di golpe. La pobre Maru, siempre que he estado mal, me ha acogido, y yo les pago después fatal. Por ejemplo, ahora, Yeray se ha operado de vegetaciones, y en lugar de ir a verle este fin de semana a su casa, me he quedado aquí, en Las Palmas. De mal agradecidos está el mundo lleno, y yo soy uno de esos.

Un inciso, cuando leo un libro viejo, de los comprados en una compra-venta, me pregunto, y de quién será este libro, de algún enfermo, de algún encamado; cuando huelo lo mal que huele, a polvo, me pregunto, si quizás lo tuvieron bajo la cama, o en algún sitio que no limpiaban mucho.

Me gusta leer los buenos libros, pero siento algo de repulsión, hacia un libro recién comprado viejo y deteriorado, mas que nada por el gran olor a polvo, y el no saber a quién pertenecía. De seguro que si a alguien hay que echarle la culpa es a la de la compra-venta, por no tener mayor higiene, aunque bien mirado, nadie me obliga a comprarlo, si lo hago me he de atener a las consecuencias, pero, es que muchas veces no me puedo contener el comprar y comprar libros (últimamente y por falta de espacio, compro muchos menos).

Una cosa me extraña enormemente, y es que los libros que compro en ese sitio, están siempre llenísimos de polvo, tal que a veces temo por mi precaria salud, principalmente lo referido al aparato respiratorio, particularmente por el tabaco, y el alcohol; y cómo no, por el abuso de los inhaladores, que según me he enterado hace pocos días, se ha uno, de lavar la boca después de usarlo. Yo esto nunca lo hacía, pues nada de ello había leído en los prospectos explicativos.

Pasemos nuevamente a Las Palmas; después de la agradable y agradecida semana de descanso, me incorporé nuevamente al trabajo. Don Rafael, se refirió a mi semana de descanso, y según me dio a entender, se la cobraba con la semana siguiente, en la que me correspondían las vacaciones; yo *ipso facto*, le dije:

—No, no, esa semana, me voy a Portugal con mi hermano.

El se calló inmediatamente, pero me imagino, que no le sentó nada bien; me hice el sueco, como que no había cogido la indirecta.

Mi hermano, se encargó de todo, tal y como lo habíamos acordado. Después de mucho moverse, se quedó con la agencia que mejor le trató.

La semana de trabajo, iba más lento, a pesar de que quería ir más rápido, me daba miedo ponerme a "controlar", mas que nada, porque para mí, el control lo hacía por dinero, ahora había algo nuevo en mí, sí, Dios; leía con bastante frecuencia, versículos de la Biblia; la primera Biblia que me leí entera, fue una evangélica: la "Reina-Valera, Revisión 1960". Me hacía más humano el leerla, aunque quizás también menos útil para el trabajo.

Una cosa que nunca me he explicado de la Biblia, es por qué al leerla da la sensación de que sólo dedicándose por entero a Dios, uno puede salvarse, pero, igualmente creo que no hay que ser cura o fraile para ello, pues leyendo, se ve a gentes que trabajaban en los más variados sitios, y desde ahí, se puede servir a Dios Padre; a Cristo yo no sé, pues este parece más exigente en cuanto a las creencias y al dinero, no tanto así el Padre. Es por ello por lo que no entiendo el secreto de la "Santísima Trinidad". Pasemos al viaje.

Nos íbamos a Portugal, a pesar de que el avión llegaba y volvía de Sevilla. Desde Las Palmas arribamos en Sevilla donde lo primero que hicimos fue ir a la agencia de alquiler de coches del aeropuerto. Allí, sorprendido, pagó mi hermano; no recuerdo si después se lo reembolsé o no. De todas maneras a partir de ese momento, todos los gastos corrieron de mi cuenta. Fuimos a ver el coche, y cuál no sería nuestra sorpresa, al ver que era un Ford blanco, totalmente nuevo. El lo miró por un lado y otro, le hice que mirara la rueda de repuesto; él no quería, pero a mis sugerencias y ruegos lo hizo. Yo iba en descontrol y no tenía por tanto el autodominio que sobre mi cuerpo suelo tener.

e-libro.net

Salimos pitando de Sevilla; al principio, nos costó encontrar la dirección correcta, pero una vez encauzados, todo fue coser y cantar; Jose iba alucinado con las autopistas, e iba a ciento sesenta; yo tenía el alma en vilo, no por nada, sino porque él no se conocía esas carreteras. Le iba anunciando lo que decían los letreros que nos encontrábamos por los caminos. Se notaba que no era época de vacaciones, pues las autopistas estaban vacías. No se veía ni un coche; puedo asegurar que estuvimos horas sin ver ninguno.

Íbamos en principio al sur de Portugal. Llegamos a nuestro hotel de cinco estrellas de noche. Empezaba a sentirme cansado, más que nada por no estar acostumbrado a no controlar, me daba la sensación de estar como cuando estaba malo, que me pasé mucho tiempo sin controlar, meses, recuerdo.

Eran muy guapas las portuguesas. No me había percatado exactamente, pero incluso el mirarlas me daba vergüenza y apuros; todo lo que fuera fijar la vista, me costaba una enormidad.

No es sólo que estuviera trabajando, como decía el Lu, pues siempre pasé de eso mucho, así si trabajo y veo una chica que me agrada, enseguida me cuadro, como un militar, y le ofrezco mi mejor perfil, el opuesto de donde tengo una verruga, que hasta hace poco, pensaba, que era un lunar. Me tuvo que decir un amigo que no, que era una verruga; no lo creía, por lo que fui a preguntárselo a mi madre, quien me sacó de dudas.

Hoy, desgraciadamente, tengo el cuerpo lleno de ellas.

Sigamos con el viaje; llegamos, y nos duchamos, para relajarnos y salir a cenar. Nos quedamos asombrados con los lujos del hotel; empezaba a ver los frutos de ser farmacéutico.

De entrada, cada uno teníamos juegos completos de toallas, que se cambiaban todos los días, estuvieran o no usadas. Un albornoz blanco para cada uno, para después del baño. Colonias, champús, jabones, etc., un juego para cada uno. Esto estaba sobre unas cestas, los que no usamos lo cogimos, no por necesidad, sino por lo bonitos y prácticos que son. Digo que no por necesidad, ya que Saso, mi hermana la azafata, nos tiene surtidos de ellos. Los roba en los aviones, para dárnoslos a nosotros.

Nos duchamos y nos arreglamos para salir a cenar. Fuimos a un italiano, y cenamos al lado de una piscina, si en lugar de estar con mi hermano Jose, fuera una chica, diría incluso que todo era muy romántico. Comí espaguetis con salmón; Jose quería beber, pero yo no le permití más que cervezas. No era cuestión de hacer boberías en el extranjero, encima yo no estando muy centrado.

Después de cenar, nos fuimos al Casino que había por allí cerca.

Nada más llegar, me di cuenta de la maniobra: dos prostitutas y el chulo, dispuestos a desvalijar al más pintado.

Uno se puso a bailar delante de la más joven, quien no le hacía mucho caso; ella, tendría sobre los cuarenta años; estaba imponente. El que bailaba frente a ella, no parecía muy solvente, casi parecía lo contrario, y no tenía gracia ni alegría ninguna.

“No sé si decirle que si quiere venirse conmigo, y yo le pago a Jose otra habitación para esta noche”. Ya el hielo estaba roto, no era virgen en cuanto a las suripantas se refiere, me había estrenado, y ya saben, lo difícil es empezar.

No me controlaba ni siquiera el estar acabado de convertirme; al final pasé.

Tomamos Jose un J&B y yo una cerveza sin alcohol. El camarero hizo la gracia de como que yo debía conducir por lo que no bebía. Lo observé para ver que botella cogía, a ver si encima de caro, le iban a poner güisqui de garrafón.

Hizo un par de gestos raros, pero al ver que yo no despegaba los ojos de él, lo sirvió del auténtico, aunque muy rebajado; a mí me dio una cerveza pequeña.

Estábamos en la discoteca del casino, y no fuimos a los juegos pues yo no quería. La sala de baile estaba casi vacía; yo ni siguiera bailé.

Era tarde y habíamos viajado durante un buen número de horas. Pensando esto, le comenté a Jose de volver al hotel a dormir, eso hicimos.

En la entrada, había ahora un Porsche, me extraño algo, aunque me dije, “si en estos sitios no hay buenos coches, no sé dónde va a haberlos”. En mi casa de Las Palmas, uno que vivía por allí, tenía uno de otra tonalidad, pero también un modelo deportivo como ese. Fue el vecino tan imprudente, que tuvo un choque tal, que el coche se quedó inservible. Ahora usa un todoterreno enorme.

Llegué al cuarto, tras Jose dejar el coche en el garaje descubierto, donde había desde utilitarios hasta deportivos.

Dejamos dicho que nos despertaran temprano y nos dirigimos al cuarto.

e-libro.net

Allí Jose se puso a escribirle una postal a Soraya, su novia; le mandaría una casi cada día; estaba muy enamorado de ella, o quizás muy dependiente; lo digo esto último por propia experiencia.

Abrí la mesa de noche, y realmente había allí lo que me imaginaba, pero en portugués e inglés, un Nuevo Testamento; intenté cogerlo, aunque enseguida se me cerraban los ojos; pensaba que seguramente el leer la Biblia con atención fuera cosa del anticristo; aún ahí (y lo estoy, algo siempre, todo el mundo) estaba dominado por el demonio.

Rezaba eso sí, unos Padrenuestros, que me hacían mucho bien. Aun no quería controlar, pues ya saben, eso era pecado.

Me venía a la mente lo que me dijo el feo estudiante de matemáticas, del Colegio Mayor San Agustín, que le decía su madre, que si se miraba uno fijamente en el espejo, salía el demonio; como verán son supersticiones, pero todavía lo recuerdo.

Estaba algo intranquilo, aunque no podía decir que fuera por el viaje; más bien era por haber aceptado a Dios hacía poco, al menos eso creía.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Fuimos a desayunar fuera e invité a Jose, pensando en que seguramente tendría poco dinero, aunque para él solo, lo ganaba bastante bien. Yo ganaba, en ese momento, algo más que él.

Desayunamos opíparamente.

Luego, no sabiendo qué hacer, fuimos otra vez al hotel. Del cuarto miramos a la terraza y observamos que había gente tomando el sol, allí fuimos. Alquilé una toalla, Jose llevó la suya; ya me había fijado que las toallas las daban allí, lógicamente había que pagarlas, le dije que me lo apuntara en la cuenta del cuarto. Pedimos también una copa, después de bañarnos, estaba cohibido, y barruntaba: “Pero bueno, si aquí, en la playa y la piscina no estoy en mi ambiente, pero ¿qué me pasa?”; me dejé influir por un señor mayor que se las daba de nadador, pero que nadaba muy mal. Por la copa tuve que esperar bastante, pues el camarero estaba atendiendo a otro; no creo que pensara que yo fuera un niño rico, sino un pibito ejecutivo, un yuppy. Me molestó que me hicieran esperar, pero me aguanté. Después de bebérmela, nos fuimos a la playa semiprivada. Allí me tomé en un chiringuito de madera una tónica. Lo pasé bien. Jose viendo una moto acuática en la orilla, fue a ver si era de alquiler. Se hizo amigo del dueño y se fue con él a pasear por el litoral. Me llamó por si quería ir. Le dije que no, aunque no sabía si era para la moto o para otro deporte náutico. Hice bien. Jose se desmadró como siempre que tiene una máquina en sus manos, aunque no lo hace inteligentemente, sino con maña. La maña que da la experiencia. Sé que Leonardo da Vinci, dice que no hay ciencia sin experiencia, pero es que Jose, crea la experiencia sin ningún previo o posterior conocimiento.

La moto era gris, del mismo color que la que él había tenido para el asfalto. Ahora tenía otra y otro coche.

Después de ahí, fuimos nuevamente al cuarto; no estaba acostumbrado a pasear, por lo que no di un paseo por la playa; a parte de eso, siempre he pensado que soy demasiado gordo, aun cuando no lo he sido, (Ahora sí lo soy, y de forma preocupante), por ello me avergüenza lucir mi cuerpo desnudo.

En el cuarto nos volvimos a duchar. Salimos con el coche a ver el sur del país; todo eran zonas turísticas, sobre todo las pegadas a la costa; más al interior, el estilo cambiaba algo. A Jose no se le ocurrió otra cosa que meterse por los campos y ensuciar de mala manera el coche; derrapar con él, hacer molinillos, o sea mil y una gilipolleces de niño tonto, y consentido.

Tenía miedo, pues sabía que podía haber alguna acequia o algún socavón en el que caer, y sería muy peligroso eso, a pesar de ir con el cinto puesto, que tal vez allí no fuera obligatorio pero, por si acaso, me lo ponía. Mi hermano con un coche, se cree inmortal o algo por el estilo.

Fuimos por zonas que poco se diferenciaban de las zonas turísticas de nuestra isla; no se diferenciaban más que, allí, en Portugal, los edificios eran más grandes; no existe la especulación del terreno tan exagerada como en las islas.

Después de ensuciar todo el coche, nos fuimos a un restaurante no de mucho postín; era más bien lo contrario; lo que íbamos buscando eran carnes. Estábamos ansiosos de devorar e ingerir proteínas. Era un edificio blanco, cuadrado, había en él dos restaurantes, uno de carnes y otro de mariscos y pescados.

A ese habíamos ido, porque nos lo habían aconsejado.

Antes de ir a comer, habíamos paseado por los pueblecitos del interior, eran todos muy pobrecitos, no tenían nada que ver con la parte costera, a la que no fuimos, por verlo todo demasiado turístico.

e-libro.net

Nos sacamos un par de fotos por los pueblitos, y en una estación de trenes, nos tomamos un par de cafés.

Llegamos a almorzar algo tarde, pero como desayunábamos tan fuerte, pues no teníamos hambre; a parte de eso, nos pasábamos el día tapeando.

Comimos a base de buena carne de vaca. Pedimos postres típicos. No bebimos vino más que nada porque empezaba a no querer beber, y porque allí no nos conocíamos aquello, tampoco quería que Jose bebiera.

Después, nos fuimos a donde teníamos el hotel; por el trayecto vimos un camión monoplaza, o una moto grande, y me sorprendió lo estropeado del mismo, no fue el único que vi, por lo que deduje que era habitual, y que efectivamente, en Portugal hay pobreza; de seguro que también hay riqueza, pero peor repartida. Me acordé de Fernando Pessoa, aunque no tenía ni idea de donde podía haber nacido; tampoco lo pregunté.

Llegamos al hotel y descansamos; luego nos fuimos a una exposición de cosas típicas, estaba bajo una carpa, todo muy cuco.

Nuevamente de vuelta al hotel, aunque antes mi hermano hizo la gracia de alejarse y estuvimos un tiempo perdidos; yo no me movía de donde estábamos. En la carpa, compramos un par de cosas típicas.

Hicimos amistad (o mejor debiera decir que charlamos) con un par de personas del norte del país, cerca de Oporto, de donde eran los quesos que allí vendían. Todo muy sugerente, he de decir.

De nuevo vuelta al hotel, donde Jose escribía otra carta a “Sora”. A mí ni siquiera se me ocurrió llamar a mi madre; ya saben: cuando viajo no me acuerdo del teléfono.

Fuimos ahora en dirección opuesta, o sea como si fuéramos a ir a España. Fue una idea genial, encontramos un rastro en el que Jose estuvo buscando, con mucha insistencia, una hebilla para el cinto de unos vaqueros, eran enormes, muy llamativas; según le vi a “Oti”, estaban de moda, ese joven usaba todo lo más a la moda que se podía, y que se pudiera él permitir, como por ejemplo los zarcillos.

Se hacía de noche, por lo que nos pusimos a cenar en uno de los restaurantes que daban a la avenida donde estaba el rastro; ahora que lo pienso, seguro que era una de las zonas más caras, pues daba a la playa, y sé por experiencia, por mi tierra, que eso se paga.

Me gustaría ser un ciudadano del mundo, pero sé a ciencia cierta, que no soy un hombre de mundo; me falta mundo, “rule”, del cual hoy día, no tengo ganas, no digo el mes que viene, aunque todo hace presagiar, que llevaré una vida sedentaria, nada movida.

Comimos bien; al final nos invitaron a un licor típico, el mío se lo di a mi hermano. Se comía, y supongo que aún será así, muy bien en Portugal, al menos en los sitios donde habíamos ido.

Claro, que viajar con dinero, a quién no le gusta; bueno me refiero dinero, a poder gastar un par de cientos en cinco días, que fue lo que duró nuestro viaje. Me imagino que habrá gente que gaste mucho, pero infinitamente más; con solo comprar una joya medianamente buena, ya gastaría más que nosotros.

Después nos fuimos a un centro comercial, más hacia el interior, aunque seguía siendo un sitio turístico. Como veíamos que todo era tan “plasticoso”, decidimos cambiar las reservas y en lugar de estar en el sur más tiempo, lo intentaríamos traspasar al hotel de Lisboa, con lo que allí estaríamos dos noches. No hubo problemas, se portaron muy bien en la recepción del hotel.

En el centro comercial, me tomé una cerveza sin alcohol, Jose con éste. Allí vimos a unos europeos, que yo diría que eran profesores, por sus pintas, estaban bebiendo moderadamente, aunque a su lado había gente que lo hacía sin medida, también eran turistas, pero sin ninguna clase, y buscando rápidamente la borrachera. En muchos sitios estaba lo de la “Hora feliz” (Happy hour).

Me cansé y le dije de ir al hotel, a cambiarnos de ropa, para salir de noche.

Vimos a una portuguesa que no estaba nada mal; qué piernas más musculosas y estilizadas tenía; “claro, pensé, como aquí las distancias son más largas, desarrollan más los músculos, en cambio en Las Palmas, está todo tan cerca, que las mujeres no tienen esos miembros tan fibrosos”; algo genial magnífico.

Me fui con mejor sabor de boca al hotel.

Jose se cambió antes que yo y me dijo que me esperaba abajo. En el hotel se organizaba una fiesta, me imagino que una de tantas.

Me duché y me cambié, iba no muy a gusto con la ropa; era un niqui con rayas gruesas en tonos verdes, y un pantalón de pinzas verde. No iba muy bien conjuntado. Bajé y miré por toda la planta baja del hotel buscando a mi hermano. Cuando le pareció, llegó. Había ido no sé a donde. Vi lo que quizá fuera un ejecutivo; o tal vez fuera un simple representante o algo así, llevaba maletín.

e-libro.net

Estuve tentado de comprar un periódico, pues no sabía nada de lo que ocurría en mi casa; al final opté por no hacerlo. Preguntamos en recepción dónde había alguna discoteca, la chica, muy amablemente nos dirigió a un chico, que según decía sabía más de eso y hablaba mejor el español; ella lo hablaba fenomenal. Seguro era un truco o una orden, para evitar el posible ligue, todo es posible.

Para nuestra desgracia, nos indicaron dónde había una discoteca.

Antes de ir a ese sitio, estuvimos en un par de bares; no me gustaron nada, había mucha luz como para quedarse a mirar fijamente a las chicas; según parecía, allí había mucho dinero, al menos eso daban a entender aquellos jóvenes, el futuro del país.

Asqueado de sitios tan luminosos, le dije a Jose de ir a la "disco". Hacia allí fuimos. A la entrada me asombré de lo grande que era. Dentro había incluso carreras de motos enanas, según parece era menos peligroso de lo que creí, pues en el tiempo que estuve viendo, no observé sangre por ningún lado. De todas maneras, ya estaba casi oscuro, por lo que las carreras estaban acabando.

Después empecé a mirar hacia adentro. De entre todos, destacaban unos muy bailones, dos chicos y una chica, los chicos parecían ni sé qué, de tan finolis y modernos que eran. La chica, estaba potentísima, con un top, y unos pantalones ajustados. Era una preciosidad, toda una monada.

Empecé a bailar, desde lo alto de la escalera.

La miraba con ojos ansiosos. Quizás debería decir que más que ansiosos, eran lascivos.

Era alta, y su cuerpo se merecía un diez. Era la chorva más guapa por la que me había decantado.

No paré de bailar junto a ella. Estaba tan animado, que casi olvido que no terminaba de gustarme mi forma de vestir.

Después de una hora y pico de bailoteo, me senté en una de las pocas mesas que por allí había y que por otra parte tan vacías estaban. Mi hermano Jose, iba detrás de otras no tan guapas.

Él me dijo:

—Tú eres así porque estas fuera ¿no?

O algo por el estilo; pero en esencia, quiso decir eso.

No sabía que yo le echaba un poco de rostro al asunto.

Total, que al poco, me la veo a ella hablando con una persona, más bien vulgar, que no tenía nada que ver con su estilo; me imaginé que sería un novio o un "amigo", del que ella en ese momento pasaba totalmente.

Aún la recuerdo, muy, pero que muy potente. El top, le cubría justamente los pechos, turgentes, hermosos y grandes, según se dejaban entrever.

Lo más fácil, era ponerme a hablar con ella, cuando se sentó en un taburete frente a una pequeña, redonda y negra mesa.

Ella me rondaba por detrás. A mí me entró cierto pudor, y me preguntaba, de qué le hablaría, pero no se me ocurría nada, ningún tema me era sumamente atractivo, ni siquiera sabía cómo atacarla.

Tomaba cerveza sin alcohol, una tras otra, con grave peligro de flatulencias, y me preguntaba, "¡buf!, ¿qué haría yo con una mujer de esas en la cama?", observándola y observándola, estaba magnífica, algo genial. Yo no era como Cela, quien se iba a la calle a caminar, y que estudiaba sobre el sitio al que iba, yo iba a comer y a ver guapas mujeres, mejor, intentar llevármelas a la cama. Nuestro hotel era bastante lujoso. Me gustaba mucho el sitio.

En definitiva, desperdicié la mejor ocasión de mi vida. No me extrañaría nada, que esa chica fuera una de las mejores modelos de la zona, pues con su cuerpo, bien podría serlo.

No me la llevé a la cama, si eso es lo que estaban esperando saber, ni siquiera hablé con ella.

Ni hermano había hecho migas con un treintañero en la disco, algo de relaciones públicas, o por ahí; Jose estaba exultante, pues tan joven y ya era un hombre de mundo, según él creía, era, me imagino, el conocer a una persona de otra nacionalidad.

Tenía pensado, que todavía quedaban horas por delante para atraer a aquella pibita. De pronto, observo cómo la gente de la pista eran todos quinceañeros o menos. "Pero y ¿de dónde sale esta gente, y a estas horas? Esto es el colmo, cuánto más tarde, más joven es la gente". La música también había cambiado. Nunca he podido explicarme este fenómeno.

Serían las cuatro o las cinco de la madrugada, cuando salimos de allí, dejando a esos adolescentes.

e-libro.net

De regreso al hotel, Jose hizo un par de florituras con el coche; iba medio bebido. “Vaya, lleva la misma carrera que yo he llevado toda mi vida. No, Jose, no caigas en esa mierda, te lo digo por experiencia”, quería decirle pero no lo hice.

Aún hoy día, nunca se lo he dicho, intento predicar con el ejemplo, aunque no lo consigo siempre.

Regresamos al hotel y allí le dijimos al de recepción que nos llamara a las nueve de la mañana, aproximadamente.

Ya Jose había hablado con unos portugueses quienes le habían indicado el camino a Lisboa.

Nos levantamos, y dejamos el hotel antes de las doce. Me dieron ganas de llevarme el albornoz, pero al final no lo hice.

La carretera a Lisboa, comparadas con las autopistas españolas, eran nefastas. Con un único carril para cada sentido. Había que estar muy atento para adelantar. A veces me daba la sensación que Jose no veía que en frente iban adelantando. Por el camino, en el arcén, que en realidad era la continuación de la tierra, se ponían algunos campesinos vendiendo sus productos. Compramos ciruelas, de las que comimos muy pocas. Las otras se perdieron, las vimos podridas el último día de estancia.

Habíamos concertado un solo día estar en Lisboa, pero ahora, con el cambio hecho, podíamos estar dos noches.

Dejaba muchas propinas, para que la gente no tuviera queja de los españoles, y más concretamente de los canarios.

Cuando llegamos a Lisboa, lo más que me impresionó fue el gran puente estilo Manhattan; hacía un estrépito impresionante, daba miedo tal monstruosidad, lleno de coches que iban y venían. Pensé: “¿Y qué hago yo aquí?, si esto se cae, seguro que no lo cuento”.

Jose estaba tan seguro de que conducír en Portugal era tan fácil, que dijo que yo cogiera el volante.

Incluso me había regalado una “L” signo de conductor novel. Yo no quise ni oír hablar del tema. No consideraba nada seguro el conducir por primera vez estando en el extranjero.

Por fin pasamos el metálico puente. Yo iba cagado, cagado. Jose no decía nada, aunque supongo que le sorprendió más que a mí, pues enseguida quiso sacar unas fotos.

Iba con pantalón corto y camiseta a rayas, haciéndome el turista con dinerillo, cosa no cierta. Ya en el hotel último, había cambiado dinero; y según veía, tendría que volver a cambiar.

Al llegar a Lisboa, preguntamos a uno que me dio la sensación que era un borracho, que hacia dónde quedaba el hotel; él muy sonriente nos lo dijo, aunque nos confundió más de lo que estábamos.

Le dije a mi hermano, que era preferible preguntar a alguien que tuviera coche. Así hicimos, nos indicaron una ruta; al final, vimos a unos policías locales, que iban vestidos igual que en España, al menos eso creo o recuerdo creer. Total que ya estos nos señalaron el lugar exacto.

Había una moneda muy usual en ese país, que era casi igual que la de cien pesetas.

Al final llegamos al hotel, donde nos cogieron las bolsas a la entrada; había un mozo para ello. Nos dijeron cual era nuestra habitación; me dije: “Se parece esto a las películas”. Lo que más me extrañó fue ver a gente pobremente vestida.

La habitación no era nada lujosa, todo lo contrario, si la comparamos con las del anterior hotel.

Cuando dejó el mozo las maletas, le dije a Jose que le diera mil pesetas, que se las pagaría yo a él; quizás fue mucha la propina, pues el mozo, se puso más contento que unas pascuas, alegando que allí cogían las propinas para jugar a las quinielas, muchas gracias, etc., en un español chapurreado.

En definitiva, me parece que me pasé dándole propina.

Había un ascensor que nos llevaba hasta nuestro tan alto piso; me gustó mucho menos este hotel, el que me daba la sensación de ser mucho más hediondo.

Incluso el servicio, daba la impresión de ser mucho más oscuro, un poco socarrón, a pesar de que como portero había uno uniformado de blanco, hasta con sombrero; hoy lo pienso y me parece denigrante.

Salimos después de ducharnos. Me cambié de ropa, me puse unos vaqueros y una camisa de color naranja, de mangas largas. No puedo decir por qué se me quedaron mirando, cuando bajé, pienso que tal vez por la forma de llevar las mangas, totalmente estiradas; según vi allí, eso no era lo normal.

En la capital, todos los pantalones vaqueros parecían de la misma marca; eso me pareció.

Cambié aproximadamente quince mil pesetas en recepción.

e-libro.net

Le dije a Jose de ir caminando, de no coger el coche pues allí no conocía la ciudad y sería un caos. Que si íbamos lejos, iríamos a golpe de taxi.

Algo farfulló, pero al final, no le quedó más remedio que aceptar, pues era la postura más adecuada.

Lo que más me extrañó fue ver la forma en que los viandantes vestían, entre los que habían más negros que en Las Palmas, en proporción, o al menos eso intuí, si tenemos en cuenta los pocos sitios que yo frecuentaba.

Pasamos delante de un restaurante, y no le dije a mi hermano de entrar porque me dio idea de que iba a ser muy caro.

Nos metimos en un bar de mala muerte, allí pedí algo para comer. No tengo ni idea de lo que coño me entendió, pues después de esperar más de media hora, aún no nos lo habían servido; era algo como un pan con un chorizo dentro; eso, suponía que no se tardaría tanto en hacerlo.

Al final nos marchamos enfadados, y encima nos cobraron más caro, pues ya digo que el sitio, no merecía elogio alguno.

Estaba enfurecido, y lo que recuerdo es que se hizo de noche mientras íbamos de un bar a otro; fuimos a algún pub, pero todos eran de muy mala muerte; pocos años antes, había sido un asiduo de sitios similares, pero ahora me resultaban deprimentes; no creo que eso fuera una zona de estudiantes, aunque había algo de gente joven; recuerdo incluso, ver algunas chicas “punquis”, muy buenas, aunque las rehuí, pues no sabía si eran agresivas, y en esos momentos eso me parecieron.

Tenía miedo de todo, y de todos.

La noche fue funesta, y decidimos irnos a la calle del hotel.

Volvimos en taxi, a pesar de no habernos retirado mucho, pero ya era de noche. Jose iba, de turista total, con una camisa estampada, y unos pantalones cortos.

Llegamos al hotel y allí nos dormimos.

Al día siguiente, madrugamos. Nos fuimos a un bar muy coqueto y muy concurrido, allí cominos dulces, leche, y no recuerdo qué más; yo no comí tanto, pero lo que fue Jose, se hartó de “papeo”, por lo que cuando llegó la hora del almuerzo, no tenía casi hambre; yo en cambio me comería un buen plato de comida.

Antes de eso, nos fuimos a unas terrazas donde nos tomamos una copa; Jose quería comprar chocolate, le dije que ni se le ocurriera. Es un poco irresponsable. Después nos fuimos al mar, allí no para bañarnos, sino para ver el movimiento de los muelles; por el trayecto vi mucho turista de a pie, turismo más barato que el nuestro.

Pateamos algo por las callejuelas, en una de ellas, vi a otra chica, esta mucho más jovencita, pero también algo increíble, iba con minifalda negra y un top rojo; estaba fetén. Iba con un chico que no parecía gran cosa. No entiendo a las mujeres. En esa zona, había unas pensiones de mala muerte, llenas de negros y con las mantas colgadas de las ventanas. Fue tal el choque que me causó ver esa pobreza, que no resistí la tentación de sacarle unas fotos. Creo, pues no recuerdo exactamente dónde tengo esas fotos, que también fotografié a la lugareña.

Después, en la costa, observé lo grande que era esa ciudad, comparada con los pocos sitios en los que había estado.

He de decir que entre lo mejor de Portugal, por lo poco que yo pude ver, está la hermosura de sus mujeres.

Se veía por el litoral, paseando gente de todos los colores y condiciones, aquello sí es una ciudad. Aquí fue donde más claramente, comprobé lo de las mangas recogidas; lo llevaban de tal guisa, gente de buen ver y otras de no tanto.

Había un transbordador, pero viniendo de las islas, no se lo apetece a uno coger más barcos, al menos a mí.

Me di cuenta cómo, la mayoría de los vaqueros de los chicos, tenían un minúsculo rectángulo en la mitad del bolsillo trasero derecho del pantalón, o sea en los glúteos, entiéndase nalgas, de color rojo. Ese detalle en mi pantalón, lo tenía puesto distinto, y me gustaba más el que yo llevaba, que el de ellos; mucho más.

No recuerdo qué libro fue el que llevé, entre otras cosas, porque ni siquiera lo saqué de la maleta. En cada hotel, intentaba leer algo el Nuevo Testamento, aunque estuviera en otros idiomas; ¡ojo!, no es que yo hable en lenguas, ni mucho menos, lo que no quita que me gustaría, pero nunca lo he hecho. A cada paso que daba, cuando me veía indefenso, rezaba un Padrenuestro.

Fuimos a comprar a una tienda de vinos, unos vinillos típicos, a pesar de que sospechaba que tal vez nunca los tomaría. Compramos unas cuantas botellas, para repartir entre los de la casa y las hermanas. El ventero, si es que se le puede llamar así, nos dijo que no limpiaba las botellas, para que vieran que efectivamente era vino añejo.

e-libro.net

Jose, dijo que no le quitara el polvo a las nuestras, para que en casa vieran que era muy viejo. Esto me pareció de lo más estúpido, y de pueblerino total. Encima, lo hizo en botellas de vino de muy mala calidad, las que tenían polvo no de años, sino de días a lo sumo.

Compramos unas cuantas botellas; después di media vuelta y volví para comprar una lata de té para el novio de mi hermana Piluca, para que viera que nos acordábamos de él.

Lo cierto es que se nos había olvidado por completo comprarle cosas a nuestra familia. A mí me parecía poco lo que habíamos adquirido, pero lo dejamos así. Tuve ciertos problemas con mi hermano Jose, él llevaba una mochila, y a mí me daba apuro llevarla, pues nunca me han gustado esas mochilitas que tanto se usan; en esa época empezaban a usarse. Siempre las he odiado; igualmente me da apuro, y no serviría para llevar maletín.

Llevamos la compra al hotel. Cuando subíamos en el ascensor, fuimos con un botones, un ejecutivo subió al mismo tiempo. Sentía una mirada inteligente, directa, fija y caliente sobre mí; un servidor se estaba hundiendo en el fango, o quizás debiera decir que estaba resurgiendo de él, hacia una nueva vida, más llena y más tranquila, aunque tenga sus altibajos, como hoy, que me ha costado horrores concentrarme, y me sigue costando.

Después, en el hotel, preguntamos dónde podíamos coger un taxi; allí mismo había uno, que por lo que parece, estaba de acuerdo con ellos y con algunos otros sitios, para llevar a los clientes; no tenía indicativo ninguno de ser un taxi, seguro que por ello pagara menos impuestos o se le exigieran menos requisitos como por ejemplo un carnet especial, o yo qué coño sé.

El taxista, con mi hermano Jose delante, a su lado, nos llevó bastante cerquita, a un castillo. No recuerdo cuánto nos cobró, pero no fue barato.

Recorrimos el castillo, y al final vimos unas sillas alrededor de unas mesas, supusimos que aquello era un bar; nos sentamos, y al lado, en la otra mesa, había dos individuos de chaqueta y corbata. Era al aire libre, y daba a unas vistas más o menos curiosas.

El castillo, no era muy grande. Las sillas eran de hierro, al igual que la mesa. El suelo era de gravilla. No se imaginan lo poco cómodo del lugar.

Después de mucho esperar, nos sirvieron dos cervezas, una con y otra sin.

Nos las tomamos, y acordamos pagarles. Tardaban una barbaridad, por lo que tuve que ir a pagar adentro. El restaurante, que eso era lo que había dentro, estaba casi a oscuras. Había en la zona del bar y la caja, unas cuatro o cinco personas hablando, holgazaneando en definitiva. Me cobraron las dos cervezas pequeñas, me costó aproximadamente unas quinientas o quizás más. Todo una burrada.

Fuimos después caminando. A la salida vimos al taxi y al taxista, puede que estuviera esperando por nosotros o quizás por otros clientes. Lo cierto es que cogimos las de Villadiego.

Andamos entre calles de pronunciada pendiente. Por suerte, ahora había que caminar cuesta abajo, pues de haber tenido que subirlas, uno hubiera sudado lo suyo.

Llegamos al bar en el que almorzaría casi yo solo, moderno, pequeño y con aspecto de piscolabis, medio artificioso, de ciudad moderna, y nada de comidas caseras, tal y como se llaman a las cocinas algo cutres; al menos hasta el momento era así para mí. No tenían que ser por fuerza hediondos, pero si con cierta tendencia a ello. Se imagina uno las sartenes y calderos llenos de hollín, así al menos lo he visto en muchos sitios, a decir verdad en casi todos a los que iba.

Después de comerme un par de huevos fritos, con papas y salchichas (un plato combinado) y de Jose casi no comer, pues estaba harto del gran y abundante desayuno, nos dedicamos a pasear, de regreso al hotel. Pasamos por delante de una perfumería, y enseguida pensé: “Sí, le compraré un perfume a Celeste”.

Lógicamente, y como era el único que conocía, pedí un perfume de opio, suponiendo que si ese le gustaba a Toto, también le gustaría a Cele; se lo compré. Me costó aproximadamente siete mil pesetas, pero por mi futura novia, nada era bastante. Pero, vean, que aún recuerdo el precio.

La chica que me lo vendió, no estaba nada mal; aunque supongo, que no hizo ningún intento de flirteo, pues supuso, bien supuesto, que el perfume era para mi novia. Debía ser de calidad, como mínimo bueno, para pagar tanto por una cosa de esas; la caja no era muy grande, el contenido no sé.

Salí de aquella perfumería, primera en la que me había metido en toda mi vida. Salí algo aturdido de tantos olores en tan pequeño espacio.

Caminando, caminando, vi una camiseta amarilla con un dibujo marinero; me gustó tanto que la compré, me la he puesto muy poco, entre otras cosas, porque me queda pequeña. Seguimos andando, y vimos una tienda de ropa interior, le dije a Jose que si le quería comprar algo a su novia, Sora, él dijo que sí, aunque lo que le compró,

e-libro.net

no era nada provocativo, era, más bien, para ir bien vestida un día que saliera a cenar; pero de ahí a ser provocativo, distaba mucho. Ni siquiera era negro; no, lo compró de color blanco. “Estos jóvenes, no son nada lujuriosos”. Sin embargo, mi hermano le dice a Quillo, que le grave cintas porno del Canal plus, o sea, que al final es peor que yo, aunque, un día vi una película porno con él nefasta. Pensé, “¿Y estas son las películas que tú ves?”, será que a mí las rodadas en exteriores, en medio de la naturaleza, no me gustan nada.

Ahora que lo pienso, Águeda, manejaba dinero, como para comprarse ropa interior con la que excitarme; nunca lo hizo, todo el tiempo estuvo con la que yo le compré. ¿No podía salir de ella, el ponerse provocativa, para su amante?; bueno, vayan a saber si para su otro amante sí lo hacía. Pues una cosa me jodió, y era que se pusiera el sostén que yo le regalé, (un conjunto magnífico negro), y me dijese:

—Es que a Pedro no le gusta esto.

Quizá fuera que él, muy machote, no fuera fetichista, como yo.

Me van a perdonar, que siempre que hablo de estas personas me indigne, pero es que no lo puedo remediar, no discuto que sean unas magníficas personas, pero así lo siento.

Si me dijeran si he sentido más amor por otras personas, diría que sí; es más, me he sentido, queriendo a otras personas, más libre que con ella, pero, es que fue ella, más que mi primer gran amor, con la que más tiempo estuve, con la que más sexo tuve, aunque no con la que más confianza he tenido.

¿El qué me jodió de ella?, pues eso, que fuera ella la que cortó conmigo, y no yo con ella, cosa que en principio, no tenía planeado.

¿Recuerdan por qué compré el perfume de opio?; pues si, exactamente, porque era el que más le gustaba a Totó. De todas formas, nunca la sentí oliendo a él.

Le regalé un botecito de muestra de ese perfume que me había regalado mi madre a Totó, cuando estuve por última vez en El Ferrol. Fui bobo, pero lo cierto es que no lo pensé, sino en el último momento, pero debía haberle comprado un perfume grande a esa gran mujer, y no ir con aquellas miserias.

Se lo había pedido a mi madre, y creo que así se lo dije a mi amantísima amiga; pero olvidémonos de amores anteriores, pues ahora no pensaba más que en Celeste. ¿No se imaginan de donde viene su nombre?, pues sí, de Celestina. Fue tal lo que me impactó esta chica, que enseguida me leí el libro de La Celestina, de autor no muy conocido a ciencia cierta, aunque se piensa que fue Fernando de Rojas.

Después de hacer las compras, no me acuerdo de nada más, hasta el día siguiente.

Pedimos que nos levantaran bastante temprano, con el fin de llegar pronto y poder ver algo de Sevilla, donde hacía poco, había sido la Exposición Universal.

Preguntamos cual era el camino más cercano para ir a Sevilla. En el hotel nos indicaron y otra vez de vuelta al puente metálico; más ansiedad volví a pasar, por si a aquello se le ocurría venirse abajo. Hacía un ruido, único, muy característico, y que nunca más he vuelta a oír y sentir. Nos armamos un lío antes de salir de allí. Creía cuando pasábamos por delante de los restaurantes, que las comidas, ignorante de mí, se pagaban en dólares, pues veía un signo al lado de los precios que se parecía mucho a la ese con dos palitos, aunque ahora era con un solo palito, esto lo achacaba a un error gramatical, aunque según me enteré más tarde, quien había cometido el error era yo, y no era chico, no, era garrafal. Por ello, nos abstuvimos de comer buenas carnes, y según parece, baratas. Fue mi hermana Saso, quien me dijo, que ese símbolo equivalía a la moneda del país; deduzco que existirá en otros países, representando siempre la unidad oriunda; o quizás lo que me dijo, es que era típico de ese país en concreto, y lo que hay, tal vez es un malentendido por mi parte.

Salimos de todas maneras, camino de Sevilla, casi desde la mitad de la península, atravesándola en una tercera parte; no sería esto lo difícil, la cosa era que las carreteras eran muy malas.

Hicimos un alto en la frontera de ambos países, allí ya se hablaba más el español o castellano, como ustedes gusten.

De entrada hicimos una parada por una iglesia, y un pueblecito acogedor; pero incluso, ese, tan pequeño que era, estaba enfocado al turismo.

Le saqué una foto a Jose, aunque ni siquiera podía mirar para la iglesia, pues sentía una sensación abrasadora, en los ojos, y como si a mi cuerpo le entrara pánico ver tales majestuosos y apoteósicos edificios.

Me daba terror, me temblaba el cuerpo mirar a ella. Yo, que últimamente había sido muy frío hacia esas construcciones, y ahora me hacían temblar. ¿Era el poder de Dios?, quién sabe, yo que hasta hacía poco había querido ser el anticristo, no podía ver el campanario, ni el remate del pico en una cruz.

e-libro.net

Hoy, aún, las grandes iglesias, me dan pánico. Sabía que deseaba entrar en ellas, como todo ser vivo, aunque aún me debía reconciliar más con el mundo.

Nos metimos en un bar, en el que me gustó lo típico del lugar, aunque no podría decir si era tal, por abolengo o en vistas al turismo.

Allí, en ese bar, en la parte de dentro, en el comedor, saqué unas cuantas fotos, sin flash, con exposiciones muy largas; salieron algo oscuras, pero mi intención, era tener un recuerdo de ese bar, en el que afortunadamente no bebí más que una "sim", tal y como allí se denominaban.

En el bar me dejó mi hermano Jose, y él se fue dando un paseo por el pueblo. Fue muy arriesgado, pues me dejó a mí solo. Yo, eso era lo que imaginaba. A la media hora larga, cuando estaba ya algo intranquilo, apareció muy emocionado, diciéndome que había visto un sitio con muchas cosas para regalar.

Allí entramos, era todo a base de dorados, imitando oro, pero eran piezas de alfarería de mala calidad. Eran de una aleación mala, al menos eso sospeché, más si miramos los precios, demasiado baratos para ser de buena calidad.

Jose estaba emocionadísimo, comprando y comprando sin cesar.

Compré un par de boberías, todo por no parecer desinteresado, que realmente es lo que me pasaba.

Compró crucifijos e imágenes de Cristo, para casi toda la familia. Al final teníamos demasiados regalos, aunque estaba en la duda de si les gustarían. Nunca había dudado que tenía buen gusto para hacer compras. Tampoco había comprado demasiadas cosas, en todo caso, alguna chuchería para la familia. A Maru era fácil regalarle, un búho de cualquier tipo, era suficiente; con ello aumentaba su enorme colección. Tenía búhos traídos de infinidad de partes, tanto de Asia, como del Caribe…

En fin, compramos "basura" en gran cantidad, no lo digo por lo que representaban, sino por la nobleza de los materiales. A mi madre le habíamos comprado unos pendientes de bisutería, y a parte de eso, le compramos más figuras en la tienda, descubierta por mi hermano.

Pensaba que habíamos gastado bastante, incluso no sabía si unas pequeñas chucherías que compré a Maru y Pine, les gustarían o no.

Afortunadamente, pues si no, mi hermano se habría llevado toda a tienda, nos fuimos y enfilamos hacia Sevilla.

Me extrañó grandemente lo malo de estas comunicaciones, y pensaba: "Esto en épocas clave, como vacaciones y fines de semana largos, debe ser caótico, pues con unos cuantos coches enseguida se llenaría la carretera".

Atravesaban ésta como pequeños montículos, de los cuales, cuando se bajaba muy bien, pero cuando se subían no se veía nada. Creo que se llaman "cambios de rasante".

Hicimos una parada en un bar, y a mí me entraron ganas de comer embutidos y queso duro; nos sirvieron de eso muy poquito y encima caro. Nos, perdón: me estafaron. Y por si fuera poco me quedé con las ganas de comer cosas típicas del lugar; este no era en el pueblo anterior, el de la frontera, sino un bar que estaba en mitad de la carretera española.

Seguimos, ya directos a Sevilla, sin hacer paradas en ningún otro sitio, pues Jose estaba frito por salir y beber. Pensé: "Bueno, en España, que haga lo que quiera".

A la entrada a Sevilla, ya se veía mucho más movimiento de "carros rodados".

Nos costó bastante dar con el hotel; al final llegamos; me asustó un poco la majestuosidad del mismo, aunque aquí había mucho menos bebería que en Portugal. De todas formas, el personal del hotel usaba uniformes, aunque no llevaban ellos las maletas, sino nosotros; dejamos el coche en el garaje descubierto.

Salimos a comer por allí, a un sitio nada postinero, y a pesar de no comer en demasía, y siendo la calidad de la comida no muy buena, nos cobraron caro, muy caro. Lo achaqué a que probablemente estuviéramos en una zona cara, el casco antiguo.

Después nos fuimos por allí cerca a una zona de bares de copas, llevaba pantalón de pinzas y una camisa verde fosforescente; me daba la sensación de que iba llamando mucho la atención.

Allí imperaban las miraditas, pero mi sorpresa fue grande al observar que la mayoría de los que allí había eran estudiantes o gente de poco poder adquisitivo, grupo éste, del que siempre me he considerado. No me gustó lo que vi, esto es, beber rápido, de mala calidad y barato, con el fin de cogerse la borrachera lo más económico y rápido posible.

e-libro.net

Precisamente era de eso de lo que quería pasar. Ahora que estaba en mi país, tampoco quería beber. No sabía por qué, o bueno sí, algo maravilloso se estaba gestando dentro de mí. Aunque aún había de pasar mucho tiempo, y pasará, para llegar a ser humano, tal como Dios nos creó.

Siempre tuve muy malas influencias, y ahora, poco a poco, espero tenerlas mejores. La mala influencia que da un padre alcohólico, cuesta mucho superarla. Aún no lo había conseguido del todo; ni siquiera sé si ahora ya lo tengo superado o no.

Después de cenar por un precio que me pareció excesivo, quizás acostumbrado a lo poco que costaba Portugal, fuimos pues de marcha; del sitio de poco poder adquisitivo, nos fuimos a otra zona de pubs y demás. Allí, Jose se puso a hablar con el dueño de uno de los pubs, nos explicó de otro sitio donde había mucha marcha, aunque estaba un poco lejos; después de aproximadamente media hora, que me la pasé en el bareto leyendo tebeos, decidimos, al ver a tan pocas chicas, dar un paseo por la zona que nos habían indicado.

Paramos un taxi y Jose se enrolló de tal forma con el joven que iba al volante, que nos llevó a otro sitio, diciendo que allí veríamos más a gente de nuestro estilo. El sitio era de lo más pijo que parió madre. Estaba al borde del río. Pedimos una cerveza, yo como siempre sin, y Jose con, al lado nuestro, había un par de chorvas que intentaba ir de más nivel del que podían; no nos quitaron el ojo de encima, yo, que no tenía ninguna gana de rollo, le dije a mi hermano:

—Yo me voy a dormir; me llevo la llave del cuarto.

—Yo me quedo aquí, que hay buenas niñas.

—Está bien, yo diré en recepción que tú llegas tarde.

Me fui caminando; aunque no lo sabía, estaba bastante cerca del hotel aquella terraza de gente tan bobita, o que pretendía serlo.

Llegué al hotel. Había en recepción un chico más o menos de mi edad, y mientras le decía que mi hermano iba a llegar más tarde, que si no había problema, pensaba "¡Qué afortunado soy yo en la vida, Dios mío, otros están mucho más pringados que yo!" Él, el joven, me respondió que no, que le abriría con la llave maestra.

Me llevaron a la habitación, pues no me acordaba donde quedaba. Me metí en la cama, y me puse a mirarlo todo; aquí no tenían los evangelios, mala suerte, pues de estar, de seguro que habría una versión en español. Me dormí pensando en la de historias que tendría este viejo hotel. Así, pensando en reyes y reinas, me quedé dormido. Tiempo después, me enteraría cómo allí se hospedaron toda la realeza europea, con motivo de un evento de la de España.

Me levanté más o menos temprano al día siguiente, pensando en ¿los grandes? del mundo.

Jose se despertó cuando me oyó salir del baño. Se había vomitado encima durante la noche. Por lo visto, se había cogido una borrachera de las de aquí te espero. No le dije nada, aunque si lo pensé: "Vas mal chaval".

Antes de salir, Jose escribió otra postal a Sora. Debía ser que tenían muchas cosas que decirse.

Me puse otra ropa, aunque me quedaba algo corta y estaba un poco estropeada.

Nuestro avión salía por la tarde, a primera hora, pero debíamos dejar la habitación antes de las doce, por lo que nos fuimos en el coche por Sevilla. No vimos la Giralda, ni ningún otro edificio histórico que no estuviera por allí mismo.

Estuvimos en la orilla opuesta a donde fue la Expo. Tengo entendido que ahora es centro de reunión de toxicómanos, que van allí a drogarse. De todas maneras, no fuimos, pues pensaba que había que caminar mucho, esperar mucho, y encima sería muy caro. Si es cierta alguna de estas objeciones que supuse, no puedo saberlo. Ya nos íbamos acercando a Las Palmas, y por tanto empezaban las restricciones, después de haberme gastado más de un cuarto quilo en pocos días.

Estuvimos vagueando por Sevilla. Hacía tal calor, que no daban ganas de hacer nada. Tampoco se veía mucha gente en la calle, quizás por la hora; tampoco había gente en los bares, cosa inusual a esa hora en relación con otros sitios de España.

Después de vagar por las calles, decidimos marcharnos y esperar en el aeropuerto.

Nos costó mucho llegar a él, pues no entendíamos las señalizaciones de la autopista, así pasamos un par de veces por la entrada a él, pero seguíamos de largo. Conseguimos, después de preguntar en una gasolinera, llegar.

Sacamos los billetes aunque nos sentaríamos separados, él en no fumadores y yo en fumadores; me pareció esto de muy mal gusto, pues qué menos, que ir los dos hermanos juntos, qué más le daba ir con los fumadores, me pregunté. Nos lo arreglaron enseguida. Después fuimos a tomar un café y devolvimos el coche,

e-libro.net

mucho más “ruleado” (¿o se dice “rulado”?) que lo que nos lo dieron. En ese momento había uno que iba a ir a una ciudad cercana, alquilando otro utilitario. “Para esa poca distancia no vale la pena alquilar un coche”, no lo pensé tanto por el dinero, como por el problema de estar alquilando, cogiendo carreteras, y exponiéndose a mil y un accidentes, innecesariamente. Aunque como me diría siempre Tomi: “El coche da independencia”. Seguro que sí.

En el aeropuerto, ya no sabíamos qué hacer, estábamos fuera de la zona del restaurante y allí sentados, tuvimos que esperar un buen número de horas. Al final salió nuestro vuelo. Jose me dijo que Sora nos iba a buscar, con su coche. Llegamos sin ningún incidente a Las Palmas. Allí vimos a Sora que estaba muy contenta, esperando a Jose; nos saludó después de coger nuestro equipaje. Verán que no acentúo el José, pero es que la familia lo llamamos así, sin la tilde, con el acento en la primera sílaba.

Afortunadamente había cola en la carretera, por lo que mi hermano, que otra vez estaba al volante, no pudo correr, lo que le desagrada sumamente. Por el trayecto, iba contando a Sora (Soraya) lo magnífico de algunas autopistas españolas, y las malas comunicaciones de Portugal. Es posible que sea por ello por lo que dicen que es un país menos desarrollado que España, o por ello son menos desarrollado que nosotros; no lo puedo comparar con Canarias, pues a pesar de las construcciones de mi isla en pro del turismo en la capital, no sé cómo estará con respecto a las ciudades portuguesas, si es que así clasificarían a nuestra ciudad los europeos; pero en fin, las comparaciones son odiosas.

Me siento a gusto con mi ciudad a pesar de vivir en una de las mejores y a la vez peor zona de Las Palmas, todo por la chavolas, pues vivo en una zona privilegiada por la que se paga grandes impuestos, pero sin ningún privilegio, ni estéticamente, ni desde el punto de vista higiénico, ni en cuanto a seguridad. Ya ni los carteros quieren ir por las chavolas. Justo frente a mi ventana, y de la mesa desde donde escribo, empiezan estas construcciones. O sea que si mi casa no tuviera una de las entradas por la otra calle, ni siquiera nos dejarían la correspondencia. A las casas que hay de toda la vida por detrás, no se las llevan. Estaban incomunicados, a finales del siglo XX, al que algunos han dado en llamar la era de las comunicaciones; aún lo siguen.

Cuando llegamos, Maru y sus hijos, Yeray y Dani, estaban en casa, por lo que pudimos darles los regalos. Ella se asombró de todo lo que llevamos, aunque de seguro que le pareció horterísimo lo que le compramos; lo que Jose compró, no cabe duda, pero lo que yo compré, que no fue con mucho amor, sino que fue a las prisas, y eligiendo lo menos chabacano, seguro que también. “Desde luego, no tengo ni idea de donde sacan el gusto mis hermanos”, pensaría ella.

Me di cuenta, cómo Maru puso una cara de no gustarle nada nuestros regalos; yo, de todas maneras, me hice el loco, pero he visto, como nunca ha puesto ni expuesto los marquitos que le regalé. No es que me moleste, pero esto me convence de que no tengo buen gusto.

En esa época, y en años siguientes, leía de vez en cuando algún que otro libro de Hemingway, los cuales me resultaban malditos, no por nada, sino porque me inducían a beber, y eso, lo veía él, y hacía verlo a los demás, como algo natural, totalmente normal.

En el bar que hay cerca de mi casa, el bar de Julio, donde estaba el alcohólico, había un camarero, que era un ladrón, y un drogadicto. Por qué, lean y verán.

Fui un día por el bar, un viernes o sábado, que no salí con Charlie, del cual ya estaba hartándome, y me puse a beber cervezas *sin*; me puse, o mejor, él se puso a hablar conmigo e hicimos migas. Tal que me dijo:

—Yo salgo ahora y si quieres vamos a darnos una vuelta por el Puerto.

—Bueno —le respondí.

Él sabía que yo era farmacéutico, pues me había visto en la farmacia, y a parte de eso, me lo preguntó sin muchos rodeos.

La verdad es que el bar siempre ha sido estrecho, muy estrecho; dos están incómodos dentro, atendiendo la barra, a pesar de que a veces los he visto así. En ocasiones, estaba el padre de Julio y Julio, otras estaba Isaías, el camarero, solo o acompañado; por la mañana estaba uno al que faltaba un dedo, era también empleado, ciertamente, no tenía gusto Julio maldito para elegir a sus trabajadores.

Me dijo Isaías, que lo esperara, eso hice, después él pidió dinero al jefe, eso me extrañó, y me extraña más, que se pida un anticipo para irse de copas, vamos eso es demencial.

Isaías me vio que entre otros billetes, tenía uno de diez mil y eso le asombró sobremanera.

Posteriormente cogimos un taxi que él pagó, hasta su casa, allí fue por los alrededores y compró chocolate. Después me llevó a su casa, donde me confesó sin mucho remordimiento:

—Yo tengo un hermano drogadicto.

e-libro.net

Él seguro que se consideraba limpio, y eso que comparado conmigo, era un auténtico animal irracional.

Su hermano y su madre, pasaron por el salón y me saludaron. El salón era algo hortera, aunque no pensaba que hubiera tantas riquezas en una casa así, en medio de una barriada tan marginal.

Se hizo un par de porros, y después me dijo de ir a un pub que él conocía, también conocía al dueño. Allí fuimos, era en la Avenida de Las Canteras, aunque en una zona muy poco transitada, supongo que ahora lo será mas, con las nuevas ampliaciones que proyectan (bueno, ya es un hecho la ampliación de la Avenida, un tramo bastante grande). En el pub, empezamos a beber y beber. Éramos cuatro, y ellos no se creían mucho que yo era farmacéutico. Allí, nadie pagaba ni una ronda, motivo por el que me mosqueé y pensé: "Quizá estos tres, me quieren hacer pagar a mí todo, y encima, no hay mujeres"; éstas estaban con los que parecían unos señores, al ir de chaqueta y corbata, quizás fueran los dueños del negocio.

El pub estaba prácticamente a oscuras, casi no se veía nada; no era uno de música lenta, no, todo lo contrario. La música era bastante loca.

Les enseñé mi carnet de farmacéutico, para demostrar, que lo era, y por qué no, para fardar ante ellos. No me quejo porque sean analfabetos, sino por sus malas intenciones. Quizás se me encendió una luz, quizá una corazonada, o quizás estaba yo equivocado, pero llegué a la conclusión de que pensaban estafarme. "¡Así que esas tenemos!", me dije, "pues bien, ahora verán", aprovechando que Isaías se iba a pedir otra copa, cogí las de Villadiego, me fui rápidamente en dirección Olof Palme hacia arriba, para coger un taxi y marcharme lo antes posible de allí hasta mi casa.

Cuando ya pensaba que les había dado esquinazo, se me presentó Isaías diciéndome:

—Pero, qué te pasa, por qué te vas.

—No, por nada, por nada, pero me voy.

Eso le debió parecer extrañísimo, pero eso hice.

Otro día, me volvería a invitar a su casa, a fumarnos un porro, después fuimos a comer a una gasolinera; esta vez no le di esquinazo, pero cada uno pagó lo suyo. Había escarmentado con Carlitos. Él de todas maneras, Charlie, seguía robándome.

Lógicamente, después del viaje, me tuve que incorporar a trabajar, tenía muy pocas ganas, pero lo hice.

Mi jefe, más tarde o más temprano, me terminaba pagando el dinero negro. Un mes, que no recuerdo cual, yo estaba nerviosísimo, al ver que el jefe no me pagaba el dinero que me pagaba fuera de nómina, de forma ilegal, por lo que un día armándome de valor, fui a su despacho de la planta alta, y le dije al jefe:

—Mire, D. Rafael, que este mes, no me ha pagado el dinero negro.

No me contestó, sino que salió, y debió ir a alguna caja de seguridad que allí tendría, supongo, pues no le iba a pedir a ninguna de las contables de su dinero para pagarme.

Me lo pagó como siempre en billetes de diez mil, contantes y sonantes.

Quería ese dinero, me había dicho que me lo había ganado, ¿o no? Estaba constantemente malhumorado por el trabajo, y sin saberlo, por el dinero. Estaba mal, muy mal, y pensaba siempre, que daba más de lo que recibía; de todas maneras, mi carácter, empezó a cambiar ligeramente.

Ahora que lo pienso, quizás no me pensaba pagar ese mes, alegando que no había trabajado todo él. Era muy famoso, en esos años Mario Conde; sobre él se publicaban algunos libros.

Empecé a frecuentar una serie de bares y zonas de moda con el Lu. Yo, como siempre, pensaba que tenía razón, y estando una noche en un bar al lado del Zorbas, vimos a una serie de chicas con la ropa algo estropeada, alrededor de una mujer en chándal y con la cara muy arrugada. Enseguida me hice un composición de lugar y me dije: "Seguro que en su juventud fue prostituta, y ahora es una madama con sus chicas". Las chicas no valían mucho, al menos, si las comparaba uno con Celeste, quién pensándolo seriamente, lo único que tenía de bonito, si es que era bonito, era su delgado cuerpo, el cual me lo imaginaba con tangas rojos y demás. He de confesar, que comparaba su cuerpo con uno genial visto en la playa, e intuía que debía ser igual al de ella.

Cuando iba al colegio, me enorgullecía ver como el Archivo de canarias, llevaba el nombre de mi tío; hace pocos días, pasé otra vez por delante de él, y vi cómo había una placa enorme encima de la de mi tío, alegando que esa casa era de un fulano conocido en las islas.

Ya he comentado como en los hermanos Matos, algunas veces comíamos algo, bien fuera tortilla o cualquier otra cosa. Una especialidad de ellos, era pulpo en salsa rosa, exquisito. Hace años que no lo pruebo, y aunque sospecho que sigue habiéndolo, no puedo garantizarlo. Puede que Sanidad se lo haya hecho retirar, sobre todo en los veranos, pues con el calor que hace, tal vez se echen a perder.

e-libro.net

Una vez, un dueño, con el que tenía más confianza, Alfredo, me dijo:

—Porque hoy, uno, quería que le calentara el pulpo en salsa rosa; yo le dije que no, que eso no se podía hacer…

Estaba, y es lo que más me sorprendió, totalmente sorprendido, valga la redundancia, y por qué no decirlo, orgulloso de su reacción; no me extrañaría nada que llamara a su mujer y a sus amigos y les comentara el caso. Estaba el hombre perplejo, y aunque pensaba que había obrado correctamente, buscaba la aquiescencia de los demás. “Obraste bien, Alfredo, obraste bien”.

Es fácil ver como se sorprenden los demás por nimiedades.

Está claro, que si hubiera calentado la mayonesa con salta de tomate, se habría cortado, y es lo que habría pasado, simple y llanamente.

Por cierto, ¿tendrían todos sus trabajadores el carnet de manipuladores de alimentos; y lo tendrán los jefes; los renovarán conveniente y correctamente? Me imagino que un negocio tan rentable como ese, cumplirá de seguro todos los requisitos administrativos y sanitarios.

No estaba seguro, pero al menos en cuanto a las relaciones con su homólogo alemán, Felipe González, me daba la sensación de ser más querido en Europa que dentro de España. Aunque cosa rara, yo ahora lo defendía más que cuando le seguía a él la buena suerte. Quizás por ese sentimiento de camaradería que siempre me han dado los perdedores; si soy su camarada significa que soy un perdedor. Bueno, aún no he dicho mi última palabra, ¿o sí?

Muy mal me aconsejó Luis Cosmen, al decirme, si creía que alguien me iba a pedir el tiempo de obtención del título cuando estuviera trabajando. Quizás no lo pide el público, pero seguro que los que van a entrevistar a uno para concederle un trabajo, esos de seguro sí lo piden. Entregar mi certificado de notas, me resulta absolutamente deprimente; me da lástima de mí mismo. Y lo cierto que quizás los primeros años, sí fueron culpa mía, pero en los últimos ni bebía, ni hacía cosas incorrectas, simplemente, me perseguía la mala suerte. Supongo que no a todos les habrá pasado como a mí. Ni siquiera en Santiago me comporté como un mujeriego, sino como una persona respetable con una novia respetable.

Ahora que lo pienso, Totó, mientras fue estudiante, bebía y fumaba drogas, la que más, comparándola con mis otras novias. Aún no me ha tocado ninguna abstemia; hoy desearía que así fuera, entre otras cosas para que me hiciera hacer lo mismo. No soy quién para averiguar mi futuro, ahora bien, desearía que tuviera un final feliz. Acabar bien con mi familia y…

Ahora que entraba Felipe en desgracia, era cuando a mí empezaba a caerme bien, y arremetía con la mayoría de las personas, que cuando les da la gana, miman y exaltan a uno, y cuando les da, lo desbancan.

No es que yo quisiera que Felipe estuviera en el poder toda la vida, no, pero tampoco me planteaba lo contrario, y vayan a saber, si no era eso lo que él, el presidente del gobierno, tenía pensado.

Hacía poco había dimitido el líder del PCE, Santiago Carrillo, y ocuparían la presidencia del partido diversas personas, aunque el que más duró al frente, fue Anguita.

No recuerdo cuándo, pero fue un buen día, en que el Lu me dijo, de salir con un amigo que él tenía. Cuando me lo presentó, lo primero que hizo fue hablarme de su enfermedad, era esquizofrénico, pero Dios mío, de una forma crónica. Vivía en la Obra Social, donde van los afectados que por sus incapacidades psicológicas y familiares, no se pueden mantener por ellos mismos. De todas formas, él, Armando, trabajaba en una tapicería dependiente de dicha institución.

Se me vino el mundo encima, al ver, en qué me podía convertir, y recé al Señor para que eso no me pasara. Fuimos las primeras veces que salimos a la terraza del Jet-Foil (perdónenme si está mal escrito, que de seguro lo está, pero ni los americanismos ni anglicismos son mi fuerte), juraría que era con la intención de que nos viera el menor número de gente. Como si nos avergonzáramos de tener ese tipo de amistades.

Por mi parte esto era cierto hasta cierto punto, pero me daba reparo portarme tal mal con él, no obstante, nunca fui el que decidí ir a ese sitio.

Le temblaban enormemente las manos, iba vestido no muy bien, y tenía el estigma del perdedor, y ahora que lo escribo sé que era eso lo que más me impactó de él. Lo he ido analizando a medida que han ido pasando los años, y lo veo fracasar en todo hasta hoy.

El encargado de la “Obra”, era el hermano Jesús, creo que era un ATS y religioso, de ahí lo de hermano. Era increíble que esa persona llevara tal institución adelante.

e-libro.net

Pero bueno, el primer día, no me dio para mucho indagar sobre su persona, lo que vi, vi, y rezo esperando no verme nunca como él.

Llegué a mi casa, y allí, delante de mi familia me eché a llorar, tanto me impresionó esta salida con ellos.

Inmediatamente, escribí a Totó en unos términos totalmente impresentables, pero me dio rabia ver como la sociedad, y yo dentro de ella, marginaba y a la vez me sentí marginado por una enfermedad. Eso ha sido tal que últimamente, intento ocultar mi enfermedad lo más posible, aunque por la medicación que tomo, me resulta del todo imposible, pues cada vez que voy a cualquier médico, he de decir lo que tomo y por qué. Esto me da cierta cosa, pues sé o al menos eso parece que ellos son sanos, mientras que yo soy un disminuido o un discapacitado, ¡aunque voto a "tal", que jamás me he considerado como tal!, y por ello, cada vez menos, lo uso para aprovecharme de ello, así hay veces en que podría alegar para oposiciones o encontrar plazas de trabajo en las que haya puestos especiales para minusválidos. No lo hago, porque no me siento como tal, y con el tratamiento que llevo, llevo una vida tan peculiar como cualquier vida, o sea una vida normal, normal dentro de las que tomo como normales, aunque por la cantidad de horas que le dedico al trabajo, soy lo que sería un ejecutivo, pero sin dinero; lo que quiero decir, es que entre la gente que trabaja con el cerebro, entre esos me considero que estoy yo. Es que no acierto con ninguna palabra para definirme, pues no es culto, ni inteligente, que quizás si dijera algo de esto, pecaría de engreído, que tampoco quiero serlo, aunque a veces me dan ganas de decir al mundo: ¡Soy el mejor, sí, y qué!

Pero es que ese puesto ya está ocupado por otros, tales como Bill Gates, o el Mau King, que esos si son genios, no uno, que en el fondo es un pringaillo.

La carta para Totó, era francamente desagradable, y en ella, a parte de copiarle el significado de esquizofrenia de un diccionario, también le dije, que sí, que lo era, en el sentido de repetirme constantemente: "¡Voy a ganar, voy a ganar!", siempre que digo o escucho estas palabras, me da la sensación de que me las machaco a base de bien, mientras hago flexiones de brazos y pecho. Bueno, así era antes. Hoy hago mucho menos ejercicio y en comparación con mis amigos, me da la impresión de que no hago ninguno. Con ello le quise decir, que ella se lo perdió, aunque muchas veces, me da la sensación de que quién perdió fui yo mismo, y no ella, el tiempo lo dirá.

Casi inmediatamente convertido, empecé a leerme la Biblia; después de leerla toda, la evangelista, observé que a quien más quería parecerme era a Job, pues al final de su vida, vivió colmado de riquezas, familiares y vida. Porque, ¿no vale la pena pasar sufrimientos si después se sabe, que lo que el Señor nos envía, a cambio de esas pesadumbres es una vida magnífica y plena, incluso aquí en la tierra? No tardé demasiado en leerla, ahora parece que tardo más, creo que esto me ocurre, pues continuamente estoy leyendo de atrás para delante, y de delante para atrás.

Les parecerá imposible, pero aún recuerdo el número de teléfono de la farmacia de mi padre, a qué se debe esto, no tengo ni la más puñetera idea, pero lo recuerdo en todas las variantes con que nos lo decíamos, como por ejemplo: dos sesenta seis seis cinco; otra, doscientos sesenta, seiscientos sesenta y cinco; y por último veintiséis, cero seis, sesenta y cinco.

Me encantaba mucho el estilo que Jacinto tenía de hablar con la gente, decía:

-¿Oh, qué pasó?

Y se ponía a reír, y en disposición de escuchar; lo mejor de todo, era que abría un cajón, y se ponía con el zueco y el pie en él, flexionando la rodilla, y apoyando el codo en la pierna, escuchaba atentamente. Siempre estaba presto a la sonrisa. Tenía el estilo que dan los muchos años de experiencia, al igual que esa camaradería típica de las buenas personas. Lo que menos me gustaba es que después de hablar un buen rato con el cliente, entraba en la rebotica y decía, refiriéndose a aquél:

-¡Maariicón!

Esto lo decía de todo el mundo; no me gustaba lo más mínimo.

No siempre, pero sí algunas veces, D. Antonio, el vecino, me subía o bajaba la calle nuestra, hasta mi casa, o hasta la esquina del parque cercano a la farmacia.

Un día me dijo una cosa que me dolió bastante, seguro por eso de que las verdades ofenden:

—Nosotros, los pobres…

También me decía:

—Cuando eras pequeño, eras un niño buenísimo.

A mí estas dos cosas, me causaban un gran resquemor; de la primera me daba rabia, y de la segunda me daban ganas de decirle: "¿Y ahora, soy un cabrón?", que ciertamente lo era.

e-libro.net

Tenía la costumbre, de inmediatamente salir de la farmacia, me encendía un cigarrillo, y justo a la altura de la casa de D. Antonio, lo tiraba a la calle; él estaba interesado en saber quién era el que le llenaba de colillas su parte de la carretera; cuando un día me vio tirando el cigarro me dijo:

-¿Así que eras tú el que llenaba de colillas esto?

A partir de ese día, intentaba tirar la colilla más lejos, para que no le molestara a él.

A pesar de las veces que me dejaba en evidencia, le seguía y sigo respetando. Hoy día es un anciano, que vive con una mujer inútil, no sé si por sus muchos kilos, o porque está inutilizada se va engordando tanto.

Ella sin él, sería una perfecta inútil.

Cuando aún no había terminado la carrera, y estudiaba "Toxi" en mi casa, había una inquilina con el pelo teñido de negro, mujer emprendedora, donde las hubiera, que estaba además fetén, me tenía loco, menos mal que yo no llevaba el control de los pisos, pues tenía entendido que no era muy buena pagadora, y enfadarse con tal preciosidad, me daba ciertamente reparo; mejor era echarse un buen polvo con ella que cabrearse. De todas maneras, no la vi mucho tiempo, tan sólo el año que estuve estudiando en Las Palmas. Era separada con un hijo, el que siempre iba muy bien vestido, juvenil, pero se le notaba que con buenas ropas; ella era una mujer trabajadora; creo que tenía un novio, aunque éste no se quedaba en el piso.

Al hijo, le sustraían las cosas, y él no sabía defenderse, quizás fuera presumiendo con sus juegos, de ahí que por celos le robaran.

Tenía unos ojos raros, muy raros, no sabría decir si era inteligente, pero su mirada es de las más extrañas que he visto.

A mis sobrinos, al menos a mis ojos, nunca les ha faltado de nada; no se parecían a mí, que a sus edades, casi toda la ropa que vestía era de mis familiares, y lo que me compraba era de muy mala calidad, lo peor y más barato; no porque quisiera comprarme mucho para variar, no, pues a lo sumo me compraba dos camisas cada año, pero es que éramos muchos.

Mis otros amigos, la mayoría vestían mucho mejor ropa que yo.

Sigo vistiendo de rebajas, aunque ahora tengo más ropa y no es por alabarme, pero casi no la uso, pues mis salidas son cada vez más escasas. A decir verdad, no tengo tanta, pues cuando trabajo en la calle, me veo que casi no tengo qué ponerme; pero cuando ni trabajo, ni hago cursos, me parece como que la ropa me sobra. Pero no es cierto, ni mucho menos.

No puedo decir, que añore la vida del trabajador de la calle, no, pero sí ansió el poder costearme mi vida, y ser generoso, o como en la época de Cervantes se diría, ser liberal con el prójimo (perdón, no solo se decía en la época de Cervantes tal palabra, pero sí fue leyendo a esos autores donde primero la vi).

Hoy, la casualidad, que mientras defecaba, cogí una revista del corazón de mi madre, y allí leí que Antonio Gala daría todo por compañía, se refería a la soledad del ganador; a estas frases hechas, y para mí un tanto manidas, pregunto: ¿es que sólo está solo el ganador, es que todos los ganadores están solos? ¿Sería Antonio Gala un ser realmente solitario si no fuera un ganador, y aunque no lo estuviera, no estaría amargado por no ser un ganador?

Parto de la base que Antonio Gala es un ganador, al menos a nivel nacional. Desconozco si lo es a nivel internacional, me imagino y deseo que sí. Esto que he comentado de éste, para mí genial ensayista y periodista, se puede extender a todo el conjunto de la población.

Cada uno es un mundo. He de confesarlo, pero muchos de mis amigos, no se relacionan casi más que con compañeros del trabajo y con la familia. Desconozco hasta si tienen un grupo de amigos con los que divertirse, pero aseguraría que no.

Quizás piense Gala, que si alguien está con él es por interés; pero ¿no es la amistad un toma y daca?, ¿no es así? Posiblemente cuando le hicieron esa entrevista estaba en un momento bajo.

Ya he dicho, como hay solitarios que no han triunfado económicamente en la vida, conozco a unos cuantos. Yo, que muchas veces me he considerado un perdedor, sobre todo con mi carrera familiar, bueno, la que tenía que defender por tradición familiar, pues a pesar de sentirme un fracasado, también me encontraba solo y hundido en el fango; y sobre todo con amistades por interés, siendo que no tenía nada, y menos aún dinero.

Eso sí es triste, ser un fracasado y estar rodeado de gente que sólo busca quitarte el poco dinero que tengas y hundirte en el fango. ¿O sería preferible ser un heroinómano, que ni siquiera se calmara con Metadona, qué es preferible, esto o sentirse uno o dos días desalentados, para al siguiente ver, cómo mucha gente, gente cojonuda, está pendiente de lo que dices y haces?

e-libro.net

¿Es que el heroinómano no se encuentra solo?; y digo esto como podría decir los enfermos mentales, o cualquier otro tipo de enfermedad; ¡ojo!, que con esto quiero clasificar al drogodependiente, como un adicto a las drogas, como un enfermo, quienes la mayor parte de las veces parecen los perdedores de la sociedad, por no decir la escoria, que es lo que a veces, y Dios me perdone, pienso.

No puedo garantizar que no lo sea, el que tenga SIDA y quizás sea un disminuido psíquico; ahora se los puedo decir, rezo a Dios para que no me ocurra más nunca lo que me pasó, ni ningún otro tipo de desequilibrio psíquico; sé al paso que voy, que el Señor me ayudará a triunfar. Quizás no pueda decir que voy a triunfar con la familia, aunque bien saben ellos que lo intento. En el día a día, me parece a veces que también estoy perdiendo, en ese campo; ruego porque eso no ocurra.

Yo por ejemplo, compro libros de D. Antonio Gala, y no por aprovecharme de él en sentido material, no, lo hacía en el sentido de poder extraer su sabiduría, los conocimientos emocionales e intelectuales que pudiera sacar de él. Y así me imagino que sea la mayoría de los que lo leen.

Mientras esto escribo, sí, estoy solo, pero he estado almorzando con mi familia, y ahora espero a un amigo; por supuesto que esto no es todos los días, ni todas las semanas, pero, ¿no es más cierto que la frase que estamos analizando, la de?: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”.

¿La soledad es buena?, tendría que ser nuestra siguiente pregunta; supongo que sí, pero de cierto también puedo decir, que no estamos continuamente solos; cuando yo lo estuve, hace unos pocos años, me enfermé, me enfermaron los políticos, o me enfermó la sociedad al aislarme. Creo que fue el que me apoyaba en las personas, y al estas fallarme, se me vino el mundo encima, hoy pienso distinto, como ya han empezado a observar.

He de confesar algo que me sigue avergonzando en grado sumo, y quiero, al escribirlo, olvidarme de ello: sí, soy un dormilón, me levanto tarde, siempre me he levantado tarde; cuando trabajo o estudio, duermo siempre que puedo, salvo en raras ocasiones. Me revienta ser un gandul, y admiro a la gente que es capaz de dormir poco.

Juancho me ha dicho que duerme cinco horas, y que eso es más que suficiente; los genios mundiales de este siglo duermen seis horas. Mi madre, siempre que me levanto temprano, me dice:

—Vete ahora a la cama, a dormir un poco, que hoy no has dormido nada.

Esto me revienta de mi madre, pues sé que ella sabe, que sí he dormido, y que como poco duermo unas seis horas; cosa que cuando hago, me siento orgulloso, pero no es lo común. Si quiere, que me aconseje que no haga las burradas que hacía a veces de no dormir nada, no un día, que no ocurriría nada por ello, sino tres días enteros, eso también lo hacía al principio el no va más, en cuanto al vil metal, del mundo, Bill Gates. Éste también duerme ahora seis horas diarias. Es el no va más, he visto que incluso le ponen la chaqueta y la corbata cuando entra a una conferencia, de seguro que es porque viene de estar cómodo leyendo o trabajando, y para no detener la marcha del trabajo.

Añoro el dormir lo justo; ¡ojo!, no quiero decir con esto que me gustaría padecer insomnio, pues ya me ha ocurrido, con unas consecuencias tremendamente desastrosas. Pero sí, que pudiera gobernar más mis ciclos circadianos. Dormir sí, pero lo necesario; no vamos a pasarnos la mayor parte de nuestra vida durmiendo; al final de ella, entonces, qué diremos: “Pues sí, me he pasado la vida sin enterarme de ella, durmiendo profundamente”. Quizás los dormilones, lo son por no estar sometidos a estrés. Falso, yo llevaba unos cuantos días bastante estresado, casi sin poder respirar, el poco tiempo que estaba despierto. He llegado a dormir, incluso días enteros; cuando esto me sucede, me digo: “Es que llevaba muchos días de sueño atrasado”. ¿A qué se deberá el dormir tanto?, me gustaría consultarlo, pero si he de ser sincero, no me fío de los médicos que me tratan.

A cada consulta que iba a la Quinta Médica, el Dr. Henrik me preguntaba sobre mis planes, le contestaba: a ver si pongo la farmacia, también me gustaría escribir un libro, me gusta Celeste, etc., o sea le decía mis aspiraciones, pero en plan descafeinado, no le contaba realmente cuáles eran mis aspiraciones, como lo de conseguir la farmacia en un pueblo, para conseguir con ello dinero y junto con el que me dieran mis libros si se publicaban, comprar una en Las Palmas y hacer de ella la mejor de España. Que a Celeste la consideraba una modelo (a pesar de que era bastante feúcha, al menos su cara, llena de granos y grasa, a pesar de que a mí me cautivó).

Hoy incluso, pienso que no habría necesidad de irse a un campo, no porque las leyes estén cambiando y se hagan más tolerantes y flexibles, en cuanto a la implantación de una oficina de farmacia se refiere, sino porque he leído como ciertos autores, ganan más de mil millones de pesetas con cada uno de sus libros, por supuesto sus obras son los grandes best-sellers del mundo actual. Pero,¿ y por qué no puede ser uno como ellos? Fácil, ¿quieren de entrada el primer handicap que hace poco confesé?: duermo mucho, y mientras se duerme, no hay

e-libro.net

vivencias; en todo caso, de vez en cuando, se acuerda uno de un sueño, pero eso no es suficiente para rellenar y llenar páginas y páginas. Algunos incluso dicen que le dedican tiempo a sus hijos, creo que tanto no pueden hacer, al menos como uno de ellos dijo, que durante medio año, se dedicaba a escribir de duro, y que el otro medio año, entrenaba a su hijo al béisbol; creo que eso es falso, por lo que no cito aquí su nombre, pues esta gente, los que siguen en el candelero, sospecho que cada vez trabajan más y más, si no, que se lo digan a mi cuñado, que ya saben, está durmiendo unas cinco horas diarias.

Al mierda de mi médico, le tenía engañado, y él tan contento. Una vez incluso le comenté: "¿Por qué hay gente que no se curan y ya llevo yo un montón de años que no tengo ninguna recaída?"

—Eso, es porque sigues bien el tratamiento.

Por supuesto no me creí que yo estuviera así gracias a su mediocre ciencia (no porque la psiquiatría sea mediocre, sino que todo él es mediocre), sino que todo había sido gracias a la ayuda del Señor.

Más creo yo que me ha curado (si es que lo estoy), el rezar, el estar escribiendo y leer la Biblia, que estar bajo tratamiento médico. Como farmacéutico, no puedo olvidar que las medicinas están para curar, y que son efectivas; pero por lo mismo que sé esto, sé también, que el componente psicológico es fundamental.

Puedo saber que un medicamento cura una enfermedad, pero si a eso sumo la fe en Cristo, pues mucho mejor.

Cuando al principio me trataban con medicamentos, no tenía la mente clara como ahora. Y no digo más.

Creo que fue en esos años, cuando encarcelaron al mejor boxeador del momento, por violación de una menor. El tenía novia, ¡ojo!, que por supuesto no justifico la acción a quien no la tenga, ni mucho menos.

De todas formas, los boxeadores, a pesar de que hubo un tiempo en que el boxeo me gustó, hoy, aunque sé que es morboso el verlo, lo considero de animales inhumanos; se dan de tortas unos a otros, por una bolsa, más o menos llena de dinero. Que eso en definitiva es lo que hacemos todos, nos damos unos a otros de tortas por una cantidad de dinero.

Yo, sin ir más lejos, me pasé de rosca por un simple título.

Sé que en el boxeo hay que estar en plena forma, pero luego, se machacan unos a otros. Los grandes consiguen enormes sumas de dinero. Quizá sea una de las formas rápidas de conseguir un buen dinero y retirarse, aunque no creo que esto sea tan fácil, el estar entre los primeros, que es preferible a ser un "sonao" por el boxeo.

No hace mucho leí como un torero se había hecho oculista, y que ahora era feliz, escuchando los pequeños problemas cotidianos de las personas normales. Aunque claro, el llamará normales a cierto tipo de personas que pasan por su negocio; ¿pensará igual siendo el propietario que siendo un asalariado? Creo que no; al menos, yo hasta ahora he sido un peón, y no me siento nada satisfecho conmigo, máxime, cuando mis jefes han sido unos con la misma categoría académica que yo, aunque ellos hayan sido mimados por sus padres.

Saben ya, que era mal estudiante, y a pesar de que a veces luchaba por no serlo, no sabía ni logré obtener buenos resultados; de todas maneras, una vez terminada la carrera, empecé a correr la voz, como que no había sido mal estudiante, sino que había estado entre los diez primeros, no del uno al cinco, pero sí del cinco al diez. Entre los cinco primeros estuve en Botánica, precisamente por eso, porque ellos no se fijaban en las pintas, sino si hacíamos mal o bien los exámenes; saqué de media, notable; en el primero estuve por delante de Mavi y de Diego, fue todo un triunfo particular; ya saben que esto tiene truco, recuerden al que quería ser el novio de Lucía ("dame la mierda que es mía"); quizás si no hubiera sido por él, no lo habría conseguido.

Se mostró un poco reacio a decirme las familias, quizás porque fueran una gran responsabilidad, o quizás porque ni él mismo las sabía, o …, todo es posible.

¿Era cierto que yo estaba entre los diez primeros?, tanto lo he dicho que me lo he llegado a creer. Me han puteado sobremanera de forma injustificada, ya no sólo porque según decía mi tía, que con mi tamaño, no paso desapercibido, no, todo lo contrario, sino que también creo que ha sido en gran manera por mi carácter rebelde, y ténganlo en cuenta, si se quiere ser rebelde, hay que ser el mejor, si no a uno le putean hasta dejarle sin aliento. O sea lo mejor es estar entre el bulto de la mayoría y ahí quedarse.

Recuerdo cómo una vez uno en Santiago le dijo no sé qué cosa al Sr. Vila; en ese momento, me dije: "Ya estás muerto chico", al menos eso le hubiera pasado en La Laguna. Lo vi alguna que otra vez más tarde, aunque no sabría decir si había aprobado o no. Nunca vi que fuera un estudiante carismático, era uno más que quiso destacar, haciéndose el duro y el héroe. Lo volví a ver en la facultad y en la calle. No tengo la certeza, pero sospecho que le caía mal. Al menos me miraba con cara de no muy buenos amigos. A mí, un poco de cariño no me

e-libro.net

habría venido mal, aunque vayan a saber, si recibí justo lo que debía, pues tampoco creo que yo lo diera. Si aprobó, ocurrió una de las injusticias más grandes de este mundo.

No puedo decir por qué me enamoré de Celeste; de ella pensé que sería mi amiga perfecta.

Mi madre me decía, que me había enamorado tanto, porque no me hacía ningún caso. Yo todas las noches le decía:

—Ma, ven para acá —después de haberse puesto el camisón y la bata.

—Voy.

Iba y me ponía a hablarle de Celeste, por lo que ella se cabreaba un huevo, me gritaba y se iba. Así un día sí y otro también; nos pasamos meses de esa forma.

D. Rafael, nos mandaba a hacer chequeos médicos cada año y medio. El último que me hicieron, estaba todo correcto, salvo que tenía algo de flema en los pulmones, por causa del exceso de cigarros.

A la que se le detectó algo fue a Marisol, tenía arritmias e hipertensión, por lo que estuvo unos cuantos meses de baja; ella decía que quería trabajar, pero cuando estuviera curada.

Yo, a ella era a la que menos cosas consultaba, aunque me caía bien, muy bien.

Me dio vergüenza decir todo lo que bebía en la encuesta que nos hacían antes de entrar; de todas formas fui sincero a medias; sacando la media, pues había veces que bebía más, y otras, las menos, menos.

La verdad que nuestro jefe se portaba bien con nosotros; nos chupaba la sangre, pero luego tenía buenos detalles con nosotros. Por Navidad nos llevaba a los mejores sitios a cenar.

Una vez fuimos a un restaurante por la calzada y se pidieron bandejas y bandejas de mejillones; Celeste dijo que ella no iba a comer, pues seguro que le sentaban mal, yo no hice tanto caso y algunos comí, al día siguiente vería las consecuencias.

Estábamos todos los empleados de las dos farmacias del matrimonio; el motivo era porque el empleado de confianza de Doña Cristina N..., se iba a Fuerteventura a trabajar en otra farmacia; debía ser que le pagaban infinitamente más o a saber qué. El motivo por el que se iba no se dijo, pero él era el superempleado eficaz.

Como regalo de despedida, le compraron una pluma de oro, la que no me gustó mucho, pero en fin, no tengo el gusto de los ricos. Poco se llevaba el empleado ejemplar, iba en principio sin la familia, a probar fortuna; pero la fortuna fue mala, se dedicó a beber, y fue el hazmerreír de todos; lo siento por él. Vino para aquí con la cabeza baja. Para poder cobrar el paro, tuvo que trabajar en otra farmacia, en la que se metió gracias a C...; pero ya con Doña Cristina no fue mas. La última vez que le vi, estaba de representante, y no le iba mal del todo, al menos al ver la forma en que iba vestido.

Hace poco, me levanté con la certeza de que ya no practicaba una cosa que solía hacer antes, esto es: levitar; me levanté más que convencido de que antes lo hacía, y que lo practicaba con cierta frecuencia; aunque como cuento, últimamente ya no lo hacía. Lógicamente fue un sueño, y mi mente me jugó la jugada; sí, me hizo creer que el sueño era realidad, pero realmente “los sueños, sueños son”. Me levanté, pensando que eso era una cosa normal; a medida que iban pasando las horas, me convencía de lo contrario; hoy pienso, “Valiente disparate soñé”; ni siquiera creo que los santos lo hagan.

Ya me quedaba poco para cumplir los tres años de contrato; esto ni me lo planteaba, ni lo recordaba, sabía que había trabajado un año y pico antes de ir a dar clases y que después trabajé otro tanto; pero exactamente no llevaba la cuenta.

Había una silla giratoria y con ruedas, para los que tenían la “caja” afuera; recuerdo que estos se turnaban cada cierto tiempo; yo por desgracia, pues por ello no comprendía casi nada de la caja, no la cogí más que en las guardias en sábado y festivos. No de continuo, sino para cobrar y pagar lo por mi dispensado.

Allí fue donde me aficioné a las Juanolas, pues eran baratas y dejaba el aliento con buen olor, me encantaban. Las usaba a diario, algunas veces las sigo usando.

A Manolo Guerra, le concedieron la farmacia pronto, muy pronto. Nos invitó a la inauguración; allí fui con Benedicto y Dafne, quienes aún no se habían casado. Nada más llegar, la casualidad que vi a la gente joven del instituto en que había estado: el Santa Teresa de Jesús. Un servidor iba con una camisa rosada y unos vaqueros.

Fuimos por el trayecto charlando animadamente; era un sábado, y Bene me había ido a buscar a la salida de Cofarca; cuando llegó se puso a hablar con el jefe y le tuteaba, a mí eso me hacía gracia, mientras pensaba, “Ay Bene, si supieras que con un simple soplo te podría tirar”; yo nunca le he tuteado, ni creo que lo haga.

e-libro.net

Fuimos allí, a Las Mesas, cerca de su hogar paterno; por su forma de ser, bien se le puede llamar: Maese Manolo.

Tuvo suerte, mucha suerte, pues era el menos inteligente de todo el grupo, aunque por lo que parece, salió listillo, y ya saben, que le pregunten a estos por las formas de conseguir una peseta.

Tenía muchos fallos la farmacia, aunque no le dije nada; por ejemplo, fuera tenía ocupado y expuesto demasiado espacio del mostrador con un solo producto, y que encima casi no se vendía nada. Dentro, toda estaba por orden alfabético, mezcladas las gotas, con las pomadas, y encima también los psicotropos.

No discuto que pueda ser que yo tengo más experiencia que él en farmacias; bueno, tenía, ahora, me imagino que él tenga más que yo.

Había bastante gente, también estaba Javier el Cabeza, el hijo del que fue el abogado que le consiguió la farmacia a Manolo.

Sé que a mí, el mismo abogado me preguntó si tenía coche, yo le dije que no; el motivo era para ir conmigo a inspeccionar el terreno, para ver *in situ*, las condiciones de la nueva farmacia a instalar; ya no podía faltar casi tiempo para ponerla, estaba seguro, era tan sólo cuestión de meses, ya lo creo. Además, ¿no había conseguido la de Manolo Guerra, que era más difícil que la mía?

Ese día Dafne me dijo, que si no fumara, sería perfecto; lo que me enorgulleció, pero a la vez me causó algo de rubor; hoy no descartaría que lo dijo para dar algo de celos a su novio.

Después, nos fuimos los tres, Bene, Dafne y yo por mi barrio, a comernos una pizza; según parece ellos iban ahí, a veces, yo también, pero con Control. Empezaba a aburrirme, pues no hacía las cosas de todos los sábados; era un día en que si el Lu estaba durmiendo, cosa frecuente y más últimamente, me dedicaba algo a la lectura; recuerdo como habiendo leído poco, me parecía mucho, a pesar de darme hoy vergüenza de lo poca cosa que era.

Una vez, nos invitó Saso a comer a La Farola, en Arinaga, fuimos toda la familia, ya no íbamos solo los hermanos a conocer a Juancho y donde yo metí tan profundamente la pata, destacando como un loco borracho. Ahora fuimos los hermanos, sobrinos, madre y demás. Comimos un pescado a la sal, muy sabroso, de picar unos entrantes, total, que nos quedamos satisfechos. Por último fueron a pagar Saso y Maru, y la casualidad que yo iba con ellas, por lo que enseñe mi billetada por si querían que yo también participara.

Llevaba aproximadamente treinta y pico mil pesetas. Juancho se asombró de verme manejar billetes tan grandes. Era el dinero negro; todos los meses me daba el jefe ocho o nueve billetes de diez, nuevos. Con ellos vivía y hacía las compras que debía del mes; también comía a veces en la calle, cuando me cabreaba con mi madre o con mis hermanos, cosa bastante frecuente por desgracia.

Después de bien comer, me fumé un puro. No me tomé ningún licor, a pesar de que se me apetecía.

Me fui con Pine a su casa; Quillo dijo de tomar los licores en ella, por lo que todos irían después para allá; yo fui primero con Pine y me tomé un café. Al restaurante, fue un amigo de Juancho, un artista del pincel, según parece.

Iba a venderle cuadros; fue también a casa de Pine, y dijo a Maru:

—Yo también al principio fui profesor; al principio pintaba incluso los fines de semana, ahora ya no.

Tampoco daba ya clases, pero según deduje, le mandaba de duro entre semana.

Sacaron fotos ese día, yo tengo un par de ellas, y me veo que salí con un sopor increíble, como siempre cayéndome de sueño. Hoy, incluso he rezado al Señor, para que me quite este sueño; quizás deba hacer, lo que por cierto estoy ahora haciendo, como hacía don Camilo, que a la hora de más sueño por la noche, se pone a escribir y así se despeja. Espero que este método dé resultado.

El sopor que me invadió en casa de Pine fue algo bestial; se me ve como me estoy cayendo de sueño por completo.

Cada vez estoy más por pensar, que no hay que hacer mucho caso a los que esto hacemos, el escribir con la finalidad de entretener, lo digo, porque hoy dice uno una cosa convencidísimo; mañana digo absolutamente lo contrario, y para ambos, doy razones más que justificadas. Perdónenme mi inconstancia.

De mis sobrinos, el mayor, de los hijos de Maru, les he comentado que ha salido muy mal estudiante, y ha tenido tal vaciadera de tarro con la tele, y sobre todo con series americanas, que estaba más que convencido que hacer el cuartel, era algo maravilloso; ahora lo está haciendo y ya no le parece tanto; a parte de eso, este último "finde", lo han arrestado, por culpa de unos y porque no entendió una orden de uno de los más pringados del ejército, pero con la autoridad suficiente como para arrestar.

e-libro.net

Según decía antes, quería irse a una isla desierta sin electrodomésticos, ni tele, ni nada, a vivir en pleno contacto con la naturaleza. Luego quiso ser presidente del gobierno; yo le dije que se presentara a las elecciones, que yo le votaría. Al final espero se diera cuenta que me estaba riendo de él.

Ha sido un niño problemático, que en principio fue buen estudiante, pero a medida que pasó el tiempo, se hizo uno de los peores; ha estado en manos de psicólogos, pedagogos, etc., nadie sabe enderezarlo.

Según dice ahora, quiere ser policía local, para servir a la sociedad. Dice, y asegura, que quien estudia lo hace por dinero; pero sobrinote, ¿y quien trabaja lo hace por amor al arte, de gratis?, lo dudo, es más cuanto más se cobre mucho mejor. Esperemos que algún día se de cuenta que su vida ha sido una sarta de disparates, y que realmente lo que ha sido, y es, es un niño mimado.

Menos mimado a estado Dani, y sin embargo, hasta este último año, siempre había sido un buen estudiante, pero ahora al llegar a COU, se ha vuelto bobo, como el hermano, y no le gusta estudiar, o le cuesta más. Yo he pensado, no ya solo en que se haya hecho un pasota con la moto, su pelo largo y su novia, sino lo que es peor, que le está mandando a la droga. Esto, lo pienso, seguro, porque el ladrón piensa que todos son de su condición. No, no han tenido mucha suerte Pepe y Maru con sus hijos; quizás cuando llegue, si Yeray llega alguna vez, que lo dudo, a una carrera, esperemos que reaccionen. Dani, el año pasado suspendió creo que una para septiembre; malo, malo; a mi casi me pasó lo contrario que a los genios: en BUP y COU capeé el temporal, pero en la carrera, me hundí completamente, tanto en lo referente a la salud, como al intelecto; conseguí muy pocos logros, y de estar en una buena posición pasé a ser el "apestado" de la carrera; y por último un inútil. "Dios, no permitas que eso vuelva a ocurrir más".

Y vuelve a ocurrir, ya les he contado cómo se me pegan las sábanas.

Mis últimos tres sobrinos, dos varones y una hembra, no están bautizados; esto no trae mas que problema tras problema. No comprendo esa absurda moda de no bautizar a los hijos; mas que sea, por el mero hecho de librarles, de engorrosos trámites cuando sean mayores. ¿Qué ellos después se quieren bautizar en otra religión?, pues que lo hagan, pero, ¿y si piensan que como todos, están bautizados, y luego no lo están?, es un follón, como por ejemplo a la hora de casarse por la iglesia.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Estaba en la farmacia, me resultaba de lo más horroroso el trabajar para un sabelotodo, que como les comenté, un día me dijo: "Yo, antes me creía bobo, sin embargo ahora no veas…". ¿Qué quiso decir con eso, que ahora se consideraba inteligente? Sí, el dinero hace ver muy distintas las cosas; ya lo dice la Biblia: el rico será tenido por inteligente y el pobre por bobo; es más, "había un pobre muy hábil, capaz de evitar una guerra, pero por ser pobre, nadie le oyó". En fin, que la vida es muy triste. Encima, si eres pobre, no olvides eso de: "en boca cerrada no entran moscas". Eso es lo que hice todo el tiempo con este jefe; afortunadamente.

Es más, Saso, cuando me hice profesor, me dijo:

—Mejor, así no te vuelves mohíno en esa farmacia.

Pero ahora, no quedaba más remedio, volvía a ser un mohíno y oscuro farmacéutico. Encima, me daba la sensación de no tenerlas todas conmigo, como si el jefe se llevara mal conmigo.

Siempre he tenido la duda si él, el jefe, se había olvidado de pagarme, o no me quiso pagar el mes que se retrasó, casi diría que me lo quería descontar por la enfermedad.

Un día de esos, en que pensaba ir a un chino con Control, fui a su casa a buscarlo; una vez llegué allí me dijo:

—Vamos a La Fragua, un sitio de carnes muy bueno.

Yo no pensé que fuera a ser un sitio postinero, pues si no, como iba yo vestido no se me ocurriría haber ido; iba con una camisa naranja, la misma del viaje a Portugal, y que a quien primero vi con ese color, fue al Sr. Vila.

Para ir por la zona de mi casa, o a una pizzería o similares restaurantes de poca categoría, no estaba mal, pero de ahí a ir así a un sitio de postín, iba un gran trecho. El restaurante estaba en la Avenida. No pensé que fuera de mucho boato, a pesar de ver a Control vestido con ropa de marca, "como un viernes más", pensé.

Pero no fue así, era uno de los mejores sitios de carne de Las Palmas. Afortunadamente, llegamos pronto, muy pronto. Serían aproximadamente las ocho y poco; pues yo salía a las menos cuarto, y nada más salir, lo que hice fue coger un taxi y dirigirme a casa de Control; o sea que antes de las ocho y media ya estábamos comiendo.

Me sentía muy trincado. Sólo al ver el uniforme de los camareros, me dije: "Tierra, trágame", aquello era de postín y yo casi iba como iba al trabajo. Sé que últimamente, yo vestía mejor que la media, pero también sé, que

e-libro.net

cuando iba a un sitio caro, me vestía infinitamente mejor. Me dejaría cortar los cojones, que Control lo hizo adrede, o sea el no decirme que íbamos a ir de lujo, para así él destacar sobre mí, era como si siempre apostáramos a ver quién iba mejor vestido, de otra cosa yo no sabía "presumir", pues incluso de libros muchas veces me da vergüenza hablar, me da la sensación de que aburro.

Pedimos una ensalada mixta y no recuerdo qué más. Lo de la ensalada lo recuerdo, pues comiéndomela, se me atragantó una loncha de pepino, que al no masticarlo, se me adhirió todo ella a la garganta, de tal forma que no me dejaba respirar; empecé a asfixiarme de tal manera, que me vi en un tris de que la palmaba allí mismo. Fui corriendo al baño, sin tener claro donde quedaba éste, afortunadamente di con él, sin que nadie me lo indicara; seguro que ahí jugó el instinto. De todas formas de nada me servía estar en el baño. Sí, he de decir que aquello fue milagroso, pues sin saber cómo, salió despedido el trozo de pepino de mi garganta, el que ocupaba toda la entrada para el aire y la comida, era como un parche que cubrió todo el agujero, y con el que me estaba asfixiando sin remedio.

Empecé a recuperarme, rápidamente; cuando salí, se lo comenté a Control, quien no me tomó muy en serio. Tenía como un sudor frío, comenzaba a vivir, más nunca se me olvidaría esa experiencia. No por nada, sino porque para combatirla no estaba preparado. Hoy, ya sé cómo hacerle frente, gracias a Jose y al periodista Ramón Sánchez Ocaña, quién lo explicó en un informativo en el que él trabajaba; lo hizo muy bien, así hay que coger, al atragantado por detrás, con nuestras manos unidas y los dedos entrelazados, cogerle debajo del esternón y allí con las manos empujar hacia arriba; finalidad: expulsar rápidamente el aire de reserva de los pulmones, y así con la fuerza expansiva del mismo desobstruir las vías respiratorias. Si uno se ve solo ante esa tesitura se ha de apoyar sobre algo firme y fuerte, presionando las manos debajo del esternón, o sea como se haría en caso de hacérselo a alguien, aunque aquí es uno solo sobre sí mismo. Agradecí el estar mejor, pero ya para mí, fue un fracaso total dicho restaurante, al que en otras ocasiones volvería a ir, pero entonces ya sí, como un gran señor; precisamente cuando económicamente hablando no lo era.

Todo era nuevo para mí, y a tanto lujo, no estaba acostumbrado; pues a lo que sí sabía que podía ir sin problema era a Bosmediano (Casa Ñoño), y similares.

Íbamos mucho a los chinos y a comer pizzas; gastábamos quizás más que en restaurantes caros, pero allí éramos señores, mientras que en los últimos éramos pringaillos.

Según dijo el Lu, a La Fragua, solía ir el pastor con el que ellos tuvieron problemas; el tipo de problemas, han ido saliendo poco a poco, aunque para ser sinceros, me extrañó que por un simple asunto de faldas, se cambie tan radicalmente de vida, de forma de ser, y de visión del futuro.

El Lu me confesó, cómo a veces hacía ciertas cosas de mala gana, para que le expulsaran de sus trabajos anteriores.

Un día, me lo veo todo rapado, le habían pelado al cero, seguro que con la cosa de que después le creciera el pelo más fuerte, cosa que no ocurriría; estaba medio calvo, y era un candidato a calvo total.

Le comenté de un par de productos para la calvicie, pero que a pesar de lo caros que eran, no aseguraban un resultado ni siquiera medianamente óptimo, no escribo aquí el nombre de los crecepelos, para no hacer propaganda, de algo en lo que no creo.

Quizás el tomar vitaminas y aminoácidos para las uñas y el cabello sea más efectivo, aunque tampoco lo sé con certeza; de todas formas un aporte extra de estas sustancias hidrosolubles, de vez en cuando, no nos viene nada mal, entre otras cosas, porque no siempre la alimentación es todo lo equilibrada que se quisiera; ya sea por motivos de tiempo, de conocimientos, o económicos, que no todos podemos comer aceite de oliva en las comidas.

Siempre he intentado llevar una buena alimentación, aunque muy pocas veces lo he logrado; y principalmente por motivos económicos.

En la farmacia, parecía que era pecado el que nos vieran sentados; allí los únicos que se podían sentar eran el jefe y el encargado; los otros, debíamos estar siempre de pie. Es más, en la silla giratoria los empleados no se ponían a cobrar sentados en ella, quizás porque era incómoda o quizás para que no los tomaran por comodones y por ende gansos; quién más se solía sentar allí era Ligia cuando nos venía a saludar de vez en cuando. Charlie, a veces se sentaba, aunque cuando oía un ruido, inmediatamente se bajada de ella. Yo cuando con los de la farmacia hablaba del jefe, le trataba de don, aunque bien sabe, el que todo lo sabe, que no me inspiraba mucho respeto, mas que su gran cantidad de dinero, que tan fácilmente ganaba.

e-libro.net

Recuerdo, como Quillo me dijo de ir un día al cine; acepté, y fuimos a ver la archifamosa película: “El silencio de los corderos”, también se apuntó Yeray, aunque él quería y eso hizo, ver otra película; no recuerdo cual. Antes de salir, Maru, me dijo:

—Ten cuidado con Yeray, que es un poco “mago”, está acostumbrado al campo, y no a la ciudad.

Yeray se llevó unos cuentos, y eso me extrañó bastante, pues pensaba: “¡Ay! Si fuera un genio, pero no lo es, es más bien todo lo contrario”. No me explico el por qué siempre iba con cuentos y libros a todos lados, si no entendía, seguro, lo que leía.

Quedamos con Yeray, después de él entrar primero a la película, en vernos a la salida.

La película me gustó, aunque para ser sinceros no la vi del todo, pues muchas veces me ponía la mano en la cara, ya que me causaba auténtico pánico el film; no soporto la violencia ni la maldad, y encima fui a ver una de psicópatas.

Aunque el final debería gustarme, no me hizo tal efecto; recuerdo como (bueno, digo esto como si todo el mundo la hubiera visto), al final el psiquiatra asesino, se queda en libertad, en el extranjero, pero en libertad; no recuerdo a qué continente fue, pero emigró, eso seguro.

De todas formas de lo que se trataba era de que la protagonista, atrapara al asesino de las jóvenes; eso hizo, y encima lo mató. Ella solita. Por ese lado, fue un final feliz, y porque su última víctima, la del asesino, no murió.

Cuando salimos del cine, lo hicimos por otra puerta distinta de la entrada, allí no vimos a mi sobrino y le dije a Quillo, que iba a buscarlo por el otro lado. Cuando fui por la entrada me lo veo al pobre, nerviosísimo, por no vernos; no se le ocurrió preguntar a qué hora salíamos de la película ni por donde. Tanta imaginación que dice que tiene y no le sirve de mucho.

Iba “Yeroqui” (como a veces le llamaba), con uno meiba Hot Tuna, y con una camiseta de la misma marca, y playeras; Quillo iba con vaqueros y yo fui con pantalón de pinzas, tal y como ya empezaba a ser frecuente en mí.

Me dio pena del pobre adolescente, allí solo, sin saber qué hacer. Tal y como me dio a entender una tía, Dulcina, años después, no es muy despierto. Mejor veían todos a Dani.

Quizás se ha mimado mucho a Yeray, por ser el primer sobrino de la familia, y el resultado es ese; esto no quiere decir, que no sea una excelente persona, pero qué le vamos a hacer.

El que ha cambiado demasiado es Daniel, a él sí que se le nota la agresividad de la adolescencia, período este sumamente conflictivo, como ya les he contado que me sucedió. Queridísimos lectores me van a perdonar si repito un güevo de cosas, pero entre tal mogollón de folios es algo lógico; encima, no pienso corregir mucho mis escritos, no los considero tan atractivos y amenos como para ello.

Sé quizás que aspiro a cosas no merecidas, pues otras cosas, como la carrera que tan merecida tenía, y si esa se me hizo de rogar muchísimo, no les digo nada sobre el ganar algún premio con estos folios. Recuerdo, cómo me dije en alguna ocasión, cuando tuve el brote: “¿Pero y a Tomi, y a los otros, les costaría tanto sacar la carrera?”, estaba seguro que no. A ellos siempre les ha sonreído la vida; a mí, parece que me ha hecho una mueca de desagrado; aunque parecerá que me estoy quejando, no lo considero como tal. Tómenlo, como un triste mirar atrás; pero y ¿qué ha sido todo este libro sino eso?

He estado hoy, un poco pesimista, pero ya parece que vuelvo a retomar el optimismo, al ver a unos drogadictos que trafican, esperando a que vinieran compradores. Si no ha cambiado su jerga, es de lo más vulgar y deprimente:

-¡Oh!, qué tal colega; ¿quieres jaco, caballo, heroína…?

Si le compras eres un tío suave, si no un pijo de mierda; pijo porque uno no se droga, porque no arruino mi vida con ellos, y como ellos; quizás ellos digan que llevan una vida tranquila y cómoda, lo dudo. Nadie está contento con su suerte, pero, ¡qué demonios, por qué ha de ser uno tan negativo! Hoy llevé a mi madre al médico de urgencias, por un dolor en la articulación del tobillo derecho, y la doctora le dijo que debía ser más optimista; yo me pregunto si ella lo es, aunque yo bien sabe Dios que lo intento.

Me moría de ganas, cuando escribía la etapa de mi vida anterior a convertirme al cristianismo, de nombrar continuamente al Señor nuestro Dios, pero me debía reprimir, para no adelantar acontecimientos; hoy ya no me importa mencionarlo.

Quizás crean que soy un carota por pretender llevar una vida como Job, pero no crean que he cogido la vida más fácil, pues el diablo lo tentaba, y me tienta, infinidad de veces; y a Dios, ya lo dijo bien claro Jesucristo: no se le han de pedir pruebas; aunque al Padre, los antiguos, se las pedían constantemente.

e-libro.net

Pero qué más pruebas quiero, tengo una familia unida que nos queremos y que afortunadamente, tiramos para longevos; aunque yo con el alcohol y el tabaco, sigo el mismo camino que mi padre, y quizás que Joaquín. A mis tías iba a verlas casi todos los meses, ahora a la casa pues el trabajo no me permitía visitarles a otras horas; ya saben, iba los sábados al mediodía a comer a su enorme y bonita casa, bueno, para ser sinceros, era más bonita por fuera que por dentro, al menos que la cocina el baño y lo que generalmente veía.

Lo mejor de todo, aunque hacía tiempo que no la veía, era la biblioteca de Joaquín; en estos años, me da vergüenza decirles de verla, pues no tengo ni idea si les molesta o no les gusta. Lo que ahora voy a escribir, y que me gustaría que alguien me aclarara, es lo que dice la Biblia, sobre lo de que no hay que adorar a los ídolos, que son simplemente cosas hechas por los que trabajan el barro, la madera, etc. La Iglesia católica, tiene infinidad de ídolos en sus recintos, y, ¿hay que adorarlos, o por el contrario, seguir fielmente las Escrituras, y no hacer caso de ellos? Esto me mortifica constantemente, no sólo ahora, sino casi desde que me convertí, en el que empecé a rezar al crucifijo que hay en el cuarto que era de mis padres. Poco a poco me he ido planteando cada vez más, si hay que hacerles caso y creer a pies juntillas que al rezarle a esa imagen, se le reza a Dios, o si por el contrario lo que está uno haciendo es idolatría; quizás para algunos esto sea blasfemar pero lo cierto es, que esto dudo, y he dudado, motivo por el que ahora lo expongo.

Sé, que no están hechos con las sobras, las imágenes, más bien me imagino que sea todo lo contrario, o sea con materiales de primera calidad; pero aún así, tantos santos, ¿será bueno eso?; me gustaría que me ayudaran a resolver esta duda.

En fin, pasemos a otro tema, que sea menos escabroso, a saber: ¿recuerdan cuando D. Victorino me dio a entender que yo era un tolete, que al menos debía intentarlo, luchar y luchar?; hoy sé que ese magnífico profesor, al que nunca vi actuar en sus clases, tenía razón, sí, al menos inténtalo, aunque se te vaya la vida en ello.

Yo sin embargo, desperdiciaba mi vida en copas y copas, por no nombrar otras sustancias.

Era increíble, pero siempre que salía con Charlie, comprábamos coca, y encima él me repetía continuamente: “Porque yo, se podrían contar con los dedos de la mano las veces que me he echado coca”. Mentiroso asqueroso, si ni siquiera él se lo creía.

Recuerdo cómo una vez, fuimos los dos a un festival de música en Las Canteras, y antes, lógicamente, pasamos a comprar droga por lo que antiguamente se llamaba Plaza de España; compramos chocolate, pues yo le dije que no comparaba coca, por lo que él tampoco compró, seguro que le parecía excesivamente cara pagarla él.

Quedé con Tomi y Herse por la Avenida de Las Canteras, allí fui y vi a un mogollón de gente increíble, me acerqué a ellos y deduje: “vengo mal vestido para este evento, demasiado pijo”, motivo por el que opté decirle a sus padres, que también estaban allí, que le dijeran que yo me iba.

La madre como siempre me miró con una mirada de orgullo, mientras seguro que pensaba: “mi hijo te ha ganado”, razón tenía, no sólo era un ganador en la carrera, sino también en el trabajo, y cómo no, en la familia. Se lo merecía todo, yo sin embargo, era un inútil fracasado, y encima me drogaba; como verán, buen futuro me esperaba.

Charli me daba prisa para que nos fuéramos, pues estaba acomplejado, de verse allí con chaqueta y todo el mundo de vaqueros, o como oí decir: con pantalones americanos.

Yo daba por seguro que me iría, pero me debía despedir de los padres, cosa que hice, y ellos me dijeron que también vendrían sus hijas con sus maridos.

“Vaya, el Tomi me quiere tener al lado de toda su familia. Pero no, me voy, pues no tengo ganas de estar fingiendo que estoy bien, cuando no lo estoy en absoluto”.

Nos fuimos finalmente, al menos acudí a la cita.

Nos fuimos Charlie y yo paseando por las calles para no ir por la avenida, para no pasar más vergüenza; al final, llegamos donde siempre le gustaba ir a él, yo, esta vez, y para que empezara a darse cuenta de que me tenía más que harto, y que no me iba nada su rollo, no entré, me fui a otro sitio. Encima, cuando íbamos a ese bar, él me dejaba sentado, y empezaba a mariposear de una en otra.

Hoy no sé cómo estará el mercado laboral, pero en esos años, el trabajo de chacha, era de los peores considerados. Hoy ya, por suerte, hay mujeres barrenderas y jardineras; así que el ranking de categorías laborales, no tengo ni idea como estará.

Sí, me daba pena de las chicas que me presentaba, y no sabía de qué hablarles, pero es que no me atraían, no creo que sea elitista, o sea, un clasista de mierda, que quizás lo soy, pero tengo presente eso que leí cierta vez que decía: “Hay igual posibilidad de casarse con una mujer rica que con una pobre”. Para mí rico es cualquiera que

e-libro.net

tenga un par de pesetas o un trabajo más o menos bien remunerado, pues yo estoy en los puestos más bajos de la economía de la sociedad. Es posible que culturalmente no tanto, pero sí económicamente, al menos en lo que a mi persona se refiere.

Me fui yo solo y le dejé a él en su bar preferido.

Una vez, que él empezó a salir con una maestra de estudios, la auxiliar de farmacia, de lo que estaba empezando a ejercer, nos llevaron junto a una amiga, Charlie me dijo que no fuera muy bien vestido. Yo, haciéndole caso, fui como un día de trabajo, así él parecía el rico y yo el pobre. Nos fuimos a un bar en el Puerto, donde no hablé nada, y su amiga, muy bella, me daría por subnormal y pobretón; se llevó tiempo después un sorpresa, y no le recordé lo mal que me trató.

Iba tan mal vestido, que incluso al ver a unas chicas que iban de fiesta, al menos iban muy bien vestidas, justo como las que a mi me atraen, que ellas me viraron la vista.

He de decir que nuestras “amigas” eran muy, muy guapas; para mí se me hicieron muy cuesta arriba, encima de lo mal vestido que iba, de la dependencia a las drogas que tenía, estas entre otras cosas, me hacían considerarme inferior.

Recuerdo, cuando veía a la novia de mi hermano, Soraya, la de esos años, se me hacía la boca agua. Estaba buena, y ella lo sabía, usaba ropas que realzaban más su figura; estaba ciertamente muy potable.

Ellos se iban los sábados de juerga los dos juntos, luego venían a mi casa, y cada uno se quedaba en una habitación distinta; cuando me levantaba al día siguiente, veía a ellos dos, atontados, no creo que fuera sólo de dormir, sino de las resacas tan grandes que sospecho que tenían.

De todas maneras, yo no era menos. Todo lo contrario.

Cuando salía por ahí, Sora me decía:

-¿Qué, vas a ir a cenar?

—Sí, sí, –le respondía.

De todas maneras, nunca tuvimos grandes charlas, a no ser con motivo de su fin de estudios en una escuela que las formaba como azafatas.

Recuerdo cómo iba potentísima cada vez que iba a clase, con su traje de azafata de congresos y cosillas de esas: ¿Qué cómo iba vestida?, pues con minifalda roja, chaquetilla a juego, camisa blanca y un pañuelo haciendo juego; muy, muy coqueta. Espero que Sora no lo lea, pues si no, se daría cuenta de nuestra asignatura pendiente, de la que espero no haya nunca una recuperación.

Jose no me parecía suficientemente inteligente como para saberla llevar, aunque parece que lo que se debe dar es todo lo contrario, al menos eso oí decir a mi madre y a Margarita: “Parece que Sora sabe llevar a Jose, es que para estar con él, hay que saberle llevar”. Supongo que eso ocurrirá con todos.

Bueno vamos ahora a hablar de temas menos pesados, pero dentro de los que suelo ocuparme, a veces: la Monarquía. No voy a decir que vivo mal con la monarquía, es más, es posible que con otro tipo de estado, no viviría mejor; pero, ¿y infinitamente mejor que yo, no vive esa familia?; si no fuese así, ya se habrían ido. A todos les, nos, gusta, las riquezas, y si esto se consigue haciendo lo menos posible, mucho mejor.

Yo no me debería quejar, pues pertenezco a una “buena familia”, que aunque me ha desheredado, me dejará el nombre, lo que me ha traído más problemas que otra cosa.

Seguro que al príncipe Felipe, no le gusta ser lo que es, pero, también es seguro que no se ha leído “El príncipe y el mendigo” de Mark Twain. Y si se lo ha leído, no lo ha hecho con fruicción. M pregunto por qué dejó sus estudios universitarios, entre los que de seguro no se encontró con los problemas que yo me encontré. Seguro que se encontró con otros que él sólo sabrá, pero les aseguro que me gustaría saberlos en su totalidad y así juzgar en una justa medida, para poder comparar sus problemas con los míos. ¿Era para volverse loco lo que a él le pasaba?, lo mío, sí.

Nunca he podido llevar a ninguna novia que yo tuviera a Miami, a lo sumo la podía invitar al bar de la esquina, siempre que no fuera muy caro. Pero él, por ser un personaje público, y huyendo de la publicidad..., bueno, ya se sabe. ¡Vamos, hombre vete pa’llá!, él es rico y puede hacer lo que el dinero permite. Yo soy pobre y puedo hacer muy poco si es con dinero como se hace lo que quiera hacer.

Eso no lo pensaba cuando tanto bebía, son reflexiones de después, de ahora mismo; no digo que cuando esto lo pase a ordenador, tenga otra forma de pensar y lo quite; o me resulte peligroso, pero ¿con quién me voy a meter, si no es con lo relacionado con la política?

e-libro.net

Me van a perdonar que salte de un tema a otro, pero hoy es sábado, y por ese motivo supongo que las niñas se arreglan mucho para salir a la calle, lo cierto, es que se me van los ojos a ellas; preferiría que desde este cuarto, se viera el mar, sólo el mar, con sus barcas y barquitos. Pero no, se ven chicas jovencitas, pero que ya son independientes y provocativas. Supongo que van a la nada, digo que supongo, pues mi relación con el mundo exterior, hoy día, es muy escasa.

Pasemos a un poco de tiempo atrás, escasos meses, cuando fuimos al monasterio; recordarán que yo no fui con el Lu a ver las abejas, de seguro que era porque recordaba de pequeño cuando leía los tebeos, que algunos entrometidos, se iban a los enjambres y las hacían cabrear, por lo que no dejaban en paz al incordiador hasta que se metiera en el río y así ellas, o se iban o se ahogaban. Un detalle a reseñar, es que aquí no hay ríos en los que poder zambullirse y escapar de ellas.

Cuando pensaba en Celeste, sabía que ella me acompañaría a Agaete, pues le gustaba, o eso decía, vivir en el campo. Estaba buenísima, por lo que también estaría muy provocativa, con el tanga rojo que pensaba que usaría; igual al de la chica de Las Canteras y que no he podido yo olvidar.

No era eso sólo, sino encima, tendría experiencia en farmacias, en despachar, en preparar las recetas, en recibir y mandar el pedido, en la caja, en definitiva estaba enterada de cómo funcionaba una farmacia, y encima seguro que al hacer las cajas, sabía más que yo de cuanto se hacía diariamente en la farmacia por término medio. ¿Que era interesado mi amor por Celeste?, no, todo lo contrario. La quería, o estaba encoñado, sin haber probado su coño, y encima tenía esas ventajas que mencioné arriba.

Pero ya he dicho, como es igual de difícil casarse con una rica que con una pobre, si fuera un interesado, lo haría con una de la aristocracia; de todas maneras con esas me sería más difícil, pues pocas (ninguna) se relacionan conmigo.

Mi madre, se pintaba de toda la vida, y lo mismo que se pintaba se acostaba, pues nunca se desmaquillaba por las noches, yo le decía que por qué no se despintaba, que en la farmacia había cosas para ello. Se acostaba con la pintura puesta, con lo que ensuciaba toda la cama y seguro que estropeaba su cutis; de todas maneras ella nunca me hizo caso, hasta que un día se lo dijo una chica del Corte. Aparte de eso, al día siguiente estaba hasta que se volviera a pintar, medio pintada (mal pintada) y medio despintada (con la pintura toda corrida).

Tuvo que ser una dependienta quien se lo dijera, para ella mentalizarse de que así era mejor. Hoy día, ya no puede irse a la cama sin desmaquillarse, afortunadamente.

Ya estaba acostumbrado, pero estaba horrible cuando se levantaba con el maquillaje todo corrido.

A veces, pensaba que Celeste habría acompañado a Jorge, el empleado con el que más migas hacía, a pesar de yo creer que era con el que peor se llevaba, al menos por lo que veía, aunque hoy no podría asegurarlo, a un paseo por el Parque Hermanos Millares, y en éste, se habrían dado la mano. Otras veces iba más allá y pensaba cómo quizás le habría dado Jorge un beso: “¡Ajj, noooo!”, sufría, “en fin, sí, la perdono”. Eso me parecía horrible, pero después, y esto lo veo ahora, no me resultaba horrible la vida de putañero, borracho y drogadicto que yo llevaba.

Sabía eso sí, que esa vida no me llevaba por buen camino.

Aunque sinceramente, la vida que llevaba no me gustaba nada, empezando por el trabajo, que lo odiaba, no lo sentía gratificante. Yo decía una cosa y era, “cuando sea el jefe, pondré a trabajar a gente de mi edad, o sea sobre los veintitantos a treinta”. Hoy pienso, que cuanto más jóvenes, más moldeables son, aunque también a veces salen rebeldes.

Un día, fui de compras con Charlie a El Corte Inglés, allí estaba su cuñado, que era jefe de sección o de planta, no recuerdo exactamente su rango. Yo fui a comprarme una chaqueta, Charlie se compró un par de camisetas, yo también me compré una muy bonita, el dos o tres, con la tarjeta del cuñado, pues le hacían así descuentos. La chaqueta me quedaba bien, y según me dijo un dependiente: “Le queda perfecta”. Él, el cuñado, no lo encontró así, por lo que dijo de arreglarla; yo tenía prisa, y me la quería llevar en se momento, pero el cuñado, que de eso entendía, me mandó hacer un par de reformas, asentí, a pesar de que la quería para esa misma noche, pero me tuve que aguantar.

Sí nos llevamos en cambio las camisetas, que yo no quería para nada, pues sólo las uso para ir a la playa, mientras que Carlitos sale con ellas por la noche, y cuando ya las tiene muy “vistas”, las lleva al trabajo.

Charlie me invitó a la Primera Comunión de su hija, e inmediatamente pensé que eso era lo mejor que le podía pasar a su hija; le quise hacer un buen regalo, una cadena con un crucifijo; no era de una gran calidad, pero quiero recordar, que me gasté sobre las doce mil pesetas. La cadena no era buena, ni grande, era algo endeble, pero

e-libro.net

rematada con un crucifijo que no estaba mal. Era, eso sí, ya que no muy gorda, sí era de buen oro; me lo consiguió el amigo de mi hermano Jose, cuyo padre se dedicaba al oro (era un alto ejecutivo); él, el hijo: Salvador, era un niño bobo, pero rico por su padre. Salía con toda una preciosidad, está claro que estas chicas, huelen el dinero. Ella estudiaba capataz agrícola o algo por el estilo. Era pelirroja, y enormemente atractiva, toda una chica de alto caché; sus padres según creo, también tenían algo de dinero, pero creo que no tanto como el padre de Salvador; su madre, la de Salvador, también era tremendamente hermosa, estaba buenísima, sólo la vi una vez, pero fue suficiente para saber que en esa casa había dinero a mansalva.

A la Primera Comunión, llevé una chaqueta de marca, que había ido a comprar con mi hermana Maru a Cortefiel; allí vi la chaqueta y un joven dependiente me atendió; tenía muy mal ojo, o pensaba que a todos nos debía quedar la chaqueta como a él la suya: bailando; así me la compré, cosa de lo que no me daría cuenta hasta tiempo después; también me compré una camisa rosada, muy mona, pero también excesivamente grande. A todo, el dependiente me decía que me quedaba bien; me juego y encima con la edad que tenía, que su experiencia, no era nada grande. Era más bien un inexperto, y me vistió fatal, de forma nefasta. Lo raro es que Maru, seguro que por verme tan ilusionado, no me dijera nada, que me quedaba todo flojo.

Charlie, para mi desgracia no invitó a la Comunión a Celeste, aunque sí a la chica que le atraía del Más Salud, Palmira.

Fui al bautizo con esa ropa, y con unos pantalones muy buenos del “Corte”, junto con una corbata roja que me había regalado mi hermana Saso. Fui hecho todo un señor, aunque todo me quedaba bailando; llegué a la Iglesia donde se producía el evento, y allí primero saludé a Jacinto y a Juanito, luego entraron todos y yo me fui con Ramón, quien palpó el cuello de la camisa con la disculpa de ver por qué me quedaba tan flojo, realmente lo que hacía era calibrar la calidad del tejido. Seguro que se quedó rascadísimo. Él llevaba la misma camisa de todos los días, buena, pero excesivamente usada.

Al llegar a mi casa con la compra de Cortefiel, me di cuenta que a la chaqueta le faltaban la mayoría de los botones, motivo por el que cuando tuve un hueco, los fui a pedir; tuvieron un gran detalle y no me los cobraron.

Vi al pibito, y me dije: “Chico, mira que eres incompetente; yo pensé que siendo joven eras más intrépido, pero no, no lo eres”.

Me fui con Ramón a un bar, él se tomó un carajillo y yo un cortado; lógicamente lo pagué yo todo, cómo iba a ser si no. De todas formas, llevaba un tiempo sin salir con ninguno de esa familia, y me encontraba bien.

En la celebración, cerca de mi casa, apenas bebía para no meter la pata. Me tomaba en el bar de al lado cervezas sin alcohol; luego allí me tomé uno o dos güisquis muy rebajados; estaba incómodo, aquella familia no me atraía nada, y me sentía lago rechazado por ella. Yo era el único que iba trajeado; a todos los acontecimientos en mi familia íbamos generalmente todos bien vestidos, y más últimamente, que en nuestra familia había entrado un gran líder: Juancho. De todas maneras, daba también la impresión mi familia, de ser una familia en declive, sólo luchábamos tres, Juancho, mi sobrino Dani y un modesto servidor.

En la celebración, estaba también la madre de Yve; por parte de Charlie, estaba toda su familia, muy modesta, tal y como pude apreciar, a pesar de él echárselas con sus padres y demás. Me saqué una foto con Palmira, me la sacó Charlie. Ella no estaba mal, pero había lago maligno en su mirada, que no me gustaba lo más mínimo.

Allí también estuve con su madre, a la que le pregunté:

-¿Está contenta por tener a su familia junta?

—Sí –me contestó ella sin aumentar la conversación.

Yo me corté y poco más aumenté; lo que le había dicho era por oírselo a mi madre, y suponía por tanto, que era característico en todas las madres; es posible que ella no me quisiera ver dentro de su grupo.

Al tiempo, después de estar con Juanito y Jacinto, les dije que me iba. Eso hice.

Cuando pisé la calle, con unos zapatos que también me quedaban flojísimos, me sentí otro, libre, sí, libre al fin. Me dirigí rápidamente a mi casa, me fui caminando, pues la celebración había sido en los bajos de la casa de José Juan, el encargado de la farmacia, que a la vez estaba bien relacionado con los del edificio; supongo que el piso era propiedad de él, pues si tenía un muy buen coche, no había razón para que no tuviera también un buen piso.

Palmira iba muy bien vestida, Charlie con la chaqueta que se había comprado nueva, con una camisa y unos vaqueros, o sea, como a él le gustaba ir.

e-libro.net

Quedaba cerca de la Iglesia de Santa Isabel de Hungría, iglesia a la que yo iba de pequeño. “Recuérdenme que he de ir otra vez a esa iglesia”, la que me gustaba mucho, a pesar de lo del homosexual. He de confesar que ese capítulo, me marcó algo, no quiero decir con esto que fuera decisivo en mi vida, pero sí me alarmó lo que el fulano hizo saliendo del templo.

Después de la celebración, fui por mi casa, comí algo de los fritangos que mi madre me había dejado, me cambié de ropa, e inmediatamente, llamé al Lu para ir a su casa; algo tenía ese Lu que me atraía su compañía grandemente; aún, no nos habíamos cabreado ni una sola vez, en todo el tiempo que nos conocíamos; de todas maneras, recuerden que durante la condenada carrera, sólo iba a verlo una o dos veces, cada vez que venía de La Laguna. Era extraño, pero me sentía atraído a hacerle la visita de costumbre. De su casa, esas veces salía algo raro, pero siempre me ayudaba a creer en algo. Yo le decía, como les conté, que yo me sentía que era el demonio que iba a discutir con él.

Un cierto día, que no porque fuera el único día, pues al Lu le gustaba mucho contar chistes, sobre todo verdes, me contó uno que ha sido el único que he retenido de todos ellos, porque me hizo mucha gracia, a pesar de que a mis amigos no les gustó; es uno que dice un hombre a una mujer:

—Te voy a hacer como una nevera.

—Y eso ¿qué es? –dice ella.

—Pues que te voy a llenar de carne, huevos y leche.

Ja, Ja, Ja, es buenísimo, ¿a que sí?; a nadie le hacía gracia, si quieren que les sea sincero, pero yo, cada vez que me acuerdo de él, o lo cuento, pues es el único que me sé, me río muchísimo, aunque los que lo oyen, no se rían nada.

Me gustó tanto, que pensaba contárselo a Celeste, nada más salir.

También le pensaba decir a ella, nada más salir a cenar, lo que me había pasado en el brote, a pesar de mis amigos aconsejarme continuamente lo contrario.

Para ser sinceros, le pensaba ir con la verdad por delante; todos pensaban que eso era demasiado fuerte. Seguro que me consideraban un discapacitado, pero me niego a ello en redondo; es más, sólo me he valido de él, para no hacer la mili, y para casi meter la pata con el catedrático de Galénica.

Les había dicho que el encargado de C..., me resultaba antipático por lo carota y holgazán que era, y si no, ya se los digo ahora, y no le tengo el más mínimo respeto.

De acuerdo que cuando está el jefe, seguro que trabaja más que un funcionario, pero para su categoría, gana infinitamente más que uno con más categoría; no es nada, es una don nadie que pisa y pisa sin cesar al prójimo.

Me daba miedo que Celeste creyera que la acosaba sexualmente, pero más la acosaba Jorge, y allí nada decían. A veces por mis cartas de amor, pensé que me podía denunciar, aunque de mí poco iba a sacar, pues siempre he tenido el mínimo en cuestión de dinero.

En esos años había ahorrado aproximadamente cuatro millones. Los tenía en la Caja de Ahorros, pero allí no me producían nada, estaba harto. Mi madre me aconsejó que lo llevara al Santander; aún tardaría un cierto tiempo en llevarlo. Cuando me decidí a cambiar de banco, primero hablé con el interventor, pero inmediatamente después, hablé con el director de la pequeña sucursal, Luis, no recuerdo qué más.

Me hizo un gesto como extrañado de todo lo que había ahorrado. Yo cuando vi ese raro gesto le dije:

—Sí, el dinero negro…

Como nada dijo, no seguí contando.

Si me decidí a cambiar de banco, se debió también a lo bien que se portaba él conmigo; si me veía en el bar me invitaba al cortado, y así con ciertos detalles más que tenía conmigo y con mi familia. Era inteligente y trabajador, hoy está retirado, no por su edad, sino por incapacidad física. Tuvo un accidente y se quedó mal de él. Ha aprovechado para retirarse, o sea, que ha sido muy grave la lesión, o no era él tan trabajador como yo sospechaba.

En el trabajo, el jefe me sacó unas fotos, en las que salí de lo más feo que se puede estar, tanto, que muchas veces, cuando me veo en ella, me digo, pero cómo es que soy tan feo, estoy y probablemente soy, horrible.

Siempre me había extrañado, cómo ciertas personas, entre ellas, mi abuela, cómo se cuidaban la dentadura, “eso sí que es suerte, ser tan mayores y tan bien cuidadas”, no caí hasta no hace muchos años, que eran

e-libro.net

dentaduras postizas. Incluso en los años primeros, y durante lo que ahora cuento de mi estancia en C..., no había caído, aunque sí había empezado a sospechar.

Me extrañaba mucho, y me decía, "hay que ver, cuanto mayores son, mejor tienen los dientes". Hoy sé que es todo lo contrario, cuanto mayores son, más dientes le faltan, y no es de extrañar que en la mayoría, la dentadura sea postiza al completo.

Desde que me medico por lo del brote, me ocurre algo extrañísimo, y es tal que cuando me entra un gripe y me tomo antibióticos y antigripales, me entra un sueño increíble; debe ser que se potencian las acciones sedativas e hipnóticas. Lo cierto es que me paso unos cuantos días durmiendo; algunos estados gripales, me los quitaba enseguida, aunque una vez en concreto me lo quité en un día, pues eran grandes mis ganas de salir después el sábado por la noche.

No me explico por qué tanto interés en salir, si nunca ligábamos nada.

Las veces que pude haber ligado, el Lu me cortaba y me desmoralizaba, con él no había manera. Sin embargo, él conseguía a cada momento ligues con los que salir a cenar; al principio era más espléndido, y después se fue haciendo cada vez más roñoso, y no pagaba a su compañera la cena, sino que pagaban a medias.

Una cosa que siempre me he preguntado, es cómo funcionan los aparatos de radio. En cuanto a la electricidad y el ligero estudio de las ondas, que he hecho, nunca he sabido si es que el ambiente está lleno de ondas, que creo que sí, y cómo siendo así no nos volvemos locos con tantas, y por qué no las oímos, y cómo se transmiten para poder captarlas la radio, y después, cómo las transforman en sonidos. Y cómo capta unas y no solo unas, sino toda una serie seguida de las mismas ondas para poder oírlo todo continuo; y cómo las captamos de la península estando tan lejos, pues no tengo ni idea; y qué papel juega aquí la electricidad.

En fin que esto es un cacao, y quizás más propio de un ingeniero de telecomunicaciones, que según creo era lo que estaba estudiando mi primo Antonio José, Tonito para la familia. Yo con el tiempo, dejaría de llamarle por el diminutivo, pues pensaba que quizás no le gustase demasiado. Creo que no, o sea, que no le gusta, aunque no me imagino a los familiares ya mayores llamándole Antonio José. A mí me cuesta llamarle así pero es como le llamo.

Cómo es que nuestro cerebro está inmune a todas esas ondas, también por ejemplo las de la tele.

Algún día se lo preguntaré a mi primo, siempre que me acuerde.

Leyendo una cosa este sábado, más concretamente una serie de preguntas hechas por un periodista al Papa, con motivo de su quinceavo mandato, vi como el año de 1989, se proclamó en Santiago de Compostela, la Jornada Mundial de la Juventud. Yo recuerdo que estaba allí, y no es de extrañar que a mí me consideraran el anticristo, pues son muchos mis defectos, y ante tal acontecimiento, ya no sólo europeo, sino mundial, ¿qué iba yo a hacer en esa ciudad, tan cerca de la catedral?, vamos a ver, se podrían pensar varias cosas negativas de mí.

Quizás el Dr. Creus, me permitió que fuera a acabar allí la carrera, pensando precisamente en lo que ese año significaba para Santiago. Quizá, vamos a no ser tan radicales, yo en esa época no fuera el anticristo, pero sí lo fuera Felipe, y yo era un fiel servidor de él, aunque, pensándolo mejor, más correspondería llamar por ese nombre a Hussein, con todos sus cañones y demás artilugios de guerra. Decía que el señor Márquez, seguro que en España lo era, pues su gobierno, estaba los últimos años lleno de corruptelas. Al principio, fue la libertad, al final, la condenación.

Yo sé que no era un santo, pero, ¿los jóvenes son mejor o peor personas que los adultos?, supongo que habrá de todo; es cierto que yo pensaba: "¡Me voy a llevar el título de esta tierra, cueste lo que cueste!"; no es que considerase mucho mejor aquella facultad, a pesar de tener el renombre que tenía, a pesar de que me consta cómo nos daban clase profesores fumadores de marihuana. En La Laguna, que yo recuerde, a excepción de alguna que otra gran excepción (valga la repetición), no se drogaban. Ni siquiera yo me drogaba grandemente, mientras viví con Águeda.

Pero ¿sería cierto que yo era el anticristo?; ¿no fue también cierto que fui el centro de todas las miradas, cuando yo sólo quería mi puñetero título?, el que por otra parte, aunque me abre ciertas puertas, no lo considero una gran cosa en estos momentos, pues no me permite vivir dignamente. A veces imagino que lo imaginado pudo haber sido posible. Empecé a rezar a Dios, con vistas a un futuro que esperaba fuese largo y fructífero, y sobre todo sano.

Conversaba con Dios y le preguntaba: "¿Verdad que no me vas a acarrear grandes enfermedades, más que a lo sumo alguna minucia?", y las contestaciones eran largas, y alentadoras. "¿No me entrará más nunca un brote psicótico como el que había tenido?", esto me preocupaba grandemente, mi enfermedad, me tenía siempre al pie del cañón. No sabré nunca, ¿por qué cuando en el paroxismo de la desesperación pedí el apoyo del Papa, a

e-libro.net

los poderes laicos, estos se echaron a reír, y me pusieron como una marioneta similar a las de los teatros ambulantes antiguos, que aún se ven el algunos rincones?.

Como hoy voy de recuerdos, voy a seguir así. Recuerdo en especial, cómo en La Laguna, alguna vez estando en el colegio mayor, iba, aunque algo a disgusto, a estudiar a la biblioteca, y digo a disgusto, pues tenía la costumbre de estar encerrado en mi habitación, y así pasar días y días enteros, que antes me parecían demasiados, y hoy veo que perdía grandemente el tiempo; aunque hice muy buenas amistades allí, mejor que luego en el mundo laboral, donde con pocos lo pasaba bien, como por ejemplo con Jacinto.

Pues sigo con lo de la biblioteca, hubo una vez, como mínimo, que había tanta gente en la parte de abajo, que no cabía nadie, por lo que nos dijeron que fuéramos a la de los niños pequeños. Allí había un ruido incordiante de sillas, mesas, cuchicheos ,risas, pasar de hojas de los cuentos, etc, etc., tal que aquello era peor que estudiar en una guagua o en un tren abarrotado de gente. No aprovechaba bien allí el tiempo, aunque me dejaba llevar por mis amigos.

No es cierto que al pensar uno mucho en ciertas personas, se influya en ellas, como creí qeu influyera o influí yo en los socialistas de mierda en el brote (en esa época era socialista, luego me hice comunista, y hoy vuelvo a ser socialista, aunque no creo que vote por nadie, pues mi ciudad está gobernada por un partido de derechas, y aunque a nosotros nos han jodido a base de bien, con las chabolas, después de todo, oigo decir que no parece que lo estén haciendo tan mal).

Este libro está hecho a mano, y dentro de unos meses, hará que empecé a escribirlo, unos tres años, y aún me queda pasarlo a ordenador. Y supondrán ya, por la escasez de trabajos a papel que he hecho, que soy muy lento escribiendo a máquina, y como hago desde mi adolescencia, sólo escribo con dos dedos.

Celeste, mi “amor”, aunque ahora la nombre poco, realmente estaba antes pensando siempre en ella, es más le preguntaba al Señor: ¿Ella me quiere, seremos felices?, etc. A todas estas preguntas, Dios me decía que sí. Hay que hablar con Dios, sí señor, tenerlo como un amigo, pero sin perderle el respeto.

Desde joven empezó a salirme sangre por la boca, pues seguía pasándome, aunque no se lo decía a nadie, pero temía lo peor: un cáncer, que por otro lado, desconozco hasta qué punto, el desarrollo anormal de unas células pueden provocar sangre; tampoco comprendo como ese desarrollo hace que muera gente y no uno o dos, no, infinitas, excesivas, es todo un reto para los médicos y científicos que se dedican a la oncología. Otro gran reto es el SIDA, lo que sinceramente, creo que es una plaga de nuestro siglo. Se oye decir, que se investigue sobre el tema, sin pensar sólo en los beneficios económicos; que quien descubra un antídoto, será el nuevo genio, no sólo económicamente reconocido, sino también largamente reconocido, pasarán a la historia como un bienhechor de este mundo tan magnífico que nos ha tocado vivir. Aunque a veces se nos complique ligeramente.

Según me decía Jacinto, yo era muy lento metiendo las recetas al ordenador, que cómo era el sistema, bien fácil, los medicamentos, tienen todos un número de referencia (código nacional [C.N.]), y ese número está en el precinto de cada medicamento. Que qué es el precinto, pues una parte del cartón que contiene el código de barras específico también de cada medicamento; viene también el nombre comercial del mismo.

Me extrañaba, por qué no había en los ordenadores de dentro escáners lectores de los códigos de barras de los precintos, para pasar las recetas al ordenador, mucho más fácil así que copiando el número del C.N. identificativo de cada medicamento, y para cada medicamento comercializado en España, uno distinto.

Era raro, pues fuera en la caja sí había uno. No creo que fuera por ahorrar, pues, allí incluso vi un lector de microfilm, donde se podían ver todos los medicamentos existentes de los últimos años. Nunca llegué a mirar por él, hoy me arrepiento bastante de ello, pues sería una buena cosa haber aprendido.

Pues sí, según Jacinto era muy lento; lo que pasaba era que me costaba leer los números, estaba medio ciego, según palabras de Álvaro, es que me bailan los números. Quizás no fue sólo para quitarme por lo lento que era, puede (pensando mal de él), porque así no estaba inactivo, por si venía el jefe, o si estaba por allí. Lo cierto es que me quitaba de delante, y yo consentía, aunque no de muy buena cara, pues el otro trabajo a hacer, y que odiaba más aún, era el colocar los medicamentos previamente revisados arriba. Era un trabajo engorroso, y de ese nadie me reemplazaba. “La mierda puta”, pensaba mientras me ponía a colocarlos, disgustadísimo. Hay que ver, sin embargo muchos sábados, estábamos deseando que hubiera pedido para colocar, pues el jefe estaba por allí, y no nos podía ver sin hacer nada. Era un auténtico cabronazo con sus esclavos. Yo era uno de ellos.

He de reconocer, que fui un cerdo, al alegar para pedir traslado de universidad, cuando tuve el problema de Arturito, motivos de salud, que por padecer alergias asmáticas, se me aconsejaba, cambiar de residencia. Realmente hice trampas. Hoy pienso que debía haber sido sincero, que seguro que sacaría más beneficios; de

e-libro.net

todas formas también era cosa del decano, quién no debía habernos consentido eso, sino aconsejarnos lo más prudente y acertado. Gracias a Dios, que el Dr. Creus era el secretario del decano, y quien en definitiva fue el que me dejó hacer eso. Le doy las gracias, pues si no llega a ser por él, no tengo ni idea de lo que me habría pasado, ya que en las universidades a las que pedía traslado, en todas ellas me lo denegaron, al ver el absurdo y manido motivo que alegaba.

Sé que mi padre me llevó a esos médicos, precisamente por eso, por si algún día lo necesitaba, para una posible guerra, o para vayan ustedes a saber qué.

Ya se me ha acabado el rollo para este trimestre en la farmacia, desde el viaje a Portugal.

Estando arriba, trabajando en cualquier cosa, se presentó ante mí el jefe y me comentó:

—Porqué mira, Antonio, ahora se te acaba el contrato, y no es bueno que dos farmacéuticos estén juntos, etc., etc.

En definitiva, lo que me estaba diciendo era que me despedía, sí, que me ponía de patitas en la calle. Yo, no supe cómo reaccionar, eso sí, no me inmuté o al menos eso pensé que transmitía mi cara. El auténtico motivo del despido, quizá nunca me entere, a no ser que salga a relucir con el paso del tiempo. Mi madre, siempre me dice que era por yo llevarme mal con el encargado, que él me malmetía con el jefe. Yo contra C... no tenía nada, aunque pensaba que no era muy justo tanta diferencia de dinero entre unos y otros.

Eso realmente es porque el Señor ha querido recompensar a esas generaciones o quizás me pase como a Job, que Dios le permite al diablo que me tiente con mil un argucias y desgracias.

Seguro que se lo permite porque sabe que por lo pronto aguanto; espero que no me tiente en exceso, de todas maneras, rezo al cielo, para que a mi familia, no me la toque, y le de años sin término.

Como final, es una frase típica y está muy manoseada, pero da a entender lo que quiero explicar.

En fin, todo esto para en definitiva decir, que estaba de patitas en la calle, sin más.

Como cena de despedida, tal y como se hacía a cada uno de los eventuales que se iban, decidimos ir a una restaurante chino a cenar. No fuimos el mismo día que me fui de la farmacia, sino que lo dejamos para el viernes más cercano.

Le dije a D. Rafael, que si quería ir con nosotros a la despedida, él me dijo que sí. Lo tuve que llamar un par de veces, incluso desde el restaurante chino, al que por cierto, fui el primero en llegar, donde esperé a que llegaran los otros tomándome una cerveza sin alcohol.

Estuve como un cuarto de hora esperando a que llegaran todos; no llegaban. Para la ocasión, me había puesto unos vaqueros beige, nuevos; una camisa de manga larga gris, de sport, y debajo una camiseta, la que me hacía mucho más gordo. Encima, llevaba una chaqueta color vino, la misma que tenía desde hacía un par de años. También iba encorbatado, con una que le había comprado a Dafne: negra, con unas botellas de bebidas alcohólicas en miniatura, que estampaban la corbata. Llevaba zapatos negros, los mejores que tenía.

De pronto empezaron a venir y vinieron todos a la vez. Entre ellos, cómo no, estaba Celeste, quién se había enfadado con Mari, por no ir a mi despedida.

El último día que estuve en la farmacia, Celeste hizo una tarta para despedirme; también hubo dulces, que no me acuerdo quién los compró. Celeste estaba triste porque la tarta le había salido mal, se le había quemado.

El último día de trabajo, estaba como flotando, y a la salida, me fui con José Juan a tomarme una copa; el de él, yo lo sé, era el beso de Judas; de todas maneras y en definitiva lo que quise dar a entender, es que no le guardaba rencor, a pesar de joderme muchísimo eso de:

-¡Salga uno!

Cuando yo estaba trabajando, y él no hacía nada.

Le invité a Chivas, aunque no quiso beber mucho por no recuerdo qué.

Acababa de llegar una chica nueva, quién me dijo que en la farmacia que había estado antes, los jefes eran acohólicos y que eso era un infierno; no vestía muy bien, me atrajo algo, pero no mucho, pues me dijo que tenía novio y una niña.

A la cena, fue con un jersey de cuello cisne negro. Estaba muy contenta, según creo porque de nuevo tenía trabajo, eso debía ser. Me había pedido un libro sobre los pulmones, yo le dejé una de las revistas científicas, bueno más que científicas, sobre farmacología, que tenía. Por cierto, me compré la colección entera de esas revistas que aún conservo, y no me he leído ni una, a lo sumo hojeé unas cuantas; por qué me preguntarán, pues pensaba leerlas cuando tuviera la farmacia, o sea, como yo creía, ya en breve. Me la devolvió al tiempo, aunque no me dijo nada; puede que no entendería nada de lo que ponía, pues son para licenciados o estudiantes de farmacia;

e-libro.net

si son o no reputadas, no lo sé, pero parecen serlo; de todas maneras, hubo problemas para acabar la colección; de hecho, creo que la casa editorial ha fracasado, al menos, a mí, últimamente, no me han llegado más noticias de ella, y al principio sí me venía información de libros, que solía comprar, por lo que no puedo saber por qué no me mandaron más propaganda de nuevos libros. Nada, seguro que quebró. En fin, mala suerte.

Tuve que llamar al jefe, cuando ya todos estaban sentados, creo que a un móvil, para ver si venía; al final, me confirmó, que efectivamente iría, aunque un poco tarde.

Empezamos todos a comer, pedimos plato tras plato. Nos sentamos en una mesa redonda con una bandeja giratoria y circular en el centro. Hoy sospecho, que para muchos de la farmacia, el ir a un chino, era todo un gran acontecimiento, cosa que para mí era de lo más habitual del mundo. Podría decir cómo iba cada uno vestido, pues conservo y las he mirado bastante, las fotos de ese día, entre ellos citaré a, cómo no, Celeste, que llevaba una camiseta color tostado y un jersey de cuello en pico, de punto; iba muy mona, aunque seriecita, ya no tan hippy. Debajo no recuerdo que llevaba, ya que no la vi de pie.

Se ponía Oti, que iba con un jersey de cuello cisne blanco muy usado, y un pendiente en un oreja, a jugar con Celeste, haciéndole cosquillas y mil y una caricias; a mí me daría vergüenza hacer eso en público, o ¿tendría yo razón con Oti, que en realidad más que ser marica, lo que ocurría es que le gustaban mucho las mujeres?

Tomé cerveza. Tres cervezas (sin alcohol), me iba atontando poco a poco, y me entraba cada vez más sueño.

A Celeste, se la veía cada vez más flaca, para ser sincero, no me fijé en lo que comió, aunque sospecho que no era mucho. Quizá, me equivocaba sobre si lo que yo siempre pensé que era un cuerpo delgado por naturaleza, era así por lo poco que comía.

Se pasó un buen rato; yo estaba sentado entre Jacinto y Carlitos, mis dos grandes compañeros de trabajo; Jacinto iba con una camisa que ya le había visto un par de veces; Carlitos llevaba una que quizás fuera la que siempre llevaba su hermano; también llevaba una chaqueta.

Ya entrada la cena, vino el jefe. Me levanté a saludarlo, mientras Jacinto decía para sí mismo, aunque algo alto, lo suficiente al menos para yo oírlo:

-¡Bah! ya llegó –en tono despectivo.

El jefe, en cambio me dijo nada más llegar:

—Vaya, voy yo solo con corbata, voy a parecer el jefe.

Y no era cierto, pues yo también la llevaba, aunque quién sabe si fuera una frase que él se tenía ya hecha para cada vez que iba por ahí. Venía algo bebido. Según dijo, acababa de llegar de Madrid, de unos seminarios con los farmacéuticos. Iba con traje de chaqueta, pero eso no era raro verle a él.

Cuando llegó, empezó a pedir y pedir comida, que se volvía loco, y eso que decía, que había comido un montón; también bebió mucho güisqui.

Casi al final de la cena, dijo el jefe:

—Y esto ¿lo va a pagar todo Antonio?

—No, lo pagamos entre todos –le contestó José Juan.

Me regalaron una gran tarjeta; una tarjeta gigante, en la que todos escribieron algo; ya no recuerdo lo que cada uno puso, aunque sí que mi jefe me puso, algo relacionado con mi bondad, como que el mundo era nuestro, de los bondadosos; quizás lo puso por cumplido. Quién sabe, aunque estaba bastante bebido como para ello. Recuerden: “el jefe nunca está borracho, a lo sumo, ha bebido algo”.

Yo lo que estaba era atontado.

También me hicieron otro regalo. Una pluma de marca. Fue tal mi emoción, que puse una expresión de sorpresa, que según parece les gustó mucho a mis amigos, entre otras cosas porque sabían que era real, no fingida.

Con el tiempo, o sea, al par de días, vería como realmente no era de tan buena calidad; Charlie me dijo que él tenía la factura, por si le pasaba algo, la compró su hermano Ramón en “Maya”; a saber si hizo negocios también con la gente de la farmacia, con sus propios compañeros.

En fin, ya ven que la cena fue un éxito.

Después de los postres y los licores, nos retiramos. No recuerdo quién se llevó mis regalos pues yo iba a seguir la juerga con Charlie y el jefe.

Me extrañaba bastante, que Octavio, siempre fuera a ducharse y a cambiarse de ropa a casa de Celeste. La madre le decía que a ver si se casaba con ella, cosa que según parece le ruborizaba, quizás porque algo hubiera,

e-libro.net

y yo sin enterarme. Nunca oí decir que la madre dijera nada sobre mí, y eso que le había mandado flores, y unas cuantas cartas, por lo que ya debía de conocer mis intenciones. Y, según Celeste, ¿cuáles eran?, pues que quería tan sólo acostarme con ella; lo cierto, y tan cierto como que ahora estoy escribiendo, es que lo que me ocurría, era que estaba locamente enamorado por esa chica que no me hacía ningún caso.

Voy a concluir este día, mejor, esta noche, ya que no recuerdo lo que hice durante el día, cosa que de la noche lo recuerdo totalmente. Como ya he dicho en otras ocasiones, la camisa de C..., era de un blanco inmaculado total. Las usaba un tanto flojas a mi gusto. Yo también la llevaba floja, pero la mía ocurría porque yo era algo dejado, y nunca he sabido comprar muy bien, a pesar de que dicen que tengo buen gusto, aunque bastante clásico.

El jefe nos dijo de ir al Coto, discoteca que está en los bajos del antiguo Hotel Cristina, hoy Hotel Meliá.

Nos llevó el jefe en su pequeño coche, pues cuando iba con gente del trabajo, no solía ir con el descapotable. Me juego que para no suscitar envidias, o que bien podría ser también, para que no lo estropearan, o cómo no, porque lo tenía más reservado, para los fines de semana, y ciertas ocasiones. Como lo mío no era ninguna ocasión especial, llevó uno pequeño, también nuevo, pero más normalito, un utilitario. En esa casa hay varios coches; cuántos no sabría con certeza, pero haberlos, hailos.

Fuimos después de despedirnos de todos, Charlie, el jefe y yo donde había dicho el gran jefe. A la llegada, subió el coche a la acera, bastante alta, y le dio un toletazo a los bajos del coche. Hizo una observación, pero no le dolió mucho, en eso vi la diferencia de dinero, entre el jefe y yo; a mí sí me habría dolido; no les digo nada del Lu, quien estaba siempre mirándose en su cochecillo. Hoy ya me gustaría a mi tener uno de esos. Pero no adelantemos acontecimientos.

Con cara de póquer, me bajé del coche, aunque pensando en lo dicho.

No tuvimos problema para entrar, creo que no nos cobraron las entradas.

Nos fuimos, tras bajar la escalera, a la barra de la disco; fuimos directamente; como por instinto, fuimos cada uno al baño, a miccionar (ahora hay que expresarse finamente, que está el jefe delante).

El “boss” dijo que él nos invitaba a una copa; yo pedí un Chivas, y los demás no recuerdo. La broma le salía cara, bastante cara, incluso para mí, que durante las estúpidas noches, no reparaba en gastos.

El jefe, se nos puso a hablar de mujeres, quién sabe si para tirarme de la lengua; lo cierto es que yo no le respondí nada, le hacía pequeñas preguntas para seguirle el juego, aunque con mucho cuidado, pues él es poderoso (digo es, porque me imagino que cada vez lo será más), tiene el poder que otorga el dinero.

Charlie le seguía también el juego, aunque este último sí le hablaba de alguna mujer.

Lo que sí le dije en un momento determinado:

-¿Vamos a bailar D. Rafael?

- ¡Tú estás loco!

También tenía razón, ¿qué iba a hacer un potentado como él bailando?

A mí me gustaba a veces mover el esqueleto, aunque no bailaba tanto como debiera, pues sentía algo de vergüenza, convencido de que lo hacía mal.

El jefe, que tiene el pelo y la barba canosa, parecía un político; dirán, que si admiraba a mi jefe: pues no, pero si he de confesar que cuidaba muy mucho su imagen.

Al poco, el jefe se fue, antes pagó y dijo:

-¡Coño!, qué caro es esto, ¿qué hemos tomado?

Afortunadamente no le pidió explicaciones al camarero, pues creo que nos repetimos alguna vez y todo bebidas de lujo.

Él fue quién bebió de mayor lujo, un güisqui de dieciséis años, o algo por ahí. Al fin se fue. Nos quedamos Charlie y yo solos, quien me dijo de irnos a otro sitio. Al fin salimos de aquella discoteca. Nos fuimos a un piscolabis que no era muy caro, en comparación con los demás bares. No recuerdo ni lo que comimos, si es que algo comimos, ni lo que bebimos, que de seguro bebimos algo, pues para eso habíamos salido. Bueno, para eso no, pues no suelo salir a beber, sino a ver si encuentro la mujer de mi vida.

Allí nos sacamos unas fotos, con un fotógrafo ambulante. Lógicamente, también pagué yo. Aún conservo la foto, con una emotiva dedicatoria por parte de Charlie, falsa, me imagino. En la que yo le dediqué a él no recuerdo lo que le puse, pero seguro, que no era tan falsa como la suya.

Intento hacer cosas, de las que iba a decir que no me arrepiento, pero lo cierto es que me arrepiento de todas.

e-libro.net

Allí nos quedamos, y cuando me doy cuenta, hay uno que no me quita los ojos de encima. Me pregunto si sería mariquita, o quizás se estaba haciendo el duro, o yo qué sé.

En la otra parte del bar, estaban jugando al billar; me da que se hacían los que se entretenían más de lo que en realidad ocurría. Había mucha gente jugando; también había un par de chicas, pero no estaban muy buenas.

Como siempre, iba a mear muchísimo; creo que yo tomaba café irlandés, al que me había aficionado con mi madre, cuando era adolescente; ella lo tomaba mucho, sobre todo cuando venía los sábados de misa.

Buena acción para rematar una jornada cristiana.

Charlie se me puso a calentarme los cascos, y al final, terminamos en la calle: 18 de Julio, la zona de las putas más baratas de Las Palmas, bueno las más baratas, sin contar las de la calle Andamana.

Previamente, había sacado dinero; Charlie me pidió un préstamo, cosa nada rara en él, se lo dejé, siempre con la cosa de que él tenía una hija a la que mantener.

Después del cajero automático, nos fuimos a la calle donde se exhibían las putas, como se exhibe el ganado; había carne fresca y no tan fresca, y cómo no, nada fresca también, sentadas en la linde de las ventanas y puertas de esa calle.

Le di una pasada a la calle, y cuando llegué al otro extremo, me decidí por la más joven. Debía tener veintitantos. Según me dijo, era extranjera, cosa que no creo; me da que era una guarra increíble. Entré y la casa me hizo recordar a La Laguna, y a la del Lu, era muy antigua y sucia.

Ella me dejó en el cuarto y se fue a avisar a la madama, a decirle que había un cliente.

Entró y nos desvestimos. Se la metí, pero de pronto me vino una pestilencia tal, que me dejó asfixiado, y que hizo que me desempalmara por completo. Pensé: “pero qué guarra es la gente”. Me acosté en la cama mientras le decía:

—Vamos a hablar.

—No te preocupes…

Me serenó ella, como si yo fuera impotente o algo así. No entendía que era por lo desagradable de la habitación y los malos olores.

Tenía veinte minutos, y me parecieron demasiados; ella parecía fofa, aunque no estaba muy gorda, pero el negocio carnal, la tenía desbaratada. Las colchas daban asco, y pensé, lo que piensan todos: “¿Cuántos habrán pasado por esta cama?”; tanto los que se habían corrido como los que habían retozado al lado de otros muchas putas; seguro que estaba lleno de piojos, ladillas…

A los veinte minutos, se oyó una voz de dentro.

Antes de acostarnos, le había pagado las tres mil pesetas, baratísimo, aunque caro por pasarlo mal; o no, barato, pues por la desagradable experiencia, va uno intentando alejarse así de ellas.

Mientras, me vestía y me miraba al espejo.

Al estar acostados le dije: “...estoy un poco gordo...”

—Sí –me contestó.

¿Pero es que no se había visto ella nunca antes en un espejo?, pues también estaba rellenita, y aunque era la mejor de la calle, no podía dejar de reconocerlo; pero eso no lo hizo.

Me dijo:

—No te pongas la corbata –quizás para dar idea de estar yo ya satisfecho de una noche de orgía y diversión. No podía aparentar eso, pues no era verdad.

Salí, y allí me vi a Charlie, me imagino que me estuvo esperando, ya que no le había dado tiempo de pegarse el polvo y vestirse. Le relaté lo sucedido, y él no me dijo nada; dimos un paseo por la zona a instancias de él; yo maldita la gana que tenía, quería irme para mi casa, a dormir, hasta el día siguiente.

Vimos un taxi, que paramos. No era de Las Palmas, por ello nos dijo que no pondría el taxímetro, y que le pagáramos lo que quisiéramos. Según nos dijo, había traído a un cliente borracho o del sur o de Telde, y que era conocido por el taxista. Iba dicho cliente a acostarse con una, aunque no sabía como iba a hacerlo, pues según parece estaba bastante bebido. No le había pagado y la cosa era que no sabía en qué puerta había entrado el hombre.

La verdad, el ser taxista es un coñazo.

Al llegar por mi zona le dije:

—Bueno, yo me quedo por aquí.

e-libro.net

—No, no - me gritó Charlie, acompáñame a mi casa.

Como si no conociera a las cabras que guardo, que lo decía no por estar acompañado, sino para que yo pagara el taxi.

Le di una moneda de quinientas pesetas, y me despedí. Llegué a mi casa y caí redondo en la cama. Me daba algo de asco de mí, de la vida tan asquerosa que llevaba.

Había empezado a releer a Job; leía cosas salteadas, y lo que más me gustaba era el principio y el fin, en los que la gloria y la dicha le rodeaban. Pensaba: "Si mi vida acabara así, no me importaría tanto el pasarlo mal ahora". Lo pasaba mal, pero era por gusto.

Le había asegurado a mi madre, que mientras estuviese parado pintaría la terraza y la azotea de blanco. Le pedí dinero para comparar una lata de pintura grande. Bueno, me parece que la pagué yo, pues el precio me resultó excesivo. A la mujer de la ferretería, daba gusto comprarle, pues siempre ponía una cara de lo más amable; fui por allí un par de veces y se veía en la cara, un: "gracias por venir a comprarme algo", sí, era algo increíble, y agradable, muy agradable.

Cuando llegué a mi casa, empecé a pintar las paredes, pero enseguida me cansé, y lo dejé por resultarme imposible. No estaba hecho para aquello, prefería leer e irme de juerga. Para esto último hacía falta dinero, por lo que debía ir a las oficinas de desempleo, y apuntarme en el INEM.

Iba con la mosca detrás de la oreja, suponía que no era aconsejable ir muy bien vestido, pues allí todos somos desempleados, y no hay que ir llamando la atención, ni dándoselas de rico. Lo sabía, porque yo había ido hacía unos años; lo que pasa es que ahora tenía un dinero, que quizás ni muchos de los que allí trabajaban tuviesen.

Charlaba yo esos días con Dios, y eran largas parrafadas, y las charlaba con el Cristo que tenía mi madre en su cuarto. Le preguntaba si, al salir con Celeste, llegaría a menos que saliendo con otra, aunque claro, no sería tan feliz como con la primera. Tenía claro que ella, aunque algo fea, era mi musa; lo que me atraían eran esas clavículas salientes. Ni la cara como la tenía, llena de granos (aunque suponía que con el desvirgamiento se le quitarían), ni con el pelo largo, me gustaba, pero yo sabía que eran cosas subsanables.

Quería recordar pues a pesar de mirarlo, no lo sé con certeza, que me despidieron en febrero del 94, y yo ya pensaba que ese verano iría con celeste al sur, que allí retozaríamos, y nos daríamos sendas mamadas, aunque nada de penetraciones, nada de eso; eso lo dejaríamos para más adelante.

Pensaba que la primera vez que aceptase el ir conmigo a cenar, aparte de flores, le regalaría el perfume que le había comprado en Portugal, y que no había querido coger.

Mis charlas con el Señor, serían mucho más escuetas de aspirar a más; en este caso serían conversaciones más cortas, y las respuestas, serían un "sí" o un "no".

Aún no sabía bien la escala de obtención de premios; con el tiempo creería que los tres premios mayores que un hispano-hablante puede adquirir, en el culmen de su carrera, son: el Príncipe de Asturias, el Cervantes y el Nobel.

Después de lo dicho sobre la realeza, no creo que me concedan nunca esos premios.

Hoy me pregunto: "¿No habría sido el demonio, quién se ponía en el lugar de Dios, suplantándolo y diciéndome las cosas que me decía?" Creo que sí, pues, incluso cuando iba a salir a la calle y le rezaba, me decía: "Diviértete"; yo ese diviértete ya sabía lo que significaba: tienes carta blanca para beber y…

¿Recuerdan a Mabel?, pues bien, Charlie me decía que lo llamaba a diario, quizá me quería dar a entender que se había prendado de él, todo es posible. De todas formas, aseguraría que Mabel iba buscando una bragueta más protectora. Como por ejemplo la de un farmacéutico establecido.

Cuando la vi un día, la vi en el colegio de secretaria. Hacía tiempo que no la veía. Vestía sumamente bien; se le iba escapando la veintena de las manos, pero seguía estando muy potente; ¿le gustaba yo?, creía que algo de mutua atracción había.

Iba siempre muy bien vestida; por lo que supongo que pertenecía a una buena familia, no obstante vivía en Triana, buena zona, a pesar de que a mí no me gusta lo más mínimo, eso de salir a la calle, y encontrarse uno con todo el mogollón, no gracias.

También contaba Charlie, cómo le llamaba la maestra que había trabajado en la botica. Con esas cosas Charlie me daba a entender que esas mujeres, se rendían ante sus sutilezas y encantos, sin embargo, a medida que según decía, le caía mejor a las mujeres, a mi me caía su pobre persona, más cargante, cada vez, mucho más.

e-libro.net

Mi servilismo hacia C... había sido tal, que hasta le había llevado algún recado a su casa. Él, por su parte, nunca me dijo de entrar y tomarnos una copa o un café; por esa época pensaba yo más en lo primero. Alguna vez, incluso, fui con la bata.

Pensando, pensando, siempre me ha hecho gracia el saber cómo la señora de la pensión de Santiago, se había equivocado conmigo de principio a fin, creyendo que yo era sádico y masoca, por eso de tener allí los extensores para ejercitar los brazos; seguro que creía que eran cuerdas para amarrar y amarrarme, y encima si me había registrado la habitación y vio las revistas porno en la mesilla de noche, pues nada, según ella, ya estaba todo claro. Quizás fuera este uno de los motivos por los que me dejaba la puerta cerrada, creyendo, quizás, que yo iba de orgía en orgía. No era así ni mucho menos, al menos a mí no me lo parecía.

Así como esa vez, no tuve yo la culpa, con Mari, la hermana de Quillo, si tuve yo la culpa, cuando le pegué un cachetón cuando estábamos en el sur; el alcohol es mal consejero. Fíjense ustedes que ese día, hasta pensé que me estaba provocando para que le diese un guantazo; estaba seguro de que me lo estaba pidiendo, al igual que pasó con Piluca antes de que se casara. Pero bueno, pasemos a otro tema, pues esto me parece de lo más perverso y denigrante. Hay que ver, si este par de cachetones, me remuerden la conciencia, entonces Hitler, no sé cómo podía dormir tranquilo, si es que lo hacía. Quizás él estuviese más loco que yo, y pensase que la humanidad le necesitaba.

Otro Hitler, pero más joven, era Arturito, gracias al cual perdí dos años de mi vida, a partir de él, en farmacia, todo me fue mal, perdí el más o menos buen ritmo que llevaba, y tuve que abandonarlo todo. A parte de eso, me formé una reputación de apestado; recuerdo verme entrando a la facultad, y mientras subía las escaleras pensaba: “¡Cuidado, que apesto!”, con ello yo sabía que nadie se acercaría a mí.

No era posible que todos mis amigos fueran acabando, incluso los menos trabajadores, mientras que yo seguía suspendiendo.

De todas formas, después de la carrera, hubo una gran parada del tren para luego seguir la marcha; en ella se pararon casi todos mis amigos; muchos se quedaron definitivamente en ella, otros siguen la andadura a pie, pero pocos, yo no conozco a ninguno, siguieron en el tren.

Yo hice transbordo, y me bajé y casi inmediatamente me subí al otro tren, es posible que con el mismo destino, pero por un recorrido distinto, no tan árido. Al menos así me lo parece. Hay que ver, le estoy dando la razón a Don Pío Baroja. Ya sobre este he escrito en este mismo libro, por lo que no voy a seguir con ello.

Alguna que otra vez, iba con Herse y Tomi a cenar por ahí; salíamos de chaqueta y corbata; aunque casi siempre el que iba más encorbatado era yo. También era el que más le daba al curre y no puedo asegurar, si era el que más o por el contrario el que menos le exigía a la vida. Otros le piden muchas cosas, yo espero que Dios me de en el futuro ciertas cosas.

La vida transcurre apaciblemente, de golpe, un día, hay una tormenta, un maremoto, un terremoto, y “zás” todo se va al garete. Viene entonces el interrogante ¿qué hacer? ¿Seguir en el mismo sitio, marcharse, empezar de nuevo, pasar de todo? No puedo ni sé responder a estos interrogantes. La vida se me haría extremadamente difícil, si me dijeran que debía empezar nuevamente, a pesar de que nada tengo, mas que muchas ganas e ilusión.

Sí, lo mejor, y más acertado, es no meterse con la monarquía, pues vivo bajo una; hay que tener cuidado con lo que se dice, pues me podrían joder y a base de bien; espero que no sean tan mamones como para no dejarme vivir tranquilamente. Sé que si fuera un dictador contra el que me hubiese metido, lo tendría claro, pero afortunadamente, vivimos en una democracia, que es precisamente todo lo contrario, y en ella se puede opinar y discrepar. De todas formas estoy muy a gusto con el tiempo que me ha tocado vivir, tiempo de paz y concordia, algo verdaderamente fenomenal. Tal vez me parece a mí tan fenomenal, porque ya no sigo la política, y por ello puedo decir, que “el que no sabe es como el que no ve”, que no lo siente ni bien ni mal.

De lo que se refiere a mi cuarto y a los alrededores incluido mis libros, me preocupo, del resto, poco más me interesa.

Hice poco en ese año, el 94, quiero recordar que Felipe y su socialismo empezaba a caer en desgracia, por lo que todos lo criticaban. Entre ellos, claro está, estaba Tomi, quién ahora tenía una serie de ganancias que debía defender: su trabajo de funcionario, y su farmacia. Yo nada tenía que defender, ni propiedades, ni un buen trabajo, estaba solo y esperando a ir al paro. Podría parecer en parte un niño bonito, si me comparaba, con la mayoría de la gente que va al paro, pero no es así.

e-libro.net

Bueno, sí, era un niño bonito, pero más lo eran otros amigos míos, a los que su padre, habían ayudado. Yo, ya habrán deducido que tenía unas relaciones difíciles con mi madre, pues me había acostumbrado a vivir solo, y el estar sometido a mandato materno, se me hacía tremendamente difícil.

Por mí mismo, nunca se me ha ocurrido ir a buenos bares, y eso que quizás el menú del día sea igual o sólo ligeramente más caro. Esto es así, pues es lo que siempre he hecho, ya que me da la sensación, de que en sitios limpios y modernos, me sacarían hasta las mismas entrañas.

Nunca me he podido explicar, por qué la Iglesia, dice que es de derechas, cuando, a mi modo de ver, Jesús, fue el mayor líder de izquierdas que ha existido y existirá jamás.

Yo, seguramente era un perverso, pues incluso a Dios le preguntaba si Celeste usaba tangas; está claro que lo que me ocurría era que hablaba con el diablo, camuflado de Jesucristo. No llegaba a ser un aquelarre la reunión con mis amigos pero casi. Aún hoy pienso que son demasiado ateos los amigos que tengo; bueno, los más allegados. Esto me pone enfermo; sé que con uno o dos de cada vez, lo pasamos bien y que llegamos a entendimiento, pero con más, la cosa se pone mal. Incluso, aquellas cenas que organizaba el Lu en mi casa, me parecían y me parecen de lo más desafortunadas; qué mejor que una buena charla entre dos, que no entre varios. Sí, es bueno ver a los amigos pero no a demasiados a la vez.

Será que a mí no me gusta ser el protagonista cuando hay varios amigos; pero sin embargo, me encanta charlar con ellos de uno en uno; en todo caso, a lo más, con Herse y Tomi, con quienes me llevo fenomenal y me gusta charlar, ya sea delante de una copa o en una cena.

A Tomi, le había contado casi todo lo que me había ocurrido hasta ese momento; él, ni aprobaba, ni desaprobaba, me decía no más que aprovechara ahora que era soltero. ¡Ay!, cuán equivocado estaba, mi querido amigo. No me justifico, pero sé que hasta el gran Salomón al final de su vida cayó en desgracia debido a los excesos con las mujeres y al acumular riquezas.

Quería leer, y eso empecé a hacer, ahora tenía tiempo, mucho tiempo, creo que demasiado.

Recuerdo que estaba yo con la edad en que Jesús predicó su doctrina, pues, yo creo que sabiéndolo, esos años, de los treinta a los treinta y tres, fueron magníficos, no por lo que de sagrado pudieran tener, sino porque el Señor, durante ellos, me cambió a lo que serían mis años posteriores, al menos hasta los que ahora tengo.

Afortunadamente, ahora salía menos con Charlie. Un día, salimos los tres, Charlie, el Lu y yo. Yo me recogí enseguida, y ellos dos siguieron la juerga.

Al encontrarnos el Lu y yo la siguiente vez, me dijo que no lo había pasado muy bien, a pesar de ir de putas; yo pienso hoy que no a pesar, sino por ir de putas, no lo pasaron bien.

Sin embargo, Charlie me decía:

—Porque lo pasamos bienísimo, incluso Javier Núñez, me contó un secreto suyo.

Esto de su secreto, me lo repetiría continuamente, aunque nunca me dijo cuál fue.

Hice tantas boberías, muchas, esperando salir con Celeste, que afortunadamente, el tiempo las ha ido borrando. Y digo afortunadamente, pues me da vergüenza contar todo.

Por ejemplo, un día fui con el Lu a un bar de putas; él se fue con una jovencita y yo me quedé solo. Lo que debía haber hecho era marcharme con viento fresco. En eso, se puso a mi lado una puta ya demasiado pasada, se me puso a decirme que fuera con ella, que me lo haría pasar bien...; le contestaba:

—No, no, gracias.

Al final, como no me sé resistir a nada, más antes que ahora, me fui con ella.

Me llevó a una pensión de mala muerte. Subimos a un cuarto, en el trayecto vi en ella algo que me extrañó. La hetaira me mandó quitarme la ropa, luego en calzoncillos blancos con bordes celestes, que ciertamente me quedaban algo flojos, de lo pasado que estaba el elástico que lo sujetaban, me dijo que fuera a lavarme; me encaminé a los baños, superfríos y guarros; allí no me bañé, sino que oriné.

Luego con frío, llegue al cuarto; no sospechaba nada, pero me sorprendió que ella no estuviera desvestida.

Me empezó a pegar una mamada, pero yo, nada, que no me empalmaba, seguro que era al ver la desdentada dentadura, y encima los pocos dientes que le quedaban bastante negros.

En eso me dijo:

—Espera, que voy a buscar un preservativo.

e-libro.net

Me extrañó sobremanera; al par de minutos de irse, una luz se encendió en mi cerebro y me dije: “Dios, me robó” y perdonen que meta aquí al Todopoderoso, que nada tenía que ver, a pesar de que Él ya sabe lo que pasa, lo que pasó y lo que pasará.

Me puse el pantalón y sin zapatos, salí corriendo a recepción; allí, seguro que mintiéndome, me dijeron que no habían visto nada.

Volví nuevamente al cuarto y busqué el dinero, me había robado catorce mil pesetas; la muy puta, mientras me mandó bañarme, me había robado. Me lo tenía bien merecido.

Me vestí rápidamente y me fui corriendo a la calle; al llegar a ésta, me frené y me dije: “Cuidado chico, no vayas a cometer un disparate”. Me puse a buscarla por toda la calle: me fui lógicamente sin pagar el cuarto. Recorrí la calle a lo largo un par de veces, a ver si la encontraba; todo fue inútil. No vi a nadie conocido. No se me ocurrió ir a denunciar el caso a la policía, a pesar de lo que había pasado, seguía algo borracho. La puta era flaca, y de seguro que cómo mínimo estaba alcoholizada. Tampoco se me ocurrió ir días después al mismo sitio donde me la había encontrado, pues daba por sentado que se bebería todo el dinero la misma noche, y por ello, debería ir a “trabajar” al día siguiente.

Me fui con vergüenza y asco de mí. “Me lo tengo merecido”, me repetía.

El Lu, me presentaba siempre a sus amigos, pero estos, todos eran conocidos de la Iglesia Evangelista, y encima casi todos tenían algún padecimiento; desconozco, si por tener esa dolencia se adherían a Dios o que Dios los llamó, como hizo conmigo. Era raro, pues estaba acostumbrado a estar entre vencedores, gente sana, que al final no lo eran tanto, en definitiva, líderes sociales. Sin embargo, el Lu, me presentaba, no voy a decir las despojos sociales, pero sí gente con pocas aspiraciones. Ya hoy son pocos los que conozco con grandes aspiraciones, con lo que se diría “amplitud de miras”.

Me presentó a Alberto, el joven estudiante de música y gran activista dentro de la iglesia evangelista de Guanarteme. Me dijo, cómo aún le quedaban unos resquicios de epilepsia, esto me asombró y pensé: “Espero no le dé un ‘yeyo’ ahora”.

Solía vestir en camiseta y con vaqueros, el pelo lo llevaba corto y despeinado, era negro, y con barba de una o dos semanas; de vez en cuando se la recortaba. Enseguida me percaté como era inteligente y culto; hablaba mucho de varias cosas lo que me atrajo sobremanera. Me contó como un emperador romano, no recuerdo cuál, también fue epiléptico. Afortunadamente, estaba ya saliendo de la enfermedad, lo único que el psiquiatra le mandaba tomar eran hipnóticos, pues le había dicho que se levantaba por la noche para ir a mear; aún hoy sigue haciéndolo, aunque ya no toma medicamentos para evitarlo, opino que es lo mejor que hace; de la epilepsia, por lo que veo actualmente, ya no le quedan secuelas.

Siempre me cayó bien este amigo, a pesar de que veía que salía bastante, según me percataría más adelante, lo hacía en las fiestas, pues el resto del tiempo, lo pasaba estudiando y leyendo. Según me he enterado hace poco, también es un forofo del cine; está suscrito a la revista Fotogramas, que le tiene informado de todo lo que ocurre en ese mundo. En ese año, también leía cosas sobre Freud, se leyó casi su colección completa de psicoanálisis; hay que ver, y a mí nunca me había dado por eso. Todo lo contrario, por lo más que me daba era por la literatura; aquello por lo que tantos han sido unos muertos de hambre, como era el caso de un clásico que acabo de leer. Mejor es no decir el nombre.

Pensé hacerme especialista en análisis clínico, por lo que llamé a Tomi, y le dije, que si el exnovio de su hermana lo había hecho. Me dio el número de teléfono de Modesto, y a él llamé; este me contó que ellos tenían muy en cuenta, si había el candidato hecho algo de análisis, cosa que sí había hecho Modesto en la Facultad de La Laguna.

Modesto, a ojos de Tomi, era un ejemplo a seguir; a mis ojos, era simplemente un afortunado de la vida. Estando nosotros estudiando, ya ganaba él casi medio kilo, si no más, mensual, tenía un apartamento en Las Canteras y un dúplex en Fuerteventura, donde tenía su farmacia, con el tiempo se trasladó a Las Palmas, al sur de la isla, al igual que su ex-novia, la hermana de Tomi. El ex, también se había ido al tercer mundo, con una ONG; según dijo, eso era duro, muy duro; quizás, no discuto que no lo fuera, sobre todo porque él no estaba acostumbrado a trabajar, sino a mandar.

Mandaba largas cartas a Celeste, contándole mi amor; ella no me respondía a ninguna; yo era un poco engreído, y pensaba, que se deleitaría con mi lectura; “soberbia y suprema”, diría más bien. Hoy sé que de seguro le resultaban aburridas y tediosas y a lo mejor hasta excesivamente largas. “El amor, pensaría, se puede decir con

e-libro.net

menos palabras". Quizás mis lectores piensen lo mismo de este libro, pues si sigo en mis trece, no les digo nada del siguiente.

Como decía, Charlie estaba empezando a salir con Palmira; según me contaba todo iba viento en popa; yo me alegraba aunque sinceramente me extrañaba un tanto. Un buen día me dijo Charlie:

-¿Quieres ir a cenar con Palmira, y una amiga, tú y yo?

—Bueno, sí, y ¿que tal está la amiga?

—Está muy bien.

Efectivamente lo estaba. La llamaré Mari. Quedamos en casa de Charlie, fui mal vestido, con una camisa azul marina de seda y una chaqueta a cuadros.

Fui lógicamente caminando a casa de Carlos. Allí me presentaron a la amiga y nos pusimos a charlar; al principio, de trivialidades, hasta que llegó la hora de ir a cenar; fuimos a un pizzería, la que está por el estadio. Me encontré a Matías, quien ya era médico especialista en no recuerdo qué. Él me da que no se acordaba de mí, y si se acordaba, no recordaba mi nombre. Estaba medio trincado, pues Mari, aunque ella no lo tenía, sé que era de familia de dinero; estaba estudiando derecho, y según me explicaba, quería ver "mundo", o sea que supuse que no era muy buena estudiante, pues para esa carrera intuyo que sólo hay que ver un mundo, el de derecho.

Tenía unos mocasines nuevos, mejores que los míos, aunque me daba la sensación de que algo le ocurría con ellos, hoy ya lo sé, le quedaban estrechos.

Estuvimos charlando animadamente en la pizzería.

A la salida, me encontré a Nenina, la hija de Rosa María, la amiga de mi madre. Estaba con un profesor, que cuando yo di clases, había sido mi jefe de seminario, por lo que le dije:

—Hola Nenina –estaba a la salida de la pizzería–; a tí te conozco yo –dirigiéndome a él–, fuiste mi jefe en el instituto. El no me reconoció.

Me fui contento, aunque algo a disgusto porque me viera la gente conocida, vestido como iba, o sea, muy mal conjuntado. Después nos fuimos a un pub que había por allí cerca y que estaba vacío.

Éramos los únicos allí dentro, durante una hora y pico no entró nadie. Estábamos pletóricos y llenos de energía. Jugábamos al billar, y todo eran cuchicheos y risas. Después, aburridos de que no hubiera nadie, nos fuimos a la Plaza de la Victoria. El camarero, amigo de Charlie y mío (creo que se llama Antonio) les sirvió unas bebidas explosivas, una especie de aguardiente, y empezaba el aquelarre. Así estuvimos un par de rondas, pero yo no lo probé, aunque después dijimos de irnos a casa de Carlos, y yo dije de comprar una botella de güisqui, para seguir la marcha. Cogimos un taxi y le dijimos nos llevara a un "24 Horas", estaba allí cerquita. Me bajé y compré la botella de güisqui, la pagué yo solito, aunque nadie más bebió, al menos durante ese día; seguimos en el taxi a casa de Charlie, allí, Palmira y el dueño de la casa se metieron en el cuarto. "¡Eh!, esto que es, me dejaron solo con Mari. ¡Contrólate Antonio!" pensaba; en estas pensamientos estaba y como no sabía qué hacer le hablé de mis proyectos económicos, para que supiera cuales eran mis planes y aspiraciones. Le dije cómo pensaba hacer los dos años de analista, pagando, pues nunca me había presentado a las oposiciones del F.I.R., y aunque no le comenté nada, yo las daba por imposible.

Después, le decía, montaré un laboratorio de análisis privado, y otro en la farmacia, que seguro que me la iban a dar en breve; así le contaba, lo que hoy sé que eran sueños, aunque es posible que menos difíciles de los que ahora me propongo. No recuerdo hasta qué hora estuvimos charlando, pero creo que fue casi hasta el amanecer, hora en que salió Palmira de follar con Charlie, por lo que levantaron el vuelo y se mandaron a mudar para Telde, de donde eran los dos.

De Telde le conté si conocía a mi tío, y me dijo que sí, aunque más conocía a Clara Eugenia, toda una fiera, según me dijo. "Hay que ver, y yo que pensaba (y sabía) que la fiera era Concha Esther", le comenté sobre esta última pero no la conocía, le dije:

—Pues ella es número uno de su promoción, creo que en Pamplona.

Según me enteré después, no fue la número uno, aunque sí hizo año por año, que ya es más que suficiente.

Mari (que realmente no se llama así, pero no me puede acordar el nombre que me dijo), vestía muy bien para ser estudiante, aunque con no muy buen gusto; de todas maneras yo a este respecto no puedo decir nada, ya que yo tampoco lo tenía muy bueno; iba, fui, durante un par de veces, la mar de desconjuntado. Hoy no me explico cómo pude ir tan mal, no me lo explico.

Así, pensando en esta cita, pasé un par de días.

e-libro.net

Otro día quedamos, y nos fuimos a Las Canteras, allí tomamos cervezas (yo sin) después nos fuimos a un italiano en la Calle Galileo, justo en la que viví los primeros años de mi vida.

Comimos más o menos regular; se daba muchas ínfulas ese restaurante de tener comida de calidad, a mi no me parecía tan buena, ni mucho menos, encima lo encontraba escaso y caro. Iba yo ese día, también mal conjuntado, llevaba un jersey de rayas y unos pantalones de pinzas.

Mari iba con un traje rosa, muy mono; llevaba los mismos zapatos que la vez anterior; mientras comíamos, Palmira y ella se decían cosas, como que a Mari yo no le interesaba, no es que lo dijera directamente, sino con secreteos. En ese mismo bar, al que ya había ido anteriormente con Charlie y sus amigos, y que iría más alguna que otra vez después, vi a unos antiguos amigos; efectivamente era la gente que iban de superricos cuando era estudiante, la crema de mi ciudad; ahora estaba en plena decadencia, también iba el compañero que estudiamos juntos en el Castilla, el de la fiesta de mi casa, que había hecho periodismo, y era amigo del ricacho que les decía, el que Tomi fue a quedarse en su piso en Madrid, el que tenía todas las puertas abiertas de todas las discotecas, pues su familia era muy poderosa, cuando a mí me las cerraban todas; hoy lo agradezco. Pues estaban tres parejas de esa gente sentadas, y alucínense, el colmo de la cultura, estaba una hablando de Romeo y Julieta de Shakespeare, pero, ¿sabía realmente esa mujer leer?, y encima al mejor clásico de Inglaterra; ¿lo entendería?

Me leí un libro en el que decía que tanto este autor, como Cervantes, iban a morir el mismo día; o sea que eran “paralelos” (creo que se llaman así), que nacieron el mismo día, y encima los dos fueron geniales; esto último no es porque lo diga yo, sino los grandes expertos en la materia. Cuando esta chicuela habló, los demás no le hicieron mucho caso; se les notaba en el ocaso de su esplendor, aunque supongo que aún quede mucho dinero por repartir en la herencia, bueno, eso supongo, de todas formas ellos iban de cenas y seguro que después irían de copas. Nosotros igual. Al final, nos tomamos unos chupitos de un licor, cuyo nombre es impronunciable y menos aún escribible, para ello, hay que hacer oposiciones a cátedra, no de instituto, sino de universidad. Del licor, sólo tomaría uno o dos tragos, si es que llegué a tomar alguno; estaba quemado de tanto alcohol.

Después, fuimos caminando por la avenida hasta un bar de cafés, sumamente exquisito su café irlandés, era realmente impresionante, sobre todo porque tenía güisqui, bebida, casi única que bebía, porque pensaba que era la que menos daño me hacía. Es un explosivo, pero yo, Antonio Fijoleis, podía con todo; me pongo el mundo por montera.

Por el trayecto, fuimos hablando las parejas invertidas, y nos íbamos contando lo que pensaba uno del otro; me encontraba eufórico y pletórico.

Llegamos sonrientes y dichosos a la casa del café. Palmira iba vestida muy bien, demasiado bien para lo que debía ganar, que está claro que sería bien poco, conociendo al jefe como lo conocía. Yo ganaba algo más, porque le era difícil encontrar carne de cañón que hiciera lo que yo le hacía, pero para auxiliares, está claro que lo mismo le daba uno que otro, o sea que les pagaría lo mínimo, y si no les gustaba, que viniera el siguiente.

Allí, en La Posada, los cafés estaban espléndidos, todo me resultaba maravilloso, ¿me estaba enamorando?

Cómo acabó el día, eso sí que no lo puedo decir ¿Qué, pensarán que había mojado?, pues no, pero no recuerdo lo que hice.

Al tercer día de salir con ellas, quedamos también con Ramón, el hermano de Charlie, éste estuvo todo el tiempo muy obsequioso con Mari, cogimos un taxi, y creo, alucínense, que lo pagó él, era algo extremadamente inusual, como dice alguno, algo inaudito. Pero fue cierto. Quizás fuera para justificar su tardanza, o que quería impresionar.

Mari, mientras, me decía:

—Porque yo, nunca he estado enamorada, Antonio.

“Yo tampoco”, pensé, aunque al momento rectifiqué mis pensamientos, “bueno, yo demasiadas veces, aunque mejor es olvidar esto”.

Ramón, fue a un bar donde estábamos Mari y yo, y donde por cierto nos aburrimos grandemente, “bien empezamos”, me decía a mí mismo, “un rato que estamos solos, y no se me ocurre como tratarla”. Ella quizás pensara que yo era demasiado aburrido, aunque ella no ponía nada de su parte, así que no te quejes Mari.

Al final fuimos a casa de Carlos, ya tarde, me dieron un vaso y me serví un güisqui de mi botella, ellos, Ramón y Mari, a quien el primero le había dejado la chaqueta pues ella había manifestado que sentía muchísimo frío. La chaqueta era azul, la camisa y los pantalones los de siempre: estaba claro que Ramón cuidaba sobremanera su ropa. La chaqueta, nunca la había visto, quizás fuera de Charlie. Seguro.

e-libro.net

Estaba esperando a que vinieran ellos desde la cocina, yo estaba en el salón, y me dije: “Voy a buscar un poco de hielo”, fui, pues, a la cocina, allí estaban ellos dos dándose un beso de campeonato.

—Ah, perdón –dije sorprendido.

Me fui inmediatamente al salón, con el rabo entre las piernas. En eso llega Ramón, sonriente, y le dije:

—Oye, ya le has dicho que eres cocainómano.

—Chisst –me suplicó él con el dedo atravesando los labios.

—Bueno, me tomo este güisqui y me voy.

Eso hice, bastante rápidamente.

—Bueno adiós –dije mientras abría la puerta y veía en la puerta la imagen de la santa en una chapa.

Salí pitando; luego por el trayecto, me arrepentiría, mas que nada porque me iba meando todo, en algún sitio debería descargar, entre eso y lo que pensaba de que “qué gente, lo único en lo que piensan, y yo sin darme cuenta, pero ¿esto qué es Dios mío?, sexo y sólo sexo, no pensé que fuera así”.

Estas y muchas otras cosas peores pensaba. Llegué por fin a mi casa, y me planteé: “Nada, voy a escribirle lo que me pasa a Celeste”. Recuerdo que en esa carta destacaban cosas como por ejemplo los muchos nombres con que llamé a las putas, cuando con éste simple, es más que suficiente.

Escribí también que había sido bobo, y no había caído en la cuenta de que lo único que quería esa chica era sexo y más sexo, que no había sido capaz de haber visto en esa persona que lo único que quería era un polvo.

También le conté cómo me iba bebiendo de forma asombrosa una botella de güisqui, mientras más escribía, más bebía, y sólo me importaba, que no tenía más güisqui para seguir escribiendo, bueno, sí quedaba una botella pero muy mala, de todas formas, me tomé yo creo que más de medio litro. La carta era de bastantes folios, creo que de doce a dieciséis, le escribí todo lo que anteriormente me había callado.

Estaba seguro que con esa carta se rendiría a mis pies, sí, Celeste caería totalmente hipnotizada. Seguro que ni la leyó.

Fui a dormir, cosa que hice durante un par de horas. Después me levanté con dolor de cabeza, y como en el aire; escribí otra carta, y le pedí a mi madre que las mandara al correo; supongo que lo hizo, aunque preocupadísima al ver la mala carrera que llevaba.

La segunda carta era para concretar cosas de la primera.

Lo que me extrañó enormemente, era que habiendo dormido sólo unas tres horas, no tenía resaca; iba bien, ya el alcohol no hacía mella en mi cuerpo, o hacía tanto, que yo ya no lo notaba.

Recuerdo cómo le dije una vez a Tomi y Herse cuando íbamos en su coche:

—Porque a mi padre se le calculaban unos doscientos millones de pesetas.

Eso no lo decía yo por mí, sino que se lo había oído decir a Domingo, quien lo dijo suponiéndolo. Yo tomé su suposición y lo decía por ahí, pues me parecía que era un lujo tanto dinero, hoy sé que no es gran cosa, comparado con las grandes fortunas. Encima estaba exagerando, pues yo vi lo que declaró en una declaración de la renta; poco, muy poco.

Es posible, de todas formas que no declarara exactamente lo que tenía, aún así no creo que fuera tan distinto lo declarado a lo que tenía. Supongo que lo que le dije, le debió sentar como una tiro a Tomi, pero no me dijo nada, quizás por eso no me lo dijo, porque le sentaba fatal.

Cuando estaba parado, el Lu me presentó a un amigo, que no tenía en principio otra anomalía que el ser un golfo, un follador nato; me cayó bien, y me hizo gracia verle su pelo largo recogido con una coleta; éramos los polos opuestos.

Fui unas tres o cuatro veces a su casa, en una de las mejores zonas de la ciudad, aunque su pisito de soltero, no era tan caro. Me dejó revistas porno, y una o dos veces, comimos comida del chino allí. Era raro, pero nada más llegar a su casa, nos peleábamos muchísimo el Lu y yo.

Guillermo, que así se llama, hizo un día una mudanza desde la casa de una ex-novia que tenía hasta su actual piso; tuvo muchas de ellas. La mudanza, la hacía en el coche del Lu, mientras íbamos él y yo en un taxi con unas pocas cosas; el Lu llevaba el coche a reventar, no cabía allí nada más; a él nunca le protestó de que la mudanza le podía estropear el coche, sin embargo a mí se me encolerizaba si cerraba un poco fuerte la puerta, con un ligero toque de más, ya estaba el protestando.

Generalmente después de quedar con Guillermo para lo que fuese, nos íbamos todos al pub Rock and Roll, a oír música rock, era de los bares de antes, y no había perdido su solera. En el bar uno era abstemio, el otro, el empleado, era alcohólico. Nos ponía una ronda, y él se tomaba su copa.

e-libro.net

El abstemio, era el dueño, junto con su hermano, un ex-boxeador y ex-entrenador de boxeo, era el último algo mayor, cincuentón largo, el otro tendría sobre la cuarentena; hicimos rápidamente muchas migas, pues Guillermo era asiduo. Nos invitaban a un licor inventado por ellos; yo, aprovechando la ocasión, le decía que me sirviera lo que creyera que fuera su mejor güisqui; me lo puso, iba sin agua, sí, exquisito; quiero recordar que se llamaba Cardús (así no se escribe, pero el auténtico nombre no lo recuerdo). Lo saboreé y me dije: "Esto si que es un buen güisqui", como ven, era extremadamente entendido en güisquis, en otra cosa no, pero lo peligroso, ya casi no tenía misterios para mí, un güisqui y otro y otro, y así hasta el día siguiente. A decir verdad, no salía todos los días, como máximo dos o tres a la semana, pero esa semana tras semana, mes tras mes, era demasiado, para cualquiera. "Sí, escribiría. ¿Cuándo?, más adelante. Bien, pero cuándo, no te preocupas, más adelante, ahora a divertirse". Guillermo, parecía estar en plena forma, a pesar de que también bebía, pero hacía gimnasia o al menos eso parecía.

Un día, de buenas a primeras se puso a sacar los músculos de la espalda, frente a mí; yo me dije: "Hombre, pues sí que está fibroso", le pregunté si de joven había hecho gimnasia. Me contestó que sí, "Debe ser eso, que al hacer la gimnasia, se le quedó así el cuerpo...", ¿pero seré tamaño ignorante, es que no veía que los músculos si no se ejercitan, se distienden y relajan y se empieza a acumular grasas como a mi me ocurre? Trabajaba Guillermo en El Pino, junto con el Lu; Guillermo era A.T.S., pero no por mérito propio, sino por cuñas; una vez me enseñó sus notas y vi como no tenía nada aprobado, lo que pasaba es que al final le regalaban los aprobados.

Era de La Coruña, del Ferrol, quizás por eso me cayera tan bien. De un pueblito de las afueras. Como fotógrafo aficionado, no estaba mal, pero como dibujante era nefasto; una vez me enseñó un dibujo de su madre, algo horrible, aunque no le dije nada.

Una vez, cagó el Lu en su casa, y luego me dijo, "¡buf!, que mal huele la cagada de este hombre", le respondí que sí, riéndome; la vez siguiente me tocó a mí; pero sólo dijo:

—Vaya hombre ¿ustedes vienen aquí a cagar o qué?

Me avergoncé y después de cagar quise abrir el ventanuco del baño, pero no pude, estaba atascado. Nada dijeron del tufo, pero supongo que apestaría un huevo, como todas las cagadas.

Congeniamos rápidamente Guillermo y yo, de tal forma que me decía:

—Porque yo tengo aquí a mis mejores amigos –quizás me quiso decir con eso que no le importaría ponerme entre ellos, lo me llenaba de orgullo; "Vaya, quiere que yo sea de sus mejores amigos, ¡que chachi soy!"

Según parecía, Guillermo aparte de sus aficiones, en lo único que pensaba era en follar y follar.

Su piso era pequeño, una habitación, la sala, el baño y la cocina, aún así, pagaba por el sobre cuarenta o cincuenta mil pesetas; le quedaba poco más para comer, cosa que hacía irregularmente. Cuando íbamos en el coche, siempre iba mirando a las mujeres que había alrededor, y pensando lógicamente en el sexo, yo también, aunque era más reservado que él; no quiero decir con ello que me controlase más, pero eso parecía.

Teníamos una costumbre, y era que con cada chica que uno salía se hacía las pruebas del S.I.D.A., al menos esa intención tenía para cuando me llegase la hora de acostarme con Celeste; quién sabía si sería esto, cuando nos fuéramos a casar.

Guillermo, al principio no caí, pero luego me di cuenta, iba siempre con camisetas muy desteñidas, a pesar de que cuando salía a veces se ponía una más nueva; pues sí, estaba en la más absoluta bancarrota.

Yo, aún no había empezado a cobrar el paro; me hicieron ir de un sitio a otro antes de cobrarlo. Y encima, no lo pagaban nada más arreglar los papeles, sino que me decían que debía esperar a otro mes, etc., etc.; todo un gran follón burocrático.

Lo cierto es que me hacían dar un montón de vueltas antes de cobrarlo. Ya me conocían en las oficinas o al menos les sonaba conocida mi cara.

Cuando lo empecé a cobrar, tenía que ir casi todos los meses a firmar la cartilla del paro; incluso un mes, me estuvieron citando cada dos o tres días para ir a firmarla a las oficinas del INEM. Seguro que era por si tenía algún trabajo ilegal; me citaban a distintas horas y distintos días de la semana. Aguanté estoicamente. "Debo transmitir sobriedad, sí seriecito, y no parecer rico".

Guillermo coleccionaba cómics, de los que era un forofo; al final terminaría vendiéndolos, pues no tenía dinero.

También coleccionaba cámaras fotográficas, por las que sentía un cariño especial; pero sobre todo era un amante de la música, tenía, creo que más de mil LP's y otros tantos compacs; cintas, por no decir, total que como verán, su casa estaba bastante llena.

e-libro.net

El Lu, como yo estaba parado, solía quedar conmigo a la salida de su trabajo; yo llegaba y a veces, si le veía desde fuera, iba a avisarle con un toque, y aunque él me decía que le esperara allí en el despacho de la entrada, yo le decía que no, que le esperaría fuera en los bancos de fuera.

No me ha gustado nunca, ni molestar, ni abusar de los privilegios.

El tema de conversación, invariablemente de Guillermo era el sexo; con su amigo del pub hablaba de música, gran amor de los dos; el último nos contó cómo solía ir de acampada él solo, a pasar frío y luchar solito contra la naturaleza; vamos, en plan ecologista. Este solía vestir de vaqueros y camisa, tampoco quería ir excesivamente arreglado, pues los que iban a su bar, no eran gente de altas clases sociales.

Unas veces, veía a uno que siempre iba muy bien vestido, y que se tomaba allí una copa o dos; me caía este chico bastante bien, aunque no le conocía de nada.

Cuando íbamos el Lu y yo solos, nos poníamos en el sitio más oscuro, parecía como si fuéramos a hacer manitas, cosa nada real, pero lo cierto es que nos íbamos al sitio más escondido; alguna que otra vez, nos sentaríamos en otro sitio, por estar éste ocupado. Íbamos allí, pues Guillermo le había hablado al Lu de él. Al final, incluso saludábamos a todo el mundo, de lo buenos amigos que nos habíamos hecho.

Desconozco el por qué y el cómo me he llenado de ese tipo de literatura, pero muchas cosas que leía últimamente estaban llenos de brujas, fiestas diabólicas y demás. Por supuesto, este tipo de literatura me fastidia, más que agradarme.

Aunque una vez empiezo a leerlo, casi me obligo a terminarlo, entre otras cosas, para confirmarme que terminan mal. No me gustaría después quedarme con la idea de, "¿y si tuviera un final feliz?"

Cuando por primera vez, me puse a leer "Bella del señor", de Albert Cohen, no terminé de leerlo, pues me pareció, sinceramente, pesado. Sin embargo, unos años después, empecé a leerlo nuevamente, y disfruté, ahora sí, con su lectura; algo acojonante, aunque el final no me gustó demasiado, pues me gustan los finales felices. En el fondo soy un romántico.

También dejé a medias el de Crimen y castigo, pero éste, más que nada porque me deprimía demasiado, leí bastante de él, pero notaba como me hundía y hundía. Este, que es un libro de reconocido prestigio, y sin embargo, aún no lo he vuelto a leer. Si Dios me da vida y salud, está claro que me lo volveré a leer.

Lo que son las cosas, estos dos libros me los compré en "El Corte", el último en unas rebajas, junto con otros libros de calidad, todos muy baratos, y el primero, fui expresamente a buscarlo, tenía el precio antiguo, de cuando se había vuelto a publicar como un libro genial. De comprarlo un par de meses después, lo vería con otra encuadernación y mucho más barato.

De todas formas, el gasto valió la pena. Como no tenía nada que hacer, Domingo me llevó una o dos veces, a las reuniones de los apartamentos que él tenía en el sur, de los cuales, él formaba parte de la mesa ejecutiva. Cuando llegué, saludé a un amigo mío, que según me contó también era la primera vez que iba, pero el iba acompañado de su padre, según parecía llevaban ganas de guerra, y la hicieron.

Protestaron por todo lo que había hecho la directiva; estos últimos, entre los que estaba mi padrino, se defendieron. Por ellos se alargó más de lo previsto la reunión, yo estaba desesperado. Al final nos fuimos; yo pensaba que Domingo me invitará a tomar algo, pero no fue así.

Él me dijo:

—Porque a mi me gusta la guerra, sí.

Y eso es lo que le dieron mi amigo y su padre; recuerdo que todos iban muy mal vestidos, a excepción de una señora; incluso Domingo, que se cambió de rebeca porque decía que le iban a conocer por la misma rebeca, no fue nada emperifollado. Algunos iban de chaqueta, pero no chaquetas lujosas; de corbata iban pocos, entre ellos Domingo, aunque no llevaba chaqueta.

Esto me recordó lo de aquel cantante que dijo, que porque no quería estar dentro de diez años con la chaqueta de profesor empolvada, era por lo que se dedicaba a la canción. Sí, hablo de Sting, que aunque no tengo noticias de si sigue dedicándose por completo a la música, o no, lo cierto es que sí debe tener dinero como para comprarse todas las chaquetas que le de la gana.

El Lu y yo, cogimos la costumbre, la fea costumbre, de empezar a tomarnos las copas en mi casa, mientras nos animábamos; esto a mi madre le parecía fatal, a mí no tanto, "era mi casa, y allí podía invitar a mis amigos", pensaba yo; mi madre en cambio pensaba: "Ya no sólo abusa del cigarro, sino también ahora del alcohol". Sí, iba mal, cada vez peor. Lo gracioso, es que a veces estábamos en casa de Núñez, y nos íbamos a mi casa a beber, era algo absolutamente inaudito, pienso hoy. ¡Valiente cara le echan mis amigos al asunto!

e-libro.net

El Lu, si no era a base de mucho alcohol, no hablaba de nada, y así casi a veces era para decir:

-¿Nos vamos con las putas?

Era raro, pues no decía "de" sino "con". Quizás fuera por un secreto, que como tal me callo, me contase tiempo después. Aunque no me dijo que le guardara el secreto, si me dura la que tengo, y no consigo su consentimiento, se lo guardaré por siempre. Es un favor que le debo.

Al sitio que más solíamos ir era a la pizzería Arlequín; ya nos conocían las camareros. A veces incluso, íbamos hasta cinco personas, todos machos, a comer; a mí esto me causaba algo de vergüenza y pensaba: "¿Creerán que soy marica?" Allí fue donde vi por primera vez a Alberto, el eterno estudiante de música, que hacía gala de un estilo marchoso y que vestía siempre de oscuro, con vaqueros y camiseta, igual que Guillermo, aunque la diferencia era que Guillermo, estaba a muchos kilómetros de su casa, y Alberto, nunca o muy poco había salido de ella, comer la pizza con las manos, la partía en cuartos y luego la comía sin cubiertos. Mientras esto digo, se me está haciendo agua el estómago; ya ha pasado algo de la hora de la cena, al escribir esto y me están dando ganas de comer; pero tranquilos éste, ya es mi último folio por hoy.

Una vez, recuerdo que entramos todos los amigos a la pizzería, hasta el fondo; no vimos ni un sitio libre, y otra vez volvimos a salir los cinco; ese día iba yo con corbata y chaqueta. Yo invitaba a todos a cenar, por mi santo o cumpleaños, no recuerdo, pero lo cierto es que fui sumamente espléndido, no por nada, sino porque los demás, salvo una invitación que me hicieron, no todos me invitaban a sus celebraciones. ¿Tendría razón Luis cuando me decía?:

—Claro, como uno va de paganini.

Hoy creo que sí, que cada uno adquiere un rol y claro si este es el de que invita a todos, pues todos se suman a la fiesta.

Me van a perdonar que vuelva a escribir sobre la monarquía, pero y "¿qué necesidad, si no es por el premio del príncipe, tenemos los españoles de ella". Tenía razón Unamuno, cuando decía, que la evolución consiste en el cambio, y más razón tenía mi querido amigo Tomás, al decir: "Cuando cambies que sea a mejor, si es para ir hacia atrás, para eso me quedo como estoy".

¿Esto a cuento de qué viene?, se preguntarán, pues es porque si por quitarnos la monarquía, nos van a poner otro sistema, por ejemplo uno absolutista, pues prefiero quedarme como estoy, con monarcas incluido, y para demostrar esto diré sin ningún problema: "¡Viva la monarquía!", a pesar de ya digo, no aceptarla muy bien.

Como licenciado, me imagino que el Príncipe Felipe de Borbón, cobrará ciento treinta y cinco mil pesetas mensuales con dos pagas extras al año. Aunque me resulta demasiado, pues supongo que aparte le pagarán los hoteles, y los desplazamientos, ¿o no es así?

Es raro, pero antes me caía muy bien Carolina de Mónaco, me caía fenomenal; estaba buenísima, pensaba. También aunque no tanto, me gustaba Estefanía, el tiempo me daría la razón, y se ha visto como Estefanía es más inconsciente, se piensa menos las cosas, no es que se drogue, pero sí le gustan sobremanera los hombres, lo mismo he oído decir que le ocurre a su hermano.

No creo que me gustase estar en sus pellejos, pero de seguro que a esa familia no le gustaría estar en el mío. Por cierto:

-¿Quien le paga los lujos a esa gente?

Porque miren que lujos tienen y a la patada; me parece a mi que son familias un tanto derrochadoras. ¿Se imaginan a Carolina, de camarera en un burguer? No, verdad; en cambio, si a mi me vieran en un sitio de esos, no les extrañaría en absoluto. Empiezan a dilucidar la diferencia que les quiero hacer ver.

No hace mucho, he visto como Estefanía trabajaba de monitora de patinadores sobre nieve; supongo que no haría falta ningún título para ello, y que yo por ejemplo, que he visto la nieve tres o cuatro veces en mi vida, también podría ser monitor. Está claro ¿no?

Bueno dejemos a las, ¿envidiadas?, monarquías a un lado; desde luego, no tengo ni idea de cómo los americanos pueden vivir sin ella, seguro que están celosos de nosotros por no tener parásitos nobles, tal y como decía Águeda; bueno, ella no decía parásitos, esto es cosa mía.

Por cierto, ardo en deseos de ir a cenar a La Zarzuela, con sus majestades al completo, y allí, junto con otros invitados, gritar aquello de: "¡Viva el Rey!", y contestar todos con un "¡Viva!"

Esto que parece del feudalismo, es cierto, y ha ocurrido. Me lo dijo una persona que lo vio y vivió directamente.

Después, claro está, gritaría, un "¡viva yo!"

e-libro.net

Pero cambiando el tema, pues si no, creo que duraré yo bien poco en este país. Hoy les voy a decir una cosa un tanto rara, y es que hasta hace poco, no sabía la diferencia entre chorizo y salchichón; hoy ya lo sé, a pesar que a algunos aún no sé en cual los clasificaría, pero el normal, sí sé distinguir. Me ha costado mis años, pero lo he conseguido.

Estaba tan ciego, cuando vivía con Águeda que nunca llegué a comprender por qué no comíamos pollo; suponía que era porque tendría unos precios abusivos. Hoy ya he caído en la cuenta, y era porque según decía ella, las aves le daban miedo. Y claro, este era el motivo para que uno prácticamente no comiera carne, más que un bocadillo de embutido al mes, y con poquito; pero no importaba, el pan de La Laguna, era, y supongo que lo siga siendo suculento.

Y sobre cómo he llegado a la conclusión de que ya no me equivoco, pues al leer a Azorín hablando sobre otro escritor, mejor que él, o al menos eso supongo, creo se refería a Dumas padre.

Hay gente que se extraña, al verme escribir, cómo es eso posible en un farmacéutico, y encima tan tarde, sí, a edad tan tardía. Bueno, realmente me viene de pequeño, sí, yo sabía que iba a ser farmacéutico, pero que al igual que mi padre, que no me iba a quedar en eso sólo; me resisto a ser un vulgar farmacéutico del vulgo. Sí, me niego a ello. Sé, que quizás tampoco sea un fiera en mi carrera, pero, en esta carrera que ahora hago, y con lo que en lo más hondo de mí siempre he querido hacer, leer y leer, y encima ahora hacer algo que me gusta, escribir, y escribir. Bueno, realmente no escribo tanto, pero dejemos esto para más adelante.

No hace mucho que leí, que Maquiavelo decía, que es mejor, estar entre los altos, que con el común de las personas, siendo estas últimas las únicas que se salvan; él decía, que aún así, prefería estar entre los inteligentes.

Ya, hoy no creo que ni todo el vulgo, ni todos los listos (no listillos), se salven, sino que en todos lados, hay de todo.

Lo de Maquiavelo, que se lo decía a Leonardo da Vinci, lo leí en una novela de un ruso (al que habían exiliado), dentro de las novelas históricas de una colección, de las que no tengo, más que la novela citada.

Me jodía bastante, cuando iba a casa del Lu, y allí veía a Toni Martín, y a Control, siempre jugando al ordenador, me reventaba, quizás no tanto porque yo ni supiera jugar, ni quisiera, sino porque parecía como si estuvieran haciendo tiempo hasta que yo llegara para ponerse a jugar con los machangillos.

Supongo, que no se estarían haciendo los entendidos; pues cada vez, me convenzo más que uno puede saberse uno o dos programas de ordenador muy bien, pero del resto, no tener ni idea.

De su ejecución, conozco algo de algunos, no tanto como quisiera sobre esos, pero supongo que me perfeccionaré con el tiempo; eso al menos es lo que espero.

En esos días la relación que existía entre el Lu y yo, era rara, así él siempre me solía decir, cuando terminábamos de tomarnos las copas, de pasar por casas de putas, no entrar, sino pasar por delante. Nunca me lo expliqué, pues sinceramente eran más bien feas por donde íbamos los dos; pero a él se le antojaba. A mí sin embargo, me entraban ganas de hablar de Dios, a él, nunca le dio por ahí, cosa que me daba mucha pena; con el tiempo, iría yo imponiendo mis opiniones y mi forma de aprovechar el tiempo. Hoy, estoy casi seguro de que mis amigos no me comprenden. Lo siento por ellos.

Aunque, espero que sean sólo ellos los que no me comprendan, me resultaría horrible, que fueran la mayor parte de los posibles lectores, quienes no me comprendieran, si es que lo que hago le interesa a algún mortal.

Tomi, me pidió una vez, si le podía hacer un favor, consistente en ir a la farmacia por las mañanas, yo le dije que sí, pero que no tenía medio de transporte, él me contestó que no importaba, que él me llevaría y me iría a buscar, pero que si no me importaba pues tenía que ir a clases, y estaban ahora controlando mucho las cosas de las inspecciones, por lo que era obligatorio que hubiera siempre un farmacéutico allí; le contesté que, siendo así, no había ningún problema.

Empecé pues a ir, no muy puntualmente a la farmacia, pues Tomi, no era nada puntual; bueno, a partir de aquí, me dijo que si le llamaba Tomás, yo accedí, “Es que no me gusta que en la farmacia me conozcan por ese mote”.

—No hay problema.

Aunque sí lo había, llevaba más de diez años llamándole Tomi, y ahora, de golpe y porrazo, me dijo que le llamara Tomás. Como verán accedí. A partir de ahí, siempre antes de llamarle, debía pensar bien el nombre.

Iba a la farmacia, y allí estaba deseoso de que me invitaran a un café.

e-libro.net

Desde aquí les pido perdón, pues no sabía que el café lo compraban ustedes, los empleados, pensaba que era cosa del jefe.

Había una doctora nueva en el consultorio, era una sustituta, Neri, se llamaba. Era cubana, y había estudiado en Madrid. No creo que hubiera hecho ninguna especialidad, pues cierto día, le oí leer el currículum a Silvia, y decía que era doctora y cirujana, o sea para lo que capacita el título de licenciado en Medicina.

Nos llevábamos bien, Silvia, Álvaro y yo, quizás, porque como quien dice, yo estaba de visita.

Silvia, muy presumida siempre, iba con un pijama como el de José Juan, pero lo cierto es que a ella le quedaba mucho mejor; no estaba nada mal esa niña.

Le conté mi caso con Celeste, y le interrogué sobre qué creía ella que podía hacer.

—Yo, te puedo contar mi caso –y eso hizo-: Cuando Alejandro iba detrás mía, yo no le hacía ningún caso, hasta que un día me di cuenta que él estaba allí, y ese día, me enamoré. Y hasta ahora.

Silvia estaba empezando a pagar su piso, junto a su aún novio, por lo que estaba sumamente nerviosa.

Estuve unos diez días más o menos, yendo a sustituir a Tomás; el motivo de ello, lo desconozco. Me dijo:

—Cuánto quieres que te pague por la sustitución.

—Una cena –le respondí.

Venía siempre sobre la una y pico a buscarme, y a veces, me llevaba por ahí a tapear, antes de comer.

Un día, de esos que estábamos de tapas, y en el que Marcos, el de La Laguna, coincidió en el mismo bar, fue donde yo estaba y me saludó.

—Hombre, ¿qué tal?

Según me dijo, tenía mujer e hijos, aunque no de la misma mujer con la que estaba cuando yo le conocí.

Estaba vestido de trabajador, aunque sin lujos.

“Cuando el dinero escasea… Hay que ver cómo suben unos y otros bajan”, meditaba cómo siempre me ha impresionado esto.

Ese día le confesé a Tomás:

—Porque intentaré llegar a...

Como verán le engañé sobremanera, pero es que decirle que pensaba llegar a lo máximo, me dio algo de vergüenza, y si él ya me tomaba por loco en esos momentos, no digo nada si le hubiera confesado la verdad. Quería ser un Einstein, un Descartes, en definitiva un gran hombre.

No he querido nunca ser un dios, aunque a veces me lo he creído. Hoy sé que sólo hay un Dios, pero ese Dios, nos hizo a todos santos, y por ello, todos o todas los que quieran serán santos. Yo, no quería llegar a este razonamiento que es de los que ahora más me preocupan y molestan, pues siempre le digo al Señor: “Dios, yo no quiero ser santo, pero sí tener una grandeza como ellos...” Este es uno de mis grandes problemas, y sé que es el que me va a condenar, pues conociendo el camino lo desecho. Sé que Dios me castigará.

Le dije a Silvia que qué creía ella de regalarle flores a mi amada, y me dijo que no sabía cómo se lo tomaría ella, pero que a ella le agradaría.

Como ven, estaba claro que Tomás pensaba que yo aún no estaba curado. De todas maneras, él mantenía unas relaciones cordiales conmigo.

Me contó, como Octavio, se había comprado un Audi.

—Qué nivel –dije yo, esperando una corroboración por su parte.

—Pues yo no lo veo tan mal.

“Punto en boca, pensé, de ahora en adelante, ya no critiques más a Octavio”, y así ha sido, ahora, por lo que veo, son uña y carne.

Yo, me iba con mi idea de tener una gran fortuna, cada vez empobreciéndome más, mientras, él, ellos, eran cada vez más ricos; seguro que se reían de mí; impresión que siempre he sospechado en mis amigos, por pensar que soy algo retrasado, y que no llegaré a ningún lado. En el fondo, lo que creo es que los envidio, no una cosa de ellos, sino todo lo de ellos; ha resultado ser que eran unos ganadores, y yo como siempre el perdedor, aunque vayan a saber si lo que ha ocurrido siempre es que era prudente; no, más bien no, desengañémosno, siempre he sido un imprudente y he metido continuamente la pata. Ahora sigo así, sobre todo al hablar de política y sus aledaños; me imagino que cuando estas páginas se impriman en la prensa (si es que aún se usa ese método y si es que se publican), incluso mis amigos más allegados me abandonarán, al menos hasta ver los resultados, el impacto que produce en las demás personas.

e-libro.net

Solíamos ir al bar La Espiga, aunque yo no iba de muy buen gusto, prefería que me llevara directamente a mi casa. Pero él, tenía y tiene desde que acabó la carrera, la manía de decir:

–Porque la vida está en la calle.

Yo me consideraba vivo, y sin embargo estoy en mi casa, y muy a gusto, cuando quiero salgo un cuarto de hora a pasear, y me quedo tan pancho.

A Álvaro le gustaba también hablar conmigo; siempre cuenta las mismas batallitas.

No tengo ni idea si le molesta que yo lea, aunque a veces he sospechado que sí, pues no me deja que lo haga. Decía que cuando él leía, se leía tres novelas de Estefanía en una noche.

Yo me decía, “pues qué lástima, porque debió ser un gran lector, sin embargo ahora no lee nada, salvo alguna que otra vez, algo del reglamento de los árbitros de lucha canaria”.

Bueno, esa es su gran afición, y encima cobra por ello, pues muy bien que le trata la vida. Tomás también me decía:

—Para no tener estudios, ha llegado lejos.

Ya empezaba otra vez a relucir la carrera; pero ¿con qué pocos estudios se conforma, y con qué mucho dinero se sacia?

Esta época en la que vivimos, ya se sabe, es ínfima, comparándola con el total de los tiempos, y, ¿quién hará cambiar el mundo?, nada más fácil de responder, yo; con mis juergas y borracheras, y mi poco intelecto, voy a hacer que este mundo gire al revés (¿que esto es un imposible?), pues voy a cambiar su forma de pensar.

Bueno, dejémonos de zarandajadas y cambiemos de tema, esto es peliagudo para las pretensiones de este librito. No quiero continuar siendo el abogado del diablo, tal y como la mayoría del tiempo he sido.

Me interrogaba muchas veces, acerca de mi futuro; pero también le decía a Dios, los días en que mis amigos decían de salir:

-¿Salgo?, Dios mío.

—Sí, sal y diviértete –pensaba por mi parte de que era Él el que me hablaba.

Recuerdo sobre todo, una vez que estaba triste, muy triste, y mis amigos me vinieron a buscar, yo les dije:

—No tengo ganas de salir.

—Sal, ven con nosotros –me dijo el Lu.

Yo le pregunté al Señor, y este me dijo lo de siempre; fue esto suficiente para salir con todos, después resulta que el Lu estaba peor que yo, aunque él casi nunca se sinceraba, parecía que le costaba trabajo decir la verdad; solo la decía de vez en cuando, cuando estaba harto de copas, como saben.

Ese día fuimos en principio a la Plazoleta Farray; luego el Lu, mientras reía y hablaba, me dijo al oído:

—Estoy hecho polvo.

-¿Por qué? –le pregunté, aunque me lo imaginaba: seguía enamorado de Mari Jose.

Después seguí con él tomando copas.

Me hice el amo de la noche, y el dueño de la noche discotequera, sobre todo la del Zorbas.

Allí, primero fui un día con el Lu, y me puse a bailar yo solo; me debía dar vergüenza, pero no, no me daba; no puedo saber si lo hacía bien o mal, pero lo hacía. Había allí un mestizo, mezcla de europeo con asiático, que era el dueño de la marcha de aquella disco; yo le hacía sombra, a pesar de no tener ni el más mínimo interés en ello.

Tenía unas seguidoras, y unos amigos que parecían sus guardaespaldas, los que eran feos hasta decir basta, también asiáticos, pero parecían muy mala gente, como los malos que salen en las películas de policías.

Ellos pensarían que el Lu, era el mío.

El mejor día que pasé fue una noche en la que había un pase de ropa interior; vinieron más y más mulatas sudamericanas, las estaban realmente imponentes, tanto ellas como ellos.

La disco estaba a tope, y yo sentía envidia de mi contrincante, pues le saludaban todas las chicas; todas pasaban por allí y le daban un par de besitos. No las modelos, sino las chicas que iban a divertirse, o quizá a buscar novio.

Era aquello una mafilla que me hacía gracia, pero lo que sí tenía respeto era por sus dos, sobre todo uno, que tenía pinta de criminal, guardaespaldas.

Fue la primera vez que vi un “pase” de esos, algo increíble.

Una vez acabado, tras controlar a las dos mejores modelos, salimos al bar de al lado; allí, me presentó el Lu, a Tony (este sí va como y griega).

e-libro.net

Estaba de prácticas como camarero en el bar de al lado. Un bar con pretensiones de moderno y americano, pero que supuse que no daba nada de dinero.

Se puso el Lu a hablar con él, y observé la poca maña que se daba en servir los cortados; bastante patoso, y muy lento.

Estábamos allí hablando, y decidimos, ya que íbamos casi de amanecida, desayunar chocolate con churros en "La Madrileña". Tony también dijo que iría, si le esperábamos a que terminara su turno.

Esperando, vimos salir a todo el grupo de sudacas, que los metieron en un coche furgoneta; "En qué malas condiciones viaja esta gente", me dije, y eso que parecen auténticos profesionales. Algunas chicas entraban y salían en el bar, aunque lo que consumieron fue mínimo, y todo "comida basura".

Estaban fenomenal, lástima que las traten como despojos, lo siento por ellas, aunque quizás comparándolas con sus países de origen, fueran reinas, no se lo llegué a preguntar, a pesar de que quise hablar con las chicas. Ya saben que siempre me han atraído los cuerpos esculturales. Esperando a Tony, llegó su madre, quién enseguida se puso a hablar con nosotros; venía de una noche de juerga y desenfreno (bueno quizás sea esto decir demasiado para una persona de su edad, pero al menos, sí de bailar, eso sí que lo había hecho), con hombres que no eran su marido, con el que según parece, cada vez se llevaba peor.

Tony tenía toda la pinta de estar despistado, le recuerdo perfectamente, con su uniforme de camarero, que incluía un chaleco a rayas gris y negro. Con escaso pelo, aunque más del que tiene ahora, y un físico espléndido, en el que basa su éxito con las mujeres. Éxito que yo le envidiaba, hoy ya no.

Cuando terminó el turno, cogimos el coche del Lu, y nos fuimos a la churrería, donde había algunas niñas que estaban muy bien, aunque yo me trincaba algo, mi autodominio se desvanecía (pueden más dos tetas que una carreta). Desayunamos y luego decidimos ir a Melenara; dicho y hecho, fuimos a nuestras casas y nos cambiamos, yo me duché también y me quité toda la ropa de bonito (como decían los soldados), y me puse la de playa. Me cambié en el baño, y Tony estaba en mi cuarto; como verán, le di un gran margen de confianza, que no acostumbro a dar a todo el mundo, y pensaba para mí: "Este chico tiene gancho".

Después nos fuimos a casa del Lu, y por último a la Tony. Este último, fue el que más tardó en cambiarse; cosa de media hora, y al final para salir no muy lucido. Yo iba como siempre voy a la playa, con pantalón corto de pinzas, y debajo el bermudas, arriba una camisa, y luego cholas de playa. Por el estilo íbamos todos.

Bueno, ya estábamos todos, y nos dirigimos a Telde. Cuando llegamos a la playa, no había mas que una o dos personas; el tiempo estaba fatal, me dediqué a caminar por la playa para oxigenarme y hacer algo de gimnasia; no me bañé.

Hacía más viento que otra cosa, por lo que optamos irnos. Cuando llegábamos al cruce que conecta con la pista, nos fuimos a desayunar otra vez. Decidimos irnos al sur, pues ya que estábamos de marcha, a seguir con ella.

Me tomé un sandwich mixto y leche. Fui al baño para intentar cagar y pedorrearme, pero no conseguí ni lo uno, ni lo otro. Los gases me estaban matando, y sin embargo, debía resistir.

Allí, ellos, sin pensar en las consecuencias, decidieron ir al Inglés. Yo acepté.

Enfilamos rumbo a dicha playa. Llegamos bastante pronto, pero el Lu en principio, aparcó el cocho lejos, muy lejos; nos bajamos y nos sacamos un par de fotos, como si fuéramos turistas, yo empezaba a avergonzarme de mis compañeros, me parecían unos magos que iban por primera vez al sur, cuando lo más seguro es que tuvieran mucha más costumbre de ir que uno. Faltaba un buen trecho para llegar al Inglés, ellos dijeron de caminar, aunque también les parecía algo lejos; yo fui el primero que dije que de ir allí en coche, no por lo que nos pudiera cansar la ida, sino porque la vuelta no nos fuera fatigosa.

Al final cedieron; mas creo que no querían ir hasta la playa, no por nada sino porque no supieran llegar. Al final dejamos el coche donde lo deja todo el mundo, en el aparcamiento que da a la misma playa. Llegamos a ella, y para mi desgracia, nos sentamos delante de unos clientes de la farmacia, la mar de estúpidos.

Era o parecían ser profesores, y alardeaban de mucho dinero; cosa que precisamente no tenían; en proporción, tenía yo más que ellos.

Me desnudé, y estaba sumamente blanco; el Lu, al ver que yo estaba desteñido, y como eso le dio vergüenza decirlo, me dijo:

—Tú también estás gordo.

Cosa que siendo real, no destacaba tanto como lo amarillo de mi piel.

e-libro.net

Nos fuimos a bañar, intentando hacerlo de dos en dos; estuvimos un tiempo y después, decidimos volvernos.

El mar estaba muy bueno, sobre todo cuando uno no está en la misma orilla, con las meadas de todos, sino al adentrarse uno un par de metros hacia el océano, es algo muy grato.

Pensamos en alquilar algún aparato, enseguida pensé en los patines, en los que nunca me he subido, pero no nos pusimos de acuerdo; al final no alquilamos nada.

Yo estaba quemado de mis vecinos, encima nos tapaban el ver a posibles jovencitas; total que nos fuimos, sin agradar en exceso la vista.

A la vuelta, cuando íbamos a buscar el coche, la casualidad de las casualidades, vimos a la compañía de modelos que nos habían deleitado por la noche, en una guagua particular, algo vieja, que les había llevado allí. "Esto sí es casualidad, ¿será que el destino me depara algo con ellas?"

Hasta el momento no ha sido así.

Quizá el destino hubiera estado en que yo le dijese algo a las chicas; quienes creo que eran solteras, pues me miraron y me sonrieron. Pues no, no acababa mal el día del todo.

Al final, regresamos a la ciudad, y allí cada uno a nuestras casas.

Por ese día, ya estaba bien. Dormí. Como comenté, había comprado un bidón de pintura, que sólo usé un poco, pues me hacía un verdadero desastre las manos, y se me quitaban enseguida las ganas de trabajar, prefería leer y leer. Es posible que fuera que yo estaba llamado para altas empresas, y no para minucias, o sería quizás que no estaba llamado para nada, ni siquiera para lo más simple. "¡Ayúdame Dios mío!"

De hacía un tiempo a esa parte, soñé que tenía una especie de casita de madera en miniatura, abierta por la mitad, y que las paredes estaban llenas de libros; libros que se podían leer, aunque yo nunca lo hice, por tener siempre otros que mirar, pues se me iban acumulando unos y otros. Los de la casita, cada vez me atraían más y más, sobre todo por lo fantástico de sus diminutas dimensiones y magníficas encuadernaciones en piel.

Esto, que seguro que lo he soñado, hoy lo recuerdo como algo irreal, pero en su día no lo creí imposible; quizás el alcohol tuviera la culpa.

Sabiendo que empezaba a haber malos tiempos para los estudiantes, puse carteles por todo mi barrio, en los que decía cuál era mi licenciatura, y que daba clases, no puse que económicas, aunque lo eran. Creo que cobraba cinco mil mensual; aunque decía que serían grupos reducidos, me llamaron unos tres o cuatro chicos, de los que sólo me vino uno. En fin, así es el trabajo. Pues nada, trabajaba tres horas a la semana, con un solo alumno de matemáticas, y cobraba por ello, unas cinco mil pesetas.

Le daba clases por la tarde, a pesar de que no tenía pensamientos de trabajar sino seguir estudiando. Mientras, leía y leía, no puedo asegurar si ávidamente, aunque sí con algo de fruición.

El alumno, me parecía normal, no demasiado listo, pero tampoco excesivamente torpe, lo justo como para acabar el bachillerato y hacer una pequeña carrera, aunque no sabía si de ciencias o de letras, pues nada significaba, que en segundo de BUP, se le atragantaran las matemáticas. Según me dijo su madre, conmigo, le había cogido el gusto a esa asignatura y que no hacía más que hablar de matemáticas todo el día. Mi método, era explicarle la teoría, y luego enseguida pasar a hacer problemas, los que en principio él no sabía hacer, se los resolvía yo una vez, y después se los mandaba hacer a él. Así estuvimos unos tres meses.

Mientras, me leía La Regenta y otros libros. Recuerdo que en especial me leí ese libro, pues estuve un tiempo con él, y lo que parecía ser el mismo libro, y de no muy gruesas dimensiones, no era real, pues constaba de dos tomos.

El alumno, yo pensaba que iba a aprobar, era repetidor, y me decía, "Bueno ahora seguro que pasará".

Alguna que otra vez, no me hacía los problemas que le mandaba pero fui algo indulgente con él. Supongo que como preceptor, debía haberle exigido más, pero algo me retenía a hacerlo, quizás internamente supiera su no demasiada capacidad, aunque creo que con esfuerzo y tesón (cosas que no hay que hacer en exceso en bachillerato), todo saldría. Mi sorpresa fue sublime, al ver, cómo suspendía examen tras examen. Llegué incluso a preguntarle si se llevaba mal con la profesora; me contestó negativamente. El auténtico por qué de los suspensos, nunca lo he llegado a saber. He pensado, que si lo que ocurre es que soy mal profesor; he tenido otros fracasos con otros alumnos.

Era raro, al principio, cuando era estudiante, mis alumnos progresaban, ahora, sin embargo, fracasaban. ¿Era yo el culpable de ello? Lo cierto es que la madre, una vez, me regaló una caja de bombones, y me dijo que su

e-libro.net

hijo estaba muy contento conmigo, que si podía el año siguiente seguir dándole clases. Yo le dije que no, que me iba a la península a estudiar.

Mientras por las tardes daba clases, por la mañana iba a la farmacia de Tomás. Estando allí, decidí irme al año siguiente a ampliar estudios, recuerden que me quería hacer analista; no me admitieron en tal rama, por lo que decidí hacer óptica. Tampoco me admitieron, y llamé por tanto a la península desde la farmacia de mi amigo y me dijeron que tenía un currículum insuficiente. A Tomás le había dicho previamente que si no le importaba que hiciera esa llamada, pues las debía hacer por la mañana, en horas de oficina, a lo que él me contestó que no importaba. Eso hice. Espero que mi fidelidad a él y a su economía, le haya gustado.

No sabía qué más intentar estudiar, y a ser posible, que fuera en la península; entre otras cosas, me quería probar a ver si era capaz de vivir solo; esta era una de las cosas que pretendía.

Por esa época, me había hecho con algunas colecciones de libros, sobre ensayos y literatura, de los que muchos, aún hoy, no he leído. A veces me entra cierta congoja de tener tanto libro y yo leer tan despacio, pero es que entre una cosa y otra, a veces no doy abasto. Siempre me ha gustado leer, eso ya lo saben; hoy día es con las cosas que más disfruto, sobre todo cuando leo novelas, aunque no es lo único que leo, a veces leo ensayos de todo tipo, desde filosofía hasta leyes, o algo del mundo de la farmacia; esto último es lo que más leo, cuando leo ensayos. Intento leer todos los días.

Fíjense ustedes qué ignorante era, que hasta no hace mucho, pensaba que eso del humo blanco y negro de la elección de los Papas, era un milagro. Que mientras no saliera el candidato elegido por Dios, no saldría el humo blanco; así, el que lo seleccionaba era el mismísimo Dios directamente, lo que es el desconocimiento y la ignorancia; no fue hasta hace mucho, en que un amigo me hizo caer en el gran error en el que estaba. No fue el Lu, quién me lo dijo, no, fue Tony, y tampoco hace mucho; más exactamente hace cosa de pocos meses.

Eso de que hay de todo en la viña del Señor, me lleva muchas veces a un serio compromiso de no poder afirmar ni negar nada de nada ni de nadie, pues, hasta para cualquier extremo, hay tipos de personas; así para cualquier ejemplo extremista, hay gente para ello; de todas formas, creo que no equivocarme al decir que en las estadísticas se desprecian los extremos (que siendo extremos son mínimamente representativos, más que nada por los poco representantes que lo representan), y por tanto no se toman en cuenta.

No recuerdo si ya lo he dicho, pero creo que todo lo que piensa el hombre, sólo por pensarlo ya es posible; no me refiero sólo a las aberraciones de todo tipo de la mente humana, que de hecho existen, sino que todo lo que el hombre piensa de todo es por una asociación de ideas, las que surgen de una serie de datos que de alguna forma han ido a parar al cerebro, y de lo que ya “entró” en él, se elabora lo que hay y habrá, no es pues que se inventen grandes cosas de la nada, sino que están basadas en los datos metidos al principio en el intelecto; tal es mi caso, que lo que hago aquí, si es que esto que escribo le parece a alguien original, no lo es tanto, sino que es la reflexión, mezcla y redistribución, de una serie de ideas que se me han metido en el cerebro de alguna forma; y digo que se me han metido, pues incluso, los recuerdos que uno tiene sobre un libro, no se parecen en nada a los que otros tienen de ese mismo libro.

De ahí a que lo que uno piensa, después se haga o no se haga, se cumpla o no se cumpla, ya es harina de otro costal. Puede ser que se cumpla, o quizás que no se cumpla nunca, pero no por ello deja de ser posible. No era poco ducho en esto D. Leonardo da Vinci, así, algo imposible en su época era el volar, pero él estaba seguro que el hombre terminaría haciéndolo; se ha llegado a ello con el paso de los tiempos. Eso que él tenía claro, se ha dado. Es más, quizás incluso tuviera, aún otras ideas mucho más avanzadas y sofisticadas que lo por él mentado sobre el volar, quién sabe si no llegaremos a esas ideas por él no expresadas, para que no lo tomaran por demente y anatema, más de lo que así lo catalogaban muchos.

Este ya no es un sueño tan disparatado, como lo fue en su época; hoy ya son muchos los que auguran un continuo y sencillo volar en el hombre; de esto no entiendo tampoco, por lo que no me he de extender más.

En ese año, e incluso antes, le comentaba al Lu, cómo quería pasar a la historia, posiblemente alentado al ver que mi cuñado lo hacía, al que a veces tomo como la liebre del cuento de la liebre y la tortuga, que disputan la carrera. Yo quiero ser la tortuga, a pesar de haber sido durante tanto tiempo la liebre; pero ya he visto que eso sale mal, y que así no se puede seguir, mi cuerpo no lo aguanta, tal y como ya han visto. Pero, ¿y es que la tortuga no descansa?; descanso, por otro lado que tantos y tantos dicen ser beneficioso.

En lo de pasar a la historia, le comentaba, que más o menos, sabía cómo; él me contestaba:

—Yo también, teniendo un hijo.

e-libro.net

Esto me resultaba muy pobre, y pensaba, si uno no es estéril, tener un hijo, no es tan difícil, es más, casi son más los que los tienen que los que los dejan de tener. No pasa uno a la historia de esta forma, ni mucho menos, a lo sumo pasa el apellido de uno de una generación a otra, pero de ahí a estar entre los grandes "trabajadores" del mudo, pues estoy convencido de que esto realmente, es de lo que se trata, de trabajar con ahínco y tesón, que la inteligencia se dará por añadidura, y se desarrollará, siempre que no exista algún problema limitante. ¿Ven?, ya estoy con los extremos, y es que no se puede afirmar nada sobre nada, pero, ¿y si es mi caso uno de esos extremos limitantes?, que también, cómo no, es posible.

Pienso que la postura del Lu es un tanto holgazana, y creo no equivocarme. Quizás yo tuve la culpa, al decirle que en la carrera, había muy poco de lo que se dice amistad, y en cambio mucha competencia, él se escudaba en estos burdos razonamientos, para decir que no quería estudiar, alegando:

—Es que no quiero perder los amigos que tengo ahora.

Yo pensaba que ya los buscaría de nuevo, que eso no era tanto inconveniente; pero su nada convincente razonamiento, fue lo que imperó en él.

Séneca, en sus libros, aconseja que no se piense mucho en almacenar una fortuna, sin embargo él lo hizo; como ven, el mundo está lleno de contradicciones.

Una vez me dijo mi madre:

-¡Porque tú te crees un Séneca!

Yo me pregunté: "¿Y de dónde habrá sacado mi madre esto, lo habrá leído, o visto en la tele?"

Lo cierto es que a partir de ahí he leído sobre su persona en el diccionario y me he comprado un par de libros de él: quién sabe si llegaré e algo de eso, o más, o por qué no dejar paso también a la duda, sí, a menos, que tal y como van las cosas es lo más posible. Recemos porque ello no ocurra.

Incluso tengo pensado, que si hay una guerra, o si me meten en la cárcel, me ocurra lo que me ocurra, seguir escribiendo sobre esas mismas cosas, o sobre otras que se me ocurran.

Bueno, esto es lo que pienso, pero a veces surgen contratiempos que muchas veces no sé cómo resolverlos, pero hasta ahora, con la ayuda del Todopoderoso, van saliendo.

De golpe y porrazo he empezado a nombrar a Dios a cada momento, pero es que así me ocurrió desde que me convertí; a partir de ahí empezaría a leer la Biblia a cada momento.

Espero que estas líneas les sirvan, no tan sólo para gastarse el dinero al posible lector, me gustaría que fuera para algo más; a mí al menos me sirven para desahogarme y reflexionar sobre lo que escribo y no escribo; no pretendo que les sirva para tanto, aunque sí que les sirviese para algo mi corta y casi siempre nefasta experiencia.

A pesar de estar convertido, seguía fumando chocolate, que íbamos a comprarlo a La Plaza de España, por donde era la casa de Celeste. Afortunadamente, ya no frecuentaba tanto la amistad de Charlie, para mi fortuna, pues él me estaba llevando al vicio del alcohol y la coca. Con el Lu, íbamos más controlados, aunque ya digo que a veces fumábamos costo; fumaba, sí, pero ya no esnifaba, ni siquiera lo echaba en falta. Creo que aunque no obraba del todo bien, me estaba recuperando; poco a poco volvía a ser un simple ciudadano, y lo que tan difícil parecía: respetable.

Cuando fumaba, me ponía a hablar y hablar, lo hacía para no caer en el aburrimiento, ni que me diera una bajada de tensión al ponerme a pensar de forma introvertida y ensimismada.

Yo no quería, pero un día me llamó Charlie y me dijo de salir nuevamente el Lu, él y yo juntos. Accedí aunque algo a regañadientes.

Nos fuimos a comer pizza, y Charlie y el Lu, se empezaron a hacer los finos, eso sí bebiendo vino y más vino; yo no bebía más que cerveza sin alcohol. También fumamos hachís, y la mezcla sentó fatal al Lu, quien con la bajada de tensión se le abrió como una puerta de sabiduría en la mente: "Sí, Fijoleis también es humano", o yo qué sé qué pensaría. Lo cierto es que dijo que se iba a dormir y se fue.

Charlie y yo no nos pusimos de acuerdo de a dónde ir por lo que me fui solo a la Avenida de Las Canteras donde había leído que nadie iba por las obras que allí habían.

Efectivamente, no había nadie. No encontré a nadie en todo el paseo. Pensé y repensé mi futuro, mientras me daba ánimos y más ánimos; me estaba consagrando, no al diablo, no, le consultaba al Señor, y Él me respondía que sí, que ánimo, que él me ayudaría.

Se los tengo que decir, aunque no venga a cuento, frente a mi casa, hay un individuo que ha llegado hace pocos meses, usa coleta, pero no es esto junto con su gran delgadez lo que destaca en él, no, es que siempre está fumando algo de droga, cuál, no puedo asegurarlo, pero vez que le veo, vez que está preparando la cachimba; es

e-libro.net

algo increíble, peor que Pepe Morales, quien sospecho no ha terminado nada bien. Si no me equivoco, es un cliente de esta zona, a la que viene a comprar algunas veces, o al menos yo lo he visto unas cuantas; me da pena de él, aunque no debería, pues en la época en que nos hablábamos, era un poco engreído, y siempre iba de rico; yo iba y voy de pobre, pues pobre era, y pobre soy. Visto mejor, eso sí, pero pocos más son mis lujos. Ahora no le queda más remedio que ir casi de mendigo. ¡Ayúdalo Señor!

Según me dijo un amigo, y que yo he podido comprobar, es que Dios nos va cambiando poco a poco, y lo que a veces podría parecer que son cambios bruscos, no lo son tanto, si se mira el gran y paulatino cambio al que se llega al final. Espero que aún no haya llegado mi final.

Empezaban a verse los teléfonos móviles, y un día, que estaba con el Lu, en la Plaza de la Victoria, me dio auténtico asco y algo de vergüenza ajena al ver lo absurdo de uno, que encorbatado y enchaquetado, iba caminando y haciendo grandes movimientos con el cuerpo y las manos, y cómo no, era producido por la conversación telefónica. Pero era todo tan fingido, que no me extrañaría que lo hubiera concertado previamente con el que estaba al otro lado de la línea, para que le viesen caminando y hablando por teléfono, como si fuese una conversación de negocios; se hacía el superejecutivo, y lo más probable es que no lo fuera por lo intempestivo de la hora y del día; era un viernes o sábado por la noche.

Como habrán podido ver, muchas veces íbamos a esas plazoletas; el Lu prefería la Farray, a mí esa última no me gustaba nada en absoluto; en la que a mí me gustaba encontraba que iba gente guapa, en la otra iban más gente normal, y tanto, pues parecían estudiantes y trabajadores de poco nivel económico. Quizá unos pecarán de exceso, y los otros por defecto, no digo que no, pero si voy a ver niñas, me gusta verlas guapas, arregladitas; para verlas con los pelos pegados y con vaqueros raídos, no salgo yo un sábado por la noche.

Me juego que no existía tal diferencia de niveles en la economía, sino estilos de vida distintos, pero al Lu le dio por ahí, y yo no me quería bajar de mis trece; algunas veces cambiábamos de un sitio a otro.

Recuerdo cómo un día quedé detrás de un bar de la Plaza de la Victoria con Control; mientras me tomaba una “sin”, me puse a leer el periódico en lo que llegaba; leí un artículo que decía que Felipe G. se había leído no recuerdo cuantas pero eran muchísimas veces, el Quijote; hoy me jugaría lo que fuera que no se lo ha leído ni una sola vez. Estoy casi seguro.

Ignoro el motivo por el que dijo tal flagrante mentira, pero lo dijo ciertamente, pues si no, no se me habría a mí quedado tan grabada dicha entrevista.

Sospechaba que Felipe decía mentiras, hoy lo sé. No me explico por qué las decía, pues no tenía necesidad ninguna; quizás por un sobreesfuerzo de querer ser siempre y en todo el mejor; a los intelectuales, no sé qué les hubiera caído mejor, si dijese que le disculparan, pero que no había tenido tiempo de leer el Quijote, frente al que sí lo había leído y encima en repetidas ocasiones.

Con respecto a este libro, Juancho, me confesó cómo él nunca se lo había leído. Quizás tampoco fuera cierto esta afirmación; tampoco veo motivo por el que mentir. Si no lo ha hecho, y ocupando los puesto que ocupa, no le vendría mal leérselo, pues el sí que representa a una parte muy relacionada con ello. Y me imagino que esté a punto de salirle una úlcera en el estómago cada vez que le preguntan sobre él, temiendo que le descubran, si es cierto lo que me confesó.

Se tarda como mucho un mes en leerlo, con que imagino que él, con la facilidad y rapidez de lectura que tiene, lo haría en mucho menos tiempo.

Yo no recuerdo exactamente cuánto tardé, pero calculo que más o menos sería eso.

Empecé a ir con Javier Núñez al Pachá, disco-pub de moda en la ciudad; allí todos, o casi todos, íbamos de chaqueta y corbata; yo fui así casi siempre. Alternaba las dos o tres chaquetas que tenía, con unas cuantas camisas y unas pocas corbatas; intentaba ir siempre vestido de forma diferente. Había chicas muy guapas, o al menos eso parecía en la oscuridad del local; allí se iba de doce de la noche en adelante, por lo que comprenderán que no estaba allí todos los días, aunque un mínimo de una vez cada quince días, sí que empecé a ir.

Una vez encontré a mi hermano con su novia Sora, y a una serie de amigos de él, todos viejos conocidos; me fui con ellos de juerga, son muy conocedores de la noche (demasiado), yo siempre iba con la intención de ligar, y en su defecto, mojar la pluma. No adelantemos acontecimientos.

El día que fui con mi hermano, me llevaron a sitios donde nunca había estado. Observé en uno de ellos, cómo Sora se fumaba un cigarro (cosa que no acostumbraba a hacer), antes de meterse en la pista.

Me di cuenta cómo lo usaba de bastón para darse ánimos (quizás como usaba yo todos los cigarros). Me decía esto, a la vez que me hizo gracia percatarme de ello. Otro día se lo comenté a Jose quien me dijo que yo estaba

e-libro.net

equivocado, que eso no era así; ante tan ruda y poco razonable respuesta, me quedé callado y me tragué mis elucubraciones.

Sigamos con el Pachá; iba a ligar, pero lo hacía poco, muchas veces, porque el Lu me lo impedía. Lo bueno de ese sitio, era que la mayoría de mis consumiciones eran cerveza "sin"; es curioso pero la cerveza que más bebía era Dorada, no por nada, sino porque era la que más traía.

Estuve un par de días, detrás de una chica a la que un buen día ataqué pues también era asidua de ese bar; le dije al Lu:

—Voy a ver cómo la ataco, qué estrategia de ataque me planteo para entrar a esa chica.

Uno de sus amigas me oyó. "¡Coño me oyó, pero ahí va!"

—Oye te invito a una copa, ¿quieres?

—No gracias.

"Mecachis en la mar, encima de todo lo que me ha costado dar este primer paso, y ya de entrada me viene con negativas. Desde luego, no sé ligar", pensé para mí; decididamente, no sabía ligar; eso de cortejar a una chica, no iba conmigo. Quizás uno era demasiado lanzado. Había de todas maneras una cierta inseguridad, tras mi aparente seguridad, y no nada pequeña; a saber, el "brote" que había tenido, y que estaba en paro; dos grandes handicaps, como comprenderán. Y no era ninguno de los dos, moco de pavo. Iba muy bien vestido, de lo mejor de la disco, pero aun así, no las tenía todas conmigo.

Esa chica, a partir de ese momento, la vería unas cuantas veces más en otros sitios; me interrogaba, "Por qué sale con otros chicos y no conmigo".

Según me contó mi hermano, había sido novia de su amigo Javier, y se caracterizaba porque hablaba como si tuviera papas en la boca, era del Barranquillo. Era lo único que sabía de ella. Era muy guapa y elegante; algo fantástico, y casi imposible para mí; ya saben como a las que escogía, mis elecciones no eran del todo afortunados, ni mucho menos.

Solía ella vestir con traje a cuadros; a veces me recordaba a un uniforme, pero no, no lo era, eran trajes, y todos distintos aunque muy parecidos.

En cuanto a la farmacia de Tomás, decir, como allí, casi todos los días, invitaba yo a la doctora sustituta, a café. Pensaba como ya saben que era de Tomás, ellos nunca me dijeron nada, por lo que desconocía la verdad por completo. Yo siempre tan amable.

Un día que creo fue el último, se me cayó la cafetera ardiendo al sofá-cama, y se hizo un boquete enorme. "¡Dios mío, trágame!, ¿cómo se lo voy ahora a decir a Tomás?" Al final se lo dije a él, y por lo que vi, no se lo tomó a mal. De todas maneras a mí eso me afectó mucho, me consideraba un inútil. Me sentaba en el sofá, junto con Nery, para tomar el café. Seguro que los dos empleados, me criticarían un huevo. No era de extrañar.

Como siempre, me ponía a alucinar con los libros que me llevaba para leer. Uno de ellos, "Cumbres borrascosas" de Emily Brontë, me costó bastante leerlo, me resultaba complicado de entender; podía ser por varias cosas, porque estuviese estresado, o porque la traducción fuera mala, o porque realmente fuera de difícil comprensión; al final me lo pude liquidar y terminó bien.

Otro que me leí de esa vez, y que sí que me gustó enormemente, fue "Sinuhé el Egipcio" de Mika Waltari, eran ambos grandes libros, a pesar de que me enganché más al menos clásico, el último, cosas de cada uno.

Quizás, pudiera ser, porque este segundo estaba más relacionado con mi profesión. Seguro. Era la historia de un médico egipcio y de todos los que le rodeaban, sobre todo de su asistente, quien con el tiempo se hizo más rico que el mismo Sinuhé, quien terminaría exiliado, en cuyo exilio se dedicó a escribir sus memorias, según la novela.

Como quizás tenga yo un final parecido, y para curarme en salud: brindemos a la salud del rey, "¡Viva el rey!, ¡Viva la reina!" Ya ven, esta última me parece una señora muy buena; si no es que esté en contra de ellos, sino que viven del pueblo, y no con el pueblo; siempre están ellos rodeados de "la creme de la creme". Yo nunca puedo estar rodeado de lo mejor, y cuando lo estoy, nadie me hace la pelota, como se la hacen todos a ellos.

La Biblia, me dice que he de bendecir al rey, pero eso si fuera un rey quien gobernase, cosa que no me gustaría lo más mínimo. Nuestro rey lo que hace, o hacía, pues ya hace mucho que no lo veo, es estar, de cuando en cuando, en los acontecimientos relativamente importantes que haya. Quizás esto sea importante, que no lo sé. "¡Viva el rey y toda su familia!"; hacer algo la pelota, espero que no me venga nada mal.

e-libro.net

Lo que empecé criticando con mucha fuerza se ha ido desvaneciendo, pero espero que la idea no se diluya del todo.

Otra cosa que no me explico es por qué el Papa, se mete tanto contra los marxistas; no digo los marxistas radicales, pues ya he hablado sobre los extremos, que valga el tópico, no son nada buenos ni aconsejables. Pero por qué se meterá tanto el Papa con la izquierda.

Si mal no recuerdo, no fue la izquierda la causante de los males y la crucifixión del Señor; ni mucho menos. ¿Por qué entonces defiende tanto a la derecha?, que se encarga de agradar al rico y poderoso y deprimir más al pobre; ojo, cuando me refiero al pobre, me refiero al pobre honrado, como sería mi caso, que no soy el único, pero me rebelo contra el pobre que no hace nada honrado para salir de ese estado, sino que comercia con cosas ilícitas, roba, y agrede, y vive la más inicua de las existencias. Quizás no tanto porque él quiera, sino por las circunstancias que le rodean. Ahora bien, aquel que es pobre y que luchando lo mejor que sepa y con la constancia y gallardía suficiente y necesaria, y aun así no sale de la pobreza, ese se merece todos mis respetos.

Mi petición de farmacia, había sido rechazada, y por tanto debía empezar el proceso nuevamente; todo se derrumbó cuando el abogado me llamó y me espetó y sorprendió con un:

—Mire, Fijoleis, hemos perdido el caso, y este habría que llevarlo a Madrid; yo allí no tengo amigos que me puedan llevar el caso, así que de usted depende.

Me quedé lívido. “Lo había perdido. No era posible, estaba todo claro, etc.” “Pues bien, nada, a reponerse, a seguir luchando por ella”.

Me enteré que Pilarillo la había pedido cerca de la de Tomi, quien me podía haber beneficiado a mí hacía tiempo, indicándome que allí la podría yo poner. Pero como dice el dicho: corramos un tupido velo.

Le dije al abogado:

-¿Cuánto le debo?

—Deje eso ahora, ¿usted, que piensa hacer?

—Volver a luchar por la misma farmacia.

Y eso, que le había un día llevado a mi cuñado, el teniente alcalde; o sea, había usado lo más que podía las influencias que tenía. Ya no podía forzar más las cosas.

Llamé a Agaete y como me habían comentado, que iba a una farmacéutica a empezar a pleitear por lo de la playa de Agaete, pregunté en información:

—Pero, ¿tienen posibilidades?

—No –me respondieron–, en total hay cinco mil habitantes en todo Agaete.

Aún desconozco, el por qué en el valle nadie pide, me imagino que nadie se haya atemorizado conmigo, en todo caso, por el farmacéutico de Agaete. Seguro que es que no ven futuro en el Valle; yo sin embargo, me imagino allí una vida tranquila. Mientras me de para ir tirando y para ahorrar algo, me conformo, claro está siempre que no me hagan trabajar mucho.

A partir de ahí, todas las semanas o cada diez días, mandaba un papel de solicitud de apertura al colegio de farmacéuticos, para que nadie ocupara mi lugar en el Valle.

Ya se me iban quedando atrás ciertas ilusiones y me planteaba seriamente si sería yo un perdedor, un apestado; mientras esto por un lado pensaba, por otro discurría, que quizás tuviera éxito por otro lado, y llegaría a obtener dinero suficiente incluso para comprar una en Las Palmas, o comprársela a mis tías.

También pensaba, no sin cierto morbo, que compraría la que fue la farmacia de mi padre y allí pondría una macrofarmacia; esta idea la pensaría con el tiempo; la ilusión también se iría desvaneciendo y esfumando a medida que pasaban los años.

La casualidad, que mientras estas cosas ocurrían, fue un vendedor de la Editorial Planeta, vendiéndome, su mejor diccionario enciclopédico; al principio fui un poco reacio, pues estaba en el paro, “Aunque, nada, seguro que en poco tiempo me pondría a dar clases. Ya casi no faltaba nada; es cosa hecha; pero, (y siempre tiene que haber un pero), ¿y si no doy?, ¿y si no trabajo?”

—Tengo una oferta especial para usted, puede pagarlo por seis mil pesetas mensuales.

Enseguida maquiné: “vaya, eso si lo puedo hacer frente pase lo que pase y con el dinero que tengo”.

—Vale, de acuerdo.

También me pidió consejo profesional sobre la psoriasis; le dije lo último contra eso, pero era cara la especialidad, tres mil y pico. No le dio importancia al precio. Quizás, seguro, que era un lince de ventas.

e-libro.net

Era sudamericano, pero no conozco el motivo por el que había venido aquí, dos cosas imaginé: porque era un buen vendedor, o porque vino a probar aquí fortuna; o yo qué coño sé, quizás para viajar, cambiar de aires; tampoco lo sabré nunca, pues solo sabe Dios qué ha sido de su vida.

Llevábamos los dos camisas parecidas, aunque él iba enchaquetado y encorbatado.

Al final me lo vendió; y eso que le dije cómo mi hermana tenía uno, que ella era profesora. Este vendedor, ya me había dicho que era el que más usaban los profesores, y que me fijara en la calidad del papel...

Al final con esa oferta, que daba la impresión de que estaba hecha para mí, única y exclusivamente para mí; acepté. Verán que el vendedor, no era tan malo del todo, era casi más lo contrario.

El vendedor se fue, y quién sabe por qué causa, volvió marcha atrás, a preguntarme el número de la cuenta del banco. Le di un cheque en blanco, para que él mismo tomara los datos. Me parecía una persona honrada. No sabía qué pensar, ¿es un genio, o son cada mejores esto encargados de ventas?. Ha sido el mejor vendedor que he visto.

Cuando estaba en la farmacia de C..., observé, cómo algunos camareros de la churrería, habían caído en el lazo, y se lo habían comprado. Lo de esta gente era grave, sin dinero y casi sin trabajo, ¿qué iban a hacer cuando les faltase?, devolverlos. Al poco me llegó la colección, a la que rápidamente le hice un hueco en la estantería. Les puse a todos los tomos mi nombre con pluma, con la que me regalaron en la farmacia, al final, la que se ha estropeado enseguida; una que me regaló Irene, aún sigo con ella, es muy buena y muy valiente, ya se le han caído algo de sus adornos, pero aún sirve, y espero que dure mucho más. Si por casualidad se me rompiera ahora, creo que compraría otra igual, o si no al menos de la misma casa.

También tengo una Parker, que creía estropeada, aunque no lo está, pero sí escribe peor, quizás porque la tinta ha estado expuesta a fríos y calores, y se ha estropeado. O quizás porque le he dado un mal uso, a la pobre, que todo puede ser. En fin, a lo mejor con el tiempo la llegue a usar más, pero ahora estoy acostumbrado al peso de la de Irene. Gracias mil.

Mientras trabajé, tuve dinero, incluso después, estando en el paro, lo tenía, pues lo cobraba del estado, sin embargo, cuando iba a la consulta a la Quinta, no puedo confirmar el motivo, era mi madre siempre la que pagaba; costaba barato, tan sólo cinco mil pesetas, a pesar de que me dolía un huevo dárselo a ese “pringao”; nunca me dijo por qué lo hacía, sino que ella la pagaba. Como comprenderán, para mi era mejor, mucho mejor, a pesar de que era una absoluta caradura por mi parte; hoy me da algo de vergüenza, abusar como abusaba.

Mi madre, entraba después de que yo pasara la revisión. ¿Qué le decía el muy cabronazo?, nunca me lo ha dicho, más que por encima, y siempre esquivándolo.

Pensaba con frecuencia: “Llevo sobre unos quince años, llamando a Tomi, así, y ahora me viene con el cuento de que le llame Tomás”; me duele, que no permita que yo le trate de forma familiar; Herse cuando le llama por teléfono me pregunta:

-¿Qué tal estás Antoñito?

Yo le contesto como a todo el mundo:

—Bien, gracias.

Pero vean el detalle, que me llama por un diminutivo, y yo no me molesto.

Quién sabe si llegará algún día que Tomás, quiera que le llame D. Tomás; que todo es posible. Aquí lo dejo dicho, que me apena tener que llamar, al que creía fiel amigo, por su auténtico nombre, y sé que no debería en realidad pues ya digo, que es su auténtico nombre.

Muchas veces, le llamaba Tomás Carlos, que es así como se llama realmente; me resultaba más conocido ese nombre, pues había oído siempre a sus padres, llamarle así.

“Soy pobre, y eso pesa”, me repetía, siempre en estos casos; seguro que Octavio, le llama Tomi, y aquí no ha pasado nada. Con el tiempo, sospecharía que no, cosa que me congratuló sobremanera y casi puedo afirmar: “Vaya, tampoco entre los ricos de la profesión, se tratan tan familiarmente como creía”. Recuerdo como alguien me había dicho, que a D. Rafael, le llamaban Feluco los amigos; yo encima no le llamaba, ni llamo ni tan siquiera Rafael, sino Don Rafael. Aunque si he de ser sincero, para mí, en mi mente, siempre le llamaba “Confel ulcus” (hay unos apósitos que tienen un nombre parecido). Y así, me quedo más a gusto, pues lo trato con cariño, y me río de lo absurdo del nombrete que le he puesto; aunque no se lo diga a nadie. Lector, paciencia, pues hay que tenerla para leerme.

e-libro.net

Cuando estaba parado, iba por la farmacia a ver a mis tías; quienes muchas veces, queriendo quitarme de delante, desconozco el por qué, si es que tan mal les caigo, pues Mila, le daba a Lotario, un billete de mil pesetas, para que me invitara a una cerveza. Esto lo hizo con cierta frecuencia, unas cinco o seis veces.

De todas maneras, yo cada vez que llegaba, Antonio se ponía a hablarme de cualquier tema, y como yo, que creo era de los pocos, le hacía caso, pues él se entusiasmaba conmigo. Íbamos a los bares de las inmediaciones, y allí me hablaba, bien de copas, de su tierra, de su boda, que me dijo que había sido por todo lo alto; se le notaba que hablaba con cariño de esas experiencias.

De putas también me hablaba, y me extrañaba bastante, pues me decía: "No dejas satisfecha a tu mujer, y encima te vas con otras, a las que seguro que te levantan el dinero rápidamente". Me hablaba de putas de hotel, aunque yo dudo que él llegase a ese nivel.

Estas eran palabras que frecuentemente estaban en su boca. Le gustaba mucho el boato, y presumía de ser de gente de calidad; a mí sin embargo, me parecía un pobre alcohólico, del que no me extrañaría que la gente se riera de él.

Quizás cogiera conmigo algo de matraquilla, por ser también, al igual que él, licenciado.

Hoy he pensado en la Quinta, y me acuerdo cómo un par de veces que iba al médico pensando para mí: "Este, va a saber quién soy yo", siempre ocurría lo contrario, y era que yo me enteraba quién era él; el poder de su brazo me cogía, y me encerraba en la Quinta. Allí, me sentía impotente, aunque nunca le di el logro de verme abatido, y dependiente de los demás.

Lógicamente, después de tomarnos unas cuantas cervezas, Antonio Lotario y yo, me despedía y me iba en dirección a coger la guagua, aunque cogía un taxi, lujo del que desde que soy licenciado, nunca me he desprendido. Es que odio la guagua, los malos olores, tiempo perdido, etc. ¿Soy un estúpido consentido? No sé.

Antonio, me solía decir que si quería comer algo, le gustaba mucho invitar, sobre todo si era con dinero ajeno; siempre le respondía que no, a lo sumo tomaba dos cervezas sin, él con, y si había de barril, mejor.

Recuerdo cómo era muy agradable en verano, cuando el sol cascaba más fuerte, tomarse una, era sublime, lo que pasa es que después estaba uno malo de gases todo el tiempo.

Creo que en los años de la niñez y en la adolescencia, yo no me tiraba peos en mi casa, cuando estaba lleno de ellos, el motivo era por tanto gas de las cervezas y los cigarros, por lo que siempre padecí de los gases: aerofagia (vamos a lucirnos). Motivo, por el que siempre estaba con el Pankreoflat®. Muchas veces ha sido tal la situación de mis tripas, que da la sensación de que los gases van a salir de forma inoportuna, y tengo que reprimírmelos, cosa que no creo que sea nada bueno para el organismo, aunque qué sería de nosotros, si no supiéramos retener nuestros impulsos más primitivos. Es raro, pues los peos son tabú, mientras que el eructo, se consiente mucho más, se pega uno este, dice perdón, y asunto concluido. Pero con los peos es más problemático.

Eso también odio de las guaguas, que la gente se tira peos, y todos se los han de tragar. De todas maneras, mi situación económica empieza a ser delicada, y quizás no pueda seguir durante mucho tiempo, dándome esos lujos.

Desde pequeño, en mi casa se había dicho "presignación", a hacer la señal de la cruz; no hace poco, he leído, no una, sino algunas veces, como realmente se escribe persignación. Ha sido un error en el que he estado desde niño, desde antes de la adolescencia. Quizás porque para hacer la Primera Comunión, no me hicieron ningún examen, sino un par de preguntas, que malamente respondí, y me dieron por apto. Esto era en el "Santiago Apóstol".

Hay que ver lo religioso que me he vuelto, y nunca me he criado en colegios de curas; tal que a veces pienso en retirarme a la vida de monje, aunque luego me arrepiento y me digo: "Antonio, Antonio, que tú eres muy mundano, te gustan mucho las mujeres", y no cuestión de entrar uno en un convento y que lo echen después.

Otra palabra con la que tenía problemas, pero que corregí leyendo al señor Gala, es inaugurar, yo estaba seguro que se escribía sin al primera "u"; esto es "inaguración", este, el genial escritor, entre otros, fue el que me sacó del gran error ortográfico que supongo no será el único que tengo. Leía de siempre y aún así tengo vicios de mala escritura desde joven.

Si de algo me arrepiento, es del alcohol y las drogas, y la pinta que ellas me "obligaban" a llevar.

Lo bueno es que entre los escritores, cualquier indumentaria está permitida. Una de las grandes plumas del país es D. Francisco Umbral, y una cosa que me extrañó de él, es que siempre se le ve en todas, o se le veía, las veladas nocturnas; desconozco si bebe o no en ellas, pero siempre está rodeado de amigos y de bellas mujeres,

e-libro.net

artistas y demás, siempre se ha sabido relacionar bien. Esto a mi nunca me ha ocurrido, siempre he ido con los más incultos, que según pensaba eran los más humanos.

Seguía pensando en Celeste, cada vez más; pensaba que el Señor me la había puesto allí para mí. Hoy me imagino que todas esas ilusiones, son creadas por el demonio; ¿cómo iba a alimentar mi Dios, el único Dios, que estuviera magreándome todo con Celeste, antes del matrimonio? No es que, o sí es que, me haya vuelto un mojigato, y lo que antes consideraba normal, ahora ya no lo veo tan claro. Es raro que con el tiempo vaya uno más de "retro", sobre todo en cuanto al sexo; piensen que yo con Águeda, quise hacer tríos, sodomía, etc.; con Celeste en cambio, me conformaba con unos simples magreos antes de casarnos. Hay un gran cambio como observarán. Con Celeste, era tal mi empeño, que pensaba casarnos al par de meses de estar juntos.

Celeste solía estar siempre morenita; tenía oído cómo ella solía ir a la playa todos los días, a caminar y a hacer deporte, era efectivamente una chica sana, a pesar de que cuando le regalé una pipa para chocolate, se quedó maravillada; esperaba que no fuera cierto, lo que con su forma de vestir daba a entender, o sea, que estaba todo el día fumando "costo". Quién sabe si lo que para otros es evidente, a mí me resulta tan difícil creerlo.

Jacinto siempre me decía como Celeste no era una chica para una persona con futuro como el mío; según sus palabras, debía salir con una chica más guapa. Incluso una vez que pasé por la farmacia me dijo:

—Ves, esta chica -una dependienta, que no estaba muy mal-, si no tuviera novio, estaría muy bien para ti.

Yo pensaba para mí: "El que quiere Celeste que lo cueste; sí, pero ¿tanto?" También solía pensar: "Si a mí me cuesta, seguro que a los demás también, así puedo estar seguro de ella, y cuando me case, pues con más razón será difícil de cazar por otro..." Por ahí iban los tiros.

Era fenomenal, pues era bastante jovencita, tanto como para aún esperar un tiempo antes de empezar a procrear; sí, que vengan niños, pero en principio, despacito, sin prisas.

Me imaginaba un cuerpo delgado y estilizado, como el de cualquier modelo; su pelo tan largo, no me gustaba tanto, pero ya se lo cortaría con el tiempo; y la cara llena de granos, como bien pensaba ella, con un par de buenos polvos, se le quitarían todos.

La imaginaba con un mini tanga rojo, y me volvía loco; si así era en la playa (que aún nunca la había visto en bikini, sino pensando en otra que había visto), cuanto más no en la cama. Fantástica, algo realmente fantástico.

El Lu y sus amigos, me llevaban a la iglesia evangelista, tanto a las reuniones que hacían en la calle, como a su templo; eran todas muy numereras. Cuando era en la calle, incluso había chiringuitos con café, comidas y refrescos. No había bebidas alcohólicas, cosa que yo echaba en falta; fui a dos de esos espectáculos, y unas dos veces a su templo. Uno de ellos fue por San Cristóbal, allí el líder me saludó y se encontró en mí como una especie de pared, seguro que uno para él, era el mismísimo demonio. Nos presentaron y ya después no supe qué hacer; me aburría enormemente.

El otro fue en el Puerto, cerca de Mesa y López. Allí, me puse a hablar con el joven estudiante de música, Alberto; él estaba sumamente contento; me puse a hablar con él, de los cuentos y los cómics leídos en la niñez; era ciertamente culto este jovenzuelo. Todo hacía pensar en que se le auguraba un muy buen futuro. Yo al menos así lo pensaba; futuro que uno aún no tenía muy claro por donde iba a ir; le intentaba decir a él, como cuanto más arriba estaba uno, más mierda era. Hoy no puedo asegurar, ni esto, ni lo contrario; sé que siempre que veo a alguien mejor que yo lo que no es nada difícil, me entra el pánico y me digo: "Ay, todo el tiempo que he perdido antes, si lo pudiera recuperar"; me refiero a que me gustaría haber trabajado más, que los sentimientos no influyeran como antaño sobre mi persona, y que no me hubiera destrozado tanto con drogas y más drogas, tal y como he hecho toda mi vida.

Encima, la mayor parte de las veces que salía de "marcha" no me divertía, generalmente ocurría todo lo contrario, me aburría.

Una vez, estaba celebrando un evento con D. Rafael, y como no quise beber nada, el buen hombre, me espetó con un:

-¿Estás tomando alguna medicación?

—No.

Y era cierto, no la estaba tomando; me estaban pinchando el Lonseren®.

La verdad, es que cuando uno sale de fiesta, sólo se divierte, si alguna chica le ha hecho alguna señal, del tipo que fuere. Recuerdo una vez que fuimos el Lu y yo a una pizzería, los tiempos no estaban malos, motivo por el que iba medio veraniego; en la pizzería vimos a un par de chicas que no estaban nada mal, sobre todo una

e-libro.net

que llevaba pantalón y camisa vaquera, sí, era guapa e interesante; había algo en ella que me sublimaba, que me atraía grandemente. Debía ser su personalidad; quizás ella también estuviese mirando para mí. Algo que tenía esa chica me atraía enormemente. Al Lu le pasaba algo también con la otra chica.

Total, que decidimos invitarles, después de ver que casi estaban terminando, a una copa. Tenía pensado decírselo al camarero de más categoría, pero el Lu se me adelantó y se lo dijo a un camarero torpón. Ellas rehusaron muy educadamente; a partir de ahí, la guapa, me miraba y se sonreía constantemente. De todas formas, no estuvieron mucho más tiempo. Llevaba esa chica un jersey a la espalda, de una forma que a mi me daba, y da, infinita vergüenza llevarlo, aunque a ella le sentaba de maravilla. Estaba buenísima. Más que buena. Aunque mi chica ideal, seguía siendo Celeste, esta fue de las pocas veces en que le puse mentalmente los cuernos sentimentales a Celeste. Quizás cuente alguna que otra historia con chicas, pero ésta me atraje grandemente.

Al poco se fueron, quedándome con el resquemor de si quizás con el camarero más despierto, no hubiera ido todo mejor. Ahora, y en ese momento, ya era tarde para lamentaciones.

No recuerdo la fecha, cuando Dani hizo la Primera Comunión; fuimos los más allegados. Era en la iglesia de Arinaga. Al ver lo abarrotada que estaba, pues la hacían otros niños más, la mayoría más jóvenes que él, me quedé fuera, aunque intenté convencer de que entrara a mi otro sobrino, Yeray, quien se puso a hablarme de dioses griegos; que mal ibas querido sobrinote. Yeray vestía con pantalón de pinzas y Lacoste a rayas.

Yo llevaba una chaqueta que la pobre iba pidiendo una renovación a gritos, una camisa verdosa de seda, una corbata estampada que le había comprado el Lu, y unos pantalones de pinzas; el cinturón era tan pequeño, que casi me hacía cintura de avispa, la que ya no tenía. Estaba bastante incómodo.

En la iglesia, me puse a hablar con Domingo, quien criticó mucho las ideas de Yeray, y es que no era para menos, su gran absurdo.

Lo más contradictorio, era que el padre de Juancho se estaba muriendo, y mientras, nosotros de fiesta.

Se fueron Domingo y su familia al piso de Pine, en lo que duró la misa, a ver la tele: un partido de baloncesto. Debía estar interesante, para ellos estar allí.

A la salida de la iglesia, nos vimos todos y quedamos de acuerdo para ir al restaurante, donde era la celebración.

Pepe iba de chaqueta aunque sin corbata, no me explico su fobia a esta. Fui con mis tíos al centro de reunión. Íbamos en el Mercedes; ellos supieron llegar, y menos mal, porque yo no tenía ni idea del trayecto.

Al llegar allí, donde llegamos tarde, me senté casi enfrente a Juancho, sitio que ahora pienso, me habían dejado a mí; era un sitio de responsabilidad. Al hablar con él, me comentó que la izquierda (refiriéndose a Anguita), quería legalizar las drogas con lo que su tráfico ilegal acabaría. Con eso me quiso indicar, o yo capté, cómo él era de Izquierda Unida.

Saso, estaba como llorosa, algo le pasaba. Juancho estaba triste, aunque no sospechaba por qué. Hoy lo sé, y es que él se llevaba estupendamente con su padre.

Se me quedó muy gravado el que fuera un camarero y le preguntase si él era Armas Marcelo.

—No, es mi hermano –le contestó Juancho.

Yo me dije, "¿y esta es la fama?, que tiene uno que estar mintiendo para poder tener algo de intimidad". Aunque supongo que a los hoteles que él va, la mayoría son, o hay muchos, como él, por lo que no destaca tanto.

Después de las sin, empecé el "güisqui con". Nos sacamos unas cuantas fotos, y unas de ellas estaba toda la familia.

Juancho, no, salió borroso, yo me dije, y me lo dije durante mucho tiempo, hoy reconozco que estaba en un error supremo, pero quizás ya sea tarde para rectificar: "Claro, él se movió para salir borroso, y no dejar constancia que se relacionaba con mi familia". También estaban todos los hermanos de mi madre y sus familias.

La foto la sacó Clara Eugenia, quien estaba muy guapa. Es un pedazo de mujer increíble, que lo que tiene de cuerpo, lo tiene de bondad; algo verdaderamente grande, aunque siempre se estaba metiendo con mi cigarro y yo.

Esa foto la amplié después, una para cada una de mis hermanas. Sé que no la han expuesto por lo que dije; yo sin embargo, pensé que era lo más acertado. Perdón Juancho, son cosas del alcohol y de mi mal carácter. Y el pobre Juancho con su padre muriéndose.

Al rato de terminar el almuerzo, Juancho se fue con el coche de Quillo y Pine a ver a su amado familiar. Saso se quedó con nosotros, y se la veía llorosa, y queriendo beber para ahogar las penas; nunca la había visto igual. En ese momento no supe a qué achacarlo; pensé que se había enfadado, y que Juancho le había dicho de

e-libro.net

dejarla; hoy me supongo que de ser así, no hubiera ido por allí, y sin embargo fue, estando el padre tan grave, porque mi sobrino les dijo que le gustaría verles. Iba de corbata pajarita Dani, todo un primor, aunque estaba ligeramente gordito, bueno, mucho más que ahora.

Domingo, se puso a hablar con Juancho antes de que se fuera, después nos pusimos él y yo a hablar juntos, algo fantástico. Yo, era el mejor. El más borracho de la reunión. Como siempre que abuso del güisqui, empezaron a salirme las almorranas.

Estaba ligeramente gordo, menos que ahora, y eso que comía y bebía muchísimo, pero también salía más de noche, o bueno, iba a ciertos sitios más que ahora.

En la foto, la ya citada, salió Yeray, el gran fracaso de la familia, lo que no quita para que tenga buen corazón, el que fracasó intelectualmente hablando, recuerden que yo tenía una gran fe en él, salía él en ella, ojeando unos papeles que había sobre una mesa, vayan a saber si lo hizo intencionadamente para poner su nota intelectual. Era todo justo al revés de lo que pensé, al menos eso me lo hacía ver a mí el exceso de alcohol.

Cuando Juancho se fue, empecé a beber y beber sin medida.

No hablé con Antonio, ni su mujer, pues me parecían sumamente humildes y de conversación aburrida. Estaba convencido de ello, y me lo imaginaba siempre de chaqueta y corbata, pero con la chaqueta empolvada y muy gastada; hoy ya no es así, posiblemente porque su único hijo ya ha terminado la carrera (Ingeniería), y si no contribuye en la casa, al menos, no acrecienta los gastos.

Mis primos varones no estaban; no sólo por parte de Domingo sino también por parte de Antonio.

La familia de los hermanos de Pepe, también estaba, y son buena gente, aunque el cuñado, que a pesar de ser un poco fantasmón, ha tenido algo de suerte con su negocio, gracias al cual, va de súper. Sus hijos, que tiempo atrás parecían los elegidos, hoy día, se ve como no han tenido fortuna ninguna, y es quizás porque no ha entrado el dinero en esa casa con sabiduría, sino a tajo y destajo. Sí, tenía celos cuando sus hijos estaban bajo su mano, en los que relucía el dinero.

Hoy, ellos también se tienen que buscar la vida, y no les va nada bien.

La hija siempre me atrajo mucho, aunque al final se casó con un ignorante; dicho individuo, le pareció sumamente interesante a Juancho, pues hacia él se dirigían sus miradas ese día. Yo, no le tragaba, entre otras cosas porque se llevó un dulce que nunca probé y que me atraía mucho, y el que siempre imaginé como imposible, por considerarla hija de pudientes, cosa que yo no era.

Habrán visto que soy fácil para conquistar a mis ojos; pero después, casi todas me parecen inalcanzables. A pesar de que mi familia paterna en su día fuera poderosa, pero hoy ha decaído y mucho; creo que el único que sigue luchando soy yo.

Con Domingo tampoco quería hablar pues no me sentía con ánimos; ni a él se le notaba ya con ellos.

Me puse pues a pensar y a beber, mirando a todos los asistentes.

Saso, estaba con Maru, quien le hablaba y hablaba. No puedo asegurar de qué, pero su consuelo no era suficiente. Se llegaron a donde yo estaba, y Saso se agarró a mi güisqui y se largó un par de lingotazos.

-¡Saso!, que es güisqui.

—Ya lo sé –fue toda su respuesta.

Después quisieron que yo bailara. Yo no estaba para esos trotes, pero ellas que sí, que sí. Al final no se impuso la cordura y bailé; recuerdo cómo no podía girar nada la cintura.

Otra cosa de la que no me olvidaré, es ver cómo jugaban a la silla, juego consistente en que a medida que van quedando menos jugadores, se quita una silla cada vez que se elimina a uno, hasta que quedan dos y una sola silla, alrededor de la que van girando esos participantes; cuando acaba la música se han de sentar. Ganó Dani.

La comida a pesar de ser pretenciosa no me gustó mucho; el cocinero no se había esmerado nada en absoluto.

Iban mis hermanas muy guapas.

Nos sacamos fotos en grupos, en todas las combinaciones imaginables; yo casi no atendía ya a lo que hacía. No es que estuviera superborracho, que por decencia, no lo estaba, pero, ya no ocurrió nada interesante que destacar.

Siempre he tenido a Domingo a mi lado, como un bastón al que agarrarme. Él parece que también lo ha entendido así; sí, su gran bondad e inteligencia, me han hecho apreciarlo cada vez más.

Seguro que se ha volcado también más en mí, porque me sabe huérfano; y siempre, siempre, huérfano de cariño, aunque así ha estado uno casi siempre.

e-libro.net

Viste muy bien Domingo, o al menos ese día lo estaba; se gasta unas buenas y bonitas corbatas.

No tengo nada que decir de Juancho, del que me fijo mucho, y siempre que lo he visto, está con ropa distinta; han sido más las veces que lo veo de sport que trajeado, quien lo lleva, como quien lleva unos vaqueros, no que no los sepa llevar, sino que está totalmente habituado a él. Por causa del trabajo.

Con respecto al "brote", he de decir, que cuando lo tuve estaba mal, muy mal. Ahora estoy bien, cada vez mejor, no considero que desvaríe tanto mi mente como en aquella ocasión. Hoy, si a veces se me va el baifo, es por otros motivos.

Aún, en esos años, seguía pensando en vengarme de los socialistas, y por extensión, de todo el mundo. Pues estaba todo el mundo contra Antonio Fijoleis. Las cosas que pensaba antes hacer, eran por venganza.

Hoy casi más lo hago por dinero, aunque sin él, tampoco se crean que se vive tan mal; mientras se tenga una covacha y para comer, es más que suficiente. Lo que pase de ahí, ya sobra.

Unas veces me imagino amasar una gran fortuna. Otras me digo: "Vamos a ver, Antonio, para qué quieres tanto"; otras pienso en una buena casa, o un piso con una o dos habitaciones, como los subvencionados por el estado, otras en una mansión enorme; el único inconveniente de un piso muy pequeño, es que no me quepan los libros, que he ido comprando poco a poco.

Un día, pensando en el pasado, me dije: "Pero Antonio, mira que tienes cara, de manera que Luis Cosmen te invita a su casa, y ni siquiera le llevas una bandeja de dulces o una caja de bombones. Ya no es sólo eso, sino que encima, vas y le pides dinero, ¿no le va a sentar mal?; es que te gastas unos cojones de aquí te espero". Y me indigno luego, porque me cogió el dinero, "encima, ¿qué esperabas?"

Sí he de decir en mi defensa, que estuve muchas veces tentado en comprarle a Bego, un juego de cartas del Tarot, junto con un libro explicativo, al final nunca se lo compré. Me quedé defraudado conmigo. No digo que no hiciera bien al no comprarlo, sino que no tener ningún detalle con ellos, era una tremenda caradura por mi parte.

Al seguir avanzando en las lecturas del Papa, observo como este es demócrata, cosa que me place mucho. Yo también lo soy, aunque el partido al que sigo, ya varía mucho. Para colmo, hoy día no tengo ningún líder, no veo a ninguno capaz de llevar bien al país, a pesar de que, algunos, precisamente los que están en el poder, se autoengañan diciendo: "España, va bien".

Digo lo del autoengaño, sin conocimiento de causa, pues hoy día no sigo nada la política; los ideales que antes defendía, ahora no los tengo.

Tomás, recuerdo aunque no perfectamente, pero que si lo pienso, no me es de extrañar, cuando se presentó a la Dr. Nery, lo hizo como el dueño, que quedara claro; yo me presenté como un amigo del dueño, que es lo que era.

Según me decía Tomás, Vicente, un amigo mío de carrera, a pesar de que me llevaba cerca de diez años, había pedido la farmacia en el barrio de arriba en donde la tenía ubicada Tomás. Se la consiguió echar abajo; después, allí mismo la pediría como les comenté Pilar Gallego, aunque se tenían un acuerdo entre Tomás, y su hermana la farmacéutica, para pedirlas ellos dos insistentemente en esos sitios.

Ya lo había dicho mi cuñado Pepe, los farmacéuticos son una mafia. Un poco mafiosos son los que tienen oficina de farmacia, los otros somos unos pringaillos que nos las damos más de lo que tenemos; al menos hablo por mí, y por mis compañeros de fatigas.

La verdad, es que queriendo asemejarme a Tomás, quien casi tenía dos carreras a los veintitrés años, le dije:

—Porque mientras tú estudiabas música, yo leía.

Eso se lo dije en su piso. Hasta una cierta edad, no digo que no fuera así, más o menos hasta que fui adolescente, empezando a contar esta edad a partir de los once o doce años, edad a partir de la que leí poco y me drogué mucho. Bueno, en principio, no eran todo drogas, eso sería falso decirlo (incluyendo aquí el alcohol y el tabaco), pero a medida que iba pasando el tiempo, la cosa iba en aumento, hasta tal punto que a los dieciocho años, era un desbarajuste humano. No sé como me mantenía en pie. Estaba por dentro, lleno de drogas. Creo que lo que más influyó, fue el mal ejemplo que me daban mis padres. Aun así, con los problemas de la casa incluidos, conseguí aprobar el COU, en la selectividad, ya saben lo que pasó.

Un día, me enteré de una farmacia en Gáldar, que se vendía en cincuenta millones; era demasiado para lo que yo podía optar, pero aun así, fui a verla. Aquello estaba en ruinas, tan sólo era algo decente un cuarto, anejo a la farmacia, el cual no estaba incluido en el lote, y por el que me pedía cincuenta mil pesetas mensuales, en concepto de alquiler, por algo que no tenía ni cinco metros cuadrados. Un abuso.

e-libro.net

Pedía incluso un alquiler por los albarelos antiquísimos, según decía; a mí no me importaban lo más mínimo, y de no ser porque nunca serían míos, o los vendería, o los regalaría, y en último término, incluso los tiraría. Sé que quizás en C... tendría un comprador.

No me quiero extender en la descripción de la farmacia, pues aquello estaba en total ruina; pasando el mostrador, a la rebotica, allí todo se estaba cayendo; incluso me explicaba que unos tarros con sustancias químicas había que conservarlos, los que estaban apelotonados y caídos de la estantería que a su vez también estaba caída; no era raro que nadie quisiera comprarla; aquello amenazaba quiebra, ruina total. Poco faltaba para que se viniera todo abajo.

Empezó a sacar cuentas, aunque nada oficial.

También debería conservar el antiguo empleado, a quien su hermano lo había sacado de las plataneras y le había convertido en una "persona de bien". Cobraba ochenta mil pesetas, según las nóminas, aunque lo extraño sería que cobrase eso sólo.

Encima al entrar y darle la mano, me enseñó su reloj haciendo alarde de él. "Valiente mierda. Y en este pueblo lo que se presume es de relojes y demás, pues aviado van".

El dueño, que por lo que tengo entendido era un borrachín, como yo que lo pensaba, era también el farmacéutico titular. De lo cual seguía ejerciendo. Yo pensé, "seguro que cobra más de trescientas mil por ser farmacéutico titular".

La farmacia se iba a la ruina, al menos el edificio y los muebles, eso era seguro.

Según me dijo el hermano del dueño, que era quien se ocupaba del negocio, el que después de darme la tarjeta en la que decía que era sacerdote: "Había otro comprador casi seguro, era un matrimonio de farmacéuticos que ya tenían una, y un laboratorio de análisis".

El cuarto anexo, que él tenía como perfumería y al que iba los sábados por la tarde cuando su mujer (vean que dije sacerdote), se ponía con la aspiradora a limpiar la casa.

O sea que ya ni era sacerdote, ni nada, era un pesetero y más que pesetero. Eso sí, el sábado sólo vendía cosas de perfumería, y si alguien le iba a comprar algún fármaco, el iba a la farmacia de guardia cercana y se lo llevaba a la casa del cliente. Valiente cuento macabeo. Claro está, con un papel sin distintivo de ninguna farmacia (¿queda claro, no?).

Cada vez estaba más convencido de que iba a hacer otra carrera, no por nada, sino por cerrarle la boca a tanto mentecato. Eso lo hacía con la intención de después dedicarme a escribir, y triunfar en todo, y cuando estuviera arriba, tirarme un peo, y hacer un gesto con el que diera a entender bien claro un: "¡Jóooodanse!" Igual que hiciera en la carrera.

Aunque, ahora que lo pienso, el luchar y sacrificar toda una vida por terminar haciendo ese gesto, es algo triste; la verdad, lo que hago, lo hago por dinero, soy como los sicarios, que hacen la guerra por dinero, vamos un mercenario.

Qué es preferible, ser sincero, a ser un mentiroso. Mi sinceridad me ha traído más desgracias que ventajas.

El moverse por odio, es también triste, y es eso precisamente lo que a veces me ha movido, y me sigue moviendo. "¡Perdóname, Señor!"

Hoy es más tarde de lo habitual, por ello es por lo que quizás la escritura, mi filosofía, sea ligeramente distinta.

Ojo, el que sea más tarde no significa que esté más cansado; pues yo, que tan lejos quiero llegar, hoy me he pasado casi todo el tiempo, durmiendo. Bueno, tampoco me voy a calificar tan mal, hoy seguro que me dormiré a las tres o las cuatro, aunque como máximo leeré unas seis horas (más la hora de escritura, hacen siete). Muy, pero que muy poco tiempo.

Como diría don Victoriano: "Esto está muy flojo Fijoleis".

Después de estarme hablando sobre las virtudes de la farmacia, le pregunté si tenía el libro de los psicotropos, y el de estupefacientes al día, me contestó que sí, y aunque insistí en verlo, no me lo enseñó.

Tenía interés en saberlo, pues mis tías habían tenido muchos problemas con la coca y el opio. Todo, por no haberlo entregado hacía tiempo en Sanidad.

Hay algunos escritores afamados, que aseguran que para ser un buen escritor, hay que tener (y leer) las obras completas de los autores que más nos gusten. Yo esto, y aún siendo un novato, lo encuentro un auténtico disparate, ¿cómo voy a tener las obras completas de todos los autores que he leído? Esto es casi imposible, pues

e-libro.net

suponiendo como mínimo diez tomos de cada uno, no me cabrían en toda la casa, ni de la mitad de los autores leídos durante toda mi vida. Tampoco estoy alardeando de que he leído muchos, pero sí podría decir que son algunos cientos, y espero poder decir: "¡Y los que me esperan!"

Cuando fumaba muchos porros, se me solía disparar la mente de forma desorbitada, y eso que dicen que disminuyen los reflejos, se deba quizás por el echo de que se piensa mucho en otras cosas distintas a la que se está haciendo y por tanto de crearse nuevas neuronas, no serían las adecuadas a lo que debiera ser nuestro desarrollo normal, tanto cuali, como cuantitativamente; supongo que será por eso, porque otra cosa no entiendo. Eso de que quema las neuronas, no tengo ni idea si es cierto o no; sé que hay muchos detractores del cannabis, y sin embargo en ciertos estados de USA se piensa legalizar, para paliar el dolor de los enfermos (creo que los terminales) de cáncer. Lo que esto tenga de científico, que supongo lo ha de tener, lo desconozco.

A mí lo que me preocupaba era mi cerebro; afortunadamente esa sensación ya no la tengo, y espero, que no sea debido a que se me está atrofiando el cerebro; quizás lo use menos en operaciones matemáticas y demás, pero ahora lo uso más en literatura, filosofía y algún que otro libro, que no descarto que sea de los llamados científicos.

Ahora leo más, no tan rápido como me gustaría, literatura; sin embargo, cuando convivía con Águeda, ella tenía mucho más tiempo que yo, y cuando no estaba durmiendo o hablando, o rara vez estudiando, se ponía a leer; hoy no me explico cómo podía estar el tiempo que estaba delante de los libros y sacarle tan poco provecho. Ella decía que los escritores eran genios, dando a entender que lo eran de nacimiento; a mi esto me desconcertaba sobremanera, también me cabreaba, pues sabía, aunque a ver quién era el guapo qewu se lo hacía ver, que el genio y el necio, no nacen, se hacen.

Me daba vergüenza, ver que de literatura, uno prácticamente no entendía casi nada.

Su escritor preferido era Gabriel García Márquez. Una vez le compré unos libros que ella rechazó, eran de un autor cómico; a ella le dio tal vergüenza esos libros, que los tenía siempre en el techo del ropero, y nunca los puso junto a los otros.

Otras veces, le compré unos de su autor preferido, nunca llegué a saber qué hizo con ellos, pues no se los veía en el cuarto, donde tenía un sitio reservado para sus libros. Sin embargo, ella me compró unos cuantos libros de fotografía que no eran absolutamente buenos, y yo no le hice ningún feo por ello; le hice ver que me interesaban, a pesar de encontrar algunos poco prácticos. En fin, prefería ser discreto a desencantarla. Sí me acomplejaba verla a ella tan entendida en literatura, y yo tan ignorante; lo cierto es que tenía poco tiempo para dedicarlo a otros libros, a pesar de que lo que podía se lo dedicaba. Leía, casi siempre lo que ella me aconsejaba. Tenía gran razón al decirme que leyera a las salidas de los exámenes, momentos en los que me hundía más y más, por no saber qué hacer con las horas que tenía "libres". A último, me iba a dormir después de tomarme una botella de vino, botella que ella compraba, lo que me daba la sensación de que me había convertido en un alcohólico.

Nunca me enteré por qué me lo compraba, quizás como mal menor, y se dijese a sí misma: "Ya que bebe, que lo haga en casa, y no por ahí con sus amigotes".

Sé que las mujeres ven esto mal, pero uno tiene derecho a divertirse; ¿es que no está uno bastante puteado, estando hora tras hora, día tras día, semana tras semana, sentado estudiando, como para un día descargar, y a los que les gusta una copa (una copa, no irse de borrachera), ir a tomársela con sus amigos?. No es esto una apología de las borracheras, ni del alcohol, ni mucho menos. Es la defensa de un vino, un día justificado.

Lo que yo hacía, que era irme de marcha casi dos veces a la semana, no lo encontraba, y menos hoy día, nada bien; todo lo contrario. De todas maneras, ahora que ya casi no salía con Charlie, me sentía mejor, mucho mejor. Era incluso capaz de hacerle frente a sus impertinencias.

El demonio, en esos días se personificaba, y me decía que venía, en el nombre de Dios, cuando no decía que era Dios mismo. Me decía que saliera y me divirtiera, mientras esperaba a salir con Celeste. Que a nadie querría tanto como a ella.

Hoy día, veo que estaba en un error, y quizás fue mayor error aún, esperar tanto a "Cele".

Debía haberla olvidado sobre la marcha.

Me avergüenzo de lo que he hecho, no tanto por haber hecho el ridículo, que eso es lo de menos, como de perder tiempo y salud. Si el final es feliz o triste, ya se verá.

Supongo que cuando un autor habla de su enamoramiento, sea eso la sucesión de todos los enamoramientos parciales a lo largo de su vida; de no ser así, me gustaría que me pasara algo sublime como a ellos. Bueno, con las chicas que me han marcado, lo han sido, pero no creo que haya podido reflejar aquí lo que han significado

e-libro.net

para mí. Como de todas formas lo que se dice sobre, de que “mientras hay vida, hay esperanza”, yo aún espero ser algún día correspondido por una bella mujer, que supere en belleza y en todo, a las que me rodean. Eso sí, me gustaría que fuera ella quién diera los pasos hacia mí, pues yo soy como un perro apaleado al que le da miedo aventurarse nuevamente en más aventuras.

Con Celeste estaba medio loco. Me creía que era Dios quien me decía:

—Mañana irá ella donde tu vayas.

Ese día llegaba y me volvía a decir: “Hoy irá ella donde tu vayas”; lo cierto es que siempre me quedaba con las ganas.

No era que oyera voces, ¡ojo!, simplemente era como mi conciencia, en la que estaba metido el demonio, quien me llevaba de un sitio a otro, vacilando conmigo, y allí iba el absurdo Fijoleis a esperarla.

Durante todo ese año, no apareció en ninguno de los sitios a los que fui.

Suponía que tenía la facultad de comunicarme con ella por medio de la telepatía, estaba seguro de que así era. Nunca fue así, aunque yo “desgastaba” mi cerebro mandándole informes mentales.

También me creía capacitado para entrar en su cuarto, mentalmente hablando, se entiende. Según parece estos mensajes telepáticos, son recibidos por la otra persona, al menos eso he deducido del libro: “Noticia de un secuestro”, de García Márquez, en el que cuenta como una secuestrada, sentía los mensajes que telepáticamente le enviaba su marido, desde su casa.

Los ricos, cuanto más tienen, según parece, más necesitan. Digo esto por C..., quién una vez que Juanito, el más anciano de los de la farmacia, se puso malo de sus huesos, se quería retirar, pues tenía cerca de los sesenta y tantos. C... se le opuso y le dejó ver, que si le daban por inútil, no recibiría de él los extras que tenía, sino que lo dejaba con el sueldo base. Ahora que lo pienso, lo que ocurre es que a Juanito también le daba dinero ilegal, a no ser que fuera lo que me dijo Jacinto, que a ellos les daba una serie de horas extras fijas al mes, en las que se incluían todas las que ellos hicieran durante el mes; si un mes no las hacían, también se las llevaban, pero si en otro mes hacían muchas horas, pues cobraban sólo lo estipulado previamente. No tenía dinero para pagarle unos míseros miles mensuales a Juanito, pero sí tenía para comprarse una de las mejores motos del mercado, una Harley, como quien se compra un paquete de pipas. Lo puedo asegurar pues lo vi con ella, muy sonriente, con su nueva moto. Lo sentí en el alma por mi ex-compañero. Le veía renqueando y arrastrando sus pobres huesos. Me dio pena. Según parece, aunque estaba de baja, iba a echar una mano en la farmacia. A trabajar un poco, para ganarse los extras.

Según me contó Juanito, C... sólo trabajó un año, y durante ese tiempo, eso me lo dijo el mismo jefe, no hacía mas que descuentos a unos y otros, por lo que tuvo que dejar el mostrador y dedicarse a la ardua tarea de charlar y charlar por teléfono.

Cambiemos de tema, para no envenenar mi sangre.

Unos dicen que la naturaleza es perfecta, pero, ¿no lo va a ser si la hizo Dios?, aunque no será tan perfecta si existe la evolución, o sea que ha de ir limando asperezas; lo que a nosotros nos parece perfecto, en ese momento lo es para nosotros, dentro de mil años, ya no lo será, resultará menos sofisticado (me imagino).

Quién sabe si antes de nosotros no ha habido vida, aunque no sea igual a la nuestra, y quién sabe si después de nosotros, también la habrá.

Y quién sabe si a todos también les parecerá perfecta en ese momento. Para mí, la naturaleza y nosotros incluidos en ella, no somos tan perfectos, puesto que nuestro organismo se va desgastando y resintiendo poco a poco, hasta terminar en la muerte. Si morimos, ¿qué vaina es esa de que somos perfectos?, a no ser que luego pasemos a una vida eterna y que sea mucho mejor. Y quién sabe si de esa pasaremos a otra, o esa será la definitiva, o sea, que ésta que vivimos es un mero trámite, o una prueba. De todas maneras ¿qué es cien años (poniendo por lo alto), frente a la eternidad; no valdría la pena ser buenos, sabiendo que después la recompensa es mucho mejor?

Eso de ser buenos, también es algo relativo, ya que yo creo que hasta los peores, se consideran que tienen su corazoncito. En el último libro citado, se ve como los secuestradores, asesinos a sueldo, creen en Dios Padre, Hijo, y la Virgen María, siendo más devotos que los propios secuestrados. ¿Qué vaina es esa?, ¿quién se salva, el que cree aunque haga el mal, o el que no cree aunque haga el bien?, y otra cosa que pienso es que, no se es siempre bueno, o siempre malo, se es un mezcla; ¿existe el purgatorio? (espero que sí, por la cuenta que me trae). Y si uno se convierte a última hora, ¿sería salvo, más que el que ha obrado rectamente toda su vida?, y en el supuesto de que peque al final de su vida uno que siempre ha sido bueno, ¿se condenará?

Este galimatías, nunca lo he tenido muy claro, nada claro.

e-libro.net

Pasemos nuevamente a otro tema: yo por querer ser, lo que me gustaría es ser rey de reyes, “pero ¿por qué me meto con ellos?”, preguntarán, pues porque añoro la vidorra que se pegan.

Y me juego lo que sea, que muchas o vamos a poner algunas veces, a ellos les gustaría ser una persona más, uno del vulgo. Yo lo digo de broma, pues no ambiciono su vida. ¿Se han leído “El príncipe y el mendigo”, de Mark Twain?, pues léanlo; yo hace años que lo hice, y ya el título dice mucho del libro. Es uno de la realeza, un príncipe que le gustaría pasar desapercibido…, pero no, léanselo, es preferible a que les haga el resumen aquí, que por otro lado, puede ser que la memoria me fallase y trastocara un libro con otro, entonces, sí que iba yo a hacer el ridículo.

Escribiendo a ordenador soy malo, muy malo, nefasto, tardo más de una hora para escribir tres folios, y ya poco me falta del manuscrito este, para llegar a los tres mil, y ¿qué voy a hacer yo con este libro? Ya veremos, pero espero encontrar una solución satisfactoria.

Armando, según me contó una vez, de pequeño, dormía en un campanario, creo que no se crió con los padres sino con otros familiares. El campanario le causaba miedo (y a quién no), y para alejar, según sus propias palabras, los malos espíritus y dormirse rápido se masturbaba.

Eso sí que es grave, si se trataba del campanario de un Iglesia; esta gente blasfema de la iglesia católica una barbaridad, pero a la de ellos que no se la toquen. Hay veces, como es el caso de ahora mismo, que me rebelo contra tanta rebelión.

Es que tengo unos amigos (iba a poner que no me merecen, pero pensando en cuál ha sido mi vida mejor es poner que no me merezco), a pesar de que a veces resulten un tanto rarillos.

Todos los que el Lu me presentaba tenían uno u otro fallo; todos tenían graves problemas; lo que nunca me he enterado es de si el mismo Javier los tenía, nunca me lo ha dicho, aunque una vez le cogí en un renuncio.

Una cosa de la que estoy un poco harto, es que desde que tuve el brote, tenga que demostrar a todos que estoy bien, que estoy cuerdo; eso vuelve loco a cualquiera, y vayan a saber, si intentando demostrar eso, lo que me ocurre es que realmente me estoy volviendo majara; espero que no. A veces padezco crisis de identidad y me pregunto, “¿qué hacer con mi vida?”, aunque supongo que esto lo piensa hasta el más pintado.

Recuerdo cuando fuimos a la iglesia evangelista, cómo fueron varios amigos, todos conocidos del pastor que estaba. El primer día que fui, íbamos el Lu y yo solos, a la salida, me extrañó cómo todos se ponían a hablar unos con otros. Más que acto de confraternización, me dio la sensación de que había algo de hipocresía.

Había gente muy bien considerada, como un maestro de escuela que tocaba la guitarra eléctrica y cantaba. Ha sido un fiel seguidor del pastor, al menos lo he visto otras veces por la tele, en el canal BN (Buenas Nuevas).

A la salida, el Lu se demoró una eternidad hablando con unos y con otros, yo me aburrí a base de bien.

Otra cosa que me llamó la atención fue ver cómo las canciones, abundantes durante toda la celebración, se visualizaban por un proyector de diapositivas; a un lado se veía la sombra del crucifijo, única forma que venera esta gente. Eso fue lo único que me pareció más indicado que en la iglesia católica.

Control dice que la iglesia católica, le parece a él una representación, una obra de teatro. Pero, ¿y no ocurre eso también con los evangelistas?

Otras veces fui con más gente, lo que pasó es que íbamos a la parte de arriba, donde el pastor a veces (y aunque parezca una antítesis, no lo es) miraba insistentemente. Me percaté perfectamente.

Los amigos que ahora tengo, con casi todos he trabado amistad por medio del Lu, los sigo conservando, e iban a la iglesia evangelista. Ahora pasan un kilo de esa y de cualquier religión. Es más me he llegado a molestar porque algunos de ellos blasfemen en mi presencia, no sólo de los evangelistas, sino de cualquier religión. Me dan ganas de echarles de mi casa, al igual que Jesucristo expulsó del templo a los comerciantes. Ellos no lo son, pero sí blasfeman. Si ellos quieren criticar su antigua religión que lo hagan, pero de ahí a que se metan con el Todopoderoso, eso sí que no lo consiento.

Mientras salía de copas, pensaba, al verme gastando tanto dinero, “que va, así no se puede hacer una gran fortuna, ni mucho menos”. Eso pensaba y así se lo hice saber al Lu. Nunca me dijo qué pensaba, ni respecto a esto, ni respecto a otras cosas. Era sumamente reservado, demasiado. Yo, mientras, le contaba a él casi todo, bueno muchas cosas, aunque siempre desde una óptica distinta a la real, motivo quizás por el que él tampoco se sinceraba del todo conmigo.

El Lu, muy pocas veces (en muy contadas ocasiones, y por ello prefiero guardar el secreto de sus escasas revelaciones, pues desconozco si lo dijo en plan secreto o cómo), me contaba sus cosas.

e-libro.net

Se hacía cada vez, mucho más odioso y difícil el ir a casa del Lu; el trayecto lleno de chabolas, estaba ocupado por los traficantes de drogas, quienes se hacían los suecos, como que no me veían, aunque sabiendo perfectamente, que era yo. Incluso, algunos viejos conocidos del barrio, echados a perder con las nuevas tendencias de la escoria de la sociedad, me decían si quería jaco, caballo, heroína, y yo que sé de cuantas otras maneras lo llamaban.

Últimamente ya me había casi desvinculado de las drogas; alguna vez, raramente, compraba chocolate. Lo hacía casi siempre con el Lu.

Me molestó algo, y hoy me molesta más aún, el que Herse me dijese un día:

—Ay, Antonio, ¿tú me podrías comprar chocolate?

-¿Cuánto?

—Mil pesetas.

—Si pasamos por donde venden, yo te lo compro.

Hoy este sencillo diálogo, me crea una serie de cuestiones cómo: ¿y porqué no se lo dijo a Tomás?; ¿por qué no se bajaron ellos del coche cuando yo me bajé a comprarlo?; ¿por qué se alejaron bastante con el coche de donde me bajé a comprarlo?; ¿es que tenía yo menos que perder que ellos?; ¿qué pasó, que mi título valía menos que el de ellos?, o sea, que si a mi me cogían no me hacían nada, en cambio a Tomás sí le podrían hacer algo. Pues no me jodan, que por hacer un favor casi me joden a mí.

Sé que Herse una vez me ayudó a bajar ella la mochila con mariguana cuando vi a la policía cerca del ferry.

Tenía muchas cosas Tomás que me dejaban asombrado; una de ellas era, como no llevaba el coche bueno a su farmacia, para no suscitar celos y envidias entre su clientela; llevaba el de él, y no el de Herse, quien lo llevaba al trabajo, y era el que usaban los días de fiesta. La verdad es que para una secretaria me parecía demasiado nivel, llevar el coche que llevaba.

Lo curioso es que el coche era realmente de ella, al igual que el pisito donde vivían. ¿Cómo lo hizo con un sueldo ínfimo?, pues viviendo en todo a costa de Tomás. Éste corría con todos los gastos; claro que así valía la pena, pues las cosas visibles, corrían a cargo de Herse, y las cosas de todos los días, como comidas, agua, luz, teléfono, y demás gastos domésticos, y no tan domésticos (como juergas y demás) corrían a cargo de mi inestimable amigo.

Yo, ya no consideraba a Tomás tan superior a mí, aunque le seguía reconociendo como que tenía mucha suerte, demasiada si lo confrontamos conmigo. Quizás yo tenía el estigma de perdedor, y él el de ganador.

O quizás era de esas personas que fueran vencedores hasta una cierta época, y que después de ahí les han empezado a venir todos los problemas. Herse siempre defendía lo que hiciera Tomás; una vez me dijo:

—Porque Tomi antes no vivía, ha empezado a vivir de poco para acá.

Eso me contó en esos cruciales meses para mí. “Sí, desde que está contigo”, me dije para mí. “Lo que pasa es que ahora se ha convertido en un gandul, y prefiere que se le atrofie el cerebro; mientras está enamorado”.

Siempre me había parecido muy equilibrado Tomás; yo comparado con él, era un manojo de nervios inservible para nada. Ustedes me van a perdonar, pero todo se lo achacaba a Águeda, quién he visto, que en absoluto era la mujer ideal para mí; no creo que sirviera para ser la mujer de un ejecutivo bohemio, como decía Juancho: “Un yuppy macarra”. Ya no voy siendo tan joven, aunque quizás aún se me pueda aplicar esta denominación. No me he enterado, si ahora se les llama de otra manera. Quizás sí, quizás no.

Me gustaba saber un poco de política, aunque intentaba por todos los medios, que no fuera esto por escrito, sino por la tele.

Recuerdo, cómo desde primero de carrera, Águeda se empeñó en hacerme un jersey, a mi no me convencía mucho, pues siempre había odiado la ropa hecha a medida por mi familia, ya que era de todo menos a medida; mi madre me hizo un par de jerseys que me quedaban enormes; las mangas eran desproporcionadas, demasiado grandes; el cuello estaba mal hecho, y las uniones de los lados estaban mal centradas. Quizás, no lo discuto, lo hiciera con la mejor intención, pero me daba auténtica vergüenza ponérmelos; prefería ir de pobre como hasta entonces siempre había ido, unas veces por gusto, otras muchas por obligación.

El jersey de Águeda, cuyas pretensiones no eran malas, al final no me gustó, no cuadraba muy bien, y se notaba a la legua que era hecho a mano, cosa que odiaba grandemente. Aún así, me lo puse unas cuantas veces, más que nada por contentarla. Ella nunca llevó nada hecho por ella; todo era pret-à-porter. Vestía mejor que yo, y podía aún vestir mejor, si nos fiamos por el dinero que manejaba. De todas maneras si contara las veces que Joaquín me daba dinero (cinco mil pesetas de cada vez), eso me serviría para comprarme un par de camisas y

e-libro.net

encima me sobraría dinero. Lo que son las cosas, antes de gastarlo en mí, prefería derrocharlo con Águeda, en cervezas y demás. Águeda consentía en que yo lo hiciera. Seguro que era porque ella valoraba menos el dinero, pues manejaba como mínimo el doble que yo.

Pensarán que no he debido hacerlo y que es triste, el que me meta con los regalos; pero ¿no es más triste que me meta con mis amigos?, y a pesar de ello los siga considerando tan amigos.

Pero, ¿si no es con los que de algo sé, entonces con quién me voy a meter, con desconocidos?, no lo veo eso muy claro.

Mi hermana Piluca, después de la carrera, se fue a Inglaterra a perfeccionar el inglés, y a prepararse las oposiciones para dar clases en "medias".

Estuvo allí dos años, trabajando de camarera y cuando salía del trabajo estudiaba. Conoció a un oriental (de Singapur),y se enamoró muchísimo de él. Cuando al segundo año vino, sacó las oposiciones, y fue la número uno, algo fantástico; ya tenía trabajo de por vida, algo inaudito que yo aún no había podido hacer, por meterme en la empresa privada.

Intentó aquí salir un par de veces con algunos chicos, pero el tiro le salió por la culata.

En sus primeras vacaciones se fue a Inglaterra y allí vio a Chiew saliendo con una chica; eso le disgustó sobremanera. Algo hablaron y no he podido averiguar de qué trataron.

Mi hermana después del fracaso se vino para nuestra casa.

Al poco vino Chiew, con intenciones de quedarse aquí toda la vida; hasta el momento aquí está.

Chiew era camarero en Inglaterra; según me informó una vez mi hermana, había tenido un restaurante propio pero fracasó. No sé el motivo, aunque está claro que en las ciudades inglesas la competencia ha de ser brutal. Si aquí hay competencia, piensen el tiempo que llevaba sin farmacia, y eso que la pedí en un sitio alejado, donde tan sólo va algún que otro loco a ver como está el "campo", no les digo nada de esas gigantescas ciudades.

Intenté con mi cuñado Pepe, conseguir un censo mayor para el Valle, pues él conocía al alcalde de Agaete; según parece eran del mismo partido.

De todas maneras de eso hablaré un poco más adelante.

Mi hermana Pilar, cuando estaba en Inglaterra, también trabajó de camarera, junto a su amado.

Cuando estuve en la farmacia de Tomás, le dije a Álvaro, lo que muchas veces había dicho al Lu, que las vitaminas se dividían en hidrosolubles e liposolubles, las primeras se disuelven en agua, tal como dice la palabra, por lo tanto también en el agua en la orina, por la que se eliminan, disueltas en ella; las liposolubles, como indica el nombre son las solubles en lípidos (en grasas), por lo que se acumulan en sitios donde las haya, como por ejemplo mi barriga; las pertenecientes a este grupo no se eliminan tan fácilmente; cuando perdemos grasa, se liberan estas, pudiendo llegar a causar hipervitaminosis, tan perjudicial como la avitaminosis.

Los complejos vitamínicos no suelen llevar las vitaminas liposolubles, pues son peligrosas, éstas se venden sueltas; las liposolubles son las vitaminas: A, D, E y K.

Yo me lo aprendí en la carrera de memoria como Adek; el Lu me decía que más fácil era aprendérselas como Keda, pero se me ha quedado esto tan grabado en la mente, que de cualquiera de las dos maneras lo digo.

A veces uso complejos vitamínicos, pensando que la dieta aunque variada, no llega a ser del todo completa.

Cada vitamina sirve para una serie de cosas muy concretas, por ejemplo, la E combate la esterilidad y el envejecimiento, la D es buena para los huesos, la K entra a formar parte en la coagulación sanguínea; y así podría, sí esto fuera un tratado de farmacia, seguir y seguir. Es un tema, de entre los múltiples de mi profesión, que siempre me ha atraído bastante. Aunque no se imaginan de qué asignatura se me quedó esto, pues efectivamente de "Broma".

Al Lu se lo decía a cada momento, yo creo que debía estar más que harto, y pensara que no sabía más que eso. No he sido del todo sincero con este gran amigo; él tampoco conmigo, pero quizás tuviera yo la culpa por empezar a manchar nuestra relación con mentiras, que es en realidad lo que son las verdades a medias.

Me arrepiento de criticar, y de formas tan negativas a los que aquí lo he hecho; pido, mis más sinceras disculpas, y espero que me sepan perdonar. Sé que dirán, pues no publiques el libro, pero piensen que llevo ya casi tres años con él; si al final se quedara inédito, me parecería un trabajo inútil, como que el esfuerzo realizado ha sido en balde. No me hagan esto mis queridos (espero que sean algunos) lectores.

e-libro.net

Según había leído, una de las diversiones de Einstein, era navegar; yo lo imaginaba con un gran barco, pero, cuál no sería mi sorpresa, al ver que el barco en el que él, y su prima, su esposa, navegaban era un simple barquichuelo muy pequeño y rudimentario, fue toda una gran sorpresa.

He recordado hace poco, cuando en la farmacia de C..., una vez, colocando medicamentos en las estantería, vi la Migraleve®, que como su nombre indica, era para la migraña; enseguida me acordé de mi tía materna Conchita. Si se lo llegué a comentar a ella, que padece de unos dolores de cabeza bestiales, que le dejan tumbada e inútil, no me acuerdo.

Sí recuerdo, que estando en la farmacia de C..., me fue una cliente a preguntarme por algo para esa misma enfermedad, le llevé pues mi descubrimiento; sabía que no era un medicamento conocido, y como ella me había dicho. "Quiero algo fuerte que nunca haya tomado" , yo me supuse que el que yo le llevaba no lo había tomado nunca. Isfas, que era su seguro, lo subvencionaba. Ella me preguntó al respecto, y le contesté afirmativamente, tras ver el tipo de precinto.

Total, que al final dicha señora, bastante fea ciertamente, me viene diciendo que ni el médico lo conocía, que si era un medicamento nuevo:

—No, es viejo –dije pensando en que era bastante antiguo, aunque no lo sabía exactamente, pero cuando lo vi, me dio la impresión, que dicho medicamento ya tenía sus años.

Eso es una anécdota de tal impresión, que recuerdo que incluso dicha señora, llevaba una camisa roja del mismo color e intensidad de brillo, a la caja del medicamento.

Una cosa buena de ser escritor, es que no se ve quién ni cuántos compran su libro; sí se sabe cuales son las ganancias, pues de eso depende la mejor o peor economía del escritor, pero vamos, que no tiene uno que estarle pidiendo dinero a nadie, como ocurre en la farmacia, que tiene uno que cobrar, y si es grande la cuenta, siempre da un cierto apuro, al menos eso me ocurre a mí. Sé que muchos se hacen los ricos, haciendo compras escandalosas, otros, los hay, que por mucho que quieran, no pueden gastar más que lo mínimo. Me incluyo en el segundo caso.

Pero ya digo, puede ser el libro muy caro, o muy barato, que uno no va a ser el que lo venda al probable lector, sino el dependiente de la tienda, o el mismo propietario.

Pero ya digo, es bastante probable, que uno no vea gastarse el dinero del bolsillo de otra persona por uno.

Es que no soporto, aunque a veces no me queda más remedio, que me paguen las cosas, y se gasten dinero en mí. Bueno esto digo, pero después el llevarlo a la práctica varía mucho.

El ritmo de gastos era bestial, me gastaba casi todo lo que cobraba; afortunadamente no cobraba millones, pero las ciento diez más o menos, eso lo gastaba íntegro en diversiones generalmente.

Recuerdo como tenía que ir por el Banco de Santander, y allí mirarme en las listas de parados, para ver si había cobrado el paro cada mes. Estuve yendo bastantes meses hasta que un día me dijeron que porqué no la domiciliaba, y así no tenía que ir tanto al banco. Vi los cielos abiertos, pues me daba mucha vergüenza ir a cobrar el día y la hora que me imponían, junto con los demás parados.

Yo ya había intentado hacer eso mismo, pero no me lo permitieron. Se lo pregunté al Interventor, el Sr. Marrero, cuando iba a empezar a cobrarlo, pero me dijo que no se podía.

Luego lo intenté otra vez, y me dieron una serie de papeles, que tenía que llevar a la oficina de empleo. Se entiende que los papeles se traspapelaron y se perdieron, pues tampoco me lo ingresaron en la cuenta, sino que afortunadamente pasé por el banco y lo cobré en persona.

Al principio, antes de cobrar nada, por casualidad fui por las oficinas del INEM, y me dijeron que me faltaba un papel, por lo que para empezar a cobrar, tenía que entregarlo, y por tanto esperar al mes siguiente; como digo, cansaban a un muerto.

De todas maneras eso eran los primeros meses, después todo fue mucho mejor.

Cobraba tranquilamente, sin trabajar, como resultado del esfuerzo que había hecho todos los años anteriores.

Ya digo, el problema no era tener dinero, pues yo pensaba que algo tenía, aunque sabía que de ahí a tener una fortuna, iba muy mucho. El problema era sentirme inútil, un parado, alguien que no sirve para nada; ideas que incluso ahora, me siguen rondando por la mente.

Yo prácticamente, a pesar de que Charlie me había sacado la tarjeta sanitaria, no iba nunca al médico, pues las dolencias menores me las trataba yo mismo; al menos las que pensaba que eran menores. Pero no eran tan

e-libro.net

poco importantes, sobre todo el fumar como un cosaco, que me tenía continuamente asfixiado, y usando inhaladores cada dos por tres. Si iba al médico, era para pedirle recetas.

Recuerdo como un par de veces, me habían mandado a un ambulatorio que estaba por Las Rehoyas, lejísimos de mi casa. En realidad me correspondía otro.

Debe ser que me tenían apuntada la profesión, pues fui dos veces, una me atendió una doctora mayor, la otra era más joven que al ver que yo era farmacéutico y por tanto saber que yo sabía de qué hablaba ella, por un extraño complejo de inferioridad, me mandó a otra doctora, y ésta por último dijo que yo debía ir al otro ambulatorio, al que he seguido yendo hasta la fecha.

No podía cuando estaba en C... ir en horas de trabajo, ya que no podía dejar el mío. Como ven era un esclavo del trabajo, total, para que luego le tiren a uno como una colilla. Vieron como en tres años, casi no falté al trabajo y que hacía horas y horas sin cobrar, todo por amor a la empresa. Pero bueno, así se quiere o se odia a la empresa; yo creo que más bien lo segundo. Si no tienen a uno contento con incentivos, si no le tratan a uno como un cooperante, sino como un esclavo, pues no hay nada que hacer. Según dicen unos, esa empresa está abocada al fracaso.

Debe estarlo, pero mientras, se va enriqueciendo de forma asombrosa e injusta. Por fortuna, ya el dinero no significa tanto poder, menos mal; eso que allí donde esté el capital, mande este solo, no debería ser, pues debería tener tanta importancia como el trabajo duro e inteligente, así debería de ser, pero aún no lo era, o allí no lo era.

La madre del Lu, doña Pino, de ochenta y pocos años, estaba mal, continuamente tenía vómitos. El Lu, me pedía consejo, aunque no como para la madre, sino como para él; después me enteraría que era para ella.

Yo le decía:

—Yo, Lu, si quieres te doy las medicinas que son para eso, pero tienes que saber que las personas mayores deben ir al médico, pues tienen los sistemas enzimáticos “gastados”, y no pueden asimilar correctamente los medicamentos.

Más le diría: que quizás no se produjesen las transformaciones y metabolitos esperados, y por tanto podría tener, ni el efecto deseado, ni los problemas esperados, podría ser que actuasen de peor forma el medicamento, al previsto.

Se puso tan mal, que hubo que ingresarla; como no tenía nada que hacer, y como además, se había portado bien conmigo (recuerden que siempre me daba el cafecito), le acompañaba cuando iba a la clínica.

El Lu, a pesar de ser su madre, adoptiva, pero madre, no aguantaba nada con ella, y como los dos fumábamos, pues estábamos casi todo el tiempo o fumando en la terraza, o tomando café en los salones en que estaban las maquinitas de dichas sustancias.

También me llevaba un libro de Valle-Inclán: “Tirano banderas”. De todas formas, no me enteré de qué trataba.

El Lu se había comprado un libro de esos que hay que mirar unas fotos como de forma desenfocada, y se ven unas figuras tridimensionales. Yo las vi, eran curiosas. El Lu, decía que las veía al revés, quizás no vio nada pero le dio vergüenza reconocerlo, que todo es posible.

Íbamos algunos días a ver a la madre, que no eran ni muchos días, ni mucho tiempo. El Lu trabajaba, y supongo que estaba cansado, aunque nunca hizo comentario alguno sobre ello.

Le llevaba siempre ropa interior limpia, y se llevaba la que tenía. Estaba siempre muy bien vestida, muy atendidita.

Solía estarse por espacios de tiempo muy breves en las clínicas. Yo, en esos días más optimista, pensaba que de esa escaparía. No me la imaginaba, ni la veía yo tan mal. No estaba conectada al oxígeno, ni tenía suero; tampoco estaba sondada, en definitiva mi ojo de experto clínico, me decía que estaba perfectamente.

No quería ser amigo del Lu sólo para las juergas, sino que le daba a entender, que uno estaba para las duras y para las maduras. O sea, que en mí tenía un amigo.

Doña Pino cada vez se pasaba menos tiempo en su casa.

Sobre esas mismas fechas, un día estábamos él y yo por la noche en una zona poco aconsejable para señoritas y señores, no por nada sino porque estaba llena de sitios de top-less. Paseando por allí y sin pensarlo, un relaciones públicas, nos dio una tarjeta y nos dijo:

—Aquí abajo –señalando a un club de alterne–, hay señoritas muy guapas.

e-libro.net

Más que por otra cosa, por simple curiosidad, y con la idea de que había que probar de todo, aceptamos, tras mirarle yo de soslayo al Lu, y comprobar su aquiescencia, en definitiva, nos decidimos pues, a entrar.

Íbamos ambos con vaqueros, los míos tostados, y los de él azules, y con chaqueta y corbata.

Bajamos e hice un rápido recorrido con la mirada. Ninguna me atrajo, ya iba a salir, cuando en el fondo de a barra ¡zas!, una chica despampanante y distinta a las demás, no llevaba un body con las tetas fuera, sino una minifalda y un top negro que dejaba al descubierto sus hermosísimas tetas.

Le hice una señal al Lu como para quedarnos, supongo que él también se quedaría asombrado por mi comportamiento.

Me acerqué a la barra, y ella se me puso a hablar. Se enrolló con un muy buen rollo; total que me dijo que si la invitaba a una copa en un sitio más íntimo; no, mentira se nos pusieron a hablar dos, ella y otra chica; la otra era guapa pero no tenía la chispa de Laura.

Nos comentaron de echarnos un "polvo". Tras convenir el precio, quince mil cada una, les dije que iba a buscar el dinero. La del body, me acompañó al banco. Llevaba un abrigo largo, y debajo sólo el body; eso que en otras ocasiones me debía de poner a mil, lo tomé como una cosa de buen gusto simplemente.

Yo operé en mi cuenta, y ella se asombró al verme sacar sesenta mil pesetas. Sí, se la tuve que pagar al Lu, él no tenía dinero para esos vicios.

Cuando regresamos con esa despampanante, aunque chabacana rubia, vi a los dos muy encariñados.

—No, yo voy con ella, les dije señalando a la morena.

Ella se me puso a hablar.

Probé sus bebidas y efectivamente, la copa, que costaba cinco mil pesetas, era refresco con un ligero chorro de alcohol. Me lo suponía, pues lo había leído en una revista erótica siendo adolescente.

Me dijo de entrar a un reservado, al lado del que ya estaban el Lu y la rubia.

Se me puso a hablarme de sus tetas y me dejó asombrado. Yo era recatado, y no se las toqué directamente, a pesar de que no me faltaban ganas.

Nos metimos en un estrecho reservado. Ella iba bastante borracha, aunque tenía una mirada que quería ser inteligente.

Nos llevó una guapa chica unas botellas de champán (dos) de las pequeñas. La penetré aunque enseguida ella se la sacó y me dijo:

—Porque esto está muy guarro… -refiriéndose al reservado.

También me había dicho que había trabajado en El Pino, (el hospital donde trabajaba el Lu), y que ahora iba a hacer FP.

-¡Hombre!, yo ahí tengo amigos, y yo mismo estoy esperando para trabajar ahí. Cuando me llamen. Ya estoy apuntado en las listas.

Me acababa de apuntar a Peluquería y Estética. Pensaba que me iban a llamar enseguida. Como siempre, tenía más moral que yo ni sé qué.

Le consentí el que me hiciera perder el dinero tan inútilmente. Ella se me puso a hablar y hablar. Ya no recuerdo sino que me dijo que había tenido un novio al que había querido. No me contó el cuento de que tenía una niña.

Le dije que era muy guapa, cosa que le gustó mucho.

Me atraía mucho esa chica.

Ella me confesó su nombre completo.

El Lu y su acompañante, se asomaron por arriba, estaban esos reservados, sin techo y se comunicaban unos con otros.

Me pidieron, o me invitaron a fumar chocolate. "Ya se acabó lo bueno", me dije. Lo bueno era echarme un polvito, pero aparte de que Laura no quería folleteo, a mi eso era lo único que me retenía allí. Intimamos los cuatro enseguida.

Cuando me dijo su nombre, le pregunté:

-¿Es tu nombre de batalla?

—No, no, es mi nombre real.

—No lo creo.

Y me enseñó su carnet de identidad.

El nombre era auténtico, y sus apellidos, C. D. Se me quedaron grabados de solo mirarlos.

e-libro.net

También me contó que vivía sola en un piso por Las Canteras. “Ya está (pensé), le digo de acompañarla y al final me convierto en su amante”. No pensaba mucho en el SIDA, pues sabía que era novata en eso de la prostitución.

Era guapa y estaba tremendamente buena. Pensando en que haríamos el amor y después me invitaría a un café y una buena ducha, quedé con ella a la salida de aquello. Iba a decir antro, pero no podía llamar así a un sitio donde había tantas y tan guapas chicas.

Ella me dijo que la esperara en un pub que había allí cerca. Pensé: “Nada, ya la tengo en el bote”.

Me fui con el Lu al bar de al lado, habíamos quedado con la intención de ir a tomarnos una copa. La piba que acompañó al Lu, no quedó con él.

Según me dijo él, la otra piba le mosqueó, pues estaba muy mojada su vagina (por no decir almeja, pues puede herir la sensibilidad de algunas personas). Estaba preocupado, hoy deduzco porque neciamente pensaría que eso era un síntoma del SIDA.

Me extrañó tanto desconocimiento del cuerpo humano, en una persona tan proclive a hacer amistades con personas del sexo opuesto.

Quedé pues en que ella nos fuera a buscar al pub. Yo le comenté al Lu:

—Cuando venga, nos tomamos una copa juntos, y después me dejas con ella, ¿te importa?

—No, no, de acuerdo –me respondió mi fiel amigo.

Vestía Laura, según la vi cuando nos íbamos, un traje negro muy bonito, como acompañante mía, me resultaba genial.

Me dijo que fuera a ese bar para que no nos vieran salir juntos, para que no pensaran nada.

Ya me estaba imaginando el paseo por Las Canteras, hasta su casa; fantástico, genial. “Sin pensarlo he hecho una conquista estupenda”. Esto y otras cosas más pensaba mientras hacíamos tiempo esperándola allí.

Al final me quedé con las ganas, y tanto, pues por allí no pasó en casi una hora que la esperé.

“¡Será cabrona la muy guarrindonga!”, rumié en pleno paroxismo. “Pues fuerte negra más grande me acaba de dar”.

Todas eran negras tan negras. Primero, bueno, primera y última, todas me habían rechazado, salvo las de la adolescencia, a las que muy despóticamente yo rechacé; según vería, había hecho muy mal.

“Laura, Laura, me has jodido. Laura, Laura, por qué si éramos tan buenos amigos”.

Esto en verso, quizás fueran unas buenas rimas. Así, resulta absurdo, pero algo por estilo me preguntaba a mí mismo. Me dolía y mi ego se resintió algo, no le vino nada mal, ciertamente, pues la vida disipada que llevaba me hacía merecedor de ello y más.

Ese día le dije al Lu de irnos, a la hora aproximadamente, de estar esperando. Intuí que se reiría de mí, aunque nunca me lo ha dado a entender. Como ven, me había enamorado de su lujuriante cuerpo.

Según me dijo, dormía muchísimo, casi toda la mañana, y otra cosa era que no sabía el motivo por el que estaba adelgazando, pero lo estaba. Yo tampoco me lo explico, a no ser que follase mucho, y por tanto ajetreo, le pasase eso.

Tuve un buen escarmiento, aunque todo no quedó ahí. No, fui otras veces a verla.

La segunda noche, cuando me puse a hablar con ella, se me puso a criticar a Jesús, esto me pareció tristísimo y denigrante; estaba borracha, cayéndose. Le comenté el por qué me había pegado “la negra” y me dio una disculpa estúpida.

Me lamenté interiormente: “Vaya, que rápido se aprende esta profesión”, con pena profunda, pues yo ya había pensado ser su amante, ahora ya lo dudaba. Fui con una chaqueta de marca, y ella se dio cuenta enseguida, me lo hizo saber. Quería dejarle claro, que conmigo no iba a estar mal parada, (cuentos, todo, como observarán). También quedé ese día, aunque esta vez no estaba nada convencido.

Otra negra me pegó.

Ahora ya usaba body, aunque era negro, en lugar de blanco, como era el de las otras chicas.

Me dolía, aunque en esta ocasión, no me extrañó tanto.

La tercera vez que fui, fui con otro traje azul, aunque también de muy buen ver, aún no estaba demasiado estropeado, aunque no era tan nuevo como los otros. Era el de la boda de Irene, o sea, el que me había comprado hacía unos tres años.

Esa vez le dije:

e-libro.net

—Mira, no tengo dinero para estar pagándotelo en copas aquí dentro. Te invito a una copa, pero intenta que se alargue.

Ella se acordaba de mí. Me contó cómo ella aprendió los trucos de belleza en revistas actuales y exclusivas para la mujer. Me contó un par de trucos, pero ya no me acuerdo. Empezó a hablarme de una compañera que era drogadicta y que su actual marido la había sacado de la droga y de aquellos ambientes. “Ya me quiere cazar”, intuí.

—Eso fue después de venir él aquí muchas veces.

“Bien, ya cogí la indirecta”, husmeé.

Esta vez, la esperé hasta que fuera a coger el dinero, lo que le debían en la caja; era a comisión, según tuviera éxito con los clientes, así cobraba.

En esa ocasión vi a una cincuentona que se conservaba bien, me sorprendió lo turgente que tenía los pechos, ya quisieran muchas jóvenes tenerlos así. Esperé un rato más y observé cómo Laura, quizás sospechando de mí, fue a hablar con los chulos del local. Total que me fui al pub en el que siempre me pegaba las negras, y eso fue nuevamente. Tenía intenciones de ir a la calle contraria, y esperarla allí, pero al final la esperé en la calle del pub y vi salir a todas las del puticlub, pero ella no estaba con ellas, al final tuve razón, se fue por el otro lado.

El Lu, el pobre, creía que esta vez iba en serio. Y me decía, después de un rato:

—Qué raro que aún no haya venido…

—Vámonos ya –fue mi respuesta.

—Espera a ver si viene.

-¿Qué va a venir?, seguro que no viene -contesté convencido de lo que iba a pasar.

Efectivamente, era otra negra, ya la última, según le dije al Lu, quien me había acompañado siempre, aunque la última vez me confesó:

—A mí ahí no me gusta ir, y las chicas me dan miedo que me peguen el SIDA, a parte de eso, es muy caro; así que si tu quieres ir, yo te acompaño, pero yo me tomo una copa, y no invito a nadie, ni me acuesto con nadie.

En el libro “Todos los nombres” de Saramago, he descubierto, cómo mi costumbre de dormir con el embozo, de la sábana cubriéndome la oreja, no es exclusivo mío, también lo hacía don José, protagonista de este magnífico libro.

Laura iba siempre muy bien vestida, aunque afortunadamente para mi recuerdo, el último día iba con un traje de fiesta, pero muy usado, demasiado usado. Digo afortunadamente, pues así me quedó de ella un recuerdo no tan magnífico como sería el del primer día.

De todas formas, había aprendido muy rápido su trabajo.

Esto, lo de las prostitutas, lo hablaba con Maru, Pepe, Quillo, etc., les decía que sí, pero que ese mundo no me terminaba de llenar, y menos mal que no me llenaba, pues si me llega a llenar, estaría absolutamente, todo el tiempo allí, de puta a puta y tiro porque me toca.

Verán cómo seguía mi vida. ¿Iba de mal en peor, o quizás iba mejorando?; recuerdo que la última vez, cuando ella se puso a hablar de matrimonio, yo me estaba bebiendo una tónica, y poco antes, en el bar de al lado, me había tomado un capuchino; o sea iba mal, pero controlando algo las copas.

A todo esto, y seguía pensando en marcharme el año siguiente a aprovechar el tiempo haciendo algún curso, de paso viajaba, cosa que pensaba que me estaba haciendo mucha falta. Pero, ¿qué curso hacer, si no me habían admitido ni en óptica ni en análisis clínicos?, alegando que tenía un currículum muy corto, pero ¿y si no me dejaban hacer los cursos, cómo querían que ampliara el currículum?, me cuestionaba. Será que eran sólo unos cursos para potentados.

He visto en una revista al farmacéutico colegiado más joven, y titulado por la Universidad de La Laguna, al que animan para que siga cosechando éxitos. ¿Quién fuera él, y no hubiera perdido el tiempo en copas y demás?

Sí, me arrepiento de mi vida pasada, a pesar de que he de cargar con ella, hacia mi futuro, que espero sea mejor, y con mayores dosis de esfuerzo; como dicen los ejecutivos, con la triple T: trabajo, trabajo y trabajo. Esto ya me sonaba de antes, aunque lo vi anoche por la tele.

Hablando de tele, les parecerá imposible, pero seguía viendo los telediarios; que recuerde, el que ahora veía, era el de Luis Mariñas, buen periodista donde los haya. Con el tiempo, vería como desapareció de Tele5; sigo sin saber el por qué, supongo que sea porque le ofrecieran otro trabajo, pues otra cosa, no se explica.

Claro, que estoy rodeado, y antes estaba más, de dinero fácil, el de la prostitución y el de las drogas. Que digo que por qué no se legalizan todas las drogas, pues el alcohol, que es una droga dura es legal; no sabría decir

e-libro.net

si no estuviera aquí el alcohol legalizado, si habría más o menos alcohólicos; ahora los hay muchos, pero al menos están controlados; pregunto: ¿habría más heroinómanos si ésta se legalizara, o serían los mismos, o menos, y viviendo en las pésimas condiciones que viven?

Piensen que el heroinómano tiene que robar para pagar las enormes cifras que le cuesta "el caballo", y esto no es un día, sino todos, absolutamente todos los días. ¿Será beneficiosa la metadona, o sin embargo es peor el remedio que la enfermedad?; según he oído, ésta reduce la delincuencia y las tasas de mortalidad, sobre todo esta última, porque no se comparten las jeringuillas (la metadona puede ser inyectada o tomada por vía oral, de ambas formas se puede administrar).

La delincuencia baja, supongo porque no tienen que robar para conseguirla, así si la heroína, se legalizara y se dispensara en ambulatorios, quizá disminuiría la delincuencia, y caso de que hubiera que pagarla como el alcohol, supongo que algo disminuiría, pues nunca sería tan caro como la de contrabando.

Desconozco los efectos de la heroína, pero dicen que al poco tiempo creo adicción.

Cuando era adolescente, los "super" de la droga, los heroinómanos, decían que de la primera inyección, ya estaba uno enganchado, yo lo dudo mucho, aunque no tengo ni idea de cuando crea la adicción. Algunos grandes investigadores y otros intelectuales la han probado para saber sus efectos sobre el organismo; esperaba no llegar a eso, pero lean, lean.

Cuánto les durarán los buenos coches a los pobres infelices que vienen aquí, a las chabolas, a comprar droga.

Lo digo porque acabo de ver un todoterreno, que se ve que es un último modelo, y cuánto tardará su conductor en venderlo para poder seguir drogándose. Me da que no mucho, ni siquiera meses, a lo sumo uno o dos. No conozco el precio de las drogas, aunque antes lo conocía, estaba al día (del chocolate, se entiende).

Según he oído, mejor, leído, hay gente que dice que Francisco Umbral se repite mucho, si eso dicen de ese gran escritor, qué no dirán entonces de mí, que hay ocasiones en las que no me puedo centrar bien, y que seguro que repito ciertas situaciones y no digo nada de muchas palabras; de todas formas, tal vez eso se deba a que no reviso suficientemente lo escrito.

Lo que me decía en esa época era: "Lo que necesito es un trabajo donde no vea a la gente, pues es seguro que a mis superiores les caigo casi siempre mal, seguro; al menos así ha pasado hasta ahora". Qué mejor para ello que el escribir; sí, pero esto de escribir es un trabajo ingrato, pues no sabe uno, más que imaginarlo, sí tendrá o no tendrá difusión lo que hace, a pesar de que recurra uno a las fuentes mejores, las de los grandes triunfadores a lo largo de la historia; aunque claro, que esto también depende de quién lo mire, pues para unos, fulano de tal es un gran autor, mientras que a otros no les gusta; por ejemplo, a mí me gustó Pérez Galdós, y sin embargo a Pío Baroja le caía pesado. Pues lo mismo les puede suceder a mis queridos lectores conmigo.

Tony, me presentó una vez, a la segunda amiga negra que había tenido en mi vida, la primera fue la compañera de estudios de básica, esta vez era una chica que no estaba nada mal, pero nada mal: Leo.

La conocí en una cervecería al lado del Zorbas, estaba tan buena, que nada más conocerla me quise acostar con ella, según parece es lo único que veía de provecho en una mujer, o mejor, lo único que me permitía, salvo de Celeste, de quién seguía estúpidamente enamorado, lo que no quitaba para que cuando una mujer que se me pusiera a tiro, me quisiera acostar con ella, eso sí, nunca enamorarme, el cupo de amor de mi corazón estaba totalmente ocupado por mi gran amada: Celeste.

Todo esto se lo contaba a ella en enormes cartas; aún no había recibido ninguna suya.

Con Leo y mis amigos, nos fuimos a un karaoque, o como se llame, que yo me imagino que los más jóvenes sabrán a qué me refiero. Allí pude comprobar como Leo, ya no sólo era un cuerpo bonito, sino que también tenía otras facultades, como un buen oído que acompañaba una gran voz; nunca la vi bailar, pero supongo que lo haría bien, no mejor, pues de ello vivía; era española, de padres canarios, a pesar del color de su piel; por lo que me contó una vez, había abandonado muy pronto los estudios, en básica, aunque esto es una característica muy común en los amigos de Tony, o ¿qué pasa entonces con mis amistades, que son la crema?, no, lo dudo, pues no conozco a ningún Premio Nobel, esos sí pueden estar orgullosos de su constancia y aguante; tengo varios amigos de la carrera, y según he ido viendo después, también varios conocidos, sobre todo de gente lagunera, pero en Santiago, hice pocos amigos, y encima, los que hice, si pensamos en Moncho, no eran nada aconsejables. Y después estoy yo, que me dejo llevar por la gente, soy demasiado influenciable. Ya me podía haber dejado influenciar por Matías, que era mucho más seriecito, pero no, son siempre las malas amistades a los

e-libro.net

que atraigo, digo atraigo, pues a mí no me atraen nada, a no ser Guillermo, el amigo del Lu, quién no era vicioso más que del sexo, de resto, no creo que se drogara, y si lo hacía, no más de lo normal, a pesar de su pinta de pasota.

Dani, ya empezaba a estar coqueto y muy mono por esos años, tal que una vez, me dije: "Pues, que sobrino más guapo y moderno tengo"; lo mismo le decían todos, y encima era un buen chico, y muy buen estudiante; quizás no sacaba todo notables, como nosotros le aconsejábamos, y cómo no, sobresaliente, pero era de los mejores de la clase.

¡Ánimo! Se echaría a perder en el COU, pero de eso escribiré en su día, si me da la gana, pues no me gusta ventilar los fracasos familiares.

Sigamos con Leo, a la pobre, yo le cantaba la canción de Víctor Jara que dice: "Salpica tu sangre, ¡negro!, a Cochabamba me voy, a Cochabamba señores…", y no sigo cantando pues si no llenaría folios y folios sin cesar; era mi cantante preferido, y del que guardo muy buenos recuerdos; el mejor homenaje que le puedo hacer es el de cantarle sus canciones, y eso hago, siempre que sale alguna oportunidad, como era en este caso. Seguro que Leo no me entendió, pues Tony me ha dicho que yo le caía mal; no veo otro motivo que el que no supiera captar el auténtico motivo de mis canciones, o sea el de la emancipación de la raza negra; al igual que mis aspiraciones hacia ella, nada más que el hacerle gozar; bueno, esto decimos todos, nos consideramos los mejores folladores, sí, los mejores en todo, pero sobre todo en el sexo. Lo he deducido hablando con ella, y con otros amigos.

Ya les dije que Control es virgen; alucínense, incluso hoy día, con treinta y seis años, lo es; esto me hace gracia, aunque a veces pienso si no sería lo mejor también para mí; tiene algo Control que le hace único e irrepetible, quizás sea eso. Él a veces me decía que no sabía si estrenarse con una puta, yo le decía que no, que luego se iba a quedar peor y siendo virgen, se arrepentiría seguro; qué mejor que verme a mí, que se me iba reflejando en mi rostro la degeneración.

Siempre iba de putas a fornicar, aunque lo que se dice fornicar, si por esto entendemos el coito, al "correrse", nunca, o casi nunca lo hacía, o sea que perdía dinero, y me desesperaba; y seguro que en mi rostro se iban marcando síntomas de degradación.

Hoy me veo en una foto retrospectiva, y me doy verdadera pena; estaba lo que se dice hecho un degenerado, parecía un borracho hediondo. Un depravado. Bueno, más que parecerlo, realmente es lo que era. No buscaba en las putas más que el polvo, aunque de algunas me encapriché. Ya que enamoramiento, no se podía llamar, a pesar de que en esos momentos, a veces, lo pensase.

Hubo una época en mi vida, en la que le contaba a Maru, prácticamente todo lo que hacía, y eso, cómo no, incluía el irme con suripantas; se lo contaba a ella, y supongo que supondría, muy bien supuesto ciertamente, que era por la inmensa soledad y desamparo que sentía. Por un lado, mi madre no quería que le dijera nada de Celeste, y aunque ella sabía que me iba con prostitutas, no me gustaba contárselo, me resultaba demasiado fuerte, y eso que ella me dio a entender un día, que por qué no me iba con ellas; eso fue casi al principio. Lo hice, pero tantas veces, que mi madre empezó a temer por mí, y con razón.

Don Victoriano, no Pérez Cabaní, sino Darias del Castillo, ya sabrá por qué bebía tanto, si es que no lo sabía, que sospechaba que sí, pues como buen catedrático que era, supongo que se enteraría de mucho de lo que pasaba en la facultad. A no ser que fuera tan bueno, incluso más aún, en su asignatura, que no supiera lo que ocurría en otras disciplinas. También sé que él no tendrá tiempo ni interés en leer este libro, pero sí puede decir a alguien que lo lea y le haga un resumen; que ya sabemos, que esclavos tienen todos, para empezar sus propios alumnos. También es posible, y plausible, que yo, un ex-alumno suyo, no le interese lo más mínimo; a mí, sin embargo, él sí que me interesa, tanto, que ha sido su disciplina, su materia, la que de entre todas, más he cultivado; más que la parasitología y la galénica, cuyos profesores, eran los preferidos por mí. Quizás sea cierto eso de que a lo que más nos cuesta, es lo que más nos gusta; no es que la Galénica Especial, no me costara, que me costó y mucho, sino que la Farmacodinamia, me costó tanto, que al final terminé la carrera como si nunca la hubiera cursado, cosa del todo falsa, ya saben que no fue poco lo que la estudié.

Sea como fuera, en las farmacias, los conocimientos que más se usan son los de D. Victoriano. En C..., casi no tuve ocasión de demostrarlos, y lo poco que dije, como por ejemplo, que la sacarosa es una sustancia de la que se deriva la sacarina, encima, estaba equivocado, pues es un azúcar que extrae de la remolacha y la caña del azúcar; o sea que de sustituto nada, todo lo contrario, pues aunque distinto a la glucosa, sigue siendo un azúcar, por lo que lo deben controlar los diabéticos. No me pregunten a qué se degrada, ni de qué forma se almacena en el organismo, ni nada por el estilo, pues a pesar de buscarlo en un diccionario enciclopédico, no tengo ni zorra idea, aunque algo he oído al respecto.

e-libro.net

Pretender que haga memoria de ello, es una auténtico disparate, pues ni siquiera recuerdo su estructura química, ni al grupo al que pertenecen, aunque debe ser una estructura hidrocarbonada de seis carbonos, parecida a la de la glucosa.

Recordarán como uno de los primeros profesores que me pudieron frustrar mi vida, fue el Pablito Frade, el que tan casto y puro se hacía, que por un porro si fuera por él, me hubiera destinado al mayor de los destierros, y por él, hubiera yo dejado de estudiar. Pues lo que son las cosas, se convirtió en un profesor moderno, con el pelo cortado a la moda, y de seguro que fumaría, no uno, sino muchísimos porros. Nunca se podrá decir que de este agua no beberé, aunque sí rogar para que ello no ocurra. Quizás Frade ni se lo plantee ahora.

Debí quedarme en el instituto, hacer frente al temporal, y encarar los problemas, tal y como me vinieran. Y, por qué no, defenderme, y haber dicho por qué, o por quién me retiré, que eso de quedar uno siempre mal, también cansa.

Si no quedase yo constantemente mal, no sé si no podría entonces desahogarme en estos folios.

Fue en esas fechas, cuando por la radio oí, y mi madre me hizo oír, como decía, que incluso el desear que llegase el fin de semana para tomarse un par de copas, aunque fueran cervezas, eran síntomas de alcoholismo; claro que hay alcohólicos y alcohólicos; yo seguro que estaría dentro del grupo de los preocupantes.

Si el que uno se tome el “finde” una o dos cervezas, ya es para considerarlo como alcohólico, me parece excesivo, pero oírlo lo oí. Creo que era un programa canario.

Estoy rodeado de drogadictos, y gente de mal vivir; por eso, muchas veces cuando veo ciertas cosas que a la gente le escandaliza, a mí no me extraña en absoluto; veo miserias, y me digo, ¿serán auténticas o también ahí habrá drogas y corrupción?

Los chabolistas que están frente a mi ventana, manejan mucho más dinero del que yo puedo manejar, aunque no lo parezca.

Había leído la Biblia una vez como mínimo, y ya empezaba a plantearme si debía dar el diezmo, suponía que sí, pero a qué iglesia ¿a la evangelista?, no, ni loco, pues incluso los que a ella habían pertenecido, o pertenecían, no lo daban, hablo de Camacho, Alberto, Tony o el Lu, ninguno de ellos daba esa décima parte de su sueldo a la iglesia, a la que ellos pertenecían; ¿qué hacer?

Control había sido casi quien los había introducido, y ahora él se había convertido en el tío más ateo de los que he visto.

En la iglesia católica no digo que no haya ateos, que los hay, entre ellos, sin ir más lejos, mis hermanas. Pine incluso, un día me echó un sermón de las riquezas del Papa. Sinceramente no recuerdo ahora cual fue mi respuesta, pero sí me acuerdo que la dejé callada.

Observarán que es fácil meterse conmigo, todos los hacen, así que si tienes ganas de criticarme por estas letras, estás lector (y perdona que hoy otra vez te tutee tan indiscretamente), en tu perfecto y sano derecho. Recuerda que incluso he estado loco, por lo que si quieres esto que ahora lees, podrás decir que es el resultado de un esquizoide, sí, estarás en tu pleno derecho, a pesar de que mi odiado psiquiatra dice, afortunadamente, lo contrario.

Pero no me gusta meterme en esto pues son varios los artistas que han terminado mal, y no quiero, estar entre ellos, ni ser pájaro de mal agüero.

Después del brote, me pasó una cosa curiosa, ya no podía dar consejos, mi moral no me lo permitía; no podía decir a los demás que siguieran mi estilo de vida, el que no me había ido nada bien; mi vida, no conducía a nada sino al fracaso. Yo, que tanto me ponía de ejemplo frente a los demás, a qué había llegado, a la demencia, sí, a la locura. Tampoco podía hablar de mi experiencia con Cristo, pues seguro que todos me considerarían más loco aún, y me juego que el que me oyera, diría: “pero éste que dice, si no ha hecho sino disparates toda su vida”.

Muchas veces lo he pensado, y de joven con quién peor me he portado ha sido con Conchi, la rubia con la que me desvirgué. Si a alguien le hice daño fue a ella; en principio estaba enamorado de ella, pero mis relaciones sexuales, no eran tan satisfactorias como yo pensaba que debían ser. Me llevé una gran frustración. Pero quién me dice a mi que ella no se la llevó también.

No puedo saber si era virgen cuando se acostó conmigo. Nunca me lo dijo, yo no lo creo, pues me pareció de experta que ella nada más empezar el coito, me hiciera una mamada.

Tenía un olor en su boca y cuerpo muy característico, nunca lo he vuelto a notar ni oler.

Llegó el gran día, la boda de Benedicto y Dafne. Me dijeron que de ir a la celebración de su boda, les llamase antes y les avisase.

e-libro.net

Me hice de rogar, aunque no porque quisiera, no, era porque mi cerebro, donde ya pensaba que estaba Dios, me decía cómo Celeste iría conmigo a la boda, y, ¿qué de una boda sale otra?, pues esa sería la mía.

Estaba seguro de que ella iba a ir, incluso, que me iba a llamar a mi casa, para pedirme de corazón que la llevara conmigo; o quizás se lo pediría yo a ella, que eso no lo recuerdo exactamente. Tengan presente que yo no le había dicho que iba a ir a una boda, en todo caso se lo había comunicado telepáticamente.

Iba de chaqueta y corbata, de tal guisa estaba, cuando me puse en el pasillo, a esperar a que me llamara; mi madre estaba llamando por teléfono, y le quise dar prisa, pero me pareció un poco pretencioso. Estaba seguro de que llamaría.

Era la hora de salir y ella no llamaba: “Dios mío, ¿me llamará?”, “Sí”, pensaba continuamente.

En vista de que se acercaba la hora de la boda y yo seguía en mi casa, opté por llamar a un taxi por teléfono.

Cuando me llevó a la Iglesia de Santo Domingo, al llegar, estaba seguro de que ella iba a aparecer por allí. Pensé, que aún estaba a tiempo de pedirle a Dafne si podíamos ir ella y yo. Me sentía totalmente enamorado y dependiente de Celeste, a quien le iba a hacer muy feliz, y cómo no, ella a mí también. Pocas veces había deseado compartir mi vida con una chica de esa manera. Era una obsesión.

Allí me vi a Leo el de La Laguna, ¿recuerdan?, pues lo primero que me dijo fue:

—Hasta que cumpla treinta años, no pienso sentar la cabeza.

Efectivamente, estaba sentando en el suelo, a la entrada de la iglesia.

Dafne se retrasó una eternidad, dejó esperando más de media hora a Benedicto. Estaba guapa, a pesar de lo bajita que era; Benedicto también lo es, así que por eso no iban a pelear.

A la boda fueron C... y su esposa. Me hizo gracia la falta de costumbre de ellos de ir a la iglesia, en la que estuvieron en los primeros bancos, y se pusieron de pie, y de allí no se movieron, se quedaron como estatuas. No puedo explicarme, si no se conocen el ritual religioso, tal y como a mí me ocurre, por qué se sentaron tan adelante; seguro que para que les vieran.

A la salida les saludé, a él le di la mano, a ella le iba a dar la mano y un beso, pero ella enseguida me atrajo hacía sí, y me dio un beso. De esa gente, según veo ahora, si se pude decir que tienen más dinero que estiércol.

Seguía pensando que Celeste iba a llegar, o si no, que iría a la celebración, y allí me sorprendería, e iría guapísima, en su estilo marchoso, pero algo imponente.

Le tuve que preguntar a Herse, la hermana de la novia, que le dijera a Dafne, si podía ir a la celebración, que perdonara por decírselo a última hora. Al final me dijo que sí.

Menos mal, pues si no lo iba a pasar realmente mal, sin saber adónde ir, y sin ganas de irme a mi casa, tan trajeado como iba.

El matrimonio de nuestros antiguos jefes no fueron a la celebración, quizás porque se consideraban demasiado importantes para nosotros. O vayan ustedes a saber el por qué.

Subí con Bartolomé y su mujer, no como siempre con Tomás y Herse, pues Tomás era el padrino, quien les llevaría primero a sacarse fotos, y después para arriba.

Cuando llegamos a las Grutas de Artiles, en principio había un tapeo, un tanto escaso, pero bueno.

Luego copas, esas todas las que se quisiera; yo me propuse no abusar del alcohol, y empecé con refrescos. Allí vi a la hermana de Carlos Martel y a su marido, Joaquín, el que fuera director del colegio mayor; es un poco fantasma, y va siempre muy trajeado. Incluso de chaqueta y corbata le he visto coger la guagua.

Allí algo hablamos, aunque yo no sabía ni de qué, ni con quién hacerlo. No perdía la esperanza de que fuera Celeste.

Después, cuando llegaron los novios, entramos todos a una de las grutas, donde los farmacéuticos y la hermana de Martel y su esposo, tenían una mesa reservada.

Comí, y creo que todos, poco, y muchos, entre ellos Octavio, bebieron abundante vino; yo no lo probé.

Estaba allí la tuna de farmacia. A unos cuantos les conocía, de mi época de estudiante.

A uno de ellos le pregunté:

—Y, ¿no tienes ganas de acabar?

—No, no, que va –me contestó.

Era una de las caras más conocidas de los de mi época. No se le veía la cara muy estropeada como sería de esperar, al llevar tan mala vida. Debe ser que su familia tendría dinero, pues la mía no me imagino que me podría estar pagando tantos años la carrera; ya fue mucho lo que me pagaron como para seguir haciéndolo sin motivo,

e-libro.net

sólo porque yo no quisiera estudiar, y me gustaran más la juergas que las obligaciones; al menos a mí no me vale; he estado en torbellinos, ya lo sé, pero, no, no son justificables, nada justifica el que uno se vaya por ahí de juerga continua, eso es debilidad de carácter, que es lo que a mí me ocurría, y no querer plantar cara a los problemas.

Ese tuno, tenía unos buenos zapatos, muy buenos; una de dos, o se los compró con lo que sacaba con la tuna, o se los compró su familia, o su novia, que todo es posible, si es que tenía una sola o varias.

Los tunos, lógicamente iban de negro absoluto, salvo los puños y demás partes adornadas. Eran casi todos los tunos conocidos de vista. ¿Serán todos los tunos tunantes?, está claro que aunque no todos, sí muchos.

Me fijé como Martel, hija o hermana, según se mire, terminó de comer y colocó los cubiertos, como nunca los había visto; fue una lección que quise conservar, aunque ya ven, ya no recuerdo cómo los puso.

Aquella, la nuestra, por lo que parece era la mesa de los "poderosos"; yo estaba parado, como siempre, daba la nota. De todas formas en mi aspecto exterior, no me diferenciaba gran cosa de los demás, claro está los demás mantenían una casa, cosa que yo no hacía. Algunos incluso, ya tenían chiquillos.

Continuaba pensando que Celeste iba a ir allí, y se me presentaría; poco a poco fui desengañándome: "pues no, parece que aquí no va a venir".

Le dije al oído a Bartolomé: "Me gusta el mundo que estás formando", era realmente el más familiar, el más humano, de todas las parejas al menos a mí así me lo parecía.

Tomi, cosa rara en él, se había emborrachado, de la alegría de ser él el padrino.

Después nos fuimos Octavio, Tomi y yo, a la barra a beber copas, ya no recuerdo, si entonces me tomé un güisqui o no. Creo que algo, poco, bebí. Aunque mantenía el tipo, y no me emborraché, me sentía infinitamente triste.

Leo, no había parado de hacer el ridículo, bailando muy desgarbadamente, parecía un contorsionista malo. Tenía una camisa y una corbata, aunque sin chaqueta. Lógicamente estaba borracho, y casi al borde de caerse. Era la oveja negra de la familia. Saben que era el primo de Benedicto.

Quizás en la parte de los Fijoleis, por parte de mi tío Manolo, el hermano de mi padre, haya alguna oveja negra, si no lo era él mismo, pero no tengo muchas noticias de ellos. No digo ya que estudien o no, pues en mi familia hay varios que no lo han hecho, y que seguro que son más decentes que yo, no lo dudo.

Mi hermano Jose, no quiso estudiar, aunque él le echa la culpa de ello a mi madre. La pobre carga con las frustraciones de todos.

Leo, parecía, y aunque tenía estudios de A.T.S. (Ayudante Técnico Sanitario), como si no tuviera nada dentro, bueno sí, mucho alcohol.

Tomi y Octavio se reían de mí, y me decían de bromas:

—Venga, ataca, que va a por ti.

Ellos ya sabían que él me había pegado indirectas para ser su amante.

En mi casa, ya Piluca, se quedaba fines de semana y otros días en la de Chiew.

Pasó una de las veces, una chica jovencita pero muy bella delante mía. Los dos nos quedamos mirándonos un momento, ella iba al baño, me gustó, y hubo un momento en que se encendió en mí una llama, ya que Celeste no venía, "quizá sea ella mi chica", deseé; fue un instante cautivador. Me da que yo también le causé buena impresión. De todas maneras se quedó tan sólo en eso, una sensación impactante y bonita. No la vi salir del baño, es posible que diera un rodeo para evitarme, pues de seguro que tenía otro chico que le atraía más que yo. A Paqui no recuerdo verla, aunque lógicamente estaba, hay que ver, hubo tiempos en los que ella y yo conectábamos, aunque ahora no, nos faltaba la chispa, o quizás fuera porque ella no quería, pues tenía un marido y dos hijos. No es plan el ir coqueteando por ahí con todos, teniendo una familia que cuidar. No quería que ligara conmigo, sino un poco de calor humano, quizás ella no lo mirara así.

Octavio es el de constitución más delgada de todos nosotros, a pesar de ello, se le nota algo más inflado, no puedo decir que esté gordo, pues el más que ha engordado he sido yo, veinte kilos más, gracias al brote, y a la falta de gimnasia. Me salva, según me dicen algunos, el que soy alto. Aún así, veinte kilos es difícil de ocultar, por muy alto que uno sea.

En resumen, ni en los sitios donde es lícito divertirse, tal y como son las bodas, me divierto.

Creo que mejor lo pasaba en otros sitios, con mis amigos como el Lu y Control. No discuto, que no fuera un poco por complejos, al verles a todos trabajando y bien situados. Yo, sí, licenciado, pero fui el que menos beneficios sacó de ello; o quizás me sirvió para no querer más la vida que llevaba. Desde luego, con las juergas me

e-libro.net

divertiría una o dos veces, como máximo, en las otras ocasiones bebía porque estaba amargado. Ya lo he dicho, no es nada nuevo.

Seguí pensando, aunque ya no lo tenía tan claro, el ver la política, y el estar al día, con el motivo de dominar a todos los demás. ¿Qué es eso, sino una ambición desmedida, y odio y más odio?

No sabía que el subir no es por poder y demás, sino por ansias de servir, al menos eso es lo que dicen todos los manuales al uso; no sólo ellos, sino también la Biblia, el libro más (iba a escribir cojonudo, pero no me parece procedente) increíble de los escritos, al menos, si se lee concentrado, en él se cuentan y cuentan historias y más historias sobre las distintas guerras, que han provocado tanto seguidores como detractores del Señor.

Terminó la boda, y antes de que eso ocurriera, se fueron Manolo Guerra y su novia, hoy ya su mujer, salieron de allí estando ella enfurecida, a pesar de ello, fue la boda que surgió de aquella, seis meses después se casarían.

Pero sigamos nosotros con nuestro rollo, después de allí en donde bebieron los que bebieron, hasta cansarse, me fui con dos tunos, Paqui y Octavio en su coche; fuimos hasta la casa de ellos, quizá, pues no me explico otra cosa, para que Octavio cagara, digo que eso, pues supongo que no tendrían a sus hijos allí, a esas horas de la noche, y después de haber pasado el día solos. Supongo que no sería para coger dinero. Nada dijeron del motivo de esa parada. Atrás íbamos algo estrechos, pues éramos bastantes.

Fuimos a una carpa, en el muelle, que estaba de moda. Entramos, después de que los tunos se perdieran, sabe Dios dónde. Al poco llegaron Tomi y Herse.

Les fui a buscar las copas para todos; creo que pagué yo, como ya iba siendo normal, que yo no lo veía, ni veo, tan normal, pero en fin, sigamos. Todavía seguía pensando en que Celeste iría allí. Me cansé de esperarla, y ya cansado me salí de aquel sitio. Octavio se ofreció a llevarme, pues el matrimonio se retiraba ya a su casa, aunque antes debían pasar por casa de su madre (vivían recuérdenlo por mi zona), que al poco vendería su casa, donde harían una residencia para ancianos. Algo muy loable, si no tuviera tan solo un motivo lucrativo, como es de sospechar.

Les dije que quería ir solo, dando un paseo, les extrañó mucho; no me gustaría que pensaran que era por ellos, no, era porque necesitaba olvidarme del desastroso día en que no había hecho otra cosa que esperar y esperar.

Una vez, no, unas cuantas veces, fui a buscarla a la farmacia, y le decía si quería ir a cenar conmigo, ella siempre me daba calabazas.

Otra vez, ella me vio entrar a la churrería, tras darme otra negativa. Estuvo después mucho tiempo esperando en su coche, por lo que me planteé: “O espera a alguien o me espera a mí”, pero como iba con el Lu, no le dije, pues me dio vergüenza que me viera tan atontado por esa mujer (esa jovencita), de salir a ver si me esperaba a mí, estaba seguro que él no se había dado cuenta.

Hoy sé que es seguro que me esperaba a mí, pues aunque ella llevaba a una niña a la Isleta, es de suponer que no la esperaría tanto todos los días. Aparte de eso, creo que se fue sola en su coche. Puede que me esperara para quedar conmigo y quitarme las ilusiones de una vez por todas.

Otro día, que llevaba unos pantalones azules y una camisa, muy moderna y que me había regalado Piluca, me las fui dando de hombre de mundo; llegué y le dije con voz en falsete (o como se llame):

—Hola Celeste.

Le di un beso, y enseguida me metí en el coche del Lu con Charlie, al que habíamos ido a buscar; era al principio de estar parado. Celeste estaba muy guapa, también toda de azul, y con una ropa ceñida que le marcaba todo su esbelto cuerpo.

El hogar familiar, lo rompió mi padre por el alcohol; el mío con Águeda, quizás yo con mis abusos también con el alcohol; ahora, también parecía que iba a romper el de mi madre: “¡Dios no lo permitas!”, parecía que decíamos todos. No digo de Jose, pues él también bebía y sigue bebiendo; él está seguro de que es el super, cosa frecuente en los alcohólicos cuando están bebidos; no digo que mi hermano beba todos los días, pero sí un mínimo de dos días a la semana. Eso como mínimo.

Intenté, Dios lo sabe bien, hacerlo lo mejor que supe con Águeda, pero fracasé; no tenía ningún patrón referente en el que basarme, solo mis abuelos maternos, que por lo visto no eran suficientes.

También fracasé con Totó. Estas dos fueron las primeras con las que más seriamente me planteé el futuro, el futuro junto a ellas se entiende, pues siempre me estoy planteando el futuro, a pesar de que no me gusta pensar en él.

e-libro.net

Saben ya, cómo mi madre no creía en la justicia; yo tampoco, al menos si no en la justicia de los jueces, no en lo justo de la vida; yo que tanto y tan desesperadamente había luchado por mi carrera, ahora estaba parado; qué hice para merecerme eso.

No me llamaban de ningún sitio; así que decidí pedir a ver si acertaba y me dejaban hacer el curso de postgrado de ortopedia en el Colegio de Farmacéuticos de Valencia, en colaboración con la Universidad valenciana, más concretamente nuestra facultad; no tenía muchas esperanzas. Al final: alehop, me aceptaron: "Cojonudo, ya me podía ir a Valencia el curso siguiente"; no eran muchas horas, a pesar de ser seis meses, consistían en jornadas intensivas durante una semana mañana y tarde de cada mes.

Sigamos aquí. Vivía con mi pobre madre y ella me aceptaba como era, un borrachín sin futuro. Me consta que ella rezaba para que dejara la mala vida; lo raro es que aún seguía pensando en un gran futuro, eso sí, sin trabajarlo mucho. Claro, me creía uno de los héroes de Heningway, alcohólicos muchos, al igual que él.

Una frase que me gusta de nuestra Constitución es la que dice: "El Rey reina pero no gobierna". Esta figura del rey, que averigüé ahora (ayer) me ha gustado más. Aunque sigo preguntándome, por qué unos nacen reyes y otros pobres diablos, que no encontramos trabajo por mas que lo intentamos; y trabajo digno como los que parecen ser los de ellos. Pero hasta que no sepa más del tema, intentaré no hablar; menos pringado para mí sería el pasar de ellos, el no meterme con ellos, el no mencionarlos; eso quizás sería lo más inteligente, pero es que parece que aquí nadie se plantea la figura del esa gente. Que no dudo que sean buena gente, pero que viven, y nunca mejor dicho, a cuerpo de rey.

Intentaré, si no es para alabar, no meterme más con esa familia; no doy mi palabra, pero sí dejo constancia de mis intenciones.

Un día, esperando a que se cumpliera el tiempo de irme a Valencia, me dijo mi madre de ir a hablar con un representante que ella conocía. Vivía él en Tomás Morales.

Allí fui en taxi, taxi que encontré de milagro, pues había un partido, importante por lo que parecía; digo importante, ya que no había nadie en las calles, como si fuera una huelga, o estuviéramos en estado de sitio.

Me extrañé por no ver a nadie, el taxista me lo explicó, pero es que no vi, más que a una mujer con niños chicos; el taxista también se fijó y dedujo que ahí había otra cliente.

Lanzado, me llevó a la casa del representante. Me bajé del taxi y pensé lo loca que estaba la gente, lo que hacían por un partido de fútbol.

Llamé a la casa en cuestión y la mujer me abrió la puerta. Subí y allí me atendieron. El marido, tenía unas cholas de dentro de casa, nuevas, al igual que unos calcetines marrones; bien supuse, que los tenía puestos para la ocasión.

Allí, él frente a la tele, y yo de lado a ella, nos pusimos a hablar; el representante me dijo que no, que su trabajo era muy sacrificado, que no me lo aconsejaba. También me dijo de lo estúpido que era José Juan, el encargado de C..., "Pues no soy el único que lo piensa", me reconforté.

Me contó no sé que cosa sobre una calculadora y unas cuentas que hacía él delante de ellos. En resumidas cuentas, hablamos del gremio; en teoría él me iba a dar unos consejos sobre farmacias, cuando al final vio que yo estaba más enterado que él en esos ardides.

Total, que me juego que casi ni se dio cuenta cómo era mi cara, de la forma en que me despachó, de tan absorto que estaba con la tele.

—Adiós, adiós, muchas gracias por todo…

No creo que ni que me invitara a café.

La vuelta fue más lenta, ya que había algo de gente en la calle.

Llegué a mi casa y me iba a ir al baño a defecar, cuando sonó el teléfono:

-¿Diga?

-¿Antonio?

-¡Oh!, Lu, ¿qué pasó?

—Mira que mi madre está muy mal en el "Pino", a ver si me puedes traer unos papeles...

Después de colgar, fui a evacuar, me tomé un cortado y fui a buscar los papeles. Se los llevé a la clínica. Cuando llegué, me vi a la madre inconsciente y con problemas respiratorios. En la misma habitación había una señora enferma, pero mucho mejor que ella. Le explicaba al Lu:

—Cuando usted está aquí, ella lo siente y se pone mejor.

No puedo afirmar si era cierto o sólo para darle ánimos a mi desafortunado amigo.

e-libro.net

Me dijo que me quedara con su madre en lo que iba a llevar a una vecina a la casa. Lo esperé, pues no me causaba ningún problema.

La otra enferma me dijo:

—Pero, ¿cómo se va este hombre, teniendo a la madre tan mal?; que coja la vecina un taxi o la guagua.

La vecina había dejado claro que ella tenía un coche, pero que no lo había traído.

Al verme solo, no se me ocurrió otra cosa que intentar aprender el funcionamiento del aparato de los electrodos para aplicarlos en el corazón, en caso de fallo cardíaco. La pobre mujer, doña Pino, estaba inconsciente; yo rezaba el Padrenuestro, aunque tenía la idea que al igual que las veces anteriores, de este se escapaba.

Regresó nuevamente el Lu, y me dijo:

—Me han estado llamando toda la noche, y yo por ahí, no me enteré de nada hasta esta tarde.

Enseguida supuse que había estado de juerga.

Vino también Guillermo, quién opinaba que la madre no saldría de esta. Una de las veces, salimos los tres al hall a fumar, estábamos los dos fumando cuando vinieron a buscar al Lu. Su madre acababa de morir.

"Y todo por el jodido cigarro", me dije yo para mí. "Por él no ha estado el Lu, en el último momento con su madre. Qué mierda de vida esta".

Yo no sabía qué hacer, así que en un apartado le dije un tenue:

—Lo siento.

Había que arreglar todo, desde hacer unos chanchullos con el médico para que le dejara enterrarla al día siguiente, como hasta ir a arreglar lo de la caja.

Un compañero del Lu, acostumbrado a estas cosas, fue diciendo todo lo que había que llevar, todos los papeles que eran necesarios entregar en la funeraria. Fuimos todos a la casa del Lu a buscarlos, después fuimos a la funeraria.

Allí el empleado nos dijo, que siendo quienes éramos, escogiéramos la caja que quisiéramos, que no había problema por el tipo de entierro acordado previamente. Eso hizo el Lu.

Tras entregar todos los papeles, se quedaba todo en orden.

Fuimos nuevamente al Pino, allí al momento llegaron los de la funeraria y arreglaron todo, dejándo todo lo referente al óbito solucionado.

Hicimos todas las llamadas a los amigos comunes, al día siguiente fueron todos. La cosa era pasar esa noche. Yo llamé a mi madre y le dije lo que pasaba y que me quedaba allí aquella noche.

Iba yo con pantalón de pinzas azul, y un niqui entre verde y azulado. Me sentía algo incómodo, hubiera preferido haber llevado una camisa de botones, más holgada de lo que me quedaba ese niqui.

Por supuesto que a Charlie no se lo dije; no quería empañar ese día con falsas amistades.

Estuvimos allí un rato; vino el jefe del Lu, un muchacho joven, de nuestra edad, pero más flaco que nosotros.

El Lu, y yo también, se lo agradecimos mucho, bueno yo no dije nada, aunque sí pensé que era todo un detallazo; a mí es que esas cosas me conmueven.

La cagué cuando fuimos al bar de la esquina a comer algo, pues después me tomé un güisqui con agua, su jefe se tomó otro con Seven Up, me recordó a Antonio G. y Octavio, por el refresco y por la marca del güisqui.

Enseguida me arrepentí de verme tomando un güisqui en una ocasión como aquélla. Ni Guillermo, ni el Lu, tomaron alcohol ninguno. Ellos sí se portaron adecuadamente.

Nos decidimos pues a pasar la noche.

Guillermo se había convertido en un inseparable del Lu; a mí, en vez de sentir celos, me caía muy bien. Tan solo me molestó una cosa del Lu, y es que me quitó una serie de discos que me había dado Salvador, alegando que eran suyos. Esto me dolió algo, pero más me dolió el que se los regalara a Guillermo, o sea que no los quería para él, sino para regalárselos a su amigote. Amigo que había conocido hacía muy poco, mientras que a mí, me conocía de toda la vida.

No se los había contado, pero lo hago ahora: el Lu, se había metido en unos negocios de la red de Amway, se ilusionó muchísimo, y mandó a comprar un montón de cajas de productos con la intención de venderlos, pues tenía la obligación de hacerlo; era uno de los requisitos del negocio.

Me llevó incluso a casa del jefe de su red; allí el pobre hombre, junto con su mujer intentaron explicarme en qué consistía el negocio; esto me hizo mucha gracia, pues la chispa que le faltaba a él era la que yo tenía.

e-libro.net

Me llevó el Lu a su casa, y me extrañó que hasta la hora de irnos, no nos invitara a nada, ni siquiera a café. Tan de secano no aguanto en una casa, y allí, y en otras aguantaría, por respeto a mi amigo, que tanto me quiso meter en sus asuntos, igual que todos los amigos que tengo; quizá en esto consiste la amistad, en un toma y daca de cada uno. Al final me fui de la casa de su amigo con la incertidumbre de si él llegaría a algo; se le veía animado, pero sólo eso, le faltaba mucho para llegar a Diamante y Rubí, que creo que algo de eso eran las categorías mayores del negocio. Era una red americana y no se basaban según parece en el típico sistema piramidal social como el nuestro; poco interés les puse pues ya no recuerdo como era su sistema; como en todo, necesitaban constancia. Su jefe se había enemistado con medio hospital, creo que por mucho que se desee una cosa no hay que ser así, hay que sembrar en todos lados, y no pisotear un lado, y el otro sembrarlo; bueno eso es lo que yo pienso, es mi humilde proceder, si es que realmente he procedido así, que ahora que lo pienso, probablemente no.

Control y su gran barriga, o la gran barriga de Control, es característica de él, y si se le dice:

—Fuerte barriga.

El contestaba:

—Mi dinerito me ha costado.

Con el tiempo, se vería cómo él tampoco estaba satisfecho con ella, que le resultaba incómoda. Con el tiempo se metería en un gimnasio, estando en éste, se vería como comía casi más.

El Lu que también tenía una gran barriga, se puso un año contentísimo porque aprendió a nadar, y empezó a perder el miedo al mar. La vez que fuimos con Tony al sur, vería como tenía un estilo nefasto, "¿Y eso es lo que sabes nadar?, pues está muy mal"; se ponía orgulloso de sus logros porque sabía estar a flote. Yo, que había sido nadador, no me enorgullecía de ello, todo lo contrario, me preocupaba porque de nadador no había llegado a nada.

Encima tenía una prima segunda por parte de mi madre que había sido nadadora a nivel, creo, que incluso internacional, a nivel nacional seguro.

Volvamos a la muerte de la madre del Lu: nos decidimos a pasar la noche en el tanatorio. Estábamos charlando cuando llegaron dos peninsulares, una le atraía al Lu, era ATS (ya me la había presentado otra vez, un día que fui a buscarlo a la clínica, me la presentó, y me contó que había empezado a estudiar farmacia pero en segundo lo dejó). La otra también era enfermera, pero tenía algo, un carisma especial, como todas aquellas personas que están fuera de sus hogares y ven todo nuevo y cómo se tienen que buscar la vida de nuevo. Total que lo que a mí me atrajo, también le atrajo a Guillermo, pero como todo era cuestión de sexo, no nos preocupamos.

Guillermo había estado saliendo anteriormente con otra peninsular, que según parece no se adaptaba a nuestra afortunada isla. Ella le llenó de pajaritos la cabeza al Lu, lo cierto es que parece que el Lu se encontraba mejor entre desarraigados, que entre gente amoldable, que no digo conformista, ojo.

Nos pasamos la noche con el cuerpo de la madre allí mismo, en una de las habitaciones del tanatorio, hablando y hablando, de sexo y más sexo; los que hablábamos éramos Guillermo y yo. El Lu, a veces se alejaba de nosotros y parecía que se iba a poner a llorar, se le congestionaba toda la cara. Yo entonces, optaba por no decirle nada, como dándole a entender que compartís su dolor. Guillermo, en cambio se ponía a hablarle y hablarle, lo que podría parecer más adecuado; lo mío, tenía peores resultados que lo de su amigo gallego, quien le sacaba de su ensimismamiento.

Guillermo había sido marinero, con lo que podrán observar cómo había recorrido mundo.

Se nos pasaron las horas de lo más rápido, de manera muy entretenida. El Lu se quedaba totalmente huérfano. Yo conservaba aún a mi madre, y no me imaginaba verme sin ella.

Cuando amaneció, Guillermo se despidió con la intención de ducharse y cambiarse. Yo quería dormir algo, y le dije al Lu que debíamos hacerlo. Sobre las nueve subimos a nuestras casas. Me desvestí y me puse el pijama con la intención de dormir un par de horas, diciéndole a mi madre que me despertara a las dos horas.

Me metí en la cama, y en eso me llama el Lu: que me preparase para ir con él para abajo. Pues nada, me duché y me puse un traje y la corbata negra con botellas de alcohol adornándola toda. Le causó mucha risa esta a Guillermo. Conocí por primera vez a Yayi, la que sería en breve su mujer. Muy guapa. También conocí a Beltrán, un licenciado en medicina que estaba en el servicio de urgencias. Muy majo.

Guillermo iba vestido de pasota total, con un pantalón corto una camiseta y gafas de sol; "Valiente pinta para ir a un entierro"; de todas maneras me hizo mucha gracia su forma de vestir. Llevaba la coleta hecha.

Empezaron a llegar nuestros amigos, los conocidos y gente del barrio; pues sí, consiguió llenar aquello bastante. Fue una suerte que sólo estuviera en ese centro su ya difunta madre. Vinieron todos los amigos

e-libro.net

nuestros, con el tiempo seríamos íntimos amigos; algunos ya lo eran. En definitiva, vino mucha más gente de la que yo esperaba. Al final entre los amigos le pusieron una corona; yo se la compré junto a Guillermo, cosa que de no ser así, le hubiera comprado una yo solo, pues la amistad que me unía al Lu era muy grande.

Creo que fui al cementerio en el coche del Lu, iban bastantes coches, en los que se compartieron todo el mogollón de gente.

Me hizo gracia la pinta de una chabolista, parecía una fulana barata, aunque no creo que lo fuese. Fue una de las primeras a la que le dieron casa. Recuerdo que un día me dijo:

-¡Esto es el infierno; para estar así, mejor es morirse!

Sabía que vivían en malas condiciones, en nefastas condiciones, pero no creí que fuera como para desear la muerte. Aunque en un chabola, esa chica, vivía en una de las mejores zonas, donde no había tanto tráfico (en esos momentos) de droga, sino que había más niños chicos.

Como es lógico, ayudé a llevar el féretro. Cuando lo íbamos a subir al nicho, el Lu me dio tal empujón, que casi me caigo escaleras abajo; afortunadamente todo se quedó en un susto. En el camino al nicho fue predicando un cura católico.

Mientras se enterraba, empezó la oración y la despedida un pastor evangelista. No el más inteligente de la congregación, sino su ayudante. A mí personalmente, me emocionó.

Después, nos fuimos el Lu (que también iba de chaqueta y corbata), a cambiarnos de ropa. Me puse un poco de “Cacharel”, pero según me dijo el Lu, cuando llegué a su casa, me sentaba el olor fatal. Se puso a decir:

—A qué huele, qué mal huele.

—Pues no sé si será mi colonia Lu —le contesté consternado.

Al final terminaría él poniéndosela y quedándose con ella.

Estábamos un grupo de amigos, entre vecinos, conocidos e íntimos, y dijimos de ir a tomarnos algo al Puerto. Fuimos al sitio que le gustaba al Lu, La Plazoleta Farray.

Estuvimos allí un rato charlando, luego fuimos a comprar botellas y frutos secos, con la intención de ir a comerlos a Melenara, a casa de un familiar de Tony. Fuimos a comprarlo a un 24 horas.

No salió muy barato. Al final el Lu se arrepintió de ir, hubo un pequeño problema con los coches pero todo se solucionó.

Allí nos pusimos a hablar y hablar. Yo era de los que llevaba la voz cantante. Quizás porque era el que les conocía a todos. Compramos demasiadas botellas, una de ginebra y otra de güisqui; el más bebedor de todos, ¿a qué no adivinan quién era?, efectivamente, yo. Me puse a hablar con el sobrino de Tony, el que al parecer es uno de los mejores estudiantes de su familia; había aprobado el COU con buenas notas, y ahora iba a la universidad.

Al Lu, antes de irse, le dije un par de veces de irnos por ahí de vacaciones, con la intención de que olvidara, él no quiso. Lo hice con la mejor de las intenciones. En parte me basé en lo que hizo Juancho cuando murió su padre, que se fue al extranjero, supongo que para olvidar. Le afectó mucho, pues se llevaba por lo que me han dicho, genial con su padre. Yo no fui a su entierro, pero le llamé un día por teléfono para darle el pésame. Es lo menos que pude haber hecho; sí, debía haber ido al entierro. Me porté mal, muy mal.

Al basarme en él, es por lo que le dije al Lu de viajar, a parte de que anteriormente ya tenía unas ganas locas de hacerlo.

Al final, las botellas de alcohol terminarían en mi casa, y eso que a mi madre no le gustaba nada que su casa fuera el centro de reunión de borrachines. Intuyo, como ya he mencionado, que rogaba por ello. A pesar de ser el que más bebía cada vez era más reacio a ello.

Según me habían dicho, D. Rafael, tenía un piso en Madrid, para cuando iba allí, que era por otro lado muy frecuente. Hoy no me extraña que tuviera una mantenida, según afirmaban las malas lenguas. De todas maneras es problema de él y de su familia.

Recuerdo que cuando Arturito me suspendió, me compré mi primer libro de ensayo de Julio Caro Baroja, “La cara, espejo del alma”, se imaginan ya para qué, pues sí, con el fin de putearlo, al hacerme un entendido en caras, en fisonomías, pues podía reírme de sus rasgos absurdos, sus mofletes coloraditos, como si fuera un magote. Que a saber si lo era o no. Aun no me lo he leído, y por supuesto se me han quitado las ganas de humillar al subnormal ese.

Todo esa rabia que tenía acumulada, dejó de tener sentido, al desarrollarse mi vida como se desarrolló.

e-libro.net

Al final, nos fuimos un vecino que es guardia jurado y el que esto escribe, a un bar a comernos un bocadillo; era un bar no muy frecuentado por mí; según me dijo él, solía ir mucho allí, pues hacían bocadillos muy buenos y muy baratos.

Me comí un "pepito" que no estaba nada mal, nada mal, si señor. Ahora que hago memoria, quizás fuera el bar donde el Lu cagó, y le entró la bajada de tensión cuando estábamos con Charlie, y le pasó eso al fumarnos un canuto. Pero ya todo eso era agua pasada.

A Guillermo después del entierro no lo vi más, seguro que se fue con su novia, mucho más llenita que él.

A Guillermo, pensando en que era como yo con Celeste, que con ella mis metas serían menores, le pregunté un día:

-¿Y si no salieras con Yayi, qué harías?

—Pues follarme a todas las canarias.

Me reí, aunque en ese momento algo me lo creí; si no a todas, sí a bastantes, pues llevaba un carrerón tal, que no era difícil dudarlo.

Hablaba con él, y siempre lo hacía de sexo, sí me gustaba, pero un día que sinceramente no estaba enfadado con él ni mucho menos le interrogué así:

—Pero, ¿y tú no sabes hablar de otra cosa que no sea sexo?

—Sí, pero entre amigos, no sé de qué se puede hablar mejor.

Le di ese corte sin querer cuando íbamos en el coche del Lu. Después de eso supongo que me llevarían a mi casa, y que posteriormente ellos me criticarían.

Una cosa rara que me ocurrió, fue que me llevaron a mí primero antes que a él; eso me mosqueó mucho, y pensé: "Seguro que se tienen que contar algún secreto, a mi me da igual", pero no, no me daba igual.

Sospechaba que el Lu se sinceraba más con Guillermo que conmigo, y eso que la Biblia dice que es mejor las amistades viejas que las nuevas, que son como los vinos, que mejoran con los años.

Esto tampoco lo he llevado siempre a la práctica.

Otra persona con la que siempre hablaba de sexo, era con Tony; él a veces iba a mi casa, no solía ir muy frecuentemente, pero si alguna que otra vez; cuando iba, nos pasábamos un par de horas hablando de sexo y más sexo.

Un buen día, me llevó a un amigo suyo, era extranjero, y por su pinta, no se le veía que nadara en la abundancia. Me dijo que estudiaba en la escuela oficial de idiomas; yo no le dije nada de que allí tenía a una hermana trabajando; no por nada, sino por simple prudencia. Llevaba consigo una película porno, creo que de Tony; el nombre de su amigo no lo recuerdo, pues ya no me lo trajo nunca más, por fortuna. No me terminó de llenar. Lo veía como un ser vacío, como si su cerebro no procesara ninguna información. Eso fue lo que me pareció, aunque quién sabe si me equivocaba.

Debo ser de los del típico tópico que dice: "si soy español, soy católico", y también, viceversa, aunque no sea tan tópico: "si soy católico, soy español". Bueno esto es coña.

Aunque Jesús era de izquierdas, leyendo a personajes que han hecho historia, aprende uno historia de ellos, y es así, como he visto el por qué algunos de la Iglesia se han hecho de derechas; ni más ni menos que porque la izquierda lucha contra ellos, los destruye, sí, los matan y aniquilan. La derecha sin embargo dicen que les hacen más caso. ¡Ojo!, no quiero aquí hacer propaganda barata, no, pues ya saben cuáles son mis tendencias ideológicas pero sí he de decir, que cuando está la derecha en el poder, según parece, y solo digo que me ha parecido, que lo que ocurra ahora, y en el futuro, solo Dios sabrá, parece pues, que es como más tranquilos viven todos los representantes del clero. Quizá incluso entren en un conformismo; no sé. Pero sí sé que es ahí donde deben destacar ciertos clérigos y denunciar las injusticias, si las hay, que se vean. Lo mismo podrán decir los clérigos de izquierdas, pero a favor de su postura.

Sigamos con este relato de la vida de un ciudadano cualquiera.

La noche del óbito, caí rendido, y los días siguientes ayudé al Lu a cambiar muebles de un sitio a otro. Pasó la cama de la madre a su cuarto, la suya la desarmó y la puso en otro cuarto en el que casi no cabía nada más. El ropero de la madre también lo pasamos a su antiguo dormitorio. Sus mesas de escritorio, un sofá y varias sillas, las pasamos al que había sido el cuarto de la madre.

En definitiva, el de la madre se hizo recibidor y cuarto de empolle, y el suyo, se quedó sólo como dormitorio.

e-libro.net

Intentó cambiar su vida, de tal forma que a veces ya ni servía café. Ahora era casi él quién mantenía a la familia, ya que su tío estaba dado de baja, más que dado de baja, retirado del servicio activo y sin cobrar ni un duro, pues hacía muchos años que estaba trabajando ilegalmente como barrendero, de los que iban con el camión por las noches recogiendo los contenedores de basura. En esa situación se veía el Lu.

Siempre pensé que el tío era el hermano de su madre, pero no, según me enteré hace poco, la tía era hermana de su padre.

A la muerte de su madre, empezó a arreglar todos los papeles traspasándolos a su nombre. La madre le había hecho el heredero de todo lo suyo, que ciertamente era bien poco: un casa terrera en muy malas condiciones, tal que el Lu, ya hablaba de comprarse otra, aunque le dio la tabarra por una casa de madera. Uno de estos prototipos lo fuimos a ver una vez por Tamaraceite, a mí me gustó, aunque antes lo consulté con mi tío y me dijo, que él ya había oído hablar de ellas, pero no se fiaba mucho.

Según nos dijeron los dueños, no hacían falta casi cimientos, aunque esa los tenía y de sobra, unos diez metros hacia abajo, según dijeron: todo un auténtico disparate.

Yo le acompañaba a estas locuras al Lu, pues tenía la sensación de que se encontraba solo. También fui con él a elegir una lápida, y a ponerle una frase de la Biblia.

En agosto, y sin que me hubieran llamado antes, empezaron a lloverme las ofertas de empleo. Todas eran de oficinas de farmacia, las rechacé, pues me iba a ir a hacer ortopedia a Valencia. A algunos ya se les veía el plumero, que no consentían que uno hiciera lo que creyese lo más acertado, sino que lo correcto era lo que ellos decían.

Por el INEM, me llamaron una vez, y tuve que ir a Arucas, a una farmacia en las afueras.

—Hola que hay, soy el farmacéutico que llamaste del INEM para trabajar.

-¡Ah!, buenas.

“Qué raro no me tutea, y eso que es más joven que yo”.

—Haga este cuestionario.

Lo hice enseguida, se lo di y lo leyó.

-¡Ah!, piensa hacer óptica.

—Sí, y ahora me voy a Valencia a hacer ortopedia.

—Entonces, ¿por qué no lo dijo?

Me callé por no decirle que no lo había preguntado.

-¿Me puedes sellar esto? —le pregunté mientras enseñaba la citación del INEM.

Me lo selló mal, de tal forma que cuando fui a ver al Lu, quien me llevó y esperó a que saliese en su coche, tuve que dar media vuelta hasta donde estaba el otro farmacéutico. En eso llegó su hermana, “¡uf!, un negocio familiar, qué mal me veo”.

La farmacia estaba patas arriba, pues iban a mudarse; yo seguro que era el que debía cargar con el peso de la mudanza. Estaba, antes de contratarme, ya dispuesto a sacarme el cuero. No, gracias.

Recuerdo como, sobre todo en la carrera, y más concretamente cuando salía de algún examen, o en vacaciones, o alguna vez, en definitiva, que no estaba estudiando, me decía: “¡Esto es una mierda!”, pero ¿no sería realmente yo el mierda?, pues no creo que todo se deba adjudicar al mundo mi inadaptabilidad. Ya estaba bien de echar las culpas a otro, y en estas ocasiones a la sociedad en general, ¿por qué no me metía en ella y adaptaba mi forma de ser a ella?; ahora que me dedico algo más al arte, veo que los “artistas” (si así me puedo llamar), no son más inadaptados que los tecnócratas; no digo casos concretos, sino en general (ya saben eso de: Hay de todo en la viña del Señor).

¿Estaba yo más inadaptado, o simplemente, estaba peor organizado?, con demasiado tiempo libre (falso tiempo libre, pues en esos momentos debía estar estudiando) que no sabía aprovechar, etc. ¿O quizás estoy tan programado que ya casi ni puedo pensar?, caso por otro lado falso, pues ahora dedico horas al día a este sano ejercicio, siempre que no sea en exceso.

Leonardo Da Vinci, decía que él no podía entender el arte como trabajo y trabajo, sino como concentración y observación, mirar los pros y los contras.

Sin embargo, luego leo que ha escrito cientos y cientos de escritos; esto supongo que no será el resultado de la reflexión, pues no le daría tiempo. Piensen solo que en este libro, que por cierto a todo el mundo le parece excesivamente largo, llevo por lo pronto casi tres años invertidos en él.

e-libro.net

Sé que Da Vinci, se pasó años y años para cada uno de sus cuadros, pero también es más cierto, que no se dedicó a ellos con exclusividad, sino a ratos, pero incluso en esos ratos, había momentos en los que no pintaba, sino que observaba y observaba, intentando encontrar la pincelada precisa y exacta.

Lo que de don Leonardo sé, es ton sólo por una novela histórica que habla sobre él (de la que les he hablado), y por un libro de aforismos suyos.

Después del entierro, no volvimos a hablar más de su madre. El Lu quiso cambiar todo lo que le recordaba a ella, hasta me dio medicinas de ella. Las cogí dándole las gracias, aunque sin comentar nada más.

Ya faltaba poco para irme, y como les había comentado, me habían entrado (desde hacía meses), unas ganas locas de viajar. El Lu no quiso. Quizá le daba miedo hacerlo, o quizás no quería ir conmigo, pues ya tenía una mala experiencia de cuando habíamos ido una vez al sur en donde me entraron unas diarreas terribles; yo sí me había dado cuenta, que la convivencia con él era sumamente difícil, había que hacer lo que él quería, y no sabía amoldarse a las circunstancias de que yo estaba malo, peor, fatal, del aparato digestivo. ¿No sabe él que si no me cuidaba podía llegar a morirme por deshidratación? Pero él venga a querer salir, y venga a salir. Quizás también le molestó que fueran mis hermanas, espero que no, pues amigos de él, que con el tiempo fueron míos, los llevó allí, como a Camacho, y después, sin yo poder, nos fuimos al chino a comer, todo por ir con ellos, pues malditas las ganas que tenía; así comí lo que comí.

Bueno, vamos a no cabrearnos con el desafortunado Lu, a quién ya ni padres adoptivos le quedaban.

Su padre de adopción, se dedicaba a vender lotería, y su madre era ama de casa. Sinceramente no me explico cómo pudieron adoptar un niño con tan pocos recursos y bienes. ¿Es que la justicia en esos días no miraba si los futuros padres podían hacerse cargo del niño o no?

Una de las primeras cosas que hizo el Lu, tras el fallecimiento, fue mirar en el registro de Tenerife quiénes eran sus auténticos padres; me lo enseñó aunque no les presté atención. Me dijo que no tenía ningún interés en conocerlos, ya que ellos tampoco se habían interesado por él.

Me da que esas cosas, que él decía con tanta indiferencia, tienen que doler, al menos eso creo. A mí, me hubiera dolido mucho.

También me dijo que para él, su auténtica madre era la que acababa de morir, cosa muy loable por su parte.

El Lu estaba garantizado de por vida, no sería rico, si no probaba fortuna en otro lado, pero como celador, siempre tendría un puesto de trabajo, ocurriera lo que ocurriera. Sus oposiciones, no había quién se las quitara.

Al igual que leí en Vikran Seth, él era el típico funcionario, que no creía que su trabajo pudiera ser mejorado, y que por tanto le estimulara, o sea que fuera un trabajo gratificante. Es más, llevaba muy poco tiempo allí, y ya estaba cansado de él.

Un compañero, aunque este sin oposiciones, Carlos Padrón Noble, estaba siempre en su casa, llorando por su mala suerte, y no es de extrañar, pues era tan negativo, que todo lo malo le venía a él.

Carlos no tenía el trabajo seguro; me narró que él había sido vendedor de electrodomésticos, que hubo una temporada en que todo le iba bien, viento en popa. Que durante esa época gastaba y gastaba sin cesar, pues pensaba que la suerte siempre le fuera favorable, con el tiempo, llegó a arruinarse de una forma deplorable. Ahora con sus cincuenta y pico años, estaba intentando abrirse camino como celador; se había presentado a las oposiciones y las había suspendido, aunque con una puntuación alta. También, como complemento se empezó a dedicar a la fotografía, cuyo maestro era el Lu. “Ay, Carlos a buen árbol te fuiste a arrimar”, quien entendía de fotografía menos que yo, y en la que me consideraba un profano, a pesar de haber estado dedicando tiempo a ésta durante varios años.

El Lu, como gran profesional que se creía, le estuvo poniendo faltas a todas las fotos que el pobre Carlos hacía; algunas de ellas eran bonitas, y algunas buenas; otras sin embargo eran malas, tanto de calidad como de estética.

Yo no podía hablar, ya que debido a las malas cámaras que usaba, la mitad me salían mal, pero Lu, no era tan buen entendido como para criticar negativamente tanto al pobre Carlos.

Carlos es de estatura media, muy delgado, con barba y bigotes entrecanos, el pelo lacio, no bobo, y castaño, tal que parece que se tiñe, lo cual asegura que no es cierto. Suele vestir como trabajador, aunque humilde. Bueno, si he de ser sincero, de mis amigos, quienes mejor vestimos, lo cual no significa que ganemos más, somos Control y un servidor; los otros, a saber por qué, lo cierto es que no visten nada bien. El Lu por ejemplo, tiene un gusto pésimo, pero no critiquemos en esto del vestir, que eso es muy relativo, pues hay gente con muchísimo dinero, que visten fatal, y gente, con muy poco dinero, que tal y como mi madre dice: “lucen el trapito”.

e-libro.net

Personalmente, cuando estoy dentro de mi casa, o por los alrededores, donde sólo están los de las chabolas, visto bastante mal, a pesar de que pudiera, a los que vienen a comprar droga, parecerles como que voy de etiqueta, bueno, no tanto, pues voy con pantalones todos raídos.

Mientras estuve parado, hacía vida nocturna, leía por las tardes y por las noches; cuando salíamos el Lu y yo, lo hacíamos también tarde, muy tarde. Al Pachá, íbamos bastante tarde, aunque solíamos ir a comer antes algo, o bien, tomarnos un par de copas en mi casa.

Igual que esto es cierto, no lo es menos eso de que a veces me pasaba durmiendo horas y horas sin parar, a veces casi dormía un día entero; auténtico disparate como podrán comprender. Otras veces, no dormía un día entero, pero sí medio, y esto no era nada, pero nada infrecuente. Como siempre, lo achacaba a la medicación, a pesar de que en ese tiempo, me la habían reducido la ampolla de Lenseren® hasta la mitad.

Previamente, había ido a ver al Dr. Henrik, para decirle que me iba a la península, para que me diera recetas del inyectable.

Al final, no me hicieron falta, ya que mi madre, previsora, me había comprado todas las inyecciones necesarias.

El Dr. Henrik me dijo que ahora al usar sólo medio, el otro lo podía meter en la nevera. Yo, por comodidad, por higiene, por que no lo pagaba y otros motivos, lo cierto es que las tiraba, me pinchaba el medio, y el otro lo tiraba a la basura.

Ahora, ya no iba al seguro a pincharme, sino que venía un practicante a mi casa. Lo llamaba por teléfono y él venía de su casa a la mía; con el tiempo, iría yo a la suya a que me pinchara. Me da que no le gustaba mucho que invadiera su intimidad.

Para ser practicante, vivía a cuerpo de rey, se lo había currado él solito. Según me había dicho el Lu, tenía tres trabajos, y encima iba a las casas a pinchar.

Por lo que me comentó, cuando empezó iba a pinchar a las chabolas. Eso no me hizo gracia, pues supuse que las condiciones de higiene no eran aceptables, aunque de él no puedo decir nada. Sabía que uno estaba también metido en trabajos de salud, y por ello, y porque estaba parado, me hacía un descuento grande en el pinchazo. Gracias mil. Cada visita costaba ochocientas pesetas y él me lo dejaba en quinientas. Pocas veces he consentido en que me hagan favores, y más que consentir, pocos son los que me los plantearon, pero cuando me los hacen lo agradezco.

También le dije al practicante que me iba a la península a estudiar, para que no creyera que me iba a la competencia.

No terminé de decirlo, pero vive en una buena zona, de duplex adosados, tiene como mínimo una moto y un coche; aunque me ha dicho, que no le gusta correr. Y yo, por qué no, le creo. De todas formas, alguna vez le vi vendado y era porque se había caído de la moto. A pesar de ello, no perdía la afición.

Otro tanto le pasaba a mi hermano, pero éste era un loco al volante; era un peligro para él, para sus acompañantes y para los otros. De hecho, un amigo suyo se lesionó, yendo con él de paquete en la moto; poco faltó para que los dos se mataran.

Siempre he estado rodeado de gente que le encantan los motores, a mí estos a pesar de que sobre ellos, algo he tenido que aprender, no me interesan gran cosa.

Vean como incluso teniendo el carnet de conducir, no había cogido ningún coche. Un día incluso, el Lu, después de tomarnos unas copas en la antigua Plaza de la Victoria, me dijo que fuera poniendo el coche en marcha. Yo lo puse, me resultó facilísimo, y como para terminar de clavar el clavo, lo aceleré; el Lu llegó y se me puso hecho una fiera, diciéndome que iba a romper tal y cual cosa.

Tenía claro, que iba a ser escritor, pues lo que me gustaba era leer y leer y si era posible literatura, y dentro de la literatura las novelas; con esa afición, se podrá comprender que quisiera ser novelista, que no cuentista (en el peor sentido de la palabra). No he querido vivir del cuento, aunque me enfurece ver a gente peor preparada que yo, y mejor situada, eso en la situación que me encontraba y me encuentro, no es difícil de ver.

No digo el que tengan o no más dinero que uno, pues por ejemplo, los que trafican en las chabolas, tienen más que yo, pero ni de coña ambiciono sus vidas, todo lo contrario, a veces, pocas, para ser sinceros, rezo por ellos. Cuando rezo, suelo hacerlo por mí, y en todo caso por mi familia; menos, mucho menos por los demás.

Mi cuñado Pepe, estaba quemadísimo de la política, y decía que quería cambiar de oficio; él estaba más que garantizado, pues tenía las oposiciones sacadas. Según parece, las sacó con facilidad, en la época en que era

e-libro.net

un ávido lector de todo, incluidas revistas y periódicos de todo, uno que le solía gustar era “Sal y Pimienta”, publicación que según he visto ha fracasado; y es raro, pues parecía en una época que tenía gran difusión.

Mis hermanas Pino y Maru, por fin estaban ya casi a punto de tener terminadas sus casas, y qué casas; mi intención era tener un duplex, por lo que me asombré al ver las pedazo de casas que se hicieron, bueno, que estarán pagando durante muchos años.

Como poco más arriba les mencioné, en agosto, me llamaron de unas cuantas farmacias para trabajar en ellas, afortunadamente, del paro sólo la de Arucas, pues si no tendría que ir pidiendo firmas a los farmacéuticos. Algunos, incluso, más que tú le hagas un favor y le saques las castañas del fuego, y después si te vi no me acuerdo, lo que pasa es que ellos se creen que te están haciendo un favor, de contratarte un mes, o mes y medio, cuando ellos se van a tostarse al sol.

No quiero hablar mal de los que me rodean aunque no lo consigo; tal es que parece, mas que otra cosa, que me estoy vengando; no, lo que quiero es decir que el actual tipo de empresas entendidas, como lo entiendo, frente al muy pequeño empresario que es el farmacéutico, salvo raras excepciones, las considero obsoletas.

El empleado se debería sentir a gusto, y no a disgusto y con miedo al jefe.

También intento con estas letrillas, de un insignificante canarión, es demostrar, cómo aquí no todo y no sólo, es sol y folleteo.

Me van a perdonar que use el ustedes, cuando el resto de mis queridos compatriotas usan el vosotros, tan típico en la Península Ibérica, pero es que en nuestro querido archipiélago no lo usamos, sino el ustedes, y es un alivio muchas veces, sobre todo cuando uno no sabe si tutear o tratar de usted a un grupo de personas. Ni de coña se usa el “vos” que creo que sea más típico de América Latina, por Mafalda lo digo.

Llegaba la hora de irme a Valencia, único curso al que conseguí optar, pues en los otros, me hacía falta currículum, que según parece el mío era absolutamente insuficiente, como esas notas de Galénica II: Insuficiente, o sea que por mucho que quiera, no llego al mínimo necesario para acceder a ello.

El tiempo y la distancia, dicen que hace mella en la memoria de uno, y si esta, por no recordar ciertas cosas a menudo, pasa esos datos a la memoria del recuerdo (o como se llame), pues menos recordaría uno las cosas.

No recuerdo quién me llevó al aeropuerto, si fui en taxi, o me llevó el Lu, sí, creo que fueron el Lu y Camacho a despedirme, fueron conmigo hasta donde les era permitido, o sea, hasta pasar el control de la Guardia Civil; por cierto profesión ésta que tenía el marido de Rociíto, la hija de Rocío Jurado; pareja que parecía afortunada, donde las haya; no es que ellos se hubieran buscado la fortuna, sino que se las ha dado su madre.

De allí me embarqué, pues íbamos con el tiempo bastante justo. Hay que ver qué amigos tengo, tan “acarajotaos” y aplatanados que parecen del campo, aunque en absoluto lo sean.

El viaje fue tranquilo, fui leyendo aunque no me acuerdo qué: la prensa, seguro, y después algún pequeño libro que llevara, o bien alguna revista que comprara en las tiendas especificadas dentro del aeropuerto.

No tengo grandes recuerdos de cómo fue el viaje, así que intuyo que fue bueno, pues lo malo, lo excepcional, lo recuerda uno de forma distinta, a pesar de que se diga que lo memoria es como un bálsamo, que borra lo malo, y deja los pensamientos positivos. Y así ha de ser, pero no me negarán que lo extraordinario, aunque sea negativo, también se queda grabado.

Hicimos una escala técnica en Málaga, larga, para el que iba por primera vez; del aeropuerto, sólo recuerdo la entrada y la salida de embarque, algún que otro pasillo, la cafetería y los baños.

En la cafetería pedí un cortado y un vaso de agua, y eso me lo largué con muchos cigarros, uno tras otro. Había que aprovechar el fumar todo lo que el cuerpo pidiera, pues hasta el siguiente aeropuerto, ya no se podría hacerlo.

No era mucho lo que había que estar sin fumar, pero no era cuestión de que entrara el mono, y hacer como algunos hacen, a pesar de estar prohibido, fumar en el baño del aparato volador, léase: avión.

No tuve que esperar mucho; la ida fue muy buena; iba vestido de forma cómoda, con vaqueros, una camisa y un jersey; no sé por qué, pero no acostumbro a llevar pantalones de pinzas en los viajes de avión y mucho menos en los de barcos.

A la llegada a Valencia, prisas para coger el equipaje, y para llegar a tiempo de coger un taxi a la salida, antes de que se los cogieran todos. Es muy fácil, o al menos así me lo parecía, orientarse en los aeropuertos; después de coger las maletas de las cintas transportadoras, están las salidas a la calle, muy cerquita. Y a la salida,

e-libro.net

siempre suelen haber taxis; los aeropuertos suelen estar a las afueras de las ciudades, pero no sumamente lejos, a buen precio de taxi.

Me senté delante, y ya allí observé como no tenía los asientos, disponibles para que la gente fuera delante; el por qué no lo llegue a preguntar.

La llegada a Valencia, no me impresionó mucho, pero sí me percaté como era mucho, mucho mayor que la ciudad, de donde venía; tal y como suele decir la gente: capital de provincias, para decirlo finamente, y no tratarnos de pueblerinos.

Por lo que me dijo mi primo Domingo, que había estudiado en esa capital, la población era de cuatrocientos mil, lo que me extrañó sobremanera, pues ¿qué, era más pequeña que mi ciudad natal? Me leí de todas maneras en el diccionario enciclopédico lo que ponía sobre Valencia capital, y allí me decía que era una ciudad de trabajadores, aunque no indicaba si artesanos o ejecutivos, que ambos y las escalas intermedias, son trabajadores. ¡Ojo!, que puede haber artesanos que son genios, que una cosa no quita la otra, pero no me refería a eso, sino si era una ciudad pobre o por el contrario, donde se movía mucho dinero. Sé que como en todo hay zonas y zonas, pero aquí, ¿cuál prevalecía más?, eso también supongo que sea por zonas. Vi como los habitantes eran como mínimo, cuatro veces superior a la capital isleña.

La pensión a la que iba, tenía un nombre relacionado con el fútbol, no en vano, pues al lado estaba el imponente estadio de fútbol; me impresionó lo grande del mismo, era como cemento y hormigón, casi sin estética, o no, con una estética ruda, brutal, casi asesina.

Pero bueno, vayamos a la pensión: cuando llegué y formalicé mi estancia, observé cómo sólo me habían reservado el alquiler por un día, es decir, el siguiente debía ocupar una doble, si quería quedarme en ella.

Quería disponer de tres o cuatro días para buscar con detenimiento dónde poder quedarme los seis meses que duraba el curso, (como verán no era ni siquiera un curso lectivo); el curso encima, no era todos los días, sino una semana mensual, mañana y tarde, pero con descanso para almorzar, vaya, como el horario o quizás un poco más amplio que el de una farmacia.

Pero sigamos, en la pensión dejé los bártulos, poniendo muy a mano las cosas de aseo personales y para dormir. La de la habitación doble, ya habrán supuesto cómo era mucho más cara. Como la finalidad primera de haber elegido esa pensión, era estar cerca de los pisos de estudiantes, eso hice, empezar a buscar un piso, barato y más estable que la pensión; afortunadamente en la misma pensión se podía comer, cosa que hice, a base de platos fríos; no tenía tampoco mucha hambre, pues había desayunando en mi casa, y en el avión. Comí, y esta vez sin alcohol, ya que debía conservar la calma y serenidad para buscar el alojamiento más adecuado. Esto que a otros no suponía ningún problema, para mí sí lo era, pues no estaba acostumbrado a hacerlo y las veces que lo hice, aceptaba la primera casa que me ofrecieran.

Empecé pues por contactar allí mismo; no se me ocurrió preguntarle entre los que trabajaban en el bar, que de seguro debían estar más informados que los clientes; fue con estos últimos a los que, mejor, al que, ataqué. Era un chico de aproximadamente mi edad, por su forma de vestir, deduje que era un licenciado de una carrera de letras, un hispanista de base, como dirían los políticos.

Estaba el ciudadano en cuestión tomándose una caña, le supuse trabajador de los alrededores. Como ven, supuse demasiadas cosas de una simple mirada. Efectivamente, el sujeto amigo al que me dirigió era un licenciado y trabajaba de profesor en la universidad. Le llamé por teléfono desde allí mismo, me dijo lo que costaba el piso, y lo que yo debía de pagar: “carísimo, y seguro que encima lo pago yo solito, alegando él, mi posible compañero de piso, que los dos pagábamos igual”. El precio era inaguantable.

—Ya te llamaré mañana —fue mi contestación al que pensaba que quería estafarme.

“Buscaré otra casa”. Por esa época no pensaba que lo barato a la larga salía caro, ni mucho menos, pensaba que lo barato, era barato, y ya está, sin más monsergas.

No me quedaba más remedio que acudir a las facultades, tal y como me había indicado mi primo.

Hacia ellas me dirigí; la primera a la que fui era una de letras; enseguida se notaba por la forma de vestir de los alumnos, todos muy de bohemios, algunos queriendo, y otros por necesidad, que de todo hay.

Me puse a buscar carteles por los pasillos. Había muchos carteles, algunos, muy sexistas estos, buscaban sólo a chicas. En definitiva muchos carteles, pero varios ya caducos, y otros no aconsejables, había algo en ellos que no inspiraban confianza.

Allí fue dónde por primera vez vi los carteles con el número de teléfono apuntado en el borde, y preparado para ser cortado del folio, o sea a modo de lengüetas. No me he explicado nada bien, pero me imagino

e-libro.net

que ya ustedes saben el mecanismo. No lo dibujo aquí pues sería muy difícil después de pasar al ordenador, al menos para mí sería enormemente complicado hacerlo.

Llamé a algunas direcciones desde un pasillo cercano al bar de la facultad, el griterío era terrible. Había pensado antes tomarme un cortado en la cafetería pero la cantidad de gente lo hacía poco recomendable. Desistí pues de intoxicarme un poquito, de forma económica.

Por fin veo uno, el que me pareció más tentador de entre los vistos, una residencia de estudiantes, llamo, pensando en que como mínimo será igual que el del Colegio Mayor San Agustín, donde tan bien lo pasé.

—Qué hay, buenas, llamaba por lo de la habitación vacía.

Me respondió Remedios, mujer para todo, contratada en la pensión por la encargada y jefa del negocio, que no del local; éste era alquilado. Me contestó ella, la chacha, diciéndome que la dueña no se encontraba en ese momento, que llamara más tarde.

Esperé un par de horas, aunque no allí, tanta juventud y tan revuelta, me daba miedo, auténtico pavor. Ya saben que siempre he llevado una vida muy solitaria, muy de estar con poca gente, eso sí, los amigos buenos y escogidos, a pesar de que tan mal suela hablar de ellos, generalmente cuando no cumplen esos requisitos; muchas veces ellos no se escuchan, y yo, por mi parte, no me leo.

Llamé esta vez, desde el bar de la pensión, sin saber si en el cuarto había o no teléfono.

Habrán visto, cómo no llamé a mi madre al llegar a Valencia, ni en la pensión; sé que le dije que la llamaría otro día, pero poco me costaba hacer una simple llamada. No lo pensé, a pesar de que las relaciones con mi madre habían mejorado mucho.

La dueña de la residencia, me diría que fuera por allí a verla. Nada más colgar tomé un taxi. Ya sabía el precio de la habitación y la comida, bastante cara ciertamente; el cuarto doble costaba sesenta mil pesetas, incluida limpieza de ropa, la comida era aparte, bastante cara también, aunque ahora mismo no me acuerdo.

Cogí un taxi que me llevara a la casa; al taxista le comenté el precio, le pareció caro, muy caro. Por el trayecto me indicó una pensión a la que podía ir, la calle era una gran avenida, pero cuando vi la pensión vi que era muy cutre; parecía que se estaba cayendo.

No podía quedarme a vivir en la pensión donde estaba pues cada noche costaba tres o tres mil quinientas, no lo recuerdo exactamente.

Me dirigía a la calle Cadirers, en la parte vieja. Era, y supongo que seguirá siendo, una calle poco transitada, en la parte antigua e la ciudad, una zona con mucha solera, pero que la mayoría de los taxistas desconocían. El taxi me dejó en una perpendicular a la calle, ésta formaba un arco de circunferencia.

Como bien me dio Dios a entender, llegué a la casa en cuestión. Era una casa muy vieja y enorme.

Subo al primer piso, y allí me sale al encuentro Lola, dueña del negocio; según me dijo, el inmueble era alquilado, se puso a decirme las características del edificio, y me contó varias cosas, tales como que el edificio era un palacete de sobre el siglo XVI, eso sí, reformado, y muy bien reformado que estaba; parecía todo nuevo, la cocina sí lo era; según me explicó Lola, era una obra de arte; no hacía falta que lo dijera, se veía perfectamente; allí estaba “Reme”, trabajando a base de duro. Me dijo quién había diseñado la cocina, pero ya no me acuerdo.

Se enteró que a mí me gustaba la literatura y fue el detonante para que la negociante se pusiera a hablar y hablar. Yo, callaba y escuchaba; me dije: “Estupendo, una mujer entendida”; según dijo, ella leía mucho, y eso parecía, al menos a mí me dejó anonadado, pues hablaba de un campo totalmente desconocido para mí. De novela negra, casi mayoritariamente habló. Yo oía embelesado, me dejaba llevar por ella. Era prácticamente un monólogo. Quizás no le dejaran hablar en su casa, porque no me dejó casi ni decir, mu. No obstante, me cayó bien, muy bien; tenía un aire vistiendo, entre seria e informal.

Me aconsejó un libro: “Rayuela” de Julio Cortázar, me dijo, y le dije:

—Lo llevo conmigo.

Me contó cosas de él bastante estrambóticas.

“Casualidades de la vida. Mira que sacar a relucir un libro que llevo conmigo, esto es coincidencia, y encima aconsejarme un libro que traía para leer”.

La tarde empezaba a declinar. ¡A que es una frase ya hecha!, pero aún así me parece la más adecuada para esta ocasión, pues eso era precisamente lo que ocurría.

Me enseñó lo que sería mi futura habitación, me gustó mucho, lo que no me gustó tanto es que fuera compartida; el chico, un jovenzuelo, con el que debía compartirla, todavía no había llegado. Estuvimos hablando

e-libro.net

en el comedor y en la cocina; me invitó a un café, del cual había siempre preparado en la cafetera eléctrica; en fin, no era de cafetera exprés, pero para la cantidad de gente que allí había, mejor era eso que los últimos.

Contento le dije:

—Mañana la llamo.

—Por favor, tutéame, no me hagas más vieja de lo que soy.

Esto me chocó algo, aunque en el fondo me gustó; no estaba acostumbrado a tantas familiaridades.

Antes de anochecer, o sea, al poco de estar allí, le dije si me podía indicar el camino hasta el estadio de fútbol; ella me lo dijo. Como me imaginé que se extrañaría de lo que tenía ganas de hacer le expliqué:

—Es que quiero darme un paseo por la ciudad antes de dormirme.

Lola, la verdad, es que me explico muy bien el camino, hasta llegar a mi hospedaje.

Salí pues, pletórico: "Estupendo, un poco caro, pero realmente fantástico, en buen sitio, limpio, y sobre todo la dueña es una intelectual".

Me despedí de ella con un beso en la mejilla; quizás le gustara a ella, pues la gente en las ciudades, cuanto más grandes, suelen ser un tanto frías y distantes.

Me puse a caminar y aunque me había dado unas indicaciones muy certeras, fui preguntando de vez en cuando a la gente por dónde quedaba mi destino; a veces, llegué a preguntar a gente que no era de allí, por supuesto, no a los que tenían pinta de "guiris", pero sí a los que parecían de aquella ciudad. Una señora me dijo que estaba de suerte, pues por allí cerca, y en ese momento, pasaba un autobús; yo no tenía ganas de coger guaguas, pero no se lo dije, la despedí con un: gracias, y seguí caminando.

Pasé por delante de una tienda de libros antiguos, eso parecía por fuera: "Interesante, muy interesante", mascullé. Estas nimiedades me llenaban de contento y emoción.

Iba satisfecho, cuando, ¡zas!, me doy de bruces con un edificio antiquísimo y enorme: el Banco de Valencia, iluminado a esas horas con luces que le daban el aspecto de un panal por todas sus ventanas; esta visión me produjo auténtico pavor, me estremecí de arriba a abajo. Hoy me lo explico, era aquello la fortaleza, el refugio de Valencia, los dineros de los valencianos iban, sin lugar a dudas a parar allí. Si aquello, que era la Meca del dinero de la comunidad, no iba a impresionar, máxime a un aldeano como yo, no sé entonces lo que me iba a impresionar. Apuré el paso, y desvié la mirada, lo iba dejando atrás, aunque tenía una sensación de pánico, inexplicable.

Aceleré la marcha, y hasta que no pasé y crucé los puentes del Turia, que me llevaban a mi cubil, no descansé.

El paseo duró menos de una hora, casi cuarenta y cinco minutos, más o menos, eso fue lo que calculé. Antes de irme a acostar, decidí cenar en el mismo bar. Eso hice, y como postre, para celebrar lo bueno del día, o sea casi todo, salvo la impresionante visión del banco, me tomé un güisqui; no tenían de la marca (muy mala ciertamente), que tomaba en esos días; el mío era un güisqui de batalla, como he podido ver después, pero entonces, yo pensaba que era bueno, de todas maneras no lo tenían allí, así que bebí uno bastante malo, no era el nacional, pero casi lo parecía. No son todos los lugares de la ciudad aptos para tomarse una copa, y no hice caso a eso de "allí donde fueres, haz lo que vieres".

Mi inexperiencia era muy grande.

El güisqui me lo tomé como siempre con agua con gas, pensando en el agüita de Firgas de mi tierra, pero el agua allí era de mejor calidad, y mucho más carbonatada; aparte de eso, tenía un sabor muy característico y muy rico cuando se tomaba sola, pero con la copa sabía bastante raro. El agua, si no me equivoco, procedía de Cataluña, y en Las Palmas se vendía en farmacias como aguas medicinales; hasta hace poco seguía así; recuerdo, cómo mi padre siempre tenía una caja de botellas de este agua Vichy para la venta.

Recuerdo y esto me lo trajo a la memoria, el viejo y sucio vaso de mi padre, en el que se tomaba el güisqui, güisqui que él no se servía sino que llamaba a Rodri para que se lo sirviera, quizás intentando con ello humillar a Braulio, quién durante tanto tiempo había sido su empleado de confianza. En ese tiempo, Rodri, más maleable, tal vez mejor decir, mas corruptible, era su empleado favorito. A mí, sinceramente, no me terminaba de llenar.

La copa me la tomé con agua con gas y sin gas, de las dos. Cuando la acabé, decidí irme a la cama.

Subí a mi cuarto, con la intención de defecar y cepillarme los dientes, tras ponerme el pijama.

Después, ya acomodado en la cama, me dispuse a leer, estaba alterado por el color de habitación, rosado. Supuse que era un color relajante, aunque en mí produjo justo el efecto contrario.

e-libro.net

El viaje a Valencia, tenía varios motivos: uno el de cambiar de aires, superarme y adquirir nuevas experiencias, otro, alejarme de Celeste y olvidarla, otro adquirir nuevos conocimientos y con ello de paso aumentar mi currículum; producir, si no para el bien social, pues más que para el bien social siempre lo había hecho para el bien de otros, para el mío propio.

Empecé a leer un libro de Noah Gordon, "El diamante de Jesuralen", una de sus últimos best-sellers.

Como siempre cuando me iba a la cama, leía la Biblia, en esa época era durante un cuarto de hora más o menos, pero ese día leí más, algo más, necesitaba estar en comunicación con Dios; luego, para alejar los malos espíritus, me dediqué a rezar el Padre Nuestro, y cosa rara, en mitad de cada frase intercalaba otra, aludiendo a que saldría con Celeste, y por tanto, aunque esto no lo decía, me casaría con ella; todo eso con la vida tan casquivana que llevaba, aunque para ser sinceros más alegres de cascos eran las mujeres con las que me iba, que uno mismo. Bueno, no puedo negar que estaba hecho un degenerado, al menos en cuanto al sexo se refería.

Eso de rezar y estar convencido de que saldría con Celeste, me pasó durante bastante tiempo.

Así apagué la luz, y seguí rezando; estaba algo estresadillo, aunque al final, conseguí dormirme. Esto no ocurriría durante mucho tiempo, pues al poco me levanté bañado en un sudor frío, mientras me acordaba de las aterradoras luces del Banco de Valencia; fue algo que me siguió durante mucho tiempo. Me enteré que era el Banco de Valencia, por la revista del colegio de farmacéuticos de dicha comunidad. Recé y recé, pero en principio parecía que no había nada que hacer, o quizás, no seguro, gracias a esos rezos, no llegué volverme otra vez loco. Esta era precisamente una de las metas que me iba a imponer, a ver si era capaz de estar solo, vivir solo, y no caer en la esquizofrenia, si es que mi enfermedad (si es que esa aún existía) se podía llamar así.

Después de esa vez, ya no me desperté más hasta la mañana siguiente, en la que me aseé, con bastante alegría, e intentando recordar todo tal y como lo estaba viviendo, pues estaba casi seguro, que aquella experiencia sería digna de contarse.

Con las bolsas a cuestas, cogí un taxi para que me llevara a la residencia de estudiantes, tampoco sabía exactamente ese taxista dónde quedaba la calle, aunque sí la zona; yo no le podía servir de mucha ayuda.

Llegué y me acomodé en el cuarto; mi compañero de habitación, no había llegado todavía, se había ido a la casa de veraneo de sus padres; padres que lógicamente debían ser muy ricos, pues ellos eran y vivían en Alemania, y fíjense dónde tenían su residencia de veraneo; quizá no fueran tan ricos cómo los que van a veranear a Marbella, pero si algo aproximado.

Ese cuarto me pareció mejor, que en el que había pasado la noche, aunque pensé que para dos, no era muy grande, y sí algo caro; pagar sesenta mil pesetas mensuales por compartir un cuarto, no me parece nada barato; en definitiva, aquello me salía por cien mil pesetas mensuales, que multiplicado por los que allí vivían, sacaba Lola una buena tajada con aquello; ese no sería el único negocio de la familia; era sin duda gente de clase media, si no alta, si media.

Pregunté si la cena era igual al almuerzo, y estuvimos un tiempo sin ponernos de acuerdo, ya que allí, en Valencia, el almuerzo es el tapeo de media mañana, lo que aquí se llama el desayuno. Al final vi como realmente, la cena era caliente, al igual que el almuerzo.

El palacete en cuestión era grande, aunque la pensión, sólo ocupaba un piso; me puse a hacer tiempo hasta la hora de la comida, y vi como ésta era de calidad excelente como así debía de ser por el alto coste.

A medida que iba pasando el día e iba contactando con los residentes, llegué a la conclusión cómo todos los que allí vivían eran de gente bien, salvo uno, el más inteligente de todos, cuya familia era de las más humildes de allí.

Estaba asombrado, era la primera vez que me encontraba delante de tanto niño rico, y aún uno sabía si yo encajaba allí o no. "¿Pero y por qué no, pensaba para mí, quizá pueda encajar con esta clase de gente, no soy yo farmacéutico?". Sí soy farmacéutico sin farmacia, o si lo quieren más duro aún, en paro.

Bueno, si el chico era inteligente o no, lo deduje al hablar con los demás, quienes dijeron que sí, que lo era realmente, lo que sí vi, y me recordó a mí, era que era muy estudioso. "Bien por ti chaval" (me perdonarán mis compatriotas insulares que use esta palabra tan del estilo del peninsular, pero es que me ha salido del alma).

¡El nombre de dicho chaval!, Isidro. Sigue así, que llegarás lejos; habían transcurrido pocos meses y ya destacando en el colegio como muy inteligente. "Bien, parece que sí se podrá pasar bien aquí, eso al menos espero". Me pareció uno de las más bellas personas, aunque cada uno tenía una característica que lo hacía agradable. Procedía de un pueblo de esa comunidad.

e-libro.net

Era buena gente; uno de sus hobbies, había sido también mío aunque siendo yo mucho más joven que él: las artes marciales; según él, éstas le habían proporcionado un autodominio muy aconsejable para sus estudios.

Ese chico me recordó a mis buenos tiempo de estudiante, esto es, estudiando a todas horas y sin salir prácticamente para nada a la calle; lo que no le vi, era ir a clase.

De todos los allí presentes, el mayor de todos, sin contarme a mí, era un eterno estudiante de farmacia, quien no se preocupaba lo más mínimo por repetir tanto; al menos eso me dijo. Yo le creí, parecía un chico saludable, aunque según me dijo una vez:

—No, yo para mi cervecita al día, sí quiero tener.

También me comentó que aquella residencia le parecía cara, muy cara.

Ese futuro colega mío, me asombraba la tranquilidad con que se tomaba sus estudios. Según dijo se iba a presentar a un par de ellas en febrero, aunque aun no había empezado a prepararlas. Recuerdo como yo los de febrero, al principio los preparaba a partir de enero, después de las vacaciones de Navidad; a último ya empezaba a prepararlas desde que tuviera tiempo. El nombre de muchos de ellos no los recuerdo por lo que les llamaré por un nombre cualquiera, a este le llamaré Jeremías. A una catalana, muy apetitosa ciertamente, la llamaré Gertrudis, me atrajo desde el primer momento: fantástica, tenía un cuerpo de escándalo, encima era guapa, muy guapa. Nunca logré averiguar qué curso cursaba de periodismo, que era eso lo que estudiaba, aunque poco, o nada le vi estudiar.

"Reme" era la "confesora" de algunos estudiantes, sobre todo de una, la más gordita de aquella residencia; también parecía la menos inteligente, o quizás debiera decir la menos pícara.

Después de cenar, aquello se animó, y nos reunimos frente a mi cuarto, que a la vez era el cuarto o mejor, más indicado, sería decir el "pasillo de la tele".

La idea fue de Jeremías y consistía en medirse cada uno la cintura; a mí no me dijeron de medírmela, aunque saltaba a la vista que era la más grande y redonda de todas; me seguía el promotor de la distracción. Las mejores, las más flacas, eran Gertrudis y una amiga; tampoco me acuerdo del nombre de esta última; aunque podría bien pasar por un personaje secundario, sin grandes papeles en la vida; bueno, debería decir en mi vida, al menos hasta el momento, que el futuro sólo Dios lo conoce.

Así, con estas bromas iba transcurriendo la noche, cuando llegó la hora de irnos todos a la cama, lo hicimos casi todos, los doce o trece estudiantes (entre los que yo también me incluyo), que allí estábamos.

No era mi primer viaje, aunque tampoco me caracterizo porque sean numerosos mis viajes, de todas formas, ya allí no pasó nada digno de mención durante ese día. En la cama me puse a leer lo mismo que la noche anterior. Mi situación había variado ostensiblemente, aunque no por ello estaba más nervioso, todo lo contrario, parecía que estaba más equilibrado.

Quizá no esté tan acostumbrado a viajar como a cambiar de casa, cosa que me ha hecho adaptarme bastante a cada casa donde estoy, intentando sentirme a gusto en ella, aunque no encapricharme con ninguna; todo es frugal, hasta la vida; ¿cuánto estaremos nosotros aquí, cuál será nuestra impronta sobre ello?, nunca lo sabremos, como bien decía Terenci Moix: "La historia lo dirá".

El día siguiente pasó sin grandes acontecimientos, entre la charla y la lectura, o mejor decir entre la lectura y la charla. Nada ocurrió novedoso, a no ser unas atenciones inusuales de Lola hacia mi persona, quizás y sólo quizás porque no le cayera mal del todo; ella a mí tampoco; ella de todas formas tenía más motivos, y es que yo era un cliente de su negocio, si es que se puede llamarse así a aquello.

Allí, había tres líderes, al menos eso me pareció en aquel momento; lo raro es que esos líderes fueran todos varones; tal vez me equivocaba, y más que líderes fueran chulos; a saber.

Todos decían que Isidro era muy inteligente, mucho, pero también decían que estudiaba demasiado. Deducirán que allí casi nadie estudiaba; salvo un par de ellos, los líderes, el resto eran de humanidades, y digan lo que digan, estudiaban, y lo volví a corroborar en ese sitio, menos, mucho menos que algunos de ciencias. Lo siento por mi familia pero así era y seguirá siendo. No digo que para alcanzar la fama tengan que estudiar igual, no lo discuto, pero para la licenciatura, hay abismos, garrafales además.

Cuando llegó la tarde del sábado, me entraron unas ganas locas de salir. Había estado mucho tiempo en la calle, más de lo que era habitual en mí, pero no de copas, que es de lo que tenía ganas. Para ser sincero, de lo que tenía ganas era de acostarme con Gertrudis y en su defecto, con cualquier otra.

e-libro.net

Al atardecer, vino el novio de una de las jovencitas; había estudiado derecho, y traía comida para picar y vino; yo estaba comiendo muy a gusto, en una de las mesas del comedor, cuando veo que sacan chocolate. Enseguida me dije: "Venga hombre, ya se están haciendo los suaves; qué me jode esto", pero callé y no dije nada. Me pasaron el costo para que lo liara; me dije: "¿Es que estas generaciones, no pueden hacer nada sin drogas? Déjalos. Con lo bien que se estaba pasando con el buen vinito". Aún así, ya del alcohol también me estaba cansando.

Lo hice, y cuando me tocó la vez de fumarlo, tan sólo le di un par de caladas, con la mala fortuna que en ese momento pasaba Lola por allí, y no sabiendo cómo reaccionar, se lo pasé a mi compañero, al abogado; esto me di cuenta, cómo a Lola le extrañó bastante, más me extrañó a mi verla tomarse una cerveza de lata a morro, me chocó mucho, aunque, ya veía que Lola era bastante marchosilla.

Estaba reunida ella con unos amigos en la cocina, lugar al que fui a tomarme un café aunque luego no lo hice pues me dio vergüenza romper la intimidad de la dueña.

Poco después, y sin saber exactamente como vestirme pues no sabía ni cómo iban a ir vestidos los demás, ni a qué sitios me llevarían, me puse unos vaqueros beige, la camisa de seda verde, una corbata y una chaqueta. Cuando veo a los demás cómo salían, me cuestioné, "quizás voy demasiado elegante, pero vamos a ver dónde vamos a ir".

Efectivamente, iba muy elegante, los sitios a los que fuimos, no podían ser mas cutres. Abundaba lo que se llama: "la gente de la calle", varios con largas melenas, tanto ellas como ellos; no se distinguían ni por el pelo ni por la forma de vestir; quizás lo más fácil para hacerlo, era fijarse bien en los pechos, y en la cara, así las grises, por la barba era de varones, y las rosaditas de mujeres.

Me disgusté y pensé si allí no iba a haber gente de mi estilo. "Esto es raro, cómo es que siendo esta ciudad, más grande que la mía, no veo gente vestida como yo". Afortunadamente allí estuvimos poco, pero lo suficiente para cansarme del mal rollo de la piba que me atraía, la futura periodista.

Salimos de allí, y por el camino me ofrecieron chocolate, lo compré, pues era barato, y nunca sabía uno lo que podía pasar.

Estaba harto de tanto progresismo, cuando una estúpida me dice que van a ir a un bar, y les contesto:

—Ah, bien, vamos allá.

—No, pero voy a ir sólo con ella -señalando a Gertrudis- que le tengo que decir unas cosas.

Qué subnormales las dos, me estaban diciendo que yo sobraba. Pues nada, nada, me voy, quizá sea lo mejor. La noche no estaba mala, todo lo contrario, lo que estaba malo, decadente, era el ambiente.

Me fui a la residencia con otros estudiantes, por suerte ellos tenían la llave de la casa (yo también aunque aún no sabía cuáles eran para unas y cuáles para otras puertas), y sabían llegar exactamente a la casa; yo no.

Cuando entré me sentí algo vacío, "Hombre, aquí también me rechazan", sospeché.

Total, que comí un poco, me tomé un café y me fui al cuarto. En él, después de fumarme unos cuantos cigarros y leer algo, opté por dormirme.

Esta era la noche del sábado. El domingo pasó sin novedad. Éramos pocos en la residencia, y estábamos bastante a gusto. Yo no lo sabía, pero en el ambiente reinaba la incomodidad de lo del porro. No sabía qué era lo que pasaba.

Me había duchado sin problemas. Lo importante llegaba el lunes: debía ir a la Facultad de Farmacia, donde se inauguraba el curso de Ortopedia.

El día de la inauguración, me levanté temprano, el primero, para no tener problemas con la ducha. Sólo había dos duchas en toda la residencia, imagínense el follón cuando todos quisiéramos ducharnos a la vez.

Me bañé, y cosa rara en mí, fui a desayunar ya vestido pera encararme a un nuevo día:

—Buenos días.

—Buenos días —me contestaron todos los que estaban desayunando en la cocina.

Me tomé un ligero, como acostumbro, desayuno, y poco después, empecé con mis dosis de cafeína, cortas pero muy repetidamente.

La gordita íntima de Reme, iba a coger la guagua en el mismo sitio que yo, ella me fue indicando, por el trayecto, las distintas marcas que tenía que tener en cuenta hasta llegar a la parada. La distancia era larga, se dejaba atrás la parte antigua hasta llegar, a unas avenidas. Cogí la guagua, el bus, el autobús, el autocar, llámenlo como quieran, que al fin y a la postre, todo es lo mismo. Se iba incómodo, ya no me acordaba cómo era sentirse en

e-libro.net

un transporte de esos, lleno hasta los topes. Iban que no cabía nadie más, la mayoría eran estudiantes, mañaneros, madrugadores y parlanchines.

El campus estaba a las afueras, el nuevo, recuerden que el viejo estaba cerca del estadio.

Donde me dirigía era a Burjasot, a las afueras de Valencia capital. Allí llegué y pregunté por la parada en que me tenía que bajar, que era precisamente donde casi todos se bajaban. Ni siquiera un pequeño porcentaje de los que se bajaron iba a donde yo debía ir.

Iba con pantalón de pinzas y en jersey serio, pero no muy bonito; estaba lleno de rombos rojos sobre fondo gris.

Llegué de los primeros, a pesar de que tuve que recorrerme casi toda la facultad, antes de llegar donde se inauguraba el curso.

Entré en la cafetería a tomarme el café, y allí vi a unos cuantos que supuse licenciados, en bata; su inactividad o su indocta inmovilidad, me recordó a ciertos casos de La Laguna. No a todos como ya bien saben.

Después de esa mala impresión, y de recordarme uno de ellos a D. Luis Bravo, me dirigí a donde era la presentación. Allí había dos chicas con las que enseguida me relacioné, Lucía, la más jovencita, una recién licenciada, y María José, una mas madurita aunque podría ser a lo sumo cuarentona; ya estaba establecida, tenía su propia oficina de farmacia, “fuerte chollo compañera”.

Empezamos a decir boberías, pero ahí empezó una amistad que duraría hasta finalizado el curso.

La presentación era en un salón especial. Nos dieron unos auriculares que nos previnieron de que debíamos devolverlos. Se ve que hay mucho ladronzuelo barato por ahí.

El que inauguró el curso fue el Decano, jovencísimo. Empezaron las charlas con un eminente profesor francés, especialista en lo que nosotros íbamos a estudiar. Los auriculares eran para oír la charla por traducción simultánea, muy mala ciertamente. La que traducía era una chica que no sé por qué, supuse que era la secretaria del Decano.

Tanto el Decano como la eminencia francesa, iban con traje gris.

Yo estaba bastante nervioso.

Al poco rato fue el almuerzo (el desayuno, la hora del café y las pastas). Estaba ya todo incluido en el precio de la mátrícula.

Era en otra cafetería, y nos habían hecho un hueco en esta nueva. Allí era difícil hacerse con algo sólido y líquido, por lo que fui de los últimos en comer algo. Aproveché ese momento, para ir tanteando lo preparada que podía estar la gente, y cómo estaban de ímpetu para empezar el curso. Me dieron todos a excepción de Lucía una impresión deplorable.

Lucía era una gran ganadora, tendría veintitrés años y ya era licenciada y seguía estudiando a todo meter.

Cuando afortunadamente, digo afortunadamente, pues los siguientes conferenciantes eran bastante mediocres, dimos por concluida la inauguración del curso, y empezaba ya la constante de los estudios post-universitarios.

Estuve hablando al regreso en la guagua con Lucía; no le dije que la mayoría de los conferenciantes, salvo el decano y el francés, me parecían unas auténticos batatas. Pero así era.

Ella tampoco dijo nada.

Regresé con ella a la capital, pues María José ya tenía su vida más que hecha, por lo que meterme en ella, sería una intromisión, un verdadero desbarajuste.

Lucía me indicó la parada en la que tenía que bajar, y me despedí de ella hasta la tarde.

Almorcé y descansé, muy poquito. Me dije que lo más acertado sería pasar con ellas el curso. Así me lo planteé, y eso hice. Si me equivoqué o no, culpa mía fue, ustedes juzgarán.

Cuando ya me dispuse a tomar el café, último antes de regresar al colegio, le pregunté a Vicente, el marido de Lola, el camino más corto para llegar a éste. Él empezó a explicarme:

—Bueno, hay dos caminos, uno si quieres ir paseando y otro…

No le dejó terminar su impertinente mujer. Le salió al paso y le dejó callado. Al final, me dijo ella como llegar. Total que el pobre Vicente, bajó la cabeza y quedó como un auténtico calzonazos. Que por otro lado, seguro que es lo que era.

e-libro.net

Empezó propiamente dicho el curso. Lo más destacado intelectualmente hablando, fue el profesor, catedrático, de anatomía patológica de la facultad de medicina. Todo un fiera, se ayudaba para sus clases de diapositivas y transparencias; estaba a la última, según tuve ocasión de apreciar años después.

Antes de llegar, me tomé otro cortado en un bar próximo a la salida de mi residencia; caro, carísimo; ya se veía que aquella zona era de todo menos barata.

En el curso, y a consecuencia de que cada hora salía unos quince minutos fuera, a la entrada del antiguo colegio, muy antiguo y muy ilustre colegio, a fumar un par de cigarros, fue por lo que empecé a hablar con Luis, un valenciano natural y residente en Murcia. Me contó cómo él había hecho la carrera en aquella ciudad; nos contamos así por encima, cada uno su vida, él terminó antes, pues era más joven que yo. Ahora trabajaba en la farmacia que fue de su padre, ahora muerto, y de su madre, que seguía siendo la dueña, aunque él era el titular.

"Vaya, otro enchufado de la vida", pensé, aunque no le di la mayor importancia. Le conté lo ocurrido el sábado por la noche, y no le dio a eso mayor importancia.

Estaba a reventar, entre las clases y la comida, me sentía sofocado, lo cual no sería raro achacar en mi persona al estrés. Sí, realmente estaba tenso al enfrentarme ante tantas sensaciones nuevas.

Luis me informó cómo con él, debía venir una chica, que como no llegaba, le tuvo que firmar la "hoja de firmas", donde cada uno debía estampar la suya, para controlar la asistencia.

Era la primera vez que veía eso, seguro que no era un método nuevo, aunque sí lo era para mí. "Dios míos, cómo me he alejado de los centros académicos de enseñanza", recapitulé.

Enseguida, Luis, me contó cómo había sido educado en colegios de curas y cómo despotricaba de ellos. Yo no le dije, y si se lo dije no lo recuerdo, que yo estudié en centros privados y del estado, aunque ninguno de curas. No le dije tampoco que estaba harto de los malos enseñantes, pero que aunque pocos, hubo algunos grandes profesores, que se tomaban su trabajo en serio, aunque eran los menos. La mayoría, y eso lo sé ahora, con ir uno bien vestido, de trabajador, y hacerles un poco la pelota y seguirles el juego, tiene ya más que asegurado la asignatura con tan sólo estudiar un poquito. Esto desgraciadamente lo sé ahora, y aún así, sigo metiendo la pata. Pero continuemos.

Luis, vestía de vaqueros, y a veces creo que exageraba su acento murciano, que a mi me parecía de canarión. Es raro, que estando tan cerca Murcia de Valencia, sean tan diferentes a estos, en su forma de hablar.

Según parecía, íbamos a hacer buenas migas. No lo discuto. Charlamos cómo no, del sexo débil, aunque sobre relaciones sexuales, mas que nada.

Para ser el primer día, y tener tantas sensaciones nuevas, estaba ya más que bien.

De vuelta "al hogar", Lola me tenía reservada una reunión traicionera; yo desde luego, no me la esperaba.

Me llamó a un aparte, justo donde ellos tenían su vivienda, en el lado opuesto de donde yo me quedaba. Allí me hizo sentarme frente a su familia.

Lo que quería era que me buscara otra residencia, pues mi manera de tomarme la vida, difería mucho de su forma de entenderla.

-¿Me dan de tiempo hasta el viernes de esta semana, pues la tengo a tope con el curso?

Me concedieron ese favor. Eran unos traidores, y encima estaban cagados de miedo, pues se les notaba que no las tenían todas consigo. Yo, sin embargo, conservé toda mi sangre fría.

Salí de allí indignado, y me dirigí a donde estaban la mayoría de los estudiantes, o sea al comedor, donde reuní a los que pude y les dije, cómo aunque yo me fuera, allí se prohibía el uso y consumo de drogas (cosa que por otro lado me parecía muy bien). La estudiante de periodismo se dejó caer con un:

—Y yo que pensé que Lola también fumaba.

Yo también lo pensaba, sobre todo por su forma tan "progre" de vestir, que a veces rayaba en la pobreza, cosa que de ninguna forma era.

El marido de Lola, vestía mucho mejor que ella, siempre de corbata aunque no con chaqueta, sino con jersey de cuello en pico, predominantemente, al menos eso observé después del poco tiempo que estuve con ellos.

Cuando estaba empezando a terminar mi charla-arenga con los estudiantes, llegó Lola, como si se oliera algo, aunque no estaba confabulándome contra ella, todo lo contrario.

Ese día, por fin, ya casi más bien tarde, que no nunca, conocí a Alexander, el alemán, quien prácticamente acababa de cumplir la mayoría de edad. Me contó que había venido desde Alemania, sin casi conocerse las

e-libro.net

carreteras, y con el carnet recién sacado; el coche, aunque de segunda mano, también era nuevo, nuevo para él se sobreentiende. Me dijo cuánto le había costado, aunque a tantas precisiones numéricas uno no llega.

No parecía mal chico. Tantas sensaciones nuevas me costaron un par de horas digerirlas, compañero nuevo, curso nuevo, nuevas amistades, etc., etc., era demasiado para un solo día, eso junto al no sentirme solo en el cuarto, hizo que tuviera problemas con los gases, cosa por otro lado no muy extraña.

Como no podía hacer nada, me atiborré a fumar cigarros, uno tras otros, mientras, al menos eso parecía, Alexander se quedaba dormido. También intenté leer la Biblia. La tensión en la que me encontraba, hizo que no pudiera coger el sueño hasta la una o las dos (una hora menos para mis compatriotas isleños, aunque esto ahora no tiene importancia).

Mi compañero de cuarto, tenía que estudiar poco, muy poco, y encima, lo dejaba todo para última hora. Recuerdo que una vez me dijo si le hacía unos ejercicios; eso no me preocupaba gran cosa, por lo que se los hice sin más. Según parece, yo que tanto me lo daba de entendido en el lenguaje español, lo había hecho casi todo mal. No me lo expliqué, aunque eso sirvió para que no me preguntara más, sin yo tener que decírselo, o ponerle mala cara. Como ven, no hay mal que por bien no venga.

Al día siguiente no hubo ninguna novedad en el curso; el mejor seguía siendo el susodicho catedrático. Como el día se presentaba aburrido, acepté el tomarme una copa con Luis a la salida de clase; pensé, “una sola”, ya que tenía prisa por llegar al hogar puntualmente, a la hora de la cena.

Pero no fue una copa sólo, sino varias, al final terminé medio borracho, y me imagino que todos en la residencia se darían cuenta; bien empezaba, primero el peta, y ahora el alcohol. Llevaba otra vez un carrerón magnífico.

A Luis no le gustaba salir de copas el fin de semana, sino en medio de ésta, o sea, durante los días de trabajo; quizás porque fueran más y había menos gente.

Para los borrachos, cualquier día es bueno, como ven.

Lo que más me preocupaba ahora, eran mis problemas de meteorismo, agravados cada vez más, encima los calzoncillos estaban llenos de zurrapas, por lo que me daba vergüenza ponerlos a lavar. ¿Qué pensarían de mí?

Una noche, que no la primera, vi a Alexander que sangraba por la nariz. Le pregunté si se debía a la coca y me dijo que sí. Contesté diciéndole que tuviera cuidado.

Estaba seguro que el culpable de todo era el otro residente, el sueco, que estaba en España gracias a una beca de las mejores de Europa. Estudiaba medicina, y caía muy bien en la casa, salvo a mí, de quién pensaba que era un zorrito. Me contó una vez, que hasta ese momento, todo había sido muy duro, y que aquí según dijo éramos más teóricos que en su país, más práctico que el nuestro. Según me contó también allí le esperaba un profesor, ocurriera lo que ocurriera en España, en el que podía confiar. Afortunado él.

Veremos lo bien que le trata la vida, por lo pronto estaba muy bien considerado en la casa; Lola decía de él, que era muy inteligente, más que Alexander se podía entrever.

Si él era el que hacía esnifar coca a Alexander, le maldigo por corromper a un joven con tanto futuro.

Un servidor, con la finalidad de dar ejemplo a mi compañero, no hacía más que leer la Biblia. Siempre me preguntaba:

—Oye, ¿tu eres extranjero?

Sonreía y le contestaba que no, a pesar de vivir en unas pequeñas y lejanas islas. Sabía que sin un mapa sería difícil dárselo a entender, por lo que desistí de ello.

Alexander me pidió que dejáramos de fumar a partir de las once de la noche, en el cuarto, pues le hacía polvo; viendo su delicada constitución, lo comprendí y acepté. Me iba fuera a fumar y pensar, o quizás fuera mejor decir a pensar y fumar, pues de alguna manera debía digerir tal cantidad de acontecimientos nuevos.

Le preguntaba al Señor, si al final me quedaría allí, y Él me respondía que sí, por lo que me tranquilizaba algo.

Un día llamé al Lu, quien por no saber de qué hablar me preguntó:

-¿Y qué tiempo hace ahí?

Esto me molestó enormemente, ¿no éramos amigos de siempre, con bastante confianza como para que viniera a hablarme del tiempo?

—Bueno —le respondí.

Seguí hablando y hablando, hasta decirle como era una de las mejores, en cuanto a lujo se refería, casas en las que había estado.

e-libro.net

Yo, que era licenciado, de una carrera superior, no podría pagar la casa, si no fuera porque mi madre me enviaba cien mil pesetas mensuales. No puedo ni sospechar de dónde sacaba el dinero. Como siempre, hacía esfuerzos sobrehumanos para tenerme a cuerpo de rey. Y encima, la trataba siempre tan mal y tan despóticamente, al trancazo, vamos.

Llamé el fin de semana a mi madre y dije que la casa estaba inmejorable, lo que pagaba por ella, y le puse un poco al hilo de la situación. No le dije lo del porro para no inquietarla.

A mitad de semana, le pedí a Lola, si me daba de tiempo hasta el lunes para el fin de semana dedicarme a buscar piso, porque ahora no podía pues seguía liado con las clases. Ella estuvo de acuerdo. Yo no pensaba hacer tal, sino quedarme en su casa. Aquel sitio me gustaba, se respiraba lujo, aunque no la camaradería del colegio mayor en el que había estado anteriormente, nada en comparación.

Llegó el viernes, y había ideado irme de juerga ese día con la gente del curso, las cuales no quisieron alegando mil y un burdos inconvenientes. Me fui con mal sabor de boca, a la, llamémosla así, pensión.

Después de cenar, me tumbé un rato, pensé en dormir tan sólo dos horas; al final se quedó en menos, debido a la gran tensión que llevaba.

Había visto por allí mismo una pensión, que me dio de todo menos confianza, según me contaron allí había de todo, gitanos, ladrones, etc. Era de muy poco fiar; eso me parecía al ver sus ennegrecidas, en su día blancas, paredes. Ese mismo día, fui a cenar allí mismo, era algo deprimente y guarro; al final no comí nada.

Cuando me levanté de la siesta, fui al quiosco que había más cerca, donde compré los periódicos locales, con la intención de ir a cualquier sitio, menos a pensiones.

Tenía ideado meterme en un piso, no muy caro, y en el que yo fuera tan dueño de todo como los demás.

Llamé a unos cuantos, de los cuales algunos no cogían el teléfono, otros me daban largas, y en otros me salía el contestador.

Uno de ellos me contestó y quedé con él en ir a ver la casa. Era lejos, bastante lejos, en la periferia de la ciudad; no empezó a gustarme eso, pues calculaba que el taxi iba a salir un ojo de la cara, y encima, allí mismo estaba el cementerio, con sus típicas arboledas. Algo sinceramente macabro. Por cierto esto me recuerda, y me permitirán este pequeño inciso, que yo ambicionaba que me enterraran en un panteón; hoy sinceramente me da igual, una vez muerto, ya el cuerpo no sirve para nada, a no ser que lo donemos, cosa de la que no estoy muy seguro, por lo mal que acostumbran a tratar a los cuerpos, sobre todo los estudiantes de medicina, aunque si esto lo hiciera así, me imagino que seguramente no correría el riesgo de que me enterraran vivo, que es uno de mis grandes terrores. Sí, ya que no he hecho nada por la ciencia, quizá sea lo mejor, ceder mi cuerpo a ella, para que inexpertos y atolondrados jóvenes hagan auténticas barrabasadas conmigo. Esto lo corroboraría en este curso, pero no adelantemos acontecimientos.

Era una casa de pisos en mitad de un descampado. Eran casas del estado. Salí y allí me encontré lo que supuse y supongo constituía la unidad familiar, compuesta por dos niños y un recién nacido, su madre y su padre; él, cincuentón, ella cuarentona, los dos, tremendamente pobres. No se me había ocurrido hacer obras de caridad, no estaba suficientemente concienciado, ni ahora lo estoy, con los problemas del mundo. Digo que todavía no lo estoy, pues si no, estaría en el “Tercer Mundo”, ayudando al prójimo, que tan necesitados de socorro están.

La casa, me juego que todo ilegal, tenía hechas por el dueño, más habitaciones en el interior; había una ya acabada y ocupada, por un señor que según me dijeron pasaba mucho tiempo fuera. El cuarto era minúsculo, sin ventanas, ya se podrán imaginar lo que es hacer más habitaciones en casas de “Protección oficial”, las que de por sí son minúsculas.

El dueño, alcoholizado, sin duda, y al igual que yo en el paro, estaba haciendo, y digo haciendo, o sea aun sin terminar y sin encalar, es más, faltaban todavía varios bloques por poner, otro cuarto, robándole hueco a la ya de por sí pequeña cocina.

Algo deprimente, totalmente deprimente, hasta el punto, que incluso el palacete con sus inconvenientes me resultaba barato, y encima era un palacete, aunque de él sólo pudiera disponer de un cacho de habitación. Habitación desde la que se veía otro palacete, éste último en peores condiciones.

A Alexander le habían robado en el coche, se lo habían abierto y se llevaron el cassette. Lo tenía mal aparcado, por las inmediaciones de la casa. Los chorizos no respetan ni al extranjero, ni al residente. De eso puedo hablar un rato, pues desde mi ventana, aún, después de más de veinte años, se sigue, y cada vez más, viendo la flor y nata de la isla.

e-libro.net

Fuimos a la comisaría, y como siempre, fue todo un puro papeleo y “pasteleo”, seguro que ni le daban curso a la denuncia, y si eso ocurriese, sería cuando ya mi compañero estuviera en su tierra, y tomaría el hurto, como una anécdota más del choriceo español.

El cuarto en construcción, me parece que tenía una ventana, que daría a la cocina, sí, absolutamente deprimente.

Malamente cabría una cama. ¿Eran desgracias lo que me ocurría, o no era para tomarlo tan mal?; lo tomé como desgracias que no eran mal tomadas, que las aceptaba como venían. Ahora ya sabía, que me debía ir de la residencia, aunque según veía esto no era tan sencillo.

Salí recorriendo sin ningún placer la tapia del cementerio, sin saber a ciencia cierta por dónde irme, hacia donde estaban las luces más cercanas. Iba acelerado, y desmoralizado. Por cierto a la media hora más o menos de caminar, conseguí coger un taxi.

Ese día o hacía dos días, le había dado a Lola los calzoncillos todos cagados para que los lavara. Me daba auténtica vergüenza pero no podía acumular ya más ropa sucia. Los cogí donde se ponía toda la ropa, una vez ya limpia. Deseaba que no los hubiera visto, lo que muy difícil hubiera sido, pues quien lavaba era Lola; Reme no se metía en eso. La sirvienta venía de las afueras, y para llegar y volver, debía coger el tren; todo un tute, como verán.

Una cosa que me gustaba es que la cafetera estaba casi siempre hecha, para mí fenómeno, pues ya me había hecho un adicto a ellos, a los cortados se entiende.

Regresé otra vez a mi cuarto, sobre las diez de la noche, localicé a una mujer que tenía una casa con cuartos para compartir, no cada cuarto, que estos eran individuales. Quedé con ella y cogí otro taxi con el que me dirigí hacia la calle Mariola, me dejó en las inmediaciones, y me vi solo y sin saber hacia dónde ir. Empecé a preguntar a quienes me encontraba por la calle, al final di con la dueña, quien ya estaba pensando en marcharse, pues no eran horas de estar en la calle. La mujer en cuestión, también trabajaba en unas oficinas. Con el piso se sacaba un sobresueldo; me juego que del todo ilegal.

Una habitación, que no tendría ni cuatro metros cuadrados, salía veinte mil pesetas. Pensando en que no me cogiera de primo, era por lo que fui de esport, con vaqueros, una camisa gris y una chaqueta de tweed.

El cuarto no medía ni tres por dos, eso siendo optimista. No era aquello una maravilla, pero en vista de lo visto, era aconsejable cogerlo. La señora me resultó agradable, aunque no me fiaba. Sí me di cuenta como llamaba antes de entrar al piso, menos mal que no quería imprevistos.

El piso estaba hecho una auténtica guarrada, era de una hediondez absoluta. Según me enteraría más tarde, iba una chica a limpiarlo, aunque no se notaba, pudiera ser también por la humedad, o a saber qué era lo que tenía ese piso. Sí, era una capa bien gorda de mierda; encima le hacía falta una mano de pintura; en fin, “Antonio, no le busques los tres pies al gato”, recapacitaba.

El baño y el salón eran nefastos en cuanto a suciedad; los muebles no eran nuevos. Lo mejor: la cocina. Me extrañó una cosa en el inquilino que estaba en el salón viendo la tele, ¿no sería que posiblemente le faltaba una pierna?, no, era otro cosa. Irradiaba felicidad, sí, eso era.

Dijo la señora de levantar a uno de ellos, que trabajaba de obrero de la construcción, según me enteré más tarde; le quería levantar para que viera cuál era el cuarto que me iba a tocar cuando él se fuera, sin duda el mejor de todos.

-¿No será usted de mucha ropa? —me preguntó la dueña, aunque sin esperar respuesta.

No le respondí al ver que no lo esperaba, aunque pensaba decirle que no; cuando hoy lo pienso, debería decirle que sí, al compararme con los que por allí pasaron.

Ese día, me había llevado el marido de Lola a otra casa, también hecha residencia, y donde según observé, había una cama libre, un minúsculo cuarto hecho para dos; no me convencía lo más mínimo.

Allí vi al posible compañero mío, el que me dio aspecto de no ser muy limpio, con aquella barba y sus ropas de estudiante de humanidades, si es que a estos se les puede clasificar por su indumentaria. Nos sentamos en el salón, y el marido empezó a contarme sus batallitas, que por otro lado me interesaban sobremanera; me contó cómo él hacía tiempo era poeta de los que publicaban, luego se dedicó a la literatura, aunque con ella sólo publicó un libro. Esto me interesaba grandemente, y así se lo di a entender. Él se liberó al contarme eso. Dijo que si quería me podía quedar allí, que en febrero se quedaría libre una habitación, la que ocupaba una chica. Según dijo, allí también iba una señora a hacer la comida y a lavar la ropa. Supongo que también limpiaría, aunque sobre eso nada mencionó.

e-libro.net

Hablando, me contó como él solía pasar por allí todos los días y se ponía a hablar con los estudiantes. Ahora se dedicaba a traficar, perdón, especular, con el arte; tenía una galería, cerca de la otra casa, y estaba pensando en abrir otra. Parece que todo iba viento en popa. De una cosa sí me percaté, y es que allí faltaba cariño, ya no sólo Amor con mayúsculas, sino también amor con minúscula; todo era como un trato comercial, al que me había acostumbrado en la farmacia, pero que de ese tipo de trato rehuía. No me gustaba; buscaba algo más de comprensión, algo que oliera a vida. Tampoco lo sentí en la pensión.

Pasó un rato y dijo de irnos; antes me indicó donde estaban allí las tiendas de comestibles, por si quería comprar algo. También me señaló el camino al Colegio, estaba bastante lejos.

Parece ser, que hasta el año pasado ellos vivían en esa casa, que hacía también las veces de pensión; no me hago a la idea de cómo podían estar todos allí metidos. Una cesta en el comedor del palacete se caracterizaba porque siempre estaba llena de frutas; uno podía coger las que fueran y cuando fuera. Las comidas, lo poco que allí estuve, eran de lo más suculentas, realmente sabrosas, sí, muy apetitosas, aunque no eran ni mucho menos, comidas como las de un hogar. Siempre, tanto en el almuerzo como en la cena, había un mínimo de dos platos, y cada plato se componía a su vez de otros platos; cosa como podrán apreciar a la que no estaba en absoluto acostumbrado.

El viernes por la noche le dije a Lola de arreglar las cuentas, pues me iba al día siguiente, que ya había encontrado casa; me refería al minúsculo cuarto, sobre el cual les he hablado, y en el que a lo sumo, sólo tendría que estar una semana.

Me fui a la cama sin salir por la noche; al día siguiente me esperaba bastante movimiento, por lo que no quise salir de juerga, a parte de eso, estaba cansado de tanto niñato.

Había salido un día con los dos extrajeros por la zona, y no lo pasé bien, me resultaron de lo más insulsos, y faltos de comunicación. Otro día me fui con el sempiterno estudiante de farmacia, y tampoco lo pasé bien, no le gustó el bar que a mí más me gustaba de aquella ciudad. Se fueron enseguida, les pareció un lugar muy caro, y se fueron por la zona de los estudiantes.

Era un bar nuevo, se notaba. No era muy grande, pero solía estar concurrido.

Llegó el sábado y madrugué, me bañé y desayuné antes que el resto. Hice las maletas, ahora más llenas, pues me había comprado unos cuantos libros y algunos cartones de tabaco; ya cuando fui a Valencia iba cargado hasta los topes, llevaba dos bolsas de viaje y una bolsa para las chaquetas y la gabardina que me había comprado con la intención de estrenarla allí. Iba de rico total; me estaba haciendo falta bajar el nivel, pues no estaba acostumbrado a la vida que llevaba, que encima, me parecía poco humana, y excesivamente fría.

Alexander, los días anteriores siempre me decía:

—Tú no eres de aquí; tu eres extraterrestre, ¿no?

El motivo por el que me lo decía no lo he sabido nunca, aunque igual lo decía por mi forma de entender la vida.

Tenía el sábado las bolsas en el “pasillo de la tele”, cuando veo que llega una señora, era la madre de Isidro, a enterarse por él, y ver dónde y cómo vivía.

A Isidro le había comprado un libro de literatura, de un autor que sabía que le gustaba pues lo tenía en su mesa de empolle, para mí, me compré el emblemático libro de Maquiavelo, el cual no entendí.

La madre de Isidro se enteró que se iba uno, y quiso saber por qué, Lola le dijo que era porque era muy guarro; cosa que se le ocurriría al ver los calzoncillos, pero no era cuestión de andarlo pregonando; esto me sentó mal, francamente mal, “o sea que yo era un guarro, ¿no es así?, ¿y ella qué?, hago bien en marcharme de aquí”.

Eso fue suficiente para sublevarme, estoy seguro que Lola pensaba que yo no le oía, y sin embargo me enteré de todo, de todo absolutamente.

Tal como me dijeron algunos estudiantes, la medida de Lola les parecía de lo más injusta; a mí también, aunque ya estaba saboreando mi independencia en un cuarto para mí solito; me parecía algo totalmente imposible.

Estaba harto de aquel bochinche de mierda, lleno de niños mimados de papi y de mami.

Mi colega, tenía una novia, también farmacéutica, estaba buenísima ella. Ya había acabado la carrera y trabajaba en una farmacia. Ayudaba a su novio a costearse los estudios. A Alexander le gustaba mucho aquella chica, yo sabía que no valía tanto.

Total, que me fui de allí, ya sin pena, tras ver como defendía Lola su comida, su buena y suculenta comida.

e-libro.net

Cogí un taxi y me largué de allí, iba indignadísimo, "¡He hecho bien al marcharme de allí!", me repetía para mí. Llegué y la sensación de hediondez me embargó aún mucho más. "Dios, qué guarro está todo", me embajonaba.

Deshice algo el equipaje, lo que pude, pues no había más que un mueble, con cajones, y no muy grande; no sabía donde poner la ropa. Me deprimí algo. Sabía que más tarde o más temprano, debía salir a empezar a hablar con mis compañeros de piso; esperaba e intentaría por todos los medios, no tener que irme de aquel piso; "aunque no esté muy limpio, espero que no me echen de él; aquí estoy a gusto, o al menos, tengo una ligera sensación de libertad que en el otro no tenía", me consolaba.

Salí al poco y les pregunté dónde podía ir a comprar algo de comida para esos días.

A Miguel, y sepámoslo ya desde ahora en adelante, efectivamente, le faltaba una pierna; cuando iba a la calle se ponía una ortopédica, pero dentro de casa estaba siempre a la pata coja. Pues bien, él me invitó a comer de la paella pagada por él, que quede bien claro que la pagaba él. ¿Ha quedado claro? Pues sí, la pagaba él. Hecha esta observación, ya lo otro se podía obviar.

Acepté, principalmente para ver que tal se enrrollaban haciendo la comida. De todas formas, seguía mosqueadísimo con la suciedad; los sillones, que debían ser rojos, eran negros o marrones, de lo guarros que estaban, tenían algo así, como una especie de capa de suciedad húmeda, como nunca antes lo había visto. El cuarto no era así, ni mucho menos, estaban las ropas de la cama gastadas, pero sólo eso, gastadas, no sucias. No recuerdo tampoco, si las lavé esa primera vez sospecho que no.

No sabía en el salón, que era donde íbamos a comer, cómo ponerme, y eso que me tocaba un sillón individual, y no en el que Miguel se tumbaba.

Al peón, el obrero, lo vi ese día por primera vez, partía el pan con el cuchillo, cosa que sólo había visto hacer únicamente en el monasterio; ni en mi casa, ni en los pisos en que había estado, se partía así; lógicamente en el San Jaime, como era un pan de campo grande, allí sí se partía con cuchillo; bueno, quizás no sea tan cierto, eso de que nunca lo había visto, pues a veces también en mi casa lo había visto, y en varios sitios más, seguro, si me pusiera a hacer memoria, está claro que no sería el 99% de las veces, pero sí en algunas, de todas formas no me hacía a la idea que en una casa en común se partieran así las barras, las exquisitas barras de pan. La comida no me gustó demasiado. Me parecía babosa, sobre todo una especie de habichuelas grandes, que me enteraría después que eran garrofón, típicas valencianas para la paella. Esa primera vez, no me gustó mucho.

Intenté entablar conversación; parecía que el ambiente, a pesar de ser todos trabajadores, no era tan negativo. No digo que no hubiera calor humano, pero había demasiados machos, conmigo cuatro, en un piso de tan reducidas dimensiones. De todas formas, tenía pensado pasar el mayor tiempo posible en la habitación entre el estudio y la lectura.

Otro residente era José, el obrero, no San José Obrero, sino un obrero que se drogaba a más no poder, con todas las drogas imaginables, llamado José.

El tercero era un sirio, al que por deseo expreso de él, no quería que le nombrara en el libro por su nombre, así es que le llamaré Javier.

Allí empecé a ver la tristeza del trabajador analfabeto, sus estériles luchas por salir de su situación, y digo estéril, pues no creo que con el abuso de las drogas y sin un inteligente y constante trabajo se pueda prosperar.

Javier, el sirio, estudiaba el español en la Escuela Oficial de Idiomas, después trabajaba como pintor de brocha gorda para mantenerse. Le decía que no fuera bobo y que aprovechara para estudiar una carrera sencilla aunque de seguro que para él muy práctica, me refería a Filología Española (creo se llame así, si no, que los filólogos me perdonen).

Miguel, por último, el más genuino, según decía, había nacido y vivido en esa calle, en la casa de enfrente, donde aún vivía una hermana suya, con la que no tenía mucho, ningún, contacto.

No me lo explico, cómo pudiendo vivir de gratis con la hermana, a la que seguro le sobraban habitaciones, estaba en un piso de alquiler en tan malas condiciones como lo estaba ese.

Por último yo, un parado con muchas pretensiones y con muchas ínfulas, que encima se decía y hacíase llamar, creyente en Dios.

Seguían las sensaciones nuevas. Necesitaba digerir todo aquello, por lo que les pregunté dónde podía hacer una compra, al menos para ese fin de semana. Miguel me embrolló más que indicarme, y eso que era de lo más sencillo y cerca que nada, donde estaba el supermercado.

e-libro.net

Fui allí y compré algo, muy poco, lo que pensaba que más me podía hacer falta; también compré un pescado, con la intención de hacérmelo a la plancha, pues había visto en la cocina una plancha para asar. No recuerdo si esa primera vez lavé o no los platos; lógicamente, mi obligación sería hacerlo, pero creo que se me pasó por alto; estaba muy estresado como para pensar correctamente.

Fui al bar "La Pau", y allí me tomé un cortado y una botella de agua con gas. La camarera, me dio un almanaque bastante provocativo, seguro que pensaba que estaba de paso y que no iba a volver a pasar por allí nunca más. Se equivocó de principio a fin. Incluso diría que coqueteó algo conmigo, yo me mostré algo distante, aunque amable, pues el bar me atrajo como para tomar allí los cafés.

También había ido a otro bar, al que no iría más que otra sola vez; era un auténtico antro y pregunté cuánto costaba comer allí todos los días; la señora que me atendió se extrañó, el motivo, lo ignoro, me indicó a quién lo tenía que preguntar. Fui a la parte de fuera del bar, aquello era aún más cutre. No recuerdo si llegué a preguntarlo o no, cuando salí, parecía que se respiraba aire puro en la calle, como si aquello fuera una cueva de ladrones, y mala gente. El bar era todo un mundo, que no tenía nada que ver con la zona. No pegaba aquel antro en aquella zona; la zona no era de dinero, era una zona de pisos de un nivel no muy alto, bastante normalita, me resultó perfecta para mí.

Compré en el supermercado; cuando estaba allí, no pude quitarme de la cabeza lo sucio del piso, "Dios mío, ¿es que nunca se limpian los sitios comunes?"; efectivamente, no nos tocaba a nosotros limpiar los lugares comunes, para ello venía la chica contratada por la dueña, anteriormente mencionada.

Llegué con la compra otra vez al piso, y me habían hecho un hueco en un armario de la cocina; puse allí la compra y nuevamente me encerré en el cuarto. Ignoro si me criticaron o no, me imagino que harían algún comentario sobre mí. No lo oí, pues me fui a la minihabitación, donde me puse a desmadejar la madeja durante casi tres horas, que fue cuando me decidí a salir.

Me interesé por ver qué cenaban, no me pareció nada malo, todo lo contrario, me gustó, a excepción de los raros potingues que se hacía Javier, el sirio; esos no me gustaron tanto. No recuerdo lo que comí, pero supongo que no sería muy sustancionso. Al rato llegó la hora de dormir, lo cual logré tras unas cuantas horas de estar digiriendo las nuevas sensaciones. "En fin, a lo hecho pecho". Así fue como pasé mi primer día en aquel maravilloso piso.

Cuando llegó el día siguiente, cosa rara en mí, me levanté temprano, y fui a buscar los periódicos y semanarios de mayor tirada nacional, con la intención de leer algo distinto.

Comí en el bar de la esquina, aunque sinceramente, me quedé con algo de hambre, con bastante, más bien.

Fui al piso y allí empecé a tomar café, unos cuantos.

El que mejor me caía era Miguel, quien hablaba y hablaba sin parar. Lo que no me gustaba tanto, era sentarme en la parte del sillón de él, donde estaba allí siempre recostado, sin hacer nada. El aspecto del conjunto era de lo más guarro.

Miguel dentro de la casa, solía estar en meyba y camiseta. Yo, en cambio estaba en chandal y bata; lo que para mí era frío, para él era sofocante. No digamos nada cuando salíamos a la calle, él de verano, incluso sudaba, yo iba de invierno y pasaba frío. Me había aclimatado a mi isla, que por algo llaman Las Afortunadas.

Como les dije el curso constaba de una semana de conferencias al mes, o sea, que para la siguiente tanda, me quedaban unas tres semanas. Lo que había que estudiar no era casi nada, así que podía estar leyendo todo lo que me diera la gana.

Empezaba a comprender la libertad que tenía en mi cuarto individual, podía leer y fumar, y hacer lo que fuera, masturbaciones incluidas, sin importunar, ni que me importunaran a mí. Algo fantástico. En el cuarto podía hacer y deshacer lo que me diera la gana, por eso pagaba por él.

Leí lo que puede, que siempre es poco, por lo que acostumbro a pensar: "le puedo robar más horas al sueño, o no dormir tanto, etc".

De José, pude ver como estaba realmente enganchado al alcohol y a la marihuana; no era sólo a eso, sino que más tarde vi que también a la heroína, de la que se jactaba delante de todos, de haberse desenganchado. No tenía motivos para desconfiar, aunque sus ojos dieran a entender todo lo contrario. Estaba muy flaco, aunque más lo achaqué a su trabajo de obrero. Llevaba según dijo unos seis meses en Valencia, y ya se consideraba un experto de la ciudad. Era gallego y nos contó una vez, a Miguel y a mí, cómo su hermana tenía una empresa constructora a la que él podía ir cuando quisiera. No dijo por qué no lo había hecho antes, y ahora sí pensaba hacerlo.

e-libro.net

Había un aparato de música en el salón al igual que una tele. El aparato musical era de José, que lo había adquirido de segunda mano muy barato.

Yo me había comprado uno nuevo por cinco mil pesetas, aunque la calidad del de José era muy superior.

Podrán intuir, que si algo no me gustaba hacer, eran las tareas de la casa, por lo que cuando Miguel, se ofreció a hacerlas, sin ningún tipo de obligación, acepté.

Fantástico, estaba todo empezando a salir de perlas; pero bien dicen algunos que lo barato sale, a la larga, caro.

Quedamos pues, en que yo iría a hacer la compra, y que él haría la comida. Algo que me gustó en gran medida, ya que me obligaba a levantarme temprano, asearme, afeitarme y hacer algo de deporte, aunque ese fuera el ir de la casa a la esquina del super.

Tomé la costumbre de desayunar un cortado y agua con gas en el bar La Pau. Allí, debido a la gran simpatía de la gente, traté e intimé, todo lo que se puede intimar en cinco meses, con bastantes asiduos al bar. Entre ellos, estaba don Gervasio, ilustre profesor ya retirado, que insistía en hacerse pasar por un practicante; desde el principio, supuse que eso no era cierto. Gervasio, para los del bar (un servidor le ponía siempre el don por respeto a su edad), para combatir su soledad, invitaba a varios del bar a cerveza o cafés; se pasaba el día invitando, causa por la que también deduje que debía disponer de una gran renta.

Otro, del que no me fiaba tanto era Viqui, uno también minusválido, iba en silla de ruedas y vendía ciegos. Según me dijo había estado con los grandes de la canción española, aunque la vida no le sonrió, quizás por el exceso de alcohol que tomaba. Me dijo que fue representante de cantantes de canciones, tales como Braulio y José Vélez, del primero me dijo que se iba con él a tomar las copas; sin embargo con José Vélez, no pudo intimar tanto.

Quizá es que el poco éxito de Braulio, se deba precisamente a eso, al alcohol.

Pepe Vélez, en cambio es más trabajador, más artista, que se lo ha currado por su cuenta.

Viqui dije, vendía ciegos, y se hartaba a coñac, diariamente, quizá para ahogar sus penas, o vayan a saber por qué; a mi, desde luego, no me lo dijo. Nunca me terminó de llenar. Cuando me veía, me decía que me sentase con él, parecía un andaluz, aunque su tierra era Valencia.

Una de las veces que me senté con él, me pude dar cuenta como no tenía ni idea del valenciano, y tal vez casi nadie de a pie. Cómo me di cuenta, pues al ver las caras de asombro y de incomprensión que le ponía la gente al hablar con él. No siempre hablaba en valenciano, a veces, lo más frecuente, lo hacía en castellano, o en español, como quiera el lector llamarlo; de seguro que si es joven, dirá en español, y si es menos joven, dirá en castellano.

Con el tiempo diría a Miguel, que Viqui no me inspiraba mucha confianza; mi compañero me respondió:

—De un cojo no se puede esperar nada bueno.

Él era también cojo, y aunque me estafó, me resultaba buena persona, aunque timador.

Desde el principio, me molestó una única cosa de Miguel, sus grandes gritos. No hablaba, sino que gritaba, me parecía como que estaba desajustado, que algo en él no marchaba bien; quizás sea el menos indicado para decir estas cosas, pero, si ahora, que sólo llevaba un par de días en la casa, me gritaba, no les digo nada cuando lleváramos meses. Le quise parar las “patas” desde el principio. Al final no puedo decir si lo hice o no; a veces me gritaba, pero entonces no le hacía caso.

Miguel Yuste Mislata, que así era su nombre completo, me decía que ese era su tono normal de hablar.

A veces me hablaba de su hijo, a quien, me decía, lo llevaba con los drogadictos y a la cárcel, en fin a sitios no recomendables para un niño. Según sus propias palabras, “Para que supiera de qué tenía que rehuir”.

Yo en cambio pensaba, que de lo malo cuanto más lejos mejor. Dime con quién andas y te diré quién eres, y creo que se puede decir: dime por dónde andas y…

No puedo afirmar lo que me indujo a ello, pero le pedí a Miguel, que me llevara a un casino, a jugar algún día. Seguro que me entraron ganas, al ver cómo jugaba Miguel a todos los concursos televisivos, y a lo que fuera. Era algo increíble.

La semana la pasé normalita. Llegó el fin de semana, y mis ganas de juerga, se dispararon. Pregunté en el piso que quién quería salir, al final salimos José y yo.

Para que no me ocurriera lo que me paso al principio, le pregunté a qué zona íbamos a ir.

—Por la de los pubs —me contestó.

De eso deduje, que debía ir más o menos bien vestido.

e-libro.net

No me defraudó en su forma de vestir. Se demoró mucho, de lo que intuí, que estaría fumando droga, si era dura, o blanda, no se lo pregunté, pero salió con los ojos cuajados, y como desencajada la quijada inferior. No me importó que se drogase, allá él.

Nos fumamos un cigarro en el salón y después salimos.

Nada más coger el taxi, empezaron los problemas, pues José tenía la impresión de que todos los taxistas intentaban engañarle, dando vueltas innecesarias. Intenté calmarle. "¿Me habría a mi pasado igual en Madrid la vez que fui con Tomás?"

El taxista nos dejó en un bar no muy concurrido, más bien había poca gente.

José se empeñó en "ligar chocolate". Le contesté que como quisiera, aunque me estaba temiendo que íbamos a perder la noche buscando y buscando. Esto, no me apetecía lo más mínimo. Yo tenía ganas de ver el ambiente, y a las niñas.

Buscando, buscando, nos metimos en un bar, que no tenía nada de pintoresco, pero que sí estaba bastante lleno; allí fuimos. José se puso a hablar con uno, que al final resultó que tenía costo, se hizo un porro, por el que supongo que José daría la camisa y algo más, verdaderamente ese hombre estaba enfermo, todo eran drogas y más drogas. Yo, indeciso, estaba bebiendo "cerveza descafeinada", pues supuse que debía estar alerta.

Uno con los que me puse a hablar era un pintor, un artista, que a juzgar por su indumentaria le iba muy bien. Estaba el hombre, casi en coma. Llevaba como mínimo, una sobredosis de alcohol. No acertaba a decir más que le habían robado la cartera. Le creí, por qué no, en la calle es donde ocurren la mayor parte de los problemas, y más de noche y encopado, o drogado.

Pensé en ponerlo en un taxi y darle al taxista mil pesetas y que le llevara a su casa. Parecía que era cliente de ese bar, y de él decían que era una persona seriecita.

A José mi idea le parecía mal, y me decía que seguro que el otro se estaba aprovechando de mí; pensé, "El ladrón cree que todos son de su condición". Eso me dejó entristecido. Al final le hice caso, aunque sabía que el amigo pintor, perdería en breve el conocimiento. Creo que él también fumó del hachís.

También invité a un negro a una copa. Estaba vendiendo pins y baratijas; se tomó el refresco en solitario y sin hablar con nadie, después se fue. Qué duro es trabajar mientras otros se divierten, a la vez pensé que quizás al día siguiente no tuviera nada con qué comprar comida; y uno derrochando el dinero. No es justo.

Por qué no habló lo ignoro, quizás ni siquiera entendiera bien nuestro idioma. Iba con chándal; nosotros íbamos con chaqueta, sin corbata.

Lo cierto es que no nos intentó vender nada. Quizás estaba sediento y agradeció el refresco, o estaba desmoralizado por las pocas ventas. No puedo saber su opinión pues nada dijo y nada le pregunté, más que nada por verlo tan distante y sin ganas de charlar.

Cansado de aquella movida, le dije a José, de irnos a Cánovas, zona en la que conocía un pub (al que ya había ido), que me gustaba mucho, pues lo encontraba que iban de mi onda. Cogimos un taxi para ir allí, y me inclino a pensar que lo pagué yo.

Allí, nos pusimos a tomarnos unas copas. Él se hundía más y más, mientras yo más altivo y desinhibido me hacía. Las chicas del pub no estaban mal, aunque no quería aún atacarlas, pues no tenía confianza con ellas ni con los jefes. Uno de ellos era extranjero, afincado en Valencia y casado con una familiar de Lola.

El pub lo había descubierto con Alexander y la gente de la residencia, precisamente por ese parentesco, y el que fueran ellos también extranjeros.

Más de una vez, en realidad todas las veces que fui, pensaba y deseaba ver a Alexander para saludarle e invitarle a una copa; quiéranlo o no, me cayó bien el muchacho, a pesar de considerar que iba mal encaminado.

George, era el nombre del estudiante del que decían que era muy inteligente, el sueco; a mí no me lo pareció; más bien creo que se había convertido en un oscuro estudiante de medicina, nada brillante. Tal vez, le gustó mucho la España de jarana y pandereta, a la que se aficionó enseguida. Jamás lo vi esnifando coca, aunque la sangre de Alexander por la nariz le delatara; y si no la consumía con su amigo, con quién entonces; nunca los vi esnifándola.

José, no hacía más que críticas destructivas de los sitios a los que íbamos. Yo en cambio me estaba divirtiendo muchísimo; aquello era vida, y no mi relación con todavía niños universitarios.

Me dio que George estaba metido en asuntos sucios; decía siempre que hasta hacía poco, su vida había sido dura, muy dura. De la vida disipada que ahora llevaba, no me comentó ni mencionó nada.

e-libro.net

Según me enteré más tarde, criticando Miguel a José, me dijo cómo este último me criticaba, y se metía conmigo. Si le critico ahora es por él hacerlo a mis espaldas, de todas maneras, no lo desprecio, pues lo considero un pobre hombre, sumido en los más desasosegantes precipicios.

Era flaco, y eso que comía un güevo; no me explico cómo podía beber tanto, tan variado y de tanta calidad, siendo como era un peón de la construcción, quienes supongo que no ganan demasiado dinero. Encima, entre semana comía fuera, en los bares de los alrededores de la obra; no tenía quien le hiciera la comida.

Me dijo aunque ya no lo recuerdo, la cantidad de alcohol que ingería al día, y me asombré, tomaba más alcohol que yo cortados.

En Valencia, en el piso, más que a cortados me acostumbré a café solo; no de cafetera, sino del soluble. Para ello calentábamos agua y en unos vasos pequeñitos, poníamos una cantidad determinada de café, y azúcar, luego poníamos el agua tibia, removíamos, y ya está: un café de muy buena calidad.

Acordamos después del pub, en ir a una discoteca, por lo que cogimos otro taxi; José ofendió al taxista diciéndole que nos llevaba por donde no era; lógicamente nos puso de patitas en la calle, así con un par de taxistas; cuando me di cuenta, nos vimos en medio de unas autopistas a la salida de la capital; mi desespero fue grande, y le dije que de ahora en adelante me dejara a mi actuar; encima de aguantarle sus pejigueras, pagaba yo los taxis, cuando debía hacerle pagarlos a él; pero si me había de ver metido en peleas por dinero, por muy poco dinero, prefería tirar la toalla y retirarme.

Al final, cogimos un taxi de vuelta a la casa; a saber si lo que él quería era eso, pero no lo decía, aunque supongo que el grado de drogadicción que llevaba encima era tal, que probablemente le daba igual todo.

Estaba empezando a pasarlo mal por su culpa.

Al fin, y gracias a Dios, aunque por el curso que tomó la noche, no creo que debiera mentarlo, enfilamos camino al barrio.

Cuando llegamos a la zona de nuestra casa, José me confesó, que nunca había ido a una casa de citas, y que le gustaría ir a alguna. Yo le dije que era una tontería y una basura, pero que si quería iríamos. Me llevó a una que había por el barrio. Cuando llegamos me puse a hablar con el camarero, que a su vez era el encargado. José se puso a hablar con una meretriz madurita, y algo gorda. De pronto me vi también al lado de una; me pareció guapa, aunque la luz, las sombras, pues allí no había luz, sino una oscuridad absoluta, probablemente engañaban. Creí, y estaba convencido de que esa chica (que no tan chica como vería después), era sumamente guapa. “¡Buf!, qué conquista he hecho”, me enorgullecí.

Tras las presentaciones empezó el regateo económico por el contacto carnal.

Regateando, regateando llegamos a un acuerdo, que no me pareció malo, comparando con los precios de Las Palmas.

Salimos de allí muy acaramelados, y supercalientes; ella, ávida de mi dinero, me imagino. Fuimos al cajero, y le di una parte, la otra se la daría al día siguiente; la tarifa era por toda la noche. Saqué bastante dinero, creo que fueron cincuenta mil pesetas (mal empezaba la cosa) recuerden que para mí eso era dinero, me encontraba en el paro del cual cobraba sobre las ciento diez mil pesetas; mi madre, ya lo he dicho, me daba otras cien mil mensuales, a quien, cuando me dijo lo que me iba a dar, le dije que si estaba loca (encima de que me da el dinero, la insulto).

Bueno con eso verán que tenía para gastos a pesar de las treinta mil pesetas que había acordado pagarle. Fuimos del cajero al piso y allí nos metimos en el cuarto mío; ¿cómo cupimos los dos?, pues muy malamente.

Le enseñé la Biblia, sin motivo exacto, y no me pareció, cosa que hoy sí, fornicar con ella al lado, una aberración; de todas maneras, una vez en el ajo, ya no me acordaba de nada. Lo que pasa es que soy un monstruo.

A José le perdí el rastro, una vez vi a aquella chica, (madurita ya).

Me extrañó que tuviera las carnes prietas, y los pezones enormes; según me dirían después, estaba embarazada de unos cinco o tres meses; el tiempo exacto, no me lo dijeron.

Realizamos el acto sexual; la quería penetrar analmente, pero ella no se dejaba, y no se dejó. Quizás por las muchas copas, o quizás porque casi siempre me ocurre, lo cierto es que no me corrí.

Le conté cómo deseaba hacer un “menage a trois”; ella no me dijo más que si quería ir por un puti-club en el que ella trabajaba, había una chica que estaría de acuerdo en hacerlo conmigo y con ella.

Me callé pensando en que me lo pensaría.

Nos dormimos tal como Dios nos trajo al mundo. Al par de horas me levanté como cubierto en una capa de grasa, me fui al baño y me duché; luego fui nuevamente a la cama y me volví a dormir; a eso del mediodía, nos

e-libro.net

despertamos los dos, y terminamos el contrato, luego ella se fue a duchar. Le pagué y la invité a almorzar, a la pizzería de abajo, a la que nunca había ido.

Sereno, y a la luz del día, ella con el pelo húmedo, y faltándole unos cuantos dientes, vi que me había estafado; parecía una bruja, una arpía, sentí vergüenza en el bar al que fuimos, cuando los jóvenes llegaban con sus lozanas chicas, y yo con una mujer que a todas luces daba a entender lo que era, una prostituta, y encima fea y hortera.

Me contó que tenía cinco hijos, aunque no estaba casada, pero sí tenía un par de amigos y clientes asiduos; con ello seguramente, me dio a entender si yo quería sumarme a su lista, me hice el loco y como que no entendí. "¡Fuerte vida la de esta chica!", barruntaba.

Ella iba vestida de negro y azul brillante, como un traje de noche, pero muy basto y barato. No es que yo esté acostumbrado a los lujos, pero aquello ya era pasarse.

Comí lo más rápido que pude, ella casi no comió nada. De todas formas, y aunque fuimos los primeros clientes, las pizzas tardaron algo en llegar.

Ella, cuando terminé, me comentó que se iba a llevar la pizza para sus hijos, no le dije nada, aunque no me pareció tan malo, tampoco muy bueno, en fin que estaba aturdido y sin saber qué pensar.

Nos fuimos. Por cierto, les diré, que el dueño del local usaba el pelo largo y tenía una cara que parecía que estaba a punto de reírse de uno siempre, aunque nunca lo hacía; no sería la única vez que fui allí, a pesar de que sus pizzas no eran muy buenas.

Total, que nos despedimos, ella con la certeza de que nos volveríamos a ver, y yo con la esperanza de que no fuera así.

Sé que la carne es débil, pero esto no es motivo para llevar el tipo de vida que llevaba.

Miguel, al enterarse lo que me costó "el polvo", me dijo que yo estaba loco, que ya me llevaría él a buenos sitios, donde había chicas estupendas y por mucho menos dinero. Le creí, aunque dudaba si no serían peores, o que a la larga el polvo me saliera más caro.

No encajaba este tipo de vida orgiástica con mis previsiones de futuro.

Lo que me importaba realmente era la higiene, y lo que estaba tan de moda, el SIDA. Encima, no usaba nunca preservativos, aunque ella había llevado, yo no los usé; es raro que ella no me obligara a ponérmelo, quizás me consideró un pardillo, o quizás un chulo, o quizás que no le temía a la muerte, o sea un inconsciente; ninguna de esas cosas es cierta, simplemente, que no me gusta la susodicha gomita. Sé, que para ello, la única solución es una pareja estable, pero ¿no era eso lo que buscaba con tantas ansias, y no lo conseguía? Seguía pensando en Celeste, aunque ahora sabía, que ya podía dirigir mi vida.

Al ver que José llevaba "El Mundo" a casa, le pregunté si lo solía comprar, para yo así comprar "El País" y compartirlo los dos, me contestó que sí, aunque sólo vi que lo comprara un día más.

Empezaba a pasar un poco de la política y sólo me interesaba por la cultura; las páginas dedicadas a ésta las devoraba, las dedicadas a la política las ojeaba. Cada vez me interesaba menos dedicarme a la política, como bien dijo un gran actor norteamericano: "Tengo demasiadas cosas que ocultar como para dedicarme a ella". Pues algo por el estilo me ocurre a mí.

Así iba pasando el tiempo; durante la semana, aprovechaba para leer y estudiar, esto último sobre el curso que estaba realizando, y en las lecturas, estaba ahora con Rayuela de Cortázar.

Iba intimando con los del piso, hasta tal punto, que cada uno por separado, me decía de irnos los dos a vivir a un piso aparte. No les contestaba ni que sí ni que no, sino con un: "como quieras". De irme de todas formas a vivir con alguno, prefería con creces irme con Miguel, quien no sólo era buen cocinero, hasta tal punto que no echaba en falta la comida de mi madre, sino porque era el más sociable, el más amigable de todos.

En el piso, ya más adaptado, pasaba los días, los que eran monótonos, aunque a la vez distintos. Me levantaba alrededor de las doce del mediodía, al igual que Miguel; bueno, para ser sincero, era él quien me despertaba para que fuera a hacer la compra, la que debía hacer casi todos los días. Antes de salir me afeitaba y me duchaba, me ponía unos vaqueros, una camisa, un jersey rojo con adornos de rombos, también en rojo aunque con otra tonalidad, y una chamarra de cuero, distinta a la que había llevado a Santiago. Me la había regalado mi madre, quien acertaba totalmente en mis gustos. "¡Ay, qué sabiduría tiene mi madre y qué gusto tan bueno para la ropa!". Siempre he pensado esto.

El siguiente fin de semana, volví a salir con José, fuimos ahora a la parte antigua, a bares de mataos, más que de mataos, de verdaderos toxicómanos. Para variar compramos chocolate. Me aburría enormemente, no había

e-libro.net

nada en que distraerse, más que ver a una serie de drogados danzando de un sitio a otro. Me resultó deprimente. Aquella zona, cercana a la calle Cadirers, ya la había peinado cuando vivía en el barrio y no había encontrado nada interesante, a lo sumo un bar más o menos tranquilo y pequeñito, aunque su clientela fuera también pasota.

Aunque seguía sin mucho dinero, me había cansado del mundo decadente. Si me comparan con otras personas el decadente sería en todo caso uno, pero, por lo que había observado en Valencia, se estilaba mucho el pasotismo; a saber, quizás era por el tipo de gente con la que me reunía.

Seguro que tenía yo la culpa; Javier, era más seriecito, y le gustaba vestir bien, aunque desgraciadamente no tenía mucho dinero para ello. Una vez, vio mi vestuario y se quedó asombrado de mi ropa, y eso que sólo había llevado la de invierno.

Total, que la salida fue un fracaso; después fuimos a zonas donde la gente era demasiado joven, allí no se podía ligar, parecía que no había forma humana de hacerlo; a saber si es porque mi físico no ayudaba. Creo que no; entiéndanme, no soy un Robert Redford, pero me imagino que a alguien atraeré, chicas por la que también sienta uno atracción. Puede que en Las Palmas, como sabía a qué sitios ir, allí sí que había niñas que me atraían grandemente; pero aquí en Valencia, cada sitio al que iba, era nuevo o casi, y encima, parecía que siempre me querían llevar a lugares opuestos a mi estilo de vida; estilo que había variado en ciento ochenta grados desde que tuve mi primer trabajo y con él mis primeros sueldos. El dinero que conseguía de mi trabajo, era casi íntegramente para mí. No tenía hijos, ni mujer, ni siquiera novias en quienes gastarlo, por lo que suponía que lo mejor era invertirlo en amigos, aunque estos me criticaran por ello.

A la zona que me llevó por último José, tampoco me gustaba; hay que ver, quizás ese día él se divirtiera, yo no, me aburrí soberanamente, y eso que hasta, en un bareto hice el tonto bailando bakalao, cosa que me consta que no lo hacía bien, pues mis huesos estaban grandemente anquilosados al igual que mis articulaciones, músculos, etc. Habrán visto, que no hacía ejercicio alguno, y que me pasaba el día tumbado en la cama con libros y apuntes alrededor. El mayor ejercicio era ir a comprar al supermercado, o a la panadería en busca de las barras de pan; pan exquisito, como ya he dicho, y que devoraba en la comida y en la cena, como nunca.

Nos aficionamos Miguel y yo, a tomar refrescos a todas horas, tanto en el almuerzo, como a cualquier hora. Si no estábamos tomando café, estábamos bebiéndonos estos.

El piso seguía estando guarro, aunque ya no me molestaba tanto el sentarme; cada uno tenía su propio sitio, en el que acostumbraba a sentarse; yo intentaba por todos los medios no ocupar el sitio grande, el de Miguel, sentía auténtico asco por ese sillón, no por él, sino por el depresivo aspecto que presentaba.

La chica que iba a limpiar, cuando iba, se pasaba más tiempo tomando café que trabajando, trabajo en el que no se esforzaba mucho.

El día que salimos regresé pronto, pues estaba de lo más aburrido, así que me dije: “¿Y dónde vas a estar más a gusto que en tu propia casa?”. Llegué y me fui a la cama.

El libro de Rayuela, que ya había intentado leer en otra ocasión, no lo cogí muy centrado. Sólo lo leí de la primera forma, de las dos posibles que dice el libro, pero aún así, no lo entendí del todo, y desde luego no tenía nada que ver con lo que Lola me contó de él.

Lo tengo de entre los libros que he de leer de nuevo, los que sé, por lo oído de ellos, que son auténticas genialidades, a pesar de que no los hubiera entendidos totalmente, cuando los leí.

Miguel me hacía la comida prácticamente todos los días, salvo cuando íbamos a La Pau a comer el menú del día. Comida que normalmente pagaba yo también.

Muchas tardes íbamos al bar, Miguel a llamar por teléfono a su jefe, esposo de un hermana suya, y que le debía mucho dinero, según palabras de él; pocas veces o casi nunca cobraba algo, por lo que generalmente yo era el que terminaba pagando las cosas. Y qué decir de la comida, era generalmente un humilde servidor, quien apoquinaba, sin ninguna obligación más que la moral (obligación moral, me refiero) por mi parte.

Hasta el momento, cada vez que iba al curso, iba cambiando de ropa; usaba dentro de mis posibilidades siempre ropa distinta.

Los lunes, por ser día de examen, iba con chaqueta y corbata; empecé a llevar de entrada las menos nuevas, las más estropeadas y de peor calidad.

Ese día empecé a ir con Luis a comer, no a buenos restaurantes sino a cualquier bar, donde él me dirigiera, pues había cursado la carrera allí; tenía coche, con el que venía desde su pueblo, y gracias al cual nos moveríamos en la ciudad valenciana.

e-libro.net

Manuela, la amiga a la que él le había firmado porque no había ido, hizo un comentario jocoso sobre la calidad (mala) de mi ropa.

Siempre, y a partir de mi cambio de casa, íbamos a comer por ahí a la salida del curso; pagábamos la comida de los tres, entre Luis y yo.

Me mal acostumbré a tomarme una copa después de comer, con lo que a la hora de las conferencias, me entraba un sopor verdaderamente preocupante. Luchaba contra él, denodadamente. Me había fijado en que uno salía cada dos por tres a tomarse una copa; algo, muy poco, hablé con él. No me merecía el más mínimo respeto. Bueno, pocos son los que me lo merecían. Casi los mejores estudiantes eran las chicas jóvenes; el resto ya se veía que habían abandonado los libros hacía años.

Un día a la salida de clase, pasamos por el herbolario de Lucía, que junto con su hermana, también farmacéutica, y con el doctorado a punto de sacar, estaban llevándolo. No había mucha gente, más bien era solitario, y a las afueras, en una zona dormitorio de la ciudad, y con pocos locales comerciales.

Sabiendo que no tenía agua en el piso, le compré una caja de “tetrabrik” con agua; no me la quería cobrar, aunque al final se la pagué; me pasé un buen rato viendo todas las cosas que tenía, estaba bien; era pequeño, acogedor, y a la vez funcional; a saber, seguro que estaba montado por uno de esas multinacionales encargadas al uso.

El último día de clase del año, estuve charlando con un par de chicas jovencitas que estaban fenomenal, sobre todo una delgada y alta, que estaba haciendo el doctorado también; cómo no, también habían estúpidas y simples, al menos eso era la imagen que daban ante mí.

Recuerdo perfectamente cómo iba vestido, con un jersey a rayas, de colores, muy de mi estilo, una camisa a cuadros azules y blancos, y pantalón de pinzas azul marino.

Cuando me miraba de perfil intentaba meter la barriga, la que siempre me ha preocupado. Hoy, me preocupa y a la vez me despreocupa, mi físico, pues ya no sé qué hacer con él.

También ese día, Luis me dijo que estaba cabreado con Manuela, pues no le dejaba ni a sol ni a sombra, y que ya se había gastado más de cien mil pesetas con ella en la semana. Estaba emputadísimo.

Ya no hablábamos tanto de Dios. Supuse que ahora rendiría culto al dinero.

Se quedaba en un hotel de cuatro estrellas. Manuela sin embargo, se quedaba con un pariente; ella también estaba parada, y vestía horrorosamente. Tenía el pelo largo y mal cortado, e igualmente mal teñido; vestía como una pueblerina, pero era amiga de Luis, por lo que también era mi amiga. Solía vestir con la misma ropa siempre, en tonos marrón.

El último día de clase del año, fuimos los tres y el primo de Luis a comer; pasamos también por el herbolario a buscar a Lucía, a ver si quería ir a comer con nosotros; la madre, joven, la animó; era muy joven Lucía. Tenía un novio que parecía que hacía lo que ella quería.

Fuimos los cinco, el novio, afortunadamente no, pues no estaba en la tienda cuando fuimos.

Al restaurante que me llevaron estaba cerca, allí comimos paella, vino y al final licores. El primo de Luis estaba estudiando arquitectura, y se estaba emborrachando con nosotros, a mí me parecía muy joven para hacer lo que estaba haciendo.

Al final pedí un licor, y dije que le sirvieran otro al chico, un Drambuie con hielo escarchado, que es como mejor sabe. Me las daba de entendido, cuando realmente era y soy un auténtico zoquete, y encima puteado y alcoholizado.

De allí (las mujeres bebieron muy poco), nos fuimos ya bastante ebrios a una zona donde había máquinas recreativas. Terminé de emborracharme, y me puse de pesado, diciendo que fuéramos a un hotel de cinco o cuatro estrellas a tomarnos una copa. Luis me interpeló:

—Pero no, hombre, que aquí no se usa eso.

Yo no le dije que en Las Palmas, sólo lo había hecho una vez con Tomi y Herse, sino que dejé entrever, como que aquí era muy corriente. No digo que para ciertas personas no lo fuese; por ejemplo, en algunas amigas de mi madre es habitual ir a esos sitios a merendar.

Luis me contó que Manuela quería enrollarse con él. Yo ya me había fijado, y no le comenté, que me daba la sensación de que si no lo conseguía se suicidaría. Esta deducción, hoy pienso que deducción de borracho, me la guardé.

e-libro.net

En fin, que estaba ya bastante beodo; Lucía se había ido a su trabajo. Yo me fui a buscarla, y sentí claramente verme negado por todos lados, cómo era rechazado por todos y que me estaba quedando en ridículo; fui muy prepotente.

Encima estaba por allí su novio con un perro pastor alemán; el perro no me daba miedo, pero no supe ver que estaba insultando a una familia, decente sin lugar a dudas. La hermana de Lucía, era mayor que ella, y según pude entrever bebía mucho más que su hermana pequeña, al menos esa impresión me dio su cara.

Motivos para rechazarme tenían a montones, empezando por su novio, pasando por mi embriaguez, y que yo era para ellos un desconocido, y encima alcoholizado. Ella me pareció ser una buena chica.

Llegué al barrio donde residía, y me fui a La Pau (como habrán deducido el bar, en castellano sería La Paz, muy buen nombre para un bar), allí me tomé un par de cortados, mientras hablaba con algunos; todo se iba en copas, charlas y mujeres, habrán visto que no muy trabajado estaba uno en aquellos años.

Después me fui a hacer la compra. Ya no me quedaba duda de que el que más gastaba en las cosas de la comida era el menda, no tanto porque me alimentara muy bien, que lo hacía, sino que los gastos de Javier y Miguel, muchos, por no decir todos, corrían de mi cuenta.

La dueña del piso, iba con mala idea, o quizás lo pensó sobre la marcha, pues la habitación de José era más cara, pero sólo me dijo esto, cuando ya él se había ido y me iba a pasar a su cuarto, mucho más grande y cómodo, y encima la puerta cerraba bien, no como en el que había estado, que la debía cerrar con un papel doblado, ya saben el sistema al que me refiero.

José se fue sin casi despedirse. Parece que la noche antes de su despedida había llegado tarde, y decidió no despedirse de mí, no me enteré si lo hizo o no de Javier, quién al día siguiente, en un español artificioso me mencionó, levemente:

—Lástima que se fuera José, era un buen chico.

—Sí, pero se drogaba demasiado —rematé.

No volvimos a hablar del tema.

Según dijo Miguel, José le había dejado todo a él, incluso los aparejos de cocina. Miguel alardeaba de que las mejores sartenes de la cocina eran de él, que las había comprado para el piso, con lo condición de que después de usarlas las lavaran bien.

Javier, parecía que quería intimar conmigo, pero a veces pensaba que más que intimar, lo que quería era someterme a él, y a eso no estaba dispuesto. Parecía querer decir cómo nadie podía sucumbir a sus encantos de extranjero. En ese sentido conmigo lo llevaba claro, pues yo había sido forastero algunas veces, y aunque nunca había cambiado de continente, sabía que el extranjero es el que tiene que amoldarse a las costumbres del otro país, para eso lo recibe y lo acepta.

Leía por esos días novelas sobre espías, y estaba seguro que Javier era uno de ellos. No me cabía duda, había sido preparado para luchar contra nosotros; poco me faltaba para considerarlo un terrorista, motivo por el que cuando se acercaba a mí, me ponía en guardia, cosa que en absoluto me pasaba con Miguel. Me daba la sensación de que el muchachito sirio estaba jugando en el bando erróneo.

Según me contó, tenía una novia a la que adoraba, y que había dejado en su tierra; había venido a España a hacer fortuna..., “Pues mal has empezado”, barrunté para mis adentros.

En teoría, su trabajo consistía en pintar casas, el negocio quien lo llevaba era un hermano suyo, que había llegado a Valencia antes que Javier, y a quien había llamado para que fuera con él.

Había una chica que estaba loca por el joven sirio. Era periodista y salía con mucha frecuencia en la televisión valenciana. Javier me contaba que no estaba enamorado de ella, a pesar de que cuando venía ella, no salían del cuarto y la cocina.

Javier usaba un té muy bueno, del que probaría un vaso o dos tan sólo. El lo tomaba con muchísima frecuencia, yo prefería el café.

Javier me dijo cuando me iba a establecer en el cuarto:

—José me dijo que cuando él se fuera me dejaba la mesa del cuarto.

—Cógela —fueron mis palabras hacia él, sin ninguna muestra de acritud a pesar de que era lo que sentía.

“¿Qué me importaba lo que José le hubiera prometido, no había yo pagado el cuarto, y este incluía la mesa, pues entonces qué?” No le dije nada de esto a pesar de que era lo que sentía, pero a la vez sentí lástima por él, estaba lejos de su tierra, y aunque no supiera expresar los sentimientos en castellano, ni por mímica, suponía que se debía sentir muy solo. Se la cedí.

e-libro.net

La noche de mi último día de clase de ese año, tenía unas ganas locas de salir; le pregunté a Javier, si quería salir conmigo, y me respondió que al día siguiente. Yo cuando deseaba salir era ese día, pero me contuve.

Total, que Javier se quedó con dos mesas en su reducido cuarto, y yo me quedé sin ninguna en el mío.

Mi nuevo dormitorio tenía una cama de cuerpo y medio. Sin lugar a dudas era la habitación del matrimonio. La cama hacía excesivo ruido, con solo moverse uno un poco sobre ella. Se oían los chirridos del somier. Esta vez, si limpié las sábanas antes de usarlas, y la dueña del piso, no dijo nada de poner sábanas nuevas, y eso que un juego estaba más desgastado de lo que nunca había visto en mi corta vida.

Ese día cené verduras, cosa que solía hacer cuando iba a clase; compraba una bolsa con estas congeladas, y cuando llegaba al piso las ponía a hervir, las rociaba con un sofrito, y tan buenas que estaban. No se parecía en nada a los suculentos y sabrosos platos que hacía Miguel, pero pensaba que era sano y me recordaba a la comida de mi madre; por qué, ni idea, pues ella no solía hacerlo, a no ser la coliflor guisada y con un sofrito.

Antes de salir al día siguiente, llegó Miguel, según parece había esnifado coca, y estaba alteradísimo, por si acaso le pudiera afectar. Cuando lo vi así, tan mal, metido en el baño y sin saber qué hacer, le dije:

—Recuerda: el agua caliente relaja, y la fría estimula.

Quizá no le fueron de ninguna ayuda mis consejos, aunque yo no lo estimé así. Me puse a animarlo para que fuera con nosotros, para que se olvidara de lo que había hecho. El por respuesta me dijo:

—Ya sé por qué lo dices, pero prefiero quedarme aquí. No estoy de humor para ir por ahí.

Había tenido muchos problemas con las drogas, aunque decía que ahora estaba “limpio”, de ahí su desesperación, para no volver a caer en el precipicio otra vez.

Le había dicho a Javier que se vistiera para salir. Me respondió que aún no, que más tarde, esto me cabreó de tal modo, que me vestí más tarde que él: para esperar yo por ti, esperas tú por mí, le di a entender, seguramente no lo captó, pero me tuvo que decir que me fuera a vestir. Iba muy guapo, con una chamarra nueva que sacaba de vez en cuando; era la mejor ropa que tenía, y en honor de la verdad, he de decir que realmente bonita, tenía muy buen gusto. La ropa que llevaba debajo no la recuerdo.

Nos tomamos una copa antes de salir, él también.

Al final, Miguel no vino con nosotros.

Lo llevé al mismo bar que había ido con José, y que tanto me había gustado. Su nombre era bastante significativo, y estaba en una esquina en una buena zona; supongo que debían pagar unos impuesto espantosos. Allí intimamos algo con las camareras; una de ellas me gustó desde el primer día, la otra era más descarada y descocada. Muy de diva iba, aunque a decir verdad, le sobraba algún que otro quilito, no era tan fina como la que me atraía.

Charlábamos y charlábamos, mientras nos tomábamos la botella de güisqui que había comprado la vez anterior, la acabamos entre él y yo, estaba llena en las tres cuartas partes.

Hubo un problema al principio con la botella; supongo que el dueño pensaría que ya no iba a volver más por allí; cuando me vio aparecer y reclamar la botella de güisqui, le sorprendió, pero al final me dio una, la que sospeché que no era la mía, ya que ésta estaba, lo juraría, más llena que la que habíamos dejado José y yo. Bueno, fuera lo que fuera, la terminamos esa vez entre los dos.

Las niñas estaban bien, pero ninguna de las dos se decantaban a nuestro favor. Al final cerraron y me quedé con las ganas. Quizás Javier no tuviera esas intenciones.

Me había dicho Miguel, que teóricamente Javier, por su condición, no podía beber. Pues cuando estaba conmigo, bien y abundantemente que lo hacía.

Total, que cuando aquello cerró, nos fuimos buscando otro bar, unos estaban muy concurridos, pero todos los que veíamos estaban llenos de adolescentes; se nos notaba perdidos. Caminando, caminando, nos metimos en otro, en el que Javier se puso a hablar con un valenciano. Por mi parte, enseguida, y por la experiencia que tenía con José, y temiendo que pudiera enfadarse con el otro, le comenté:

—Cuidadito, que no estás en tu tierra; debes respetar ésta y a sus habitantes.

Eso es lo que yo hacía, y pensaba que era lo mínimo que se debía hacer. Al final creo que quien estaba más borracho era yo, pues le daba constantes golpes a Javier, haciéndole señas para que se callara. Su interlocutor se molestó conmigo, Javier, no me explico por qué pero lo cierto es que no se enfadó conmigo, quizás porque supusiera (bien supuesto, aunque yo no lo creía así) que estaba borracho, o bien porque fuera mayor que él, o bien porque creo, y casi aseguraría, porque era yo el que pagaba las copas. Ya, Javier me había dicho antes de salir:

—Pero, yo no tengo dinero.

e-libro.net

—No te preocupes, que yo te invito —fue mi contestación.

Como siempre, el motivo que más pesaba era el del dinero. Y para variar, yo era el tonto del bote. A veces pienso que la gente me tiene por bobo, y por encima de eso, por rico; pues no, no soy ninguna de las dos cosas, y si algo soy, soy un poco de lo primero. Ya conocen alguna de las peripecias de mi vida, y lo poco que tengo, ya saben lo que me ha costado conseguirlo; si seguía manejando algo de dinero, era porque a mi edad, seguía explotando a mi madre (si creen me había olvidado de ella, están equivocados).

Después de aquel día, tuve la sensación de que Javier intimó más conmigo. No puedo decir que me ocurriera lo mismo a mí con él, entre otras, cosas porque veía que no mostraba sus sentimientos, que ya digo que podía ser que fuera porque no supiera, aunque creo que los sentimientos están por encima del lenguaje. También podía ser como Miguel me había dicho, que los sirios se la pegan a uno al principio o al final, pero siempre se la pegan.

Aquello iba tomando cada vez más aspecto de familia, se estaba cada vez mejor en el piso; cambió para bien, no en cuanto a limpio pero sí se respiraba una cierta armonía y concordia.

El cabeza de familia, el que tiene la llave de la despensa, como dice mi madre, era un servidor, y no es que fuera rico, pero es que los otros tampoco lo eran, y encima algo se hacían pasar por más pobres de lo que eran. A juzgar por la ropa, sí parecía yo el rico, y eso que me consta que soy un pobre muerto de hambre, pero ahora sí veía que había gente mucho peor que yo.

Tenía Miguel un amigo por el barrio, que era un auténtico drogadicto, estaba todo el día de coca, pastillas y pinchándose, tenía una mujer de la que se había separado y un hijo al que no podía comprarle nada. Estaba lleno de problemas; de vez en cuando le invitaba a un café, le decía que le invitaba a lo que quisiera menos a alcohol. En alguna ocasión que me vio de chaqueta y corbata me diría:

—La gente se va a creer que ando con policías.

Todo por verle con alguien que si de algo pecaba era de no ir siempre enchaquetado.

Es curioso, Miguel me decía que tuviera cuidado con este o con aquel, con todos menos consigo, que sinceramente pienso que es de quien debía temer. Pues al final, me daría más que impresión, la certeza, de que me estafó. Vayan ya juzgando ustedes.

Estaba cerca el día que debía irme a mi tierra. Un buen domingo, cuando estaba haciendo tiempo para ir a almorzar, mientras Miguel hacía la comida, en eso llegaron dos chicas al piso: dos prostitutas, una, la que me estafó y con la que no pensaba ya volver yacer con ella, y otra que tenía todo la pinta de tener el SIDA.

Las llevé al salón, para no meterlas en mi cuarto. Ahora estaba en otro, y ellas al no saberlo, no insistieron en ir a él, pues le habría comentado que era excesivamente chico.

Por lo que pude averiguar, venían de haberse “tirado” a uno que no les pagó. Parece ser que pasaron toda la noche con él, y al final las puso en la puerta de la casa.

Venían pues, a sacar algo de dinero al subnormal de Fijoleis. Las invité a café.

Ellas insistían en acostarse las dos conmigo, pero yo les dije:

—No tengo dinero, estoy resacado, y me acabo de masturbar.

Esto era verdad aunque si hubieran sido otras más guapas, quizás no las habría rechazado. Ellas me respondieron que me cobrarían baratito, unas dos mil por cabeza.

Esto me sedujo, aunque pensé que algo me ocultaban, que estaban muy risueñas. Cuando les fui a preparar café, Miguel me dijo que no se me ocurriera invitarlas a comer. Le respondí algo como que no se preocupara, que ya intentaría echarlas.

Eso hice, con la disculpa de irnos a tomar algo, las llevé no a La Pau, sino a otro que estaba en un sitio alejado y en dirección opuesta a ese. No quería que me vieran en tan mala compañía, más de lo que ya me habían visto. Aunque si hay algún culpable de ello era yo y mi poca cabeza.

Total, que las llevé lo más lejos que pude. Allí bebimos cervezas, la mía sin alcohol, y ellas unas cañas, pues el día se prestaba a ello.

Después de quince minutos les comenté que me iba, y que les dejaba dos mil pesetas para que pagaran aquello y para el taxi. Fueron las mejores dos mil pesetas invertidas. Le dije a la que me estafó:

—No me vengas a buscar, que yo cuando tenga ganas sé dónde encontrarte.

Cuando me fui, me sentí liberado. Un día, hablando con Viqui me insinuó que yo tenía mal gusto con las mujeres; que la embarazada todavía (me enteré en ese momento que lo estaba), pero que la otra era feísima y

e-libro.net

seguro que me pegaría cualquier cosa, el SIDA como mínimo, pues era seguro que lo padecía. Yo también lo pensaba, y me disgustaba ver lo mal que iba mi vida.

Miguel se pasaba los días enteros viendo la tele. Desde que tenía doscientas o trescientas pesetas, se las jugaba a los ciegos, la lotería, las quinielas, etc., todo era válido, y "él entendía de eso muchísimo".

Se habrán percatado de que efectivamente, era un auténtico ludópata. Recuerdo cómo fue un día por mi cuarto a pedirme dinero para invitar a su hijo al menos a un refresco, Le comenté que no tenía dinero, pero si quería le dejaba la tarjeta de crédito del "Santander", para que él mismo lo sacara.

La cogió y le apunté el número secreto.

Según le escuché decir a unos amigos, tal prueba de confianza le asombró. A mi también algo, es más, cuando fui al banco a sacar dinero para mí, no consulté los últimos movimientos, para ver si había sacado más dinero o no, por comodidad, y porque no quería saber si era o no ladrón, me repetí: "Confía en él, seguro que no te defraudará".

El día de la visita de las chicas de mala vida, cuando regresé al piso, estaban molestos mis compañeros, les conté lo que pasó, y por fin, la comida la hicimos en armonía y buena cordialidad.

Entre semana, la vida transcurría entre el estudio sobre ortopedia y la lectura de novelas. Había ido a comprar libros con Miguel; fue tal la ganga, que me hinché a comprar, de tal forma que después no sabría cómo llevármelos. Como no tenía idea más que de una agencia que llevaba paquetes por transporte aéreo, contraté sus servicios, aunque me cobraron carísimo, con lo que la oferta y el acopio de libros, no salió tan barato como imaginé en principio. Parecía que pagaba uno su peso en oro. Eso sí, iban al piso a buscarlos, y después en Las Palmas, me lo llevaron a mi casa. Uno pagaba la calidad del servicio, que días después, vi que no era tan buen negocio, pues me salía eso excesivamente caro.

No lo pensé, pero debía habérmelos llevado en el avión conmigo, pues al llevar menos bultos, seguro que no tendría que pagar exceso de equipaje.

El día antes de regresar al archipiélago canario, le dije a Miguel de ir por ahí a cenar; aceptó y me llevó a un bar de uno de sus múltiples sobrinos. Allí comimos viandas y bebidas típicas; según me decía él, todo de primera calidad. Nos pusimos a tope. Ya no podía más, cosa que le dije, aunque eso no fue motivo para que siguiera comiendo hasta el hartazgo. Bebimos hasta no poder más, más de una botella de buen vino para cada uno.

Me explicaba Miguel las excelencias de la cocina y bebidas de esa magnífica tierra, de la que él me decía:

—Valencia es la "Huerta de España".

Y le creía, aunque no tenía idea exacta de qué significaba el concepto, pues lo que yo conocía de su tierra, eran casas y más casas. Me hablaba de la albufera, pero yo no la conocía. Ni bien la llegué a conocer.

La cuenta, incluido los puros, fue salada. Los puros no tenían ni punto de comparación con los que fumaba en Las Palmas, de mis amigos casi todos; pocas veces fumaba comprados por mí.

Miguel no recuerdo si tenía once hermanos o con él eran once hermanos, algo de esto era. Con ninguno se llevaba. Le hablaba de mi madre, de quien decía que era la persona a la que más quería. A él se le había muerto la suya. Según me dijo de ella, cuando le partió la pierna el tren, y al ver ella que la familia le traía una mala noticia, dice que dijo:

-¿Qué me vienen a decir, que a Miguel un tren le ha cortado la pierna?

Esto me asombró y me sigue asombrando. ¿Llega a tanto la sabiduría de las madres? No puedo creerlo, a pesar de que él lo dijo como una gran verdad.

No me lo contó ese día sino en otra ocasión, más que día, fue esa una noche de juerga y lujuria. Cuando estábamos hasta las heces de tantos manjares, pagué, caro me pareció, si miramos la calidad del restaurante, al que ni siquiera creo debiera calificarse como tal; un bareto, y de tamaño más pequeño que La Pau. La comida no fue mala, pero el servicio tampoco era muy esmerado. Según dijo Miguel, nos cobró barato, pues allí todo era de primerísima calidad. Tal como me dijo mi compañero de piso, si así se le puede llamar, allí iban directores de banco y demás gente importante. Uno por esas fechas, no consideraba importante a los directores de banco; ojo, no me refiero a directores de grandes entidades o a los presidentes, sino a los de pequeñas sucursales como a la que iba mi madre en Las Palmas. Recuerden que en su día había hecho migas con un director regional, Luis Cosmen, y quien sí me parecía importante, aunque sabía que más lo era su jefe.

Cuando ya estábamos ebrios por el alcohol, Miguel dijo de ir a un puti-club que él conocía.

Allí fuimos, y vimos a un par de mujeres que se nos acercaron, yo estaba muy mal vestido pues no pensé en ir a ningún sitio de noche y Miguel me había dicho que íbamos a ir por el barrio. De todas formas estaba tan

e-libro.net

embriagado, que todo me daba igual. La que se me acercó a mí, no llevaba sostén, y se le entreveían los senos, muy rozagantes y apetecibles. Le dije que cuánto cobraba por la noche; me lo dijo, barato, pensé y esta seguro que es mucho más guapa que la otra.

Había un problema, el eterno problema, tenía una hija que no se dormía hasta que ella llegase. “Pues mira que su hija trasnocha para ser tan chica como dice” pensé.

Miguel, mientras, y seguro que tan o más borracho que yo, contaba, o mejor gritaba cómo él había trabajado para Onassis, tanto lo decía que llegué a creerlo. Es más una vez me contó que cuando había algún gran evento, el potentado, hacía buenos regalos a todos sus trabajadores, que no eran pocos, no. “Eran unos juegos de perfumes y cosméticos”, me aclaró. Ciertas cosas que decía tenían poca consistencia, así por ejemplo, que a veces iba algún prohombre, y entonces, los sirvientes, husmeaban y observaban escondidos; después, cuando se iban estos, ellos comían y bebían lo que sobraba, supongo que era más que lo que los invitados consumían. Nunca me dijo cuáles eran sus visitas.

Esa ramera, la que se me acercó, y que me parecía tan “fresquita” y hermosa, me dejó a cien.

Al poco, dijeron que era hora de cerrar. Pagamos y nos fuimos a otro que estaba a escasos metros a su lado; Miguel era el que dirigía, se conocía demasiado bien su tierra, como por haber estado más de media vida viajando, y por lo que en él veía, la otra media viendo la tele.

Me había quedado con las ganas, sus tetas se parecían a las de Águeda, y hacía tiempo que no veía unas tan jugosas.

Fuimos al otro, allí se nos acercaron dos negras, macizotas. ¿Saben a qué me refiero con estas palabras?, a esas mujeres rellenas pero de carnes prietas.

No porque fueran negras, sino porque me había quedado con las ganas de la otra, fue el motivo por el que no me llenaron, y eso que hacía tiempo deseaba tener contactos con alguna de esa razas, por probar más que nada a ver cómo era.

El precio por lo que quedaba de la noche, era alto, muy alto, y accedí; por qué, ni idea; quizás ni siquiera ella pensase que aceptaría.

Le pagué allí mismo todo el importe con tarjeta. Miguel no dijo nada, pues ya sabía cómo era uno cuando se me ponía la fulana a tiro. Digo fulana, pues eran las únicas que lo hacían, parecía que las “decentes” o las que así se hacen llamar, no se acercaban a mí. Intenté ver en el papel a firmar, cuánto me habían cobrado, pero estaba demasiado bebido y el local a oscuras, como para ello.

Tomamos un taxi y nos dirigimos a mi piso.

Fuimos al cuarto, y cuando ya nos íbamos a enrollar, se untó la vagina con una crema de manos que me había comprado por aquello de que se me estaban estropeando de tanto fregar la loza. La cogió al azar, que fue otra cosa que también me sorprendió, pues podía ser para cualquier cosa, a no ser, cosa poco probable, que ella conociera la marca de antemano.

En fin, cuando vi lo que hizo, me dio un vuelco el estómago, pensando “¡mi madre!, ¿y así es como cuidas de tu cuerpo?”

Lo único en que me fijé, fue que su vagina era rosada, y que era muy distinta al resto del cuerpo color ébano (al menos así lo llaman otros novelistas).

Perdí el conocimiento, por lo que no recuerdo lo que hicimos, no porque no lo quiera contar, que ya a estas alturas, poco me importa, no, sino que no me acuerdo, mas que me despertó y me pidió dinero para un taxi. Me extrañó tanto el que no me lo robara de la cartera, que agradecido le di dos mil pesetas. Me volví a acostar, y a las pocas horas me desperté para marcharme, tras previamente despedirme de mis compañeros.

Miguel me diría más adelante que lo había dejado allí solo y sin dinero para regresar; y que cuando una mujer me hacía caricias, enseguida me volvía loco.

Pensándolo bien, parecía que no quería enriquecerme rápido, sino todo lo contrario, arruinarme y en mi caída, arrastrar a mi familia, lo más apresuradamente posible. Mi caída en picado era caótica y evidente. Sí, hacía algo por mi futuro, en beneficio de él, tal era una de las finalidades del cursillo, pero luego derrochaba el dinero trasnochando por ahí, etc.

Total, que dormí un par de horas, me levanté, preparé y me despedí de Javier y Miguel. Anteriormente, les había mandado una postal a la propia casa, felicitándolos. También se las mandé a mi familia y a Totó.

Les llevaba regalos para mis familiares, y a los amigos tan sólo para el Lu, a quien llevaba compactos de música clásica, libros de literatura y turrón, especialidad inigualable de la tierra valenciana; según me dijeron en la

e-libro.net

tienda a la que me llevó Miguel a comprarlos, su calidad era suprema (así costaban), y que en Las Palmas, se vendían en una tienda de lujo. Llevé un par de tabletas para cada uno a los que iba a regalar, salvo a mi madre que le llevé el doble.

En fin, cogí el avión y nos llevó a Madrid, pues el que iba para Las Palmas salía de la capital. La ida a la Villa, la hice sentado al lado de un chico que parecía de una de esas religiones, en las que se les pide que vayan bien vestidos, con corbata; yo iba pegado a la ventanilla, y me iba leyendo un libro que hablaba sobre ciertas novelas de Cervantes. Él iba estudiando algo, aunque no parecía que fuese muy voluminosa la materia a estudiar. El libro que llevaba lo había comprado donde Miguel me había llevado, digo esto, pues me había también comprado otros libros por los alrededores de la casa donde residía, así me iba a algunas calles un poco alejadas y allí veía sobre todo las ofertas de colecciones por fascículos, las que aprovechaba para comprarlos.

En Madrid nos retuvieron mucho tiempo, horas, una vez ya subidos al avión, bien por aviso de bomba, o por lo que fuera, lo cierto es que un azafato dijo:

-Disculpen las molestias, pero es que faltan dos pasajeros, el Sr. Guerra, y ... –el otro no lo recuerdo.

Como verán se me quedó el apellido de Guerra, por lo del socialista, seguro que era un cuento chino, y no sabían qué decir por la demora.

Me fijé por la ventanilla, y vi cómo cargaban unas cajas enormes metálicas en la bodega del avión. Quizás esas cajas eran la causa de la demora; tal que les avisaron que aún no habían llegado y con las que era preciso zarpar; poco después, despegamos.

El avión era enorme; iba lleno de estudiantes, como yo, de regreso al terruño. Pensé y no creo equivocarme, “La mayoría de estos estudiantes deben ser de gente rica, pues ir a estudiar a la capital del reino, tiene que salir muy caro, y después encima los viajes, y la ropa se ve que es de buena calidad”. El trayecto (no sé si se llamará también al recorrido del avión, o travesía), fue sin incidentes, todo normal.

Al desembarcar, una nota, uno de los estudiantes, llevaba una camisa igual a la que yo llevaba; afortunadamente llevaba encima un jersey, el que siempre usaba para viajar, no me avergoncé pues por ello. La camisa, de muy buen gusto, como siempre también me la había comprado mi madre.

Me fueron a recibir Camacho y el Lu; iban en chándal, cosa que me extrañó, y me dije: “Qué poco gusto en el vestir tienen mis amigos, para ir a un aeropuerto”, pero esto entre ellos, no era extraño; sobre todo esos dos, siempre se han caracterizado en el poco gusto en el vestir; no les viene ese poco gusto de la falta de medios; no es que sean ricos pero tienen sus trabajos, que para vestir les da, ya que no tenían ninguna obligación económica, pues no tenían familia que mantener, así que bien podían gastárselo en ello. De regreso a mi casa, me puse privado al ver a mi madre, a la que religiosamente llamaba todos los sábados. Ella nunca me contaba cómo estaba, sino que me preguntaba por mí, cuando la pobre es ella quien tiene más responsabilidades (al menos eso dice). Creo que las madres sufren por todo y por todos los hijos, cuando no es por una cosa, es por otra, cuando no es por un hijo, lo es por otro; eso le ocurre a la mía.

De todas maneras, mi madre ha sufrido mucho conmigo, pues siempre he sido el más enfermizo y el más golfo. Esto ahora, al menos lo último, espero que esté cambiando; en ese año, no hace de ello tanto, era sin duda cada vez más degenerado, aunque pareciera que era más serio.

Cuando entraba en el avión, por la puerta de primera, y con destino a la clase turista, me observó un ejecutivo, al que yo también miré, y enseguida comprendimos ambos, que para nosotros lo más importante es la lucha (por el poder, por el dinero, o simplemente por el mero hecho de la lucha en sí) de día a día, de semana a semana, de mes a mes, de año en año, de vida en vida.

En Las Palmas, todo seguía igual, las chabolas, cada vez peor, y cada vez se vendía más droga en ellas. Se maneja mucho dinero frente a mi casa. Al lado de las chabolas, en la que antiguamente fue sala de fiestas, estaba la Iglesia Coreana.

El día de la llegada, lo pasé con mi familia, ya no hacía como cuando venía de La Laguna que me iba a emborrachar desde que llegaba, ni siquiera a tomar una tapa, nada de eso. En todo caso, lo que hice fue ir a hablar con el Lu, si es que lo hice, pues no recuerdo exactamente. Le di los regalos al Lu, y no me dijo nada, ni gracias ni nada por el estilo. Esto me jodió, “¡coño! ¿le parecerá poco?” Me preguntaba.

Estaba ansioso por gastar, y eso fue lo que hice. No de entrada, aunque sí poco a poco.

Tenía unos ahorrillos en el banco, y Pine me pidió dinero, pues estaban faltos de éste; me pidieron una parte de lo que tenía, me quedaría yo al final con poco, que a su vez se lo brindé a Maru, quien me dijo que se lo preguntase a Pepe, cosa que hice, él, pensando un momento, me dijo:

e-libro.net

-No, no gracias.

-Pues entonces se lo doy a Pine - fue mi contestación.

-Sí sí.

Se lo ofrecí a Pine y ella lo aceptó; supongo que con los pedazo casas que se estaban construyendo, les haría falta, mucha falta.

Los dos del matrimonio, eran profesores, y aunque tenían unos ingresos mínimos de medio millón mensuales, no les alcanzaba; imagínense el nivel de vida que llevaban. Según decía Pine, no querían hablar de su casa, pues les estaban creando demasiados problemas. No me han dicho cuántos metros tienen estas, pero, tanto la de Maru como la de Pine, son inmensas; de todas formas, quizás, y hablo por los últimos años, aunque ya estén construidas, que no pagadas, me parezcan un poco endebles, esto puede deberse a que no tienen casi muebles, y no se ven más que grandes espacios, se mire donde se mire.

Como tenía la fiebre de comprar y comprar, me fui al Corte a ver los libros que estaban en oferta; algunos compré, pocos. Luego fui a la compraventa de libros usados, en la calle Montevideo, en la que espero que siga estando el mismo negocio. Allí estuve buscando y buscando, y cuál no sería mi sorpresa, que entre unos libros de saldo, encontré uno de mi cuñado. Ese sería el principio de un seguirle la pista a parte de su posterior producción literaria. Hoy, me he hecho con unos siete libros de él, uno incluso dedicado por el gran autor de éxito que es. Les iba a decir que lo malo de él es que no duraba mucho en los trabajos, pero quizás yo sea el menos indicado para tratar este tema.

Siempre que hablo con Saso, pregunto por Juancho, no por su salud, sino por sus novelas, y ella me informa, aunque a veces debería decir que me desinforma, pues o bien Juancho es muy inestable, a la hora de empezar y acabar una novela, o mi hermana no sabe nunca de lo que trata lo que está haciendo, pues no creo que haya habido una vez que me dijera que trama iba de tal cosa, y al comprarla, viera exactamente que no trataba de eso. Siempre trataba de lo contrario. Pues sí, el libro, el primero que tuve de él, me costó barato, no me lo leí en Las Palmas, sino que me lo llevaría a Valencia y allí lo leería.

Al par de días, el Lu me diría que no había cambiado nada; tuve ganas de preguntarle que me dijera en qué quería que hubiese cambiado en tan poco tiempo, pero me callé, como se diría hablando bien: me abstuve.

Un día, pasada la noche de Navidad, fui a casa del Lu, allí nos pusimos a beber cava y güisqui hasta que nos quedamos hartos; después nos entró la calentura y pensamos en ir a un puti-club, pero no de chicas enseñando las tetas, sino para follar con ellas, a ser posible, allí mismo, en camas.

Como el Lu no tenía periódico, fuimos a mi casa, donde en uno de esa semana, vimos un teléfono y la dirección. Llamamos muy cerca de mi madre, tal era el “coloque” de alcohol que llevábamos (no respetábamos a nada ni a nadie). Al final, está claro que mi madre se enteraría de lo que estaba haciendo y supongo que no le debía gustar lo más mínimo, aunque se lo callaba. Sólo me dijo una vez:

-Ten cuidado con esas mujeres.

Dándome a entender que no sólo por el dinero, aunque me estaban llevando a la ruina, sino también por la salud.

Yo pensaba lo mismo: “O salgo con Celeste pronto o no sé qué va a ser de mi vida”.

Pero bueno, vayamos allí, a aquella noche.

Nos metimos en el que creíamos que era al que habíamos llamado. Al final vimos que nos habíamos equivocado, pero nos quedamos allí. Me entusiasmé al ver una jovencita, jugosa, con unos labios sensuales como pocas veces los había visto; su cuerpo, estaba bien, francamente bien, pero lo que más me llamaba la atención era su bien cuidada cara; de verla por la calle, nunca pensaría que se dedicara a ese tipo de vida; todo lo contrario, diría que era una de o para estar en la “jet”, aunque yo desconocía a esta por completo, salvo lo que se ve en las revistas del corazón, a las que mi madre es tan asidua, y yo acostumbro a hojear. Me relaja ver esas fotos, y esas grandes mansiones, que por el momento pensaba inalcanzables.

Hoy pienso que hace falta ser muy listo y muy trabajador, para optar a una de ellas, o bien cómo no, pertenecer a las familias que las tenga.

Desde el principio esta joven me entusiasmó. Nos fuimos cinco a una bañera circular, y allí empezamos a charlar y jugar; una de ellas, toqueteando al Lu, le cogió la polla y dijo:

-¡Mi madre, qué grande!

Eso le entusiasmó tanto que se fue con ella a la cama, tras secarse con unas toallas blancas. Pudiera ser que fuera un truco, pero ilusionó mucho a mi amigo de hacía tantos años.

e-libro.net

Al final me quedé con dos, la sensual, y otra muy basta, pero en fin se acercaba lo que andaba buscando, el trío.

Cada chica costaba quince mil pesetas (según me enteré después) una hora. Aparte el cava otras quince mil. Vayan sumando y observen que forma de gastar un dinero que me daban, tanto mi madre, como el estado.

Cuando salimos de aquel cuarto al de al lado, vi al Lu encima de la que estaba en la bañera a su vera. La bañera era enorme, de color marrón y había que subir un par de peldaños para entrar en ella, donde todos bebíamos de la botella que yo pagaba. No recuerdo si la del Lu la pagué yo o no, aunque ya me estaba inflando los cojones tan innecesario gasto.

Observen que hacía esta vida después de convertirme, y estando enamoradísmo de una chica; total que estaba dispuesto para la beatificación de mi persona por el Sumo Pontífice.

En síntesis, me quedé otra vez con las ganas de eyacular, pues a una de ellas, la más fea, le entró la prisa; no esperaron ni a disimular que una se corría, o intentar que yo lo hiciera. No, le entró la prisa y eso fue suficiente para que las dos recogieran. A la hermosura de mujer, le dejé mi número de teléfono y le dije que me llamara al martes siguiente, eso era un viernes o un sábado. Nos vestimos y me quedé con las ganas.

El Lu, según parece, y afortunadamente para él, ya había terminado, aunque con las veces que se masturbaba a diario, me imagino que no fuera difícil que se corriera tres o cuatro veces en media hora.

Salimos y nos fuimos a la barra del local. Allí, la que había ido conmigo, “la guapa”, se puso a hablar con un pureta, mientras el Lu y yo nos trasegábamos un güisqui barato, aunque allí nada lo era. Menos mal que no me dio por presumir con güisquis de marca, pues de hacerlo, la suma habría sido de escándalo. Ellas cobran por adelantado. Una vez terminada la copa, le insté al Lu para irnos; él al igual que siempre, tan callado allí donde fuéramos, a su casa o a la mía, accedió.

Salimos del local y le mencioné de comer algo enfrente, él me contestó:

-Yo no tengo dinero.

“Pero Antoñito siempre tiene”, me dije, ya quemadísimo de pagar siempre.

Por si fuéramos pocos, parió la abuela, sí, por el cabreo que tenía, y como eso era sano, pedí una botella de vino tinto con el solomillo. Él casi no bebió, y a mí el trozo de espalda magra y el vino, se me atragantaron sobremanera, hasta el punto que pensé, “ya esto se va a acabar, pago continuamente yo, y a mí nunca me invita nadie”. El único que lo hacía era Tomás, y no le dejaba que lo hiciera, más que cuando era para devolverme algún favor.

Esta vez, sabía que ella, la guapa, no me llamaría, por lo que no me hice ilusiones.

Había huelga de pilotos de Iberia, por lo que tuve que ir a Viajes Halcón a reservar una plaza; aquello estaba hasta los topes, a reventar. Salí, pero una vez en la calle me pasó por la mente “y si no lo saco ahora, ¿cuándo y dónde lo sacaré?”. Reculé y me metí nuevamente en la agencia, donde tuve que esperar algo más de una hora, de pie; menos mal que había alguna que otra chica guapa, y así se me pasó el tiempo, dándoles soslayadas miradas, y evitando sus ojos cuando ellas me miraban, y mirando con fruicción cuando ellas se despistaban.

Cuando me tocó la vez, la chica que me atendió estaba agotada, se le notaba, seguro que llevaba un tute de órdago. Intenté no ser pesado, después de buscar me dijo que el único avión que había era sólo para el día de reyes a primera hora, no recuerdo si para las siete o las ocho de la mañana. Lo confirmé y pagué. Ella me dijo que en caso de que se suspendiera la huelga, que habrían más vuelos y podría coger el avión otro día. Me hicieron el descuento por ser residente, aunque ya no usaba los otros descuentos de antaño. También confirmé la vuelta para después de Las Fallas, la confirmé para evitar problemas, y para que me saliera más barato el pasaje. En caso de querer cambiarlo, lo podría hacer avisando con tiempo de antelación.

Con mala cara, me fui a mi casa a contarle la mala noticia a mi madre. Me supongo que eso la entristeció, como a mí, pues eran las primeras fiestas de ese calibre que no pasaría con la familia.

Al final la huelga se suspendió, pero por no tener que hacer la cola nuevamente para cambiar el pasaje, preferí dejarlo como estaba.

Estudié algo en Las Palmas, poco, pues aproveché para ver a todos, y felicitar a unos cuantos familiares. Hacía tiempo que no daba las felicitaciones a mis seres más allegados, posiblemente por darlo por sobreentendido.

Como ya era costumbre, el fin de año no salí, le pedí a mi madre el favor de invitar al Lu, pues si no, él lo pasaría solo, bueno, con sus tíos, pero ellos nunca estaban juntos. El Lu se llevaba mal con la tía.

e-libro.net

Para mi asombro, fue vestido de chaqueta y corbata; yo estaba con unos vaqueros y una camisa de manga larga a cuadros. Me puse esta ropa al ver lo bien vestido que mi amigo venía. Al Lu le dan unos dolores de estómago de auténtico escándalo. El Lu controla mal su enfermedad, al que he visto tomar leche en abundancia de un golpe(un litro más o menos) y antiulcerosos a la patada, para paliar los dolores, y acto seguido, ir de comilonas y de copas. El que más bebía, e inducía a los demás a beber, era el Lu, yo bebía porque lo daba por hecho, pero no me daba cuenta, que de lo que huía de Charli, lo tenía ahora con el Lu. Tenía mucha más confianza con éste último, pero o bien estaba insatisfecho con su vida, o tal vez era un auténtico amargado, lo cierto es que el Lu, salvo raras excepciones, nunca me contaba ninguno de sus problemas. Quizás sí lo hiciese con Guillermo, pero conmigo muy poco, y eso que estuve a su lado en los momentos difíciles.

Un día, mejor una noche que estaba de juerga con el Lu, vimos a su tío, trabajando de basurero; él lo saludó efusivamente, pero a mí me entró la desesperación al pensar: “Dios mío, este hombre trabajando en un trabajo puto, y uno aquí, vestido de niño bonito, estúpido en definitiva y de juerga, gastando el dinero que tanto cuesta a otros ganar”. Esto me impactó mucho. Durante mi estancia en Valencia, se moriría ese tío. Al final no me he enterado de qué; no sé si fue de cáncer o de cirrosis. Llamé al Lu para saber de él, y cuando oí el mensaje, en el contestador, de que había ido al entierro, me quedé de una pieza: “Dios, cómo se le van los familiares al Lu”, me guardé para mí, entristecido.

Pero sigamos en Navidades. El Lu, después de cenar en mi casa, que lo hizo durante dos o tres años seguidos, salió por ahí con los amigos, e insistía para que yo saliera con él, pero tenía la experiencia de otros años y no quería repetir.

El Lu, cuando iba con él, siempre usábamos su coche, pues yo no me había comprado ninguno; era tan agradable no tener que coger taxis, y también más barato. Él, salvo si íbamos al Sur, nunca me hacía pagar la gasolina, lo que no puedo decir de otros amigos. El coche era nuevo, un utilitario pequeñito, de color rojo brillante, era un Ford, muy acogedor, muy rápido, muy nervioso, pero me daba la impresión de que la carrocería no aguantaría un choque muy fuerte sobre todo frontal, era el que más temía, pues a veces se lanzaba de forma alocada por las carreteras de la ciudad. Daba por descontado de que los frenos no le iban a fallar. “Sí, pero ¿y si fallan?”, me daban ganas de decirle, no sería la primera máquina que falla. Cuando lo veía correr como un loco, sobre todo para reírse de mí, me daba la sensación de que era un cabeza de chorlito, pues exponía nuestras vidas, por nada.

Hoy he pensado que el lenguaje que utilizo para referirme al sexo, no es el más indicado para un sanitario (si es que lo soy). Debería decir: el coito, o el acto sexual, o cosas por el estilo, en fin, lo tendré en cuenta. Como siempre me quedaba tan mal con las chicas de vida fácil me tenía que masturbar a cada momento, para lo cual, nunca, o eso creo, usaba la imaginación, sino que lo hacía viendo revistas porno, de ahí quizás mi vocabulario tan soez en ese tema. Han visto como he usado la masturbación en lugar de decir una “paja”, y es que esta palabra no me gusta casi nada, creo incluso que no se usa en la jerga de la pornografía; ahora no lo tengo muy claro.

Una tarde fui a El Corte Inglés a comprar un par de libros para mis compañeros de piso, a los cuales recordaba. Vi la Biblia que me había regalado el Lu, y en lugar de comprarla para ellos y enterarme de paso del precio, preferí seguir en la ignorancia a pesar de que sospechaba que no era muy cara, todo lo contrario. Sin embargo yo le compré el diccionario de la Real Academia Española, en edición de bolsillo, en el que me gasté unas cinco mil pesetas. Mi dedicatoria decía algo así: “Al Lu, mi mejor amigo”, mi firma, la fecha y la localidad.

Me da que esto le gustó mucho al Lu, a pesar que a partir de ahí, nuestra relación sufrió una serie de altibajos.

Armando era uno que confiaba mucho en el Lu, otro era Carlos, quien iba siempre a hablar con él de cosas del trabajo. A mí esto me repateaba, y lo consideraba de mala educación. De manera que me llamaba para estar todos reunidos, y ellos se ponían a hablar de cosas que yo ni entendía ni quería entender. Así se podían pasar un par de horas, y yo mientras, de “medio estorbo”, como se decía en mi juventud al jugador de fútbol que no hacía nada.

Otra vez por su cumpleaños, le regalé un par de libros de literatura; sé que eran que a mí me sobraban, pues los tenía repetidos, pero él, ni siquiera tenía esos detalles. Los libros eran de calidad tanto las obras, como la encuadernación.

Reconozco que un día, otro año, pero lo quiero contar ahora, me compró una pipa para fumar, y disculpándose, aunque no tenía por qué, me refirió:

e-libro.net

-Te iba a comprar una para fumar hachís pero como estaba con compañeros de trabajo, y no sabía cómo se lo iban a tomar ellos, pues por eso te la compré normal.

Que dudo que normal se le puede llamar a esa original pipa.

Otro que siempre andaba fumando con pipa era Armando, quien, a pesar de llevar una vida borrascosa, ahora no se drogaba más que con excesos de café y excesos de tabaco de todo tipo. Lógicamente, aparte tomaba enormes cantidades de ansiolíticos, antisicóticos, hipnóticos, antiparkinsonianos y demás medicación que afectaban al sistema nervioso.

Tuvo y tendría épocas tórridas en las que se drogaba con todo lo que tuviera alrededor, y otras de un misticismo total. Estaba muy unido al Lu, con quien hablaba de religión.

A veces, me preguntaba, "y ¿qué hago yo en medio de toda esta gente?" De entrada soy católico, y encima quiero hacerme culto; ojo, que lo cierto es que a ellos les gustaba leer; pero, si a mí me cuesta hacerlo cuando me descentro, no tengo ni zorra de cómo se enteraban ellos, leyendo cosa de un cuarto de hora por día, si es que esto hacen.

Ya está bien de criticar a mis amigos, a los que quiero, y que por eso trato tan mal; supongo que ellos me criticarán, a pesar de que generalmente pienso que soy incriticable. Soy el mejor, a pesar de que tantas veces me autodenigre. Así me imagino que somos todos, o bueno, algunos más que otros, que también hay depresivos, pero entre ellos seguro que se porfían unos a otros diciéndose, yo soy más depresivo que tú, tú lo que tienes no es nada...

Mi madre, que desde que a mí me dio el brote se sumió en un estado depresivo supremo, siempre decía:

-Porque nadie sabe lo que yo tengo.

Intento ahora pasar por una persona normal; desde que me empecé a recuperar del brote lo intento; pero: ¿y qué es normal?, me pregunto. ¿Hay alguien normal? Por un lado los intelectuales quieren saber si tú eres de su misma calaña, y por otro no tienes que separarte mucho del vulgo; bueno de sociología no entiendo nada, así que lo más aconsejable es callarme.

Quizás León, pudiera responderme esto; esto y mucho más: "¿te acostaste y fornicaste tú con Águeda, aquel maldito día?". No debí salir ese día a presentar mi novia en sociedad.

¡Ay de mí!, nadie me aconsejó que no lo hiciera, aunque seguramente no le habría hecho caso. Para estar con esta duda, lo mejor es que sucediera lo que sucedió, que ella me dejara. A lo mejor, si nos hubiésemos casado, a lo que me estaba resignando, no se lo habría perdonado aún, y quién sabe si no me estaría recomiendo mi estómago. Bien está lo que ya no se puede cambiar. O por ahí, ¡yo que sé!

Esas menos de dos semanas de vacaciones, no paré, estuve hoy con uno, mañana con otro, etc. También, cómo no, les llegó el turno a Tomás y Herse, nos fuimos a Santa Brígida, a una pizzería a la que solíamos ir cuando queríamos salir de la capital. No recuerdo ahora, pero creo que en ese año, Tomi, Tomás, ya había comprado el local de la esquina de la calle donde tenía la farmacia. Todavía no se veía clara su idea, pero esta consistió en que el negocio se viera desde la pista, no sólo el cartel, sino la farmacia entera. Mejor situada no podía estar, tenía unas vistas impresionantes, no al mar, o al campo, sino al asfalto. Frente a ella, tierra de nadie, y pasando esta, el matadero; no daba eso clientela a la farmacia, y sin embargo, estimo, sería un foco de infección y enfermedad para la población.

No obstante, ellos decían, los lugareños, que era una empresa generadora de puestos de trabajo, en esto quizás tuvieron razón. Poco más abajo, el consultorio médico, con la doctora que según parece no gastaba muy buen genio, ni mucha salud, al menos estaba con frecuencia de baja.

Bien fuera porque Tomi no le hacía mucho la pelota, o bien por lo que fuere, lo cierto es que la doctora no iba a la farmacia a tomar el café, alegando que allí, en la farmacia, la acosaban los representantes de medicamentos, con quienes nadie o casi nadie se llevan bien, pues los de la farmacia y los del sector médico dicen que son unos pesados. A los médicos, los laboratorios los tienen mimados. No ocurre lo mismo con los farmacéuticos y auxiliares (antiguamente llamados mancebos).

Leyendo un libro de Pío Baroja, allí no deja títere con cabeza, el que estudia y evoluciona, porque como mínimo peca de egocentrismo, fanfarronería y farsante, y el que no evoluciona porque se vuelve en seguida tosco e inservible más que para procrear, tanto ellas como ellos.

La pizza estuvo bien, bueno, normal, una pizza. Lo que ocurría es que me empezaba a faltar temas para hablar con Herse, quien no era muy dada al palique, todo lo contrario que con Tomás, a quien basta (lo contrario a antes) con hacerle un par de preguntas para que se dispare hablando. Era raro, siempre había ambicionado su

e-libro.net

vida, pero ahora eso ya no me ocurría; no digo que no fuera afortunado, con farmacia, una oposición como profesor de B.U.P. de Física y Química, y una mujer, casa propia, dos coches, uno para cada uno, en fin, y dinero para vivir mejor que yo un rato. Pero, ya no me atraía su vida; la mía era un desastre, pero la de él empezaba a ser rutinaria, según me decía, y eso que tenía cosas nuevas que hacer a cada momento.

Me da que aquellos que no se alimentan de los libros se cansan antes, bueno los que toman los libros como medio para un fin; no, mejor debería decir que quien no lucha por algo se estanca y se le atrofia la mente, y ya no tiene miras superiores; seguro que el que no evoluciona es más feliz que el que lo hace, así se dice de los grandes hombres: "porque se adelantó a su tiempo... en el que era un incomprendido", y de los otros se dice: "qué feliz es la ignorancia"

Cuando iba Herse era otra cosa, lo pasaba bien, pues son los amigos que menos me han traicionado, de los que más me han durado, y estaba acostumbrado a tratar con ellos dos, pero prefiero estar solo con Tomás se explaya uno más, mucho más.

Las veces que fui a casa de Tomi, que hubo temporadas que iba con cierta asiduidad hasta que se mudaron, charlábamos de mujeres, de juergas, en fin de las cosas que suelen hablar los treintañeros cuando se están tomando una copa y fumándose un porro.

Bueno, ese día me despedí de ellos y de todos mis amigos; era el cuatro o cinco de enero, y el seis, pronto, debía estar camino de Valencia.

A Javier, y perdónenme los valencianos le cantaba: "Valencia come mierda con paciencia y verás que rica está". Esto que pudiera parecer ofensivo, lo hacía para reírme algo, pues guardo un grato y gran recuerdo de esa tierra.

El día cinco, mi madre me enseñó los regalos de reyes; me gustaron mucho, a pesar de mi frialdad, me quedé sumamente agradecido, eran de calidad, máxime si pensamos que era un parado.

Quizás no supe agradecérselo bastante, aunque dejé todo allí, con la cosa de tener algo que estrenar cuando regresara de la amable tierra del arroz y sus magníficas paellas.

Mi hermano estaba con un par de amigos en la tele. Le pregunté si al día siguiente me llevaba temprano al aeropuerto y me contestó que sí.

Acto seguido me fui a la cama, donde me dormí enseguida. Ya por la tarde había preparado las bolsas de viaje.

En la mañana del seis, me levanté y me duché, mi hermano creo que no se duchó por falta de tiempo. Me llevó al aeropuerto y me extrañó grandemente ver cómo se despejó en tan poco tiempo. "¿Habrá esnifado coca?" me pregunté (el ladrón piensa que todos son de su condición). ¿No sería más fácil pensar que es que está acostumbrado a madrugar para ir al trabajo? Desde hace años está de cartero, y aún sigue en eso, y para ir a su trabajo madruga bastante; supongo que terminará sacando las oposiciones, o se las regalarán y se quedará toda su vida de cartero.

Aunque busca la forma del enriquecimiento rápido, y no sabe que la más adecuada y honesta es las tres "tes": trabajo, trabajo, y más trabajo.

A lo mejor tiene él razón y yo sea el que está equivocado.

Como siempre, en el avión tomé una plaza para fumadores. No iba lleno ni mucho menos. El aeropuerto tampoco estaba muy concurrido. Invité a mi hermano a desayunar, y allí me deslumbró su rápida salida del sueño.

Bueno, no volvamos a eso. Contento porque me llevara, estuvimos charlando un poco y luego me fui a la sala de embarque y él se marchó a Las Palmas, supongo que a ver lo que le habían puesto los reyes.

Desayuné en el avión, y aunque ya lo había hecho un par de veces, no me importó, cualquier cosa para pasar el tedio de los viajes, ya sea de avión como de barco. Prefiero el de avión a pesar de ser más peligroso, por la cantidad de atenciones que tienen con el pasajero.

El viaje fue tranquilo, supongo que el personal de Iberia, estaría emputadísimo por tener que trabajar en un día tan señalado. Son una gente que aunque lo gana, están puteados, encima suelen padecer problemas de circulación y oídos, por las grandes presiones que soportan; el estar siempre en bipedestación sirviendo a los demás, les crea problemas en los pies. En fin, supongo que cada trabajo tenga sus pros y sus contras. Luego sí tienen de bueno, que siempre se hospedan en los mejores hoteles. Por supuesto pagando la empresa. Ya saben que mi hermana es azafata, y por ella sé los inconvenientes, aunque no es que me cuente sus problemas, pero si veo algo sobre azafatas, lo leo en honor a su persona. Así y todo, no es frecuente esto.

e-libro.net

Llegué a Madrid y allí me tomé otro cortado con un cigarrito. Después de tanto desayuno, lo que ocurrió fue lógico, tuve que ir a evacuar las heces a un retrete del aeropuerto de Barajas. Descansé después de eso.

Ojeé los libros en una librería de la terminal, al lado justo de la cafetería. Vi a uno que debía rondar entre los treinta y los cuarenta, que me gustó mucho, era delgado, y vestía con chaleco y traje. No es que me gustara sexualmente, sino su estilo. Sé que al verlo me dije: "Si uno fuera flaco como él, y tuviera dinero para vestir así..." Sin embargo no creo que fuera una persona con gran capacidad de lectura y trabajo, aunque bien pudiera ser que estuviera descansando por lo de las fechas. Vayan a averiguar si era un chófer, o algo por el estilo con su uniforme. No me lo pareció.

Esto y ver bastantes novedades en literatura fue lo más destacado. Después me llevaron a Valencia, sin problemas.

Llegué al piso bastante pronto, y allí estaban Javier y Miguel; me pareció que se alegraron de verme. Me fui a vaciar las maletas y les di los regalos, para Miguel la Biblia en miniatura, para Javier un libro de Dale Carnegie. Aparte de eso, les di los cigarros que me habían pedido, a Miguel no llegué a cobrárselos, a Javier sí. Hoy me arrepiento de ello, y quizás debía haber hecho al revés, y beneficiar más al extranjero, o mejor, regalárselos a los dos, a pesar de ser un tóxico, al que yo también estaba enganchado y los entendía por tanto. Me alegró hacer los regalos, quizás por la cosa de que más goza el que los da que el que los recibe.

Al par de horas de estar allí, me daba la sensación de que nunca me había ido, más exacto sería decir que me sentía como si llevara allí bastante tiempo. Los encontré a mis compañeros tristes; Miguel, como siempre viendo la tele, Javier en su cuarto. Si no me equivoco, fueron los únicos regalos que recibieron.

Creo que ese día fui a comer al bar La Pau, en el que Miguel me dijo que había pasado el día de Navidad, noche para la que habían organizado un gran festejo para la gente del barrio. Era un gran detalle, aunque se sepa que lo hacían por ganar dinero. Miguel me dijo que lo pasó muy bien. Otra fiesta la pasó con un amigo que se quiso suicidar, y otro día, había preparado la comida para Javier y el hermano, y estos llegaron tardísimo, casi Miguel se va a la cama sin celebrarlo. Al final cenaron de mala gana.

Si saco cuentas, me salen más festejos que días a festejar, pero eso fue lo que me dijo y eso escribo. A pesar de lo importante del día, sólo me comí un menú del día, nada de alcohol y nada de postre. Quien no se domina, no llegará a nada, y será el hazmerreír de todos. Pero bueno, sigamos contando mi regreso. Creo que ese día, a pesar de lo sudoroso que estaba del viaje, no me duché en Valencia.

De regreso al piso, me angustiaba algo la mugre que se veía en él; Yésica, la que iba a limpiar, la mayoría de los días no iba, alegando cualquier cosa. A Miguel le atraía, y me da que se la "agenciaba".

Cuando iba a clases, me levantaba el primero, y después de ducharme, cuando estaba desayunando oía a Javier salir a trabajar. Trabajo del que más tarde desconfiaría.

Continuaba leyendo muchas novelas de espías y contraespías, de ahí que no fuera raro que desconfiara de todos, y más concretamente de Javier.

Esos días, mientras llegaba el lunes, los pasé leyendo literatura (empecé a leer a Juancho), y a estudiar ortopedia. Verán que hago distinción entre el estudio y la lectura, y es porque para mí lo hay, el estudio es machacar y memorizar después de comprendido, lo leído, la lectura es sólo comprender lo leído. Que qué prefiero, la lectura, aunque a veces cuando me paso mucho tiempo con literatura, me entran ganas de leer otras cosas, pero precisamente eso es lo bueno de la literatura, que admite todo tipo de historias.

El domingo, Miguel para celebrar mi llegada, hizo una paella de escándalo. Fue algo maravilloso. Intuí que Miguel el que me había llamado a Las Palmas para que le diera dinero, unas treinta mil pesetas, no había comido muy caliente en mi ausencia. En qué se gastó el dinero, no tengo ni idea, quizás en juegos, quizás en reyes para su hijo, cosa que me parece más razonable que lo primero, y que entonces lo encuentro bastante bien invertido.

Javier de vez en cuando, comentaba que se quería ir a Madrid, a la capital del reino. Cada vez estaba más nervioso, ignoro el motivo. Le aconsejaba continuamente, que no fuera bobo, y que estudiase aquí una carrera, a ser posible algo relacionado con el español, que tanto, el título le podía servir aquí, como en su tierra; así, no sólo podría dar clases, sino dedicarse a traducir libros.

Se le veía triste, aunque sólo decía que echaba de menos a su familia, algo a su novia, y sobre todo a su tierra. No le podía ni sabía dar más consejo y consuelo que el oírle. Piensen que la primera vez que salí de las islas, fracasé, y eso que era en el mismo país. Me volví loco, por culpa de la jodida política, y encima pensaba dedicarme a la política del colegio. "No jodas Antonio, ¿pero para qué, para fardar y tener una pizca de poder?, y cómo no,

e-libro.net

porque uno seguro que lo sabe hacer mejor que el otro, que el contrincante". El tratar mal a la amiga de Javier, me podría costar un disgusto, pero no la encontraba una persona carismática.

Una de dos, o era muy inteligente, o tenía un gran enchufe, pues era una periodista de la televisión valenciana, según contaban muy reconocida.

Javier me dijo de ella, que sentía un gran amor por su madre, ya anciana. Pensé enseguida en la mía, a la que no trataba tan bien. Me acordé de ella, supongo que él igual de la suya, se me puso un nudo en la garganta, originado seguramente por el sistema nervioso simpático. Tragué saliva e intenté olvidarlo. Me dijo que la periodista tan sólo era su amiga, lo que no quitaba que ella lo llamase continuamente, no por teléfono, pues no teníamos, ni siquiera un móvil, sino que iba al piso y desde el portero electrónico llamaba y preguntaba por él. Una cosa que me revienta es ser el que tome los recados, no me gusta contestar ningún teléfono, aunque cuando lo oigo, me quedo pensando en si será para mí o para otro. Que la llamada sea para mí es raro, francamente extraño. Cada vez me voy quedando más solo.

Su amiga, llamémosla, a pesar de todo así, era mucho más guapa en televisión que en persona. Usaba ropa seria para salir en la tele; en su vida privada, muy grande, demasiado para una periodista que se precie de serlo, iba de vaqueros y jerseys.

Siempre que ella llegaba, se encerraba en el cuarto de Javier y allí él se hacía té del que me invitó muy poco como les conté, a pesar de que él se tomara eso sí, mi güisqui, y encima unos lingotazos enormes, que todo hay que decirlo. Según las referencias de mi compañero de piso, sus orgías fueron a base de charlas y té.

¿Me preguntan si me lo creo? Pues no sabría qué contestar, y eso que puede ser que los sirios se permitan tener unas cuentas mujeres, que tampoco lo sé, y por tanto no puedo hablar, pero si es así, que se deje de cuentos con su novia a la que echaba de menos. Que así sólo soy yo.

Seguían todas siendo nuevas sensaciones, tantas, que no podía dormir.

El lunes, tenía que estar fresco para ir al curso pero la noche del domingo la pasé en blanco. Como veía el cariz que tomaba dicha noche, me levanté y me puse a hablar con Miguel. Lo pasamos bien, francamente bien. Me atraía mucho la conversación de ese cincuentón, al que el exceso de drogas, lo había llevado a la situación en la que estaba. Es más, dijo que incluso el día de su boda, había ido drogado. Empezando así el matrimonio, ya se pueden imaginar cómo terminaría.

Su conversación me agradaba, a pesar de que a veces me gritaba, y esto no lo puedo soportar, me revuelve la sangre. Es extraño, porque es una cosa que suelen hacer todos los que me tratan, posiblemente crean que soy sordo. Pierden muchos puntos las personas que así me tratan. No recuerdo en qué consistía la charla, pero fue de lo más amena, cuando amaneció me aseé y salí a clase; iba contento pues había sido reconfortante la conversación. Fui de chaqueta y corbata, por eso del examen, examen que la gente, cada vez más se tomaban a choteo. Yo no quería hacerlo, aunque hoy pienso que quizás hice el ridículo al preocuparme por ese curso. Decía desde luego, "es mucho más fácil que la carrera, nada que ver, pero eso no quita para que no hubieran asignaturas duras"; estas solían ser las que daban los médicos, bueno no los únicamente licenciados en medicina, sino algunos como el catedrático de anatomía patológica, era un auténtico fiera, y cuando se ponía a hablar de huesos y músculos, se quedaba solo. Lo ilustraba con diapositivas y transparencias, todo hubiera sido muy instructivo, si uno supiese algo de ello, pero a mí, personalmente, me resultaba excesivo; es más, llegó un momento en el que opté por no tomar apuntes, iba demasiado rápido. Dudo que hubiera alguien que lo siguiera. Ni Lucía que tan aplicada que era, los tomaba, lo dio por imposible. No sólo en esa asignatura, sino en todas. Lo cierto es que nos daban los apuntes fotocopiados, gentileza del colegio valenciano.

Supongo que a partir del día en que me emborraché, caería fatal a Lucía, quien empezaba a vestir de mejor calidad, aunque no variaba mucho. Me imagino que la ropa que usaba le debía costar un ojo de la cara, y que el dinero que sacara con el herbolario no sería mucho. Creo que ellos lo llamaban: "Herboristería". Las demás compañeras, ya afincadas en Valencia, y con sus negocios estables, no habían ido por su negocio a verlo, tampoco nos invitaron a ver los de ellas. María José era guapita, la otra, de la que no les he hablado, no tanto aunque como vestía bien, parecía mejor cosa.

Había uno que tenía farmacia y óptica, que había sufrido una inspección y le habían amonestado por no tener una silla o banqueta en la que sentarse los clientes. Ya se pueden imaginar que allí sus empleados, tampoco lo podrían hacer. Ese farmacéutico solía vestir ropa de marca, aunque tampoco variaba mucho su indumentaria. Más, mucho más lo variaba un servidor, a pesar de ser lo único que tenía, pero, vestí tan mal durante la carrera y la adolescencia, que me dije que ya nunca más vestiría con harapos, tampoco es que vista de marca, pero sí

e-libro.net

intentaba ir a la moda, hoy ya no puedo, y visto con la ropa de rebajas. Sé que hay gente peor que yo, y por eso en ese sentido, en lo de la ropa, ya no me quejo.

Había un señor mayor, también boticario (todos lo éramos, pues el cursillo era exclusivo para nosotros), que hacía preguntas que me dejaban atontado: "¿Cómo puede entender tanto de esto?" Al final me di cuenta de su truco, había sido profesor y tenía la mala idea de ellos, y seguro que vio a algún alumno usar su método (ahora ya tenía farmacia). ¿En qué consistía el truco?, bien fácil: oía al profesor, apuntaba una palabra, al tiempo otra, y con esas dos, le hacía una pregunta que al menos a mí me dejaba patinando.

Por qué se quería hacer notar no lo sé; de él se puede decir al igual que caracterizaba Baroja a algunos de sus personajes, que estaban flacos, esqueléticos y "secos". Un par de veces, un catedrático, el mejor del curso, le corregía las palabras; a saber si le cogió el truco, seguramente sí; era joven y ya tenía una cátedra, pero creo que en ese momento no seguía estudiando con pasión, ahora se dedicaba a trabajar sobre lo suyo y a conseguir dinero lo más fácil y menos molesto, que se pudiera. De todas formas, era casi el mejor del curso.

De mis tres compañeras, María José tenía una farmacia como ya dije, a las afueras, y la otra un laboratorio de análisis creo que en la capital.

Luis venía en coche, y en lugar de aparcarlo en un garaje que había cerca, lo hacía en zona azul, por lo que continuamente salía del curso a poner monedas, eso decía. Tenía un deje Luis, que les comenté que a veces me daba la sensación de que era exagerado.

Él ya tenía sus garbanzos resueltos. No comería todos los días carne y pescado fresco, pero para vivir tenía y por supuesto vivía mejor que uno, lo que no es muy difícil, no; tenía unos veintiocho años, y ya se estaba comprando un piso, según dijo, de lujo. Suerte que ha tenido él.

Esa semana, la mejor de las charlas que se empezaron a dar, fue la de una eminencia en ortopedia, que hacía gran diferencia entre abducción y adducción, el resto de sus explicaciones no se entendía nada, pero se veía que sabía. Su tono de voz me hacía recordar a la de mi mejor profesor de la niñez (D. Juan Lorenzo), tal que pensé que su matiz se debía a que combinaba cigarros, rubios con negros.

Una de los descansos, le hice señas como para que fumara de los míos, que él se lo podía permitir.

¿Seré estúpido?, pues sí, lo soy, en ese momento creía que su gran problema era eso.

Era sordo y creo que disminuía el volumen de su prótesis auditiva (más comúnmente llamado: audífono) cuando se ponía a departir. Era esta minusvalía posiblemente la causa de su extraña voz, pero yo no lo vi así, estaba claro que abusaba de las drogas, y mi cerebro no regía nada bien.

Vestía como el catedrático, y creo que nunca coincidieron en las charlas. El sordo, tenía una hermana en el curso. Los nombres de estos dos grandes profesores no los recuerdo, a este último, también más grueso que el catedrático, le llamaré D. Pedro, que espero no se confunda con el batata de la "Quinta".

A pesar de que hacía calor, D. Pedro y el catedrático iban de chaqueta y corbata, y usaban ropa de invierno. El calor no era constante, y a veces se ponía la estufa debido al frío, otros días en cambio se pasaba un calor sofocante.

Fuimos al mediodía a comer, y allí vi como Manuela y Luis estaban radiantes, muy felices; de ello deduje que habían empezado a salir. No me equivoqué.

Los había llamado de Las Palmas para felicitarlos, cosa que les alegró, supongo, al menos a mí me hubiera pasado.

Una vez le dije a Luis, que él trabajaba porque quería, que bien podría pasar sin hacerlo.

Yo no trabajaba en farmacias porque no quería, pues podía haberlo hecho; estoy seguro que lo que Luis llama trabajar, sea mucho menos de lo que yo hago, y es por ello por lo que salí quemado de C...

El óptico era alto y delgado, o bien porque cuidara su línea, o bien porque lo fuera por naturaleza; una vez se quedó mirándome fijamente, y no supe por qué, tal vez, viendo mi cada vez mayor barriga; encima ese día llevaba un jersey que me quedaba muy justo, por lo que se me acentuaba mi abdomen. Además en Valencia no caminaba nada, pero nada de nada, sitio al que iba, sitio en el que había gente. No me gustaba salir de noche a pasear por el barrio, ya que no sabía qué podría suceder o a quién me encontraría.

Luis empezó a beber menos cerveza, consecuencia de su relación con Manuela.

Un día, Luis me dio sonriente una caja de fósforos de la cadena de hoteles donde estaba él alojado; eso no me causó impresión, pues chucherías de esas siempre había tenido por mi hermana Saso.

Era poco tiempo al mes, una semana sólo de clases, pero cuando ésta era, nos atiborraban a datos y más datos. Estos me desbordaban, y después el no ir al mediodía a mi casa a descansar y evacuar, dormitar y ducharme,

e-libro.net

me dejaba destrozado. Me decía que como no podía obligar a Yuste a hacerme la comida, no podía perder mucho tiempo en hacérmela, tampoco ir al bar La Pau, pues taxi para casa y taxi para el colegio, me supondría mucho gasto.

Cuando salía de clase, ya de noche, iba a coger el taxi a una parada que había camino al piso. Pasaba por delante de los puestos de hippies modernos, con chucherías que tanto les gustan a mis hermanas. Pensaba en comprarles algo, un detallito, como ellas dicen, por ejemplo a Pine un espejo de estilo moruno, y para los demás ya encontraría algo. Un par de veces los recorrí todo alrededor, para ver si encontraba algo; no vi nada que me llamase excesivamente la atención. De todas maneras, tenía tiempo antes de irme, aunque esperaba que no se me hiciera tarde como en Navidades, que lo compré todo a la prisa y casi el último día.

Ya no tenía el respaldo económico que antes, pues mis pocos ahorros se los había dado a mis hermanas; a Maru ya se lo había dejado antes.

El lunes del primer día de clases del año, al regresar al barrio, vi a Miguel y a sus amigos en la terraza de La Pau, motivo por el que me senté con ellos. Miguel me mandó a hacer compras al “super”, esto no me hizo nada de gracia, ya veía que era yo el que iba a terminar pagando la comida de todos (a todos los del piso, me refiero); lo hice a regañadientes, y encima mosqueado de ir a comprar tan bien vestido, cuando por allí me conocían como uno normal de un barrio normal; sin grandes pretensiones, ni ínfulas de grandeza. Ínfulas que quizás tenía, quién sabe, o si quieren, quién lo discute, pero en el barrio, me gustaba estar de vaqueros y de chamarra. Seguramente parecía un pobre diablo, que lo era, y probablemente lo sea, pero no iba faroleando de rico. Cuando uso la chaqueta y corbata, no es por presumir, sino por darle seriedad al asunto.

Aunque a veces me desvíe, como ahora, de lo ocurrido en Valencia, no es tal, pues estos razonamientos los solía hacer cuando estaba allí.

Los trajes que usaba y uso, son siempre los mismos, lo que pasa es que me los pongo en tan pocas ocasiones, que da la sensación de que tengo muchos; es falso, tendré cuatro o cinco. Total, que después del día, me dispuse a dormir. Era presa de una gran ansiedad, pensando en todas las cosas que me había pasado en tan poco tiempo, así me lo parecía. Piensen, que para mí, a veces el mero hecho de salir a la calle, ya es motivo de tensión.

Miguel, también solía trasnochar mucho, por lo que por la noche, como no conciliaba el sueño, me fui a hablar con él. La casualidad es que cuando fui a la tele a tomarme un café, iban a poner una película de acción, de policías y traficantes de droga de altos vuelos. Bueno, en principio no sabía de qué iba a tratar, pero después de vista, me emocionó enormemente, y me dije, los buenos son los mejores, por lo que ellos siempre terminarán ganando, a pesar, de que en el camino, ciertas cosas se le tuerzan. Era el mismo actor que el de “Jungla de cristal”, “Luz de luna”, etc. Me caía muy bien, parecía un cachondo mental, aunque hoy las revistas del corazón lo etiquetan de extravagante, que sí, tendrá sus cosillas, pero como actor, me resulta genial. Es cierto que no conozco mucho ese mundo, más que nada porque no suelo ver tele ni cine, aunque en Valencia, siempre que comíamos lo hacíamos en la tele, pues en la cocina no cabía ninguna mesa. Miguel no hacía otra cosa que ver la tele, y aunque le decía que saliéramos a dar una vuelta, no le gustaba. Disfrutaba en la casa. De todas maneras, la semana que yo iba a clase, él solía salir. No tengo ni idea de cómo ni dónde comía, pero lo cierto es que sus amigos me decían que estaba engordando a pasos agigantados. “Tal vez sea el exceso de refrescos”, me decía. La otra película, pues pusieron dos seguidas, también era de un policía; a mí me gustó menos, pero Miguel me contradijo y me dijo que no, que la segunda era de mejor calidad. Al actor sólo lo había visto un par de veces, era de la época de Miguel. La película me parecía vieja, y que no tenía nada que hacer frente a las grandes producciones, con los nuevos efectos especiales, y demás argucias del cine.

Me sentía orgulloso de tener a un compañero de piso tan cojonudo, por lo que me quedé a ver la segunda película en su honor. Él a cada momento decía:

- ¡Ay va!, mira eso...

Quizás porque yo también me asombraba con la primera. En honor a la verdad, las dos son obras de arte, y sobre gustos no hay nada escrito.

Particularmente, no me gusta casi ninguna mujer de entre las famosas, sin embargo, cuando voy por la calle, de vez en cuando veo algunas chicas que me parecen tremendamente hermosas.

Al día siguiente, debía ir a clase, pero estaba tan a gusto con Miguel charlando y comentando la película, que me dije, entre café y café: “Bueno, ya dormiré mañana”.

Total que pasé una segunda noche en blanco.

e-libro.net

Al día siguiente me ocurrieron una serie de cosas en el colegio, nada usual, al menos no en esos momentos de mi vida. Iba sin dormir, y cuando entré al salón de reuniones, al empezar las clases, presentí que algo grande se tramaba para ese día. Lógicamente esto era resultado de tantas novelas de espionaje que leía, o por qué no, que ya empezaba a perder el tino, que por todo podría ser. A pesar de pedirle a Dios que no permitiera que me volviera loco, y pensando que a la larga, sería más efectiva mi fe, que los propios medicamentos, lo cierto es que no sabía lo que estaba pasando.

Todo lo que ahora vendrá, lo escribí por la noche; noche por otro lado, nada usual.

e-libro.net

“YAK” EL DESTRIPADOR

Esta breve historia que ahora empiezo a contar, comenzó no un diez de enero cualquiera, sino el de 1995.

Tras una provechosa amanecida con Miguel, me encaminé al colegio de farmacéuticos para asistir a las clases de ortopedia; eran a las nueve, y no sabía si el taxi llegaría a tiempo.

Taxista: Todos los semáforos están en rojo.

“Y.D.”: Bueno, este siempre está consecutivo con el siguiente.

Al siguiente semáforo en rojo, otra intentona de rodeo por la afable ciudad valenciana; al final, no pudo.

Llegamos con el tiempo justo de fumarme un par de cigarritos.

La primera hora, aburrida, pero interesante gracias a la amplia cultura anatomo-patológica del catedrático en vías de un merecido retiro intelectual.

La siguiente hora, versa sobre la patología del tobillo. “¡Vaya, algo grande va a suceder hoy, muy grande! ¡Dios mío!, ¿qué es?”, pensaba alarmadamente.

La hora del cortado se retrasaba, y de repente: ¡Plaff!: “¡Dios mío, la diapositiva del pie parece la de una mano, no puede ser; no lo quiero coger!, es una buena persona, y aunque no lo fuera...”

Levanto enérgicamente la mano y digo:

-¡Mire, por favor!, no es esa la mano?, el metacarpo

o algo así?

-No este es el metatarsiano, escafoides...

-¡Ja, ja, ja...!-risas cuasi generalizada.

Mientras, pensaba: “¡Vaya hombre, ya metí la pata

con lo bien que iba!”, a partir de ese momento ya no me pude concentrar.

Última hora: “Anatomía y biomecánica del pie”; “llego tarde escasos minutos”, me apuraba.

“Esa voz qué raro suena. ¡Dios mío, si no tiene nada dentro!, ¡Qué pinta!, la chaqueta clara, corbata casi negra, ¿pero este, de qué va?”, esto pensaba al sentarme justo en el lado opuesto a la puerta.

Agacho la cabeza y oigo una sarta de cosas aprendidas por un papanatas, “y sin siquiera disculparse por la redundancia de una palabra, y sigue con la ‘carrerilla’ en esa cabeza vacía. El pelo es excesivamente seco para los de aquí, ¡fuerte impostor!, encima ‘pifis’, en lugar de apófisis o epífisis, ¡esto ya es demasiado, me voy a comer!” A la vez, le hago señas a la parejita feliz para ver si quieren ir conmigo.

Traspasado el umbral de la puerta exterior, miro a la derecha y, “¿veo a su novia?, ¿o mejor quizás, la que Felipe me quiere endilgar?”

Al girar la esquina, pienso que he de informar a la policía y eso hago.

A los cinco minutos se presenta un ejecutivo y su pinche, no veo los ojos del superior por estar ocultos tras unas chocantes gafas negras. Les ataco verbalmente pero confunden mis intenciones.

Se acercan tres secretas de rango inferior con ademanes un tanto toscos, y les cuento lo sucedido. Antes de entrar y para no llamar la atención avisamos a la secretaria del cursillo. Esta se alarma un tanto, pero reacciona rápidamente y vamos a informar a D. Salvador Iváñez Hernando, presidente del Muy Ilustre Colegio Oficial de Farmacéuticos de la ciudad de Las Fallas.

Tras las pertinentes presentaciones damos cumplida cuenta de la situación, éste reacciona perfectamente y hace llamar a mi espero, futuro buen amigo y profesor excelso de universidad y para más *inri*, devorador empedernido de libros (cosa típica por esos lares), el cual analizando someramente la situación, sale y nos

e-libro.net

atolondra, estupefacta, entontece, entumece, desorbita e incluso nos da una magistral clase de estrategia política y...

****

Sé que llevaba dos noches sin dormir, y que tenía manía persecutoria, sospechando que Felipe González me hacía seguir, pues yo era el único que le podía hacer sombra. Verán como soy cualquier cosa menos modesto.

Una vez interrumpí la clase del catedrático, ya no pude concentrarme más, fue inútil, me puse a pensar, y el dominio de mi mente se escapaba de mi control.

Me acojonaba mi experiencia de ocasiones anteriores cuando no dormía.

Nunca he comprobado si las cosas que supongo o hago cuando estoy sin dormir son correctas o incorrectas, lo cierto es que siempre salto y me pongo a hablar con quien menos debo. Así en ese caso fue con uno de los más cultos de todos, el catedrático; A él, le había hablado una vez fuera de clase, y creo que había hecho un buen papel.

También este catedrático nos había invitado con anterioridad a ir a la Facultad de Medicina. Allí fuimos, llegué pronto, tal que había llegado muy poca gente del curso, y los que estaban, estaban posiblemente recordando tiempos pasados, al estar sentados en las escaleras de entrada a la facultad. Entré, era grande, antigua, inmensa. Fui a la biblioteca por fuera y vi como había algún que otro libro de ortopedia, demasiado caros, por lo que preferí no comprar nada.

Esperé sentado en los bancos, luego empezó a llegar la gente y aquello se llenó. Poco tiempo después llegó el profesor y dijo que enseguida bajaba, que se iba a cambiar. Tardó cosa de diez o quince minutos, él en ese momento era el jefe. Bajó con una bata con elásticos en las muñecas, nunca había visto ninguna igual. Llevaba guantes desechables. Entramos al laboratorio, donde había una serie de muertos, algunos sobre mesas de cemento y mármol, otros conservados en formol, o formaldehído, (como le pregunté, al profesor, quien me contestó afirmativamente).

Empezó primero explicando sobre un esqueleto de plástico, todos atendíamos a sus explicaciones. Era extraño y me avergonzaba que hubiera en la profesión gente tan simple como las que allí vi. De entrada tuteaban a la eminencia, al que realmente se veía como tales faltas de respeto le molestaban enormemente, máximo cuando en su trabajo todo el mundo le trataba con gran deferencia y un gran respeto, me da la sensación que era la máxima autoridad del departamento, y por sus amplios conocimientos, no quedaba duda de que se lo había ganado.

Le pregunté sobre el “perrito” de no recuerdo qué, él fue a buscar un libro y me enseñó la fotografía de una radiografía donde se veía muy bien. Como mínimo, ya sabía que yo me miraba la charla del día anterior, cosa que intenté hacer, sobre todo las primeras semanas, lo que era duro, pero valía la pena. Se impregnaba uno de conocimientos ortopédicos.

Al final nos dirigimos a un cadáver en el que unos jovenzuelos, seguro que monitores, estaban explicando a otros alumnos alocados y poco conscientes de la importancia de la atención, partes del mismo, estos se alejaron y dejaron paso al “jefe”, quien trataba los músculos y piel del finado como cualquier cosa, sin respeto a lo que a lo mejor fue un buen hombre. Según comentó, la mayoría de los cuerpos eran de vagabundos, pues pocos eran los que donaban su cuerpo a la medicina.

Me acerqué a ver un orificio por el que era posible que se crearan hernias.

Una de las veces, el profesor retrocedió y me dio un pisotón, se dio la vuelta y me vio tras él, con la cabeza gacha. No dio muestras de agrado o desagrado.

Se le hacían todo tipo de preguntas, muchas absurdas, aunque no puedo decir si alguna como la que yo he expresado en el relato; relato que ocurrió semanas después a esto que les estoy contando.

Había una chica muy mona, a la que no me hubiera importado pegarle un polvo, pero que parecía que lo único que quería era estar guapa, y parecía que no tenía nada en el cerebro, me pregunté si realmente se había controlado alguna vez, pues me daba la sensación de que no.

Manuela, que se las daba de guapa, me causó por ello impresión de absurda, y me dije: “¿Cómo se puede considerar guapa tal adefesio?”

Llevaba un jersey rojo, el que me ponía todos los días por el barrio; estaba muy usado, y me pareció el más correcto para ir a las prácticas.

e-libro.net

Mi bata ya no destacaba tanto por amarilla y vieja, todo lo contrario, ahora las tenía buenas y de un material y una blancura excelente, al menos así me lo parecía a mí.

Fue el único día de todo el cursillo que usé la bata.

Había un señor mayor, callado, serio, bajito y gordo, que siempre iba inmaculadamente vestido, y con un par de apurados en el afeitado de su cara, eso era lo que más destacaba de él. Nunca me vio ese catedrático con traje chaqueta.

Cuando salí de clase, al ver al ignorantón que nos dio la última charla y al que denuncié a la policía, en principio llamé al 091, quien me dio un número de teléfono y me dijo que llamara y preguntara por "La Catedral", lo que deduje que seguro que era una clave. Las llamadas telefónicas las hice de un teléfono de la calle. Gracias a que tenía dinero suelto.

Los de La Catedral me dijeron que vendrían enseguida. Ahora que lo pienso, me extrañó mucho que vinieran los tres a pie, cuando incluso la policía nacional, va en moto o en coche. Esto demuestra mi teoría de que los dos que pasaron en principio eran observadores del terreno. El geronte al que pregunté por La Catedral, dando a entender que todo estaba bajo control, al llegar al final de la calle me llamó; ¿quienes podían ser sino ellos?, pues en una gran ciudad, nadie se preocupa por nadie, por muy amables que sean los valencianos.

Los tres que llegaron, uno iba con una estropeada chaqueta color vino, otro era un borracho, al que dejaron abajo cuidando de que no ocurriera nada, y el tercero pasó totalmente desapercibido. El de la chaqueta era el jefe, al que le pedí cuando nos metieron en un cuarto a esperar, que me enseñara otra vez la placa; él se negó.

Me preguntó qué es lo que hacía yo allí, le dije:

-He venido a hacer un curso de ortopedia, y sinceramente, también a salir un poco de juerga.

No me dijo nada, aunque supuse que él se iba de juerga mucho más de lo que yo hacía.

Me pidieron en el colegio que me identificara, les dejé el carnet de identidad, el de colegiado, y el de las artes dentro del gremio de los farmacéuticos. Este último carnet, me lo había hecho hacía poco, y de él estaba muy orgulloso.

Pensaba que la cosa era tan seria como para que los secretas fueran armados, y cómo no, el impostor seguro que también llevaba pistola. Qué intención llevaba el falso conferenciante, pues bien sencillo, hacerse pasar por un loco y de paso matarme. Seguro que era un enviado de Felipe González.

Realmente, lo que me pasaba es que era un borrachín y desvariaba. De entrada, ¿cómo iba a ser sucesor de Felipe si no me dedicaba a la política, y no había, y hay gente más preparada que yo en cualquier terreno, y encima que sean más inteligentes, más al menos de lo que yo estaba demostrando? Pues sí, mucho más. Pero todavía pensaba que Felipe era consciente de que se pasó conmigo, cuando yo estaba en Santiago el mismo año que iba el Papa allí.

El que me daba la sensación de que fumaba dos tipos de cigarros, estaba escuchando la conferencia, a él llamaron, y dijo:

-¿Cómo va a ser un impostor?, si fue alumno mío.

Le hice una o dos preguntas sobre palabras técnicas, él me respondió, y salí de dudas: "El conferenciante al que denuncié, no tenía ni zorra idea de lo que exponía".

Fui a comer con Luis y Manuela, y eso fue lo último de esa mañana, bueno una cosa más, me despedí estrechando la mano del gran profesor, pero no del presidente del colegio, quien hizo un gesto con su mano que parecía que no se decidía a dármela, esto me molestó tanto, que me dije: "¡Pues si no me la quieres dar no me la des!", y me marché; esperé un poco a la parejita, y les expliqué lo ocurrido.

Luis se echó a reír. Al sitio donde fuimos me parecía que estaba rodeado de secretas, ahora éstos mejor vestidos. Me daba la impresión de estar en un hervidero de policías. Seguro que todo era resultado de no dormir y de tantas fantasías mías.

Comí poco y mal, incómodo con la barriga y mi mente, que se iba acelerando cada vez más.

La pareja se mofaba de mí, pero yo estaba pensando en mis cosas de tal manera que no me interesaba nada lo que ellos decían ni pensaban. Me consideraba que estaba en un plano superior.

Salimos de ese bar, por fortuna para mí, pues de seguir allí terminaría loco, al creerme que estaba vigilado por todos sitios.

Una vez en la calle los invité a pastillas de menta; como siempre pagamos Luis y yo, todo a medias, y eso que quienes eran los novios eran ellos dos, por lo que de ser justos, al menos eso haría yo, sería pagar Luis el menú de él y el de ella.

e-libro.net

Luis tomaba las semanas de clases como vacaciones, yo las consideraba como un gran trabajo.

Fuimos a la zona del colegio, nos metimos en uno de los mejores bares de la zona, al menos de los más caros; allí me puse a pensar, “me voy a tomar una manzanilla” (no se me ocurrió una tila, que seguramente era lo más indicado), al final opté por lo peor y más caro, un güisqui, que pensaba que me relajaría y tranquilizaría gracias a su efecto vasodilatador. En esos días, aseguraba que una copa era bueno; hoy, estudiando lo último en esa materia, se dice que no está demostrado que pequeñas cantidades de alcohol sean malas para la hipertensión. ¡Ojo!, que no se dice tampoco que sean buenas, pero según me dijo el Dr. Henrik: “el profesor que te dijo que una copa al día era beneficiosa, seguro que era un borracho”, hoy pienso que mi médico era un impertinente, pero en fin, dejemos eso.

En ese momento, no se me ocurrió pedir una valeriana que de seguramente también sería más indicado, por su efecto relajante.

Al final, el cerebro parecía que se me iba a estallar de lo rápido que procesaba, si es que esta función tan de moda, se le puede aplicar a órgano tan complejo y perfecto.

Quizás tenía yo razón, o quizás no; pero lo cierto es que todo me resultaba muy extraño, tanto policía a mi alrededor me extrañaba.

A la tarde, ocurrieron cosas muy extrañas; en principio uno de los conferenciantes, amigo de D. Pedro, iba de vaqueros claros y una camisa de seda azul.

No llevaba corbata ni chaqueta, me extrañó cómo pudo ir tan informal vestido a unas charlas; después dijo que había que tener cuidado entre el pie y las manos, pues eran fáciles de confundir; un alumno me miró como diciendo, “pues al final tenías tú razón”.

Me extrañaba el que confundiera el profesor una obra de arte con otra, la que proyectó de una diapositiva en la pantalla, es una que sé qué cuadro es, pero no a quién pertenece; él tampoco.

Otra cosa que me mosqueaba era que las diapositivas no concordaban con lo que él explicaba. Era imposible tomarle apuntes, y al final, la semana siguiente de clases, no hubo exámenes de su parte. Todo eso me hizo sospechar como que no se lo tenía preparado, sino que realmente era un siquiatra de la policía secreta, que lo llevaron para observar el ambiente y a mí en particular. Mi fantasía llegaba ahí, y mucho más lejos.

En el descanso, salí a fumarme un cigarro, al igual que ellos, el “siquiatra” y el ortopeda; me disculpé ante el profesor por el escándalo de la mañana, y me llevé un grito por su parte.

Otra cosa increíble, el psiquiatra daba dos clases seguidas, la primera y única vez que pasó eso en todo el curso. ¡Casualidad!, ¿no?

También fue una señora algo decrépita intelectualmente; nunca la había visto, por lo que pensé que era una sicóloga, también mandada por la policía, para observarme y para ver cómo iba el ambiente.

Al terminar el día, me fui al piso con la convicción de que tenía que escribir sobre lo sucedido. No sabía cuando, si en ese momento o más adelante, en el futuro, cuando me dedicara a escribir libros, que esa era mi intención, a pesar de que aún no me decidía a hacerlo, siempre lo dejaba para más adelante.

Le conté a Miguel lo sucedido y aunque él no sabía nada de mi pasado, seguro que me tomó por loco; está claro que ustedes también; como diría Cervantes, todo era resultado de mis novelas, y que se me estrujó y secó el cerebro de pasar tantas noches sin dormir y leyendo, hasta que confundí, volviéndome loco como su gran personaje, la verdad con la ficción.

A saber, si lo que a mí me ocurría era o es, una cosa típica del españolito.

Llegó la hora de dormir, y tras previamente haber charlado algo Miguel y yo, y estando convencido de que Miguel sabía algo de “Mind Control”, pues mientras pensaba en que telepáticamente me dijera o pensara cosas exóticas y peligrosas, le vi reflejado en sus ojos, los negros y rojizos ojos de una tarántula; quizás la había visto en la tele, que es más fácil eso que la hubiera encontrado él en uno de sus viajes, pero en ese momento me lo creí como algo experimentado en su propio cuerpo. Poco después se fue a la cama.

Yo había llevado un par de folios en blanco al salón, junto con la pluma y las gafas.

De pronto, decidí que era fundamental escribir lo que me había sucedido ese día, y en esa tarea me afané.

Mientras lo hacía, sentía cómo en el pasillo, y previa orden de nuestro exlíder político, mandaba una serie de zapadores especialistas en radioactividad, para que contaminaran el pasillo y el baño.

Eran unos personajes entre transparentes y rosados.

A la vez se veía a Felipe en una arenga política en Valencia, y cómo tenía dirigidos hacia mi persona toda una serie de misiles. La fantasía me desviaba de mi artículo en cuestión, pero al final conseguí escribirlo.

e-libro.net

El pánico que sentía era horroroso, y me dije que no creía que pudiera escribir siempre en las mismas condiciones.

Cerré una vez los ojos y me tapé la cara con las manos, mientras pensaba que los especialistas llegaban al salón. Al final cuando hubo pasado el peligro, me miré las manos y tenía en ellas una especie de costras blancas, que nunca antes había tenido.

Cuando aún estaba Miguel allí, le dije que seguro que D. Pedro y el que yo pensaba era siquiatra, posiblemente vendría a casa, a charlar conmigo (con el gran líder de la ciudad valenciana). Efectivamente, ya ven como ínfulas de grandeza no me faltaban.

El artículo, lo consideré en esos momentos absolutamente escandaloso, y peligroso, sobre todo para Felipe, pues con él podría hundir en la mayor miseria al que era el andaluz más nombrado de esos últimos años.

Mientras estaba en el salón, pasé un miedo como hacía tiempo que no pasaba, también presentía que de seguir así, volvería a caer loco, que quizás fuera lo que me estaba ocurriendo. En el fondo, sabía, o debía saber que todo era fruto de la imaginación, que yo no era tan importante; pero ¿no es cierto que existe la brujería. Y si yo fuera objeto de ella?, que vayan ustedes a saber quién me quería tan mal. Locura o verdad, lo desvelará el tiempo.

Esperaba a que amaneciera para ir a mi cuarto, y poner en sitio seguro el artículo, el cual consideraba que quemaba, pues dejaba ver cómo Felipe había contratado a un farsante para que me eliminara por la vía rápida.

Llegué al cuarto mío, tras vencer el miedo a encontrarme con mis enemigos, allí, escribí una carta a mi amada, Celestina, aunque con la dirección trastocada, con el fin de engañar a los espías de Valencia.

Creía que era fácil para cualquier cartero dar con las señas de Celeste, cuando le mandé la carta; en ella le decía que tuviera cuidado con lo que iba dentro, pues ella podría estar en peligro en principio, pero al poco, todo peligro sería para mí, que era quien realmente delataba a Felipe. El mayor peligro que a ella le pudiera ocurrir, es que le robaran la carta, siempre que a su casa fuera fácil entrar.

Me supuse, sin nunca haber visto su hogar, que vivía en un edificio de pisos, y que la carta la tendría en el buzón; esperaba que sus padres la cogieran pronto, mientras ella trabajaba; me jugaba cualquier cosa, que seguro que a partir de aquel momento, sería fuertemente vigilada.

Esta carta la escribí como pude. Temblándome las manos, efecto del pánico, me tomé el medio Lonseren® correspondiente a ese mes. No había ido a pinchármelo, pues se me había olvidado con tanto trajín. Como Dios me dio a entender, salí a la calle para echar la carta al buzón de la calle. Recordaba de algunas veces que había ido algo lejos por la calle del bar La Pau, a comprar unos libros, que había un buzón por allí, y no la llevé al más cercano del piso, sino a esos, para despistar a mis posibles seguidores.

Iba con unos vaqueros y la parte de arriba del chándal. Así nunca había salido a la calle, y sentía ahora, más frío que vergüenza; lo hice lo más rápido que pude. Una vez hecho, me quedé algo más relajado.

Cuando estaba en el piso, sentí cómo alguien entraba, supuse que era Yésica, que al no verla después, no descarté que se estuviera solazando en el cuarto con Miguel, quien ya me había dicho que estaba muy bien ella. A mí no me lo parecía tanto, sobre todo después de compararla con las bellezas de farmacia que allí vi; nada que ver.

Ya más tranquilo, le hice un cheque a Miguel por valor de unas treinta y pico mil pesetas, en agradecimiento a soportarme mis locuras.

Le leía una parte del libro de Juancho, el que me había comprado en la compraventa de Las Palmas: “Las naves quemadas”. Le leía el primer párrafo del libro, para ver qué entendía él por ello. Lo hacía en el pasillo a través de la puerta de su cuarto que tenía cerrada, por encontrarse con Yésica. Cuando le pareció, se levantó, a la media hora, más o menos, vio el cheque y me dio las gracias. Intenté dormir pero no podía. Le dije a Miguel de ir a hacer una compra grande al supermercado; primeramente fuimos al bar La Pau, y allí desayunamos.

No nos poníamos de acuerdo en qué hacer, hasta que fuimos a comprar. En el super, tampoco nos poníamos de acuerdo en qué comprar, entre otras cosas, porque cada uno quería agradar al otro. Por ejemplo, hubo un follón enorme por ver si comprábamos salsa de tomate “ketchup”, pues no sabíamos si le gustaba al otro o no, hasta que al final le dije:

-A mí no me gusta, pero si tú quieres la compramos.

-No, no.

Y vuelta a lo mismo.

-O ¿sí a ti te gusta...?

-No, no déjalo.

e-libro.net

Al final no sabía si a él le gustaba o no. Discutimos por todo. Estaba destrozado y cansadísimo. Era el tercer día que no dormía, y esa situación ya no se podía aguantar más.

Terminada la compra, la llevé a la casa, a él lo dejé en la terraza de La Pau, en espera de que fuera su jefe y le diera parte del dinero que le debía.

Según parece los jefes son reacios a pagar a sus esclavos; a mí, afortunadamente nada de esto me había ocurrido, así las pocas veces que había trabajado, me habían pagado, posiblemente, y hoy lo digo con conocimiento de causa, no estaba bien pagado pero sí que he cobrado siempre.

Llevé la compra al piso, y creo que ni siquiera la coloqué en los armarios, de lo agotado que estaba. Ese día lo pasé durmiendo, y lógicamente no fui a clase.

Al día siguiente me encontraba recuperado, por lo que asistí al colegio.

Hablé con Victoria, quien pensaba que era la encargada del curso, pero no, era simplemente una secretaria, sospecho que era licenciada en farmacia, pues tenía un despacho impresionante.

El colegio era tan grande, que hasta tenía ascensor; y dos grandes escaleras, una frente a la otra, que daban a zonas distintas. No se me ocurrió olfatear por todo él.

A la entrada, donde iba a fumar, leía en el tablón de anuncios desde auxiliares que se ofrecían a trabajar en farmacias, hasta licenciados que compraban farmacias baratitas.

Luis, después de mi metedura de pata, no hacía más que reírse de mí. Según oí rumores, sobre los que no quise profundizar, una vez el colegio se llenó en las puertas de policías nacionales. Ni el día ni la causa lo sé.

Es posible que perdiera todo el respeto por parte de Luis y Manuela, aunque no me dijeron nada.

De todas maneras, con el tiempo, una vez acabado el curso, me llamó un día Luis, para ver si le conseguía direcciones y teléfonos de colegios mayores y residencias para una hermana suya. Se las conseguí y lo llamé por teléfono para dárselas.

Me preguntó sobre la calidad de la enseñanza, y le comenté que todo dependía de la promoción; la mía había pegado de duro, pero la siguiente, la inmediata a la mía, era una auténtica basura, ver quiénes y cómo aprobaban, era degradante.

Recuerden que el número uno de esa, era un anfetaminoso increíble. Pero en fin sigamos con el transcurso de los aconteceres mientras hacía la “miniespecialidad”.

Lo que ocurrió el jueves y el viernes, no era digno de contarse, nada de extraordinario en comparación con lo visto.

El día diecisiete de ese primer mes del año era cuando cumplía años de nacido. Les dije a los del piso que los invitaba a cenar, Miguel, pudiera ser por desgana, o por hacerme ahorrar, nos convenció para que la cena fuera en casa. Fui a comprar unos filetes de carne, de calidad suprema; así me costaron.

Luego compré dos botellas de buen vino, que también nos los tomamos. La carne, que era de buena calidad, no me supo tan bien, la preparó igual a como lo haría cualquier día, por lo que me llevé un chasco, pensaba que se iba a lucir con algo extraordinario, no ya porque la ocasión lo requiriese, que algo de eso pensé, sino porque la calidad de la comida, lo exigía.

Cuando estábamos vistiéndonos, vi que caía agua del techo; les avisé a mis compañeros, y fuimos a comunicárselo al vecino de enfrente, que era el presidente de la comunidad.

Nosotros teníamos algunas goteras, y para prevenir, enseguida apagué las luces, pero más tenía la vecina, a quien se le cayó el techo del baño al suelo. Menos mal que acababa de salir de él, pues si no, se le habría caído encima. Ella era mayor, y Miguel entró a ayudarla, a poner cubos en donde habían goteras, y a limpiar algo el piso.

Observamos como el problema era del piso superior, cuyo dueño se había dejado un grifo abierto. Según oí, el dueño hacía tiempo que no iba por allí, ¿cómo fue que ocurrió entonces lo dicho? Ni idea. ¿Tenía algo que ver con lo ocurrido en el colegio? ¿Era todo mera coincidencia? Tampoco lo sé.

Miguel me regaló una camisa de seda que me gustó mucho; me la puse ese mismo día.

“Qué compañeros más buenos tenía”. Pensé.

Me excusé con los vecinos, diciendo que no podíamos quedarnos pues habíamos quedado en salir a celebrar mi cumpleaños. De paso justificaba mi aliento a vino.

Las hijas del matrimonio vecino estaban bastante bien, era la primera vez que las veía.

Verán que expuse argumentos de poco peso, como disculpas por marcharnos. Mi obligación hubiera sido ofrecerme para lo que fuese.

e-libro.net

El ascensor se inhabilitó por orden del presidente, pues podía producirse un cortocircuito. Bajamos caminando, no pensé en Miguel, aunque sí lo sentí por su pierna a la hora de subir.

No me explico cómo, pero entraron en el piso y cerraron el grifo que estaba abierto.

El regalo de Miguel, no me dijo si era por reyes, por mi cumpleaños, o por ambos a la vez. De todas maneras, se lo agradecí mucho. Iba privado con mi regalo, era de color vino, y me quedaba más justa que el resto de las camisas que me pongo; que me quedan algo flojas.

Antes de salir, les dije que iba a buscar a Viqui a La Pau, con quien había quedado el día de antes en celebrar juntos mi "cumple". No estaba; pregunté por él en el bar, pero no supieron decirme nada. Me fui sin esperarlo, pues habíamos quedado allí a esa hora; si no estaba era problema de él.

Total, que nos fuimos Javier, Miguel y yo a un piano bar. Ya estaba algo bebido, y encima allí nos pusimos a tomarnos más copas. Estaba animadísimo, y contento de verme tan guapo, con pantalón de pinzas, camisa de seda y chaqueta de color vino también; encima estaba con mis amigos, qué más podía pedir. Nada.

Empezaron a tocar el piano, y me acerqué a ellos, y el que Miguel dijo que era un catedrático de música, quien no estaba solo, sino que estaba una mujer, madura pero atractiva, y un homosexual, estaba tocando unas piezas.

Al acercarme, se pusieron a tocar aires canarios; eso me infló más, y me puse a cantar. Al final los invité a una copa, a todos los que estaban por allí. Creí que me iba a costar unas veinte mil pesetas, por lo que cuando al final sólo pagué sobre las cinco mil, me quedé muy contento y satisfecho.

No sabía lo bien que sienta oír música canaria cuando se está fuera del archipiélago; no les digo nada cuando uno está en otro continente, debe ser algo bestial.

Javier se fue, sin que me enterara del motivo, pudiera ser porque tuviese que madrugar al día siguiente, o porque se estuviera cansando, o por no gastar, o yo qué sé.

La mujer estaba teñida con mechas rubias. Estaba como un tren. Después de pagar, les comenté si querían ir conmigo a tomarnos una copa. Me dijeron que no.

Miguel cuando estábamos en la calle me dijo:

-Pero, ¿tú sabes lo que le insinuaste?

-Sí –le contesté-, le insinué si se quería acostar conmigo.

No me dijo nada, quizá porque él supusiera otra cosa más suave, y no tan directa.

Cogimos un taxi y nos fuimos a una "disco" que estaba muy cerca. Pagué el taxi, para no variar, y entré directamente a la discoteca, sin hacer caso de los porteros. Según me diría Miguel, no me hicieron ni dijeron nada porque él les hizo señas de que me dejasen.

Miguel a veces me decía cómo a mi edad, cuando era traficante, iba a burdeles y los cerraba para él y sus amigos; eran otros tiempos, pero aún así, estaba mejor ahora, sin tantos nervios, ni tensiones.

Se contradecía diciendo que iba siempre de rico, y después diciendo, en ese bar, fui yo el camarero, o freganchín, etc, etc.

Demasiadas cosas para una persona tan pasiva y tan amante de todos los programas de la tele como él.

Entramos a la discoteca y nos sentamos. Pedimos un par de copas, y me fui a la pista, pues había visto a una jovencita que estaba fetén. Miguel me aconsejó:

-¿No ves que es una prostituta?

No le hice caso. Me fui a la pista, y en un momento dado, me quedé solo bailando. Estaba borracho, hoy no sé si lo haría o no.

La chica se había sentado entre dos fulanos. "Que mal custodiada está, para lo guapa que es ella". De pronto otra vez la pista se llenó.

Vi como unos chicas intentaban ligarse a un chico. A él le dije:

-Si quieres lo tienes fácil el enrollarte con esas chicas.

-¡Quién pudiera! –contestó con desazón y deseo.

La chica estaba vestida de negro, con un pantalón corto, una camisa y una capa. Estaba fenomenal, ¿o era mi borrachera? Se puso a bailar frente a mí, y fui directo al grano:

-Oye, ¿quieres una copa?

-Bueno.

-Vamos a la barra.

Cuando me estaba bebiendo mi güisqui, (de la mejor marca), me salió diciendo:

e-libro.net

-Yo soy prostituta.

-Eso no se lo cree nadie. Y ¿cuánto cobras?

-Diez mil.

-Si estás tan buena, y es tan barato, no me importa, aunque de prostituta no tienes nada.

Le fui a avisar a Miguel que me iba; él nada me comentó, aunque le sentí triste y apagado. No había pagado las copas.

Me iba ya, cuando fue tras de mí el barman y me dijo:

-No has pagado tu copa.

-¿Cuánto es?

Le pagué y me disculpé por el despiste.

Acompañé a ella a que se despidiese del chulo, el que le dio la mano en plan burlón. Me dio rabia, pero me contuve; estaba en un reservado de la disco. No sabía que lo tuviese aquel local, nunca se me habría ocurrido.

Después ella se fue al baño, la estuve esperando un güevo, hasta que entré al baño y salió ella. Vi que si era prostituta, era primeriza por todas esas cosas.

Cogimos su coche (y del exnovio con el que tenía una niña, y con quien aún vivía en la misma casa). Era grande, bastante grande, signo de un buen nivel económico. No teníamos ni idea de cómo llegar al piso, pero no me importaba pues iba muy animado con ella.

Más o menos le dije cómo era la zona. Aparcó por un sitio en el que yo nunca había estado. Al final, sin saber cómo lo hicimos, llegamos al piso. El ascensor estaba otra vez en funcionamiento.

Ella estaba callada, según me dijo después, pensando que yo era policía. Han visto muchas películas estas chicas.

Cuando entramos en mi cuarto y vio las tongas de libros, llegó a la conclusión de que era estudiante, le dije que pensara lo que quisiese. Cogí la botella de güisqui y un par de vasos. Ella fue al baño y luego entró en el dormitorio, yo estaba ya entre sábanas tomando una copa,(una más, qué puede importar ya). Ella se desnudó ante mí y me dejó exitadísimo. Sí, estaba fantástica.

Le preguntaba a Dios si lo que hacía estaba bien. ¡Alucínense con lo que preguntaba!

Lo pasamos fenomenal, no lo cuento pues no es este un libro pornográfico, ni soy Sade.

En ese momento, me pareció que el polvo que me estaba pegando, era lo más parecido a hacer el amor que había hecho nunca. Y no tengo ni idea de la causa de ello, ya que estaba borracho, y como siempre no eyaculé.

No dormimos nada. Cuando amaneció fuimos a La Pau, desayunamos y seguimos bebiendo. Me enseñó los certificados y resultados de los análisis, corroborando que estaba sana. Tenía o había padecido un tipo de hepatitis. Algo me alarmó. Sí me fijé cómo no tenía análisis del S.I.D.A. Era ciertamente guapa, y estaba buenísima.

No parecía que disfrutara de mucha salud, sobre todo se le notaba en los dientes; unos partidos, otros dañados, y le hacía falta una limpieza a fondo en ellos. A mí también me hacía falta una, pero no me voy a criticarme a mí mismo, le debo buscar los defectos al otro, no a mí.

Le decía:

-Bueno, no hemos hecho el amor –dándole a entender que lo que habíamos hecho era follar-, así que volvamos al cuarto y lo hacemos.

No me gustó que me engañara diciendo que se había corrido un par de veces, cosa imposible pues no la había excitado. Me dije que empezaba pronto a aprender el oficio, igual que Laura.

Cuando le pareció, llamó a su novio diciendo que estaba en una discoteca, y que ahora iba a llevarle el coche. Tenía que trabajar, y le era imprescindible el automóvil. Le acompañé a él, le compré una revista especializada en mujeres, y luego me subí a su gran auto.

Me enseñó los pelos de la cabeza de su hija que tenía colgando del espejo retrovisor interior. También me enseñó un montón de pastillas que supuse que eran éxtasis y otras drogas similares. Muchas las tiré por la ventana. Ella o no se dio cuenta, o realmente no le preocupaban tantas pastillas.

Me causó muy buena impresión, tanto su cuerpo como su persona. Me dejó su dirección y su número de teléfono.

Regresé al piso, y ese día dormí perfectamente. Miguel me comentó:

-De las putas, putadas.

No lo creía así, y empecé a pensar, si pudiera ser que fuera mejor esta chica que Celeste. Estaba en la duda.

e-libro.net

Acostumbraba a llamar todos los sábados a la familia, primero a mi madre, luego a mis hermanas, y por último al Lu y a Tomi. Cumplía con todos.

Un día fui a un bar cercano al que habíamos ido en mi cumpleaños, había en él un par de chicas trabajando que estaban inigualables. Me tomé una copa y me puse a hablar con una de ellas, con la que menos me gustaba. Me quedé impresionado.

Dos días después, me puse a pensar cómo mi hermano Jose se había despejado tan rápidamente, por lo que sospeché que había esnifado coca.

Llamé a casa de mi madre y me salió Piluca, quien según parece se alarmó. Encima había visto la carta mía que había mandado, que no llevaron a casa de Celeste, sino por mi barrio. El cartero se la enseñó pues no conocía la dirección y ella identificó mi letra. De esto me enteraría meses después de estar de vuelta en mi casa.

Tampoco me diría Pine que mi sobrino Alejandrito había estado a punto de morirse, para no preocuparme inútilmente.

Sé que llamé a las doce de la noche de allí, pero no lo tomé en cuenta como que fuera grave; tengo muy mal programado eso de los ciclos circadianos.

Pensé un día, que Miguel cuando salió, había ido a hablar con las chicas del bar, a decirles cosas sobre mí. Como siempre que se me metían cosas determinadas en la cabeza, estaba seguro que ellas estaban sobreaviso.

Fui al bar y allí monté un numerito de escándalo, algo lamentable, diciéndoles que tuvieran cuidado que iba a ir la secreta, y que no estuvieran traficando con coca.

-¡Oye, tú estás mal!, ¿quieres una manzanilla?

-No, un güisqui -le respondí.

Estaba muy ufano y seguro de mí, a pesar de estar temblando. Creía otra vez que algo grande iba a suceder. Verán que me hago unas suposiciones totalmente absurdas, que pueden ser que sean verdad o no, siempre me quedo con la duda, pues nunca me espero a ver el final. En este último caso, no porque yo quisiera, sino porque me echaron las chicas del bar y me dijeron que no fuera nunca más. Era lógico. Me fui con el rabo entre las piernas. De todas maneras, esperé un poco para ver si venían los policías. Lo más que vi fue a un par de cuarentones noctámbulos, y a uno a esas horas de la madrugada con gafas de sol. “¿Hombre, todos los secretas aquí usan gafas de sol?, pues mira que es raro”.

Fui a un cajero automático y saqué dinero; ahora sólo me permitían sacar veinticinco mil pesetas de cada vez. “Seguro que esto es cosa de Felipe, para que no me pueda escapar de España”. Estaba desvariando a base de bien, efecto debía ser, del exceso de alcohol, no era más fácil suponer que se debía a que ya no tenía bastante dinero en el banco.

Hoy no me explico cómo podía tener tanta fantasía, seguramente resultado de los libros leídos, debe ser.

Después, me fui al pub donde compraba las botellas y compré otra; empecé a beber y vi a George, quien me parecía y más ahora, que estaba metido hasta el cuello en follones de drogas. Me fui a otro bar a pedir café y coñac. Allí vi una maniobra rara, de tráfico de drogas a gran escala. Vino un secreta con pistola colgada del cinto por detrás, y la cosa parece que se tranquilizó algo. Me fijé en unas chicas ya maduritas, que supuse fueran las mujeres de los capos. “Quizá me engañe o quizás no. Tal vez no me convenga leer los libros de los grandes maestros del espionaje internacional”. Posiblemente todo sea verdad, pero todo se calla o se ignora. No eran sensaciones como las de Santiago, donde seguramente estuve loco, eran cosas que se podían palpar, y aunque no veía nunca en qué quedaba todo, sí lo suponía.

Volví de nuevo al bar donde me tomaba las copas. Pensé en que ya no vería nada nuevo, cuando uno me dijo:

-Espera un momento, que ahora vuelvo.

No sé qué vería en mí, pero volvió.

Lo había visto antes de ir a tomarme el café (bar en el que las chicas de la barra eran guapísimas). Estaba él con una o dos; cuando volví, estaba con un grupo más o menos numerosos de gente; habían personas de los dos sexos, y me imaginé que alguna sería su mujer, y que cuando fue a despedirse de ellas, fuera a pedir consentimiento a ella.

Yo seguía con mis ideas estrambóticas, y argüí que debía tratarse de un siquiatra, mandado por los secretas, o a saber ya por quién. Una observación que hice sobre el güisqui me lo confirmó.

-El güisqui es vasodilatador, y va bien para el corazón.

-Sí, pero es un vasodilatador periférico.

e-libro.net

Eso me hizo pensar que efectivamente estaba con un sanitario. A lo mejor me equivocaba, aunque no lo creía así. Estaba seguro que todo era una confabulación siguiéndome los pasos. Por mi parte, tenía claro que iba a descubrir un gran alijo de drogas, lo sabía pues seguro que se esperaba una entrada masiva de ella a la capital, más que nada por la cercanía de las fiestas populares de Las Fallas.

Estuvimos charlando muy poco tiempo, pues enseguida, después de tomarse un güisqui (¿a que no saben cuál era?, efectivamente el preferido mío de Las Palmas, el que me aconsejó el dueño del pub, el amigo de Guillermo), que yo no encontré anormal su nombre, fuimos a coger un taxi que nos llevaría a una zona desconocida para mí, aunque no para él.

En el trayecto le decía a mi acompañante:

-Porque usted es mejor siquiatra que el que tengo en Las Palmas.

Él no decía nada, ni afirmaba ni negaba.

Al final a saber si lo que pasaba es que era marica o qué, todo es posible, aunque no tenía "pluma", ni siquiera se me insinuó.

Nos metimos en un bar, y allí comenté que era farmacéutico, que estaba haciendo la especialidad allí, y cómo no, que me gustaba la literatura.

Suponía que el fulano me había llevado a un bar de policías. Se me antojó una chica de la barra con la que me puse a hablar. Ahora me imaginaba que todas las que trabajaban en la barra, tenían alguna enfermedad (principalmente el S.I.D.A.), todas o casi todas de transmisión sexual. Supuse que la chica que a mí me atrajo lo tenía. Era muy guapa. Casi todas las mujeres valencianas tenían un algo muy atrayente.

En ese bar también estuvimos poco. Fuimos cada uno al baño, por separado; cuando él volvió, me dio la mano y la sentí fresca, no húmeda, por lo que supuse que había estado manejando la pistola que llevaba. No supuse que fuera a mear y luego se lavara las manos, sino que fue a comprobar su pistola. Él y yo, estábamos seguros que iba a pasar algo grande.

De allí salimos en dirección a un pub que estaba a tope. Por el trayecto, vimos a las mujeres que había visto en el pub donde tomé el café y el coñac.

"Vaya se han escapado de sus maridos traficantes y vienen a divertirse un poco. Cuidado y ojito con lo que haces Antonio", me dije.

Tomé a una de ellas por un brazo y nos metimos en el pub. Nos dieron una tarjeta a la entrada, que no podíamos perder. Ella se me zafó y se alejó de mí.

Aquello estaba a tope. Me tomé un güisqui con agua; el agua también me la cobraron a precio de oro. Allí abajo se cobraba por todo. Afortunadamente no por ir a mear, cosa que hice, aunque no era tan fácil. Los urinarios estaban a reventar de gente. O la noche hace a todos los gatos pardos o a saber lo que parecía, pues me daba la sensación de que allí todos iban muy bien vestidos, que no había diferencia de clases, vamos que nadie pasaba necesidad.

Ya no podía más, tenía güisqui encima como para parar un tren, y no se me ocurrió otra cosa que ponerme a observar a una pareja; no les quitaba el ojo de encima, y hoy supongo que ella diría: "¡Qué asco de borracho mirón!" en tono despectivo.

Me dio por suponer que esos jóvenes iban de éxtasis, pero: "no se preocupen que allí estaba yo, el salvador del mundo, para 'desfacer entuertos'". Y lo que me iba a ocurrir como me despistara, es que me darían una solemne paliza.

Me dio por mirarles los ojos y afirmar que realmente estaban drogados con las nuevas drogas de diseño. A saber lo que provocarán esas drogas a largo plazo.

Ya se sabe que las "anfetas" y demás estimulantes de mi época producen como mínimo esquizofrenia y gran cantidad de desajustes psicológicos. Pero ¿y las nuevas?, seguro que más potentes que las de mi adolescencia.

Allí estuve observando los arrumacos de la pareja, quienes posiblemente estarían deseando darme un par de buenos bofetones, para ver si reaccionaba y les dejaba tranquilos.

Los ojos de ella eran muy característicos, por eso supuse lo de esas drogas. Estaba de moda la "Ruta del bakalao" y todo lo que eso conllevaba: la gente de Madrid, se iban el fin de semana de marcha a Valencia, llevaban dinero para comprar la droga, y de viernes a domingo por la noche, estaban de marcha continua. Eso sí, según parece, la mayoría de los que toman esas "drogas de síntesis", no toman alcohol, pues la mezcla resulta ser explosiva.

e-libro.net

Aunque no lo crean, y afortunadamente, a veces les daban paracetamol, talco, o aspirina, vendiéndolo como el más puro y genuino "éxtasis", eso es cierto. Y digo afortunadamente, pues las otras sustancias son sumamente lesivas para el organismo, y más concretamente para el cerebro. ¿O es que acaso lo quieren tener como el mío?, que a veces me da la sensación de que es un queso Gruyère, de tantas mierdas con las que lo he trastocado.

A ese día, ya no se le podía pedir más, y viendo cómo finalmente no me iba a llevar a la chica a la cama, no me quedó más remedio que irme a mi casa. Salí del pub, y a la salida me vi al que me había acompañado, aunque subía apresuradamente la escalera, seguro que me estuvo siguiendo y espiando todo el tiempo.

Enseñé la tarjeta fuera y me quedé asombrado de la carestía de las copas. Pagué resignadamente con la convicción de que ya no volvería.

El anfitrión iba de chaqueta y corbata, y por fuera, un chaquetón verdoso; le quedaba la ropa de maravilla; por su calidad, supuse que debía tener mucho dinero.

A la salida cogí un taxi que me llevara a mi calle; daba pena estar en un sitio gastando dinero a montones, para después ir a una zona mediocre. "Este va a ser mi último día de juerga", pedía.

También me propuse no ir con más prostitutas, a lo máximo, iría con la última que me había llevado pues me gustaba, y creía que yo a ella también. Quizás fuese su primer polvo pagado el mío, y por ello se quedó con mi cara y con mi nombre.

Estando un servidor de compras en el super, le fueron a tocar a Miguel en la puerta, eran mis hermanas. Él fue el que cogió el recado, y pensó: "ahí va, tres prostitutas", pero en seguida cayó en la cuenta de su acento, "pues quizás sean familiares de él". Por fortuna les abrió. Esto que pensó, me lo dijo poco después; cuando llegué de comprar me darían una gran sorpresa. No sabía para qué habían venido, aunque lo sospechaba. Efectivamente, pensaron que estaba malo.

Nos fuimos Saso, Maru, Piluca y el que esto escribe, a almorzar a La Pau, de allí fuimos luego a una agencia de viajes, y ellas se pusieron a discutir las condiciones para irse. Ignoro si pensaban que yo me iba a ir con ellas, pero en un momento, fuimos Maru y yo a un bar, y por lo que allí le dije le pareció que estaba cuerdo.

Un detalle en La Pau, fue que D. Gervasio, nos invitó a los refrescos. Se lo agradecí, al igual que mis hermanas; con eso ya irían viendo que era querido en Valencia, y que no era odiado como en Santiago.

Saso iba con un abrigo de visón, le pregunté si era auténtico y me dijo que sí. Ella fue la que primero se fue al ver que dentro de lo que cabía estaba bien. Debajo del abrigo iba con vaqueros y un jersey. Seguramente esperaban que hiciera frío, pues todas iban muy abrigadas. Maru era la que más desteñida tenía la chaqueta.

Después de la agencia, fuimos todos a un bar, incluido Miguel. Allí nos presentó a un fulano, que no me gustó lo más mínimo. Todo lo iba pagando yo, pensando que ya ellas habrían gastado mucho sólo con el pasaje. Después me enteraría que este lo pagó mi madre.

Por la tarde, desde la cafetería, llevé a Saso nuevamente al piso y allí vació el bolso que llevaba y me dejó para que repartiera entre la familia unos neceseres de Iberia. La pobre piensa que siempre tiene que darnos algo. Le pregunté:

-¿Son para mí?

-No, son para todos, uno para cada uno.

Pensé que eran para repartirlos con mis compañeros, aunque cuando me dijo eso comprendí, que eran para los hermanos.

Maru y Piluca se quedaron allí; después fuimos a buscarlas y Saso se despidió, se iba a Madrid, seguramente a trabajar al día siguiente. Yo les decía:

-Pero, ¡quédense más!, un poco más...

-No, no; no puedo.

Saso me dio dinero para que se lo diera a Yeray y Dani, los hijos de Maru.

Pine no fue, y supuse que estaba con sus hijos. Me dolió algo: "Nunca está cuando hace falta". Después me daría cuenta cómo más falta hacía en su casa, donde su hijo se estaba muriendo.

Saso cogió un taxi y se fue rumbo al aeropuerto.

Me gustó mucho que D. Gervasio nos invitara a los refrescos, y así se lo hice saber días después. Entre otras cosas, le compré unas vitaminas, que se usaban también contra la impotencia, ya que tenían vitamina E, usada contra la esterilidad. Otro componente era Ginseng.

e-libro.net

Javier no salió para nada de su cuarto. Lo esperaba para presentarlo, pero como no salía, pensé un: “Pues te jodes”.

Esa noche fuimos por el antiguo cauce del Turia. Miguel se estaba portando como un auténtico caballero y nos iba explicando cosas como lo de las inundaciones y desbordamientos del Turia; etc, etc.

Afortunadamente ese año hizo un tiempo magnífico, a pesar de que ya saben que yo siempre iba bastante abrigado a cualquier sitio, pero reconocía que no hacía tan mal tiempo. Humedad sí que había, aunque seguro que no tanto como en Las Palmas, pero allí no hace tanto calor como aquí.

Miguel estaba chorreando sudor, pensé que íbamos muy rápido para él, pero no se quejaba; se me quejó a mí cuando ellas se fueron al día siguiente.

Las quería invitar a cenar a un sitio con clase; Miguel me dijo que él nos llevaría a uno buenísimo. Al final tuvimos que ir otra vez a La Pau. Me resigné.

Por la noche les dije que se quedaran en mi cuarto. Miguel insistió que él estaba acostumbrado a quedarse en el sofá, y que allí se quedaba. Mis hermanas se quedaron en su habitación; él dijo que las sábanas estaban limpias, y ellas se quedaron allí. La verdad es que soy poco caballeroso, debía haber insistido en que se quedaran en mi cuarto.

Al día siguiente, fuimos Maru y yo a comprar verduras frescas, para que se las llevara a su casa.

Fui luego a comprar cosas para la paella, pues Miguel dijo que la iba a hacer; se lo agradecí, aunque no le salió tan buena como otras veces.

Le pregunté a Maru qué le parecía el piso, y me dijo que estaba bien, aunque un poco sucio. También a ella le daba esa sensación. Nada, debía ser cierto.

Se quedó entusiasmada con los alimentos de la huerta, algo genial. Comimos apuradamente, pues se tenían que ir enseguida. A mí me sentó mal la paella. A ellas les gustó tanto que no sobró nada.

Les fui a buscar un taxi y al taxista le di dinero para que ellas no lo tuvieran que pagar; de todas maneras avisé a Maru de lo que había hecho, por si acaso el taxista fuera un gitano, y les fuera a pedir el importe de la carrera.

Según me decía Maru, lo habían pasado muy bien; esto me enorgulleció, y sabía que mucho había sido gracias a Miguel.

Otra cosa que les dije que probaran, y que no recuerdo si se llevaron o no, eran las exquisitas naranjas; allí me aficioné a comerlas después de las comidas, y por mucho que digan que la fruta, de postre engorda, a mí me daba igual; estaban muy sabrosas, excelentes, inmejorables.

Recuerden como los sábados llamaba a mi familia, pues también hablaba con Pepe, quien, al haber trabajado como teniente alcalde de Agüimes, tenía ciertas amistades con el alcalde de Agaete. Lo llamaba para preguntarle qué tal iban las gestiones; al final tuve suerte pero que se transformó en mala suerte, ya les contaré.

Pero sigamos en Valencia. Estaba tan contento con lo bien que se había portado Miguel con mis hermanas, que me sinceré con él, y le largué:

-Hace unos cuantos años, tuve un brote de esquizofrenia paranoide, y aún me pincho medio antisicótico todos los meses.

No le dije que ese mes no me lo había pinchado, ni que desconfiaba del diagnóstico del médico, quien me parecía un incompetente redomado. Todo eso me lo callé.

Una cosa que no me gustó nada, es cuando fui a pincharme el del mes siguiente, y cuando lo hice, se lo dije a Miguel, no tenía que rendirle cuentas de nada, pero lo hice. Así y todo, me fastidió tener que rendirle cuentas.

No había que hacer mucha cola para pincharse, pero sí había que esperar a que llegasen los practicantes, o para que el que estaba, se decidiera empezar a pinchar. Una vez recuerdo que me pinchó una mujer, otras veces eran unos hombres, aunque nunca fue uno fijo.

Les tenía que decir que era media ampolla, pues ellos casi ninguno leía la receta; quiero recordar que en total el Lonserén® tenía 4 ml, por lo que me debían pinchar dos centímetros cúbicos (2 c.c.).

Le solía decir a Miguel, que él me resultaba muy listo; sin embargo, él, lo que se consideraba era un pícaro. Pensaba: “Será pícaro, pues estamos en un país de ellos, pero si ha estado tanto tiempo como dice en el extranjero, ha perdido parte de la picardía del español”. No le dije este razonamiento, pues entre otras cosas, sospechaba que no era tanto como él decía, lo que había estado fuera de España, de viaje por este amplio y ancho

e-libro.net

mundo, del que yo, no conozco nada, ni siquiera por documentales pasados por televisión sobre esos mundos de Dios.

Miguel se caracterizaba porque se cabreaba con todo el mundo, aunque él decía que no.

Un día, de los raros que salía a la calle, vino diciendo que le había dicho unas palabras a un policía local, en realidad según parece lo había insultado; en poco tiempo, en cosa de media hora, me dio un par de versiones distintas de lo ocurrido. Ello fue más o menos lo siguiente: había venido un coche de policía y lo habían estacionado encima de la acera, obstruyendo el paso de peatones, Miguel por eso y encima por hacerlo para multar a un infractor, se metió con el policía en cuestión; éste último lo denunció, por lo que fuimos un día a hablar con su abogado, quien le dijo que él lo defendería. Por lo que vi, prácticamente el abogado no se había hecho ninguna composición exacta de los hechos, aunque él enseguida se prestó a defenderlo; sí, era un picapleitos.

Le había pedido a ese mismo abogado que me resolviera y me consiguiera las últimas voluntades de mi padre, o sea que viera si había herencia o no. Le había comentado a Miguel que mi padre tenía aproximadamente doscientos millones, por lo que Miguel le dijo que era mucho dinero. Al abogado no le dije nada, sino que buscara.

Cuando fui al despacho, me saludó muy efusivamente un compañero suyo del bufete y que al igual que yo iba enchaquetado.

Esperé a ver la contestación del abogado, quien se comprometió mandármelo por correo si no se solucionaba mientras yo estuviera allí. De los gastos, Miguel dijo que se hacía cargo, esperaba que no fuera mucha la minuta.

De perder Miguel el caso con el guardia, debía pagar cinco mil pesetas o bien un día de arresto. El se puso hecho una fiera, y un día que fuimos a comer a La Pau con D. Gervasio, le dije que yo creía que el guardia tenía la razón, conociendo las reacciones de Miguel, a quien cada vez más consideraba que no estaba síquicamente muy equilibrado.

Un día me advirtió que cuando me durmiera o cuando saliese, cerrase con llave el cuarto. Yo, no por lo que él me decía, sino por mí, a veces lo hacía y otras veces no.

Llegó el día del juicio y allí fui con el abogado y con Miguel. Habíamos quedado en el bar de al lado, donde todos iban muy bien vestidos, ellas con trajes, ellos de corbata y chaqueta. Yo, igual que ellos, Miguel como siempre que salía, con unos pantalones de pinzas, una camisa como la que me había regalado y una chamarra de seda, o sea bien, pero no tanto como la ocasión requería.

Era la primera vez que iba a un juicio de puertas abiertas. Entramos al edificio del juzgado y allí vi como nos hicieron esperar cosa de una hora; se veía mucho abogadillo por allí. Al final entramos, y me llevé una sorpresa increíble, la juez, que se veía que manejaba dinero, era una alcohólica. “Fuerte ejemplo para la sociedad”.

Iba vestida con ropa cara aunque ya muy ajada. Tenía el pelo largo, pero muy sucio, y creo que usaba para disimular la porquería, gomina. Nunca he sabido por qué hacen esa contradicción las mujeres, sobre todo más ellas que los hombres.

El caso, era una auténtica estupidez, al menos así me lo parecía a mí, que se gaste el estado los dineros en estas cosas, me parecía demencial. El abogado iba con la toga, al igual que la juez y el fiscal; por qué tuvimos que esperar tanto, lo ignoro, pero allí estábamos. Cuando fue el juicio, entré y me senté frente al tribunal. Fue una tontería todo, puro trámite.

¿Quién había ganado?, lo desconocíamos, aunque Miguel, una de las cosas que confesó y que me dejó asombrado, exclamando para mí: “¡valiente mentiroso!”, fue lo que sigue:

-Yo, señora, no bebo.

“Mentiroso, cómo se le ocurre mentir de esa forma”, me indigné. Y quién sabe, si no estaría bebiendo en el momento en que ocurrió la disputa.

El guardia iba con la ropa del uniforme, aunque sin chapas ni distintivos; la gorra la llevaba en la mano.

Pensaba que después del breve y absurdo juicio, nos iríamos, pero no fue así. Miguel me pidió un favor:

-¿No te importa y esperamos para hablar con el decano de abogados?

-Vale.

Pero lo que yo no sabía era que iba a esperar tantas horas al decano. Hasta pasó un guardia secreta, que saludó a Miguel. Iba vestido de chorizo, aunque se le veía que estaba pletórico de fuerzas. Seguramente que estaba allí para entregar o para llevarse algún chorizo o tal vez para declarar.

Vimos a la juez que juzgaba a Miguel y él la atacó. Ella según me diría, le respondió:

-Está usted absuelto.

e-libro.net

Eso era mientras entraba al bar del juzgado. Me supuse que iba a tomarse una copa, pero algo se lo impidió, por lo que salió de allí echando chispas. “Sí, es alcohólica”, intuí.

Miguel entró a una secretaría y me indicó que me quedara fuera. Al entrar se puso a gritar de una forma escandalosa. “Este hombre no está muy bien -me volví a decir-, realmente le falta un aire”.

Gritaba y gritaba y no salía.

Cuando le dio por ahí, salió y me dejó asombrado, pues se le veía contento. No lo podía comprender: “¿Cómo es que este hombre trata a esta gente así, y encima sale como si hubiera hecho una buena acción?; es absurdo”.

Fuimos nuevamente abajo, a seguir esperando al decano. Una de las veces lo vimos con gente y sospeché que ya nos atendería. No fue así, no; esperamos y esperamos hasta que la secretaria, una policía, le dijo:

-A esta hora, ya no se pasan consultas.

O algo más o menos así, pues desconozco el argot de los abogados.

Al final nos fuimos, le dije a Miguel de coger un taxi, aunque él quería volver en autobús, yo no, pues iba excesivamente bien vestido como para ir en dicho transporte, de ver a alguna chica guapa, que siempre las hay, me daría vergüenza ir tan trajeado.

Ese mes, lo más destacado del piso, fue que empezó el Ramadán, no por nosotros, sino por Javier, quien ayunaba todo el día, y por la noche se levantaba tempranísimo a comer. Se hacía fritangos y comidas raras, aunque no sabía exactamente qué, pues está claro que nunca lo esperé hasta esa hora para ver qué comía. Lo malo es que la loza la fregaba yo, y encima no me dio las gracias ni una vez por eso. Un simple: “gracias”, hubiera sido más que suficiente; sé que se iba pronto a trabajar, pero yo no tenía la culpa, ni tampoco obligación alguna hacia él.

Le pedía al Señor, que Javier se convirtiera en un buen chico, piensen que sospechaba que era, tanto él, como el grupo de sus amistades, unos terroristas.

Deseaba que me invitara a la mezquita, pero no lo hizo.

Me iba a pelar a una barbería que había cerca de nuestro apreciado bar, allí me lavaban la cabeza y por ello me cobraban unas quinientas pesetas, sospecho que me estafaban, pero como me dejaban bien, no protestaba, pero me salía el corte cerca de las dos mil pesetas; se tenían un gran negocio montado.

Una de las veces que fui a dicha peluquería, el padre, dueño del negocio, me contó como él al llegar el fin de semana, cogía el coche, le llenaba el tanque, y se dedicaba a hacer quilómetros él y su mujer solos.

El hijo, uno de ellos, me peló en otra ocasión, y se desconsolaba con poder viajar, cosa que ahora no hacía; le conté algo de lo poco que yo viajaba, y eso ya le parecía mucho. No quería presumir de nada, no me fueran a criticar y a echarme de la peluquería, por chulo y estúpido consentido. No era esa mi intención.

Vestían de la misma forma, padre e hijos, aunque bien podría parecer una ropa cualquiera, no era el típico uniforme, aunque ellos lo tomaban como tal.

Javier, ya me lo había dicho Miguel, era un fanático y no se le podía contrariar. Con el tiempo me regaló El Corán traducido y me hizo darle la palabra de que lo leería, y se lo garanticé, aunque aún no lo he hecho, pero lo haré.

Tenía un montón de libros que había comprado en una compraventa y en librerías. Le aseguré que cuando leyera los que estaba leyendo, lo cogería; la verdad es que me he despistado, pero lo leeré, siempre que Dios prefiera que incumpla mi palabra antes que leerlo.

Javier adelgazaba a pasos agigantados.

Pedí hora para el oculista, al que no iría, y para el siquiatra; este último, más que nada por si hacía cualquier disparate, estuvieran sobrealerta de que me faltaba un tornillo. Y, ¿a quién no le falta? A mis compañeros de piso, la verdad que a cada cual más raro, no sería raro que les faltara. Sobre todo Miguel, que cada vez era más ludópata, quien tenía la obsesión de volverse rico en poco tiempo, y la cosa es que me arrastraba a mí en sus vicios. Afortunadamente, no veía los concursos televisivos como él, quien se entusiasmaba con todos ellos; algo que encuentro de lo más absurdo, pero en fin, hay gente para todo.

Al psiquiatra fui un día, al que me habían mandado. Al llegar me vio y casi me saluda, no le devolví el gesto, no fuera a creerse que era un pretencioso. Entré cuando me tocó la vez, y allí me hizo una serie de preguntas. Al final me hizo la observación que sigue:

-Yo que usted, me pondría en lugar de cada mes, una cada cuatro semanas.

No le contesté nada, ni le hice caso, ya había cumplido con mi obligación, y había sido calificado como enfermo, aunque yo creyese que ya de eso estaba lejos. Quizás ustedes no opinan lo mismo, seguro.

e-libro.net

El médico iba humildemente vestido, como persona trabajadora, pero sin lujos, iba con pantalón de pinzas, corbata, camisa y chamarra negra; como un trabajador cualquiera. Tal vez sólo trabajase para el estado, y no tuviera consulta particular; me parece absurdo eso, si no pretende luchar por otro lado con ahínco, que no era su caso, así que lo más conveniente sería que trabajase; y quién mejor que un siquiatra para saber, que no hay nada como estar activo y repleto de trabajo, que éste no sea estresante, pero sí al tope, para que cuando llegue la noche, caer rendido, y no estarse uno "comiendo el tarro" y pensando lo que podría hacer o no.

Últimamente respecto a esto, me lamento sobremanera el no haber aprovechado las vacaciones cuando salía con Águeda estudiando, pues no hacía nada más que ver la tele y volverme fatal de la cabeza, pensando y pensando lo que quería o debía hacer. No era de extrañar, que siempre estuviese deseando irme a La Laguna, pues si allí lo pasaba mal, peor, infinitamente peor lo pasaba en mi isla, donde no luchaba por nada. Me arrepiento; lo hacía porque pensaba que así Águeda estaría contenta conmigo, pero ¿no estaba así yo más descontento con ella? Recuerdo que siempre, cuando me duchaba, me golpeaba como con un mazo el pensamiento lo de: "¡Otra vez igual, siempre lo mismo, Dios, agh, qué asco!"

Esto un día y otro día, una semana y otra semana, y era tan bobo que no sabía poner fin a eso; tuvo que ser la que ya consideraba que sería mi mujer, quien pusiera final a esa absurda y poca inteligente situación.

No quiero decir con ello que ella fuera inteligente o no, que en eso no entro, pues ella optó por la desidia y la abulia, más que por una lucha en pro del bienestar, no sólo económico sino también, y primordialmente, psicológico. Observarán que ya estaba dedicando gran parte de mi tiempo a la literatura; pensarán que lo hacía y hago por dinero, pero les digo, si el fin fuera solo el dinero, no sería más fácil y recomendable dedicarse a los negocios, ser un gran empresario; no sería eso más acertado que el escribir, sin saber si va a gustar o voy a estar desterrado al mayor de los olvidos. Me criticarán también de que me repito, pero al repetirme ¿no completo la idea y algo se transforma según mi estado anímico del momento?, incluyendo estados físicos, fisiológicos y sicológicos.

Ya no me daban tanto miedo los problemas del corazón; más me preocupa hoy, aunque seguro que eso se debe a que estoy estudiando unas cosas que versan sobre este extraordinario y completo órgano.

Un día me dijo Miguel de ir a los toros; acepté. Suponía que iba a ser barato, incluso en el supuesto de que le tuviese que pagar su entrada.

Fuimos al bar que estaba frente a la plaza de toros. Era un bar de lo más concurrido, y eso que era grande. Allí Miguel me presentó a lo más variado y bajo de nuestra sociedad, chulos, macarras, proxenetas, traficantes y un sinfín de personajes de la peor estofa social, todo lo que diese dinero con facilidad estaba allí representado. Miguel, que me presentaba como su médico, me indicó:

-Aquí compraremos las entradas más baratas y para un buen sitio.

Me extrañaba un barbaridad el que Miguel fuese conocido en tantos sitios, ¿es que este hombre había vivido sus días en la calle? Incluso le pidieron que le vendiera a uno de ellos una pistola. De todas formas, y como es natural, allí había mucho fanfarrón metido. Ya me estaban cansando de tanta baladronada y palabrería insulsa e insustancial.

Por fin unos, la mayoría de ellos ya debían estar jubilados, nos consiguieron un pase, por el que nos permitieron entrar, con lo que seguro que iban a medias en la ganancia, tanto el estafador como el portero, ambos igual de indecentes y ladrones. Miguel a todo el mundo llamaba: "Nano" pa'riba y pa'bajo.

Allí estaba mucho más modosito, y no se ponía a gritar como un loco histérico.

Después de la gran estafa, en la que Miguel no pidió un descuento, está claro que porque no pagaba él, nos llevaron a una parte de la plaza al sol, no muy buena; los sitios buenos estaban reservados para la gente rica. Era aproximadamente a la mitad de las gradas. Dentro de lo nefasto, era un buen sitio.

No entendía de nada, por eso cuando aplaudían yo aplaudía y cuando abucheaban, me callaba.

Lo que más me impresionó fue ver cómo manaba muchísima sangre del lomo de uno de los toros, "si sigue mucho tiempo así, va a morir desangrado". Allí me enteré por lo que vi y oí, que la finalidad de los primeros lances era desfogar y tranquilizar un poco al toro, y el lidiador ver contra qué debía enfrentarse.

La plaza no estaba llena. Sí había visto al lado nuestro, mientras estábamos en el bar con la crema de la sociedad, un señor de barbas muy trajeado, poco trabajador pero con algo de dinero, seguro que no tanto como quería dar a entender, pero según parecía era muy amante del toreo. Dentro no lo vi más.

Resultado, que en vivo es mucho más bonito, y mucho más inhumana también, esa fiesta nacional, aunque y sólo por esta vez no se incluya en la nación a Canarias.

e-libro.net

El traje de los toreros me gustó, aunque me parecieron los diestros muy jóvenes como para que se moviera a su alrededor tanto dinero. Quizás los toreros que ese día lidiaron no tuvieran grandes ingresos, pero seguro que más que un farmacéutico que se dedicaba a cobrar el paro, tendrían.

Hablando del paro, también allí en las oficinas del I.N.E.M. se perdían las horas de una manera absurda. Sé que la mayoría de los parados no hacen nada, pero eso no es motivo para que se nos haga perder el tiempo de manera tan descarada.

Allí, en las oficinas del I.N.E.M., tuve que aguantar a uno de los empleados decir sobre mí, sin que mediara ningún tipo de conversación previa:

-Este es un pardillo.

¿Qué le dije o hice para que llegara a esa conclusión? Nada de nada, por ello descargo ahora contra él.

Otra vez volvía a tener gran cantidad de libros, aunque en la librería que había hecho la primera invasión, de esta vez, sólo había comprado un libro: una biografía de Cervantes por un autor inglés. He visto como abundan incursiones de estos autores anglos, sobre personajes (personalidades casi siempre) españoles. La causa, no la sé.

Poco más, o al menos poco más de importancia, ocurrieron las tres semanas del mes libre de clases.

Al mes siguiente, nuevamente vuelta al colegio a reanudar el mini curso, al que se quería igualar con el de Madrid; creo que en Barcelona había otro.

El primer día fui vestido de cojones, algo supremo. Al mediodía acompañé a Lucía a coger la guagua, y ella me indicó un bar en el que podía comer; había mucha gente, la mayoría muy bien vestida; se conoce que era una calle muy importante, con un gran movimiento, aunque no recuerdo si era zona de bancos, locales comerciales, y/o grandes almacenes. No recuerdo, pero se veía que allí había dinerillo.

Pudiera ser, que la gran abundancia de mis meteduras de pata, no sólo las del curso, sino el no quedar casi nunca bien con la gente que me hablaba, se debiera a que estaba leyendo “Yo Claudio” de Robert Graves, novela histórica que contaba la vida de ese personaje, tonto, pero que por tonto llegó a lo más alto; mientras que sus familiares atacándose unos a otros lo único que consiguieron fue que se mataron los unos a los otros, y los otros a los unos. Era increíble ver como se envenenaban, mandaban matar y como mínimo los expulsaban del país, los mandaban al destierro. Esto era lo más suave que ocurría. El leer este libro hizo que me fuera a disculparme al presidente del colegio farmacéutico de Valencia. Sentía algo de miedo, pero no lo dejé traslucir. Él me dijo que no importaba, pero la próxima vez que fuera a hacer algo, le avisara a él primero. Le contesté:

-Es que en principio no pensaba hacer nada, pero ya en la calle se me ocurrió, que por qué no avisaba a la policía?, al menos para tenerla avisada. Y ya de allí de un paso al otro fue inconscientemente.

Algo así le respondí.

Esta vez, al despedirme de su lujoso despacho, me dio la mano, firmemente, y no con las boberías de los temblores de la vez anterior.

El examen de ese lunes fue difícil, muy difícil comparado con los anteriores. O pudiera ser tal vez, que yo cada vez estudiaba menos la materia, y eso que era más bien poca. Lo que sí hacía era que ya casi no cogía apuntes, pues nos habían dicho que nos los daban fotocopiados, y así era efectivamente. Cada cambio de hora solía ir fuera a fumar; éramos muy pocos, poquísimos los que fumábamos, y en esos momentos no se sentía esa gran presión que cada vez más hacen los no fumadores a los fumadores.

Reconozco que en mi caso, mi madre y hermanos eran fumadores pasivos en potencia. Y no les digo nada de mis sobrinos, donde los padres fumaban. Por el momento Maru lo había dejado, aunque siempre que se tomaba una copa, o había reuniones familiares, fumaba uno o dos cigarros. Mis tías, la farmacéutica fumaba continuamente, también en la farmacia. Dulcina, desde que se murió Joaquín, lo intentaba dejar, fumaba menos que su hermana, pero aún así con ansia, como si saborease cada calada. Aún hoy intenta controlárselos, aunque no es fácil no fumar después de comer, o con el cortado, o cuando uno descansa, o trabaja, o está en tensión, o se relaja... En definitiva, cualquier ocasión es buena para fumarse un cigarro. Veo como si a Dulcina le diera miedo morirse a causa del tabaco, como si presintiese una gran desgracia por su culpa. No te preocupes, que el cigarro mata tan despacio y silenciosamente, que uno no se da cuenta que lo está haciendo.

Uno de los conferenciantes, fue un médico, y algo mediocre, pues ya no sólo que fuera un ligón playboy, sino que nos explicó de todo menos sobre lo que él trabajaba. Su trabajo consistía en enfermedades deportivas, y estas eran muy sencillas, por ejemplo inmovilizaciones de miembros y cosas por el estilo. A todos les gustó mucho este profesor. He de confesar que tenía gancho, se hacía querer, era amable, pero un papanatas. Tal, que lo

e-libro.net

que él proyectaba en diapositivas como operaciones suyas, después las volvieron a pasar otros conferenciantes, como material a disposición de los doctores. Hay que ver, ni aún así, se dieron cuenta muchos de mis colegas del fraude. También metió la pata diciendo cosas erróneas, a modo de grandes sentencias y afirmaciones. Pobre hombre, aunque supongo que no le hará falta mi compasión, pues él era de esos sujetos muy seguros y que se ven superiores al resto de los mortales (¿estoy hablando de uno como yo, no?).

Lo mejor fueron las diapositivas finales de chicas muy monas. Ya le había visto el plumero de "Don Juan" a tope. Y la cosa es que creo que causaba impresión entre las féminas.

Iba bien vestido, y se le notaba costumbre en llevar el terno (aunque no llevase el chaleco, prenda muy poco usada en la actualidad), seguro que así iba a tomarse las copas y a ligar, exagerando bastante la calidad e importancia de su trabajo. Me extrañaba mucho, cómo podía hablar tanto sobre algo que no era lo suyo, quizá porque fuese su hobby, lo que dudo.

El colmo de los colmos, fue un chorizo, pues era un auténtico chorizo, el hermano del dueño de una multinacional de ortopedia. Jamás he visto a nadie tan caradura. Lo visualizo yendo a los congresos en Estados Unidos, tal como él decía, y echándose copas con los conferenciantes. Era de una desfachatez sublime. Todo se lo inventaba, no decía nada al derecho, nada absolutamente nada de lo que decía tenía sentido, y no es que fuera que hablara en inglés, idioma por otro lado que posiblemente también desconocía por completo, pues si no sabía nada de ortopedia que era en lo que en teoría trabajaba, menos sabría de algo con lo que supongo no contactaría con frecuencia.

Farsante tal, nunca había visto; me puse a reírme porque no lo podía soportar. La gente a mi alrededor se avergonzaba de mí, y con razón; una de ellas fue Manuela, que al verme tan descojonado se fue de mi lado.

Nos complicó, más que explicarnos, con palabras sin sentido sobre unos corsés y demás artilugios de los que no tenía ni zorra idea. Algunos le hacían preguntas, pero no puedo asegurar si para comprobar que era un farsante, o porque ellos mismos lo fueran. Sé que me debía indignar ante tal estafa, pero más me causó risa que otra cosa.

Después de oírle decir absurdos tras absurdos, disparates tras disparates, a decir verdad, se me empezó a parecer a ese humorista español que no dice nada sino una serie de palabras inconexas, pues éste era igual, le hice una pregunta sencilla, que según parece gustó a una chica.

-Y, ¿hay programas de ordenador de esto?

La pregunta era clara y escueta; supuse que me respondería claramente, pero no lo hizo, siguió diciendo disparate tras disparate. Sé que me debía haber ido por la falta de respeto, pero me quedé allí.

Después hicimos prácticas con unos moldes de yeso; me tuvieron puteado por reírme del hermano del jefe, pero no me importó, me lo tomé con deportividad. Me decían:

-Esto está mal pulido –o-: por aquí hace falta pulir más.

Así bobería tras bobería hasta la última hora. No me explicaba por qué sólo lo mío tenía defectos. Me dije que seguramente era porque las cosas manuales no se me dan muy bien. No, era por lo expuesto más arriba, siempre he de meter la pata con algo. Había una chica que también pertenecía a esa compañía, compañía que supuse fuera una multinacional, al menos por la cantidad de material que representaba, y por la cantidad de personal que tenía. Esta chica era guapa e inteligente; expuso muy bien su tema, basándose en unos ejes de coordenadas que había que tener en cuenta al realizar las prótesis, todo muy lógico y muy bien explicado con transparencias, materiales que no vi usar en las pocas clases que fui de la carrera. Estaba esta joven muy buena; creo no equivocarme al afirmar que esta chica era una licenciada, pero que dependía de un superior al que tenía que olerle el culo y venerarlo; inconvenientes de la empresa privada, y de la que un servidor estaba más que harto.

Total que no saqué en claro más, que había gente que investigaba sobre esos temas, que en U.S.A. eran punteros, y que los fammiliares de fulanito o fulanita lo tienen mucho más fácil. Encima, supongo que no pretenderían ganar mucho dichos personajes, cosa que no puedo afirmar, pues a juzgar por la calidad y tipo de ropa, estaban muy bien pagados.

Otros días, iríamos nuevamente a esa parte del anexo del colegio farmacéutico, era un laboratorio ortopédico del colegio, no muy amplio, por lo que nos debíamos turnar en dos grupos.

Otro día, fuimos a otro laboratorio a ver los bragueros y demás prótesis para hernias. Fue ahí donde realmente comprendí lo que era una hernia y para qué servían los bragueros; algunos de ellos, servían para distintos tipos de dicha eventración de la zona inguinal; sumamente prácticos, para mí fue un gran descubrimiento, pues había visto esos aparatos en la antigua farmacia de mi padre, y no se me había ocurrido preguntar para

e-libro.net

qué servía aquello, entre otras cosas porque sospechaba que era medio tabú, aunque por esas fechas, todavía desconociera el auténtico sentido de esta palabra.

Otro que nos dio clases fue un hijo de una farmacéutica, algo torpe, y que nos trataba como a niños chicos, esto me asombró grandemente y cuando nos fuimos a tomar el café y hablamos con Victoria, le pregunté si ese, realmente los estudios que tenía eran de F.P. Ella viendo que habían metido la pata contratando para nuestra enseñanza tal inepto, nos dijo a nuestro grupito:

-Sí, sí. F.P., seguro que ha hecho.

Nos trataba como a niños chicos, mandándonos a callar con una paleta. Algo degradante y tercermundista. No quiero decir con esto que nos pegase con ella, no, sino que la hacía golpear contra la mesa. El martes a la salida de clase, Lucía me indicó un hotel de cinco estrellas en el que se podía comer. Entré y pedí un menú del día; después vino un matrimonio que empezaron a pedir y pedir. Estaba haciendo el ridículo, y estaba tan seguro que me las intentaba dar de rico, sin serlo, que me estaba abochornando, aunque no se comió mal, ni mucho menos.

Lucía me preguntó que qué tal había comido.

-Muy bien gracias -fue toda mi respuesta.

Pero sigamos con ese profesor, que aunque inepto, fue el más práctico y más sencillo. Nos enseñó a hacer separadores de dedos y demás ortesis con la silicona, y luego nos llevó al laboratorio, donde hicimos plantillas que luego se las di a Miguel, a quién le encantó, a pesar de no ser de su talla. El personaje que me tocó como compañero de prácticas, no era muy fino trabajando, y eso que se le veía que era más habilidoso con las manos que con el cerebro.

El profe, si a ese se le puede llamar profe, como un día me vio con chaqueta y otro con un jersey viejo, dijo:

-Ah, tú eres de centro -como pensando en voz alta.

Pues no chaval, la forma de vestir no es indicativa del partido al que se pertenece, ni mucho menos. A pesar de que cierta gente crea lo contrario, aunque no me extrañaría que fuera yo el que está equivocado.

Este personaje nos llevó a hacer como les cuento, plantillas. Iba haciendo, con el “mapa del pie”, lo mejor que podía las prácticas; cosa que hacía de las plantillas, enseguida se lo iba a enseñar al profesor.

Este, sin saber por qué, me decía siempre cómo algo estaba mal. Puede que fuera de esos que por llevar la contrario, dicen siempre lo que les da la gana. Tardé casi una hora en hacer las plantillas. Una señora, madre de una colega y condiscípula, fue a que le viera el técnico los pies, también le llevó los zapatos que usaba. Según parece su deformidad en los pies le causaba grandes y auténticos problemas.

La señora, era toda una gran mujer, y mi compañera parecía que tenía fe en el profesor.

En otra ocasión el profe, nos miró a todos los pies por medio de un aparato y nos iba diciendo de lo que padecíamos. A uno de ellos, ya mayor y que siempre llevaba el mismo traje, cuando se descalzó y se puso a enseñar las malformaciones y deformidades de los pies, le dijo el profesor:

-¡Buef, lávese los pies!

A mí que fui el segundo o tercero de los varones, no me dijo nada. Me fijé en una cosa y es que siempre tocaba los pies, y luego se llevaba los dedos a la nariz para olerlos. Verán como era un guarro total. Una señora, muy aseñorada, y a la que se veía que le sobraba el dinero, o al menos imagen de eso daba, fue la única que no se descalzó y se puso sobre el aparato que consistía en un vidrio por arriba en el que subirse y un juego de espejos para observar el pie por abajo; me juego que era porque los tenía más que deformados y llenos de juanetes, y que por vergüenza no se descalzó, ni siquiera en las prácticas donde teníamos que hacer un par de plantillas cada uno al compañero.

Una cosa como regla mnemotécnica que nos dijo era que supino era como tomar sopa, o sea hacia arriba desde el interior de la pierna; prono era todo lo contrario, esto es hacia el exterior y desde la parte de afuera de los pies.

Otras cosas a tener en cuenta eran el arco longitudinal externo (A.L.E.) y el interno (A.L.I.).

Era curioso pero a esas prácticas, como no se ensuciaba uno con nada, a no ser con la cola para pegar las diversas almohadillas a la suela, y luego forrarlas de cuero (materiales todos muy buenos), pues no llevábamos bata. Tan sólo iban una o dos con ella, y eran muy nuevas. Digo unas, pues de varones no la llevó nadie. Ahora que lo pienso, hubo gente que no fue a las prácticas y a las que sin embargo no les pasó nada.

e-libro.net

A Victoria, le dije que tenía pensado escribir un libro, que si quería que se lo mandase a ella, a lo que me contestó que no, que lo mandase a la atención del presidente del colegio. Se lo dije con mi mejor intención, pero ella supuso que primero debería pasar eso por las manos del "presi".

Lo que me dijo me extrañó tanto, que no le dije nada más. Esto fue un día antes de entrar al colegio, de camino a él, en el que me la encontré saliendo de una casa muy cercana a éste. Supuse que vivía allí, aunque quizás me equivoque, pues me sería algo extraño que viviese junto al trabajo. Era una zona antigua y pensé que debía ser cara. Muy cerca habían zonas comerciales y también muy cerca, habían zonas en construcción; era raro que siendo una zona tan antigua, no hubiese crecido mucho antes por allí cerca la ciudad. Me extrañó. Por allí un día de esa semana en la que no fui a comer con Luis y Manuela, no sé por qué motivo, lo cierto es que después de almorzar, me iba a caminar pues no tenía nada que hacer. No me interesaban las zonas viejas y curiosas, y mucho menos aún, las aglomeraciones de personas, en sitios como el mercado u otros.

Mercado al que fui un fin de semana con Miguel, con el cebo de que seguro que habían muchos y muy baratos libros. Era una sensación asfixiante ver a tanta gente mirando y paseando sin motivo casi aparente, más que holgazanear. De libros, había más bien pocos, aunque de entre los pocos que había, compré algunos, demasiados, pues no creo que la calidad de sus adaptaciones y traducciones, así como el esmero en el acabado, sea el ideal. Casi afirmaría que es todo lo contrario, que deja mucho que desear, aunque aún no he leído ninguno de ellos. Leo mucho más lento de lo que desearía. Miguel se encontraba a gusto entre las aglomeraciones de personas, yo no. Siempre que salía, tenía que saludar a alguien.

Aún tenía pendiente la ida al casino, adonde él me había garantizado que me llevaría. Sigamos con el transcurso del curso. También fueron unos técnicos, dos, encargados de hacer corsés a medida, a partir de unos esqueletos de plástico ya estandarizados. Al principio dieron una hora aproximada de clases teóricas, muy sencillas; luego, eligieron a María José para que sirviera de modelo para la construcción de un corsé, así lo hizo, mientras que otra, una batata de compañera, iba marcando por donde debía cortar; los trazos guía, a rotulador, fueron nefastos, desastrosos, de tal manera que los técnicos tuvieron que emparejar los desastres de la boticaria; el cortarlo lo hizo uno de ellos, el más joven, que iba vestido con traje aunque muy mal conjuntado, con una camisa amarilla; se parecía a algunos modelitos que lleva Aznar, con los que parece un marinerito, o un niño que va a hacer la primera comunión. Al joven me lo había encontrado primero en el baño, donde yo cagué, y que seguro que él olió todas mis excretas intestinales.

Después lo vi a la salida y se me puso chulo en plan atacando, lo dejé estar, deduciendo que estaba tenso por las clases. Me dio pena, pues supuse que tuvo que usar para trabajar el mejor traje que tenía, seguramente reservado para las bodas y demás. Lo siento chico. Yo uso un traje, cuando voy a ciertas reuniones, aunque no es lo normal aún, supongo que lo usaré con más frecuencia si sigo trabajando como hasta ahora, a pesar de que siempre me parece poco, insuficiente, como si debiera hacer siempre algo más, que puedo un poco más.

Esa semana, ya no deparó ninguna otra cosa de importancia. Como digo, el examen fue muy difícil, por lo que para resolverlo echamos mano de los apuntes de clase, las fotocopias que nos daban para cada asignatura, en las que muchas veces la cantidad de hojas era exagerada, del todo desbordante; por cada asignatura, cada vez había más y más fotocopias, que se suponía debíamos dominar. Muchas veces me pasaba por el estilo, a cuando veía la cantidad de libros que son los presupuestos del Estado, y me pregunto, "¿quién coño se aprenderá todo eso?"

Ya cansado del curso, me puse a leer y a disfrutar con ello, cosa que me suele ocurrir con cierta frecuencia, así como a veces el estudiar cosas de mi carrera, me resulta pesado, tal que si me paso mucho tiempo estudiando, le pierdo el gusto a lo que hago, y se me van los ojos por las novelas.

Es curioso, que siendo farmacéutico, mi biblioteca esté mas llena de libros de literatura que de la propia profesión, sin duda porque le he cogido más el gusto por los primeros, quizás son más amenas, aunque mi carrera tiene muchas cosas interesantes; para ser sinceros, me gusta leer de todo, como en botica, y como lo que permite vivir de la lectura de cualquier cosa es la escritura, pues eso hago, ni más ni menos.

Llamé un par de veces a la prostituta con la que había estado la última vez. En la primera ocasión, me dijo:

-Yo voy a ir a la discoteca, si me quieres ver vete por allí.

La segunda vez que la llamé para invitarla a cenar, contestó:

-Y después de cenar, ¿qué?

-Oh, ya veremos –le casi susurré, pero ella no quiso tampoco acudir a la cita.

Lo más seguro que fuera ella quien un día pasó por mi casa preguntando por mí, pero Javier le dijo:

e-libro.net

-El está durmiendo.

Por qué no me despertó no me lo llegó a aclarar nunca, quizás fuera que tenía celos, pues me dijo que tenía una voz muy dulce. A saber, ahora que lo pienso, si en un descabellado ataque de amor de Totó, me fue a ver, pues era hasta el momento la que tenía la voz más dulce.

Ese mes fue al piso un nuevo inquilino; era un pobre hombre, un poco muerto de hambre, que venía rebotando de estar en Europa. Fíjense ustedes en un comentario que hizo, y así sabrán qué tipo de persona era este sesentón:

-Porque estando comiendo en un bar, al lado del trabajo, oí decir: "Ese que viene todos los días a almorzar, seguro que es el jefe".

Se echó a reír. Al oírle no pude evitar el sonreírme mientras pensaba: "y se pone contento con eso, pues qué poco". Ser tal insignificancia motivo de alegría, no es contentarse con las cosas pequeñas, sino un absurdo. Otra cosa es que un niño chico hable con uno o se ría de las cosas de uno, eso sí vale más que todo el dinero y todos los elogios que le puedan hacer a uno; al menos a mí, incitar a los jóvenes a que hagan cosas, con los libros, se entiende, es algo que me congratula, y eso sí que me enorgullece de verdad.

Mi estúpido comportamiento y mi falta de reflejos, se lo achacaba al libro que estaba leyendo.

El nuevo inquilino se llamaba Juan Antonio; por la noche comía mucho, muchísimo, se pegaba unas enormes jartadas con fritangos derivados del cerdo, aceitunas (u olivas, como allí las llaman) y queso. Qué más comía, no recuerdo, pero a mí me dejaba, sinceramente, asombrado.

En qué se ocupaba él, pues era un vendedor, pero de productos inútiles, en todo caso enfocado a niños chicos.

A mí, teniendo las buenas tiendas de indios en mi ciudad con todo tipo de últimas tecnologías, no se me ocurrió otra cosa que comprar dos despertadores, uno para Miguel, quien me lo agradeció, y otro para mí. No tenían pinta de ser muy fiables pero incluso así se los compré. Efectivamente, no me duró más que uno o dos meses. Me enseñó todo lo que vendía, pero nada me convenció.

Me había asegurado a mí mismo, que si no era con la última ramera, no me iría con ninguna otra, no sólo allí, sino en ningún otro sitio; las cosas debían cambiar, no podía seguir siendo un crápula y hundirme cada vez más en el abismo. Parecía que las personas decentes me rehuían. Pero, y me pregunto: ¿quiénes son personas decentes, los ricos que no van más que a lucirse, algunos pobres que no hacen más que aprovecharse del que algo tiene?

Es más, intimamos más aún Miguel y yo, en nuestras charlas, nos contábamos intimidades, y una vez incluso me enseñó fotos de su exmujer, de su hijo, de la boda..., también pagarés y letras; no se me ocurrió mirarlos sobre lo que eran, y de la cantidad que eran, pero tenían que ser importantes, para guardarlos tanto tiempo.

Un día que salimos a dar una vuelta en taxi, me indicó donde vivían su exmujer y su hijo, con otro hombre.

Miguel, que iba muy poco a verlo, entre otras cosas porque no tenía dinero para comprarle ni un refresco, cuando venía de ver a su hijo, se le notaba otro carácter, sonriente, cuasi feliz; digo cuasi, pues supongo que su felicidad fuera completa si tuviera bajo su custodia a su hijo, de quien decía que era muy listo. Le pregunté si me lo enseñaba y él me respondió con un vago:

-Sí, sí, algún día.

De Javier me dio la sensación, como les conté, que quien no se doblegaba ante sus encantos de extranjero, se lo hacía pasar mal. Yo no lo hice, y no por ello consentí que me hiciera mal alguno.

Se acabó la época de ayuno de Javier, y para celebrarlo, compró un pollo enorme, algo exagerado, me pregunté que qué era aquello. Más me extrañó, y sabiendo lo tacaño que era, que no comiera nada de este, por lo que empecé a sospechar, no sé si con razón o sin ella, pero tenía mis motivos, pues al poco empezó a dolerme la barriga de una forma bestial. Pudiera ser que el pollo me sentara mal, aunque más sospecho o sospechaba, que Javier, habiendo sido adiestrado para guerra de guerrillas, me hubiera puesto un tóxico en la comida, ya que no me explico que pudiera suceder otra cosa. El dolor, en principio, pensé si era producido por una úlcera o gastritis, nunca me había sucedido (ni me ha vuelto a suceder en varios años, salvo en otras dos ocasiones) dolor igual antes; al final llegué a la conclusión de que me había intoxicado Javier, aunque quizás por falta de conocimientos profundos (que yo tampoco tengo), no llegó a matarme; sin embargo y seguro que por remordimientos de conciencia, y al verme de tan mal humor, me preguntó:

-¿Qué te pasa que estás tan serio?

-Que me duele el estómago.

e-libro.net

-A mí en la farmacia me dieron una cosa para eso.

-Déjamelo ver, aunque me traes también el prospecto, el folleto explicativo – le contesté.

Eso hizo, al final vino con una cosa archiconocida, aunque cara; me repugnó ver cómo hicieron negocios con el pobre compañero, "lo estafaron", intuí, aunque nada le dije.

-Toma, aquí la tienes**.**

-No hace falta que me des el prospecto que sé lo que es.

No le pedí el prospecto, pues me resultaba más que familiar; pensé que lo que me iba a traer era algo raro.

Eso, yo sólo lo iba a despachar una vez por mi cuenta, aunque le dije a la señora, que a pesar de ser bueno era un poco caro; ella, una vecina mía, no fiándose de mi opinión, recabó más información a una más experta que yo, a Marisol, esto no me disgustó en exceso, aunque sí me dolió algo que no se fiara de mí. Yo, que siempre había sido tan amable con ella; al menos así era a mis ojos de borracho.

A su marido, pues supongo que era la señora de la casa, a pesar de preguntarme a veces, si más que la señora fuera la sirvienta, que nunca lo he llegado a saber, pues no va muy bien arreglada, al menos las veces que la he visto por el barrio, lo vi una vez yendo a un bar en el que se tomó un güisqui etiqueta negra a mi lado, mientras que yo me largaba una cerveza sin alcohol; él no llegó a tomárselo entero; lo pidió junto con una tapa de ensaladilla que sí se la comió toda.

Después de medicarme con los sobres, me sentí fetén, tanto es así, que poco después estaba de un humor magnífico, hasta tal punto que me largué un par de copas, bastante rebajadas, pero me las tomé, y eso que hacía poco que estaba a punto de reventar; tal vez no sea cierto eso de que los que tienen problemas gastrointestinales, beban menos que los que no los tienen; lo que sí creo que sea es que los que más beben, más problemas "g.i." tienen.

Miguel me había dicho que había ido a ver a su hijo; a la vuelta le pregunté si había padecido dolores de estómago, y me respondió que no. Como no había motivos de duda, lo creí, aunque no ciegamente, pues no sabía, ni atendiendo a las inflexiones de voz, cuando decía la verdad o mentira.

Javier, aunque tanto lo critico, también se portó bien conmigo, así por ejemplo, una vez me planchó parte de la ropa que tenía recién lavada, ya que yo no era muy bueno en ello. Su plancha se rompió un buen día, por lo que compré otra. Según parece el dueño de la tienda me engañó, y me estafó; eso al menos me dio a entender Miguel, pero, eso sí, él no fue a comprarla, sino que tuve que ir yo, sin conocer ni la zona, ni los precios.

Otro día fuimos Miguel y un servidor, a comprar ropa a un almacén enorme; era una nave bastante grande; me compré un traje chaqueta gris marengo, barato, sumamente barato; allí mismo, en los probadores, una chica medía los vueltos, que estaban sin coser, y otras modistas los acababan, todas las chicas que allí trabajaban eran muy bellas, y a mí me recordó aquello lo de las "modistillas" de la literatura clásica; algo verdaderamente hermoso y conmovedor.

Miguel miraba unos pantalones que al final los pagué yo; quería comprarse unos más resistentes, le dije que no, que se comprara otros más modernos, que no se preocupara por el dinero; a lo mejor no lo decía sólo por el dinero, sino pensando en épocas más frías; no lo puedo saber.

Estuvimos esperando a que terminaran los pantalones bastante tiempo, horas; mientras, no sabía qué hacer, hasta me tomé un refresco para matar el rato.

Vi a un minusválido en silla de ruedas con pinta de gitano, y me acordé de lo que Miguel me decía, de que los cojos eran unos cabrones; pero miren quién lo decía, uno al que le faltaba una pierna. Hoy me asombro cómo Miguel iba saltando por la casa con una sola pierna, pues la prótesis sólo se la ponía para salir.

Sospechaba que Miguel casi no se duchaba, y creo que estaba en lo cierto. También me compré allí mismo calzoncillos que me parecieron buenos, aunque al final no me sirvieron; los repartí entre Miguel y yo, pues Javier no quiso ninguno.

Después de esperar un buen rato, y viendo a las preciosidades trabajar con la máquina de coser, salimos de allí, yo con dos pantalones iguales, una chaqueta, y tres calzoncillos, y Miguel con unos pantalones. Al regreso tuvimos suerte, y no muy lejos vimos un taxi en el aparcamiento, hacia el que nos dirigimos. El taxista estaba tumbado dentro, y lo despertamos; nos dijo que estaba esperando a una señora, pero que como tardaba tanto, bien podría llevarnos a nosotros.

Camino de la capital, ya que los almacenes estaban en las afueras, Miguel empezó a presumir de dinero, de una forma solapada, pero ya que algo le conocía, empecé a sospecharlo y no creo que andase con lo que digo, muy equivocado. Al final llegamos al piso; el taxi también lo pagué yo.

e-libro.net

Javier se mudaba en un par de días a Madrid, cambiaba su residencia.

Decía que se había equivocado al ir a Valencia. Mi respuesta fue:

-Allí la vida es más dura, hay más competencia. Ten cuidado y no te vayas a meter en un piso con drogadictos.

-¿Y cómo los conozco?

-Por su falta de aseo, extrema delgadez...

No le comenté lo del lenguaje pues lo daba por supuesto, ya que ése era tan conocido por mí. La de veces que he perdido el tiempo con esos capullos, que al final muchos no me han traído más que desprecios y desgracias.

Estaba tentado en pincharme heroína; no por estar amargado, sino por curiosidad, no científica, pero sí experimental, sicológicamente hablando, para ver las sensaciones que producían. No pensaba en los efectos perjudiciales que ello podía acarrear, pero es que estaba tan rodeado de adictos que pensaba que no debía ser tan malo.

Javier nos había preguntado si no nos importaba que vinieran su hermano y un amigo a comer uno de los últimos días. Nosotros aceptamos. Miguel hizo una paella, que al final se hizo poca, o yo tenía un hambre voraz.

Su forma de vestir era, sobre todo la del amigo, algo estrambótica. Me cayeron mal, no por nada sino porque eran unos fanáticos y nos querían imponer su religión a la fuerza. Me enfurecí y discutí con ellos; la conversación cada vez se iba acalorando más y más. Miguel les daba la razón, y yo indignado me decía que valientes personajes teníamos, ellos por ser extranjeros y no respetar las costumbres y creencias del país en el que residían, y que tan bien los acogíamos, al menos nosotros, que les habíamos invitado a comer, y a Miguel por ser tan pelota. Javier estaba callado; su hermano discutía poco, pero al otro, poco le faltó para insultarnos y pegarnos.

Esta fue la desagradable anécdota de ese día. A Miguel le comenté después lo que pensaba:

-Porque estos son unos terroristas.

-¡No hombre, no!

Me respondió riendo.

Javier siempre daba a entender que echaba mucho de menos su país, me extrañó mucho, pues aquí tenía a su hermano. Me imagino que el estar tan lejos de la patria es duro, pero, ¡amigos!, debe ser una experiencia inolvidable.

No me cansaba de repetirle que no perdiera el tiempo, y que estudiara una carrera, y qué mejor que Filología española; pues así se llevaría un título a su tierra, y dónde mejor iba a estudiar esto, sino en el propio país de origen. Él no me hacía mucho caso. Estaba nostálgico, y no puedo imaginar lo que le movía a irse de esa acojonante ciudad. En Madrid, suponía que la vida sería mucho más dura.

Le pregunté acerca de su ciudad, y me dijo que era grande. Quizá le ocurra como nos cuenta un escritor brasileño, que hubo uno que salió de su tierra y su país a buscar un tesoro, y al final descubrió que el tesoro estaba enterrado donde él mismo había vivido con su rebaño de animales.

Miguel se daba un arte increíble para enrollar las cosas; algo que a primera vista parecía sencillo, él encontraba mil y un inconvenientes, mil y una complicaciones.

Llegó el día de la despedida de Javier, algo me entristeció, fue una marcha tranquila, sin grandes aspavientos; espero y le deseo la mayor suerte del mundo. Antes de irse me devolvió la mesa que le había dejado. Me vino muy bien, fenomenal, ya que tenía los libros apilados en el suelo.

No lo dije pues no tenía gran importancia: el vendedor con el que había ido un par de domingos a dar un paseo y a tomarnos una copa, copa que no pagó nunca (una vez fuimos en una dirección y otro en otra) era un personaje oscuro, sin importancia, que intentaba sacar dinero de todo pero sin conseguirlo. Quizás se riera de mí pensando en que me levantó unas mil pesetas en los dos días, en fin, dejémoslo ahí. Un día pidió, cosa que nunca antes había visto, una cerveza de doce grados. Yo tomé una sin alcohol. Otro día tomé un güisqui, aunque, al ver que él sólo bebía cerveza, ya no pedí más, salvo algo para tapear.

Se fue, según decía, a una zona de casas de lujo, seguro que todo mentira. Su equipaje cabía todo en una maleta pequeña, de un material malo, que le daba aspecto de obrero pobre de postguerra.

Dejó poca huella. A veces me preguntaba si sería un secreta. En su día lo creía, ahora ya no puedo asegurarlo, era muy mal trabajador, a pesar de que él se consideraba super. Todo lo que comía era excesivamente graso. Estaba separado, y después de su mujer, tuvo a otras; no me hago a la idea de cómo debían ser, pero creo que no serían de mi gusto.

e-libro.net

Le hacía hablar, y él se reía enseñando la dentadura en unas condiciones deplorables, por su mala higiene. Sobre esto, tampoco puedo criticarlo.

Poco más respecto a este pobre analfabeto, aunque no por ello triste y acomplejado; todo lo contrario, parecía satisfecho con su suerte, al menos siempre tenía una sonrisa a flor de boca.

Estuvo pocos días, a lo sumo diez.

Una tarde le pregunté a Miguel sobre qué creía él, si debía invitar a Celeste con o sin vino en la cena, y en caso afirmativo que me indicara qué clase de vino.

-Yo, no te puedo aconsejar en eso, ya que mi vida no es todo virtud.

Ni siquiera me aconsejó sobre la marca.

Le pregunté si un Siglo Seco sería bueno, a lo que me respondió:

-Los vinos en Canarias, por el traslado en barco, se marean, y ninguno es bueno.

Con esa generalización me dejó callado. Se evitó el aconsejarme en tal cosa.

Total, que no me dijo nada.

La casa, al irse Javier, se había quedado vacía, y esa soledad, parece que nos hizo alejarnos a Miguel y a mí. Ya no teníamos tantas confidencias.

Ya no se me apetecía contarle mis intimidades, ni teníamos a nadie a quien criticar a no ser que fuera a nosotros mismos.

De pronto, y pensando que nuestra soledad iba a durar mucho tiempo, vino un fulano que se llamaba Víctor. Confirmé mis sospechas de que era drogadicto, y quizás también un pequeño traficante.

Me contó cómo el padre era un escritor reconocido en Valencia; su especialidad eran los cómics y novela negra. También él había escrito algo, de lo que me leyó y enseñó un poco. Mi artículo no se lo enseñé.

Lo que había escrito no me pareció muy bueno, aunque no le dije nada, ya que no era quién para aconsejar en ese terreno.

Se las daba de intelectual total, cuando salimos a un bar por primera vez, me di cuenta que era un gandul, traficante y borracho. Se hacía tan el suave con todos, que se notaba que era fingido. Le dejé actuar. Nos metimos en un bar y él pidió cerveza, yo sin.

Después de que se bebiera a mi cuenta un par de cervezas, nos pusimos a caminar por el antiguo cauce del Turia; lo pasamos, y llegamos hasta un bingo, donde me dijo que trabajaba su chica, no recuerdo si con ella había vivido o estaba ahora enamorado o qué coño, pues no se explicó nada bien, seguramente porque ni él tuviese claro lo que quería. Le miraba los ojos, y sospechaba que se estaba drogando con heroína. Ya no me parecía tan acertada la idea de yo pincharme también. Las fiestas se acercaban, y se notaba animación en el ambiente; las costumbres se relajaban. Victor, a quien el nombre no le pegaba nada, nos llevó un día a una chica al piso. A mí me pareció guapísima. Tenía una niña y era drogadicta. No me llegué a enterar si era su novia, o simplemente una amiga. Miguel le dijo, que si quería él la podía desenganchar del jaco, a base de masajes y cremas para los dolores; dijo que era una crema oriental; por las dos o tres cosas que dijo sobre ella, enseguida confirmé de cuál se trataba (“la del tigre”).

Fuimos un fin de semana al pub donde tan bien lo había pasado; pedimos una copa, y él se metió en el baño con otro. A la salida me dijo si quería coca, que el acababa de esnifar un poco.

-No –le contesté. “Qué mala compañía tengo”, me dije.

Hice por irnos pronto, con la excusa de tener prisa. Lo que no quería era seguir con él.

Poco después, fue otro joven a vivir con nosotros: Darío, un joven trabajador, sano, gallego, y que se cuidaba bastante. Sus fallos: las mujeres, aunque ese es un fallo de todos.

Era buena gente, y enseguida conectó con Miguel y conmigo; de vernos allí sólo dos a ahora cuatro, más los invitados, se nos hizo chico el piso.

Nuestra primera conversación fue sobre mujeres. Vi cómo Miguel se quería enganchar a Darío, sabiendo que yo me iba en breve, quería tener de donde comer. Me hice el sueco, como que no veía su jugada. Al llegar al siguiente fin de semana, me invitó a ir con él a ver chicas a una discoteca, para enrollárnosla, le dije que no se me apetecía. Al final ya no salía con nadie, pues tenía la mala experiencia con Víctor, que no quería repetir. De todas maneras me sentía viejo respecto a Darío.

Me iba a la cama pronto, y ahora sí que me cerraba con llave en el cuarto, no me fiaba lo más mínimo de mis nuevos compañeros.

e-libro.net

El día de antes de salir de juerga, Darío me pidió cintas de música lenta; se las presté creyendo que me las devolvería enseguida, aunque fue tanto lo que le gustó que no las vi más. Es una lástima pues me las había grabado Guillermo.

En ese momento y el día de mi regreso, me molestó, pero luego se me pasó; "así tiene un recuerdo mío".

Llegó la última semana de clase, y no recuerdo si nos lo habían dicho en clase o no, lo cierto es que no había estudiado nada, pues estaba convencido de que no iba a haber más exámenes, me equivoqué de pleno. Al final me llevé una gran sorpresa, pues lo hubo.

Creo que les dije que había uno en el curso, que era un borracho que se las daba de super y simpaticón. Se la echaba de tener doce empleados, cosa que ignoro hasta qué punto sería cierto, pero lo que sí vi claro es que estaba alcoholizado. Tenía algún que otro diente de oro. Siempre que podía se iba a tomar una copa. Fui con él un día, y mientras me tomaba un café él se tomó otra copa; era algo increíble, estaba constantemente bebido.

Se me pareció a mi padre por el hecho de estar rojo del sol y el alcohol, y la sonrisa de súper.

Era, a diferencia de mi padre un mal estudiante, era un batata y encima alcohólico. Según vi, tampoco le gustaba trabajar, sino presumir de tener una gran farmacia. A mí me repateaba los cojones, y así se lo dejé entrever.

Las chicas con que me senté a lo largo del curso, ninguna iba a ir a la cena de despedida; según observé, serían las únicas que no fueron.

Un día me puse a hablar con una que estaba tan buena, que el estómago se me encogió. No recuerdo ni de lo que hablé, de tal tensión que tenía. Era rubia, estaba claro que teñida; estaba como un tren, como pocas chicas había visto. Se hallaba haciendo el doctorado. Al lado de ella era un pringaillo. De todas maneras he visto y oído de mucha gente que está haciendo la tesis, pero pocos que hayan sido aceptados en la Facultad.

Por más que intento hacer memoria, no consigo recordar quién fue el que me dijo de entrar en una cabina de esas en las que se ve una chica desnuda contorsionándose.

Sabía el truco de esas cabinas y es que se les avisa que alguien entra y ella desde dentro, en la cama circular en la que se debe contorsionar, ve el interior de cada cabina. O sea que hay tongo, pues uno se cree que ellas no te ven, y quizás haya algún salido que se pone a masturbarse y ella lo observa perfectamente. En definitiva que la chica se dio cuenta de que yo sabía el truco por lo que no hizo nada. Como siempre por mi parte, perdí el dinero por ver a una chica ya madurita que no sabía qué hacer. Estaba bien, pero no voy a entrar en detalle de cómo era su cuerpo ni su sexo, por el que ya se le iban notando el paso de los años.

A la salida vi a una jovencita con una bata, que había salido a descansar del fatigoso trabajo. El comercio del sexo es tremendamente lucrativo, y no muy difícil. No discuto que existen muy buenas profesionales, y más ahora con los medios audiovisuales, pero supongo que cobrarán cifras monstruosas.

Quien seguro que no me llevó allí era Darío, al que le gustaba también comprar revistas de chicas. No le enseñé las mías, aunque él me enseñó las suyas; es más, algunas incluso las puso en el salón. Yo las ojeé, y me gustaron pero no les presté mucha atención, más que nada por miedo a que me sorprendieran mirándolas lujuriosamente. No sé cómo, pues nunca lo vi salir de noche, iba él vestido a ligar. Lo cierto es que el primer fin de semana que salió se trajo una chica, y si hacemos caso a Miguel, estaba muy buena.

La última semana de clase, fue un mero tramite, pues una vez pasado el examen del lunes de lo que viéramos ya no se nos iba a preguntar nada. Total que esa semana era de relax.

Como les comenté el último examen no me lo estudié nada, y eso que estaba allí para preparar el cursillo (digo cursillo, pues casi no se le puede llamar curso, como habrán visto, ya no sólo porque no fuera todo un año, sino porque me daba la sensación de que aquello no era muy serio); no puedo decir que fuera sólo por los condiscípulos, sino incluso por la mayoría de los profesores. Uno, que era farmacéutico, nos dijo las preguntas que él iba a poner, las cuales consistían en saberse las clasificaciones de los diversos collarines ortopédicos, de los que él era especialista. Fue con corbata aunque sin chaqueta. Me enorgullecía que hubiera algún farmacéutico que se dedicara en su farmacia a esas cosas.

El día de la cena fui a clase, aunque al llegar por la tarde, me di cuenta que estaba cansado, y encima debía ir a comprar una corbata para el evento, total, que me fui de clase, dejando encargada a la pobre Lucía, si me podía coger los apuntes que dieran. No era la primera vez que le pedía ese favor.

Me hice el propósito de no beber en la cena. Pero antes vayamos al piso, llegué e intenté dormir, pero no lo conseguí; seguramente porque estaba nervioso, o bien porque estaba demasiado cansado, pero lo cierto es que no pude.

e-libro.net

Como saben me había comprado en Las Palmas una gabardina, por si acaso hacía mal tiempo, pero como no hizo, estaba nueva, a estrenar ese día, igual que el traje y la corbata. En definitiva que iba casi como para una boda (a algunas he ido mucho menos "emperchado"). No podía dormir, y daba vueltas y más vueltas en la cama. Por lo que fui a comprarme la corbata a una tienda que ya le tenía echado el ojo.

No me quise vestir hasta última hora. Pues no quería que se me arrugara la ropa. Cuando supuse que ya era hora de irme a vestir, me duché y luego lo hice; estaba algo nervioso y muy contento, sí, estaba privado con mi ropa nueva.

Luis me había dicho que él iba a ir de vaqueros y con una chaqueta. Yo había ido con él a buscarla al hotel, porque luego no iba a ir por allí, no puedo decir dónde se iba a cambiar. No le gustaba mucho a él ir así vestido. Me había comentado que le gustaba mucho mi corbata negra con botellas de alcohol. Tenía en mente regalársela, cosa que hice al día siguiente.

En fin llegó la esperada hora de la esperada noche. Me vestí, y luego fui a que Miguel me viera.

-Pareces un inspector de policía -fueron sus palabras.

Estaba muy sonriente; era la primera vez que usaba gabardina y aunque en Santiago eran frecuentes, yo no tenía dinero para comprarla, al margen de que me daba vergüenza llevarla.

Salí, y nada más hacerlo me acomplejó el ir tan bien vestido, por lo que no fui a La Pau a tomarme un café, sino a otro bar. Al camarero le pregunté que hacia dónde quedaba el restaurante en el que habíamos quedado, pero no supo decirme. Cogí un taxi y llegué a él.

Era como casi siempre, de los primeros. El presidente del colegio me saludó y le devolví el saludo. Muchos iban muy bien vestidos, otros no tanto. De personalidades estaba el decano de farmacia, muy jovencito; llevaba una carrera espectacular.

Al ver a tan poca gente me quité la gabardina, me la cogió el dueño del restaurante y la llevó a un perchero. Luego fui a tomarme una cerveza "sin", y llegaron Luis y Manuela. Fuimos todos a pedir las consumiciones. Allí, en la barra, nos quedamos hasta que nos llamaron para comer y pagar. Ya a mí me habían pedido el dinero, pero yo había dicho que lo pagaba junto con Luis. Por qué él me pidió eso, lo ignoro. Hubiera preferido pagar lo mío al presi y quedarme después tranquilo. A decir verdad, quien recogía el dinero era Victoria, la secretaria.

Le pagó Luis; supuse que él quería pagar porque llevaba un billete grande, no era así, el grande era el mío, de diez mil pesetas.

No se los conté, pero un día, al poco de llegar de Las Palmas iba caminando por la calle, camino de mi casa, cuando me veo al mariquita del puti-club del barrio, me dice que entre, y tonto de mí, entré. Una vez dentro empezaron a sacarme dinero con botellas de cava, güisquis, etc.

Había una chica que se hacía llamar Magdalena (quizás en referencia a la de la Biblia).

-Ella no se va con ninguno. Si quieres, inténtalo.

No lo intenté, tan sólo le pregunté si se iría conmigo. Era muy guapa. Me respondió que no.

-¿Me darías un beso?

Y me lo dio.

Antes me había dicho una bastísima que se iría conmigo, pero que ahora no podía pues había quedado con un familiar. Efectivamente, al poco la vinieron a buscar, por suerte para mí.

Me gasté parte del dinero que mi madre me había dado. ¿Sería yo un caso perdido? Por lo que iba ocurriendo parecía que sí.

Salí enseguida, tras ver fotos de épocas más esplendorosas del mariquita, cuando trabajaba como artista de la noche. Según me contó, hacía poco había llegado a Valencia, y por tanto llevaba poco trabajando allí.

-¿Cuánto le diste a la otra mujer?, pues estuvo sin venir por aquí casi una semana.

Me alegró que el dinero le hubiese servido para alejarse del negocio carnal, aunque según me había contado, hacía "dobletes" en ese y en otros prostíbulos.

Salí amargado y pensando en Magdalena. Me había gastado en menos de dos horas casi todo el dinero que me había dado para el mes, mi madre.

Días después la llamaría por teléfono y le diría que no me mandase más dinero, que yo tenía.

Eso hizo aunque más me imagino que era porque sabía en qué me lo estaba gastando, lo que no le haría tanta gracia.

e-libro.net

Sigamos con la cena, Luis pagó y no le oí que hiciera mucho hincapié a la secretaria en que yo también lo pagaba. El presidente era cincuentón, Victoria en cambio, tendría treinta y pocos, a lo sumo. No estaba muy bien, aunque eso lo compensaba con una amabilidad absoluta.

Me puse en un extremo de las largas mesas, no presidiéndola, sino cerca de la esquina; a mi lado se sentó la mujer de un farmacéutico de las afueras de Valencia; según dijo, ella también era farmacéutica; lo que no me explico es por qué trabajaban los dos en la misma farmacia; si era por dinero, mejor era tener cada uno una. A saber si me engañó y no era boticaria. Sí me dijo acerca de su marido:

-Al principio del curso, se ponía todo los días a leer, hasta que se le pasó, y ya luego no leía nada.

Con ello deduje, que la mayor parte de los que estaban, no estudiaban. Quienes marcábamos el nivel éramos los más jóvenes. Me incluía en ellos, aunque quizá no debiera. Mi espíritu sí era joven. Y ¡qué coño!, tampoco era tan viejo, tenía treinta y pocos años. Leía muchísimo más de lo que estudiaba, a pesar de que presentía que debía hacer al revés.

La cena, no estuvo mal; me sirvieron un poco de vino, que me duró hasta el final; no bebí más que agua durante ésta. “Bien chico, vas bien”, dirán ustedes; eso mismo pensaba yo.

Cada vez, tenía más ganas de tirarme a mi compañera de mesa, pero claro allí estaba su marido. Me imaginaba viéndola en pelotas, debía ser algo formidable. Iba muy bien vestida.

Frente a mí había uno que siempre iba de chaqueta y corbata; ese día iba como yo ya había ido en otra ocasión, tal vez le gustó mi conjunto, o tal vez él ya lo tuviera elegido de antemano. Hizo migas conmigo. Afortunadamente no me preguntó sobre el trabajo, menos mal, pues me daba una vergüenza increíble decirle que estaba parado.

Luis bebió y comió abundantemente, se puso a hablar por los codos. Me dieron ganas de decirle que no bebiera tanto. Pero no tenía tanta confianza con él.

De vez en cuando iba a orinar; me avergonzaba algo, pues una vez, me vi al decano, quien iba con chaqueta de esport, sin corbata, y con una camisa de color beis e informal. De vez en cuando, al mirar hacia atrás, veía a las chicas guapísimas que estaban en la mesa de atrás, algo genial. Aún no había pasado nada, aunque empecé a pensar que no debía haber ido.

Al final el presidente, nos invitó a una ronda de licores. Pedí uno específico, el de siempre, aunque lo pagaría de mi bolsillo. Al final nos quedamos cinco o seis, bebiendo, entre ellos el alcohólico, y por supuesto Luis y yo.

No había bebido en exceso, pero empezaba a hacerlo.

Salimos a la calle, pues el bar debía cerrar. Allí le dije a un joven si quería ir con nosotros de juerga, que si no tenía dónde quedarse, lo podía hacer en mi casa.

-No, no, gracias -me contestó.

Y menos mal, pues si no al día siguiente se me habría caído la cara del rubor (señal de sumo avergonzamiento) cuando viera en qué condiciones tan pésimas vivía.

Luis estaba bastante entonado. Diría que estaba borracho.

Estuvimos más de quince minutos fuera. El alcohólico había pagado con una tarjeta oro; era claro que lo hacía por presumir, y se le notó en que en la cartera no llevaba más que eso. Aparte de ello, cuando le dijeron:

-Hombre, una tarjeta oro.

Sonrió con mucha malicia. Estaba alcoholizado el pobre hombre, y me daba rabia, pues lo tenía probablemente todo, y lo estaba echando a perder. A la vez, con él me comportaba autoritario, para que no pensara que me parecía bien lo que hacía, que no era ni más ni menos que lo mismo que yo también hacía.

¿Quién era más alcohólico, ese cincuentón largo, o yo un treintañero joven?. Ninguno de los dos se salvaba; a pesar de que me consideraba más sano que él, no era así. Júzguenlo ustedes.

Al que dije que nos acompañara, estaba en plena forma, delgado, joven, y seguro que con farmacia. Vivía algo lejos, por lo que enseguida se iba.

Le comenté que en el aula parecía que tenía el pelo más rubio, que si se teñía. Me respondió:

-No, seguro que era que tenía el pelo sucio.

No le dije nada, aunque pensé: “Antes de reconocer que se tiñe, prefiere pasar por guarro; no me lo explico”.

Después de estar un buen rato en la puerta del bar, excesivo según mi opinión, nos fuimos Luis, Mauela y yo, a mi pub preferido. Ya estaban cerrando. El dueño no tuvo otro remedio que aguantarse casi un cuarto de

e-libro.net

hora más con nosotros. No comprendía que molestaba, todo lo contrario, pensaba que caía la mar de bien y simpático; como casi todos los borrachos, supongo. El pobre dueño, me ayudó a terminar la botella de güisqui, sabiendo que cuanto antes acabara, antes nos iríamos y así hicimos.

Me consideraba irresistible, y no me explicaba cómo la camarera, no se había rendido a mis encantos; era algo que no me lo explicaba.

La seguí hasta el taxi. Allí le di al taxista mil pesetas y que le diera a ella el cambio. No me dijo nada, seguro porque tenía más ganas de descansar, que ligar con un alcohólico, que encima estaba demasiado ebrio en ese momento.

Al poco, nos fuimos al bar de enfrente. Allí preguntamos a dos chicas de la barra, que dónde podríamos ir. Ellas nos indicaron una discoteca. Le insinué a Luis que estuviera atento. Yo estaba borracho, pero peor, mucho peor estaba él.

Después de salir del vacío bar, y escribo esto, haciendo hincapié en vacío, pues los días de marcha estaba tan lleno, que era imposible entrar.

Luis sin decir que estaba fatal me llevó a mi casa; era quizá nuestro último día.

Era tarde, muy tarde, pero no tenía ganas de irme a la cama, quería ver chicas, y más concretamente a mi último contacto.

Me puse en la avenida a esperar un taxi. Vi a una chica muy mona y moderna, y me acerqué a ella; le pregunté si iba bien en esa dirección para ir a la discoteca. Me contestó:

-Yo también voy para allá.

"Una prostituta –mascullé– está buenísima, pero no, me propuse no acostarme con ninguna otra", profesional, se entiende.

Fuimos a la disco, y no recuerdo de qué hablamos en el taxi. Esta vez sí que tuve que pagar a la entrada. Ella no pagó nada. Los de seguridad no me permitieron que me hiciera el dueño de aquello.

Dejé la gabardina en el vestíbulo.

Con la entrada, me tomé una consumición. A ella le invité a una copa, que no se tomó del todo conmigo, sino que se fue con el chulo, un cabronazo ya bastante mayor. Suponía que era el protector de las chicas.

Ella era italiana, y estaba como un tren, pero su precio era alto: treinta mil pesetas. Dinero que yo había pagado por otras, pero que ya no estaba dispuesto a hacerlo más.

Esa se lo merecía, y encima tenía aspecto de limpia. Su ropa estaba impecable. Llevaba también un pantaloncito muy corto.

Enseguida me dejó. Al verme solo y borracho, me supuse que estaba haciendo el tonto. Por primera vez, pensaba inteligentemente a pesar de la cantidad de copas que llevaba encima. Total, que me levanté como pude, y salí tras previamente coger la gabardina, la que no recuerdo si me la puse o no, pues tenía una intoxicación etílica de Padre Señor mío.

Me fui a la cama, y al par de horas, aún borracho, me levanté, afeité, duché y desayuné, y más rápido que un rayo, o lo que me permitía mi estado de embriaguez, me encaminé a tomar el taxi para ir al colegio.

Llegué tarde a la entrega de diplomas y a la charla de clausura del decano. Como ven, terminé mal, peor.

Cogí mi diploma y el presi del colegio valenciano, quiso hablar conmigo, me escabullí, pues no quise que se diera cuenta que estaba bebido y que no podía con mi alma.

Después vinieron las fotos; ni Luis ni Manuela se las hicieron ya que aún no habían llegado. "¿Por qué no habrán venido?, no estaban muy borrachos, al menos eso creo", me cuestioné. Aunque para ser sinceros, no estaba en buenas condiciones como para preguntarme cosas. Fue algo denigrante. Como siempre, volvía a hacer el ridículo; no sabía qué hacer. Por fortuna, los reporteros ya se habían ido, por lo que nadie me hizo ninguna pregunta, a la que seguro no hubiera podido responder, y caso de hacerlo, lo hubiera hecho mal.

Después de la despedida, hubo nuevamente clases, de prótesis auditivas y legislación concerniente a los ortopedas. Tenía que estar allí y eso intenté. Estaba muerto de frío, cansancio, sueño y con una resaca de mil demonios. En eso llegaron Luis y Manuela, parecían frescos como una lechuga. Era simplemente una conjetura, pues realmente debían estar, al menos él, infinitamente peor que yo.

Al final, y haciendo mil y un esfuerzos por mantener el tipo, llegamos a la auténtica clausura del curso.

Luis me dijo que le esperara, que quería que yo fuese con él. Me despedí muy mal de mis compañeras de fatiga; las chicas, me da que se dieron cuenta de mi grado de degradación. Cuando uno es borracho, no se da

e-libro.net

cuenta de lo que se pone en ridículo, pierde el sentido de la vergüenza. Es algo digno de lástima, ver cómo se puede una persona degradar hasta esos extremos.

No les dije gran cosa a mis amigas, y mucho menos a los demás. Incluso estaban hablando de unas becas, y no les hice caso, yo que quizás era el que económicamente estaba peor de todos, me hice el rico, y como que no necesitaba de la ayuda de los demás. Sin embargo Lucía, sí la pidió. “Pero, si tiene un negocio propio, cómo es que la pide”, fue lo primero que se me ocurrió; no supuse que la gente es muy pesetera, y que por dinero hacen lo que sea.

Yo debía hacer lo mismo, caso de estar en perfectas condiciones, pero desgraciadamente no lo estaba. Encima estaba echando una barriga absolutamente desagradable. Poco estética y menos sana aún. Comía mucho, y encima mucho pan y refrescos, y hacía poco (ningún) ejercicio. En todos los meses que allí estuve, sólo fui un día a caminar, y encima no mucho. Mentira, fui más veces, que mañana contaré (digo mañana, pues ya hoy he escrito mi cupo, y tengo otras responsabilidades que cumplir).

Hoy ya es mañana, y sí, salí un par de veces más, por una zona bastante deshabitada a las horas que iba... Supuse que eran facultades de la universidad, pero había tan poca gente, que no podría afirmarlo. Tampoco crucé la avenida para leer los rótulos expuestos en los edificios; era una sensación rara. En la parte de la calle en que me encontraba, estaba todo el grueso de la ciudad, la otra parte, era un edificio ancho, no de pisos, y detrás nada, grandes descampados. Por lo que deduje que la zona por donde vivía era nueva, a pesar de que Miguel, me decía que él había nacido por allí; bueno, no le pregunté si antes aquello eran arrabales. Quizás sí. Por allí caminaba un quilómetro o quizás algo más. Lo hacía por las noches. Uno de esos días vi una enorme farmacia, como nunca la había visto; me sorprendió. Sospecho que fuera de más de un licenciado, y seguro que cada uno estaba especializado en algo, del estilo de óptica, análisis clínico, homeopatía, ortopedia, etc, etc, que todo eso y más cabía allí dentro. Parecía que no tenía demasiada clientela, al menos no estaba en una zona céntrica. No me enteré si por allí había algún centro de salud.

Me fui con Luis, Manuela, y otro colega. Según me dijo este último, era dueño de una farmacia en un pueblo, y farmacéutico titular. La mujer de la que les hablé que estaba a mi lado en el restaurante del día anterior, era su esposa. Menos mal que no me insinué, pues podía haber armado la de Dios es Cristo.

Fuimos los cuatro, a buscar el coche, pero Luis, dijo que mejor era ir en el del colega. Fuimos a un edificio cercano al colegio, y allí entró y sacó el coche, un BMW deportivo. “Pues sí da dinero la farmacia aunque sea en un pueblo”.

Nos montamos, Manuela y yo detrás, Luis y el otro compañero, cincuentón corto o cuarentón largo, delante.

Iba él contando cosas. Era la primera vez que iba a las afueras y vi por primera vez la albufera; nunca la había visto, más que en una película.

Me gustó, aunque pensaba que eran grandes extensiones de agua y no la poca que vi. Se veían muchas plantas iguales que no sabía como se llamaban.

Después y ya padeciendo una auténtica y mastodóntica resaca, llegamos al pueblo en que él era el titular.

Dijo de meternos en un bar, y cuando nos íbamos encaminando a uno que más o menos estaba bien, Manuela dijo, desafortunadamente, que nos metiéramos en otro, mucho más cutre; nos sorprendimos pero rectificamos la dirección al bar de enfrente.

Hacía un frío increíble, yo sólo llevaba una chaqueta de verano; ellos iban mucho más abrigados, encima no estaba acostumbrado a aquel clima, por lo que estuve casi toda la comida, deseando que terminara. Pusieron algunas cosas, que sólo por la pinta no me las comí; encima mi estómago estaba a punto de reventar, y casi lo hace. El farmacéutico del pueblo hablaba hasta por los codos. Nos contó trucos y anécdotas de la farmacia. Nos hizo una confesión:

-Yo soy motero, pero no de estos que van a los bares con sus cascos. No. Me visto de cuero en mi casa, salgo del garaje vestido de negro con mi moto, y empiezo a correr por las autopistas.

Supuse que era un loco, y que teniendo dinero, y nada que ocultar, ya que de seguro no pensaba dedicarse a la política, le daría igual ser un temerario, y cometer ciertas infracciones que van parejas al riesgo.

Aunque me gustaba oírlos, deseaba marcharme al piso a ponerme cómodo y abrigado, y si podía, intentar dormir. Pero como no estaba a golpe de guagua, ni de taxi, pues ambos serían carísimos, y entre otras cosas seguramente les sentaría muy mal el que me fuera, me tuve que aguantar las horas que a ellos les dio. Tarde ya, nos fuimos a la capital. Tenía un buen coche ese colega mío, sí señor.

e-libro.net

Nos dejó cerca del colegio, y después fuimos los tres más jóvenes (yo el mayor de ellos), a coger el coche de Luis. Averigüe por qué no quería ir en su coche, pues apestaba a vómitos, seguro que del día anterior, estaba claro, era una mala compañía para los que me rodeaban, los inducía a beber, cosa nefasta y sintomática del alcohólico.

Creo que Luis me dijo algo sobre ello. Me dio pena el final, aunque nos despedimos muy afectuosamente, pero desafortunadamente no estaba en plena forma para despedirlo mejor, no podía, la resaca no me permitía ser yo mismo. ¿Es que acaso, no era yo el borracho mismo? Así no es extraño que me ocurran los disparates que me ocurrían.

No sirvo para nada. Eso les pasa a los alcohólicos que pierden el tino bebiendo, y luego por si fuera poco, la resaca; eso si no contamos que se estropea y atrofia el cerebro, por no decir nada del corazón, en el que casi en todas las cardiopatías, un factor de riesgo importante es el alcohol, y cómo no, también el tabaco. Cosas beneficiosas para éste órgano, el aceite de oliva, que a diferencia de otros aceites vegetales, este tiene mayor punto de ebullición, por lo que hierve posterior a los cien grados, temperatura a la que se fríe, por tanto, se saturan sus cadenas hidrocarbonadas antes. Esto me lo dijo uno hace un par de días, y esa persona, me parecía digna de todo crédito; vamos, al menos de más crédito que yo.

Allí siempre compraba aceite de oliva, de la buena, salvo una vez que compré una garrafa de cinco litros; a pesar de ello, no duró nada, no. Me interrogaba acerca de cómo pudo Miguel gastar todos esos cinco litros tan rápidamente, no me lo explicaba. Usando tan buenos materiales, no es extraño que la comida supiera tan rica, y no le quiero con esto quitar mérito al cocinero, ni mucho menos, pero hay que tener en cuenta que la materia prima, era de primera calidad.

Empezaba a estar disgustado con Miguel, pues de una forma bastante descarada veía cómo quería engatusar a Darío para comer juntos, algo parecido a como hizo conmigo. Me dio algo de pena de mi nuevo compañero, a la vez que me asqueó Miguel.

Aún así, seguía comprándole sus mimos a Miguel. Recuerdo especialmente un día en que fui a comprarle jamón serrano a una tienda, estaba al lado de la casa. Me encasquetó el dueño el mejor jamón, el de veinte y pico mil pesetas el quilo; me asombré cuando me enteré del precio. Cien gramos eran más de dos mil pesetas. Eso por un lado, por otro compré refrescos y agua sin gas. Pagué todo y le llevé a Miguel su caprichito; le dije lo que me había costado y no dijo nada. Ni las gracias.

Encima, los refrescos estaban caducados hacía más de medio año. Verán cómo me robó de todas las maneras que se quiera mirar; lo más seguro era que él supiese que los refrescos estaban vencidos y que me estafó con el jamón.

Un día, poco después de esa compra, salí con Miguel por el barrio. El tendero me saludó, pero yo me hice el sueco; primero me pesó, pero luego me dije: “Mejor así, que no crea que me dejo engañar y encima después paso por tonto”.

Miguel ni siquiera se enteró. El ventero se asombró bastante. Después le vería saliendo con un furgón, y entonces nos hicimos los dos los locos. No fui nunca más por allí, a pesar de que casi todo lo que tenía era de primera calidad.

Era extraño, según dicen que ya no es así en los tiempos que corren, pues se veían más mujeres que hombres en las tiendas y en el supermercado.

Miguel, no quería que se les destiñeran las camisas de seda, por lo que me dijo si podía llevárselas a una lavandería que estaba por allí cerca. A regañadientes fui, diciéndome, “piensa que a él le cuesta caminar con la pierna ortopédica...”.

La mujer me dijo unos precios enormes que costaban lavar las camisas, cogí el recibo y se lo llevé a Miguel, con la convicción de que por esa vez, no se lo iba a pagar. Cuando vio lo que costaba todo, me puso el grito en el cielo. Le corté con un:

-Pues ve tú a arreglarlo.

Eso hizo; mientras, me tomé un cortado con agüita con gas. Fenómeno, eso me relajaba y me hacía pensar.

Ya quedaba poco tiempo para marcharme. Se celebraba también por esos días la Feria del Libro. Pregunté por dónde era, y viendo que era cerca reflexioné: “Pues si es por aquí, con unos vaqueros nuevos voy bien, no necesito ir de pinzas”; la cosa es que no tenía vaqueros nuevos, sino los que me había comprado con Maru, los beige. Esos no pegaban con la parte de arriba que llevé. Iba por ello algo incómodo, pues sabía que no estaba

e-libro.net

conjuntado, y era consciente de ello. En cuanto a ir de esport, a un evento como ese, era lo más adecuado. Me entusiasmé con la feria, y antes de comprar ningún libro, me recorrí todos los barracones. Luego, fui a tiro hecho, comprando los que ya había seleccionado con la vista en la primera pasada.

Con algún librero comenté alguna cosa. En general me quedé satisfecho. Iba cargado de bolsas blancas de plástico con un montón de libros.

Me encontré con una chica muy mona que me miraba de frente; me sorprendió y me gustó, pero cuando divisó mis pantalones, y lo poco conjuntado que iba, se dio media vuelta.

"Qué mala suerte, el no ir bien conjuntado". Sabía que no iba a pasar nada, pero el que me rechazara por el conjunto que de antemano sabía que estaba en disonancia, me molestó. "No era tan irresistible como creía". Ya me habían pasado esas cosas en otras ocasiones, y allí precisamente. Más que nada porque no sabía el tipo de zona a la que iba a ir. A un librero le pregunté sobre el libro que me habían aconsejado en el pub. Por suerte lo tenían y lo compré, aunque cuando me puse a leerlo, casi ni lo empecé, pues no me gustó. Lo tengo pendiente de leerlo, para cuando esté en mejores condiciones físicas e intelectuales. De seguro, que entonces veré que sí, que es bueno. Otra fallo es que está en letra muy menuda y junta, cosa que ya de por sí me desmoraliza.

Compré muchos libros; de otros que recuerdo, es de unos que me faltaban de las primeras colecciones de clásicos que tengo, y que me quedan aún incompletas. No compré más, pues no recordaba si tenía los que allí había o no. Creo que alguno lo compré repetido, aunque otros cuatro, muy buenos, no los tenía; en realidad eran dos libros desglosados en otros dos.

En fin, que la feria fue para mí todo un éxito.

Me acabo de dar cuenta, que el relato de la despedida de Luis y Manuela no lo terminé. Me llevaron por mi zona, y me dijeron un afectivo:

-Bueno canarito, hasta la próxima.

-Hasta la próxima, y gracias por todo etc, etc.

Fui a comprar cigarros y me veo como Luis iba también a comprarlos, le di un paquete de mi cartón, él no quería aceptarlo.

-Bueno, no seas bobo...

También, por la mañana, le había dado la corbata que tanto le gustaba.

Así fue la despedida. Me emocioné algo, aunque la resaca era mayor que todo eso. Acto seguido me fui a la cama y me quedé profundamente dormido.

Me imagino que la ida a Murcia de esos dos murcianos, no fuera muy agradable.

Pagó el almuerzo Luis, se lo agradecí, aunque de muchas cosas que ellos pidieron, yo no comí. Y, eso que sabía eso de: donde fueres, haz lo que vieres, pero no tenía el estómago para muchos trotes. En realidad para ninguno. Agradecí la hora en que cogí la cama y me quedé frito.

Poco faltaba para que empezaran Las Fallas. Yo, estaba seguro que el barrio me iba a hacer un homenaje; qué menos que a un farmacéutico alcohólico, en una gran ciudad, no era para menos.

Cuando vi los "ninots" (creo se escribe así, pues no lo encuentro en ningún diccionario, posiblemente por tratarse de una palabra del dialecto valenciano) frente al piso, me llevé un chasco, aunque me dije: "Seguro que ese Quijote alto y con barriguilla, soy yo". Ante todo, modestia.

Me asombraba oír jugar a los niños con un montón de petardos, y los mayores no les hacían caso. Pensaba que era un peligro, pero Miguel me decía que eso lo llevaban en la sangre.

Una buena mañana, y sin avisarme con anticipación, me ordenó Miguel:

-Vamos a ver a la "mazcletaá" (lo mismo ocurre con esta palabra, seguro que perteneciente al argot fallero).

Me levanté y obedecí. Me vestí de vaqueros y chamarra, tal como solía ir por el barrio, y nos dirigimos a una enorme plaza. No pudimos entrar a ella, sino que cerca de una de las calles que iban a desembocar a dicha plaza nos quedamos.

Enseguida se llenó de gente, sobre todo gente joven. Para todo, hay diversos tipos de gente, unos que vienen aquí, otros que son ejecutivos, otros peones, etc, etc; donde quiera que uno vaya, y para el evento que sea, siempre verá uno gente y más gente. Lo que me hacía confirmarme que Valencia, la capital, era enorme, y que allí vivían miles de personas (muchos miles).

Miguel me contó un poco la historia de las fuegos de Valencia, y cómo los que aquellos hacían, eran fábricas con grandes tradiciones, pasando de padres a hijos...

e-libro.net

Hubo que esperar un poco, y mientras, nos iban e íbamos apretando unos contra otros. Casi pierdo de vista a Miguel; eso era importante, pero más lo era morir asfixiado. Seguro que más de uno de esos problemas se daría allí entre tanta gente.

De pronto, empiezan los fuegos a tronar, dando la sensación de que las casas y el asfalto, temblaban. Miguel me diría que de algunas casas, a veces, los cristales se rompían.

Fue una gran sensación, y me recordó cuando estaba años atrás, en La Laguna, en las Fiestas del Cristo. Hoy pienso que por muy fuerte que fueran esas fiestas, nada en comparación con Las Fallas, importantes posiblemente incluso a nivel internacional.

Una vez inaugurada las fiestas, las calles se llenaron de niños chicos jugando con petardos, y las madres no sólo lo consentían, sino que diría que lo potenciaban. A pesar de vivir en un piso alto, no me acostumbraba a ese ruido poco frecuente por otro lado en mi tierra.

Después de tracas inmensas, y del retemblar de la tierra, nos fuimos al piso, esta vez en autobús. Me extrañó que este fuera vacío, siendo que las tracas se acababan de terminar; ¿dónde se había metido la gente, que se había congregado enseguida, y de la misma forma desaparecido?

Miguel, como siempre se metió en una conversación con los que iban en la guagua, era con un señor mayor valenciano, y otro de fuera.

La guagua estaba casi vacía; íbamos todos sentados, y aún quedaban sitios sin ocupar. A medida que nos alejábamos del mogollón, se iba subiendo más gente.

A la orden de Miguel, nos bajamos en una calle, y nos pusimos a caminar. Aunque no lo recuerdo, lo más probable fuera que almorzáramos en La Pau, con D. Gervasio, a quien había defraudado cuando fui una tarde con Luis borracho. Ese mismo, me había dado plantón, tanto un día que quedamos en ir a cenar por ahí, como otro día que le había invitado, con el previo consentimiento de Miguel, a almorzar en el piso. Me dio la negra, por lo que nos comimos la paella entre Miguel y yo.

Fuera uno donde fuera, se veían grandes y pequeños muñecos, de mil y una distintas formas, preparados a ser quemados todos, menos uno, en la gran noche de Las Fallas.

Un día, Víctor me llevó a uno de los puentes del Turia (del antiguo cauce), para ver los fuegos, me gustó, a pesar de seguir desconfiando totalmente del ya declarado drogadicto.

Supongo que en esas fiestas, las calles se llenarían con infinidad de personas, lo mismo ocurrió con nuestro piso, al que fueron dos franceses, uno reportero, y el otro agricultor, ambos amigos de Víctor.

A pesar de pasarlo bien, nos comentaron que veían a Víctor muy desmejorado y como que iba por mal camino. Ellos también se habían dado cuenta.

El agricultor tenía un vozarrón increíble, y cuando él hablaba, parecía que los cristales vibraban. La casa estaba llena de gente, con los seis, se hacía chica, pero todo fuera por las fiestas.

Un día, me dijeron de salir por la noche, y aunque no tenía muchas ganas, lo hice por y con ellos. No se pasó mal, pero tampoco bien; bebí algo, pero no lo suficiente como para emborracharme y perder el conocimiento.

Fuimos por los alrededores, hasta llegar a la zona a la que solía ir; entramos a mi pub habitual, compramos otra botella de güisqui. Eran días de fiesta, aunque no lo sentía así.

Lo que más me gustó de la noche, fue una paella que hicieron en medio de la acera esa misma noche frente al pub, para todo aquel que quisiera degustarla, me repetí. Me dejó asombrado cómo se hacía ese gesto de solidaridad en una ciudad que por tan grande, se prestaba a ser insolidaria. De todos los que comimos, yo fui el que más lo hizo.

Aquel acontecimiento me gustó tanto, que no creo que jamás lo olvide. Mejor, mucho más sabrosas estaban las que hacía Miguel, pero aún así me hinché.

De la noche no destaco más, sino que antes de ir a esa zona estuvimos en donde actuaban conjuntos modernos de diversos estilos. No tenían cerveza sin alcohol, por lo que me dediqué a beber güisqui. Mis compañeros en cambio bebían cerveza, salvo el agricultor, que bebía de todo, y en grandes cantidades, pero su enorme cuerpo parecía que lo podía aguantar todo.

Lo pasé bien viendo los “fuegos”. Los franceses, tan sólo se quedaron un par de días; fueron exclusivamente a las fiestas; el reportero casi no dormía, por la noche estaba de juerga, y por el día sacando fotos a ver si las podía vender a alguna publicación. Por la ropa que tenían, se podía deducir que no manejaban mucho dinero, o bien, que iban magníficamente camuflados para la ocasión.

Quiero recordar que tenían coche, o que habían venido con alguien que lo tenía.

e-libro.net

El día de la “quemaá”, vi a Miguel con un amigo, Vicente, tomándose una copa en una terraza de un bar que nunca había visto antes, y que estaba en la acera frente a nuestro edificio de pisos. Miguel me dijo que bajara con ellos. Después de descansar, ducharme y vestirme, eso hice.

No tenía conversación de qué hablar por lo que me limité a escucharlos. Miguel me advirtió.

-No les hables con tus tecnicismos, y con tu palabrería.

Tal advertencia no hacía falta, ya que prácticamente estuve callado todo el tiempo. Vicente me comentó cómo había viajado por medio mundo con Miguel, aunque éste último, había viajado mucho más él solo.

Lo escuchaba. No dijo en lo que trabajaba, pero viendo el nivel económico que tenía, y siendo amigo de Miguel, deduje rápidamente, que se dedicaba al tráfico de drogas.

Estaba casado, y su mujer era bastante aceptable.

Las calles estaban muy animadas.

Bebían lentamente pero de forma continua. Por lo que parecía, allí nadie quería cenar, y yo me estaba muriendo de hambre, pero no quise pedir un bocata pues creía que iba a salirme un ojo de la cara.

De allí, nos fuimos a otro bar por una zona a la que casi nunca íbamos. Esa misma mañana, Miguel me había llevado a un bar de cuya esquina de la calle, hicimos una llamada a un familiar de él, que trabajaba en el aeropuerto y por medio del cual, pretendía que me saliera gratis transportar los innumerables libros que me debía llevar. Para su traslado, de tantos que eran me compré una bolsa de aproximadamente dieciocho mil pesetas.

No encontró al familiar, pero aparte de eso, le dijeron que había cambiado de trabajo.

Total, que el que me saliera gratis el traslado de la gran cantidad de libros comprados, se ponía cada vez más difícil. Al igual que siempre, al final terminaría poniendo yo el dinero. Dinero por otro lado ya no tenía, pues ya saben lo que le había dicho a mi madre; aparte de eso, en mi cuenta bancaria, casi no me quedaba nada, motivo entre otros por lo que no había ido a hacer la compra de la comida en los últimos días. Podía haberlo hecho, y dejarle por tanto la despensa llena a Miguel. Pero estaba harto de ser siempre el que ponía el dinero, entre otras razones.

Ciertamente, fui a parar a un sitio demasiado conflictivo, y eso que la zona no era de gente marginada.

Estaba cansado y aburrido de estar con sus amigos de toda la vida. No se me ocurrió que tendrían muchas cosas que decirse. De todas maneras seguí con ellos.

En el otro bar, me tomé uno o dos güisquis. Por fin se quemó la falla frente a la que estábamos, fue algo muy bonito, y eso que no estábamos en una zona principal, sino en una barriada.

En todos lados se habían levantado, muñecos y diversas formas artísticas. Algo magistral, más que los carnavales, o al menos eso a mí me parecía.

Me dijo Vicente de acercarnos más a la falla pero yo me mantenía a una distancia prudencial, él se reía y me animaba:

-¡Acércate, hombre, que no pasa nada!

Me acercaba pero no mucho. Me daba miedo.

No tardó mucho en quemarse, mientras Vicente me iba explicando cómo eran las fiestas.

La causa la desconozco pero le caí bien, quizás por el mero hecho de ser amigo de Miguel, ya era amigo suyo.

Después, una vez acabados los fuegos, nos fuimos con más amigos de ellos; en general me llevaban más de cinco años cada uno, por lo que sintiéndome un pardillo, me callaba y oía.Fumaron porros, de los que casi no fumé.

Al final nos metimos en una churrería en la que los invité; salió barato, mucho, si piensan que a mí me invitaron toda la noche.

Me iba a la mañana siguiente, por lo que no quería estar resacado. Vicente se ofreció a llevarme; al ver al día siguiente el pedazo coche que se gastaba, y no diciéndome a qué se dedicaba, me confirmó más que se dedicaba al tráfico de drogas.

Por la mañana me duché apresuradamente, al final no vi a Darío para pedirle las cintas de música. A Miguel le dejé una gran cantidad de cosas.

Me llamaron y bajé exageradamente cargado de bártulos; exactamente tres bolsas de viaje grandes y la bolsa para los trajes. Bajé con cierta dificultad. Me estaban esperando en la calle.

e-libro.net

Llegamos al aeropuerto con tiempo. Por más que lo intentó Miguel, no pudo evitar que pagase una salvajada por exceso de equipaje. Después nos fuimos a desayunar y los invité, qué menos, por el detalle de llevarme al aeropuerto.

Se hizo la hora de la despedida y Vicente me dio su número de teléfono por medio del cual me pondría en contacto con Miguel. Lo escribí en un libro sobre ciertas novelas de Cervantes que era el que llevaba para leer en el avión, el mismo que para el anterior traslado.

Me despedí con un apretón de manos de Vicente, a Miguel le dije:

-¿Quieres que te deje algo?

-Déjame dos mil pesetas.

Me pareció poco y se las di; Vicente al verlo se dio media vuelta avergonzado. A Miguel le di un beso en la mejilla de despedida, él se puso incómodo.

-Adiós, adiós.

-Adiós, adiós.

-Adiós, adiós.

Había quedado con Miguel en que fuera en breve a Canarias, que allí le buscaría donde quedarse, y podría comer en mi casa.

Mi madre no estuvo muy de acuerdo cuando se lo dije.

-Pero si hace unas paellas buenísimas, al igual que el resto de las comidas.

Pero bueno, esto es cosa de otro momento, pero de todas maneras hasta el día de hoy, no ha venido.

El viaje era directo, con una escala de media hora en Málaga. Una vez en el avión pensé: “Bueno, ya se me acabaron las vacaciones”.

Tenía muchas ganas de dedicarme a la política, único motivo por el que veía los telediarios, mucho menos los periódicos, pues ya saben a lo que eso me llevó; y, sinceramente no tengo más ganas de que se repita.

Para seguir los tiempos actuales, hoy, día que esto escribo, estoy pensando en hacerme de centro, aunque no de centro derecha, sino de centro, centro, ni pa’uno, ni pa’otro.

Hablando de centro hay muy pocos que no nos creamos el centro del mundo, y desgraciadamente o afortunadamente (mejor, mucho mejor), no lo somos. Digo afortunadamente, pues si se me toma a mí como referente de éste, que aunque parezca caótico, es todo lo contrario, estable en sus avances y retrocesos, pues arreglado íbamos.

Ese viaje fue el último en cuanto a vida díscola se refiere. Creo que a partir de ahí, las cosas han cambiado, y mucho. Espero que para bien, más que nada, en lo que concierne a la salud física y espiritual.

Hablando de salud, lo primero que hice al llegar a Las Palmas, fue ir al médico de cabecera. Allí, a un médico de más o menos mi misma edad, le conté que había tenido una serie de contactos no aconsejables, que fue así como él indicó el motivo del análisis que me hicieron. No me gustó mucho el que me hiciera ir tan temprano a sacarme sangre, pero en fin todo sea por ahorrarse uno unas perrillas.

El día del análisis, un dato a destacar, era que la mayoría de los que iban a que les extrajeran la sangre, y con un tarro esterilizado para analizar la orina, eran personas mayores, y me refiero así, a los ya jubilados. La inmensa mayoría lo eran. No quiero decir nada, cuando mi generación llegue a esas edades, no va a haber personal para atendernos a todos, y mucho menos, para alimentarnos; así que jóvenes del “boom” de los sesenta, mucho ojo, pues si ahora estamos parados, y sin dinero, les contaré un cuento, cuando lleguemos a la edad de la jubilación.

Deduzco que mi generación es tan competitiva, pues al ser tantos, hay que luchar más, para llegar a hacer lo mismo que hacían los que ahora están jubilados. Eso trae cosas buenas, como el que a resultas de esto, el producto o servicio, generado por nosotros, sea en teoría, de una mejor calidad.

Supongo, que la población se hará vieja, pero quizás los más jóvenes, tengan más hijos en proporción a nosotros, que todo sea dicho de paso, tenemos muy pocos, bien porque nos casamos más tarde, bien porque no tenemos dinero, o simplemente, si lo tenemos y estamos casados, porque no queremos muchas complicaciones, sino disfrutar con la pareja y sin ataduras de niños pequeños. Mi madre a mi edad ya tenía cuatro hijos como mínimo, incluso diría que cinco.

Después de hechos los análisis, fui al médico y me señaló que estaba limpio, que no tenía S.I.D.A., aunque sí había pasado una hepatitis. Cuándo, a saber. A lo mejor la cogí por contacto sexual, o quizás de mis hermanos, cuando estudiaba el C.O.U.

e-libro.net

Tenía preparado toda una serie de metas para cuando terminara lo del viaje a Valencia, que empiezo (ya he empezado) a desarrollar.

Cierto día, me vino a la mente, justo aquella materia que pienso que domino menos, a pesar de ser un amante de las novelas históricas, efectivamente: la Historia, pero no algún libro en especial, sino los que hacían en básica referencia a Pericles, con su casco de gran guerrero, al Cid que después de muerto, su sola presencia a caballo y sostenido sobre él, como a los cristianos les dio Dios a entender, seguía ganando batallas. Quizá le ocurra un poco como a Felipe y Fraga. Otro sería Guzmán el Bueno, quien quiero recordar, tiró desde su alcázar o torreón un puñal para que mataran a su propio hijo, pues a pesar de que querían obligarle a que se rindiera, él no lo hacía, ni ofrecía al invasor ningún terreno, por muchas putadas (si al que le maten a uno un hijo, se puede llamar así) que le hicieran.

Estaba contento, e intuía: "Seguro que ahora empiezo a trabajar pronto, y encuentro más posibilidades con mi nuevo título, de encontrar trabajo". Eso pensaba, y más súper me creí, comparándome con mis compañeros de promoción, los cuales, pocos seguían luchando intelectualmente, "¡o cómo coño se llame!, que ya ustedes supongo que me entenderán, después de tantas hojas juntos". No podría decir que me fuera a mí mejor que a ellos, todo lo contrario, me va infinitamente peor, quienes entre otras cosas, cobran mucho más dinero que uno, si en eso basamos el éxito personal y social, cosa que ciertamente, cada vez creo menos. O una de dos, o sus padres son unas bellísimas personas, que no dejan a sus hijos en la estacada, o ellos son unos cabrones, para aprovecharse de los ahorros, y lo que no son ahorros de sus familias.

Siempre creí, que la familia haría favores, sin esperar a que uno los pidiera, y así ha sido, a pesar de pensar a veces que los favores han sido ínfimos.

Recuerdo un disparate que hizo D. Rafael con una fórmula magistral y fue que estando turbia, no la quiso vender, y para probar si estaba o no en buen estado, la abrió y se tomó un trago. ¿Se imaginan que estuviera contaminada, o que fuera un tóxico, u otra cosa que no fuera bebible? Mucho dárselas, pero eso fue una imprudencia, casi temeraria. El frasco era traslúcido, tenía flóculos en suspensión y estaba cerrado con un precinto. Mi jefe como ven incumplió todas las normas mínimas de protección de la salud. Si le llega a pasar algo, seguro que ya vería la forma de cobrar el seguro; yo, por mucho que me lo pidiera, no podría ir a declarar a su favor, pues lo que vi, lo vi tal como lo relato aquí.

Es curioso, cómo se pueden predecir los elementos químicos en la "Tabla periódica", y sin embargo, no se puede predecir lo que pasará. Sé que existen profetas, que nos pueden indicar cuál será el futuro, pero hemos de reseñar que esos están guiados por Dios, en cambio, está claro que habrán investigadores químicos ateos, y sin embargo prevén incluso, qué lugar aproximado ocuparían los elementos que están por descubrir. Esto es cierto, lo leí, y estudié hace años.

La lectura de la Biblia, dice algo así como que el hombre propone y Dios dispone, o sea que sólo Él, sabrá qué nos depara el futuro, qué ocurrirá el segundo siguiente al actual.

Otros investigadores, proponen posibles moléculas espaciales de ciertas sustancias, y todo eso es un cálculo aproximado, que bien puede ser exactamente igual a como se predijo, como totalmente distinto, pero en fin, se hacen cábalas.

Nunca he tenido tan claro el que me quisiera morir, como la época del "brote". Ahí, realmente pedí a las voces que me mataran; voces que encima de no hacerme caso, se reían de mí. Hoy, es un día que encuentro ese episodio una cosa lejana, pero hay momentos en que me parece que fue hace poco que ocurrió, y encima a veces creo que fue real lo que pasó. Pienso si fueron los mierdas de líderes quienes me provocaron aquello, no de forma indirecta, por la lectura de periódicos, sino ellos mismos directamente sobre mí; me indigno entonces de tal manera, que me dan ganas de encerrarlos a todos, no en una quinta, que también deberían ponerlos para que supieran lo bochornoso y degradante que es, al menos a la que yo fui, sino en la cárcel, si no hasta que se pudrieran sus huesos, sí durante varios años, para que reflexionen sobre el daño que hicieron.

Empecé a coger la costumbre, de decir a todo aquel que me preguntara sobre mis estudios, lo siguiente y casi repetitivamente a todo el que se interesase:

-Sí, yo estaba entre los diez primeros, pero no del uno al cinco, que alguna vez lo estuve -recuerden si no la nota de botánica, en el que estuve el segundo o el tercero de unos cientos de alumnos; fue todo un éxito-, sino del cinco al diez.

Esto me lo llegué a creer, aunque hoy dudo si eso era o no cierto. Está claro que en terminar la carrera invertí demasiado tiempo, y no porque no le echara cojones y horas, que sí que se las echaba, sino por el exceso

e-libro.net

de copas, sobre todo cuando menos debía (que no se debería beber nunca, a pesar de que la Biblia reseña que se le de un vino al afligido, y vean que es sólo vino, no licores ni demás de los cuales dice que enajenan el cerebro, de lo que no discuto). Encima me encontré con un ser sumamente repugnante, que la cogió conmigo.

En Valencia había comprado unos libros de economía, que me parecieron idóneos para leer cuando estuviera en mi futura farmacia, que en ese tiempo aseguraría que la conseguiría a la vuelta de la esquina, y con ella me haría rico. Eran algunos sobre temas específicos, y otros más generales, motivo por el que le dejé a Tony uno, cuando me dijo que se había metido en Amway, a quien creía más capaz y mejor capacitado para ello que al Lu.

Me contó Tony una vez, como estaba seguro de que una vez tuviera coche, ya se podría dedicar de lleno al negocio. Al final no se leyó el libro, y si lo hizo, no se enteró de nada, tal como muy bien me dijo.

Al tiempo, el padre, militar retirado, le regaló un coche, ligero y nervioso como el del Lu. Podría con esto parecer que ya tenía el negocio del siglo resuelto, no fue así, también se le fue al garete ese negocio, y eso que tenía todo el tiempo del mundo para ejercerlo y desarrollarlo, pues estaba parado y tampoco tenía obligaciones familiares, con esto me refiero que no tenía hijos ni mujer, suponiendo que estos sean impedimentos para rendir menos en el trabajo. A veces pienso que son un aliciente, otras, que es un impedimento, tal como me ocurrió a mí con Águeda, Mari Carmen, y Totó.

Puede que si me hubiera mantenido sin emparejarme, estuviese más centrado, y por tanto hubiera rendido más. Eso nunca se sabe, recuerdo lo que me dijo Luis Cosmen:

-¿Y si ella te ayuda a terminar?

Si eso fuese verdad, sería el mejor don que Dios le diera a uno. También habla de ello la Biblia, pero y de qué es lo que no habla.

Me suele ocurrir, aunque más últimamente, en que tengo ciertas sensaciones, como son las del olfato y el gusto, o de cualquier otra, en que me recuerdan situaciones ya vividas; ¡ojo!, que no me refiero a esas que dicen, “vaya, esto ya lo he vivido antes”, que también me ocurre, sino a ciertos olores, sin oler, sensaciones sentidas sin tener la causa externa que me lleve a sentir eso, que me recuerda perfectamente mi estado físico y mental de ese preciso momento; es algo como si lo estuviese reviviendo en ese instante, tal cual ocurrió. Son sensaciones, fuertes o más leves, pero que duran un ligero instante. Antes, o al menos que yo recuerde, no me solía ocurrir. Últimamente me sucede con cierta frecuencia. A qué se debe, se preguntarán ustedes, pues lo que soy yo, no tengo ni idea, quizá al desarrollar durante este libro la capacidad del recuerdo, se ha ido desarrollando simultáneamente esa también.

Hablando de los profetas, muchos métodos de superación personal, hacen o intentan, que uno se vea reflejado en el futuro de una forma determinada; yo lo he hecho, y nunca me ha salido o he sentido lo mismo que me decían que iba a ser. ¿Ven como no se puede vaticinar nada?, o al menos a mí así me lo parece, al menos en lo que a mí respecta, y eso que siempre estoy programando el presente, con la idea de que mi futuro ya esté programado.

Cuando venía a veces de casa del Lu a la mía, me decía: “Seguro que yo soy como el Dr. Creus, con rasgos duros, cejas pobladas, cabello negro y lacio, peinado a un lado”. Lo curioso es que no tengo las cejas pobladas, tengo el pelo crespo peinado hacia atrás y me queda poco de rubio en la cabeza y barba, pues está ocupado por las canas.

El Dr. Creus, tenía tendencia a engordar al igual que yo, pero, él era más ancho y bajo. Tenía un pie más pequeño que el otro y..., en definitiva, al menos físicamente, no nos parecemos en nada, y yo me creía que era o iba a ser igualito a él.

En categoría profesional, tenía él más que yo. Si leía o no, eso no lo puedo discutir. Pero, me pareció a mí que ese Dr. en farmacia, era una eminencia, y que lo conocía toda la facultad, y por ende, todas las facultades de farmacia españolas. Hoy dudo que esto sea así, ni mucho menos.

No puedo decir que fuera un ignorante, pues sabía que se guardaba un as debajo de la manga, lo creía igual a mí, no que yo era igual a él. De él, prácticamente no conozco nada, más que lo que vi durante un año, y no todos los días, y tampoco a toda hora. Encima, tampoco coincidíamos todos los días en clase.

Era secretario del decano, y aseguraría, que era el que le resolvía al jefe todas las papeletas. El decano estaba bueno para charlar y demás, quizás incluso como relaciones públicas, pero de ahí a ejercer y superarse como decano, no lo vi muy capaz. Afortunadamente, no me sé su nombre.

e-libro.net

¿Que si he de agradecer algo a ese Dr. en cuestión?, pues sí, mucho; empezando, que fue él el que me permitió el trasladarme, con la baladí, poco contundente, y poco convincente excusa, que presenté para solicitar el traslado de Universidad. Gracias a él, ahora soy farmacéutico.

Piensen que también le atribuí poderes sobrenaturales, al considerar que sería él el que estaba observando por encima de todo el batiburrillo que se me formó en mi cabeza. Él era una excelente persona, y dudo que no parezca eso mismo a la gente. Era de todas maneras, un ser excepcional.

Tal vez, uno sea un ser marginal, al igual que mi literatura, a pesar de que leo clásicos y grandes éxitos. Soy poco dado a leer libros extraños, aunque me de esa sensación al leer los que he dicho. Sé, que incluso muchos best-sellers no son leídos por la gente, y caso de serlo, tardan meses en hacerlo, cuando yo lo hago en cosa de una semana, siempre que tenga bastante tiempo para ello. El último fue "El testamento" de Grisham; me resultó agradable y me hizo llorar a veces, otras reír, en definitiva tiene los ingredientes de un buen libro. Ignoro la causa por la que los escritores de estas fenomenales obras, no se llaman así mismos escritores, ¿entonces, qué son?, ¿verduleros? Pues claro que lo son, otro cosa es que usen técnicas ultra modernas, pero, si pasan a la historia (si no pasan ellos, no sé quién pasará), cómo lo harán, si no es como escritores, y de los buenos; a no ser que se inventen una nueva denominación para ellos.

Aún así, leyendo lo más "in" lo más chic y lo de mayor calidad, según los críticos, me sigo pareciendo un ser extraño. O al menos eso me parece.

Todavía no había empezado a escribir en esa época, pero ya había roto el hielo de escribir después de acabada la carrera y en lo del cursillo, y la experiencia me gustaba, a pesar de que, o al menos eso creía, me hiciera fracasar esa nueva experiencia, en lo que respecta a mi carrera.

Cada vez más, afortunadamente, quiero hacer las cosas lo mejor posible, y trabajo o intento trabajar lo más posible (¡ojo!, que trabajo también considero el estudio, la lectura, la escritura, y el propio trabajo en sí); intento, y cada vez más, que no se diga de mí que al menos no lo intento.

Al verme con los vicios que estaba intentando dejar, al mirar hacia atrás, continuamente me repito: "¿Y por qué habré desperdiciado tanto el tiempo, y me habré maltratado tanto?"

Llevaba un tiempo poniéndome el Lonserén®, como les conté el médico al principio me dijo que debía estar con él dos años; después me diría que cinco. "En fin la cosa es estar toda la vida dependiendo de fármacos, y no fármacos normales, sino psicofármacos, que quizás sean los más peligrosos y precisamente por ello, por afectar al sistema menos conocido del organismo y uno de los más importantes". Seguía viéndome como un escritor en el futuro, aunque, no consideraba que lo fuera a hacer un futuro cercano, sino a partir de los cuarenta y pico o cincuenta años.

De una cosa me tengo que avergonzar, y es que siempre he creído que me van a investigar después de muerto, ya que mi vida era sumamente importante; podrían ser buenos o malos investigadores, pero alguno estaba claro que lo haría; para él, para ellos, iba dejando un rastro, sobre todo en los libros que leía, donde subrayaba frases que me parecían fundamentales y que por cierto, hoy me resultan absurdas, y casi, casi, que iba a escribir un libro a partir de todos los libros que subrayaba.

Puede ser que eso no ocurra nunca, bien porque fallezca ahora mismo, bien porque mis obras sean malas, o por qué no, porque simplemente sea un perdedor, pero eso hacía, y si algo hago ahora al respecto, es poner la fecha de inicio de lectura de un libro y la de finalización. Lo que ya no hago es ni hacer el resumen del libro como hacía antes, ni comentar lo que me ha parecido, aunque a veces esto último, sobre todo si me ha parecido muy bueno, sí lo sigo escribiendo a veces en las últimas hojas en blanco del libro que leo.

No lo conté en su día, pero es un detalle que me impactó. Cuando iba a la farmacia de Tomás, antes de encontrar ningún trabajo, había unos clientes, que eran parientes del dueño. Tenía una característica el matrimonio, él era cajero de un banco del que le habían despedido, y supongo que por ello debían estar pasando una mala racha, sobre todo económica, aunque este no sea el único factor que falla en los parados. Ella era adicta al Cafergot P.B®, justo en su variante de supositorios, para cuya dispensación hace falta obligatoriamente receta médica. Sacaba una cantidad de cajas bestiales. Tomi me decía:

-No son para drogarse, sino que ella los necesita pues padece de grandes migrañas.

A mí lo que él me dijera, me entraba por un oído, y me salía por otro. Se mirara desde el punto de vista que fuera, esa mujer tomaba psicofármacos dentro del grupo de los psicotropos, sus principios activos, eran derivados de la belladona, ergotamina, y creo que un sedante.

e-libro.net

Le sacamos entre Álvaro y un servidor la cuenta, y se tenía que poner un supositorio cada quince o treinta minutos, durante todos los días. Comprenderán que esto era abusivo y sobre todo muy peligroso.

Económicamente, antes de ese bache, me daba que les debía ir muy bien, pues vestían bien, elegantemente y variado, tanto él como ella, y eso cuesta dinero.

Nunca les despaché, siempre lo hacía Álvaro, para mí mejor, pues así no pesaba tanto sobre mi conciencia el abuso de fármacos de forma indiscriminada.

No siempre traía recetas, y cuando las traía, pudiera ser que el médico se las hiciera sin hacerle mucho caso. Supongo que los doctores tendrán mecanismos de control, vigilancia, alerta y ayuda para estos casos, los que me consta, que no son extraordinarios ni raros. En cada farmacia, siempre hay algunos casos de adictos a algunos fármacos. Yo no debo hablar, pues seguía un tratamiento psiquiátrico, aunque me sentía como una flor, alcohólico, pero como una flor.

La señora en cuestión, se teñía el pelo de un rubio llamativo.

Mi tía Conchita, también padece de jaquecas continuas, pero que yo sepa, no abusa de esas clases de fármacos.

En mi familia, siempre se le ha tenido mucho respeto a los medicamentos, a pesar de tener un arsenal de ellos en mi casa.

Mi padre, ya saben: medicinas con alcohol; mi madre: antidepresivos, y yo, contra la esquizofrenia. Quizás el más jodido de todos de tratar sea yo, y sin embargo, cada vez me siento infinitamente mejor, claro que a veces uno padece de ciertos achaques que le tumban.

Intento ser lo más claro posible, y de echo, premeditadamente, no oculto casi nada, y si algo no escribo es porque sea excesivamente grave o me he comprometido a guardar el secreto. Como se podrán imaginar, muchas cosas, aunque las recuerde, se tratan de sexo generalmente, y como les he dicho que este no es un libro erótico, y menos pornográfico, pues me las callo. Es más, incluso con mis amigos, con los que lo primero que hago es hablar de sexo, hay ciertas cosas que no cuento. A lo mejor, en un futuro, no me parezcan tan importantes, y por ello las cuente, pero hoy por hoy, se deben conformar con lo que escribo.

No discuto que me falte leer más literatura referente al sexo actual, y que posiblemente me esté quedando anticuado.

Otros secretos, simplemente me he comprometido no revelarlos. Supongo que caso de escribir una novela menos personalizada, que espero hacer, los contaré, poniéndolos en boca de otros personajes.

Al Lu, le conté cómo me había dicho Juancho, que tomaba un Orfidal® para dormir. Él me contestó:

-Yo no quiero ser como él, que tenga que tomar pastillas para hacerlo.

"¿Y tú lo dices, cuando siendo un celador te atiborras a pastillas para poder dormir? Ay, Lu, que ves la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio". Llegó a tomarse todos los Valium® de su madre, pedirnos a Control y a mí Orfidal®, y a cada momento pedirme sustancias hipnóticas. Yo, por supuesto, no le daba ninguna ilegal, ni ninguna para la que hiciera falta la receta.

Seguía leyendo la Biblia a diario y varias veces al día. Está claro que no soy quién para aconsejarles, pero ayuda mucho a vivir, el leer la Biblia.

De adolescente me quería morir y no llegar a viejo. Hoy quiero llegar a viejo y en las condiciones que llegó Job. Lo peor de la sociedad se ve desde mi balcón, aunque también hay cosas positivas como la Iglesia Coreana, quienes no molestan a nadie, y a la vez dan sensación de gran paz y unidad. Se extrañarán por qué hablo ahora tanto de religión, ¿quieren saber el por qué?, bien sencillo, hoy es sábado y es el día que aprovecho para dedicarlo a leer cosas religiosas, o relacionadas con Dios, motivo por el que estoy más influido por ellas. No lo he hecho toda mi vida, ni desde que me convertí, unas veces, alegando que no voy a ser cura, y otras, mal basándome en el Nuevo Testamento, en las palabras de Jesucristo, que dicen que si por ser sábado, no se va a hacer el bien, o si se va a dejar morir a alguien por ello.

Observarán un cambio drástico de Valencia a Las Palmas, pero me planteé muy seriamente que la vida no podía seguir así, y realmente no fue; a partir de ese viaje, mi vida cambio. El cambio no es como el que me contaron de un farmacéutico que fue a hacer óptica, y cuando vino de la península, en lugar de ser un oscuro boticario en su botica, se dedicó a ser un empresario. Me dijeron de una óptica que era de él, justo al lado del taller de joyería del padre de Manolo Camacho; no era esa su única óptica, no, tendría a partir de ese momento muchas otras más, de todas maneras, le perdí el rastro; no, he cambiado de forma distinta.

e-libro.net

Según me dijo Tomás, Octavio no paraba de pedir crédito tras crédito; unos, para pagar las máquinas para análisis clínicos, otros para reformar la farmacia, y así para infinidad de cosas.

Cuando pienso en los préstamos, me quedo lívido, total y absolutamente lleno de espanto, tal como me había dicho mi padrino Domingo: “Después ya no podrás dormir, pensando en cómo pagar la casa...” Pero no adelantemos acontecimientos.

Seguía pensando en Celeste, aunque ya no estaba tan seguro de que saliera con ella.

Es curioso, pero me hicieron, del instituto de Tafira, devolver un libro de matemáticas. Creo que había cogido dos de la biblioteca, pero me llamaron del centro, que tenía una deuda con ellos, como supondrán, desde que pude fui a saldar mi deuda con la sociedad. No finiquité el total de mi cuenta pendiente, pues, ayer mismo, y hoy lo compruebo, me quedé con algún libro del seminario de matemáticas. Es de problemas de C.O.U, curso al que le tenía pánico, auténtico terror.

Poco a poco, he ido leyendo cosas, de forma muchas veces involuntaria, teorías sobre la esquizofrenia, de tal forma, que unos dicen que es hereditaria, y otros que no; los últimos se basan, en interrogarse: ¿cómo saben que es hereditaria, qué gen se a aislado y observado como portador de esta patología?; como verán tiene su mucha parte de verdad; los otros, los primeros citados, alegan que como se presenta de una generación a otra, pues por ello debe serlo; esta última es la teoría mas extendida, pero a mi juicio la menos rigurosa. Mi caso es importante, ¿de quién lo heredé?, si no se conoce ningún antecedente familiar. ¿Es una tara fisiológica?, ¿tiene una edad determinada para aparecer?, parece ser que sí, que aparece sobre los dieciocho años o a la vejez: de esto último, no estoy muy seguro, pero parece ser que se reproduce en aquellos que la habían padecido de joven. Lo de si es una tara fisiológica, lo nombro, pues el Lu, cuando se puso a estudiar psicología, quizás a raíz de que yo le insinuara que tenía grandes dotes de oyente y que relajaba mucho estar con él. Recuerdo, que le decía que estudiara farmacia aunque él no quiso; también barajamos la posibilidad de que estudiara esa carrera, por las grandes actitudes y aptitudes de que estaba dotado, pero fracasó, total y estrepitosamente. Tal vez aprobara una asignatura, pero es que nunca estudiaba. Yo empezaba a dejar de pasar tanto por la casa. No iba todos los días como cuando trabajaba para C..., y él, a veces cuando iba me decía: “Vamos a ponernos a ver la tele”, o se ponía a jugar en el ordenador, o a hacer cualquier cosa, todo menos conversar, que es en definitiva para lo que iba. Sin embargo, empezó a intimar más con Carlos Padrón, y Armando, quienes le contaban sus vidas.

En parte dejé de pasar, porque aquello era un monólogo, y a mí me gusta que la gente participe, que sea asertiva (con esta palabra, me puse a buscarla en el diccionario, y me pone como que es sinónima de aseverativo, significado de ésta es que se es afirmativo, o algo es afirmativo; sin embargo el significado que he deducido al oírselo a la gente es totalmente distinto, no tiene, a no ser de refilón, que ver con lo que explica el Larousse), en definitiva que haya comunicación, participación, debate, y por qué no, incluso algo de polémica; esto, no lo conseguía con el Lu.

Contaba a través de uno de sus personajes, Pío Baroja, como había un rey que encontraba demasiado papanatas a los médicos españoles, por lo que cuando tuvo una dolencia en la nariz, se fue al extranjero a tratarse. Se planteaba aquí Baroja, si entonces nosotros, los españoles, no podíamos pues elegir rey. Yo me planteo lo mismo. Por cierto, hace tiempo que el rey de España (donde impera la Monarquía Parlamentaria, o eso creo), se fue a Suecia a un centro médico; fue un rumor, pero ustedes me entienden. Y eso que al rey, por ser tal, le asignarían al mejor o mejores especialistas del tema de toda la nación; no lo duden.

Mi madre alquilaba los pisos bajos de mi casa. Cada vez que se desocupaba uno, ella llamaba a un joven: Alexis, el cual pintaba muy bien, y muy barato. Yo también lo había contratado una vez para que pintara mi habitación.

Él estudiaba empresariales; aunque se lo tomaba con mucha tranquilidad, pues cuando mi madre empezó a contratarlo, y hasta hace poco, aún seguía estudiando la misma carrera.

Tenía un buen coche, el cual, según decía el pintor y sempiterno estudiante, se lo había regalado el actual novio de su madre. No tenía motivos para mentir, aunque quizás le diera reparo decir que se lo había pagado con sus ahorros. Ya conocen ustedes a los autónomos, van mal vestidos, a propósito, para que no sienta la gente celos por ellos, igual podía pensar Alexis, quien puede que para que no le dijeran que se estaba enriqueciendo con la pintura, se había ideado aquella mentira. A mí me parece excesivo que el novio de su madre le comprara un coche, más, que si se lo hubiera comprado con su propio dinero. Trabajaba bien y limpiamente; era económico, qué más se le podía pedir. También era rápido.

e-libro.net

Hace poco, me he enterado, que es por la mañana, al poco de levantarse, cuando uno padece las mayores probabilidades de sufrir un infarto. Hablando de esto con un amigo, llegué a la conclusión, de que quizás fuese porque por la noche, mientras uno descansa, el corazón late suave, lenta y rítmicamente, más despacio que cuando uno está despierto; o sea tiene las características de un órgano en reposo en el que predominaría el tono parasimpático, y de pronto nada más levantarse, empieza a activarse todo el organismo, y cómo no, también el corazón, para bombear la sangre en el cuerpo en alerta, a todas y cada una de sus células, de repente ese exceso de trabajo y estimulación simpática, sería lo que provocaría el infarto; esto es una hipótesis mía, y por supuesto, no soy ningún entendido en la materia.

Aunque me costó algo de tiempo, el descubrir y recordar qué carrera había estudiado Juancho, casualidad de las casualidades, había cursado la misma que Águeda, Filología clásica. Ahora, ya sé que no me voy a olvidar, pero al principio, cuando lo leía en sus novelas, lo olvidaba muchas veces, seguramente porque no ponía atención cuando lo veía. Por lo que deduje, mientras leía sus primeras novelas, Juancho debía ser un gran bebedor y juerguista en su época de joven.

Me contaba sus correrías con mi tío Joaquín, de quien afirmaba y confirmaba los rumores de que era homosexual, o mariquita, como gusten en llamarlo. En cuanto a sus gustos, decía que tenía especial tendencia hacia las personas de las clases bajas. Lo mismo podríamos decir nosotros de Juancho, al casarse con una de mis hermanas; nosotros, una familia venida a muchísimo menos.

Jose seguía de clínica en clínica debido a sus accidentes con moto. Yo lo iba a ver de vez en cuando. En la última, estaba en la habitación con uno, que cuando cagaba, dejaba el cuarto tan apestoso, que le decía a Jose después de comer:

-Si no te importa vete un rato, que voy a cagar.

Y cuando había alguien delante, se lo insinuaba, tal fue lo que ocurrió la ocasión en que yo estuve.

Nos fuimos a un estar, allí vi a una negra, limpiadora de la clínica, que estaba físicamente como muy pocas he visto. Tenía un cuerpo exuberante, absolutamente exquisito, totalmente proporcionado, y de rasgos finos. A pesar de ser una chica de la limpieza, podría asegurar que en su país, sería una hija de algún rey o gran jefe. Esos rasgos no podían ser de una vasalla, de una plebeya, de una hija del pueblo. Al menos eso imaginé.

Por consejo de Juancho, me leí la biografía de Pablo Neruda: “Confieso que he vivido”, a mí no me pareció tan genial, aunque de eso no entiendo. Creo que ya he comentado algo sobre esta obra; bueno, solo añadir como una sirvienta que él tuvo, y con quien se acostó, la definió, igualmente, como la hija de un gran jefe, de ahí mi anterior razonamiento.

Al poco de llegar a Las Palmas, fui a ver a mis tías, quienes me ofrecieron trabajo. Les contesté:

-Pero ustedes me conocen de venir aquí de visita, no saben cómo soy trabajando.

Ellas no me respondieron a eso, sino que insistieron en que fuera a trabajar; Dulcina incluso me dijo:

-Tú, ¿qué pretendes?

Me supuse que se refería a mis intenciones en cuanto a su farmacia. A lo que le respondí:

-Quiero tener mi propia farmacia, y reunir dinero. Y, dentro de unos diez años, aproximadamente, comprarle a ustedes la farmacia.

Y supuse, que mis tías, tan trabajadoras ellas, durarían por lo menos en el trabajo un mínimo de otros diez años. Dulcina me indicó:

-Mañana vas a la calle Primero de Mayo, y allí te presentas en la gestoría que está en...

Allí, resignado y sin saber cómo me tratarían mis tías, fui a esa oficina.

Me atendió una señora gorda aunque muy dinámica. Me hizo un par de preguntas para ver qué tipo de contrato me hacía. Posteriormente llamó a Dulcina a la farmacia, posiblemente para preguntarle cuánto iba a cobrar, aunque no puedo asegurarlo. Me mandó fotocopiar en una tienda cercana, el carnet de identidad, y la tarjeta del paro. Me venía bien trabajar, ya que desde hacía un par de meses, se me había acabado la prestación económica que recibía del estado, por mis años de trabajo. Tal vez me hizo ir para ella hablar más tranquilamente con mi tía de cuánto iba a cobrar.

Aunque tenía unas ganas locas de saberlo, no le pregunté, pensaba que eso debía ser cosa de mis tías; estaba seguro, que económicamente iban a ser generosas.

Me fui a mi casa, con la intención de empezar a trabajar al día siguiente, tras previamente firmar una gran cantidad de papeles. El contrato se hacía por seis meses, por no recuerdo qué tipo de acuerdos me dijo. Iba con

e-libro.net

el jersey que usaba para viajar en avión, que ya estaba algo sobado. Me quedé con la duda de si cobraría mucho o poco, detrás de la oreja.

Al día siguiente, fui a la farmacia, e inicié mi trabajo. Afortunadamente, no tenía que colocar ni revisar el pedido, era esto un gran avance.

Al principio, más que nada por la novedad, mi tía Mila, a todos sus clientes conocidos les largaba:

-Este es mi sobrino; también es boticario.

Mi manera de moverme, mi físico, y mi forma de apoyarme en el mostrador, les parecía idéntica a la de mi padre; eso me lo hicieron ver.

Mis hermanas Pine y Maru, me compadecieron al saber que iba a trabajar con las tías, quienes estaban y tenían maneras de trabajo y estilos, totalmente anticuados y desfasados. El jefe era el jefe, siempre y en todo lugar, a quien no se podía contradecir. Al empezar a trabajar, les dije:

-Como nos vamos a ver todos los días, lo que hago es que les doy un beso cuando llegue el fin de semana, y el inicio de esta. ¿Les parece bien?

No dijeron nada, aunque supongo que no les parecía mal.

Como tenía ciertas cosas un poco olvidadas, le hice una pregunta a mi tía que hizo que ella dijera:

-¡Qué finolis!

Me refería a algo del aparato sexual y reproductor de la mujer.

También le consulté sobre unos antibióticos a mi tía Dulcina, lo que le hizo sonreír, y enseguida se dio cuenta que yo no iba de prepotente y super, sino que reconocía que ellas tenían mucha más experiencia, y de la que seguro podría, si a ellas no les importaba, aprovecharme. Les pregunté también:

-¿Qué jarabes aconsejan ustedes aquí para la tos seca, y la tos con flema?

-Cualquiera.

A partir de ahí empecé a despachar el Dastosín®, con tanta frecuencia, que al día siguiente, me dijeron:

-Usa, tal y tal jarabes, pues hemos visto que están saliendo muchos de los que no recomendamos nosotras.

-Bien –respondí.

Lo que querían era que despachara Motosol®, Mucosan® y Bisolvón Compositum®. A partir de ese momento, seguí sus instrucciones. Instrucciones que seguiría siempre, a pesar de saber en algunas ocasiones que eran inadecuadas o erróneas; pero me callaba.

Cuando no habían clientes, no sabía dónde ponerme. David, el empleado que estaba allí desde años inmemoriales, y que tenía aproximadamente mi edad, se apoyaba en el borde de una estantería. Mis tías me dijeron que hiciera igual que él. Viendo que a veces había algún tiempo libre, les pregunté:

-¿Puedo leer prospectos cuando no haya nadie?

-Sí, puede usted hacerlo.

Esto me agradó sobremanera, “podía aprovechar poco a poco el tiempo”.

El otro empleado era Marcos, un joven al que la vida le había maltratado, lo cual, junto con las drogas, lo tenían desajustado, a pesar de que él juraba y perjuraba a mis tías, que no se drogaba. Estaba caquéxico, seguro que no comía prácticamente nada.

Vivía en un piso de un tío suyo. Su madre se había separado y se había ido al norte de Europa a vivir con otro. Había dejado a él y a su hermano solos. No les solía mandar dinero, y se comunicaba de tarde en tarde con Marcos. “Debe llevar una vida muy dura este joven”, me rondaba la mente a veces cuando lo veía.

Marcos, siempre vestía con vaqueros y con camiseta. El que mejor vestía de toda la farmacia era yo, recuerden que me había sentido siempre muy mal vestido, pero ahora no lo parecía tanto, al menos al ver a los empleados y a las dueñas. De todas maneras, si me comparaba con la gente que por allí vivía, era de lo más normalito. Había en la zona mucho licenciado de los que sospechaba (mejor, vería a alguno después, y por tanto extendería a los demás), que estaban pluriempleados.

Los de mi edad, vestían muy bien, impecablemente, salvo las personas más humildes como los camareros y camareras, quienes vestían con uniforme, que en ocasiones estaban impecables, y en otras, algo más sucio y estropeado. También había gente archifamosa de la capital, lo que le daba a la zona un aspecto y sensación de riqueza absolutas. Entre ellas, la más conocida era la periodista de radio: Mara González.

Según parece, también algunos políticos famosos, tenían sus despachos en aquella zona: la Avenida Rafael Cabrera. Mara tenía un marido acojonante. Éste no gastaba casi en ropa, y solía usar generalmente la

e-libro.net

misma. Iba con frecuencia por la farmacia a comprar medicinas, sobre todo inhaladores, para la nariz, unos, y para los pulmones otros. No es ningún secreto, uno era Nebulicina® y otro Ventolín®. De vez en cuando compraba alguna que otra cosa distinta. Era un cliente habitual. Como eran muchas las veces que iría a comprar, le indiqué un par de veces.

-¿Quiere factura?

Él, con un gesto me daba a entender un: "para qué".

Al poco, empezó a pedírmela, seguro que para descuentos en la Hacienda Pública.

Mara solía usar grandes y anchos trajes, muy característicos en ella, y poco usuales en los demás. Estaba teñida de rubio, y tenía exceso de peso.

Su marido, mayor que ella, parecía estar siempre muy activo. Rara vez iban juntos, aunque no quiero decir con esto que se evitaran, ni mucho menos. Algún día iban los dos en el coche, un viejo Volvo, otras, las menos (sólo me percaté en una ocasión), dieron un paseo por la avenida, los dos juntos.

Creo que a él, con chaqueta, corbata y maletín, le vi una o dos veces, no más. Parecía que no se sentía a gusto así. Daba la sensación de que iba a la farmacia tal cual iba vestido en su casa. De ser así, era muy cuidadoso con la comida, pues nunca le vi manchas de ella.

Después, habían otros que eran auténticos papanatas, que se las daban de grandes personajes. Me refiero más concretamente a un traumatólogo, que se las daba de serio y genio; no era tal.

Usaba barba y bigote. Era joven, a pesar de que él quería a veces dársela de mucho más viejo. No me pondría yo en sus manos, para una cosa complicada.

Solía pasar por la farmacia, y tengo la sospecha de que deseaba de que le tratara de usted. "Lo llevas claro, capullo". Me molestaba mucho que tratara a mi tía Dulcina de tú, me parecía una falta de respeto a los años.

Un servidor, al empezar a trabajar, llamaba a todo el mundo de tú, pero al día siguiente y cada vez más, trataba a casi todos de usted, hasta tal punto, que mis tías se congratularon conmigo, y me decían:

-Este es como nosotras, de la vieja escuela.

El respeto y las categorías se mantenían bien firme en aquella farmacia. David y Marcos trataban de usted a ellas y a todos sus familiares y conocidos. A mí y a mis hermanos, lógicamente nos trataban de tú.

Marcos según me contó, acababa de terminar el C.O.U. y empezaba la carrera de Derecho. Según decía, para defender a los auxiliares de farmacia; yo, escaldado, con ese tipo de gente, barrunté para mí: "Cuando lo vea lo creeré; en principio a ver si saca la carrera".

Tenía Marcos muchos planes, entre otros ser cantante; me decía que era amigo de algunos cantantes de música canarios. Tenía ritmo, pero le faltaba constancia. También era árbitro de baloncesto. No me explico cómo, pasando la mayor parte del tiempo en la farmacia, tenía tiempo para lo demás. Lógicamente, mis tías no le dejaban estudiar allí.

Antonio Lotario era alcohólico, y supongo que ese era el motivo de que mis tías estuviesen siempre malhumoradas. O tal vez otro motivo, fuera el trabajo, aunque este último me extraña, pues la palabra de ellas, era allí algo sagrado. Para mí, no. De todas formas, intentaba cumplir sus órdenes lo mejor que podía y no las contrariaba, ni contradecía en nada, al menos en nada que me diera cuenta.

Mila, tenía fama de ser menos gritona, pero era más impulsiva, personalmente, desconfiaba más de ella que de Dulcina. Unas palabras frecuentes eran:

-Porque yo grito menos que mi hermana.

Me daban ganas de responderle: "Sí, pero tienes más mala leche".

Ellas me preguntaban por qué C..., mi antiguo jefe, no dejaba a los empleados fijos. Les respondía que no sabía. Pero, ¿quiénes eran ellas para criticar esto?, cuando no les duraba ningún empleado mucho tiempo. Se trabajaba bastante, aunque el ritmo de trabajo era lento. Un servidor era el que imponía velocidad a aquel negocio. A mis tías esto no les parecía nada bien, aunque no me lo podían echar en cara, pues los fallos cometidos eran mínimos, y la baja proporción de errores, estaba compensada; llevaba un ritmo frenético.

Ellas, por mucha gente que hubiese en la farmacia, no se alteraban. Mila era más rápida, y cuando tropezaba con ella se me cabreaba y me daba bufidos. Ella, por supuesto, nunca se tropezaba conmigo, siempre era yo el que me tropezaba con ella. Ya van viendo qué dinámica de trabajo existía, y como el jefe es siempre el adorado e idolatrado jefe. Cada vez más, estos pequeños empresarios, me repatean los cojones. Pero qué le voy a hacer si es mi gremio, y al que estoy orgulloso de pertenecer, a pesar de que les tenga poco respeto a algunos. Ojo, miedo sí, respeto poco. No me gusta que me traten mal, pero más rabia me da, que me hagan la pelota, y si alguno lo

e-libro.net

intenta, cuando me percato de esto, esa persona pierde mucha valía a mis ojos; lo soporto, a pesar de que le doy a entender que por ese camino, conmigo lo lleva claro.

Uno, que al principio me hacía la pelota, era Marcos. Cuál fue mi reacción, pues ignorarlo; creo que poco a poco se fue dando cuenta, y empezó a tratarme distinto, a pesar de que empezó a creer que yo también debía llevar el rollo de él. No le seguía mucho el juego, y le indicaba que se callara, y que tratara de ignorarme. Intentaba hacerse siempre el gracioso, el "colegui" y moderno; tanto, que David no lo soportaba. Al mirar a David a la cara, le daba a uno la sensación de que le "faltaba un aire". Eso me parecía al menos a mí.

Pasemos a la vestimenta. Mila, llevaba siempre el mismo traje, a lo sumo tenía tres distintos para la farmacia. Era su uniforme, siempre igual. Los días de guardia, se ponía uno más estropeado, de seguro, por lo que les he comentado, para no aparentar riqueza y por tanto, no suscitar celos y envidias; supongo, ya que si no, no me lo explico.

El de los días de guardia, era un traje estampado; el otro era una falda negra, y una camisa de seda marrón. Ese era su uniforme, que según decía, lavaba el fin de semana. Quizás encontrara que se tenía que disculpar ante mí por su horrendo y escaso vestuario. De seguro no vestía así por necesidad, pues la farmacia daba dinero, aparte de eso, ellas, por herencia, tenían tierras y propiedades en distintos lugares de la isla. No creo que siguieran poseyendo riquezas en otras islas, como antaño. Recuerdo ver, que iban allí gente a pagarles mensualidades de sus propiedades arrendadas. Dulcina, estaba siempre con bata, casi siempre también la misma, aunque variaba más que su hermana la licenciada. Sus batas eran blancas, aunque no eran las típicas de las que se usan en las boticas. Colgando del cuello tenía una lupa: sus ojos empezaban a fallar, y encima los códigos y precios de los medicamentos, parece que cada vez los hacen más pequeños. De vez en cuando, sobre todo dependiendo del tiempo atmosférico, cambiaba de una bata a otra.

David, iba siempre con vaqueros, prácticamente el mismo; sobre el torso, llevaba generalmente camisetas o algún que otro niqui. También variaba muy poco, aunque esto era más explicable, ya que era un empleado y no creo que ganara mucho. No les cuento nada de Marcos, que como digo, parecía que pasaba hambre. Estaba muy delgado, usaba vaqueros o pantalones cómodos; encima, camisetas, que no variaba mucho. Seguro que Marcos compraba la ropa en la tienda de "ropa usada" cercana a su casa. Creo que es el sitio donde más barato se puede comprarla en la capital.

En otra época estaba más al tanto de este tipo de tiendas, hoy me las traen todas algo flojo.

Uno de los primeros días, vi en un bar a uno que se parecía mucho a D. Rafael, aunque era más feo que el primero, lo que no quitaba para que también pareciese rico.

Don Rafael era rico; éste, tengo la impresión de que se las daba de rico sin serlo. Era abogado, y trabajaba en un despacho de un importante político de la comunidad canaria.

Tenía cuenta en la farmacia, y pasaba casi a diario por allí. Supongo que yo le caía mal; él a mí peor. Era pues, un sentimiento recíproco. Este personaje, cambiaba continuamente de ropa, por lo que sospechaba que gastaba en ella bastante. Sospechaba, aunque se me hacía difícil de creer, que manejaba dinero negro. Si no, no comprendo cómo con un sueldo, puede mantener a una familia, y encima vestirse bien. Las únicas soluciones eran que hubiera sido un ejecutivo hasta hacía poco, y que ahora no luchara en cuerpo y alma por el trabajo, o bien, que fuera rico de cuna, y que al igual que mis tías, heredase de su familia. Me da igual, allá él y sus problemas financieros. Me juego que tan rico como C... no sería.

Otro cliente, éste, más modesto en la forma de vestir, pero con los mismos aires de grandeza, era el presidente del colegio de abogados de la provincia. Se las daba de hombre ocupado y trabajador. Si lo era no lo discuto, tenía problemas de hipertensión arterial; no se mataba por su trabajo, o al menos no leía sobre él, y supongo que sobre nada. Este no quitaba para que llevase siempre el maletín a punto de reventar.

Me había aprendido todos los nombres de los clientes más habituales; hoy, afortunadamente, la mayoría de ellos, los he olvidado. Casi todos eran licenciados. Los amigos de David, los pobres del barrio, tales como porteros, vigilantes, etc, etc, no se merecían que fueran clientes del barrio; bueno, ojo, eso no quería decir que no pudieran ir a la farmacia, sino que no tenían "cuenta" abierta (y por ello, en muchos casos crédito), en la farmacia.

Van viendo como era un negocio en el que se diferenciaban muy bien los estatus.

Si fuera gente que luchan por un ideal o una idea, o una forma de vida, o por algo, no me parecería tan mal, pero esa clase baja (en su mayoría) como somos los licenciados, que se las dan con grandes ínfulas, me parece de lo más denigrante y bajo que pueda existir.

e-libro.net

Había por el barrio un par de profesores que me caían bastante bien, quizás porque no se las dieran tanto de grandes señores. Hay que ver, despotrico de ellos y sin embargo, intento vestir siempre, por encima de mis posibilidades. Si no por encima de ellos, no visto peor que mis compañeros de estudio, aunque sinceramente, ya no me importa gran cosa, quizás, porque espero un futuro mejor que el de ellos. Otras veces en cambio, visto tan bien, que me da vergüenza presentarme ante mis amigos.

El mejor, y casi más entendido en su profesión, de los amigos de mi tía, era el eminente (o debía decir, la exeminencia) dermatólogo don Buenaventura Hernández Hernández: jefe de dermatólogos del Hospital Materno; aparte de eso tiene consulta en esa zona. También tiene fijada allí su residencia. Solía ir de vez en cuando por la farmacia; alguna vez a liquidar deudas, y otras por otros motivos.

Su hijo mayor también era médico, aunque un simple licenciado como yo. De todas formas, ejercía de dermatólogo con su padre, sin tener el título de especialista. El padre, al acabar la carrera le regaló un Porsche, cosa que yo nunca he podido imaginar que tendría para mí. A parte de eso, no puedo asegurar que me gustara llevarlo, entre otras cosas, porque llevo una vida de lo más sobria, y cuando me reúno con alguien, casi siempre son pobres, lo que no quita que tengan más dinero que yo, lo cual no es nada difícil como ven y verán.

D. Buenaventura, puede que ahora no, pero en una época fue muy reconocido, incluso a nivel nacional. A mí a pesar de los pesares, me seguía inspirando un gran respeto su saber dermatológico. Era precisamente a él, al único al que no me importaba tratarlo de usted, de entre los íntimos de mis tías. A los otros, siempre que no fueran mayores, que no gerontes, (trato como tal a los que pasan la barrera de los cincuenta y cinco años. No digamos nada de los viejos más viejos, a ellos les guardo un gran respeto), los tuteo o evito el tú o el usted.

Cuando el que fuera un eminente doctor, salía, intentaba y esperaba que me diera la oportunidad de saludarlo, no sucedió nunca así. Mala suerte. Me ocurrió a la inversa una cosa graciosa: Antonio Lotario, ahora no sabía cómo tratarme, acostumbrado a lo que estaba, que cada vez que me veía se ponía a hablar conmigo, y que sabía que mi visita era señal de que su esposa le daría dinero para que me invitara a beber. Yo eso era una de las cosas que quería erradicar, para que cuando me viera, no me asociara a las copas; copas por otro lado que tomaba él, las mías ya saben. Me daba pena, pues Antonio era un marginado, un amargado. Tenía dolores, muchos dolores, y por más que le llevaron de un sitio a otro, no daban con la causa de la dolencia. Alguien le mal aconsejó un analgésico potente, que destrozaba el estómago. Él, debido al intenso dolor, usaba y abusaba de ese fármaco. El daño que le producía, debía ser inferior a su efecto calmante. Mi tía estaba desquiciada de los nervios, diciendo que ni él ni ella podían dormir; él, por el intenso dolor, ella por los quejidos. Lamentos que eran motivo, no sé si de preocupación, o si de cabreo hacia su cónyuge.

Antonio siempre había estado flaco, a lo sumo, le salía una pequeña barriguilla por encima del pantalón. Últimamente el dolor le había quitado el apetito, nada le seducía, salvo claro está, el alcohol, aunque éste, incluso a veces lo evitaba, pero lo hacía durante media mañana como máximo, luego ya empezaba con sus cervecitas y demás. Por las mañanas, salía a hacer la compra de la fruta, verduras y la carne. Luego pasaba por la farmacia para arreglar las cuentas, y por último se iba a la casa de las dos hermanas a hacer la comida para ellas; ya digo que él últimamente, casi no comía. Estaba en manos de médicos, pero nadie daba con su enfermedad.

D. Buenaventura, se ofreció a colarlo para que le hicieran un chequeo en el Materno, allí fue. Recuerdo cómo a la vuelta de su revisión, fue la única vez en que le pregunté por su salud. Él, algo más relajado y contento, me dijo que se encontraba mejor. De eso estaba seguro, pues sólo de ver al doctor, muchos sienten mejoría. Ya digo que yo tenía mucha fe en ese médico. Intelectualmente hablando, ya se había retirado, no mi tío, que dudo que alguna vez fuera un intelectual, aunque él se las daba de ello, sino don Buenaventura, pero ya saben aquello de: “Donde hubo, siempre queda”, y vaya si es cierto. ¿O no?

A mi padrino, no le caía muy simpático ese médico, al que él había acudido por su psoriasis. Según me contó:

-Me trató muy mal. Está gordo y avejentado. Me contó un cuento, seguro porque se iba a tomar el día libre en su yate. Y encima me dijo que ya me mandaría el tratamiento por correo -cosa que hizo, aunque mi tío no lo siguió.

Todos son celos y envidias, y a todos les gusta que se los trate como si fuesen reyes, aunque después uno no actúa del mismo modo con el prójimo; y ya saben: “Amarás al prójimo como a ti mismo...” Estos estira y afloja, pudiera deberse a que con la edad, las personas se vuelven más intolerantes. A mí al menos eso con ciertas cosas me sucede.

e-libro.net

De las que iban a la farmacia, la mejor que me caía era Nati, esposa de Simón, ginecólogo, sin más. Él me caía regular, tirando a bien; ella fantástica, tirando a genial. Un día al principio del trabajo, me puse a hablar con una de sus hijas, que antes de ponerse a trabajar, pues había acabado la carrera de medicina, "quería ver mundo". A mí eso me parecía fantástico, tal como le dije, aunque que fuera por ahí estudiando, para aprovechar el tiempo. Era un poco obesa, con la tendencia a engordar característica de sus padres. La madre continuamente estaba intentando todo tipo de dietas de adelgazamiento; ninguna era eficaz, en su casa todos tenían algo de sobrepeso.

Nati ayudaba a su marido en la consulta, y sobre las diez, pasaba por la farmacia para hacer el café. Café que siempre estaba deseando, pues eran dos o tres minutos en los que me tomaba un respiro y me fumaba un cigarro. Quería tratarle de tú, pero como allí todos los empleados trataban a todos de usted, pues eso me cohibía grandemente, y tenía que evitar el tratarle de usted o de tú. Mis palabras solían ser:

-Gracias por el cafecito.

Cafecito que no era tal, sino un cortado. Me consideraba a mí como una visita, por lo que me ponía siempre una taza con un plato; el de ella era sin plato, al igual que el de mis tías. Lógicamente, cada uno tenía sus gustos en cuanto a la cantidad de leche en polvo especial para cafés, y el azúcar. Mis tías, se tomaban un vaso grande a medias, y le ponían sacarina. Nati también.

Dulcina estaba constantemente intentando dejar el cigarro, pero el de la hora del café, era difícil de erradicar, y siempre se fumaba uno. Mila, ni siquiera intentaba dejarlo, a ella no le hacía nada daño, es la número uno, y encima fuma una burrada, lo hace de unos cigarros ingleses extralargos. Dulcina fumaba cigarros americanos. Yo, últimamente compraba los "rubios" más baratos del mercado; había que apretarse el cinturón, al menos hasta que supiese cuánto iba a cobrar.

De mí, no decían que hacía argollas; todo lo contrario, incluso me decían:

-¿Por qué vas tan rápido? –también les molestaba que impusieran un ritmo alto en el trabajo; realmente la cosa es no estar nunca conforme.

Buenaventura e "Isa", su mujer, tenían una "purriada" de hijos, y una de ellas, de las más pequeñas, era subnormal; fue, era, y será, siempre una niña chica, que ni siquiera sabe hacer su cama. En estos escabrosos mundos, no quiero entrar, no por nada, sino porque desde todos los puntos de vista, ignoro todo sobre ellos. Decían de Isa, y a la que siempre intenté e intento no nombrar por su nombre, no sea que se vaya a ofender por tales confianzas, que escondía en su casa, en ciertos cajones, una cantidad inusitada de dinero negro. Digo que negro, pues cuando lo vio mi tía, enseguida lo escondió y trató de evitar que las miradas, se dirigieran hacia allí.

Tiene el dr. D. Buenaventura, uno voz sumamente característica, que la encuentro de una bondad absoluta y sin límites; a veces tengo la sensación de que si no fuera por su familia, trabajaría de gratis. A Isa la encuentro más pesetera.

Me jodió el gran Gala, Antonio, o D. Antonio, como él prefiera. Estoy leyendo uno de sus libro, que va, total y absolutamente en contra de lo que yo dije. El qué, pues lo que dije respecto a la homosexualidad; tiene razón cuando dice que todos, hemos tenido alguna vez deseos de esta índole, no se lo discuto, pero de ahí a... no sé qué hacer, si ponerme a favor de la iglesia, con lo cual he de rechazar esto, o bien, en consonancia con los tiempos modernos que corren, con lo cual lo debería aceptar e incluso defender. Ante la duda, mejor es abstenerse; abstención, que ya empezaba a extrapolar igualmente hacia el alcohol; gracias a Dios, cada vez bebía menos, mucho menos. Tampoco quería tratos con rameras; ¡ojo!, una cosa es ser amigo de alguna, que aunque no me importa su trato, no conozco a ninguna, o al menos que la trate asiduamente, pero, lo que no quiero es ser cliente de ellas, no ya solo por el disparate de dinero que uno desembolsa, y en mi caso para quedarme peor de lo que estaba, sino porque considero que no es un camino bueno.

Cuando a Maru le conté que me empezaba a retirar de esos lances, ella, según creo, se alegró; al menos eso me dijo una vez.

Su nueva casa estaba genial, algo soberbio, aunque un poco vacía. Estaban tan acostumbrados a tener un minipisito, excesivamente recargado, que cuando pasaron a su enorme casa, les sobraba espacio. Esa casa para cuatro, es posiblemente más grande que la casa de mi madre, en la que llegamos a vivir hasta diez personas.

La farmacia de mis tías era un auténtico horno, por los calores, sobre todo por la tarde, horas en que el sol daba de lleno en ella. Yo estaba siempre de cara a la calle, al público, por lo que me achicharraba. No tenía aire acondicionado. A lo más tenían unos ventiladores, pero para uso exclusivo de mis tías. Eso junto con el sudor, y la bata, de un material caluroso, dará a entender como no se trabajaba del todo a gusto. Aparte de esto, estaba el

e-libro.net

malhumor continuo de las dos hermanas, que hacían a uno como culpable de lo malo de sus vidas. Cada vez me repateaba más el ser un esclavo de un pequeño negocio, y encima había que dar las gracias.

Un viernes por la tarde, recuerdo oír como Simón invitaba a Antonio Lotario a un café en el bar de al lado. Él lo rechazó; Simón añadió:

-Bueno, si quieres una copa.

-Eso, sí.

Malo como estaba, le podía más el vicio. De todas maneras, estaba él bien considerado, y Mila, continuamente, estaba: "Mi marido para arriba, mi marido para abajo...", como si fuera una joya lo que tenía en su casa.

Al principio, todo eran alegrías para mí. Estaba contento, aunque sospechaba que no siempre sería así. No me equivoqué. Quiero recordar, que fue esa época cuando empezaron los escándalos de enriquecimiento ilegal por parte de ciertas personas afines a los socialistas, no afiliados de base, sino altos ejecutivos.

Recuerdo cómo se llamaba a Felipe por varios apodos, pero el que más me gustaba, y creo que mejor le iba era el de "líder del ejecutivo".

Mila, se ponía con los clientes conocidos a criticar a los socialistas, tanto ella como sus conocidos, eran de derechas, a pesar de que Aznar insistiera en que su partido era de centro–derecha. Ella hablaba de todo lo que estaba de moda, menos de cosas científicas, o relacionadas con el medicamento. Cuando le pedían consejo o asesoramiento, solía decir:

-...porque yo esto me lo he tomado, y me fue muy bien...

Al principio me decía: "vaya qué bien", luego me di cuenta de que era un cuento chino, de que ella no se las había tomado. Es más, me decía:

-Las medicinas para los clientes; yo no tomo ninguna.

Con el tiempo, vería que eso no era en absoluto verdad, y que se escondía para tomárselas. No le puedo reprochar eso, pues yo lo hacía también, pero no decía la desfachatez de ella.

Vean que las critico una barbaridad, pero me creo en el derecho a ello, ya que son mis familiares, quienes espero no se molesten, aunque más arriba les he dicho justo lo contrario, pero soy así de inconstante e inconsciente. Aquí, en este libro, cuento cosas que de otra manera no me atrevería, me escondo tras las letras.

El Lu, estaba como siempre, intentando reunir a todos los amigos juntos. No me explicaba el motivo de ello, pero siempre estaba buscando salidas en que fuéramos todos juntos. Por mi parte, muchas veces me aburría, otras, pocas, lo pasaba bien.

Hubo una vez, en que fuimos casi todos a Tafira; yo iba con Armando y Camacho, en el coche de este último. Muchas veces, se salía desde mi casa, con lo que el primer café, era mi madre quien lo pagaba. Intentaba por mi parte que se saliera de casa del Lu, ya que él era el organizador. En honor de la verdad, a veces salíamos de su casa.

Siempre, cuando quedábamos allí, el Lu empezaba a afeitarse, cuando se afeitaba, y a ducharse, cosa que hacía con frecuencia, a última hora, cuando ya estábamos todos allí. Nos solía invitar a cortados, que ahora los hacía su tía. Se iba a duchar, luego aparecía desnudo, cubriéndole su sexo una toalla grande y blanca, siempre el mismo estilo de toalla. Pesaba ciento y pico quilos, motivo este por el que a veces parecía un fenómeno. Yo voy camino de ello.

Ese día, iba en el SEAT blanco y estábamos, estaban hablando de religión, a mí se me erizó la piel, y sentí una gran tranquilidad. Me dije: "No están mal mis amigos, a pesar de tener, nosotros tres, problemas síquicos"; en el fondo, me consideraba más sano que ellos dos.

Para mi gusto, y debido a lo bien que se estaba en el coche, llegamos muy pronto. Allí aparcaron los coches, en un terraplén, aprovechando los descampados de las fincas colindantes. Nos bajamos y entramos en el bar; no había casi nadie, aunque nosotros, que éramos seis o más, lo llenamos. Pedimos unos vinos, que no me gustaron demasiado. Camacho, cosa rara, también bebió algo. Yo, a pesar de ser uno de los últimos días que lo hice, también bebí, dejándome llevar por el ambiente y los amigos. De todas maneras, estos eran mucho más "sanos" y mejores personas, que la mayoría de los que había tenido. Se conocían todos de la iglesia evangelista, en donde unos se presentaban a los otros. Bebí aunque no lo suficiente para emborracharme; quizás los que más bebieron fueron los dos conductores: Camacho y el Lu; Armando no bebió nada, "¡muy bien hecho campeón!", aunque se encerró en un mutismo total; le acomplejaba estar con mucha gente. Un par de veces, fue por mi casa, solo, en lo que el Lu descansaba. A mi madre no le caía bien, por lo que yo le decía de salir a comprar y ver libros a El Corte Inglés. Otro día, me lo llevé a comprar los semanarios de los periódicos, y luego le dije de ponernos a

e-libro.net

leerlos. Tampoco sabía de qué hablar con él. Me daba pena, pero él no se sinceraba del todo conmigo, cosa que sí hacía con Javier, con quien por lo que parece no es difícil hacerlo, aunque él no lo hacía con nadie, salvo que estuviera muy borracho, y eso era difícil, pues tenía un gran aguante al alcohol, fuera la bebida que fuera.

La farmacia de mis tías estaba pidiendo a gritos una reforma, no porque estuviera cayéndose, sino por lo sucia y las malas condiciones de trabajo en las que estaba. No es sólo que tuviera polvo, que lo tenía, sino que las maderas, que en principio eran blancas, ahora estaban grises. Había una cantidad variadísima de medicamentos, y tal como pasaba con la de don Rafael, los medicamentos, las cajas, estaban expuestas al polvo. La de mis tías, tenía mucha más variedad de especialidades farmacéuticas, aunque también por ello, muchas más se ponían viejas, amarillentas y llenas de polvo, de tal modo, que pasaba una gran vergüenza al despacharlas en tan malas condiciones; en cuanto a la cantidad de cada especialidad, habían menos en la de mis tías. Sospecho que los demás, dejaban las viejas atrás y vendían las del cartonaje más nuevo, pues era raro, que siempre me tocase a mí las más estropeadas. Por fortuna había un paño del polvo con que limpiar los envases, aunque muchas veces, no era suficiente. Se me caía la cara de vergüenza cuando sacaba una caja rañosa y desteñida; como seguramente al público le daba más vergüenza que a mí, no me solían decir nada, aunque a veces algunos decían:

-Y, ¿no tiene una caja más nueva?

-No, no –contestaba a veces.

Otras:

-Un momento, voy a ver –y si la había se la sacaba.

También se despachaban medicamentos que caducaran al mes siguiente. Esto me parecía un crimen y una estafa, y encima solía estar el envase muy deteriorado. Piensen que por norma general, el medicamento caduca a los cinco años, y caso de que lo haga más tarde, no importa, su caducidad se limitará para esa fecha, así que calculen el tiempo que llevaban allí esos fármacos.

Era curioso que les diera igual la suciedad y la imagen de la farmacia y sus especialidades, y sin embargo, una vez me aconsejó e instruyó Dulcina:

-Antonio, si no te dicen lo contrario, despacha siempre el más pequeño.

Eso me gustó y me enorgulleció, viendo que al menos en algo primaba la honradez sobre el dinero. Sospecho que esta tía era más leal y legal que la otra, a pesar de los enfados que se cogía sin necesidad ninguna, y casi siempre, porque no se hacían las cosas como ellas pensaban, sin previo aviso de cómo se debían hacer.

A mí por ejemplo, los primeros días, me tuvieron colocando pedidos, para habituarme a la farmacia; y ya desde el primer día, Dulcina me dio un grito tal por una insignificancia, que mi ideal de “equipo”, se vino abajo, incluso me tuve que ir a colocar un medicamento a una estantería lejana para que no me vieran llorando. Sí, lloré de rabia y soledad: “Esta es mi familia”, barrunté.

Me daban igualmente vergüenza los trapos que usaba para el pollete y el fregadero. Estaban tiesos y negros; se veía como en su tiempo habían sido blancos. También las toallas del baño para secarse las manos, dejaban mucho que desear. Por lo que a veces, cuando me iba a refrescar la cara, usaba para secármela papel higiénico, cosa que también les molestaba, pues se gastaba papel. Hasta eso lo tenían controlado.

A partir del quinto día, empecé a cagar en la farmacia, y lógicamente, se quedaba aquello apestando. Esto por un lado era motivo de burla para Marcos, y de enfado para mis tías. Pero, ¿qué culpa tenía yo de que mis tripas formaran un excremento oloroso?, (supongo que como el de la mayoría de los humanos, y resto de animales). Años después me enteraría que había un extractor de aire, aunque por supuesto, había que ahorrar electricidad, por lo que nunca se conectaba.

Hace un par de días, pensé: “Al igual que las aventuras, ya fueran de Marco Polo, o de Colón, o de muchos otros, parecían en su época locuras, ¿quién podrá decir que el vivir en la luna, o en otros planetas, e incluso en otras galaxias, no será un día una cosa tan normal como lo es ahora coger un avión y trasladarse a cualquier parte del planeta?” En el libro “La regla de tres” de Gala, leí como existen cuarenta mil galaxias, y es absurdo pensar, que seamos ni la única forma de vida ni la más inteligente.

Aunque cambié de tema, lo hice porque a veces se me pasan ideas por la cabeza, que me parecen más interesante, por ejemplo, que decir:

-Oye, David, ¿qué es lo que hay que hacer para poder dejar el coche en el garaje?

-Cuando lo vayas a traer, me lo dices que yo te acompaño, pues hay una chica, que es un poco rara, que posiblemente te pida todos los papeles del coche. Espera que hable un momento con Carmen.

e-libro.net

Carmen era su novia, que trabajaba de guardia de seguridad en los aparcamientos de esa calle. Trabajaba para una empresa privada, y le mandaba muchas, muchas horas, aunque su trabajo no era duro pero sí pesado, pues debido a que la zona es conocida y transitada, no suelen abundar las personas peligrosas, y las que hay, ya se las conoce. El pasadizo que dividía en dos el mencionado garaje, estaba a veces muy concurrido; allí se encontraban las oficinas del mismo, y otros locales comerciales. Entre ese pasadizo y el del bar Yaiza, se sentaba un pedigüeño, al que le faltaban las dos piernas, y que mi tía decía de él que era riquísimo; supongo que no tanto, pero sí creo que ganara como para mantener una familia de la caridad. Marcos se llevaba bien con él, y a veces, le llevaba de la farmacia un Ventolín® inhalador. Se conoce que era asmático. A mí me lo llegó a pedir, pero mis tías no me dejaron llevárselo. Otras veces, pasaba él por la farmacia, después de "trabajar", y siempre en horario que no era el de apertura al público, por lo que se le atendía desde la puerta metálica, que daba a otra parte de la farmacia, y por la que entrábamos todos. No tenía ninguna pierna, a pesar de que ello, no me preocupaba, y sabía que a él tampoco, todo lo contrario, eso le había ayudado a ganarse la vida. Un día, me dijo:

-En el bar que hay ahí, se come muy bien y barato.

Yo aún no buscaba sitio donde comer, por lo que no sé el motivo por el que me lo dijo.

Fui a arreglar los papeles del aparcamiento y comprobé que cobraban caro, muy caro, unas diez mil pesetas mensuales. Había también que dejar una fianza, y el tiempo mínimo que se podía tener alquilada una plaza, era seis meses; justo lo mínimo que iba yo a trabajar, o al menos por el tiempo que había firmado el contrato. El coche se lo había comprado al padre de Tomás. Me pareció una ganga: ciento cincuenta mil pesetas, aunque según me diría después la gente, era caro, muy caro. Tenía unos catorce años, más o menos, era una letra "J", un SEAT 132, con motor "Mercedes" y diesel. Para mí, el coche era fenómeno, aunque pronto empecé a gastar dinero en reparaciones, sobre todo en lo referente al sistema de frenado, tanto el de pie como el de mano.

Don Tomás, el padre de Tomás, se había comprado un Mercedes en Alemania, de segunda mano, aunque tenía muy poquitos quilómetros hechos, y este, era el motivo por el que según él, lo quería vender. Tomás me había garantizado que estaba bien, pero que él no quería influir en la venta.

A mí me parecía un tanque, y por ello seguro, aunque de tener un choque, si el motor llegaba a mi cuerpo, era de cajón que me destrozaría.

Al principio, salía con poco tiempo de antelación, para ir al trabajo, por lo que en las interminables colas, me impacientaba, por si acaso no llegaba a la hora en punto a trabajar. Nunca ocurrió eso. Lo que sí pasó unas cuantas veces, es que se recalentaba el motor, y subía más de lo aconsejable, la aguja indicadora de ello. Me creía un gran experto al volante, a pesar de que iba siempre muy alerta, como los novatos o noveles, que lo mismo es. El coche era de color azul marino, muy brillante, estaba recién pintado, y eso era lo que más me gustaba. Cuando paraba en algún semáforo, si alguien miraba para mí, intentaba hacerme el despistado, a pesar de que sabía, que me miraba por mi viejo coche, no tan viejo como para ser una pieza de museo, pero sí viejo como para un ejecutivo, que ciertamente no lo era, y aunque quisiera, no lo podía aparentar.

Cogía todos los días, cuatro veces el coche, dos para ir a la farmacia, y dos para volver. Sí, iba a comer a mi casa, aunque, muchas veces tuviera el tiempo justo para comer, cerrar los ojos diez minutos, e irme de nuevo, y eso que no vivo en una cuidad de dimensiones desorbitadas, ni el trabajo estaba a las afueras, pero es que hay tantos coches, que el tráfico, y nunca mejor dicho, es infernal.

Generalmente, llegaba aproximadamente de veinte a veinte y pico minutos antes de la hora que entraba, para que me diera tiempo de leer en el coche ya estacionado en el garaje, y a partir de la cuarta planta, que era donde tenía permiso y obligación de aparcar. Leía, en principio algo de literatura o filosofía, y luego, cómo no, y antes de enfrentarme al mundo, un poco de la Biblia. Generalmente era o algún Salmo, o algún Proverbio. Como se trataba de luchar contra alguien, yo luchaba contra mí tía la farmacéutica, a quien decía que ganaría. Al final deberán juzgar ustedes; personalmente, lo que creo es que la cosa, o terminó en tablas, o salí perdiendo yo.

Todos, absolutamente todos los días, a excepción de algún sábado o festivo, leía la Biblia antes de entrar, y cuando no lo hacía era porque no llevaba el coche, bien porque lo tuviera arreglando, bien porque no hubiera dormido bien, y por tanto no me gustaba coger el auto, por no estar con plenas facultades, o bien porque tuviera guardia y por ello de llevar el coche, debería pagar más, pues se pasaba del horario estipulado en el contrato de alquiler de la plaza de estacionamiento.

David estaba enamorado de Carmen hasta tal punto, que cuando se veían a través de las cristaleras de la farmacia, y ella desde la puerta del pasadizo, se hacían carantoñas y se saludaban, como si hiciera una eternidad que no se veían. Creo que se conocían de hacía años, y no me explico cómo mantenían la llama del amor de esa

e-libro.net

forma. David, había tenido problemas con una constructora, que había empezado unas casas, y se había ido a la quiebra; con lo que ya no tenía piso al que ir una vez casado. Esto me lo comentó primero mi tía y luego él. No me dijo, sino que yo me enteré por otro lado, que estaba construyendo sobre la casa de su madre en Arucas, donde él seguía viviendo.

Con esto les quiero decir que vivía algo lejos, por lo que se traía siempre la comida en fiambreras y comía en el coche, donde luego dormía. Era un esclavo del trabajo; mejor debería decir, de la distancia de su casa al lugar del trabajo.

Llegaba a la farmacia por la mañana muy pronto, con el fin de hacer el ingreso de lo ganado el día anterior por las jefas, e ir a buscar el cambio. El pobre hombre se pasaba muchas veces una hora esperando, y casi todos los días, en una enorme cola en la Caja de Ahorros de Triana, y todo por un mínimo cambio. ¿Qué más les daba a mis tías pedir el cambio de la semana, y ellas ir a ingresar las ganancias por medio del cajero automático? No me lo explico.

El pobre David, no comía caliente más que por la noche. Después de almorzar, solía darse la cabezadita en el coche, y luego, Carmen, lo iba a despertar antes que se hiciese la hora de empezar a trabajar. Por la tarde, solía yo llegar antes que él a la farmacia.

Me daba la sensación de que él pensaba que debía sonreírme siempre, pero juraría que era por ser familiar de las dueñas. Me decía, aunque no se lo dije, pero sí se lo di a entender: “No me hagas la pelota, que yo no entro por esas”.

En un par de ocasiones, observé cómo mis tías tenían una cierta complicidad con David, algo así como, y aunque nunca me lo han confirmado, que ganaba dinero extra de forma ilegal. Eso supuse, aunque no puedo asegurarlo.

Me engañó en principio David, diciéndome:

-Yo sólo cambio una vez en semana lo bata.

A fuerza de observarle me percaté como no era cierto, sino que se la cambiaba el miércoles y el sábado. Yo, por mi madre principalmente, me la cambiaba sólo una vez a la semana, pero estaba tan sucia, que hasta mis tías me insinuaron algo sobre ello.

Le dije a mi madre como incluso David se la cambiaba dos veces en semana, y se me cabreó. Pensaba: “De manera que quieres que trabaje, pero luego protestas porque te pongo dos batas a la semana a lavar, aparte de alguna que otra camisa”; camisas que no se lavaban sino después de usarlas dos días, aunque estos no fueran seguidos. Esta claro que entre el sudor y el cigarro, tenían que oler a rayos. Eso me emputaba mucho, mientras que Jose, le ponía casi a diario a lavar sus camisas de correos, y a él no le decía nada.

Me encantaba leer, aunque fuese cinco minutos en el coche, con lo que ya me parecía más que suficiente; también leía en mi casa, lo poco que estaba, aunque ahora, ya no me iba de copas con los compañeros después de trabajar, ni iba todos los días por casa del Lu, estaba decidido a ser escritor, aunque para ello tuviese que hacer antes algunas cosillas.

El trabajo mecánico, cada vez me desagradaba más. Cuando podía, leía los prospectos; llegué a leerme todos los de los jarabes, al menos de los que estaban fuera, alrededor del mostrador. Dulcina me decía:

-Más que leer los prospectos, lo deberíamos poner a mirar las estanterías, para sepa dónde están y qué cosas hay colocadas en cada sitio.

Yo no le hacía mucho caso, y si miraba los cajones de debajo del mostrador, no era sólo para ver dónde estaban, que de estos sí me preocupaba, que me viera el público que no sabía dónde se colocaban las cosas del mostrador, sino, principalmente, para saber la exacta utilidad y formas de empleo de los productos farmacéuticos.

Había en esa farmacia, muchos productos de cosmética, y algunos incluso, que se vendían en supermercados, pero a ellas eso no les importaba, y sabían que muchas veces, la gente por no hacer grandes colas, o en días festivos de guardia, pagan aunque sea un poco más, con tal de tener el producto.

La farmacia, no estaba estructurada inteligentemente, así, salvo algunos que seguían en cada forma farmacéutica el orden alfabético, los de las mismas formas juntos, o sea: jarabes sólo con jarabes, comprimidos con comprimidos, supositorios con supositorios..., pero después había ciertas sustancias, que ellas llamaban “de oferta”, que estaban puestas al azar, en un par de sitios. Yo, porque me conocía la farmacia de toda la vida, no me costaba encontrar el producto buscado, pero supongo que para los neófitos, debía ser bastante problemático.

Algunas estanterías tenían los cristales rotos, por lo que pudiera parecer que estaban mal económicamente, lo que no era impedimento, para que diariamente se gastaran miles de pesetas en el bingo. Iban al que

e-libro.net

estaba en la misma calle de la farmacia. Por cierto, una cosa buena tenían las chicas que trabajaban en ese bingo, y es que estaban, supongo que siguen, enormemente atractivas, encima usaban un uniforme de lo más elegante. Las primeras veces que las vi, creía que eran las mujeres de altos ejecutivos, y no se me ocurrió pensar que las ejecutivas fueran ellas; al poco se lo pregunté a David, mi asesor sobre los trabajos y personajes de la zona, y me contestó:

-Son las que trabajan en el bingo.

Al parecer a David, no les gustaba las mujeres que en las ciudades se catalogan como bellas. Buenísimas estaban esas niñas. No puedo explicar por qué, pero esas niñas parecían que nadaban en dinero. También iban los trabajadores del bingo, que supongo que serían guapos, aunque a mí me resultaban un tanto cursis tanto en su forma de vestir, como en su comportamiento; no discuto que a las mujeres les gustase, por lo que siempre me digo que no acabo de comprender sus gustos, no niego que sea porque no estoy al tanto del prototipo de hombre, es más, me da cierta cosa, cuando veo a modelos masculinos en ciertas revistas, pienso más o menos: “Demasiado guapos, yo me sentiría incómodo siendo así, quizás porque, y no lo discuto, yo no sea muy guapo”; sin embargo, cuando veo a una chica guapa, se me van los ojos. Supongo que lo mismo, aunque en el caso contrario, le sucederá a las mujeres, no conmigo sino con los hombres guapos.

Mis tías trataban a los del bingo con mucho respeto, pero no les hacían ningún tipo de descuentos, ni a ellos personalmente, ni cuando iban a comprar material para el botiquín del bingo.

Me sorprendía lo dicho, ya que mis tías hacían descuentos, y tenían una serie de favoritismos, con la mayoría de la gente de la zona. A aquel que parecía, o aparentaba tener dinero, a ese lo trataban bien, al pobre empleado, al puro trancazo. Por si fuera poco, ellas no hacían que sus empleados se sintieran a gusto en la empresa, eso les daba igual.

En fin, ¿quieren saber cuánto ganaba?, pues bien, ahí va: ciento diez mil pesetas aproximadamente; y después, se extrañaban, que me sorprendiera cuando hacía una venta superior a veinte mil pesetas, y me decían, sobre todo al principio, cuando se lo decía:

-¡Y qué...!

Claro, quizás para ellas no era dinero, sin embargo para mí, era una cuarta o quinta parte de mi sueldo, y se lo gastaban en menos de un cuarto de hora. Intenté hacer como que no me afectaba ver gastar tanto dinero en, sobre todo, productos de cosmética, aparentaba tomarlo como una cosa natural, aunque para mí y mi bolsillo resultase absolutamente algo inaudito. Sé que a ellas, eso les sentaba muy bien, aunque luego no estimulasen al obrero, ni al obrero en teoría cualificado, como era mi caso. Después se extrañaba que les robasen; ¡ojo!, no los defiendo, pero es que pagaban muy mal, y encima pedían devoción hacia la empresa. ¡Ah!, se me olvidaba, ahí, en esa mensualidad, estaban incluidas las partes proporcionales a las pagas extras. Tenía razón Juancho, al argüir:

-Trabajando no se pone rico nadie, a no ser que robe.

No es al único al que se lo he oído, incluso a ciertos ladrones se los he oído.

Hoy leyendo, me vino a la mente qué difícil ha de ser para un investigador del lenguaje, empezar a traducir a su idioma un lenguaje nuevo, pero nuevo por completo; ¿cómo empezaron a ser las primeras traducciones?, quizás eso era labor de los misioneros, y por supuesto un trabajo de muchos años. No cabe duda, que más fácil sería ir a un sitio e imponer el idioma y costumbre de uno a ellos, es más fácil, pero menos humano también, aunque ya saben: “el pez grande se come al chico”, y en eso del lenguaje no va a ser distinta la cosa. Sí, quedan pocos sitios con lenguajes autóctonos y que colonizar, supongo que ya no se intentarán imponer las nuevas lenguas a los nuestros aunque sean más amplias y ricas en significados y contenidos, ¿o sí?, pues con esto de quitar las fronteras, se forma un batiburrillo de aquí te espero. Debe ser difícil al principio; supongo que como todos los principios, aunque una vez pasado, sea regocijante y gratificador. Más o menos igual debe ser el traducir de una lengua importante a otra lengua también importante, los libros especializados en alguna materia; lo digo por los libros que tengo, aunque ¿qué libro que esté hecho por un ávido trabajador, no será específico, por muy diversos y variados que sean las fuentes de las que se nutra dicho autor?

David, medio en broma, cuando había mucha gente, exclamaba por lo bajo, si esto es posible:

-¡Esto es la guerra!

Otras veces, cuando Dulcina se ponía a gritar, el pobre hombre me comentaba:

-¡Uf!, hoy Dulcina está fatal.

e-libro.net

Me extrañaba que a mí me hablara tratándolas de tú, y sin embargo a ellas las tratara a las dos de usted. Sé que era lo más lógico, pero me chocaba. Yo, ni mucho menos, pensaba que me las tratara de usted, pero no me acostumbraba a oírselo.

Un día cualquiera, me salió David con lo que sigue:

-Porque ¿no te acuerdas, que fuiste tú quien me enseñó a hacer los ingresos en el banco, y que me enseñaste lo del cambio?

-Pues no lo recuerdo, David.

-Sí, eras muy explicativo.

"¡Coño!, ¿y eso qué es?", me pregunté, aunque sólo le respondí:

-¿Qué significa eso?

-Que lo dijiste muy bien cómo se hacía.

-¡Aah! –fue mi respuesta, aunque en el fondo me sonreí, diciéndome: "Vaya palabreja me ha soltado el David este".

Tuve intención de buscarla en el diccionario, cosa que hago ahora. Pues ya ven, sí existe, y estaba bien empleada, así que el ignorante soy yo.

Leía cuando podía, los prospectos explicativos de los medicamentos, y palabras que no entendía, palabras que apuntaba, para cuando estuviera en mi casa, buscarlas en el diccionario. Ahora leía algo más, empezaba a coger cada vez más el gusto a los libros, si es que alguna vez lo había perdido. De todas formas, seguía siendo insuficiente, sobre todo en el caso de que quisiera tener como profesión la escritura, ya vería.

Aunque les parezca un disparate, por la pérdida de tiempo, pensaba que me salía más barato ir a mi casa, que comer lo que había en el menú del día en los restaurantes de la zona. Al de al lado de la farmacia, ni siquiera se me ocurría preguntar, pues suponía, que en caso de que lo tuvieran, saldría una burrada, un mínimo de mil pesetas aproximadamente, que durante veinte días, saldría veinte mil al mes; algo abusivo.

Llevar la comida en una fiambrera, tal y como hacía David, me parecía poco de mi rango; sí, me daba vergüenza, y sabía que encima mi madre me pondría el grito en el cielo, por tener que preparar la comida desde el día de antes. Solución: ir a mi casa todos los días, a pesar de perder un tiempo precioso, que hoy, no estaría dispuesto a perder. De todas maneras, mi madre protestaría también; ahora lo hacía porque le pedía que estuviese la comida cuando yo llegaba.

Me decía: "La próxima vez que trabaje, nada de turnos partidos, no, todo corrido". Pensaba naturalmente en dar clases.

A Luis Macanti, lo conocí pues él se me dio a conocer, presentándose a sí mismo. Era profesor, y por lo que me contó una vez, estaba haciendo el doctorado sobre el cine. ¡Magnífico!, exclamé para mí, uno que sigue luchando. Según iría viendo, le gustaba más hablar y pasear, que estudiar.

Vivía en aquella calle, y era bastante amable, o al menos muy pendiente de las normas de cortesía. Por lo visto conocía a mi familia de cuando vivía con su madre en el barrio de Las Canteras, su casa estaba frente a la nuestra.

Por allí había también un extranjero, profesor de inglés, que tenía varias amigas inglesas, aunque ciertamente bastante feas. Me recordaba mucho a mi padre, en el tipo de piel, el bigote, y la cara siempre roja, por el sol. Comía en el bar que a mí me parecía abusivo (aunque no lo había confirmado, pues incluso preguntándoselo a David, no conseguí enterarme). Comía en él todos los días, y a pesar de que debía de serle monótona la comida, se sentaba en la terraza del bar, como si fuera lo que era: el eterno turista. Me causó muy buena impresión; "ejercía" de hombre de mundo, satisfecho consigo y con lo que hacía; el porte y el talante también me recordaba enormemente a mi padre. Sin embargo, hacía una cosa que daba la sensación de persona deportista y juvenil: usaba patines con frecuencia, para ir de un lado al otro. Vestía distinto cuando tenía que ir a trabajar, más serio, aunque siempre con ese "chics" de hombre mundano.

Tendría aproximadamente cuarenta años, me llevaba pocos, y ya había él estado en muchos sitios y encima tenía trabajo estable. En principio, cuando me dijo David que daba clases, supuse, que eran particulares, luego me enteré que no, que las impartía en un centro oficial, ¿o no es eso cierto?, bueno, tampoco es tan importante.

Pepe Armas, llevaba una buena carrera, casi de las más poderosas de la familia, y no digo que económicas, pues en dinero le aventajaban otros; precisamente por no ahorrar ni invertir, pensando en el futuro. Esa familia, vivía al día. Pepe, tenía ciertas cotas de poder, que en un licenciado en filosofía por La Laguna, me consta

e-libro.net

que eran para muchos de sus compañeros, impensables. Y no tenía más porque no se quería complicar la vida. Tenía el inconveniente de ser muy conocido en el pueblo en el que vivía, motivo por el que prácticamente allí no salía para nada, casi ni a comprar el periódico; mandaba a sus hijos.

Por desgracia para mí, a Mara González yo le era indiferente, no así a don Juan Laforet, con quien me puse a hablar una vez en un bar, tras previo saludo por su parte. Me habló de su hermana, Carmen Laforet, cuyo primer libro: "Nada", ganador del primer premio Nadal, lo escribió a los veinte y pocos años, fue todo un bombazo, me lo leería y así se lo comenté en otra ocasión.

-Es que ella es mucho... - me dio a entender su

hermano.

Hermano, que poco después vería que también había escrito algo tanto en prensa como en libros; uno de ellos me lo dio David para leerlo y después me lo regaló; era médico especialista en endocrinología, aunque se había especializado casi exclusivamente en el tratamiento en personas obesas.

Él, aunque me dijo que era presidente de "La Cruz Blanca", estaba medio retirado. No discuto que no tuviera dinero, pero tenía once hijos; su coche aunque más nuevo que el mío, dejaba mucho que desear, parecía que se estaba cayendo a cachos. Daba la impresión de ser muy buena persona y compraba en la farmacia Haloperidol® en gotas; podría ser para cualquiera de su familia; invariablemente era lo que compraba, yo al menos, poco más le vi comprar. Estaba algo cojo, y se ayudaba de un bastón para caminar. En el edificio anejo a la farmacia, vivía una señora que tenía trazas de ser una gran señora, siempre muy guapa y muy elegante, tal, que a veces me dije: "Esa señora es más elegante que mi madre". Debía ser la mujer de un gran personaje; ese saber estar, esa delicadeza de modales, algo con lo que se nace, o se convive durante mucho tiempo. Un día sufrió una caída, por lo que usaba bastón, que no la desmerecía, aunque, me hacía gracia pues casi no lo apoyaba en el suelo, tal y como le pasaba a mi abuela materna; era en realidad un "quita miedo". Vestía magníficamente y conservaba un cuerpo estilizado, que de joven tuvo que ser la envidia de media isla. No se había dejado engordar, sino que conservaba la figura.

Un personaje que era un choteo, era uno que vivía en ese mismo edificio; se caracterizaba su ropa por parecer un sudamericano, su hijo era retrasado, aunque una bellísima persona; él ya sesentón retirado, llevaba una argolla en la nariz, como lo "oyen", una argolla; ¿qué quería reivindicar con ello?, ni idea, y si lo lograba reivindicar, tampoco lo sé.

Su hijo iba siempre muy bien vestido; manejaba algo de dinero, casi siempre para hacer mandados de los padres; había que enseñarlo a que se supiese defender solo. Un chico genial, al que algún desalmado le dio por pegarle y robarle. "¡Malditos cabrones!"

Simpatizaba mucho con David, y poco a poco, fue hablando conmigo, bueno, más bien con los dos. Generalmente llevaba pantalones americanos oscuros, muy limpios y muy nuevos, y alguna camisa; en verano a veces vestía con camisetas.

Tengo que aclarar, que ese invierno pareció todo un verano, o una gran primavera, hasta tal punto, que mi tía, la más joven, se metió conmigo por llevar jerseis con el calor que hacía; eso no me preocupó, aunque me dejó algo molesto: "Pues hará calor y yo no me había dado cuenta, pero no es motivo para meterse conmigo". De todas formas, a ella, como bien explicitó una vez, le gustaba meterse conmigo. Me lo dijo como una broma, pero era cierto.

El padre de este muchacho, el de la argolla en la nariz, acostumbraba vestir con pantalón blanco y camisa azul, siempre con ropa que destacase, y de forma excéntrica.

Una vez, a Dulcina, unos drogadictos la pegaron y la tiraron al suelo para robarle; a partir de ese momento sintió miedo, incluso en una calle tan transitada como aquella. La acción ocurrió un día por la tarde y a la salida de la farmacia; yo no estaba delante, aunque por fortuna, por allí pasaba mi tío Manolo que la ayudó. Casualidades de la vida.

Marcos, al principio caía bien, luego pesado, siempre con lo mismo, tocando y tarareando el mismo estribillo de una canción.

Le gustaba presumir de sus amistades: que si fulanito era hijo de tal o de cual otro, que si un amigo tenía un gran conjunto musical, etcétera, etcétera.

Él, el pobre, era un simple auxiliar de farmacia, que quizás ni llegara a esa categoría.

A David, cuando le preguntaba sobre su madre, o por Carmen, siempre contestaba:

-Bienísimo...

e-libro.net

Alguna vez fue la madre a la farmacia, cuando venía a la capital por cualquier asunto, y aprovechaba para saludar a las dueñas. No es que fuera muy joven, pero la hacía de la misma edad que la mía, no era así; la suya era mucho más joven. Que Dios le de vida y salud.

Supongo que la familia se entristecería mucho cuando David tuvo problemas con su piso, pero no hay mal que por bien no venga, así se queda toda la familia junta. Su novia, supongo la conocería allí mismo; digo esto sin que él me lo confirmara, porque ella era de otro pueblo, no del norte de donde era él, sino del centro. Coincidir, creo me comentó que lo había hecho en alguna fiesta, y luego ya cada uno en su trabajo fueron intimando. Por lo que tengo entendido esto es lo normal, al menos eso me decían mis hermanas.

Seguía pensando en Celeste, a la que al volver del viaje, había ido a visitar a la farmacia, con la disculpa de ver a todos; falso, fui a verla a ella. Le pregunté por las dos cartas, y ella rubricó un:

-Yo sólo he recibido una...

-Pero, ¿y la primera?

-Vete a ver si está en correos.

-¿A cuál, dónde está el del Puerto?

-En el Parque Santa Catalina.

Me extrañó que estuviera tan lejos. Eso me lo dijo con una sonrisa en la boca: “Bien, ya me la estoy ganando...” descifraba yo.

Era cierto que seguía pensando en Celeste, pero, últimamente, me inclinaba, y se me iban más los ojos a las mujeres guapas, elegantes y vistosas. En definitiva, a aquellas que destacaban de la media.

Dos eran en esos días las mujeres que me atraían, a saber: una la del garaje, la nueva de la que David dijo que era un poco rara, y otra, la de la tienda que estaban preparando para abrir al lado de la farmacia de mis familiares. Las dos eran guapísimas; la del garaje era más alta y tenía unos ojos que daban miedo, la de la tienda de muebles, era más vistosa, e iba de ejecutiva rica sin serlo. Gastaba mucho dinero e iba siempre con ropa distinta; la primera llevaba siempre el mismo uniforme, pero en los ojos tenía la asalariada más profundidad y sentimiento.

Mi dentadura estaba totalmente negra, a pesar de que yo no la tomaba en cuenta, y estaba convencido que era irresistible. ¿Quién no? El uniforme de la digna empleada, consistía en una falda marrón que le llegaba hasta la rodilla, y una camisa color beige. Ella complementaba dicho uniforme con un vistoso cinturón dorado a base de círculos anillados, muy vistoso y muy coqueto. Cada una de la oficina, tenía un toque personal; ella era la más guapa.

Un día, ¡sorpresa de las sorpresas!, David me comentó:

-Está casada y tiene un niño.

Se me cayó el cielo encima.

Con la otra suponía que no podría salir, pues seguro que exigía mucho dinero, que yo en absoluto, no tenía. Era joven, y daba alegría su cuerpo, la otra daba serenidad; el de Celeste me daba ambas cosas, aunque no estaba seguro de que me gustara su pelo, siempre fue lo que menos me atrajo, demasiado largo, a pesar de que cuando se lo arreglaba para salir, se ponía impresionante.

La que iba de rica, también hacía de chica de los recados, unas veces llevaba un ordenador, esa vez diría que no sabía si se sentía observada y por ello incómoda, o contenta de estar a la última; en otra ocasión la vi llevar una escoba y una fregona nuevas, día que entonces se sentía pobre y humillada por tener que cargar con tan viles utensilios. En fin, así iban pasando los días.

Lo que más le gustaba era sentarse a tomar el café (o lo que fuera), en la terraza de al lado. Me imagino que no tomaba sólo café, por el tiempo que se demoraba allí, deduzco que pediría más cosas, ya que solía estar una hora o más, cada media jornada. No me cabe duda, el negocio era o de ella o de la familia, pero seguro que ella participaba de él; así y todo, no se sacrificaba mucho por él.

Una tarde, observé que se paró frente a la tienda un coche deportivo. “Fiuf, es seguro el novio de ella, que va, Antonio, quítate las ilusiones de la mente, esta gente lleva mucho nivel para ti”. Otras veces le ponía la pega: “Y sin embargo es sólo una pequeña tienda, de acuerdo que es en una zona cara, pero no es ningún gran negocio, a pesar de que supongo que los muebles que venden, costarán un ojo de la cara”. “¡Olvídalo, olvídalo!, tú no ganas casi ni para tus gastos, gastos por supuesto que se te hacen muy excesivos”. Seguían siendo muchos gastos, y con el sueldo que ganaba, no había manera de ahorrar; aparte de eso, había como una competición entre los del barrio por vestir bien, a ver quién era el más guapo, quién vestía y usaba el último modelo, y yo, claro está,

e-libro.net

no me quedaba a la zaga. Era un afán por destacar, verdaderamente increíble y absurdo. Siempre me ha pasado, y es uno de los motivos por los que no me gusta salir mucho a la calle, pues todo es competencia. Mido demasiado, según observo últimamente. En mi afán por variar de ropa llegué a llevar a la farmacia, una camisa igual que los dependientes del "Hiperdino", con el cual se había hecho una especie de separación de la calle, de allí a nuestra zona, la parte cara, de allí al parque una zona más barata. Así era, no sin cierta sutileza había ocurrido eso, todo lo habían hecho unos medianos empresarios, que poseían esa red de supermercados; de esto, de finanzas tampoco entiendo nada, así me va económicamente siempre mal; no sé administrarme el dinero. La camisa la llevé, no una, sino varias veces, hasta que un día uno del "Hiper", coincidió en que entró a la farmacia vestido como yo, se me iba a chulear, pero con una mirada enseguida le paré los pies. Es increíble, esto, en ese momento me pareció bien y acertado, y sin embargo me disgustaba cuando mis profesores me recriminaban, ya fuera con las notas o con palabras. Realmente no debo ser muy inteligente, pues no acepto la corrección de los superiores, y sin embargo reprendo a los desvalidos.

Recuerdo que muchas veces, veía una chica que trabajaba también en el mismo "super", que llevaba un coche pequeño, pero casi tan viejo como el mío; me caía bien, éramos casi colegas de "trastos"; ella, para ahorrarse el garaje, lo dejaba algo alejado del trabajo.

Al principio iba al bar Yaiza a tomarme el café de la mañana, pero allí sólo habían hombres en la barra, y mucha gente enchaquetada joven; también iban dependientas y camareros. Dejé de ir, más que nada por la chulería y el egocentrismo despótico que reinaba en aquel bar.

La camisa no la llevé más. La casualidad que de una de las veces que me la puse me sacaron una foto, y cómo no, salí muy destartalado. Fue precisamente con una cámara que llevó una de mis tías, quien tenía un carrete que quería gastar para poder verlas todas. Quizás también para tener un recuerdo, pues ya se estaba fraguando lo terrible.

Ya no iba a "Somar", en principio porque era más barato y más cercano a donde trabajaba el "Hiper", y otros motivos eran, que la dependienta esquizofrénica, sabía que yo había estado enfermo de la psique y eso me avergonzaba grandemente. Ella solía a veces recaer, de tal forma, que a menudo pedía a los hijos del dueño, que le revisaran las sumas que hacía con las cuentas de los clientes; ellos, lo hacían con la calculadora, aparato que la pobre chica, parecía no entender. Me daba lástima la inseguridad de ella por una cosa tan simple de manejar. Allí compraba cigarros por cartones, de cuatro a cinco mensuales, de los dos tipos de cigarro: canarios y americanos, como comprenderán, la diferencia de precios era evidente. La "compañera de enfermedad", me caía bien, y un poco me daba pena. Otro motivo por el que dejé de ir, se debía al macarrónico despotismo de los hijos del dueño, quien, ya mayor, sólo gastaba, y en el bar más barato, un descafeinado con sacarina. Ahorraba mucho, seguro que pensaba en el futuro. Aquel negocio, para ser tan poco competitivo y moderno, los tenía enriquecido. Fue de los primeros que hubo en el barrio. Quizás fuera como el padre de Tomás, quien a base de ahorro y trabajo, llegó a pagarle los estudios a sus hijos. Y después los había ayudado económicamente en los comienzos de sus trabajos. El dueño, no me caía mal, sin embargo los hijos eran tremendamente desagradables.

En la farmacia de C..., trabajaba Lorena, una colega gallega que ha durado muchos años. Quizás fuera lo más acertado lo de mi despido, seguro que sí, a pesar de que mis ínfulas disminuyeron notablemente, respecto a tener una botica piensen que por lo pronto tenía la opción de Agaete, en el valle, y cuando ahorrase, comprarle la de mis tías, como les confesé en su momento.

El ambiente del trabajo era malo, ya digo que no había camaradería, ni interés por levantar el negocio. Muy probablemente, porque no hubieran incentivos, y no les quepa duda: todos somos un poco mercenarios. Al menos yo lo soy. Sólo con mi decisión de no beber, no sabía por cuanto tiempo, pero sí que estaba reduciendo grandemente el consumo de alcohol, diría que drásticamente, había conseguido un gran logro, parecía que por fin empezaba a retirarme de los vicios. Quién influiría, me puse a pensar en Domingo, o en Juancho, pero no, era uno mucho mayor, ya saben quién. Sí, Él. No podía ser otro, pues si no, no me explico quién. Ya dije que acostumbraba comprar las cosas de aseo, como eran la espuma de afeitar y el "after shave" en el "hiper"; me enorgullecía verme salir con desodorantes y demás, "yo soy rico", me engañaba; aunque me daba vergüenza comprar ahora los cigarros rubios más baratos, o casi más baratos del mercado. Iba por las "cajas rápidas", pues nunca compraba exceso de cosas. No me chocaba ver comprando comida, y yo no, pero es que tenía a mi "mami" que me alimentaba, y a la que no daba absolutamente nada de dinero. Ella, siempre comprando para los leños y parásitos de sus hijos.

e-libro.net

Piluca se había ido muy cerquita a vivir con Chiew. Me gustaba mucho su casa. Empezaron a vivir juntos cuando estaba yo en Valencia.

Un día, compré como siempre la espuma de afeitar (ahora ya era espuma en aerosol, todo un lujazo) más barata. Acto seguido me fui a tomarme el cortado de la tarde, pues cuando hacía mis compras e iba a ver escaparates con libros era después de comer; me lo tomé en el bar donde solía ir Macanti. No lo vi. Luego fui a la farmacia, y allí me di cuenta, que se había salido el contenido del aerosol por una fisura en la unión alargada del envase. Marcos me aconsejó que fuera a cambiarlo; yo, por no dar la vuelta, y porque eso haría disminuir mi prestigio (¡) de rico trabajador, opté por no ir y joderme, sin espuma y sin dinero. "Esto son algunos problemas que tienen los ricos, para aprovechar el tiempo y no caer en esas bajezas". Pues estaba bueno para dármelas. Cierto que algunos dirán, "para uno solo es mucho dinero", pero si se lee algo de los mundos donde realmente se mueve el dinero, no cabe duda de que se reirán de mí.

No recuerdo cómo empezó la cosa, pero sí es cierto que Camacho comenzó a ir todos los viernes por mi casa a cenar. Un día, cuando ya tenía una cierta costumbre de pasar en mi casa los viernes a partir de las nueve, fue a la farmacia a buscar con una receta legal, aunque escrita por una doctora sustituta, un ansiolítico, no recuerdo cuál; iba con un perro que tenía pinta de agresivo, bueno, no sólo era pinta, sino que lo era. Como siempre según me tenían obligado, le pregunté a una de mis tías si podía venderlo, y que me lo diera, pero ella me contestó:

-No, ese es un drogadicto, y no se lo despacho.

Como comprenderán, me quedé de una pieza, no sabía cómo decirle a Camacho que no. Estaba fuera de la farmacia con el perro, esperando a que le despachara. Cuando le dije:

-Mis tías dicen que no te lo puedo despachar.

-¡Mira, si piensan que soy un drogadicto, etc., etc!

Se cabreó de mala manera y con razón. No sabía qué hacer, ni dónde meterme, me autoconsolaba con un: "¡Tierra trágame!" Pero no me tragaba.

Comprenderán que desde que pude, llamé a Manolín (como lo llamaba su familia), y le expliqué lo sucedido. A su vez él me contó:

-Sí, mi padre me dijo que quizás así hasta fuera mejor.

Por qué, no me lo terminó de contar. Le pedí todas las disculpas posibles, e incluso le invité a si quería ir por mi casa, otra vez ese viernes. Aceptó.

Me gustaba su visita, aunque le tenía algo de miedo, parecía un bruto, o al menos a mí me daba esa sensación, a pesar de que todo el mundo me decía que era un "cacho de pan"; yo no lo garantizaría, es más pensaba que era todo lo contrario.

Siempre ha sido sumamente gordo.

Lo pasábamos bien cenando los dos, pizzas en mi casa o comiendo comida china. Esa era ahora mi diversión. Acostumbrábamos a hablar de religión, era nuestro principal tema; por supuesto, también hablábamos de mujeres. Ninguno de los dos teníamos novia, pero parecía que a él se le iban menos los ojos que a mí. Un tema, del que también siempre hablábamos, y que a mí no me gustaba tanto tratar, era sobre nuestra común enfermedad.

Cuanto menos hablara sobre ella, mejor me sentía, aunque eso no quitaba para que rezara continuamente para que Dios me sanara; sin embargo, también me ponía en manos de médicos, en los que no confiaba, en absoluto. Si fuera alguno un genio, seguro que iría más tranquilo, pero no siéndolo, lo único que pretendía de ellos era que me quitaran la medicación; éste era en definitiva mí único objetivo con el mierda de médico (y perdón por los buenos médicos, pero ya ven que también critico mucho a mis colegas. No me meto con el estamento en general, sino con los que he pagado por sus malos servicios) que tenía, y al que en el fondo no quería cambiarlo, pues pensaba que lo tenía en el bote, como imagino que él pensara de mí.

Tomaba menos medicación que Camacho, y eso me hacía sentirme bien, a pesar de que mi objetivo era no medicarme nada en absoluto, al menos en lo que a antisicóticos se refería. Sabía que para otras enfermedades, sí tendría que hacerlo.

El mismo día que Manolo fue por la farmacia me dije: "también es mala suerte, que traiga la letra de una sustituta, que aunque es legal, quizás mi tía no la conozca, pues ha estado un par de días en la península de vacaciones". Por supuesto, ella podía faltar cuando pudiese, yo no, pero esto es harina de otro costal.

Una vez, fui con su permiso al otorrino del seguro, porque escupía sangre por la boca. Mí sorpresa fue grande al ver que la que me atendía parecía una drogadicta; seguramente lo era.

e-libro.net

Sus métodos para llegar al diagnóstico, me dejaron alucinado, consistía en los espejitos que ellos usan, redondos y pequeños unidos al extremo de un mango (discúlpenme, pero no sé su nombre). Lo esterilizaba con un mechero de los usuales en los fumadores; después me lo metía en la garganta, y claro, me la quemaba toda. Según decía ella, yo estaba muy nervioso, y no me dejaba observar. ¿No iba a estarlo, cuando le vi perfectamente las intenciones de que me estaba buscando un cáncer?; tal y como le pregunté:

-¿Me está buscando un cáncer?

-Yo no veo nada.

Y vuelta a quemarme con el espejito. Al final me puso un anestésico en aerosol, y así me podía hurgar más a sus anchas, a costa de destrozarme todo.

Empezaba a pensar si lo que mi padre alegaba sobre los médicos sería cierto, que eran unos matasanos. Lo que pensaban de nosotros, ya lo sabía, que éramos unos tenderos con bata blanca.

Total, que salí del "Edificio de especialidades" totalmente estresado, y diciéndome: "¡Dios mío, tengo un cáncer!, ¿será verdad que lo tengo?" Cuando llegué a mi casa, se lo comenté a mi madre, quien enseguida me dijo si quería ir a un médico particular. Lo único que me había dicho esa doctora, era:

-Cuando te vuelva a salir sangre, vienes por aquí.

Pero no me había mandado nada, afortunadamente, pues de seguro que no me lo tomaría sin haberlo consultado bien.

Al final opté por ir a uno mejor, o al menos eso esperaba, por la tarde fui a trabajar, y le dije a mis tías no todo lo ocurrido, sino que me habían estado buscando un cáncer, y que por ello pensaba ir a un médico particular. Ellas me miraron, y no sabría si decir que asombradas o qué, pero supongo que algo les afectó.

Les pregunté si conocían algún buen médico, me nombraron unos cuantos. También me asesoré con mi hermana Maru. El día que fui al del seguro, salí del trabajo con sólo diez minutos de tiempo para llegar a la consulta, para que no dijeran que me gustaba hacer argollas; llegué muy justito de tiempo. La otorrino a la que fui no me dijo nada de lo sucia que tenía la boca.

Al final, fui a don José Cuyás, un médico joven, según me indicó Maru, pero que era muy bueno.

Al despacho fuimos mi madre y yo, tras previamente decirles a mis tías que llegaría un poco tarde. Ellas no protestaron, a pesar de que esa tarde no iría la boticaria a trabajar, y no recuerdo la causa, pero así fue, quizás porque se encontrara enferma.

Mientras esperaba en el mismo pasillo en el que tenía el despacho Serafín, pues allí también el otorrino tenía su consulta, lo que supe ya que durante la espera, salí a fumarme a dicho pasillo un cigarro, y vi la placa con un montón de nombres que formaban el bufete, en el que todos los abogados, o casi todos eran familiares, sobrinos de él.

La sala de espera, dejaba mucho que desear; según parece, no le iban muy bien las cosas al médico. Observé a su clientela: un matrimonio con su hijo, y aparte un señor mayor. El matrimonio, sospeché que no tenía muchos medios, seguro que les suponía un gran esfuerzo el pagarse un especialista. Ya los había atendido el doctor, y estaban esperando para entregar los resultados de un análisis clínico. Supuse que entrarían todos antes que yo.

No fue así, fui el primero en hacerlo. Quizás porque los otros ahora no pagaban, o pagaban con seguros especiales. Aparte de eso, me causó buena impresión el especialista; nos hizo pasar y sentarnos en donde estaba la mesa de la secretaria, la que estaba muy desordenada y abarrotada.

Después hizo pasar al señor mayor y lo metió en lo que parecía una cámara blindada, que se usaba para medir el grado de sordera. Mientras el aparato actuaba, nos atendió a nosotros. Se disculpó por no tener secretaria.

Empezó por pedirme mis datos, desde ese momento supe que no sabía cómo se escribía mi nombre; fue una rara impresión, pero lo supe. Me preguntó cuál era el motivo de la visita, mientras apuntaba los datos en un ordenador portátil. La mesa del despacho era vieja pero muy buena. ¿Por qué habían cosas viejas?, pues es fácil de dilucidar, su padre también era especialista de lo mismo y se llamaba de igual forma. El médico era delgado y tenía pinta de cuidarse bastante.

Se le veía extremadamente nervioso, y poco dueño de sí, tenía dos teléfonos y un móvil, que cuando uno no sonaba, sonaba el otro. Me pareció excesivo. En lo que empezó mi historial médico, lo llamaron casi tres veces. Parecía a punto de reventar, y todos querían hora lo más pronto posible.

e-libro.net

Después de decirle que sangraba por la boca y que había ido al seguro donde me habían buscado un cáncer, me invitó a pasar a la sala de al lado. Allí entré sin mi madre. Me llevé una gran sorpresa, al ver todo un sofisticado equipo que después vería que era un vídeo con una cámara microscópica con la que me observó la garganta.

Cada vez que introducía la cámara en la boca, la limpiaba con una gasa, que intuí estaría esterilizada y que contendría algún desinfectante. El médico rondaría sobre los cuarenta, pero se mantenía joven. Si lo que quieren saber es si era un genio, pues no, pero supongo, que algo sí sabía lo que hacía. Tenía fama de buen médico. Su fama era en la capital, y aseguraría que ni de coña lo fuera también en la península. No, seguro que no.

También me miró el interior de las fosas nasales, y me comentó que tenía el tabique muy desviado. Sobre eso no se extendió más. Me pasó para que visionara el vídeo de mi cavidad bucal, y en sobreimpresión estaban mis siglas, hasta donde empezaba a ser conflictivo el nombre, lo que me confirmó, que no sabía cómo se escribía. Tenía también algo de sangre en la nariz.

En la película, ampliada, vi unos bultitos, más apropiado sería escribir: unas pápulas; sobre ellas le pregunté que qué eran.

-Nada, no tiene importancia.

Seguramente no sabía su nombre, pues no creo que perdiera ocasión para exhibir su ciencia, más práctica que teórica.

Me gustó ver tantos adelantos, y al decirme que no tenía cáncer, me tranquilizó. No se extendió sobre el origen de mi sangre, y yo, con la emoción y casi certeza de saber que no me iba a morir en breve, se me olvidó preguntarle sobre ello. Seguro que lo dejaría para otra consulta.

Iba con pantalón de pinzas, camisa y una bata blanca por encima, sin abotonar. Mientras me escribía lo que tenía que comprar, me comentó:

-Lo que sí te haría falta es una limpieza de dientes.

"Qué raro, y yo pensaba que los tenía limpios, que mientras no se me picasen, tan bien que iba todo, y que hasta ese momento los tenía en buen estado".

Me mandó Rinobanedif®, para el asunto de la nariz, y quizá por mandarme algo, pues no fui para eso ni mucho menos.

Mi madre se alegró, al ver que salía contento y satisfecho de la consulta. Me despedí de ella, tras yo pagar las diez mil pesetas del trabajo del Dr. En fin, estaban bien invertidas.

Me fui a trabajar. Me dio tiempo de tomarme un cortado antes de entrar. Llegué acelerado, y según parece con mala cara. Por lo que Dulcina replicó:

-Vaya, llega tarde y encima viene enfadado.

Me quité el jersey y me puse la bata. Le conté lo que me había pasado; quizás ella ya no se acordase que era probable que tuviera un cáncer, cegándose tan sólo en que había llegado unos quince minutos tarde. Le dije también lo que me recetó, y se lo di para que me hiciera el descuento, muy pequeño, menos de un diez por ciento. El negocio es el negocio.

Ese día, estuve todo el tiempo como flotando, por el hecho de saberme sano, dentro de lo que cabía.

Deseaba que acabara el día, y cuando ocurrió, respiré, me fui de allí corriendo.

Los viernes, como he dicho, iba Camacho por mi casa, y comíamos a veces un menú para dos, y otros, cada uno pedía una terrina de comida y eso era lo que gastábamos; había que ahorrar, aunque él pusiera la excusa de que estaba haciendo régimen. Realmente estaba gordo; era curioso que casi todos mis amigos pesaran más de cien Kg.

Él, ya lo saben, era evangelista y me enseñó ciertas cosas de religión, como la relectura del Salmo 23, el de "El Buen Pastor". Yo no le había casi hecho caso, pero a partir de ahí, tomaría gran interés por éste.

Fumábamos y tomábamos café cosa mala; yo, que me estaba aficionando al café, con él me pasaba, hasta tal punto, que después me costaba algo dormir, pero total, "qué más da, si mañana sólo trabajo media jornada".

Los sábados había muy poca gente, y eso me hacía desear el fin de la media jornada con gran ansia.

Iban casi siempre personas fijas paseando ese día por la calle, entre ellos uno medio rarillo, que ciertamente vestía muy mal. Era un funcionario de base, que no creo que sirviese para muchas cosas. Ese es el problema de los funcionarios, que como uno se deje ir, se le atrofia la mente. No digo que en la empresa privada no pase lo mismo, pero da la sensación de que uno debe estar más atento, y eso es bueno. ¡Ojo! No digo que no esté a favor del funcionariado, que sí lo estoy. A mí, constantemente, me gustaría ser uno de ellos.

e-libro.net

Algunos sábados llegaba más temprano, me tomaba el café ahora ya no en el Yaiza, sino en otro justo en el extremo opuesto del pasadizo. Allí, el camarero era mi amigo, y ese día charlábamos bastante. A éste, realmente de lo que le gustaba trabajar era de carnicero, que era lo que hasta el momento había hecho. No es que no le gustase ese trabajo, que aparte de eso estaba bien pagado, sino que le echaba demasiadas horas. El bar estaba especializado en bocadillos y derivados. Todos tenían una pinta increíble, aunque nunca comí ninguno, los supuse muy caros.

Después de tomarme el cortado, iba por Triana a una librería buscando una serie de libros que no había conseguido antes, como las "Obras completas de Frank G. Slaughter"; por esta colección estuve yendo unos cuantos días, e incluso, había hecho un depósito de dinero. Fui aproximadamente cinco sábados, y la casualidad es que también veía a Ramón, el hermano de Carlitos. Iba casi siempre igual aunque bien vestido. Llevaba gafas de sol, no para defenderse de él, sino para disimular la resaca, pues según me comentaba siempre:

-Ayer fui a...

Cada viernes había ido a un sitio distinto. Yo le contaba que estaba retirado de esa vida y él:

-No, yo no...

Lo invitaba a un cortado, y nunca le vi que tuviera el detalle de invitarme él a mí a alguno. Ramón no mantenía ninguna casa, lo alimentaban los padres y seguramente, ya no sólo cobrase más que yo, sino que en su casa se manejaba más dinero que en la mía, pues su padre todavía vivía, muy enfermo, pero aún cobraba su retiro de banquero.

Me disgustaba tener que invitarle, pero siempre lo veía cuando iba a mirar libros, y me sentía algo obligado.

Ramón siempre vestía con vaqueros nuevos y unas camisas que siempre eran las mismas, dos o tres, fuera donde fuera. No cabía duda que su calidad era buena, pero es que no cambiaba nunca más que los modelos que ya he dicho.

Recuerdo, cómo una vez yo ya retirado de ese mundo, fui con el Lu a beber con Charlie y Ramón por su casa, como siempre, nos pegaron la "montada"; el Lu se extrañó, yo no me inmuté. Unas cuantas veces, pocas, había salido Carlitos con el Lu y Control, al final terminaron cabreadísimos con el primero. Los intentó engañar tal y como pensaba que a mí me engañaba, no que yo me dejaba, pues pensaba que el mundo laboral era así de cabrón, y no lo es, ni mucho menos, el que sí lo es, es el de el alcohol y las drogas.

Una vez, compré "El conde de Montecristo" de Dumas padre. Era en versión infantil, a pesar de que se lo pregunté al librero:

-No, no, es la misma versión que para adultos.

Me lo leí y me encantó, pero no cabía duda que estaba escrito en un lenguaje más sencillo, aunque en esencia fuera lo mismo. Me fascinó el libro. Un autor que leí hace poco, decía que no sabía el por qué del odio del escritor a sus detractores, si fueron los que le dieron la posibilidad de enriquecerse y llegar arriba. No sé qué decir, más famoso es Dumas que quien hizo esta crítica.

Uno que ya avanzado mi contrato de trabajo, pasaba los sábados por delante de la farmacia, era un licenciado en medicina, que iba siempre paseando con un amigo. Pensaba al verlo: "No quiero terminar mis días como él, desdentado y paseando sin tener nada que hacer", y vayan a saber si no hablaban siempre de lo mismo; asimismo intuyo que tal vez fueran demasiado manejables e influenciables.

Con Camacho, lo pasaba bien, aunque alguna vez no quiso pedir nada para comer, con el motivo de que no tenía hambre, lo que no quitaba para que se tomara alguna lata de las que mi madre compraba para la familia.

Mi hermano ya les he comentado, tenía una novia que estaba como quería; es como si desde que tuvo una fea, le fuese suficiente a partir de ahí, para buscárselas todas guapas.

A mí esa chica me atraía y aunque la intentaba mirar con indiferencia, no podía. Su nombre: Soraya, Sora. Se mantenía en plena forma, y estaba estudiando para secretaria. Ya no sólo le quedaba bien el uniforme, sino cualquier ropa que se pusiera, que por otro lado, solía variar mucho. Me preguntaba: "¿De dónde sacará el dinero esta muchacha para tanta ropa?" Lo descubriría años después. Tenía un tipo espléndido, y siempre iba con ropa que le marcaba el cuerpo.

Tenía un jeep rojo, que con el tiempo quiso vender y yo comprar. No se hizo esa transacción.

Vivía en la ciudad en una zona no muy aconsejable, pero su decidido carácter la hacía una mujer de bandera. Se llevaba bien con José Juan, o eso me parecía. Solían verse casi todos los días. Yo encontraba a mi

e-libro.net

hermano no muy equilibrado; a veces se iban ellos con sus amigos o solos de juerga; otras veces salía mi hermano solo con sus amigos, y ella parecía que lo soportaba.

Un día los vi salir a la playa, y vi como ella usaba una braguita del biquini mínima, me dejó asombrado y le hice un gesto a mí madre de tal manera, que ella se enfadó conmigo. Estaba potente, pero no era mía, era de mi hermano. Cuando terminó sus estudios, quiso montar una academia. Su uniforme constaba de falda y chaqueta rojos, camisa blanca y pañuelo anudado al cuello a juego. Estaba muy guapa con él.

Cuando me enteré de lo de la academia, me puse a hablar con ella como una hora por primera vez. Lo hice en el "comedor de diario" en mi casa. Vi perfectamente, como no estaba en absoluto preparada ni informada lo suficiente para llevar ese negocio. Se lo dejé entrever, pero no hizo caso. Se puso en manos de Clara Eugenia, una prima mía abogada y ella le solucionó el papeleo. Supongo que se llenaría de deudas hasta el cogote. Había alquilado un local en un centro comercial del sur, le habían dado publicidad, contratando a profesores y acondicionado el sitio acorde a lo que pretendía ser. Incluso se compraron el indispensable móvil y se hicieron muchas tarjetas de presentación, (yo mías no tengo ninguna, a pesar de que la mayoría de mis amigos las usan), o sea, se equiparon como unos auténticos ejecutivos. Durante sus estudios, Soraya según parece lo había querido dejar. Jose le aconsejó que siguiera, que ya que había gastado tanto, que siguiera. Ya ellos hablaban de millones. Yo hoy pienso en miles de millones, pero no míos, sino en los que ganan los más destacados escritores norteamericanos, pienso que eso en España es difícil, pero de ser posible es entre los grandes. Soraya, de entrada, ya pretendía con "su carrera" volverse millonaria. Cosa que yo había visto sólo en pocos de mis compañeros de estudios, quizás los más afortunados, y a los que sus padres les habían ayudado.

Tal y como le había dicho a Ramón ya no esnifaba, y casi no bebía. Muy poco en todo caso de lo último, aunque cuando lo hacía, era con bebidas de alta graduación; era una pena, no tomaba cerveza ni vino, sino bebidas fortísimas, que son justo las que enajenan. De todas formas, esto ya no era tampoco lo más común.

El Lu y yo, nos habíamos enfadado; el motivo no lo sabía, aunque poco a poco fue creciendo la hostilidad entre nosotros. Yo no se lo había comentado a nadie, él sí; como mínimo a Control, quien cuando estábamos todos reunidos en mi casa, lo dijo de forma imprudente. Mi respuesta fue un simple:

-Sí, tenemos que hablar...

Con el tiempo lo olvidamos todo. Aunque una de las veces, mi indignación fue sublime, pues fui a su casa con Alberto, el eterno estudiante de música, a buscarle para ir a comer algo; él no quiso ir, y encima se puso a fumar y adoptar la pose que yo ponía cuando iba a su casa. A lo mejor para reírse de mí, o tal vez porque creyera que era una buena posición. De todas maneras en él, me resultaba absurda e indignante, quizás porque pensase lo que ya les acabo de contar: "¿Me imita, o se ríe de mí?".

Algún sábado, quedamos Control, Camacho y yo y salíamos a cenar. Fuimos a un par de sitios distintos, las dos o tres ocasiones en que salimos, pero recuerdo una en especial: Manolo nos llevó en su coche, era cerca de Telde. Yo ya había ido por allí, me gustó sobre todo el que estuviera casi vacío. Era una parrilla, un grill. Fue todo tranquilo, tal y como hiciera en otras ocasiones Camacho, pagó con tarjeta. La causa, según nos contó era para tener él cambio. No le presté mayor atención. Bebí cervezas sin alcohol y ellos vino. La comida estuvo exquisita. Años después, de boca del propio Manolo, me diría que pagaba con tarjeta para dárselas de rico. Esto me resultó sorprendente, estúpido y absurdo, pues yo usaba desde hacía siglos las tarjetas de plástico, y no las encontraba nada novedoso, y menos aún que fuera símbolo de riqueza.

Manolo solía hacer grandes viajes con su madre y su sobrino, a cuya madre (la hermana de Camacho), la habían matado al dejar negligentemente un bisturí en el interior de su cuerpo tras una sencilla operación. Su madre aún no se había recuperado. Su padre se consolaba con su amante. Esa familia había hecho algo de dinero comerciando con oro y de ahí se habían diversificado a otros negocios. El Lu admiraba al padre de Camacho, quien se llamaba igual que su hijo, Manolo Camacho.

A mí no me parecía tanto. Alguna vez fuimos al sur al bungalow del padre. Nos bañamos en la piscina, y vimos al perro con sus crías, de las que el Lu quiso llevarse una y que al final terminó regalando, pues se comía todos sus muebles. Nos invitó a comer algo, y aproveché para degustar unos sabrosos quesos que allí habían. Todo era posesión de su padre. Me indicó dónde dormía él cuando se quedaba allí. Cuando ya nos íbamos llegó el padre, que tenía pinta de gitano. Pelo largo negro, moreno de piel y con una ropa por la que bien podría confundírsele con un chorizo.

Tenía una gran complexión corporal, era musculoso por todo el ejercicio que hacía. Camacho había dicho de ver el fútbol, pero ni al Lu ni a mí nos interesaba. Ellos se entretuvieron mucho con los cachorros de perros de

e-libro.net

presa, marrones y negros. Se enfadaba el padre cuando le cogían alguna de sus crías. Si de normal parecía un asesino, cuando se enfadaba, no les digo nada.

Manolín vivía bien, aunque no ganaba para sí mucho. Tenía una joyería junto con el marido de su hermana fallecida, en el sur; ahora era de ellos dos, y algo ganaban, sobre todo, según me contó, en Navidades. Alguna que otra vez, me dijo cabreado, como práticamente el negocio, no daba ganancias. Manolo estaba muy trabado con su enfermedad; él era partidario de aumentar las dosis de neurolépticos, cosa que hacía sin consentimiento del médico. Yo todo lo contrario, la quería rebajar, aunque siempre siguiendo el criterio de mi poco fiable especialista.

El sur estaba y está sobreexplotado; cada vez se construye más y más. Aquello es todo menos un lugar de descanso; realmente es un sitio al que se va a emborracharse, follar y gastar dinero, y claro, ahí están los que saben explotar al incauto turista, que viene con más dinero del que acostumbra a manejar, a pesar de que muchas cosas ya las traen pagadas de su país, prácticamente todo salvo las copas y sus posibles compras. Eso sí, se ve cada monumento de tía, que da miedo.

Dejemos el sur y el turismo y volvamos a la capital. D. Juan Laforet me caía muy simpático. El libro que me dejó David escrito por aquel, me lo leí en muy poco tiempo, era una mezcla de creencias religiosas y filosofía, pero a pesar de que parecía por la profusión de citas, que estaba muy documentado, realmente, no era así. El libro es diminuto y editado por la iglesia católica. Allí me enteré cómo aparte, se dedicaba a escribir en periódicos, en fin, un todo terreno. Eso me gustaba.

Lo mejor del libro: el final, donde dice: “Regálalo, tíralo, haz algo con él, pero no lo guardes en tu estantería”. Algo así decía, y yo hice precisamente lo contrario de lo que pedía. Todavía lo conservo.

El presidente del colegio de abogados, D. Salvador T., estaba preocupado por la tensión, creo que se creía hipertenso, lo cual (las dos cosa, la preocupación y la HTA) crean taquicardia, y hace de uno que esté nervioso. A parte de esto, llevaba Ginsen Koreano. Recordaba algo sobre esa raíz, por haberlo estudiado, de todas maneras le pregunté a Dulcina una cosa sobre éste, que no me supo decir. Para mi alegría, al rato, me llevó un librito casi del mismo tamaño que el del Sr. Laforet, aunque más flaco, que trataba de esta raíz, me lo leí lo más rápido y atento que pude, piensen que yo, como más nuevo era el primero en despachar, y lo hacía a buen ritmo, y si me quedaba poco para terminar de despachar, y venía otro cliente, decía:

-Deja, David, yo lo atiendo.

Prefería eso a tener que colocar pedidos, aunque alguna vez, pocas, lo hice. Mis tías nunca lo colocaban.

Dulcina era la encargada de revisarlo, y mandarlo a pedir a los almacenes. No lo hacía por ordenador, sino por el viejo sistema de ir metiendo en un aparato (MIR) los códigos nacionales de cada medicamento, que a su vez estaban escritos en unas etiquetas de cartón que tanto les gustaba, que las mandaban a pedir a Barcelona. La empresa que se las suministraba cerró, y se quedaron con muy pocas etiquetas nuevas.

Las etiquetas eran unos cartoncillos rectangulares pequeños, donde se escribía el código del medicamento, y el nombre comercial con todas sus características, o sea la concentración de cada forma farmacéutica, y la cantidad que trajera la caja.

Me leí el libro lo más pronto que pude, y me sirvió para refrescarme y aprender cosas sobre esa raíz oriental. Los americanos la estaban también produciendo, aunque su calidad era inferior. La mejor de todas era la de Corea. Como se comprenderá tanta precisión en las investigaciones, repercutía en el precio. Era cara, muy cara. Yo no me la podía permitir.

Para mí, me compraba el Pharmatón® Complex, uno de los mejores complejos vitamínicos en mi opinión. El Ginseng era americano, pero luego tenía todas las vitaminas hidrosolubles y algunas liposolubles. La relación calidad precio, era la que mejor se ajustaba a mi precaria economía.

Hoy día es raro que alguna farmacia use el viejo sistema de mandar el pedido por teléfono a través del M.I.R. como lo hacían siempre mis tías. Casi todos lo hacen por ordenador, vía módem. Quizás ellas, mis tías, pensarán que estaban modernizadas por usar esos mecanismos, pues no lo hacían como antes por medio de “vales” en los que se escribía cada medicamento con sus características y sus códigos, tal forma se hacía en la época en que trabajé para mi padre, quien, en el colmo del tecnicismo, tenía una caja registradora como la de los supermercados, aunque claro está sin el escáner.

Tenía la certeza de que mi farmacia me la concederían en breve, por lo que le pregunté a Mila:

-¿Cuándo tenga la farmacia y me surja alguna duda las puedo llamar, para ver si ustedes me la saben resolver?

e-libro.net

-Sí.

-¿Por qué teléfono las llamo, por el de la farmacia o al privado? -me refería al privado de la farmacia.

-Al privado, porque así es más rápido todo.

Asentí con un movimiento de cabeza, mientras musitaba para mí: “Bien, aún soy de la familia y me dan un margen de confianza”.

La alegría y camaradería del principio, duró poco; lentamente me fui fundiendo en el ambiente, y mi posición cada vez se iba rebajando más y más, e iba formando parte del estatus de empleado, eso sí, con ciertos privilegios pero muy nimios. El más importante, que no tenía que limpiar (aunque eso no incluía la cafetera, las tazas y el vaso), ni colocar pedido.

Me daba vergüenza que cuando un cliente pedía agua para lo que fuese, generalmente para tomarse un medicamento, se le daba siempre el mismo vaso, uno de propaganda de una marca de güisqui (encima, casi el más corriente). Después, se enjuagaba, no se enjabonaba, y se ponía en su sitio, en una estantería al lado de las reactivos químicos. No sólo había una irreverente e ilógica falta de higiene, sino una negligencia, pues del uso y manejo de los productos químicos, se podría contaminar el vaso. Para colmo, este recipiente hacía propaganda de lo que se sabe que es una droga dura. En fin, espero no llegar a esos extremos de dejadez y desidia. Me volverán a decir y quizás con razón, que no hago más que criticar. Es cierto, pero es que en principio todo me lo voy callando, observo, miro y callo. Lógicamente por alguna parte tengo que explotar, y cuál es mi válvula de escape, ésta, la escritura.

A Nati ya les conté que me daba apuro nombrarla, quería tutearla pero nadie me animaba a ello, todo lo contrario, parecía que se esperara que yo siempre estuviese callado.

Dicen los altos ejecutivos, que cada vez más priman los bien educados, formados, en definitiva los buenos profesionales más que el capital, este último es importante, pero no tanto como hasta ahora ha sido. Intento ser un profesional formado, pero tengo poco que hacer frente a los jefes que he tenido, que ciertamente no están mucho más formados que el menda.

De mi padre, no me explico por qué no me permitía ni lo más mínimo. Bueno, esto no es cierto, recuerden que con simplemente estar aprobado me firmaba las notas. Sí, me arrepiento de haberle fallado y ser tan antisocial durante mi adolescencia, donde el uso de drogas y el abuso del alcohol, tanto me marcó. En esos años no estaba prohibida la venta de alcohol a menores, y nosotros, que lo veíamos tan normal y frecuente en nuestras casas, pues lo consumíamos. Si hubiese aprovechado ese tiempo para estudiar o leer cualquier cosa, puede que no me hubiera ido tan mal en la vida.

En la farmacia, había gente que me caía fatal, se las daban de ricos y eran unos muertos de hambre. Recuerdo el caso de un matrimonio joven, tal que ella se creía muy vistosa, y desde luego no lo era. Vestía con trajes que juraría se los hacía ella, para que le salieran más baratos. Yo también les caía mal, sobre todo a ella; él, su marido, me parecía un simplón con un bigotillo absurdo. Debía de trabajar en el banco, pues hacían uso del talonario de cheques que era una bestialidad. Ella, que era la que con más frecuencia iba a hacer las compras, no pagaba nada que no fuese con cheques; llegó una vez a pagar una caja de Aspirina® con un cheque. Casi sale más caro el papel y el trabajo de rellenarlo y cobrarlo que el importe de la compra.

Hablando de aspirinas, es un fármaco prodigioso, es buenísimo para el corazón y el aparato circulatorio. Es fenómeno, o al menos eso se cree, para evitar los infartos de miocardio por sus efectos vasodilatador y antiagregante plaquetario y creo que también produce bradicardia, pero puede ser mortal en niños que padezcan la enfermedad de Reye, y para el derrame cerebro-vascular; el primer caso, lo he leído un par de veces, pero no he podido averiguar en qué consiste la enfermedad; el segundo, tengo noticias frescas, al ser vasodilatador y antiagregante, caso de producirse un derrame cerebral, si se toma ácido acetil salicílico, puede ser mortal.

La de los cheques, iba casi siempre vestida con el mismo tipo de traje, variando sólo el color. Será porque no sabía coser mas que eso. Yo presumía de ropa, y por extensión de dinero; no tenía ni de lo uno, ni de lo otro. Ni tengo.

Una vez, una mujer que me resultó conocidísima, pensé que era familiar de Maribel: la farmacéutica que trabajaba para Doña Cristina (vean que digo para, y no con), me resultó tan evidente el parecido, que se lo pregunté. Ella me respondió seca y bruscamente:

-¡No, no la conozco!

Y no aumentó nada más. Era delgada, tenía el pelo corto y físicamente no me atraía, no ocurría igual con otras mujeres maduritas que iban por allí. De entre las cuarentonas magníficas hay que destacar dos. Una,

e-libro.net

trabajaba por allí cerca, y a la que yo le debía resultar un ser insignificante, y me lo daba a entender perfectamente, diciendo con el lenguaje corporal: “para llegar a mí, tienes que ser mucho chaval”.

Otra era una hembra que iba a veces con sus hijos, llevaba el pelo a lo Cleopatra y teñido de negro total. Estaba potente y atractiva. Sabía que me atraía y parece que eso le gustaba, a pesar de tener niños. Se conservaba muy bien, mejor que la otra.

En la treintena ya alta, había otra chica, que trabajaba para un notario. Estaba claro que era su amante, no por nada, sino porque estaba potentísima, e iba siempre muy bien vestida y eso cuesta dinero. Se veía que de secretaria, había ascendido a preferida del notario.

A estas tres mujeres, las solía ver con mucha frecuencia, con las que el lenguaje corporal funcionaba a tope. Me ponían a mil.

De estas cosas, nunca hablaba con Camacho; sí, hablábamos de mujeres, pero en un sentido más utópico, todo amor y poco sexo. Ya saben que hablábamos mucho de religión. De todas maneras, llegamos a intimar mucho, y casi nunca faltamos a la cita de los viernes a la salida del trabajo en mi casa.

La verdad es que en ese barrio, la Avenida Rafael Cabrera, había mucha bobería, demasiado, más que realmente el dinero que había.

Recuerdo que una vez, una chica de fuera de la capital, fue a un dermatólogo de la zona. Los medicamentos a comprar eran caros. Ella iba bien vestida, aunque la ropa se veía que no era de calidad. La despaché, y como supuse, no tenía dinero para todo. Es cierto que salía un poco caro, pero le vino bien porque en ciertos momentos se la quiso echar de rica. Le expliqué lo de que fuera al seguro a pedir las recetas de aquellos medicamentos que se podían prescribir por la seguridad social. Ella, y esto me dio rabia y se lo di a entender, se hizo como que no entendía el mecanismo. Se lo expliqué ya algo cabreado. Al final, por vergüenza, se llevó unos cuantos medicamentos: la cuenta ascendió a tres mil y pico. Seguro que sus ahorros los había hecho polvo. Eso le pasó por ir de rica sin serlo. Tal y como a mí me dijeron este fin de semana: “Es que la vida es muy dura”, debe ser que sí, que estamos en un mundo cruel.

Me van a perdonar tanto salvajismo y falta de sensibilidad por mi parte, pero hay momentos sobre todo en la farmacia, que un fingimiento superior al normal, cae repulsivo. La chica en cuestión, con la que posiblemente descargué mis frustraciones y enfados, era flaquita, e iba vestida de verano, con pantalón marrón y camisa sin mangas beige.

La farmacia parecía el centro de información de la calle, allí y por ser un sitio de muy fácil acceso, iba todo el mundo a preguntar por los médicos de todas las especialidades, y por los establecimientos de las más variadas actividades que debían de estar por los alrededores. No tenía ni idea de nada de eso, y lo que sabía no lo decía, dejaba que fuera David o mis tías los que explicaran. Me iba alejando de la persona que me había hecho la pregunta, y me ponía a leer. Dulcina una y otra vez, me decía:

-Más que leer prospectos, ponte a ver donde están los medicamentos.

Incluyendo ahí todo lo que había en la farmacia. Prefería esto aprenderlo con la práctica, en cambio, los prospectos es algo que creo más, que debe dominar el farmacéutico. Aunque ya ni eso puede hacer uno.

Un día, hablando y preguntándome mis tías sobre la farmacia que tenía pedida en el Valle, les conté que yo no había ido ni a enterarme de cómo era aquello, ni siquiera si había locales suficientemente grandes para alquilar y que cumplieran con los requisitos que exigía la ley. Supongo que muchas farmacias de los pueblos, no las cumplirán, pero no quería ser de esos, aunque sí que pensé: “Si faltan uno o dos metros, no creo que me pongan inconveniente, no ya sólo en la distancia al centro de salud más cercano, sino en los del propio local, no creo que nadie se ponga a medir uno y otro”.

No había ido por allí, y tampoco me arriesgaba a ir en mi coche, pues no lo veía ni seguro, ni capaz de llegar, y eso que era de gasoil, pero no me fiaba de él, pensando que lo más probable era que en un viaje largo, me dejara botado en la carretera. Esta y otras cosas se las conté a mis tías. Ellas se lo comentaron a David y éste, muy servicial, se ofreció a llevarme. Lo más seguro que le sentaría como un tiro tener que ir conmigo a Agaete un domingo, día en que la mayoría aprovecha para estar con la familia.

Es curioso, conozco a David hace años, y, hasta hoy, no había caído en la cuenta de que ignoro sus apellidos.

El pobre hombre, queriendo o no, se vio comprometido a llevarme el domingo por la mañana al Valle de Agaete.

e-libro.net

Quedamos en que le iría a buscar al garaje frente a la farmacia. Me extrañó grandemente el que fuera allí sin tener que ir a trabajar, sólo para ver a su novia. Hacía falta moral y amor a esa persona. Allí estaba Carmen el domingo, viendo la tele en el primer piso, junto a un peón del negocio de los aparcamientos. Los saludé a los dos, y me asombró el montaje que se tenían con la tele y la comida.

Como no sabía qué hacer, pretexté que iba a tomarme un cortado; Carmen me indicó por dónde y a qué bar ir, pues los festivos, la mayoría estaban cerrados. Era un bar de muy mal aspecto, impersonal y poco higiénico, a pesar de su aparente limpieza. El personal, tampoco parecía excesivamente pulcro. En fin, sólo había ido a hacer tiempo en lo que llegaba David.

Ya de vuelta, lo vi hablando con sus amigos. Nos saludamos y luego fuimos a coger su coche, ¿coche?, un cochazo, que aunque no recuerdo su marca, sé que tenía aire acondicionado y mil y una virguerías. Me pregunté: "¿De dónde coño saca este hombre el dinero?, de acuerdo que viste mal, pero está pagando un piso, construyéndose otro y encima ese pedazo de coche. No es por nada, pero me huele que aquí hay dinero ilegal". La inmensa mayoría de la gente roba de un modo u otro, y luego ponen el grito en el cielo cuando un político se deja "engatusar" de forma un tanto irregular. Esos saltan como las chispas. ¡Ladrones!, todos, tanto el alto como el bajo. Y me incluyo en ellos para mi desgracia.

Con gran asombro por mi parte, me fue indicando los extras de su auto, algo increíble, no sabría decirlo, pero era un coche caro para un ¿mancebo, o auxiliar de farmacia? Yo desde luego, no me lo podía permitir. Ya saben, trabajando nadie se hace rico.

Fuimos al fin a Agaete; supuse que me iba a aburrir supinamente, aunque no fue del todo cierto. Le fui poco a poco haciendo preguntas, y así me enteré de cosas, como que los domingos salía toda su familia a comer y a pasear al campo o a la playa, según hiciera el tiempo. Iba a sitios baratos, pero parecía conocerlos todos. Para eso también hace falta dinero; lujo que yo tampoco me puedo costear. Ni él me había dicho cuánto ganaba, ni yo a él.

Al final llegamos, aunque para mi gusto, iba demasiado despacio, en plan paseo, y se veía como gozaba conduciendo. No caí en la cuenta cuando me llevaba que ese domingo había sacrificado su excursión familiar por mí.

Quedé en pagarle la gasolina, cosa en la que tuve que insistir bastante.

Por fin llegamos al Valle. Yo iba vestido con unos pantalones azules y una camisa hawaiana, no porque fuera comprada en Hawai, sino el estilo.

Nos bajamos y dimos una vuelta por los alrededores. El lugar estaba vacío, a excepción de un grupo de personas, que según supe estaban allí porque había no sé qué fiesta. Fui al centro de salud y los alrededores para hacerme una idea de cómo era aquello. Lo más lujoso de todo era el recinto sanitario. En sus alrededores, ya no solo era ilegal, sino imposible poner una farmacia.

Cerca de la entrada al barrio fui al único bar que había, aunque más indicado sería llamarlo como lo hacen los chicharreros: venta, pues allí vendían de todo.

Pedimos cerveza, yo sin, David con. "Espero que las resista bien, ya que tiene que conducir", pensé macarrónicamente.

-Oiga –asalté a la dueña del negocio-, ¿no sabe por aquí de ningún local para alquilar?

Enseguida me di cuenta cómo pensó que iba a poner un bar o una tienda con la que le haría la competencia, por lo que me apresuré a decirle.

-Es para montar una farmacia.

Con lo que ya le desapareció todo tipo de inquietudes.

-Aquí enfrente hay uno que alquila un local.

-¿Me puede dar un cortado? –Le pedí después de beber un par de congeladas cervezas bajas en graduación alcohólica.

El café lo hicieron en una cafetera normal, de esas que se usan en las cocinas. Bajó una de sus hijas, por la que a David se le fueron los ojos, a mí no tanto.

Tardaron una eternidad en hacerlo, y cuando lo hizo, sirvió unos cinco o seis cafés, aguados y fríos. La calidad dejaba mucho que desear. El bar tenía las luces apagadas, seguramente para ahorrar.

Mala espina me daba aquello. "¿Y aquí es donde voy a vivir yo? ¡Mi madre, que Dios me coja confesado!"

e-libro.net

Total que fui con la dueña del bar a ver el local, que para mi desgracia estaba cerrado. El que lo iba a alquilar no estaba, pero “si quería me daría su número de teléfono”. Por supuesto quise. “Bueno, pues ya está todo resuelto”:

-David cuando quieras nos vamos.

-¿Ya?

-Sí.

Le expliqué por qué le había dicho lo de la farmacia y él no se había dado cuenta. Afortunadamente no bebió mucha cerveza, pues tenía el estómago vacío y le podía sentar como una bomba. Lo sé por pura experiencia.

No me quiso cobrar la gasolina, a pesar de que insistí y requeteinsistí. Por el camino de vuelta, me fue contando las cosas y a los sitios que él iba de paseo. Pude ver cómo desde que tenía un poco de tiempo libre, cogía a su familia y se ponía a “chupar Km”. Cada uno vive como mejor crea.

Coche para eso tenía y más.

En el poco tiempo que estuve allí, pude observar que aquello estaba muy abandonado, muy pobre, muy sucio, muy insalubre. “¡Dónde me voy a meter yo solo!; espero que no sufra ninguna recaída”.

Por allí había un centro de desintoxicación; “¿Qué hacer, facilitarles las jeringuillas, o negarme a ese juego con los drogadictos?, aún no sabía cómo iba a acabar, actuara como actuara. Observa cómo se hace en la ciudad, y según veas el resultado, así actúa”.

En C..., salvo a veces, no se les daba la jeringa, en cambio mis tías, tenían incluso un lugar específico en el mostrador para tener las “insulinas”, no por nada, sino para que saliera de allí el toxicómano lo antes posible.

Total, que David me llevó a mi casa, y cuando llegamos me pidió subir a ver a mi madre; le comenté que seguramente no estaría, pero que subiese de todas formas. No quiso café ni nada. Se fue pronto, y me increpó a que saludara a mi madre de su parte.

-Eso haré. Gracias.

-Pues bueno, me voy, adiós, adiós.

-Adiós, y muchas gracias por todo –por si no se habían fijado doy las gracias a todo el mundo, más que nada porque al no usar casi nunca, o nunca, más de lo imprescindible el coche, son los demás los que me llevan y me traen. Y eso es de agradecer.

Había en la zona del trabajo un médico psiquiatra que se había “especializado”, si así se le puede decir, en atención al drogadicto. Para ser sincero, a todos mandaba lo mismo, y era simplemente una forma de ganar dinero, poco honesta a mi parecer.

Lo raro, o no tan raro, ya que al negarse se verían con continuas denuncias, es que mis tías a pesar de enfadarse constantemente, aceptaban sus recetas. Sólo las recetas particulares, las otras, las de la seguridad social, con el mismo tipo de sustancias, y lógicamente escritas por otro médico, las rechazaban todas, “para que aquello no se les llenara de drogadictos”, alegaban.

Aquella era una “zona rica”, y allí los drogadictos, que los habían, destacaban enormemente; frente a mi casa, a no más de tres metros, lo normal es ver drogadictos, y aquí una persona honrada, es la que destacaría.

Ese médico, también atendía a los enfermos de la “Obra Social”, tal y como me comentó una vez Armando, quien ya saben que vivía allí.

Según decía Camacho, quien también había vivido allí, aquello no era vida, y nada como el calor familiar.

Lo mismo podría decir de la Quinta, aunque para los hogares que había tenido no sé qué decirles.

Lo que ese psiquiatra les mandaba, era Valium® inyectable, Buprex® y cosas por el estilo. No solía mandar Rohipnol®, medicamento conflictivo entre los que haya. Nadie quería despacharlo. Mis tías, salvo en contadas ocasiones, no daban el consentimiento para dispensarlo.

Seguía sin poder acceder a los psicotropos y tenía que consultarles a ellas por cada uno que fuera a despachar. No sólo debía pasar por ese absurdo, sino que encima, invariablemente, se me enfadaban, como si tuviera yo la culpa de los pidieran. Encima que era un negocio para ellas, y que era yo el que los tenía que apuntar en el ordenador: las características del medicamento y del médico prescriptor, no había uno con el que no se me enfurecieran. Claro que ellas tenían un sistema nefasto, y cada vez que se despachaba una o dos sustancias para el S.N.C. de las controladas, las escribían en el “libro” (como ellas lo llamaban). Nadie las obligaba a que usaran tan absurdo método.

En C..., se escribían en el ordenador al igual que allí, y al día siguiente se sacaba un listado con todos aquellos psicotropos vendidos en el día anterior, y en media hora, se apuntaban todos en el “Recetario”, y no cada

e-libro.net

vez que se vendiera uno, apuntar el vendido. Mucho más práctico, rápido y menos cansado. Pero cualquiera les decía nada a las tías. Ellas no me habían dicho como D. Rafael C..., que si se me ocurría algo para mejorar las ventas que lo dijese, a pesar de pensar que lo del primero de mis jefes, era de boquilla; a mis tías, caso de decirles que estaban anticuadas, de seguro que las ofendería.

El siquiatra pasó una vez por la farmacia, y me preguntó:

-¿Tú sabes quién soy yo?

-Sí.

-Pues mira, era para que sepan que me robaron un "cuño" con mis datos y un fajo de recetas, para que si ves recetas falsificadas, lo tengas en cuenta. Ahora, dame este colirio.

-Un momento –y fui a contar lo que me dijo el médico a mis tías.

El colirio era fiado, y tanto, pues nunca lo pagaba; no era un caballero.

-Gracias. Adiós.

-Adiós, adiós.

Dudo hasta que se lo robaran, sino que quería darse a conocer, como médico especialista.

Había, por la calle un par de médicos que me caían fatal. Era recíproco. Ellos seguramente querían que los tratara con gran respeto, y a mí no me daba la gana, para mí eran unos gandules que estaban todo el día en la calle sin hacer nada. Eran más concretamente dos, uno gordo y gandul, y el otro con bigote pelirrojo (seguro que de tanta nicotina) y borracho.

Encima de lo que eran querían que les oliera el culo, pues la llevaban buena. Un par de días intenté saludarles, y al ver que eran orgullosos, yo también me hice así. Solían ir casi siempre igual vestidos. Usaban el uniforme, como la mayoría de la gente.

Mi tío Antonio se las daba de entendido en leyes, a pesar de que creo no leía nada sobre ello desde hacía décadas.

Pues igual debían ser esos licenciados.

Un día (varias veces en realidad, hasta que vi que mejor era no preguntarles), pedí consejo a Dulcina sobre congestiones de nariz persistente, me indicó unos antibióticos, y cuando vi lo que eran (Tetraciclinas), me asombré, y dije, pero si esto es peligroso. Ya no podía dar marcha atrás y las despachaba con mucho pesar.

Peor era que Mila aconsejaba y me mandaba a mí despachar algunos colirios con cloranfenicol, con lo tóxico que esa sustancia es cuando es ingerida, ya no les digo nada para el ojo. Me imagino que a más de uno habrán obligado a ir al oculista, por ser tan negligentes.

De manera que no querían medicamentos en sus cuerpos, y sin embargo a sus clientes mandaban auténticas bombas, cuando hay ciertas sustancias, que de seguro no son tan peligrosas como las mencionadas. En fin, hagamos de tripas corazón (si se dice así, y está bien empleado en esta ocasión, tal refrán), o bien, a palabras necias oídos sordos (ídem de ídem).

Llevaba un ritmo frenético, y cada vez lo aumentaba más. Encima, y para que quedase claro que ellas eran el sexo débil y encima las dueñas, había que frenar, esperar, encogerse, retroceder, y todo lo que fuera, para no tropezar con ellas. No es que ellas fueran las que importunaban, sino que yo era un bruto. No les digo que de todo ellas fueran las culpables pero, yo desde luego tampoco, tal y como me querían dar a entender.

De todas maneras, no machaquemos mucho a mis familiares, ya que en el fondo es lo que son; a pesar de ser las hermanas de la persona de la que mi madre se separó, y del que no quisimos saber nada más hasta después de su muerte. Por lo que parece, él tampoco quiso saber nada de nosotros, bueno sí, nos quiso dejar en la más lamentable de las miserias, cosa que hizo durante un buen tiempo.

La primera parte del razonamiento que ahora escribo, ya la he comentado, si no aquí, sí a varias personas: si Dios nos creó, está claro que nunca llegaremos a ser dioses como Él, a pesar de hacernos en principio a su imagen y semejanza; le fallamos pecando y eso nos ha degradado a simples humanos. Los humanos, hemos creado máquinas, a las cuales, nos hemos encargado de crear inferiores a nosotros, entonces, ¿cómo van a dominarnos algún día?, como quieren algunos darnos a entender; ¿no han estado todas las creaciones del hombre siempre en función de él; por qué ha de ser ahora distinto?; aparte de eso, ¿cómo se fían tanto ciertas personas de las máquinas creadas por los hombres?. Sí, me refiero a los automóviles, con los que muchos se creen inmortales.

Había en la farmacia gente que iba a ella sólo porque sabían que allí se despachaba Katovit® sin receta, cosa que no ocurría en otras farmacias.

e-libro.net

No es que según mi opinión sea ilegal hacerlo, pues no es considerado un psicotropo, a pesar de ser un estimulante. De todas maneras, recuerdo uno en especial, camarero del bar al que fui a tomarme el cortado mientras esperaba el domingo a David, que compraba una o dos cajas cada día. No me explicaba para qué lo hacía, pero lo hacía. Me enteré más tarde que se casó al poco de comprarlas. Dudo que las quisiera para tener mayor vigor sexual, sería un absurdo.

Supongo que en las cantidades que las compraba, de tomarlas todas, llegaría a tener graves problemas con el sueño y la tensión; más concretamente insomnio, e hipertensión arterial (HTA). Es bobo, porque estos trastornos afectan a la libido, así que si lo hacía por lo contrario, lo tendría difícil. Ahora hay otro fármaco para la impotencia, la Viagra®, no sé mucho de él, por lo que prefiero no hablar sobre el mismo hasta que esté más experimentado. Lo único que sé es que tenía efectos adversos sobre los ojos y sobre el corazón; aunque parece que últimamente se le presta atención tan sólo a los efectos sobre el sistema circulatorio y poco o nada a los efectos secundarios sobre la visión. Puede que esté equivocado, a pesar de basarme en fuentes más o menos fiables, para lo dicho.

Después de haber gastado mi pequeño capital de mala manera en Valencia, me llamó Miguel Yuste, para ver si le podía dejar algo de dinero. Por teléfono se le notaba el falso tono de voz que no se le advertía en persona. Me enfadé con él y le dije que no tenía, cosa por otro lado que era cierta. Si pensaba que algún día me devolvería lo que le había prestado, a partir de ahí empecé a verlo como algo imposible. Quizá él me vio como el rico que no era y que no soy. Puede que por desgracia, sea como la inmensa mayoría de las personas, pero quizás sea por suerte, pues no es el primer caso de nuevos ricos, que no sabiendo refrenar sus impulsos, gastan todo y se vuelven en poco tiempo nuevamente tan pobres o más de lo que eran antes. Ya saben eso que dice: cuanto más rápida sea la subida, mas rápida es la bajada, la caída; no sólo eso, sino que opino que es más triste, el verse uno arriba y de golpe verse abajo, supongo que ha de ser desesperante; sin embargo hay una canción que dice: “Y es mejor querer y después perder que nunca haber querido”, puede que eso se pueda hacer extensivo al poder, estatus social, y dinero. No sé.

A veces me he visto con un par de miles, y otras, casi siempre, sin ellas. De todas maneras, nunca me he sentido, ni mucho menos estar arriba, ni siquiera a medio camino, al menos lo que yo considero como tal.

Piensen que sé (hoy, no en ese año), que hay gente de mi edad, que cobra mil doscientas millones de pesetas por novela. Frente a él, queda claro que siempre he estado en la más atroz de las miserias. No es el escritor que más cobra, aunque supongo que no muchos a su edad cobren lo que él. Me refiero a John Grisham, el escritor de novelas sobre el mundo de la abogacía.

Según me dijeron mis tías, había uno que estaba medio loco, que lo había cogido un coche y lo había trastornado. Era al Sr. Afonso, quien me caía particularmente bien; se parecía físicamente a mi tío Domingo, a pesar de que el primero lleva bigote. Siempre traía un chiste o una gracia que decir. Se la echaba algo de rico, y no es de extrañar que hubiera sido un buen ejecutivo, inteligente y trabajador hasta antes del accidente, y que a partir del cual (lo atropelló un coche en el paso de peatones que seguía cruzando en rojo), se replanteara la vida desde otro punto de vista. Eso intuyo. Vestía bien, como que no le faltaba dinero; trabajaba en algo de seguros aunque ninguno de la farmacia sabía exactamente dónde.

Todos le reían sus chistes, aunque luego lo criticasen a sus espaldas con acritud; algo totalmente deleznable y deplorable. Me daban náuseas la hipocresía de la gente. A mí, enseguida me trató muy bien, y cuando contaba un chiste o cualquier chisme del periódico, me incluía en sus pullas, cosa que le agradecí en gran manera. Personalmente, me caía muy bien, y creo que con mi familia se portó bien.

Mi madre, siempre me dice, que la única que aportó dinero, cuando no teníamos ni lo mínimo para subsistir, fue Saso. Me ha extrañado mucho, que ni su hermano, ni su hermana lo hicieran, sobre todo la hermana, a la que seguro que veinte mil pesetas, no le supondrían nada, y para nosotros era todo un mundo. Motivo, lo desconozco. Ellos lo sabrán; y sin embargo, ahora son uña y carne, pero creo que mi madre no ha olvidado, que la que nos sacó adelante, fue precisamente quien menos tenía, mi hermana la mayor, que ni mucho menos ganaba grandes sumas. Era azafata, en definitiva camarera, y estas no están tan bien pagadas como para mantener dos casas y pagar carreras, como ella lo hizo.

Mis tías hacían gran cantidad de fórmulas magistrales; eran pocas ya las farmacias que las hacían, y casi ninguna tantas y tan variadas como ellas. Muchas, las hacían en grandes cantidades, bien porque fueran muy solicitadas por todo el mundo, o bien porque lo recetasen mucho los médicos de la zona, especialmente don Buenaventura.

e-libro.net

A mí me tenían obligado a decir, que se tardaría como mínimo media jornada en hacerlas. Yo casi siempre, les preguntaba:

-¿Para cuándo le digo que están hechas?

Y ella, Dulcina, invariablemente me gritaba, dándome a entender si ya no sabía la contestación. De todas maneras, no quería inconscientemente dar lugar a lo que pasó un día. Era por la mañana, y faltaba menos de media hora para cerrar. Vino un matrimonio con una niña chica, estaban todos muy nerviosos; el matrimonio pidió una fórmula para “las chinas”, era una crema que las hacía desaparecer; no llevaban receta médica, y la pidieron por aproximación. Yo entré y le pregunté a Dulcina si hacíamos allí la de “las chinas”, ella me contestó que sí, y antes de que me dijese que estaba para la tarde, fui y se lo dije a la compungida familia. Los padres se desesperaron, diciendo:

-Y, ¿no podría estar para antes?

-No, no, es que hay que hacerla –contesté cerdamente, tal como me tenían ordenado y acostumbrado.

Ellos siguieron insistiendo, y yo seguía en mis trece. En eso que sale Mila y me dejó en evidencia, diciendo:

-No se preocupen, que estará para dentro de un rato.

Verán que más vergüenza y desprestigio es imposible pasar. Debiendo de haber dejado la bata y mancharme, no lo hice, sino que intenté meterme en la robotica. Lógicamente llegaron más clientes, y el que tuvo que despacharles fui yo. Mila quedó como una buena persona y gran profesional, y yo como el inhumano y asqueroso, que se las daba de mucho control de la situación cuando en realidad era el último “pringao”.

Sé que quizás estas cosas enseñen, pero a mí me duelen bastante, y según dice un pasaje de la Biblia, hay que intentar vivir bien, y no dar lugar a daños físicos ni síquicos sobre nuestra persona. Ven que ellas siempre me han vapuleado, y yo, aguanta que te aguanta.

Los estimulantes que se llevaba el camarero, dejó de llevarlos en cuanto se casó. Al poco de este evento, pasé por el bar, y me dijo.

-Bueh, una vez casado, ya todo es siempre lo mismo.

Me callé, y no le dije que cuando estaba despistado, se ponía a cantar la canción de Miguel Bosé: “¿Si esto es amor, no sé, qué me da miedo?...”

“Vaya, tan acostumbrado y se le cae la baba”; cosa que me parece perfecto, pero que no se las dé de marido experimentado.

Había en un matrimonio una joven que me tenía declarada la guerra. Ella a mí me caía mal, pero me hacía gracia verla echándosela de rica con David, quien la atendía muy bien; seguro que mi compañero no se daba cuenta de ello. Para su recién nacido era todo lo mejor. Muchas veces, prefería esperar a David antes de que yo la despachase. Iba de gran señora y todo porque su marido era el dueño de un bar de mala muerte, aunque supongo que ganaría algo.

Él, venía casi todos las mañanas a pedir descongestionantes nasales a los que estaba enganchado. No era el único. Este enganche es común en muchos, independientemente de la clase social.

Ella era gorda y baja, físicamente estaba fatal, aunque su marido no podía elegir gran cosa. El trabajaba también en el bar. Me asombró el que comprase leches especiales para lactantes en polvo, en las que una vez preparadas pudiera disolver en ella, la papilla de cereales del recién nacido. Aunque era una solución perfecta, ni se me había ocurrido antes, ni lo había visto a gente que tuviera más medios económicos (o que al menos eso aparentaran). El cómo me enteré por quienes estaba formada esa familia, fue total y absolutamente casual, y a la misma vez, deduje que el que pensé que era simplemente camarero, era el dueño del bar.

Sí, critico mucho, aunque creo que menos de lo que me critican.

Había una, que tenía un cuerpazo enorme, parecía demasiada mujer; tenía un niño chico, o niña, que para el caso es igual. Le caía mal, y sabía que ella me quería dar a entender que también era licenciada. Me hacía el sueco, y la atendía fatal, muy seca y despóticamente. El destino nos jugó una mala pasada, aunque al final, ella se portó muy bien conmigo. A lo mejor pensaba que me las daba de genio. Ella era especialista en esas cosas, y debía saber también, que el genio no nace, sino se hace, motivo por el que me castigaba para que no intentara destacar de la media. Me sabía mal que pensara eso, pues lo que es un genio, no lo soy, para mí soy un luchador nato, que no está a gusto luchando, pero que está así menos a disgusto que ociosamente.

e-libro.net

Me daba la sensación de que esa chica estaba parada, con el tiempo descubriría la verdad. Ahí, aún no sabía que tenía una niña. Ella era una luchadora, y trabajaba e intentaba hacerlo bien, en beneficio del hogar que estaba formando.

Se le veía que tenía poco dinero, después me enteraría que estaba separada, y de que quizás mantuviese a su familia ella sola. Bien por ella, y perdona mi mal talante y mala disposición hacia tu persona.

Camacho tenía muy pocos estudios, casi ni la EGB, y aún así, ganaba como yo y más. Se ve que el negocio del oro es rentable.

Ellos se creen ricos, y es porque se relacionan con pobres como yo. ¿Pero es que no creen, ya que no leen, que las películas están basadas en la realidad?; es más, no hay más que atender al tópico cierto, de que muchas veces la verdad supera la ficción, por lo que en teoría han de saber que en este mundo, hay algunos que manejan mucho dinero.

He de cambiar, cada vez me encuentro más sólo y cada vez me callo más cosas; no sólo eso, sino que muchas veces me lleno de odio y envidia por aquellos que tienen más que yo, sobre todo los que padeciendo como yo o menos que yo, les ha sonreído más que a mí la vida. Qué van a poner en mi tumba cuando me muera: “Aquí yace uno que no supo vivir y que está lleno de odio hacia sus semejantes”. No, Dios, no permitas que eso ocurra.

Un buen día un señor mayor de unos setenta y pico años, me dijo:

-¿Sabes que yo estudié con tu padre?

Me dijo después, que él era maestro, aunque ya lógicamente retirado, y que había sido un gran compañero de él, aunque la vida les había separado; mi padre siguió estudiando y luchando como ya saben, y él, se dedicó simplemente a dar sus clases y a ejercer de maestro. Este señor era bastante delgado, supongo que no sería porque pasaba hambre o padeciera alguna enfermedad.

Allí vi a dos profesores que habían sido mis compañeros en el Tomás Morales, cuando di clases de matemáticas. Los dos se habían retirado: él, hacía poco, ella, ese año. A los dos me presenté yo; uno de ellos, el varón, llevaba bigote, y me dijo que había trabajado con Joaquín; eso me gustó. Estaba desde hacía poco retirado. Siempre lo había visto con pantalón de pinzas y camisa, no muy lujosa y casi siempre igual vestido. Un día, seguro que siguiendo el consejo de sus hijos, o de algún joven, se puso unos vaqueros, aunque a la legua se veía que no sabía llevarlos, a los que ni se amoldaba, ni se identificaba en absoluto con ellos; no los llevaba como rico que está descansando de la sofisticación de la intelectualidad, sino para dar idea de moderno; le sentaban como un tiro. Los vaqueros eran de marca, aunque en él no daban esa sensación; con la ropa hay que estar cómodo e identificarse, si no, pasa lo que pasa.

La otra que se jubiló ese curso, estaba siempre riéndose, posiblemente por la emoción de la jubilación. Vestía mucho mejor que el otro, y siempre iba cargada de joyas y con unos tacones de aguja algo increíble. Debía tener mucho equilibrio para llevarlos. Los usaba más finos y más altos que mi madre, y supongo que ambas no se hallarían sin ellos. Esa señora, que me decía que la tuteara, siempre cruzaba la calle por donde le daba la gana, parecía que le faltaba poco para caerse en medio de ella y que la atropellara un coche. Era obesa (vamos a llamarla así y no decirle gorda). Casi siempre iba vestida conjugando el rojo y el negro. Quizás su marido también trabajaba, pues ella se veía que tenía dinero, al menos en ropa lo parecía. Siempre me decía:

-¿Por qué no te pones a trabajar dando clases y dejas esto?

-Ya veré, ya veré.

-Y dejas a estas viejas amargadas...

Y se ponía a criticar a mis tías de mala manera, quienes enseguida salían para ver quién las criticaba. Como siempre, me quedaba entre los dos bandos, teniendo que capear el temporal. Al final opté por hacerle señas a la jubilada para que se callara. Quizá tuviese razón, no lo discuto. Iba con cierta frecuencia por la farmacia, y ella misma rellenaba allí las recetas; por supuesto, mis tías no le decían nada y mucho menos yo, sobre esa flagrante ilegalidad. El médico le ponía el cuño y se las firmaba y ella las rellenaba con lo que fuera a comprar. El culpable de todo era el médico, del que ignoro el motivo por el que hacía eso; no era a la única paciente que se lo hacía, vi traer recetas de ese médico por el mismo sistema a muchos, aunque la mayoría eran más discretos y no las rellenaban allí mismo.

Me hacía gracia y me gustaba, que esa señora estuviese siempre de tan buen humor, y encima había sido una mujer trabajadora, por las que siento un gran aprecio. Ojo, no quiere decir que no respeto a las amas de casa, mi madre es una de ellas y es la persona a la que más quiero.

e-libro.net

Llevaba un tiempo intentando dejar de fumar, sólo lo hacía, el fumar, cuando estaba con Camacho, y un solo cigarro, que encendía y apagaba lo menos cinco veces. Cogía el mismo cigarro, para que me supiese a rayos la colilla, por apagarla y encenderla tantas veces. Me ponía histérico el intentar dejarlo; no era la primera vez. Me acordaba del maldito cigarro a toda hora. Camacho no le daba importancia al cigarro ni al café, todo lo contrario, se reía de ver cuanto fumaba y bebía café. En una hora y poco, que estaba todos los viernes, nos fumábamos todos los cigarros que podíamos, tomábamos cada uno tres o cuatro cafés, comíamos y bebíamos agua con gas. Éste era nuestro lujo, y nuestra forma de recibir el fin de semana.

Bebía tanto café, que luego me solía costar trabajo conciliar el sueño, aunque no me importaba dormir pocas horas, ya que sabía que el sábado "soltaba" a la una y cuarto, y, a disfrutar.

Pues uno de esos días, y en una guardia, veo que llega una señora gorda y algo vulgar, que entra riéndose, y me dice:

-¡Bueh!, yo no sé por qué dice la gente que le cuesta tanto dejar el cigarro. Yo fumaba dos paquetes todos los días...

Pensaba que llevaba un mes o más sin fumar, cosa que me parecía todo un logro. Cuando dijo que llevaba todo ese día sin fumar, casi me descojono allí mismo: "Tanto hablar, y hoy es el primer día que está sin fumar, y ya se cree que lo ha conseguido".

Años después la vería otra vez en la farmacia, aunque ahora no tan sonriente. No la reconocí hasta que habló, dijo que seguía sin fumar, aunque el tono de abatimiento con que lo dijo, era sospechoso; me juego algo a que sigue fumando.

Creo que el nombre del que era presidente del colegio de abogados era D. Salvador Trujillo; a su mujer, casi nunca la recordaba, por lo que no le hacía descuentos, cosa por la que mis tías me reprendían constantemente; ¿qué querían que hiciera yo?, si hacían descuentos a cientos de personas a las que solo veía un minuto o algo así, de vez en cuando, y mientras despachaba a otros. Por lo visto, querían que me acordase de todas las caras. Ellas hacían descuentos a todo quisque. Sin embargo nosotros, los empleados, no los podíamos hacer a nadie. Ni David que llevaba allí años, ni yo, que era el adjunto, lo podíamos hacer. Cada vez más, me río de lo de ser adjunto en una farmacia. Por mi experiencia, puedo decir que es lo más bajo, denigrante y huele culos que he visto en mi vida.

Mi vicio eran los libros, y siempre que veía alguno que creía que era interesante, lo compraba, también con eso se metía Mila, que por qué me gastaba dinero en libros, y no ahorraba para la farmacia. Yo le contesté:

-No creas que gasto tanto, a lo sumo, gasto diez mil
pesetas mensuales.

No les dije que mejor les diera vergüenza decirme que ahorrara para la farmacia, con ciento diez mil pesetas que cobraba al mes, ¿cuántos siglos debía ahorrar para conseguir doscientos millones?, eso no lo decían. También se metían con mi coche, que por qué no me compraba uno nuevo; por lo visto, con lo que ganaba querían que hiciera milagros. Y cómo no, también se metían en que llevaba poco dinero en la cartera para ser farmacéutico, y que iba cargado con demasiada calderilla, pero ¿qué querían, que les pidiera aumento de sueldo, pero es que eso no debía salir de ellas?, ya veo que no.

Tenía que seguir pagando el diccionario enciclopédico, estuve así, pagando seis mil pesetas mensuales hasta hace pocos meses. Era poco, y no incluía eso en mis gastos mensuales en libros. En esos años, leía cómo algunos escritores tenían bibliotecas de miles de ejemplares; yo quería ser uno de esos, aunque no sabía dónde los pondría; estaba claro que en casa de mi madre, no podía ser. Necesitaba una farmacia a pasos agigantados. Mi farmacia. ¿Cuándo sería, aún debía seguir esperando, no había exculpado ya mis culpas? ¿Por qué me castigabas tanto Señor?

En esos años le pedía al Señor toda una serie de características, no dinero, sino sabiduría, tenacidad, sagacidad, constancia, prudencia, etc, para poder luchar en esta vida. Sabía que por añadidura, me vendría el dinero. Pero a decir verdad, aún no lo he visto.

Gracias a Pepe, el marido de Maru, conseguí un censo de aproximadamente dos mil habitantes; quizá fuera una de las últimas gestiones del alcalde de izquierda de Agaete. Puede que lo hiciera para fastidiar al farmacéutico del pueblo, y a lo mejor falseara datos. Esto lo pensé aunque nunca lo mencioné, pues era tirar piedras contra mí. Lo que sí dije mucho tiempo, era que no me fiaba del nuevo alcalde, con quien el último censo del Valle daba que era de tan solo mil doscientos y pocos habitantes. Uno de los dos había falseado los datos, y yo me inclinaba más hacia el de derechas. Este último era amigo del farmacéutico del pueblo.

e-libro.net

En vista de este escándalo, se lo comenté a Pepe, quien me acompañó al ayuntamiento de Agaete. Dijo algo al concejal, que luego me comentó que era para meterles miedo. Si se los metió o no, no puedo decirlo, pero no sacamos nada en claro. Total, viaje perdido; tanto luchar por ese censo, y no sabía si me iba a servir de algo. De todas formas, les prometí un almuerzo a su prole y mi su mujer, luego invitaría a todos, pues me daba vergüenza hacerlo a unos y no a los otros.

Le había comentado sobre eso a Mila, quien me dijo:

-María Fernanda, la mujer de tu primo Antonio Fijoleis, es abogada, y ella me ha resuelto mis asuntos; lo ha hecho rápido y bien.

-¿Es carera?

-A mí no me ha cobrado nada, pero nosotras siempre le hacemos un regalito en reyes.

Una joya, me dieron a entender.

Me hablé con ella, a pesar de tener otra prima por parte de mi madre, que también es abogada, pero como con esa tengo más confianza, no me importa dejarla en mal lugar, espero que ella me perdone.

Le llevé el caso a María Fernanda, quien me atendió muy bien, ella casi no me conocía, lo mismo que yo a ella, aunque a partir de ahí fuimos intimando más. Últimamente me ha dicho que no me va a cobrar, que le haga un regalito. Casi preferiría que me cobrase para poder exigirle algo.

Suele vestir muy bien esta abogada. Tuvo gemelos, y al principio no solía ir a trabajar por las tardes, ahora sí, pues según dice Dulcina, le gusta tenerlos siempre muy bien vestiditos. Le solía preguntar por las niñas como un complemento de las conversaciones del trabajo, y para hacer algo de distinción por ser familiar, pero la verdad es que a veces me suele pasar, el que no veo la ocasión de preguntárselo, y aunque lo tenga muy presente mientras hablo con ella, no se lo digo.

Un día que fui a su despacho, muy cerca de la farmacia de mis tías, en la misma calle, la vi que me atendió con una especie de rabia contenida, que me impresionó; me callé y me fui lo antes posible, para no seguir avivando sus iras. O sea, hice mutis por el foro. Ella iba ese día muy mal vestida, quizás se encontraba decaída, o había tenido algún problema familiar o en el trabajo. No sé.

Su despacho estaba en un edificio de lujo, de mucho lujo. El bufete estaba genial.

Otra vez que fui a consultarle, a insistir, dejándome ver para que no me echara en olvido y dar muestras de que estaba interesado, pues estaba ella con un chiquito joven, su sobrino; también abogado y que estaba haciendo prácticas. En general me han tratado bien.

Una vez, fueron por la farmacia a cobrarme ochenta y pico mil pesetas por un informe de los peritos agrónomos, otro requisito más para lo mismo. Tenía confianza en que en breve sería farmacéutico de un pueblo en el culo del mundo, donde, pensaba, que ganaría de trescientas a quinientas mil pesetas en limpio al mes. Algo irrisorio si lo digo a alguno de mis compañeros de farmacia. O sea, que continuaría siendo el personaje marginal que he sido siempre.

Un día, me dijo Mila, cómo había ido a una reunión del colegio y había visto a mi antiguo jefe, D. Rafael, se saludaron, cosa que no habían hecho nunca. Me gustó en ese momento el detalle, que yo hubiera sido el motivo de un acercamiento. Hoy eso me deja igual que lo que estaba.

Cada vez estaba más convencido de que Antonio Lotario, lo que tenía era por efectos del alcohol, a saber si era su dolor resultado del *delirium tremens*. Según ojeé un día en un libro de psiquiatría, lo primero que se ve son elefantes rosas volando. Quizás sea una tontería, pero lo leí en un tratado escrito por un catedrático.

C..., se creía inteligentísimo, porque por su dinero tenía influencias. Influencias que no le habían valido ni para ser presidente del “colegio” ni de COFARCA. Quizás porque no quiera ser protagonista, aunque lo dudo. Lo curioso del caso, es que se cree inteligente e intrigante, entonces, los “gordos” del Parlamente Europeo, qué son. Era famoso, por una cosa que seguro no sabía ni cómo funcionaba, su macrofarmacia. Tal vez sí sea feliz, pues ya saben eso de: “Qué feliz es la ignorancia”, y si a eso sumamos que las tres cosas que el hombre quiere, tal como reza la copla son: “salud, dinero y amor”, en teoría las tenía, ¿qué más puede pedir?

Busco comprensión y amor, y cada vez lo encuentro menos, y donde lo hallo, no me fío del todo; motivo, por el que poco a poco voy queriendo más y más a mi madre que es quien único me soporta, a pesar de que me grita como a un niño chico. Comenté, que el fármaco rey por excelencia, el conflictivo entre los conflictivos, es el Rohipnol®, se usa para dormir, y he tenido compañeros, que no lo despachan por nada del mundo, uno de ellos era Manolo Guerra, quien, si de él dependiese no se vendería ninguno.

e-libro.net

Quizás no sepa ni de qué está compuesto, como yo que lo digo, pero eso sí, sabe que es una droga muy fuerte. Sabía de uno en concreto, en la farmacia de C... que se lo llevaba, tenía la mirada opaca, ojos secos, sin brillo, y no podía dormir sin eso. Tenía una dependencia absoluta. Sabía que era una droga, y por ello, quería que se la escondiera cuando se la iba a despachar. Él cogía un papel para envolver o una bolsa, y mientras dejaba la caja sobre el mostrador, él la tapaba, y una vez le cortaba el precinto, se la escondía en el bolsillo. Le echaba mucho cuento. Iba por la farmacia con bastante frecuencia, y llevaba varios medicamentos. Según parece, tenía miedo a que los drogadictos lo atacasen para llevarse el sicotropo. Si me preguntan qué es lo que temía, si no tener el hipnótico, o que le robasen, no sabría decirles.

Los ojos parecían muertos, seguro que del abuso de esa droga. No me extrañaría que en breve, la retiraran del mercado.

¡Colegas!, ¡váyanse al carajo!, acabo de ojear las características de este fármaco en el Vademécum, y veo que es simplemente una benzodiacepina. ¡Pues no somos ni poco "pringaos"! Tanto miedo, y ni siquiera es un barbitúrico, que son bastante más peligrosos, que éste, al menos en mi poco entendimiento es lo que llego a comprender. ¡Ay, quién fuera D. Victoriano!

Por supuesto, la morfina es un tema aparte, y según parece hay que tener obligatoriamente, un número determinado de ampollas en la farmacia, bajo llave, y sólo dispensables con recetas de estupefacientes, al menos esto me decían mis tías. En la farmacia de la Avenida Rafael Cabrera, muy pocas unidades de este fármaco (de morfina en la vida he vendido ninguna) vendí. Había uno que iba por la farmacia, que cuando fui a hablar con mi prima Clara Eugenia a su primer trabajo, cuando fuimos a tomarnos un café, lo vi, era uno que había estudiado conmigo el BUP, era también abogado, título que parece que se gana por rifas. El fulano este, era Gerardo o Henrique, uno de los dos nombres tiene. Una vez nos pusimos a hablar bastante, sobre todo él. Por lo que parece tenía su despacho por allí mismo. Iba siempre excesivamente bien arreglado, y el pelo demasiado largo, como fardando de pelo, que por cierto, si estuviese más limpio, sería más bonito. Como abogado que era, iba a veces de chaqueta y corbata al trabajo; creo que van así cuando tienen un juicio. Nosotros, los farmacéuticos no acostumbramos a ir tan bien vestidos.

Yo soy una excepción. Bueno, miento, los que están en cargos de política a escala del colegio, cuando tienen algún evento, van encorbatados.

Gerardo, según me dijo Mila después de marcharse tras yo despacharlo, se llevaba el famoso Rohipnol®, con recetas de pensionista; ella me dijo que seguramente serían para el padre. Yo le despaché en otra ocasión un gran fajo de recetas, y no lo vi; fui bobo en no fijarme para quién eran, pero son tantas las personas que pasan por la farmacia, que uno nunca sabe lo que puede ser importante, y qué no. Tal vez él supiese que eso era "peligroso" (para confirmarlo debería "investigar" un poco, y hoy estoy fatal de tiempo), y si me vio en la farmacia, se arrepintiera de irlo a buscar. Esto es pensar muy mal del pobre muchacho, y quizás no tenga tantas luces como para ello.

Un día, veo que va superemperchado y coge un taxi justo delante de la botica, y sospecho que él no vivía justo al lado, sino más lejos. Había algo de poco natural al parar y subirse al taxi, como sí estuviera actuando y fuera un mal actor. Llevaba una rebeca muy buena, a juego con su ropa, pero como siempre, el pelo un pelín largo; se lo cortaba así. La rebeca, era parecida a la mejor que yo tengo, y que sólo saco en determinadas ocasiones. La familia debía de ser de dinero. No suele hablar mucho, por lo que podría pasar por inteligente, si no fuera por la expresión de la cara, que parece algo simple.

El primer día en el que lo despaché, me dio su tarjeta de visita. "Aquí todos tienen tarjetas menos yo".

Sí recuerdo como compró varios champús anticaspa, yo le recomendé uno, que cuando salieron eran los mejores del mercado, el Zincatión Anticaspa®. Me acuerdo que se lo había recetado un buen médico a mi hermana Saso, era un champú de calidad, y como él parecía rico, o al menos de eso iba (tenía celos de él y de sus pocas entendederas), pues se lo largué. Compró toda una serie de productos de perfumería muy caros. Yo los compraba en el hipermercado, de otra marca pero mucho más baratos, aunque Marcos, con un sueldo mísero, gastaba pasta de dientes Lacer® y cepillos de dientes PHB. Se entiende que para casos especiales, como cuando estaba con una novia que lo dejaba cada vez más "pajiao". Esa época fue torrencial para él, a parte de todas las cosas en las que estaba metido, encima tenía ahora una novia, estudiante de derecho en los últimos años de carrera. Una vez se fueron a Tenerife, y al lunes siguiente, llegó sin haber dormido nada el fin de semana. Seguro que había estado todo el tiempo "dale que te pego", entre drogas y sexo, o sexo y drogas, yo prefiero lo segundo, y a ser posible, quitar las drogas. Mis tías se enfadaban con él, por gastar el dinero malamente, en cosas que los ricos incluso,

e-libro.net

sólo gastaban a veces. También compraba allí los preservativos, el último modelo, que por supuesto, eran los más caros. Le decía a David que se lo metiera en la cuenta, para que a final de mes se lo descontaran del sueldo. Era bobo, hacerse el machote con esas cosas, y delante de mis tías, con lo "retro" que ellas son.

Me dijo Marcos una vez:

-Porque yo le dije a tus tías, que había trabajado en Suecia en unas oficinas, y realmente había trabajado allí, lo que pasa que limpiando retretes; era un edificio de oficinas de lujo.

Este joven me admiraba, pues siempre se había mantenido él, aunque con trabajos muy "mataos". Les había contado el cuento a mis tías de que había aprobado el año anterior el C.O.U., y según me contó a mí, lo aprobó ese año, aunque no me extrañaría que eso tampoco fuera cierto.

Un sábado estaba trabajando, cuando vino un niño de cinco o seis años con su padre. El padre venía muy pobremente vestido, el niño venía en un "control" genial; miré a los dos, una vez a uno, otra a otro, y le di a entender al padre que era un cerdo cabrón, por someter a ese niño a tan férrea disciplina, y sin embargo, él, era un viva la vida. Cuando se dio cuenta que me quedé con la jugada, farfulló algo y se fue. David se puso a jugar con el niño muy torpemente; él, el niño, se resistía, y David no sabía qué hacer, hasta que lo dejó. Menos mal. La disculpa del padre de que se le había olvidado las recetas, fue absurda. Se fueron y vinieron semanas después, el niño ahora era como otro niño cualquiera. No quería yo eso, sino que si el niño quería llevar la vida que quisiera así lo hiciera, pero que el padre no le impusiera tan férrea disciplina al pobre indefenso, y mientras él, no hacía nada más que, seguramente beber y beber, y haraganear un poco (bastante). Me limité a mirar a los dos, y sin cambiar la expresión del rostro, me retiré a leer el prospecto que tenía en las manos.

Había una familia compuesta por la madre, siempre de negro, que dilucidé más tarde, era por luto, y los dos hijos, uno treintañero, y otro con diez años, más o menos, el mayor, era delgado, llevaba el pelo largo con coleta, y usaba camisetas y pantalones vaqueros de peto, flojos, muy flojos. Me caían todos bien, éste último, iba casi siempre a buscar esprays para la nariz; mis tías, tenían para despachar muchos tipos, para no aconsejar siempre el mismo. El niño era un ángel de Dios, de constitución física era algo rellenito, salió a su madre, muy simpática, y seguro que orgullosa de su familia. Al niño le iban mal los estudios; tenía mucha tecla con David; yo de vez en cuando hablaba con él, de tal forma que incluso Dulcina me dijo:

-Deja a ese niño, que es amigo de David.

No le quería quitar su amistad, sino compartirla. Era realmente un niño magnífico.

Me enteré lo de los estudios, una vez que se lo pregunté en la calle, frente a la farmacia, una tarde que fui a sacar dinero antes de que abriesen, al cajero que había por allí. Me dijo que había suspendido no sé cuantas, de todas maneras, su bondad superaba todo. Una cosa compensaba la otra; no creo que su familia fuera de muchos estudios, calculaba que debían tener un pequeño negocio. Pues todos parecían manejar algo de dinerillo.

Uno que parecía una piltrafa de niño, era el hijo menor de D. Buenaventura, que iba de y era, un pasota increíble, no había que tener muchas luces para ver que era un drogadicto y estaba anoréxico, era bajo, extremadamente delgado, el pelo largo y abandonado en su vestimenta e higiene. Todos sus poros rebosaban y delataban el uso y abuso de las drogas; el tipo lo ignoro, pero que las usaba era evidente.

Había uno que con una pequeña tienda de zapatos o de ropa, tenía varias empleadas. Pensé que su jefe debía ser un alto ejecutivo, a pesar de que ellas, sus esclavas, no tenían muchas luces. Una de ellas era mona, pero cuando hablaba, lo chafaba todo. Era una niña, la recadera, aunque parecía ser la única de confianza. Trataba de doña a mis tías, y ellas de usted a ella, por lo que me daba la sensación de que su jefe debía ser un potentado. Iban casi todos los días a comprar fármacos y otras cosas. Se los fiaba, cosa bastante común entre los de la zona, a pesar de presumir todos de dinero. Parecía que portaban mensajes del rey. No es oro todo lo que reluce, eso descubrí meses después, cuando entró un fulano absurdo, delgado, mayor, teñido y con bastón imitando a Antonio Gala. O sea, que no es que cojeara, sino porque según pensaría, le daba bastante porte. Con su chiva incluida, era de lo más absurdo, un auténtico tolete. "¿Y este era el dueño del que tanto se las daban esas chicas de ser las representantes?" Había una de ellas, que vestía muy pobremente; me extrañó verla con unos pantalones viejos y una camiseta con el cuello muy pasado, y sin apresto el resto de la ropa. Me hice unas cuantas preguntas sobre el dinero que manejaban, y sólo llegué a la verdad, cuando vi a su ridículo dueño. Así no me extraña que le debieran de fiar las compras que en la botica hacía. Lo que pudiera ocurrir, es que mis tías se compraron la ropa en su tienda, donde a su vez les hicieran un pequeño descuento, de ahí la gran bobería que se traían unos y otros.

Voy a hacer un pequeño inciso: según todas las informaciones recibidas, mi generación, la de la década de los sesenta, es de las más numerosas, y nosotros, nos hemos reproducido poco, por lo que serán los futuros

e-libro.net

jóvenes, los que nos deberán mantener a nosotros, cuando lleguemos a viejos. Pero, me pregunto, ¿serán los haraganes y niñatos golfos que veo en las chabolas, frente a mi casa, los que me han de mantener?, pues buena la llevamos, prefiero no ponerme en manos de nadie, a ponerme en las de ellos. Siento esto salto, en el contexto del texto, pero es que estas cosas me indignan.

Hay que ver, me cayó mejor el niño "bueno" que el "genio", ¿así caeré yo a los demás?, siempre que se me pueda considerar como un embrión que intenta ser genial. Pues sé, que aunque lo intento, no logro ser buena persona, mi egoísmo me lo impide. Todos nos creemos los mejores, al menos eso se deduce al leer un libro de Dale Carnegie, donde cuenta que incluso grandes asesinos y delincuentes, se consideran personas magníficas. Igual supongo que pensarán los traficantes de las chavolas, que no hacen nada de provecho para la sociedad, sino todo lo contrario.

Un sábado, que no había dormido muy bien del todo, iba a una velocidad algo superior a la normal, debido al escaso tráfico que había. No me di cuenta de la velocidad que llevaba hasta que pisé el freno en una curva a la que solía llegar con bastante lentitud, la mayoría de los días. Freno, y, de pronto, oigo un ruido a cacharro que me dejó alucinado, me dio miedo volver a pisar el freno; por suerte, el semáforo estaba en verde, por lo que no tuve que hacer ninguna parada hasta los cien metros, mas o menos. "El coche parece que frena bien, pero, y ¿si no es el freno, qué coño es lo que suena tan a cacharro viejo?", que es realmente lo que era mi coche.

Aparco en una bajada, y pienso en dejar allí el coche, e ir caminando al trabajo. Pero, "¿y si me ponen una multa por estar aquí prohibido aparcar; y si me roban el coche? No, lo mejor es que lo lleve al garaje, que allí seguro que está a salvo y lo puedo dejar hasta ver qué hago". Decido esto último, voy por zonas donde pasan muy buenos coches, y yo con el mío, haciendo un ruido ensordecedor y avergonzado de él. Al fin, llego al garaje de pisos, allí subo al tercero y lo dejo aparcado: "De aquí no me arriesgo a moverlo", pienso más estresado que amargado. No soy capaz de estar allí tranquilo, por lo que salgo a tomar un cortado y a fumar, a ver si así me relajo. Total, que llego pronto a la farmacia, y le cuento lo ocurrido a Dulcina. Mila, no está tal y cómo suele pasar últimamente, que a pesar de estar su marido malo, no quita para que ella se vaya de viaje. Efectivamente, Mila trata mal, muy mal a su alcohólico esposo, quien desde antes de casarse le dijo a ella:

-Yo no voy a cambiar, en todo caso iré a peor -y así ha sido, dejó su trabajo, no sirve para nada, más que para beber y hacer la comida para los tres.

Quizás ese ha sido mi fallo, el no decir a las mujeres, que yo voy a ir cada vez a peor, más que a mejor.

Total que ya estoy en la farmacia e intento relajarme y olvidar lo ocurrido, al menos que no influya en mi rendimiento. Estoy desesperado porque termine el día (la media jornada del sábado), y poder hablar con mi hermano Jose a ver qué me aconseja.

Llega por fortuna la una y cuarto, me despido de todos, deseándoles un buen fin de semana y me voy corriendo a coger un taxi. Marcos me quiere presentar a su novia a la que saludo muy escueta y apresuradamente:

-Hola, encantado; me voy. Lo siento, pero tengo prisa -y me largo corriendo a coger un taxi, no por allí, sino más lejos, para que me cobre menos.

La novia de Marcos no estaba nada mal, a pesar de ser mayor que él. De todas maneras, con las prisas que llevaba, no me fijé demasiado en ella. Marcos estaba coladito por sus huesos.

Tenía muchísima prisa, era la primera vez que iba a dejar el coche solo, y me parecía un disparate lo que sería lo más normal del mundo.

En mi casa, yo dejaba el coche en la calle, y dónde no peor, pues podían los chabolistas cebarse en él, como alguna vez había ocurrido, al margen de que supongo que sabían de quién era el coche.

Llegué en taxi a mi casa, y mi madre me preguntó que qué pasaba, se lo dije, y se tranquilizó, no así me ocurrió a mí, hasta que se lo conté a Jose. Él me dijo que llamara a la grúa después de almorzar y que acordara que trajeran una baja, pues tenía que entrar al garaje, y éste era bajo. Eso hice. También me dijo que lo llevara después al Barranquillo Don Zoilo, al taller del mecánico que solía yo llevar mi problemático coche. "No pensé que fuera todo tan fácil -me dije-, con dinero se solucionan muchas cosas".

Me llevó con su coche hasta el garaje, tras previamente llamar al club donde pagaba una grúa anualmente, para casos de emergencia.

Fuimos pues para allá, y como tenía que hacer tiempo, me metí en el bar donde últimamente solía tomar el café, y allí pedí uno y lo pagué al traérmelo. Como tardaba la grúa llamé a Madrid, para ver qué pasaba con ella, me contestaron que estaba en camino. En ese momento oigo a mi hermano que me está gritando para que fuera hacia él, a la entrada del aparcamiento. No me tomé el cortado pues estaba ardiendo, y salí del bar a toda prisa.

e-libro.net

Llegué a la entrada, donde me estaban esperando. Fui al garaje a hablar con los operarios. Por desgracia, no estaba Carmen. De todas maneras lo pude arreglar con uno de barbas. Al final no hizo falta que la grúa entrase, pues pude poner el coche en marcha y llevarlo a la salida. Me abrieron las barreras para que pudiera salir. Me diría David en una ocasión posterior, que el de barbas era un pesetero, que no iba más que detrás de las propinas. Conmigo lo llevó claro, pues sólo le di las gracias, a pesar de que me quería cobrar por pasarme de la hora con el coche estacionado allí.

A la salida ató el de la grúa mi coche a ella, por medio de cadenas, método que me resultó de lo más rudimentario para los tiempos que corren, y siendo éste un club puntero en lo referente a automóviles a nivel nacional.

Tras decidir cuál era el mejor trayecto para llevar el coche, ése tomamos; yo iba sentado al lado del joven de la grúa, quien estaba haciendo horas extras ese sábado. Jose iba detrás con su coche.

Llegamos al taller de reparaciones, y allí dejamos mi pobre vehículo, hasta que fuera el lunes siguiente a hablar con el mecánico.

Le pregunté a Jose si creía que le debía dar una propina al de la grúa y me respondió que sí, que creía que debía. Se había portado muy bien, y en agradecimiento, le di quinientas pesetas. Después me llevó Jose para mi casa.

No fue ésta la única vez que tuve problemas con el coche, no, fueron varias las veces. Por ejemplo, casi al principio de tenerlo, los chabolistas me terminaron de romper el espejo retrovisor izquierdo, y me vi un día sin espejos. Afortunadamente, la policía no me paró, a pesar de ser un peligro público.

Ya estaba casi resuelto el gran problema. El lunes fui al mecánico, antes de ir a trabajar. Como siempre, intentaba no ir muy bien vestido, para que no pensara que era rico; a pesar de ello, las cuentas no solían bajar de veinte mil y pico pesetas, y lo normal era que rondaran las treinta mil. Era verdad que el coche salía más caro que una “querida”.

Hablando de querida, siempre piensa uno que la última vez que se enamoró, será seguramente la última, a pesar de que existe la posibilidad de una vez más; ¿cómo será esa nueva vez?, está claro que siempre es distinta, y cada una se nos queda grabada de distinta forma. Aún seguía enamorado de Celeste, aunque parezca mentira, de todas maneras, mi amor por ella, estaba dando los últimos coletazos, y sin saberlo, estaba buscándole una sustituta; ya no sabía qué hacer para convencerla de que saliera conmigo. No se me ocurrían nuevas ideas aunque cada vez más, intentaba beber mucho menos alcohol; prácticamente ya lo tenía erradicado de mi vida, y a todos mis amigos, incluido el Lu, les tenía dicho, que en mi casa ya no se bebía; no sólo porque mi madre me lo prohibiese, sino por mí también. Estaba, y parece que lo iba consiguiendo, dejando el alcohol.

Beber no me atraía tanto como antes, es más, no me atraía nada, y esta nueva vida, sin drogas, me estaba satisfaciendo más que toda la anterior. Aún no había contactado totalmente con Camacho, aunque era con él, con quien más hablaba de religión, pues el Lu, muy pocas veces me habló de ello, a pesar de que todos lo consideraban a él, como el gran maestro; nunca lo tuve como tal. Es más, siempre le consideré a él y a sus amigos, un poco cortos de mente. Que Dios me perdone si no es cierto; pero si yo, que comparado con mis compañeros universitarios me consideraba inferior a ellos, estos nuevos amigos, veían la vida desde una óptica de muy pocos aumentos. Ellos ganan, los que más, ciento y pico mil pesetas, y eso les parece mucho. Ya les he dicho de los escritores que ganan más de mil millones de pesetas por libro, y algunos cerca de los dos mil; me dirán ustedes qué tienen que hacer mis amigos frente a estos. A veces pienso que me gustaría tener amistades en las altas esferas, pero me parece eso muy difícil, entre otras cosas, porque me lo parece ya sólo tener relaciones con licenciados. Gano poco, y no estoy trabajando fijo en ningún sitio, y cuando trabajo, pienso que me están explotando. Hago ganar millones a mis empresarios, y ellos me pagan con una limosna, y cuando me suben el sueldo, al poco, me ponen de patitas en la calle; tal vez porque no les hago la pelota. Esto no es del todo cierto, pues sí se las hago, si no ya habrían saltado más de una vez. Aunque según les parece a ellos, no se las hago lo suficiente.

Marcos era bastante delgado, y yo me decía: “Quién pudiera conservar la línea como él”, aunque sospecho que la mantenía por hambre. A veces, sus amigos ricos (no por ellos, sino por sus padres), lo invitaban a comer, y él no desperdiciaba la ocasión; faltaría más. Eso nunca lo llegué yo a hacer, ni aún cuando pasaba hambre. Recuerden cómo a veces, Tomás tenía en La Laguna jamón serrano, y nunca le pedí, a pesar de hacer varios años que no lo comía, y el que suponía que debía estar exquisito.

e-libro.net

Suelo ver en la calle gente muy flaca, y me pregunto si el influjo de la moda es tan poderoso, o simplemente es que la gente se cuida más que yo. Supongo que ocurrirá una mezcla de las dos, me asombran esas cosas que a veces veo, pues últimamente no acostumbro a salir demasiado.

Estando con mis tías, empecé a plantearme seriamente hacer otra carrera; si con una tenía trabajo, ya no digo nada con dos. Vean si no al presidente del colegio de farmacéuticos de Valencia quien según parece llevaba la tira de años como presi, y seguía. Tenía las carreras de medicina y farmacia. A pesar de ser incompatibles, se le podría considerar como un genio, mejor un ex-genio.

Incluso iba al Senado a resolver problemas de los farmacéuticos; tenía un buen currículum.

Era el protagonista de la revista de ese colegio; en Las Palmas, aún no se había publicado ninguna revista del colegio; con el tiempo llegaría a crearse.

Empecé a fraguar en mi mente la idea de que con dos carreras se me abrirían muchas más puertas, y si la hiciera de letras, seguro que tendría más fácil lo de la escritura. De todas maneras, mejor era no contárselo a nadie, a lo sumo a Camacho.

Según pude ver después, me sinceré demasiado con él, y muchas cosas que le decía, las consideraba absurdas e imposibles, fruto de estar yo loco.

Un viernes, el representante de los farmacéuticos españoles, D. Pedro Capilla, daba una conferencia en la cooperativa canaria. Tomás me dijo de ir; el tema era interesante: las futuras leyes que iban a influir en las aperturas de nuevas oficinas de farmacia. Me interesaba; al conferenciante, lo conocía por la revista “Farmacéuticos”, era el farmacéutico de moda de España, el que continuamente se relaciona con el ministro y otras personalidades.

Total, que decidí ir con Tomás. Quedamos para una hora del viernes, tal que me daba tiempo de ir a mi casa y cambiarme de ropa, cosa que hice. Fui con chaqueta y con la mejor ropa de verano que tenía, aunque sin corbata.

Llegamos pronto, y Tomás vio que allí estaba el BMW de su hermana, cosa que me comunicó. Estaba nervioso, no sabía si me había excedido en mi forma de vestir.

Según empecé a ver a gente, así me lo pareció. Supongo que la gente creería que mis tías me pagaban muy bien; pues no, cobraba exactamente el sueldo base. Al entrar, Tomás me dijo si quería ver los despachos de los “altos”; allí fuimos, y cuál no sería mi sorpresa, cuando me presenta a los que llevaban la dirección de la cooperativa (la conferencia era en COFARCA). Empecé a saludar, y poco después salió D. Pedro Capilla del baño; nos habían presentado a unos y Tomás se presentó con un: “D. Tomás García”, yo fui más modesto y me presenté con un, “Antonio Fijoleis”. Estas cosas las escuchó D. Pedro, a quien después nos presentaron. Fue todo un lujo y una casualidad. Él estaba algo rojillo, seguro que había pasado por la playa a relajarse algo. Vestía un traje de verano verde. Probablemente le habían comunicado que aquí hacía buen tiempo. ¡Genial!, era una de las personas más famosas que conocía.

Después pasamos Tomás y el que esto escribe, al salón de actos. A la ida a los despachos, había visto a C..., quien me saludó muy efusivamente aunque de forma precipitada. Seguro que fue a hacer relaciones con D. Pedro y los que llevaban la dirección de la cooperativa. Pelota y carroñero sí era. Lo mío fue simple casualidad. No así sospecho, fuera lo de él, mi antiguo y ricacho jefe.

Total que voy a entrar al salón y empiezo a hablar con cantidad de compañeras y compañeros; la mayoría de ellos montados.

También vi a Llopis, que iba con su padre, que al igual que el mío había vendido su farmacia; me extrañó que fueran juntos, pues el hijo debería estar enfadado por ello. De todas maneras, deduzco que el hijo, no quería ser farmacéutico rural, toda una extravagancia por su parte.

Llopis había trabajado en la inspección de las farmacias, y según creo se había enemistado con todos o con la mayoría de los farmacéuticos que inspeccionaba. Sé que a la hermana de Tomás le abrió un expediente, por salir de su farmacia cinco minutos antes de la hora del cierre. Con Tomás, por lo visto, fue de farruco total.

Lo vi, y como lo conocía de vista, quizás por ser los dos rubios y altos, lo saludé con una inclinación de cabeza, él no hizo el menor gesto de saludo, se me quedó mirando y luego entró al salón. Su padre iba también muy mal vestido, para ser una autoridad en el pueblo, y tener dinero fresco. Intuí que el mal gusto del hijo por la ropa, fuese herencia de su padre.

Eran pocos los que iban con chaquetas, y menos los que llevaban corbata; C... y su compañero, eran los únicos que iban con corbata. Bien por el calor, o bien porque ya lo tuviera planeado y viese que le sentaba bien,

e-libro.net

lo cierto es que C... se quitó la chaqueta, y parecía con su barba y bigote canoso, al igual que todo el pelo, un inteligente y próspero ejecutivo. Realmente no lo era. Era rico, sí, pues seguro que tenía más de mil millones, pero de ahí a ser inteligente va un trecho; por lo que he leído, al que mucho habla, se le puede más considerar un necio, que un ser de mediana inteligencia. C... alardeaba de hablar y hacerlo bien; yo más bien diría, que hablaba en exceso. Sé que no lo debería criticar tanto, pues después de todo fue mi primer jefe una vez fui licenciado, y sobre todo porque tiene bastante dinero y me podría perjudicar en un futuro.

Hablo muy mal de los farmacéuticos, por ser el colectivo que mejor conozco. Como parte integrante de este colectivo, me encuentro en situación de criticarlo, aunque no soporto que nadie ajeno a él lo critique, si no es de forma justificada.

Se puso el Sr. Capilla a disertar sobre varias cosas, incluso habló de la historia de la farmacia. Dijo que había algunos farmacéuticos, que apenas ganaban para el adjunto y para ellos; esto lo respondió a modo de réplica por lo mal pagados que estamos los adjuntos. Hubo un par de ellos, jóvenes y sin farmacia, que a su vez le replicaron. Él salió muy bien parado de cada "golpe". Dejó claro, o al menos a mí así me lo pareció, que era un líder farmacéutico, y eso que debía estar cansado del tute del avión y del viaje, a los que por otra parte, supongo está más que acostumbrado.

Cuando llevábamos unos tres cuartos de hora de charla, me entraron ganas de miccionar, por lo que pregunté a Tomás por el baño, y allí fui. Quise ser silencioso aunque se me había "dormido" una pierna, por lo que fui renqueando, lo que unido a mi tamaño, hizo que no pasara desapercibido, aunque tampoco llamé excesivamente la atención, pues estaba en el extremo más cercano a la puerta, y en la última fila.

Total, el mejor sitio para un "meón" como yo.

Aproveché para fumarme un cigarrillo, suponiendo que dentro no lo podría hacer.

Una vez acabada la evacuación y aplacado el vicio, entré. Me sorprendió ver a D. Pedro con un cigarro, primero porque supuse que allí no se podía fumar, y luego porque todo un líder de unos sanitarios diese tan mal ejemplo. Me he dado cuenta, que se cuida muy mucho de no aparecer en las revistas especializadas, con el cigarro en la mano.

Total, que me llevé una magnífica impresión de ese señor, a pesar de tener sus debilidades como todos los humanos.

Antes de entrar, charlé con una colega, que en su día había sido mala estudiante, y que ahora estaba trabajando con su padre; ya la había visto en la farmacia de Triana, y alguna que otra vez por los alrededores, cuando ambos nos dirigíamos a nuestros puestos de trabajo. Me contó allí, antes de entrar a la charla, que ella tenía una mujer, para que limpiara única y exclusivamente las estanterías. Ella iba como casi siempre, bien vestida, mejor de lo habitual en jóvenes de su edad, con un collar de perlas, que supongo fuera auténtico. No hay nada como ser la hija del jefe, siempre que éste tenga la misma categoría que uno.

Con mi padre, nada de eso valdría, aunque hubiera sido ideal haberla heredado, pues allí, en el sótano, tenía espacio de sobra para hacerme un despacho a mi aire, como el de D. Rafael C...; pero parece que todavía no ha llegado mi oportunidad.

Me enteré cómo un amigo íntimo de Ulises (ambos colegas), algo mayor que yo, pero que llevaba la carrera a trancas y barrancas, se mató en un accidente de coche. Ulises tuvo la suerte de coger el puesto vacante que dejaba su amigo en la administración. Dentro de la desgracia, tuvo mucha suerte. Se habla que en esos puestos de trabajo, se gana una barbaridad, ya veremos.

A la salida de la charla, fuimos: Tomás, Manolo Guerra y un servidor al bar de al lado. Tapeamos algo, y ellos bebieron güisquis de marca, hecho que no me pasó desapercibido. Le dije a Manolo de quedar un día para ir a cenar por ahí. Ignoro lo que pensó en principio, pero al final dijo:

-Sí, sí, llámame para quedar.

Algo vio en mí que le gustó, quizás el que pagara mi parte, a pesar de consumir menos que ellos; el qué, no lo sé, pero quedamos en firme. Fuimos charlando Tomás y yo en el coche, aunque él se guardó de criticar a Manolo, pues sabía que yo había vivido con él en el colegio mayor, y los amigos de carrera, me dan la sensación de ser tan queridos como los amigos del cuartel, a pesar de que no hice este último.

Total, que al día siguiente que tuve trabajo, le conté a mi tía que había ido la conferencia, y que en definitiva, teníamos un buen líder que nos defendiera. Ella, quizás sabiamente o quizá por falta de reflejos, se abstuvo de preguntar: "¿Para quién, para ustedes los que no tienen farmacia, o para nosotros?" No hubiera

e-libro.net

sabido qué responderle, aunque estaba convencido, que lo que él hacía era intentar defender a todo el colectivo, frente a los políticos.

Un buen día, pronto, y sin muchas ganas, quedé con Manolo en ir a cenar. Pasé por su casa, que estaba cerca de la de Charli, aunque la de él era terrera; no era suya, sino del padre de su novia. Ya a él le habían concedido la farmacia, y un servidor había ido a la inauguración; se le notaba en el ritmo de vida que llevaba. El padre se la había prestado a su hija, pues él estaba viviendo con una mujer que tenía su propia casa. Lo que no me enteré era si el padre era viudo o no, tampoco me interesaba.

Muy maleducadamente, no me abrieron para que entrara dentro, sino que me hicieron esperar en la acera, cosa de casi más de veinte minutos.

Salió Manolo con chaqueta, esto no era frecuente en él, al menos a mis ojos, pero sí, se le veía acostumbrado a llevarla, a pesar de ser de esport.

El coche, casualmente, lo tenía en la puerta de la casa, lo que me extrañó un huevo, aunque sé que no dejó de ser una casualidad. Me preguntó si quería ir a algún sitio en especial, le respondí que no, por lo que fuimos a un sitio al que él solía ir.

Iba, al lado de él, como un pobre diablo, con un jersey a rayas y una camisa a cuadros, todo mucho más usado que su ropa.

Me llevó por La Isleta, al restaurante de carnes, donde él llevaría la batuta. Se le notaba que iba allí con frecuencia, pues el del bar lo conocía. Él, a pesar de yo no beber, se pidió un vinito para cenar. El tiempo se me pasó lentamente y allí vi como prácticamente, no teníamos nada que decirnos, quizá porque los dos tuviéramos mucho que ocultar sobre el fin de nuestras carreras. De echo, soy algo reacio a contar mis años en Santiago, pues para mí fue una derrota sublime; yo, que tan mentalizado estaba, de que iba a llevarme bajo el brazo el título de licenciado por Santiago, en lugar de eso me volví loco, si es que fue lo que pasó.

Hoy, ni estoy seguro que lo fuera, ni me importa mucho. Sufrí como nunca en mi vida, y como siempre, recurrí al alcohol, espero que no me pase más.

Hoy, haciendo balance de mi vida, he llegado a la conclusión, que hasta pocas cosas negativas me han pasado debido al abuso del alcohol. Habrán visto, cómo desde la pubertad, he abusado de él; así y todo enfermedades graves como la de Santiago, y algún que otro ataque de asma, pocas más he tenido. Deseé con gran fuerza, que se acabara la noche con Manolo, es más, a la salida de allí, le pedí que me llevara a mi casa, pues estaba cansado; mentira, lo que estaba era sumamente aburrido. Pudiera ser por no consumir alcohol, aunque cuando lo bebía, no por ello era más feliz, ni mucho menos. Creo que hice ademán de pagar la cuenta, aunque al final la pagamos a medias. Él comió y bebió lo que le dio la gana, yo me quedé con hambre; no quise abusar, y pasar por un hambriento.

Deseaba que aquella cena llegara a su fin, pues allí estábamos los dos sin casi dirigirnos la palabra. Ignoro si para Manolo se le hizo la velada agradable o larga; a mí me pareció eterna. Después de él comer su postre me preguntó:

-Y ahora ¿qué hacemos, nos vamos?

-Sí, sí –le pedí yo-. Tengo algo de prisa y... –lo dicho.

Como no fueran los libros los que me esperaban, no tengo ni idea de lo que me causaba tanta prisa; pero es que me aburría soberanamente. No quiero decir con esto que sea mi amigo aburrido, sino que seguramente, ya no tengamos temas en común de qué hablar.

Ya saben que los sábados eran días específicos para ciertas personas, que por su trabajo, no podían ir entre semana a la farmacia, o tan relajadamente como desearan. Entonces lo hacían ese día, a pesar de algunos no comprender, que ellos estaban descansados mientras uno trabajaba.

Entre estos estaba un licenciado, que daba clases, yo aún no lo sabía, suponía que era licenciado, aunque me resultaba un batata. Intentaba jugar conmigo con el tú y el usted; cosa por otro lado muy frecuente entre las personas, sobre todo los licenciados; éstos quieren que se les trate de usted, y ellos tratarte de tú, al menos en aquella farmacia ocurría. Me tengo algo aprendido la lección hasta tal punto que incluso por teléfono evito, a no ser que el interlocutor lo deje claro, decantarme por un tratamiento u otro.

Pues estaba porfiando ese fulano, con el que tenía una guerra sin cuartel, hasta que al final, me vino un día abatido, y ya, claramente me tuteó; seguí sin usar con él ningún pronombre, aunque me dejó claro, que le daba igual, es más es lo que deseaba, que le tuteara, para estar los dos en paz.

e-libro.net

Otro sábado, vi a uno que había estudiado en el piso de León; le dije que lo conocía de algo, y él me dijo que no sabía (cosa no cierta, pues se veía claramente que sí me reconocía), aunque para refrescarle la memoria, me referí a él con:

-Tú estudiaste en La Laguna en el piso de León.

Al ver que le reconocía, y él ver que efectivamente, ya había descubierto también de qué y de dónde nos conocíamos, me empezó diciendo:

-Es que doy clases, y no me llega el sueldo, estoy haciendo sustituciones y que va...

Inmediatamente supuse que era maestro de E.G.B., pues los de "medias" ganan bastante, y los de universidad, tienen tiempo libre como para dedicarse a otras cosas.

Además recuerdo que en ese piso, el que más estudiaba era León, y aunque dejó claro que él había aprobado todo primero de carrera, cosa de la que hoy dudo algo, se retiró a una vida más sencilla y relajada.

No se le notaba que tuviera muchas luces, lo que me indujo a pensar que era maestro, y eso, que yo siempre pensé que los que se dedicaban a enseñar a las niños chicos, debían ser muy inteligentes, para poder tratar con esos seres. El tiempo me diría lo contrario, pues los imberbes son los más indefensos y los que menos conocen los entresijos de esta sociedad como para protestar y defender sus intereses, frente a algunos ineptos profesores. Lo siento por los "enanos", pero así es la vida.

A partir de ahí, y siempre que nos veíamos, me saludaba muy amablemente. Tal deferencia hacia mi persona, se lo agradecía mucho.

Otro que era profesor, ahora sí de "medias", y que usaba las recetas de MUFACE, era uno con aproximadamente mi edad.

Él, o alguno de su familia, era diabético, por lo que generalmente iba a buscar las tiras reactivas, para medir la cantidad de glucosa (azúcar) en la orina. Supongo que era para eso, ya que nunca se me ocurrió mirar ese prospecto.

Él, como la mayoría de los enfermos crónicos con mucho tiempo libre, era muy maniático respecto a los objetos a usar en la enfermedad. Iba siempre y pedía que le sacasen todos los botes de tiras que teníamos; al principio me mosqueé, pero luego, al ver que no iba con mala fe, no me importaba.

Abría cada tarro y miraba, las que según él, estaban en mejores condiciones para detectar "el azúcar". Siempre hacía lo mismo, por lo que le dejaba allí hacer sus comprobaciones, y me iba a despachar a otros. Solía ir también a comprar otros fármacos; en general, era un buen cliente, no porque se dejara mensualmente su dinero, sino porque no incordiaba, ni iba de superman. Intuía que vivía con su madre. Iba tanto de vaqueros, como de "pinzas", aunque a éstos últimas no estaba tan acostumbrado, se le notaba en la forma de llevarlos y caminar con ellos. Tenía algo de barriga, pero en general parecía un buen chico, y sano.

Los sábados, y casi siempre a la misma hora, aparcaba frente a la puerta de la farmacia, un Mercedes gris con pinta de ser un magnífico coche; de él se bajaba una hombre delgado y alto. Generalmente venía con malas pulgas. Recuerdo perfectamente cómo el primer día me preguntó después de despacharle:

-Y, aquí, ¿no me hacen descuentos?

-Espere un momento.

Entré y le pregunté a mis tías sobre ello. La verdad es que él pedirlo, me resultaba de caradura total, algo de lo más grotesco. Lo dijo en voz alta, bastante alta, como para que todos lo oyeran. Salí y le dije que no, que allí no se le hacían descuentos.

Según me contó otro día David, era el expresidente de la Caja de Canarias. Según me diría tiempo después Juancho:

-Los banqueros sólo son amigos del dinero.

Quizá tuviera razón.

Normalmente llevaba Strepsils® de las amarillas (las que tienen vitamina C), varias cajas, bien por la halitosis o bien porque tuviera problemas con la garganta, a saber.

Me pedía también la factura, seguro que para hacernos perder tiempo, rabiar, y gastar dinero. No era él nadie. Lo digo pues, después de perder el tiempo tontamente esperando a que saliera por la impresora pequeña la factura, la ojeaba y la tiraba en la papelera antes de salir.

Tenía tan mala leche, que hacía cuentas de mil veinticinco pesetas, o por ahí. Cuando le preguntaba si tenía suelto me respondía con un seco:

-¡No!

e-libro.net

Al principio se lo cobraba y le cambiaba el billete, al final, no se lo cobraba, a pesar, de temer que mis tías se dieran cuenta, y me echaran un rapapolvo.

En fin, no hablemos de cosas desagradables, como es el dinero.

Mis tías me tenían advertido, que no me desviara de mi ruta tradicional para llevar a Marcos; los sábados no les hacía caso, y llevaba al pobre muchacho a su casa, en Tomás Morales. Durante el trayecto, este muchacho, hablaba sin parar, y como sospechaba, fumaba droga; eso era lo menos que hacía, junto con beber cervezas. Supongo que poco más podría, ya que su capital no llegaría para mucho más, conociendo a mis tías. De todas formas, ni el trabajo que desempeñaba Marcos era muy complicado, ni hacía falta una gran cualificación para él. Consistía en subir y bajar las rejas de cara al público. Arreglar las recetas, que no eran tantas como en la farmacia de C..., colocar medicamentos, y poco más. Encima, esas pocas cosas, según parece las hacía mal.

Lo más que me preocupaba de él era que no tuviera un hombro, ni de su padre, ni de su madre en el que apoyarse, a pesar de que el edificio en que vivía estaba habitado casi todo por su familia. Las generaciones actuales de su familia eran poco trabajadoras, y de haber sido la familia una de las grandes de las islas, habían venido a menos a pasos agigantados.

Otras sábados, si no llevaba el coche, y por lo tanto cogeríamos un taxi, le invitaba a desayunar en el bar más antiguo de la calle, donde iba gente conocida de la zona. Yo pedía cervezas sin alcohol, él de las normales, hasta que un día le reprendí eso, y molesto, le comenté que no me gustaba que estuviera bebiendo, al menos delante de mí, y con mi dinero. A partir de ese día, cuando íbamos al bar, tomaba leche y un bocadillo. Prefería alimentarlo a emborracharlo.

Marcos, acostumbraba a mojarse continuamente el pelo, con lo que en el momento, parecía que tenía gomina, similar a Mario Conde, pero después, al secársele, le daba aspecto de sucio, el pelo; él, que yo me diera cuenta, no olía mal.

El que sí olía mal era yo, hasta el punto que mi tía Mila, se regañó toda en una ocasión, y me increpó a que no usará más la misma colonia, pues en mí apestaba. No lo dijo con muy buenos modales, lo que me dio la sensación, de que realmente el olor en mi cuerpo de ella, era verdaderamente repulsivo. Les conté que lo mismo me había ocurrido con otra colonia con el Lu, quien me dijo que a mí me sentaba mal; la colonia me la había regalado mi madre por Reyes. Se la dejé a él, quien se encargó de gastarla. Igual pasó con un tarro de Loewe. Nunca me dio las gracias, por eso ni por nada, y eso que él ganaba más que yo, y muy pocas veces (para darle un margen, pues yo creo que nunca), me convidó a algo.

Yo a él, lo invitaba continuamente. De acuerdo que era una buena persona, pero eso de creerse que todo se lo merecía, me parece algo nefasto. Me sorprendió, que estando al poco de morirse sus familiares, me confesase:

-Porque yo si salgo con alguien, no quiero que viva con sus padres.

“Desgraciado -pensé, parafraseando a mi tío Joaquín-, si sólo hace un par de meses que se han muerto los tuyos, y ya te crees un ser maduro, porque dices vivir solo”, a pesar de que en su casa vivían su tía y una inquilina.

Pero en fin, sigamos. Los sábados, como me tocaba relajarme y tenía más tiempo, llevaba el coche a ponerle gasoil, para toda la semana. Le ponía poco, y llegaba bien; el coche tenía un gran tanque, el que solía llenarlo hasta las tres cuartas partes, ya que siempre había oído, que el coche de gasoil, no se puede dejar que se le vacíe el depósito, pues si no, hay que “purgarlo”; cómo y por qué, lo ignoro. El coche, estaba muchas veces en el taller.

Alguna vez, se me ocurriría llevar a lavarlo, pero era un disparate, pues el sábado es el día que todo el mundo aprovecha para hacerlo, y se formaban unas colas inmensas, tanto para hacerlo manualmente, como con las escobillas automatizadas.

Mis tías llevaban tanto tiempo en esa farmacia, que incluso, tenían una plaza de garaje en propiedad.

Alguna vez, un operario del “parking”, me llamaba:

-¿Qué hay doctor?

Y se ponía a hablar conmigo. A la salida, me despedía con un fuerte:

-¡Adiós doctor!

Yo le decía que no era doctor, pero él, ni caso.

Esta gente llevaba un uniforme en tonos celestes. La novia de David, lo llevaba de tonos grises. La primera vez que la vi vestida de calle, me extrañé muchísimo. A pesar de gustarme ver a las mujeres con uniforme,

e-libro.net

ya sea con traje de mujer como las secretarias, o ropa masculina como las policías, a Carmen, el uniforme no le sentaba nada bien. Bueno, lo cierto era, que ni era ni es, precisamente una modelito.

Ella y él, trataban a mis tías de usted y "doña." A mí eso me chocaba y me resultaba absurdo. Ni que fueran ellas presidentes del gobierno.

Hablando de políticos, un día que había ido el matrimonio Lotario Fijoleis, primero a Madrid, y luego a Santiago, me contó mi tía, que habían ido a cenar al mismo restaurante que Aznar, y que allí le había hablado de mí. Eso me pareció muy raro, "¿asunto de qué le iba a hablar de mí?; y, ¿seguro que lo había visto y había hablado a él?, algo raro me parece".

También me comentó que había visto a Carrascal, el periodista, y que se metió con su corbata, que era más fea que las que usaba en la tele. Él le respondió con una bobería. Esto me dijo, y esto les cuento; muchas casualidades veo para un par de días; y encima que le fuera tan fácil abordar a esos famosos; en fin, si ella lo dice, le daremos un voto de confianza.

Lo odiaba, pero a veces no me quedaba más remedio, sí, le pasaba algún que otro fin de semana el paño del polvo al coche, pues se ensuciaba una barbaridad. Está visto, no sirvo para ser esclavo del coche, a pesar de que muchos opinan que el coche es la libertad. Esto, tampoco lo tengo muy claro.

Ya ven cómo mi tía estaba más tiempo de viaje que en la farmacia. Encima, aparte de eso, se cogía su correspondiente mes de vacaciones. Yo, cuando les pedía unas horas libres, no lo veían con muy buenos ojos. Era su esclavo, y como tal, mal pagado.

Tenía intención de dejar la farmacia, a pesar de ello, no se lo dije a nadie, salvo como dije, quizás al que algo le comentase, fuese a Camacho.

A veces, él con la disculpa de adelgazar, pedía una tarrina de ensalada, que era lo más barato. Tengo unos amigos que cuando se gastan ellos el dinero, parece que les pesa, pero si el gasto lo hace mi madre o yo, no les importa tanto. Un día, hasta me llegué a enfadar con él, pues se puso a hablar por teléfono desde mi casa, y no paraba, y seguía "dale que te pego". Me desesperaba al verlo que no cortaba. Al final, después de mucho tiempo, se rió al decirme, que realmente cuando uno pagaba, le duele más que cuando lo hace el otro. Para esto no hace falta ser muy inteligente. Al final, no se disculpó.

La ropa que usaba, o una de dos, o la tenía desde hacía mucho tiempo, o la cogía de otro, o la madre se la lavaba continuamente, o vayan a saber qué, pero estaba generalmente muy desteñida. No era ropa mala, pero en él, no resultaba de calidad.

Sus dedos solían estar siempre negros (las yemas), debido al pulir y trabajar el oro, pocas veces se las he visto limpias. A parte de eso, tienen una especie de brillo que no es muy agradable.

Todos sus amigos dicen que es campechano y bonachón. Yo, sin embargo, como le he comentado, lo encuentro presto al cabreo.

Una vez me dijo, que había gente que no sabía decir las cosas, y que eso, a él, lo molestaba.

En otra ocasión me contó lo que había escuchado de un guardia al dirigirse a él:

-Por ese camino, vas muy mal, y no saldrás nunca de ser escoria.

Se refería al tórrido mundo de la droga en que estaba metido. Consumía mayores cantidades que yo, y así acabamos. Ahora, según sus palabras, estaba regenerado, pero a costa de estar en dependencias psiquiátricas (creo que él estuvo en peores condiciones que las mías), muchas de ellas estatales o benéficas. Si la Quinta era deprimente, imagínense cómo serían esas.

Sus amigos del barrio, la mayoría eran drogadictos. Él, hacía tiempo que se había alejado de las drogas ilícitas, y aunque muchas veces, tal cual les he contado, se automedicaba, con la certidumbre de que quién mejor que él se iba a conocer; se subía y bajaba la medicación, lo que se dice "a demanda", según su estado de ánimo. Las subidas y bajadas de fármacos, no eran graduales y paulatinas, sino totalmente arbitrarias.

Intentaba darle consejos sobre esto, pues en el fondo soy un profesional del medicamento, y estos más concretamente, los conozco por experiencia. No tomábamos los mismos fármacos, aunque sí estaban dirigidos a lo mismo.

Una noche de un viernes, estábamos los dos muy eufóricos, y entre risas y charlas, en un par de horas, tomamos más de tres cafés y gran cantidad de cigarros.

Cuando se fue a su casa, a dormir, me di cuenta que estaba totalmente despejado, y sin ganas de dormir. No era extraño, pues muchos viernes, me solía ocurrir.

e-libro.net

Leí toda la noche, y ya, cerca del amanecer, viendo que finalmente ese día no podría pegar ojo, decidí tomarme otro café. Era la primera vez que iba a ir a esta farmacia, sin haber dormido aunque fuese un par de horas. De todas formas, recuerdo cómo mis compañeros de estudios superiores, me comentaban:

-Dormir un par de horas sólo, es peor que no dormir nada.

No podía permitirme el lujo de estar en baja forma en el trabajo. Así, que decidí no dormir, e hice todo lo que estaba en mi mano para impedirlo. Consecuencia de haber estado toda la noche en vela y bebiendo agua, iba a ser el que por el día estuviera orinando más de lo normal. Esto no lo había previsto.

Al día siguiente, cómo no, fui después de tomarme un par de cortados, y sin haber llevado el coche, a mirar las tiendas de los libros; lo más seguro es que compré alguno.

Leía algo, menos de lo que me hubiera gustado. Pensaba que estaba perdiendo el tiempo, aunque no se lo decía a nadie, pero me iba entrando una sensación de frustre absolutamente increíble. Todo me lo tragaba, y mi única válvula de escape, eran mis cenas con mis amigos, ya, gracias a Dios, sin alcohol.

Cuando estaba trabajando ese sábado, empecé a ir con demasiada frecuencia al baño. Deduje, no sé si bien o mal, que mi tía la boticaria, la otra no estaba, creería que iba a esnifar coca, o vayan a saber qué. Esto me preocupó; y para que viera, que tenía buena voluntad, le pregunté:

-¿No sabes de algo -refiriéndome a algún fármaco-, para impedir que no vaya al baño?

Suponía que iba tanto por el café, que es diurético; no había caído en la cuenta de que había bebido más agua de lo habitual esa noche.

Le conté también a mi tía, que había bebido mucho café con un amigo, y que me había pasado la noche en blanco.

A mi modo de ver, hizo el café del día, más rápido de lo normal, y me preguntó si yo quería.

-Sí, sí -respondí como uno que lleva la adicción a él en la sangre.

Como siempre, me lo tomé sin hablar, y fumándome un cigarro. De todas maneras, mi silencio, parecía mayor al normal, a mí al menos eso me pareció, y bajaba los ojos en señal de humildad.

Ese mismo día, recuerdo cómo ella, hablando con todos, y sobre todo, refiriéndose a Marcos dijo:

-Porque, ¿tú te crees que yo no me canso de todos,

incluido mi sobrino? Pues estás equivocado.

Yo me dije: “igual te digo”, y: “vaya hombre, pues muchas gracias”. Seguro que si lo hubiera dicho yo, sentaría mal. En fin, ellas eran las jefas y había que tragar.

Otro día, y lo solían decir con cierta frecuencia, comentó algo enfadada, y dirigiéndose a Marcos:

-Porque de ti, no se puede fiar uno, no se sabe cuándo dices la verdad o la mentira; en cambio a mi sobrino, aún no le he cogido una mentira, por lo que se puede confiar en él, no dice mentiras.

“Gracias Dulcina, gracias. Menos da una piedra”. Me creía ser el mejor farmacéutico de la isla, si no el de la provincia. Un pobre muerto de hambre es lo que era.

Otro día, Mila se dejó caer con un:

-Porque yo a ti, si tuviera tiempo, te haría un buen farmacéutico.

No quedaba duda que ella se consideraba una buena farmacéutica. Para suavizar la gran putada de que estuviera vendiendo la farmacia, porque sí, la tenían en venta, aunque seguía creyendo que me daría tiempo a comprárselas, “me confesó” una vez, que estaba en conversaciones con un farmacéutico que tenía una farmacia en un campo, y al que le había puesto como condición al vender la farmacia, que la suya me la vendiese a mí.

Otra vez, me dijo que llamase a un farmacéutico de otro pueblo, del que ella se había enterado, que la estaba vendiendo muy barata. Ella era de la opinión, que yo debía aventurarme a comprar alguna de cincuenta o setenta y cinco millones; que para mí, para empezar no estaba mal. Yo, pobre de mí, barruntaba: “¿Y quién me sirve de aval?, si no tengo a nadie que se me halla ofrecido, y de seguro, ninguno se ofrecerá”

Familiares que tuvieran esa cantidad, estaba seguro que los tenía, pero sabía también, que si me acercaba a ellos a pedírselo, *ipso facto* se alejarían de mí.

Ya saben que cuando hay dinero de por medio, nadie tiene amigos; hasta el momento, como iba siempre de paganini, parecía que sí los tenía. Más de una vez, pensaba en Luis Cosmen, “¿serían mis amigos iguales a los que él tenía?, posiblemente sí”; a pesar de que yo no podía decir que fuera rico, todo lo contrario.

El que mi tía intentara buscarme una farmacia, me daba ánimos, pero intuía que ellas no me iban ni a dejar el dinero, ni a servirme de aval; lo mejor era no planteárselo.

e-libro.net

A otro que le habían hecho algo por el estilo, era a Diego Suárez Artiles, “Dieguito”, cuyo abuelo había vendido la suya, en la que él había trabajado desde que terminara la carrera.

Un sábado, de los que Mila no estaba, vino un fulano, con otro y me preguntó algo despóticamente:

-¿Cuántos Lexatín® 1,5 tienes?

-Un momento.

Se lo conté a Dulcina, y me contestó que le preguntara por qué.

Eso hice. Él dijo que era médico..., yo fui con el recado a mi tía, quien salió y se pusieron a discutir los dos. Ella le dijo que era la farmacéutica, y al final, quedaron en “tablas”. Él se llevó bastantes psicotropos, aunque no tantos como pretendía.

Al final, medio riéndose me dijo mi tía:

-Como verás no me cuesta nada hacerme la farmacéutica.

Indudablemente esta tía, era mucho más humana que la otra, por mucho que mi madre siempre dijese lo contrario, y que se fiaba más de Mila, que de Dulcina.

En una ocasión me dijo Dulcina:

-Porque tu padre era un bruto.

Esa fue la contestación, al contarles que hacía poco que había visto los diplomas con las notas de él, y que también hacía poco, me había enterado de las carreras que había hecho mi padre. “Aún faltaba mucho para alcanzarle”, mascullé en mi cerebro sin comunicárselo a nadie.

A pesar de que la gente cada vez más, dice que no es racista, por mi parte, agradezco al Señor que me haya hecho blanco, y que me haya creado en la tierra donde vivo. Quizás todos estén contentos con su suerte, pero yo, agradezco no haber nacido en el Bronx o Suráfrica. Supongo, por muy adaptados que estén los habitantes de esos lugares, que no están muy conformes con vivir en ellos. Tal vez sí, quién sabe.

No tengo que irme tan lejos. Aquí mismo, prefiero vivir en mi casa, a pesar de ser de los más pobres de la zona, antes que en las chabolas, que como ya saben están frente a mi casa.

Soy huérfano y antes que eso mis padres ya se habían separado, y como bien dice mi madre:

-El padre, cuando se muere se lleva la llave de la despensa, pero la madre es la que hace y mantiene el nido unido.

Posiblemente tenga razón, por el momento mis hermanas y yo, estamos bastante unidos, y puede ser que se debe a ella. Soy pobre, y más me considero aún en este barrio de ricos, donde los padres, bien por su intelecto, bien por ser afortunados en los negocios, han hecho de este barrio una zona de categoría.

Me considero pobre, pero entonces, imaginen al Lu en su casa terrera en la que a veces, como les conté, se notan la presencia de roedores. De cucas, no les digo nada, una vez, compró trampas para ellas, consistentes en unos dispositivos con comida contaminada, la que no las mata al momento, sino poco a poco, para que no sepan por qué, de qué, y dónde se envenenaron; pues de esas puso unas cuantas en su cuarto y en el recibidor. Al día siguiente, habían cucas muertas por todos lados, algo increíble. No sospeché nunca que allí hubieran tantas cucas hasta ese día.

El Lu, se quejaba de su tía por todo, que no hacía bien ni buena la comida, que no limpiaba bien, etc, etc. Hay que ver, era su único familiar que le quedaba en vida, y no sentía ningún apego por ella.

Conmigo últimamente también estaba enfadado, por mi parte intentaba no beber, sin embargo él, bebía a tajo y destajo. Seguía saliendo con chicas del trabajo, a cenar y a beber, aunque si le preguntaba uno, que si estaba enamorado, salía con un:

-¡No, no!; yo no me enamoro tan fácilmente.

Entonces Lu, ¿me puedes explicar qué coño haces con las chicas que invitas a cenar? Bueno, las invitaba, aunque cada uno se pagaba lo suyo. A mí se me caería la cara de vergüenza de tan sólo pensar en proponérselo a una chica que me atrae; debe ser porque deba ser más machista.

El nombre de la chica, no lo recuerdo, pero sé que me decía que su padre había tenido mucha suerte con un bar especializado en jamón serrano, manices, y un par de cosas más; de bebidas, lo que más vendía eran litronas de cerveza. No estaba mal, habíamos ido un par de veces, aunque últimamente lo encontraba un poco caro.

Pues bien, el dueño de ese bar de La Isleta, era el padre de su amiga, la que le atraía mucho, ella era enfermera, y también trabajaba en el Hospital El Pino, al igual que él. Tenía o poco le faltaba para terminar de construir un dúplex, no recuerdo dónde.

e-libro.net

El negocio iba tan bien, que siendo uno de sus hijos, abogado, había preferido trabajar en el garito, más que ejercer su profesión. Lo vi una vez, y a pesar de ser un negociante, y por tanto debía aguantar mucho a sus clientes, era algo orgulloso. Sería lo más lógico que también llevara el papeleo del bar.

Como ese bar hay muchos casos, tal es el ejemplo de la churrería al lado del Mercado de Altavista. La que estaba al lado de C... Esos, los dos hermanos, eran otros afortunados, al menos, en cuanto a dinero se refiere. Pero no se crean que manejan unos pocos millones, en absoluto, puede incluso que lleguen a miles de millones. A cientos, estoy más que seguro. Sin embargo uno, después de mucho luchar, sigue sin tener donde caerse muerto.

Pensaba yo: "¿Y si en lugar de trabajar en estas farmacias, hubiese sido un ejecutivo, no me habría ido mejor?" La cosa es que en mi isla, bastante tercermundista, casi no hay ninguna gran empresa que se ocupe de este mundillo. Sí hay muchas dedicadas al turismo, pero a la sanidad, muy pocas. Eso me preguntaba, y a veces sigo haciéndolo.

Un director de una sucursal de un banco, joven, sobre los cuarenta, según parecía, había llevado una buena carrera, aunque hasta ahí llegó. Era algo rubio, pero, casi todo su pelo era canoso; llevaba barba y bigote; toda su cabeza parecía rarísima, usaba el pelo demasiado largo, para mi gusto. Solía verlo a menudo por la zona, y me saludaba muy amablemente; no creo que fuera por mí, sino por mi familia paterna, más que nada. Un día, sin venir a cuento nos contó cómo otros años, que se había ido al barco en vacaciones, le llamaban por el móvil, y no le quedaba más remedio que volver; pero ese año, ya no lo cogían, se iba de vacaciones al extranjero, y sin teléfono. David no cayó en que el barco era suyo, y metió la pata. Me hizo gracia. Yo le había comprendido de entrada. A partir de ahí, cada vez me saludaba más efusivamente.

Parecía que todos iban a contar las noticias a la farmacia. A lo mejor, algunos por presumir, otros por hablar, y otros porque quizás se vieran en la obligación de ello.

Mis tías estaban enviciadas con el bingo, y no les extrañe que hubiesen dilapidado la fortuna familiar en ese tan nefasto vicio. Tan nefasto como cualquier vicio, aunque ese podía llevar a la ruina a la familia. No es extraño que siempre dijesen que no tenían dinero.

A los pocos meses de estar por allí, la rubia del negocio de al lado se fue de la zona, ya no la volví a ver más; esto no fue demasiado lamentable, pues al poco apareció una chicuela, o al menos yo no la había visto antes, sorprendentemente hermosa, y estaba si cabe más provocativa aún. Esta era morena, y era de lo más atractiva que había visto. Hacía sol, y se notaba que ella iba a la playa, y aunque ya de por sí, hermosa, y a pesar de tener su piel morena, esta aumentaba más aún su lindura, con la exposición a los rayos solares. Solía vestir muy veraniega, ligerita de ropa. Tenía mucho gusto vistiendo.

Para mi gusto, esa, al igual que la mayoría de las que a mí me gustan, bien podrían desfilar como modelos, en pasarelas de grandes modistos. Sería quizás la mala fortuna de estas chicas, o que no quisieran meterse en ese mundo, supongo que muy competitivo, sino que se conformaban con ser empleadas o mujeres de pequeños empresarios, quienes de seguro, creen que el mundo son solo ellos y los que le rodean, sin saber que el mundo es mucho más grande, y que uno es un granito de arena de una inmensa pirámide. Ya sé que dirán que las pirámides no son de arena, pero, ustedes ya me entienden.

La última chica, tenía unos labios carnosos, siempre con carmín, que estaban ciertamente apetecibles. No supe nunca dónde trabajaba. Estaba allí, mañana y tarde, y encima comía en un bar allí mismo.

Creo recordar que fue en ese año o uno cercano, cuando el escándalo del refugio antiatómico de Felipe González. A mí, si he de ser sincero, me cabreó, más que nada porque no había un hueco para mí. En fin.

Un día que estabamos la familia reunida, le dije a Juancho:

-¿Tú sabes protegerte de lo que desconoces?

-No.

-Pues entonces España tiene bombas atómicas; si no, no me explico cómo se construyó el búnker.

Hoy, pensándolo mejor, no es tan difícil, pues debe haber ingenieros y demás personas y personajes, que estando educados en países en que la tecnología atómica está adelantada, hayan podido ser contratados por Felipe. Iba a poner por España, pero no entremos en polémica. O si no, traer los planos de donde haya. O bien que los planos los hicieran gente que de eso sepa, aunque no conozcan cómo se hace una bomba, pero sí sepan protegerse de sus efectos devastadores. O..., no sé.

También estaba leyendo la segunda parte de lo que "El Viento se llevó", eso, junto con otros libros leídos de y sobre Irlanda, era por lo que intentaba convencer al Lu, para irnos de viaje a esa, supongo, magnífica y verde isla.

e-libro.net

La imaginaba toda verde, con una pizca de humedad en el ambiente, sus buenos whiskies, en fin, todo un paraíso, y cómo no, sus lindas y pelirrojas mujeres.

Quizás veía más cercanas a esas mujeres irlandesas, que a las canarias; ya que seguro que allí, al ser uno extranjero, y por eso de la novedad, es más fácil contactar con las bellezas. Suele uno tener la idea de que esas mujeres tienen grandes y blancos pechos, con unos grandes y rosaditos pezones.

Me imagino, que ellas pensarán en grandes “cipotes”, y pensarán que aquí, en parte, por ser un poco salvaje, algo incivilizado, tenemos mayores trancas que en otra parte del mundo, como le ocurría a José Arcadio en “Cien Años de Soledad”, de García Márquez.

Cito este libro, pues es el que me estoy leyendo ahora; he de confesar, que cuando lo leí por primera vez, en La Laguna, no me enteré de qué trataba, ahora, ya es otra cosa, y aunque aún voy por las primeras treinta páginas, puedo decir, que el libro engancha, y eso, que últimamente intento leer lo mejor de lo mejor. Al menos esa es mi meta, si quiero que algo de ellos me impregne el cerebro, o sea, que me de sabiduría. Mis tías eran anticuadas en su forma de entender el negocio, y por todo se enfadaban; eran bobas, pues si no querían hacer ese tipo de trabajo, no sé por qué no lo delegaban en otros. Estoy refiriéndome a una cosa tan sencilla como el pago con tarjetas de crédito. Tenían los aparatos para cobrar con ellas, y sin embargo se ponían hechas unas fieras cuando alguien pagaba con ellas.

Decían que les cobraban un porcentaje, que supongo será mínimo, aunque aún así, se ponían hechas unas fieras.

Supongo, que también sería porque todo ese dinero debía ser declarable. Eso sí, como la inmensa mayoría, después cuando se enteraban que alguno de los del gobierno robaba (no es que los defienda, ni mucho menos), ponían el grito en el cielo. Es que veían la paja en el ojo ajeno, pero no se veían la viga en el suyo.

Soy consciente, de que no debo criticar, y sin embargo es lo único que hago. Han de tener claro, que tengo yo exclusivamente la culpa de que este libro sea un bodrio.

Camacho solía viajar mucho, y viajes bastante grandes. Iba con su sobrino y su madre. El sobrino ya les dije que era huérfano de madre, y su padre pasaba mucho de él, por lo que su abuela, la madre de Camacho, lo llevaba de viaje y le daba lo mejor, para que no sintiera la falta de la madre. No era buen estudiante, aunque sí le gustaba mucho el deporte. Quería aprender el oficio del abuelo, a quien ignoro si eso lo enorgullecía o lo enfadaba. Era muy reservado. Posiblemente con su amante fuera más abierto.

Uno de los viajes fue a Disneyworld, en donde se perdieron. Allí, Camacho tomó poco café, pues según contó los cafés americanos eran enormes, aunque más rebajados que aquí. Pero cada tanganazo tardaba una media hora en tomárselo.

Él acostumbraba a tomar lentamente los cortados.

Dice que lo miraban con malos ojos creyendo que eran una familia de sudamericanos, pero cuando les decía que eran españoles, la cosa cambiaba.

Ya fuera por acompañar al niño, o bien para divertirse ellos, lo cierto es que por lo que parece, se subieron en todas las atracciones que pudieron.

Una vez, según me contó, se habían perdido, por un mal entendido entre la madre y él. Fue esto hasta tal extremo, que dice que cuando la vio, más que contentarse le largó un pleito.

Estuvieron poco, pero fue provechoso el viaje. Yo nunca, salvo en el “brote”, había soñado en un viaje de esas dimensiones. Hoy no lo añoro, prefiero leerme un buen libro, y encima me sale más económico y cómodo. Aunque quizá no sea tan rápido. Ojo, no estoy criticando a los americanos, todo lo contrario, pues acabo de leer dos autores de bestsellers norteamericanos, y me han encantado. El último es “Deuda de honor” de Tom Clancy.

Según me explicó una vez Camacho, su padre, también Manolo Camacho, enriqueció a la querida.

Esta gente tiene una idea muy rara de las riquezas, así por ejemplo, por un puesto en un centro comercial del Inglés, que vende helados y frutos secos (ese era el que le había puesto el padre a su amante), ya decían que era una ricachona. Esa gente no ve, que hay gente que maneja miles de millones, y algunos hasta billones.

A mí me daría vergüenza decir que esa persona es rica.

Me contó, entre otras confidencias, como, su madre, le tenía siempre un pañuelo limpio en la mesa de noche, para que se limpiara las manos del semen eyaculado al masturbarse. Esta cosa imposible e increíble en mi casa, me dejó alucinado, y no tuve más remedio que decirme, para salir de mi asombro, que cada uno es un mundo, y cuánto más no, cada familia.

Otro día me dijo cómo su madre le dijo a su hermana, casada, y viviendo en el mismo edificio:

e-libro.net

-Porque Manolín –delante de él-, se caga todos los calzoncillos.

Enseguida supe, que era para que su hermana, no se acomplejara de los calzoncillos de su marido.

Esto humilló mucho a Camacho quien no la entendió.

También me satisfizo a mí, y me valió para decirme: “Todos, aunque distintos, fisiológicamente somos parecidos”.

En especial recuerdo una vez, en que fue tal su enfado, al decirle una cosa sencillísima, produciéndose en su interior tal ira, que afortunadamente la controló, que yo no sabía dónde meterme, por miedo a que reventara y descargara sobre mí.

El Lu, me contaba sonriente:

-Yo, gracias a que me masturbo tanto, no estoy tan salido por las mujeres.

Era cierto que no se le iban los ojos tanto como a mí, pero sin embargo, él salía con más chicas que yo. No dudo que fuera porque yo era un tarado mental, y que estuviera trabado, pero, ¿no estaría él más que yo?

Le contaba, que era raro, pues cuando estaba estudiando, salía más fácilmente con las chicas, en cambio ahora me costaba más. Él me respondía:

-Es que antes, el ambiente en el que estabas, se prestaba a eso, en cambio en el que estás ahora no.

No estaba muy de acuerdo, pues antes no iba a discotecas ni a pubs, ni a sitios de reunión, casi, más que con Grandos, y ahora que iba a esos sitios, no me comía ni una rosca. Estos los empecé a dejar de frecuentar, no sólo porque no tuviera dinero, sino porque me daba vergüenza ir bien vestido, y ser un muerto de hambre. Veía que aquello era sólo dinero y más dinero. El ir me inducía a beber, a pesar de que lo que más tragaba era cerveza sin alcohol. Y por último, o casi último, y si no, sí de lo más importante, que no me comía ni una rosca.

Parafraseando a un cómico español: “Aquí no hay Dios que ligue”, y tenía mucha razón.

Compré el libro que ese año publicó Juancho, y me hizo gracia lo artísticamente sexy que era la portada. Se lo enseñé a mis tías y ellas hicieron una especie de gesto de escándalo. A mí sin embargo, me hacía gracia.

Al conocer algo su vida, observé cómo gran parte de lo que en las novelas contaba, era, cómo no, ella misma.

Supongo que eso le ocurrirá a la mayoría de los escritores. Yo me iba preparando, leyendo lo más que pudiera, para cuando fuese mi lanzamiento, que intuía iba a ser apoteósico. Estaba convencido de ello.

En la farmacia estaba, o intentaba, cuando los clientes así me lo permitían, leyendo prospectos y más prospectos, mientras que David, cuando estaba fuera, se ponía a saludar a la gente, y saludaba tanto, que estaba claro, que era archiconocido en el barrio. A mí me saludaban algunos, aunque, no tantos como yo quisiera; las chicas guapas, a lo sumo hacían un ligero movimiento de cabeza, suficiente para dar a entender que me habían visto. Yo, con esa única señal, no podía adivinar si estaban enamoradas de mí o no, cuando yo sí lo estaba de ellas.

Me parecía, que las prácticas hechas en la universidad, relacionadas con la carrera, no eran suficientes, ni estaban acordes con la avanzada y profusa teoría que algunos daban.

Las prácticas, la mayoría, siempre me parecieron recetas de cocina, y poco profundas, en fin, poco científicas. Prefería con creces la teoría, a pesar de que ella me amargara.

Otras prácticas eran tan sencillas, como ver la disposición que tomaban las limaduras de hierro ante el rectangular imán, pintado de rojo y azul, con cada color una parte hasta la mitad justa, para diferenciar los dos polos opuestos, el positivo y el negativo. Eran prácticas bien simples.

Me extrañaba, machacar tanto una cosa ya vista en cursos básicos anteriores; quizás fuera ese el motivo de que casi no les prestara atención, y por ello, que hoy, no tenga bien claro esas prácticas. Supongo, que eso también se deba al olvido, por separarme algo de la física y el magnetismo, durante estos años. Pero hay que elegir un camino en esta vida, y según parece, cuanto más lineal es una vida, más se cierran las puertas de los alrededores. Al menos algo de esto he leído. De todas maneras aún no lo he confirmado, por lo que no me hagan mucho caso. Háganme todo el que hasta aquí me han hecho, o sea, ninguno.

Cuando alguna de mis tías se iba de viaje, parecía que ya uno no sobraba, que me tenían más en cuenta. Sobre todo me pasaba cuando se iba la boticaria; Dulcina se era más humana, más asequible, no digo que no fuera porque ella no tenía con quien hablar, si no era con su otra hermana. Sin embargo, Mila, tenía el hombro de Lotario donde descargar; a pesar de que yo no me fiaría mucho de él.

Quién sabe, si quizás ese hombro en el que descansar, fuera todo un calvario, para ella y para los demás. Allí, en la farmacia, se respiraba un ambiente insano. Estaba deseando dejarlo.

Antonio, a pesar de según él estarse muriendo, seguía sin dejar el alcohol.

e-libro.net

Me extrañó una cosa en él de esa época, y quizás porque fuera a los médicos, o a saber por qué, lo cierto es que empezaba a vestir mejor, pero también por primera vez, lo veía sudoroso, no sólo por las axilas, sino por todo el cuerpo. Dudo que fuera sólo por el calor, que sí lo hacía (recuerden que les comenté que casi no había habido invierno).

Para ser sincero, en esta provincia, es más raro que haga frío que calor, a lo larga de todo el año, casi a veces, hace mejor tiempo en otra estación que en verano, en la capital, donde siempre está la por muchos odiada, menos por mí, "panza de burro". Ignoro si técnicamente se llamará así al acúmulo de nubes grises algo algodonosas, que asemejan precisamente a eso, una panza de burro.

Lo prefiero al mucho sol, a pesar de que lleve consigo pareja, la mayor parte de las veces, una humedad casi total en el ambiente.

Poco les puedo decir del clima, pues le hago muy poco caso, a no ser que por la tele, al "hombre del tiempo", lo escuchase, para saber qué tiempo estaba haciendo en los lugares dónde había vivido. Eso ocurría al poco de venir de ellos.

Leía los prospectos, sin saber si eso sería oportuno o no, pero me ayudó a saber las concentraciones de los antibióticos aconsejables para cada edad, tanto es así, que cuando pedía consejo a mis tías, luego me arrepentía pues ellas eran partidarias de despachar los más fuertes. Todo lo contrario que yo. Quizás ellas tuvieran razón por eso de, matar con lo más potente, y así no quepa duda de que sigan viviendo los "invasores", pero no tenían en cuenta los posibles efectos secundarios, ni la creación de formas resistentes.

Hablando de resistencias, los prospectos de los antibióticos con ácido clavulánico, según tenía entendido, no porque lo hubiera estudiado en la carrera, sino por lo aprendido allí, y anteriormente cuando me la mandó un médico, el tiempo que estuve trabajando para C..., este ácido, *per se*, no tiene poder curativo, sino que potencia el efecto de la penicilina y sus derivados (la más despachada es la amoxicilina). ¿Cómo?, bien fácil: en el organismo tenemos las penicilinasas, que actúan destruyendo el antibiótico, pues no hay que olvidar, que este último es un agente extraño al organismo. O sea que en presencia de las penicilinasas, el tiempo de acción del antibiótico, disminuye. Si las bloqueamos o inactivamos con el ácido clavulánico, el tiempo de efecto es mayor. No lo sé con exactitud, pero quizás también aumente la potencia del antibiótico, aunque sólo sea por que no se inactiva tan rápido, ni lo inactivan tanto.

Bien, después de esta explicación, a cuya conclusión llegué tras leer los prospectos de varios medicamentos, en sus formas de sobres y soluciones, creo, que la he definido correctamente; si no es así, pido disculpas, pues no sólo me he engañado yo, sino que he engañado a otras personas. (Últimas noticias, mencionan una gran toxicidad del ácido citado en el organismo; si me entero de algo más se los comentaré)

A veces, me recreaba pensando que algún día, esa farmacia sería mía. Pensaba también, si sería aconsejable tener a David por encargado. Tenía una paradoja en mí, pues se lo merecía por devoción a mi familia, pero lo encontraba un poco acarajotado.

Conmigo se había portado bien, aconsejándome en lo que le preguntaba, sobre todo en los temas de cosmética, en los que siempre he fallado y dudado, no por nada, sino porque a ellos la carrera prácticamente no se refiere nada, y encima, la poca información que tenía al respecto, no la había verificado nunca. No se le puede considerar como la hermana pobre, todo lo contrario, estos productos son mucho más caros que algunos (bastantes) fármacos, y encima el INSALUD, no los cubre, o sea, que hay que pagarlos con dinero contante y sonante, a pesar de que muchos dermatólogos los prescriben para ciertas patologías.

De todas formas, estos productos están en tan continua evolución que lo que hoy se vende mucho, ya mañana casi no "sale" nada. Eso es una novatada que suele ocurrir: el farmacéutico, ve cómo se vende mucho un producto, y el poco experimentado, sospecha (más que sospechar, tiene la certeza), de que el próximo año, durante esa misma temporada el producto va a venderse como mínimo igual, por lo que, ya sea aprovechando ofertas o no, se arma con un montón de esas sustancias, y al año siguiente se produce un stock que no puede vender, con la consiguiente pérdida de dinero. Esto por qué es, por la inmensa competitividad entre los diversos laboratorios, quienes hacen grandes campañas para vender sus productos, recurriendo a todas las estrategias posibles, y cómo no, lo mismo de siempre, el pez grande se come al chico.

De todas maneras, de estas cosas de la competencia entre ellos, no entiendo mucho, pero todo gira en torno al poderoso caballero: Don Dinero. Aunque según algunos, no es sólo el dinero el que hace movernos a hacer cosas, sino el afán de notoriedad, el destacar. Al menos eso dicen Freud y otros.

e-libro.net

Mis tías, experimentadas en el asunto, y viendo y conociendo a los médicos de la zona, sólo pedían unas pocas de cada cosa, aunque por ello, a veces, tuvieran que hacer frecuentes pedidos.

Quien atendía a los representantes, era Dulcina, quien a la vez era la encargada de las compras, para lo cual, no se aconsejaba con nadie, sino de su larga experiencia.

Entre los representantes estaba Paco (el exencargado de Doña Cristina) al que pedía continuamente libretitas de propaganda, que aún seguía coleccionando, aunque a mis tías les pareciera absurdo mis entretenimientos. Según ellas, quien también las coleccionaba era Lotario, pero, quizás él no las tomara como un objeto fetichista como uno, sino para tomar notas. Lo cierto es que pocas podía conseguir. Paco nunca tenía, aunque siempre le pedía de una vez para otra.

Eran pocos los representantes que pasaban por allí, y cómo no, algunos nos ignoraban, otros en cambio, nos hacían regalitos, bastante buenos algunos, como un compact disc, o masaje para después del afeitado; algunos escapaban con unos bolígrafos de propaganda, la mayoría de ellos bastante malos.

Por supuesto a los jefes los trataban mejor, y no digamos nada a los médicos, quienes desde viajes a "congresos", para él y para su familia, o a saber, en fin: mil y una chucherías. Todo lo regalable y algo más, vale para estos representantes del marco de la medicina y salud.

La verdad es que pienso que los representantes, ganarán dinero, pero se les trata muy mal, ya sean los médicos o los farmacéuticos, son a los últimos en atender, y si hay alguien pendiente para algo, lo que sea, se le atiende primero a él, que al vendedor.

Dulcina jugaba todos los días (y bastante dinero) a la lotería, de tal forma que el lotero pasaba diariamente a venderle la suerte a mi tía, quien estaba enganchada con tanto juego. Yo no digo que a veces no juegue, y que me sienta tentado con él, pero intento que ese vicio no me atrape también, tal y como me había atrapado.

Estos vendedores de la loca suerte visten muy mal, tal vez porque ellos caigan en el vicio, e inviertan sus ganancias en ello.

Yo creo, que esta gente gana dinero como para ir mejor vestidos, pero a saber si es una costumbre de ellos. Dos chicas que vendían "ciegos", cerca de mi casa, y que veía a una de ellas todos los días, ya que en el trayecto a mi domicilio, solía pararme en el semáforo de la antigua central de la telefónica, vestían mejor. Esta, invariablemente solía estar allí, cumpliendo con su trabajo. Junto a ellas, a veces se ponían a pedir gente de pocos medios (o eso aparentaban). Recuerdo en particular a uno, alto y delgado, que solía ir bien vestido, no con lujos, pero tampoco como un "matao". Quizás se drogase, aunque no me lo parecía. Me resultaba muy conocido, como de verlo caminando por La Laguna. Es más, pensaba que era biólogo. Me extrañaba que hubiera caído tan bajo, aunque según me dijo no hace mucho Juancho, uno de sus hijos, ya licenciado, y que vive con su novia, comentó que había pedido una pizza, y el repartidor era un amigo de él que había estudiado ingeniería. Esto, cuando lo dijo, me causó un estupor total.

Dulcina, ante los lamentos de un técnico de un despacho de ortopedia que había allí, le decía:

-Pero hombre, siempre se aprende algo nuevo, aunque sea poco.

Él, en cambio, se quejaba de que siempre todo fuera lo mismo.

Él, desde luego, iba casi a diario, a comprar las mismas vendas con yeso, para hacer los moldes de las plantillas; quiero recordar que también hacía corsés.

El técnico iba siempre vestido igual, lo que al principio me asombró, aunque luego comprendí que era el uniforme, pues cuando llegaba por la mañana, a primera hora, se le veía mejor vestido.

La otra chica que vendía ciegos por mi casa, estaba bastante mejor, físicamente hablando, y a veces se me quedaba mirando (dentro de lo poco que veía), solía ir mejor y más moderna que la otra, aunque la otra, la de siempre, aparentaba ser una bellísima persona (ya lo saben, las que no son guapas, son muy buena gente). Falso, no siempre ocurre eso, alguna vez he visto, por pura casualidad, a auténticas arpías.

Los pantalones y camisas de la que me encontraba cada vez que iba a las oficinas del I.N.E.M. le marcaban una espléndida figura. Algo me hacía rehuirla, quizás la sospecha de una higiene personal no muy profunda, era algo que no sabría definir, pero que impide el acercamiento de dos animales de la misma especie, y de sexos opuestos.

De todas maneras, era hermosa y con un magnífico cuerpo. Ya ven, esta vestía bastante bien, y con ropas que aunque no de marca, sí de una cierta calidad y buen estilo.

Al principio me daba cierto reparo saludar a las personas que uno ve todos los días en el trayecto al trabajo o a algún sitio; con el tiempo, va uno perdiendo ese temor, y se hace más sociable y solidario. No podría

e-libro.net

decir que yo iba de rico, pues con mi coche, más parezco un muerto de hambre, que es lo que soy. Muchas veces, me doy lástima al comprobar, que soy incapaz de sostener una casa de familia. Pero, rápidamente me digo que no soy el único, a pesar de ello, la gente se aventura a formarla, sin saber si las entradas que tienen ahora las tendrá toda su vida, ni siquiera al mes siguiente.

En una ocasión, fuimos a casa de Serafín, a su despacho, con la intención de que nos llevara el caso de la casa de Las Canteras, para echar a los inquilinos, que pagaban rentas ínfimas, y ponernos, los tres más pequeños a vivir allí. Nos atendió tarde, y al igual que siempre, cuando lo hizo, nos escuchó mientras se sacaba los mocos. Decía Domingo que era buen abogado (yo lo dudaría, al igual que dudo de la buena profesionalidad de algunos).

Le comenté, si aparte, me quería llevar mi caso de la farmacia en el Valle, y me contestó:

-Esas leyes van a cambiar ahora mismo.

La respuesta, me dio, ignoro por qué, la sensación de que no le interesaba.

El caso de la casa donde habíamos vivido en la calle Galileo, pareció aceptarlo.

A la salida mi madre me preguntó que qué opinaba, le contesté que no sabía.

El despacho se había ampliado mucho, ahora había varios abogados, casi todos familiares, trabajando allí.

Al principio le vimos dictando unos escritos a la secretaria, y se ponía:

-Porque... etc., etc., y si... etc., etc.

Una de dos, o era muy simple y rutinario lo que estaba haciendo, o la secretaria era una superdotada, provista de una capacidad de enrollarse e imaginación, fuera de lo común. Me asombró, seguro que debía haber prototipos para cada clase de escritos.

Como siempre, Serafín se retrasaría una eternidad con las casos; ya mi madre me advirtió que ella no se haría cargo de llevarnos el caso, o sea el ir por allí a ver cómo iba.

Al final terminamos quitándoselo.

El que tuvo que ir a buscarlo fui yo, ya que mis otros dos hermanos, como siempre, estaban muy ocupados.

Al ir a buscarlos la casualidad fue que la secretaria no estaba; primero me atendió una bella mujer que supuse que era familiar de Serafín y abogada, pero no dio con los papeles que andaba buscando. Después me atendió otro abogado, este perfectamente vestido e irradiaba una gran energía y carisma. Se calentó conmigo, y tampoco dio con los papeles que yo buscaba.

Al ver que estaba siendo un intruso, me fui con el rabo entre las piernas. Casi al salir del edificio me tropecé con Serafín, a quien saludé con un ligero movimiento de cabeza. Juraría que usaba peluquín, enorme y algo caído hacia un lado de la cabeza. Pudiera ser que fuera el corte de pelo aunque lo dudo.

Como acostumbraba, iba con un traje azul y corbata. Siempre recuerdo verlo igual vestido. Según mi madre, cuando iba a los juicios, se ponía un traje negro.

Me causó pena no haberle dado el caso al del traje gris, al del bufete que me mal atendió, se veía que ese sabía lo que hacía, y posiblemente los triunfos con él, serían mayores que los fracasos. Me lo impidió el pensar a cuánto ascenderían sus minutas, que de seguro serían bastantes elevadas.

En fin, no le quité pues mi caso a la mujer de mi primo: Antonio Fijoleis, que aunque no muy trabajadora e inteligente (si llamamos inteligente, a aquel que trabaja mucho, sacrificando noches y fines de semana por el trabajo, que aunque eso es lo que valora la sociedad, yo todavía no lo tengo muy claro), sí había acabado la carrera con éxito, y había ganado algunos casos; supuse que llevaría el mío, lo mejor que supiese, y eso parece que ha hecho.

Las leyes al respecto cambian, y aunque se entera uno tarde de los requisitos que hacen faltan para aumentar las posibilidades, ya no se valora lo que hasta ahora se valoraba. De esto algo me perjudica, pues según parece no se tiene en cuenta, el tiempo que uno lleva luchando por una farmacia propia, en un sitio determinado, se mira más el trabajo y el expediente, cosa que me parece bien, aunque no que sean exclusivas.

Estaba seguro de toda la vida, que iba al fin a tener una farmacia. Ahora lo supongo.

Marcos me iba cansando algo, con tanto hacerse de continuo el suave. Casi seguro, porque sabía que era fingido y no algo espontáneo. David se llevaba mal con él.

Intenté dejar de fumar, y en ese tiempo, una clienta, la que se parecía a mi colega Maribel la que trabaja para Doña Cristina, me soltó un día de buenas a primeras:

e-libro.net

-Uf, qué mal huele, a humo.

-Yo no fumo.

-No, tú sí fumas.

No quise explicarle que lo estaba dejando. Tal contestación me achicó, fue un golpe duro y bajo a mi moral. Me dieron ganas de volver a fumar. A lo mejor, se refería al tufo a alcantarilla que muchas veces había, y que era resultado de los cambios del viento, que hacían que apestara la calle.

Esa mujer solía comprar bastantes cosas. La jefa, decía que estaba amargada; buena estaba ella para decirlo. Dicha mujer también trabajaba.

De entre los trabajadores de una agencia de seguros, había uno, que me daba la sensación de que lo habían contratado por ser hijo del jefe, o similar. Supuse esto, pues llevaba siempre el pelo rizado y algo largo, vestía de vaqueros, con camisas estampadas y una corbata que desentonaba con su pinta, y de esa guisa, supongo que ningún jefe lo contrataría si no fuera un familiar.

Era el que hacía los recados, al menos el que los hacía a la farmacia. Cuando sobraba alguna moneda, siempre decía que la dejáramos, y yo, claro, la metía en la caja.

Suponía que a él, le haría más falta que a las dueñas, pero era su problema. El valorar tan poco el dinero, también hizo que confirmara mis sospechas acerca de la posible parentela con sus jefes.

Lo que pudiera ocurrir también es que fuera nuevo, y el dinero que ganase, le pareciera más que suficiente. Las chicas que trabajaban con él, eran bastante horteras, y encima, su uniforme, no las ayudaba nada y las hacía más bastas aún, cualquier cosa menos elegantes.

Iban casi siempre en grupo al bar; y el mayor de todos ellos, posiblemente el jefe, parecía siempre de buen humor y una excelente persona.

En esa agencia, era donde tenía contratado mi seguro del coche. Lo contraté por un año, y aunque nunca había tenido ningún choque, no me hicieron ningún descuento. Eso sí, me dieron un montón de información, que en su día empecé a leerla, pero pronto me cansé de tanta lectura insípida.

En el edificio contiguo a la farmacia, debía haber una especie de escuela de vendedores de algo, pues se veía a un grupo de personas, con más pretensiones que otra cosa, salir y entrar. Iban, según creían ellos y ellas, muy bien vestidos, todos presumiendo de grandes ejecutivos, cuando en realidad estaban en los escalones más bajo de la pirámide laboral.

Se les empezó a bajar los humos, cuando les metieron a todos, en una furgoneta barata, aunque nueva. Primero metían los maletines, buenos aunque todos iguales, y sin ningún distintivo. Luego, se metían ellos, como auténtico ganado, barrunté, aunque sin comentarlo con nadie.

Los días siguientes, empezaron cada vez a ir peor vestidos, salvo una que aunque intentaba dar muestras de manejar mucho dinero, no lo tenía en absoluto; mucho aparentar, pero poco pastuqui. Cada vez, sus ropas eran de peor calidad, aunque todavía, nuevas. Quizá estuviese explotando a sus padres, o a su pareja, para que le dieran dinero para comprársela. A David le atraía esa chica, yo no le decía nada, pero empezaban a rebosarle las carnes fuera de la ropa. Con sus burdos encantos, cautivó a David. “Aún te falta mucho, chica”.

Ya no lo pensaba tanto, pero hasta hacía poco, creía que escribir un buen libro, sería coger las buenas frases de uno y de otro, y con él se podría hacer una obra magna.

Incluso lo empecé. No supe, que así, lo más que podía conseguir, era hacer un libro de citas. Pero hay tantos, que de seguro que el mío, sería uno de los del montón, aunque mi intención era hacer una obra genial. Lo más probable es que siempre piense uno, que la siguiente, será su mejor obra.

Aparte de esa chica, a David, poco más se le iban los ojos por otras; se tomaba muy en serio eso de tener novia. Casi aseguraría que pensaba: “Donde haya una buena burra, que se quite lo demás”. Me contó cierta vez, que habían hecho una fiesta entre los conocidos, en el garaje, y que había ido la joven que a mí me gustaba, según contó, estaba aún más buena con ropa de calle, llevó unos vaqueros cortos, que según él, le realzaban mucho más el tipo. El inconveniente era que estaba casada; también habría que saber, qué entiende David por estar buena.

La chica morena que iba con el pelito corto, la de los labios suculentos, que pasaba delante de la farmacia, y que a mí me extasiaba, solía llevar pantalones ceñidos, o faldas cortas, con unos sugerentes tops; algo digno de verse y de mención.

Mi sobrino Yeray, que hasta hacía pocos años, había sido un buen estudiante, ahora se había desmadrado, y no estudiaba lo más mínimo. En cambio, su hermano Daniel (Dani), era muy bueno en los estudios, y una maravillosa persona. Mi madre no paraba de elogiar al último, y criticar al primero.

e-libro.net

Maru, llevaba a “Yeroqui” a sicólogos, pedagogos, clases particulares etc, etc; en fin todo lo que estaba en sus manos para que estudiase. Nadie sabía dar con lo que tenía. Mis hermanas en absoluto fueron buenas estudiantes, pero seguro que no saben por qué no lo son sus hijos, a los que les han dado lo mejor que tienen.

Por parte de Pine, tengo la casi certeza que sus hijos, todavía no empezaban a competir en el mundo escolar.

Yeray se retrasaba cada vez más. Maru se desesperaba a su vez, y no encontraba remedio.

Ignoro cuál sería el motivo para que el Betadine®, desplazara y casi de la noche a la mañana, por completo a la Mercromina®. En principio, desde que tengo uso de razón, se usaba este último, como remedio infalible para las heridas. Hoy me juego, que casi ningún joven, ni siendo estudiante de farmacia, la conoce; no se puede decir lo mismo del primer desinfectante. A qué se debía este drástico cambio, lo ignoro; quizás el laboratorio de la Mercromina®, no investigó suficiente mientras fue su “boom” y dejó que otras casas lo superasen.

En hospitales, y en cualquier sitio donde se hagan curas, seguro que no falta Betadine®, igual que antes ocurrió con el rojo antiséptico. El Betadine® es marrón y casi no deja marcas de color después de hacer las curas. Según he leído hace poco, su efecto curativo es sólo cuando está en solución, o sea que eso de creer que su leve mancha es antiséptica, es falso.

No puedo indicar a qué se debió el cambio, pues nunca lo he leído; sólo he visto la evolución de una y otra. La competencia es buena, menos para el perdedor. Si no, que me lo digan a mí.

Un joven no tan joven, pues como mínimo debía tener mi edad, compraba Codeisán® en pastillas o en jarabe; prefería el jarabe, que se lo bebía con la misma voracidad con que ingieren el alcohol los borrachos; se lo “jincaba” de golpe, de un solo “tanganaso”. Nunca lo vi, pero me lo comentó David. Yo no decía nada, pues la orden de no despachárselo, debía venir de las superioras. Ellas hacían oídos sordos y vista ciega. Me limitaba a dejarle intuir que se estaba matando porque quería. Pertenecía a una buena familia, según tenía entendido. Vestía casi siempre con la misma ropa, aunque su cuerpo, decrépito, parecía bien alimentado. Sudaba a mares, y cada vez más. Daba la sensación, de que siempre estaba estreñido, y no es extraño, pues la codeína lo provoca.

Me leí el prospecto unas cuantas veces, y siempre veía los fatales efectos secundarios reflejados en él.

Era un cliente tan habitual, que a veces dejaba a deber un duro, y otras, pocas, diez pesetas. Sin embargo cuando tenía más dinero, reponía el préstamo del día anterior, e incluso dejaba una propina. Al principio iba una vez al día, a los pocos meses iba un mínimo de dos veces en el día. Cada vez le iba creando menos satisfacciones el hábito, por lo que debía aumentar la dosis para alcanzar el mismo efecto.

Aunque nunca variaba de ropa, no olía mal, y tampoco la llevaba muy arrugada. Su decrepitud, en absoluto se parecía a los que se inyectan la heroína, ni mucho menos, pero no se le iría la adicción si no se le ponía, y pronto, en manos de buenos profesionales. Por qué estar con esa absurda adicción.

La codeína es un derivado opiáceo, al igual que la morfina, de cuya estructura química es muy similar. Se usa como antitusígeno, y aunque no es tan adictivo como el hipnoanalgésico por excelencia, algunos efectos indeseables tiene. Creo que costaba 230 pesetas. Tiene poderes analgésicos.

Tenía también el vicio del tabaco, compraba L&M al igual que yo, y al ver que él, que era de rancio abolengo, los usaba sin reparos, hacía que me cortara menos fumarlos delante de la gente, y más concretamente en aquella zona.

Mis tías, tenían un sitio específico para poner los paquetes de cigarros. Yo, en cambio, siempre los tenía en el bolsillo derecho del pantalón. Ellas fumaban cigarros de calidad, yo los más baratos.

Un día, pasó por allí una de mis primas, hija de Manolo y Manina. Se había torcido un dedo y le dolía sobremanera. Me enteraría años después, que estaba viviendo en Madrid, y que sólo venía para acá en las vacaciones. Me puse en la farmacia a hablar con ella, con algo de miedo, por si acaso mis tías se molestaran. Estaba intentando que el traumatólogo amigo de mis tías, la viera.

Marcos me dijo:

-Mira ver si puedes abrir -estaban tocando el timbre.

Fui, y Mila le echó un pleito a Marcos por no ir él, y sin embargo mandarme a mí. La verdad que tanto clasicismo no lo entiendo. El pobre Marcos, también era el encargado de sacar la basura, a lo que parece que estaba resignado.

Al final, tenía una pequeña fractura, ya diagnosticada por su hermano el médico, el que había estudiado en Santiago.

e-libro.net

El del Codeisán®, hiciera frío o calor, invariablemente, llevaba la misma camisa. El pantalon un par de veces lo cambió por uno corto, sobre todo en verano, fecha en que coincidía que se iba con la familia de veraneo.

Como bien leí no hace mucho, la historia la escriben los vencedores; ¿pero no fue Napoleón, en casi todas sus contiendas un vencedor, o Hitler?; y sin embargo son odiados y repudiados estos señores, que por otro lado desconozco sus hazañas, más que lo que por alguna novela, he leído, y por supuesto, son contrarios a mi ideología, pues de entrada soy partidario acérrimo de la paz. Con ello les quiero decir que aunque pasen algunos a la Historia, esto no quiere decir que esta los trate siempre a todos bien.

Los periódicos de esas fechas, está claro que muchos los alabarían, los más, y sin embargo, la historia no les daría la razón; sin ir más lejos, a Franco, durante su vida casi todos fueron partidarios de él; con la venida de la democracia, todos son críticas destructivas. Estoy contento con el contexto histórico que me ha tocado vivir, pero tal vez estaría igualmente contento en otro distinto. A saber. ¿Con esto, quiero decir que soy un hombre de mi tiempo?, no puedo contestarlo, pues en ciertas ocasiones, me considero un incomprendido.

Dejemos estas disquisiciones y volvamos a la farmacia. Hacía las guardias, las que me mataban eran las de los sábados, domingos y festivos. Hacía todas las que habían. Recuerdo la de los festivos, a las cuales no llevaba el coche porque tenía que pagar cuando lo fuera a sacar. Al principio, incluso iba a mi casa a comer, a último, lo hacía allí mismo, de la comida de mis tías. Comía poco y muy rápido, tanto, que lo hacía prácticamente en menos de cinco minutos. Era con diferencia, el más rápido, y encima después el cigarro del reposo, el de después de comer, no me lo fumaba tampoco tranquilo, todo para ir a trabajar. El pobre David, acostumbrado a comer en el coche, lo hacía en una posición absurda e incomodísima. A él, su madre le preparaba siempre la comida del día, que era bastante variada. Lo malo era que no se podía dar una siestecita, la que yo, ya no me daba; tal vez a lo sumo, diez o quince minutos cerraba los ojos.

Bien, esos días, el trabajo solía ser grande, y aunque no había pedidos, pues a partir del sábado al mediodía, Cofarca cerraba, David siempre encontraba alguna cosa que hacer, motivo por el que un servidor, seguía siendo el que más despachaba. Mis tías no me subían el sueldo, a pesar de considerar que me lo merecía, por la rapidez y calidad de mi trabajo.

Sí cobraba esos meses más, por la gran cantidad de horas extras que hacía. Al principio me quedaba hasta las diez de la noche, al final hasta las doce; cuando llegaba esta hora estaba absolutamente cansado y desesperado; al día siguiente había que entrar de ocho a nueve. Por pronto que llegase, siempre lo hacía antes David, quien cumplía con el horario a rajatabla. Quizás eso sea lo importante, llegar el primero y salir el último, aunque luego no se haga nada, o se hagan muchas argollas, o se haga el trabajo demasiado lento y de mala calidad. La primera guardia, vi a unos conocidos, sobre todo a un tal Carlos González, que después de identificarlo, a pesar de no acordarme de su nombre, caí en la cuenta de que había sido mi compañero de estudios en E.G.B., de la época de Marcelino; él no era demasiado buen estudiante, a pesar de que entre otras cosas me dijo:

-Ya, la gente no es como antes, ahora, los jóvenes no quieren estudiar.

Mientras, pensaba: “Pero si tú no eras tan buen estudiante”. Total, que hablando, hablando, me contó casi su vida en cosa de media hora; me lo llevé a un extremo de la farmacia y afortunadamente no vino mucha gente, pues si no, seguro que mis tías me habrían llamado la atención. Entre otras cosas me enteré que había hecho empresariales, que se había casado y tenía hijos pequeños, por los que estaba allí en ese momento, para comprarles medicinas. Me dejó asombrado el todoterreno que tenía, enorme, toda una máquina.

Se dedicaba a llevar la contabilidad de las empresas, y me comentó que si quería, cuando tuviera la farmacia, me llevaría la mía, es más, si con el tiempo necesitaba personal administrativo para llevar mis cuentas, ellos lo entrenarían, y me los darían ya preparados.

La cosa me interesó mucho, por lo que le pedí sus datos, que sigo conservándolos, a pesar de que ahora tengo una prima abogada, que aseguraría que entiende de eso. Ya veremos.

Después de mucho hablar, se fue con su compra.

-¡Cómo habla! –exclamé para todos.

-Porque no tiene nada que hacer. Contestó Mila. Afortunadamente no estaba enfadada.

A mí me cuesta hablar, y supongo que más el mantener una conversación, aunque a veces me guste escuchar.

Le pregunté antes de irse que cuánto me cobraba por ir a llevarme las cuentas en Agaete y me respondió:

-Quince mil pesetas al mes.

e-libro.net

No me pareció nada caro, en absoluto. Casi hasta lo encontré barato, a pesar de corresponder a más de tres días completos de mi trabajo, y él estaría allí cada vez una media hora, según calculó, y con el tiempo, gracias al fax, menos.

Trabajo y más trabajo, lo que conlleva a menos y menos lecturas, aunque fuesen las de los prospectos.

Antes de entrar a trabajar, iba a la iglesia que está en el Parque San Telmo, preciosa, y en ella se respiraba una gran paz; a veces había misa, dependiendo a la hora que pasase. Recuerdo en especial un día que llevé la chaqueta color vino, iba demasiado elegante, como para ir a trabajar. Excesivamente.

Iba en taxi, y al final, casi siempre, les tenía que decir que iba a trabajar en una guardia en la farmacia; ellos me solían contestar:

-Hombre, y yo que creía que los días de fiesta, los únicos que trabajamos éramos nosotros.

Pues ya veían ellos que no era así, si les puede servir de algo.

Mis tías estaban continuamente quejándose de todo. Yo no lo hacía, entre otras cosas, porque seguro que me contestarían que uno era un gandul, un vago, al que sólo le gusta el ocio.

Le pedía al Señor, ayuda, y supongo que me la dio, pues ahora no tengo dinero pero estoy infinitamente mejor.

Dulcina, solía poner una silla de madera dentro de la botica, mirando a la calle, en la que se sentaba y desde allí veía lo que pasaba. La otra tía, se ponía a ver la tele. David haciendo cualquier cosa, y yo deseando poder leer. O sea hacer algo de provecho para el cerebro, y no tanto trabajo manual.

Cuando se cansaban de no hacer nada, se ponían a hablar.

La farmacéutica, para prepararse para la noche, se ponía un traje viejísimo y siempre el mismo. Mejor estaría con una bata, pero supongo, que aunque quisiera demostrar que era pobre, dejaba claro a la vez, que ella era la jefa. El traje era horrible, según decía, había sido de su madre.

Cuando la guardia era de 24 horas, por la noche se quedaba con Antonio, su marido.

Cuando sucedía eso, tenía que dejar mis zuecos en el baño, pues apestaban y les asfixiaba. Debe ser cierto, eso de que el sudor de mis pies es de lo más desagradable.

Lotario esos días, pasaba un par de veces por la farmacia; al mediodía para llevarles el almuerzo, del que ya saben que yo a veces disfrutaba, por la tarde a leer el periódico, y por la noche, a quedarse en la guardia con su mujer.

Saso, llamaba a Antonio: “el ingeniero de los huevos de oro”. Me daba pena de Antonio, aunque cada vez más, suponía que todas sus ideas sobre sus dolores, eran delirios por el abuso del alcohol. No era capaz de realizar ningún trabajo, posiblemente lo mismo me pasaba a mí, que cada vez estaba más y más a disgusto con el mío. No tenía incentivos económicos, ni veía un gran futuro como mancebo de farmacia, que es lo que era.

Mila, dejaba bien claro, que era ella la mejor; “ya me enseñaría ella a ser un buen farmacéutico”, rumiaba para sí.

Casi sin quererlo, me enteré de que el Lu, entre sus muchos trabajos, tuvo uno de chófer de un alto empresario canario; según comentó, le había este señor elogiado su buen hacer como conductor. Debía estar a una hora determinada con el coche preparado, para lo que el jefe quisiera. No era un trabajo duro, en absoluto. También debía estar a la disposición de sus hijos. El jefe le relató someramente sus inicios, en los que iba con una carretilla vendiendo cosas por la calle, y había evolucionado hasta ser uno de los grandes de la isla, al menos eso decía el Lu. Entre otras cosas representaba unas pilas. Ven que es la típica historia de las novelas.

Me extrañó bastante, y me quedé con la mosca detrás de la oreja, hasta dar con la clave, y era sobre lo que mencionó una vez:

-Incluso, si el paquete de cigarros sabía que era más barato, un par de calles más allá, pues iba a comprarlo a ese sitio.

Hoy he caído en la cuenta, y veo, como en la decrepitud de este señor, el tiempo ya no es oro, sino que media hora vale cinco o diez pesetas. El que me quiera entender que me entienda.

Seguía pensando que las grandes fortunas eran a lo sumo de quinientos millones aproximadamente, a pesar de que había oído algo sobre la facturación de una empresa llevada por Conde, de aproximadamente veinte mil millones. No sabía si estas eran para él o para otros. Pero ¿cómo lo podía hacer este ejecutivo y encima ser un mujeriego? ¿Esa facturación era la de él o la del total de la empresa en la que trabajaba? Se había creado a su alrededor todo un aura de triunfos y demás. Era creo poder decir, o al menos a mí eso me daba la sensación, el prototipo del felipismo. Pero como muchos otros mitos, cayó. Fue cayendo a pasos agigantados.

e-libro.net

Terminó dando con sus huesos en la cárcel, de donde desconozco si ha salido o no, pues ya no estoy al día de las noticias.

El Lu, en nuestras charlas, en las que él seguía bebiendo, me diría, que los hijos de padres alcohólicos, no solían beber. Esto es todo, menos la perogullada que quería dar a entender. Él y yo éramos hijos de grandes bebedores, y nosotros seguíamos tan nefastos caminos. Ahora, ya más él que yo. Intentaba alejarme del alcohol, y parecía que lo iba consiguiendo.

El Lu, en otras de sus pocas confesiones, me aseguró que nunca había sido tan consciente de su futuro, y por ello tan seguro de sí como cuando era profesor del instituto bíblico evangelista. Me lo confesó. Me sorprendió, pues no me lo imaginaba de profesor, cosa a la que él le daba mucha importancia. Yo, no tanta, todo lo contrario. Otra cosa era ser catedrático de universidad, pero que tampoco se vayan a creer que son el fin del mundo. Hablo con conocimiento de causa, pues hoy, ahora mismo, acabo de acabar de leer "Cien años de soledad", cuyo autor podrá decir que ha de sentirse orgulloso, pues estuvo bajo mínimos para poder escribir esa obra. Ya tenía mujer y no sé si también algún hijo, cuando la hizo, y se encerró un año y medio para escribirlo, en el que llegó a un pacto con su mujer: no se encargaría durante ese tiempo de la economía familiar. En principio vendió su única posesión, el coche, con lo que de éste, podrían vivir medio año.

En principio había previsto tardar un año, aunque se demoró medio más, lo que le llevó a que toda su familia se llenara de deudas; al final, con la incertidumbre de si sería vendible o no el libro, lo acabó, y terminó siendo la novela más vendida después del Quijote. La verdad es que es una obra magistral, en la que usa palabras que no sabía que tuvieran esas acepciones. Es realmente una obra maestra, y lo bueno es que fue escrita en castellano, o sea que según dicen muchos (que yo tanto no entiendo, a pesar de que lo imagino, a la vez que supongo que algunos traductores sean muy buenos profesionales), sobre que se desvirtúa mucho la obra cuando se traduce de un idioma a otro, en este caso no nos ocurre.

Hará pocas semanas me he enterado, cómo el Lu, se creía superior a sus amigos por ser profesor. Ojo, que no era profesor con una titulación estatal, sino de una iglesia, y a saber si el título valía para todas las iglesias de la isla, no voy a decir de la provincia, y menos del archipiélago. Intuyo que no. Parece ser, que le echaron por un asunto de faldas, que él confesó a su superior, quien sin más miramientos, lo expulsó. Tengo entendido, que al pastor que tan mal lo trató, lo terminaron expulsando.

Eso de creerse superior por una tontería de nada, por una necedad, confirma lo que mi hermana Saso decía siempre: "A fulanito, para conocerle, dale un carguito", y sin embargo después ellos mismos, critican a los grandes de España por cualquier simpleza (ven la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el suyo).

Cuando leo, generalmente, me evado de la realidad, y me olvido del desasosiego, aunque a veces se da el efecto "feed-back negativo", que bien decía D. Victoriano, o sea, que produce aquello que queremos evitar.

Del señor Afonso, intuía que era soltero, pues nunca lo oí hablar ni de sus hijos ni de su mujer, sin embargo, una vez lo vi bajarse del coche, donde parecía que iba su madre y hermanos, tal vez me equivoque, pero me dio esa sensación.

He sido un estúpido total, cuando estudiaba la carrera, pensaba que conocía a la gente, que con un simple vistazo, y mirándolo a los ojos sobre todo, ya los sabía catalogar; hoy creo que aunque uno se pase toda la vida con una persona, no la llegaría a conocer nunca. Aquí quizás cabría poner eso de: "Los designios del Señor, son inescrutables". ¿Quién sabe lo que nos deparará la vida, y cuales nuestras relaciones frente a cada acto?

Nada de lo que pensaba se ha cumplido, todo son conjeturas que están en el aire. Es por ello, por lo que pienso a diferencia de muchos, que si algo hay real, eso es lo que ya ha pasado; el futuro nadie sabe cómo será, ningún humano me refiero, ni los más preclaros profetas. Y encima, sobre el pasado, se duda: ¿fue realmente así, desde un punto de vista objetivo, o como siempre es sumamente subjetivo, como todo lo que hace el hombre, o cualquier otro animal (considerando a los otros animales como sujetos)?

La dueña del bar donde me tomaba los cortados, me invitó a uno, por no haber consumido el que pedí el día que fue la grúa. Se lo agradecí, y me emocionó. Solía ir ligeramente distinta en su ropa, a los demás empleados, seguro que por aquello de dar a entender, que ella era la jefa.

Su hablar es sudamericano, aunque no sé de que zona específica. Solía ir acompañada, fuera donde fuera, bien a comer al bar o a la farmacia, o simplemente a dar un paseo, de su pelotillera empleada. Lógicamente, también gorda y fea.

e-libro.net

La jefa solía gastar grandes cantidades de dinero en artículos de cosmética, aunque a la pobre, bien se le podía decir aquello de: “La mona, aunque se vista de seda, mona se queda”. No se le hacían descuentos en la farmacia, seguro que porque mis tías no iban a ese bar.

A su bar solía ir gente que no bebía, aunque el local tenía pretensiones, no era en absoluto acogedor. Eso sí, todo muy limpio y aséptico; con maderas en los adornos y utillaje; en mí opinión, le faltaba gancho, vida.

Hay que ver cómo en una pequeña calle, podía haber tal cantidad de bares distintos y de distintas calidades y estilos. Los precios iban acordes a su imagen, aunque algunos fueran la excepción que incumplía la regla.

Destacaban entre todos los que comían por la avenida, dos señores ya mayores, a estos con el tiempo los saludaría muy respetuosamente, uno de ellos suponía que estaría retirado, el otro un día salió en el periódico, cosa que convulsionó a la “aristócrata” calle, no por nada, sino de emoción; según iban pasando los meses vería que aquella no era simplemente una zona en la que se aparentaba, sino que había algunos que trabajaban duro y bien.

Ambos señores, iban invariablemente, hiciera frío o calor, con sus trajes oscuros; como mucho, iban con un traje gris.

También, cómo no, estaban los típicos pintas, muy bien vestidos, muy trajeados, pero en el fondo borrachines. Se pasaban la mayor parte del tiempo en el bar, bebiendo. Cuando regresaban a sus trabajos, iban casi siempre corriendo, por aquello de lo de: “El tiempo es oro”.

Uno de ellos, era un portero, pero que por su forma de vestir, parecía el presidente del gobierno, y el otro, el hermano del presi.

Sí, créanlo, era un portero de un edificio, no vayan a suponer que era un guardameta de un equipo de fútbol, pues entonces no me extrañaría su forma de vestir. Imagino que cobraría sobre las sesenta mil pesetas, ¿de dónde sacaba el dinero para pagar ropa y copas?, ni puñetera idea. Debía ser que vivía con la madre, pues no lo imagino con esos gastos y encima mantener a una familia.

Ahora que lo pienso, quizá los políticos que en ese edificio trabajaban le hicieran vestir así y le pagaran los vestidos, si no, no tengo ni zorra idea de cómo se administraba. La ropa parecía buena. Al menos, así, como vestía él diariamente, iba yo a las bodas y demás.

Él y su amigo, parecían siempre que llevaban prisa, posiblemente porque se les calentaría la cerveza; cerveza por otro lado, que se tomaban con una gran parsimonia. David, se burlaba con un:

-Ahí van esos dos, a beber...

Por él supe qué es lo que hacían y a dónde iban con tantas prisas.

David, en ocasiones llegaba muerto de sueño a la farmacia, por las tardes, debía ser que no era suficiente con la siesta.

Carmen a pesar de que muchas veces la invité a café, cuando llegaba por la tarde, me lo rechazaba, diciendo que no, que ya los había dejado. Lo que hubiera de cierto o falso en ello no lo averigüé nunca, ni era tan trascendental como para indagarlo. Era por ello, por lo que siempre me tomaba los cortados yo solito.

Intentaba llegar con tiempo a la farmacia, para leer algunos ensayos, entre ellos, uno sobre Cervantes, de Julián Marías; cuando terminé éste, empecé con un libro de filosofía. También, cómo no, leía como mínimo un salmito, antes de entrar. Tanto por la mañana como por la tarde, leía a la llegada al garaje. Sinceramente era una pérdida de tiempo increíble ir a mi casa a comer, pero estaba convencido que el bar de al lado, sería demasiado caro, al menos así me parecía al ver el tipo de gente que lo frecuentaba. Una vez, el sudaca del garaje, me enseñó un artículo sobre su país, escrito en un semanario de un periódico importante a nivel nacional. Lo ojeé, pero no reparé del lugar que era.

-Doctor, de aquí soy yo.

A veces iba al baño del garaje, siempre limpio, a pesar de los pocos que habían, salvo a primera hora de la mañana antes de la limpieza.

Se veían algunos buenos coches, otros no tanto, y por último habían algunos que eran pura chatarra, como el mío. Ya todos los del garaje me conocían por mi mierda de carro.

David, como dije, a veces llegaba con los ojos cerrados, por lo que iba directamente al baño a lavarse los ojos y las gafas. Parecía que le tenía miedo al agua, pues quiero recordar, que sólo se lavaba los ojos, y no el resto del rostro. Quizás lo hacía así, porque luego se debía limpiar con la toalla, que sinceramente, daba asco. Por qué no limpiaban con más frecuencia la toalla, nunca lo he sabido. Encima, si uno cogía papel higiénico para secarse,

e-libro.net

se enfadaban, ¿no se imaginan por qué?, pues sí, porque era mucho gasto. Esto me repateaba los cojones, y me daban ganas, y a veces lo hacía, de mandarlas a la "M" y no hacerles caso, cosa que solía hacer, a pesar de que intentaba gastar la menor cantidad posible de papel. Seguro que lo hacían para no usar más árboles, para que en su conciencia no recayera tal delito. Sé que debería ser así, pero es que estaba seguro que si me secaba con esas toallas (que a veces lo hacía), se me iba a caer la cara, de tanto mierda que me iba a pegar y seguro que podría coger alguna infección. Sería preferible no limpiarse la cara.

Fumaba un cigarro en el coche, nunca conduciendo, sino cuando estaba leyendo; otro en el bar, al tomarme el cortado, y otro, al entrar al trabajo, o sea en veinte minutos más o menos, me fumaba tres cigarros seguidos.

Cuando llegaba a la farmacia, a veces veía a Dulcina amodorrada en su sillón, en el despacho, con el periódico delante; Mila, en cambio, estaba en el cuarto viendo la tele, o leyendo el periódico, aunque con una rapidez incomprensible para poder enterarse de algo, y otras veces, arreglando las recetas, haciendo "el cierre". Si me hablaban, les hablaba, si no, me ponía a ver los medicamentos, y a veces a leer prospectos. También unos días llevé uno de los evangelios en el bolsillo, y me los ponía a leer. Imaginé que esa publicación concretamente, estaba hecha para ineptos, que de tan sencillos, parecía que atentaban contra la inteligencia de los adultos, me indignaba. Por supuesto, no con su contenido, sino por la mala interpretación y adaptación. Alguna vez, se lo enseñé a Marcos, quien me diría en una ocasión:

-Es el primero de izquierdas, que veo que cree en Dios.

Pensé si sería cierto, y no, no puede ser, creo que la mayoría de los curas, deben ser rojos. A estas alturas de mi vida no me planteo mi ideología, ni de qué partido soy; ha llegado un momento, en que la política, mientras no haya guerras, me importa un carajo.

Dulcina, si no dormitaba, se leía el periódico, con mayor fruicción y dedicación que su hermana la menor.

Por las tardes era el primero en llegar. Esto me sirvió para reconocer y ubicar algunos de los más visibles medicamentos, hasta tal punto, que una vez que Dulcina estaba de viaje, hizo un pedido una compañía sanitaria, la que pedía unos fármacos que mi tía la boticaria creía que no teníamos; la oí, y sigilosa y cautamente, fui a las estanterías de los inyectables, y efectivamente allí estaba el Pentotal. Se lo llevé a mi tía que se quedó asombrada de mi retentiva. Aunque no me dio las gracias, su cara me las dio (ella era precisamente la que cuando uno le daba las gracias, respondía con un: "En su cara las tiene"). Pues eso mismo le pasó a ella, aparte de dar por inaudito y algo rocambolesco que yo pudiera saberlo con el poco tiempo que llevaba trabajando allí. Efectivamente, hay truco, pues, primero estaba en un sitio visible para mí, y encima el nombre comercial, que no nombro, se parecía mucho al del principio activo. De todas formas, he llegaba a un punto de mezcolanza, en que a veces no distingo cuál es el nombre del fármaco, y cuál el del principio activo. Cosa que me pasaba con este medicamento comentado.

En uno de mis trastoques de la realidad y sueños estrafalarios, he llegado a pensar y casi a autoconvencerme, que los fármacos que se venden en las farmacias, son puro cuento, o sea todos son placebos, no es que algunos no tengan un cierto efecto real sobre ciertas enfermedades, pero que muchos son un cuento.

Mila, continuamente dice:

-Las medicinas para los de la calle.

Con eso quiere decir que nosotros, a ser posible, no nos mediquemos. A veces le doy la razón, por lo que intento medicarme lo menos posible, como en otras ocasiones he dicho, y diré, porque no se sabe suficiente sobre sus efectos secundarios, interacciones y demás, y no quiero que me cojan de "conejillo de indias". Esto no quita, para que cuando me duele la cabeza, me tome un analgésico suave; aunque con las medicinas, hay que ver cuál es suave y cuál es dañino. Recuerden si no, la inofensiva Talidomida. Bueno, ya no sólo me meto con mis colegas y familiares, sino con todo lo que rodea a mi mundo, y eso que leyendo a Dale Carnegie, aconseja, no criticar despectivamente, que hace más una buena palabra, que muchas malas; y por qué no: "¡Viva el mundo y sus habitantes!"

David, a pesar de llegar más tarde que yo, tenía tiempo de limpiar el mostrador con un trapo del polvo y pasarle el mismo, a las harinas enlatadas. Lo hacía muy por encima, y como todo lo que él hacía, muy lentamente, sin agobios, sin estrés, tranquilamente. Lo observaba, y me preguntaba: "¿Será posible que todo sea para él igual de llano e importante, o sea, poco importante? No me lo creo, debe tener ambiciones, metas". Ni nunca se lo pregunté, ni nunca me lo ha preguntado.

e-libro.net

Ese mismo trapo era el que usábamos para quitarle el polvo a los envases expuestos a él, que eran bastantes, demasiados. La farmacia estaba a tope, hasta el punto que siendo grande, no cabían más cosas. No podían faltar eso sí, y es un vicio muy fácil de pegar y que he adquirido: el guardar cualquier bolsa, sea del tamaño que sea, para lo que pueda hacer falta.

Tenían infinidad de ellas. Claro está que también habían papeles para empaquetar los productos dispensados, y bolsas de distintos tamaños también para ello. Así mismo, tenían papeles sin propaganda de la farmacia, para los que venían a comprar sólo la jeringuilla de insulina, que allí los heroinómanos, las llamaban con otro nombre: "una máquina", quiero recordar, aunque no me hagan mucho caso. ¿Por qué ese papel?, aunque no lo sé con exactitud, pero es posible que porque si pasaba algo, no supieran donde compraron la jeringa; hasta hace pocos segundos pensaba que era para que sus colegas no supieran que en la farmacia esa se vendían "las chutas".

Mis fantasmas nocturnos, a falta de alimentarlos con las drogas, parecía que iban desapareciendo; es posible, que también porque terminaba la jornada derrotado, y no trasnochaba, para estar al día siguiente en forma. Seguir perdiendo demasiado tiempo, y preocuparme por ese tipo de trabajo, lo consideraba un lamentable error, a pesar de que algunos lo consideraban sumamente importante.

Dar la vida por cien mil pesetas al mes, me parece venderse muy barato, máximo viendo cómo prosperan los ineptos y los necios; y por qué no, ciertos cerdos, como alguno que por allí pasaba, y que por su mala leche (su "bad milk"), interrumpieran constantemente el buen desarrollo y ejercicio de la profesión, pero, tiene que haber de todo en la viña del Señor.

Algunas veces, iban por la farmacia algunos que cuando se les daba la medicación, preguntaban:

-...¿y, tomando esto, puedo beber?

-No, no puede.

Esto lo he dicho y diré siempre, pues con cualquier medicamento, por inocuo que parezca, la mezcla puede ser mortal, o bien puede ser que se potencien los efectos, o...

Recuerden que hasta hacía poco me medicaba y bebía, y las mezclas, aunque no lo pensaba, eran bestiales. Llegué al punto, de que me echaran del trabajo, tal y como ya se vio, y que metiera la pata en cualquier situación, como también se vio.

Desde la "simple" medicación para un resfriado, hasta los antisicóticos, está desaconsejado el tomar alcohol; es más si se bebe con ellos, queda bajo la responsabilidad del paciente. Supongo. Los laboratorios lo aconsejan, y lo mencionan en los prospectos, por lo que ya ellos cumplen.

Otra cosa que suelen destacar mucho los prospectos es sobre el uso de fármacos en las mujeres embarazadas, siendo la mayoría de ellos (por no decir casi todos, o bien todos) usados sólo por prescripción médica, esto es, que el facultativo especializado sea el que calibre los pros y los contras, y dictamine si es aconsejable su uso, o no.

Son ya muy pocas las plantas, que llamamos "hierbas" más comúnmente, las que se venden como tal; está el caso del anís estrellado, tila, manzanilla, y cómo no, la valeriana, cuyas raíces apestan de una forma escandalosa. Huelen a "patas podridas", y su olor no se va, al menos no en las farmacias; también se queda apestando la mano con que se cogen las bolsas. Para no tener que estar hirviendo agua y hacer la infusión, tenemos la variedad en grageas; algunas casas, les agregan a estas grageas otros tranquilizantes naturales. Esto de las hierbas, es de lo más antiguo que existe, es más, el origen de la farmacia está en ellas. No obstante cada vez son más los "específicos" específicos para cada mal, dolencia o enfermedad, o sea, que los "curalotodos", tienden a desaparecer.

Particularmente, suelo tomar valerianas en grageas cuando no puedo dormir, o tengo mucho estrés. En la farmacia de mis tías, me acostumbré a despachar el Soñodor®, no que yo lo aconsejara, sino cuando alguien lo pedía. En la farmacia de C..., no se podía dispensar sin la correspondiente receta. Esto es un disparate, pues no es un fármaco de los indicados con la "media luna", y por tanto ilegal despacharlo sin la preceptiva receta médica. Con el tiempo, pasaría a ser una E.F.P. Alucínense de los mancebos, y sobre todo el encargado: José Juan, en C..., no dejármelo vender sin receta, es más tenérmelo controladísimo, y por el que me llevé un par de rapapolvos, y sus consiguientes cabreos.

El Soñodor®, como su nombre bien indica, es para inducir al sueño. A pesar de ser inofensivo, según sus fabricantes e investigadores, producen algo de somnolencia al día siguiente, por lo que desaconsejan usar maquinaria peligrosa, entre los que lógicamente, se incluyen los coches, camiones, etc., etc.

e-libro.net

Reconozco, que ni es mi obligación, ni nadie me lo exigía, pero cuando voy a trabajar, me afeito todos los días. En C..., lo hacía un día sí y otro no, y es más, me gustaba mucho verme la sombra de la barba en el espejo del baño, pensando que me deba aspecto de duro. Hoy pienso más que da aspecto de dejado, de guarro, y cuando así veo a alguien en un trabajo de oficinista, no me causa muy buena impresión, a pesar de que la mayoría de ellos aleguen que se les estropea la cara. A mí también. ¡No me jodas!, reconozco que haya pieles más sensibles que otras, pero de ahí a no afeitarse con regularidad va un abismo.

David, no lo hacía todos los días, pero no se le notaba mucho.

Seguro que estaba ahorrando, pues nunca se le veía cambiar de ropa; no así con la bata, una de las cuales la abrochaba con corchetes grises y en cantidades abundantes, en su parte interior delantera. Esa bata, juraría que se la hizo algún familiar, y para que resistiera. No podía creer que las comercializasen así, cuando cada vez más, se fabrican más sofisticadas, variadas y bonitas. Estoy pensando en usar otro tipo de bata distinta a la típica del farmacéutico. Al menos así eran las que usaba mi padre. Él estaba siempre de punta en blanco, yo, de punto en negro, siempre muy guarro.

En la farmacia de mis tías, lo que más ensuciaba, era el culo, por apoyarme en unas maderas que ya se iban tornando viejas y sucias, los faldones, (pues me suelo limpiar en ellos), y del bolsillo, la patente, donde engancho el bolígrafo y guardo el cortador (aparato este último, imprescindible para cortar los precintos). Yo seguía usando uno muy viejo, sin filo, y todo mellado. Era tal, que todos mis compañeros se reían de él, pero me había acompañado muchos años, y tenía intención de que esto siguiera. Como soy mal profeta, se me rompió a los pocos meses, motivo por el que mis tías me tuvieron que dar otro, al que me acostumbré enseguida. Ellas también en ese aspecto, eran de costumbres fijas, y aunque tenían varios, cada uno era para cada cosa. Absurdas muchas de costumbres, pero así estaban organizadas, y así había que aceptarlo.

Más abiertos a los cambios era la farmacia de C..., pues allí había más presión por parte de los empleados, en cuanto al empleo de los utensilios de diario uso. Si alguno planteaba algo que fuera en beneficio de la farmacia, supongo que se tenía, al menos por los empleados, más en cuenta. Se probaba, y si daba resultado, pues se ponían a uso común.

Posiblemente, esos cambios mínimos, no se daban a conocer a C..., y si daban resultado, ya se ocuparía José Juan de apuntarse el tanto. De todas maneras ya les dije mi postura: “en boca cerrada no entran moscas”

Mis tías no toleraban los cambios, toda la vida habían llevado la farmacia de igual manera, y así seguirían; eso era así, por mucho que Dulcina dijese que cada día se aprendiera algo nuevo.

La tía más joven, siempre protestaba por el trabajo, y quería, cada vez con mayor fuerza, vender la farmacia; Dulcina sin embargo, murmuraba, aunque en tono lo suficientemente alto como para dejarlo claro: “No, no, no...”

Creía que quien llevaba la voz cantante sería la mayor, estaba seguro de que así era. Sí señor, sin lugar a dudas.

De tanto protestar, y lloriquear que quería vender la farmacia, a bocajarro, y un día cualquiera, le pregunté:

-Y, ¿en cuánto la venden?

-En doscientos millones.

Me dejaron sudando, y supe que arriesgarme a ese negocio, sería imposible.

Algunas tardes, me entraba un sopor tal, que pensaba que mejor estaría en la cama que trabajando. Y así era.

Las mañanas, de notarme cansado, proyectaba dormir después de comer, aunque para ello debiera reducir mi tiempo de lectura.

Ni se me ocurría pensar en que pudiera hacer cursillos a distancia, tampoco estaba muy metido en ese tema; más estaba pensando en escribir, aunque mi medio de vida fuese una oscura y tétrica farmacia en un apartado y lejano pueblo; encima no en el pueblo, sino a las afueras.

Patético futuro el que me esperaba, pues sí, bastante tétrico. Pero ya me encargaría yo de conseguir dinero y comprar la de mis tías.

Empecé a decir convencidamente a mis amigos, entre ellos Octavio y Tomás, los dos más afortunados:

-Espero que dentro de diez años -siempre supuse que ese año o máximo al siguiente, me concederían mi farmacia. Vean que he puesto mí o sea que será mía única y exclusivamente-, pueda comprársela a mis tías, por lo que ahora piden: doscientos millones, que espero en esa fecha equivalgan a cincuenta de los actuales.

e-libro.net

Aunque lo tenía bastante pensado, dudaba si me explicaba bien o mal, creía que lo hacía bien, aunque, “la mosca detrás de la oreja”, no me la quitaba nadie.

Cierto es, que nunca pregunté si me había explicado bien o no, pero sí me callaba un momento después de decirlo, para observar si había calado bien y profundo, o sea a ver si había llegado a sus intelectos, cada vez más deteriorados.

Hablemos ahora de Carlos Padrón, quien presumía mucho de estar con muchas mujeres, o si no, al menos, de ser uno que contactaba muy fácilmente con ellas. Tanto fue así, que un día en que yo estaba muy tranquilamente leyendo en mi casa, oigo la bocina de su más que viejo coche: “¡Moc, Moc!”

Me asomo al ventanal, y le saludo con la mano. Veo que viene con alguien, “Me da que es una chica”. Le hago señas para que suba; él, sin embargo me contesta con gestos que no, que baje yo. Eso hago aunque suponiendo lo que va a pasar:

-Hola Carlos, ¿qué tal?. Hola -saludo a ella.

-Qué pasó Antonio... te presento a una amiga.

“Pues no es su mujer, efectivamente es una amiguita”. Parecía guapa, a pesar de no verla a toda ella, pues no me acerqué por el otro lado del coche a saludarla, sino que lo hice con un gesto de la mano.

Pensé dos cosas, que le había dicho que iba a saludar a su amigo para que viera ella, su conquista, que se codeaba con los de alta clase social, y después para que yo viera su ligue.

Esperaba que no le trajera ese desliz en su matrimonio malas consecuencias.

Siempre, salvo esa vez, cuando Carlos hablaba, era para criticar y llorar por algo. A veces, de todas formas, el hombre se reponía un poco, y parecía que hablaba más sereno, con ánimos (era lo menos frecuente).

Entre lloro y lloro, llorando (esto y por esta vez, en un sentido figurativo) me contó cómo él había sido vendedor y representante, que había hecho y manejado mucho dinero, pero que sus negocios habían fracasado, y juntos a ellos, él.

Ahora, a sus cincuenta y tantos, estaba pendiente de que con una oposición que había estudiado, y en la que había quedado fuera de los admitidos, le proporcionase un empleo eventual de celador.

“Por lo visto, eso para él es un buen empleo”, para mí, no lo era tanto. Si pensaba que ser farmacéutico era una mierda, no les digo nada lo que pensaba de ser celador.

Me indignaba y siempre le preguntaba:

-Y, ¿por qué no sigues estudiando las oposiciones?

-Pero si ya no se convocan. Aparte de eso, ¿tú crees que yo me las puedo preparar sin un trabajo fijo y con todos los problemas que tengo?

Y más problemas que tendría si no adquiría rápidamente un puesto de trabajo seguro y de por vida.

De todas maneras, estoy convencido, que si tuviera estabilidad económica y en el trabajo, tampoco (por no decir menos), se las estudiaría. Seguro que diría: “Bueh, ahora que tengo un buen empleo, ¿me voy a preparar unas oposiciones de celador?”

Es un negativo, y siempre, aunque las cosas no le fueran tan mal, él las veía negras, con lo que seguro que negras se le volverían. A los optimistas todo les sale bien, a los pesimistas no tanto (¡ojo!, que no he dicho que todo les salga mal, pues reconozco, que considerándome un optimista redomado, sé que a veces no lo soy; quizás sea esto motivo suficiente, para no ser el más adecuado para decir lo que digo).

“Espero que no traiga malas consecuencias (si no judicial, sí amorosas) a Carlos, su ‘affaire’ con la chica”. Creí que simplemente era una compañera de trabajo a la que quería impresionar, cautivar y en definitiva una conquista más. Eso fue en realidad lo que pasó, pero en medio hubo sexo, y eso es algo más grave, al menos para uno con la mentalidad de Carlos y su mujer.

Estaba eufórico, y no pensaba para nada en los efectos que su deslealtad, a su mujer le pudiera ocasionar.

Carlos tenía un hijo y una hija; ¿cómo se alimentaba esa familia?, era un absoluto misterio, él no trabaja de fijo, y su mujer, que andando el tiempo llegaría a tener un puesto estable (el que no puedo asegurar si es fijo o no), en esos momentos no lo tenía.

Más tarde, me enteraría, que no habían ido a bares, ni a comer fuera; él, Carlos, se limitaría a comprarle sacos de papas, y demás alimentos. Ella, su amante, acababa de divorciarse, y no tenía dinero con el que mantener a sus hijos. Algo de esto me suena a mí, pues lo he vivido en mi propio cuerpo.

e-libro.net

Carlos, muy seguro de que él conocía el mundo de los fármacos, tomaba todo tipo de psicotropos; unas veces, para combatir la ansiedad, otras para la melancolía, y otras para dormir.

Iba, como siguiera así a terminar mal.

Jorge, él, gran profesional de la farmacia de C..., era el que se los suministraba; ojo, no que se los vendiera en el mercado negro, sino que hacía la vista gorda sobre la obligación de venderlas con receta médica. Me da que no lo haría para enriquecer a su amo y señor, sino que a lo sumo, para ayudar a un pobre nervioso con problemas, sin saber que así lo que estaba haciendo, era aumentárselos. Quiero descartar la posibilidad de que lo hiciera por hacerse el "colegui", o el gran solucionador de los problemas ajenos.

Quiero pensar que lo hacía por ayudar.

Leyendo la Biblia, llego a la conclusión (confrontando con otros libros), que si Dios no existiera, habría que inventarlo, y que fuera a semejanza del que existe. Fue como una especie de iluminación que me vino entre las tinieblas del sopor de una siesta, que aunque no quería, mi cuerpo me la pedía.

Eso de que nos reencarnamos en otras personas u otros animales en otros planetas, me parece difícil y absurdo, frente al Reino de Dios.

Unas dudas tanto a favor de unos como de otros serían: si nos reencarnamos, ¿cómo se pueden entonces crear nuevos espíritus o almas, para llenar todos los cuerpos de los humanos, pues cada vez más y en mayor expansión, o sea que de vez en cuando nacen unos espíritus, mientras otros se reencarnan? Contrariamente: ¿al final, dónde nos meterán a todos, sobre todo los que no caben en el Cielo? ¿vamos todos los demás al infierno? En fin, estos son problemas teologales de los que ignoro hasta lo más básico.

Llevaba rumiando la idea de que quería hacer otra carrera hacía tiempo; no debía dejar pasar los años, ya que entonces sería tarde. Pensaba hacerla el curso que venía, y se lo tenía que decir a mis tías, con las que no quería seguir trabajando y seguir sintiéndome explotado. Todo un mes de trabajo por tan poco sueldo, me parecía demencial. Encima, al menos eso pensaba, realizaba un trabajo de calidad, pero eso a ellas no les importaba. Ni a ellas, ni a ninguno de mis dueños. Ya dice la Biblia, que el rico explota al pobre mientras pueda, y cuando ya no le sirva para nada, de patitas a la calle.

Piensen, si no fue eso lo que le pasó al pobre Juanito con C..., o a Braulio con mi padre, y así muchos y muchos casos.

Al final, un buen día le dije a mi tía:

-Yo sé que nadie confía en mí, pero quiero hacer otra carrera, y luego dedicarme a escribir.

Fue de las veces que más he hablado con ellas. En fin, no era tan difícil, y llevaba explotando en mi pecho, esa idea que no sabía ni cuándo, ni cómo expresar. Ya lo había hecho, y no había vuelta de hoja. Ellas, ella, no insistió, ni nada me dijo. Seguramente, lo que ella quería para mí era verme de empleado de otra farmacéutica, así hasta el fin de mis días. No, gracias. Si he de ser un esclavo de mi trabajo, que lo sea a gusto, y que a ser posible por ello me paguen decentemente.

Quería, y tenía decidido, ser escritor, con lo que no vería a mis jefes, y tampoco vería cómo se venden mis trabajos (si es que se venden), vamos, no veo cómo sufre el comprador al pagar.

Al finalizar el contrato tendría derecho a cobrar el paro, pero preferí dejarlo para otra ocasión.

La tesis doctoral de Macanti, era sobre el cine. Me pregunté qué demonios haría él con una tesis semejante, pero me enteraría más adelante que él era el encargado de ello en el instituto que daba clases.

Hoy, leyendo a James Joyce me acordé de un chiste un poco macabro, dice así:

-¿Dónde viven los ciegos? –se lo pregunta uno al contertulio.

-No sé -responde él.

-En el noveno b,

El truco está en: "no-ve, no-be".

Cuando veía en algún sitio que la conversación decaía, sobre todo si estaba con Camacho, me rezaba un Padre Nuestro, y entonces todo volvía a la normalidad, y cómo si no iba a ser, teniendo Camacho y yo tan buen aliado.

Camacho era un evangelista un poco "descafeinado", pues aunque esos no creyeran ni adoraran imágenes, él, Camacho, sí lo hacía. Sin ir mas lejos, le tenía auténtica devoción a la Virgen del Pino.

A veces, pocas a decir verdad, Camacho no venía por mi casa alegando motivos como:

-Hoy no voy porque estoy blasfemando.

Silencio por mi parte, a pesar de dejarme alucinado y aterrorizado.

e-libro.net

-¿Tú, nunca blasfemas?...

No le conteste, sino con un:

-Pues bueno, nada, hasta luego...

-Adiós.

Y colgaba el teléfono asombrado.

Otras veces, y aunque no me lo decía el mismo día, sino al siguiente viernes, era porque se iba de putas. Mis amigos, a pesar de ser todos muy religiosos, a la hora de estar con mujeres, no se cortan un pelo. Reconozco que yo no soy quién para hablar, pero quizás, porque leo más que ellos la Biblia, me he hecho más moderado; aunque todos ellos se han vuelto a bautizar, siendo ya adultos, por el rito protestante en el mar, con lo que podría parecer que eran unos auténticos creyentes.

A decir verdad lo que ha ocurrido, es que algunos son fanáticos radícales, mientras que otros se habían convertido en pasotas, reales ateos. Tal es el caso de Control, quien a parte de eso, quiere no sólo demostrar su postura, sino convencer con sus planteamientos.

Camacho fue el primero en decirme que la Biblia había que escudriñarla, que eso es lo que quería y le gustaba al Señor.

Ellos, los evangelistas, están siempre: “Que si el Señor para aquí, que si el Señor para allá...” La verdad es que algo se pega.

También acostumbran a decir: “Gloria a Dios”, o, “El Señor te bendiga”, etc., etc. A mí estas expresiones me hacen gracia, y más, mucho más, me agradan, por lo que las oigo con gran satisfacción y deleite. No las suelo decir pues me causan rubor y no he sido educado con ellas, pero he de reconocer que alegran a quienes las oigan.

¿Ven?, tenían estas y otras virtudes, siempre alabando al Señor y demás y, cuando les da por ahí, se van con prostitutas.

Yo, por lo pronto mantenía mi promesa de no ir con mujeres de mala vida.

Ya casi no escribía a Celeste, aunque pasé un par de veces por su trabajo (seguía en la farmacia de C...), para invitarla, desesperado de esa absurda situación, a cenar por ahí. Ya no tenía tan claro que nada más ponernos a hablar, le hablaría de lo del “brote”, aunque mis amistades, no dejaran de recordarme lo que uno en realidad era.

Esto lo digo por Camacho y Control, pero sobre todo el primero, no había viernes que no lo nombrase, lo de la medicación que nos estabamos tomando. Le comentaba lo que desgraciadamente seguía inyectándome (ahora el primer practicante ya no venía por mi casa, sino que venían otros, a quienes los conseguí por unas hojas de propaganda que ellos mismos ponían en la farmacia en la que ahora trabajaba), y que por supuesto, tenía la esperanza de que a los cinco años me la suprimiera, eso suponiendo que el médico fuera honesto y honrado, consigo y con el paciente.

No sabía por qué, pero algo sospechaba de ese médico, al que consideraba un cabrón, y quien sin embargo una vez me dijo, casi en tono amigable:

-Porque los catedráticos son unos cabrones.

Y, él, ¿qué coño era?, si no, sigan leyendo.

Camacho, de adolescente consumía muchas más drogas que yo, lo que le había llevado incluso a robar en la joyería que le había puesto su padre. Eso me había dicho que era lo menos grave que hacía.

Decía también cómo en el sur, se llevaba a las extranjeras a la playa, y allí hacían auténticas orgías.

Ven, que lo que a unos nos parecen cosas imposibles, y de películas, ocurre y peor en la realidad.

De todas maneras, lo que había hecho, era todo en muy poco tiempo, pues se inició en el sexo a los veintitantos. Cuando esto me contaba, tendría él unos treinta y cinco años. Es mayor que yo.

El mayor defecto, no era sólo que a mí me daba la sensación de siempre estar presto a cabrearse, sino que era, y es, su manía de él mismo controlarse la medicación, tomándose más o menos, según creyese que iba evolucionando la enfermedad.

Respecto a eso, nunca le dije que hacía bien, ni mal. Sólo le decía, que yo seguía las instrucciones de mi médico, del cual me fiaba muy poco, por no decir que prácticamente nada, y con quien además, casi nunca me sinceraba. Debe ser igual que los delincuentes con sus abogados.

No me sinceraba, porque no lo encontraba buen médico, aunque a veces, pequé de confiado y me sinceraré algo. Esto, más que beneficios, me trajeron malas consecuencias.

Sin embargo, lo de Camacho, no pensaba que estuviera bien, a pesar de que él lo hacía tan convencido, que daba la sensación que dominaba el tema, pero me da que sabía menos que yo sobre él.

e-libro.net

En qué me baso, pues que ha sido un tema que siempre me ha gustado, a pesar de ser de los más difíciles y escabrosos; no porque lo diga yo, ni mucho menos, sino porque es el sentir de la mayoría de las personas.

Domingo Ramírez, tenía un montón de apartamentos, y él sí sabe que por ahí hay gente que ganan auténticas burradas.

Dicen que las riquezas hechas muy rápidamente, igual de rápidas, desaparecen, pero, a qué llaman la gente riquezas.

Para mí, los ricos son los que dominan el mundo, aunque, este mundo sea tan escasamente grande. Con ello quiero hacer ver, que para qué perder la vida por el trabajo si no se piensa ser el dueño del mundo.

En la farmacia, me correspondían quince días de vacaciones. Días, que cogí para dormir y leer. Está claro que no me pude ir de vacaciones, pues no tenía dinero ni con quién ir. Suponía que los que viajan, lo hacían con grandes sumas de dinero, y algunos aprovechando las oportunidades. Hubo una época en que pensé en aprovechar yo también esas oportunidades.

Cuáles, pues bien fácil, la de Farmacéuticos Mundi, o Farmacéuticos Sin Fronteras. Intenté meterme ahí, pero se cobraba muy poco, lógicamente muy poco, y creo que para lo mínimo que se podía uno apuntar era para tres meses. Es una espina que tengo clavada en el corazón.

Leyendo Bella del Señor, vi como un familiar de la bella, siendo académico, se fue al tercer mundo a prestar su ayuda. Esto mismo lo comenté con un amigo, y me dijo:

-Claro, porque él ya tiene dinero.

Daba a entender que ya tenía la vida resuelta. No sabe él, que cuanto más tienes, más quieres, y que si no vas siendo pobre, menos vas siendo rico. No, no lo sabe.

Es muy fácil hablar y criticar al prójimo. Reconozco que soy un mierda, que no hago nada por mejorar este mundo, ya que cuando trabajo, lo hago simple y llanamente por dinero, pero como me resulta tan poco el dinero que gano, en relación al esfuerzo y tensiones realizadas, prefiero no trabajar.

Los quince días, descansé. Qué poco me gusta el trabajo físico, a pesar de que la mayoría de la gente lo prefiera, tal vez porque ignoren lo que se puede gozar con otros, los que se basan en el estudio y la lectura.

Esta sociedad se basa en la práctica para llegar a la perfección del trabajo, creo que la práctica se debe dejar para cuando uno ya no quiera profundizar más sobre unos temas. Falso pues al profundizar en esos temas, se adquiere práctica, hábito.

Seguro que estoy equivocado, y esto es “meterme en camisa de once varas”. No me hagan ningún caso, hoy no estoy en pleno uso de mis facultades.

Puede que si fuera al tercer mundo, no tendría que trabajar mucho, o a lo mejor, todo lo contrario, que sería lo más razonable y humanitario.

Cuando le dije a Camacho, que cuando nos quedábamos sin temas de conversación, me ponía a hablar con Dios por medio del Padrenuestro, él me miró como un bicho raro, y eso que ellos, los evangelistas, parecen más numereros que nosotros, los católicos.

Respecto a esto, Control me ha dicho en varias ocasiones:

-Porque la misa católica, parece una representación de teatro.

Yo le he contestado que bueno, quizás, suponiendo que él lo que me quiere decir es que es un rito, un ritual, pero como bien dijo en una entrevista un fulano:

-Porque todos actuamos.

¡Y bien que tiene usted la razón, oiga!

Había un chabolista, que tenía un bar en una chabola, a la que cierto día fui con Javier Núñez, a comprar para él cigarros. Allí tenían un perro y una mesa de billar, aparte de la barra y muchas cosas para beber. Está claro que el bar debe ser ilegal, aunque a partir de ese momento, empecé a saludar a su dueño, un joven de mi edad más o menos: “Bueno, al menos vive del alcohol, y no de las drogas ilícitas, aunque en este caso su negocio del alcohol también sea ilegal”.

Tenía éste un coche pequeño, pero parecía, tal y como lo tenía pintado y adornado, un cochazo de carreras. Según me dijo hace poco mi hermano:

-El hermano tuvo un choque y quedó inservible.

No he visto que se haya comprado otro, posiblemente porque se esté pagando la casa. Me da la sensación de que no vive donde tiene el negocio.

e-libro.net

Debe ser que le es rentable, al menos él también va muy bien vestido y siempre con el pelo a la última. Le suelo ver ir para arriba y para abajo, de ahí que estime que vive fuera de allí. Sería lo más inteligente por su parte, pero pudiera ser que los chabolistas no lo vieran tan claro.

Bueno, esta gente es muy caradura; siendo tal y como dice mi padrino, unos analfabetos, llevan gracias al tráfico de drogas, un ritmo de vida bestial. Nunca mejor dicho, pues no hacen nada positivo con ese dinero, todo se les va en peleas, gritos, amenazas, broncas, etc., etc., pero parece que a ellos les gusta.

Me queda, cómo no, aclarar que el que anda con mierda se pringa, pero yo no tengo culpa de que por ser pobre y poco influyente, no me hayan quitado las chabolas de nuestro lado, siendo a mi casa a la que más perjudica.

Jesús Gil y Gil, al ver que un afamado actor de cine norteamericano, iba a dejar de ir a la isla en la que él es alcalde, por haberle puesto un muro frente a su casa, el que no le permitía ver bien el mar, lo mandó tirar.

No sé si son favoritismos, ¿pero no es preferible darles casa a los de las chabolas, y más lógico, que lo anteriormente dicho?

A veces pienso si es un castigo de los políticos. Total, nosotros, los pobres, no nos merecemos un trato de favor.

Últimamente, los distintos políticos locales que suben al poder, nos aseguran, que efectivamente, ellos las quitarán, y cuando llegan al final de la legislatura, alegan:

-Es que no dependen de nosotros solos, la oposición...

En fin, que: puedo prometer y prometo...

Últimamente, el control antidopaje en el deporte es más estricto, por lo que se les obliga, a los laboratorios farmacéuticos, indicar si la sustancia en cuestión puede considerarse dentro de las no permitidas. Con eso hay que tener cuidado. He observado como muchos medicamentos dicen que pueden dar el control como positivo, por lo que es cuestión del médico del club, el analizar si esa sustancia va a "cantar" o no en el análisis aleatoriamente hecho a los deportistas.

He visto fracasar a un médico, por prescribir un fármaco antigripal a un deportista de su club, al cual le hicieron un análisis y se vio que estaba dopado. Seguro que la sustancia era una bobería, y posiblemente casi todos hemos tomado muchas veces una sustancia de las no permitidas; por ejemplo, una tan frecuente entre los asmáticos como el Salbutamol, da positivo.

La empleada de la cafetería a la que solía ir, era tremendamente fea, encima una vez se hizo un peinado, de esos que usan mucho las africanas, las trenzas muy estrechas, apelmazadas y abundantes, las que reconozco que a ciertas personas, les queda bien, pero a esa particularmente, le sentaba como un tiro.

Durante mis vacaciones, también me dio tiempo a ponerme malo, y estuve en cama casi una semana entera. Cuando fui a trabajar, le dije a mi tía Dulcina:

-Y menos mal que me dio estando de vacaciones, ya que si no perdería días de trabajo.

-¿Ven? –contestó ella-, así da gusto...

Lo dije sin malas intenciones ninguna, sino con la mayor ingenuidad del mundo, espero que sea que ella también lo captó así, y eso le gustó.

No me gusta perder días de trabajo, aunque reconozco que muchos están buscando una "bajita" para faltar al trabajo y tomarse unas vacaciones.

Siempre me he considerado muy mal pagado, pero de ahí a coger bajas va un abismo. Recuerden que en C..., en tres años, sólo me cogí una semana y aseguraría que por exceso de trabajo. La vez que me cogí un día de baja por gripe, al día siguiente fui a trabajar. Por lo visto, no era suficiente devoción al trabajo. "¡Pero si parezco un empleado japonés!"

Hace poco leí el libro que les comenté de Tom Clancy, que daba a entender que en Japón y en otros países, los japoneses, ocupan grandes y altos puestos de trabajo en las grandes empresas. No digo que pueda ser que sé poco de ese país, y que no hay empresas por aquí de ellos, pero sospecho que los ejecutivos no son tantos, al menos yo no conozco ninguno, y a los turistas que veo, son el típico con su cámara instantánea colgada al cuello.

Cierto es, que no acostumbro a ir a sitios de grandes lujos, entre otras cosas porque no me lo puedo permitir; y es seguramente ahí, donde se les podría ver.

Camacho no tenía rasgos en absoluto delicados, pero era mi amigo, y con el que compartía buenos momentos, a pesar de que a veces me diera miedo; pero supongo que eso es típico del trato con humanos.

e-libro.net

Águeda también dijo alguna vez, que en ocasiones le daba yo miedo, desconozco el motivo, pues creo que nunca empleé la violencia con ella, y si alguna vez lo hice, fue de manera totalmente involuntaria e inconsciente. Es más, borracho, nunca le pedí hacer el amor, más que cuando los dos juntos, nos tomábamos algunas copas. Quizás, aquello ya de antemano estaba perdido.

Después de mucho pensarlo, llego a la conclusión, que mi profesor de filosofía de C.O.U., lo único inteligente que dijo, fue:

-Porque sólo pasa el que está de vuelta.

Me pregunto si él consideraba estar de vuelta lo poco que tuvo que luchar, para conseguir el puesto que tenía, que quiero pensar, que tenía para siempre, o sea que hubiese aprobado las oposiciones.

Es triste, pero esa es la realidad, lo que Juancho dijo, y que yo tan pocas veces he cumplido:

-Hay que parecer una persona seria, pero ser un borracho.

Siempre he sido al revés, he sido mucho más serio que lo que mi indumentaria podría parecer. Eso se debe a una cierta rebeldía que siempre he tenido. Pienso y con frecuencia, en lo afortunado que he sido, al no vivir bajo una dictadura, un gobierno de terror, pues nunca he sido muy conformista con el poder establecido, y eso, si me ha traído problemas alguna vez, no les digo nada lo que me habría pasado de estar bajo un régimen autoritario, o sea, que incluso he de dar las gracias.

Últimamente, siento oír que los médicos no se ponen de acuerdo unos con otros. Esto puede ser porque no se trabaja en equipo, y así, con la unión de pareceres y dictámenes, dar el diagnóstico y tratamiento correcto de la enfermedad.

En cambio, lo que existe actualmente, es que uno va a un especialista y le dice una cosa, va a otro y le dice otra cosa, y así sucesivamente. Puede ser, que el médico (como muchos otros profesionales), no sepa exactamente lo que se trae entre manos, y por ello diga unas cosas que no son exactas. También es posible, que el profesional esté bien preparado, y sepa que algunas enfermedades son multicausales, y que es posible también que una enfermedad, no se presente ella sola; estos dos condicionantes asimismo pueden llevar a diagnósticos erróneos, y no vaya a ser todo tan duro como mi padre los calificaba.

Mi experiencia últimamente con ellos no es muy grata.

Yo no es que los considere unos matasanos, pero me consta que algunos, al menos los que a mí últimamente me han tratado, se dejan más llevar por su orgullo, que de su profesionalidad.

Una enfermedad, que se complica con otra cosa, puede y estimo, debe atacarse desde distintos ángulos, e igualmente sé que aunque uno intente abarcarlo todo, no puede, y es por ello, por lo que se requiere un buen equipo, cosa que últimamente se está queriendo implantar.

De todas formas, como existen pocos sitios, a consultas privadas me refiero, que tengan un equipo médico, es por lo que hay que estar andando de un sitio a otro, con el consiguiente desembolso de dinero, pues cada uno dice una cosa, y manda al otro que cure la otra.

La multipatología, suele darse más en las personas mayores, en los ancianos, pues, basta que algo funcione mal, para que enseguida se estropee otro órgano o función del desgastado cuerpo.

Otro motivo por el que iba menos a casa del Lu, era por el perro que tenía. Era el cachorro que le dio Camacho, que no sólo era inquieto por su juventud, sino que eran perros asesinos, y ya desde pequeños tenían esa agresividad característica en ellos.

No fui el único que empezó a dejar de ir a su casa, por eso y porque estaba rodeada de chavolas por todos lados. Ya he dicho que he pasado y paso miedo cuando voy por ahí, no sólo por lo calamitoso de las personas que ahí viven o que los frecuentan, sino por los perros que tienen, “educados” en atacar a todos, sean personas o animales.

El Lu de esas cosas se reía, mientras decía:

-Es una cría y necesita afilarse las uñas.

Eso de las uñas lo decía porque le estaba estropeando todos los muebles, ya no sólo con las pezuñas, sino con la boca. Son perros de presa, y si te cogen algo con los dientes, te lo destrozan. Perros así, no se deben dejar sueltos.

Recuerdo como Tiga me arañaba con sus patas en Los Secos, pero eso se debía a que pasaba miedo al verse en esa playa él solo. Se desesperaba. No caía en ello, y pensaba que era una mierda de perro, y me atormentaba al pensar que quién me mandaba a mí a recoger perros de nadie. Pero al final, les coge uno cariño,

e-libro.net

aunque no es al que más amor he dado. Antonio Gala tiene en eso razón: cuando se nos muere un perro, lo mejor es hacerse con otro.

Al Lu no le quedó más remedio que regalar su perro y cambiarlo por una perra, mezcla de pastor alemán con un nosequé seguro que callejero.

Esta, a pesar de ser una cría, era más soportable, aunque él también le consentía demasiadas cosas. Me preguntaba: "¿Le concederá tantas cosas porque con él fueron igual de pequeño?" Yo, sea por mi educación o por mi forma de ser (resultado de mi educación), no dejo que un perro se me rebele y se me suba a la torera.

Otro de los motivos por los que echó a su primer perro, era porque lo sacaba por ahí a pasear y no le hacía caso, se marchaba y no respondía a sus llamadas.

Tara, su última perra, se la dio una veterinaria que la había recogido en la calle, herida de un accidente y con la pata rota, tenía una prótesis en su interior que le había reconstruido la fractura.

Recuerdo cómo a mí, porque dijo que yo le había quemado con una colilla la parte de atrás del asiento, no me dejaba fumar en su coche. Él sí lo hacía. Sin embargo sus queridísimos perros se lo destrozaban, pero a ellos no les hacía nada.

Tampoco se podía cerrar muy fuertemente la puerta pues se le rompía su coche. Conmigo era con quien más exigente se portaba, a los demás, les consentía algo. No dudo que eso fuera porque uno tenía más trato con él, aunque lo veía una injusticia total y absoluta.

Muchas veces, me pongo a pensar tanto en que soy sumamente rico, que no reparo en la pobreza que hay a mi alrededor. No me refiero a las chabolas, quienes consiguen unas cinco mil pesetas en aproximadamente tres minutos, por no hacer nada en absoluto; sí, me dirán que se arriesgan, pero, ¿no llevan un tren de vida desorbitado respecto a su "buen hacer"?. ¿Es que esta sociedad le va a permitir que se chanceen, destruyan y enriquezcan al y con el prójimo?

Leía en esos tiempos un libro sobre los grandes traficantes y los muchos corruptos que se enriquecían con ellos, proporcionándoles inmunidad política y judicial. Llegaba hasta tal punto la riqueza de un cuarentón que tenía islas y trasatlánticos incluidos.

Puede que el libro fuera ficción, no lo discuto, pero da idea del nivel de vida que llevan algunos mangantes hediondos. Y no se dice eso de: la realidad supera a la ficción.

Una tarde de guardia estaba despachando, cuando me vino un niñato cabrón y ladrón, reclamándome mil pesetas, vino con unos aires increíbles; le miré con una mirada de odio absoluto, viéndole vestir tan ricamente y marchosamente, me repateé cerebralmente: "Bien pronto empiezas, cabrón".

Le debía haber dicho que tenía que esperar a que se hiciera la caja y viéramos si sobraban mil pesetas pero por temor a Dulcina a que me echase un pleito por irresponsable, me saqué la cartera del bolsillo y le di un billete. Ya no sólo sospechaba que me estaba robando sino que era la primera vez que veía a ese niño ladrón de mierda.

Me he indignado muchas veces, pero pocas veces recuerdo tal odio hacia un niño, menos que un adolescente; llevaba el pelo muy modernito, y vestido como un golfo pero con ropas muy caras, más de los que ni yo ni muchos como yo, nos podríamos permitir, y menos un niñato como ese. ¡Estúpido!

Cuando leí al gran García Márquez, sus "Cien Años de Soledad", soñé como mi tío Joaquín, antes de morirse se había cambiado de cuarto, justo en frente al que estaba y que es el garaje. Allí, lo podía yo ver siempre, encorvado en su silla con el pelo largo y sonriente. Sus libros estaban reducidos a menos de una décima parta y estaban roídos y viejos, algo deplorable.

Vi como habían algunas colecciones, aunque él me había dicho que no era partidario de éstas. Había grandes diccionarios compendiados en diversos volúmenes tirados por el suelo. Según parece, en el sueño, el único que veía estos desperfectos era yo. Justo detrás de mi tío, había un mueble con espejos, pero en ellos no se reflejaba él; no me fijé si los demás sí, aunque lo supongo.

Joaquín estaba bastante pálido, no por la enfermedad, sino por estar encerrado entre sus libros. Como bien le dijo en su día un médico, le hacían falta baños de sol.

Me saludaban los últimos sábados de esos seis primeros meses, un licenciado en medicina, muy efusivamente, pues yo era una especie de colega pero en joven. Seguro que él me enseñaría en experiencia, me quería dejar entrever. Pero me desmoralizó enormemente, ver su desafortunada dentadura. Se encontraba bastante deteriorada, aunque no tanto si era la de él, la original. Iba vestido normalito, sin grandes lujos, le caí bien, al igual

e-libro.net

que él a mí, aunque recé: “Dios no permitas que yo acabe así, contando mis batallitas, por otro lado siempre las mismas, a un sempiterno amigo, que a saber por qué motivo nos aguanta nuestra eterna soberbia”.

Hubo momentos en que soñaba, con que a mi muerte, fueran a mi entierro mucha gente. Hoy, sinceramente me da absolutamente igual. ¿Que va gente?, pues bien, muchas gracias; ¿que no va gente?, pues igualmente bien, gracias también.

Habían otros médicos, como ya comenté, que no me saludaban, nada se me perdía con ello. Ojo, me meto con los colegas, y con los que son casi del gremio, pero cuidadito de meterse quien no sea de los nuestros, contra algunos de los aquí citados, pues seguro que mi pluma estaría dispuesta a atacarles desde los más diversos enfoques y puntos de vista. ¿O no?

Criticar, los critico, pensando en que podrían ser mejores. Está también claro, que cada uno tira para sí; si esto ocurre dentro de las familias, ¿no va a ocurrir con los que no pertenecen a ella?

Se puede tener enemigos, y por tanto luchar contra ellos, pero pueden haber ocasiones en que tengamos un enemigo más fuerte en común, y una de dos, o algún bando se alía con ellos, o nos unimos nosotros, que sería lo preferible, contra el enemigo común. La vida está llena de esos ejemplos.

Leía algo, pero aún no lo consideraba suficiente. Me daba la sensación, que en la Laguna aprovechaba mucho más el tiempo, que dormía menos. Nada más engañoso, pues allí iba al cine con frecuencia a comer por ahí, al campo, o a cenar, o a comer algún bocadillo, en fin, hay una gran cantidad de etcéteras, que claro no se correspondería con la actualidad.

Dulcina me comentaba que a veces tenía sueño, pues se había quedado hasta tarde viendo a Carrascal y sus famosos noticieros. Mucho más humana esta tía mía, decía cosas que le hacían a uno sentirse más cerca.

Los sábados, las despedía a las dos con un beso y a Marcos y David con un apretón de manos:

-Que pasen un buen fin de semana.

Ellos me contestaban que igualmente o con otras fórmulas de cortesía, que les agradecía mucho.

Creo que terminé el contrato en septiembre, y me dio el tiempo justo para ir a matricularme, dónde, pues a la U.N.E.D. (Universidad Nacional de Educación a Distancia), por qué ahí, y no a la universidad normal, donde sería más fácil. ¿No lo saben?, pues por miedo a los profesores. No estaba dispuesto a que me volvieran a follar vivo. Quería estudiar bastante durante el curso, y en verano, dedicarme a la lectura. Perfecto, lo tenía todo planeado. No tengo miedo a estudiar, sino a las personas que me encuentre delante, en mi andadura. “Sé que puedo estudiar más que el que más, y eso haré”.

Me sorprendió, una vez matriculado, que fuera si no obligatorio, sí “aconsejable”, asistir a clases. “Espero que no sea como en la universidad normal. Al menos los profesores no serán tan autoritarios”.

Primero lógicamente, estaba el matricularse. Fui tan bien vestido, que llegué a sentir apuro verme destacando tanto entre los que allí habían, se notaba que la mayoría trabajaban, pues iban mejor vestido que en mis antiguos tiempos de universitario; de todas maneras, fui casi con mis mejores ropas, sin llevar corbata ni chaqueta. De todas maneras, las fotos que necesitaba, sí las hice con una camisa blanca y una corbata, muy mona, la que había llevado a la boda de Tomás, la que les contaré en otro libro, pues no fue muy saludable el final. Llevaba unos pantalones, beige, los que había comprado con mi hermana, y que me habían costado unas doce mil pesetas; dinero que hoy pienso que es un auténtico disparate habérmelo gastado en unos simples calzones. Mi hermana Maru se ponía:

-Pero, Toni es que te quedan muy bien, tienen una caída magnífica. Te quedan bienísimo. No mires tanto el dinero.

Al final me convenció, pero continúo, años después, teniéndolo reservado sólo para las ocasiones. Después de usarlo algunas veces, comprendí que la etiqueta que tenían en la pretina, era para quitársela, aunque no lo comprendí exactamente hasta verla desprendida del todo.

Respecto a esto, recuerdo como una vez que salí con Jacinto, él llevó una chaqueta de invierno, azul, nueva; era tan nueva que llevaba la etiqueta de la marca en la manga. Le dije que esa debía de quitársela, y no me hizo caso. Pues bien, yo fui casi igual, con la salvedad que la mía la escondía el cinturón. La camisa, también nueva, usada muy poco, e igualmente para ciertas ocasiones.

Iba en definitiva, casi como voy a las bodas y demás reuniones. Hasta tal punto, que empecé a sudar, no sólo por el calor, sino por el agobio de pensar que estaba haciendo el ridículo. Iba simplemente a matricularme; sí, estaba claro que me había excedido con mi imagen.

e-libro.net

La de secretaría, seguramente funcionaria, me trató fatal, aunque puede que no a mí solamente, sino que lo haría igual con todos.

El sudor me corría por las axilas, repito, no efecto del calor ni de la aglomeración, sino de la certeza de encontrarme haciendo el indio.

Allí me dieron los papeles a rellenar, y me vendieron un par de libros con las condiciones y requisitos, sobre la matriculación. Quedaban pocos días para que se cerrase el plazo de matrícula, por lo que tuve que leer y comprender los libros en pocos días.

Una vez sabidas todas las condiciones, así como los calendarios de exámenes, decidí ir a matricularme. Según las fotos que estregué, parecía un ejecutivo, aunque ese día iba más modosito vestido.

Tuve que ir otro día distinto, a compulsar unas fotocopias que me pedían, entre ellas las del título de farmacia, ya que pedían la comprobación de las carreras realizadas anteriormente. Esto me enorgulleció al tope, y recordaba de joven, cuando al ver esta pregunta me decía: "pero, ¿es que no es suficiente con una?" Ahora iba camino de otra, y con intenciones de sacarla a toda costa.

Estaba algo estresado, y pidiendo no meter la pata. "Ojo, Antonio, recuerda: los profesores tienen la sartén por el mango". Pero acto seguido me contesté: "Sí, pero aquí los que me ven no son los que me van a examinar".

El mismo día que me matriculé, fui al piso bajo de las dependencias, y me compré los libros exclusivos para dicha universidad. Algunas de las hojas de preguntas que había que hacer y rellenar para entregárselas a los monitores, no estaban, por lo que me dieron la opción de fotocopiarlas; tuve que ir lejos, y encima fue caro. En fin eso hice. Devolví el fajo original y me devolvieron el carnet de identidad, que había dejado "a cuenta", sin problemas.

Se extrañaron que comprara todo el material de golpe, por el que tuve que hacer un gran desembolso económico. Estaba ansioso por empezar a estudiar.

Había un pequeño inconveniente, consistente en que tenía que estudiar latín, pues la asignatura partía de que teníamos un nivel que en absoluto era real. Empezaba a ponerme nervioso. "Relájate chico, relájate", me autoaconsejaba.

No tenía tiempo para ponerme al día en latín (ni en ninguna), ya que debía terminar de leerme todas las novelas y ensayos que tenía pendientes. Les diré que si hacía literatura, no era sólo por tener otra carrera, sino como decía a quien me preguntara: "Para que así sea más fácil meterme en el mundo de la novela, en el de las letras." Eso decía y eso quería creer. En parte era cierto, y por otra parte era para tener más seguridad, optar a más dinero, tener más prestigio, y en fin todo lo que se imaginen, pues tiempo tuve de meditar y decidir hacerlo así.

Leería todo lo que se me pidiese durante el curso, pero los veranos, serían sagrados para la lectura de novelas, única y exclusivamente. No sería difícil sacarlo año por año, y todo en junio; si otros podían, por qué no yo.

Era característico ver a los de derecho, y carreras fuertes, cómo vestían mejor, a pesar de que no dispusieran de más dinero para ello.

Esa universidad se caracteriza porque la mayoría de los alumnos trabaja. No pensaba en que tendría compañeros y que intimaría con ellos. No, yo iba allí a estudiar y dejarme de rollos y milongas. Estaba claro, ¿o no? Ya que para perder tiempo, me pondría a trabajar.

Faltaba poco más de una semana para que empezaran las clases. "Bueno, ya sé que son pocas horas, por lo que voy a asistir", no supe hasta el final del primer parcial, que los profesores, nos evaluarían y darían una nota sobre nosotros, que nuestros examinadores de Madrid tendrían en cuenta.

No se me ocurrió pedir exámenes de otros años, pues supuse que al ser a nivel nacional, cada año los cambiarían; al menos eso era lo más lógico (¿quién me ha dicho a mí que la vida lo es?).

Haciendo un pequeño paréntesis: no me explicaba ni me explico por qué los curas no se pueden casar; en esto, toda la vida prefiero a los evangelistas, los cuales según mis amigos, no sólo se casan, sino que lo hacen con la más guapa. También tengo entendido que no están mal pagados del todo. El que yo más conocía era Sergio Suvillaga, quien inauguró un canal de televisión, en el que salían él y otros predicando; también se veían otros programas en inglés, los cuales no se preocupaban en traducir. Otras veces se veían predicaciones de pastores sudamericanos.

Estimo que si este inconveniente se solucionase, habría más curas, y encima estarían más satisfechos muchos.

e-libro.net

Siempre he querido hacer cosas, pero de ahí a ser un tío que pase a la historia por hacer cosas importantes, para eso me habría hecho político, o investigador, una especie de Pasteur, o un Estalín, cualquiera de ellos; pero no, quizás esto que hago, no sea tan perjudicial (o beneficioso), y encima puedo expresar mis ideas, pensamientos y sentimientos, de forma más o menos real por medio de mis personajes, mis adorados y odiados personajes.

¿Admiro a mi padre?, esta pregunta ahora no la puedo responder ni sabría cómo. Por qué la pongo entonces, pues porque se me ocurrió y pensé sería una buena pregunta, pero ya veo que no.

Sin embargo, opto por hacer aquello que todo el mundo puede hacer, siempre que no sea un discapacitado, y aún así algunos como yo, lo hacemos: la escritura.

Es un medio de información muy bueno, el mejor diría, a pesar de que Leonardo da Vinci no opinara así. Según él, mejor es la pintura para expresar la realidad y los sentimientos, más que la poesía (supongo que sobre la prosa pensaría lo mismo). A pesar de no ser quién para ello, discrepo. Todo depende en qué se ha ejercitado uno más, para transmitir sus sensaciones y emociones, yo por ejemplo, soy más habilidoso con la pluma que con el pincel; al menos eso creo, pues probablemente, para muchos, sea excesivo llamar a mi escritura una habilidad.

Paisajes, quizás sean más cercanos a la realidad, los expresados por la pintura, pero emociones, estimo que sean mejor explicadas con palabras.

Él, bien podría alegar, que la cara y las facciones se representan mejor pintándolas que narrándolas.

No les he contado mi último día en la farmacia; no es que fuera importante, pero había invitado a los empleados a almorzar; al final también se lo dije a Dulcina, quien me lo agradeció aunque se disculpó porque ya había quedado en ir con otro sobrino al sur.

Ese último día, compré los gránulos homeopáticos, para dejar de fumar. Eran los usados por los fumadores de Cámel. Yo no fumaba esos, pero para los rubios que fumaba, no los tenían. Costaron cerca de cinco mil pesetas. Carísimos.

Por fin se acabó el día; era un sábado y cuando íbamos a ir a almorzar al Canguro, Marcos se disculpó porque tenía que ir no recuerdo dónde. Me enfadé:

-Si vas con nosotros, vas con nosotros, y no estés quedando con más gente.

Me recordó los rollos baratos de esas edades, de quedar con todo el mundo. Me indigné y le di un cuarto de hora para que nos alcanzara.

Llegamos al restaurante, y David se tomó una cerveza; yo otra “sin”. Estaba “desentrenado” en lo de ir a comer fuera, y supongo que se me notaría.

Al cabo de quince minutos, indiqué a David que fuéramos a la mesa a comer; él comentó que todavía no había llegado Marcos. Le iba a soltar una parrafada cuando el joven empleado llegó. No tenía derecho a cabrearme, pero algo lo estaba.

Comimos, y lo más importante fue que les enseñé mi nómina. A David le pareció una mierda lo que ganaba, y tenía razón. Comer, comí lo mismo que David, a quien le aconsejé el escalope de mero, relleno con jamón serrano. Marcos pidió solomillo.

Comimos rápidamente y sin hablar mucho. No había esa chispa de complicidad para crear la comunicación.

Al final pedí un licor, que no llegué a tomarlo del todo, viendo que era el único que bebía. Me arrepentí en gran medida de pedirlo. Total, que esperamos a que Marcos terminara de comer, que lo hacía muy finamente; luego fuimos al garaje a coger el coche de David. Antes pasamos por el Yaiza, y allí nos tomamos los cortados, menos David. Muchacho sano donde los haya. Llevamos a Marcos por Mesa y López, y después David me llevó a mi casa.

Me sentía extraño y enfurecido por la copa de licor. Sobraba totalmente.

Estaba extraño; por primera vez me había despedido de un trabajo. Tenía que hacer bien la carrera, pues no tendría disculpa ninguna el fracaso.

El día que pude, fui a comprarme una Biblia a la librería que hay por la Catedral. Allí, un cura se me puso a decir cual era en su opinión mejor para los canarios, por la forma de expresarse. Fui con la intención de comprar la de Jerusalén, que es la que se usa en las iglesias católicas. Al final el cura me convenció, tras buscar una con letra grande, pues la que me enseñó era con letra muy chica. Una gran casualidad, fue que pregunté a la dependienta por una Biblia que allí vi, y me dijo:

-Esa es la más literaria.

e-libro.net

Se encendió una luz en mi interior, "¡¡¡cómprala!!!" Eso hice, y en buena hora.

Al final me descontaron trescientas pesetas, que es lo que suele la dependienta descontar, sea cual sea el importe.

Llegaron un grupo de curas, algunos ya retirados, todos muy sonrientes; el peninsular, el que me aconsejó, se puso serio. Le di las gracias y me fui, sin llevarme la que en principio había ido a comprar, y que según parece, es la más cara de todas.

Acto seguido fui a una iglesia cercana; no a la Catedral, pues estaba en obras, a dar el diezmo.

Habían muchos pedigüeños, y gente humilde; me extrañó mucho eso, siendo la zona cara que era donde estaba ubicada la iglesia.

Pregunté, pues no veía dónde poner el sobre con el diezmo, y un señor mayor me lo indicó. Me volvió a dar apuro ir tan bien vestido. Iba igual que cuando fui a matricularme.

Definitivamente, dejaría esa ropa para las ocasiones, y no para todos los días. No es que ir a la iglesia no se merezca un gran respeto, pero...

Me puse después de dar el donativo, a rezar; le pedí ayuda al Señor para que me sacara del atolladero en el que me iba a meter. Últimamente, lo que le pido a Dios, no es tanto que me ayude, sino que dirija mis pasos. Al final de mi vida, veremos si me los ha dirigido o no.

En ese momento, no le pedí esto último.

Estaba estresado, todo era nuevo para mí, y encima estaba haciendo el estúpido tan bien vestido, ni que fuera un ejecutivo, cuando lo que realmente era, era un simple y oscuro farmacéutico, que seguía sin ganar lo suficiente como para mantener una casa, ni a una mujer, y ni siquiera podía comprarme un coche.

Volvamos otra vez a las clases. Volvía a ser un número, aunque esta vez mejor vestido; demasiado bien vestido para lo que allí se veía de normal. Pasé de un extremo a otro, seguro que como reacción a lo mal que vestía en La Laguna. Ahora vestía excesivamente bien. Podría parecer que gastaba mucho en ropa, no era así, aunque al principio sí lo fuera; ahora con un par de camisas y algún que otro pantalón en rebajas, era más que suficiente. Así parecía que siempre iba con ropa nueva.

Mi bobería respecto a la ropa, llegó hasta tal punto que me fijaba en la forma de vestir de varios, para adelantarme a las modas, y así ir casi vestido en exclusiva. Una pedantería, estupidez y soberbia absoluta.

Eso sí, lo que se dice ahorrar, no ahorraba mucho, y me esperaban épocas, años, sin mucho dinero. Eso parece que no, pero iba minando mi duro y hasta el momento, sano estómago. Todo me causaba ansiedad. Sentía a veces angustia, que raras veces, me atacaba al abdomen.

Por supuesto, nada de estas cosas se las contaba al psiquiatra, pues estaba seguro que me mandaría más medicinas; justo lo contrario a lo que yo quería.

Medicina más usual, para combatir este tipo de males: la según parece inofensiva valeriana.

Tenía como es lógico, ese año, cinco asignaturas: latín, griego, lengua española, inglés e historia de la literatura.

Lógicamente, la que más me gustaba era la última, y por la que sentí alguna atracción de leer algo antes de empezar las clases. Sin embargo el latín y el griego, que eran las que más ignoraba no me atraían mayormente.

Me tuve que comprar un libro de latín básico; compré uno de B.U.P. pero tal y como vería después, de básico no tenía nada, aunque intuyo, y sospecho, que no seguirían al pie de la letra dicho libro, los educadores del curso al que iba dirigido, lo encuentro muy complicado para ese nivel. Lo compré y lo guardé, pensando en machacarlo cuando tuviera que hacerlo. Seguro que lo estudiaría al máximo.

Al leerme los libros previos a empezar la carrera, vi que debía tener diccionarios de latín y griego, en mi casa habían pero muy viejos, me podrían servir, pero, sabiendo que tendría otros años esas asignaturas, y aprovechando que tenía dinero fresco, decidí comprarme los dos. Me gustó verme con todo ese material nuevo. Supuse que más o menos así se debían sentir Mavi o Tomi, que eran los que pensaba que tenían dinero, aunque con el tiempo observaría que no era tanto lo que manejaban, aunque con ello se pudiesen dar ciertos lujos (lujos para mí, al menos).

Pero ya no estaba en esa carrera, estaba en otra de la que iba a ser el mejor. Primero empezaría siendo el mejor de la isla, y por último terminaría siendo el mejor de España. Tenía tiempo y mis únicas obligaciones, eran la carrera y las lecturas. Sí, sería el mejor, y sin grandes esfuerzos. ¿Que otros, seguro que ya habían empezado a estudiar? No hay problemas, yo con mi constancia y buen método los alcanzaría. "Pero bueno, ahora acaba con el libro que tienes que terminar", me frené en mis sueños.

e-libro.net

Total, que me pasé la semana previa a las clases, leyendo literatura, y no organizándome para la carrera. Sí que me había leído la información y la guía del curso, por lo que supe detalles que los demás, según vería después, desconocían.

Pero pasemos rápidamente esa semana, y vayamos ya al primer día del curso. No fui a la inauguración del curso académico, pero sí a la primera clase que hubo. A pesar de estar tenso como una correa, no me pareció tan difícil la clase. Era de lengua española, y aunque la mujer parecía una arpía, suponía que era más o menos fácil de manejar. Veríamos.

La otra fue inglés, y me resultó más fácil. El profesor me pareció algo absurdo; tenía pinta de extranjero. Con el tiempo vería que no, aunque no sabría decir si era peninsular o no, más que nada, porque muchos se hacen los finolis, y por su forma de hablar, ya uno no sabe de donde son. Debe ser que encuentran más fino parecer de otro sitio, o porque el deje canario les resulte muy vulgar.

Poco a poco fui conociendo a todos, y al último a cuyas clases asistí fue al de griego, y eso que me interesaba grandemente oírlas.

A la salida de la clase de inglés, nos pusimos unos cuantos a charlar, menos una chica que me atrajo. Cuando la conversación estaba más animada, propuse irnos a tomarnos un cortado. Aceptaron. No sabía a qué bar llevarlos y al final fuimos a una terraza que de normal no habría ido, entre otras cosas porque no me gustan las terrazas, y menos en el sitio que estaba. Hablando, hablando, se me iban los ojos a una chica, Mari Ángeles, que llevaba un tremendo escote. Había intervenido en la clase de inglés. Había estado viviendo en Inglaterra un tiempo, por lo que el idioma le resultaba bastante más fácil que a nosotros.

Empecé a catarla, cuando dijo una cosa, en clase del profesor, sobre un taller de teatro: “Ah, ya, la intelectual.” Era boba, no perdón, bohemia, y dónde más fácil que allí para ver ese tipo de personajes.

En fin, se le podía permitir porque estaba buena; de todas maneras sus dientes, tenían en la parte superior, una especie de bolsas negras que no me gustaban lo más mínimo. Con el paso de los días, ella misma me diría, como efectivamente, en Inglaterra, le arreglaron la boca; allí la seguridad social, abarca también esas cosas. Enterado.

Ese día, íbamos: Paco, Soraya, Mari Ángeles y yo. El primero era funcionario, y trabajaba en telefónica, en un puesto de base, estaba separado hacía poco, y vivía entre el campo y la capital. Soraya trabajaba en una empresa constructora y estaba separada. Mari Ángeles hacía poco que había llegado; no dijo si trabajaba o no, mas que estaba en tratos con una gente de teatro, y que tenía un novio. Decepcionante para mí, pero fantástico para ella. Hablamos de tantas cosas, que ya no recuerdo ninguna. Al terminar, después de tomar un par de cortados y fumar bastante, pagamos entre Paco y yo, por aquellos de ser caballerosos, y me fui a mi casa. Todo el trayecto era cuesta arriba. Llegué reventado y sudoroso al hogar. Mi madre me preguntó sobre qué me había parecido el primer día de clase, y se extrañó le dijese que nos habíamos ido a tomar un café. “¿Qué extraño, se asombra que haya ido a tomar café, y sin embargo no me dice nada cuando me emborracho?”

Ahora que lo pienso, lo que seguramente le extrañó es que fuera tan pronto a tomar café, que hiciera amistades desde el primer día de clase. Y sin embargo, así fue.

Subiendo las empinadas cuestas, que hay en el trayecto a mi casa, sentía el trepidante y alocado ritmo de mi corazón. Parecía, como se suele decir, que se me iba a salir el corazón por la boca. Otra cosa era que al ir por sitios sin asfaltar, tenía los zapatos siempre llenos de tierra. Aunque los betunase, de nada me valdría, pues antes de llegar a clase ya se me habrían llenado de polvo y tierra, al pasar por zonas con ellas, por lo que me dedicaba tan sólo a pasarle un cepillo, dando por imposible limpiezas más a fondo.

Hablando de esto, recuerdo como el Lu, siempre antes de salir, betunaba y le sacaba brillo a sus zapatos. Los que había ido a comprar conmigo, y que había comprado en rebajas, baratos entre los baratos, tanto que sospechaba que su calidad no debía ser muy buena, aunque él no los tratase así, sino como los mejores del mercado. El gusto, tampoco se parecía lo más mínimo al mío.

Ya que he hablado del Lu, sigamos con las intenciones que tenía de comprarse una casa de madera. Según me confesó, era un antojo que tenía de toda la vida. Para mí era la primera noticia.

Se había informado bastante sobre ellas y un buen día, me pidió que lo acompañase a ver una. Estaban por Tamaraceite, fuera de la carretera principal, aunque no lejos de ella. Él ya las había visto antes por allí, y según me comunicó lo que no le gustaba era la zona, en la que había muchos “mataos.” Esto me sorprendió sobremanera, pues dónde había gente de peor calaña que en nuestro barrio, y más concretamente al lado de nuestras casas. Él tampoco disponía de grandes medios para subsistir.

e-libro.net

Estuvimos viendo una casa de madera, cuyos dueños nos dejaron entrar a ver. Una de las cosas que las hacía baratas, era que se necesitaban muy pocos cimientos para levantarla, aunque ellos los habían hecho bastante profundos, más que para cualquier casa de ladrillos. Decían continuamente las ventajas de esos tipos de construcción, y ni una desventaja; yo entre estas últimas imaginé la poca insonoridad, la poca resistencia al fuego y a alteraciones climatológicas. El Lu, sin embargo, parecía decidido. Estaba bastante aburrido, y sin embargo, el Lu, tanto preguntaba y se interesaba, que parecía se la iba a comprar en breve, esa era al menos la sensación que me daba. No me terminaba de convencer, aunque quizás, para el buen tiempo que suele hacer aquí siempre, sean ideales.

Semanas después le pregunté a Domingo qué creía de ese tipo de casas. Me contestó vagamente, efectivamente había oído hablar algo sobre ellas, pero aún era pronto para ver cómo respondían a nuestro clima.

Nos enseñaron cómo quedarían una vez terminadas en unas fotos; parecían auténticas mansiones, no creía que lo que nosotros veíamos fueran tales palacetes, sobre todo por el tamaño. Sé que el grosor de las planchas exteriores era mayor que el de las interiores, pero no estaba seguro que soportara alguna tormenta. Las casas eran prefabricadas, se mandaban desde Canadá ya medidas y las planchas cortadas junto con la manera de montarlas.

En fin, que no terminaban de convencerme, aunque el Lu, y durante varios meses, me estuviera continuamente hablando de ellas, casi cada vez que iba a verle, momento que aprovechaba, entre otras cosas, para sacar a la perra a que cagase y mease. Estaba en eso bien educada, era raro que lo hiciese en la casa.

A la tía de Javier, la perra la tenía frita, incluso le había mordido, y ella, poco amiga de médicos, no se dejaba aconsejar. Parecía que la pierna iba a terminar pudriéndosele. Cada vez veía peor la herida, pero no le decía nada, cada cual es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera, aunque ello pueda derivar en una catástrofe (ojo, catástrofe personal, si una persona genera una colectiva, pues ya habría que intervenir).

El Lu, aunque ahora ya no con tanto gusto, ni tan diligentemente, me invitaba a café, el que yo siempre estaba esperando, para tomarlo con un cigarrito. El café de su casa, a pesar de que Camacho decía de él que era buenísimo, a mí no me terminaba de llenar. Me gustaban mucho más los que hacía su difunta madre adoptiva. Al morir esta, el Lu pidió información sobre sus auténticos padres, aunque sin intención alguna de conocerlos. Se hizo cargo de los papeles de su herencia, por la que la casa en la que vivía pasaba a ser de su propiedad. A partir de ahí, no paraba de decir a muchas personas: “No, yo no vivo con mi tía, sino que mi tía vive conmigo.” Parece que eso le enorgullecía, cuando él había hecho bien poco para merecer lo que tenía, que aún no siendo demasiado, nada había hecho para ganarlo. Peor podía estar.

El Lu estaba pluriempleado, trabajaba de celador en un hospital, con la plaza fija, y como secretario del Sindicato Canario de la Salud. Ahí, las paradojas de la vida como creo que les he mencionado, estaba de forma ilegal.

Los que vivían en las mismas condiciones que él, en cuanto a casa se refiere, habían entre todos contratado a abogados para que les resolvieran el caso de la expropiación de sus hogares. Él decía que no lo pagaba, pensando en que los abogados del sindicato en el que trabajaba, se lo resolverían.

Lo de la paradoja, lo dije, pues estando los sindicatos para resolver los problemas y defender los intereses del trabajador, tenían en su sede, a personal, entre ellos el Lu, trabajando de forma ilegal. A él, poco le importaba eso, mientras a fin de mes le pagaran su parte convenida.

Pensaba que toda mi vida había estado explotado, incluso, el Lu, con sólo hecha la E.G.B., cobraba casi más que yo. Esto no es muy lógico ni normal, a pesar de que he leído últimamente, que vale más ganar buena fama, que ganar una gran fortuna; es más respetable lo primero. Casi viene a decir lo que oí por la radio a un cantautor, que prefería más ser popular que famoso, pues había famosos poco populares, como era el caso de Isabel Boyer.

Observando últimamente la zona de casas de mi madre, he visto, que la Gallera se ha tomado como un terrero de lucha, mientras que el auténtico terrero, ha quedado relegado a un sitio donde se hacen mítines y eventos por el estilo. Las apoteósicas luchadas que se celebraban allí, han pasado a mejor vida. Es posible que el estado, tenga prohibidas las encarnizadas peleas de gallos, de las que nunca he visto ninguna en vivo, a lo sumo alguna por la tele, las que a pesar del colorido, me desagradan. Al igual que me desagradan las peleas de perros, tan frecuentes entre los inhumanos chabolistas, quienes crían (malcrían) a los perros en la violencia, y luego los tienen todos los días, peleándose unos con otros, festejando y alentando ellos, tales salvajismos. La mala suerte, es que cuando esto ocurre, nunca pasa la policía para poner orden y detener al instigador de esas sangrientas, absurdas e inútiles peleas.

e-libro.net

Los profesores, me decepcionaban, y no oía decir de ninguno que fuera una eminencia. Suponía, que no debía ser muy difícil llegar a catedrático de la U.N.E.D., con estudiar y machacar, en principio, los libros que daban para los alumnos, y el explicarnos las lecciones siguiendo esos libros, supongo que sería suficiente. Pero no, sólo dos, de las tres mujeres que nos daban clases, seguían el temario. Una era la de lengua y otra la de latín. No seguían exactamente el libro de la U.N.E.D. que yo sí lo seguía religiosamente, a pesar de que ellas decían que no hacía falta. La primera, nos hacía unos esquemas recordatorios del libro, que más que aclararme, me embrollaban; al final terminé por no usarlos. No nos dijeron nada de los exámenes de otros años, los muy cabritos, hasta que estuvieron cerca los nuestros.

Durante esos días, se creó una polémica sobre el "lenguaje canario", y uno de los alumnos, un repartidor, parecía, le dijo a la de lengua:

-¿Le podría hacer una pregunta del periódico?

-Vamos a ver... ¡Ay, Dios mío!

Respondió ella, viéndose acorralada.

La pregunta era tan absurda, y de la que encima sólo le pedía su opinión, que ella, ya algo decrépita, le contestó gustosamente, y satisfecha de que le hiciera esa pregunta tan facilita.

A partir de ahí, ese chico le caería muy bien, a pesar de que faltaba casi a diario, supongo que por motivos de trabajo. Al final, a la hora de llegar el primer parcial, ella le instaba a que se presentaba, él no quería pues no había estudiado casi nada.

-Preséntate, que tú eres inteligente...

"Lo que es ser analfabeto, me dije yo pensando en los dos, a la vez que de forma ¿involuntaria? hacer la pelota".

Esta profesora, generalmente se pasaba unos cinco o diez minutos de la hora, y el siguiente, el de inglés, riendo exclamaba:

-Esta mujer, siempre, de los veintitantos años que llevamos dando clases, es la misma.

Éste, nos llevaba unos libros de gramática, sobre los que hacíamos unos ejercicios, que por supuesto, no tenían nada que ver con lo que nos íbamos a examinar. Los libros eran del tiempo de la reconquista, y a pesar de lo amante que soy de libros viejos, no consideraba adecuado su uso en esa asignatura. A veces preguntaba:

-Si tienen alguna duda, pregunten, no se queden sin decirla.

Eramos poquísimos en las clases. Paco no solía ir mucho; María Ángeles sólo iba a inglés y a griego, las únicas a las que se pensaba presentar.

Los que íbamos, de todas maneras, no cabíamos en el aula, más que cinco a lo sumo; bueno, con gran dificultad y mucha voluntad, seis.

En inglés, como les contaba, hacíamos ejercicios de esos antiguos libros, y una de las veces, respondí tan rápido, que me aturullé, y le largué la verdad de lo que siempre hacía:

-Es que yo me preparo las cuestiones que me tocan a mí, mientras los demás leen las suyas.

Algo así dije, aunque a ciencia cierta no recuerdo. El
sentido era más o menos ese. El profesor respondió:

-Eso no lo debes hacer así...

Me dejé yo mismo en evidencia, a pesar de que sospecho, que mi método era el usado por todos. El *teacher* cuando no sabíamos una palabra, la explicaba. Vestía de esport, con ropa que no era de muy buena calidad.

Según contó, hasta años anteriores, vivía en Tafira, ahora sin embargo se había mudado por allí cerca. Supuse que no viviría en los chalecitos, sino en algún piso, pues aunque pluriempleado, un profesor, un simple licenciado, no gana lo suficiente para vivir en esas privilegiadas zonas. El tiempo me sacaría de ese error, a pesar de que sé que pude haber de todo.

Puede que ese profesor, viviera con otro, y digo otro, no otra, pues al final, confirmé mi sospecha: era homosexual. Solía ir siempre vestido como un extranjero de vacaciones, con sandalias y camisetas en verano.

La primera vez que contesté una pregunta del libro, me atajó:

-Aquí no valen los canarismos...

Queriendo decir con ello que me olvidara de mi deje, y
que intentara ser lo más finolis posible, como mínimo, como él.

e-libro.net

Le veía sus calcetines blancos, y no paraba de acordarme de mi abuela y de mi hermana Maru, quien me dijo:

-Los alumnos dicen que los calcetines blancos en los profesores, son de horteras.

A partir de ahí no me preparaba la mía únicamente, sino que oía todas las respuestas de mis compañeros, con lo que me liaba más y más.

Nos hacía que le entregásemos los ejercicios de los libros del curso, los que debíamos tenerlos todos. Yo me los había comprado desde el principio. No eran muy fáciles, había que estrujarse algo el cerebro, por lo que decidí ir a hacerlo a casa de mi hermana Piluca, que ya vivía con Chiew.

Allí tardaba mucho por el sistema de ella leerlo, comprenderlo y traducirlo. Horas. Así que pensé hacerlo más simple, yo le llevaría las respuestas hechas, y ella tras leerse la historia sobre la que se hacían las preguntas, me las corregía. Vi, como era, no estricta, sino como muy académica, muy formularia, esto es: "esto es así, según los teóricos, y de ahí no se puede uno salir". Me resistía a eso, y suponía que el lenguaje de la calle, y de los escritores, sería más flexible. Quién va a hablar por ejemplo:

-Joe, ¿hiciste los deberes?

- Sí, sí, yo hice los deberes.

¿Me explico cómo es la cosa? El español coloquial, ni el escrito, son así, ni mucho menos.

Ese profesor era cincuentón; la más joven era la de latín, de la que sospechaba que tenía algún truco para poder traducir tan fácilmente.

Esta última, iba siempre igual vestida, con pantalones, camisa y chaqueta azul. El que sin duda, más cambiaba de ropa era el menda, que indudablemente era el que menos dinero tenía. No me refiero entre los alumnos, que algunos trabajaban, sino entre los profesores. Lógicamente, a estos últimos, le debíamos un respeto ciego (que se lo metan por el culo), pues ellos tienen la sartén por el mango.

A clase de latín, Soraya sólo fue uno o dos días, después abandonó esa asignatura, tenía muchas responsabilidades a su cargo, y no podía con todo; se le hacía excesivo: hijos, trabajo y estudios. Me comentó que aparte de esto también estaba haciendo un Máster; me alucinaba su capacidad de trabajo. Yo, al lado de ella era algo insignificante. No iba a todas las asignaturas, dejó desde el principio, dos para septiembre.

A latín, íbamos: una chica que estaba estudiando música y le faltaba poco para acabar sus estudios, otra, muy guapa por cierto, que era profesora de primaria, de lo que daba clase, era la número uno en latín, cuando iba, llevaba siempre hechas las traducciones, y estaban bien hechas. La de música tenía una profesora particular que le ayudaba en las traducciones; ¿quién?, se preguntarán, pues sí, la misma profesora que nos daba clase. ¿Inaudito?, supongo que sí, pero ya ven cómo es la vida.

Por último, había una señora mayor, que iba muy pobremente vestida. Al menos lo intentaba, pero me hacía gracia su caradura. Yo, había reconocido ante la profesora, que no tenía ni idea de latín, y de hecho, había comprado todos los libros, incluso los que seguíamos para las traducciones; mejor, ante la duda, no poner su autor ni su argumento. ¿Por qué era carota?, porque llevaba escrita en una pequeña libreta, típica de un párvulo, la traducción en español, copiada del libro. Ver tal desfachatez, no lo podía soportar, y me entraba unas ganas locas de reírme, lo que hacía delante de ella. La profesora nunca me llamó la atención, y no he averiguado nunca, cómo ella no se reía también. La desfachatez de tal señora era supina, y la cosa es que no se cortaba ni un pelo.

Ella misma, el par de veces que me vio fuera de clases, me decía:

-Tú eres rico –en tono de interrogación y constatación a la vez.

-No, no – le respondía.

Y vuelta a preguntar lo mismo. Me dieron ganas de decirle: "¡Pero señora, que yo vista más o menos bien, no significa que sea rico!"

De todas maneras, habría que preguntarse en qué consistía para esta señora la riqueza. Quizás ganar cien mil pesetas al mes; algo realmente absurdo.

Vestía con ropas estropeadas, era delgada, y bajita, en definitiva, muy poca cosa. Mascullaba para mí: "Si yo fuera la profesora, desde luego la aprobaría, aunque tuviese mal echo los exámenes".

Ahora que lo pienso, quizá creyese que el mero acto de escribir un par de líneas, copiadas del libro, era más que suficiente para aprobar.

Cogimos la costumbre, de ir a tomarnos un cortado a la salida de clase: ¿A que no saben quién los pagaba?, efectivamente, el menda. Cuando Paco iba, le decía de pagarlo entre los dos. Ignoro si por sentirse

e-libro.net

alagadas, o por cara dura, las chicas iban siempre con nosotros. Esperaba que Mari Ángeles, trajera más vestidos sexys, pero no ocurrió más, quizás por estar en invierno, o quizás por pudor.

Tal como sospechaba, ella era porreta, de fin de semana, pero porreta. Le contaba que últimamente, no salía los fines de semana, pues no me gustaba; ella me contestó que igualmente, que prefería tomarse las copas y fumarse los porros en la casa, con su novio y sus amigos.

Soraya era mucho más modosita, y me contaba:

-...porque a mí me gusta mucho la gente culta...

Con el tiempo deduje, que entre ellos estaba yo.

Cuando eso decía, principalmente se refería a un amigo suyo, que había estudiado una carrera humanista, y era profesor de instituto. Tenía la plaza sacada, y se había separado de su mujer, o ella de él, para el caso es lo mismo, aunque no sea lo mismo, sobre todo al principio. Por lo que parece esto le afectó y estuvo una época de pasota, con el pelo largo y la guitarra a cuesta. Tenía un hijo con el que estaba los fines de semana. Tenía desde hacía poco una novia, que al igual que la otra, vestía muy bien: en plan señora. Todo esto me lo contaba Soraya. Esa mujer, según ella, no le interesaba, pues el estilo de ser y vestir era igual que el anterior.

A ese grupo de amigos, les confesé que estaba detrás de una chica que me había dado calabazas durante más de dos años seguidos, casi llevaba ya tres, y aún no tenía una respuesta afirmativa para salir con ella. Seguro que suponía o sabría que yo estaba loco, pues otro motivo, a pesar de ser un borracho y un putañero, no sé por el que no quería ir a cenar, un día tan sólo, conmigo. Le caí mal desde el principio, seguro que debía ser eso; no le encontraba otro motivo. Pero qué es lo que tan mal le caía. "*That's the question*."

Soraya me solía preguntar por ella y por cómo andaba de mujeres. Me parecía extraño tener una confidente en ella, pero en fin, así es la vida. No me gustaba como novia, pero para amiga me parecía fenomenal. Me hacía recordar a mi hermana Maru; era marchosilla, con el pelo siempre con espuma moldeadora, y rizado, muy rizado.

Mari Ángeles, al contarle que por lo de Valencia tenía una gabardina, ella saltó con:

-Yo la mía, la tengo arreglándole la capa especie de cera que tienen en el exterior.

Hasta ese momento, no había caído en ese detalle de las gabardinas. Alguna vez la vi con ella, y le sentaba muy bien, se le veía llevarla con práctica, seguro que por la temporada que había pasado en Inglaterra.

A mí, para mí, veo absurdo usar una gabardina aquí, donde casi nunca hace mal tiempo. Lo que no quita para que de vez en cuando haya inviernos relativamente crudos.

Al margen de los condiscípulos, seguía teniendo mis charlas con Camacho, y empezaba a frecuentar mi casa Tony, quien generalmente me hablaba de mujeres. Tampoco me abría demasiado con Tony, pero me gustaba su forma de ser, me caía bien.

Alguna que otra vez fui a algún cine, pero iba solo.

Seguía saliendo con el Lu, quien seguía empeñándose en salir todos juntos, pero: "¿Dónde vamos lo menos seis machos todos juntos?", me cuestionaba con desgana.

Un día recuerdo que Armando, fue a mi casa viniendo de la del Lu; venía, pues a él lo había dejado durmiendo. Es increíble ver lo que intimaron esos dos muchachos. Había cobrado una herencia por la muerte de su padre, y estaba deseando marcharse a Valencia a hacer un curso de joyería. Esto me parecía muy bien. Él, a mi madre, le caía fatal.

Este hombre, pues tenía casi cincuenta años, se fue de viaje por las islas, y no hizo otra cosa que fumar porros y beber. Esto no me parecía nada razonable, pues se medicaba al máximo y todas o casi todas para problemas síquicos.

De viaje por las islas, estuvo poco; cada vez se encontraba más sólo en la Obra Social, y más a disgusto en ella. Esta fundación acoge a personas sin hogar con problemas, ya sean drogadictos, esquizofrénicos, dementes y un gran etcétera. No supo traer más noticias de su viaje, que drogas y más drogas.

Cuando iba por mi casa, él solo, me tenía que desembarazar, aunque suene duro, de él, pues ya les he mencionado que a mi madre no le gustaba lo más mínimo. Una vez le llevé a El Corte Inglés, donde compró un montón de libros, y eso que yo creía que debía ahorrar; según parece, en la Obra, querían que diese dinero, a parte de pagar una gran porcentaje de su sueldo como tapicero a ella. Otra vez, le puse a leer conmigo los periódicos y revistas de la semana, para aprovechar el tiempo, y porque yo con él solo, no tenía temas de conversación. De todas maneras, desde que podía lo sacaba de mi casa. Lo siento, por mí, por ser tan cabrón, y por él, pues ha tenido que aguantar mucho.

e-libro.net

Su exmujer, vivía en Inglaterra, al igual que su hija. Ella era alcohólica, y no había mantenido correspondencia con él desde hacía mucho tiempo.

Tenía una vida horrorosa, desde pequeño, le dejaban solo en una torre de un campanario, donde se masturbaba para vencer el miedo, según él mismo me diría. Vivía con unos tíos que por lo que parece no le querían mucho. Su padre hizo algo de dinero: "mucho", según él, a pesar de que su herencia se la gastó en un plis plas; tengo entendido que le tocó aproximadamente un millón y medio, con esto se compró también algo de ropa. Había cometido también incesto. Él a veces solía beber, para acompañar a su mujer. Lo expulsaron de Inglaterra, por drogadicto, y no le dejaban volver a quedarse a vivir. Su mujer le había mandado escrito que no quería saber nada de su persona, y que las ignorase. Este muchacho, a veces se acordaba de su hija. Me alucinaba su tormentosa vida, y pensaba que Dios le debía recompensar con algo, pues por lo que parecía, se había convertido en una buena persona.

El día que se iba a Valencia a hacer un curso sobre joyería, lo despedimos en mi casa, comprando pizzas y "calzones". Estábamos todos, al menos yo, orgullosos de él, iba a evolucionar, a enriquecer sus conocimientos, y quien sabe si de allí saldría un gran joyero de renombre internacional, tal y como le ocurría a un personaje de un libro de Noah Gordon. Mi solidaridad con el nuevo camarada, era tal, que cuando iba a servir el café, casi uso un juego de café nuevo; mi madre me dijo:

-No, no, ese no; coge las otras tazas.

-Pero no son suficientes.

-No importa.

-Es que es para despedirlo...

Me dio la callada por respuesta.

Estuvo en Valencia en un par de casas; la última en la que vivió, era de un pastor protestante, que un día le impuso las manos, lo que según él, le llenó de gran paz.

Las clases le fueron fatal, según él, porque había gente que tenía mucho nivel, venían de acabar el C.O.U., y las cosas que se explicaban eran muy difíciles. En ese momento me pregunté: "Pero, y tanto que comenta de grandes escritores y demás, y le parece dificilísimo el nivel de C.O.U." A mí él, antes de irse y en agradecimiento a mi hospitalidad por todas las tardes pasadas juntos, me regaló primero un best-seller, y luego una trilogía, más importante e interesante aún. Me dejó destrozado, "¿y este es al que yo he tratado tan mal? Perdóname Señor". Sí, me destrozó.

Tony a veces venía con Li Li, una china que era su novia. Decía que tenía la carrera de español, y que trabajaba aquí de secretaria, para una empresa de pesca de su gran país. Me aluciné con la exigencia de los chinos: "¿Una licenciada como secretaria?, ¡no veas lo que deben pedir a los ejecutivos...!"

Li li era flaquita y muy poquita cosa, pero era agradable, a pesar de no saber muy bien el español. Sus padres, le mandaban muchas cosas como ginseng en ampollas, cigarros, medicinas, etc, cosas que allí eran baratas y que aquí podía vender. Sus padres eran médicos, según decía ella, pero no vivían muy bien. ¡Ya lo creo!, si pedían tantos títulos para unos trabajos, que en principio no parecían de tanta responsabilidad. Tony estaba totalmente loquito por sus huesos.

Según me diría Armando había ido el día del accidente del Corte Inglés valenciano, a esos grandes almacenes. Por lo que nos relató después, no le dijeron por qué, pero que no se podía entrar. Se enteró por los medios de comunicación de lo ocurrido. Tal vez me enteré antes que él, estando aquí, por la tele. Por cierto, un telediario dijo que era una cafetera que había explotado en el bar, y otro que había sido una bomba. El auténtico causante del estropicio, no lo he averiguado.

Armando había hecho un intento de vivir con su única hermana en Barcelona, pero su cuñado era un chulo matón que no le dejaba vivir en paz. Siempre había pleitos y más pleitos. Hasta que un buen día se cansó y se vino nuevamente a Las Palmas. Cada vez, el pobre Armando, se sentía más rechazado por todos.

Cuando me contó este desafortunado suceso, me quedé prosternado, y aunque no llegué a arrodillarme ante él, se lo merecía.

Una vez estando en Valencia, nos mandó un libro al Lu y a mí, el mismo a los dos. Me sorprendió y congratuló mucho el ver un buen día una carta en un sobre especial, acolchado interiormente, con un libro; efectivamente, era de él. Gracias mil. Trataba de un perro y su amo, por un escritor afamado: Thomas Mann. Era un relato corto.

e-libro.net

Armando, solía portar a la cintura una riñonera, en la que llevaba cigarros, pipas y tabaco para ellas. Tomaba café y fumaba en demasía, continuamente (yo seguía sus pasos, aunque a veces me saturaba tanto café).

El Lu, por lo que me dijo, quería dejar el cigarro, lo que no quitó para que se comprara un par de pipas, y todo el material necesario para ellas, incluido un bote de miel, que inutilizó desde el principio al llenar el exquisito néctar con el tabaco y hollín de la pipa.

Al pobre hombre, le iban mal los estudios, aunque no le iba mal la adaptación. En clase, no lograba alcanzar el nivel de sus compañeros. Las prácticas se le daban bien, pero no la teoría.

Por si fuera poco el vicio del Lu, cada vez fumaba más y más, Armando le había inducido, aparte de las pipas, a comprar tabaco en polvo, para esnifarlo. Sólo le quedaba comprar para mascarlo, y así estaría enviciado completamente.

Al pobre Armando se le iba cayendo el mundo encima, y por si fuera poco, recibió la noticia de que su única hermana, y posiblemente su único familiar que le quedaba con vida, se ahorcó, matándose a consecuencia de ello. Armando se sentía profundamente abatido. Cuando me enteré, le llamé para darle el pésame y mostrarle mis condolencias. Lo encontré abatido; no era para menos. Que el Señor te bendiga, Armando.

Al final, y en vista del fracaso, se vino nuevamente a Las Palmas, desmoralizado y derrotado por todos los flancos. Según le oí, por si fuera poco, la hermana le debía un dinero, del que nunca más supo nada. El tenía su paga por incapacidad psíquica, y aparte lo que sacaba con la tapicería de la Obra. Me perdonarán, pero un día ya aquí nuevamente, vino diciendo que tenía un gran porcentaje de inutilidad mental. Juraría que lo dijo como si fuera una proeza, en cambio, a mí, se me vino el mundo encima.

El Lu otro día y muy convencido, me expresó lo siguiente:

-Porque Armando es muy inteligente.

A mí no se me ocurrió otra cosa que decirle:

-¿Tan inteligente que es que no se sabe ganar la vida por sí mismo a los cincuenta años? Pudiera ser que para él fuera inteligente el cobrar una paga miserable del estado, por no ser apto para ninguna cosa.

Aunque esto no se lo dije: "¿Qué es para ti un Karl Marx, o uno de esos monstruos que de vez en cuando da el mundo?" Seguro que los considera unos toletes.

Le había advertido que tuviera cuidado con el Dr. Mainar, uno de los famosos de su lugar de trabajo. El Lu, al poco de estar en ese servicio, pidió traslado a otro, por ser ese muy estresante. Seguro que ese médico, no era inteligente a sus ojos, pero sí Armando, al que le costaba trabajo comprender y asimilar conceptos básicos en adolescentes.

Núñez seguía bebiendo, y me daba la sensación de que cada vez lo hacía más; puede, no digo que no, porque yo cada vez lo hacía menos. De todas maneras, mi madre me seguía advirtiendo que no quería que se bebiera en su casa, que si quería, mis amigos podían venir aquí, a pesar de que algunos no le gustaran nada, pero no a beber.

Qué lejos me parecía que quedaban las llegadas a mi casa por la noche a beber y beber, antes de salir a seguir bebiendo en la calle. No era precisamente agua y refrescos lo que bebíamos.

Armando, cuando iba con nosotros, no acostumbraba a beber, aunque me contaba, que a veces salía de la Obra y se tomaba un par de güisquis por la zona; es probable que no lo hiciera por no darnos malos ejemplos.

Siempre decía estar leyendo la Biblia, al menos de ella hablaba con muchísima frecuencia, lo que me gustaba, y también que me hablara de literatura, mucha de la cual había leído en el manicomio de esta isla, donde pasó aproximadamente quince años, hasta que le echaron a la calle en una de las remodelaciones que hicieron por no encontrarlo tan mal. Según me explicó, eso lo había marcado mucho, y, a quién no. El dicho que ahora cito, también me incumbe e incluye a mí: "Dime con quién andas y te diré quién eres." Pues sí, eso simple y llanamente es lo que era, nuevamente un estudiante que se divertía con gente de la que diríamos: con poca estabilidad emocional. Todos según creo, pensamos que somos el mejor en alguna cosa, y me gustaría imaginar que Armando no alardeaba de ser el más medicado de todos.

Un día, después de estar un rato en mi casa, se fue a visitar a la clínica a un compañero de la Obra, y me llamó diciendo que le disculpase ante mi hermano, pues las voces le decían que él le había ofendido. Me asombró eso: "Pero, ¿y aparte de todo el arsenal de medicinas que toma, sigue oyendo voces? Esto es increíble." A la vez le daba gracias al Señor por lo bien que me encontraba y cómo me trataba, dándome salud y esperanza.

Le contesté que no se preocupara, que a mi hermano no lo había ofendido, ni él me había comentado nada sobre su persona. Me dio que no se quedó muy convencido.

e-libro.net

Me convencía, cada vez más, que el pobre Armando de Benito, era un caso de estudio, algo patológico. No quería decir que él no sirviera para este mundo, pero...

Armando tenía una más que incipiente calva en la coronilla; era más grande de lo habitual. Al poco tiempo, de tener la cabeza apoyada en la pared de mi cuarto, mientras leía, se me empezó a caer el pelo también ahí.

En las chabolas frente a mi casa, vive, o mal vive, si a cuanto condiciones de higiene se refiere, María Jesús, traficante de profesión. Va siempre muy bien vestida, bueno, marchosa, pero siempre con ropa distinta y nueva, cada uno o dos días, se cambia de ropa, por otra que no volveré a ver más nunca. Un día que la vi con un pantalón de licra ajustado y acampanado en las piernas, al día siguiente, lo vería tirado en un solar. Esto es tener dinero, tirar la ropa de un solo día. La droga da mucho dinero. Su amante de turno, era un cincuentón canoso y con bigote, alto y delgado, pelo corto, tiene buen aspecto, hasta que mirándolo de cerca, se ven los estragos de una mala vida en su cara. Él viste bastante mal, casi siempre con la misma ropa, pero se estaba "agenciando" a la madre de Wiwi. Golfo entre los golfos, este; aquel también.

Wiwi fuerza la voz, de tal forma, que me da vergüenza ajena el sentirlo, verlo y oírlo tan poco natural. Se quería hacer el dueño del barrio, bastante charlatán, poco inteligente, o al menos eso creo, pero cuando pasa la policía, él no dice ni "mu". Viste también ropa distinta cada día, y todos ellos, tienen un tipo fantástico, se ve que queman todas las calorías que consumen en las comidas. Es lo normal entre los chavolistas jóvenes.

María Jesús (tocaya de mi madre), es una de las principales traficantes del barrio. Durante ese período de tiempo, vivían frente a mi cuarto, mi ventana daba a la puerta de ellos, o sea, vecinos íntimos. Había que soportar al tal Wiwi a toda hora, con su palabrería a grito pelado y con una voz gutural, excesivamente forzada.

Supongo que pagarán impuestos altísimos, igual al resto de las casas de la zona; eso sería lo lógico, pues lo ganan, y ocupan parte del barrio.

Por fortuna, un día después de tener a la familia y al barrio más que aburrido, se cambiaron de chavola, a una más lejana. Respiramos toda la familia, ya no oíamos a toda hora a esos maleantes. No es ése el único hijo, todos son unos golfos que no llegarán a nada en la vida, entre otras cosas porque ni la enseñanza obligatoria cursan. Eso sí, todos van muy guapitos y muy a la moda. Con chándals de marca, todo al último grito, al igual que el resto de los residentes. Tienen una zona exclusiva para ellos, que está justo frente a mi casa, y frente a la iglesia coreana. Estos últimos pobres, no podrán protestar, aparte de comprar un local que me imagino les costaría un ojo de la cara.

Una temporada, emitían la misa por megafonía, en español, seguro que con el sano ánimo de infundirles valores positivos y espirituales.

Tenía esta familia un furgón para el transporte de droga. La forma en que lo hacían, no tengo ni idea, pero lo cierto, es que ese trasto, pues estaba bastante desvencijado, estaba todos los días para un lado y para otro, dando viajes y más viajes; es de suponer, que hacían las compras con él. Estaba pintado con una enseña de una leche, que no nombro para no desprestigiarla. Me imagino que los asturianos que la comercializaban, no tenían nada que ver con esta gente.

Todos los hijos, son muy malos estudiantes. Hubo una temporada en que la matriarca, me excitaba sexualmente, pero después pasaría a darme asco y lástima; una de dos, o no se bañaba nunca, o estaba enferma; la vez que empecé a tener estos sentimientos hacia ella, estaba muy deteriorada y demacrada.

Cuando se fueron a vivir por otro lado, lo hicieron justo frente a casa del Lu. La casualidad que un día que fui a su casa, estaba Wiwi haciendo un pequeño y absurdo canalículo en la tierra, con unas herramientas que no eran las adecuadas. No sólo es un golfo y un vago, sino que tiene manos de terciopelo, éste joven no sirve para nada, más que para gritar y hacerse notar, ¿pero de eso se come?

Me imagino que al final terminará de matón, y sería mucho pedir, que no terminase de delincuente. No se le ve hacer nada, sino de vez en cuando poner el grito en el cielo. Los guardias nacionales, tienen a la familia, pero en especial a él, controlados; eso dicen.

Tendría que estar en clases, en los últimos años de la E.S.O., pero no sirve tampoco para ello. Supongo que cuando quiera ganarse la vida de forma honrada, no podrá, y por ello, su salida más fácil será: delinquir. Como siempre la salida fácil, dinero fácil, sin muchos esfuerzos.

Yo no puedo juzgar, pues no pago casa ni comida, pero ese muchacho, se ha acostumbrado a un nivel alto, al menos en cuando a ropa y obligaciones.

Tan sólo una vez le he visto un rasgo y un sentimiento de humanidad: Un día que trajo en un taxi una jaula con un pajarito; lo que ha sido de ese animal, vayan ustedes a saberlo.

e-libro.net

Wiwi, tiene cada cierto tiempo un corte muy a la moda, pero a la moda de las más agresivas de todas las tribus urbanas. De esto no entiendo mucho, ni de peladas, ni de tribus, pero algo he visto y oído.

Como dijo “un nacional” que vino por aquí una vez:

-Porque lo que ocurre aquí, comparado con Madrid no es nada.

Feo estaría, que esta capital de provincia, tuviera todo lo malo de la capital del reino, pero no las ventajas que ella tiene.

En esa temporada me suscribí a la revista Selecciones, tenía cosas muy interesantes, al margen de historias fascinantes. Creo, a pesar de sospechar que es de un grupo religioso, que es una buena revista; al menos a mí así me lo parecía. Por motivos de tiempo y dinero, me he tenido que dar de baja de alguna suscripciones, a las que he estado adscrito, entre ellas esa.

Pues como digo, en esta revista, leí acerca de la cantidad de mierda que expulsa al ambiente el retrete al darle a la cisterna para que, excretas y agua, vayan a la alcantarilla. Se forma un remolino tal, que toda la aspersión en sentido contrario al del bajante, va al ambiente, casi siempre a nuestro cuerpo y cara. Para confirmar esto, el descubridor, se lo hizo ver a un amigo, poniendo tinta al agua y tapando el retrete con un papel. Efectivamente, la mierda que se pegaba al papel, ya no sólo microscópica sino macroscópica, era impresionante.

Armando, acostumbraba a preguntar tecnicismos y demás cosas relacionadas con los medicamentos, que se tomaba; de algunos solía decirle algo, de otros, muy poco, entre otras cosas porque en la farmacia de mis tías, que era donde empecé a leerme prospectos y a enterarme más sobre las medicinas: sus funciones y efectos, tanto favorables como indeseables, no me miraba los psicotropos por estar especialmente controlados, y más con ellas, que los tenían algunos bajo llave; otros, sin ningún tipo de criterio lógico y serio, no estaban vigilados. Con los psicofármacos, también me pasaba lo mismo, que no me los miraba, para que ellas no sospecharan que era en beneficio exclusivamente mío. Estas cosas se las comentaba a Armando, quien nunca me dijo si le fui o no de utilidad, a pesar de que me hiciera muy buenos regalos, los cuales, por supuesto, no merecía. Me preguntaba mucho sobre el Artane®, que qué pensaba:

-He oído de él, y lo he despachado, aunque no sé sus usos.

Él me contestaba que era para la esquizofrenia, y yo le respondía con un:

-Pues así será.

Tremendo error, lo acabo de ver en el Vademécum, y asómbrense, es un antiparquinsoniano.

No alcanzo a recordar, si era este o bien el típico Akinetón® el que se llevaba uno que estaba como una moto, que llegaba corriendo, pedía el medicamento, y salía como un rayo después de pagar e incluso, muchas veces, dejar propina; iba aproximadamente cada dos semanas, y suponía que debía conocer a Armando, pues era del mismo estilo y edad. Lo extraño era que fuera a pedirme el fármaco, pues creo que en la Obra Social, se los facilitaban a todos los residentes.

Mi familia decidió hacer un sancocho para todos los hermanos, parejas y descendencia. De Madrid vinieron Saso, Juancho y una amiga de ambos; era cubana, mulata y se conservaba bien, a pesar de lo cual, a mí no me atraía tanto, para acostarme con ella, como lo exótico de su persona. Saso, iba como casi siempre a la moda safari (o como se llame), Juancho con pantalón y camisa vaquera, y la amiga con un traje vaquero. Yo iba de vaqueros y con una camisa a cuadros, que me había comprado en la camisería C..., la más cara, donde trabajaba el cabrón del hermano de Carlitos: Ramón. La camisa era y es buena, casi cinco años después, la sigo usando.

El resto de la familia por verla con más frecuencia, no recuerdo sus vestidos de ese día, pero seguro que llevaban camisetas y pantalones cortos ellos y faldas y camisetas ellas. Mi madre seguro que con algún traje elegante y discreto.

La cubana, que tendría unos cuarenta y pico, se conservaba maciza. Era corpulenta, y supongo que en bikini debía estar fenómeno.

Estaba casada con lo que deduje debía ser un ejecutivo, pero de la oposición, o no del todo partidario del régimen, por lo que lo pasaban mal y con penurias. Ella trabajaba en el aeropuerto, y ganaba poco.

Sus amigos, les llevaban cuando iban, ropa, comida y dólares. Según parece, la cosa estaba jodida.

Charlando, charlando, mientras unos y otros tomaban cerveza, me enteré que ella sabía idiomas. Enseguida, le fui a preguntar, aunque hice un amago, al ver que Juancho me indicaba con un leve gesto que no era con pasión la forma en que lo había aprendido, por lo que me senté inmediatamente.

Siguieron todos hablando, y las mujeres canarias elogiaban la belleza de la cubanita. Ya saben que sospecho que mi madre era algo racista. Ignoro si lo mío, el que me choque ese contraste de colores de piel, se

e-libro.net

puede llamar racismo; nada más lejos de mi intención, a pesar, de que lógicamente destacan, pues no es lo habitual en las islas. Pienso que a la mayoría de la raza blanca, le ocurrirá igual.

Cuando llegó la hora del almuerzo, pasamos todos a la gran mesa de la casa de Pepe y Maru en Arinaga; al igual que siempre, Juancho y Pepe hablaban de política; mientras, las mujeres por su lado, hablaban de otra cosa; yo, intervine un par de veces, aunque me da que metí la pata, y eso, que me preparaba siempre algún tema o algo que viera de interés. Yo, aprendiz de mucho, maestro de nada, como siempre, y al empezar la tarde, me empecé a tomar un güisqui, bueno, de calidad. Los demás empezaron con el ron obtenido por procedimientos artesanales. Como suponía que no desentonaba, no me importó tomar un par de copas. "Yo lo controlo todo", ufanamente me decía.

Tiempo después, fuimos a casa de Pine y Quillo, para enseñársela a la cubana. Allí seguí bebiendo, aunque no ya exquisiteces, sino lo que fuera. Mientras, intentaba leer un semanario, en el que no me podía concentrar por la bulla y el alcohol. En eso, Juancho se iba a meter con Quillo, quizás para darle un par de "puyadas"; le hice alarmado señas para que no se metiera con él, pidiéndoselo por favor. Él me sonrió queriendo decir que no me preocupara, que no era nada serio. Al final, se fueron los tres invitados, y ahora, más relajados todos, decidimos salir esa noche los tres varones: Quillo, Pepe y un servidor.

Me preguntaron si tenía dinero, y les dije que aproximadamente unas sesenta mil pero que lo quería para invitar a comer a toda la familia en agradecimiento al censo de población con los habitantes que había conseguido gracias al amiguismo de Pepe y el alcalde de Agaete. Ya saben, el censo decía que en el Valle habían aproximadamente dos mil habitantes. Todo según parece legal. "O sea, que los censos que obtenía antes estaban manipulados por el alcalde y el farmacéutico". En el fondo me decía si el que yo había conseguido, no sería el ilegal. Ya veríamos.

Por de pronto, esa noche íbamos a salir por primera vez los tres. "Fenómeno".

Salimos en el todoterreno de Quillo. Pepe había cogido de su casa una botella de alcohol, y yo era el que suministraba el dinero. En principio, no quedaban cigarros, por lo que hicimos una parada para comprarlos, y de paso orinar. Eso hice. Compré unos dos paquetes para cada uno, a pesar de que yo llevaba un cartón para los días que pasáramos en Arinaga. Había ido, pues mi madre había insistido en que le acompañara. Jose se quedaría al cargo de la casa de mi madre.

Enfilamos, poco después, rumbo al sur. Como siempre Pepe no conducía, según dice nunca lo hace cuando bebe (cosa cada vez más frecuente y preocupante). Me apliqué a la botella de alcohol, y me puse a beber y beber, con la consiguiente embriaguez. Les había contado a estos cuñados, que me iba de putas, y quizás alentados por ello fuimos buscando uno de esos clubes en un centro comercial del Inglés. Si me dicen de ir ahora yo solo, no podría, de seguro iría muy desorientado y terminaría perdido. Pero ellos, quizás preguntando, quizás porque ya lo conocían, me metieron en una barra americana, si es que a esos lugares se les llama así. Había una negra increíble, joven (no adolescente, ni mucho menos), quizás veinteañera larga, no lo discuto. Estaba fenomenal. Deduzco que no sabía escribir muy bien, pues llevaba la contabilidad de las copas que se tomaba con unos palotes o algo por el estilo, en un trozo de papel minúsculo. Cuando la vi sacando esas cuentas, me dejó alucinado. Ese es su negocio: su magnífico, según se deducía por sus ropajes, cuerpo. Era verdaderamente guapa, al menos eso se traslucía en aquel ambiente sórdido y umbroso. Vestía en tonos rojos. Le propuse el irnos a mi casa (la de mi hermana), a follar; ella decía que no, que fuéramos al reservado que había en el departamento contiguo. Lo rechacé, suponiendo que iba a pasar lo mismo que con Laura. Al final tras mucho insistir, acabé por convencerme que allí no tenía nada que hacer.

Nos pusimos por tanto a hablar con Pepe y la otra furcia, que estaba peor, para mi gusto. Quillo estaba en la barra, hablando con unas y con otras. Al final, no mucho más tarde, salimos de allí. Al de la puerta le preguntamos por otro local por el estilo, nos indicó dónde había otro, allí fuimos.

El precio de la entrada era un robo, pero regateando, nos pudimos meter más barato. Veníamos de uno que tenía un ambiente casi familiar, íntimo. Nada más llegar, nos atacaron unas cuantas mujeres. Ninguna como la que había tenido entre mis manos antes; en este, la que no tenía bigote, estaba demasiado pálida, en fin, que no, no se parecían a aquellas. El decorado era con luces, pero no de colores, sino como los de un bar cualquiera, con lo que no pasábamos desapercibidos. Supongo que este fue el motivo por el que Pepe, se cerró en banda y se puso a tomarse su copa sin hablar con nadie. Quillo sin embargo se fue a ver el espectáculo porno en vivo, le di un vistazo de refilón y luego acompañé a beber a Pepe, aunque yo no tuviera nada que perder, al menos en teoría, si fuese a ver el espectáculo. Más deshonrada, no podía estar mi honra. Qué le íbamos a hacer. Por supuesto, allí

e-libro.net

estuvimos poco, Pepe estaba muy a disgusto; yo borracho, por lo que no me enteraba de nada, y Quillo estaba perdido. Al poco vino y decidimos marcharnos. Hubiera jurado, que tenía más consumiciones, aunque no lo comprobé. Al día siguiente al palpar los bolsillos, vería que sí, que tenía más consumiciones gratis.

Quillo me decía, que Pepe estaba acostumbrado a ir con gente que tenía mucho dinero. Yo, todo lo contrario, aunque quizás él estaba acostumbrado a que le pagaran. Yo no.

Después de allí, lo que recuerdo es que nos pusimos a comer unos perritos calientes; del mío, se escurrieron las salsas al pantalón vaquero. Estaba tan borracho, que no le presté atención. ¡Vivan las noches de lujuria y diversión! ¿Es eso lo que hay que decir, no? Valiente mierda.

Cansado les comenté a mis cuñados que deseaba dormir y descansar, por lo que cogimos el coche, en el cual seguí bebiendo de la botella. Afortunadamente me quedé dormido, aunque sí oí a los dos diciendo:

-Vamos a llevarlo a Las Palmas; él hoy tiene que mojar.

-¡No!, quiero irme a dormir –respondía yo.

Total que me llevaron a su casa, y creo que ellos también se recogieron.

Al día siguiente, la resaca fue sublime. Bajé a almorzar con mucho esfuerzo. Vi a Pepe viendo la tele, y no le dije nada. Maru, quizás estuviera enfadada, pero tampoco me percaté de ello. Estaba mal, sólo quería seguir durmiendo, cosa que hice después de comer, solo. Por la tarde me fui a casa de Pine, y allí ella se le había cabreado un huevo al pobre Quillo, quien tuvo que aguantar la tormenta. Tormenta posiblemente aumentada por la presencia de mi madre, quien se había quedado allí con ella. Total, ese día, mejor era borrarlo del mapa.

Llegó el día siguiente, en que fuimos todos al sur, salvo Yeray, a quien le di unas mil pesetas para que se comiera lo que quisiera.

El resto nos fuimos a una terraza del Inglés. Pepe llegó más tarde, pues tenía que ir no me explicó dónde.

Les pensaba en principio, invitar a un buen sitio, un restaurante de calidad, si no, a una paella, pero al final terminamos comiendo pollo, que salió enormemente barato.

Después fueron los que quisieron a comer helados, también los pagué yo. Todo barato, no llegó el total a quince mil; de los cincuenta que pensaba gastar, supondrán que me salió tirado.

De pronto, siento unas ganas locas de defecar, léase cagar; se lo comento a Maru, y me lleva a un bar alejado. Pido un cortado y entro al baño. Cagué a base de bien, me quedé vacío, luego salí y me tomé el café, está claro que los camareros debieron alucinar con el tufo a mierda que salió del baño, aunque no noté en las caras su aversión hacia mí. Mejor. Es posible que le dijera a Maru la consabida frase del pariente de Águeda: “No hay cuerpo más descansado, que después de haber cagado”. Y tiene toda la razón.

Por último fuimos a la playa, donde me asombró lo recatado del las mujeres de mi familia, ninguna llevaba biquini.

No se podía decir lo mismo de las hermosas mujeres que nos rodeaban, las que me dejaron boquiabierto.

Qué buenas estaban casi todas. También, pasaron dos, una despampanante, agresiva, incluso basta, con otra hortera. Las dos eran barriobajeras, pero, mientras una invertía en su cuerpo, la otra lo hacía en vaya usted a saber qué. Iba provocando al personal. Frente a mí, había una familia con dos hermanas muy apetecibles, quienes me obnuvilaron. Una de ellas, dándose cuenta de ello, se echó a reír. Por suerte se fueron en breve. A mi derecha, estaba una jovencita, de unos treinta años, nada mal, francamente nada mal.

Tengo una barriga que sobre todo después de comer se me hincha de forma escandalosa. Por lo que aparento más gordo de lo que soy, que algo soy.

En una de esas, miré a Quillo, quien me hizo un gesto como que estaban buenísimas. Y efectivamente, así lo era.

Estaba, más que blanco, pálido. Cosa que también me daba vergüenza.

De ese día, poco más hay que decir.

Sigamos con los amigos; Armando, se enamoró de una sicóloga que lo estaba analizando. Él no quería ningún tipo de contacto físico, a no ser que se casaran, lo que ignoro si lo podrían hacer, pues no sabría decir con exactitud, si él estaba o no separado. De todas maneras, se le veía muy animado.

Él, hacía muchos años que no tenía contacto con ninguna mujer. Ni siquiera se masturbaba, por lo que a veces, tenía poluciones nocturnas, con las que estaba y se sentía impuro ese día. Lo de él me parecía excesivo, a pesar de interesarme por el tema, leyendo la Biblia, y buscando la parte que se ocupa de ésto en el Antiguo Testamento en su primera parte, no habla que no se masturbe uno, pero sí dice que con las poluciones nocturnas

e-libro.net

uno está impuro. “Reconócelo Antonio, si esto es así imagínense cómo será cuando se sacie uno manualmente a sí mismo, y encima, viendo revistas porno. En fin”.

Camacho padre, contrató a Armando para que trabajara para él (vean que digo “para” y no “con”). No aguantó mucho, alegando que tenía muchas presiones. Era la ilusión de su vida, volver a ejercer de joyero, y no lo resistió.

Mala suerte.

El pobre hombre, se había comprado material e instrumental, para trabajar en su cuarto, al final se deshizo de él, perdiendo todo el dinero.

No me lo contó hasta años después, pero según parece se encontraba en la isla descontento, arguyendo que a los peninsulares los trataban mal. Primera noticia, yo pensé que a él se le trataba bien, que le dábamos trabajo y alojamiento. Encima el estado le daba una paga sin tener que hacer nada, si él quería. Por mi parte me trataron siempre bien en la Península, por lo que he estado siempre muy agradecido con el resto de mis compatriotas. Quizás fuera él igual que mi amigo el “practicante” jubilado, de Valencia, que decía que en Barcelona lo habían tratado mejor. A saber si en Barcelona también estaba a disgusto.

Armando había salido huyendo de todos los demás sitios en los que había estado.

Salvo las primeras veces, que subí caminando, el resto, Soraya me llevaba a mi casa. Pensé, pues: “lo comido por lo servido”, o sea, que la invitaba a café y así ese gasto era como si cogiese un taxi. Tenía algo de dinero para poder llevar ese ritmo, pero, ¿aguantaría los cinco años? Eso ya era más difícil de suponer, veríamos.

Por lo pronto, todos los días, aunque estuviéramos ella y yo solos, que era lo más usual, nos lo tomábamos en un bar que a mí me gustaba, y que según me dijo el Lu, era donde él se tomaba las copas a la salida de sus estudios. Yo, tenía ya más que suficiente con el escarmiento con mis cuñados. Me lamentaba enormemente de ello. Cada vez me alejaba más del Lu, precisamente por el alcohol.

Él iba en los estudios, de fracaso en fracaso. Sólo aprobó lo del examen de acceso. Después, lo demás, no lo había superado. Creo que en tres años sólo aprobó una asignatura, la María.

Una vez estando con Soraya, a ella se le escapó un peo, y enseguida abrió las ventanas del coche.

Alguna vez subía ella a mi casa y nos sentábamos en el salón a tomar café tras café, con algo de leche, por supuesto. ¿Qué pasaba, que ella no tenía responsabilidades?, me cuestionaba yo.

Sí que las tenía, era madre, trabajaba y estudiaba, o sea, que en teoría, era toda una luchadora. Yo le dejé claro, que ni tenía trabajo, ni lo quería tener, al menos relacionado con el trabajo que hasta ahora había realizado. Ella cobraba el paro, y aparte el sueldo por su labor en una constructora, donde era la que hacía las cuentas. Aparte de eso, estaba haciendo un Máster. ¿Me quieren decir entonces, de qué manera estaba yo perdiendo el tiempo, al dedicarle todo mi tiempo a la carrera? Al margen de eso, iba con su amigo el profesor quien le daba clases particulares de griego y ella me preguntaba por qué no quería yo asistir. No le quería decir que era porque no me fiaba de los profesores particulares, que seguro que no se preparaban las clases, al menos eso pensaba; aunque, “¿por qué no iba él a ser distinto?”, y también por el dinero, que aunque no lo pareciera, no tenía.

Estaba todo el día entre el estudio y la lectura.

A mí madre le extrañaba sobremanera que perdiese el tiempo, tomándome un café con mis compañeros de clase. A mí también, pero ese año parecía que no tenía prisa, quería expansionarme, ¿se dice así, no? Soraya era gorda, tenía una verruga en la cara, pero era interesante y muy luchadora, algo asombroso.

Armando, no veía la tele, alegando que no le gustaba llenarse de violencia y sexo, que era lo que se veía por ella. Yo no la veía para no perder tiempo.

Alguna que otra vez que me trajo, fue Paco con nosotros; él se quedaba al final de mi calle, pero no quería que le llevara hasta su casa, supuse porque sus padres vivían de forma humilde; eso no me importaba lo más mínimo, lo importante es que él trabajaba y estudiaba, ¿qué más quieren? Por él me enteré, que los números de teléfono de esta zona, tenían un sistema de lo más moderno. En qué consistía ese modernismo, no lo entendí, pero me congratuló ser por primera vez en algo los primeros. Los chavolistas no tienen teléfono de hilo, sino el móvil.

En demasiadas épocas, era tal mi intoxicación etílica, que me hacía desvariar, así por ejemplo, estaba seguro que Laura, la meretriz, sería algún día una especie de Norma Duval, una gran artista querida y admirada por ellos, y odiada por ellas. ¿Cómo no iba a ser así, si era unas de mis conquistas? ¡Habrase visto!

No es de extrañar que por mi tipo de amistades, me coloquen el sambenito de loco. A pesar de que lo pueda estar, no me considero como tal, aunque a veces estoy seguro de que lo soy, y rematadamente, pues cómo si no, hago lo que hago. Pasemos de estas absurdas, inútiles y estériles disquisiciones.

e-libro.net

Domingo es depresivo, y él siempre que yo había estado en la Quinta, me había ido a ver, esto, ya de por sí, era suficiente para ir a visitarlo, ahora que él estaba con una crisis depresiva. Quedé con Conchita, mi tía, para ir a verlos un día que ella concertó.

Fui, estaba un obrero en la casa haciendo unos arreglillos, por lo que ella, estaba para adelante y para atrás. Me puse a hablar con Domingo, de política, de la que ya casi no me informaba, y de una serie de temas, entre los que le dije, que me parecía un disparate el que los picapedreros, bebieran cervezas de calidad, no porque no se las merecieran, sino porque costaban más caras, y encontraba absurdo gastar dinero en drogas de "calidad".

La cosa, es que lo dije justo cuando el obrero estaba por allí, y eso hizo que casi me mordiera la lengua. Mi tío estuvo en eso y en muchas otras cosas de acuerdo.

De política hablamos de Felipe y de Aznar, que a este último, no lo veía como presidente del Gobierno, que le faltaba chispa. Él, de derechas, me dio la razón. Se emocionaba tanto con estos temas, que al final le pregunté por qué no se dedicaba a la política. Me contestó que no.

Me invitaron a un cortado, que creo que lo pedí yo mismo. Les casi supliqué, que me dejaran fumar, y él me contestó que sí. La que es enemiga total del cigarro es su hija mayor Clara Eugenia, quien, de estar, seguro que no me dejaría. Al fumar el cigarro, mi tío me dijo que él era un exfumador y que ahora su olfato olía mucho mejor (él sabía por qué lo decía).

Tiempo después sabría que me lo decía por el mal aliento, siempre apestando a cigarro, y lo mal que huele eso. Pero, ahora, "cómo iba yo a oler mal, ¿Antonio Fijoleis con algún fallo?, imposible".

Fumé algo, aunque no todo lo que quise.

A eso de las siete, y para que pudiera ver el fútbol, le comenté que me iba.

-¿Por qué viniste?

-¡Oh!, ¿tú no me fuiste a visitar cuando yo estaba mal? Pues ahora te devuelvo la visita.

-Y, ¿cómo me encuentras?

-Muy bien, afeitadito y limpito, parece que estás bien.

Esto le hizo a él y a su mujer, que estaba en ese momento acabando la faena y se disponía a sentarse, tanta gracia que se pusieron a reír.

Me fui y les dejé a ellos dos así. Antes, hacía cosa de una hora, había visto a su hija la menor y más inteligente con un collarín blando, al igual que Conchita. Me hizo gracia y le pregunté acerca del por qué.

-Es para proteger el cuello y que no se enfríe.

-Pero bueno, tú tocabas el piano ¿no?

-Sí.

-Y ¿qué es mejor, tener los dedos ágiles o con una prótesis dejándolos que se endurezcan y pierdan movilidad y destreza, siempre que no estén malos?

Nada me respondió, aunque no se quitó el collarín; menos mal que era blando.

Por fortuna esas no fueron mis últimas palabras, sino que me fui dejándoles una sonrisa en su boca. A mi prima apenas sí la vi pasar dos veces como un rayo. No está mal la jovencita, que terminó la carrera de forma satisfactoria y se estaba preparando unas oposiciones para el registro de la propiedad. No era un Garzón, pero yo tampoco soy ningún Pasteur.

En la parte de atrás, sobre la cabeza del sofá donde acostumbra a sentarse Domingo, hay una serie de fotos de toda la familia, viejas y no tanto. También hay una mía, que no me gusta nada, sin embargo, él dice que me parezco un investigador alocado, yo no me encuentro así.

Total, que me fui de la casa, sin casi hablar con mi tía, con la que no tenía un especial interés en hacerlo. Me dio apuro marcharme cuando ella se sentaba, pero se acababan de terminar los temas, y no quería que los silencios se prolongaran más.

-¿Dónde se coge la guagua?

-Abajo, en la iglesia.

-Pues bueno, adiós a todos.

Muac, muac, besos a los dos. De mi prima no me despedí. Domingo José, mi primo, tampoco estaba, seguro que estaba con alguna novia, asimismo, tampoco estaba mi prima la mayor, también abogada.

Un día pasó este último por mi casa con tal coche, que me dejó tibio; en esa casa, todos son coches grandes y buenos, y eso que él, durante sus estudios, usaba el coche antiquísimo del padre, y según me comen-

e-libro.net

taba estaba encantado con el mismo, y no ambicionaba otro. Trabaja en un banco en el sur, en el Inglés, cerca de donde trabaja su padre. Estaba engordando a pasos agigantados, y se le estaba deformando el cuerpo como a mí.

Ese día que pasó por mi casa, a no recuerdo qué, también me comentó que cuando se ponía nervioso se asfixiaba, por lo que el jefe le dijo que se quitara la corbata y a partir de ahí no le pasó más. Alegaba que era ansiedad y que el nudo le oprimía. Juzguen y valoren ustedes.

Total, y ahora sí vuelvo a retornar a mi paseo a Telde a ver a sus padres: salí de la casa y me dirigí a la parada de la guagua, antes, me tomé otro cortado y un vaso de agua en un bar. Mientras la esperaba vi a uno que me resultaba conocido. Nos saludamos con un movimiento de cabeza. Él iba con su familia y otra pareja de amigos. Yo iba solo.

Le pregunté de qué le conocía y me respondió que de haberle visto por la farmacia. Me quedé conforme con la contestación, mientras decía: “Bien de gente me conoce de allí, y eso que me hundía en ese negocio cada vez más...”

En efecto, me resultaba conocidísima su cara. Mucho dinero tampoco debía tener, para ir en guagua y no en coche, donde con tanta gente, le saldría más barato la gasolina que pagar el importe de cada uno. En fin.

Esperé un güevo, estaba enormemente intranquilo. Al final llegó, a eso de una hora de espera. No me metí a ver la iglesia por si llegaba antes el bus. Cuando llegué a Las Palmas, compré los periódicos de mayor tirada nacional y cogí un taxi que me llevara a mi casa.

Tal vez, mi padrino supuso que le iba a pedir dinero, nada más lejos de ello, es más, la mera idea de que él lo pensara me vino tiempo después, al analizar, el por qué de su pregunta: “Y, ¿para qué viniste?”. A la que ya saben cómo le contesté.

Me venían ahora a pinchar en el glúteo (casi siempre el mismo), distintos practicantes, incluso una vez vino el mismo que llevaba su propaganda a la farmacia. No salía muy barato, pero no se me apetecía ir al centro de salud a pincharme el Lonseren®.

Una tarde, me acerqué a un despacho particular de médicos y practicantes, que estaba por el “Parque Blanco”. Al llegar, tuve que esperar una eternidad. En la salita de espera, muy deteriorada, no había nadie, y sospechaba que tampoco había gente haciéndose las curas. Efectivamente, tras esperar más de un cuarto de hora, me metieron en un cuarto donde me pincharon. Las medidas higiénicas, no eran nada aconsejables. El precio, tampoco barato, diría incluso: caro.

En definitiva, primera y última vez, prefería pagar a los que iban a domicilio, a pesar de que sobre todo a uno, parecía que le habían levantado de la cama en ese momento. No me extraña, era un sábado por la tarde.

Estaban tan bien montados y organizados, que tenían una centralita que atendía una chica, que buscaba entre los “móviles” de los practicantes, para que fuesen a pinchar; tal derroche de dinero, ya supondrán a quién se lo cobraban. Está claro, que entre ellos se organizarían para ver quién estaba de guardia o disponible a cada hora.

La competencia era grande, pero aún así, encuentro caro el servicio. Debe ser que fuera del horario de oficina, será más caro, y mas un sábado por la tarde o el domingo, que eran los días, en que solía pincharme.

El bar al que más me gustaba ir con los “compas” de clase, lo llevaba una mujer, y en él, también trabajaba su hija, especie de adolescente, que ya empezaba a ponerse ligeramente provocativa (al menos a mí me lo parecía), de todas formas sentía una especie de contención hacia ella por respeto a su edad. A parte de esto, iba siempre con otra u otras chicas. Poco, poquito iba por clase. Sabía que era el que más estudiaba, pero también era consciente que a veces me costaba algo concentrarme. Las asignaturas en que los profesores no seguían el libro oficial, yo sí lo hacía, por lo que tenía doble trabajo.

Creía que todo el mundo que me veía trabajar en la farmacia, daba por descontado que yo era farmacéutico, y no, todo lo contrario, ellos suponen, la gran mayoría, que soy un empleado.

Seguía sin tener el título de mi licenciatura.

A veces, con cierta frecuencia, y lo que en otras épocas achacaba a una deficiente alimentación es que, siento una especie de desmayo y vahídos, que me obnubilan momentáneamente.

Hoy, que como bien, encima acostumbro a tomar reconstituyentes y complejos vitamínicos, que se añaden a los distintos fármacos que usaba para el “brote”. Algunos efectos secundarios, de los últimos fármacos, son precisamente somnolencia, hipotensión ortostática, y toda una serie de efectos que lógicamente derivan, precisamente de la potenciación del efecto que se quiere producir, contrario al que se padece. No siempre ocurre así, pero sí mayoritaria y generalmente. Así, un tranquilizante, los efectos secundarios que tiene son los que se

e-libro.net

quiere producir pero de forma aumentada, y es por ello por lo que no se pueden hacer cosas que requieran atención y sean peligrosas, tal es el caso de la conducción de vehículos. Se deduce que la hora de tomarlo más aconsejable, será por la noche, pues tendrá efectos sedativos que induzcan al sueño. En cambio, si es un antidepresivo, habrá que tomarlo por la mañana, pues de lo que se intenta es de activar, de estimular, y cómo se va a tomar de noche, para que no nos deje dormir. Si activa el sistema nervioso, también lo hace sobre el corazón, por lo que provocará taquicardias, hipertensión, etc.

En el caso anterior, qué provocara el tranquilizante sobre el corazón, pues claro, efectivamente eso: bradicardia.

Por ejemplo para la diarrea, qué usaremos, pues un astringente, antes se usaban derivados del opio, cada vez menos por sus efectos colaterales; o sea, tomaremos algo que ralentice el peristaltismo intestinal, que relaje la musculatura de los intestinos. ¿Se imaginan cuáles serán los efectos secundarios?, está claro: estreñimiento, y al ser un opiáceo, sedación, cosa que por otro lado es de cajón, pues si relaja la musculatura (no es tan general), tenderá a relajar a toda ella. Esto a veces es beneficioso, porque relaja al enfermo, al cual, ante situaciones anómalas, le sobreviene el pánico, cosa que hay que evitar desde cualquier punto de vista. Que esté alerta, sí, pero no es menos cierto, que en todo momento deba conservar la calma, aunque sí es necesario que el enfermo se desahogue, no sólo está en su derecho, sino que hay que estimularlo a ello. Al menos estas son las últimas noticias que tengo hoy día sobre el tema.

Muchas veces, pensé, aunque al final no lo comenté nunca, ni a él ni a nadie, por qué el fallecido Joaquín, no escribió nunca una novela sobre su familia, o sus vivencias. No digo ya de sus múltiples viajes a los cuales quizás iba ya no sólo a distraerse, sino a desfogarse sexualmente, sino del día a día, sobre su familia y su trabajo. Familia por otro lado más que singular; tal vez esta creencia sobre la extravagancia de las familias paternas y/o maternas, les suela ocurrir a todos. Nuestra familia, nos parece de lo más normal y corriente, sin embargo, las otras, siempre nos resultan diferentes, ya sea para bien o para mal, que de todo hay.

De todas maneras, barrunté quién mejor que él, para plasmar en una novela esa familia tan peculiar, y atípica.

Ya comenté que creía que el libro que ahora intento hacer, pudiera servir de ayuda a alguien, pero pensando, pensando, he llegado a la conclusión que quienes mejor y mayormente ayudan al hombre, serían los médicos y los curas, unos física y otras espiritualmente, aunque tal y como están ahora queriendo intercomunicar unas cosas con las otras, no es raro que el sacerdote conozca algo de medicina, y el médico algo de teología.

No me explico del todo lo anterior, pues está claro que con el avance de los conocimientos, cada vez es más difícil abarcar todo, por lo que se crean las especializaciones y cómo no, las superespecializaciones, de tal forma que para trabajar en cualquier cosa haga falta siempre el equipo, en el que cada uno se encarga de una cosa, y eso debe intentarlo hacer lo mejor posible. Uno siempre espera que en el grupo estén todos a gusto, cosa que no me ha ocurrido todavía en ningún puesto de trabajo en el que he estado. En todos me he sentido desencajado, y que el rol de líder estaba mal adjudicado.

Supongo que cada uno piensa que debía corresponderle otro rol en el grupo, pero al intentar leer a Reinhard Mohn, una sólo cosa saqué en claro, que cada vez más se ha de primar los conocimientos y preparación, más que al inversor del capital. Estoy de acuerdo, pero nunca he visto en mi caso, que se lleve a la práctica.

De acuerdo que en C…, se me subía el sueldo, pero allí me tenían y me sentía como el último mono. Mucha de la culpa la tenía el encargado, José Juan, que me tenía un marcaje asqueroso. Muchos de los que allí trabajaban no eran sinceros, y estaban esperando un fallo de uno para dar la puñalada.

Últimamente me he interrogado y cuestionado el auténtico por qué de mi expulsión. Según mi madre, por criticar al encargado, y según yo, por haber pasado noches sin dormir, a cuya consecuencia, cogerme una semana de baja, y luego no devolverla con mis vacaciones. ¿No era suficiente esclavitud mi postura de dedicación al trabajo?, por lo que parece, no. No fue suficiente.

Observando hace poco a Camacho, comprobé como el cigarro nos da una tos característica, de tal forma que uno no cree que se deba a él. Yo incluso decía: “No es que me he atragantado”, cuando el sonido de esa tos es típica de fumadores, es que encima nos engañamos.

Poco a poco fui intimando con Soraya, por vernos siempre a la salida de clases, y tomarnos yo dos cortados y ella uno. Aparte de esto, antes de entrar a clase me tomaba uno por mi cuenta.

No, no soy adicto a la cafeína y demás sustancias que crean adicción.

e-libro.net

Alguna vez le diría a Soraya de ir a mi casa a beber café, ella aceptó y no supuse en ningún momento que aquello iba a ir algo más allá de una simple camaradería, entre otras cosas, porque ella estaba enterada de mi locura hacia Celeste.

También sabía que vivía con mi madre, la que pasó por el salón donde estábamos los dos, para verla y darse a conocer.

No la llevaba al sitio donde suelo ir con mis amigos, pues me acomplejaba el deterioro del mobiliario del cuarto en cuestión.

En el salón me siento cómodo y las distancias son mayores, no habiendo problema de estar demasiado cerca uno del otro, tal como ha pasado alguna vez que ha habido mujeres en ese cuarto conmigo. Suponía que Soraya siempre iba vestida distinta, pues estaba siempre bien vestida. Despedía luz y fuerza. Por mi parte siempre llevaba una pieza de ropa distinta, con lo que pude comprobar que había invertido demasiado dinero en ropa. En el futuro no sería igual, ya no sólo por motivos económicos, sino porque era mucho destacar por mis atuendos, si a eso sumamos mi altura, malo malo.

Uno por mi barrio, que me conocía de la farmacia de C..., me dijo que qué pensaba hacer. Respondí:

-Pues quizá dedicarme a dar clase...

-Ah, pero tú eres...

Refiriéndose a si era licenciado.

-Sí, soy farmacéutico –subrayé.

Se quedó privado, y seguro que extrañado al ver que no alardeaba de mi título, aunque aquí pueda parecer lo contrario. Me costó sacarlo, hasta volverme loco; al final casi más era el Cid, que un campeador.

La primera de unas tres o cuatro veces en total que iría a ver la tumba de mi padre, me encontré una gran sorpresa. Mi hermana Piluca me había dado la fecha exacta de su defunción; con eso y su nombre, el empleado que allí había fue a los gigantescos libros que tenía y tras buscar brevemente, dio con el número de la lápida.

Si he de ser sincero, pensaba que iba a estar en una especie de mausoleo, o en una tumba individual, pero se ve que mi padre no se cuidó nunca de las cosas de su muerte. De ahí habrá salido mi pasotismo respecto a eso, salvo el dejar a mi familia unas minucias para los gastos que mi muerte pudiera ocasionar.

La sorpresa que les comenté, era que el florero incrustado a la lápida estaba lleno de flores amarillas. “Menos mal que no le compré las flores que pensaba...”

Allí me puse a hablar con “su espíritu” y había cambiado muy poco su carácter.

“¿Quién le habrá puesto esas flores, su amante, mis tías. Tal vez mi madre...?” Según me dijo esta última había ido hacía poco a ver a su madre y a su padre, con su hermana. En el fondo le quería y le quiere, aunque cuando habla de él, lo hace en un tono despótico.

Tuve suerte, frente a la tumba de mi padre, había un banco de madera pintado de verde, con lo que me pude sentar y rezar por el muerto y por los demás finados.

Por suerte no estaban allí las importunas moscas que suelen haber en todos los cementerios, al menos no ninguna que rondaran mi cabeza.

Una vez reconciliado conmigo y con el mundo, salí de allí y miré el horario de apertura del cementerio. Hubo suerte, de haber venido cuando tenía planeado, lo hubiera encontrado cerrado. El horario es muy restringido. La lápida decía que aquello era propiedad del que allí estaba. “Quizá me entierren a mí allí cuando llegue mi hora”, también lo pensé en ese día, lo que no se si a mi padre le hubiera hecho gracia.

Últimamente, pienso que para mejor salir de dudas de estar completamente muerto, es que me incineran. Piluca paga a una funeraria para que lo hagan.

Estoy algo siniestro hoy.

De allí salí, y me fui a tomar un cortado. Alguna lágrima se me saltó ante el nicho. Fui por detrás de la casa de Tony, pues quedaba cerca de allí. En un bar de mala muerte, me tomé un cortado, agua y miccioné. Pagué y me fui. Las calles eran de tierra, y todo por allí estaba en obras. No estaba de humor para detenerme a verlas; sí, grandes obras, pero y qué.

De regreso a mi casa mi madre me preguntó:

-¿De dónde vienes?

-De la tumba, de ver a papá, tenía flores, ¿se las pusiste tú?

Me replicó farfullando.

Al final me quedé con la duda de quién habría sido.

e-libro.net

Un día que fui de visita a ver a mis tías les comenté lo visto. Mila me respondió:

-Fui yo. Todos los días vamos Lotario y yo a ver a mis hermanos y a mi madre, y les ponemos flores.

-¿Todos los días?

-Sí.

"Buf, mucho le tiene que doler sus muertes. Por suerte a mi no se me ha muerto ningún hermano".

No quise profundizar mucho, para que no me reprocharan que no fuera al cementerio el día de su entierro.

Soy un pedante increíble pues a Tomás, queriendo cambiar mi pasado y hacerme pasar por un lector empedernido le conté cierto día en un restorán:

-Porque cuando tu tocabas el piano, yo me dedicaba a leer.

Esto quizá fuera cierto en la EGB, pero ya luego, lo que hacía era beber y beber. Tal cual dice mi madre, beberreteando todo el día. No era precisamente todo los días, pero cuando lo hacía era a base de bien.

Como profesional del medicamento, he metido muchas veces la pata, todo por no intentar resolver mis dudas. Recuerdo como hasta hace poco recomendaba jarabes antitusígenos con sacarosa, creyendo que era un derivado de la sacarina, para diabéticos. Hoy, más sospecho que ese azúcar de frutas, se desdobla en glucosa, con lo que sería una bomba para los diabéticos.

Para que después digan que el ejercicio de mi profesión es una tontería. Tan tontería que puede uno acelerar o provocar grandes desgracias y trastornos en las personas.

Es raro que esté tan mal pagado encima, pues uno aparte, hace ganar millones a su jefe, y nos pagan con miserias y malas caras, algunos de ellos, incluso arriesgando muy poco de ellos. Delibes, según parece, o así lo dio a entender en su último libro, se portó bien con sus subalternos; yo estoy tan quemado que si alguna vez me viera con dinero, no sabría qué hacer. Tal vez sea por ello lo mejor el no tenerlo.

Ante la duda entre si seguir o no seguir, siempre se plantea uno, que vaya donde vaya habrá líderes, y son esa gente destacada los que nos hacen ver lo bueno y lo malo de las cosas, qué hago, como decía Luis en Santiago:

-Yo me quedo aquí para verlos caer...

Otras veces me estimulo diciendo: "Como mínimo inténtalo aunque te quedes en el intento". Y eso hago; si estoy en el camino acertado o erróneo, solo Dios lo sabe.

Acostumbraba a ir a la iglesia de Perez del Toro, sobre todo para pedirle a Dios, que me permitiera e hiciera que fuese el primero, el número uno a nivel nacional. Solía ir con relativa frecuencia, los principios de mes, sobre todo a entregar el diezmo de mis exiguos ingresos.

La iglesia me gustaba, sobre todo porque no tenía tantas imágenes de santos y santas que adorar, motivos estos de mis dudas en cuanto a si venerarlos o no, pues la Biblia deja bien claro que no hay que ser idólatra, y a mí, nadie me ha explicado si eso es serlo o no. Me armo con estas cosas auténticos follones.

Sobre estas y otras cuestiones más graves de orden religioso, pido al Señor que me de luz, la que espero que me llegue al leer la Biblia e intentando ser un buen cristiano.

En esa iglesia es donde por primera vez oí las oraciones de entre semana grabadas y reproducidas por un sistema de megafonía. Cuando lo escuché por primera vez, buscaba al cura sin cesar, hasta que caí en la cuenta.

Suponía que los fines de semana, festivos y vísperas, aquello se llenaría hasta los topes.

Estaba seguro de que iba por el buen camino, y que el mismísimo Dios era el que me guiaba.

A lo mejor esto les ocurre a mucho, o quizá lo mío es un caso patológico, que no digo que no.

Estábamos ya cerca de la Navidad. Me sentía contento con mi certeza de ser el primero de la clase, y encima tener todos los días un par de horas dedicadas a la lectura, en esos momentos sobre todo libros publicados de mi cuñado; me gustaban, a pesar de no comprenderlos del todo, fruto de las carreras y el estrés por querer hacer demasiado, y sobre todo no llevar un ritmo adecuado al charlar por los codos a la salida de clase, lo que consideraba correcto.

Cierto día que fuimos bastantes personas a clase de literatura, observo que la profesora se pone a hablar y a hablar sin pausa alguna. Lo que en realidad hacía era leer. Empecé copiando todo, pues era un comentario de texto, sobre una parte del Mío Cid, libro exigido para comentar y contestar las cuestiones que debíamos entregar a la profesora. Me fue imposible seguirla, iba demasiado rápido para mí, causa por la que decidí ponerme a escribir en lugar de apuntes, el Padrenuestro y así simular que estaba tomando notas, cosa que de los seis que formábamos la clase, sólo lo hacíamos dos.

Mis lecturas obligatorias de libros para clases, los llevaba relativamente bien, mejor que la mayoría.

e-libro.net

A la salida, Soraya me comentó que se extrañaba mucho de que pudiera seguir a la profesora, que ella abandonaba la asignatura para septiembre, o el año siguiente.

Las preguntas de inglés, terminé por hacerlas yo solo, sin preguntárselas a mi hermana, pues era desesperante y perdía mucho tiempo. El de griego, nos había aconsejado de la Odisea de Homero una versión muy sencillita. Yo tenía una que era casi imposible de entender, por lo que me compré la que él nos aconsejó. Los capítulos que tuvimos que leer, eran fácilmente comprensibles, aún sin leer toda la obra. Mari Ángeles, dijo que ella se lo estaba leyendo todo, porque le gustaba mucho y también lo encontraba facilito.

Quería ser honrado, y aunque podía haber leído las otras obras que nos pedían en versiones más sencillas, no lo hice, sino que las leía en las que nos pedían. Me refiero a las de Historia de la Literatura.

Uno de los últimos días de clase, fui otra vez a la de literatura. La miniaula donde solíamos dar clase, estaba ocupada, por lo que fuimos a otra. El día anterior yo no había asistido a esa clase, en la que habían dado un folio escrito en castellano antiguo para traducirlo al actual; las otras tres personas que había, a las que no había visto nunca, ya tenían el folio de la clase anterior, y lo habían traducido. A mi la profesora me ordenó que lo hiciera en ese momento y en alto. Lo hice de forma tan aceptable que creo que si quería dejarme en ridículo, no acertó.

No logro aclararme el por qué se me metió en la cabeza que la profesora que tenía delante era esquizofrénica, y no se me parecía nada a las que yo había ido a las otras clases. Ya no sólo por su peinado y por su vestimenta, sino por su forma de actuar. Ella otras veces, leía y leía, en cambio esa clase estuvo escuchando y escuchando muy receptiva.

Había comentado a mis compañeros la cosa de celebrar la Navidad saliendo los cuatro a cenar; salvo Soraya, los otros estaban inseguros de tener tiempo para hacerlo, y creo que lo más importante, aunque no lo decían, era la falta de dinero. De todas maneras, yo pensaba pagar la mitad y que la otra la pagara Paco; caso de no ir él, ya vería cómo lo hacía. Relacionado con mi carrera, prácticamente no leía nada, no tenía metas con ella, había llegado a un punto en el que estaba estancado. Me tenía desmoralizado y la encontraba en esos días poco incentivadora. Escribiría, pero sobre qué, todavía estaba por descubrirlo.

No obstante me leí un día un libro pequeño muy novedoso, sobre le sueño y el insomnio. No era muy difícil de entender a pesar de ser lo último descubierto sobre el tema.

Como casi ya no bebía, las marchas se las pegaba el Lu sin mí; iba con Control. Un día fueron al sur los dos, a casa de Camacho, quien les llevó a una discoteca donde los dueños, clientes de él, le tenían reservada una botella de güisqui. Esa noche los tres empezaron a tomarse la botella a base de chupitos. Con ellos se puso la relaciones públicas, que por lo que me contaron estaba tremenda. Se bebieron toda la botella. Al final incluso Control se puso a llorar. Fueron a la playa a ver si se serenaban, pero ni bañándose desnudos, lograron que se les pasara la borrachera.

Control perdió el sentido.

Camacho se fue para su casa, y el Lu, como siempre, cogió el coche y se vino para la capital.

Tiempo después me contaría que no recuerda verse conduciendo, por lo que la borrachera tuvo que ser supina. Tampoco llevaba el cinturón de seguridad, ninguno de los dos, y Control seguía inconsciente. Paró en una gasolinera a tomar café, y allí vio a la policía, quienes no les dijeron nada.

Él no reconoce que tiene problemas con el alcohol, es más, dice que en el hospital en el que trabaja, un médico le tranquilizó al decirle que perdiera cuidado, que beber el fin de semana no era síntoma de alcoholismo. Pues la lleva clara ese médico.

Para ser sinceros, bebía más que eso, y siempre como mínimo eso.

En otra ocasión fue con Control a Tafira, donde cenaron carne y vino. Luego se fueron a una terraza que había por allí y se tomaron entre los dos, dos o tres botellas de güisqui de calidad. Control se enfermó, no como la vez anterior, que estuvo tres días sin ir al trabajo, no, esta vez, sufrió un brote sicótico.

Me dije para mí, que mis amigos estaban jugando con fuego, y que el inductor de todo era el Lu, a quien ya, Fijoleis, no le seguía el rollo, y menos mal.

El Lu, solo se sabía poner simpático cuando tenía una copa al lado. Había veces que se tomaba varios vasos de vino en la casa después de cenar, en su casa, sin motivo aparente alguno.

A Control le fui a ver cuando se puso enfermo. Le pregunté al Lu si quería acompañarme y me contestó que no, que ya iría él otro día. Me molestó, pues para ir a beber estaba presto en cualquier ocasión, pero para hacer compañía y disculpar sus malas acciones, ya no estaba tan presto, barruntaba para mí.

Cuando fui a visitarlo, con él estaba Tony Martín y Alberto. Al poco se fueron esos amigos.

e-libro.net

Me enseño una Biblia de Jerusalén de tapas duras y de tamaño pequeño. Me encantó, y estuve tentado en pedírsela. Al final, desistí, pues sabía que no me la iba a dar, y también porque era la única que él tenía y pudiera ser que le apeteciese leer algo.

Cuando nos quedamos solos, decidimos salir a dar una vuelta. Paseamos por Las Canteras, justo donde menos a mí me gusta, pues se reúne demasiada gente por allí, a pasear, a mirar y ser observado. Algo absurdo.

Terminamos metiéndonos en un bar donde hacían perritos. Comimos, pagamos y nos fuimos. Acompañé a Control hasta su casa, y ya de noche oscura, cogí un taxi que me llevara a mi casa. Control estaba casi recuperado, pero ignoraba si había aprendido que los excesos sientan mal a todos, y más a los que tenemos problemas físico-síquicos de algún orden.

Seguí estudiando.

El último día de clases, era el tercero para mí de griego. El profesor era un doctor en griego, pero no parecía nada bueno. Al principio no me enteraba, aunque sospechaba que no era el único. Mis amigas, hablaban de griego como si fueran unas especialistas. Soraya iba a clases particulares. Me ponían enfermo cuando hablaban entre ellas, pues no entendía de nada. El latín también lo llevaba atrasado. “Seguro que estas vacaciones les pego un empujón”. Ese último día, me senté en primera fila: “el de atrás es traficante, que le pasa las drogas al profesor, por eso lo tiene en un altar. Sí, es traficante”. El profesor se puso a reprender a Mari Ángeles porque ella lo trataba de tú y no de usted, aunque él nos trataba a todos de tú. Indignante.

Salgo en defensa de ella, y a grito pelado lo llamo estúpido, y que está perdiendo el tiempo, él y nosotros. “Genial, ya soy su amigo”. Me pregunta si soy inspector, le respondo que no, le enseño mis carnés de colegiado y de pertenecer a un club cultural.

Ahora pienso en lo que hice, y siento vergüenza de mi comportamiento. Era el tercer día que llevaba sin dormir y a base de café y café.

Terminó la clase y era la última de ese año.

Salí, fui al ascensor y estaba ocupado por mis amigas y el profesor. Pensaba que le tenía que decir que fuese a la Quinta a curarse de su adicción, que allí, en eso eran buenos. Era para lo único que servía. Lo tenía que ver a solas.

Bajé caminando los pisos por la escalera, no era mayor problema. Abajo, me puse al lado de mis compañeras quienes hablaban entre sí; pasó el profesor, al que le pregunté si quería ir con nosotros a tomar café. Me dieron ganas de decirle que sólo café, pues sabiendo que tenía problemas con las drogas, no le aconsejaba que bebiera alcohol. Esto no se lo dije explícitamente.

-No, no. Gracias.

No quiso.

“Qué chachi es todo”, me sentía pletórico, acababa de cambiar el mundo, todo era fantástico.

Soraya me diría que me había pasado. No le hice caso.

Fuimos las dos chicas y el menda al bar que acostumbrábamos a ir. Las invité a café y agua. Tuve una duda de a quien servir primero, y creo que se dieron cuenta. Allí seguí metiendo la pata en cosas como:

-Hay gente que se las da de mucho, y luego lo que hacen es limpiar suelos.

Algo así dije refiriéndome a Mari Ángeles. Ahora, al pensarlo, se me cae la cara de vergüenza.

Sin embargo a Soraya me daba por decirle que yo creía que nos tenía engañados y que ella era abogada. Al menos no la degradé en mis impertinencias. Cosas de locos.

Les comenté que había tenido cierta vez un brote de esquizofrenia. Enseguida Mari Ángeles me contó que ella también lo era, y me enseñó un arsenal de pastillas increíble. “Ya me extrañaba su inestabilidad física y emocional”, aunque mejor debía decirme que era igual que yo, ni más ni menos. No, yo me resistía a estar enfermo, y quizá por ello lo era más que los demás. Me extrañaba, pues ya había puesto mi confianza, mi salud y mi vida en el gran Hacedor. “Él no me podrá fallar”.

Charlamos y charlamos. Les comenté de ir al Madrid, al bar. La flaquita no quiso ir. Nos dimos los teléfonos con la intención de telefonearnos para quedar en ir a cenar por las fiestas.

La llevamos hasta la calle Primero de Mayo. Soraya y yo fuimos a otra cafetería.

Estaba convencido de que nuestra amiga tenía tratos con el profesor, y que iba a buscarlo para que nos siguiera, y que les acompañara a la Quinta. Sí, lo haría, pero antes me tomaría otro café con la rellenita.

e-libro.net

Cuando llegamos a la cafetería me senté en una silla de cuya mesa se había caído y roto un envase de cerveza. No lo habían limpiado. Mientras, ella fue a hacer una llamada. ¿A quién llamaría, a Mari Ángeles, para decirle que todo estaba controlado? Seguro.

Más fácil era que hubiera llamado a sus hijos pequeños, para decirles que llegaría un poco tarde, que se acostaran.

Le comentaba que me daba apuro que se quedara hasta tan tarde, para después ir hasta su pueblo de noche. Empecé a decirle:

-Porque tú me pegas muchísimo, para mi mejor amigo, el Lu...

Se lo dije un par de veces. A lo mejor, ella con quien quería "pegar", era conmigo. Debía ser, si no, no estaría soportándome tanto tiempo.

Después de un buen rato, le pedí, que si no le era molestia, que me llevara a mi casa. Eso hizo. Cuando íbamos por el Barranquillo, empezó a mirar asustada por el espejo retrovisor. Inquirí sobre el por qué de ello:

-No, siempre lo suelo hacer.

Sin embargo, no le creí, pues estaba demasiado nerviosa como para que fuera habitual. Seguro que era por el profesor adicto a sustancias farmacológicas varias.

De seguro que el que nos seguía estaba conduciendo de forma temeraria. "Para qué mirar, si sabía lo que me iba a encontrar". No le invité a subir. Me despedí de ella con un beso en la mejilla, lo que hacía por primera vez; hablamos del próximo festejo.

Subí y me asomé por el ventanal a verla. Llegó un coche, "ya había estado anteriormente ese coche por aquí; ¿espiándome quizá? Sí. Paciencia, moriré con mi madre".

Llegué hasta el cuarto de la tele, y le di a mi madre un beso, "quizá el último en esta vida. Tarda en explotar la bomba. Iré a ver".

El conductor, al observar que no explota, se acerca al coche, y al verme, se lo lleva. Deja una enorme mancha de gasolina en el asfalto. Así, la explosión tendría mayor alcance. Me quedo mirando hacia Las Coloradas, y veo unos destellos luminosos, "posiblemente el coche o lo explotó, o le explotó".

Quién lo había mandado: Felipe, seguro que fue él el que contrató un terrorista para que me liquidara.

Me pasé lo que quedaba de noche leyendo novelas.

Todo estaba claro, por lo que hice un escrito, contándolo todo. "Yo creo que puedo llamar a Juancho para que lo publique..."

-Saso, mira que...

Le leo el escrito.

-Eso hay que confirmarlo, antes de publicarlo.

-Pues bueno, pues adiós.

En al iglesia coreana, se habían reunido los principales líderes de la ciudad para ver qué estaba pasando.

Le leí el folio a mi madre, y luego me fui a dormir.

¿No sería más fácil que alguien se estuviera acercando a Soraya por atrás, quizá por estar algo embriagado?

¿No podría ser que el del coche bomba fuera un drogadicto que llegó a comprar droga, y que su coche tuviera pequeños escapes?

Y que el profesor, como tantas otras persona tomara algún tipo de fármacos, como una gran cantidad de gente.

Y que las que creí señales de alarma luminosas, fueran luces, por otro lado lógicas por la noche, y que no hubiera yo visto anteriormente.

Resultado, que vino mi hermana Maru, y me despertaron para ir a ver al Dr. Henrik. Cabizbajo fui a la Quinta. Al médico le pregunté sobre las fases del sueño, y le contradije basándome en lo que decía el libro que llevaba sobre el insomnio. Quería dejarle claro, que sus conocimientos estaban quedándose caducos. Se lo tomó a mal. Hizo pasar a mi madre:

-¡Porque no te ingreso por las fechas en las que estamos...!

"¡Cabrón, cómo usa ahora su poder para humillarme..."

Me hizo ponerme unas inyecciones, y que siguiera con el Lonseren®.

-Un momento, ya se cumplieron los cinco años del tratamiento... A ver si me lo puede quitar.

-Sí, te lo quito, pero te tomas...

e-libro.net

Fue tal el tratamiento que me mandó, que casi me pongo a lloriquear de lo cabrón que era, todo por haberle insinuado que sus olvidados conocimientos, estaban desfasados.

-Vete abajo y que te pongan esta inyección.

-Déjeme leer el prospecto.

Efectimamente, era un medicamento potente contra la esquizofrenia.

“Dios, yo estoy seguro de que no estoy loco. ¿O Sí?”, quizá algo, hoy no lo discuto.

El tipo de razonamiento, era fruto de mis lecturas de espías y policías. Quién sabe si con estas ocurre igual a lo que le ocurrió al Quijote con las de caballerías. Pero mi caso es al revés, yo estaba loco y leía novelas; él, leía novelas y se volvió loco.

Sospecho que mi madre tiene otras intenciones cuando me lleva al médico. ¿Cuáles?, el tiempo lo dirá, sospecho que sí.

Abajo, humillado, ofrecí mi nalga para que el celador o enfermero (o las dos cosas), me pinchase la inyección.

Me puso un tratamiento potente, casi hasta para sedar a un elefante. Mi madre le indicó soslayadamente que no me administrara nada que me diera los efectos secundarios que otros me habían producido.

Me propuse que me iría retirando yo mismo y poco a poco la medicación.

Esas fiestas, mi hermano sufrió un accidente de tráfico. Iba en su moto, y de paquete llevaba a un amigo suyo, posiblemente sin casco este último. A mi hermano le quitaron un trozo de rótula, la tenía hecha pedazos, imposible reconstruirla. A su amigo Javier, el de toda la vida, le dieron el alta de la clínica mucho antes.

En la cama de al lado en su habitación, le pusieron a un marinero que dormía debajo de las barcas de la playa. No tenía hogar. No se quejaba, siempre estaba tranquilo y conforme. ¿Quién le ha dado esa filosofía a los desheredados?, no sé.

A mi hermano, iba bastante gente a verlo, al otro señor, nadie.

Los días de fiesta, se quedó con él su novia, que ya la quisiera yo para mí.

Mi prima Clara Eugenia, ya se había independizado del trabajo, y tenía un despacho en los bajos de la casa de sus padres, en donde llevaba las declaraciones de la renta, y demás asuntillos; por las mañanas iba a un bufete que había cerca de su casa. Desconozco si le va bien o no, pero lleva bastante del papeleo de la familia.

Al final, a cenar, solo fuimos Soraya y yo. Tal como le había dicho a mi acompañante, iría de corbata y traje. Ella llevó un jersey rarísimo, era una especie de lana con unas borlas rarísimas. La falda era negra, y bastante bonita, pero del jersey, preferiría no mentar nada. Aunque en ese momento no supe saber qué era lo que no me atraía de su persona, bien pudiera ser el jersey, no sé.

Su físico tampoco me atraía.

Con la disculpa de que mi hermano estaba en la clínica, pude estar embajonado; sin que supiera la causa, ni ella, ni yo.

Fuimos al restaurante que ella aconsejó, el que estaba hasta los topes. Tuvimos que esperar algo más de una hora para cenar. Mientras, nos tomábamos una cervezas sin alcohol, en una barra oscurísima y sin taburetes.

El bar era caro, y allí la gente iba bien vestida.

Cuando nos tocó el turno, nos sentamos. La mesa era estrecha, muy estrecha, malamente cabíamos los dos, y encima estábamos entorpeciendo la labor de los camareros. Comimos una sopa de beterradas y un pescado de segundo. No comí bien, pero qué vamos a esperar en esas fechas, que es cuando se forran por un mal servicio y la comida no muy buena en la mayoría de los restaurantes.

Yo tuve la culpa, por querer seguir la tradición de mi jefe, C...

Después, a pesar de tener ganas de irme, le pregunté:

-Quieres ir a tomar una copa, aunque yo sin alcohol. Ya sabes...

-Bueno.

“Qué mala suerte, pero vayamos”.

Fuimos a un sitio céntrico, pero no a un bar de moda, más que nada porque desentonaríamos con nuestras ropas, y porque no estaba muy seguro de que le gustara a ella y a mi me gustara estar con ella. Ni con nadie, era el caso. Pero de algún día ir a ellos, sería con una mujer verdaderamente atractiva. Soraya no era esa mujer, aunque sí que era agradable. Me asombraba que le gustase tanto estar conmigo, y que viniese de lejos a verme; algo extraño, extrañísimo.

e-libro.net

Vi al camarero del Cinco, un amigo de Charlie, el que había traído un huevo de coca desde Barcelona hacía ya un tiempo.

Le vi y me saludó. Iba con un montón de gente:

—Es que hoy es mi cumpleaños.

Supuse que iban a esnifar coca, y así se lo comenté a mi acompañante. Le dije también donde trabajaba, a pesar de que sospecho que no conocía el bar.

A ella me da que más le gustaban las fiestas de pueblo. A mí ya ni las de pueblo, ni las de ciudad, a lo sumo ir a comer con mi familia, o ir a cenar con algún amigo; lujo que al ritmo que voy, preveo que en breve no podré hacer.

En fin, un desconsuelo más, no tiene tanto que importar. Por último, aburrido, le pedí que si no le importaba que nos fuésemos. Que la invitaba a café en mi casa. Ella no aceptó, ya era tarde. Sus hijos…

"¡Cojonudo!"

—Pues bueno, que te pongan muchas cosas los reyes, y que pases unas buenas fiestas.

Me despedí así de ella cuando me llevó a mi casa. Una cena, de principio a fin, nefasta, un desastre. ¿Por ella, por mí, por los dos, porque faltaba una chispa que nos uniera más? A saber.

La cena del veinticuatro de diciembre, no fue muy acertada. Afortunadamente, no bebí. En principio, mi madre no quiso hacerla, porque mi hermano Jose no iba a estar. Yo salté que sí, que la hicieran, y al final se hizo.

No hay nada que comentar.

Tiempo después, a Jose le cambiarían de cuarto, con un fulano, que cada vez que cagaba, siempre a la misma hora, después de almorzar, dejaba un pestazo en el cuarto y en la planta, algo bestial, a pesar de encontrarse las ventanas abiertas al máximo.

Cuando eso iba a hacer, estando yo allí, nos fuimos mi hermano y un servidor, a una salita, donde por suerte se podía fumar. Eso hice. Vinieron unos jóvenes con pintas de reclutas y de pocas entendederas.

Pasó también una negra haciendo trabajos de limpieza. Estaba fetén, digna de admiración.

Se entreveía su espléndido cuerpo a través del uniforme. Limpió el piso de la salita, después entró en un despacho de los médicos, donde había uno. Estaba puesta la tele, y ella no hizo caso. Entró, cerró, y… No sean mal pensados: limpió.

Para mí, estaba fenomenal, era alta y de una belleza increíble.

Estaba más bien para ser una modelo, y no para fregar tanto piso. Me imagino que estaría recién llegada de su país, y no encontró otro trabajo. Los encargados de encontrar bellezas para los pases de modelos, no debían haberla visto. La cara sí que no me acuerdo, pues tampoco me fijé, sé que la tenía gacha, seguramente concentrada en lo que hacía, y cubierta con el pelo. Usaba una cierta melenita que le quedaba muy bien.

El uniforme era celeste, para diferenciarlo de las batas y uniformes del personal sanitario. Supongo que no se las considera tal, a las mujeres de la limpieza. Digo mujeres, pues ahora que caigo, no suelo ver a hombres que se dediquen a estas tareas, pero sí a las de "mantenimiento", cosa que a la inversa tampoco he apreciado.

Eso fue lo más destacado de los festejos, salvo que estudié y leí lo más que pude, de sprint final, sin estarlo.

Jose salió de la clínica antes de que terminaran las fiestas. Eso creo, pues no tengo idea de ir a verlo el día de Reyes. El fin de año lo pasó en la clínica.

Mi madre ha tenido muchos disgustos con los dos varones. Ahora que lo pienso, estoy midiendo el mundo, según lo que veo desde mi cuarto: las chabolas y sus residentes. Supongo que no es en absoluto aconsejable fiarse de lo que tengo frente a mis narices.

Llevó dos días de lo más desconcentrado, todo se me va en ver a las jovencitas de esas casas. No son nada recomendables, pero es lo que mayormente ocupa mi campo de visión.

En cierta ocasión, tuve intenciones de comprarme un dúplex por unos ocho millones, en Vecindario; mi padrino me lo desaconsejó. En el momento sí me parecía un buen negocio. Ahora ya no estoy tan seguro que lo fuera. Aunque he de invertir. Pero nunca he conseguido tener una suma respetable y suficiente con qué hacerlo.

A excepción de las inversiones hechas en acciones de bancos, por mi padre con el dinero de mi primera comunión, no he vuelto a invertir más.

Bueno, sí, según algunos he hecho unas inversiones inmejorables: libros. No lo veo muy claro que eso sean inversiones, pues de llevarlos a una tienda de libros de segunda mano, seguro que no recupero ni un treinta por ciento de lo invertido, y eso aspirando a mucho.

e-libro.net

No estaba del todo contento, pues los profesores, según me había enterado, los que nos daban clases, influían en la nota, como les comenté, aunque ellos no lo comentaron hasta el final.

Otra cosa que me enteré: el profesor de Griego era secretario del decano. “Pues no harán falta muchas luces para ese cargo”, deduje.

Tiene razón un amigo, no considero a casi nadie inteligente. Ojo, no es del todo cierto, a los grandes, sí los considero tal, pero si ellos se consideran Dios, no dioses, que todos lo somos, sino Dios, pues lo llevan claro; para mí son simplemente unas personas inteligentes.

Cervantes, y su vida me atraen mucho, aunque no me explico la forma en que llegó a ser el mejor escritor español de todos los tiempos, siendo que estuvo varios años encarcelado en el extranjero, donde supongo que no había libros traducidos al castellano, y si los había, ¿tendría el acceso a ellos? Encima debían ser libros de caballería.

Una vez venido de Argel, creo recordar que se puso a trabajar, en un trabajo que nadie quería, y nuevamente encarcelado y a edad ya avanzada escribió el Quijote.

No me hagan mucho caso, pues sobre él, el gran maestro, (supongo, por aquello de que cuando el río suena porque agua lleva) hace años que no leo nada.

Los mecanismos de la mente no los conozco como para saber el motivo por el que me ha venido a la mente esto de Cervantes, pero lo intuyo.

De literatura, el libro que más me gustó leer en la asignatura, fue el del Lazarillo de Tormes. Ya lo había leído con anterioridad, pero me volvió a gustar.

Hace poco leí un libro malísimo de un autor consagrado. Trataba la novela de la bisexualidad, quizás no me gustó por lo crudo que resultaba. Esto venía a cuento, pues intento leer casi siempre lo mejor de los mejores, aunque el lector dirá que no se me pega nada, motivo por el que no distingo entre las obras buenas, a no ser, ya digo, que lea alguna muy mala, o que a mí así me lo parezca, que puede que para los críticos sea algo sublime.

Dios sólo hay uno, pero genios geniles hay más, como mínimo uno cada siglo, o algunos pocos en cada época. ¿Quién llegará a serlo?, ¿será él consciente de ello?

En cierta ocasión, me pregunté delante de Juancho: “¿Qué dirá la historia…?”

—Pero tú estás loco.

Pues ha de tener razón, en cuanto que todos me lo repiten. No soy nada, pero tengo unas ínfulas de aquí te espero.

Lo que soy es un mierda, que casi ni siquiera acabo la carrera, ni más ni menos.

Fue quizás el acabarla de forma inoportuna y lo que después me ocurrió, lo que me incitó a hacer lo que he hecho.

Tomás, me había comentado que él se había matriculado de empresariales, también en la mismo universidad a distancia; no la llegaría a realizar. No aprobó ni una asignatura. Por fortuna la carrera no le había costado nada, pues él daba clases en un instituto, por lo que le salió gratis el matricularse. Algo bueno tiene el estado. Mal digo, muchas cosas buenas tiene trabajar para el estado.

La causa por la que quería hacer esa carrera, se debía, a que, según me especificó: era muy útil para nuestra carrera.

Cuando yo empecé la mía, él ya tenía farmacia. Yo todavía no. Todo lo contrario, si antes había sido pobre, sospechaba que iba a entrar en un período de mayor necesidad y penurias económicas.

De poco para acá, tengo unas pretensiones muy pretenciosas; entre ellas, afortunadamente ya no lo hago, escribía al final de cada libro leído un breve resumen y un comentario, suponía que de yo pasar a la posteridad, me estudiarían ciertos autores, y por esos rastros podrían seguirme.

Afortunadamente, ya voy pisando la tierra, tanto, que ni siquiera personalizo mis libros con el nombre y apellidos, etc., con pluma o boli, sino con lápiz, para si alguna vez tuviera que vender mis libros, por falta de dinero, con simplemente borrar lo escrito, ya me podrían dar mayor valor por él.

A este razonamiento, llegué tras ver que en los sitios de venta de libros usados, no tenían estos nombre, y los que lo tenían, se devaluaban mucho más que los otros.

También me di cuenta, al comprarme unos buenos libros, tres concretamente, en una edición de lujo, con los que incluso llegué a tener problemas pues me ofrecieron una cosa y después me dieron otra. Protesté, y enseguida subsanaron el error, hasta tal punto, que ahora estoy yo en deuda con ese colectivo de venta de libros

e-libro.net

por correo. Que por cierto, se han olvidado de mí, o se han ido al garete. Era un cliente aceptable, pues había comprado unas cuantas colecciones de libros a ellos.

Pues bien, eran algo caros estos libros, ciento y tantas mil pesetas. Cuando los recibí les puse mis datos a pluma.

El Lu, enseguida me increpó con un:

—Por qué estropeas así los libros.

Le iba a responder: “pero si va a ser para ellos un lujo que yo se los compre”.

Hoy estoy pisando más firme, y observo que él tenía razón.

Seguro que esos buenos libros, aún no leídos, han perdido gran parte de su valor económico, por eso.

El valor intelectual, de tenerlo, aunque no los he leído, no ha descendido un ápice, a pesar del tiempo que llevan conmigo.

Esas Navidades, había llamado a mis tías para felicitarles por las fiestas. También hablé con el marido de Mila:

—Qué hay, Antonio. Felicidades.

—Gracias, igualmente…

—Todavía tienes los dolores…

—Sí…, gracias.

-¿Por qué no vas a la Quinta médica?, que allí hay un centro de desintoxicación para alcohólicos…

—Ya, ya…

Y me dejó. Estaba claro, yo estaba seguro que todo eran alucinaciones fruto del alcohol.

Mila me preguntó:

—Qué le dijiste a Lotario.

Se lo conté.

—Bueno, bueno, adiós.

Cortamos. Mi familia, seguro que me tomaría por un loco temerario. El problema no es que no tuvieran la razón, sino que la tuvieron.

Días después mi tío moría por un cáncer en los pulmones. Se lo diagnosticaron cuando ya era tarde. Nos enteramos por medio de miss Aída, quien llamó para comunicárnoslo.

Enseguida fui con mi madre y Maru al tanatorio donde estaba toda la familia, allí charlé con el Sr. Afonso y el portero que iba tan bien vestido. Hablamos de bobería tras bobería. Vi a David; Marcos no estaba, me imagino que les sentaría fatal, como un tiro.

Vi a mi primo tocayo. Le di la mano, cuando estaba subiendo las escaleras y se sonrió.

Después de charlar con los dos, y de decir insustancialidades, y de tomar un cortado tras otro, se fueron; yo en cambio fui con mi familia arriba.

Iba vestido de jersey azul y chamarra marrón. Lógicamente no llevaba tejanos, sino pantalones de tela.

Al lado de la sala del velatorio, estaban los más allegados. Todos conocidos y familiares, fui saludando a uno por uno, hasta hacerlo con todos.

Manolo, el hermano de mi padre, estaba gordísimo y con la camisa por fuera. Me extrañó no ver a su mujer: Manina. Me enteraría años después que también estuvo al borde de la muerte, y quién dio el diagnóstico más acertado, fue el psiquiatra Juma.

Estuvo ingresada y en un tris de morir.

Esa mujer me ha parecido siempre algo raro, seca, tanto su carácter, como su tirando a obesa persona. La vi tiempo después, ya recuperada. De todas maneras, conmigo siempre se portó bien.

Al estar su marido bien con la familia, está claro que entre su trabajo, y las herencias, tengan para ir tirando.

Es triste, que habiendo un sanitario en todos nuestros hogares, ver que el mundo se nos cae por no saber el mal que padecen muchas personas. Mi ciencia, no llega a mucho, a lo sumo, afirmar ciertos sencillos diagnósticos que da el médico, o a decir:

—Eso es que el médico no sabe lo que tiene el enfermo.

En este caso el familiar. Me siento impotente ante mi ignorancia, y la ajena.

Poco después, llegó un hermano de Antonio, era el único familiar que le quedaba, a excepción de una tía muy mayor en Santiago. El hermano había ejercido de magistrado y estaba ya jubilado. Según tengo entendido,

e-libro.net

hubo malas economías, de tal manera que incluso su alto y destacado cargo no era suficiente para paliar el ritmo de vida de su familia.

Aunque en vida se llevaban mal, no cabe duda que eran hermanos. Era bastante mayor, y me enteré de su existencia ese día.

Vestía como todo un caballero, de traje y gabardina.

Debería sentirme avergonzado, al compartir con mi tía la idea de que estaba tomando medicación muy fuerte y peligrosa, el Dicloenaco, perteneciente a los llamados A.I.N.E. (Antiinflamantorio no esteroídico) que entre otras cosas destroza el estómago.

Nos preocupábamos de eso último, cuando el pobre hombre se estaba muriendo, y si seguimos los consejos de los que de este tipo de enfermos terminales algo entienden, deberíamos haberle dado morfina, a ser posible por vía oral. Aquí ni entro ni salgo, pero comentar que si le queda a una persona poco tiempo de vida, hagámosle ésta de mayor calidad, evitándole al máximo todo tipo de dolores. ¿Que hay problemas con la dependencia a la morfina? Según dicen no es tanto, pero y si se vuelve dependiente, cuánto tiempo lo será: ¿días, semanas, meses?, cuánto; solo Dios lo sabe. ¿No compensa el que evitemos todo dolor, antes de que se vaya de esta vida, amargado y con mal concepto de ella?

El pobre Antonio se fue así.

Según muchos, el dolor nos cambia, nos vuelve distintos. Es posible. Casi les daría la razón.

No lo sentí por mí, por su falta, sino por su mujer, quien se quedó sola, aunque, desde mi punto de vista, a ella se le podría aplicar el dicho de: más vale sola que mal acompañada.

El entierro fue al día siguiente. Llevé camisa y chaqueta, sin corbata. Mi primo tocayo, sí llevaba una aunque con un poco de mal gusto. El resto de los primos iban bastante desenfadados. A lo sumo el médico, llevaba un niqui.

Mis hermanas Pine y Maru, no iban excesivamente bien vestidas. Jose, como siempre, de guapito.

Estábamos mi núcleo familiar, todo junto, alejados de otros grupos. Ni siquiera pudimos pasar a ver el entierro en sí, pues estaba lleno de gente. Esperamos hasta que mis tías salieran, Mila, llorando a moco tendido, se acercó a nosotros y de dimos el pésame. Yo estaba distante, parecía que conmigo no iba el óbito. Según he leído, también es una reacción típica ante la muerte de un familiar.

Llorando se fue. También se lo dimos a Dulcina, pero ella estaba mucho más serena. Mi madre se quedó con Rosa María, su íntima amiga, que también fue al cementerio.

Les comenté a las tías que si querían que les echara un capote en el trabajo, que me lo dijeran. También se quedó Maru. Yo me fui con Pine y a la salida saludamos a María Fernanda:

—Mira, Pine, esta es María Fernanda, la mujer de Antonio Fijoleis, la que me lleva el caso de la farmacia.

Se saludaron; ella iba algo moderna, con gafas de sol, pero ya se le empezaba a ver que los años no pasan en balde. Nunca me atrajo sexualmente, aunque su estilo de vestir, no estaba nada mal.

De todas formas, ese día llevaba un traje que ya le había visto en algunas ocasiones.

Estaba estudia que te estudia, y esto no había supuesto, aunque parezca duro reconocerlo, más que un alto en el camino, una pequeño pausa.

Volví a la carga. Faltaban dos semanas para los exámenes en febrero. Me llamó mi tía para ver si podía ir a echarles una mano en la farmacia. Era algo imprevisible:

—Sí, ¿qué día? Allí nos veremos.

Fui y trabajé una semana de duro. A la salida al mediodía, comía en el bar de al lado, el menú, recuerden que era conocido en el barrio. Comía solo, y empecé a ver que allí no era oro todo lo que relucía.

Le dije a mi tía que si quería que fuera a dormir las guardias con ella:

—No, ya viene Joaquinito.

Es mi primo.

De todas maneras, esa semana después de comer, me iba a la biblioteca de la “Plaza de las ranas”, de la que me había hecho socio al principio de curso.

Iba allí tras tomarme en dos bares dos cortados, y ninguno en donde comía y eso que sospechaba que estaba incluido en el menú. Así era.

El menú era bueno, se veía que era comida de calidad, sin excesos de condimentos, ni sabores fuertes. De primero acostumbraba a comer ensaladas, y de segundo un plato de mayor consistencia. Empecé a observar que a la mayor parte de las personas que comían allí, se lo pagaba la empresa. Yo me lo pagaba yo mismo.

e-libro.net

Estaba estresadísimo, tenía que trabajar y cumplir, que estudiar a tope, si quería ser el primero de España, ¿o no?

En la biblioteca, en la que estaría una hora o poco más al día, no conseguía concentrarme. No hacía el trabajo por conseguir dinero, pues lo que ganara, se me iba en ir a comer, cafés, y pagar el garaje, pues estaba cerca de diez horas en él el coche aparcado.

Es posible que saliera más barato coger un taxi, pero por las mañanas es muy difícil conseguirlos, por la noche, aunque llegara tarde, me importaba menos. Recuerdo que un día de los que trabajé, fui a clase, pero no entré a latín, no sólo por llegar tarde, sino porque no tenía ganas, para no ver cuál iba a ser el panorama y no ponerme más nervioso, decidí no entrar. Allí estaba Mari Ángeles, con quién me descargué y le conté el estado de estrés en que me encontraba. Ella no me comentó lo más mínimo.

Estaba al borde del infarto, necesitaba hablar, y eso hice. Hablaba bajo, pero no lo suficiente para que no se oyera en la clase, sin techos y con mamparas separadoras, del todo insuficientes para evitar los ruidos. Posiblemente la de latín me oiría; cosa extraña, no salió a mandarme a callar.

Esos días de trabajo, afortunadamente terminaron. Me quedaba una semana escasa para empezar los exámenes parciales, sólo dos parciales de cada asignatura a la lo largo del año. Estaba seguro que lo iba a aprobar, pero ocurría, lo que no creí que nunca me pasara, no tenía tiempo para abarcar todas las asignaturas.

Esa semana la pasé intentando centrarme. Había visto que era, aunque lo quisiera, imposible abarcar todo. Me esforzaba más que la media de los estudiantes, por ello pondría la mano en el fuego. Los demás, la mayoría trabajaban, y encima muchos bebían; desde hacía algo, yo no probaba el alcohol. Y los fines de semanas, también las dedicaba al estudio.

Oí hace cosa de un par de días, que el fin del mundo estaba cerca. Últimamente, me he repetido la famosa frase del final de la Biblia: Ven Señor Jesús.

Aun así, estoy convencido que el final de los tiempos aún no ha llegado. Es posible que el diablo me tienta mostrándome esto último, con lo que adoro al becerro de oro. Pero me quiero negar en redondo. Hoy confío en el mismo Dios que la mayoría de mis conciudadanos, a pesar de que todos, o muchos, caigamos en el placer de la carne. Los hay de todo, los que piensan morir y cinco minutos antes arrepentirse y ser salvos, y otros, que son auténticos santos.

Ojo, pongo santos en minúscula pues creo que hay que leerlos (que no suelo hacer), pero no sé si idolatrarlos. Se debe adorar a Dios en sus tres personas o en dos personas y una sustancia etérea, si es que esto es posible explicarlo así, pues de entrada se contraponen y antagonizan las dos palabras sustancia y etérea.

A los exámenes iba con cierto temor. Destaco por mi altura. Se presentaba muchísima gente de las distintas carreras, los días que me presenté. Para cada asignatura había dos posibilidades de fechas a elegir.

Espero que el Señor, nos de vida, años y salud a todos durante mucho tiempo. Y así sea.

Era mi segunda incursión en el mundo de las letras. Me tenía que salir bien; no, ser el mejor.

Había una gran tensión en las aulas en las que eran los exámenes. En esos días, me fumaba un cigarro y me tomaba un café en la máquina del nuevo *"office"* que habían hecho donde en principio estaba la secretaria. Habían constantes y continuos cambios en la disposición interior del edificio. Quizás había dinero. Mi nueva carrera, en cambio, tenía pocas dependencias y encima muy chicas. Un día, me senté al lado de una chica muy hermosa, bellísima. Me puse a su lado y empecé a fumar, quizás ella también lo hacía, pues de otra manera no me explico qué hacía en aquella minúscula habitación tragándose el humo de todos.

Yo estaba a su izquierda, y la miraba de reojo. "Muy guapa. Sí". El cenicero estaba a su derecha. Una de dos o tiraba la ceniza al suelo, con lo que me llamarían guarro, o pasaba el cigarro delante de ella hasta el cenicero. Al ser tan guapa, me daba apuro preguntarle si le molestaba. Aparte de eso, sentí la ¿superioridad del macho sobre la hembra? Eso pensé en ese instante.

Hacía tiempo que no veía a mis compañeros de clase.

Si vi a la mujer que me preguntaba si era rico. Quizás porque ella fuera sumamente pobre. Yo lo he sido más que ella, y tal vez lo sigo siendo. Estaba a la entrada del aula de examen.

Estábamos los dos solos de nuestra asignatura. Latín, "buf qué complicado es esto", intuí y confirmé. Las preguntas las respondí y la traducción malamente la hice.

A la salida, estaba nuestra profesora, quien me acompañó hasta la puerta mientras me explicaba el examen. Quizás lo aprobase o quizás no. Ya vería. No le entendí nada de lo que decía.

Ella, la tutora de latín, iba igual vestida que siempre.

e-libro.net

Ya era obligatorio poner el DNI en el extremo derecho del asiento, bien visible, para confirmar que el nombre del examen correspondía al nuestro. Lógicamente lo primero que había que hacer era poner nuestros datos en el membrete del examen. Al final, delante de un profesor, se metía el examen en un sobre. Todo muy "legal y confidencial".

A saber cómo tratarían luego esas hojas, tan decisivas para nosotros.

¿O realmente no es tan importante?, pues si a un profesor le da por ahí, y está ese día de mal humor, o que esté contento, hace con nuestro futuro lo que le de la gana. No debería eso estar en manos de cualquiera.

Mejor es los tipo test, pero ¿quién se fía de la capacidad del examinador; si ha puesto las preguntas a la ligera, sin muchas luces, o bien, es un artista en su materia, y un simple y ligero sesgo diferenciador entre dos palabras casi sinónimas, es suficiente para que la pregunta no sea correcta; o si es tan tolete que siendo dos palabras contrarias o casi, no sea motivo para dar por falsa la respuesta? ¿Quién sino el examinador la sabe? ¿Qué hacer ante estos dilemas que plantea el mundo?

Si en cambio nos dedicamos a trabajar, quién me dice que no estoy sentenciado por esa empresa, o que en cualquier momento me expulsen a la calle.

Sí, hemos de hacer a todos la pelota, si queremos sobrevivir en este mundo. ¡Me niego, ya lo he soportado mucho!, sí, he de cargar con mi cruz en esta vida.

Admiro a los médicos por su capacidad de decisión entre el bien y el mal, corpóreo, pero el bien y el mal.

Salvo el de griego, que lo hicimos todos los amigos, y que al que peor le salió fue a mí, quizás por comentarlo a la salida. Las respuestas de las niñas, sobre todo la de Soraya, no se parecían nada a las que yo había contestado.

Ese día, no fui a tomar café. Me quedaba todavía el examen de inglés, el que haría junto con Mari Ángeles. Soraya y Paco ya lo habían hecho, y no les salió mal del todo.

La semana anterior, le había mandado una carta a Celeste, urgente, indicándole que el día de los enamorados acabaría los exámenes y que me gustaría salir con ella a cenar por ahí. ¿Cuál era la novedad?, se preguntarán ustedes, bien fácil: iría a buscarla a su casa, nada más fácil que coger un taxi, y decirle la dirección que me sabía de memoria de su casa.

Me arriesgaba por fin a irla a buscar.

Dos días antes, por si acaso no le hubiera llegado la carta, le envié un telegrama diciéndole nuevamente que iría a buscarla.

El día de antes del de San Valentín, pasé delante de la floristería y pregunté el precio de una docena de rosas, algo inaudito, muchos miles, "en fin, todo sea por mi amada". La chica me preguntó si quería un ramo ese día. Le respondí:

—No, no, mañana vengo a buscarlo.

Esa noche, harto de estudiar, me puse a leer una novela policíaca, pequeña y muy simple pero suficiente como para llevarse cinco horas de mi tiempo.

Leí hasta altas horas de la noche, y todo por ver cómo terminaba, encima no me gustó mucho el final. "Uf, ya es tardísimo para ponerme a estudiar. No importa, seguro que el examen es fácil".

El profesor de inglés, la semana antes, cuando acabaron las clases, me indicó que tuviera suerte, de una forma tan provocativa, que juraría me estaba proponiendo una noche de placer y lujuria. Por supuesto le di las gracias, pero me hice el sueco en cuanto a lo del deseo carnal. "Pues también hay que tener cuidado con esta gente". Tiene uno que estar con pies de plomo, si se descuida uno, le "follan", vivo, (entiéndase esto no solo como acto sexual, sino también que lo queman vivo a uno).

El día del examen, fui enchaquetado, sin corbata, vi a Mari Ángeles la que estaba muy sonriente. Quedé en verla a la salida. Creí que saldría antes que yo, al haber estado tantos años en Inglaterra, el examen debía ser pan comido para ella.

Alucínense, un profesor de los que nos cuidaba y que era muy chulito, cuando salí, y mientras esperaba a mi compañera en las escaleras, lo veo salir y lo saludé con respeto. Al poco, lo veo llegar con una cerveza: "valiente machango es el fulano este", corroboré mis insospechadas sospechas. Debía ser alcohólico, aunque lo más que me había parecido era que fuese un chulo cabrón, como los hay en todas las profesiones. El profesor no tenía que ver nada con mi asignatura, sino que lo habían mandado allí a cuidar.

En el examen, no me podía concentrar, por segunda vez en mi vida el examen me resultaba chino. Efecto de haber estado de amanecida leyendo otra cosa.

e-libro.net

A la media hora larga, salió mi compañera. No estaba muy satisfecha del examen, y yo le conté lo que me había pasado, que no me podía concentrar, consecuencia seguro de estar la noche anterior con la novela.

Le conté que lo que ahora me importaba era mi "novia", que le compraría un ramo de flores. Carísimos, pero todo fuera por el detalle. Mari Ángeles, me comentó.

—Yo le regalo a mi novio todos los días una rosa, menos estos días. Me sale diariamente veinticinco pesetas, pero estos días se ponen a unos precios imposibles.

"Pues no es buena idea ni nada, eso de regalar todos los días una rosa, y encima baratita. Genial, no se me había ocurrido, lo haré en el futuro". Me despedí de ella. Fui a la floristería y había mucha gente; esperé mi vez, uno me desmoralizó al comprar un centro de mesa enorme, y encima la llevaba a cenar, según contó. Iba bien vestido y llevaba un móvil del que contestó a una llamada fuera del negocio de las flores.

Me dio vergüenza ver el raquítico ramo que me habían preparado, y encima por un precio excesivo. Lo pagué y salí pitando de allí.

Había quedado con Celeste a las ocho y media. Cogí un taxi que me llevó a La Isleta.

Recé a la puerta de la casa, que no estaba ciertamente nada mal, mucho mejor que lo que pensaba. Infinitamente mejor. Despedí al taxi y toqué en su casa. Me abrió una mujer joven, flaca e increíblemente parecida a Celeste. Tenía que ser su madre.

—Buenas noches, ¿está Celeste?

—No, ella está de compras en Las Palmas.

Se me cayó el mundo encima, enseguida comprendí todo: no quería saber nada de mí.

—Bien, le puede dar esto –le alcancé el ramo de rosas, y se quedó extrañadísima.

—Sí, gracias.

—Adiós.

Eché a caminar; mi sorpresa fue grande al ver allí mismo una floristería vacía. Seguro que encima más barata.

Estaba como volando. Salí de aquella zona, y me metí en un tugurio a tomarme un cortado. "Se acabó. Adiós Celeste, ya todo terminó: ánimo, rehaz tu vida, sin drogas, sin alcohol, sin Celeste…"

En eso entran dos policías municipales a los que invitaron a café. La familiaridad era grande, "¿tendrá el dueño algo que esconder, y a sobornado a estos?, seguro. Bueno, nada de esto te importa. Mea, paga y vete de aquí". Eso hice.

Me fui a pasear por la playa de Las Canteras, no por la avenida, sino por la arena. Empecé triste, pero terminé pletórico. Iba a empezar una vida nueva, sin ella, sin drogas, "sí, ¡vive!" Seguía fumando, "en fin algún vicio tiene que tener uno".

Mientras, mi madre me contaba:

-Mi prima murió de cáncer, porque el marido fumaba y se lo provocó con el humo del cigarro.

"Dios, espero no inducirlo yo en mi madre", rezaba bajito para mí.

Lo cierto es que tenía la casa apestando continuamente a cigarros, y encima malos. Era un desastre, a la hora que fuera que me levantase, tomaba un vaso de leche, y enseguida me tumbaba otra vez en la cama a fumar, tuviese que hacer lo que fuese. Esa era mi forma de arrancar el día. Por la noche, justo antes de apagar la luz para poder dormir: "El último cigarrito", fumaba anhelante. Hiciese lo que hiciese, había un cigarrito antes, y otro después; muchas veces habían otros de propina en medio, siempre que se tardase algo más de cinco a diez minutos en hacer lo que hacía. Incluso si salía a almorzar o a cenar, en medio de los platos, caían algún que otro cilindrín.

Era libre, a pesar de no estar muy seguro de desear esa libertad. Lo pienso y es probable que sea cierto, que yo le desprendiera mal olor a Celeste, de la boca y mi cuerpo, de tanto cigarro. Es raro, las chicas que más se me acercaban, fumaban, las otras no. Lo raro es que Totó no fumaba, no sabiendo pues lo que de mí le atraía.

Tres años detrás de Celeste, y ni siquiera estaba en la casa para decirme en la cara que no quería salir conmigo.

Iba casi corriendo por la playa, reprimiendo la indignación, y la consternación. Algo iba explotando en mi pecho, pero a su vez, un algo a modo de paz y tranquilidad iba arrebatándole camino.

No me parecieron que los restaurantes estuviesen muy llenos, lógicamente había parejas, pero no demasiadas.

e-libro.net

Había ido bien vestido, pero incluso así, pensaba cambiarme de ropa y quedar con ella en ir a buscarla por la noche. Sí, sería mi princesa. Sabía que estaba en paro desde hacía poco, por lo que mi situación no me trabaría ante ella. Nunca me había pasado, por otro lado, hacia Celeste.

Pensaba que cuando me fuera a Agaete, ella fuera conmigo y se pusiese a trabajar, en mi, nuestro, negocio, mientras yo estudiaría y leería.

Algún que otro viernes, pasaba por el sindicato, donde trabajaba ilegalmente el Lu. Una de las veces, me compré el libro de Carrol (Lewis): "Alicia en el país de las maravillas", que no pude leer más que el prólogo, pues en lo otro estaba descentrado, y requería mayor concentración. Era una edición de bolsillo, y más que nada, lo hice para ver una muy buena librería, que habían abierto por allí, no hacía mucho. Siempre que iba a la oficina, nos tomábamos un cortadito muy suculento.

Yo iba caminando. El local del sindicato estaba en Tomás Morales. De allí íbamos a cenar a los "Hermanos García". Bar donde se hace comida para la tropa. Yo comía allí callos o ropavieja, o bien una ensalada, alguna vez pedí pescado a la plancha, pero era malísimo. Comidas de calidad no se iban a encontrar, más que "comida casera".

Otro día, me leyó una carta que iba a mandar, era corta, pero bien redactada, tanto que me alegró que el Lu la hiciese. Tiempo después pensé, "está el corrector del ordenador, y a saber si no había ya una copia o un prototipo en la memoria del ordenador, o en los distintos programas".

Me la dio a leer y me emocionó mucho su estilo. Se lo dije y me preguntó:

-¿Hay algún fallo?

—A simple vista, no veo ninguno.

Estaba desesperado por tomarme el café.

Al rato le encontró un falló, que yo también lo corroboré, a pesar de pasárseme por alto. Se cabreó.

Errar es de humanos.

Recuerden que el Lu, se había quedado en primero de bachillerato, o quizás antes, por lo que su saber no llegaba a mucho, a pesar de que él se las diera de gran entendido en religión y literatura, en perros, en fotografía, en fin, se consideraba un libro abierto. Al pobre Carlos Padrón, lo tenía frito con la fotografía, buscándole fallos, que ni él, seguro que se habría dado cuenta al hacer la foto. Él, más que buen fotógrafo, lo que tenía era un buen equipo, tan bueno, que éste solito sacaba buenas instantáneas. Fotos artísticas, pocas hizo mi amigo. Si a ellas nos referimos porque sean obras de arte, y esto sea el fruto de un dominio de dicho arte o ciencia.

No me cabía en la cabeza el que un sindicato, tuviese a trabajadores de forma ilegal. Él lo prefería, pues no tendría que declarar. Pero lo que no pensaba era que no le valdría para su currículum, sino que en él constaría que esos años no hizo más que el vago. Cosa casi, pero no del todo cierta, ya que trabajaba, aunque no se mataba en ningún trabajo, el resto del tiempo, o dormía o bebía, pero lo de estudiar, lo dejaba de lado. Quizá sea esa una postura más inteligente que la mía, no lo discuto.

A mí me hubieran ido distintas las cosas, si justo después de C…, hubiese trabajado para una multinacional, o para el estado, en un trabajo en el que uno pudiera hacer grandes proyectos y progresos. Pero nada de eso ocurrió. Tampoco creía que hubiese llegado el momento de empezar a escribir, a pesar de que lo más difícil, el empezar, lo había hecho, había hecho un par de intentonas.

Hace unos días leí nuevamente la frase latina: "Ora et labora", cuando la estudié por primera vez en básica, supuse que lo que se refería era al reza y trabaja, pero que el trabajo, sería cultivar la tierra. No discuto que el de "las bases" de los monjes de los conventos, no fuese eso, el arar la tierra, pero hay otros trabajos que uno puede realizar. Sigue sin gustarme que el religioso, no todo hombre que tenga fe, sino el que está dentro de una orden clerical, no se pueda casar. Es lo que me impide, que desde hace algún tiempo, y ahora mismo, no me meta de fraile.

Los líderes religiosos, laboran y oran. Esto ya me parece mejor.

"En fin, ahora ya me puedo dedicar de lleno a la carrera".

Para el segundo parcial, había entre las lecturas obligatorias, que leer el Quijote. "Fantástico, ¿Pero, dará tiempo?, pues nada a leerlo tocan". Lo empecé a leer en una versión bastante buena, a pesar de haber comprado el libro bastante barato. "¿Tendré tiempo?, creo para ser sinceros que no. Pero al menos lo intentaré".

Las notas, las recibiríamos por correo desde Madrid.

Me extrañaba que el profesor al que humillé, no se atreviera mi a mirarme, yo tampoco lo hacía, le miraba cuando veía que agachaba la cabeza y rehuía los ojos cuando me miraba.

e-libro.net

Quizás sintiera vergüenza por él, y por mí. Quería ser su amigo, pero era tarde.

Mientras estaba en las disquisiciones sobre si leerme o no el Quijote, me llegaron las cartas con las notas.

Se ensañaron, literalmente, con mi persona; unas simplemente decían que estaba suspendido, pero otros se regocijaban diciendo lo mal que estaban los exámenes, cosa que podría asegurar que no es tan cierto.

El sujeto al que había insultado involuntariamente, era el secretario del decano como saben, y contra las instituciones, por muy decrépitas que estén, mejor es no meterse.

Qué hacer. La carrera la tenía programada para hacerla año por año, y a partir de junio, pasar el mayor tiempo posible para mis lecturas, y para poder trabajar haciendo sustituciones en farmacias, con las que mantenerme el resto del año. “Esto no estaba previsto. Aseguraría que los exámenes no están tan mal, y no creo que el profesor sea tan cabrón para respaldarse con los de Madrid”. “Empiezo a verlo claro, por eso no me quiso saludar el día que me vio llamando por teléfono en el teléfono público al lado de su despacho. Su primera intención fue saludarme, pero seguramente, recordó la mala acción que había hecho contra mi persona”.

Reconozco que tenía que haber hablado con él y pedirle disculpas. En definitiva, explicarle lo que había pasado.

Pero, ¿tenía él derecho a una explicación? Quizás sí, los profesores se creen los líderes únicos y absolutos. Después dicen que los catedráticos son unos cabrones, y ellos qué, con quienes más problemas he tenido ha sido con simples licenciados, si exceptuamos a Arturito y a D. Víctor y ano. Al menos así de pronto que yo recuerde.

Cuando leo una definición en un diccionario, pocas veces recurro a otro para confirmar o contrastar. Cosa sin lugar a dudas, que harán muchos académicos, y claro está, el que fue director de ella, el señor D. Fernando Lázaro Carreter cuyas consultas, fueron famosas durante veinte años, culminando con la edición de sus mejores artículos sobre el lenguaje español en el compendio titulado: “El dardo en la palabra”. Sería tiempo después.

Cada vez más, leía la breve cronología de los autores que vienen en las solapas del libro, encima el Lu me regaló un diccionario de escritores célebres en edición de bolsillo, que me ayudó bastante.

De este deduzco que mi carrera no va muy bien; no mi carrera de filología española, la que opté tras unos días de reflexión, abandonarla, aunque con ello perdiera bastante dinero.

Siendo estudiante, y de eso solo hacía unos días, encontré a Paqui y Octavio, que iban al teatro. Estaban muy elegantes, el motivo era que iban al espectáculo culto. No sabía que les gustase tanto eso.

Estaba con Camacho, al lado de la joyería de su padre, tomándonos un cortado. Cuando pasaba por allí, me daba apuro entretenerlo, aunque según él, “yo me tomo un montón de cafés aquí con mis amigos”. Me iba a llevar Camacho para mi casa; me encontraba en esa zona, porque había ido a la biblioteca que había por allí, y me había comprado un libro en una librería cercana.

Para ahorrar en el taxi de vuelta, accedí a ir con mi amigo. Vería posteriormente que perdí el tiempo.

Paqui me dijo:

—Pero, Antonio, qué guapo estás, te encuentro muy bien.

Eso dicho de una mujer joven me enorgulleció, aunque fuera la mujer de otro compañero.

Por supuesto, ninguna soltera me lo decía. La bibliotecaria que me arregló el carné de lector, estaba buena, muy buena, aunque no tanto como Totó.

Cuando me alcanzó a mi casa, ya tarde, fuimos con la familia, un empleado y el perro, con pinta de asesino, en el coche; íbamos a reventar tres atrás y dos delante, en un coche de reducidas dimensiones.

Primero dejamos al empleado, luego su hermana, se puso a preguntarme cosas sobre la alimentación y otros temas relacionados con mis estudios y experiencia profesional. Le contesté convencido que estaba, en lo que decía, en posesión de la verdad, pero ¿y si tenía conceptos equivocados o la práctica mal e insuficientemente aprendida? Hoy dudo de lo que sé, si es que realmente sé algo, y encima seré siempre sobre ello subjetivo, entre otras cosas, dependiendo de lo que hubiera aprendido o ese día o hacía bien poco.

El perro, olía a perro, o sea, mal; encima no se podía uno mover al ver sus fauces, que más que caninas, parecían leoninas.

Llevamos a sus familiares a su casa, subió al perro, y por último me llevó a mi casa. Afortunadamente a la pregunta de si quería café, respondió que no.

e-libro.net

Seguía leyendo la Biblia; algo había fallado: ¿Si Dios quería que fuera el número uno de mi promoción, por qué me había puesto ante tal encrucijada?

No sería, que realmente, fui yo el que quiso eso e intentaba obligar a Dios a hacer lo que yo quería.

Esto no sé muy bien cómo funciona, si uno decide y luego le pide al Señor que le ayude, o si es Él en lucha contra el mal, nuestro mal, quien nos va indicando el camino más acertado. El hombre propone y Dios dispone.

No, hoy no estoy muy inspirado. Lo mejor será dejarlo aquí. Así sea.

Lo real es que dejé la carrera de filología, por la que había dejado el trabajo, ahora, ni trabajo (afortunadamente) ni estudios. Quizá en claudicar fuese el primero. Al margen de ello, y como descojonándose de mí, me mandaron a que confirmase el que había hecho una carrera, mandándoles fotocopia compulsada del título. O sea, tendría que ir a La Laguna a buscarlo. Pero, ¿dónde mejor que la facultad para guardarlo y conservarlo? A parte de eso, para llevar a pedir trabajo, los comprobantes de haber pagado los derechos del título, son más manejables y se estropean menos que el mismo título. “No se fían de mí, lo han pedido para chotearse de mi persona”.

Otros, decían que no era muy profundo lo que escribía, cuando incluso, al margen de que me había advertido la profesora que no lo hiciera, me aventuré a dar el nombre del autor de la obra que en Historia de la Literatura, me habían dado a analizar.

La vida continuaba: “¿Me salto del tren, me subo en otro, me quedo en esta parada?, ¿qué hago?”

Continué, me puse a leer el Quijote, para comprobar entre otras cosas, si a tiempo completo dedicado a las lecturas de clase, daba tiempo. Le dejé a Soraya unos once libros de lectura obligada para la asignatura que más me gustaba, y también de alguna que otra asignatura. Confiaba en ella, era una buena compañera, y todas las asignaturas a las que se había presentado, las aprobó. Era mejor estudiante que yo, y eso que tenía un trabajo y una casa que atender. No me lo creía, quizás es que yo fuese un tolete, o que el profesor fuera más que un tolete, un gran cabroncete. En ese momento, no sabía por qué opción decantarme.

Aunque me preguntaba en lo profundo de mi ser: “¿Seré un subnormal?, seguro que sí”.

La casa de al lado de mi casa, sufría más que nosotros el efecto devastador de las chabolas; se iba deteriorando a pasos agigantados. El dueño, un farmacéutico, que había heredado propiedades y farmacia de su padre, no se quería hacer cargo.

Había pocos pisos ocupados, y los que estaban eran mormones norteamericanos, que por decirlo de alguna forma, estaban aquí haciendo “prácticas”. Todos ellos vestían de la misma forma, pantalón negro, muy oscuro, de pinzas, camisa de manga corta blanca y corbata también oscura. Esos, en cantidad de tres o cinco por piso, eran de los pocos que se atrevían a vivir en tan nefastas condiciones. Seguro que si yo me hubiera independizado, debía vivir así más o menos; siempre del bajo nivel que he llevado siempre.

Al cabo de poco tiempo, ni siquiera esos jóvenes misioneros (por llamarlos de alguna forma, que también podría ser el de aventurero religioso) quisieron vivir allí. Resultado, la casa está prácticamente en ruinas, y los chabolistas, tiran todos los desperdicios a su interior. ¿Cómo no va a ser así, si hasta tiran los papeles y sobrantes de comida, justo en la puerta de sus chabolas de madera?

Sospecho, que hay chabolas con buenas condiciones y habitables, tal cual dijera Águeda una vez sobre una a la que ella iba en El Confital. Otras en cambio, me da que son auténticos antros.

Mi casa a pesar de grande, es algo humilde, no sobra el dinero, pero mi madre intenta tenerla en unas mínimas condiciones de habitabilidad.

Con frecuencia, me pregunto si no podré tener un sitio digno y honroso para vivir en esta sociedad. ¿Qué pasa, que es tan difícil abrirse paso en esta jungla de asfalto?

Lo último que he leído, es que en los pueblos, existe una mayor solidaridad entre las personas, e incluso en momentos clave, las ayudas entre unos y otros son mayores. No es tan importante el trabajo y la dependencia a él como en las ciudades, aunque estas no sean tan grandes, entiéndase, la mía. Según daba a entender el policía nacional que había venido de Madrid.

Me siento un marginado, ya lo saben, pero no marginado como a los que así llama la sociedad, o sea los chabolistas, los que parece que entre ellos son felices. Aunque una conocida, que vivía en una, un cierto día me gritó:

-¡Esto es el infierno, es peor que el infierno!

Nunca he sabido exactamente a qué se refería, aunque en principio creí que era a las malas condiciones de vida en las que vivía.

e-libro.net

De entre la zona de chalecillos o tal como ahora los llaman: casas terreras, la de mi madre, si no de las más pequeñas, sí es de las que peor se conservan. Es cierto también que fue casi la primera que se construyó en esta zona, pero aún así, se nota que falta un ingreso económico en la casa.

Wiwi, en la chabola en la que vivía con su madre y hermanos, se dedicaba a ser el ocioso entre los ociosos y encima el líder, o al menos el que más gritaba y hablaba de los residentes en las chabolas. Tuvo que hacer los cursos que eran obligatorios que hiciera, aunque supongo que sería un pésimo estudiante, pero al menos el tiempo que estaba en clase, no molestaba al barrio.

Muchas veces le he tenido miedo, algunas veces porque me atacara en la calle o a mi casa, ya fuera con palabras o con armas. No es que esto sea el oeste americano, pero lo peor de la sociedad se encuentra aquí y encima él quería ser el que más “meaba”.

Hoy me parece un estúpido algo subnormal, y deduzco que él está dándose cuenta, que su vida es bastante absurda. Y él y sus afanes, de los más absurdos de todo.

La agresividad es típica entre ellos y cuánto más, entre los que son forasteros, a pesar de que sean sus clientes, si alguien se pasa, lo maltratan hasta decir basta. Algunas veces, ha habido escondido por aquí algún que otro asesino, pero no es lo frecuente. En esos casos, la policía está más por aquí.

Desde mi cuarto, se oyen perfectamente los gritos, insultos, peleas, y música a todo volumen de los chabolistas.

No crean que toda esa gente vive mal, hay chabolas, en las que hay tres o cuatro coches, nuevos, y varias motos.

Hace poco, un amigo mío se extrañó al ver una moto de las potentes aquí:

—Es de un chabolista.

-¿Cómo?, de uno que viene a comprar droga ¿dirás?

—No, de un chabolista.

Una de dos, o no tienen mucho dinero para un piso, o les sobra el dinero, pero aquí están en un sitio ideal para traficar. Quizás lo que les ocurra es que les gusta las vistas, que no discuto que sean de las mejores de la ciudad.

Reconozco que viven en unas condiciones pésimas, pero el gasto diario de dinero es sinceramente, comparado con el mío, bestial. No son precisamente altos ejecutivos del tráfico de drogas, ni mucho menos. Que yo sepa, no son grandes traficantes, los que organizan los grandes desplazamientos de drogas de un continente a otro, ni de una zona a otra, no, son simples vendedores callejeros y otros unos pobres y enfermos (pues así dicen algunos sanitarios y políticos que se les denomine) adictos.

Una cosa que suelo suponer, cuando veo a algunos que vienen a comprar con buenos coches, y bien vestidos: “ese, si sigue así dentro de poco lo veré mal vestido, y sin coche”. Si siguiera las vidas de los que vienen, de seguro que acertaría, pero no lo hago.

Poco tiempo se llevaron de los anteriores, los siguientes tres días que pasé sin dormir. Ahora, se trataba de ir a ver a la Tía Felisa (una tía abuela). La pobre se había caído de la cama abajo en la residencia de ancianos en la que vivía con su marido.

Fui a verla, y por su aspecto cerúleo similar a los cadáveres de la Facultad de Medicina de Valencia, deduje que poco le quedaba en esta vida a la Tía Felisa.

Llamé por teléfono a mi madre, que estaba en la clínica y que iba a tardar en ir a comer. Le comenté a mi madre:

—Ma, de esta no escapa.

—Por qué.

—Por el mal color que tiene.

Encima tenía demencia senil.

La tenían en un habitación y la cambiaron a otra, según decían para tenerla más cerca. Diría para mí, que era para todo lo contrario.

La habían operado de la cadera. Supongo que también sería falso, pues el poner unas placas metálicas con tornillos y dejarás bien firme para que se soldara el hueso, no es cuestión de minutos, tiempo que por lo visto había durado la operación. La operación la realizó un médico traumatólogo joven, con vaqueros verdes nuevos y camisa a rayas gruesas de colores. Me puse a preguntarle cosas y quizás por mi prepotencia salió con la cabeza gacha de allí.

e-libro.net

Cada vez más, suponía que no la habían operado. “Tan poco tiempo en el quirófano, para una operación tan complicada y a una señora mayor, me da a mí que tiene que ser un tanto delicado. No creo que se haga en una hora aproximadamente”.

El sobrino de mi tía abuela, el primo por tanto de mi madre: Fernando, le comentó que yo era farmacéutico. No hacía falta, entre otras cosas, porque me avergonzaba de tener un título y no ejercer, ser un ganso, un parásito.

Me puse de charla que te charla con Fernando, hasta nos fuimos a tomar un cortado fuera.

A sus cincuenta y pico años, trabajando de funcionario para el juzgado, empezaba ahora a fumar. No sabía hacerlo, más bien parecía algo afeminado, pero me resultaba absurdo coger el vicio a la edad en que ya se ven graves problemas en los fumadores adictos, yo estaba entre ellos. Fumaba él, eso sí, cigarros de calidad, o al menos, caros.

Saso se casó con Juancho. A la boda sólo fue mi madre y mi hermano Jose. Se desplazaron a Madrid, donde fue la celebración en un restaurante. Se casaron por lo civil; Juancho lo hacía por segunda vez, mi hermana había vivido con uno, del que no tenía hijos y del que se había separado, ya lo saben.

Creí que no hubo celebración, pero hace poco me contó mi madre que sí había ido algo de gente, yo no fui invitado, posiblemente por mis arranques de locura.

Después de estar un rato con mi familia materna en la clínica, me fui a comer a mi casa. Luego, me puse a leer. Tenía que aprovechar el tiempo, no se podía desperdiciar.

De todas maneras, por la noche, salí en parte con la intención de ver alguna chica, y en parte por desfogarme, fui al extremo de Las Canteras a La Puntilla, donde comí pescado fresco y una ensalada.

Después me fui a tomar un capuchino a La Posada. No había mucha gente, era temprano. Me puse a pensar y me supuse que mi tía abuela estaba en las últimas. Dejé el café a medias, pagué y me fui.

Cogí un taxi que me llevó a toda velocidad al otro extremo de la ciudad, a todo meter. Quinientas pesetas justas marcó el taxímetro. No le di ni un céntimo de más, pues él podría decir que lo hizo por hacer un buen servicio, y yo añadiría: porque así tendría más tiempo de coger a otros clientes.

Llegué a la clínica y me vi a una señora con una peluca enorme que cuidaba a Felisa.

Le dije:

—No tenga problema, yo hoy me quedo aquí.

—No, no…

Le conté los graves problemas de mi vida a grandes rasgos, a saber asunto de qué, pero me confesé con ella.

Tenía familia y se había separado de su marido, por eso trabajaba ella, para alimentar a su familia. Todo magnífico, muy sinceros los dos uno a cada lado del lecho de la enferma.

Le quitaban la sangre por unos drenajes, y no se la reponían, sólo le ponían suero fisiológico. Había perdido litros de sangre.

Una vez le pincharon en la yema del dedo con la disculpa de controlar la glucosa en sangre. Salía agua, y no sangre: “¿Qué pretende esta gente, mantenerla así un par de días y luego decir que se murió por cualquier causa?”

Quizás eso fuese lo ¿más humano?, pero me resistía a ello. Hay que prolongar la vida del moribundo lo más que se pueda. Al menos eso quería yo hacer con mis familiares. ¿Quién sabe si en ese momento le mandaban a los médicos de algún lugar del mundo, un fax con el remedio para esa enfermedad? Preferible en caso de posible muerte, el que utilicen a uno de conejillo de indias a que lo maten.

Se le acabó el Nolotil®. Era lo que le ponían junto al suero para el dolor.

La cuidadora, fue a avisar a la enfermera. En ese tiempo me puse a rezar con Felisa. Ella se resistía, y me quería alejar de su lado. Parece que no era bien recibido.

Vino la señora, y poco después le pusieron más suero y Nolotil.

—Eso es un placebo, ¿no?

—Sí.

“Me lo suponía, es todo pura comedia”.

Me dijeron que allí sólo podía quedarse una persona. Salí, pero antes me fui a fumarme un cigarro, a tomar café y a pensar.

El de seguridad me dijo que allí no podía estar, todo muy respetuoso. Era más joven que yo. Le obedecí y me fui.

e-libro.net

Antes de irme, vi salir dispuestos a echarme, a mi antiguo practicante junto a otro sanitario. Iba muy sonriente, pero cuando me vio bajó la cabeza y se fue con su compañero.

Me iba, y en eso vi a un hermano de Fernando, Pepe Luis. Le dije qué pasaba y que no podíamos estar allí. Salimos juntos.

-¿Quieres que te lleve a tu casa?

—No, no, gracias, yo cojo aquí un taxi, a parte de eso, quiero caminar un poco. No estaba él de buen humor, y menos contento si cabe, de verme.

Mi hermano iba a ir a Madrid en esos días, pues le había ofrecido un negocio: con diez millones, le daban una franquicia de unas pizzerías. Enseguida hice un escrito en el que le decía más o menos que él se creía el nuevo Boyer, etc.

Cuando vi a mi madre, le dije, que ni de coña le fuera a dejar dinero, que estaba más que claro que era un timo. Me confirmó esto, que estuvieran llamando continuamente de Madrid, preguntando por mi hermano. “¿Que coño pasa aquí, es que es tan importante un cartero para que le vengan a ofrecer trabajo, y encima un trabajo en el que no hay que trabajar, pero que le da mucho dinero? Esto me huele a chamusquina”.

Días después, me enteré que le habían pagado los seguros diez millones de indemnización por los atropellos de las motos.

El papel con lo que escribí, se lo había leído primero a Saso y Pine. Esto ocurría justo el día de antes de lo de la tía Felisa, un viernes.

Ese mismo día, observé que en la casa de los vecinos había mucho movimiento de entrada y salida de la casa de gente joven: “Seguro que están robando aprovechándose de que no están en la casa los dueños; bueno está el hijo que es un poco torpón, el que seguro que está confabulado con los ladrones para conseguir un tanto”. Mascullé. Llamé a Elena, la vecina, a su casa, no estaba. Me confirmaron mis sospechas. Acto seguido llamé al 091 y les conté lo que ocurría.

Más bien tarde, viene un furgón con hombres y mujeres policías. Se bajan todos. Voy yo desde mi casa a la suya y vamos a llamar a la de los vecinos. Sale un hijo:

—Ah, no, no pasa nada perdona –dirigiéndome a él–. Lo siento –dije, dirigiéndome a los policías.

—No, no importa, para eso estamos.

Ven que cometo metedura de pata tras metedura de manera bestial. “Nada, nada, seguro que hay algo en mí, que no funciona bien”. El domingo, haría tres días que estaba sin dormir. Encima, me había quitado la medicación que me había puesto el mierda del Henrik.

A pesar de las veces que metí la pata, estaba convencido que mis barruntes eran de lo más acertados y atinados.

La noche del sábado, me puse a leer y leer. “Seguro, que el fin del mundo está cerca”. Me venía la imagen de las explosiones nucleares efectuadas por los franceses en los archipiélagos deshabitados de humanos, y que tanto dio que hablar a los europeos. Y a los que no eran europeos también.

Igualmente, me venía a la mente, que en caso de peligro, se intenta salvar a los trabajadores, mientras se dejan casi morir y cubriendo la retaguardia a los sirvientes. O sea, primero se dan los peones del ajedrez, y poco a poco se ceden piezas de mayor valor, hasta llegar al rey. ¿Y por qué el rey, qué ha hecho él? En fin, mejor es callarse.

Si fuera una persona habilidosa, que hubiera hecho algo. No discuto, que no se pusiera del lado de la democracia en el día del atentado de Tejero, el veintitrés F. pero yo también me puse, y sin embargo aquí estoy, sin casi tener dónde caerme muerto.

La noche la pasé ocupadísimo haciendo un trabajo. El día del fin del mundo estaba cerca. Al final, resulta que para variar, nuevamente me equivocaría.

Cuando llegó la mañana, mi madre se levantó y fue a verme. Yo tenía preparados unos pantalones de pinzas verde petróleo, un jersey que me había regalado mi tía Conchita y Domingo, la camisa era blanca, “perfecto”. Tenía incluso pensado, lo que iba a hablar con cada uno de mis familiares. Ven que no había perdido el tiempo durante esa noche. ¿O sí?

A mi madre, le dije entre lloros cosas tales como: “Ahora tienes que ser tú para Jose como un padre y una madre”. Dando a entender, que yo no podría serlo. Es raro, pues nunca lo he sido. “Porque el Señor resucitó al tercer día”. Muy claro no tengo lo que quise decir con esto, pero estaba relacionado con lo que yo no había dormido esos tres días. Hoy más pienso que el que esté tres días sin dormir, invariablemente, sea quien sea el

e-libro.net

humano, desvariará, más o menos, pero desvariará, ya que el único que lo puede hacer sin que le ocurra nada malo, es el Señor.

También hablé por teléfono con Fernando, quién con el grito en el cielo me dijo:

-¡No ventas, Antonio, no vengas!

—Está bien, está bien.

Me imaginé que no querían que estuviese organizando el entierro, que de eso se encargaban ellos.

"Fantástico, mi tía abuela ha muerto, y yo sé el por qué".

También le comenté a mi madre, que había llorado por la noche por Felisa, y que ya era tiempo de reponerse.

Mi madre no decía nada, sólo me observaba.

En eso, vinieron Maru y Piluca. Me preguntaron si quería ir a ver a Henrik.

-¿Cómo no, vamos?

"Cojonudo, podría ahora hablar con él, explayarme con él. Pero ojo, lleva la Biblia, que allí está Camacho solo y necesita la Palabra de Dios".

Fuimos en el coche de Piluca, a la que fui diciéndole: "Siempre un poco menos, un poco menos de lo que puedas", o bien: "Tú sabes de tus reflejos, pero no de la respuesta del coche". Estos y otros consejos le fui dando, todo para que ella no corriera.

Llegamos y fuimos a la sala de espera. Recorrí casi corriendo toda la Quinta, por arriba y por abajo. Al fin, llegué a un cuarto, "Sí, aquí es, me dije, en este cuarto está Camacho". Le dejé la Biblia en la ventana. "Seguro que también está aquí Celeste, que la tienen aquí retenida hasta que yo la salve. No cabe duda". Fui a la sala de espera, y oí la voz del médico dando orden tras orden, se le oía perfectamente su típica agresividad con los subalternos.

Me vio pasar y no me dijo nada. Yo iba de chaqueta.

Una chica, Ángela, me quitó el cenicero de delante, fui detrás de ella y me enfrenté:

-¡Oye!, ¡¿Qué vas a hacer con el cenicero?!

—A vaciarlo.

—Ah, bueno.

Esperé y efectivamente lo trajo vacío y limpio. Iba vestida muy marchosilla. "Igual está loca", supuse.

A tal razonamiento llegué tras una breve reflexión.

Para mí era más probable que en la Quinta estuvieran personas sanas que con problemas. Ven que lo llevaba claro.

A la entrada, había visto los ojos del celador que me abrió, y enseguida sospeché: "Éxtasis, seguro que va de eso, para aguantar la noche de amanecida". Llegué a esa conclusión, al compararlos con los de la pareja de la disco de Valencia a la que fui con el que creía que era psiquiatra. Ya saben.

Cuando el médico me atendió, entraron toda mi familia conmigo.

Me sorprendió ver que él tomaba nota en un pequeño folio, le pregunté el motivo y no me contestó. Entonces le dije que si era una carta para su novia la que le esperaba fuera. También le dije lo del celador y del éxtasis.

Resultado: estaba como unas maracas y me iban a encerrar. No lo quise reconocer y dije que qué podía hacer para negarme a ello.

—Se puede llamar a los forenses…

No sabía quienes eran, pero incluso así, cualquier cosa antes que estar allí viendo desperdiciar el tiempo, mi tiempo.

—Pues que vengan.

Me llevaron otra vez al submarino, a lo que parecían las mazmorras. Me llevaron entre un montón. Mi sorpresa fue grande cuando me metieron en el cuarto de los que están (estamos) francamente mal.

Había puesto otra vez en ridículo al médico diciendo si el escrito que estaba haciendo era para su novia que estaba fuera. En realidad era su amante, pero me parecía una palabra fuerte.

Se salió con la suya, me dieron un pijama que me quedaba corto y estrecho, y se llevaron la ropa, el dinero y el mechero. Supongo que este último para que no se me ocurriese calentar los dispositivos antiincendio. O para evitar que provocara uno.

Me dieron un bote para meter la orina y analizarla.

e-libro.net

Me administraron una cantidad bestial de fármacos y me dejaron allí, encerrado, con un baño que no tenía agua y una luz que no encendía.

Estuve durmiendo hasta última hora, en que vino un jovenzuelo a traerme la comida. Nos pusimos a hablar de religión. Él, me extrañó, era bastante religioso según explicaba. Quizás fuera por darme la razón, ya saben, “a los locos no les hagas mucho caso”.

Estuviera o no loco, me quedé reconfortado. Me volví a dormir. Me despertaron los gritos de una que estaba realmente mal.

Me habían dicho que para llamar tocara en la puerta. No se imaginan la cantidad de porrazos que había que dar para que le fueran a uno a abrir, algo deplorable y lamentable.

Pedí ropa, y lo que me dieron fue mi pijama que seguramente creyeron que era un chandal. De todas maneras, me quedaba mejor que el que me habían dado ellos. Subí a buscar la bolsa de la ropa, con cierto reparo por estar en pijama.

Cogí la bolsa y me fui al cuarto. Hasta ese momento, había utilizado fuego para fumarme un cigarro del jardinero y encargado del mantenimiento, o sea, un auténtico manitas.

Afortunadamente en la bolsa había un mechero.

La vecina, no hacía más que gritar y gritar; daba algo de miedo, bastante, como para tenerla de vecina por la noche. Quizás ella al ver mi estatura y careto, pensase lo mismo.

Con la bolsa, me fui a duchar y a afeitarme. Tuve que ir al fondo de un pasillo.

El termo no funcionaba, el agua estaba congelada. No había espejo, y la luz tampoco funcionaba. “Todo perfecto y en buenas condiciones”, iracundo pensé, “para algo se pagaban las escandalosas sumas que aquello costaba”.

Cuando salí en pijama a buscar mi bolsa en la “recepción”, vi a la supervisora quien me vio y me saludó.

Aquello iba cuesta abajo y sin frenos, “soy conocido de todos”.

Me llevaban la comida en las típicas bandejas de los hospitales, sin lujos pero higiénicas, color tostado.

La comida no era abundante, no así la medicación.

Era consciente, que si no era esquizofrénico, el abuso de neurolépticos, puede causar los síntomas que se pretende evitar. Me dolía la cabeza de estar allí encerrado. No tenía nada que leer.

Llamé a mi casa y le dije a mi madre, que si no era para sacarme de allí, que no viniera nadie.

No tenía mesa en la habitación, y mucho menos cenicero.

Al día siguiente me trajeron una mierda de mesa oxidada y rota. De cenicero, tuve que coger un trozo de botella de plástico, y ponerle algo de agua para que no se quemaran con las colillas. Cuando vino el equipo de médicos, y tras haberme extraído el día anterior sangre, le dije a la que se encargaba de los análisis clínicos:

-¿Cómo salieron los resultados?

—Bien.

-¿Y el de orina?

—También.

—Ah, por cierto, ahí está eso, se le olvidó.

Señalé para el tarro esterilizado con orina, no se lo habían llevado y decía que ya me habían hecho los análisis. Por suerte ya podía ir al comedor a comer.

Ese día vino Pine; estaba indignadísimo por el cuchitril donde estaba y así se lo di a entender. Ella, al ver las condiciones en que estaba, se puso a lloriquear. Me dieron ganas de decirle que no era para tanto. Pero en lugar de eso dije:

—Me voy a comer, quédate aquí mientras vengo.

—No, yo voy también fuera a fumarme un cigarro.

La comida, fría, escasa y nefasta. Un potaje seguro que del día anterior. “En fin, mejor no comentarlo”.

Fui a buscar a Pine y hablamos algo.

Al rato se fue.

Al día siguiente llegó el director de la Quinta, disculpándose y diciendo que él había dicho que me cambiaran de habitación. Los subalternos sin embargo, decían que la orden que había dado era que la puerta estuviese abierta.

Me llevaron a otro cuarto, y este ya era otra cosa.

e-libro.net

Recorrí la Quinta por donde había dejado la Biblia, allí estaba. “Fenómeno, ya tengo la Biblia para leer”. También fui a ver la “habitación de Celeste”. Había flores en la ventana cerrada. La puerta también estaba cerrada. “Ya sé que estás aquí, amor”.

“Seguro que algo le pasó últimamente; bueno, quizás es un truco de las familias para que nos encontremos aquí y pasemos juntos nuestro idilio”.

Una de dos, o soy un romántico impresentable, o estoy como una auténtica baifa.

Llamé por teléfono a Piluca y le encargué que me trajera unos cuantos libros, entre ellos el Quijote; en teoría, tendría tiempo de leerlo.

Cuando la vi llegar sin libros me dijo:

—Se lo pregunté al médico si te los podía traer y me contestó que no, que allí había una biblioteca.

Yo, le largué por mi parte:

—Oye, ¿y por qué dejaste la carrera de ciencias por una de letras; no sería que era demasiado difícil?

No me contestó nada, se hizo la sueca.

Bueno, ya estaba dicho.

Mi familia, a pesar de que todos los días llamaba a mi madre para que no me vinieran a ver si no era para sacarme de allí, sin embargo venían mis hermanas, una cada día.

Cuando Piluca se fue, me dirigí a la sala donde estaba el personal, les pregunté si me podían enseñar la biblioteca. Uno de ellos, me señaló los tres únicos libros que había. Uno en muy mal estado, otro nefasto; el tercero era “Papillón”. “Y esta gente encima da esto a los internos para que intentemos fugarnos”. Ya lo había leído, aunque no me importaba hacerlo de nuevo. “Pero, qué cabrón mentiroso, llamar biblioteca a tres únicos, y no muy buenos libros”. Menos mal que tenía la Biblia.

La chica que me quitó el cenicero, terminaría siendo mi amiga. Iba a verme todos los días. Estaba fijo conmigo.

Había sido maestra, aunque ahora se había retirado. Le diagnosticaron: manías. Le pregunté si le daban Litio.

—Sí, sales de Litio –me respondió.

Me llevó unos dibujos que había hecho ella, se lo agradecí, aunque más parecían hechos por una de sus alumnas.

Me dije que en eso, ella llegaría tan lejos como yo. O sea, una nulidad total.

Me contó que había recaído por el que había sido su novio, y que la había dejado recientemente. Era un mujeriego, y le había tratado muy mal.

Me callé, cuando fue a verme el director con todo el equipo, para no montarle un número por la bibliotequita de mierda que tenía. Creí que sería una gran sala llena de libros, qué menos, en un centro que se precie. Él sin embargo me dijo:

—Ah, Papillón.

Se extrañó por algo y se quedó mirando para mi cabeza; asunto de qué, no puedo saberlo, como no fuera por verme la gran cantidad de canas que tengo.

También fue a verme Jose, quien ya había regresado de Madrid; había ido con Soraya. Se había llevado mi gabardina, la que casi le quedaba mejor que a mí.

De regalo me trajo una pluma estilográfica, pero es casi para vista, pues para mucho escribir, estoy convencido de que se desharía en las manos, es sumamente frágil. La he usado poco, y la conservo de recuerdo.

Con él también vino Maru. Estaba también Ángela, que al poco se fue, entendió que allí sobraba; quería yo estar solo con mi familia.

Hacía un par de días, me había puesto a hablar con una chica que no me parecía que estuviera mal, pero que estaba locamente enamorada del director.

Creo que lo que realmente tiene es mal de amores. Me contaba ella, que fuera de la Quinta no podía vivir. “Pues qué mal gusto tiene esta chica”. Hoy pienso que quizás tenga problemas en la familia, a saber.

Como siempre me relacionaba más con chicas que con hombres, pero de ahí no pasaba. Y eso que yo me decía, “una buena ducha, y después un polvito, sería algo maravilloso”. Del dicho al hecho va un trecho.

La comida cada vez era peor, el potaje del primer día lo seguían poniendo; el tercer día, ya era molido y con papas sobrantes de otra comida, trituradas también.

e-libro.net

Recuerdo que un día me fui sin casi comer, al ver lo mierda que era ahora la comida, en la que hacían demasiadas economías, precisamente donde no debieran. Si eso ocurre en el campo sanitario de un centro sanitario, no les digo nada en lo referente a leyes o dinero.

Atención, noticia: el Dr. Henrik se iba a Madrid a unos congresos, o sea que se iba de juerga a Madrid con su amante.

La disculpa estaba muy manida. ¿No creen?

Estaba bien vestido. Todo de azul, ropas serias, pero se veía que de buena calidad; quizás eso fuera lo único que allí había de buena calidad. Debe ser que había pasado para dar las últimas órdenes.

Al día siguiente y ya casi alimentado sólo de leche y papas fritas de bolsa, me dijeron:

—Ven por aquí.

Me llevaron a un cuarto rocambolesco. No me dijeron lo que iban a hacerme, sino que lo hicieron: un electroencefalograma. No podía respirar del ambiente enrarecido y del frío que hacía.

Por fortuna, no eran las descargas eléctricas, como supuse fueran a darme, al sentir el chisporroteo producido por la gran cantidad de electricidad del cuarto frente al mío en el submarino.

Aunque asfixiado, parece que no salí mal parado de aquello. Me fui otra vez al cuarto. Nadie me decía como siempre qué pasaba allí, debe ser que el que paga no tiene derecho a saber lo que hacen con uno.

Al rato, fueron otra vez a buscarme:

—Hay unos señores que quieren hablar contigo.

Sin tener mi idea quienes podrían ser, me dirigí allí tal como estaba, en chandal.

Di los buenos días, y me veo a dos con trajes de chaqueta y corbata. Uno de ellos inteligente y trabajador: “Seguro que es un psiquiatra, y el otro el más próximo a mi y a mi derecha, el psicólogo”.

Se pusieron a hacerme preguntas y a escribir sobre mis respuestas. Estaba claro, eran los forenses. Al rato me dijeron que ya habían terminado.

Les di las gracias y me fui.

Creo que fue al par de horas, aunque no puedo asegurarlo, quizás fuera otro día, me vino la doctora o farmacéutica con los faxes que habían mandado los forenses:

-¿Me puedo ir?

—Sí.

—Pues me voy.

-¿No vas a esperar al Dr Henrik, tu médico?

La miré con mala uva de reojo, y con rabia contenida, le dije:

—No, no, gracias.

—Pues me das números de teléfono a los que pueda avisar para que te vengan a buscar.

Le di los de todas mis hermanas y el de mi madre. Al rato pasaron a buscarme, Maru y Piluca.

Me llevaron con mi madre y les dije:

-¡El que tuvo la brillante idea de encerrarme, que pague la cuenta, yo no pienso hacerlo!

Lo repetí un par de veces.

Me dijeron de ir al cine, y fui. La película era la de “El Cartero de Neruda”. Una vez sentado, empecé a tener ganas de orinar, hambre, y empecé a sentirme libre. La película no me estaba gustando, seguro que porque no la entendía, pues prácticamente no le prestaba atención. Le dije a Maru que me iba, que les esperaba fuera. Tras un toma y daca de preguntas y respuestas, salí. Me llevé una desilusión, no me sentí tan libre como insatisfecho, entre otras cosas porque sentía unas ganas imperiosas de miccionar. Me metí en el bar que parecía más cutre y por tanto el que suponía que fuese más barato. Pedí una cerveza sin alcohol; *ipso facto*, me fui a mear. Después me tomé un cortado. La cuenta no fue cara. Luego tuve que esperar una eternidad a que salieran mis hermanas del cine. No se me ocurrió ir a preguntarle al de la taquilla cuándo saldrían, pues no creí que durara tanto. La película era famosa, o sea que de mi opinión no se fíen. La chica del cartero estaba muy requetebién, algo agitanada.

Algunas, pocas veces, fui con el Lu a casa de Guillermo y Yayi, su última novia, y según parece, la que sería su mujer.

Lo pasábamos bien, aunque ya no había esa chispa de los días anteriores, entre otras cosas porque yo no quería oír las experiencias sexuales de Guillermo con ella.

e-libro.net

Vivía la pareja al lado de la zona de las putas a la que alguna vez un servidor había ido, pocas. Guillermo decía que era amigo de todas ellas, y que con alguna no le importaría acostarse. “Mira que tengo un amigo inmoral”, pensaba.

Yayi, un día que estuvo con nosotros, me contó que la estantería era de papel prensado. El color, verde botella, no me enteré si lo habían pintado ellos o ya venía así.

Otras veces afortunadamente, Yayi buscaba una excusa para salir con las amigas o la familia cuando íbamos nosotros a su nidito de amor. Pensaban comprarse un piso.

Tenían sus problemas como todas las parejas, y Guillermo se desahogaba con el Lu, quien me decía que su amigo tenía problemas. Él, el Lu, también los tenía y enormes, tales que con nadie se sinceraba. Se dedicaba a beber y beber y luego cuando ya no podía más, largaba una serie de cosas que dejaban a uno tieso.

Por mi parte, con alcohol nunca me he sincerado, más que para hablar con casi desconocidos.

Ya el magnetismo que Guillermo irradiaba en las primeras ocasiones, no me llamaba la atención. Se cortó el pelo, y de tener una gran coleta pasó a tener el pelo cortito. Alegó que era porque se le caía. A decir verdad estoy seguro que lo haría por presiones de su novia.

¿Qué hacer ahora?, pues prepararme unas oposiciones, y de paso que tengo tiempo, leerme nuevamente el Quijote.

Cuando estaba al final de la carrera, soñaba con escribir un libro magnífico, genial. Claro, había fracasado como estudiante de farmacia, y quería despuntar en otro mundo. Pues no era yo un mierda ni nada. Creía que era rarísimo eso de farmacéutico y escritor, el tiempo me diría lo contrario. No es lo más usual, pero tampoco es inusual.

Quería hacer una magna obra.

Aún lo estoy esperando. Ahora me digo: “El siguiente será el bueno”. Y así sucesivamente.

Me he preguntado unas cuantas veces, si el censo de población de Agaete que conseguí fue por medio de prevaricación, o si fue realmente el último alcalde quién lo falseó. O el farmacéutico establecido, o el que se quería establecer, uno de los dos falseó los datos. Una cosa es que yo deseara que el censo fuese favorable, pero de ahí a yo, pedir que lo falsearan, va un gran trecho. Aunque lo pensaba.

Hasta hace un par de días que busqué su auténtico significado en el diccionario no me convencí que D. Ramón López, tenía gran razón cuando llamaba al hombre el hospedador y no huésped semejante a como lo hacía según parece muchos de sus colegas.

Leí el Quijote, y dedicándole casi todas las horas que dedicaba al estudio y lectura (desde luego del todo insuficientes), tardé más de un mes en leerlo; una de dos, o los de la carrera no se lo habían leído nunca y pensaban que se podía leer más rápido, o yo soy rematadamente torpe, que tampoco lo discuto.

Encima, quiero recordar que en medio no leí otra cosa, como solía hacer a menudo cuando leía cualquier cosa. Después de leerlo, me puse a estudiar unas oposiciones para dar clase en FP. No estaba muy convencido.

Me consideraba un derrotado, que gente que conocía accedieron a ese puesto teniendo de estudios sólo los de FP y yo con todo lo que me costó sacar mi carrera, que aspirase a eso. “En fin, qué le vamos a hacer”.

Pensaba también ya ponerme a escribir en serio. Para qué demorarlo más. No había sentido. Pero, y qué escribiría. Lo que había pensado anteriormente, no me sentía con fuerza: el nuevo Quijote.

Mejor sería contar algo facilito y anecdótico. “Ya está, mis estancias en Santiago y Valencia”.

Para empezar, me parecía sencillo. Escribía diez minutos diarios. “Pues qué fácil es esto de escribir. Más fácil que la carrera”. Encima muchas veces no estaba centrado. Escribí una pequeña porción de folios. Me preparaba las oposiciones, y aunque prácticamente tenía un mes y una semana para estudiarlas, estaba convencido de que aprobaría. Mis hermanas, me habían puesto en contacto con una colega, Saro Barbosa. Llevaba muchos años dando clases, y encima de lo que era el examen, de prácticas de laboratorio. Lo que estudiaba yo por los libros, que me había comprado para ello, no parecía muy difícil, todo lo contrario, me resultaba sencillo; no estaba relacionado con lo que yo había trabajado, pero eran como anejos. O sea, relacionado con hospitales y análisis clínicos. Para Saro, que daba clases de eso, debía ser sencillísimo. Ella tenía marido y niños pequeños. Vivía en Arinaga. El marido nunca me dijeron a qué se dedicaba, ni siquiera lo sospecho.

El temario lo conseguí cuando ya estaba estudiando. “Quizás algunos temas, los pueda desarrollar sobre la marcha, pues los he estudiado durante la carrera”. Los otros, ya vería. De todas formas, estaba estudiando más temas de los que me correspondían, pues no entraban los libros enteros, sino parte de ellos, sobre todo el de enfermería, de ese no eran todos los temas, ni mucho menos. “Aunque bueno, es interesante y no parece difícil”.

e-libro.net

Estaba seguro que lo que iba a aprobar. Primero era el día de la presentación, pasaron lista y pude observar que no éramos tantos los que nos presentábamos, más bien éramos pocos. Afortunadamente, y sin yo saberlo, habían empezado a llamar a la gente por orden alfabético, pero de la mitad de la lista hacia el final. Por fortuna, pues llegué ligeramente tarde, cuando ya estaban pasando lista.

Sorpresa, sorpresa. A quién vi en el examen: a Diego, si Dieguito.

"No era justo, pensaba, tanto estudiar para ser el número uno, y que después esté optando al mismo puesto de trabajo que yo. No es justo".

Sabía que su abuelo había vendido la farmacia.

Me presenté, y cómo no, él no se acordaba de mí; era lo más lógico.

Estaba triste, iba con su mujer. No sabía que le fueran mal las cosas. Me contó que había estado estudiando matemáticas, pues creía que las oposiciones que saldrían eran esas, y que de estas se enteró tarde, que llevaba poco tiempo. Supongo que no le dije que había estudiado sólo un mes.

Iba con vaqueros y estaba, cosa rara, más delgado. El pelo muy corto. Quizás estuviera atontado por el ocio y el alcohol, pero ya no me parecía ese joven luchador y ambicioso de antaño. Se parecía más si cabe, a mí en aquella época.

También, poco antes de entrar cuando me tocaba, me enteré quién era mi colega con quien tantas veces hablé por teléfono sobre las oposiciones: Saro.

Me habían dicho hacía poco que había que tener en cuanta la LOGSE.

"Y eso, ¿qué coño es?, me dije, en fin, no le hagas mucho caso a las habladurías".

Poco antes Quillo me lo había mencionado. Le pedí si tenía información sobre eso, que se la diera a mi madre quien iría ese fin de semana por su casa. Verán que seguía de parásito viviendo con mi madre. Al final no se lo dio. "Va, no será importante".

La presidenta del tribunal era una chica algo más joven que yo, bastante monilla y flaquita. Me daba buenas vibraciones. Me llamaron y entré y tras presentar el DNI a dos profesores que estaban dentro, me senté y saludé a Saro, presentándome. Ella me conocía, yo no a ella. Quizás ocurriera lo mismo que con Diego pero al revés. Yo seguía luchando.

Ella no estaba nada mal. "Cuidado Antonio, que está casada y con hijos. ¿Por qué habrá venido Diego con su mujer? No me lo explico". Una vez todos dentro, la presidenta se puso a explicar lo mismo que decía el BOE sobre la convocatoria.

Un indio, no hizo más que repetir y repetir las mismas preguntas. "Bueno chico, ya sabemos que hablas el español si sigues así, lo que va a pasar es que pases por torpe". Al menos a mis sentidos, eso fue lo que ocurrió, y encima, daría la impresión que no entendía bien el español, pues al no comprender lo que le decían los miembros del tribunal, algo raro debía pasar. ¿O es que insinuaba que ellas (la mayoría eran mujeres), se explicaban mal?

Por culpa de ese y algún que otro fulano, nos detuvimos allí un tiempillo.

Una vez explicado todo, nos convocaban para dentro de un par de días, para hacer el examen práctico. Este, por suerte, no consistía en hacer alguna práctica, sino problemas.

Salí algo más relajado. Les comenté a mis compañeros si querían ir a tomarse un café:

—No tengo que ir al médico, para mi hijo –dijo Dieguito.

—No, voy a ir a El Corte Inglés –dijo Saro.

—Pues nada, adiós –dije yo.

"Qué raro, que Diego dejara a su hijo para ir al médico justo el día de las oposiciones, y encima por la tarde. Seguro que es un pediatra (pues daba por sentado que era un niño recién nacido) particular. Nada, primero van al médico, y después van todos a tomarse una cerveza a la Plaza de la Victoria. No bebas mucho, Diego, no te pases".

Salí igual que fui, caminando. Todos llevaban sus coches más o menos buenos, menos yo.

Era en la Feria del Atlántico, y hasta ella lógicamente había ido en taxi, y luego tuve que preguntar en un par de sitios para que me indicaran donde era el centro. Por eso llegué tan justo de tiempo. Encima la calle del instituto, la estaban asfaltando. De todas maneras el taxista no se enrolló nada y encima de las prisas que yo llevaba. Estuve caminando por descampados, casi quince minutos, y sin saber si iba bien o mal encaminado.

Regresé, aunque antes me tomé un cortado en el bar más cercano. No me gustó el sitio, a pesar de tomarme el cortado. Salí de allí pronto. Me puse a caminar por medio de los barrancos. Llegué al Instituto Alonso Quesada, y desde allí fui lo más directo y por los sitios más solitarios posibles.

e-libro.net

Llegué por mi zona. Tenía ganas de hablar con alguien, por lo que entré en el Merendero del López Socas, y pedí una tónica, me la bebí solo y a oscuras. Me fui tras pagar. En mi casa conté por encima lo sucedido.

Me puse a estudiar aunque con la mosca detrás de la oreja. "¿Qué sería eso de la LOGSE?" Ni siquiera sabía cómo se escribía, menos por supuesto, qué era. "En fin, ya veremos".

Creo que no se lo comenté a Maru, pensando que era una cosa exclusiva de FP, que eran a las oposiciones a que me presentaba.

Total, que vuelta a estudiar. Otra cosa, qué ropa llevar. Unos pantalones de pinzas y un niqui, el tiempo era el adecuado para ello, pero qué niqui. Ya veríamos.

El día del examen, me mentalicé que el rojo. Uno fue vestido casi igual que yo, afortunadamente no íbamos exactamente igual. Había de todo, y esa vez me pareció ver mucha más gente. Me puse a fumar con Diego y su mujer. Él estaba triste, callado. Yo suponía que era pensando en lo bajo que habíamos caído.

Entramos, y nos explicaron el mecanismo para resolver y entregar los exámenes.

"Pues sí es guapilla esta presidenta; seguro que está casada, siendo así de guapa y con trabajo seguro, lo raro sería lo contrario. Yo por mi parte, tengo mucho, pero que mucho cuento".

Nos dieron las preguntas del examen tras colocarnos en dos aulas de la planta alta del mismo centro.

El examen consistente en la exposición de un tema, sería en otro instituto, se nos avisaría con unos días de antelación.

Las preguntas, una trataba sobre una dieta alimenticia, no tenía ni idea de la forma de hacerla, o sea, la resolución del problema, era para mí un gran problema. El segundo ejercicio, "¡Dios bendito!", consistía en los mecanismos usados mas comúnmente para establecer un tratamiento diagnóstico sobre enfermedades infecciosas.

Fenomenal, que en qué consistía, pues en el antibiograma. Esto sí lo sabía hacer, de lo que me acordaba de la carrera. Lo había estudiado y ampliado en "micro", la de tercero, que ya saben que la estudié mucho pues la estuve arrastrando y la estudié a conciencia.

Estaba entre esas asignaturas del temario de las oposiciones, que sabría desarrollar algo si me tocaban. Y efectivamente, me tocó.

Llevaba de sesenta temas más o menos, unos treinta preparados, y unos diez que podría desarrollar, con lo que recordaba. Y la suerte de las suertes fue que me había caído un tema que sabía. No obstante, cuando empecé a desarrollarlo, me di cuenta como tenía más o menos los conceptos claros, pero por más que desarrollase y explicase la metodología, no daba para muchos folios, y eso que incluía el dibujo de cómo se debían sembrar los cultivos de los m.o., y cómo se debían poner los discos de los distintos antibióticos con distintas concentraciones de los mismos.

Lo que no puse es lo que me dijo el profesor de prácticas, que incluso para una simple gripe, se debería usar este mecanismo para ver cual debía ser el tratamiento. Ellos lo hacían así; era biólogos, y supongo que cierta idea de lo que decían tendrían. Aunque ¿se imaginan ustedes que a cada paciente se le mande a hacer uno? Clara la llevaríamos. Para mí mejor, pues habría más puestos de trabajo para sanitarios.

Sigamos en el examen. La clase de al lado no se comunicaba con la nuestra, pero de la que yo estaba, el primero o segundo en salir, de entre los que nos quedamos a hacer el examen, fui yo.

Seguía sin parecerme un buen trabajo al que pretendía optar, y que los había infinitamente mejores, pero para estar parado, o en una farmacia, como subalterno, "no estaba mal la porquería". Tendría uno después mucho tiempo libre, pero a pesar de que había escritores que trabajan también de profesor, más prefería tener una farmacia. Por ella me había partido los cuernos. Pero sigamos aquí, en el examen.

Me lo repasé así por encima, no por otra cosa, sino por no salir tan pronto, para no causar mala impresión.

La forma de entregar los folios del examen, que después tendríamos que leer, era bastante meticulosa, incluso con sobres lacrados, y alguna que otra certificación de que era nuestro. Todo muy legal.

Quien me lo hizo todo fue la presidenta, a quién le di las gracias y de la que me despedí. Ella me sonrió. Aunque no estaba requetebién, no puedo ser muy exigente, pues mi cuerpo no es ningún palmito, todo lo contrario. Salí, y "tachín, tachín", me veo a la mujer de Diego esperándolo, a la que le pregunté si quería ir a tomarse un cortado y aceptó. Fuimos allí mismo. El centro estaba casi vacío, y no se oía ruido alguno. Quizás porque fuera entre horas o quizás porque no había clases.

Le comenté a la mujer, guapa por cierto, y bien conservado para ser madre, lo que sigue:

—Seguro que a Diego le salió bien, pues es una pregunta que estudiamos en la carrera…

e-libro.net

Lo que no le dije es que si encima él había sido el número uno, no te digo nada lo bien que le debía haber salido.

No me dijo nada de su marido, ni de ella, ni de sus hijos. No hubo tiempo para tanto. Me despedí de ella, deseándole suerte a su marido.

Ella también tenía el pelo teñido de caoba, no estaba mal.

—Bueno, pues nada, adiós, adiós.

—Adiós, adiós.

Supongo que así la espera se le haría menos desesperante.

Me fui otra vez en taxi, y me puse a estudiar, algo más relajado. Saro había hecho el que yo no tenía ni idea, pues le gustaba más, según me comentó un día que la llamé por teléfono.

Dos días o tres después, era el teórico. Me llamó Saro, y mi hermana Piluca, a ambas les había advertido que me dijesen cuando me tenía que presentar.

Tenía el nombre del instituto, aunque no sabía exactamente dónde era. Primero debía ir a que me dijeran la hora a la que me tenía que presentar. No sabía si tenía que llevar libros o alguna cosa en especial. Cogí un taxi y me llevó a un colegio. “Bien, voy bien de tiempo, aún me quedan unos minutos”. “Qué raro, este centro está vacío”.

—Oiga, ¿hay alguien?

Total que estaba equivocado, aquello era un centro de primaria. Me dijo uno que debía ir más arriba.

—Gracias, gracias.

“Ahora si que llego tarde”. Me estaba orinando, y tenía taquicardia. Había que subir una montaña, “espero no llegar tarde…”

Corrí, y al fin llegué, tras preguntar a adolescentes que había por allí sentados. Al entrar veo a la presidenta que contestando a la pregunta de una, respondió:

—Sí, lo expuso bien, pero no por la LOGSE.

Dio a entender, no había que ser muy inteligente para ello, que la persona por la que preguntaba, había suspendido.

“Dios, ¿qué será eso de la LOGSE?”

—Hace falta un par de testigos, ya que no han venido todos los miembros del tribunal, ¿quieren ustedes ser testigos? –nos preguntó a Saro y a mí.

—Sí, cómo no –contesté sin saber en qué consistía eso.

Cogió un juego de lotería bastante malo, y puso las bolas en una bolsa, y sacó Saro las preguntas: “genial, me sé los temas”. Salí, Saro se fue corriendo. Me tocaba el examen a las doce del mediodía, según me comunicó la presidenta.

—Oye, ¿sabes en qué consiste eso de la LOGSE? –le pregunté a un opositor, que resultó ser un ATS.

—Sí, es algo complicado.

No quiso explicármelo bien, el tiempo era oro.

“Pero y si no sé exponerlo por la LOGSE ¿qué hago? ¿Qué material tengo que traer para ‘la encerrona’?. En fin, ¿qué hago?”

Tomé una decisión importante en mi vida, y no por ello poco derrotista ni nada: “No me presento”.

Fui a coger el taxi y al llegar a mi casa, se lo dije a mi madre.

—No me presento pues no sé lo que es eso de la LOGSE, y hay que exponerlo por ahí.

Ya les dije que en esa época, ni siquiera sabía que la LOGSE era en secundaria, que era más o menos, lo que fue la L.R.U. en la Universidad, o sea una ley que intentaba cambiar todo el sistema educativo. Y yo, me presentaba a unas oposiciones de educación, sin saber qué era.

Mi cuerpo ha estado siempre lleno de odio, sobre todo hacia aquellos que eran mejor que yo. Quizás todo ello fuera fruto del exceso de drogas, pero, ¿no se usaban muchas de esas en ciertas ocasiones y ritos sacros, precisamente para ponerse en contacto con las divinidades, con lo divino? ¿Y cómo es que uno la usa para todo lo contrario? Cada vez, siento menos odio, lo cual no quiere decir que contra mi voluntad, a veces se desencadenen auténticas oleadas de furor y rabia en el interior de mi persona. Cuando me doy cuenta de ello, intento aplacarlas a toda costa, a pesar de que a veces, cueste trabajo y por ende tranquilizarme. A pesar de ello y de que puedo más que otros disponer de medicación, de la que esté a mi alcance, sólo uso valerianas por mi cuenta, ni siquiera suelo usar Soñodor®, que tan socorrido por tantos es.

e-libro.net

Hablando de medicamentos, mi madre me dijo de ir al Dr. Juma, judío, según me enteré tiempo después. Me gustó, aunque me hizo gastar más dinero que el de la consulta normal, con la disculpa de hacerme un electroencefalograma.

Le llevé el primer día que fui (con mi madre también), el informe de los forenses, que lo ojeó, y me juego que no le dio tiempo de retener en la mente nada de lo hojeado a ojo. Sí matizó:

—Igual que siempre, no se ponen a favor de uno ni de otro.

Esto me dolió, pues en el informe constaba que estaban a mi favor. La consulta era en la misma casa, en un chalet que hay por casa de mi madre, en calles paralelas y contiguas. Muy cerca, en definitiva. Ella iba también a él, aunque hacía tiempo que no iba.

Total, que me llevaron a otro cuarto donde me hicieron el "electro", con un aparato de mejor calidad que el de la Quinta, y en un cuarto también muy frío. Quizás deban estar esos aparatos al fresco, con aire acondicionado. A saber.

Estuve bastante tiempo, aunque ya no se me secaba tanto la garganta y la boca.

El resultado, la operaria, también doctora, se lo llevó al médico, quién nos volvió a llamar y nos dijo, que efectivamente, el "electro", era normal, estaba todo bien. Este resultado sí lo conservo.

El despacho estaba fetén, amplio con sus grandes mesas donde había también un ordenador completo. Tenía o debía tener libros, pero cosa rara en mí, no me di cuenta.

En resumidas cuentas, este barbudo neurólogo, me dijo que me iba a reducir ligeramente el tratamiento. Y así hizo.

La consulta en total salió carísima, pero valía la pena, "este médico seguro que me quita el tratamiento, eso está hecho".

Se pagaba a una secretaria, que cosa rara, no era joven ni mucho menos, debía rondar los sesenta y pico. Me extrañaba que no se hubiera jubilado aún. Sus motivos tendría.

Días antes, había ido al centro de salud mental de la Feria. Me costó dar con él, pero luego fui recibido por una especialista, quien a pesar de darme perfecta cuenta de que era sudamericana, ella me quería dejar bien claro, que era extranjera y por tanto más chachi que yo. "Está bien, está bien, ya me he dado cuenta", me dieron ganas de objetar.

Tenía una cadencia su voz que quería ser cariñosa, pero el efecto era todo lo contrario.

La especialista, tendría aproximadamente mi edad. Me abrió una ficha, y me dijo que me quitaba los tres Orfidal® de golpe. "Bien", me dije yo. "¿Pero no será demasiado brusco el quitármelos todos de golpe?". Alegaba ella que era porque me encontraba bien; yo más creo se debía a que quería verme allí cardíaco perdido, suplicándole que me curara. Pero no sabía que yo sé que ciertos fármacos, entre ellos ese, se han de reducir lenta y paulatinamente, pues producen caso de quitarlos drásticamente, lo que se intenta evitar.

Estuve más o menos bastante tiempo. Creo que era de los primeros pacientes del día, y de los pocos de ese día. Le expliqué que quizás fuera a un médico particular; ella me respondió que si eso hacía y no iba a volver por allí, que la avisara, para dar la hora a otro.

Había algo en ella que no terminaba de llenarme. Iba vestido con pantalón negro de tergal y niqui azul a rayas horizontales. Serio, muy serio. Le di las gracias, y salí fuera a que me dieran una tarjeta con las horas de visita, se equivocaron, y tuvieron que rectificar.

Aquello era nuevo, pero de aspecto muy impersonal, le faltaba gancho. Sin embargo, la consulta del Dr. Juma era más agradable, en tonos celestes, grises y blancos, con cuadros haciendo juego. Lo más aproximado que en una ciudad se puede llamar, "más humano".

Hace poco he estudiado que los que tengan dos caídas esquizofrénicas, tienen que llevar un tratamiento cinco años, los que tengan tres, toda la vida, y los que tengan uno, tratarse sólo ese brote. No me hagan mucho caso. El medicamento a usar preferentemente es el Haloperidol®. En tratamientos largos, se lleva una dosis de mantenimiento ínfima. Este trabajo está hecho por médicos canarios. Sospecho que no sea muy riguroso, más que nada porque no me fío de la mayoría de los médicos de Gran Canaria a los que he ido.

Tenía cita para tres meses después, no fui, y ni siquiera avisé que no iba a ir. No por nada en particular, sino porque se me pasó la fecha, pensando en "a ver si voy o no voy". Al final decidí quedarme con Juma, quien está muy reconocido en esta capital.

Juma usa las mismas batas que yo y debajo, no acostumbra llevar ropas muy vistosas y de calidad, alguna vez lo vería de corbata, pero no era lo habitual. Su consulta era muy agradable. Su valía de hombre de

e-libro.net

ciencia, no la puedo decir, pues no me fío de casi ningún médico, que de algunos pienso igual que mi padre, que son unos matasanos. Espero no defraudar a mi padre, que en gloria esté.

Juma empezó ganando la partida conmigo, y eso que me redujo la medicación poco a poco, "que fuera a los pocos meses a la revisión". Aún así el poco reducido, me lo quitó más lentamente si cabe yo.

Me daba recetas para el Orfidal®. Le pedí tantas como me hacían falta para el tratamiento todos los meses. Le dejé casi sin recetas con sus datos.

Todo muy correcto. Cada vez que iba, veía gente distinta, lo cual quería decir que más o menos le iba bien, o pudiera ser que fueran por la novedad, y después cambiaran de médico; posiblemente por la Seguridad Social, o como ellos se hacen llamar: Servicio Canario de Salud.

Malo, malo, me estaba marcando, y para muchas cosas, me pedían certificado médicos, físicos y psíquicos.

Incluso para un plan de pensiones, el vendedor de seguros, un tal Granados (no mi amigo que así se apellidaba), me hizo un test par ver mis aptitudes y enfermedades. En el que dije que era asmático, y que había sufrido un síndrome depresivo, coletilla ésta última usada siempre que me preguntaban por mi estado de salud mental. Hasta el momento, no me han puesto pegas. Seguro que es porque o suponen que es algo gordo y que lo oculto, o bien que soy depresivo, cosa que encuentran más saludable que ser esquizofrénico, si es que lo soy. Según Henrik sí, según Juma, por la pronto, estoy bien.

Me decía en su momento este último:

-…Pero si te pones enfermo ¿dónde te llevamos?

Dejaba la pregunta en el aire, para ver qué contestaba yo. Me quedé simplemente callado. Ni objeté ni murmuré cosa alguna. De mi boca no salió nada.

Se habrán dado cuenta, que a veces, mis reflexiones sobre Antonio F., se basan en sucesos ocurridos hace tiempo, otras sin embargo están recién acaecidas, y otras las menos, casi no recuerdo cuando acontecieron. Por qué, no puede decirlo, sin embargo, verán que a veces me voy al pasado más pretérito y otras al presente; el motivo de si a esto se le pueden llamar recurso estilísticos, lo desconozco por completo, quizás se deba al potaje de mi cerebro que sale de mis dispares lecturas.

Ya lo dice Vázquez-Figueroa entre muchos otros, "yo no creo arte", yo tampoco, y no pretendo que así se llame a lo que hago.

Trabajo, tampoco se le puedo decir, pues realmente disfruto con lo que hago. Bueno para ser sinceros, hay días buenos y días aciagos, el motivo, puede ser el azar, pero la Biblia, dice que es Dios el que crea los días y por tanto el que hace que unos sean buenos y otros malos.

Me da vergüenza confesar, que a último, no conozco casi las noticias que ocurren en mi isla, ni en la provincia, ni en el archipiélago; tampoco las del resto de España, ni las de Europa, y menos las del resto del mundo; en definitiva, estoy consiguiendo lo que pretendía, ser un apolítico, y no es fácil, sobre todo el reconocerlo ante los demás, no ante los amigos, pues ellos ya más o menos me conocen, sino ante los demás.

Ya no había más vuelta de hoja, se imponía probar fortuna con la literatura. Tenía la primera frase del libro, requetepensada desde hacía años: "Esta breve historia que ahora empiezo a contar…" y se titularía: "Una historia cualquiera". Y cómo no, su autor: Antonio Fijoleis.

Contaría allí mayormente, mi estancia en Valencia.

Empecé a escribir de cinco a diez minutos al día, el día que podía, y no todos los días de la semana. Pues "Pardiez, mira que esto de escribir es fácil".

Tan fácil, que todo, absolutamente todo me salió mal. Desde el tiempo previsto para acabarla, como su elaboración por parte de Enma, el Lu, Tony, y Li Lí, todo salió mal. Al final, pude presentarla a un concurso, local, que incluso me la rechazó.

Se la di como último remedio a leer a Juancho. Tenía que saber su opinión. Me diría:

—Es original, pero tiene mal la ortografía y la sintaxis… Es que el escribir es un trabajo.

Y tenía razón. Pero el trabajo se puede hacer con mayor o menor gusto, con mayor o menor dedicación. (¡Dios ayuda!)

Otra cosa que me dijo, que puede ser porque efectivamente, no había llegado, o porque no lo entendía o porque me lo dijo en sentido figurado:

—No he llegado al final.

e-libro.net

Dando quizá a entender, que dejaba una puerta abierta para que escribiera, pero bien. “¿Pero cómo coño se hará eso?”, murmuraba para mí.

La vida del escritor es... “pero ¡demonios!, ¿es que todos los escritores, sean del tema y estilo que sean, van a ser iguales a ti?, pues lo llevas claro Antoñito. Había que llamarme Antoñito el Fantástico?” Me van a perdonar que cite este libro, y que no me lo haya leído nunca, era de mi hermana Piluca, y no lo llegué a leerlo, aunque me daban ganas y a la vez repulsión por ser de ella.

Me permitirán que salte a otra cosa que me ronda la cabeza: reconozco, que con la vigilancia de las chavolas, se dan puestos de trabajo a los agentes de la seguridad y el orden. ¿Pero no es más barato construir casas y poner allí a vivir a los de las chabolas, que pagar a un montón de policías, de los que muchos no hacen más que hablar y hablar, y supongo que no están hablando sobre los derechos y deberes del ciudadano honrado, del deshonrado, en todo caso, de los suyos.

En horas de trabajo, hay el deber de trabajar, a pesar de también tener derecho a descansar en el trabajo. Pero es que sobre todo entre los funcionarios españoles, existe el derecho a trabajar y el deber del descanso y palique.

A parte de eso, con la construcción de viviendas, se dan trabajo a otros sectores de la población como albañiles y demás, para los que bien podrían coger a los de las mismas chabolas, al no necesitarse, según tengo entendido, para ello, profesional cualificado. También se da trabajo a personal más preparado, y encima el estado invierte en terrenos y propiedades y un sinfín de cosas más de las que no estoy en absoluto enterado. De la otra forma, se da trabajo a muchos policías, pero ¿se erradica realmente la droga? Vamos a ver, no es mejor desunir para ganar y luego unir atendiendo a la atención a la diversidad, o sea todos juntos, de todo tiene que haber en todos los sitios.

No como ahora, en que el mayor tráfico de droga y de insalubridad de la ciudad, está frente a mi ventana. Sí, en casa de mi madre; la pobre paga unos impuesto altísimos, para que después estemos rodeados de parásitos (tanto animales, animálculos, y los que se hacen llamar animales racionales).

Para que se hagan una idea, la madre de Wiwi, María Jesús, viste mucho mejor y más variado que la presidenta del tribunal de las oposiciones, sin tener en cuenta que esta última, posiblemente iría esos días mejor vestida, porque la ocasión ella pensase que así lo requería.

Wiwi, al igual que su madre, vuelvo y les repito, cambian prácticamente todos los días de ropa, y la cosa, es que no la repiten. ¿Qué hacen con ella?, no puedo responder a ello, es una gran intriga en mí.

Como observarán, ya era algo madurillo, estaba eso sí, pletórico de fuerza, tenía la edad en la que murió Cristo, y esos años empezaban a ser los mejores de mi vida, estaba erradicando el alcohol de mi vida, estaba lleno de proyectos, aunque aún no se había materializado ninguno, y me acababan unos de calificar de loco, y otros, pocos, de cuerdo. Pero, “¿seré un cuerdo entre los locos, o un loco entre los cuerdos?; ¡cómo me gustaría ser un cuerdo entre los cuerdos!, igual que por ejemplo el Papa es siervo, entre los siervos.

Me juego lo que fuera, que Descartes se planteó, el qué hacer con su vida, desde muy joven.

Yo no, aunque sabía que sólo de farmacéutico, no me iba a quedar, eso lo sabía, a los nuevos años, tan sólo me planteaba qué ser.

Hoy tengo otras miras. “¡Inténtalo *boby*, inténtalo!”

Todavía no había leído nada del gran Cela, y no sería hasta tiempo después en que lo haría. Resultado, genial, a pesar de que lo poco que lo he leído, es encima de sus inicios, me gusta más, o mejor, lo entiendo más, y por ello deseo más analizarlo, que a James Joyce por citar un ejemplo. Mas concretamente, su “Ulises”.

Me repito continuamente: “Sí, yo soy el mejor, voy a ganar, etc.”, y al punto, me pongo a pensar, “¿pero Señor, seré tolete, a mi edad, y el balance sale que soy loco y/o perdedor?”

Esto que me planteo, estas cosas de ser el mejor y demás, se lo plantean todos. Bueno Wiwi, que a sus dieciocho, ya ahora sí creo que tenga (hoy es día 5/9/99) esos años y no es más que el mayor estúpido del barrio; estúpido, pues no le veo que haga otra cosa más que ser el amigo de los chabolistas, él, ya digo, decía en una ocasión:

—Porque aquí el mejor soy yo.

Eso me dejó abrumado total, “o sea que todos tenemos aspiraciones”.

En cierta ocasión, fuimos los hermanos, cuñados y sobrinos que aquí vivimos, a casa de Piluca y Chiew. La casa la estaban estrenando, no era de ellos, sino de alquiler. Era una casa terrera, en la zona, que hace tiempo era una zona de casas baratas; hoy ya me gustaría pillar una, pero no puede ser.

e-libro.net

Cuando me puse a contar, vi que éramos trece. Uno sobraba, quién, pues fácil, yo. Antes, me puse a hablar con Yeray que tenía cosas de "cabo interino".

Le dije que tenía razón, que para llegar a algo, no debía existir un proceso, un desarrollo, una evolución. Estaba claro, lo mejor era elegirlo a él presidente del gobierno, no importaba que no fuese capaz de aprobar los cursos del BUP. En ese momento, desconocía lo de la ESO. Eso no importaba, él, precisamente él, era el indicado para ser el "líder del ejecutivo" (así llamaban algunos a Felipe González).

Le recordé, una serie de cosas como si seguía pensando irse a un bosque a vivir, a base de su pericia y:

—Claro, pero también te llevarás la tele, la nevera…

Cuando se dio cuenta del disparate que decía, se calló.

Después salí con Dani, que seguía siendo buen estudiante, a él le conté parte de mis intenciones, y no argulló nada al respecto. Quizá, pensase que efectivamente, estaba loco. Hoy ya no suelo contar mis ansias, pero sí intento trabajar en ello; más que nada por eso de: "No lo digas, hazlo", y quizás tienen la razón, ¿pero no se puede hacer diciéndolo?

Poco después, alegando que yo era el que sobraba, pues veía el ambiente tenso, por ser un número tan fatídico, al menos en la congregación de Cristo, opté por marcharme. Debería haber ido a casa del Lu, pero al final objeté que tenía cosas que hacer, por lo que me fui a mi casa.

Dani era un buen chico, y creo que sus padres tenían muchas más esperanzas en él, que él mismo.

Sólo lo vi protestar una vez. Parecía serio, aunque Pepe, su padre, me dijo:

—Que va, si el que mejor humor tiene de todos es él.

A mi hermana Piluca no le gustaba que se fumara en la casa, pero ese día se tuvo que aguantar y así fue.

Todos en mi familia, y porque es ropa barata y la climatología lo requiere, suelen vestir de forma informal, con pantalón corto y camiseta. Yo cada vez visto menos así. O más.

En algún sitio se cuenta que el ocio del escritor es lo que le da temas para la escritura, mi hermano también piensa así, pero con otro enfoque; pero me pregunto: ¿si lo que uno quiere es contar y vivir las experiencias de otros, no debe documentarse sobre ello?

Una cosa que me danzó mucho en la mente, y ahora cada vez menos, era: "Dios es el alfa y el omega. El principio y el fin". "¿Qué querrá decir esto?", intentando describirlo, llegué a leer el principio y el fin de la Biblia, y más que aclararme, me confundió más. Hoy, creo es de cajón, es que antes de que existiera nada y después de que todo desaparezca, estará Él. ¿Fácil no? Escribirlo sí, pensarlo, menos, verlo y demostrarlo por mí, imposible, para eso está Él, el único.

No debería meterme en esos terrenos, en los que soy un lego y un lelo, pero es que a veces me da por ahí. No entiendo, y lo poco que leo al respecto, me cuesta comprenderlo, entenderlo y asimilarlo. Me recuerda a cuando estaba con la carrera, en que me costaba mucho asimilar ciertas cosas, bastantes, casi todas.

Piensen que allí, todo era nuevo para mí, y que nadie me explicaba lo más mínimo, encima mi comportamiento no ayudaba, etc.

Intentando descubrir lo del alfa y el omega (el ordenador no reconoce los símbolos griegos, creo), me pasé muchos días, dándole vueltas y más vueltas.

Me preguntaba de entre todos, ¿a quién de mi familia caería yo en ese momento mal?, que pensara que sobraba, supuse que a Pepe o a Chiew; las causas, ni idea; hoy ya los considero integrados en la familia, aunque tengo poca confianza con los cuñados más recientes. Por otra parte, cosa bastante lógica.

¿Qué es preferible, ser odiado por todos, o querido por todos, o sea ser una madre Teresa de Calcuta, o un Napoleón, un Tierno Galván, o un Franco, un…? Dios creo al uno y al otro y los enfrentó, creo las parejas.

Herse y Tomás se casaron y al poco, tuvieron, tras hacerle la cesárea a Herse un niño, al que pusieran el nombre de Héctor Carlos. Ese mismo día, me llamó Tomás, para ir a tomarnos algo. Estaba ebrio de felicidad. En realidad, parecía borracho, cosa del todo imposible, pues acababa de llegar de la clínica. Iba mal vestido, y yo salí con un jersey, nada de chaqueta, pues habíamos quedado en ir a tomarnos unas tapas al Puerto, por el estadio de fútbol. Allí fuimos, él no hablaba mucho; le preguntaba por el estado de salud de Herse y del niño. Él me decía que todo había ido bien, a pesar de la cesárea, lo que según parece era una técnica bastante generalizada, para no hacer sufrir a ninguno de los dos.

Tomás, me había insinuado dos veces, ser el padrino del niño, yo no le había contestado nada, esperaba que me lo dijera por tercera vez, y esperaba que lo hiciese sereno. Para mi eso era una gran responsabilidad, pensaba sobre todo en mis padrinos, modelos de familia a seguir, según entendía yo.

e-libro.net

No tenía, ni tengo nada seguro, ¿qué le iba a ofrecer, un título que ni siquiera me había servido para mantenerme? No lo tenía claro.

¿De qué le iba a hablar a mi ahijado, de lo mal estudiante y adicto a ciertas sustancias que había sido y que seguía siendo? No me parecía aconsejable.

Por parte de la familia de Tomás, ya todos y todas estaban bastante encaminados, por mi parte no tenía nada seguro.

La cena no me gustó. Tenía más ganas de estar en mi casa que allí. Sin embargo él, todo lo contrario, quería salir, beber y beber.

Mencionó el irnos de copas, al Cinco. Sabía que no íbamos vestidos adecuadamente para ese tipo de locales, pero no iba a negárselo al enfervorizado colega.

Allí fuimos. Generalmente, pagaba yo todo, para variar, y eso que yo manejaba unos pocos miles, cuando él manejaba millones. Tomás tenía que ir a la mañana siguiente a la clínica a ver a su pequeña familia. Sobre las seis. Yo, que ya no bebía, deduje que tampoco debía inducirlo a él a hacerlo, no fuera que al día siguiente llegara borracho a ver a su mujer y a su primer hijo; ya sabía que iba a ser varón, por lo que no causó una sorpresa total. A mí siempre me han gustado más los niños que las niñas, tal vez, como reacción resultante de la familia en la que me ha tocado vivir.

Le pregunté a Tomás si quería que fuese a ver a Herse y a Héctor a la clínica:

—No, mejor que no, yo te llamo para que vayas a verlos un día.

Me tenía que sentir orgulloso de que me eligiese a mi como amigo con el que compartir tal alegría, pero sin embargo aunque después de todo era mejor así, me dolió algo el que no quisiera que fuese a la clínica.

Hoy día, según me apostilló Tomás, esas operaciones son muy sencillas, y se queda tan sólo una pequeña cicatriz. Antes era más complicado. Deduje que la primera ramera con la que fui, lo que tenía, era una cicatriz de un navajazo, y no una cesárea como había dicho. En fin…

En el pub, se ponía a hablar sin coherencia al menos para mí. Yo no hacía más que beber y beber cervezas sin alcohol, él, cervezas normales. “A ver si así le entra sueño y nos vamos”. Verán con esto lo que esperaba ya yo de la noche.

Vi a un fulano que solía ver en mi época discotequera; él estaba más viejo y degenerado, y también mucho más solo. Estaba frente a nosotros al otro extremo de la barra semicircular. Se reía por lo que supuse fuese por mi ropa. Yo sabía que no iba acorde con el sitio, pero a mí me sorprendió lo hortera y festivo de la suya. Me parecía sinceramente un mamarracho. Delante nuestro, y apartándonos a nosotros de la barra, se puso una pareja. Ella no estaba mal, aunque era algo mayor que su acompañante. Me comentó Tomás que si el estilo de esa mujer era el que me gustaba o si no el de la otra que estaba más allá.

—Tú o de un extremo o de otro, o pijas o marchosas.

No le respondí nada, quizás tuviera razón.

Las horas se me hacían eternas. Salimos por fin con la cosa de ir al Área. Yo no tenía ganas de ir, antes le dije de ir a algún sitio a tomarnos un café. Entré en un bar al que sabía que no iba casi nadie, en el que poder pensar y tranquilizarme. Me tomé dos cafés (cortados, como siempre), y oriné.

No recuerdo cómo, pero lo cierto es que le convencí para que nos fuéramos de recogida, que al día siguiente, tenía que madrugar.

Se me caía la cara de pena y vergüenza, que llegara el día siguiente borracho a su cita, quizás la más importante de su vida. Al menos yo lo veía así. Al fin accedió a que nos fuéramos. El coche estaba lejos. “Mejor, así se le quita el efecto del alcohol”. Se puso triste, “el gran juerguista que en otro tiempo había sido Antonio, ahora era un muermo” posiblemente pensara y no digo que no tuviera razón. Supuse que había pensado mi compañero, del que creí que estaba preparado para grandes gestas, se había quedado en un licenciado más.

¿Pero no era Tomás popular entre la gente del pueblo donde tenía la botica?, quizás sí, al igual que famoso, también entre la gente de ese pueblo. No quería estar viviendo allí mismo, ya que alegaba, que eran sumamente criticones los de ese barrio.

Quizás pase eso entre los ociosos. ¿O bien ocurre entre los que como uno, contemplan e intentan comprender el por qué de los demás?, al menos de los que más comúnmente veo.

Por ejemplo, Wiwi, es famoso en el barrio, pero no popular; en cambio, quizás para los chabolistas sea las dos cosas.

e-libro.net

Me he de disculpar nuevamente, pero al ver que efectivamente, hay libros más fáciles que otros, y algunos que incluso se me hacen casi imposibles de entender y en los que invierto mucho tiempo en descifrarlos, no me queda más remedio, pues que darle la razón a Cela, quién dice que con mil libros es suficiente para una vida. A veces calculo y digo que sí, otras que es poco, ayer pensaba lo primero, hoy lo segundo; si vuelvo a dudar, no me hagan caso.

Desde mi cuarto, y cuando voy por el barrio, o por casa del Lu, veo que los que han vivido en las chabolas y se han dedicado a drogarse están realmente enfermos, hambrientos, con una delgadez extrema, que no sé a qué se debe exactamente. Así se encuentran el "Caracol" y su hermano. Más pena me da de una chica que vive por aquí de toda la vida, supongo que no tiene dinero para comer, y si saca algo de la prostitución, si es que hay gente a la que le atraiga, se lo gasta todo en heroína. Su aspecto es realmente lamentable. A veces he supuesto si tiene anorexia nerviosa, que también pudiera ser, pues el hermano de esta chica, también es drogadicto, pero se conserva en mejor condición física. La chica es un desastre humano.

Cuando me ve, me ofrece droga, a sabiendas que yo no me acostumbre a drogar, y en esos momentos, cada vez lo hacía menos.

Es una lástima que esos jóvenes malgasten así su vida.

Comparado con esos, prefiero mi vida. Y aunque no hago mucho caso de los que algunos dicen sobre otro cuando se retira de la alta competición:

—Ese ya hasta bebe.

Pues beber, beben casi todos. Y es bastante normal el tomarse algunas copas. Que ojo, no lo defiendo, pero una o dos copas de vez en cuando no lo censuro. ¿No dicen que en la dieta mediterránea está incluido como componente, y que es saludable un vaso de vino en el almuerzo? Pues, aunque ahora, sea casi por completo abstemio, no voy a ser quien lo censure ni recrimine. Tampoco lo aconsejo, a parte de saber los enormes beneficios de los derivados de las uvas. Simplemente los conozco y lo acepto, pero de manera imparcial. Piénsese que he sido un borracho toda mi vida, y antes lo defendía, a pesar de que me encontraba fatal por ello.

Reconozco que hasta la Biblia habla de las bondades del vino (no de los licores). También es verdad que dice que se de a los realmente necesitados.

¿Cuándo hay que darlo pues?, en casos de extrema necesidad, no sea que vaya a ser peor el remedio que la enfermedad, y en pequeñas dosis, por ejemplo para las continuas indisposiciones.

Cuando estaba en la universidad, de ella pensaba: "esta casa de putas". Lógicamente, yo no me incluía en ella, y debía hacerlo, pues yo también debía ser un puto. Encima desde estas hojas, hago muchas, pero muchas, putadas. Al que a hierro me ha herido, aunque a hierro no lo mato, sí me meto con él.

Era raro que teniendo dinero, no se me ocurriera compararme un ordenador. Eso sí, mi farmacia, por muy lejos que estuviera iba a estar informatizada, ya que ahorra tiempo y personal. La calidad del trabajo hecho por estos es muy buena. Pero a mí, no me había dado por comprármelo.

Maru, me regaló uno que ellos tenían, que siendo que en su día era muy bueno, ahora estaba desfasadísimo. La pantalla cuando se encendía vibraba, y era difícil que dejara de hacerlo. No sabía como ponerlo en marcha y menos usarlo. Control me hizo un par de observaciones sobre la calidad y el atraso del aparato, también me indicó el par de cosas básicas que debía saber de él. Fueron insuficientes, pues no di con su manejo y por tanto utilidad.

Pretendí escribir en él el libro que había hecho. Imposible, era excesivamente lento escribirlo a máquina. Quizás el exceso de calor y el sol que daba en mi cuarto era dañino para el ordenador. No lo discuto.

Si me preguntaban si tenía ordenador, decía:

—Sí, pero no lo uso.

La gente debía quedarse extrañadísima, o una de dos, o era de otro que viviera bajo el mismo techo, o yo era un marqués que podía gastar dinero en aparatos y luego no usarlos.

Reconozco que si he visto a algún caballero en mi profesión, de los más auténticos es el agitanado D. Ramón López Román, que teniendo la imagen de un gitano andaluz, era todo lo contrario, un gran caballero. Por qué, bien fácil, vio que desde el principio de curso cogí con interés su asignatura, luego observó que mis fuerzas flaqueaban y que por último me hundí en el abismo de los abismos. Drogas y alcohol, eran mi medio habitual. No estudié hasta casi al final de curso. Todo gracias al favor, pues hoy lo veo como un favor, que me hizo Águeda, de quien en esos momentos pensaba que era la puta del reino. Hoy me es indiferente. Pues bien, ese fue el catedrático que sin yo merecerlo, me aprobó la asignatura. Gracias mil. Y cómo no, el Dr. Creus.

e-libro.net

Iba yo una tarde por Mesa y López, con el Lu, en su coche. En eso, veo frente a mí, en un taxi, que alguien gira bruscamente la cabeza. Efectivamente era ella, Águeda y estaba con unos cuantos niños, los que supongo que no fueran todos de ella. No había cambiado ni el estilo de peinado, ni su color, ni sus eternas camisetas.

Me di perfectamente cuenta que ya no sentía nada por ella. Quizás no fuera recíproco, ya que si no, no hubiese girado la cabeza tan rápidamente. "Lástima que no fuera uno en un coche mejor, entonces sí que me hubiera reído", lo pensé, pero no debía haberlo hecho (el demonio seguía dentro de mí). Claro que no tendría razón pues el coche no sería mío. Es posible que todavía esté celoso de su marido, o como mínimo dolido.

Le dije al Lu:

-¿Viste?, esa, la del taxi, era Águeda.

-¿Esa era Águeda?

—Sí.

No le pregunté si el interrogante era en tono negativo o constructivo. Los dos podían haber sido. Pero realmente sentiría una gran humillación que dijeran que yo salía con las más feas. Y así parecía.

El salía con chicas guapas, más o menos, y no eran feas del todo. Encima iba a casas de compañeras de trabajo, y con ellas se metía en sus cuartos. Según él, no hacían nada malo, nada indecoroso.

Le creía, a pesar de que uno quizás no hubiera sido como él. Aparte de eso, todos decían que era feo. Pero ya saben: "la suerte de las feas, las guapas la desean". No quiero decir con esto que yo sea guapo y menos últimamente, desde que terminé la carrera, engordé veintitantos kilos, y sigo sin poder bajarlos. Aún así, el Lu pesaba otros veinte kilos más que yo. Él seguía saliendo y bebiendo, vida que a mí, cada vez me gustaba menos.

No les digo nada de Control, que me lleva casi treinta kilos, una burrada; menos mal que los tres somos altos, yo el que más.

La historia, según el norteamericano Tom Clancy la escriben los que siguen; quizás tenga razón, pero para ello hay que ganar, y estar preparado para ganar, y luego seguir luchando. Y ¿estaré preparado para la lucha?…

Nunca es tarde si la dicha es buena. Pero lo que quiero es paz, paz y no guerra.

Pasemos de estas charlas a otros temas más de andar por casa, que son los realmente interesantes.

Todo el mundo me dice que efectivamente estoy perdiendo el tiempo, cada uno expone diversos motivos, unos, que no me divierto, otros, que no trabajo, y así unos y otros.

Por mi parte, aunque dudo, creo tengo razón, pero no lo digo, sino que me callo, hasta que no puedo más, en que hay veces que salto.

Siempre he tenido una imagen, de ser sumamente descuidado, y poco trabajador. No puedo estar del todo de acuerdo con ello, pues me considero bastante luchador, si tengo pinta de despistado, quizás lo sea para las cosas que no me interesan, que son muchas, pero las que directamente me conciernen, que son algunas, no lo soy en absoluto.

Cierto día, el Lu, me dice que vaya a un bar del barrio, sin especificar para qué, allí me encuentro al Flaco, quien a su madre le hizo sufrir muchísimo con su abuso de las drogas.

Estaba más flaco que nunca, y sumamente drogado. Lleno de pinchazos en ambos brazos, los de él eran auténticos.

Me dijo que la semana siguiente empezaría un método de desintoxicación. Esa familia, los hijos, o fueron mal educados, o algo tuvo que fallar. Ya se les había muerto un hermano por sobredosis, luego el Flaco siempre con esa mala vida, y según tengo entendido también había otro hermano metido en el nefasto mundo. Las hermanas según me enteraría más tarde, una se metió a monja y saldría para casarse. La otra hermana era quizás la más normal (si realmente existe alguien que sea normal).

Con la cosa de despedirse del mundo de las drogas, se tomó un par de copas y sospecho que después se fuera con Javier Núñez de juerga. Yo me fui a mi casa después de tomarme unas "birras" sin alcohol.

Tenía buenos propósitos, aunque no lo veía muy entusiasmado. Como leería de un exalcohólico: "No es ningún trauma no beber". Yo añadiría que el beber es lo es un trauma; cuánto más el mundo de las drogas duras, éxtasis, pastillas, heroína, coca, y todas las que se pueden imaginar, que son las que tomaba Santi.

No quería ir a ningún centro de desintoxicación religioso, los que tengo entendido que son bastante buenos.

Fue a uno que quiero recordar del que la reina Sofía es madrina: "Proyecto Hombre".

e-libro.net

Lo llamamos un par de veces a la casa, y lo cogía la madre y luego se ponía él. Por fin llegó el día en que se le podía visitar, aún estando en una fase del periodo de desintoxicación. Allí fuimos.

Nos enseñó Santi que incluso le habían dicho que cambiara de cuarto. Hacía muchos años que yo no iba por allí.

Él creo que entró en mi casa por primera vez el mes anterior a nuestra visita.

Mi madre me imploró y obligó a que no le admitiera más en la casa, por mucho que se estuviera desintoxicando. Era duro.

Me extrañaba mucho que teniendo poco dinero esa familia, vivieran medianamente bien. Lo mismo podrán decir de nosotros. En casa del Lu, fue él, sin embargo, quien no quería que Santi fuera por su casa.

Es triste ser repelido por los demás, sea la causa que sea la que origine esto.

La madre nos invitaba a café y refrescos. Santi se le cabreaba por sacar su mejor vajilla, que yo pensé que era la de diario. En fin, no estaban tan bien como sospechaba.

Al Flaco, no le dejaban fumar cigarros buenos, sino que debía fumar los peores. Y también de forma controlada, pocos al día. Nos pedía a nosotros cigarros, sobre todo al Lu, que fumaba buenos cigarros.

La madre me dijo en una de esas visitas:

—Antonio, ¿porqué no te pones a trabajar como Javier? –el Lu.

No le dije que era farmacéutico, pues estaba seguro que todos lo debían saber, o al menos sospechar. Debe ser que para variar no era así. Era y soy más vulgar de lo que parece.

El Lu, es celador, y para ello sólo es necesario tener la EGB. Quizás tuviera razón, no lo discuto. Lo cierto es que estaba parado.

Todavía no podía salir Santi solo. A todos lados, debía ir con alguien adiestrado.

La madre se quejaba de que imponían demasiada disciplina, quizás fuera ese el gran problema de su casa, la falta de disciplina. Nos enseñó la casa en un periquete, no era tan grande. Era una de esas casas del estado muy pequeñas.

Se puso a enseñarnos fotos de nosotros y de su familia. Al rato nos fuimos.

A la siguiente visita, fuimos a la Plazoleta Farray. A mí ya no me gustaba ir. Lo pasé pésimamente. El Lu se largó un par de copas duras, todos los demás, bebidas sin alcohol.

Pagamos entre Núñez y yo. Esto ya no le gustaba tanto a Javier, pero que le invitaran, eso sí.

Por lo que tengo entendido en esto he salido lo contrario de mi padre, quien siempre se hacía el remolón para pagar. Yo sin embargo, si tengo dinero, prefiero invitar a que me inviten, tal vez como reacción a lo que me contaba Domingo de mi padre. Así y todo, algo me molesta.

Afortunadamente pasó el tiempo y volvimos a casa de la madre de Santi. En su cuarto, nuestro común amigo, tenía un cuadro de la Santísima Cena en hojalata, con un marco de madera. Era grande, y me sonaba ligeramente el verlo allí de toda la vida. Me sorprendió.

Tenía pocos pero buenos libros, el Flaco.

Me dejó uno de espías, un best-seller, y yo le dejé otro muy bueno. “La isla del segundo rostro”, el autor no se los digo.

Estaba Santi, siempre enfadado con su madre, quizás por los malos ratos que pasaba con la desintoxicación.

La madre, le dijo al Lu:

—Tú podrías ser un acompañante-cuidador de Santi. Sólo hay que ir a un par de charlas.

—No, no –respondió él.

Me dejó asombrado, “tanto cristianismo, tanto hermano pa’rriba y pa’bajo, y cuando le piden un favor se echa pa’tras. Pues buenos cristianos están hechos esta gente. Ir conmigo y dárselas de rico, eso sí, pero si le piden un favor, ya eso no”.

Yo, que tengo con él mucho menos roce, quizás si me lo hubiera pedido, lo habría pensado; seguro que mi madre al final me hubiera aconsejado que no lo hiciera, y yo optara por lo más fácil, negar mi ayuda. No me puso en esa tesitura, por fortuna. Sí, soy un cerdo.

Me contó Santi, que “Vito”, el que encarcelaron, era jefe de estudios de un instituto en Fuerteventura. A mí eso me parecía una carrera muy pobre, sobre todo para un ingeniero, pero no se lo dije a Santi. Para mí tenía mayores miras, pero la vida no me estaba sonriendo mucho, no. Ya veríamos.

e-libro.net

Poco a poco, el Lu, su gran amigo, empezó a dejar de ir, alegando vaya usted a saber qué motivos. Yo tampoco fui pero no tenía esa gran amistad con él. Sí fui un día a devolver su libro, no muy bueno, que todo hay que decirlo, y a coger el mío. Ese último día que fui a la casa, observé que la disciplina estaba muy relajada, laxa; muy tempranamente sospeché. Me lo llevé a un bar de la zona, y allí, él quiso beber bebidas fuertes:

—Yo a lo sumo te pago cervezas.

Eso pidió junto con alguna tapa. Estuvimos un rato, bastante poco; me aburría pues parecía que no teníamos temas de conversación. Él se había pegado toda la vida con drogas y ese era un tema que yo rehuía, incluso desde que hablaba con Moncho.

Tenía ya mi libro, que es lo que me interesaba.

De vuelta a su casa, no quise subir. Tenía pensado llamarle por el telefonillo a la madre, para decirle que ya subía su hijo, para que estuviera atenta, por si le daba por escaparse, pero no lo hice.

Un día, de los raros ya, fui y a horas que sabía que no estaba Pedro, el encargado, a tomarme un cortado a la churrería Hermanos Matos. Allí saludé a uno de los dueños, con quién mejor me llevaba, y a algún que otro empleado.

¿A quién vi?, sí, efectivamente, al Flaco, tomándose unos cubatas. Según vi y me dijo, estaba con mujer que casi le doblaba la edad, separada. Quedaba claro que estaba con ella porque le podía mantener. A mi me daría lástima de mí mismo.

Llevaba Santi el pelo engominado, estaba más gordito, pero se le veía ir cada vez más, cayéndose por el precipicio de las drogas.

Ella era compacta, seguro que estaba fajada. Yo ni siquiera la saludé, estaba claro que lo que quería era cama y más cama. Estaba bien vestida, de lo que se deduce, que no había quedado mal del todo, económicamente hablando.

Me tomé el cortado, lo pagué y me fui.

Otro día, recibí noticias de él, y por lo que parece, estaba saliendo con una maestra. Lo que él tal vez diría que era todo un lujazo.

Anteriormente, había dejado al Lu, cintas y compactos para que los escuchara, y otras para que le grabara ciertas canciones. Sospecho que no le grabó nada; ni siquiera le devolvió lo que le dejó.

Empezaba a ver, que el Lu, mucho prometer y demás, pero todo se quedaba en agua de borrajas.

Le pedí algún que otro CD a Santiago, pero cuando confirmé que la mayoría eran robadas, no quise saber nada de ellos.

Santi cada vez que me veía, que aunque vivimos cerca, no era frecuente, me preguntaba por la música. Yo le respondía:

—Pregúntaselo a Javier.

El Lu, suele, a los amigos, caerles mejor que yo.

Voy a retroceder a La Laguna. La pizzería a la que íbamos, El Capri, estaba casi siempre vacía, pues no era muy exquisita. Las pizzas eran delgadas y pequeñas, para ahorrar, se entiende. “No, no, porque así son de mejor sabor”, diría el dueño. Generalmente me tomaba una o dos cañas (a 50 pesetas cada una), no más, para no gastar.

Ella, casi siempre una, no creo que fuera para no gastar, en todo caso para no emborracharse. Yo no me quedaba borracho, pero sí con un poco de hambruna, y eso que tenía el estómago bastante encogido. Más que ahora, que aunque mal, vamos tirando algo mejor que entonces.

La pizza era barata, creo que rondaba sobre las trescientas pesetas, y eso que uno siempre pedía la cuatro estaciones, y siempre he seguido pidiéndola, por estar más llena de cosas, y variadas. Suponía que era más cara, y que quizás fuera un golpe para mi economía, pero de vez en cuando, apetecía una escapadita. Lo malo de ello, era siempre el alcohol. Ya saben, Pedro, aunque un ignorante desdentado, no bebía.

No me extrañaría que ahora bebiese algo. Quizás como dice la copla de Sabina: “…hay mujeres veneno, mujeres imán…” Yo estoy por clasificar a ella entre las primeras. Bueno, seguro que el que se lo montó mal fui yo, pues no salí nada bien parado de esa experiencia. Con de decirles que todavía me acuerdo.

¿Pero Fijoleis, qué está pretendiendo, pasar del pasado? Es imposible. Bueno, al menos no soy de esos que dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor. Ni mucho menos, para mí el presente, al menos hasta el momento presente, es y ha sido, el mejor.

Les parecerá adecuado, para reivindicar los derechos de los chabolistas, pero sinceramente, a nosotros nos tiene hasta los mismísimas narices, que los niños, y los no tan niños, se dediquen a jugar a la pelota, tirándola

e-libro.net

contra nuestra casa. Golpeando tanto en el muro, como la verja. No solo por el hecho de que puedan tirarla abajo, sino por el estado de tensión en que uno se pone al oír los retumbantes ruidos. Pero cualquiera les dice nada, ellos, tienen sus derechos, por vivir ahí, a pesar de que no paguen ni impuestos, ni agua, ni luz, etc., y estén envenenando a media población, pero claro, aquí no vive ningún político.

Esos los pagamos nosotros, que para eso no tenemos dinero, y no comerciamos con drogas. Ni siquiera puede mi madre explotar el par de apartamentos que tiene su casa, ¿pues quién quiere pagar para vivir al lado de esa chusma?, ¿se dice así no? Únicamente nosotros, que tenemos menos dinero que nuestros vecinos, no sólo los vecinos de las casas colindantes, que a esos no me refiero, sino a los de las chabolas.

Pasan por aquí vendedores ambulantes para ellos, así tienen a domicilio, comidas, golosinas, y festejos, que también viene un furgón con aperitivos y bebidas las vísperas de fiestas, y los festivos. Según ellos, "por hacer un bien social". Me pregunto si pagan o no y si les cobran.

No hacen nada, la mayoría de ellos, no trabajan, están todo el día al sol, y si hace mal tiempo, pues será que se meterán a ver la tele. De cada familia, trabajan vendiendo uno, dos o máximo tres, pero eso es suficiente para vivir bien, o al menos con sus coches, ropa cara, y distinta, prácticamente a diario, etc. Piensen que sin mucho sudor, ni haber nunca sudado la camisa, se ganan sus buenos miles (talegos, y como poco algunas libras) o cientos, en escasos minutos.

El día tiene varios minutos, y no les digo nada las semanas y los meses.

Encima, esto parece como cuando va uno al médico, que se le pasan los síntomas, y parece que es coña, pues lo mismo pero con la policía, que cuando viene, nunca coge ni a los vendedores de droga de la calle, y mucho menos a los narcos que a ellos se las venden. Desde mi cuarto algo veo, pero para ser sinceros, nunca he visto entrar, ni el sistema que tienen de meter las drogas en sus casas, a no ser que la traigan en las bolsas de las compras.

Está la tal María Jesús, que me mira con unos ojos nada recomendables, quizás piense…, no sé.

Pero, ¡ya está bien de no hacer nada!:

-¿D. Antonio?

-¡Oh, don Tomás!

—Mira, era para ver si querías trabajar en la farmacia.

Me suponía que ya no era hacer acto de presencia como otras veces.

No le menté nada del dinero. Sería trabajar media jornada durante un mes o dos, lo último no lo dijo, aunque lo supuse. Bueno, en realidad, no supuse nada.

Era teóricamente, para estar por las tardes, pues empezaba el período de vacaciones y encima, se ponían las leyes más estrictas, en lo referente a la presencia de un farmacéutico continuamente en la botica. ¿Qué tenía que hacer?, pues trabajar.

Los empleados, que hasta hacía poco me caían bien, de golpe y porrazo, Silvia, se empezó a llevar a morir conmigo. Yo me preguntaba, que qué le había hecho yo. Otra cosa, o una de dos, o se lo tenía muy callado con todos, o sólo conmigo, pero no me comentó nada nunca de que pensaba contraer matrimonio con su novio de siempre. Bueno, tampoco es tan de siempre, llevaría con el cinco o seis años, y viviendo juntos unos dos años. Debe ser que estaban muy compenetrados.

Alejandro, cuando llegaba, parecía el dueño del pequeño establecimiento, bueno realmente parecía el dueño del barrio.

Iba siempre de corbata, y camisa, no chaqueta. El semblante serio y adusto. No, no era ejecutivo, ni farmacéutico, era un vendedor del Corte. Según su hoy esposa Silvia, dijo a Álvaro, quien me lo contaría más tarde:

—No, pero él tiene muchas ambiciones -tales eran esas ambiciones, que hoy está casi contratado fijo vendiendo en no sé qué planta de los grandes almacenes. Tampoco es jefe de planta o de sección. Es joven aun y tienen mucho futuro por delante.

El padre de Silvia, según sus palabras, es el mejor hombre que pisa la tierra, es un supermán; sí, ya lo habrán descubierto, es fontanero, y anteriormente marino, que por no sé qué causa, no pudo seguir embarcándose. Tenía muy buenos recuerdos de su niñez con su padre.

Silvia había estudiado la "carrera" de Formación Profesional, y ahora también, según ella, se desenvolvía bien en el mundo laboral.

e-libro.net

Álvaro me contaba que ellos, según le había dicho el jefe, no eran empleados, sin colaboradores. “Vaya, ahora se llama a sí a los esclavos, como nos llamaba C...”

Yo prefería seguir llamándome esclavo, a pesar de ser amigo del jefe, que siempre cuenta algo. Era curioso pues siempre era el menda el que pagaba el pato. Cuando no estaba el jefe, el que más, por no decir el único que trabajaba era yo, pero cuando él venía, resulta que el que se quedaba ocioso era yo.

Claro que ellos siempre tenían algún trabajo delante, yo sin embargo, éste lo hacía y me lo quitaba de en medio, por lo que cuando venía Tomás, yo no tenía nada delante, bueno sí, unas revistas del gremio, las que tanto me empezó a gustar leer.

También solía leer el Vademécum.

Y en general, todo lo relativo al trabajo. Era extraño, pero yo leyendo, y por ende aprendiendo cosas de la profesión, me sentía sumamente relajado, lo tomaba como un descanso.

Pude ver, que necesitaba de un coche urgentemente; en eso, Tony, el gran Tony, se ofreció llevarme, por unas diez mil pesetas al mes.

Calculé, lo que gastaba en mi coche roto, y en gasolina, “seguro que me sale a la larga, más rentable solicitar los servicios ofrecidos por mi amigo”.

Creo que Tony, me pedía unas cinco mil pesetas en principio, o por ahí.

Empezaba a llevarme, aunque yo estaba algo intranquilo, y no sólo por el nuevo trabajo, sino porque mi amigo, que se había prestado voluntario de chófer, empezó a cabrearse muy rápidamente conmigo. El primer día, todo estaba bien, y quizás el segundo, pero ya en días sucesivos, le parecía mal que yo cambiara de ropa todos los días. Me decía:

—Algunos se las dan de humildes, pero no lo son, etc.

Ustedes ya me entienden.

Él siempre o casi siempre, me había visto con ropa de dentro de casa, pero ahora que me veía con ropa del trabajo, le parecía mal.

“Joder, lo que hay que pasar en este mundo, encima de que pago, me humillan”. Empezaba a estar harto del todo.

Por suerte para él, y también para mí, le ofrecieron un trabajo para hacer cajas de madera para puros. El vecino, Montañés, tenía unas fábricas para ello.

Me sorprendió mucho, que un vecino de Tony, fuera un potentado. ¿Tanto dinero que dice que tiene y vive en un piso no muy grande? Hoy sé que grandes ricos viven en pisos, y algunos en hoteles.

Pensé que me iba a dejar en la estacada, pero no, el padre, don Antonio Romero, me llevaría; él, el padre, estaba retirado, un ex-oficial del ejército, creo que capitán.

Según me contaba Tony, su padre cuando trabajaba, llegaba casi todos los días borracho, y se dedicaba a pegar a los hijos, y a insultar a la madre. Esto último, ya retirado, y sin beber, sigue haciéndolo. Tony me suele decir:

-Mis padres se odian.

Una cosa que yo vi y que hicieron en esos días, fue irse el padre de su habitación de matrimonio a otra.

La madre, sigue bebiendo, y parece que no vive más que para bailar y los carnavales, a los que va a participar, y cómo no, a ganar los concursos de Miss Carnaval de la tercera edad. Alguno ha ganado, aunque no en la capital, sino por lo pueblos.

Don Antonio, tocayo de muchos, como observarán, no se suele afeitar con frecuencia, ni peinarse, ni cambiarse de ropa, y supongo que por lo que veo es la costumbre en la casa: no bañarse.

Suele ir muy pobremente vestido, sin embargo, acababa de comprarse un coche, de esos que rondan entre los dos y tres millones. Yo me imaginé que a esa gente le debía sobrar el dinero, no era así.

Por hacerme el favor, por distraerse y por conseguir para tabaco, dijo que él me llevaba, pero que me cobraba diez mil pesetas. Se lo comenté a Tomás quien, sin mucho recelo, me subió diez mil pesetas el sueldo, ahora cobraría sobre las setenta y un mil pesetas, por cuatro horas diarias de lunes a viernes, por la tarde.

No era mucho, creía, pero a los demás les parecía bien, nadie me dijo que me estaban explotando.

D. Antonio, me iba a buscar a mi casa. Si me costaba hablar con Tony, imagínense con el padre. Me contaba que le parecía mal, que se estuviese acostando su hijo con Li Li (la china) que encima se había casado con otro, en vista de que Tony no tenía trabajo. Él, el marido, trabajaba en Sudamérica, y lo había conocido en China, cuando estudiaba su carrera.

e-libro.net

Yo daba por hecho que habían hecho la licenciatura de Lengua Española. Aunque ya digo, me extrañaba que con ese título fuera secretaria o casi. Ella, Li Li, fue a América a casarse con él, donde estuvieron un tiempo de luna de miel, y luego cada uno a su trabajo. Ella se solazaba y llenaba su soledad con Tony.

El padre ya digo, me comentó eso, a lo que no le dije más, que "sí, así se llama eso". No quise adentrarme más, no iba a criticar a su hijo. Fumaba Krüger. El coche era color vino, no, entre rojo y marrón. Un buen coche.

Tomás me decía:

—Así da gusto, como la gente rica, con chófer que le vaya a buscar y traer.

En el fondo tenía razón, pero yo prefería ser pobre y tener mi propio coche. Bueno, pobre lo era, y el coche era excesivamente viejo, quizás no funcionase.

También al padre, ya se le veía venir, me decía:

—Porque a mi esto me resulta violento.

"Tachín, tachín", el otro hijo también había encontrado empleo, de "técnico" de electrónica, o sea era de esos que se ocupan de arreglar aparatos de música y ordenadores, y supongo que de todo lo que cayese. Era un manitas.

A veces, íbamos los dos a buscar a su hijo (José Luis) al trabajo, otras me llevaba a mí a mi casa, o por las cercanías, pues le decía que no se preocupara, que me quedaba donde fuese, para que no se hiciese tarde para ir a buscar a su hijo.

Tony tenía el coche que le había regalado el padre. Era un coche pequeño, para la ciudad, nada de grandes distancias.

La farmacia estaba a diez kilómetros del núcleo urbano. Hasta ahí llegaba bien. El padre era puntual, hasta el día que me dijo:

—Mira, ya no te voy a seguir llevándote, búscate la vida.

¿Qué hacer? Se lo conté a Jose, mi hermano, y me dijo que lo que tenía el coche mío mal era la batería.

-¿Tú me la puedes comprar?

—Está bien.

Tardó, pues no sabía las medidas y tuvo que volver al garaje de nuestra casa a tomarlas.

Una vez comprada, le cambió los bornes al coche y lo puso en marcha, "perfecto, funciona".

Fuimos a dar la vuelta por el barrio para ver si iba bien; funcionaba, aunque tenía el ruido de la correa del ventilador. Bueno, eso cuando se caliente el motor, deja de oírse. Lo que hacía falta ahora era el seguro del coche. Llamé a una casa de seguros, también a la que salía por la tele que se podía arreglar el seguro por teléfono (cara), al final sólo estaba abierta la del Race, allí fuimos con el coche de Jose. Casi tuvimos un accidente. Era ya muy tarde. Entré, a los cinco minutos cerraron, y pude conseguir el seguro del coche (caro también) en ese mismo día, con la condición de que no me devolverían el dinero aunque quisiese cancelar el seguro.

Casi no lo conseguimos, a pesar de desembolsar mucho dinero por un trasto (realmente es un puro cacharro), al día siguiente fui a trabajar con mi coche.

Iba por la pista, y el ruido no se quitaba. El motor no se calentaba. Sabía que allí en la barriada, había un mecánico de Mercedes, "¡magnífico!, mi coche tiene motor Mercedes".

—Oiga, mire, que la correa del ventilador suena.

Abrió el coche y dijo:

—Es la correa de distribución y no te has cargado el coche de milagro.

-¿Usted lo puede arreglar?

—Sí, déjalo aquí que yo lo arreglo. Ven dentro de tres horas.

-¿No puede ser cuatro?

—Sí, está bien pero igual está cerrado.

—Bien, veré si puedo venir. ¡Oiga!, ¿cuánto cuesta?

—Barato.

—Pero cuánto.

No recuerdo cuanto, pero no fue muy caro.

El Sr. Romero, gustaba de hacer crucigramas allí donde estuviera, para matar el rato, también veía la tele, mucho, muchísimo. Era el típico jubilado. Lo que hacía de distinto, es que era el encargado de hacer la comida de la casa, que según parece era bastante apetecible, Cari, de Caridad, y Li Li, ambas amantes de Tony, lo corroboraban.

e-libro.net

Ir con el coche de uno, era una gozada, aunque éste fuese un trasto viejo, un cacharro que la mayoría habría desechado por inútil. De hecho, ninguno de mis amigos, salvo un día en el que fueron todos, querían montarse en mi coche.

Era viejo, pero era un tanque. La velocidad que cogía no era muy alta. Lo llevaba a ochenta, marcha máxima por otra parte permitida.

Álvaro, habíase puesto a vivir con Expedita, mujer viuda con varios hijos y su madre, que vivía cerca de la farmacia. Esto había rejuvenecido al mancebo, perdón, colaborador de Tomás. Iba con el pelo engominado, y aseguraría que teñido, pues me tiraba las puntas de que yo me lo debía teñir. Quizás como un fulano que se lo teñía de caoba, color que quedaba muy bien a las señoras, pero muy mal a un jubilado medio calvo.

Álvaro iba siempre con vaqueros, muy limpios, eso sí, y bastante nuevos; encima una camisa, de las que me dijo, que tenía unas doscientas. "¿Cuántas, doscientas?", sinceramente me parecieron muchas, pero no lo negué ni aseveré, le dejé que siguiera hablando. Algo dijo también de que regalaba muchas. A mí me dieron ganas de pedírselas, pero me callé.

El tiempo me diría que quizás se pudieran dejar en diez o quince camisas, de manga corta, la mayoría. Bueno, quizás exageraba pensando en que a lo sumo yo iba a estar un par de meses en la farmacia.

Álvaro, se quitaba la camisa y se ponía la bata. Era moreno, pero más moreno aún eran las parte visibles y expuestas al sol, léase los brazos y la cabeza. Cuando se cambiaba la ropa, se le podía ver una barriga bastante prominente. Según él, era todo músculo, yo aseguraría que era todo grasa, pero allá él.

En su trabajo, no había prosperado mucho, a pesar de que Expedita decía:

—Porque él es un hombre rico.

"A saber qué entiende esta gente por riquezas", pensaba.

En cambio en su afición, había sido el primero, ya saben, luchador de lucha canaria, luego árbitro, y últimamente estaba en la directiva del colegio de árbitros. Alguna vez, se pondría unos cinco minutos a repasar el reglamento, que después debatiría imagino que horas y horas, eso sí, sin tener ninguna idea. Al menos eso deduje al ver cuánto estudiaba. El pequeño libro con el reglamento, no se lo llevaba a su casa, la de Expedita, para estudiarlo. La verdad es que la casa era grande, mejor de lo que esperaba. Álvaro presumía de ella, era lógico, de vivir en un piso de pequeñas dimensiones, a una casa de un par de plantas, de doscientos y pico metros, ya hay diferencia.

Me asombraba, y así se lo hice saber muchas veces, lo bien que se afeitaba. Yo, que también me afeitaba todos los días, me dejaba siempre mal afeitado. Con el tiempo, vería que más se debía a la falta de luz, que a que no supiera afeitarme. Efectivamente, el baño estaba casi a oscuras, y encima se había fundido uno de los tubos luminosos, el que no se encontraba en ningún sitio, pues la luz era de 125 voltios. Total, que entre lo mal que se veía en nuestro baño de azulejos negros, y casi sin luz eléctrica, ya me dirán ustedes. A toda hora, para afeitarse, hace falta encender la luz. Hay casas que no tienen ventanas al exterior, en las que también se hace necesario. Muchas. Pero en todas ellas, garantizaría que se ve mejor que en ese baño. Mi hermano Jose, que lo había descubierto, se afeitaba en otro baño. En fin esto no es tan importante, ¿o sí?, pues afecta muy principalmente a mi imagen.

Tenía para mí unas cuantas camisas, que en principio estimaba que eran pocas, con el tiempo, vería que eran más que suficientes.

Los primeros días de trabajo, Silvia me presentó a una vecina que estaba haciendo un trabajo sobre cosas de ortopedia. Me pidió material, que si se lo podía dejar para hacer el trabajo. Al día siguiente se lo llevé, y ella a los tres o cuatro día me lo devolvió. Supongo que miraría una o dos hojas y diría que era demasiado difícil. Al poco, me enseño el trabajo, y yo lo hojee, y le dije algo así como:

—Sí, tiene buena pinta.

Se lo devolví antes que dijese que me lo leyera; no estaba mi cuerpo para meterme con tostones. A parte de eso, salvo cuando estudié el cursillo, nunca me he considerado que sé demasiada ortopedia, quizás por ello es por lo que casi nunca la nombro. Pero en realidad soy especialista en ortopedia, aunque decirlo me parezca ridículo y poco serio llamar "especialidad" al cursillo que hice.

Cuando le decía lo del afeitado, el interpelado, me respondía:

—Si a mi edad no voy a saber afeitarme…

Aunque lo decía con un aire tristón quizá porque le recordara algo que no le hacía gracia recordar, o quizás considerase que hablar de eso, no era de hombres, de machotes, vamos.

e-libro.net

Álvaro gustaba mucho de hablar de sus batallitas, la mayoría de las cuales ya me las conocía, pues eran casi siempre repetidas.

Todos los días, se bebía un par de cervezas en el almuerzo.

—Pero, ¿y no le entra sueño?

—Para eso me las tomo.

Más que sueño intentaba decirle: "¿pero no le colocan Álvaro?, tenga cuidado que ya eso es de alcohólicos". Nunca se lo dije.

Los fines de semana, se iba de juerga, el sábado por la noche a bailar y el domingo desde por la mañanita al pozo. Sí, Álvaro se hacía querer, aunque no lo considerara así ciertas personas.

Se iba a distintos sitios, y no era tan repetidos como la salida de los domingos, la que era a la finca de un jefe de uno de los que allí iban. La comida les salía baratísima de quinientas a mil pesetas por familia, e incluía, desayuno, almuerzo y merienda, encima siempre sobraba comida, que o bien la guardaban para el domingo siguiente, o bien lo repartían entre todos.

Del pozo, me hablaría todos los lunes, y algún que otro (frecuentemente) día que no fuese lunes.

Con él me llevaba a las mil maravillas, con Silvia, sin embargo, tenía algunos problemas. Me enteraría años después, que ella era la encargada. Realmente, de tres ser el encargado, y uno de ellos el jefe, no es mucho. No más bien es poco, pero para ella debe ser que era suficiente. Abusaba de mi bondad, haciéndome trabajar más de la cuenta. Me daban ganas de mandar a esa estupidilla a la mierda, pero me contenía. Sabía que con decirle a Tomás, el gran jefe: "Mira, dile a Silvia que no se pase".

"¡Pero que carajo!, no me voy a enemistar con la gente por un par de meses que voy a estar aquí".

Empezaron las vacaciones, y Álvaro se fue con Expedita a Fuerteventura. Se llevaron el coche de Álvaro, que estaba a nombre de Expedita, quien rondaba sobre los cuarenta y tantos largos, "bastantes", pensaba, pero quizás no fueran tantos, sino que lo parecía por su gordura.

Vestía bien, siempre con ropas ligeras, que no de una gran calidad, pero sí una gran variedad. Le hacía más joven el tipo de ropa que usaba, a pesar de ser de corte clásico.

Solía ir con frecuencia a la farmacia, bien para buscar medicinas, o bien para salir con Álvaro, o simplemente para recogerlo, pues a veces le cogía el coche, a pesar de que sus hijos, los dos, también tenían autos.

De los hijos, uno trabajaba en telefónica, el otro estaba parado. Supongo que padecía algún tipo de enfermedad psíquica de la que le costaba recuperarse. Nadie me lo dijo, sino que eran cosas que yo intuía.

Álvaro, cobraba mucho dinero por debajo de la mesa, entre otras razones porque así pagaba menos a su primera mujer para la manutención de sus hijos.

Supondrán que me sentaba fatal, no hay que explicarlo supongo.

Cuando pasó el primer mes, ya Tomi me había dicho que me iba a pagar diez mil pesetas más, aunque diciendo:

—Esto no es normal un aumento de sueldo antes del año.

Al final, me quedé ganado setenta y una mil pesetas, creo que era, por ahí rondaba. Álvaro, celoso, pensando de que yo debía ganar muchísimo, el día de cobro, me dijo:

—Yo tengo que ir al banco, si quieres, te llevo tu cheque para ingresarlo.

Estaba claro que lo que quería era ver cuánto ganaba yo, pues sospechaba que fuera más que él. Me parecía absurdo la jugada de él, y bajando la cabeza, le di el cheque.

—Ah… bien, je, je.

Se descojonó con lo que ganaba, de lo que deduje, que él ganaba más del triple que yo, no sólo con mi sueldo de media jornada, sino comparándolo con el que ganaría de trabajar una jornada entera. Supuse que ganaría sobre cerca de las doscientas cincuenta o trescientas, y no creo equivocarme.

Se puso la mar de contento, incluso le dejé el carné de identidad. Al final, cuando regresó del banco, me contó algo más o menos así:

—No te lo puedo cobrar sin una declaración jurada, y un par de cosas más. Tampoco estaba allí mi amigo que me lo podría solucionar…

De paso trajo cambio, el enorme problema de las farmacias, lugar donde todos van a cambiar, y muchos sin comprar nada, o si no, los que compran un paquete de algo que sea barato, y luego pagan con el billete. Generalmente, a no ser que sean clientes fijos se les dice:

—Uf, que va, estamos fatal de cambio.

e-libro.net

Yo, algunas veces, con más mala leche aún, abro la caja, y con la vista corroboro lo dicho.

Hay que buscar cambio cada dos o tres días. De todas formas, a aquella recién estrenada farmacia, iban varias personas a llevar el cambio, en lugar de pedirlo. ¿Quienes?, pues fácil, los vendedores de ciegos, que por cierto, no están ciegos. Uno incluso, tiene un BMW, otro un Mercedes para las ocasiones, y un utilitario para todos los días. También iba una mujer que había montado un bingo clandestino, al que iban casi todas las mujeres y demás residentes del barrio (deduzco), pues llevaba bastante dinero.

—Alvarito, mira ver, cuénteme esto, a ver…

Siempre llegaba con ese cuento. Ahora que lo pienso, para que no le descubrieran las auténticas ganancias, es posible que una gran parte la cambiaría en otro sitio. Yo en ese juego, ni entro ni salgo. Lo que ya no me parecía tan bien, era que se dedicaba a hacer quesos y a venderlos, a quien quisiera. Pues intuía, que las medidas higiénicas no eran las deseables, por lo que no le compré nunca nada; ni a él ni a nadie, ni al que llevaba los huevos a vender, más baratos y más grandes que en el mercado. Allí, estando tan cerca de la capital, faltaba de todo. No habían los mínimos servicios, por lo que se entiende, que cualquier cosa que montaran progresaría de seguro.

Álvaro, le solía decir a Macu (Inmaculada), que era la que limpiaba la farmacia:

—A ver, Macu, cógele los huevos ahí al señor.

Entiendan el doble sentido.

Inma (como la llamaba Silvia) se ruborizaba, y se reía.

Esa mujer, no sabía leer ni escribir, cosa que me parecía del todo imposible que ocurriera aquí, en mi isla, en España, pero sí, es así. Trabajaba limpiando en la farmacia de Tomás, en una en Las Palmas, y luego también en unas oficinas.

Supongo que con una cosa y otra, sacaría unas perritas.

De todas maneras, debía estar rondando el umbral de la pobreza, pues su marido no trabajaba, y de sus hijas, sólo lo hacía una; trabajaba en un puesto de la Once, no porque fuera ciega, sino porque estaba bien dispuesta con la dueña. La hija trabajadora, tenía un novio taxista, del que sospechaba que debía ser un portento, pues le ponían por las nubes. Según parece tenía un taxi propio, y una parada que creo que había heredado del padre. Ignoro si estas cosas se pueden heredar como las farmacias; que los taxistas me perdonen mi ignorancia.

Allí parece que todo el mundo lo ganaba bien. Ahora que lo pienso, me da que ella también sospechaba que yo cobraba mucho, pues a veces me enseñaba su soldada, de la semana, y me decía:

—Tanto trabajar para esto…

Creo que ganaba por unas seis horas unas cinco mil pesetas, o sea, no sé si más del doble que yo. Macu se ponía a hablar con todo el mundo, por lo que se atrasaba mucho, pero según decía Álvaro:

—Ves, está todo el día hablando, pero luego se va dos horas después de su hora.

Puede que dijera esto para que no le fuera con el cuento a Tomás, de que perdía mucho el tiempo, que hacía muchas argollas. Nada más lejos de mi intención.

Inmaculada, iba vestida casi siempre con pantalón corto, cómoda, enseñando las piernas. Su físico no era como para volver la vista y verla caminar. Todo lo contrario, tenía aspecto de camionera, con un par de generosos pechos, y el pelo corto, a la moda. Siempre, hiciera frío o calor, llevaba las invariables camisetas de colores. Los pantalones, en invierno, los usaba largos, de gimnasia, más abrigaditos.

Su hija, la de la ONCE, se gastaba tetas similares, y según parece, la tenían acomplejada. Ella, por lo visto, la hija, era la rica de la familia, a pesar de uno no saber en qué se basaban para ello.

Era de piel blanquita, la hija, pues Inma estaba siempre tostadita, ya que solía ir todos los días que no trabajaba a la playa, hasta el mediodía, “hora en la que empieza a ir toda la chiquillería”.

Tenían un utilitario, pero para ellos era “el coche”, un coche, eso sí. El color del auto: rojo.

Había visto que en la calle de abajo, en la del mecánico de los Mercedes, había un bar que solía estar abierto: La Farola, pensaba si sería del mismo dueño que el que tiene ese mismo nombre en Arinaga. Seguro que sí.

El bar estaba nuevo, era algo oscuro, y estaba al final de un callejón sin salida, que era en lo que terminaba esa calle. Me da que no era muy conocido, mas que por los lugareños. Más visible, no, mucho más visible, estaba el que estaba cerca de la farmacia, pero eso sí, el dueño, borracho, y la dueña, según Álvaro, una calentona, no gustaban de trabajar mucho; abrían tarde, cerraban temprano, el fin de semana, desde el viernes, estaba cerrado, hasta el lunes. O no les gustaba el dinero, o no les gustaba trabajar.

e-libro.net

Tenían un par de hijas, y una de ellas un poco me atrajo. Era guapita, y aunque de estilo alocado, parecía que manejaba dinero. Cada vez que la veía, se me encendía una lucecita en… Le dije a Silvia que si sabía algo de ella, edad, en fin lo que fuera.

—Esa chica no te conviene.

-¿Porque es joven o algo así?

Creo que me contó que era porque tenía problemas. Hoy supongo que debían ser problemas de drogas, pues problemas tenemos todos.

Me parecía que era bastante despejada y despierta como para estar metida en el mundo de la droga. O sea, que a pesar de su imagen, era lo suficientemente inteligente como para estar al margen. También puede ser que los problemas los tuviese con el alcohólico de su padre. Solía llevar una carpeta grande, muy grande, posiblemente con dibujos y pinturas.

El bar era enorme, pocos los hay tan grandes, que se les de tan poco uso. La luz, estaba casi siempre apagada, y aunque la entrada daba a un solar descampado, por los lados, no tenía ventanas, con lo que ya supondrán que dentro se estaba en penumbra. El que entraba estaba un tiempo sin ver bien, si no se daba la vuelta y miraba a la calle.

La barra era grande, y en ella solían estar los típicos mataos, y cómo, los bebedores sociales, aquellos que no se llaman borrachos, sino que van de señores, no por los beneficios que su trabajo reporta, sino porque ellos se autodefinen, como caballeros. Pero, que claro está, “mantienen las esquinas de la barra”.

Uno de ellos, con el que mejor me llevaba, era gordo. Cuando estaba el bar cerrado, él estaba en la calle, sentado con más personas. Cuando estaba en el bar, tenía siempre una copa delante, y cómo no, estaba continuamente leyendo el periódico.

En una ocasión, pasaron por mi trabajo el Lu y Control, a los que saludé muy efusivamente, Les invité a café, tras dejar indicado, que iba a salir con mis amigos. Tuvimos, claro está, que ir a La Farola, donde les convidé a café y queque, pues el otro estaba cerrado.

El Lu, al verme salir con la bata, me gritó:

-¡No salgas así…!

—No te preocupes, que aquí nadie nos ve –mascullé.

Y aunque nos vieran, ¿que más da?, el problema era nuestro. Supongo que no lo diría, porque se contaminaba la ropa al salir a la calle. Sus motivos tendrá, yo por lo alrededores de su trabajo, he visto bastante gente con la bata blanca.

Uno de los escasos días que fue a buscarme don Antonio, Tony iba con él; Silvia me pidió si le podía llevar a Las Palmas, yo se los pregunté, y me dijeron que no había problema.

Claro está, Tony se enamoró de ella, con la intención de casarse, a pesar de que Silvia le había dicho que en breve se casaría. Tony, por supuesto, fue a verme con Control otro día al trabajo. No caí enseguida para qué había ido, aunque desde que lo dijo, pensé: “Mira Tony tú lo que quieres es un polvo, y después si te vi no me acuerdo. Bueno, o dos o tres, más no”.

Silvia estaba de buen ver, a pesar de que empezaba a estar algo delgaducha.

En el barrio, había una sola tienda, que estaba constantemente sin clientela.

Cuando vi quién era la dependienta y supuse que dueña, no me extrañó que con esa pinta, no vendiera la mayor parte de los meses, ni por el valor de un alfiler. Era tenebrosa. Poca cosa, pero no aconsejable para encontrarla una noche por una calle desierta.

Invariablemente, no compraba más que las ampollas de Bio Star®, con Ginseng, debía ser para levantarle su tan caído ánimo. Muy aconsejables, para ello.

Cuando iba en mi coche, hay que ver la independencia que se gana cuando se depende de esos trastos, llegaba tiempo antes, para poder leer un poco la Biblia, y algo de filosofía.

Poco a poco, me iba adaptando al trabajo, o sea, era el que hacía el trabajo duro y el menos duro, y a la hora de cobrar, el que menos cobraba. Se va viendo con claridad la cosa. Eso de yo tener un título, no significaba nada, a pesar de que la gente crea que sirve par darse importancia y lustre. De todas maneras, quizás Juancho tenga razón, y seamos los niños mimados, los universitarios, que hay que saber y ver cómo tratan (maltratan) los dueños a sus subalternos sin grandes títulos, pues hoy y cada vez más se pide un título para todo. Ya lo dice mi madre, que incluso hay médicos que ejercen de taxistas o de barrenderos, que de todo hay. O sea, que a no quejarse.

e-libro.net

Por cierto, ¿cuánto ganará un barrendero?, quizás más que uno. Puede ser, no lo discuto, que tenga el cenizo, que haya ido precisamente a coger los trabajos peor remunerados. No se extrañen.

A veces me digo: "Cuando tenga mi propia farmacia, que nadie me pida grandes sueldos por su trabajo; seré un cabrón con el dinero…" Acto seguido me vuelvo a decir: "¿…pero voy a ser yo tan cabrón como ellos?", y en definitiva, si trabajan bien y me hacen a mi ganar dinero, qué menos que tener a los subalternos contentos.

No voy a ser como Benedicto que incluso siendo un veinteañero decía:

—Porque yo en mi farmacia, les voy a tener a todos puteados.

Pus si eso piensa de joven, que en teoría es cuando se tiene un espíritu más liberal, y cuando se tiene más liberalidad, no les digo nada cuanto tenga unos cuantos años más.

La nueva farmacia del agraciado Tomás García, estaba preciosa, daba gusto trabajar allí, no solamente porque estuviera nueva, sino porque era un barrio tranquilo. Casi, aunque alguno había, no se veían drogadictos. No se respiraba el aire tenso de otras farmacias de Las Palmas. Quizá por el echo de uno haber sido compañero de Tomás.

Silvia se portaba fatal conmigo. Una vez incluso, ella se puso a hablar con una cliente; por cierto yo aún estoy por ver si a los clientes hay que hablarles de ir a tal o cual sitio, o hice tal o cual cosa, o sin embargo hay que darles un buen servicio, rápido y eficaz, y en todo caso, ellos contarnos algún problema que tengan, no nosotros nuestros problemas a ellos, para eso hay otros medios más específicos, veáse la radio, escritura, en fin los que se nos ocurran, esa vez, que empezaba a contar, estaba dale que te pego a la sin hueso, y de pronto me dice:

-¡Antonio!; ¿estás haciendo algo?

—Sí –respondí.

Se quedó con las ganas. Efectivamente estaba haciendo algo, me estaba formando profesionalmente desde el punto de vista intelectual. ¿Qué era más importante lo suyo o lo mío?, de todas formas, al final cedí y le contesté a los pocos minutos.

—Pero si quieres, te puedo ayudar.

—Sí, pues llama por teléfono a Cofarca, y mira a ver si hay…

Eso hice, para ser buen chico, y después de hacer el favor, encima salí a despachar. Silvia, la encargada, la que tenía estudios de F.P., seguía dale que te pego hablando de una cosa y la otra, que entre otras cosas no sería de extrañar que fuera de la telenovela de la semana. Como comprenderán estas cosas me sacan de quicio.

Incluso Álvaro me decía:

—Pero esta niña no hace más que hablar…

Y como ya se sabe, quién mucho habla dice cosas que no debe. Que probablemente sea lo que pasa en este libro.

Encima ella se ponía a porfiar cosas que no tenía ni idea, tal es el caso de una vez que le habían preguntado por comida de niños sin gluten. Ella se puso de enterada con el cliente. De entrada no tenía que discutirlo, pues se lo había mandado el pediatra y segundo, menos aún, si no tenía ni idea de lo que es el gluten, que es lo que pasaba. El cliente tampoco sabía bien, pero tenía más idea que ella.

Para ser sinceros, yo no lo sabía tampoco días antes, pero la curiosidad hizo que indagara sobre ello, llegando por fin a conclusiones algo satisfactorias, aunque no como para sentar cátedra.

Silvia viéndose arrinconada, y que estaba metiendo la pata, me preguntó, pero ojo, no para informarse, sino para que el cliente viera que yo tampoco sabía lo que era. Se llevó un chasco muy grande, pues más o menos lo que sabía le respondí. Que quieren saber lo que es, pues es un componente microscópico de ciertas harinas, al que algunos niños suelen ser alérgicos. Para saber más sobre el asunto, diríjanse a un diccionario. Así es como llegué yo a saber qué era, y mirando lo que dicen esas harinas. Pocas veces más me preguntaría Silvia cosas al respecto.

Silvia les contaré, había invitado a Tony a su boda, aunque al final no le dio la tarjeta, ni me dijo nada al respecto. Mi pobre amigo se había quedado con las ganas de tirársela y después ir a su boda. Eso sí, él estaba locamente enamorado de Li Li, con quien seguía acostándose a pesar de ella estar casada. Pero claro, él, ahora con su trabajo de operario en una fábrica, era ya todo un señor. Se acostaba también con Cari; de ésta, negra aunque con nacionalidad española, decía que no le gustaba su cuerpo, sino su forma de hacer el amor. Él llama al sexo, así, es una forma bonita de llamarlo, pero estoy seguro que es simplemente sexo; no creo que él sea el Papa o algún santo, para dar tanto amor (creo que el amor en teoría no es egoísta ni ambicioso, se da a cambio de nada, y caso de querer algo a cambio, es más amor).

e-libro.net

Fíjense que había boda a la vista, de todas maneras, Tomás, seguía sin decirme si yo quería continuar más tiempo en la farmacia. Es más, yo ni siquiera sabía por cuanto había firmado el contrato, tenía un trabajo por el que se me pagaba, y mi obligación era sacarlo adelante.

No era mucho, pero setenta mil pesetas al mes, son setenta mil pesetas. ¿O no?

Para mí, una fortuna, a pesar de que el coche, casi mensualmente me costase treinta mil pesetas, sus reparaciones. Luego, claro está, venía la ropa, en la que algo gastaba. Por suerte seguía sin tener a nadie a quien mantener, en cuyo caso debería ponerme a pedir por puerta, o robar, o vender drogas, trabajos estos últimos que según parece están más remunerados, al menos por lo que voy viendo.

Había en la farmacia, unas cuantas chicas, con las que bien podría haber conectado; bueno, tan bien no, la mayoría ya estaban casadas.

Tal era el caso de una veinteañera quizás ya madre, pero que era de las que mejor se conservaban. Estaba para ser sinceros fetén, pero (y siempre hay un pero), lo que ella debía encontrar muy sexy, y que yo encontraba todo lo contrario, incluso antiestético, era su gran pelambrera en las axilas. Tenía los sobacos con unas enormes matas de pelos, que para mí la afeaban bastante. De vez en cuando, muy de cuando en cuando, se los quitaba y entonces daba gusto verla. Por qué lo sé, no porque yo fuera un fijón (entiéndase observador descarado e impertinente) sino porque iba generalmente con un top, enseñando el ombligo, y con unos vaqueros ajustados. Del tipo no tenía nada que objetar, todo lo contrario, qué digo, tenía todo un tipazo. Su marido era vigilante, según parece un buen partido, al menos para lo que se estilaba en el barrio.

De vivir Tomás en el barrio, sería el rico del lugar, seguro. Él, sin embargo, anhelaba vivir en Las Canteras, Herse, su mujer, quería ir para el campo, y para allá fueron. Bueno, a la zona de moda de los ricos, que ya tenía más pinta de zona urbanizada que de campo; a lo sumo, quedarían uno o dos solares por construir. Eso sí, todas casas terreras (antes chalet), todas muy monas.

La estaba construyendo. Me enteré de esto por Álvaro, no porque Tomás me lo contara. Según parece empezaba a haber secretos entre los que un día fueran íntimos amigos; eso sí, él siempre con más dinero que uno.

Quizás, empezara uno ya a ser más esclavo que amigo. Al menos, por el dinero que me pagaba, así parecía.

Esa chica, la del pelo en los sobacos, según me contó el cooperador de Tomás (ya no Tomi, y aún por mí todavía Tomás Carlos, que es así como ahora lo llamaba, igual a como lo llamaba su madre), según parece, una vez, estando de novio, y cuando éste le fue a dejar en su casa, le cogió los huevos del tal forma, que parecía se los iba a quedar. Efectivamente, era una devoradora de hombres, así lo sospechaba, y así me lo confirmaron; bueno, para ser sinceros, más que devoradora, una mujer fogosa. A mí me daba esa impresión, vivían justo al lado de la farmacia. Su padre era el dueño del local donde Tomás Carlos tenía en principio la farmacia. Ahora había allí un carpintero, socio con otro, el que según parece, se dedicaba a buscar clientela. Ambos estaban siempre con sus teléfonos móviles. Todo un adelanto, y más para aquellos que no tienen local de trabajo fijo.

Tano, el hombre que estaba siempre mal (peor) vestido, y que era amante de tangos y más concretamente de Carlos Gardel, de quién tenía toda la discografía y varios vídeos, también amaba a los animales, con quienes compartía su supongo escasa comida. Allí no hacía falta presumir, todos iban muy pobremente vestidos, como más mal que bien podían, podíamos.

El carpintero, tenía un Volvo viejísimo, peor pintado que el mío; ese se veía que había sido pintado por él mismo. Me decía Álvaro siempre:

—Sí, pero es un Volvo.

Me entraban ganas de decirle que el mío tenía un buen motor, pero me lo callaba. Me decía, al igual que mis tías, que había hecho un mal negocio con el coche. Yo no opinaba así. Soy consciente y lo era, que es un coche viejo, pero su cometido lo hacía. Yo, contentísimo con él, siempre que salía de la farmacia, iba cantando sobre todo canciones religiosas, en lo que enfilaba en dirección a mi querido hogar.

Álvaro, que salía después que yo, me adelantaba enseguida cuando iba a lo de la lucha, y me tocaba la bocina, yo le respondía con otro toque de la mía. Nos llevábamos francamente bien, a pesar de la edad, éramos buenos compañeros.

A veces, me ponía a encapsular polvos, por un método rudimentario. Unos pocos cientos, pero que se pegaba uno pegado a ese meticuloso trabajo muchas horas. Me preguntaba si salía rentable el ocupar a un boticario en esos quehaceres; seguro que sí, pues unas treinta cápsulas, costaba alrededor de mil quinientas pesetas. Pues sí, sí salía rentable.

e-libro.net

De qué eran las cápsulas, pues tenían un anorexígeno, creo que anfepramona y un tranquilizante: diazepan; al principio, para extraer el tranquilizante, usaba unos comprimidos de la casa Prodes, pero supongo que no era eso muy correcto, y cuando ya los hacía yo, ya usaba el diazepan a granel.

Encima, cuando había gente, tenía que salir a despachar; luego cuando volvía al minucioso trabajo, lógicamente debía lavarme bien las manos, a veces incluso antes de salir a dispensar medicamentos, pues tenía las manos llenas del polvo medicamentoso.

Los polvos, mezclarlos y pesarlos, lo hacía Tomás. Luego le decía a Álvaro que lo revolviese bien, y por último, yo encapsulaba. De todas maneras, el mecanismo era mejor que el que usaban mis tías, quienes no me habían dicho nada de lo que pensaban porque Tomi (como ellas le llamaban) me contrató. Supondrían que me pagaba mejor (me pagaban casi igual, pero aquí, con Tomás, se vivía más tranquilo).

También cuando me iba a fumar un cigarro, cosa bastante frecuente, me lavaba, antes y después de fumar, antes, pues me daba apuro llevarme a la boca tal mejunge y máxime porque yo no podía tomar estimulantes, y después por unas mínimas medidas higiénicas. Me había enterado, que el café, lo compraba cada uno de los empleados (perdón colaboradores), por lo que cuando me correspondía, lo compraba.

Nada más llegar a la farmacia, subía a preparar el café para todos. Ya había observado que en una esquina, detrás del fregadero, y frente al infiernillo eléctrico donde se hacía el café, había una garrafa de agua. Suponía que era para hacer el café, y para ello la usé. Un día pregunté si era para ello, y me contestó Álvaro:

—Sí, pero mira, ponla donde estaba para que no le de el sol.

No me reí, aunque me dieron ganas de preguntar: ¿el sol, o es para que no vea el dueño que se gasta agua que el compra para hacer café?

Me juego que ninguno de ellos utiliza ese agua en su casa para hacerlo, sino que usa agua del grifo. Bueno, menos Álvaro, que ahora va de personaje rico. De colaborador rico.

El azúcar, también lo teníamos que llevar. Yo era casi el que menos le ponía, pues es malo para la diabetes (más vale prevenir que curar), y engorda. Por algo la llamarán la asesina blanca, supongo que habrá más motivos para llamarla así, pero yo, si lo estudié, que si lo estudié fue en Broma (se acuerdan de Arturito, ¿no? Yo sí), ya no me acuerdo de más ventajas de ella.

El cigarro me traía por la calle de la amargura, aunque con Álvaro no se pasaba mal del todo, tampoco bien, cuando salíamos a la calle a fumar. Dentro de la farmacia estaba prohibido. Más que por ser un centro sanitario, supongo que porque la farmacia era nueva y para evitar malos olores, y posibles quemaduras. Arriba, en la rebotica, sí se podía fumar.

Tomás, muchas veces me decía que cuando quisiera ir para arriba a descansar, que lo hiciera sin problemas. Creo que también me ofreció su despacho. Yo se lo agradecía en el alma, pero no me gustaba abusar. Sí subía a hacer el café, pero también es verdad, que entraba cinco minutos antes a mi trabajo.

Llegaba al menos veinte minutos antes, y si estaba Álvaro en la puerta fumándose un cigarrito, lo saludaba, y yo me ponía a leer en el coche. Generalmente llegaba, y estaba cerrada la puerta, por lo que debía tocar para que me abrieran. Entraba, me ponía la bata, e iba arriba a ponerme los zuecos. Ya no los dejaba abajo, porque el primer día de trabajo, empezaron a decir que apestaban, y se lo dijeron a Tomás Carlos, quien me lo dijo a mí. Yo enseguida, cuando él me fue con el cuento les solté:

—Pero, ¿no saben decírmelo ustedes a mí?

A partir de ese momento, los dejaba arriba en el techado y no pintado almacén. Allí, Tomás me dejó unos polvos de su creación, que si no venían bien, al menos lo intentaba.

Me quitaba los calcetines, para que no se estropearan, y porque me sentía mejor sin ellos, más cómodo, y los zuecos, al ser especiales, daban masajes a los pies, zona tan sufrida y poco atendida en los humanos.

Después, cogí la costumbre de leer papeles sobre política entre los farmacéuticos, y seguro que no leídos por Tomás Carlos (Tomás, antiguamente Tomi). Digo que seguro que no leídas pues me parecían muchas. Mi gran amigo, estaba metido en política; era secretario de la asociación de farmacéuticos con oficina de farmacia de Las Palmas, algo de eso creo que era. El presidente, era Octavio, a quién, quienes parecía sonreírles la diosa fortuna; pues si quieren saber mi opinión, les puede sonreír esa lo que quiera, mientras yo, con Dios me acuesto y con Dios me levanto.

Sé, que voy muy lento, pero confío en quien tengo que confiar.

Leía pues las conferencias del ministro, por lo que me enteraba de primera mano, aunque un podo tarde, pues ya saben, eran los papeles ya archivados los que yo leía, sobre los tejemanejes de los políticos, y por tanto

e-libro.net

el futuro de los farmacéuticos. Me enteré pues con tiempo de sobra de lo que iba a ocurrir en breve a las farmacias. Aparte de eso, leía muchas revistas de la profesión, por lo que se podría decir, que era un farmacéutico, bueno un mancebo, enterado e interesado por la profesión.

Eso sí, no estudiaba, bueno, no hacía cursos, pero sí intentaba aprender lo máximo relativo y relacionado con el medicamento. Las revistas las leía abajo. Los discursos de los políticos arriba donde tampoco quería estar mucho tiempo, más que el de hacer el café.

Con Álvaro, me aficioné a llenar todas las semanas una primitiva, el llenaba unas cuantas, también quinielas, ciegos, loterías, etc., todo lo que pudiera, que casi nunca lo hace, dar dinero.

Volvía a pensar que la fortuna me daría un espaldarazo, y me haría rico por la vía rápida. Quería ganar un mínimo de doscientos millones para comprarme una farmacia; a ser posible un poco más, para repartir entre mi madre y mis hermanos, que seguro que les vendrían muy bien.

Nos enterábamos de los resultados por medio de Macu, quién a pesar de ser analfabeta, tenía una memoria extraordinaria para memorizar los números. La forma de asimilarlos, a pesar de querer preguntárselo, nunca lo hice, pero me alucinaba. Consideraba a Inmaculada una cuarentona larga, y por tanto, me daba reparo no tutearla, por lo que la trataba intentando, no llamarla de tú ni de usted.

A Álvaro lo trataba de “usted Álvaro”, sin el don. Lo hacía por respeto a la edad; él, lógicamente, nos tuteaba.

Tomás lo tuteaba. Me chocaba que una persona tan joven como Tomás Carlos, antiguamente Tomi, tuteara a un cincuentón largo.

El padre de Tomás, tuteaba a Álvaro y Álvaro lo trataba a él de usted y de don.

Me parecía una falta de respeto a la edad, aunque el padre de Tomás Carlos, fuera algunos años más viejo.

De su madre, a la que yo trataba de “señora doña”, no sabía el nombre de pila, del que me enteraría muchos años después.

Me decía Álvaro, que no había dinero que pagara a Tomás, el trabajo que él había hecho en favor de su congregación política. Lo que hacía, lo hacía a golpe de teléfono, artilugio, por lo que veo, sumamente usual entre los de mi profesión.

Un día vino Tomás con el cuento de que habían llamado a la península, me dijo a mí que él sabía que yo no era, pues la vez que yo había llamado, se lo comuniqué a él. Este repentino ahorro, me sorprendió, pues sí algo me sorprendía de esa farmacia, de otras menos, era el abuso que se hacía del teléfono. Por ejemplo, cada vez que un producto no lo tuviésemos, lo pedíamos a cualquiera de los dos almacenes que servían directamente y exclusivamente a la farmacia. Con ello se podrá ver, que cada dos o tres clientes, se hacía una llamada telefónica. Casi más que en C..., farmacia en la que comprendí, que ese negocio, sin ese artilugio, no era nada, lo que se dice absolutamente nada.

En esta farmacia, se notaba que estaba nueva, no solo por el brillo de ella, sino por lo poco que se ensuciaban las batas. Nada que ver con la de C..., o la de mis tías; aquí, donde incluso yo colocaba el pedido (bueno, quitemos el incluso, pues era el que lo revisaba siempre y lo colocaba), pues aún así, se conservaban bastante limpias, las blancas e impolutas batas. Allí, mi bata parecía más blanca de lo usual, pues comparada con la de los otros, las mías eran más nuevas; menos usadas, mejor. Hay que ver, seguía presumiendo de bolígrafo de marca, cuando en realidad era uno de una marca de lo más corriente y usual.

Álvaro, por las mañanas, llegaba temprano, y se hacía unos bocatas que metían miedo. Un pan enorme, con mucha miga, y luego dentro embutidos, muchas veces mortadela italiana, que tenía un aspecto verdaderamente muy apetecible. Lo regaba con agua con gas. Yo que en mi casa también la bebía con gas, allí, en el trabajo no lo hacía, pues sabía que a Álvaro le sentaba mal, sobre todo porque le podía dejar a él sin ella.

Lo que son las cosas, me marginaban tanto, que ni siquiera me dijeron que bebiera en botellas de litro y medio, sino que usara las garrafas de cinco litros. Tremendamente incómodas y poco manejables para beber directamente de ellas. En fin, era el último y debía apencar con lo más incordiante, duro, difícil y desagradable.

El repartidor del agua, a pesar de la pinta de bebedor que tenía, era puntual y cumplidor con su trabajo. Cosa rara, nos hacía ponerle un cuño de la farmacia como que habíamos comprado el agua. Hoy me cuestiono si era para ellos poder decir que su empresa daba tanta seguridad y confianza, que incluso, otras empresas, y algunas ligadas con la sanidad, se abastecían de ellos, etc.; este tipo de discursos, ya saben cómo son.

e-libro.net

Silvia, solía almorzar en la farmacia, después de cerrar a las dos de la tarde. No me explico, como la gente, no gustándoles su trabajo, se pasan casi todo el día en él.

Silvia comía ligerito, y la comida se la hacía su futuro marido (ya saben, el que era ambicioso), toda muy sana, pero sospecho igualmente, que muy escasa.

Me chocaba, y a él también, pues se le veía algo incómodamente cómodo, cuando iba Alejandro en camiseta, el tiempo que estuvo de vacaciones, o sea el mes de Agosto, en que iba a buscar a su novia, con la que convivía. Era raro verle tan formalmente uniformado, y siempre muy limpio y planchado. Llegaría a decir incluso que nuevas o casi nuevas toda su ropa.

Silvia, a quien sus padres la habían dado carrera (bueno, F.P.), estaba muy orgullosa de su marido. Yo creía que su familia era de mucha clase, por lo que ella hablaba tan bien de todos.

Sus hermanas, todo hay que decirlo, eran sumamente guapas y atractivas, tanto la mayor como la menor. "Que no Antonio, que no, que ya tú no estás para esos trotes". En fin, quizás tengan razón, pero la carne es débil. Para ser sinceros, la mayor de las hermanas de Silvia era la que más me gustaba. Últimamente mi compañera se había puesto muy delgada, demasiado para mi gusto. Diría incluso, que algo anoréxica, quizás por el trajín de la boda. Se casarían, Dios mediante, en septiembre, el siete. ¿Que tengo una memoria increíble?, pues no, hay truco, pues acabo de ver su tarjeta de boda, y aunque en su día me impactó ésta, sin saber por qué, hoy ya lo sé, es hortera entre las horteras.

Según parece, iba a firmar más contratos, pues Silvia se iría de luna de "mielda" y demás, con lo que faltaría algo a trabajar.

En principio, Tomás pensaba contratarme sólo un mes.

Últimamente he estado reflexionando sobre el líder entre los jóvenes del barrio, léase las chabolas, Wiwi. Efectivamente, es un camorrista, que prefiere que se peleen los demás a él mancharse de sangre las manos, a pesar de siempre estimular la agresividad. La conclusión a que he llegado, es que deberá cometer en breve algún delito, cuanto más gordo y grave mejor, no por nada sino por reforzar su liderazgo, basado precisamente en ser el que más grita de todos. En eso se parece a un policía nacional que viene frecuentemente por aquí, no muy mayor, al que lo único que le hace falta decir es:

-… porque os voy a cortar los güevos.

Otras cosas que dice son del estilo a: "Ya saben quien es aquí el que manda", o como diría Arturito: "Aquí el mejor soy yo…"

Ciertamente, me pongo a pensar, y no encuentro la finalidad que pretende ninguno de estos dos sujetos.

Hoy se dio la casualidad, de estar los dos, hablando a grito pelado por sitios distintos, aunque muy cercanos.

Ya al adolescente, no sé cómo clasificarlo, si como inteligente o como bobo entre los bobos, pues mira que hacerse el más duro entre lo que sería lo peor de la sociedad, bueno, no, son los marginados.

Yo me siento marginado, y no por ello trafico con drogas, ni me prostituyo carnalmente. De otras cosas lo dudo, pues lo he hecho.

Wiwi grita (no creo que sepa hablar), insulta, y crea conflictos, aunque parece ser el líder de gran parte de los residentes en las chabolas.

Pues sí, este libro, lo empecé a dar forma, casi, el mismo día en que comencé a trabajar para Tomás. Seguro que este trabajo me daría suerte.

Sospecho que Silvia pensaba que yo le iba a desplazar de su puesto. Pues no tenía yo otras cosas mejores y más importantes en qué pensar.

Había intentado coger una plaza para el "Curso de Cualificación Pedagógica" (CCP), pero no me admitieron, puede que por estar la solicitud fuera de plazo, lo cierto es que no me molesté en saber el motivo.

Como siempre, estaba pendiente de la farmacia, la mía, "seguro que ya falta poco para que me la den, seguro, ánimo Fijoleis, en breve serás un profesional liberal".

Por lo pronto, mis contratos eran rimbombantes, donde ponía: cargo que desempeña, se leía "Facultativo". Era lo más que se podía considerar, el rango. Las ganancias en cambio eran mínimas, mínimas hasta la desfachatez.

Silvia estaba casi siempre teñida de rubio. Herse en cambio se teñía de color caoba, muy guapa, a pesar de haber un tiempo en que no la encontraba atractiva, todo lo contrario, pero desde poco antes de casarse, la consideraba bastante guapa, y que había dado un ligero braguetazo, con el que podría comer caliente a diario;

e-libro.net

cosa que estando de secretaria, no era muy probable. De todas maneras ellos se querían, estaban uno enamorado del otro.

Estaba contento con el libro. Lo escribiría durante cuatro años, y así seguro que lo llevaría a buen puerto, pues muchos escritores, algunos de ellos primerizos, con una gran obra se consagran, otros, se consagrarían más de lo que estaban, y algunos se harían inmortales, pasaría a la historia de la humanidad. No estoy de acuerdo con los que dicen que las epopeyas grandes y largas son unos tostones, todo lo contrario, una vez se les coge el gusto, casi no le gustan a uno más otras cosas. Bueno, no me tomen al pie de la letra, pues también, y con gran frecuencia, leo libros cortos, aunque lo dicho, las novelas largas y consideradas clásicas, no me dan miedo en absoluto, aunque deba estar de uno a tres meses leyéndolas.

No recuerdo cuántas hojas escribía al día, pero no sería de extrañar que fueran una o dos. Hoy tres años después escribo siete, a mano, por las dos caras. Reconozco que es un atraso, pero más atraso lo consideraba el hacerlo a máquina. En cuanto a hacerlo en el ordenador, "con el del trabajo ya es más que suficiente, aparte de que debería ahorrar unos tres meses, el dinero íntegro, para comprarme alguno". Todo un disparate y no estaba dispuesto a ello. "A este ritmo, seguro que nunca tendré uno". En todo caso, tendría el de mi farmacia, donde podría escribir mi libro. El que me había regalado mi hermana, porque ellos ya lo habían licenciado, ya estaba en la basura. "Que va, los ordenadores no me convencen lo más mínimo".

Siempre creía que faltaba poco para tenerla, al menos eso me daba a entender mi abogada, María Fernanda:

—No te preocupes, pues la sentencia ya está al salir.

Este gremio, bien debía hacer suyo aquello de: "Las cosas de palacio van despacio".

Escribía poco, pero como dicen que lo difícil es empezar, así parecía que era, poco a poco iba incrementando, de uno en uno, el número de folios escritos al día. Cuando leo sobre el miedo al folio en blanco, que se cuenta que a algunos les ocurre, yo, para no ser menos, he tenido días que sí, pero en honor a la verdad y al optimismo, es lo que menos temo. Lo que más me cuesta es levantarme y ponerme a escribir sobre la mesa. Leer, leo acostado, siguiendo los consejos de Dale Carnegie, que se ha de estar en todo trabajo, lo más cómodo posible. Y eso hago.

A Silvia le faltaba algún que otro diente. A otras personas se lo he achacado al exceso de alcohol y de drogas. A ella en honor de la verdad, no se lo podía achacar a ello, quizás sí a una alimentación deficiente en algún elemento fundamental en la dieta. Yo ahora, más que nunca, pues trabajaba y estudiaba, seguía con mis complementos vitamínicos, pues aunque gordo, esto no es en absoluto síntoma de hermosura, ni de salud. Todo lo contrario, se ha demostrado que el exceso de grasa es malo para las enfermedades cardiovasculares, y tal como he leído últimamente, entre ellas, la hipertensión arterial (el asesino silencioso). ¿Y a que se debe generalmente esta HTA?, pues el exceso de grasas animales es un factor de riesgo, pues esclerosan las venas y se forman acúmulos de colesterol; todos ellos pueden desencadenar los temidos infartos de miocardio.

En esos días, recibía revistas y publicaciones sobre el corazón. Ya no, y si recibo alguna son muy pocas, entre otras cosas, porque las que me gustaría tener, valen dinero.

Al Lu, una vez, se le ocurrió que en las sombrillas de las terrazas (muy típicas en mi tierra, gracias al benévolo clima que tenemos), y a las que solíamos ir, ya fuera, verano o invierno, o estaciones intermedias, pues bien poner un sistema con un interruptor en el hierro de la sombrilla, de tal forma que se encendiera una luz, para que el camarero viera cuál era la mesa en la que se solicitaban sus servicios.

A mí la idea me sedujo, pero no la encontré tan novedosa, tal como al Lu le parecía. Nada le dije. Hoy considero que le debía haber dicho para que se le bajaran los humos:

-¿Igual que los mecanismos que hay en los aviones para avisar a las azafatas?

Lo cierto es que estuvo meses, diciendo la maravillosa idea que había tenido. Yo lo más que le dije fue:

—Paténtala.

—Sí, sí, la voy a patentar.

Y empezó a preguntar a todo el mundo lo que había que hacer para patentarla. Sinceramente a veces me cuestionaba, ¿qué he hecho yo para tener estos amigos?, pues preguntaba, ya fuera a un administrativo de una universidad cualquiera, como a un estudiante cualquiera de música, como a un practicante sobre qué había que hacer para patentar una cosa. Lógicamente todas estas eran personas muy versadas en esos temas, y si no, no había problemas, pues de seguro que se hacían enterados y catedráticos en el tema de las patentes sobre la marcha.

e-libro.net

Cada vez salía menos con ellos. No quería beber, ya no lo hacía, y por tanto me aburría soberanamente con ellos, cuya finalidad última era disipar el poco de consciencia consciente con grandes cantidades de alcohol.

Cuando Álvaro me había dicho que había ido a tal o cual sitio, como una gran novedad (no lo era pues casi siempre iba a los mismos sitios), y en tono festivo de lo bien que se lo había pasado, a mí, no me afectaba lo más mínimo. Todo lo contrario, a veces me preguntaba: "y este, quizás un pobre infeliz, ¿es feliz así?". Aunque parezca extraño, eso parecía.

También, cuando tenía tiempo, esto es, el fin de semana y festivos, le gustaba hacer la comida. Se las daba de rico, diciendo los manjares tan exquisitos que comían en esa casa, por ejemplo:

—Porque yo las croquetas, las hago con más pescado que bechamel, de tal forma que a "madre" (la madre de Expedita), le gustan más las croquetas que yo hago que las que hacen ellos o se compran por ahí.

Lógicamente, esto me daba a entender, que también él hacía ese tipo de comidas por primera vez.

Así varias recetas, bueno unas cuantas fijas, como la mayoría de la gente, que siempre suelen hacer las mismas. Aburría con sus cuentos. De vez en cuando, eso sí, se gastaba algunos buenos chistes. Tenía mucho "arte" para contarlos. Yo para eso, siempre he sido un inútil. Contaba continuamente las peripecias y las obras maestras que hacía en la cocina.

Estaba frito por que fuera algún día a "su casa", para que la viera. Al final, le llevé un día, para hacerle el favor de alcanzarlo hasta ella, porque no tenía coche. Sí, no estaba mal la casa, una de las típicas casas grandes de pueblo.

De todas maneras, sólo vi el garaje, bastante amplio, y que a diferencia del de mi casa, ese estaba cerrado.

Cabrían varios coches, y eso le asombraba. Encima Expedita decía de él y a él:

—Porque Álvaro es un hombre rico.

Y le daba unas palmadas en la espalda mientras sonreía.

Los dos eran gorditos. Parecía que las cosas le iban bien, aunque Álvaro no tragaba mucho a los hijos de ella, a los suyos, no los veía nunca.

Iba de rico, pero eso sí, a su familia anterior, no los mantenía.

Un par de veces, orgullosamente me contó:

—Porque mi hija, un día, estaba estudiando y nos dijo: "Voy a ir a la playa y luego vengo a estudiar, que mañana tengo un examen". Eso hizo, se fue a la playa –vivía en lo que era un piso de la casa de la madre de Águeda, las casualidades de la vida–, y cuando vino se puso a estudiar. Sacó en el examen muy buena nota.

Cuando eso me contaba, estaba cursando ya su hija, informática, y le faltaba poco para acabar.

No se lo dije, pero yo era por el estilo. Es más nunca me tuve que esforzar demasiado para aprobar, y cuando lo hacía, pensaba que a ver si me iba a pasar algo como morirme, o algo por el estilo, sin haber disfrutado de la vida. Cuando más "la disfruté", o sea cuando venía de La Laguna y no estudiaba, y tampoco controlaba, puedo decir que lo consideraba la forma más horrible de vivir. Ya no era el encargado de llevar el estandarte; ni el estandarte ni pollas, era un borracho, simple y llanamente, y todo por hacer feliz a la que cuando por ahí le dio, me dejó votado como una colilla.

Tomás, puede ser que por eso de estar al lado de Herse oliendo a rosas, se duchaba por las noches, para ir fresquito a la cama; esto me parece fenómeno, lo que ya no me parece tan fenómeno es que no hacía sus abluciones por la mañana, y no se extrañen que quizás tampoco se lavara los dientes. Por qué digo esto, pues sé que yo no huelo a rosas, pero me limpio al levantarme, y desgraciadamente, tan solo unas pocas veces al acostarme, pero Tomás, que se ponía las batas sin camisa, y las sudaba tremendamente, de tal forma que en la farmacia, su microcosmos, era infranqueable, no por nada, sino por el mal olor.

Sé que a mí de entrada me dijeron que apestaba, pero al menos me lavaba al despertarme, y usaba colonias, para ir medianamente limpio a trabajar. Usaba bajo la bata camisas, que me cambiaba todos los días. Mi madre no me las lavaba con frecuencia, pero sí de cada dos usos. Más que a cualquiera de los que allí trabajábamos.

También me habían llamado guarro en las otras dos farmacias, cuando el río suena porque agua lleva. Tomás también me llamó guarro en otra ocasión. No directamente, aunque yo lo tomé así. Hoy pienso que quizás fuese eso de "quien primero lo huele, debajo lo tiene".

Fue esto el primer día de una serie de días que fui mañana y tarde, por estar Álvaro y Silvia de baja. Estábamos él y yo solos. Ese día había aprovechado las horas de descanso que había estado en la rebotica yo solo, para aliviar el estómago, soltando grandes tandas de ventosidades. No me quité el pantalón, sólo la camisa,

e-libro.net

por lo que supuse que se me había quedado impregnado el para otros desagradable olor de los “aires”, menos para uno.

Él, Tomás, al rato de llegar, se levantó y fue por el sitio en el que yo estaba, de repente se puso a olfatear y a decir:

-¡Uf!, que mal huele por aquí.

Yo, pensando que el desagradable olor se debía a mis pantalones negros, bajé la cabeza y me sumí en una gran tristeza: “Feo, tolete y encima guarro, qué será de mí, Dios mío”.

Hoy pienso que más probable sería lo que pensé antes, eso de, “quien primero lo huele...”

Él era el jefe, y el jefe siempre tiene la razón. Tal y como le decía él a Silvia. A decir verdad, le largaba una serie de cosas, como que el jefe nunca se equivoca, y un par de cosillas más. Suficiente para ver su estilo de dirigir.

Otra cosa que me disgustaba mucho de él, es que incluso yo abriendo antes de la hora, llegaba él con cara de mala leche. Siempre que lo veía así (o sea todos los días), me preguntaba, “¿qué he hecho mal? Seguro que algo”. También suponía que era el truco usado por los malos empresarios, para imponer respeto, y que de ellos se diga que no se anda con chiquitas. Pues váyanse todos a la “M”. Un gran estudioso de esos temas, Dale Carnegie explica que precisamente hay que hacer todo lo contrario, reír, sonreír, decir la verdad, en fin, todo lo contrario de lo que he visto hacer a todos, menos a mi padre, con el público.

Me he adelantado mucho, casi un año, de por donde iba el relato.

Cuando Álvaro estaba de vacaciones, generalmente me sentaba en su sitio, pues la mesa era mayor y estaba más desocupada, también tenía una silla mejor, pero con su sobrepeso (que él no estaba gordo, ya saben) y los movimientos bruscos y acentuados que hacía, la tenía enormemente desajustada, y al sentarse uno en ella, se notaba inestable, baja, pues no se podía subir, ya que la palanca estaba estropeada, y el respaldo estaba vencido, por lo que uno se sentaba a trancas y barrancas, a pesar de ser una silla de buena calidad. La había roto en menos de un año. Todo un récord.

Para mí, había una silla blanca, la típica silla barata de plástico que se venden tan económicas en los grandes supermercados.

Cuando era Silvia la que estaba de baja o de vacaciones, daba gusto coger su sitio. De todas formas, todas ellas, me daban la sensación de haber aguantado la expulsión de muchos gases, por parte de todos. Sospecho que el control de sus esfínteres, no fuera muy preciso.

Ayer, y días anteriores, he venido pesando, quizás por haberlo visto, leído, o tal vez soñado, que no sé si en otras dimensiones de este u otro mundo, existirán lo que aquí son insectos, en particular las cucarachas y cigarras, pero gigantes, del tamaño de seres humanos, y más concretamente meciendo una cuna con balancín todo ello de madera, y sorpresa, sorpresa, en su interior, ¿qué hay?, un niño chico, un recién nacido, y los padres, ya sean naturales o putativos, eran esos ya de por sí desagradables insectos, esos gigantes respecto a lo que estamos acostumbrados a ver de su especie en nuestro mundo, pero no en el mundo de ellos. Encima, les hacían carantoñas y demás gracias al recién nacido. Cayéndoseles la baba a sus progenitores sobre él.

¿Recuerdan a Soraya?, no la novia de mi hermano, sino mi amiga. Debe ser que le interesé por algún motivo, pues lo cierto es que me llamó. Quedamos en salir cuatro personas, ella y una amiga, y yo y un amigo, el Lu.

Fuimos a un bar que hay por León y Castillo, cerca de Mesa y López, donde ya antes había estado con Li Li y Tony. Aquí nos pusimos como el Quico. Yo no bebía, ellas y él, creo que pidieron vino. Soraya me preguntó si estaba libre en cuanto a compromisos sentimentales. Le respondí que desgraciadamente sí. No me supuse que ella divorciada y con hijos, iba a pretenderme, pero así lo hizo. Nada de lo dicho sería inconveniente, o no tan inconveniente, como su exceso de peso.

La amiga, era una minusválida que usaba ortesis para poder moverse. También era un poco baja. Era funcionaria, administrativa, con la plaza recién sacada –“enhorabuena”–; una que ya sabe que no se muere de hambre; seguro que ahora la acosarán los pretendientes.

Íbamos todos muy bien vestidos, nosotros con chaqueta y corbata, y ellas con trajes.

La cena fue un éxito. Había visto a una colega, que se pondría a trabajar con mis tías, y a Charlie, con una chica monilla hasta que se rió y se le vieron que desafortunadamente la dentadura estaba bastante incompleta. No estaban cenando, sino tomando una copa.

Charlie fue a saludarnos, pues fue él quien primero nos vio. A la salida fuimos nosotros quienes nos despedimos de la parejita.

e-libro.net

Según me dijo Mabel, la secretaria del colegio de farmacéuticos, que se casaría con un farmacéutico con oficina de farmacia, Carlitos terminaría casándose. Cosas peores se han visto; bueno, no sé, quizás sí, quizás no. Mantiene ella mucha relación con ellos.

La verdad es que a pesar de pagar entre el Lu y yo la cena, me gustó salir con ellas; caras nuevas a la vista. Después nos fuimos al Rock and Roll los cuatro. Ahora eran ellas las que pagaban las consumiciones. Acabó bien el día, yo sereno y los otros un poco borrachos, o si no algo más bebidos de lo aconsejable.

Nos llevaron hasta mi casa. El Lu no quiso subir a mi casa a tomar café, pero tampoco quiso ir a la suya hasta que ellas se fueran de la vista. Era la primera vez que veía al Lu, no estar conforme, más bien humillarse con la suerte que le había tocado vivir.

No fue esa la única vez que las invitamos; al poco me volvió a llamar y las llevamos a Las Coloradas. Otra vez cinco mil pesetas cada uno, encima, ya no estaba yo tan de acuerdo con esa invitación, se estaban pasando. Ellas en cambio estaban muy contentas. Comimos no muy bien en relación al precio. Sólo había uno más con corbata y yo en el restaurante, quien al ver que no era el único que llevaba esa prenda se aumentó su anestesiado estado anímico.

Me empezaba a repatear esta gente. “¿Se habrán creído que uno está de juerga todo el santo día? Yo tengo cosas qué hacer, y encima trabajo. Bueno aparte de eso, no tengo mucha más ropa que ponerme. En fin, vamos a ver en qué termina la noche”.

Yo pensaba ir a un sitio tranquilo, en lugar de eso, nos llevaron a uno de los sitios más de moda de la ciudad, donde actuaba un conjunto de jazz. Nada más llegar, me fui al baño, a mear, a la vuelta pude ver a todo un tipazo de jovencita que estaba con uno que como mínimo podía ser su padre, por no decir su abuelo.

Ella estaba francamente bien. En cambio, yo iba con mujeres que dejaban algo que desear, físicamente hablando, quizás psíquicamente eran más aceptables las mías, mis amigas, aunque eso no importa mucho, cuando uno ve una mujer potente.

Me puse en una mesa, y allí nos reunimos los cuatro. Sin imaginármelo, me veo a Octavio y Paqui, “¡Coño, ya no quieren estar entre los mejores!”, ahora, eso sí, muy bien vestidos ambos. Sorpresa, sorpresa, a qué no saben con quienes iban, pues sí, con Soraya y Willie (me imagino que se escribe así), los que estudiaron junto a mi hermana Maru y Pepe.

Me extrañó grandemente que fueran amigos, aunque por las profesiones, bien podrían ellos cuatro compaginar, a pesar de llevarnos unos diez años de diferencia. El, Willie, era médico, y por lo que parece, había pedido un préstamo de cincuenta millones para abrir una residencia geriátrica, algo de esto he oído; ella, Soraya, daba clases de filosofía. Octavio me miró y se extrañó de verme con chaqueta y corbata. Yo llevaba una camisa color verde botella claro, y una corbata roja y amarilla. Llevaba chaqueta azul, bastante usada, muy vieja, a diferencia de él, que parece que siempre lleva ropa nueva o muy poco usada. Eran los vencedores del asfalto; o ¿quizás sean ya viejas glorias? No lo puedo saber. Paqui me miró y, probablemente comprendió mi situación, y pensaría: “lo siento por nosotros, sé que tú sigues, pero yo he obligado a Octavio a que no siga luchando con fuerza…”

Me sentí muy incómodo, por lo que les dije a los siete:

—Bueno, señores, yo me voy, que tengo prisa.

Mis acompañantes me insinuaron que se iban conmigo. No puedo saber la reacción de los demás, pues no dejé tiempo a más (ni menos, a ninguno) comentarios.

Salí a toda velocidad. Antes, ya habíamos comentado Octavio y yo lo de la chorva tan asombrosa. Se ve que no es muy normal ver a tales preciosidades, y encima ufanas y seguras de sí. Era una rompebraguetas, perdón, rompecorazones.

Una vez fuera, me quedé viendo una moto muy mona, y por supuesto nueva. Se oían ruidos en el tubo de escape de tan reciente como estaba de haber sido usada por primera vez.

Me quedé escuchando los ruiditos que despedía el motor, sin entenderlo bien. Sí descubrí una cosa: Aquí se mueve dinero. Yo, desde luego, no lo tenía.

Al poco salieron mis acompañantes:

—Yo me voy para mi casa, ustedes hagan lo que quieran.

—Nada, vamos todos juntos.

Desgraciadamente, me vi en la situación de decirles:

—Si quieren vamos a mi casa a tomarnos un café.

e-libro.net

Todos aceptaron. Soraya le dijo a su amiga:

—No te preocupes, que yo ya he ido otras veces y no pasó nada.

"La cosa, pensé yo, es que pasa tan poco, y encima ya están cogiendo la costumbre de terminar y empezar en mi casa".

Fuimos los cuatro. Les pasé al salón de la casa. Tomamos café, unos cuantos, y cuando a ellos les pareció se terminó la velada. Ya estaba cansado de tanta vida social. La gente parece que no tiene nada que hacer, y sin embargo, Soraya me había contado que su día era: ir a trabajar, hacer la comida a los hijos, ir a la piscina a nadar (no se duchaba al llegar a la casa y ni siquiera a la salida de la piscina. Me extraña mucho, qué raro, que más le dará quitarse el agua común a todos los bañistas, vamos a no llamarlos nadadores), terminar un máster, y estudiar la carrera. "¡Joder!, cómo le puede a la gente dar tiempo de hacer tanto, en fin, seguro que yo soy un tolete".

¿No se los había dicho?, pues sí, Octavio ya tiene unos cuantos hijos, un mínimo de dos. Él se las da de no ser un buen padre, quizás sea así, pero yo pienso que eso no son cosas de las que alardear. Sí sospecho, que están todos bebiendo en exceso; no todos los días, pero sí frecuentemente.

A este respecto, Álvaro me solía preguntar:

—Y, Tomás suele beber.

—Bueno, antes bebía menos que yo, ahora no sé, pero algo sí creo que beba.

—No, porque siempre que salimos juntos dice de bebernos un vino y demás.

Lo enmascaraba bien, y hoy día sigo preguntándome qué quería decir con ello, si le parecía bien o mal; ahora pienso que me quería decir que no es aconsejable beber con sus colaboradores. Sin embargo, yo creo que si se tomaba los vinos con ellos, era para desinhibirse y cantarles las cuarenta. Bueno al menos eso creo. Ni se lo he preguntado nunca, ni él me lo ha contado tampoco.

A mí lo que me interesaba es que tenía un trabajo, y debía cuidarlo, por fortuna, había erradicado el alcohol de mi vida, pero, ¿estaba totalmente libre del alcohol? No podía decirlo hasta enfrentarme con situaciones límite.

A pesar de lo que creía, podía trabajar en farmacias y no beber. Esta era cojonuda, tranquila, con poco trabajo, a pesar de ser yo el que lo hacía en su mayoría, se podía hablar algo, más oía de lo que hablaba, pero aún así era sin tensiones, salvo que estuviera el jefe. Con Silvia me cabreaba, pero empezaba a faltar mucho al trabajo. Tomás se lo perdonaba. Y sobre todo y más importante, se podía leer, todo un triunfo, eso se debía a que había tiempo libre, a pesar de que si Silvia no faltaba, el menda, sólo iba media jornada.

Soraya había quedado en llamarme, me estaba resultando pesada, y no sabía cómo decírselo. Quizá la mala fortuna, que me llamara un día, de los pocos que estaba hasta los mismísimos cojones, y le largué emputadísimo:

-¡No voy a salir, si quieres llama al Lu!

Silencio.

-¿Nos seguimos telefoneando? –dije más casi como compromiso al ver lo duro que había estado, pero me estaba robando, no ya el dinero, sino algo más importante, el tiempo.

—Bueno, bueno, vale, sí, nos llamamos.

No nos hemos vuelto a llamar nunca más, a pesar de arrepentirme de haberla tratado tan mal. El peor inconveniente al margen de haber perdido unas amistades, es que perdí unos doce o diez libros que le había dejado. Me juego que piensa que me sobra el dinero, cuando no es así ni mucho menos. Todo lo contrario, generalmente por el dinero, me encuentro en situaciones angustiosas.

Sé que debe pensar que soy un déspota, pero ella ha de pensar que tuvo poco tacto al solicitar tantas citas seguidas, supongo que pensaba que me sobraba el dinero y el tiempo; no cada vez me sobra menos de los dos. Yo cobraba poco más de setenta mil pesetas al mes.

Me doy lástima de mí, al ver artículos sobre escritores clásicos, cómo han influido en la sociedad de su época; y yo, con estas páginas desabridas e insulsas, ¿a dónde quiero llegar, que quiero levantar o hundir? Nada, a no ser el bajar a mi profesión, pues si alguno se cree que está en un pedestal, a los licenciados me refiero, pues no, sepan que somos el absurdo de los absurdos, y si alguno piensa que con mi carrera va a vivir bien, todo lo contrario, se pasa más hambre que con otras. De acuerdo que se encuentran trabajos más fácilmente, que por ejemplo con las humanísticas, pero de una calidad muy mala, y encima muy mal, malísimamente pagado.

e-libro.net

Algunos, unos pocos, los que son ricos, lo son, pero los que no, no tenemos donde caernos muertos. Y lo puedo decir casi literal, pues ni en la funeraria me he podido suscribir, por carecer de medios. Estoy apuntado a algunos seguros, que espero, si fallezco sin tener medios, con lo que saquen, puedan mis familiares enterrarme, y si no, a la fosa común, o a las facultades de medicina, para los estudiantes y futuros médicos, que para lo que uno vale, tan bien que está esa muerte. Además, después de muerto, para qué quiere uno reposar bien, ni que fuéramos y pensáramos como los faraones egipcios, para que nos metan en las pirámides, etc. No, soy cristiano, y por ello sé que mi alma no se queda aquí, por lo que lo que quieran hacer con mi cuerpo no me importa mucho. Bueno, algo sí, no me gustaría que se desmenuzara en pedazos y sirviera de carroña, para eso, prefiero dárselo a la ciencia y a la medicina, que mejor uso se le daría, aunque a veces piense que me duele que los estudiantes jueguen y maltraten lo que antiguamente era mi cuerpo.

¿No son los clásicos unos best-sellers, y no lo fueron en su época?, entonces asunto de qué viene ese cuento de desprestigiar hoy día a los que se clasifican con este nombre, es que ¿no les gustaría a los escritores que venden menos, estar dentro de esa categoría?

Me juego que El Quijote, lo sé por haberlo leído, batió récords de ventas, y es por ello por lo que se sabe que en su día tuvo aceptación, y hoy la tiene, seguro que basándose en eso. Un ejemplo actual, ¿no sería Umberto Eco con su famosa novela?, ¿no será quizás uno de los grandes clásicos en el futuro, ella? Pues yo estoy por apostar que sí. Cuando me leí esa novela era joven pero me impactó; ahora la tengo pendiente de relectura. Quizá, puede que la traducción que tengo no sea muy acertada, y encima hecha con prisas. También pudiera ser, así y todo fue todo un acontecimiento cultural en occidente.

Me contó Soraya de un familiar que tenía ella, que estaba becado, pues no tenía dinero para costearse la cara (supongo) carrera de medicina. Estudiaba lo más que podía. De septiembre a Julio, estaba encerrado estudiando, según parece, no venía a Gran Canaria, ni para Navidades, ni ninguna otra fiesta. Era un estudiante modelo que defendía sus garbanzos a base de bien. No le quitaron la beca, gracias a la que vivía, y pudo terminar la carrera, y hacer la especialidad. No recuerdo cuál, pero sí dijo, sin embargo, que cuando llegaba el verano, venía aquí, y estaba todo el tiempo borracho. ¿Es esto lo que pretende nuestra sociedad? ¿Por qué, como me dijo Domingo, no nos enseñan a divertirnos sin alcohol? Según leí en un periódico, la que fuera primera ministra inglesa, la Dama de Hierro, estaba bebiendo de forma preocupante. Si soy ahora de la opinión, que el beber algo más que de vez en cuando una copa, es ya excesivo, cuánto más no eso. ¿No se le puede echar un capote, a toda una institución; no tiene amigos, o por qué se portan tan mal los estados, me refiero a los democráticos, con sus antiguos gobernantes?

También lo digo por Felipe, al que espero que le vayan mejor las cosas. Al menos, sé que su opinión sigue teniéndose en cuenta. Es una lástima que no siguiera en la alta política, entre los que hacen la historia de España, y quién sabe si la europea, y, por qué no, la mundial.

A pesar de que por mundial se entendiese hasta hace poco América y Europa, y encima, muchas veces, ni siquiera a Iberoamérica se consideraba parte del mundo.

A muchos les entiendo, en eso del alcohol, a pesar, de tener claro, que los bebedores dicen:

-¡Que va, yo no soy un alcohólico!

No, somos los abstemios. Ojo, yo que lo he sido, lo puedo decir, y me gustaría que no existieran ese tipo de drogas. Es casi seguro, que esa dependencia, me costó muchos años de mi vida en la carrera, y en el terreno profesional, fuera el motivo por el que me expulsaran del trabajo. Seguro que don Rafael veía que yo iba cada vez peor, y que encima no era del todo sincero con él ni con nadie.

Pregúntense, si no, por qué la actual farmacéutica que trabaja bajo sus órdenes, ha estado tantos años allí. Yo duré menos de tres, ella lleva más de seis. Disfruten la diferencia; y quizás, ganando más que yo, seguro.

Muchas veces, me suelen decir, pero por qué no te tomas una copa, o un vino, o una cerveza. Yo sinceramente a veces me lo planteo, “bueno, una copa no hace daño a nadie…”, pero podría realmente quedarme en esa copa, o abriría la puerta a sucesivas. Ya ven, un libro aconsejable para esto de los alcohólicos, es “El Testamento”, de Grisham, muy aconsejable. No opino sobre su calidad literaria, que no entiendo tanto de eso, pero sí lo considero aconsejable para los que abusan o abusaban del alcohol. Quizás me pasara a mí igual que al abogado alcohólico. No es de extrañar que a las mujeres medianamente guapas, no les interesara yo para nada. No es extraño, ver mi pinta, y saber que con una copa delante bebo y bebo sin parar, y encima no soy gracioso, por no decir que soy un pelma.

e-libro.net

También es verdad como dice ese escritor, que a lo más que se podía aspirar en esos ambientes, era a una secretaria de alguna oficina, ni siquiera a una administrativa; esto del rango no lo es todo, pues lo malo, es que quizás ellas también fueran borrachas, que no lo discuto, pues si no, qué hacían en esos sitios a parte de ir a ligar, y donde por cierto, yo nunca ligué.

No me explico el que Águeda dijese eso de que Pedro no bebía, pues ella también lo hacía, recuerden si no, donde nos conocimos nosotros. Otra cosa es que dijese que por qué bebía tanto (Dios mío, mis abusos en los "placeres de la vida", me han llevado a malvados y desastrosos derroteros, en los que caía y volvía a caer, y no aprendía).

Bueno, en la farmacia de Tomás, tomaba exceso de café, y fumaba mucho. Consecuencia, estaba a veces cardíaco, tenía los dientes cada vez más sucios, usaba y abusaba de inhaladores broncodilatadores, ¿y yo que sé qué cantidad de disparates cometía?, y no es eso lo peor, sino que con algunos sigo.

El café, era, si iba sólo media jornada, al principio de ella, servía cuatro cafés (no cortados), hechos en una cafetera para doce tazas, llena hasta la válvula de seguridad. Se servían en unos vasos de vidrio, o sea de "cristal", y en cada uno distintas cantidades de azúcar, al gusto de cada uno. Silvia lo tomaba amargo, Álvaro con cuatro cucharadas, (él no estaba gordo), recuerdo, sí es cierto, que no comía dulces, Mamá Lala (como la llamaba Álvaro) una o media, y yo, una, era todo extraordinario.

La cafetera tardaba mucho en salir, por fortuna para mí. A veces, me metía en el despacho de Tomás para curiosear, y allí, como si de algo sagrado o muy inestimable para mí se tratara, palpaba suavemente todo lo que había sobre la mesa, en las estanterías y poco más, pues poco más había.

Los cajones no me atrevía a abrirlos, entre otras cosas, porque por fortuna estaban cerrados. Poco a poco, día a día, la farmacia se había ido llenando, de papeles, revistas, facturas, etc., y lógicamente de las cosas típicas de las farmacias, medicinas, papillas, tarros estériles, tintes para el pelo (muy de moda, un tipo de esos, que en aquellos días hicieron furor entre las mujeres). La verdad es que les sentaba a la mayoría fenomenal. Me imagino que se seguirán tiñendo, pues a pocas (y cada vez más), les gusta el color de su pelo. Yo, que cada vez lo tengo más blanco, estoy conforme con él. Ya pocos me dicen si soy rubio, pues así lo era, pero ya no lo soy.

Tomás iba también envejeciendo, aunque yo me cuestionaba, que si a él, la vejez, le estaba sentando mejor o peor que la mía.

Silvia tenía el paladar y las encías muy rojas; yo, sin saber nada de esto, me preguntaba si se debía a una deficiente alimentación, estaba por asegurarlo. Yo no diría que estuviera anoréxica, pero muy sana no parecía estar, y sólo digo que parecía.

Tenía amigas gordísimas, que iban allí a comprar medicinas para ello; otra adolescente que según decían había sido muy gorda, se iba a pesar todos los días, y su obesidad, iba dando paso a un hermosura serena y ambiciosa. Se pesaba diariamente, en una pesa de las que dan la talla y el peso, muy malas de cogerles el tranquillo, pues desde que se moviera el cliente, la báscula no emitía el peso exacto. Era negra, y de estilo muy moderno, pero la verdad, quizás buscando una máxima precisión en la pesada y altura, son demasiado sensibles para las personas que no tienen práctica. Era corriente, tener que poner más monedas para una nueva pesada del cliente usuario. El dinero, se cogía de la caja, por lo que había que escribir en un papel, la cantidad que se retiraba, con ese fin. Muchos ponen: "Peso: 50 ptas."; yo, sabiendo que es más difícil de escribir, pero creyéndolo más exacto, ponía "Báscula: 50 ptas."

Ya han visto el precio, ¿caro no?, y más si lo comparamos a la gratuidad de dicho artefacto en la farmacia de mis tías. Quizá abusaba mi colega, en eso el ser la única de la zona. Más barato, para los usuarios comunes, es comprarse una de baño, que hay de varios precios.

Me había dicho mi jefe, que en principio, pensaba, así le había dicho el vendedor, ponerla a cien pesetas. Todo un robo a mano armada, aunque no se lo mencioné: ¿prudencia?

Silvia, quizás por ser de las más apetecibles del barrio, tenía muchos pretendientes, no perdón, clientes, que se confiaban a ella.

Entre las clientas fijas que me atraían, estaba una que tenía siempre el pelo muy bien peinado y muy teñido. Era peluquera, la dueña de la peluquería, guapa, con niños chicos. No sé si casada o con novio, pero a mí me atraía.

Yo le preguntaba a Álvaro:

—Y esta chica…

—Es peluquera, pero la dueña.

e-libro.net

—Ya, ya…

Ya me entienden, él sabía exactamente lo que yo ganaba, lo que no sabía el resto de las personas, y probablemente ni se imaginaban, si nos guiamos por el vestuario.

Ella, que al principio, y muchas veces más, me cayo mal, pues la consideraba un poco déspota, y que venía exigiendo, venía con bata, y fue por ello por lo que desde que la vi un par de veces, pregunté por su profesión. Por ello y porque aún en el odio, era atractiva, le pregunté.

Supongo que yo a ella tampoco le caía sumamente bien; al final entramos por el aro. Si estaba ella sola cuidando a sus hijos, tiene todo mi mayor respeto. Parecía que las cosas le iban bien, muy bien, mirando todas las veces que iba y siempre compraba algo. Otras cosas las compraba por necesidad, las leches especiales adaptadas para dietas no normales. Bueno, la normal sería la del pecho de la mujer, pero cada vez, parece que se usa menos. No porque los médicos analicen la leche materna y sepan de qué carece o el motivo por el que el recién nacido, no mama.

Verán que por desgracia, y con motivo de haberme alejado cada vez más de la universidad, mi vocabulario es todo, menos científico.

Mi madre, en cambio, no crió con su leche a ninguno de sus hijos, pues tal como ella decía:

—Mi leche era mala.

Lo que tenga de cierto, o lo que encubre esta respuesta, no lo sé. Quizás mi padre no quería, vayan a saber ustedes el motivo.

Otra chica a la que no caía nada bien, y se cabreaba conmigo sordamente, mientras que yo, intentaba aplacar sus iras de forma callada y humildemente, no queriendo avasallar, era una que diría que no trabajaba, y según me había contado Álvaro, su marido, había sido futbolista de la U.D. Las Palmas. Esperemos que haya ahorrado, aunque me da que no fue el caso. La pobre, aseguraría que en un tiempo fue guapa, pero ahora empezaba la treintena; dolorosa esta época para algunas mujeres. Por desgracia. Quizás fuera la causa, el haberse visto arriba, y de golpe y porrazo abajo. El oficio actual de su marido no me lo llegó a decir el colaborador.

Siempre llegaba algo agresiva, y yo pensaba: "¿Por qué te pones tan agresiva, mujer. Pero si lo único que quiero es cumplir con mi trabajo?" Para ser sinceros, aunque me tragaba la mayoría de las cosas, solía pagar a la gente con la misma moneda, o si no, callándome y bajando la cabeza, dando a entender que no quería molestar, ni incordiar en el barrio, tan sólo cumplir con mi obligación. Eso sí, lo mejor que pudiera, que no es poco no. Realmente tampoco era mucho.

De entre todos, me caía muy bien una señora de ochenta y tantos años, muy flaquita, bajita, pero muy cariñosa, una bellísima persona. Era de esas que no creen mucho en los médicos, y por tanto prefieren ir a la farmacia, pagar el medicamento, casi siempre cosas sencillas, y de vuelta a su casita. Su hijo, ya jubilado, me caía también muy simpático, muy agradable, y se le notaba que tenía ganas de vivir.

Uno de sus mejores pasatiempos, era la pesca, iba a hacerlo con mucha frecuencia. Álvaro acostumbraba a preguntarle cosas sobre eso; él también iba a pescar a veces, pero ya no con tanta frecuencia.

El colaborador, Álvaro, me contaba más de una vez, que él había tenido una tienda de comestibles, y que por ejemplo, las botellas de güisqui (y supongo que todo lo demás) las compraba en los economatos, y luego él las revendía más caras. Según parece, cuando empezó a trabajar él, aparecieron los supermercados, que le arruinaron de una manera bestial, tuvo que cerrar el quiosco. Sus ansias de grandeza se esfumaron. Hay que ver qué rápido se cansó, no pudo tan siguiera independizarse en un pequeño barrio. Llegó a parar a una farmacia a la que nadie iba, y que nadie conocía.

Otro caso que me solía contar, fue sobre sus primeros empleos, cuando era adolescente; en esa época podían trabajar desde casi niños. Su patrón era D. Domingo Martinez, uno de los jefes de Cofarca, cuando ocupaban un pequeño local por la antiguamente llamada, Calle General Franco. Allí empezó sus primeros pasos. Le gustaba el trabajo, porque le ponían una bicicleta para su uso.

Consistía la cosa en anotar los pedidos de los farmacéuticos que, se hacían por teléfono, y allí luego ellos recogían la mercancía de la estantería y los llevaban en la bici a la farmacia. Algo como verán tercermundista. De esto no hacía tanto tiempo. Los pedidos hoy se hacen de forma más sofisticada. Que yo tenga noticia, el último invento ha sido por medio del ordenador. Yo empecé a hacerlo así en la farmacia de C..., recuerden. Ahora yo no lo hacía, pues era Silvia la encargada de ello.

Don Domingo, todo según versión de Álvaro, se les enfadaba y les expulsaba del trabajo:

-¡A la calle!

e-libro.net

Acto seguido los volvía a contratar, cuando los veía sentados en la acera.

Eran otras épocas. Verán que sus hazañas no eran grandes, todo se resumía a ir a un almacén, coger diez o quince aspirinas, y llevárselas al farmacéutico. Les llevaban una factura, y algunos se lo pagaban y otros no, vivían del fiado. Yo siempre me he acomodado a lo que he tenido, pero siempre pido más y más. Hay algunos que tienen más de lo acostumbrado para sus esfuerzos intelectuales y quizás se vuelvan medio tontos, absurdos, nuevos ricos. Qué sé yo.

Otra cosa con la que disfrutaba ese mancebo, era con ir al cine de vez en cuando.

Me contaba que solía ir a jugar al fútbol a unos solares desiertos que había por el antiguo Hospital Militar. Le encantaba ese juego, y hacer "guirreas" con piedras. Siempre se lesionaba alguno, al que llevaban a ese hospital, y allí el practicante lo curaba, algo ciertamente entrañable. Quién sabe si Napoleón no tuvo una niñez así, o una madurez de auxiliar en una farmacia. No sé si me entienden. ¿Me explico? Aun así, Álvaro es una persona entrañable, magnífica, a pesar de sus defectos, que son defectillos, y sus virtudes. Congeniamos mucho. Serían varias las tardes en que se me ponía a contarme su vida. Últimamente dormía algo más, sobre las seis o siete horas. Antes dormía cinco o menos. Se dormía viendo en el dormitorio la tele, ya no sólo por dormir, sino para no ver a sus "familiares". Se aficionó según decía a ver los fines de semana, las películas porno del Canal Plus, supongo que eso quería decir que después se pegaba un polvo con Expedita. Nunca me lo dijo. Pues unas veces el sexo es el gran tabú, y otras se cuentan sin tapujos. O sea, las batallas extramaritales, están para contarlas, mientras que las de la pareja actual, son secretas, y no se habla de ellas. Al menos, eso es lo que más comúnmente me ha ocurrido.

Me da que estoy en lo cierto, pero no veía a Expedita con muchos luces. Siempre que llegaba, nos daba unos besos a todos, a Álvaro también, en la boca. Yo no estoy acostumbrado a dar besos de tornillo, ya saben, como todo, sospecho que la cosa es empezar.

Sin embargo después, vaya donde vaya, me agencio una considerable cantidad de revistas porno, siempre claro está, dependiendo del dinero del que disponga. Iba en esos días a los sex-shops a comprarlas.

Hace poco he leído que han abierto nuevas tiendas sobre el sexo.

Es mi gran problema, soy muy religioso, o al menos eso creo, pero la carne me tienta una barbaridad. No me extraña que para algunos sea el anticristo. Los amigos que más o menos manejan el mismo dinero que yo, o sea Control, Tony, etc., tengo de todos, desde algunos que los han expulsado de la Iglesia por motivos de sexo, hasta los que son vírgenes, y que lo más que miran son revistas de modelos muy hermosas, pero no en plena acción.

Tony empezaba a hacer más migas conmigo, mientras me alejaba más del Lu, quién estaba como loco buscando novia. Un chocho vamos. Tony era un degenerado, al menos a mí me lo parecía. Se estaba enamorando continuamente de una y otra. Yo también, pero él se acostaba con ellas, mientras que yo, últimamente, ni siquiera me decidía a atacarlas, por pensar que ahora, con la que saliera, sería la definitiva. En parte, también afortunadamente, pues no me explico como iba yo a mantener una casa de familia con setenta y dos mil pesetas. Sepan que casi las diez mil, encima, eran dinero ilegal, o sea lo que se dice por debajo de la mesa. Con esto quiero indicar que la verdad es que, estoy en una profesión en la que el fraude es bestial, y luego se quejan de los que salen por la tele y que roban tal o cual cosa.

Me hizo gracia un día que Pellicer, creo que es su nombre, una de las noticias que dio por el telediario nacional, era que un fulano había robado en un banco un millón de pesetas. Algo realmente absurdo, tal noticia ya casi al final del siglo XX. Me quedé pensando: "O hoy no hay noticias, o se acaban de quedar con este periodista", que todo es posible. Después de ver lo que "rectificaron" con Gorvachov, no me extraña nada. De llegar como una persona que no se anda con chiquitas y que le gustan las cosas bien hechas, aunque para ello se sea exigente, a pasar a ser una persona simpática y que compagina con la España cañí, de guitarra y pandereta (se dice así ¿no?). No voy a contar ahora cómo ocurrió lo que vi por la tele cuando lo entrevistó el Sr. Hermida, pero que lo vi y lo tengo guardado en mi cabeza, es bien cierto.

Pero en fin dejemos eso de los cuidadores de imagen y vayamos a algo más terrenal, la boda de Silvia y Alejandro.

Fue ese septiembre. Tomás y Herse, fueron por mi casa a buscarme. Él, llevaba la camisa sin corbata, por lo que se la puso sobre la marcha, en la calle. Yo iba con el traje gris marengo. El traje de Tomás, más veraniego que el mío, no terminaba de gustarme. Era en tonos verde claro.

e-libro.net

Fuimos en el coche de Herse, conducido por Tomás. Por fortuna, ya había nacido el retoño, por lo que los fuertes olores de mis colonias ya no le mareaban, menos mal. El recién nacido, claro está, no fue con nosotros. Ellos no sabían si ir a la celebración o no. Yo tampoco. Al final, ellos mirando al personal que iba, optaron por no ir. Yo, sin embargo, y siendo que no me llevaba tan bien con Silvia, opté, para mi mala suerte, ir.

Al llegar a la iglesia, estaba el novio esperando en la puerta. En total esperó casi una hora, o tal vez un poco más.

Me dio la sensación de que estaba peor vestido que de normal. Seguro que era fruto del nerviosismo, por lo que se le desencajaba la cara y se le descomponía el cuerpo.

Allí vi a Álvaro y Expedita. Él llevaba unos pantalones de pinzas azules y una camisa de seda verde, de manga larga. No iba de chaqueta, tal y como había indicado, que él, prácticamente nunca la utilizaba. Efectivamente, nunca le había visto con ellas. Expedita no recuerdo cómo iba.

Después de mucho esperar, llegó Silvia. Tampoco me pareció muy guapa. Seguro que también era por los nervios. Si no, no me lo explico. Estaba algo más flaca de lo aconsejable. Lógicamente ella iba de blanco. El traje no me gustó mucho, pero qué le íbamos a hacer.

De quién no me puedo quejar era de las damas de honor, sobre todo dos, muy atractivas, aunque eran jóvenes, tenían según calculaba más de veinte años o por ahí. Estaban bien maquilladas. Una de las preciosidades, era la hermana de Silvia, y la otra un familiar.

La hermana mayor, también estaba muy guapa, quizás con uno o dos quilitos de más. Bueno, según me enteré después, estaba embarazada.

Tanto la madre, como la hermana mayor iban alguna vez por la farmacia, por lo que no me resultaban del todo desconocidas. Todos iban de boda, cómo no iba a ser si no.

Según podía ver, la gente no iba nada bien vestida. Éramos pocos, los menos, los que llevábamos traje de chaqueta. “¿Qué raro, cómo va esta gente a las bodas?”

Al sentarmos en la “Iglesia Redonda”, a la que iba en mi niñez con mis hermanas, me fui a un sitio desde el que se veía más o menos bien, pero estaba casi yo solo.

La ceremonia se me antojó larga e insulsa. Por fortuna no me dieron ganas de orinar.

Cuando salimos, no les tiré arroz, pues no me salió de los cojones, cuando mi jefe y su esposa, y me dijeron:

—Nosotros no vamos a la celebración, porque tenemos el niño solo.

Yo, como siempre, poco inteligentemente, no me fui con ellos sino que les dije:

—Yo voy con Álvaro. Pues bueno, adiós, adiós.

—Adiós, adiós.

—Adiós, Antonio –me dijo cariñosamente Herse.

Pusieron una excusa convincente pero muy manida, su hijo. Seguro que si fuera otra boda, sí irían a la celebración. Fui con Álvaro, delante en el coche.

La celebración era, en Las Mesas, antes de llegar a Tenoya, en un local de mala muerte.

“Esta gente, está peor de dinero que mis amistades –pensaba yo– …y eso que me consta que mis amistades no son nada ricachones, aunque ellos se lo crean…”

Allí comí poco, un par de tapas, y no aprovechaba a comer, siendo que intuía que no iba a haber “platos de comida”. Así fue. Nos pasamos el tiempo, hablando Álvaro con una representante de medicamentos, yo callado y su amante por el otro lado también callada. Alvaro trasegaba cerveza tras cerveza. Yo, al no haber cerveza “sin”, no tomé más que refrescos. Cansado por el gran aburrimiento, decidí ir a orinar y a tomarme un café.

Entré al bar que iba yo con mis amigos, y allí pedí un café y aflojé los esfínteres de la vejiga urinaria y el pene. Descansé.

Me tomé el cortado y me supo. Después, sabiendo que aquello iba de largo di un paseo. Vi la farmacia de Manolo Guerra, muy modosita la entrada. Era una simple puerta de madera, sin cristaleras.

En la celebración, a nuestro lado, había uno bien vestido, con su familia más o menos bien vestidos también. Lo que pasó es que el susodicho, se las daba de rico en exceso, y no lo era.

Llegué, me volví a sentar, y veo que están cortando la corbata del novio para sacar dinero. Pensé en darle dos mil pesetas.

Álvaro me dijo por lo bajo:

—Esto no me gusta. Yo ya le hice un buen regalo, así que vámonos; no pienso darles ahora más dinero.

e-libro.net

A pesar de que mi intención era darles algo, me fui con él. Tomamos en el mismo sitio otro cortado. Él, "un café corto y espeso", tal y como siempre me decía que lo pedía. Era Álvaro un señor sano como verán, alcohol, tabaco, café, el juego, las mujeres, y a saber que otros defectillos más.

Yo, fumaba cigarro tras cigarro. Había comprado Camel para la ocasión. No era cuestión de ir hecho un muerto de hambre, que por cierto, lo era.

Al llegar, me dijo la representante medio bebida:

-¡Ay!, te fuiste para no poner dinero.

Yo pensé: "¿querrá acostarse conmigo, no sería mala idea?" A esta idea le había estado dando vueltas a la cabeza todo el tiempo, pero hasta ese momento pareció ignorarme.

Ya no había casi nadie en el local, ahora estaban todos arriba en el baile. Me dio la impresión de estar en un pueblo, y lo estábamos.

Nos sacamos un par de fotos con la pareja, mientras se oían los típicos:

-¡Vivan los novios!

-¡Viva! –respondían todos.

Un festejo, ya digo, sin precedentes.

Por supuesto tras un par de fotos, nos fuimos. Yo, lo más rápido posible. A la bajada de la boda, me di cuenta que era la Fiesta del Pino, al ver la gente que iba a Teror en peregrinación. Toda una odisea.

Muchos iban bebidos y bebiendo. Álvaro, que no estaba menos, casi atropella a muchos de ellos, dándoles golpe tras golpe a todo el que invadía la carretera. Más de una vez oía ruidos sobre el espejo retrovisor y el cristal, que yo ya había subido, al ver las intenciones del loco conductor.

-¡Que vayan por su sitio! –decía Álvaro a gritos.

Me juego que él era igual o peor que ellos, si algún día hizo esa peregrinación, o fue alguna vez bebiendo por la carretera. "¿Pero este hombre está loco. No ve que puede matar a alguien. No sabe que tiene una máquina peligrosa en sus manos?", me interrogaba yo. A partir de ese momento, Álvaro perdió para mí, muchos puntos.

Con su coche, un utilitario azul, pequeño, con parches con minio, iba lanzado, dando la sensación, tal y como les pasa a mucho desaprensivos, que se creen que tienen el mejor coche del mundo, y que por tanto no iba a fallar, que ni reflejos, ni frenos, fallan nunca; hasta el día que fallan, y entonces…

Por fortuna, llegamos a salvo a mi casa. Tampoco llegamos a matar a nadie, pero por poco. Del coche no puedo decir que no le pasara nada.

Al llegar, más por cortesía que por ganas, les invité a subir, ellos, por suerte no aceptaron. La cosa iba bien.

Como es natural, los recién casados no fueron más por la farmacia, hasta después de la luna de miel. Fueron a Francia a lo de Disney. Durante ese tiempo, puedo decir que descansé. Estaba mucho más relajado, a pesar de que tenía más trabajo. A decir verdad, hacía yo casi todo el trabajo. Tomás no preguntó por la celebración, por fortuna, pues le hubiera dicho, de encontrarme con él solo, la verdad.

Llegaba y hacía el café, casi la misma cantidad, pues usaba vasos mayores. Lógicamente cuando Macu no iba, hacía algo menos. Cuando estábamos los tres, hacía casi lo mismo.

No lo he dicho, pero últimamente, me he puesto a recordar mis primeras lecciones en el Santiago Apóstol, una de ellas era cuando hablábamos del Tercer Mundo, se veía por ejemplo un pescado por un lado, y por otro una caña de pescar con la leyenda: "No le des el pescado, enséñale a pescar", igual con los cereales y legumbres, por un lado, y por otro se veía un tractor. Mi opinión es que éste último tendría problemas de gasoil y demás. ¿No les tiene que salir caro a los tercermundistas el conseguir combustible?, a pesar de que en algunas zonas haya petróleo a mansalva.

Otra lección era que no podíamos estar en habitaciones por la noche con plantas, pues estas, las plantas, por la noche consumen oxígeno (02), por lo que competirían con nosotros por él, y podríamos terminar asfixiándonos. Según parece, no ha sido un solo caso. Yo, cuando estaba de acampada en algún campo o arboleda, por las noches pensaba muchas veces en eso mismo. Son recuerdos que a uno se le quedan, y que parece que todos lo saben. Pues no, ni siquiera, estas cosas tan básicas, las conoce mucha gente, todo lo contrario.

Lo de enseñar y educar a los subdesarrollados, lo pude confirmar ayer mismo. Efectivamente, me contaron una cosa que se basaba en eso que he dicho. Lo conté, y a él, precisamente a Tony, le asombró que recordase esas cosas. Tenemos casi la misma edad, y él no tenía ni idea de eso. Es más, lo que había hecho el Sr. Gates, le parecía todo una novedad, y en realidad se basaba en ello. Eso sí, fue todo un acto caritativo el que diera una

e-libro.net

partida de millones para invertir en educación en países africanos. El apuesta por la educación (para salir del subdesarrollo. ¡Bien por él!) Ven que estaba basado en lo que dije. Pues a Tony, le pareció que el genio de este siglo, estaba haciendo algo sumamente novedoso. Caritativo, sí, novedoso, ya no tanto.

Quizá esté equivocado, pero creo que García Márquez, quería decir en su "Cien años de soledad", que cuando estaba intentando traducir el manuscrito de Melquiades, que realmente no lo entendía, fuera quizás por no estar tan concentrado como debiera, al menos a mi me ocurre igual a veces, y que cuando por fin se serenó y concentró, lo entendió. Por qué fue en ese momento el final de Macondo, no lo puedo saber, tal vez algún día lo descubra. Ya saben, que yo siempre intento explicar la realidad, a través de la ficción. Bueno esto no está muy bien explicado, o sea qué es lo que en la ficción, se corresponde con la realidad. Quizás sigo sin aclararlo, sí, hoy no es mi día. ¿Cómo que no?, hoy es un día genial, magnífico.

Tenía que revisar diariamente los pedidos en la farmacia, cosa que cuando yo no estaba, le tocaba a Álvaro. Darles entrada en el ordenador, cosa que le tocaba a Silvia; despachar, cosa que les tocaba a todos, y que casi hacía yo solito. Y todo eso, siendo el que menos cobraba, y aún así, era una cantidad, que aunque les parezca poco, era casi el total de las matrículas de la carrera de cada año en La Laguna. Ven que siempre me estoy quejando. Con menos, también me alimentaba y hacía yo de todo en La Laguna y Santiago. Incluso ahorraba y tenía para las vacaciones. Pero, a pesar de ello, me parecía poco.

Álvaro, a cada momento, me recordaba:

—Yo, calculo que Tomás debe ganar un millón mensual.

Aparte lo que sacaba por las clases, un cuarto quilo cada mes, limpio. O sea, que posiblemente con menos trabajo que yo, casi cuatro veces más. Pero no te quejes, Antonio, tienes un trabajo, o como diría mi madre:

—Tú no sabes lo difícil que está lo de dar las clases.

Mientras, me decía: "¿Pero, tan poco dinero se mueve en el mundo?". Yo pensaba, que había mucha gente, que manejaba barbaridades, yo en cambio, cada vez veía menos.

Poco a poco, sobre todo en revistas, empecé a ver, que sí, que había gente que por un simple libro, ganaba más de mil millones de pesetas, y cosas por el estilo. "Pues sí, Antonio, creo que estás haciendo el bobo de mala manera, a pesar de que tu madre te diga mucho eso de: 'pero tienes un trabajo decente'".

Realmente no era tan decente, pues me daban más del diez por ciento de manera ilegal. Ya está visto, que mi trabajo no vale gran cosa.

También veía que grandes ejecutivos del estado, cobraban mucho menos, cosa de unos treinta millones anuales, pero eso sí, con unas cotas de poder realmente alarmantes; casi decidían el futuro del país. Era, precisamente eso lo que les movía a llegar arriba.

En mí se iba dando un extrañísimo sentimiento, y era un odio hacia la empresa privada, al ver, que no se estimulaba económicamente el trabajo productivo hecho con tesón, constancia y buen hacer, sino sólo el disimulo y el peloteo. Cuando veía estas cosas, el mundo se me caía encima. Nunca me estimulaban económicamente. Me daban ganas de mandar a la empresa privada a la mierda. Me decía: "Seguro que con el trabajo que hago en la empresa privada, en el estado, ya estaría de jefe de algo".

Me consolaba con este mi libro, aunque aún iba muy lento, excesivamente despacio. "Bueno, todavía quedan muchos años por delante". Un consejo, "no dejen para mañana lo que puedan hacer hoy", y no para dentro de una hora, lo que puedan hacer ahora. Y por lo que dicen, hay que hacer siempre lo más importante primero, bueno, aquí yo dudo, pues imagino, que hay que empezar por lo más fácil, que por supuesto, no creo sea lo más importante, aunque, quizás para nosotros sí lo sea en ese momento. A decir verdad, esta lección, no la tengo muy aprendida.

Cuando no estaba Silvia, hasta disfrutaba con y en la farmacia. Estaba todo nuevo, había ordenador, al que Tomás, en principio era reacio. Al final, se convenció de que era necesario, e incluso me llegó a decir en una ocasión:

—Porque con el ordenador, se ahorra uno un empleado.

Más, pensaba yo, aunque no se lo dije.

El local era nuevo, al igual que todo, casi todo, el mobiliario. Dentro, no de cara al público, había estanterías que ya estaban en la otra farmacia.

La mesa que había sido en la que estudió Tomás en La Laguna, estaba ahora arriba, en la rebotica, pues abajo no cabía. La gran mayoría del espacio estaba dedicado al público. Es posible que el tramo este, sería el exigido por la ley. Ley que hasta que me la leí, no supuse que fuera tan exigente con estas cosas. Pero así era.

e-libro.net

Todo era en tonos blancos, las paredes blancas, al igual que las estanterías. Los cristales nuevos y transparentes.

Los mostradores eran a base de módulos individuales, muy limpios y coquetos, aunque no muy grandes. De todas maneras, todo eso está más que estudiado.

Tomás, pensaba yo que era por una deformación de funcionario, trataba a todo el mundo de tú; incluso a gente mucho mayor que él. A mí esto me resultaba una falta de respeto. ¡Asunto de qué, un pingajo treintañero iba a tutear a sesentones y mayores aún! Pues sí, lo hacía. Yo les traba de usted, y ellos me respondían de la misma forma. No iba yo buscando eso, ya que desde que me hayan visto un par de veces, no me importa que me tuteen, tanto chicos, como grandes, aunque yo a los mayores, ya saben que los trataré siempre de usted.

Opinaba, y así lo pude confirmar hace poco, que empezaba a recargar en exceso los estantes que daban al público. Era precisamente esto un handicap para las ventas, a pesar de ellos creer lo contrario.

Se ve todo y tantas cosas mezcladas, que es casi imposible reconocer el artículo buscado, o deseado. O bien, el de ventas por impulso. De esto sólo me he leído un libro y ya hace mucho, por lo que no me hagan caso. Pero lo del recargamiento en eso sí tengo razón. Vean si no, los sitios más competitivos de las grandes urbes.

La iluminación y limpieza, son imprescindibles. Eso, lo cumplía casi a rajatabla mi colega, y compañero; características éstas últimas que no impiden que uno tenga dinero, y el otro sea un muerto de hambre.

¿Es eso una injusticia social? No puedo decirlo. Tampoco me debería quejar, pues, a pesar de los pesares, yo no tenía que pagarme el alimento ni la casa, pues seguía viviendo con mi madre, por lo que el dinero que ganaba, era para gastos extras, como el del coche, que cada cierto tiempo se me llevaba unas treinta mil pesetas más o menos en reparaciones, ropa, libros, y sobre todo, para ahorrar, que no sabía yo aún lo que me ocurriría en años venideros.

La verdad que si lo llego a sospechar, me lo hubiera planteado de otra forma.

Solía llamar a Benedicto a Cofarca, para hablar con él, y preguntarle por cómo iban los asuntos sobre las nuevas leyes para la apertura de farmacias, las que estaban a punto de salir. Me contaba él:

-Antonio, no sea bobo, que sé de muchos colegas que de lunes a viernes, y ocho horas cada día, cobran doscientas mil pesetas al mes.

Me encontraba yo lejos de eso. Sí, y mucho.

El cargo de Bene, era de Jefe de Espacialidades Farmacéuticas. En lo que consistía este trabajo no lo sé bien, pero sospecho, que él ganaba más, mucho más que eso.

Me da la sensación de ser el bobo del pueblo, y que la gente me toma como tal.

Tenía que hacer aquí más cosas, pero las hacía con más gusto.

En cierta ocasión, vino un cliente por la farmacia, preguntando por las vacunas y fármacos que se tenía que poner para ir al Tercer Mundo. Le pedí que me diera tiempo, una hora o dos. Me puse a buscarlo en el Vademécum, y ¡tararí, tararí!, se me encendió la luz, “Llamar a Benedicto”. Él me lo resolvió enseguida, al buscarlo en su ordenador. Le di las gracias.

Otra vez, me dijo que cuando preguntara por él no dijera de parte de Antonio Fijoleis, que con el nombre era más que suficiente. Me extrañó y me entristeció, pues supongo que al igual que todos, yo me enorgullecía de mis apellidos y del nombre.

Frente a la entrada a las dependencias de la farmacia, lo que sería la parte de las oficinas, estaba una enorme cajonera, de lo más moderno, allí estaban todos los sobres, “pastillas” (pongo pastillas pues había comprimidos, grageas, cápsulas, etc.), supositorios, inyectables, jarabes, etc., cabía dentro todo. Algo novedoso para mí y por supuesto muy práctico y más higiénico. Más cómodo, más rápido, ocupa menos espacio, en fin, sólo le encuentro ventajas, salvo una, y es que de vez en cuando, hay que revisar de qué a qué letra hay en cada cajón, pues con el tiempo se van descolocando, pero el inconveniente es mínimo ante tantas ventajas.

Para ver hacia fuera, desde las mesas del interior, había cristales y espejos, de esos a través de los que se puede ver. El espejo daba por la parte posterior al sitio de Álvaro.

Silvia tenía su mesa al lado de la puerta de servicio de la botica. Era aquello estrecho, pero se suponía, que no iba a haber muchas cosas almacenadas, y encima, arriba Tomás, había ideado un almacén.

Tomás tenía problemas con los luminosos, enormes, y con destellos de luces, para llamar la atención de los conductores; y ¡vaya si cumplían con su objetivo!

A pesar de ello era un poco peligroso, pues al tiempo, un ruido característico que oía y no sabía a qué se debía, era por las luces, que soltaban “chispas”, algo que nunca antes había visto en la realidad, sino en el cine,

e-libro.net

y que por supuesto, consideraba de lo más peligroso, tanto para uno, como para la farmacia, como para los alrededores.

En principio, la farmacia no tenía rejas, ni alarmas de seguridad, pero una vez, intentaron romper los cristales y robar dentro, lo que fue motivo suficiente, para que pusiera las medidas de protección citadas. Creo que los cristales son blindados. Tuvo que hacer un gasto extra; según me contó, pensaba que había sido alguien del mismo pueblo. Por lo visto, no le tienen mucho cariño a Tomás, y eso, que él ni presume de ropa, ni de coche, e intenta no presumir de nada.

Un cierto día, Amparo, la madre de Rosa María: la amiga íntima de mi madre, se había dado un golpe a la salida de la casa, y le tuvieron que llevar al médico. No la ingresaron, por lo que fui a verla a la casa.

Allí hablé con José Manuel, Rosa María y Amparo.

Una cosa que me hizo gracia de José Manuel, fue lo que dijo de las chicas, cuando yo tuviera la farmacia en el pueblo, que me "harían la pelota" para ver con quién me quedaba, al ver que yo no tenía novia, si no era maricón (eso lo digo yo, no José Manuel), entonces me tendría que decantar por una de ellas.

Juancho también dijo una vez algo similar:

—Primero te casas con una de Agaete, luego te separas, y ya te casas con la que quieras.

Quizás eso lo dijera, porque él también está casado en segundas nupcias.

José Manuel estaba con un pantalón corto, y la piel la tenía bronceada. Siempre, hasta hace poco, fue un gran deportista, o al menos hacía algo de deporte antes de empezar la jornada. Después por sus trabajos, debía caminar algo.

Lo malo que tiene y tenía, es que todos los días, se larga dos "cubatas" de ginebra. Creo, sinceramente que son demasiados. Ahora, que está retirado, se va a pasear y a hacer la compra de la casa.

De esa vez, no le ocurrió gran cosa a Amparo, más que un hematoma, a un lado del globo ocular.

Cuando llegó Margarita, estaba pensando en marcharme, aunque me quedé un poco de tiempo más, para no despreciarla. Margarita es hermana de José Manuel, y también íntima amiga de mi madre. Sin yo nombrarlo, aunque sí pensé en ello, me dijo Rosa María sobre su hija:

—Nenina no está, salió, y no volverá hasta dentro de un par de días. Se fue de viaje.

Es una lástima, pues esa chica está francamente bien, a pesar de que mis hermanas dicen de ella que parece un perrito. A mí no me lo parece en absoluto.

Amparo rebasó con éxito el pequeño accidente, que a sus noventa y cinco años (más o menos), podía haber sido fatal.

Mi intención de ir a verla era para indicarles si hacía falta que la viera algún buen médico, pero no era necesario, ni mucho menos.

Cuando me pareció, me fui. Era un sábado, por lo que al llegar al barrio, en un taxi, me fui a casa del Lu. Estaba ansioso con la llegada, pero no ocurrió lo mismo con él. El efusivo recibimiento, no fue recíproco.

Yo iba vestido, casi como para salir de juerga por la noche. No recuerdo si lo hice o no.

No era ya tan frecuente esto, pero al ver a la nonogenaria Amparo en su sillón de toda la vida, en el pequeño recibidor de siempre, me entraron ganas de celebrarlo. Lo peor de todo, los ojos de José Manuel, inyectados en sangre. Seguro que más que por la edad, por el alcohol.

Me contó también este jubilado, cómo me había ido con las tías, que por experiencia (él entre otras cosas había sido representante de medicamentos), sabía que eran muy difíciles de tratar, con un genio fatal. No es extraño, que por eso mismo (y por la edad, que todo hay que decirlo), se vayan quedando cada vez más solas.

Continuaban ellas con la idea de vender la farmacia. Para mí era muy cara, pero de todas formas, veía eso muy lejano en el tiempo.

Ahora yo tenía un trabajo más o menos tranquilo, esto era vida. No se cobraba mucho, pero era vida. Hasta cuándo podría aguantar cobrando ese dinero, no lo sabía, pero mientras, hacía creer a la gente que yo cobraba mucho, si nos fiamos por la ropa que usaba, cada vez más y mejor. Mi madre me compraba algo, y yo también iba en las rebajas a comprar.

Había una mujer, que me caía fatal, estaba todo el día gritando, ya fuera en broma, como en serio. No le dejé nunca que me gritara, es más, con mi talante y aspecto serio, le daba a entender que no tuviera conmigo grandes confianzas y por tanto que no me fuera a hacer una de sus gracias. Cuando estaba Silvia, a ella sí le gritaba; Silvia, para no ser menos, le devolvía los chillidos. Tanto una como otra me caían fatal. A Álvaro no le gritaban. Con quienes mejor se llevaba él, siempre les decía:

e-libro.net

—Déme la bendición, “fulanita”.

Lógicamente, en el lugar que he puesto fulanita, él le ponía el nombre propio de la persona de la que solicitaba tal estimable servicio.

¿No voy a estar yo contento con lo que ganaba, sabiendo, que gente como Bill Gates factura este año más de dieciséis billones de pesetas? ¿Quién hace el tonto, él o yo?

Seguro que él no piensa: “A ver si me viene mi golpe de suerte”. No, él ya lo ha tenido y lo ha aprovechado. Golpe de suerte es: cualquier cosa que se haga, hacerlo bien, de la mejor forma que se sepa.

Así intentaba yo hacer con mi trabajo, pero no había manera de que me subieran el sueldo. Es más, ya no debía sólo esperar eso, sino el conservar el trabajo, pues están muy difíciles hoy día de conseguir.

Últimamente, pienso, y hago, el mayor número de cosas posibles. Lógicamente algunas salen bien, y otras no tan bien. Quizás lo más adecuado sea eso de “O César o nada”. Es lo que pienso, aunque, hasta llegar a César, intento a la vez cubrirme algo la espalda. Esas son mis intenciones, aunque no discuto que me quede en el intento. Y, ¿qué hacer con este libro, cuando lo acabe? Con el anterior, no fui capaz de conseguir el premio deseado, que según Juancho me daría a entender, opté por una mierda de premio; pero claro, él ya está algo encumbrado, por lo que las cosas que yo haga, no le parecerán nada bien.

Pensaba, eso sí, “las grandes epopeyas, se caracterizan por tener muchas páginas; pues nada, yo escribo muchas páginas, y así haré una gran obra”.

Lo que escribía por entonces, eran muy pocas páginas comparadas con las siete diarias que escribo ahora, a mano, y aunque son por las dos caras, tardo a lo sumo una hora en rellenarlas; a no ser, que me encuentre excesivamente despistado.

Hay que ver, pensando, pensando, a las simplezas que llega uno, esta mañana, antes de levantarme, me dije: “Hay que ver el porvenir, que aún está por venir”; verán que en ese juego de palabras, como en tantos otros, las letras, que siendo las mismas, no quieren decir exactamente lo mismo. Unas quieren decir, que tendré posiblemente un buen futuro, sin embargo, esas mismas letras, pero con otra construcción, nos dicen lo incierto que es el futuro. Realmente lo que pensé en ese momento, fue la conclusión. El principio es de mi cosecha reciente, para darle cierto sentido e hilaridad, a lo pensado, que no se puede decir si razonado o no, ya que dudo, que para ese simple “razonamiento”, haga falta que entre en juego la razón ¿o sí?

Luis Mariñas, el que fuera para mí el gran periodista de informativos televisados, a pesar de algunos leves fallos, como el llegar una día bebido al programa, el creerse todopoderoso con las explicaciones científicas de Sánchez Ocaña (D. Ramón), tuvo, para mí, un supremo fallo, y fue que al pasar un vídeo por la tele de un entierro, al que asistieron ciertas personalidades, no supo decir cuál era el nombre de Leopoldo Calvo Sotelo, quizás, no digo que no, porque no fuera una personalidad; para mí, más bien lo considero un mequetrefe, a uno que lo utilizaron de fantoche, aunque de eso no sé casi, pues no es mi oficio el de político, a pesar de que en alguna ocasión lo deseé.

No se acordó de su nombre, y lo peor es que no lo supo reconocer al menos en ese programa. No sé por qué, pero sí sé, que errar es de humanos, y hasta el momento, soy un humano (a pesar de considerarme, el dios que Dios ha creado), en ese programa, no pidió disculpas.

Era un buen trío de presentadores. El novato, el periodista deportivo, seguiría dando caña, a los otros les perdí la pista, casi a partir de ese momento, o poco después.

Han dado mis ideales un cambio tan radical, que de ser uno que creía en Felipe G., llegué a odiarlo o no importarme ninguno de ellos lo más mínimo. Sé, quizás porque yo sea un poco como ellos, que no persiguen ideales, sino su reconocimiento personal. Quizás más ellos, por aquello de trabajar en la “cosa pública”. Esa gente, me da, que son pocos los que están por amor a la política; ojo, no digo que algo no la amen, pero está la erótica del poder (que no es amor), y el verse en los titulares de los grandes y pequeños periódicos.

Me iba acostumbrando, cada vez más, a la soledad exigida para la lectura, y cada vez menos me importaba el mundo. Ojo, me interesa mucho el mundo farmacéutico, el literario, y el religioso, pero el mundo al que me refiero, el de copas, drogas y sexo, cada vez me interesa menos. Quizá algún día siento añoranza, pero no mucha, ya no sólo por no tener dinero, sino por lo que veo desde mi ventana, y algún que otro día por la tele, y constato que no me importa en exceso lo que dicen que me estoy perdiendo.

No sólo eso, sino que recuerdo lo mal que ligaba yo, y para hacer el ridículo, y el dejarle el dinero a las putas, prefiero consolarme yo solo en mi casa.

e-libro.net

En esas fechas, no obstante, no sabía, o al menos no había tenido el suficiente discernimiento, para aprender que había en el organismo triglicéridos, buenos y malos, y que es aconsejable, por lo saludable, mantenerlos en equilibrio, en el organismo. Hablando claro, son los lípidos, las grasas del organismo. Su exceso dará lugar a acúmulos de él, que formarán trombos y traerán malas consecuencias, ya no sólo por el mero hecho obstructivo, sino por que endurecen las venas y arterias, quitándoles mucho de su elasticidad natural.

No obstante, según las últimas noticias que tengo, las dietas, cada vez son más equilibradas, aunque no tanto como se desearan.

Estaba disfrutando en la farmacia. Alguna vez, Tomás, me pedía que fuera también por la mañana a trabajar, y lo hacía. Luego comía en el bar de al lado un menú. Yo era más pobretón que Luis Cosmen, quien comía a la carta, y supongo que en grandes restaurantes. Pagaba Ruiz Mateos. Aquí pensaba pagar yo, aunque al final me lo pagó Tomás, pero no quería ni hacer yo mucho gasto, ni hacérselos a él. El menú del día costaba 750 pesetas. No me parecía muy caro, si lo comparamos con lo que me costaba el San Jaime, hace tantos años, y lo mal que se comía. De todas maneras, no podía comparar, pues sólo fui una o dos veces a comer.

Pero lo bueno se acaba pronto. Llegó de su luna de miel Silvia, y ahora había que ver las innumerables fotos de la boda y las vacaciones. En ellas se podía observar que Silvia estaba hecha una chiquita atractiva, siempre que no hablase. Predominaba en el viaje la ropa vaquera, y unos botines muy abrigaditos, blancos, con reflejos rosados. La chamarra, también era vaquera. En resumen ropa muy moderna y de batalla. Me dio la impresión, por lo que dijo, que pasaron hambre. La vida en Francia es cara; compadezco a los pobres franceses, sobre todo a aquellos que sean eso: pobres.

En España, quizás podemos vivir todos mejor, en parte, y me refiero a mis islas, a que aquí hace mejor tiempo y la gente no muere tanto por estar en las calles, ¿o sí?; ni siquiera esto puedo afirmarlo, pues no llegaban ni llegan medios informativos a mis manos. Si les he de ser sincero, esto me ha traído más inconvenientes que ventajas, al menos hasta el momento.

Solía leer en ese tiempo en mi casa, en el “cuarto donde comemos todos”, salvo en las grandes ocasiones. Me gustaba hacerlo allí, a pesar de a veces, oír los ruidos de los hijos de los chabolistas, que no son moco de pavo.

Llevaba para leer, el libro que estuviese en esos días leyendo, y cómo no, la Biblia, libro que ya estaba empezando a serme indispensable. Tal, que a veces (casi siempre), tengo miedo de no leerla por si el diablo me tienta. Sé que en ella, se dice que hay que temer al Señor, y quizás sea bueno eso que a mí me ocurre. A veces (y que Dios me perdone), incluso, me cabrea tanta dependencia con este libro, aunque menos que mi dependencia a ciertos medicamentos, cigarro y café.

Según he leído, Cela, nuestro genial escritor (al menos hasta no hace mucho), contaba en uno de sus primeros libros, que no podía concentrarse con música. No especificaba pero supongo que sería la clásica. Con ella, yo hasta hace muy poco, escribía. De una semana para acá, no puedo comprender lo que me ha pasado, que escribo y leo sin ella. Quizás porque lo hago cada vez más tarde, con lo que ruidos de la calle no me influyen tanto. Bueno, no se lo crean todo, pues ya saben que vivo en una zona conflictiva, donde ya muchos no quieren ni pasar. No tienen por qué ser grandes personalidades, que de entre ellos algunos también vienen, sino gente humilde, que no se drogue con sustancias ilícitas.

Cuando Silvia iba a la farmacia, se hacía la dueña de ella, eso se lo creía que era, en ausencia del jefe.

Cuando él estaba, le doraba la píldora de mala manera.

Una vez, estando todos, Tomás, tras hacer la caja, dijo al día siguiente por teléfono, que faltaban tres mil pesetas. También habló conmigo, pero más que nada para tranquilizarme, diciéndome:

—Yo sé que tú no fuiste, no te preocupes.

Yo tenía tranquila la conciencia, aunque sí me preocupaba. Me decía, “yo sé que aunque pobre, soy honrado; pero eso sólo lo sé yo. ¿Cómo se lo doy a entender a los demás?”; eso ya era más difícil. También mis tías habían desconfiado de mí. Según parece, el ladrón había sido Marcos. Eso es lo malo de las pequeñas empresas, en las que el manejo de dinero, no se controla totalmente. No tengo ni idea de los mecanismos que usan los grandes establecimientos, pero está claro que serán más sofisticados y precisos que los de la mayor parte de las farmacias. Incluso en la de D. Rafael, había cosas raras, sobre todo los días de guardia.

Eso de que faltara dinero me repateaba. Estaba seguro, y así me lo decía mi conciencia (el Señor), que la culpable había sido Silvia. Álvaro, un señor ya mayor, bien pagado, como decía Expedita: “Un hombre rico”. Qué iba él a necesitar pringarse las manos robando tres mil pesetas. En cambio, Silvia, con los ajetreos de la boda,

e-libro.net

querer presumir, pagar el banquete y el viaje posterior, la hacían totalmente sospechosa. No sería hasta semanas después, en que Silvia, casualmente ella, fue la que encontraría en un cajón bajo el de donde se colocaba el cambio, un taco de tres mil pesetas. Justo lo que faltaba.

No se me ocurrió, aunque debía haberlo hecho, mirar la letra con la que estaba escrita la cantidad total de pesetas del taco. Si era la de Silvia, estaba claro quién lo había puesto; si en cambio era con la letra de Álvaro, pues algo más inteligente era ella, de lo que parecía.

Me enseñó las fotos de la boda. En las que salí, francamente quedé bien, y le pregunté si me podía hacer copias, que yo se las pagaba. Me respondió que sí, que le dijese cuáles quería. Las anotó, pero nunca más me las volvió a dar. Algún tiempo después, le comenté algo sobre ello:

—Sí, todavía no las he mandado a hacer –es lo que me contestó.

O sea, que no tenía intenciones de darme ninguna foto.

En lo que recuerdo ver de ellas, estaba yo elegante y muy alto; sobresalía un buen trecho de entre las cabezas de todos.

Ya que no me había divertido en la fiesta, al menos tener una foto en la que quedé bien.

Por supuesto, ahora quedaba el enseñar a cada una de sus infinitas amistades, las fotos de la boda y el festejo. Y cómo no, dar envidia a todos ellas, no por nada, sino por el alto nivel del evento. “¡No me lo pierdas!”, pero así fue.

De vez en cuando, iba una maquilladora de una casa de cosméticos, a maquillar a las mujeres. Como Silvia era la que se encargaba de apuntar las que se querían maquillar, y que cómo no, la esteticista (o estetista, como quieran llamarla en cristiano), las aconsejaba, sobre qué productos les vendrían mejor a cada una, según su tipo de piel. Chorradas, me imagino, pues la mayoría de ellas decía:

—A ver si el mes que viene puedo comprármelas…

Había muchas disculpas y muy pocas eran las que compraban los artículos (de esa casa tan prestigiosa), que les aconsejaban. Cada uno costaba cerca de las cinco mil pesetas. ¿Van entendiendo de lo que iba el negocio?

Se pasaban la mañana de cháchara y maquillaje, como diría mi buena Totó, de maqueo. Silvia estaba “ocupadísima”, llevando el control de las mujeres, maquilladas y por maquillar.

Alguna vez vi la cantidad de brochas y polvos que usaban y me quedé asombrado. “¿Sabrá realmente esta lo que se trae entre manos?” Debía ser que sí, si nos fiamos en el coche que usaba para sus desplazamientos. Un descapotable.

Me habían dicho, que estaba buenísima, como un tren.

Debió ser como un tren de los de antes, pues a pesar de ser alta, y quedar resquicios de lo que en su día fuera un cuerpo atlético, ya ni el físico ni su indumentaria le hacían gran favor.

Claro está, que uno y a la vista de mi situación socio-político-económica y laboral, no podía objetar nada. Sobre todo en lo económico, que garantizo, a la vista de su vehículo, estaba mucho mejor pagada que yo. Cosa que por otro lado tampoco es muy difícil. Pero bueno, al menos tenía trabajo. ¿Que era un atraso?, no, era un chollo. Así al menos estoy seguro que opinaban las que me rodeaban. Yo, no estaba del todo conforme. Mejor decir que estaba inconforme.

¡Sorpresa, sorpresa!, ¿a que no saben a quién me vi una vez en la botica?, pues sí, a Ramonsi, lo saludé y salí a fumarme un cigarrito con él. Fuimos a su coche, un todoterreno (caramba con los pedagogos), y allí estaba Candelaria y su madre. A la señora la saludé con una inclinación de cabeza, a “Cande” le di un beso. Charlamos un poco, y debe ser que la delicada señora, duró poco más, pues, ya no vi más a mis antiguos compañeros de piso. Debe ser que dejaron la casa donde vivían para ir a tomar posesión de su herencia, la que le había dejado la madre de Candelaria. Esto es aventurar mucho pues nadie me lo confirmó, sino que oí rumores.

Ramonsi estaba como siempre, con el pelo algo más corto, y menos sonriente, pero igual. Su mujer también aunque algo más gorda. No tenían hijos, y no quise profundizar en el tema, para no sacar a relucir viejas e insanas historias. Por supuesto, no les pregunté ni les mencioné para nada sobre Águeda, allá yo y mis interioridades.

Ahora escribía por la tarde-noche. No es que estuviera mejor así, sino que tenía más tiempo libre. Me levantaba a la una, y a esa hora, le exigía poco más o menos, a mi madre que me tuviese hecho el almuerzo.

e-libro.net

Me levantaba, me afeitaba y duchaba, y me ponía a leer algo al lado de la cocina. Sin embargo, lo normal era que mi diligente madre, me tuviera la comida hecha. Salía aproximadamente a las tres de mi casa. Justo cuando llegaban algunos vecinos.

Iba todos los días afeitado, cosa que el jefe no hacía.

Por fortuna, si había alguna avería, el primero que iba a ver qué pasaba, era Álvaro, si estaba Mamá Lala, iba ella también. Las palomas, solían posarse arriba, en el alero, y llenaban el tejado y los alrededores con sus cagadas, similares a escupitajos enfermizos. Por ello era por lo que Álvaro aparcaba algo retirado de la acera su vehículo. Impedía también, al ponerse allí, que se pusiera en la misma entrada algún camión, con lo que restaría visibilidad a la entrada. El acceso a la farmacia, también sería más difícil, por esas razones ponía el coche donde lo ponía Álvaro. Se le olvidó decir, que de esa forma tendría él su coche más controlado, más visible, y que por tanto les resultaría más difícil de robar a los posibles ladrones. O bien que se lo pudieran estropear, rayándolo o haciéndole cualquier cosa.

No fue una o dos, sino muchas las tardes en que se dedicaba a limpiar su coche, o ponerlo a punto. Verán que el trabajo no nos mataba, a no ser que estuviera el jefe, entonces por arte de magia, se les venía una barahúnda de trabajo encima, que era asombroso. No me explico cómo nos, (me), podía dar tanto trabajo Tomás. Eso sí, mientras, él llamaba por teléfono, o se distraía en mil y una insignificancias.

Cuando Álvaro limpiaba el coche, lo hacía con jabón, estropajo, paños y abundante agua, casi todo material de la botica. Cuando estaba el jefe, nunca le vi limpiando el auto, o charlando largo y distendido, con sus amigos y vecinos. A mí no me agradaba mucho eso de fumar de cara a la calle, ya no sólo por los vecinos, sino por los que pasaban por la pista del norte.

Iba a decir autopista, pero me coge alguno más civilizado que yo, que no es en absoluto difícil, y se echaría a reír en mis narices.

El carpintero, pactaba sus trabajos por teléfono, ya no estaba su socio. Tenía un móvil, trabajaba a su aire, con tesón, pero si tenía que charlar con alguien, no le hacía ascos. Y si se tenía que ir al bar a tomar supongo que café, tampoco.

El coche, ya saben, un Volvo viejo, tenía una baca en la que ponía las maderas, ya cortadas y pulidas, rumbo al sitio donde se necesitase. Su socio duro muy poco con él. El carpintero solía trabajar con la puerta abierta, con lo que se veía su exiguo y simple material de trabajo. El local, que antiguamente era el de la farmacia, era grande para el uso que se le daba. El ambiente de trabajo, se veía que era agradable tenía una radio encendida, no muy alta. Pienso que iría a comer a su casa, y luego regresaría pronto.

Álvaro, me solía decir que aparcara el coche al lado del suyo. A veces lo hacía, otras, si daba mucho el sol, prefería tenerlo en otro sitio, donde le diera más sombra. Total, estaba seguro que el mío no me lo iban a robar, ¿a estropearle algo?, pues ya se lo arreglaría, que más golfos había por mi casa. Ese quizás fuera el motivo por el que me gustaba aquel barrio, por la escasa delincuencia. El barrio, en absoluto era de gente adinerada, casi todo lo contrario, era de gente humilde, pero allí no había gente ruin. Se veía que iban a comprar, gente de todo tipo, pero mucho peor vestidos que por la zona de mis tías. Ellas, sin saberlo, estaba en una de las zonas de más empaque comercial de Las Palmas; encima estaba al lado de una zona de pequeños comerciantes, que le daban vida y dinero al lugar.

Pero a ésta, mi tan querida farmacia, iba más gente de pocos medios, que ricos. Ojo, que muchos licenciados se creen ricos, y son más los que son pobres que los que no lo son. Yo era un claro ejemplo de los primeros. Sospecho que de tener familia a mi cargo, la cosa iba a ser mucho más complicada para mí. Aunque quizás, mi mujer contribuyese y ayudase en la casa. No me gustaría que me mantuviese, pero: “todo lo que necesito es un golpe de suerte”. ¿De qué me sonará a mí esto? En fin.

El carpintero, tenía psoriasis, y una cosa que se le hacía traer de Cofarca, nos decía que era tremendamente efectiva, que lo tuviésemos siempre en la farmacia para si alguien nos pedía algo, tuviésemos qué aconsejar.

No pensé en hacerle caso, pues esto no es labor nuestra, sino del dermatólogo.

Lo mismo que las cosas para el corazón, pulmón, etc. Uno de los aparatos que más tratábamos era el respiratorio y el digestivo, aunque siempre para cosas sencillas. Desde que llegan a un cierto grado de complicación: “Al médico, vaya al médico”. Ya, después éste, si es consciente y buen sabedor de su arte, lo mandará al especialista.

Sabrán que los chabolistas no cogen la guagua, algunos porque tienen sus propios medios de transporte, y los que no, porque van y vienen en taxi.

e-libro.net

Álvaro, se ponía a presumir mientras hablaba con todos de todo. Para todo, él tenía respuesta y se consideraba el mejor. Yo, desde que me terminaba el cigarro, me metía, a la parte de los escritorios. Si no había nada que hacer, me dedicaba a leer libros, revistas, lo que fuera, pero siempre relacionado con el tema. Fui bobo, pues podía haber hecho algún curso, y aumentar así, mi deteriorado currículum. Me había puesto a trabajar, y no pensaba en perfeccionar mis conocimientos con cursos, sino de forma autodidacta, cosa muy difícil de reconocer.

Mucha gente, prefería que le atendiera Álvaro. Recuerdo en especial, una chica que no quiso que yo le atendiera, sino él, era una cosa para su hija recién nacida. Está claro que mucha gente hace más caso a la práctica que a los conocimientos teóricos. No digo que no, pudiera ser que tuvieran razón. Yo no me consideraba infalible.

Lo que le recomendó era muy similar a lo que yo le había mandado. El mismo perro con distinto collar.

Si lo recuerdo, es porque algo me chocó, que una madre joven prefiriera la experiencia. Está claro, cada uno prefiere a los de su edad, al menos eso creo yo; no, bueno ha de haber de todo. Yo los prefiero con experiencia y libros, aunque aún así, no me fío mucho. Puede ser que eso sea verdad, que los del gremio, no se fían unos de otros. Debe ser algo de eso.

Ya ven, yo sí me fío de sanitarios, mientras lo que prescriban sea creíble, me fiaba de Juma, y no sabía qué pensar en cuánto a su saber. A medida que iba yendo a su consulta, me iba diciendo cosas, como:

—Deja eso de los libros a gente como a mí.

Por qué lo diría, no puedo saberlo, puede porque él se sintiera superior, o más inteligente o intelectual que yo, la verdad es que no tengo ni la más remota idea. Pero lo dijo. ¿Empezaría a ser eso una mancha en el expediente?; pues no lo sé, entre otras cosas, porque mi tiempo en su consulta cada vez es menor. Estos especialistas, ganan diez mil pesetas en menos de cinco minutos. ¿No será demasiado para su saber?

Si quieren que les diga la verdad, con que me quite la medicación, me es suficiente. Supongo que su experiencia contará algo. Se le ve que quiere hacerse el entendido en ordenadores. Y algo entiende. La consulta, ya les he comentado que era en los bajos de su casa terrera, antes eran los llamados chalés, o “chaslenes”, para la “gente con poca cultura”, vamos, con poco mundo.

Alguna que otra vez, vi en la consulta a alguna chica monilla. “Fantástico, una novia que también tenga problemas psíquicos”, me dije. Eso no lo he comentado, con nadie. Pero sobre todo, había una chicha un día que estaba la mar de guapa, y eso que iba en pantalón de chándal y camisa de deporte. Pero sí, era muy guapa. Un inconveniente es que iba con su madre. Algo que efectivamente suele ser un handicap, pues la hembra en esos casos, no despliega todo su potencial seductor. Al menos eso imagino.

Mi madre, ya no me acompañaba al médico. Yo iba solo; mejor, así podía ser más franco con él. Bueno a decir verdad, confiaba en que así me rebajaría la medicación más rápidamente, como así ha sido. No me decía cómo la tenía que rebajarla, no sé si porque suponía que lo sabía, o porque se hace de rogar, para ver si nos pasa algo y vayamos luego corriendo a suplicarle que nos cure. Pues pongamos el caso, que nos rebaja tres pastillas de Lorazepan, supongan que uno se las quite de golpe, pues no les digo nada la taquicardia y ansiedad que le puede entrar a cualquiera. Como para subirse por las paredes. Pero de esto ya les he hablado.

Generalmente en octubre iba a la revisión del coche, la ITV. Para mí, era toda una odisea, pues consistía en ir por sitios a los que nunca iba. A lo sumo había ido una o dos veces en toda mi vida. Y encima, llevando otro el coche, al menos por el trayecto que ahora hacía. Rezaba para que me permitieran seguir con él. La casualidad, que un día que fui, se puso a llover. El coche por fuera estaba limpio, pero el motor estaba hediondísimo, por el tiempo que había estado sin usarlo en el garaje. Lo que me mandaron a arreglar, era el freno de mano, no frenaba nada de nada; se asombró un güevo, quién quiso ver la potencia del freno. No frenaba lo más mínimo. También me mandaron a limpiar el motor. Las ruedas, tenía unas que no le correspondían, aunque el técnico, muy amablemente, hizo la vista gorda. Por último, me mandaron a que le pusiera una pieza en la carrocería, sin la cual era posible que se cayera el motor al suelo. Se mantenía según parece, de milagro.

Por suerte, no hubo nada más. Para la reparación, llevé el coche al taller del “Barranquillo”. La broma me salió sobre treinta y pico. Presupuesto como ven, muy frecuente.

Un día, dejé el coche en una cuesta que daba a la farmacia, y unos vecinos lo tuvieron que sostener, porque se caía solo. A partir de ahí, se quedó sin freno de mano ninguno. Cuando lo iba a poner en marcha, tenía que hacer un rápido juego con los pedales, para tenerlo parado y no chocarme con los coches de al lado.

El mecánico que me lo iba a reparar, nada más verlo, preguntó:

-¿Cuánto tiempo lleva este coche encerrado?

Me reí.

e-libro.net

—A que lleva tiempo…

—Sí – respondí sin más.

Al poco me lo dieron ya arreglado. Les pedí factura, alegando que era para la ITV. Pepín, el dueño, dijo, “esta factura es legal, somos de los que pagamos todos nuestros impuestos, por eso nunca nos haremos ricos”. Me juego que él precisamente se las daba de eso, de rico. Iba con un mono generalmente más limpio que el de los demás. También era el más gordo; su cabeza la coronaba una tupida y gran cabellera blanca, que destacaba de su cuerpo siempre muy bronceado por el sol. Suponía por ello, que era de los forofos de las playas. Seguro que era como mis tías, que desde que tenían un hueco libre iban para allá. Tanto amor a las playas, solo es posible entre los isleños más orientales. Los de Tenerife, pasan peor tiempo que nosotros, y las playas son de peor calidad. Eso sí, sus campos, son realmente lindos, muy preciosos.

Cuando fui a la inspección del automóvil, menos mal que ya había pasado lo grave, pues un niñato, al verme puso cara de: “¡A este no le paso ni una cosa, que se va a creer quién soy yo, para que venga con esa carraca!”

Iba a la hora del almuerzo, sabiendo que a esas horas había menos gente, y suponía que estaban de mejor humor los técnicos, pero lo que no sabía era que tenían más tiempo de revisar mejor todo.

Llevaban los funcionarios (creo que eso eran), uniforme iban todos iguales, y su uniforme no era especial, como los carteros, por ejemplo.

La verdad es que soy partidario de estas ropas, para no crear diferencias entre ricos y pobres. Nosotros también tenemos uniforme, pero a mí, nunca me lo han comprado, lo llevo yo siempre. He sido bobo, pues debía pedirlo a mis jefes. “Pero bueno, que me lo comprara mi madre, que me los compraba de buena calidad, y encima casi nunca me los cobraba”.

Siempre estuve muy orgulloso de mis batas, mientras trabajé. En la carrera pasé vergüenza con ellas. Todo por no ahorrar un mes y comprarme una. Lo cierto es que estaba bajo mínimos, y no lo pensaba.

Hace poco he descubierto, que tenía razón al pensar que el calcio, no existe en nuestro organismo sólo como formante de los huesos, ni mucho menos. Entra a formar parte de los movimientos contráctiles del corazón; en la transmisión del impulso nervioso, tal que la concentración de este ion en las células nerviosas, quiero recordar, que son muy determinantes para la estimulación.

Por cansancio de los tecnicismos y por pensar que no me divertían, o porque los profes me lo hicieran pasar tan mal durante la carrera y encima me pasé de rosca, quizás por todo ello o por algo de ello, sería el motivo por el que abandoné el mundo sanitario, al menos en cuanto a sus lecturas científicas se refería.

Ahora parecía que me iba interesando más. Lástima que no tuviera uno una mente práctica, y que todo lo que leyera no fuera más que a base de cursos y más cursos. Es una pena, pues da la sensación de que no me ha servido de nada. Bueno ha enriquecido mi saber estar en la farmacia, pero eso no me ha reportado más dinero, ni mayor reconocimiento. La labor que se hace tras el mostrador, más parece, y le doy ahora la razón a Ramonsi, la de un tendero, que va a sacar el mayor beneficio posible, puede uno estar más o menos preparado en cuanto a lo que tiene entre manos, pero a la hora de la verdad, no sirve de nada en absoluto, a no ser, digo, la satisfacción personal.

El leerme los prospectos, revistas, Vademécum, libros, etc., etc., para qué otra cosa sirve, más que para tomar el trabajo como un entretenimiento algo molesto, que ya es mucho. Seguía pensando en: “¿viviré yo de lo que escriba?, seguro que sí”. Todavía lo estoy esperando.

Silvia era tan ignorante, que cierto día pasó un fulano con un cochazo nuevo. “Buen coche”, pensé. Acto seguido, sacó un ovillo bastante grueso de billetes, que no me gustó nada. “Cómo es que tiene tanto dinero encima, y de dónde lo consigue para tenerlos tan anillados. Raro, raro”.

Silvia en cambio, se deslumbró, y cayó rendida a sus pies. Luego le pregunté a qué se dedicaba, y me soltó:

—A los negocios.

—Y a qué negocios.

—No sé, a negocios.

Quizás porque lo vi claro, por el tipo de sujeto que era, o porque lo viera de continuo frente a mi casa, me lo olí: “¿Negocios?, seguro que es por drogas”. Me lo confirmó Inmaculada. Se dedica al negocio de la droga. Yo también, pero justo en el otro bando, y aunque sea peligroso he de combatirlo.

Pasé la ITV (efectivamente, me había olvidado de ese tema), y di las gracias a los niños, a los que tuve que hacer la pelota, pero claro, de ellos dependía el poder usar el coche un año más o tener que comprarme otro.

e-libro.net

Cosa totalmente imposible, ni de segunda mano, a no ser otra baratija, como la que tenía, y que tanto me ha dado la lata.

El fulano de las drogas, vendía al lado de su casa (por donde también vive la limpiadora), y según palabras textuales de ella:

—Vende incluso a los niños chicos, y eso que tiene hijos de esa edad.

Ya se imaginarán como era el sujeto.

Yo pensaba que no, pero aquí, ya no sólo venden drogas los adultos, sino los adolescentes, ellos y ellas, la venden. A mí, que ellas tanto me habían atraído, ya no me atraen tanto. Todos quieren dinero a mansalva, yo también, pero con la intención de poder vivir de mi trabajo; bueno, ellos, y ellas, también. Pero de seguro, que yo a su edad, ni ahora, manejo el dinero que manejan esos jóvenes. Pero ¿qué pretenden, que me dedique a delinquir? ¿Es eso lo que quiere? Qué mierda de estado (y lo pongo en minúscula, porque no se merece otra cosa) es el que tenemos, que permite tales aberraciones e injusticias. Sé que yo no debo hablar, pues he manejado dinero negro, pero lo que ha sido, era sin yo quererlo, una mala jugada de mis jefes. Y estimo que de manera legal, me lo tenía más que ganado. Prefiero pagar un poco más a hacienda, y estar con mi conciencia tranquila. Que no, ya verán como el peso de la justicia cae sobre mí, mientras los chabolistas manejan millones y millones. Por cierto, que los que viven frente a mi cuarto, tienen tres coches, un furgón, y unas cuantas motos, todo nuevo y todos de la misma unidad familiar. Y a esos no hace nada, no ya digo Aznar, que a él qué más le da, como él no vive aquí, pero ¿y Soria?, el joven alcalde que tenemos del PP en esta capital isleña. ¿Estarán recibiendo algunas pingües beneficios por estos tráficos de narcos?

Aquí se vende de todo, pero con predominio del “jaco”, el caballo, la heroína. Perdónenme que insista tanto en ello, pero es que los veo, los oigo y los siento a todas horas, ya sea a las tres de la tarde, como a las tres de la madrugada.

Y encima va una tontaina como Silvia y se deja prender de un mierda que más debía estar limpiando letrinas en las cárceles; o si no con trabajos forzados. En cambio a gente por tener otras ideologías, de ciertos países los expulsan.

Por fortuna esto, al menos que yo sepa, que nada sé, ya no ocurre en España.

Se habla mucho del terrorismo y la violencia en los estadios y en la calle. Frente a mi cuarto, se ve la mayor violencia, robos, estafas, humillaciones de los consumidores, más terribles que hay en esta isla. Me juego la cabeza sobre esto, aunque no lo he leído, pero tengo dos ojos.

Cada vez más, vienen los más jóvenes a comprar, aunque el consumidor que más se ve por aquí es treintón. Se caracterizan porque la ropa les suele quedar floja, van mal vestidos y hediondos tanto la vestimenta como su cuerpo.

Se queja la gente de los drogadictos, que es a los que ven pidiendo dinero por las calles. Pero no de los traficantes, que son los que hacen eso posible.

Yo he pedido dinero, para cigarros, alcohol, y marihuana, durante demasiado tiempo, hasta que vi que eso no podía seguir así. Hay gente que no. A mí, poco me falta pedir para comer, no es para drogarme, sino que quiero poder comer con el fruto del esfuerzo, y parece que no lo conseguiré nunca. Pido al Señor, que dirija mis pasos.

Mi familia sospecho, que se avergonzarían de mí, si se enterase que pedía. Probablemente, mi padre lo supiera y mi madre lo sospechara, porque le llegaran referencias mías.

El porqué mi padre una vez hechas las carreras, siguió trabajando con tesón, ahínco e inteligencia, nunca lo he sabido. Pero también dejaba tiempo al ocio. Se conformaba con ser un ejecutivo, pero sus fines de semana, eran para él. A pesar de ser su propio jefe, abría la farmacia a primera hora, y la cerraba a última. Me jodía que dijesen que al mediodía se iba a dormir la borrachera. ¡Qué pasa!, ¿es que uno no se podía pegar la siesta? Comprendan que después de todo, era mi padre.

Seguramente, cuando no controlo mi carácter y me entra la ira, me da la sensación de que saco la mala uva de los Fijoleis. Cuando bebía en la farmacia de C..., también pensaba que estaba sacando la costumbre de mi padre. Hay que ver la paz de la que gozo ahora, sin tener casi un duro, y lo mal que estaba cuando estudiaba, o incluso cuando trabajaba para C... o con mis tías. La paz me empezó en Costa Ayala y no tenía intención de que cambiara.

Sí, se puede trabajar con paz y leyendo. No hay que meterse en el mundo competitivo para potenciar la psiquis y el cuerpo. Estoy por asegurar, que el alcohol y las drogas, más que proporcionar placer, acarrean problemas. Y cómo no, también hay ciertos soplagaitas (por no decir soplapollas) que quieren a toda costa

e-libro.net

molestar, fastidiarlo a uno por el mero hecho de hacer el mal. Pues se van a aguantar, pues tengo al mejor aliado de mi parte, lo que me lo confirmo al leer a Isaías, recuerden, el que se llamaba igual que el del bar de Julio, pero el que digo mucho más sabio e inteligente, el de la Biblia, tal como me dijo Tony:

—Lee, Isaías 41,10-13.

Y tenía razón, es magnífico.

Puede que les contara, que Isaías me hacía descuentos, que no me gustaban lo más mínimo, pues lo hacía con lo ajeno, y no con lo suyo. Seguro que si él fuera el dueño, no haría tantos "amigos", a base de regalarles copas y copas. Aunque no creo que tampoco le fuera bien, pues se lo bebería todo. Ya lo hacía sin ser el jefe, no les digo qué no bebería siéndolo.

Como todos, tampoco estaba contento con su suerte.

El Isaías bíblico, cuenta que no desesperemos por nuestro enemigo, que Dios es el que nos quiere, que Él nos coge de la diestra y nos guía. Sí, acabo de confirmar que se trata de esa cita. A pesar de lo frecuente que leo la Biblia no hago tantas referencias a ésta, no se crean.

Ya he comenzado a indicar, que de las revistas de la profesión, lo más que me atraía era la parte de cultura. Muchas veces, abro las revistas esas, y voy directamente al final, que es por donde suele incluirse esta parte.

La casualidad que ese año se murió un director de una de esas revistas, el que según parece estaba muy bien considerado, no me crean pero creo se apellidaba Medrano, o algo por el estilo. La revista no dejó por ello de publicarse (nadie es insustituible, aunque no lo creamos). Él, según parece, gustaba que le llamaran farmacéutico de pueblo. O sea que tenía farmacia. Sí, y su mujer trabajaba en ella, ya fuera por ser farmacéutica o no. Los empleados, una vez terminaran sus estudios, se fueron a otros trabajos, en cambio la adjunta, la farmacéutica que allí estaba, según sus propias palabras, era casi de la familia. Daba gusto ser tan positivo. Yo, aunque lo intento, a veces no lo consigo. Se instauró un concurso en una de las revistas del gremio, que llevaba su nombre. El nombre de la revista no puedo recordarlo.

Su sustituta era joven y supongo que también era farmacéutica. Tampoco recuerdo a qué se debió el óbito.

Ayer escribí sobre la violencia en los estadios. Hoy no puede más que asombrarme al ver la cantidad de ansiedad y violencia que generan los locutores radiofónicos, incitan a ello. Lo oí no desde mi radio, sino gracias a la gentileza de los chabolistas, que al salirles gratis la luz, no tienen reparos en poner al máximo sus aparatos radiofónicos. El problema es que cuando uno intenta concentrarse en la lectura, a veces no lo consigue. Sé, porque lo he estudiado, que la contaminación sonora no está permitida, pero eso ellos, se lo pasan por el ano. Insultos, gritos, peleas y enfrentamientos entre ellos y los perros, son el candidato ideal para pasar un tranquilo fin de semana, en la apacible zona de Altavista. ¡¡Ah!!, pero cuando se va a pagar los impuestos, no se olviden: ¡es una zona residencial!

Sé que soy un mierda, pero es que a ver si gritando desde estas hojas, nos tienen algo en cuenta. Sí, ya se han dado cuenta, aquí no vive ningún político.

Cuando iba a trabajar, no solía verlas, más que cuando llegaba por la noche. Algunas veces, los niños, me rompían una pieza del coche, o me picaban una rueda, pero dejémoslos, que son niños. Y además, ¿qué no menos nos van a hacer a nosotros?, si entre ellos incluso se odian y desean la muerte.

En esos días, el del pelo largo, al que mi madre había mandado a la cárcel, o quizás no fuera ella, sino sus muchos delitos, ahora estaba más tranquilo y aunque sospecho que seguía bebiendo se controlaba más. Su mujer era guapa, pero puede que no muy limpia, no por nada sino porque a lo mejor las circunstancias no ayudaran. Tenía niños chicos. Él, el cabeza de familia, me daba la impresión de que había empezado a trabajar de peón o jardinero. Algo por el estilo. Me daba esa sensación, porque los pantalones que usaba, solían estar llenos de polvo. Ya había dejado el tráfico de drogas, o al menos eso parecía. Si, ya no cambiaba con tanta frecuencia de ropa. Era corpulento, y casi siempre llevaba el torso al descubierto.

Su mujer cuando él llegaba de trabajar, se iba con su marido a su chabolo. Eso a mí nunca me lo han hecho. Será cuestión de hacer un duro.

Tuvieron suerte, y al poco de salir de la prisión (de presidio dirían algunos), le concedieron una casa.

Un día que saqué el perro a pasear, me los veo a los dos con el niño. Bajé la cabeza y vi como ella se iba a acercar a mí, pero su marido le largó un grito y si llega a moverse más, le hubiera arreado un soberano guantazo. Ella estaba buena, pero a mí todavía no me había llegado la hora de tener mujer. Se lo pido a Dios, aunque no sé qué desea de mí, para qué me guarda.

e-libro.net

Porque me daba apuro, y porque suponía que no era muy razonable, el tiempo que estaba en la farmacia, mientras trabajaba, no leía la Biblia. Qué le vamos a hacer.

Lo que caía en mis manos para dejar de fumar, no pasaba mucho en que lo estudiase. No compraba los chicles de nicotina, ni los parches, pues me resultaban caros. Muy caros. Demasiado para mi bolsillo. Tomás, me comentó en un par de ocasiones:

—Pino, la mujer de Pepe Blanco, dejó el cigarro con los parches…

Yo no le decía nada, pero él más que nadie, debía saber que para mí era un lujo extraordinario. Quizás aunque no me lo dijo, pensara regalármelos. La verdad es que se portaba bien conmigo, me regaló camisetas, jerseys, albarelos, cremas, en fin, varias cosas, que no tenía ninguna obligación.

A Álvaro, era a quien pedía yo las libretas de propaganda de los distintos medicamentos. Ya saben que las coleccionaba.

Tomás me decía cuando me regalaba a mí algo que a los demás no daba:

—Ten cuidado que no te lo vean.

Recuerdo precisamente que dijo eso con una colonia y con un bote típico de farmacia, simulando a los antiguos.

Álvaro, según estuviera de ánimos, me daba las libretitas para notas. Yo, que empecé no usándolas prácticamente, he pasado a usarlas de forma incondicional, sobre todo por si se me ocurría u ocurre alguna idea que pudiera ser buena para el libro.

Me he dado cuenta, que cuando empiezo a contar alguna experiencia de una época determinada, en el libro, empiezo con ímpetu, me fluyen las ideas alocadamente, en cambio, cuando ya llevo cierto tiempo escribiendo de ello, tengo que recurrir más a las notas que anoto y que se me ocurren a lo largo de las horas, pues ya las ideas no fluyen tan fácilmente cuando me llega la hora de sentarme a escribir. Imagino que esto le pasará a mucha gente. Aunque lo difícil es empezar, yo también diría que no es nada fácil el continuar. De no ser así, la gente, no cambiaría tanto de actividad. Yo, sin ir más lejos. Empecé pensando en que sería el mejor farmacéutico de la isla, y luego de la provincia y por último de la región. No he conseguido nada de eso, ni mucho menos. Es más, empecé estudiando farmacia, y me quemé tanto, que la solución ha sido cambiar de actividad. Espero en esto, si Dios me lo permite, durar, y por qué no, prosperar algo. Ya lo dijo un joven escritor:

—Sabía que podía vivir de la literatura.

Esto me gustaría confirmarlo en mí. Pero mientras, tenía trabajo, el que intentaba mantener. No sabía hasta cuando me duraría, pero esperaba que fuera bastante.

Lo que tenía que suceder, sucedió. Efectivamente, Silvia quedó embarazada. Había que verla, si antes era mimosa, ahora era inaguantable. Deduje, por la gula con que devoraba las golosinas, que de todas sus represiones en cuanto a los dulces y comidas durante su juventud, se estaba resarciendo ahora; comía de manera desaforada, pero deleitándose con todo lo que llevaba al gaznate.

Empezaba el desayuno con uno o dos bocadillos, yogures, batidos, chocolates, en fin, había que mantener al niño.

—Ya, ya…

A pesar de quedarme asombrado de su voracidad, bajaba la cabeza, y no le decía nada.

Como era de suponer empezó a engordar y engordar. “Ese niño es un fenómeno”, me decía yo riéndome. Pasé casi a ser el que más se cuidaba, aunque fumara. Ella, que antes fumaba algo, lo dejó; menos mal que hizo algo coherente.

No sé qué médico tendría, el que según ella, a las sesiones a las que iba, le decía:

—Siga así, siga así.

No tenía muy bien la vista, me dije, pues a todas luces, esta chica se está deformando, de forma escandalosa.

Lo que era, si niño o niña, tardaron mucho en decírselo. Según ellos, no tenían prisa por saberlo. Al final, fue una niña. Las visitas de su familia, se hicieron algo más frecuentes. Yo les saludaba con un movimiento de cabeza y los dejaba estar. Por supuesto, que si ella hacía argollas, ahora las hacía más. Y ¿quién pagaba el pato?, efectivamente, yo.

Recuerdo un acontecimiento desagradable, que ocurrió en la farmacia: estaba yo colocando cosas, cuando veo venir al futuro dueño de la farmacia, Héctor Carlos, que venía igual vestido que el menda. “¡Tierra, trágame!, ¿qué hacer?, pues nada quedarme donde estaba”. El renacuajo y yo íbamos igual vestidos. Antigua-

e-libro.net

mente lo vi alguna vez en el coche en la parte de atrás, y yo salía a saludar a su madre, Herse, ella fue la primera impresionada en este caso. Me limité a quedarme ligeramente al margen. Sospecho que fue por eso, por lo que ella se puso a hablar con Silvia y Álvaro sin ton ni son. El niño estaba enorme; parecía que hacía poco que lo veía tan indefenso, tan poca cosa, y ahora ya se dedicaba a coger todo.

Según los mismos padres, era muy intranquilo, aunque ni creo que tanto como para darle tranquilizantes, a lo sumo valeriana en infusión. Tomás, lo maltrataba para que se estuviera quieto. No recuerdo donde iban, quizás al médico o de compras. En fin, me habían jodido mi conjunto, y a partir de ahí, no lo llevaría más.

A un neonato, el de Carlos Martel, le tuvieran que dar tranquilizantes, que por medio de ciertos aparatos químicos, él mismo los obtenía, Carlos, el padre, se entiende. Por ello le pidió a Tomás, si podía hacerle un pedido del material de laboratorio. Él se lo hizo con gusto, y como el jefe no iba a estar cuando fuese a buscarlo, me encargó a mí que se lo diera, cosa a la que accedí gustosamente. Cuando vino, vi que no había cambiado nada, quizás algo más viejo.

Después de los saludos preliminares, me dijo:

—Aunque yo siempre he sido de más categoría que tú.

Y quizás tuviera razón, pero sospechaba que él no hacía nada para conservarla. Su carrera, su trabajito, y tiempo libre, cuanto más mejor. De todas maneras, estando su hijo como estaba, no era cuestión de ponerse a discutir sandeces. “Nada, a mejorarse”, debía haber dicho pero no dije, ni siquiera pregunté gran cosa por su hijo. Yo creo que soy así, porque por gusto, pocos son los que van a la farmacia. Incluso los que quieren evitar problemas mayores en la prevención de la salud, no compran muy contentos, ni los que van a buscar preservativos.

Pero debía haber sido más humano y preocuparme por su hijo, cosa que en realidad sentía, aunque yo no había sido padre, y no podía saber en qué consistía eso, pero si he sido hijo, y he sufrido por mi madre.

Pero hay veces en que ocurren cosas simpáticas, como era el caso de un señor que hacía la compra, y al final, se llegó a llevar hasta casi diez tubos de Thrombocid® Tópico de sesenta gramos de una vez, todo un disparate. Esto no ocurría ni un día ni dos, sino con cierta frecuencia, hasta el punto, que ya él mismo se reía y confesaba:

—Es que la vieja -refiriéndose a su suegra– se llena toda de arriba a abajo con la crema, se cree que eso le cura.

Yo ni siquiera le dije para qué se suele usar esa crema, sino que me reí con él, y di por supuesto, que en vista de tantas como se había llevado, ya tendría más que visto el prospecto, y sabría los efectos secundarios y contraindicaciones. Y, las acabo de repasar, he confirmado, que no es dañino. Sirve desde para las hemorroides, como hasta para las quemaduras. Yo, personalmente, y creo que mucha gente también, para lo que la prescribimos es para los hematomas. Que también sirve para ello.

Hasta ese momento, pensaba que era su único uso en terapéutica, pero vi y veo que no.

Por supuesto antes de escribir lo que escribo sobre éste fármaco, lo he revisado, por un Catálogo del 96, y supongo que las investigaciones realizadas posteriormente, no han variado en exceso las indicaciones de uso.

Sin embargo, a la vez que Silvia, estaba también embarazada una mujer de casi cincuenta años, se temía por la vida de ambos, cuando nació, todo fue sin complicaciones. El abuelo, que según creían y decían las gentes, era rico. Pues le asignó al niño y a sus padres una cantidad, que sospecho no fuera demasiada, pero suficiente para los gastos del niño. El padre (hijo del abuelo), se compró un coche, y ropa, y algunas menudencias. Se creían ricos, no de amor sino de dinero, y todo por un par de millones. Con esto les quiero indicar la mentalidad, y la pobreza tan grande de ese barrio. Yo incluido.

El neonato, tenía una melena espesa y negra asombrosa. Parecía un viejecito, con su piel arrugadita.

Los padres venían de prepotentes, y exigiendo, porque hacían unas ciertas compras que no estaban mal. De todas formas, un servidor piensa que el cliente tiene la razón, hasta que deja de tenerla. Me alegraba por el niño, pero no su ignorancia hacia el uso del dinero, lo gastaron todo en un par de meses. Lógicamente, con Tomás se llevaban bien, porque él era el jefe; y Tomás con ellos, porque les compraban cosas, y claro está porque eran del barrio, ¿no?

Mucho tenía que aguantar mi colega por el dinero, no lo sabe bien, o sí lo sabe.

Los ricos del lugar, o eso parecía, eran una familia de negros, no sé su nacionalidad, quizás fueran españoles, tampoco su origen, y no recuerdo si hablaban bien o no el castellano.

e-libro.net

Álvaro ya me había hablado de ella, que era preciosa, que pa'rriba, que pa'bajo. Yo, me la había idealizado tanto, que la imaginé como una artista de las guapas, o una modelo. Y sí, estaba bien, pero no tanto. Lo mejor era su físico, máxime pensando que tenía dos gemelos recién nacidos, con los que paseaba a diario por las dos calles que formaban el barrio. Estaba buena, pero la cara no me parecía muy allá, como ellos decían.

Pensé que esa gente debía manejar muchísimo dinero, todo lo que usaba ella era nuevo, desde su ropa, hasta la de los mellizos, y los cochecitos unidos.

Eso pensaba, hasta que un día vi que ella traía una bolsa enorme, la abrió y estaba llena de cosas pequeñas, no una ni dos, sino cientos, bueno un centenar. "¡Baratijas!", me dije, se dedicaba a la venta de baratijas. Me pareció increíble que se pudiera sacar tanto dinero con eso.

Al marido, que creo que fuera uno que me indicaron, se le veía en buen estado físico, pero su ropa, no me parecía la de un ejecutivo, quizás fuera un pequeño comerciante al que le iban bien las cosas. ¿Quién sabe? Supongo que el dinero que manejaban era legal, eso espero, por ellos y por el barrio.

Otro día llegó por allí la prima de Águeda, la que el padre era dueño de una gasolinera, en pleno centro de Las Palmas. Me vio y nos saludamos, empecé a preguntarle trivialidades, y me contó:

—Pues sí, me he casado.

—A bien…

-¡Con un abogado!

Se apresuró tanto al decirlo, que me causó sospechas.

A mí realmente me importaba su trabajo, pero no era tan impertinente como para preguntárselo, ni me era tan imprescindible saberlo. Le despaché, y nunca más fue a la farmacia.

La farmacia era toda una odisea. Me parecen muchas casualidades, que la gente con la que me había relacionado, fueran todas a recabar allí. En fin, chico que es esto. Una vez, me saludó una chica, monilla, me dijo que me conocía de un par de sitios, de joven habíamos estudiado juntos. No la recordaba. De todas maneras, esto me hizo que yo saludara a otra una cantidad de veces nada despreciable, confundiéndola con ella.

Me indicaba la desconocida que no me conocía. Yo alucinaba, ¿qué hacer, la saludo o no la saludo, y si es la que dice que me conoce? Alguna vez incluso le di un beso, sospechando que era mi amiga.

Bobo de mí, no le pregunté si tenía una hermana gemela o por el estilo.

Hablé un par de veces, pero salí más confuso aún. Quizás se estuviera burlando de mí, no lo dudo, que de todo hay.

Estas dos chicas, vestían siempre igual, pantalón vaquero desteñido y camisa vaquera con algo más de color. El pelo, corto, moreno y con gomina. Ahora que lo pienso, seguro que eran gemelas, o era la misma persona que me quería joder por mi inicial despiste. "¿Con que no me conoces?, pues te voy a trabar todo", y la cosa es que lo consiguió.

Álvaro estaba también asombrado con las uñas de la negra. Nada más verlas, supe que eran postizas; lo que era bonito, y que después vería en las modelos de las revistas porno, era la forma de pintárselas, muy originales, de un color rojo anaranjado toda la paleta, y una de ellas con un motivo atravesándola, que no sabría explicar, algo así como una pequeña cadena. Todo muy cuco.

Esta madre, que días iba de modosa y otros de seria, no estaba mal, pero gastaba mucho para mi nivel. Quién sabe si ella trabajaba, quizás esto fuera lo más probable.

Silvia, le pidió un par de cosas que usaban sus niños y que pronto se le quedarían desfasadas, ella accedió con gusto. Ya no recuerdo si Silvia le dio uso o no, demasiados gastos para sus sueldos, dos simples dependientes. Sospechaba que Silvia debía ganar bastante más que yo. Pagaban el piso en el que vivían, se iban de viaje, gastaban grandes sumas en golosinas, se teñía (mal, cada vez peor) el pelo, en fin, que aunque no era guapa ella se empeñaba en serlo, y eso, y lo dicho, cuesta dinero.

La falta de una muela la afeaba bastante, no es extraño. Todavía, sigue sin ponerle solución a eso, y a otras cosas.

Era increíble lo que esa muchacha engordó en un par de meses. Yo no podía hablar, pues mi peso oscilaba entre los 90 y 95, toda una barbaridad.

Lo malo, es que me estaba acostumbrando a comprarme un dulce a veces por la tarde. Se me iban los ojos al ver las chocolatinas de ella, y los bocatas de ambos.

Por supuesto, Tomás no solía pasar por allí por la tarde. También comprábamos, refrescos, con lo que la fiesta era completa.

e-libro.net

Silvia, se estaba poniendo como un fenómeno, realmente el sobrepeso debía ser preocupante, pero ella no hacía más que reír y comer. Sobre todo, reía cuando comía, al zamparse todo tipo de ambrosías y néctares.

La odiaba tanto, que muchas veces deseaba que fuera sietemesino, no realmente que saliera de siete meses, sino antes del tiempo previsto, y así demostrar que se había casado embarazada; sé que esto es una bobería, pues llevaba años viviendo con su novio, y seguro que se casaron para que el niño tuviera padre y madre reconocido. Si había usado métodos anticonceptivos tantos años, poco importaba seguir usándolo unos pocos meses más. También reconozco que era una bobería quizás mayor, el que pensara mal de ellos, pero es que me tenía harto. Estaba casi seguro que pensaba que le iba a quitar el puesto, y que a ella la iban a dejar sin trabajo. Caso de ser otra cosa, no me explico el por qué de esos constantes ataques verbales y psicológicos hacía mi persona. Si era por categoría, ella había hecho F.P. y yo era Ortopedista, y no quise aún así, imponerle mis criterios. Sólo deseaba respeto. Ella en cambio, no discuto que no fuera por el embarazo, pero tenía una mala leche tremenda. Dirán, ¿pero después de lo que has pasado te preocupas por eso? Pues sí, precisamente porque sospecho que lo poco que tengo me ha costado más que a ella, es por lo que me repatea que esa niñata que quizás todavía no tenía ni veinticinco años, se ensañara conmigo. Bueno, sé que ahora, con estas líneas le devuelvo yo la pelota, y a saber cuál es peor.

Hoy he recordado, en parte porque he repasado lo escrito sobre ella, a la hija del taxista que estudió magistralmente la carrera: Almudena. Creo que fui un estúpido al desdeñar el amor de esa joven moza, pero en esos momentos, buscaba la más guapa, la más atractiva y potente, pero no la encontraba, y a las que así veía, se me hacía la cosa muy cuesta arriba. Mucho para un perdedor como yo, y encima un vicioso de todo.

Otros personajes, a los que atendía casi siempre yo, y a los que no me gustaba atenderlos mucho, era un matrimonio, ya mayor, de sesenta y tanto. Iban siempre los dos, a primera hora de la mañana, llevaban bastantes recetas, muchas si los comparamos con la media de los de Costa Ayala, pero pocas comparado con algunas cantidades de ciertos clientes de las farmacias en las que había trabajo anteriormente.

Él tenía algunos dientes de oro, en ese detalle, se parecía a mi padre, quién quiero recordar que tenía también alguno, como todo rico que se preciara en esos días.

Iban vestidos, casi con harapos. Alguno vez decían que iban al bar, que venían enseguida. Yo creía que era para tomarse unas cuantas pastillas con un vaso de agua. Álvaro me sacó del engaño, diciéndome que de eso nada, que a lo que iban al bar era a beber. Cuando llegaban a buscar los medicamentos y se iban, me decía:

—No viste que olían a alcohol.

-No, no me di cuenta -y era verdad, tal vez, porque yo apestaba a cigarro, y gracias a él, tenía los sentidos medio atrofiados.

Cada vez me gustaba menos fumar, y la complicidad que se creaba entre los fumadores, ¡falsa!, como la que se crea entre consumidores de drogas más fuertes.

Gastaba unas cinco mil pesetas en cigarros mensualmente. “Bueno no es tanto”, me decía. Sin embargo un libro que costara cinco mil pesetas, me resultaba abusivo.

Cuando hablaba con Jacinto, el de la farmacia de C..., y le decía que yo no tenía más que libros, me contestaba:

-¡Oh!, pero eso está bien.

A mí no me parecía que estuviera tan bien, ni tan claro. Cada día tengo más libros y sigo pensando lo mismo, aunque el monto del poco dinero que consigo lo invierto principalmente en eso, en crearme una gran biblioteca.

Esto con lo que soñaba, el tener una casa con un gran despacho lleno de libros, extrañaba a algunos. Incluso el Lu, me llevó a ver una película de dibujos animados: “La bella y la bestia”, porque me decía que debía ver la gran biblioteca que tenía la bestia. Ahora que lo pienso, quizá lo dijera con otras intenciones, que las bellas iban a mí, pero que él tenía mejor corazón que yo, pues él siendo más feo que yo, era mejor persona. No digo lo contrario; casi mejor he de decir que tenía razón. Últimamente me da la sensación de que en mi vida, me está pasando lo que le pasaba al feo jorobado del maravilloso libro tempranero de Víctor Hugo: “Nuestra Señora de París”, libro que me leí de un tirón pero que he ido saboreando al cabo del tiempo, cuando recuerdo ciertas escenas de sus protagonistas. Recuerden: “la historia no se repite, sino una serie de hechos”, palabras de mi querido tío Joaquín.

Silvia faltaba mucho, con la disculpa de que iba a la revisión del médico especialista en obstetricia, o sea, el famoso tocólogo, que les podrá parecer mentira, pero hasta hoy, no he sabido su auténtica misión. Así me pasa

e-libro.net

con muchas cosas, que debo consultar, desde la ortografía, hasta el verdadero significado de ciertas palabras, y no sólo científicas, bueno, o con relación a las ciencias, sino con cualquier palabra.

Un gran escritor, dijo:

—Si tengo que investigar, investigo.

A lo que él se refiere con investigar, pues lo desconozco, yo, en cambio, si he de consultar algo, lo consulto; aquí me refiero sobre todo al uso de diccionarios, ya sean de la lengua como de autores, desde su nombre, hasta el nombre de sus obras.

Pero, como las obras que acostumbro nombrar, ya las he leído, y si no hace mucho de eso, aún las tengo a mano, pues las cojo directamente. Normalmente, si se trata de alguna cita, de las escasas que hay en este libro, es porque me las sé de memoria, la gran mayoría, que ya digo, no son tantas.

Álvaro, me contaba toda la semana, lo que había hecho el fin de semana, se comprende que estos eran verdaderamente intensos y apasionantes para él; aunque no sé qué haría en ellos, como no fuera que el fin de semana, contara las cosas que hacía durante la semana, en el trabajo. Algunas de las cosas, eran lo bueno y barato que salía la comida, desde las exquisitas morenas fritas como entrantes, hasta los magníficos pescados y carnes. A veces se encargaba él de los asados, otras, cuando él se cansaba, lo hacían otros.

Cuando terminaba de comer, se dedicaba a jugar a las cartas. Según sus propias palabras, solía ganar casi siempre. Yo, ya había dejado ese tipo de juegos hacía tiempo, por encontrarlos enviciantes, y por ello, poco aconsejables.

Le gustaba a Álvaro los juegos de azar, en los que es más seguro el perder dinero que el ganarlo. Bueno, supongo que a ese nivel, entre amigos, no sea tan malo jugar unas manos.

Entre semana, unas veces iba al Colegio de Árbitros de Lucha Canaria, a discutir las leyes, y a controlar todos los torneos, mejor, como él decía: “Las luchadas”. Se ponía a explicarme cosas a las que sinceramente no les prestaba gran atención. Le escuchaba, porque en el fondo suponía que nadie lo hacía. En la casa con Expedita, las relaciones con los familiares de ella, no eran muy buenas, y por ello no podía hablar; y si no hablaba en la casa, pues no le quedaba más remedio que hacerlo en el trabajo, y aquí lo hacía con todo el mundo. Lo malo es que cuando se habla demasiado, se dicen cosas que no se deben.

Quizás ocurra lo mismo con la escritura, con lo que lo más posible es que yo haya metido la pata en más de una ocasión, temo que he dicho demasiadas cosas. Sí, lo sospecho. Ahora al poner esta última palabra del párrafo precedente, he concluido, que no sólo eso, sino que mi cultura es tan eximia, que repito con demasía ciertas palabras.

Según decía Álvaro, estaba muy bien considerado él en su colegio profesional. No lo discuto; y con muchos, hablaba mucho de lucha.

Tenía una cosa mala Álvaro, y era que no sólo acostumbraba a hablar, sino que tenía el deporte nacional (en el que me incluyo, como observarán), de creerse que estaba en posesión de la verdad, y por tanto, debía de contarla. No discuto, que todos en el pueblo, se dedicaran a hablar unos con otros, pero, la verdad es que a ciertas personas se les va la vida hablando. Sobre qué, se preguntarán ustedes, pues de la familia, la casa, y me da, que sobre todo de la tele. Para alabarlas o denigrarlas, eso ya no lo sé.

Está claro, aquí nadie ve la tele, pero al final todos están enganchados a ella.

Tony, es uno de los que habla frecuentemente de ella; me cuenta que él sí está enganchado a la tele, y que le gustaría dejar ese vicio, pero que no puede.

Es extraño, pues la tele la ve infinidad de gente, pero en algunos bares, la gente no la mira. Alguna vez, me he visto yo solo mirándola, y los demás charlando como si tal cosa. El raro soy yo, no lo dudo. Ya me lo dicen ciertas personas, qué se le va a hacer.

En familia se ve la tele, y mucho, lo sé pues lo he visto con mis ojos, incluso algunos anuncios reflejan esas escenas tan familiares y cotidianas.

Álvaro, me decía, que él nunca podía cobrar el sueldo entero, porque su nueva familia, hacía muchos gastos en la farmacia que él dejaba a deber hasta el principio del mes siguiente. Un día, uno de los hijos de su amante, le llamó por teléfono para que comprara una manta eléctrica. Le costó sobre las cinco mil pesetas. Estaba cabreadísimo. Ese día llegó por la tarde más feliz que unas maracas, al pasarle, según narró, lo que sigue:

—Cuando estábamos comiendo, dije: “Porque tengo que ponerle gasolina al coche”, y acto seguido un hijo de Expedita me puso en la mano cinco mil pesetas. “Fantástico. Qué gente más cojonuda tengo”, pensé...

Según comprendí, la gente cojonuda es la que da dinero; sí, otras cosas también, pero sobre todo dinero.

e-libro.net

¿No se había dado cuenta que ese joven no sabía cómo decirle que le quería pagar la manta eléctrica?

Por cierto, son algo caras, pero muy prácticas para cuando hay dolores. Yo no sabía, ni sé, exactamente cuál es su uso más adecuado, pero se usan.

Ya les dije que en la ortopedia, aconsejaban curar con el contrario, tal como se basa nuestra medicina, así lo frío, se combate con calor, y lo caliente con frío. Dudo que esta norma se lleve siempre a la práctica, aunque existen geles especiales, metidos en bolsas plásticas, muy útiles para ambos casos. Sobre ellos sé poco, pero pueden preguntar por ellos en su farmacia más próxima, o en su ortopedia, que para algo están. Ya saben, al servicio del cliente. No porque se quiera sacar dinero, sino por agradecer a la clientela. ¿Y por qué no?, que debe haber de todo, tanto buenos, como malos profesionales. Yo, no me consideraba bueno, pero malo tampoco, sabía que los había peores que uno.

No tendría mucha experiencia como trabajador, pero mi función intentaba cumplirla con creces. Según vería, no era suficiente. Es cierto, que a pesar de que pensaba que tenía un buen referente: Álvaro, una persona que tenía infinita experiencia en ese mundo, parece ser, que el referente era erróneo. Pero si no era de él, de quién me iba a orientar, ¿de Silvia?, no por Dios; ¿de Tomás?, quizás sí.

El jefe, me decía con cierta frecuencia, que cuando quisiera fuera arriba, a hacer lo que quisiera, un poco, creo yo, para hacer distinción conmigo, o sea que cuando estuviera cansado de los empleados, perdón, colaboradores, me fuera para arriba a descansar o leer. Aunque no me faltaban ganas, me decía: “el capitán es el último en abandonar la nave”. Cosa no muy cierta, pues desde que llegaba la hora de cerrar, y a veces, muchas veces, incluso cinco minutos antes, Álvaro levantaba el quiosco, y cerraba las puertas y rejas al público, cuando eso ocurría, yo, que poco antes había subido a quitarme los zuecos y ponerme los zapatos, ni corto ni perezoso, me quitaba la bata y despidiéndome de quién estuviera, ponía pies en polvorosa. Me iba. Pero tardaba un poco en encender y calentar el coche. Álvaro en cambio con el suyo, la operación la hacía instantáneamente.

Eso de cerrar antes de la hora tuve que reconocerlo ante Tomás, al que le habían llegado noticias de que Alvaro estaba cerrando antes de la hora. Álvaro, aseguraba y casi juraba que él salía en punto. Si estando conmigo a veces cerraba antes, no les digo nada, estando él solo.

En esos momentos, más creía que era la mala fe de las personas. Hoy, sin embargo preveo que la mala fe era la de Álvaro. En fin, no hay nadie perfecto. A pesar de ello, seguía cayéndome bien.

Tomás me decía:

—Antonio, ¿tú has visto si Álvaro cierra antes de la hora?

—Alguna vez cierra unos cinco minutos antes –no me quedaba más remedio que delatar al que en el fondo, yo era su cómplice.

No lo recordaba, y es algo que de ser cierto, debo *ipso facto* denunciarlo, es que según me dijo mi madre, cuando me las vi y deseé para sacar la carrera, había pedido a Domingo que me echara un capote. Efectivamente, le había dicho que si podía, que influyera para que me aprobaran. Esto era peor, o quizás tan malo como ir a ver al médico amigo de mi portera, para pedirle ese mismo favor.

Ya lo oí ayer por la radio, “cuando el hombre se siente acorralado, no se sabe como reaccionará”, y eso me pasó precisamente a mí.

Yo, que precisamente había estado siempre contra las cuñas y favoritismos, recurría a ellas. Bajeza tal, me da asco de mí.

Lo de mi tío Domingo, no lo recuerdo, pero si los demás lo dicen, así debía de ser. Lo del médico amigo de la portera de la pensión de Santiago, sí lo recuerdo perfectamente, de lo que me avergüenzo y me confieso culpable.

Parece que Tomás confiaba en mí, aunque algo nos habíamos distanciado.

Le contaba a veces a Álvaro, que mis amigos y yo íbamos en ocasiones al bar “Hermanos García”; él, que de eso entendía me decía:

—Está mejor la cocina, y más barato, el bar de Manolín.

Me lo decía frecuentemente, pues iba allí casi todos los jueves. También me confesaba que creía que los precios eran tan baratos, porque sospechaba que traficaban con droga, y que una manera de blanquear el dinero, era por medio del bar.

Según contaba el compañero, era sumamente barato y abundante. Yo, para mí, me decía que sí, que iría. Me costaba mucho convencer al Lu y la panda para ir. Nunca lo conseguí.

También me decía que la hora era importante, pues según fuera el día, podía ser casi imposible el entrar.

e-libro.net

Creo que dos veces intenté ir con el Lu, pero estaba cerrado. Álvaro, suponía:

—Quizás sea porque está en la cárcel, o porque están en obras.

Más fácil, me resultaba a mí, que estuvieran de vacaciones, o que algún compromiso del que fuera, le influyera para cerrar el local, pero Álvaro era así de contundente. A lo mejor tenía razón, por aquello de que más sabe el perro por viejo que por perro.

Cuando alguien (muy pocos, para ser sinceros), me decía:

—Y no te cansa tanto leer.

Él respondía:

—Ya tiene experiencia.

Nunca más me nombró, nuestras primeras jornadas, en las que yo iba pobremente vestido, y con cara de soplado. Cara que sospecho en ocasiones, sobre todo las primeras horas de estar levantado, no me ha cambiado grandemente. Bueno, ya no tomo tanto ansiolítico, que seguro que era lo que me tenía atontado y por fortuna también, no duermo tanto, aunque a veces abuso del descanso.

Álvaro hablaba con todo el mundo, y cuando no era él el único que hablaba, decía:

—Porque éste habla mucho.

Recuerdo que una vez que yo hablé algo, él me lo hizo ver, y no que hablase más de lo normal, sino que me dijo que había hablado yo solo. A pesar de lo que él diga, no comparto del todo su opinión.

Tenía un mechón blanco en la cabeza, el que a veces se le veía, otras no.

Supuse que se lo disimulaba con la gomina que gustaba llevar en esa temporada, estaba haciéndose un chiquillo, a medida que pasaban los días, mejor los años, o casi diría: las décadas. A veces me planteo si valdrá la pena teñirse, pero “para lo que ligo, mejor es no hacerlo”.

Mi trabajo como farmacéutico es de cara al público, por lo que debo dar buena imagen, con ello no quiera decir que deba teñirme, ni que por no hacerlo quizás aparente más viejo, tampoco digo que sean signos de poseer un juicio más profundo, simplemente es mi pelo, y si estaba orgulloso de él cuando era rubio, ahora que se me está blanqueando, muy rápidamente, cierto es, no voy a renegar de ellos.

Pues bien, uno con los que Álvaro hablaba bastante, era con un joven luchador. Se le veía fuerte y sano. Trabajaba de algo por el día, y por la noche se iba a entrenar. Tenían el tema de la lucha en común, que era en realidad de lo único que hablaban. El luchador, no fumaba, Álvaro sí, y no les extrañe que se sintiese sano como un roble. Que yo le viera, muchos medicamentos no tomaba. Sólo unos para la tensión, que los de la casa farmacéutica, se lo regalaban. Ese era su único tratamiento, crónico me refiero. A veces le fallaba alguna cosa, pero lo segundo más notable era su rodilla, que se le llenaba de líquido, y le dolía bastante. Tenía que ir a quitárselo al médico del seguro, al especialista, a quién ya conocía, y con quien se llevaba bien. Parece que el tratamiento le sentaba bien. Le inyectaban corticoides. Ignoro la causa por la que se forma el líquido, y el efecto que estas sustancias tienen. Ahora lo acabo de ver, y una de sus funciones es como antiinflamatorio (nunca te acostarás sin saber nada nuevo). Ese amigo suyo, el joven luchador, solía variar mucho la imagen de su cara, unas veces, se dejaba una parte de la barba, otras otra, en fin, que se cuidaba el aspecto. La ropa, solían ser camisas, pero bien cuidadas y bien planchadas. Tenía cuerpo de luchador: corpulento y alto; parecía estar fuerte, al menos más que cualquiera de nosotros. Incluso que Álvaro, por mucho que este dijese que estaba en forma. Me contaba respecto a eso, que él aparte del cigarro y alguna copa, era el árbitro que más en forma estaba.

A todo representante que llegara a dejar algo de propaganda, él, enseguida le saltaba con un:

—Ahora somos cuatro –y me señalaba a mí.

O sea que de dejar algún regalo, yo también participaba. Era de agradecer.

El representante con el que se llevaba mejor, era uno muy joven, que no recuerdo que casa representaba, y que quizás sea mejor así. Tenía un buen coche, y vestía bien. Por las tardes, solía ir con una camisa igual a la que mi madre me regaló por reyes, hacía tiempo, cuando Felipe seguía gobernando en España. Lo recuerdo, pues él tenía una igual que solía llevar a los mítines.

Este muchacho, por las tardes estaba metido también en una directiva de algo de deportes canarios, por lo que iba a hablar a la farmacia con frecuencia sobre ello. Nos solía llevar regalos y demás. Cuando me vio el coche que usaba, me dijo:

-¡Buf!, pues no tiene que tener ahorrado poco ni nada.

Me llamaba siempre por D. Antonio, a lo que yo le respondía:

—Me llamo Antonio, no don Antonio.

e-libro.net

Me parecía absurdo que un profesional del gremio y de mi misma quinta o similar, me pusiese el don delante; máxime cuando encima era amigo de los de la farmacia. Me imagino que entonces a Tomás debía llamarlo: Sr. D. Tomás.

Lo cierto es que este hombre, tenía por fortuna pocos vicios. Me creía que debía tener una novia, imponente, pero un día me la presentó y me dejó asombrado: era fea, gorda, baja, en fin, horrible. A él, me lo imaginaba con una mujer agradable a la vista. Esa chica daba la sensación de no cuidarse mucho, y eso que sólo eran novios. Cuando viniesen los hijos y se empezara a desfigurar no les digo nada.

¿Por qué unas chicas se mantienen tiposas y otras se desfiguran todas?, es algo que no comprendo en absoluto, lo más mínimo. Que vea uno una chica hermosa, y se diga, "¿quién saliera con ella?", pero que después se estropee de mala manera, es algo que no es muy agradable.

Lo mismo podría yo decir de mí. Después de mi amor desvirgante, las otras chicas con las que estuve, no estaban de físico nada mal, yo, en cambio, poco a poco e ido engordando, no que empezara a dejarme ir, sino que estaba poniéndome a reventar. Pero no, le tenía que poner remedio.

¿Cuál fue?, pues ir a hacer gimnasia con Tony al Parque Romano, allí íbamos unas cuantas veces en semana. Yo iba siempre con el mismo chándal, el que usaba cuando iba a la Quinta, y que me había regalado mi madrina Conchita. Era negro con adornos azules. No estaba mal, pero hiciera frío o calor, yo siempre iba igual vestido; Tony, como mínimo cambiaba de camisetas, yo usaba dos, para que cuando una se estuviera lavando ponerme la otra, encima me quedaban cortas. Una era de propaganda, blancuzca, y la otra me la habían regalado en una tienda de Vecindario al comprarme unos pantalones y un cinturón.

Tony tenía muchas, casi todas de propaganda, y con ellas también iba a trabajar, yo iba con otras al trabajo, pero a correr y hacer un poco de gimnasia, iba invariablemente igual vestido; me daba vergüenza de ello, pero qué le íbamos a hacer. Allí la gente vestía muy bien. Había chicas gordas y otras estupendas; lógicamente uno se fijaba en las estupendas.

Si me miraban bajaba la cabeza, sentía rubor y pudor. No tenía la caradura que en otros años había tenido, según me decía el Lu, "porque de estudiantes, los ligues son más fáciles".

Íbamos a correr en el coche de Tony, y luego veníamos a mi casa, nos duchábamos (le decía que trajera una toalla suya para no poner más ropa a mi madre para lavar), cenábamos, nos tomábamos un café y enseguida le decía de ponernos a estudiar, él en su casa, yo en la mía.

La verdad, es que cada vez, nos sentíamos más camaradas, más que eso, más amigos. Ojo, no desde un punto de vista sexual, que yo al menos sé que soy "hétero", sino desde el emotivo. Nos contábamos sobre qué chica nos gustaba y por qué; sobre lo último, casi nunca se sabe el motivo.

Había chicas muy guapas en el terreno hecho casi expresamente para hacer gimnasia. Pocas eran las que iban allí a pasear, salvo una chica que me impactó, que iba con un perrito pequeño de paseo. Estaba diez; no la vi nunca más. Lo único bueno que tiene el estar soltero es que uno cada chica que ve, lo puede hacer gustosamente; yo echaba el ojo hasta a las comprometidas. Tony en cambio, no lo hacía, parecía que fuese más tímido, sin embargo después follaba y salía con más chicas que yo. Pudiera ser, que a mí la religión me cohibiera, no lo discuto, pero el mirar, no hace daño, aunque Jesucristo ya dijo que con solo el mirar y pensar en la mujer de otro, ya se condenaba uno. Me parece esto sumamente duro, a no ser que se refiriera al adulterio, puro y duro, que ahora, ya sí, me parecía desastroso. Pero no, lo que dijo fue lo primero.

Según Tony, hacíamos poca gimnasia; para mí, en cambio era suficiente, terminaba derrotado y molido. Culpable, ya lo saben, el cigarro. Para llevar una vida sedentaria, nada mejor que el tabaco, el cual mina de tal manera la salud, que por mucho que uno intente coger fondo no lo consigue.

Alguna vez me dieron ganas de orinar, y me las vi y deseé para hacerlo en tal sitio público. Al final lo hacía en el ayuntamiento.

Otro representante, nos regalaba unas máscaras de bronce, la careta representaba a dioses de la mitología sudamericana, muy bonitos, aunque yo no entendía nada de eso. Qué le vamos a hacer.

Álvaro se extrañaba, cómo no las ponía en la pared de su despacho, Tomás, donde seguro que quedarían la mar de bonitas. Él, si tuviera un despacho alguna vez, lo haría. Me imagino que el despacho lo conseguiría con las quinielas y loterías. Con su trabajo, lo dudo. Sé que tenía sus años, pero estaba hecho un pasota. Si alguien venía, decía si me veía despistado:

—Gente, hay gente…

O bien decía en tono más alto:

e-libro.net

-¡Va enseguida!

Y eso no porque él estuviese haciendo algo, sino porque se había hecho un gandul. Sí, el que trabajaba era yo. Cuando venía el pedido de reposición (la oferta que hace Cofarca, una vez al mes para cada farmacia con buenos descuentos), él, a petición mía, que todo hay que decirlo, revisaba la mercancía, y yo la colocaba. Si creen que lo de él es más engorroso, están equivocados, pues me dejaría cortar el cuello, que no lo hacía como debiera, esto es si eran veinte cajas de un mismo fármaco, pues mirar en cada una el precio (aquí sin IVA), y la caducidad, sino que a lo sumo cogería dos o tres, de esos veinte o treinta, y lo daría todo por válido. En cambio, yo debía colocar luego todos los medicamentos, los veinte, y no los dos o tres que él revisara. A parte de eso, él hacía el trabajo sentado, y yo paseando por toda la farmacia.

Dirán que es que yo era bobo, quizás sí, pues yo miraba la caducidad de cada uno y su precio de venta al público.

Terminaba todo sudado, pues aunque intentábamos quitarnos entre todos la reposición cuanto antes pudiéramos de encima, los otros no pensaban lo mismo; aseguraría que pensaban, "que lo trabaje él". Y eso hacía.

Álvaro llamaba a los envases, las tiras en las que venía precintado cada comprimido, cápsula, grageas, supositorios, etc., como "blix". A mí esto, que me chocaba pues hacía poco había descubierto su verdadero nombre, aunque no estaba seguro de cómo se escribía, me lo callé. Pero leyendo, vi que realmente tenía yo razón, no era blix su verdadero nombre, era blister. Así se lo hice saber, pero él no daba su brazo a torcer, seguía llamándolo por blix. Yo me decía: "¿Pero no me cree, qué pensará que pretendo, engañarle?". En esas estaba, cuando un buen día veo que un cartón publicitario de los supositorios Roví (de glicerina, para el estreñimiento), la palabra en su número plural (que hasta ese momento no sabía cuál era, y que hasta ese momento, me guardé mucho de decirla ni corregirle): blisters.

—No ve, Álvaro, mire ahí apuntada la palabra.

Siguió sin rectificarlo. Por qué, pues una de dos, o bien porque algún representante se la había dicho mal, o bien se la escuchó a Tomás, y no era cuestión de contradecir al jefe. El jefe tiene siempre la razón y nunca se equivoca. Cosa que Tomás no paraba de repetir. Yo no estaría tan seguro, y eso de que las órdenes hay que cumplirlas a rajatabla, ya han visto que no lo suelo hacer. "Así me ha ido", podrán decir ustedes. Y no es eso malo, no, sino que tendrán toda la razón.

Ojo, que cuando cuestiono algo intento que sea fundamentado en cosas que sé, o si no, que me hagan ver que ellos están en posesión de la verdad. Y volvemos al eterno dilema: ¿qué es la verdad; no depende todo del cristal con que se mira?, pues entonces la verdad es distinta para cada uno, si no indaguen y verán como todos, creen que su *modus vivendi* es el mejor, indiscutiblemente.

Álvaro a veces me cargaba un poco. "Pero Antonio, paciencia y respeto a la edad". Por lo que he oído y él me cuenta, nunca ha sido muy trabajador. Cuando la farmacia era de la otra dueña, muchos días los pasaba sentado en el portal. Cuando lo conocí, tenía un coche desastroso, más nuevo que el mío, pero mucho peor cuidado. Álvaro, ahora vivía y vestía mejor, y tenía un coche nuevo, y aunque era un utilitario, era nuevo.

Sus batallas las contaba a todo el mundo. Quizás porque no quisiera profundizar en su vida privada, pero a veces pensaba que sólo hablaba trivialidades. Estoy de acuerdo en que no me iba a hablar de mujeres, pero no que me contara siempre lo mismo.

Una de esas cosas, era que los sábados que no tenía que trabajar se levantaba igualmente tempranito, y se dedicaba a hacer la comida para todos los de la casa. Él, se entretenía cortando todo en trozos muy pequeños. Sinceramente, no tengo ni idea en donde aprendió el arte culinario, ya que sospechaba que no hacía anteriormente la comida, y el tiempo que vivió solo, no fue suficiente para aprender las excelencias y exquisiteces de dicho arte. Expedita le dejaba hacer.

Parecía que se llevaban bien, aunque me chocaba grandemente ver a dos adultos con cosas de adolescentes, como mal les suelen llamar, pues otros dicen que el amor no tiene edad, y eso espero, por la cuenta que me trae. Un par de veces, se cabreó Álvaro, y la trataba de una forma que no me gustaba nada. Ella callaba y no le replicaba nada.

Con todos tenía chanchullos Álvaro; a todos conocía, así por ejemplo, para reparar tal cosa del coche, era bueno ir a tal o cual mecánico. Para comprar una cosa, a tal sitio, y así sucesivamente.

Me contaba Álvaro, todo lo que se desvivía por su trabajo, al final vi que no era verdad, más me desvivía yo y eso que no debía mantener una familia como él(aunque debieran ser dos), y toda una innumerable serie de gastos personales.

e-libro.net

Ya casi no salía, por lo que lo ridículo de mi sueldo, me llegaba a final de mes, incluso ahorraba.

Me contaba Álvaro, que a Expedita por Navidades, le regalaba siempre una joya, que se la compraba a una amiga suya, y que le hacía descuentos, aparte de que le pagaba a plazos. Uno de dos, o era muy cara, o era un manirroto, pues siendo el único regalo de Navidad que hacía, qué más le daba pagarla al contado, que en ese mes, Tomás daba religiosamente la paga extra. He tenido suerte, pues en todos los trabajos que he estado, me han pagado religiosamente a final o principio de mes. Los del estado no cuentan, pues esos pagan a los tres meses, pero pagan.

En qué invertía Álvaro ese dinero nunca lo sabré, ni por otro lado se me ocurriría preguntárselo. Mi relación con Álvaro era cordial, al menos así lo creía yo. Puede que él me tildara de bobo, por lo que trabajaba y por lo que cobraba.

Al poco de empezar a ir a la farmacia, uno del barrio, se me puso a hablar:

-¿Cómo te llamas?

—Antonio.

—Yo, Maicol –lo escribo así, pues tengo claro que él no sabe como se escribe, ni yo tampoco.

—Y, ¿qué haces?

—Trabajo en la farmacia.

Fue el primer y el único con el que entablé una conversación de presentación. Según me comunicarían, no estaba bien de la cabeza.

Me habló del cuartel y de algunas cosas más; cuando se enteró que no había hecho la mili, me preguntó por qué, a lo que le respondí con evasivas, o bien, “porque tuve un síndrome depresivo”, cuento que le metía a todo el mundo, al darme vergüenza decir la verdad.

Era alto, moreno, tosco, pero ágil, con camiseta desteñida y bañador largo también descolorido. Casi siempre iba con la misma ropa; era inofensivo, aunque a veces se metía con los niños chicos. No consumía nada, pero de vez en cuando le pedía a cualquiera un cigarro. Ese tipo de vida, sólo se puede hacer en zonas apartadas de la urbe, o en la urbe pero en zonas poco transitadas. Estoy desvariando, no me hagan caso. ¿Por qué no se va a hacer en zonas transitadas?

En el solar frente a la farmacia, los niños se ponían a jugar al fútbol. A Álvaro le caía bien uno que era un golfo.

—Pero mira que golfo es ese, ja, ja, ja.

—A mí me cae mejor el alto y flaco –ese era un buen chico, y no jugaba mal.

Solía ir con una camiseta amarilla. Los niños vestían, como suele ocurrir, distintos, según el nivel económico de sus padres, aunque daba la sensación de que eso a ellos no les influía grandemente. Quizás las diferencias se vean más en las grandes concentraciones de personas. Allí, todos eran amigos y todos se conocían. No sería extraño que lo que yo cobraba, se hubiera extendido como la pólvora.

Cuando íbamos a correr, y luego Tony iba a mi casa a comer, solíamos cenar sangüiches, para los que mi madre compraba los embutidos. Más gastos para ella, y yo sin contribuir en la casi ni con un duro, y si encima le tenía que llevar algo de la farmacia, me dolía en el bolsillo. ¿Seré cerdo?, pero a lo hecho, pecho.

Mi hermana Piluca, le pidió a mi madre, si quería ser la madrina de su boda; me emocionó. También nos dijo a Jose y a mí, si queríamos ser los padrinos, me atolondró: “¿cómo, yo padrino, pero está loca?, con la responsabilidad que eso trae; como voy yo a ser padrino, sin dinero, ni siquiera sé estar adecuadamente en sociedad. No ni hablar, que lo sea Jose”. Al final mi madre me convenció.

—Piluca, yo lo puedo ser, pero no tengo dinero para la celebración.

—No, eso corre de nuestra parte. ¿Vas a ser tú?

—Sí, si no te importa, sí.

Dicho y hecho. Me tenía que comprar ropa, hacerme todo el traje; bueno, a medida no, pero sí comprarme el traje, etc.

—Pero ¿tú estás loco? –me respondió mi madre.

Ella me dijo que llevara el traje que me había comprado en Valencia, y eso sí, que los zapatos, la camisa y la corbata, que fueran nuevas.

Fuimos un día a El Corte Inglés, y allí compramos lo necesario para mí. Los trajes, tanto de mi madre, como de Piluca, no los vi hasta el día de la boda. Me dio la impresión de que el peor vestido que iba, era yo. Así fue.

Es cierto, también, que era el que menos dinero tenía.

e-libro.net

Los zapatos me quedaban como un guante, así debía de ser. La corbata era gris, nunca me hubiera imaginado llevarla así, parecía una de esas de los famosos, los aristócratas. “Pero, ¿esta gente que se cree?, si somos unos muertos de hambre”.

“Uf, me parece algo pretenciosa esta corbata, pero, un día es un día, a parte de eso, mi madre entiende bastante de modas y cosas de esas”.

Me pelé una semana antes del evento, en abrir del 97.

Iba toda la familia, menos los vástagos pertenecientes al hermano de mi padre. Mis tías paternas, sí iban.

Magnífico, sería una oportunidad de oro para lucir el reloj que me compré con las doscientas mil pesetas que Dulcina había dado a cada sobrino, “para que nos compráramos una joya o algo que cuando nos lo pusiéramos nos acordásemos de ella”, según sus palabras.

Chiew, el que iba a ser el marido de mi hermana, le regaló las joyas que habían sido de su abuela primero, y después de su madre, la que se las dio para que él las diera a la que fuera su mujer. Así hizo. Son de oro blanco (yo nunca había visto ese directamente); me pareció que no estaban muy bien conservadas, pero a mi hermana le encantaron.

Ellos ya estaba viviendo juntos desde que estuve en Valencia, recordarán. Pero en esos días, Piluca volvió a mi casa, y se quedaría en ella hasta el día de la boda.

Chiew, se puso a arreglar unos trajes que tenía desde hacía años. Eso me sirvió para llevar el pantalón de mi traje, que me quedaba estrecho. Pues sí, lo que parecía imposible, fue, había engordado, estaba más gordo que cuando vine del curso de ortopedia. Lo que parecía imposible sucedió.

Bueno, lo mío era fácil, pero lo complicado eran las mujeres, el que se fueran a peinar y maquillar todas a la peluquería, me resultó algo extraordinario, que fueran todas las hermanas y mi madre juntas.

Supongo que si mi padre viviera, estaría más tranquilo que ellas. Yo lo estaba. Lo más que hice, fue no apoyar la cabeza en la pared mientras leía; y un extraordinario, iba cada cierto a mirar como estaba el pelo. Lo tenía muy bien.

Cuando vi a mi hermana Saso, me llevé una sorpresa, traía un (no se le puede llamar ni abrigo, pues no abrigaba nada), no sé qué, que era extrañísimo: “¿Pero, dónde se cree que va esta mujer? En fin, ella sabrá”.

Incluso ese día escribí mi dosis del libro.

Piluca había pedido a mi padrino su coche, el BMW, era el mejor de la familia; él se lo cedió, supongo que gustoso. Ellos irían en el Mercedes, algo ya viejo, pero tiraba bien.

Yo, ya se habrán dado cuenta que aún no me he casado, pero creo, que en mi boda, no armaré tanto barullo; algo sencillo, con poca gente y lo más seguro, sin celebraciones.

Iba, y eso me extrañó, Juancho; digo que me extrañó, pues no suponía que él de vez en cuando bajara al mundo de los mortales, pero así hizo y haría en alguna ocasión.

El traje de Saso era naranja. Según vi después, el traje era bonito, pero esas gasas a modo de abrigo, me daban la impresión de ser unos fritos que hace Chiew, de marisco.

Llegó Tony, y con él las fotógrafas. “Pero, ¿qué hace este hombre hoy aquí?”, me pregunté, y con la misma, le despedí. Me aguanta mucho este muchacho, no sé cómo me soporta. Ahora caigo y a lo mejor vino para que lo invitara a la boda, es posible. Subieron las de las fotos y el vídeo, y empezaron a organizar aquello. Yo ya estaba vestido, lo hice en unos diez minutos (llevaba los calcetines “Ejecutivos”, por primera vez en mi vida, pero quizás la ocasión lo requiriera), era el padrino, y no me sentía como tal. Todo se me iba en pensar: “pero, ¿y los padrinos no son los que pagan el convite? Bueno, yo soy un padrino moderno”; así nos llaman ahora a los pobres.

Mi regalo, mi madre, tampoco quiso que fuera excesivo, igual a lo que ponían todos los hermanos. Me extrañó mucho, “pero en fin, ella sabrá”. Me parecía muy poco, casi menos que lo que le regalé en la Primera Comunión a Dani. Mi madre, no quería que yo gastara, pero ella tiraba la casa por la ventana.

A lo que no accedí, fue a leer la Biblia durante el evento, era demasiada responsabilidad.

Había ido con ellos a Arucas a hablar con el cura joven que los casaría. Fuimos hasta allí porque ese no ponía tantos impedimentos a la celebración de la boda, si Chiew no entregaba los papeles del bautizo y comunión. Total, que al final se pudo celebrar.

A la salida de hablar con el cura, fuimos a comer bocadillos con queso y chorizo, con un vaso de leche. Genial, ya no necesitaba beber alcohol como hasta el momento. ¿Estaría realmente limpio, sin tendencia al alcoholismo? Parecía que sí, aunque aún era pronto para confirmarlo.

e-libro.net

También tuve que posar junto con mi familia en las fotos de mi casa, y con el vídeo. Vídeo que aún sigo sin ver, un par de años después del festejo.

Gritos y gritos, había en mi casa, qué hacer. Pues nada, esperar a las mujeres, que al fin y a la postre son las que mandan, aunque nos creamos lo contrario.

También vinieron mis primos maternos. Concha Ester no estaba muy guapa, no así Clara Eugenia. Estaba fantástica.

Desgraciadamente, le dije a mi alta prima:

—Nosotros, nos quedamos ya para vestir santos.

Y me da la idea que eso le molestó. No se lo dije con malas intenciones, todo lo contrario, pero sí, que empezábamos a perfilarnos como solterones.

Mis dos primas son abogadas, ya lo saben; la más joven, Concha Ester, se está preparando unas oposiciones para registradora de la propiedad. Son muy duras, según tengo entendido. Se toma los sábados de relax, según me diría más adelante. Yo, aprovecho ese día, para leer cosas relacionadas con la religión.

Cuando llegamos al lugar del guateque, Las Grutas de Artiles, Pine, con la que íbamos en su coche: sus hijos, mi madre y yo, dijo:

—Somos los padrinos -para que los camareros, no se pusieran bordes, y nos dejaran aparcar allí. Eso hicimos, y mi madre salió elegantemente, con su gran estampa. Yo, salí medio ruborizado: “qué ridículo, soy el padrino, objeto de todas las miradas”.

Con Piluca tuve que bailar algo en la cocina de mi casa, pues me tocaba a mí empezar el baile con ella. No tenía ni idea de ese tipo de bailes. Menos mal, que me lo dijo, tras yo preguntar que qué es lo que había que hacer. Bueno, esas fiestas sociales, cada vez las entiendo menos.

Al poco de llegar, me fui al baño, a miccionar (“¡qué uno es leído y estudiado!, no se vayan a creer”). Encontré a Saso que también lo buscaba. Estaba todo a oscuras, pero al final dimos con los servicios.

“¡Ay va, no he contado la boda en sí!; bueno ahora lo cuento”:

Llegué con Piluca y entramos a la iglesia. Yo me iba preguntando: “Pero ¿y qué hago yo aquí, en medio de tanta gente?”

Según me diría mi padrino, exactamente eso supuso que yo pensaba al verme mis gestos y añadió:

—Estoy seguro que tu padre habría dicho: “Aquí estoy yo, y al que no le guste que no mire”.

Con el tiempo me he vuelto cada vez más tímido. Si antes lo era, ahora no les cuento nada.

La iglesia estaba a tope. Al entrar iba saludando a todo el mundo, incluso Juancho, al saludarle con cierta sorpresa agradable por mi parte, me hizo señas, dándome a entender que me olvidara de él, y supongo que de la gente de alrededor. No era para menos, pues me parecía a los reyes de España, que van saludando a todo el mundo. Lo viví, y no lo ambiciono en absoluto. Me gusta más la intimidad de mi mundo, mi cuarto, mis libros, en fin, lo que soy.

Leyeron ciertos pasajes de la Biblia, varias personas; el primero en leerlo fue Jose; yo me negué en redondo. Soy consciente de que leo fatal.

También leyó una amiga del trabajo de mi hermana. Los novios, por supuesto, también lo hicieron.

Chiew se llevó un susto supremo, se había preparado la lectura por una Biblia que yo le dejé, la de Jerusalén en edición de bolsillo, la que me había regalado el Lu. Lo sospechaba, y lo confirmé en ese momento: las palabras eran distintas, la de lujo que usan las iglesias católicas y la mía tenían distinto texto. Cuando lo vio, casi no le da algo, y exclamó en un lapsus:

-¡Ay, madre!

No pasó nada, sólo el susto. Leyó bien. Después leyó también una poesía de García Lorca, yo no la entendí. Piluca, incluso entre bromas le dijo al cura que era mentiroso, que todo la puesta en escena (espero se llame así), era del cura, y éste había dicho que era cosa de ella.

De vez en cuando, cantaba una chica acompañada del órgano.

Todo muy bonito, pero no entendía lo que estaba pasando, ni lo que yo hacía. Me daba la sensación de que todo el mundo me miraba por atrás. “¿Y si tuviera la chaqueta llena de caspa?”. No sería extraño, “qué horror, qué vergüenza, y a lo mejor se ve que me queda floja. ¿Pero qué hacemos nosotros tan adelante en una iglesia?” Iglesia que por otro lado era la de mi barrio, por lo que la conocía bien. Desde hacía tiempo, venía pensando, por lo que dice la Biblia, que no hay que adorar los ídolos, me he preguntado, si estos son también las imágenes y

e-libro.net

figuras de los santos, aunque sean católicos. Nadie me ha sacado de dudas, por lo que ante ellos, estoy incomodísimo. No así el crucifijo solo.

Deseaba que aquello se terminara. ¿Quién me mandaba a mí meterme en esos follones?

Antonio, el hermano de mi madre, fue el padrino de su boda, y hasta el final, fue a ver a mi padre en su lecho de muerte, en la clínica. Eso sí es un padrino, aunque no maneje mucho dinero.

Por fin acabó todo, qué nervios. El párroco de esa institución, estaba cabreado con el cura que habíamos llevado, porque se hacía tarde para la celebración de la misa, que era justo después de la boda. Medio se enfadaron, cosa que parece que entre ese colectivo, también es frecuente, por lo que he leído de Morris West, y por lo que vi.

Mi hermana Piluca, había conseguido dos juegos de arras, que le dieron problemas, no fuese que el juego de las que se lo dejaron y no se usaron, se lo echaran en cara.

Una era de Domingo y Conchita, y otras de Mila y Antonio. Se usaron las de la primera familia, o las de la segunda, pero, ¿y qué más da?

Quien las llevaba era mi sobrinita Elenita, la que por cierto no está bautizada. Espero que no sea sacrilegio, no creo, pues Jesús hace referencia a que los niños entrarán en el Reino de los Cielos; y ellos, aumento yo, no saben la importancia ni el significado de estar o no bautizados.

El traje de Piluca era monísimo, pocos he visto igual. Fue de blanco, más que de blanco de beis. Chiew de chaqueta azul. Iba con gomina, quizás para disimular su escasísimo pelo. Él es mayor que ella, pero no le sé calcular su edad. En fin, ya pertenecía a la familia. No es muy culto en cuanto a libros y estudios, pero ha viajado por medio mundo, y es una de las personas más trabajadoras que conozco; casi no bebe, y no fuma: no le conozco ningún vicio. ¡Que tengan surte chavales!

Después, pasamos a la sacristía para firmar. Firmé tan pronto, que tuve que simular que lo hacía otra vez, para que me sacaran la foto de rigor, una a cada uno de los firmantes. Estaban todos contentísimos. Mi menda, no sabía qué hacer, y me encontraba un poco en orsai (o *"aut side"*).

Me afeité poco antes de salir, tal como deduje que debía de hacer, sobre todo al ver a Juancho, al que cada vez que lo veía siempre estaba bien y recién afeitado; pero tararí de los tararíes, ese día, por primera vez en mi vida, lo vi sin estar rasurado, como si se hubiera afeitado por la mañana, y ya le empezara a salir su canosa barba. Eso lo vi después.

Jose, que fue el primero en leer, se puso a llorar a moco tendido. La verdad es que leyó fatal, parándose cuando no debía; las pausas eran incorrectas, y me juego que no se enteró de lo que leyó. Lo que contaba el cura, no le hacía mucho caso y no lo entendía. Que el Señor me perdone por esto, pero eso de ser protagonista, no iba conmigo, y quería que terminara todo, para no seguir siendo el centro de las miradas.

Salimos y los recién casados, llegaron mucho antes que nosotros a la salida, mi madre me llevaba a paso de tortuga. Yo estaba desesperado.

Camino de la salida, vi a mis tías paternas, quienes me hacían señas y señas. "¿Ah, el reloj? Pues no, no es; ¿qué será, qué me quieren decir?", me indicaban con gestos que tenía la mano revirada, secuela de los efectos extrapiramidales de los antisicóticos. Eso creo. "Pero bueno, si el mundo se fuera a acabar por eso, mal andaríamos".

Por fin salimos. Fue peor, pues allí me quedaba solo, y no sabía con quién hablar, todo el mundo me saludaba, y a muchos los conocía, pero no recordaba sus nombres. Una prima de mi madre me preguntó si sabía cómo se llamaba:

—Sí, Delmi.

—No, soy Vela.

La cosa es que lo sabía, pero los confundí en la confusión. Lo más seguro es que pensara que me había quedado mal del "brote". Verán que esa enfermedad, me ha dejado una gran secuela.

Subimos al lugar de la fiesta. Una vez estuvimos tomando las copas, ya tenía pensado preguntarle a Juancho sobre qué le pareció mi novela. Estaba hablando con Mendel, quien como siempre estaba muy provocativa. Saludé a los dos, y mi cuñado me increpó:

—Si vienes a hablarme de literatura, no quiero hablar.

Algo así me previno.

—Sólo era para ver qué te parecía.

Refiriéndome a mi primera novela.

e-libro.net

—La idea es original, peor está mal la sintaxis, y la ortografía.

"Qué raro", y qué no mayor chasco me llevé.

Me quedé pensando tristemente, que ya para mí, aquello había acabado, si es que alguna vez había empezado. Me puse a dar vueltas de un lado a otro. Vi a mi tía abuela, María y algo hablé, estuve con más gente pero no sabía de qué hablar.

Veía que mis esperanzas de ser escritor, se habían difuminado.

Por suerte, los invitados empezaron a bajar a una de las grutas. En eso llegaron los protagonistas y se pusieron a posar para las fotos. Maru llegó y dijo que no había sitio para sentar a todos. "¡Mi madre qué fallo en la organización. Y yo no tengo dinero para que lo arreglen!", pensaba, mientras me responsabilizaba del problema. Piluca y Chiew, no se preocuparon, sólo querían que les sacaran fotos. "En fin, esta gente es así".

Al rato, bajamos donde estaba el mogollón. Juancho, fue motivo de discusión, ya que él quería que Saso, se sentara a su lado, cuando estaba previsto que en la misma mesa se sentaran los nuevos cónyuges, y la familia carnal, o sea los hermanos, y mi madre. Al final, Saso se sentó en la otra mesa. Las hermanas lo discutieron. Yo no manifesté nada (si he de ser sincero, no quiero meterme con él, pues espero, de entre todos los que aquí nombro, que sea el que algún día se lea el libro; me conformo con que sea el único, y no es por tanto, cuestión de ponerlo a parir), pero no lo encontré que fuera ningún problema.

Comí, poco y mal, aunque los camareros me hacían la pelota y me preguntaban si quería más. Les dije que no. Ahora caigo, y seguro que buscaban la propina, que por cierto, no se las di. A súplicas de mi madre, no se cortó ni la corbata, ni la liga. Seguro que porque no es de "clase". "Pero, ¿y de qué coño clase somos nosotros? En fin"; me imaginé que lo decía entre otras por Juancho, pues otros preclaros, no había allí. Incluso amigos de Chiew, iban con coleta y camisetas desteñidas.

Había alguna que otra chica guapa. Soraya la novia de mi hermano vino tarde (a ella incluyo en este grupo de chicas) aunque ese día no estaba muy favorecida, seguro porque su madre se estaba muriendo rápidamente, a consecuencia de un cáncer.

Cuando ya se iban, vi a Blanca y su marido, bajo, gordito y con barba y bigote, que sospeché, la tenía llena de polvos talco. "¿Será eso la moda en Madrid?", pues de allí venían ellos. También vi a la hermana de Quillo, Mari, con quien estuve hablando poco, no fuese que su hermano Carlos o su marido se molestasen. Le pregunté por sus hijos. Estaba algo desmejorada, pudiera ser que estuviese nuevamente embarazada.

Fui donde todos bebían alcohol, allí tampoco estaba a gusto, "¿dónde ir, qué hacer?" Había vuelto a hacer el ridículo al inaugurar el baile, primero con Piluca, y luego con mi madre. Lo tengo claro, para eso no sirvo. Después, se me pegó una familiar de mi madre, para bailar juntos, a la que desde que pude la dejé plantada. Lo siento. Salieron todos a bailar y yo me pude ir. Vi a Norberto, que estaba de director de la Escuela Oficial de Idiomas donde Piluca trabajaba, iba con su mujer, aquella amiga de Pine que a mí me atraía mucho y que vivía en La Laguna. Donde pertenecía a una de las clases poderosas.

La familia de mi madre, me dejó asombrado de lo bien que visten; en cambio los de mi padre, se buscan unos modelos, de aquí te espero.

Me comentaría en otra ocasión Pilar Fijoleis, que su profesor preferido de Madrid, que le puso Matrícula de Honor en su asignatura, y que era un académico de Filología Inglesa, no asistió por estar ocupado en otros asuntos graves. Se sigue carteando con él. Yo me he preguntado en más de una ocasión, si eso de que él le invitara a sus clases de gratis, no sería porque fuera un señor algo mayor al que le gustaban las jovencitas.

Norberto, me dio la impresión, con su pelo engominado y su traje, que era un viejo profesor, de esos que van con pajarita a clase. A su mujer casi no la vi, mejor, pues siempre me había atraído como para echarle el polvo del siglo, y no estaban las cosas para eso.

Hablé poco, iba de un sitio para otro. Hablé con las hijas de Margarita, la amiga íntima de mi madre, sobre todo con Carina, que está fetén, aunque yo le caía mal:

—Porque a mí me gusta la gente con vida, no los que están parados, quietos.

Lo sé, soy un mueble, tal que donde me dejan, ahí me quedo. Su aliento olía excesivamente a alcohol. Las dos hijas, opino, bebieron en exceso.

Al final, se casó Carina con un biólogo, que se dedicaba a hacer análisis clínicos. Enseguida se compraron una casa grande en Arucas. Me asombra ver lo que progresa la gente, mientras que uno, más que mejorar, parece que va para atrás. No puedo decir lo mismo de la salud. Empezaba a encontrarme bien, fenomenalmente.

e-libro.net

Sospecho, que Saso, para joder a su marido, se puso a hablar con todos los familiares. Era hora de irse, pero ella no dejaba de charlar. Juancho la fue a buscar, y algo fuera de sí, e iracundo, la sacó de entre los bebidos familiares.

Desgraciadamente, nosotros, los padrinos, fuimos los últimos en irnos. Una pariente mía, no paraba de decir:

-¡Vivan los padrinos!

Pero nadie contestaba al viva. Le comenté a mi madre si lo había oído, y su respuesta fue:

—Es que ella es así, un poquito rara.

A mí, más que rara me pareció graciosa, que tenía una cara de espanto.

Al fin, salimos de allí en el coche de Jose; lo llevaba por precaución Soraya, que estaba acostumbrada a conducir, más que yo, que indudablemente lo haría de estar ella también bebida. Paramos un par de veces para que Jose orinara. Encima iba diciendo:

-¡Emancipeison! –seguramente quería hacerlo más inglés.

Repetía y repetía: “emancipeison, emancipeison”. Lo decía con cierto retintín. Allí me enteré, que se iba a vivir con Soraya, se quería independizar. Como siempre, soy el último en enterarme de las cosas.

Iba algo nervioso, al no saber con certeza si ella había bebido o no.

En esos meses, Jose solía acompañar a Sora, a la clínica, para ver a su enferma madre.

El día acabó bien. A la mañana siguiente, seguí con el libro y mis lecturas. La farmacia se retrasaba. “Quizás sea también la mía de las que tardan once años en concederla, seguramente”. Álvaro antes me decía que aspiraba a tener una casa grande, por ello jugaba él a los juegos de azar; ahora que la tenía, la de su amante, no estaba satisfecho, y seguía jugando, seguro que como mínimo para retirarse. Estaba claro, no le gustaba trabajar, y de sus hijos pasaba mucho.

Un buen día, me enteré que su madre había muerto. Fui al entierro con Tomás. Estuvimos esperando un poco a la entrada, donde estaba un joven, con la misma ropa que yo, algo más desteñido, pero exactamente igual.

Quise ver si tenía el mismo símbolo que la mía. No lo vi. Estaba allí por el mismo entierro, por lo que supuse que era un hijo de Álvaro, aunque no lo conocía. Su hija, juraría que no fue.

Al fin llegó la comitiva fúnebre, y con ellos Álvaro. Iba igual vestido que en la boda de Silvia, pero ahora llevaba unas gafas de sol, que le sentaban muy bien, parecía un actor. Vi a uno que conocía de antes, era también árbitro de lucha, y la casualidad, que iba vestido igual que siempre, seguro que era de esas personas que van con una ropa a diario como si fuera el uniforme. Esto no me extrañó, porque yo he sido así muchas veces.

Cuando pasó el entierro, le dimos el pésame a Álvaro; a Expedita no, aunque sí la saludé. Hicimos cierto eso de “el muerto al hoyo y el vivo al bollo”, por lo que sigue: cuando salimos del cementerio me preguntó Tomás:

-¿Se te apetece ir a tomarnos un licor?

—Bueno, tú te tomas el licor y yo un cortado.

No se le ocurrió otra cosa que ir al mejor hotel de Las Palmas. Dejamos el coche, y nos atacó el limpiaparabrisas.

-¿Quieren que les limpie el coche?

—No, no, déjalo.

—Dile que sí –le insinué a Tomás.

Al final, le di quinientas pesetas para que lo cuidara y limpiara.

—Es que lo dejan peor. Y ¿por qué le diste ya el dinero? Mejor era dárselo a la vuelta. Bueno, yo te invito.

Me da que no me dio ni las gracias, aunque se justificó con el excesivamente caro café.

Había cerca de nosotros una de las bobas chicas que fue vecina de piso de Tomás en La Laguna; recuerden: aquellas a las que eran imposible de llegar yo a su nivel, pues ahora, aunque invitado, lo era. La reconocí, y tenía una familia, que iba de capa caída, aún así, estaba allí pasando la tarde del sábado. Tomás incluso se fumó un puro. Yo no.

El día acabó sin más consecuencias. Por fortuna, pues no estaba en mi medio, o sea trabajando en la farmacia, o en mi casa.

La conocida se despidió de los dos al irse, lo que hicieron antes que nosotros.

Estaba harto del cigarro; me había leído libros sobre él, pero nada, hasta que un buen día, me hice con el libro: “Dejar de fumar es fácil si sabes cómo”. Era cojonudo. Me lo leí en una tarde, y hasta la penúltima página, me fumé uno. Fue el último de estos últimos adorables años. Decía varias cosas, como lo caro que era, que el autor

e-libro.net

fumaba hasta cien cigarrillos al día; que incluso un cigarro al día era demasiado; los médicos a su autor lo desahuciaron, y le daban poco tiempo de vida, al final lo consiguió, y consiguió también que yo dejase el cigarro.

El último de estos años, lo fumé diciéndome: "¡Bueno y qué, si me lo fumo, qué pasa si fumo, y tanto dinero no es el que se gasta. Sé que se está mal aquí fuera fumando, pero tampoco es para tanto…!", me decía una y mil veces para convencerme que el cigarro no era tan malo. Atacaba el libro al cigarro por todos los sitios, salvo casi nada por el sanitario. Me convenció, y al finalizar el libro, dejé de fumar. ¿Milagro?, podría ser que sí, no sé si por el libro o por el Señor. Ese día por suerte casi no vino nadie a comprar y en menos de tres horas me leí el libro en el que no había puesto mucha confianza, todo lo contrario, lo que sentía antes de leerlo era curiosidad por él.

Incluso un médico amigo del autor, se lamentaba el no haber escrito ese libro él.

Lo que hacía cuando me venía algo de "mono" era rezar un Padrenuestro, y antes de acabarlo, se me pasaban los efectos de la ansiedad. Así con el libro y algunos Padrenuestros, dejé el cigarro.

Pues tenía razón el Dr. Cuyás, no era tan difícil dejarlo. Cuando lo comentaba con alguien, no me creían. Eso sí, engordé varios kilos, que me resultan aún hoy, difíciles de bajar. La gente lo veía, pero no me lo decían, sabiendo, que era por el síndrome del ex-fumador. El único que me comentó que estaba cogiendo peso, fue Juancho, a quién le contesté:

—Es que he dejado el cigarro.

-¿Dejaste el cigarro?

Preguntó extrañado. Él sólo fuma puros, y bebe alguna cerveza en reuniones. Se controla bastante, más de lo que a mí hasta ese momento me hubiera gustado. Ahora yo empezaba una nueva vida, sin alcohol y sin cigarros. Pero seguía medicándome contra la esquizofrenia.

Me asombraba que fuera tan fácil el dejar el tabaco; encima me alegraba de ello. Estaba satisfecho conmigo.

Lo más que me gustaba era que mi casa no la tenía apestando con mis humeantes y apestosos cigarros, y encima matando a mi familia con él, sin comérselo ni beberlo.

Hoy, en la mañana de ayer, olí un puro en un bar, y no me gustó lo más mínimo, y eso que hasta hacía poco, me encantaba su olor.

Alguna vez entran ganas de fumar, máxime cuando ve uno cómo los demás saborean los suyos, "Pero no, mientras Dios lo quiera, estaré sin fumar".

Maru, después de ocho años sin fumar, ha vuelto a él; aunque dice que no se encuentra peor de salud por ello. El cigarro mata lentamente, tanto que uno no se da cuenta, hasta que está del todo jodido, entonces verán.

En mi caso, fue casi instantáneo, el dejar el cigarro, e inmediatamente dar de lado a los inhaladores. Antes que usaba uno cada poco tiempo, ahora no me hacen ninguna falta. Como hecho curioso decirles que se me han llegado a caducar algunos, cosa que antes me agarraba a ellos como mi salvación. Noche tras noche, me daba invariablemente un par de fuellazos, ¿era quizás ansiedad, costumbre, hábito? Lo que fuera, pero al dejar al uno, el otro no fue necesario.

Lo siento porque incluso algún escritor querido por mí, había defendido a los fumadores a capa y espada. Lógicamente él era fumador. Yo estaba antes en su bando, ahora me iba pasando al otro. No me molestaba oler el cigarro, sobre todo en reuniones. Poco a poco esto va cambiando; en mi casa, lo noto perfectamente cuando hay algún fumador.

Carlos Padrón, de por sí depresivo, se creyó un superhombre al enrollarse con la mujer dicha, tal que le dijo a su mujer que había estado con otra. No sé si porque lo consideraba honrado, o por hacerse el machote y encima irresistible. La mujer, ni corta ni perezosa, lo echó del cuarto y él se fue de la casa. La casa era de él, pero le había firmado un papel en que se la dejaba (no en herencia, sino en vida) a ella. Posiblemente con ese acto, sea mucho más hombre que muchos de nosotros. La mujer empezó hacía poco a trabajar para una clínica, creo que de ayudante de cocina. O sea, se había vuelto independiente. Él tenía las de perder. Por natural, era depresivo, y ahora más. Un día llegó a mi casa y me levantó de la cama a primera hora de la mañana.

Me contaba que estaba quedándose en su viejo coche, pues no podía estar en su casa, y que andaba todas las tardes errante por las calles. "Él, no era de esos", decía. Supongo que los que están en la calle, tampoco lo son. Nunca había visto una persona, que cayera tanto en desgracia. No bebía, pero sin embargo tomaba pastillas para los nervios a todas horas. Se estaba muriendo de sueño, y estaba totalmente atontado de tanta pastilla.

e-libro.net

—No deberías tomar eso –le decía mientras le alcanzaba una manzanilla con la que tomarse las pastillas.

Ante esto yo quería cerrar los ojos. Iba contra mi ética profesional. Yo, incluso conociendo el tema, no me tomaba nada que no fuera, lo relativo a la psiquis, bajo prescripción médica, aunque no me fiara mucho de su ciencia, que en muchos, es una inconsciencia, no en todos.

Haber tiene que haber, buenos profesionales, pero dónde. Mi padre, que durante la niñez me llevó siempre a ver a los mejores, ahora habían desaparecido todos por arte de magia.

Bueno, yo nunca he tenido un gran nivel económico para rodearme de buenos profesionales.

Carlos, lloraba y lloraba. Quería hablar con alguien. Yo, no tenía mucha confianza con él. El Lu, le había dicho que se quedara en su casa; él no quiso, pero me pedía a mí ayuda. Suponía, que en ese momento, la mejor ayuda, sería la escucha. Me indignaba verle tan hundido, y no recordaba cuando Águeda, que sólo era mi novia, me dejó a mí.

Tampoco tenía trabajo, y vivía de los escasos ahorros. Tuvo también problemas con la hermana y su cuñado, con quienes se había puesto a vivir, y también se fue de la casa de ellos. Según me dijo, lo criticaban en todo momento. Debe ser triste que una persona, con cincuenta y tantos, se vea de patitas en la calle y sin medios. Allí no lo podía dejar, mi madre no lo consentía, y eso que ella no estaba tan mal económicamente comparado con él; creo que tenía los dos pisos alquilados, los del bajo de su casa, y entre unas cosas y otras, sacaba un dinero, no para lujos, pero suficiente para comer. Más que yo, ganaba. “Qué mal están las cosas, todo es miseria y más miseria, empezando por mí”. Me acordé de Armando, y empecé a llamar a números, para ver donde se podía quedar Carlos, nadie lo quería recibir. En la Obra Social, me dijeron: “Pero bueno, ¿qué enfermedad tiene él?”, me quedé callado, y enseguida le contesté:

—Depresiones.

—Que va, aquí no se puede quedar, estamos al máximo.

Era consciente de ello: Carlos, aunque no era un amigo íntimo, me lo quería quitar de encima, me estaba dando asco de mí mismo, pero a la vez, recordaba verlo presumiendo con su amante, muy bien arreglada ella, de amigos ricos, que no lo somos, pero que él así lo creía, todo porque en la separación de bienes nos tocó en suerte la casa terrera, que ya, y cada vez más, se va deteriorando; esa imagen no se me quita de la cabeza, y recuerdo que él no tenía remordimientos de lo que estaba haciendo. Ella, estaba recién separada, y él, le compraba papas y comida para sus hijos. No tenía trabajo fijo, con lo que en ocasiones tenía dinero, poco y cuando no trabajaba, se ponía a llorar. Ahora estaba en una de esas situaciones. Alegaba que no se iba con el Lu, porque él nunca estaba en su casa, sino que siempre estaba trabajando, ya saben donde. Carlos, no quería estar en la casa con la tía de él. Quizás lo que quisiese era una casa para él solo. Quizás sólo quería hablar, necesitaba hacerlo, y yo estaba allí, pero sin muchas ganas. Está claro que soy un cerdo. Tenía que ir a trabajar por la tarde.

En fin, me porté como un auténtico cabrón; encima él con más años que yo, y sin nada en concreto entre las manos. No cabe duda que ese deambular por las calles, le criaría “callos”; “está claro, la vida no es tan fácil como parece. Lo mejor será meterse de cura, y tener el plato de comida garantizado”. Llevaba toda su ropa con él. No le pregunté dónde comía, aunque está claro que comería un bocadillo hecho por él mismo en su coche. Llevaba la ropa consigo mismo, junto con las medicinas.

Al poco, su hijo, le dijo que no estuviera más por las calles, que durmiera allí, en el sofá del cuarto de la tele. Menos es nada. Conseguido este triunfo, se seguía quejando de su mala suerte. Yo, tenía mi techo y mi plato de comida asegurado, todo gracias a Dios y a mi madre, en segundo lugar, la que nunca me expulsó de su casa, a pesar de ser un parásito de ella. Cuando llegó la hora de comer, casi eché a Carlos de mi casa.

Poco tiempo después, se murió la madre de Sora, la novia de Jose. Fuimos mi madre y las hermanas para el tanatorio, allí vi el gran sistema de Sora, cada hermana se compraba una prenda de ropa, y se la intercambiaban entre todas. Era la primera vez que veía a su familia, y me llevé un shock al verlas a todas con la ropa que había visto a Soraya. La coquetería, llega a mucho.

Me enteré ese mismo día que al menos en su casa, había un hermano varón, el que estaba hecho polvo, y se fue lejos a fumar un cigarro. Yo no me movía del lado de mi familia. Allí vimos a Maru y su gran amiga Isabelita, quién se tomaba la vida con gran optimismo. Era la que siempre al verme, me decía:

—Quién tuviera unos cuantos años menos.

Esto me hacía mucha gracia, a parte de que algo me enorgullecía, me inflaba y le hacía a uno sentirse más vanidoso de lo común.

e-libro.net

Después fuimos a una iglesia de Gáldar, donde comprobé que realmente aquello era un pueblo. A la iglesia, enorme y muy bonita por fuera, no entré; estaba abarrotada de gente, de la que a casi nadie conocía. Me fui con Pepe Armas a tomarnos un café. Dio tiempo de ir volver y esperar. Él tampoco entró, iba contra sus creencias.

Por fin, tras una larga espera, salieron de la iglesia. El padre iba en un Mercedes, no porque lo hubiese ganado con el sudor de su frente, sino en una rifa de un banco. Esa nota de riqueza, era la más destacada entre los numerosos presentes.

Me fui con mi familia y con Isabelita al cementerio.

Ella, acababa de sacarse el carné de conducir, y en uno de sus primeros días, ya le había dado casi la vuelta a la isla, desde Arinaga, hasta allí. Mucho para una principiante. No conducía muy bien, y yo iba viéndola conducir, cagado de miedo. Por fortuna el cementerio no estaba lejos. Así y todo, nos perdimos. Por fin llegamos a él. Vimos el entierro, y hacia el final, cuando ya casi se habían ido los innumerables asistentes, nos acercamos nosotros, todos los que habíamos ido, menos Jose, que estaba con ella desde el principio. La encontré algo ida, seguro que como resultado de la impresión.

Por último nos llevó mi hermano Jose de regreso a Las Palmas, y a nuestra casa. Era sábado por lo que tenía el día libre. Ya casi no salía con mis amigos, salvo alguna vez de comida, cada vez de peor calidad, y a sitios algo cutres.

Definitivamente, me había pasado al gremio de los pobres. Eran pocos los afortunados con farmacia, encima D. Victoriano, seguiría creyendo, que yo estaba entre ellos; vayan ustedes a saber.

Tomás, era de los que decían que la vida está en la calle, pero raramente me llamaba para ir con él.

Estando en una ocasión yo de vacaciones, me comentó que iba a hacer un almuerzo con la gente del trabajo, que si quería ir. Dudaba, y dudé algunos días, al final acepté.

Fuimos a un bar de los muchísimos que hay por la carretera del norte, comimos bien, aunque Álvaro se rió de mí, al ver cómo comía yo el pescado; él no dejó nada, más que el espinazo, yo sin embargo, le había quitado la piel, y es que no sabía si se podía comer o no esta. Al final, cuando me enteré que se podía, no era cuestión de comérmela sola, qué irían a decir de mí. Vanidad de vanidades. Tomás habló algo, poco, seguro que por estar yo allí, pues me jugaría cualquier cosa que si no estuviera, seguro que les hubiera cantado las cuarenta.

Álvaro estaba molesto con el pueblo, pues casi nadie de allí fue al entierro de su madre.

Comimos bien, después me fui en mi coche a Las Palmas, no tenía muchas ganas de conducir pues había bebido. Tomi me miró asombrado mientras decía:

—Pero si no has bebido más que cerveza sin alcohol.

Aun así, no las tenía todas conmigo; por fortuna el trayecto era corto y lo conocía bien.

Un día normal, de vuelta del trabajo, veía como me salía humo del coche, le ponía agua y seguía saliendo, malamente llegué a Las Palmas, aunque tuve que dejar el coche a un par de km de mi casa. Mi madre lo vio aparcado en la calle y se preocupó; cuando llegó a la casa, le dije lo ocurrido. Por la noche fui con mis amigos a buscarlo. Cuando tuve tiempo, bajé con Jose a ver qué tenía y en eso veo que un codo de plástico estaba totalmente partido; lo fui a comprar, lo pusimos entre Jose y yo, y ya tenía nuevamente coche con qué batallar. “Fantástico”. Lo que más contento me puso, es que fui yo mismo quién averiguó su mal.

En otra ocasión, no me arrancaba, era a la salida de la farmacia. Álvaro fue el que me lo tuvo que poner en marcha, de no muy buen humor, pues ya era hora de irse de juerga. Se iba como un tiro del pueblo (llamémoslo así, por las características de los que allí vivían). La verdad es que muy pocas casas y comercios había allí. El poderoso del contorno, sin duda alguna, era Tomás; poderoso e inteligente, pensarían los vecinos; mas que nada, por aquello de que lo que el rico dice, “va a misa”, tal y como decía Miguelo, a quien por cierto, ya no se le veía el pelo.

No sabía si tenía novia, ni sabía si vivía con su madre, suponía que sí, estaba seguro de ello. Él, seguro que sabía que yo seguía con mi madre, y quizás conservara mi número de teléfono, y si no, podría ir algún día a visitarme. Por lo que parece, la antigua amistad se había desvanecido.

Lo que fuimos, ya no lo éramos. Y de vernos, ¿tendríamos algo que contarnos?, sospecho que no.

Cuando a Álvaro, pedía que me recordase algo, invariablemente me decía:

—Recuérdame que te recuerde… –no puedo decir si en tono de burla, guasa, o porque realmente es difícil hacer recordar a otro que le recuerde a uno cualquier cosa.

e-libro.net

Cuando había alguna cuca muerta en el baño, que según decía Mamá Lala salían por las rendijas y bajantes, por lo que los cerraba todos al terminar su jornada de trabajo en aquella farmacia, que no en todos lados, Álvaro las cogía por las antenas y la paseaba por la farmacia, hasta llevarla a la basura, basura que yo muchas veces tiraba en el contenedor que casi frente a la botica, había para todos los de la calle, al uso.

Tano, le prestaba a Álvaro cintas con tangos, en su mayoría del gran Carlos Gardel, y de otros tanguistas, que según ellos, ninguno tenía el talento del gran maestro mencionado. También tenía cintas de vídeo de eso, las que también algunas se las prestó.

Cuando ponía la música, Álvaro, no porque fuera sordo, aunque el auténtico motivo, tampoco lo sabía, puede que haciéndose el jefe, el que mandaba allí, lo cierto es que la ponía a un volumen desorbitado.

A mí, tan alto aquello, me daba vergüenza, por un simple sentido del ridículo. Álvaro no, "a ver quién va a ser aquí el sherif", me imagino que se regodearía pensando.

Llegó, cierto día a tal volumen, que atendiendo a una chica, esta se echó a reír. Me dio a entender lo ridículo de la música y su volumen, y que allí, yo nada tenía que hacer. Debía haber dejado a Álvaro que despachase; seguro que enseguida me diría que la bajase. Muy inteligente no creo que fuera Álvaro, a pesar de él, dárselas de ello. ¿O sí?

Siempre que le daba por poner música, estaba demasiado alta, con lo que yo me sentía incómodo. Una vez, llevé una cinta mía, y la puse bajito, y sólo una vez. No volví a llevar ninguna más.

El ver en esa farmacia tantas cucas no me extrañó, aunque sí sufrí una ligera repulsión, en una ocasión en que del aparato del aire acondicionado, cayó una sobre el mostrador en el que estaba despachando a una mujer; claro es, que ella gritó. Era muy finolis; la maté, y supuse que la cosa quedaría en eso, pero ella se lo guardó para Tomás. Años después, cuando yo tenía el suceso más que olvidado, ella se lo recordó al jefe.

Me decía Álvaro, que quieras que no, él guardaba un cierto respeto al jefe. Con el tiempo vería que ese consistía en dorarle la píldora cuando él estuviese allí, y en incumplir todas las normas cuando no estuviese.

Algunos días, en celebraciones, quizás de cumpleaños o santos, Álvaro, no bebía refrescos, sino cervezas, hasta, que en una de esas ocasiones, el padre de Tomás lo cogió *in fraganti*. Él no sabía como esconder la botella y el bocata. El padre le hablaba, sin mencionar la botella de alcohol, pero está claro, que después le llevaría el cuento a su hijo. Ambos se llamaban igual.

Yo al padre, le llamaba por D. Tomás aunque intentaba evitar dicho trato. Casi siempre, quien solía despacharle las cosas, era yo, por ser amigo de la familia, mas que nada.

Odiaba coger el teléfono, pero a veces no quedaba mas remedio, y lo primero que decía, eran las frases aprendidas con don Rafael:

—Farmacia, buenos días.

Si era por el día o:

—Farmacia, buenas tardes.

Si era por la tarde.

Silvia se copió de mí; Álvaro sólo decía un escueto:

-¡Farmacia!

Y Tomás, dejaba claro que era el dueño, al descolgar el teléfono, diciendo:

-¿Si?

o,

-¿Dime?

Había una chica, que me gustaba bastante, era blanquita, los cachetes sonrosados, en definitiva, estaba tremenda, y encima parecía una buena chica.

De ella, Álvaro me comentó, que la había visto en algunas ocasiones comprando, y que todas sus compras, eran mucho a base de hamburguesas, y en general comidas basura, a las que él no llamaba así, pero fue ese tipo de comidas las que me dio a entender.

A mí esa comida, no siempre, pero de vez en cuando, me gusta comerla.

Volvimos a dejar de hacer gimnasia Tony y yo; él seguía trabajando en la fábrica, y decía de sí mismo:

—Porque yo soy un profesional.

Yo hasta el momento, creía que por profesionales, se entendía a los que dedicaban su vida a su profesión, y en todo caso, a los especialistas. Tal como deduje de posteriores conversaciones, él se consideraba un

e-libro.net

especialista en lijar cajas de madera. A ese trabajo se dedicó, por espacio de unos pocos años, pero cuando eso decía llevaba meses.

El Lu, tenía la mala costumbre, de pegar fuertemente a su amigos, sobre todo a mí. De pie, me daba grandes puñetazos, en los hombros; en el coche, me pegaba grandes manotazos en los muslos. Me daban ganas de devolvérselos, pero el argüía que mis golpes no le afectaban, por lo que decidí no responderle, en cambio cuando no cerraba la puerta con delicadeza, se me cabreaba un güevo, debí haberle dicho: "Para la puerta tan fino que eres, pero para pegar no te importa destrozar al otro", o algo por el estilo.

Nunca se lo dije. Lo que sí dije, y en mala hora, fue:

—No sé, si a eso que se dice de: "juego de manos es juego de villanos", se refiere al juego de cartas y demás, o a las peleas con las manos.

Hoy estoy seguro que se debe a esas últimas, pero él se apropió de mi idea, y a todos los que le largaban tras las gracias de él, de ir pegando a la gente lo de:

—Juegos de manos, juego de villanos.

Él respondía:

—No, el juego de manos, es el juego de cartas, ese, sí que es de villanos.

Con ellos no acostumbraba a jugar a las cartas, ni a nada. Incluso, a los juegos del ordenador, que tanto les gustaban a ellos, yo nunca jugué. Al Lu, cada vez que le dejaban alguno, se ponía a jugar como un niño chico. O ¿acaso no sería, que se contentaba con cualquier cosa?

Una única vez empecé a jugar con uno que era de urgencias médicas, hice un par de cosas, y enseguida lo dejé. Lo que a mi me gustaba era charlar.

Últimamente, cuando iba, y le veía a él haciendo algo, yo me ponía a leer, entonces él enseguida dejaba lo que estaba haciendo y me atendía. Por qué no le gusta a la gente verme leer, es algo que nunca me he explicado.

Me sorprendían ciertas cosas que decía sobre los escritores, y no tenía ni zorra idea de donde obtenía esa información. "¿Dónde lo leería?", me preguntaba muchas veces. Tales cosas eran por ejemplo, que Unamuno, nunca usaba comillas, y que Baroja (D. Pío), no había salido nunca de viaje, y que sus paisajes eran inventados. De lo primero no puedo opinar, que pudiera ser que no usara comillas, pero si letra cursiva, que para el caso es casi lo mismo. No lo puedo garantizar pues últimamente no he leído nada sobre este grande de España; del otro grande, sí puedo afirmar, que sí viajó, y mucho, y que al final, él mismo se autoexilió, aunque, según hojeé, en ésta última época, no creó grandes novelas, mas bien fue lo contrario, fueron algo pésimas, quién sabe si no sería por estar harto y cansado de todo y/o de todos.

¿De dónde sacaría esa información?, pues debía ser de las conversaciones en su trabajo. Yo, acostumbraba a hablar poco, aunque no discuto, que haya veces en que lo desee hacer, pero con quién, con Álvaro, de qué hablo, de que no me gusta el trabajo, sería falso, pues de los empleos, hasta el momento, había sido el más gratificante, aunque fuera casi de los peor remunerados. Pero la tranquilidad de aquel pueblo, no se paga con dinero. No dudo, que Tomás prefiriese estar al lado de un ambulatorio y a ser posible grande, pero qué más me gustaría a mí, tener a su edad el negocio que tenía. Ahora tengo algunos más, y sigo sin encontrar la gallina de los huevos de oro.

Tenía algo de dinero, y "por qué no, sí, anímate, ayuda a un niño del Tercer Mundo". Fui a hablar con el cura del barrio, pues prefería hacerlo por una entidad cristiana, pero él me remitió a una ONG, "en fin, si él no sabe de ninguna católica, cuánto menos voy a averiguar yo por mi parte". Se paga poco, muy poco, y con eso le cotea uno la escolarización a un niño, que espero le sirva de algo. No puedo saber si es beneficioso el saber, o intentar expresarse, como en mi caso, por la escritura, pues quizás vendiendo droga consiga más dinero y esté más tranquilo. Sé que en el bando de consumir drogas, he estado, y puedo decir que mi experiencia fue horrible, y no creo que se debiera sólo a falta de madurez. De manera salvaje, también he estado, y es algo incómodo y aburrido.

Quizás la mejor opción sea luchar por algo, buscarle un sentido a la vida, que eso bien podría ser, sacar a la familia adelante, o hacer grandes descubrimientos, y por qué no, alguno habrá que quiera hacer grandes novelas, que de todo hay. Lo cierto es que para vivir hacen falta unas necesidades mínimas, las que espero, que mi apadrinado J. A. Nina Álvarez pueda disponer, a pesar de saber que vive en chabolas, de las cuales tengo cierta experiencia, aunque lo más seguro es que en los lugares en los que él vive, las condiciones de vida son peores, y si viven ahora en ellas es porque antes vivían peor. Aquí, sin embargo, los chabolistas, bien podrían irse al campo y trabajar la tierra, que seguro que para alimento y cobijo tenían. Pero no, "se gana más vendiendo droga y es más

e-libro.net

humano, más relajado. ¡Que viene la policía!, todos calladitos, ¡que se van!, pues a gritar a ver quién es el más hombre, el más macho. ¿Qué, no saben quién es?, sí, Wiwi".

Sin embargo después a este fulano, lo vi un día vendiendo droga, y casi se caga por patas; está claro, su misión es ser el más machote, el que más habla, el que más insulta, y el que más le dice a la gente, que como no le hagan caso, les va a matar. Esto es a sus, sospecho, dieciocho años. De resto, no creo que sirva para muchas cosas. Yo no puedo hablar, pues para muchas cosas soy un inútil; por lo que parece, o se dedica uno en cuerpo y alma a una cosa, que o sale eso, o mejor que se tire uno por un barranco, pues no van a poder ser útil para nada más.

Hay que pensar, lo que a mí me pasó, que incluso, dedicándome en cuerpo y alma a algo, la carrera, aun así, si no se posee una dosis de inteligencia, picardía, o suerte, llámenlo cómo quieran, no hay nada que hacer. Continuamente tuve que tirar la toalla, combate tras combate; cuando intentaba levantar cabeza me noqueaban. ¿Qué pasa, que tan mal hago las cosas, o es que soy odioso? Algo de eso debe ser.

Sospecho que Arturo sigue luchando y de duro. Estos Hardisson son una mafia de aquí te espero, y encima tienen una mala leche increíble. No sé qué más les da sonreír o hacerse algo más humanos; pero no, ellos son unos fachas de mierda, y no me refiero a que sean de derecha o de izquierda, sino que son unos seres horribles, que ni siquiera se merecen el calificarlos de humanos. Se creen superiores, y a saber cómo han llegado ahí; no es ninguno ni Premio Nobel ni académico; su padre era catedrático, él, tiene dos carreras y en una de ellas, en la de farmacia es doctor. Que sí, que va más rápido que yo, pero qué quieren que haga. Quizás, piense él que no tenga rival, y he de decir, que yo, gracias a él, tiré la toalla en mi carrera; piensen que el Sr. López Román, me ofreció un puesto en su muy eficaz departamento; pudieraa ser que buscara un relevo, un delfín. Siento haberle defraudado, pero más desmoralizado acabé yo. No discuto que la gran culpa de todo ello lo tuviera mi cerebro, que no funciona lo correctamente que debiera. Algo de culpa, también tiene el no saber soportar la soledad, ni las guerras, ni los desenamoramientos, ni… en definitiva, ninguno de los males que nos acechan, y que no sé por qué, me vinieron a mí todos juntos, unos detrás de otros.

Silvia, tuvo una niña, Rebeca, Tomás me dijo de ir a verla a la clínica (me extrañó, pues ya saben que yo a su hijo, creyó él conveniente, que no fuera a la clínica), en fin, le acompañé, y así me quitaba un compromiso de encima. Le compré un detalle, una ropita. Él, muy ufano, quiso entrar enseñando el carné de farmacéutico, yo sólo enseñé el de identidad (el DNI), a él el celador de la puerta, le echó un pleito, que espero le sirviera para bajarle los humos. Entramos y fuimos a ver a Silvia, que estaba defecando. Estaba tan gorda, que el camisón, no le cerraba, ni la bata. Ella, que tan atractiva se creía, estaba horrible, con excesos de tejido adiposo por todos lados. Cumplimos; Tomás comentó un par de cosas, y nos fuimos. Me llevó a petición mía, directamente a mi casa.

En la clínica como es lógico, estaba su madre y sus hermanas; en esos casos, seguro que entre mujeres se entienden mejor.

Lo que no me explico, es porqué no era acertado el que yo fuera a ver a Herse y a Héctor Carlos, a la clínica, y en cambio, a Silvia y Rebeca sí; en fin, cosas de la vida.

Se acercaba el fin de mi estancia en la farmacia, pero antes, Álvaro cogió las vacaciones y se fue con "Expe" a Fuerteventura, donde disfrutó de lo lindo pescando y jugando a las cartas con los lugareños del pueblo en el que estaba. Fueron con otro matrimonio; donde se quedaron a dormir, lo desconozco por completo, si con una familia amiga o en algún apartamento, él se cuidó muy mucho de no mencionarlo.

Pescaba para comer todos, todos los días y a todas horas, incluso lo que sobraba, se lo llevaba al bar, a cuyo dueño se lo regalaba, y según sus propias palabras, siempre dejaba propina, pues era muy barato, y enseguida había hecho buenas migas con él. En una ocasión, embarcaron para Lanzarote, y fueron a la finca de un amigo de la otra pareja, que se había casado con una "poderosilla" del lugar, y vivían a cuerpo de rey, vamos, sin pasar necesidades. Álvaro salió de allí satisfecho y contento, tanto por la comida, como por las buenas bebidas con que las regaron. Su alegría duró poco, pues se puso fatal del estómago con diarreas, que ni con Fortasec® se le quitaron. Estuvo malo casi el resto del tiempo que estuvo en esas islas; mala suerte, pero eso será posiblemente a causa de los excesos, y a la falta de educación alimentaria. En resumen, el viaje, que parecía que iba a ser un éxito total, no lo fue ni mucho menos.

Lógicamente, me lo contó todo con sumo detalle. Al igual que aquí, cuando vino tenía las marcas de la camisa en su cuerpo, pues él, no es amigo de ir a las playas, mas que para pescar, y esto lo hace en pantalón corto, camiseta y sombrero, igual que los antiguos.

e-libro.net

El sombrero lo llevaba siempre en el coche, en la parte de atrás, y le daba tanto el sol, que al mínimo roce, se deshacía. “Tenía que comprarse otro”, según sus propias palabras.

Silvia me dio las gracias por el regalo, seguro que Tomás le regalaría algo más grande y caro, no es para menos, sabiendo que era su empleada y que por ello andarían algo necesitados.

Silvia, decía siempre que se iba al sur a su apartamento. Quizás fuese de sus padres, pero ella lo tomaba como propio. Bueno, pues yo tenía un bungalow, en un buen complejo del sur, y nunca me dio por decírselo. No era mío sólo, sino de todos los hermanos. Es cierto, que nunca íbamos a él, pues lo teníamos siempre alquilado.

Tomás tenía otro que era de sus padres, al que iba con cierta frecuencia. Al que fui en dos ocasiones, muy cuco, sí, muy majo.

La colitis de Álvaro, seguramente se debió a la panzada de ciruelas pasas que comió en casa de esos ricos amigos.

Tuve las vacaciones el último mes de trabajo, que coincidía con el mes que llegaba Silvia de sus muchos días de descanso, los de la boda, y los del parto. Incluso así, Tomás le dejó a “deber” días.

Me correspondían unas semanas de descanso, a las que se sumaban algunos días más libres por haber ido otros toda la jornada a trabajar, días que comía en el bar de al lado, a base del plato del día, y que Tomás, muy amablemente me pagó. Comí bien, aunque no me daba muy buena espina, no sólo la higiene del bar y los operarios, también aseguraría que no tenían el obligado carné de manipulador de alimentos, y que la comida que ponían, no cumplía con los requisitos sanitarios mínimos. Por qué lo digo, pues era comida, que algunos robaban en el matadero, o que alguno de por allí pescaba a saber dónde, comidas de granjas particulares, y así sucesivamente. Por ello iba algo acojonado a comer. Se comía abundantemente y variado. Incluso de la ensalada sospechaba. Los platos tanto el primero como el segundo a veces iban llenos de papas, de las que no me comía, mas que alguna que otra.

Sabrán por qué: exactamente, para no engordar, y porque alimentarse solo con ellas, no creo que después de tantas veces hervidas y fritas, conservaran sus vitaminas; a lo sumo lo que quedaban eran hidratos de carbono, que en su justa medida son necesarios, pero en exceso se acumulan como grasas, nada recomendable su exceso. La variedad y calidad es lo interesante. El cocinero era alcohólico, y siempre que estaba comiendo, pasaba por allí para ver si me gustaba o no la comida. Nunca me decía nada, ni me lo preguntaba, pero me miraba de reojo, y yo bajaba la cabeza, y me hacía el sueco. A ella, la camarera, su mujer, sí le solía decir que estaba buena. Los dos, seguro que por el calor de la cocina, continuamente tenían una capa de grasa en la cara. No era a decir verdad muy agradable eso a la vista, pero me lo callaba. El bar era inmenso, pero no lo abrían los fines de semana, tampoco abrían después de las nueve de la noche; por la mañana abrían tarde, y si algún día no les apetecía, no abrían. Ellos tenían claro, que quien quería comer y beber, esperaría por ellos. “Se ve que aquí no hay competencia -me decía yo– esto en la capital seguro que no pasaría”.

¿Quién sabe si con precios módicos y una buena comida, atraerían a gente de Las Palmas hasta allí?, sobre todo jóvenes que van buscando lo barato”. Por ahí suponía que debían empezar.

Álvaro, no iba nunca, pues no le habían invitado a la inuguración. Si no me equivoco, el billete de mil que tenía en un marco, el primero del negocio, había sido con el que yo compré un paquete de cigarros y un cortado.

Esa impresión la corroboré al ver la cara de expresión del bigotudo y delgado dueño. Tiempo después, vería el marco con el billete: “yo diría que el billete que les di estaba más arrugado, quizás lo plancharon; no sé”. En fin, la dueña que en principio me agradaba físicamente, terminó por causarme repulsión. No es que me acostara con ella (que yo empezaba a hacer vida de monje, en cuanto a continencia sexual), sino que verificaban mis suposiciones sobre la higiene.

En fin, son menudencias de las que posiblemente mejor es no hablar. Me llegó el día de las vacaciones, las ansiadas vacaciones, no porque estuviera preparando un viaje o desplazarme a algún lugar; no, simplemente para poder leer, y matricularme otra vez del “Curso de Cualificación Pedagógica” (CCP). Intentaba ser admitido, pues estaba ya de patitas en la calle; los negocios son los negocios, y las amistades aparte. Lo habíamos acordado, y ahora que ya llegaba Silvia, yo iría a la calle. A parte de esto, en una ocasión en que Álvaro no estuvo, y hubo un fallo en la recepción de mercancías, del cual salí bastante airoso, me da que salí tanto, que Tomás viendo que tal idea no salió de él, me miró con una no muy buena cara, hasta el punto de que me di cuenta de ello. “Pues parece que este Antoñito no es tan bobo como parece”, supuse que pensase mi jefe. Por qué no me tragaría la lengua, pensarán ustedes, pues fue también lo que yo pensé, tras una ligera sensación de orgullo por haber resuelto el problema, hasta ver la expresión del que fuera mi gran amigo.

e-libro.net

Como digo, estaba de vacaciones. Un domingo, y estando en la cama tras acostarme tarde, pues no acostumbraba ese día a madrugar, ni mucho menos. De pronto, oigo que mi madre me llama, pero con una voz distinta a la habitual:

—Antonio, Antonio… Antonio.

Al oírla, bajé de un brinco, ¡algo pasaba! Fui lo más aprisa que pude a su cuarto, abajo, debajo del mío. Me asombré, al verla tirada en la cama, sin poder respirar, sudorosa, con taquicardia, y esperando lo peor.

-¿Qué te pasa?

Me contó sus sensaciones, y fue suficiente, para que pensara: "interacciones de fármacos". Todo coincidía; había ido al médico del estómago y le había mandado Omeprazol de principio activo. Le sentó como un tiro. Leí de todas maneras los prospectos, y eso confirmé interactuaban con los antidepresivos y los ansiolíticos.

Ella no quería, pero al final se impuso la cordura: llamé al 061, número de urgencias médicas. Me preguntaron que les dijera la sintomatología, y se la dije:

—Enseguida mandamos un coche para allá.

Al ver la gravedad del asunto, llamé a mi hermana Piluca; Jose estaba de vacaciones con su novia en el sur. Estaba solo. Al rato llegó Pili. Mi madre empezó a hablarnos de la herencia y demás, y eso me alarmó de tal modo, el verla que ella se sentía morir, que volví a insistir para que vinieran los médicos. Fui a cambiarme el pijama por un pantalón vaquero y una camisa.

Mas bien tarde que pronto, llegaron. Era una doctora, y un señor mayor, que debía ser ATS. La doctora, no olía muy bien, tal vez resultado de una falta de higiene antes de comenzar su jornada laboral.

Observó a mi madre, y dio el diagnóstico:

—Nada importante, pero si quieren, para más tranquilidad, la llevan arriba a urgencias.

-¿Por la Feria del Atlántico?

—Sí –respondió ella.

"Eso haré, me dije, pues no me fío mucho de tu diagnóstico".

Llamé a mi hermana, para decirle lo que pasaba, a Maru, pues Pine estaba en el sur, aguardando a que mi madre fuera para allá, para pasarse el día juntas.

La llevamos, no en ambulancia, pues la doctora nos había dicho que no era necesario, y encima el trámite, sería engorroso.

Fuimos en taxi, y al llegar, yo me bajé primero, para confirmar si era allí. Sí, lo era. Bajamos del taxi a mi madre y no di propina al enfurecido taxista. Eso creo, pues no se la merecía.

Allí pasamos a una sala de espera, donde estuvimos esperando demasiado tiempo, hasta que nos llegó la vez. No importaba la gravedad del caso, a no ser que lo vieran a uno desangrarse y morirse. Al fin nos tocó. Pilar entró con ella, sólo podía hacerlo uno. Yo salí a pensar; en eso llegaron Pepe, Maru y Dani. Ellos, los varones pensaban venir a Las Palmas a participar en los botes de Vela Latina Canaria. Pero, gracias a Dios, estaban ahora con nosotros. Me quité un peso de encima, al tener a una hermana mayor conmigo; la responsabilidad, no caía toda sobre mí.

Entraron. Después, me llamaron para que hablara con la doctora. No tenía nada, le habían hecho un electrocardiograma, y del corazón no era nada. Tampoco parecía que fuera de los pulmones. Si quería más seguridad, la podíamos llevar al Hospital Nuestra Señora del Pino. Eso hicimos.

Allí tras esperar algo, a pesar de que la metimos por urgencias, nos dijeron lo mismo:

—No es nada.

Sospechaba que todos pensaban que fuera un achuchón debido a la edad. Antes de eso, había ido al bar de enfrente a tomarme un café. Salvo en donde trabajaba, hacía meses que no entraba en mi ciudad, a tomarme un café a un bar. No me gustó mucho. Otra vez, me había "pasado" con la ropa, vestía demasiado bien para la ocasión. No me pareció lo mismo cuando hablé con el médico de urgencias. Todos decían que no nos preocupáramos. Era fácil decirlo, pero no hacerlo.

A nuestras preguntas de si podía ir ese mismo día al sur, todos los que la atendían nos decían que sí.

Prefería eso, a quedarme solo con ella en la casa, y que le pasara algo, y no saber yo reaccionar. No me planteé que en esos sitios, la sanidad estuviera peor que en la capital. La cosa era pensar, debía pensar.

Se llevaron a mi madre, y a todos les decía que me llamaran a las siete de la tarde para saber si pasaba algo. Por qué a esa hora, pues porque ya había pasado tiempo suficiente para la mejoría o que empeorara, y porque así, yo me enteraba si me estaban ocultando algo o no, y si estaba en urgencias no les quedaría más remedio que

e-libro.net

llamarme de allí, por lo que me enteraría por el ruido de fondo. Aparte de eso, al tener una hora justa de llamada, ya no me preocuparía porque no llamasen a otra hora.

Me pasé el día tumbado en la cama, pensando aceleradamente. Jamás en mi vida, me había planteado tan seriamente, y a la vez preocupantemente, la muerte de mi madre. "¿Qué sería de mi si ella muriese?". Me dediqué a rezar; era lo único que podía hacer. Comí mal, pero comí.

A las siete en punto, me llamó mi hermana Pine, mi madre estaba mejor, no hacía falta que me preocupase.

Esperé a que llegara, y con las palabras de mi hermana, ya estaba más tranquilo.

Tengo una laguna en la memoria de lo que pasó allí hasta que al día siguiente o al otro, llevamos nuevamente a mi madre a la clínica del Pino.

Todos los que estábamos allí, teníamos cara de preocupados. No es extraño, que los médicos se crean dioses, cuando la vida de los humanos, en estado de enfermedad grave, depende de ellos. Dios los creó para algo.

Mi madre, respiraba mal, le costaba hacerlo, y tenía grandes dolores que iban del pecho al costado. Un día al llegar a mi casa, observé que no estaba ella. La habían llevado a urgencias.

—No te preocupes, que no es nada –me dijo Piluca.

Ansioso, esperé a que llegara; cuando eso hicieron, me dice la enferma:

—El médico dice que tengo una gripe.

Bajé la cabeza rumiando: "Ese, no sabe lo que se trae entre manos".

En otra ocasión, Tony me vino a buscar para salir; fuimos a Casa Ricardo, a tomarnos un café, especialidad de ellos, algo fantástico. Pero ese día estaba sumamente triste, y se lo hice saber a mi amigo:

—No, se te nota –me respondió él a mi pregunta sobre ello.

No aguantaba lejos de mi casa, ni un momento: "Mi madre se esta muriendo, y yo de fiesta. ¡No, me voy!:

-¿Nos vamos ya Tony?, estoy intranquilo.

—Está bien, vámonos.

Llegué a mi casa, y como siempre durante esa enfermedad, me puse a leer la Bilblia a todas horas, buscando una respuesta y contestación en el Señor. De pronto leí, "que no se moriría, y que de esta vez no". Cerré la Biblia y aunque se refería lo escrito a otra persona, supe que el Señor me había contestado. "Gracias, Dios mío, gracias". Fueron mis primeros pensamientos. Bajé más contento.

La casa estaba siempre con gente distinta, unos, haciendo la comida, y mis hermanas limpiando la casa y la ropa. Me sentía extraño, por ver morir a mi madre, y por tanta gente invadir nuestro refugio.

Nos hacían comidas todo el que por allí pasaba, y no sólo eso, sino que muchas, destacando sobre todo la hermana de mi madre, nos traían comida ya hecha. Corroboré, que Conchita, era una "fiera" en la cocina, nada se le hacía difícil. Sus comidas, eran exquisitas, es la mujer, que mejor he visto cocinar. Eso ayudaba a pasar los malos tragos, vaya que si ayudaba. ¿O sería ver a la familia?

Los postres eran inmejorables, un día, trajo un flan enorme, que entre lo que yo comí, y lo que comieron los que había en la casa, no duró casi nada. Otro día lo rico, era la lasaña, etc.

El flan me gustó tanto que le dije que me enseñara a hacerlo. Vino un día y lo hizo conmigo. Hasta queso en porciones tenía; algo rara era su preparación, pero el resultado magnífico.

Mi madre, a veces estaba mejor, y otras peor.

Un buen día, me llamó Tomás, que fuera a ayudarlo en la farmacia, que era el cierre de recetas y me necesitaba.

Me indigné, cabreé y le maldije en mi interior, "pero éste, por no hacer él el trabajo, me llama para que él no cansarse y mientras, mi madre muriéndose". No me quedó más remedio que obedecer. No puedo querer a Tomás, pues ocurrió lo que pensaba, el trabajo lo hacía yo, mientras él hablaba por teléfono. No digo que no hiciera siempre eso, y que algo me molestase, pero esa semana especialmente, que estaba encima yo de vacaciones, me llamaba para él poder hablar tranquilamente por teléfono. Mi madre se iba apagando poco a poco, y yo me iba llenando de rencor.

También llegaron Saso y Juancho de Madrid. Jose, mi hermano, no podía venir pues estaba de vacaciones en el sur. Llamaba de vez en cuando y yo le decía cabreado:

—Mamá está mal.

Él no decía nada, pero tampoco venía.

Me indignaba con todo el que no me permitía estar con mi madre, y mientras se acrecentaba mi odio hacia ellos.

e-libro.net

Un médico, amigo de Piluca, decía qué se podía tomar para combatir los dolores; me llamaban a mí para que las llevase de la farmacia. Yo les decía los efectos secundarios de los fármacos que ese médico mandaba, y que estaban contraindicados con otras medicinas que ella tomaba.

En principio, lo que diagnostiqué sin permiso de los médicos, como una interacción de fármacos, entre los de la depresión, los nervios, y el estómago, lo confirmó el psiquiatra de mi madre y mío, y confirmó mis palabras diciendo:

—A Antonio, háganle caso en lo que respecta a las medicinas, del resto no.

Bueno, me daba igual que me infravaloraran tanto, la cosa era curar a mi madre, la que se había lavado la cabeza para hacerse un electroencefalograma para ver cual era el motivo de lo que ocurría. Al respecto dijo el Dr. Juma:

—Es que nosotros, los médicos, mandamos una cosa, con la finalidad de curar lo nuestro, pero no tenemos en cuenta las otras dolencias. A eso se debe el que mandemos tratamientos tan agresivos.

Piensen que mi madre, sólo de un mismo ansiolítico, tomaba seis pastillas al día, cuando para muchos es más que suficiente uno o dos, y así con todas.

—Es que tu madre es muy nerviosa –decían todos al hablar de ella.

Y no sin razón, porque ella, a todo el mundo le decía:

-… porque estoy nerviosísima.

Sin saber, que cuanto más lo decía, más nerviosa se ponía al autonegarse y sugestionarse.

Al final entre todas las consultas, le mandaron una pomada de la que no leí en su prospecto y el Vademécum que tuviese graves inconvenientes el administrársela a mi madre. Se la llevé también, y ya el último día de trabajo, le compré a Tomás una manta eléctrica, para dar calor a mi madre, según ella misma me había pedido. No importaba ya el dinero; cualquier cosa para evitar el dolor y la temida muerte.

Un día, entró por primera vez Juancho a mi casa, y se cabreó conmigo porque le iba a dar un beso:

-¡No me des un beso, que a mí, casi ni mis hijos me lo dan!

“Comprendido, pensaba, no lo hago sólo por parecer mafioso, sino porque a dos de mis cuñados los beso, en fin, no lo haré más”. En adelante le saludaría siempre dándole la mano.

Juancho movió un par de hilos, con lo que se agilizaban el que atendieran en el Pino a mi madre. Saso, iba con nosotros a la clínica, y se notaban las influencias, a pesar de que mi madre dijese que les trababan fatal.

Estaba a base de antibióticos fuertes, de nueva creación.

Según mi madre, no mejoraba. Llamó una vecina amiga de mi madre, Elena, y le comentó a mi madre, que al 061, se podía llamar para informarse. Yo llamé, y al decirle los síntomas, se alarmaron tanto, que mandaron una ambulancia, no con una camilla, sino con una silla plegable.

—No, no hace falta, ella baja bien –respondí.

Nos llevaron a nuestra ambulatorio, y allí, D. Mario A., le confirmó el diagnóstico de su colega y añadió:

-Sí, es una gripe y unas dorsalgias.

A buscar las recetas, fui yo al despacho de él. Jose había llegado detrás de la ambulancia. Nos llevó nuevamente a casa.

Posteriormente, mi madre iría a un médico especialista en los pulmones, particular, que le hizo una gran y profunda revisión, con todo tipo de pruebas y demás.

—No, no es nada grave –refiriéndose a que no era un cáncer.

Le cambió el antibiótico por uno ligeramente más específico.

Mis tías, las que después de terminar el contrato con el mi jefe, al que odié durante esos días, me llamaron a ver si les podía ir a ayudar unos días. Acepté, aunque me reconcomía por dentro y me revelaba contra los demás, por la falta de delicadeza. “Me llaman quizás en el momento que más me necesita mi madre y yo a ella”.

También obedecí órdenes. El trabajo es el trabajo. La cosa, es que estaba empezando a odiar ese tipo de trabajo barato. Mis tías me dieron unas medicinas para que se las tomara mi madre, a petición de ella, pensando en la experiencia de mis familiares.

“Van algo desencaminadas”, pensaba, aunque no les dije ni a ellas, ni a mi madre, nada. No sólo, porque le mandaran un jarabe antitusivo (un elixir realmente, y que estaba contraindicado el alcohol de este con la medicación que ella llevaba), pues lo que ella tenía, no iba con un simple jarabe, el que era bueno para una tos sencilla (si es que hay enfermedad sencilla), sino que encima también le mandaron unos granulados elaborados a

e-libro.net

partir de unas hierbas para preparar infusiones para inducir al sueño. Los confundieron con unos para curar problemas pulmonares. Cuando me di cuenta, ya mi madre había tomado casi un bote; tomaría más.

Seguramente, mi tía Mila, se había ido a "Tierra Santa", para pedirle al Señor por su recién fallecido marido. Pero ¿y no contaba que mi madre se estuviese muriendo? No discuto, que ellas no supiesen el alcance de su enfermedad, pero yo sí lo tenía claro, pocas veces había visto a una persona tan enferma, ni mi caso, por el que me ingresaron por primera vez en la Quinta.

No iba a mi casa a almorzar, por no ver el espectáculo, por no incordiar, y por falta de tiempo, motivos por los que iba a comer al bar de al lado; iba con Dulcina, y comíamos los dos el menú; ella tomaba cerveza, yo agua. Eso sí, al final un buen cortado nos tomábamos los dos. Me explicaba ella las buenas normas de sociedad, que yo ignoraba completamente, lo que me gustaba mucho, pues aprendía cosas como que el tenedor, se ha de usar para partir todos aquellas comidas blandas, que con él se puedan partir, y no usar el cuchillo, más que lo necesario.

Me invitaba a las comidas, y yo se lo agradecía grandemente.

Vayamos directamente a días después, cuando llegó Mila del viaje. Me trajo un par de regalos, para mí, y para mi madre. Se lo agradecí. El regalo de mi madre, consistía en un crucifijo pequeño con un Cristo, y un poco de tierra de Jerusalén.

Se lo llevé a mi madre, y a partir de ahí, seguiría rezándole a ellos. Sí, escapo de esa, y de algunas otras. Por la Gracia de Dios, y de los médicos, que también hay que decirlo.

Lo habíamos hablado todos, y lo mejor, si no mejoraba, era llevarla a Madrid, donde unos amigos de Juancho la tratarían; aunque mejoraba, fue con su hermana Conchita, mi madrina, a la capital del reino. Maru vino para hacerse cargo de la casa. De todas maneras, mi madre estuvo poco en Madrid. Allí, no le encontraron nada grave, tras hacerle un chequeo, estaba perfecta aunque ella sentía unos ligeros desmayos.

Le prescribieron un fármaco, que le hizo reacción en la piel, y que tuvo que quitárselo por consejo de otro médico, un dermatólogo medio decrépito. Sé que el gremio de médicos, se meterá contra mí, pero a los buenos, los venero, pero a los malos, a los malos profesionales, que andan tras el dinero fácil, a esos, mejor es casi no nombrarlos.

"Pero bueno, ¿y no buscamos todos el dinero?, pues sí, tienen razón".

Pero, no se enfaden conmigo, yo estoy estigmatizado, realmente estoy algo loco, a pesar de considerarme a veces, cuerdo entre los cuerdos. Y, ¿no se sentía así, don Alonso Quijano? "Señor danos luz".

Me admitieron para el CCP, y a la vez, me avisaron, tanto Tomás, como Octavio, que había una farmacia por Tamaraceite, que pagaban ciento sesenta mil pesetas mensuales por dos semanas de cuatro a siete, y por otras dos de cuatro a diez. "¿Qué hacer, Dios mío?, ¿cojo el trabajo, y que me echen cuando quieran, o hago esto para que me abran las puertas en 'medias'?" Opté por el estudio. Pagué la matrícula de golpe, ahora tenía dinero, en otra ocasión, no sabría. Unas ochenta mil pesetas. El curso, constaba de unas seiscientas y pico horas, un curso completo. Había mucha gente de letras, de ciencias en el turno al que yo iba, el de mañana, éramos solo unos cinco.

Según nos dijo la secretaria de la decana, si no conseguíamos más gente, no podríamos hacer el curso, pues para las asignaturas específicas de ciencias, hacía falta un mínimo de diez personas.

Rezaba para que me admitieran. Al fin se solucionó todo. Lo más característico, era la cantidad de gente que había en el aula metida, un auténtico disparate, todos juntos, mal ventilado y aireado, encima, cerraban la puerta. Estábamos en un sótano.

Al principio, todo era novedoso.

Nos hacían algunos presentarnos, decir nombre, estudios, y profesión. La primera vez que nos presentamos todos, el segundo día casi, cuando llegó a mi, dije:

—Soy farmacéutico, y no trabajo.

Se escuchó un murmullo general. Me da que alguno, diría: "Y, ¿tan difíciles están los trabajos?" Pues sí, o quizás porque yo no sirva para ellos. Ya sobre eso escribió Cela: quién no sirve para nada, son los escritores, que sólo sirven para eso.

Pensé, que entre cambio y cambio de hora, podía ponerme a leer. Me había comprado un portafolios nuevo, muy manejable, en el que cabían muchas cosas. Había vuelto otra vez a coger los libros.

Pero, ¿realmente los había dejado alguna vez, sin contar cuando me dejó Águeda?

"Hay que ver, la cantidad de funcionarios, estatutarios, y demás empleados estatales, que tienen asegurado su trabajo, y no, del 'tingo al tango', y a mi edad, sin nada fijo". Ahora tengo treinta y seis largos años y sigo

e-libro.net

igual. La cosa, es que no tenemos casi dinero, y no hay visos de tenerlo, a no ser que estos folios sean leídos o comprados para decorar, o para limpiarse lo que sea, por gente caritativa. Estoy pensando, en mandarlo a un concurso, no solo por el dinero que se gana, sino por encontrar a alguien que lo publique lo que barrunto que es lo más complicado en los escritores primerizos; si Cervantes por su obra magna, consiguió muy poco dinero, imagínense lo que conseguiré yo. Pero, ¿quién dice si algo es bueno o malo? ¿Quién decide?, porque lo que puede ser para unos bueno, para otros será nefasto, y viceversa.

Pero en fin, sigamos en el nuevo curso que estaba comenzando. Había de todo, desde la mala, mala, hasta la buena, buena; ambas, por supuesto, estaban extraordinarias, pero en la cara y cuerpo de la mala, se traslucía su maldad, y su único fin: dinero y más dinero y despedía odio hacia todo y todos. No puedo saber a quién quería desplumar, pero a alguien, seguro. Me miraba con ojos de mala leche, y yo me mostraba inmutable. Me extrañaba que se conservara tan bien, con los años que tenía (que los sabía ocultar muy bien), y después de haber parido algún que otro hijo. Tenía siempre, y mucho, odio en su interior, era algo terrible. Mi compañero, al que fue al primero que le diría mis títulos y cursos, no tantos ciertamente, se dejó impresionar por ella. No se me ocurrió otra cosa, sino aquella, de: "cortando huevos se aprende a capar", por lo que le decía:

—Pues venga, para adelante –dándole a entender, que si realmente le gustaba, la atacara, se acostara con ella, y luego se llevase el batacazo.

No quise decirle, que esa mujer era un ogro, y que no le convenía, pero él, un joven licenciado en Historia, no tenía ojos más que para ella. Espero que no se hundiese con todo el equipo. Debí haberle aconsejado más sabiamente.

Allí me di cuenta, que los de letras, los humanistas, no son toletes como uno creía, y encima tenían una labia totalmente impresionante. Este joven recién licenciado: Gabriel, cuando se presentó, le dije, supongo que al igual que le dirían infinidad de personas:

—Gabriel, como el arcángel…

—Sí –me respondió él con una sonrisa.

Vestía bien, muy bien, igual que muchas de las personas que allí había. Suponía que ya mocitas todas y todos, debían pertenecer a familiar adineradas. Tengan en cuenta, que la mayoría de ellos, no trabajaban, y les alimentaban y pagaban los estudios sus padres.

Ellos, acostumbrados quizás con los nuevos sistemas de estudios, a expresar y dar opiniones sobre trabajos, lo cierto es que me asombraban cada vez que alguien intervenía, pues se explayaban de forma asombrosa. Por lo que vi, no tenían vergüenza a hablar en público, y si la tenían, la disimulaban muy bien. El contacto con la joven intelectualidad canaria, he de confesar, que fue gratificante y enriquecedora.

Había cerca del aula, unos despachos, mucho más pequeños, a los que íbamos a hacer los trabajos en grupo que nos mandaban. En cada aula un grupo. Algo insólito para mí.

La verdad es que la universidad, desde mi época, ha evolucionado muchísimo (una barbaridad, en términos más finos). No les cuento nada, cómo debían ser los despachos de los catedráticos. Estaban en un edificio al margen, según vería meses después.

Me decía, y lo comentaba con el Señor, si sería el mejor, lógicamente sin mucho esfuerzo y sin dedicación excesiva, en lo que hacía, entre lo que estaba hacer también el "Plan Nacional de Formación Continuada de Farmacología y Farmacoterapia", y por supuesto, leer para tener cultura suficiente para escribir el libro. Si me preguntan el por qué no me dedico en exclusiva a una cosa, es algo que ni sé, ni entiendo. Vamos a ver, ¿no es mejor escribir un libro sobre lo que se hace, y profundizar sobre ello a toda hora?, pues sí, supongo que sí, pero quizás no me gusta eso por dos fijaciones (supongo que lo sean) que tengo, a saber, lo que me decía Cosmen:

—Fijoleis, las especialidades embrutecen.

Y, luego lo que yo veía de mi padre, que era un bruto, lo que pensaba que era precisamente por eso, por ser un ejecutivo. A parte de eso, soy un curioso de la vida de las personas, por lo que siempre me ha gustado leer novelas, lo que me da la sensación de que hace a uno más humano. Las clases, salvo cuando estaba centrado, me resultaban aburridísimas. Gabriel, al igual que muchos, tenía su ordenador personal, por lo que pronto, le cogimos como el "escritor" del grupo, siendo a partir de ahí, el que nos pasaba los trabajos a ordenador.

Él, me extrañaba que siendo de historia, vistiera tan seriamente. La meta de esta gente, era dar clases a institutos; sí, eso para mí, era un paso para llegar a…, en fin, y si por casualidad las cosas me salieran mal, algo a lo que poderme agarrar.

e-libro.net

Un veinteañero, que ganó el premio Planeta, me dejó asombrado, ¡qué carrerón más impresionante llevaba ese chico! “Ventipocos años y ya es famoso a nivel nacional, y quién sabe si al internacional. Y yo, a esa edad, no hacía más que emborracharme y emborracharme”. Ahora, este joven, no se pierde “parto de burra”, está en todos lados. ¿Cómo lo hace?, no tengo ni idea, pero lo hace. Le he perdido algo el rastro, y no estoy informado, si ha escrito o no, otra novela; calculo, al ritmo que llevaba, que sí la ha debido ya hacerla.

Casi se cumplía en él, lo que tanto de mi sobrino Yeray me reía: “sí, a tí te vamos a dejar el puesto para que seas presidente del gobierno”, épocas aquellas, en las que yo seguía la política (por querer dedicarme a ella).

(Un inciso: Sí ha escrito ese joven talento mencionado, otro libro, aunque no es una novela, y ha habido una ganadora del mismo premio, más joven aún)

Pensándolo fríamente, la cantidad de “bandazos” que me ha dado la vida, como casi así explica el Sr. Laín Entralgo: “somos lo que somos, pero no lo que queremos ser”, y así los ejemplos de algunos santos católicos, y el mismo Einstein, quienes llegaron a mucho, muy lejos, pero seguro que no tanto como pretendieron y les hubiera gustado ser; o sea, aunque el autor lo niegue, debemos ser unos frustrados. No, él nos dice que eso no lo debemos expresar, aunque en el fondo lo sepamos. Y, escribiéndolo, veo que tiene razón, y que viene a decir lo que a veces pienso, y bien decía Phil Bosmans, esto es, sé un payaso, y no dejes entrever tu pesimismo, de esta manera, terminarás siendo feliz; algo por el estilo, decía el Sr. Carnegie en uno de sus libros (“Cómo hacer amigos e influir sobre las personas”, no creo que tan recomendable como el “Como suprimir las preocupaciones y disfrutar de la vida”), escritor y profesor magistral. Desde luego, como profesor no le llegué a conocer, pero como escritor, son sumamente instructivos sus libros. Posiblemente no llegará a la categoría de un Platón o un Aristóteles (a los que he intentado leer pero no los comprendo), pero sí tiene y supongo que más en su vida tuvo, un gran “peso”.

Hojeando, o casi mejor ojeando un libro, y al leer una frase, vuelve uno a lo mismo, ¿es más inteligente, vivir dedicándose a lo que uno hace todo lo que pueda, o sin embargo lo es, estar con los demás, de visita, de un sitio a otro, charlando, etc., o sea viviendo al día, haciendo lo que en cada momento a uno le entre en gana? Planteo las dos opciones, partiendo de las premisas de que todo sea con amor y gratitud.

Indudablemente, es más relajado, y parece que más gratificante, lo último. Las veces que eso he hecho, ha sido por causas mayores, y desde luego me he sentido hundido en el fango. Pero estando uno normal, sin problemas, ¿no será eso más gratificante? De todas formas, Tony me ha dicho, que estaba un día en la playa y se decía: “¿por qué estoy aquí, si no me estoy divirtiendo…?”

Con ello me dio a entender que también para divertirse hay una medida y que ha de haber igualmente una cierta predisposición.

Por ejemplo, últimamente, de vez en cuando hablo con la familia, y he comprobado, salvo los arrebatos de cólera, que eso es más estimulante que el salir a tomarse un par de copas con los amigos. Quizás, tenga el inconveniente, que no se ven chicas arregladas y muy monas, pero, se las ve más al natural, y si así son hermosas, no les digo nada cuando se “maquean”.

Con el libro muy indicado para mí, al menos hasta la página que estoy leyendo, que es casi la mitad, de Torcuato Luca de Tena: “Los renglones torcidos de Dios”, ve uno que quizás, no se discute, uno haya estado como una baifa, y que gracias a los médicos, llegara uno a curarse, si es que esto es posible, y está ocurriendo o ha ocurrido, que yo estimo que sí.

La mala comida de la Quinta, es cuestión simplemente de economía, que el pagar altas cantidades de dinero, no da para cubrir los elevados (¡ojo!, pero justificados), salarios del director, y quizás sus ayudantes. Pero me han de perdonar, si cuestiono, por qué no me avisaron que vendrían los forenses y cuando llegaron, no me indicaron con quién iba a hablar, que era con ellos. Simplemente me dijeron:

—Abajo hay unos señores que quieren hablar contigo.

¿Qué pasa, tienen miedo de que uno pueda estar preparado para ver lo que se le viene encima, y ver cómo tiene que planificarlo? ¿Fue simplemente un descuido de la doctora, o es práctica habitual o por ley no se hace, para que nos coja desprevenidos y así meter la pata y quedarnos más tiempo encerrados, y por ello llenando las arcas de los que allí trabajan?, por suerte, como bien dijo un alcohólico de familia rica que vi durante mis primeros ingresos:

-Porque el dr. Henrik no es pesetero.

No lo soy yo.

e-libro.net

Dr. Henrik, cómprese un aparato para hacer los electrocardiogramas, que funcione, y que las ventosas (que desgraciadamente no sé su nombre), no se caigan y se suelten de la piel, de puro viejo y estropeado. Sé, que usted sigue muy bien los dictados de: "¡Hay que ahorrar!", ¿y de qué no mejor sitio que de la salud ajena?; con su intelecto, es más que suficiente. ¡Que se quiten todos los tecnicismos y modernismos, que allá va usted!

También me extrañó, ¿por qué, cuando a Felisa, la tía de mi madre, le fueron a hacer el control de glucemia, cuando la pincharon con la lanceta en la yema del dedo, salió, en lugar de sangre, lo que parecía suero? ¿Le habían hecho una transfusión de suero y la habían desangrado con alguna finalidad, cual?, sí he de agradecer que a pesar de estimar que de esa no se salvaba, se salvó. Esto ya es ponerme a las tremendas. Mejor es, quizá que no deba decirlo, pero sí, ahí va: ¿hay algún tipo de ganancia en que muera una anciana casi sin nombre para nadie, más que para su familia? ¿Las cogen de conejillos de Indias, aquí, en España (si Canarias pertenece a España), casi ya en el siglo XXI? No quiero pensar así, y ver que el hombre ha caído tan bajo.

Comprenderán que estas son reflexiones de un psicópata a la una y media de la madrugada, al que le acaban de decir algunos, que en absoluto comparten su punto de vista.

Pero, ¿por qué le estaban dejando morirse, cuando ni la demencia, ni una fractura de cadera, *per se*, estimo sean causa de muerte? No discuto, que sean inductores de ellas, pero, que se encargue Dios, de llevársela.

En fin, no hagan caso de los absurdos razonamientos de un esquizofrénico, que estoy seguro que de conocer el término, el Dr. Henrik llamaría hebefrénico.

Episodios de la vida de uno, que piensa que es mejor olvidar, aunque sin pensarlo, le vienen a la mente. He querido olvidar mis estancias en la Quinta, pero me es difícil.

Cuando hacía el CCP, me decía; "esta es la última vez que me desvío de mi meta", pero ¿cuál es la meta de uno, se va haciendo camino al andar, o ya está trazado? ¿Estamos predestinados a algo, o por lo que hacemos nos predestinamos?

¿Nos dirige quien sabemos, o por el contrario disponemos de un cierto margen de creación? Pero, ¿y si estamos predestinados, para qué vivimos?, ¿o somos los afortunados que vivimos, por ser este, nuestro purgatorio para darnos opción a redimirnos?

Me van a perdonar, pero éste, el que estas cosas escribe, no se asemeja mucho al que estoy acostumbrado a sentir en mí, cuando me siento en el sillón a cumplir con uno de mis oficios, el de escritor. Comprendo, que no soy muy diestro en ello, entre otras cosas, al comprobar que efectivamente, tengo excesos de palabras comodines, que no dándome cuenta , repito hasta el cansancio.

Estaba estresado. Unos de los profesores que nos daba clases, acostumbraba a decir:

—La experiencia del profesor…

Por supuesto, refiriéndose a él. Su primer día de clase, hizo aparición, con una camisa, que yo no había usado antes por hortera, y que casualmente yo también llevaba. La situación fue tensa, más para él que para mí. En los dos extremos del aula, habían dos sujetos, vestidos igual. Él, se lo tomó peor que yo, se le vio como se desinfló, y casi no coordinó pie con bola, y eso que era psicólogo; todos, cosa que extrañó mucho, escribían esta profesión con la "p". ¿Pero, no estaba esa forma de escribirla desfasada? Y era precisamente, los que "dominan" el lenguaje, los que defendían esa forma de escribir. No sé.

Claudio, que así se llamaba, iba no sólo de experimentado, sino de rompecorazones y moderno. Llevaba una melenita, que ya no se usaba lo más mínimo.

Como profesor era pedante, pero personalmente era agradable. A pesar de ello, de él aprendí cosas. Por ejemplo, nos puso un caso a analizar, un escrito sobre un petrolero de los gigantes. Me cambió los esquemas, pues habría asegurado, que los superpetroleros los habían desguazado, porque no pasaban por un canal cerca de donde se va a coger el petróleo. Verán que esto que digo me suena muy vago, por oírselo decir a mi padre, o por la tele cuando era adolescente, pero tampoco acostumbro a verlos desde mi ventana, y esas moles no pasan desapercibidas. Eso sí, Claudio no supo disimular, que ese ejemplo era de hacía un par de años.

Porque, cómo no, estoy de acuerdo en la experiencia, pero casi más en la actualización de los conocimientos. ¿De qué me vale a mi ser "experto" en una cosa que aprendí hace veinte años, que quizás ya la haya olvidado, tergiversado, confundido, y como mínimo ya estén obsoletos esos conocimientos?

¿Tendría razón mi tío Joaquín, en que la vida es un continuo estudiar? Él, mi tío, fue sincero conmigo, al decir lo del estudio, a pesar de que seguro que murió pesando en que me dedicaría a la vida fácil, al trabajo estable, monótono, seguro, y que siguiera estudiando "Rita la cantaora". Así, al menos ocurre en el mayor porcentaje de los que he visto. El CCP, no era una excepción, no se veía a nadie que diera lo más posible por actualizarse y

e-libro.net

superarse en su trabajo. Lo que me fastidia, muchas veces en los trabajos, es que no vale con que uno sea competente, sino que hay que dorar la píldora al jefe. Esto ocurre en casi todos los trabajos, que no se hayan hecho por oposición; aún en estos, a veces se hace, aunque, entre ellos Control, me dijo que él no le hace la pelota a sus jefes. En realidad, no le hace falta, pues tiene una oposición vitalicia, de la que intuyo que nadie lo puede expulsar.

Así y todo, a veces se pone nervioso, y se tiene que tomar un par de tranquilizantes.

Mi madre, a veces, también se los tiene que tomar, por ejemplo, si no viene una de las múltiples marcas de agua que mi madre compra semanalmente. Compra tantas, para que haya de repuesto.

Mi hermano Jose, se puso a vivir con Sora. Compraron una cantidad de comida y cosas asombrosa. Jose se puso a engordar su ya de por sí corpulento cuerpo, hasta que a los cuatro o seis meses, se separaron.

Antes, venían Sora y él, después de trabajar a comer a casa de mi madre, a la que no le daban dinero por ponerles la comida. Sora se puso a trabajar con unos familiares, vendiendo fruta en una frutería pequeñita, en un local cualquiera de una calle cualquiera de la ciudad. Sus ansias de superación, se le esfumaron en “menos de lo que canta un gallo”.

Se enfadaron un día, y se separaron, Jose se vino a vivir nuevamente con nosotros, y de ella no me he enterado lo que hizo. Tanto el uno como la otra, no quisieron dar su brazo a torcer, y se separaron. Jose, a partir de ahí, empezó a tratar a muchas chicas, al final, parece que está con una estable: Sole, pero yo juraría, que sigue sin olvidar del todo a Sora. Quizá a ella le pasará lo mismo.

Una vez que fui al ayuntamiento, me pareció ver a una chica que de refilón, me dio que tenía un aire a ella, pero más gorda, y más bastona, fue un ligero ojeo, pero sentí que ella se giraba para verme. No me paré, llevaba prisa y no sabría asegurar que fuera ella. De ser así, no comprendo el motivo de que se haya descuidado tanto.

Claudio, tenía ese modismo del machote que se las da de guapetón, y al tener un trabajo seguro, o casi, se creía el “super”. Esto atraía a las chicas, entre ellas, Alma, muchacha gordita, que acababa de estudiar Filología Española, y que daba clases particulares, pues según palabras textuales suyas:

—Ya está bien que explotar a los padres de uno.

Lo dijo sin matices, por lo que no me lo tomé como una indirecta. Era bajita y obesa. Su cara estaba siempre brillante. Vivía en Arucas, y me parecía una excelente persona, y trabajadora. La vería tiempo después, y me diría, que también estaba haciendo el doctorado. Como verán el menda estaba entre la crema de los humanistas, ¿pero entre los “despojos” de los de ciencias? Pero…, en fin, que no sé qué pensar.

Había gente buena, y se encontraban allí variados elementos, como Santiago, que era filósofo y cura, seminarista, trabajaba de esto segundo en algo, no me dijo qué, pero era un jefe de algo. Vestía con vaqueros y rebeca de calidad. Un día charlé con él y le invité a un café. Le dije:

—Porque yo leo todos los días la Biblia.

Su contestación me extrañó muchísimo en un religioso, ella fue:

-¿Por qué?

Sorprendido le repliqué:

—Porque me parece la mejor forma de vida.

No dijimos nada más. Nos fuimos los dos con prisas. Imagínense las que tenía que tener él al tener un cargo de responsabilidad, y estar estudiando ese curso.

Al final, se arregló lo nuestro, podíamos acabar el CCP, “¡Gracias Dios mío!”, recé, pues de no ser esto, no tendría qué otra cosa hacer. Sí, mi libro, pero su conclusión quedaba tan lejos, que dedicarme en cuerpo y alma a él, me parecía absurdo.

Yo estoy haciendo esto, ¿pero y Hardisson, seguirá siendo un genio cabrón? (si es que a los cabrones se les puede llamar genios). Pues a Hitler la historia, por fortuna, no lo ha tratado nada bien. A ellos no creo que se les pueda decir: “Pero, qué genial eres”

Había chicas varias, incluso una que ya había acabado la carrera de música, y sólo tenía dieciocho años. El hermano, un año mayor que ella, tenía los mismos estudios; le pregunté:

-¿Te retrasaste un año?

—No, ella fue la que se adelantó uno.

Me dejó alucinado. Él estaba algo amarillento, de no ir mucho a la playa. A esas edades, yo no pensaba más que en ¡marcha, marcha!

e-libro.net

Verán que he sido bobo rematadamente. Esos jóvenes en cosa de un año, se podrían a dar clases, y a optar por el mismo sueldo, si no más, que yo, con mis treinta y pico largos, años.

También, a modo de consuelo, estaba Nicolás, sesentón, que había hecho Historia, después de que sus hijos estudiaran sus carreras, y de separarse de su mujer. Era un claro ejemplo de eso de: "nunca es tarde cuando la dicha es buena", claro está, siempre que el estudiar sea positivo, que no lo sé, como les he comentado, pues ya saben el que dice: "qué feliz es la ignorancia". Yo, hoy, me siento mejor que hace veinte años, pero sigo teniendo mis cambiantes estados anímicos. No sé si igual que cualquier persona, con la salvedad, de que parece que más que superarme en los trabajos, voy degradándome. Si sigo así, ¿quién querrá contratar a un farmacéutico, sin experiencia casi en ningún tipo de trabajo? No sospeché, que el ser escritor, creara tantas dudas, sobre si lo que uno hace es de buena o mala calidad, vendible o no. Siempre el mismo rollo, pero así lo siento, y así se los cuento. ¿Yo, o el personaje al que a veces, o nunca, o siempre, le traspaso mis emociones?

El CCP, debería ocuparme todo un curso; ¿sería fácil, o difícil?: "Dios mío, dame suerte". Lo mismo había pedido en la carrera de letras, y ya había visto el resultado; funesto, absolutamente funesto.

Otra profesora, era Maca, se las daba de suave; desde el principio me cayó fatal; muy marchosa, la cara estropeadísima, seguro que debido al consumo excesivo de drogas; pero ahora tenía ella la sartén por el mango.

Había que hacer, antes de nada, un trabajo, consistente en resolver una serie de preguntas, a partir de un texto que debíamos fotocopiar. Texto que era una recopilación hecha por ella de muchos otros. No tenían orden ni concierto, pero en fin, ella era la profesora. Consistía aquello en que cada uno se mirase una parte y respondiese lo mejor posible la suya; luego cada uno expondría sus respuesta en el minúsculo grupo, de cuatro personas, y a partir de ahí, debíamos confeccionarnos unos apuntes en los que estudiar el examen. Yo me leí todos, y contesté las preguntas, también todas. El grupo, quedó de acuerdo en no ir por clase, más que en una o dos ocasiones para ver cómo iba todo. Muchos grupos hacían lo mismo.

Era la primera vez que hacía cosas en grupo, a trabajos de clase me refiero, pues en otros trabajos, yo era el que más trabajo realizaba aunque los otros también hacían algo. O sea que no eran trabajos con esa dinámica.

Había entre mis condiscípulos, una chica madurita, pero sumamente bella; estaba embarazada, y posiblemente daría a luz en el periodo de prácticas, o quizás poco después de las Navidades. Se la veía sufrir, pero iba casi siempre por clase.

Imaginaba: el curso, el embarazo, la casa…, en fin, que estaría a toda marcha; se la veía a veces absolutamente derrotada, y aun así, siempre tenía una sonrisa en los labios.

El golfo de los golfos, era César, que se sentaba en el extremo derecho del aula, al final del todo. Solía llegar tarde, e incluso así, le guardaban el sitio. Iba siempre con su novia, o al menos ella quería serlo, y no se despegaba de él. Era agresivo, aunque conmigo se llevaba muy bien.

El más simpático de la clase era José Manuel V.G., me daba la impresión que era andaluz, por su deje al hablar. Era veterinario, y por tanto compañero mío en las asignaturas específicas y en las prácticas. Mis otros compañeros, eran Orlando, de Ciencias del Mar, y Macu, que era doctora en la misma carrera; José Manuel era treintañero, y había estado en múltiples trabajos; estaba en todos sitios a la vez. Orlando estaba recién licenciado, y desde tercero de carrera, había optado por ser profesor. Un día le oí decir:

—Porque ganar menos de doscientas cincuenta mil pesetas, es una porquería.

Eso que él casi llamaba demencial, yo muy pocas veces lo había podido ganar.

Macu con el tiempo, confesaría tener treinta años; su cara parecía lechosa, y ya se lo que me daba la impresión, y que lo sospechaba de ella, sí, sería capaz de hacer cualquier cosa por conseguir sus metas. Así fue.

Acababa de hacer la tesis, y no encontraba trabajo, según decía, en la universidad no la querían. No le pregunté el motivo, si había sido por algo grave, aunque supuse que fuera por su intelecto, el que se iba deteriorando a pasos agigantados. No me gustaba su físico, y no estaba mal, pero lo adornaba con ropas que no me atraían lo más mínimo.

Ellos, Orlando y Macu, estaban siempre juntos. Cosa lógica por otro lado, pues les unían los mismos estudios.

José Manuel, me caía muy bien, sobre todo su desparpajo tan inteligentemente usado.

Un día, se sentó a mi lado, y mirando al frente me dijo:

—Emmm… Yo quiero ser veterinario.

—Y yo farmacéutico –le respondí, riéndome de lo carota que era, pues se hacía amigo de todo el mundo, y a mí me decía, que nosotros éramos los "pesos pesados" de aquel tinglado.

e-libro.net

Orlando se llevaba a muerte con Josema, a quien yo llamaba así, o bien como Chema. Él me contestaba medio cabreado:

—Que no me llamo Chema.

Me llamaba a mí:

—Antoñín.

De lo que me reía, pues lo decía con mucha gracia.

El profesor con más años de todos, también era cura, y sociólogo. Ejercía de los dos. En sus años mozos, había sido de izquierdas, pero ahora, se había aburguesado.

Maca, había hecho un medio montaje escénico con uno, al que no volvería a ver. Él, con cerca de cuarenta años, hizo el papel fenomenal. Al final, le aplaudimos todos. Magistral.

Me enteré semanas después por D. Fermín Romero (el cura), que este compañero, había dado el gran salto a la fama de director de teatro. Había triunfado en Madrid. Salía en todos los periódicos.

"Así le aplaudimos y tan bien que lo hizo", me dije, y también, cómo no: "Enhorabuena, un canario que también triunfa. Esto marcha".

También sentí un cierto resquemor por no haber sido yo el que estuviera en su lugar, aunque de escritor.

D. Fermín, iba siempre impecablemente planchado, tanto, que yo me preguntaba quién coño le plancharía las camisas, pues no tenía edad para tener a una "madre en activo"; si vivía en el seminario, nadie se las iba a planchar, a no ser que fuera él.

Generalmente llevaba camisas blancas, aunque no siempre. Su vestimenta era impredecible. Era quien más nos exigía, según él, "porque los más difíciles, son a quien mejor se recuerda".

Nos daba apuntes unas veces, y otras esquemas. Por mi parte, tomaba todo lo que él decía. Creo que era de los únicos. A decir verdad, no explicaba nada sino que leía; de vez en cuando aclaraba lo dicho, aunque embrollaba más las cosas.

No tengo ni idea la causa, pero yo le caía bien, él a mí también, aunque siempre guardara las distancias. En realidad, sólo me caía mal una persona: Maca, cuya asignatura se llamaba "Tutoría".

Era evidente que yo le caía también mal a ella; era de esas que dicen: "Tú vistes serio, entonces eres un pijo de mierda derechoso; yo que visto marchosa, soy de izquierdas".

De esto, dudo, y casi llamaría a ella analfabeta drogada, y yo, con una chispa más de cultura y sapiencia que ella.

Discúlpenme que me exprese así, pero el solo recordar su imagen, me produce repulsión. Me han timado, robado, etc., pero ella me ofendió. ¿Pero estoy bobo, y es que el robo, el llevar a uno por malos caminos y demás, no son ofensas y casi peores? Pues sí.

Deducía que era el primer trabajo de esa paleta, no por nada, sino por lo que se debió retrasar en sus estudios.

Nicolás, el geronte, solía formar grupo con nosotros. Un día, le tocó a él exponer el tema, cosa a la que parecía que no temían; me dejó asombrado, igual que Gabriel, y que en general todos los estudiantes, la facilidad de palabra (o quizás debiera decir, las fáciles palabras) que tenían. Nicolás, tenía una verruga en la nariz, en el cartílago que separa los dos orificios nasales, algo llamativo. Observando su cara, y la susodicha deformación (si es que así se le puede llamar a las verrugas, de las que yo tengo a montones), me entraban ganas de reír, lo que solía hacer, estando él exponiendo. En una ocasión, y no sin toda la razón, dejó de exponer y exclamó:

-¡Si tú sabes hacerlo mejor hazlo tú!

Tenía toda la razón del mundo para estar cabreado, pero yo me reía, y más tarde se lo diría, porque su perfil, me parecía al de un borrachito, no por nada sino por su adiposidad (si es que la verruga está formada por tejido adiposo, que también lo ignoro), y la pinta, a su persona, que ella le daba.

Verán, que me río de las anormalidades de los demás, en cambio, me sienta mal, cuando de mí se ríen.

Él se lo tomó muy bien, y seguimos siendo amigos y compañeros, sin ningún tipo de rencillas al menos por mi parte. Que de estar molesto alguien, debía ser él, por mis impertinencias.

Observaba a las niñas, y no había ninguna que valiera la pena, a excepción de Ana, una chica que era licenciada en Gimnasia, perdón, Educación Física, que no es lo mismo. Era chicharrera, y estudiaba aquí. Ella se costeaba sus estudios. Era huérfana de madre (toda una gran desgracia), y su hermana pequeña, le pedía dinero a ella, como si fuese su madre; me contaba estas cosas, cuando salíamos de clase e íbamos juntos un tramo, hasta que nos separábamos, yo, a coger un taxi, ella a su piso de alquiler, cerca de las zonas de prostitución más barata

e-libro.net

y hedionda de Las Palmas. Deduzco que viviría ahí por ser más barato. Era la misma zona en la que vivía Guillermo con la que ya era su mujer.

Ana, acostumbraba ir con vaqueros, nunca con falda, y eso, que gracias a la continua gimnasia que hacía, tenía un tipazo envidiable. Las camisas, no eran muy variadas, típico en estudiantes necesitados, de eso sé bastante.

Trabajaba de canguro, y con eso se costeaba sus estudios. Empezamos a intimar y era una "camarada" increíble, llevábamos una relación amistosa muy saludable.

Generalmente, las dos últimas horas, las hacíamos en las aulas-taller o laboratorios, como allí las llamaban, de la Escuela de Magisterio.

El primer día que fuimos a presentarnos, estaban dos profesorsas una licenciada en química y otra en biología, y un profesor de medias, Eduardo. Ellas, una era la mar de consumista, pura fachada, tanto que me llegaba a repugnar. Encima, sus conocimientos estaban, si alguna vez habían sido correctos y fundamentados, caducos, obsoletos. Recuerdo que en una práctica, en el rastreo para ver los conocimientos previos de cada alumno sobre un tema de biología, le nombré que posiblemente se debiera a la materia orgánica en descomposición, el humus, y me corrigió:

—No, eso no es así.

Me obnubilé por completo, mientras inexplicablemente me preguntaba: "Dios míos, ¿he tenido estos conceptos tan básicos equivocados, es posible que lo que sepa, todo sea falso?

Hoy me digo: "Valientes profesores tuve". El mejor de todos, indudablemente, era Eduardo, el que se preocupaba por nosotros, intentaba explicarse bien, en fin, pretendió ser un buen profesor.

Con la otra profesora, se me iba todo el tiempo en ver como sudaba y transpiraba todo su cuerpo, y en especial su cara.

Debía ser más acomplejada que yo, pues explicaba las cosas mirando al frente, esto es, ni a nada ni a nadie.

Uno de los de gimnasia, Pedro (en total eran tres, la otra era una recién casada, Viqui), tenía un tipo espléndido, también estaba acabado de casarse. Me contaba que trabajaba en la tierra, seguro que para ganarse unas perrillas. Toda aquella gente, aspiraban a ser profesores algún día. Esa era su meta; meta, que para mí, era una especie de trampolín a lo que pretendía optar, y por si las cosas me iban mal. Así me han ido, pero ni siquiera a ese trampolín me he podido subir. Pedro, me murmuró una vez a modo de secreto:

—Porque esta tía tiene que ganar muchísimo.

—No te creas –le respondí-, sobre las ciento y pico.

Quizás para él, eso fuese todo un gran sueldo. Para mí, era irrisorio, y lo típico de cualquier trabajo mal pagado. Encima, ese no era tan sufrido. Siempre sudaba algo también por las axilas. Algo desastroso. Puede ser que fuera por nervios, a saber.

Rezaba para no estar días sin dormir, no por nada, sino para no meter la pata, para no ser un Quijote, que es lo que había sido, siempre que se me estrujaba el cerebro.

Ahora que leo sobre ello, quizás el colectivo de médicos, se molesten conmigo por mis descargas contra ellos.

No, critico a todos, sólo al mal profesional, y más concretamente al que me ha perjudicado directamente a mí, y más que nada, por usar un arsenal medicamentoso en mí, a sabiendas que son peligrosos, muy peligrosos. A los consecuentes y trabajadores, no me importa aplaudirlos y quitarme el sombrero ante ellos.

La Biblia, dice que Dios aconseja en su arte y saber al médico; y poco después, renglones más abajo, dice: "pobre de aquel que caiga en manos del médico…"; yo, por desgracia he sido enfermizo, y no he tenido más remedio que ser su paciente, y creo que he tenido paciencia con ellos, hasta que he visto, que algunos, tan sólo pretenden el afán de lucro. Si ellos me "manejan", lo lógico es que yo me beneficie de algo de eso, y no ser siempre el que esté vapuleado.

Viqui, estaba fenomenal, un cuerpo agradable y sereno, pero la cara no le ayudaba nada, era del estilo de las de Carmen la novia de David.

Sospecho que Ana tenía complejo de barriguda, igual que yo lo tengo, pero en ella era injustificado. Una profesora genial, de entre las que tuvimos, era Rosa Marchena una gran profesional. Precisamente era ella una de las que peor me caía en la farmacia de mis tías, pero, por su buen saber y hacer, me quedé prendado de sus clases. Algo muy amenas. Ya les hablé algo sobre ella.

e-libro.net

Su forma de vestir no me gustaba tanto. Realmente ella no era la profesora oficial, sino que estaba haciendo un favor a un amigo, que hoy me pregunto si sería el novio que decía que tenía ella. Era separada y tenía una hija. Se preocupaba por su retoño. Era alta y redonda, pero sin llegar a gorda. El peinado nunca me gustó pero era típico en ella, y sin él, no sería la misma. Igual me ocurre a mí, y sin embargo, a veces me creo guapísimo.

Hacía una cosa genial, y era ir ella misma con un fajo de fotocopias para delante y otro para el final del aula. Se lo agradecíamos enormemente, esa deferencia con todos, los últimos.

Sus clases, la mayoría, eran amenas y encima con ella era el fin de las clases de la semana, las dos últimas horas de los viernes.

El viernes, desde la primera hora, era interesante. El que nos daba clase, era un señor mayor, que debía darnos dos horas seguidas. Llegaba prontísimo, y casi desde que llegaba, empezaba sus clases. Me gustaba lo que hacía. Todas, consistían en una pequeña explicación, y luego trabajos en grupo. A veces, exponíamos los resultados, en otras ocasiones no, pues no daba tiempo para ello.

Quizás lo sacara de su práctica diaria, pero lo cierto, es que cada viernes planteaba situaciones distintas.

Condiscípulos míos, entre ellos Alma, se preguntaban, por qué me leía siempre las cosas antes de empezar a debatir. Me dejó abrumado, “pero esta gente, ¿qué hace, ponerse a hablar sin saber lo que se trae entre manos?”, pues sí, esto es lo que hacían. Este profesor que nos daba clases, y que tan bien caía a Nicolás (quizás por ser de su generación, a pesar de que este último no era partidario de la LOGSE y el primero, lógicamente sí), tenía un currículum escasísimo. Toda su vida había sido profesor en distintos institutos. Algunos conflictivos como los del Polvorín, donde ejerció muchos años. Ahora, era inspector, y según decía, él, cuando llegaba a su centro y alguien le decía:

—Porque no sabemos cómo se hace esto…

—No hay problema, aquí tenéis un disqué.

Dos fallos en su respuesta, uno, se hacía el peninsular sin serlo, y otra no se había mirado la palabra correcta del objeto que usaba en el diccionario, al que se le llama disquete; a mí esta palabreja me tuvo confundido hasta hace bien poco, cuando se me encendió la lucecita en el cerebro, y se me ocurrió buscarla en el diccionario.

Al no tener ordenador, no se me ocurrió pedirle el disqué, perdón disquete.

El profe, solía ir casi siempre igual vestido, y aunque por su edad, podría tener nietos, no me imaginaba verlo con ellos.

Me van a permitir el inciso, pero mis últimas lecturas, me han llevado a esto, y es que meditando, no comprendo por qué el Dr. Henrik, al ingresarme me metió en un cuarto que carecía de todo, desde cenicero hasta mesa, y lo que había estaba estropeado. En el baño no funcionaba casi nada, ni la luz. Me ingresó al lado de una, que la pobre estaba fatal, gritando a pleno pulmón y a toda hora. Algo tremendamente depresivo.

Frente a mi puerta, había una de metal, que cerraba mal, y por cuyos huecos se oía el chisporrotear de la electricidad. ¿Qué era aquello, una sala para electroshocks, o el cuadro de la instalación de la luz de todo el recinto?; en cualquiera de los casos, ¿es lógico que se oigan esos ruidos de chispas, que no he oído nunca, mas que en el cine, al romperse un cable del tendido eléctrico? ¿Tan vieja era la instalación de la luz? No sé.

No me permitía tener fuego, quizás porque me tuviera como un loco peligroso. ¿Lo era? ¿Lo soy?

Una vez ya en un cuarto más decente, pero que en absoluto justifica sus altos honorarios, ¿por qué hizo el gesto de sorpresa que hizo, cuando lo miré? ¿Lo tenía aprendido y era un truco para que yo me diera la vuelta bruscamente y así alegar que yo estaba mal, y encima sumamente nervioso?, o ¿simplemente fue un gesto natural al ver algo extraño tras de mí?, cosa que sólo vio él, pues los otros médicos nada notaron; claro, que él es inteligente y los demás son unos baturros. Sin embargo, según sus propias palabras:

—Los catedráticos son unos cabrones.

No discuto que no haya de todo, pero, ¿él no lo era, y quizás más que ellos?, teniendo menos categoría y menos conocimientos que ellos.

En esos días, me planteaba, o mejor, me seguía planteando, si hacerme religioso. En uno de esos, abro la Biblia y leo más o menos, que unos se dedicarán a ser profetas, mientras que otros estarán para poner las mesas, y ayudar en lo que puedan. Yo, me incluí en ese “poner las mesas”, o sea, ayudar, si es que en algo puedo ayudar, a los cristianos de este mundo. No creo que Dios me haya llamado para servir en exclusiva o ser siervo de la Iglesia, pues tengo demasiados defectos, y ya saben, que no pierdo las esperanzas de casarme, y hoy por hoy, estas cosas son incompatibles.

e-libro.net

Pienso, actualmente, en el 99, cuando esto escribo, que si mi madre me falla, y empecé ya a pensarlo en esos años, me iría a un convento, si me aceptan, a escribir y escribir, hasta que pueda valerme por mí mismo, cosa que hasta ahora, poco he podido hacer. Me extraña que la mayoría de los farmacéuticos que conozco, puedan mantener una familia. ¿Cómo lo hacen, aquellos que no son dueños, robando?, pues los sueldos que yo cobro, por darlo casi todo en el trabajo, son irrisorios.

Mis tías, contrataron a una farmacéutica mayor y veterana, de sus edades más o menos. Puede, que ella les cobrara más dinero que el que a mi me pagaban. Encima, según palabras de Dulcina, era una gandula. Pilar, se llamaba. Yo, al verla tan mayor, la llamaba Doña Pilar. Ella me decía que no le pusiera el doña, pero esto se me hacía cuesta arriba. También le daba la mano en lugar de un beso, cada vez que iba por la farmacia.

También habían contratado a una jovencita, que vivía por allí, y que era recién licenciada. Según mis tías, no tenía ni idea de medicinas, y sé que es lógico, pues en la carrera, no se enseñan los nombres comerciales, para no darles propaganda, a pesar de yo saltarme esto a la torera. Intentaré no hacerlo más.

La chica estuvo poco, desde que pudo se fue a otra farmacia, más lejos, mucho más lejos, pero seguro que más tranquila, y mejor pagada.

Uno, nunca cree que sea el causante del mal, pero esa familia, también Fijoleis, se debían plantear, por qué le duraban tan poco los empleados.

Ana tenía un novio, del que ella evitaba hablar. A mí me fastidiaba, pues quería yo ocupar su puesto.

Me enteré que había cursado primero de medicina, y después se cambió a gimnasia; él estaba haciendo ingeniería, aunque tenía treinta y pico años. Esto me asombró, y le dije que suponía que era difícil, pero no tanto, caramba.

Llevaban unos ocho años de novios. De todas estas cosas me enteré lentamente y con mucha paciencia.

Veía, que casi no tenía opción a salir con ella, aunque el pasotismo intelectual de él, quizás fuera una baza a mi favor. Sigamos.

Era joven, y se administraba muy bien. Me daba la impresión, que era de las que más pobremente vestida iba y sin embargo, la consideraba de las más alegres y maduras, con fe y esperanza en el futuro. Su boca, mejor sus dientes, estaban siempre abundantemente bañados por saliva. Un día confesó que era disléxica y que le había costado mucho hacer la EGB.

Yo, bobo de mí, no le confesé que era o había sido esquizofrénico, y que me había costado mucho sacar la carrera. “Aún es pronto para decírselo”, me lo callé, tonto de mí. Seguro que por inseguridad. Era, para mí, la chica que más valía de todos las compañeras, sin lugar a dudas.

Sí, me estaba enamorando de ella. No se lo comenté a nadie en mi casa, para que no se metieran conmigo. Sólo se lo comenté al Lu, y a Tony, posiblemente también a Control, aunque a nadie más.

Control me decía, que no le gustaba mucho ir a casa del Lu, pues a los de las chabolas, los consideraba peligrosos, y no era de extrañar. Un servidor, que vivía al lado, cada vez iba con más miedo por allí.

El Lu, cuando murió su madre, lo suponía dolido, aunque él, no mostraba señales de ello. A decir verdad, nunca hablábamos sobre ello.

Sentía que doña Antonia, se había quedado fatal económicamente. Sabía que el Lu se las daba de religioso, aunque no daba nada de dinero a la iglesia. Mis amigos, se volvían, cada vez más usureros. Eso sí, todos muy religiosos, pero cuando se trataba de dar dinero, se hacían los suecos. Le comenté, más que comentar, intenté hacerlo entrar en razones y le dije:

—Ya que no das dinero para la iglesia, dale el diezmo a tu tía, que no tiene ninguna entrada de dinero.

Si me hizo caso o no, no me he enterado. Le parecía mucho gastarse treinta mil pesetas al mes en comida para los dos; observen que eso era menos de lo que él ganaba en el sindicato. Eso sí, para copas y putas nunca le parecía mucho. Bueno, no le parecía mucho cuando iba él solo; cuando iba conmigo, recuerden que era yo quien pagaba siempre. Y en poco más de un rato, pagaba yo lo que él invertía en comida. Ahora, ya todo eso se había acabado para mí.

Nos distanciábamos cada vez más; donde yo quería ir, a él no le gustaba, y al contrario; no quería salir por el mero hecho de beber. Si me decían de ir a cenar, sí iba, aunque ahora les había dado por ir a sitios cutres. Según él, en ellos, se comía más y más barato. No sé qué decir.

No les discuto que algún día no me guste comer ropa vieja, moros y cristianos, o callos, pero ser los únicos platos a elegir cuando uno sale de noche a cenar, no se me apetece.

e-libro.net

Control, que debía saber cómo se comía allí, pues era al lado de su casa, un día pidió sama, y le trajeron una asquerosidad de pescado pasado. Otro día pidió solomillo, y también le sirvieron porquerías. Yo estaba decidido a comer el plato del día, pero siempre era carne, y daba la casualidad, que esos días, generalmente los sábados, acababa de comer en mi casa carne, por lo que no se me apetecía. Pedí en algunas ocasiones pescado a la plancha. No sólo era congelado, sino que era de lo más insípido. No sabía a nada, más que a algo quemado.

En definitiva, cada vez salía menos, y cada vez, el Lu, se empeñaba más y más en salir todos juntos. Me fui haciendo un solitario, un trabajador; bueno, casi más un estudioso, pues parece que la gente no llama al escritor un trabajador, y no sé por qué pues invierto, horas, días, semanas, meses y años en ello.

El libro que traía entre manos, llevaba dos años escribiéndolo. Poco a poco iba aumentando el número de folios escritos día a día, todos los días.

No tenía ni idea de cómo lo hacían la gente que trabajaba y estudiaba; una de dos, o eran unos portentos, o no hacían bien uno de los dos, o las dos cosas. No me explico, a no ser que los trabajos no les ocuparan ocho horas al día, y aún así, debían estar a todo meter.

Incluso, Gabriel, se hizo amigo de uno, que según parece era profesor de medias, quien tuvo que dejar el CCP, por imposibilidad de tiempo material para estudiar. Eso me parecía más responsable y congruente, y eso que lo que allí se explicaba, en teoría, tenía aplicación directa en las aulas. Pues no les digo nada los que trabajaban en otros trabajos.

Ahora que lo pienso, es posible que lo que muchos hacían era dar clases particulares, y a eso les llamaban “un trabajo”; a esto siempre lo he tomado como un complemento del que malamente se puede vivir, como a mí me había pasado, salvo casos excepcionales, como ocurre con mi cuñado Chiew.

¿Será eso verdad, de que trabajando nadie se hace rico? Debe ser, pues ni primer jefe, no lo hacía, y creo que era rico. Otros, sí trabajaban algo, y no lo eran tanto.

Ahora, me encontraba haciendo un curso de seiscientas y pico horas, para optar por un trabajo, en el que mensualmente se ganan sobre las doscientas cincuenta mil, limpias. Que no es que sea uno rico con ello, pero se puede vivir mejor que muchos.

Últimamente intento averiguar lo que ganará un catedrático de universidad, y no logro enterarme. Para llegar a ello, hay que trabajar intelectualmente hablando, mucho, y no es eso sólo lo malo, sino que hay que hacer mucho la pelota, dorar al superior la píldora. En definitiva oler muchos glúteos. Son pocos los que uno está dispuesto a oler, motivo por el que no me atrae, hoy por hoy, ir a la universidad. De todas maneras, es raro, pues son centros estatales, y en teoría, ahí, hay más variedad y menos dependencia con el superior. Aunque ahí estaban los socialistas con su “disciplina de partido”, o sea, lo que Felipito decía, era palabra de Dios, y el que se movía, no salía en la foto.

¿Es que nadie puede ir por libre?, casi lo dudo, pues incluso los escritores tienen que gustar al público, para ser leídos, y así le publiquen las editoriales sus libros. ¿De qué me sirve a mí rellenar hojas y hojas, si no se publican?

Otras veces pienso, en que mejor es ser un veleta, como hubo uno una vez en el CCP, en que en un debate, se sentó en una postura frente a la mía, pero cuando acabó me dice:

—Yo pensaba igual que tú, y estaba pensando en pasarme a tu fila…

No lo hizo, claro está. En mi fila éramos unos tres o cuatro, frente a decenas frente a nosotros. Esa actividad, la inventaron los de Educación Física, entre ellos Ana.

Yo no leí muy bien de qué traba el asunto. Aun así, hablé muy enfadado. Al final cuando me enteré más relajado de lo que trataba la cosa, comprendí que realmente había metido la pata, y que más acorde con mi idea estaría ser del gran rebaño en esa ocasión, pero lo que leí, lo leí pronto, rápido y mal. Consecuencia, fuimos dos o tres, el centro de atención de toda la clase, y encima, me hicieran enfurecerme.

Por cierto, el de Historia, el que según él, compartía mi idea, tenía un jersey exactamente igual a uno mío, por lo que yo no lo llevaría nunca; ni ese ni otro de la misma clase, que me compré el mismo día, hacía ya algunos años.

Me contó ese mismo muchacho, que él no quería estar toda la vida sacrificado, para llegar a algo en la arqueología, y que los grandes de ese saber, habían estado pringados toda su vida. Él no servía para eso.

“Seguro que naciste para marqués”, me dije yo, y no creo que anduviese muy desacertado.

Me parecía que lo que yo ganaba era irrisorio, y debía de ser; pues acostumbraba a ver mundos de lujos, al menos por mis jefes y compañeros farmacéuticos. La realidad, lo que ahora veía, era bien distinto. Nadie tenía,

e-libro.net

grandes coches, ni muchos lujos. Algunos tenían algo de dinero, y era porque eran propietarios de bares, de academias de baile…, en fin de pequeños negocios.

La de la de baile, se daba muchos humos. Tenía un móvil y un ordenador portátil, y mis compañeras, la llamaban: "La chica Continente", pues llevaba una mochila a rastras con unas ruedas, igual que las que se usan o usaban, para transportar las maletas, de viaje.

Había, particularmente uno, que se sentaba en primera fila, que no tenía muchas luces. Iba siempre impecable en su vestimenta, y su cuidada barba, se las daba de super, debía ser porque tenía trabajo. Me caía sumamente estúpido, y según pude ver, no era al único. No sólo que me cayera, sino que lo era, pues se las daba de inteligente, cuando había gente que con mucha menos edad que él, ya había terminado los estudios iguales a los suyos, que para él, eran el no va más. Era, o se las daba de muy explicado. Cómo no, llevaba un móvil, igual que "La chica Continente", quien no lo desconectaba en las clases, interrumpiéndolas a mitad, si le llamaban. Al menos tenía la delicadeza de salir fuera. Si tan importante era la llamada que esperaba, que no fuera a clase.

El presumido, me dejó asombrado, al ver el coche que tenía; juraría que era peor que el mío. "¿Tanto te la das, y no ganas para comprarte un coche mejor?", me reía para mis adentros.

Yo no llevaba mi coche, a pesar de que hacía poco que había vuelto a pagar el seguro de él, y que a ese ritmo, lo perdería todo, pues había pagado un año entero, sin derecho a devolución. Había usado, un mes de ese contrato, y ya nada podía hacer. Había pasado la ITV, aunque le tuve que hacer alguna reparación. Lo metí en el garaje, y con el tiempo, le daría de baja parcial, aunque para ello, tuve que ir a tráfico, y después, una noche de amanecida, a la policía local, donde me atendieron fatal. Por fortuna, arreglé todo, y ahora tengo un trasto, en el que he gastado muchos miles, y que no sirve de nada.

José Manuel era muy simpático, y desde el principio, se dejó ver de lo que era, un líder simpático (para mí, enormemente simpático). Echaba currículums en todos sitios. Siempre iba o venía de echarlo, me preguntaba si dejaría el curso por un trabajo temporal. Estaba frito por conseguir un trabajo medianamente estable e independizarse de su familia. A mí, eso no me importaba tanto, y cada vez menos; es más, ahora me gustaría ver a mi madre envejecer, aunque ello suponga no tener yo mujer a mi lado. Si mi madre ha estado conmigo en los momentos difíciles, qué menos, que estar yo ahora con ella, y servirle de báculo, pues que no tiene en quien apoyarse.

José Manuel (Josema o Chema), me dijo un día de salir juntos, y sí, efectivamente tenía un coche que iba mucho con su personalidad, un todoterreno pequeño, aunque no de los mejores.

Se rió cuando me lo enseñó, algo así como diciendo: "¿A que no te esperabas que tuviera un coche así?". Según me contaba, su madre se metía siempre con su forma de vestir. Tenía la costumbre de dejarse barba de un par de días. Yo me afeitaba a diario. Con eso él, no daba impresión de muy limpio.

Me extrañaba, que siendo veterinario, vistiera con frecuencia con camisetas y vaqueros, y a veces con alguna camisa muy moderna; su pelo, daba la impresión de que se lo debía haber cortado hacía unas semanas, pero esa era su imagen, y la que quería dar.

Yo, una vez fuimos cogiendo confianza, conté la cantidad de problemas que me había dado mi pelo largo y mi forma de vestir, hasta tal punto, que tuve que cambiarla por la actual (ahora, casi diría que voy muy serio). Eduardo decía que eso nos había pasado a todos. Él era mayor que yo, conocía a Maru y Pepe, y me decía que mi cuñado, era Director Territorial de Educación, o algo así. Le respondía que por ahí iban los tiros, que no lo sabía exactamente. Me fastidiaba que me lo recordara, pues parecía que quería decir, que por eso me tenía que dorar la píldora. Fue todo lo contrario, lo estuve controlando, y quizás por ser el mayor del grupo de los "talleres", era al que más gritaba y con el que más se metía.

En fin, ya estaba acostumbrado, y por otra parte, qué le íbamos a hacer.

Dos cosas contradije sobre las creencias populares en mis intervenciones, una, el que no se pusiera el supositorio al revés, cosa que dicen de hacer las nuevas tendencias, y que el bicarbonoto se siguiera usando como hasta ahora; alegué que podría ser perjudicial en grandes dosis, pero estoy pensando, que por qué no van a tener razón las nuevas tendencias, sobre mis ya caducos conceptos, ¿no ha sido la historia de las ciencias, un reírse de las nuevas ideas de los jóvenes, por parte de los viejos, cuando en algunos de los casos, los primeros tienen razón? Precisamente eso era una cosa que yo criticaba, y es que a los simples licenciados con pocas "letras" y saber, les creo poco. Ya habrán visto, que yo tenía poco saber y poca experiencia aún ahí, y encima contradije estas dos nuevas orientaciones, que pudieran ser que estuvieran bastante comprobadas.

En mi defensa diré, que el supositorio, si se pone al revés, es más fácil que salga al exterior, por su forma puntiaguda de proyectil, y del bicarbonato sódico, que en pequeñas dosis contrarresta la acción del clorhídrico

e-libro.net

del estómago neutralizándolo, mientras que no discuto que a altas dosis produzca alcalosis, que es posible, aunque no lo he estudiado.

A Ana, le tenía que preguntar siempre si quería que saliéramos juntos; era hora de que algún día me lo dijese ella. Nunca lo hizo. Le pregunté en alguna ocasión, si no añoraba su isla, y su casa:

—Que va, si cuando voy para allí, trabajo más; siempre limpiando platos y los suelos.

Me hizo gracia y me dejó a la vez asombrado; quienes así la hacían trabajar eran sus abuelas; hoy sospecho que vivían en una casa grande y antigua, de esos caseríos enormes del campo. Supongo. Para mí, era la más guapa con creces, y, "pero Antonio, cuidado, que es un 'coto vedado'". Era raro que me gustase por su estilo, pero era la chica con la que más a gusto había estado últimamente. Deseaba que llegara la última hora, y salir con ella a hablar.

A veces, coincidíamos a la hora de tomarnos el café en la máquina de los cortados, y deseaba que no pasaran los minutos, y que hubiera menos gente con nosotros. Pero la máquina era única para un par de plantas. Estaba en una zona no muy higiénica, cerca de los retretes de hombres, a los cuales el menda solía ir a defecar, y muy a gusto ciertamente.

Me extrañaba que los estudiantes se expusieran tanto a los malos olores, pues justo al lado de las ventanas de los retretes del sótano (a los que yo iba), era donde más estudiantes universitarios había.

Qué distinta, la gente de letras de las de ciencias. Qué no más dinero se ven entre los últimos. Pero, ¿de dónde coño lo sacaban?, yo hacía siglos que había acabado, y seguía, sigo, siendo un muerto de hambre.

Intuía, que Ana estaba a gusto en mi compañía, al igual que yo con ella.

Una profesora jovencita e innovadora, nos mandó hacer una serie de trabajos, y aparte nos explicaba teoría para hacer el examen al final. Uno de ellos, fue comentar un texto que nos dio. Según parece no lo hice muy aceptablemente y tuve que ir a hablar con ella.

Me molestó, que hubiera dejado para hacer ese día, infinidad de cosas; de mi crítica en el trabajo, no le gustaban expresiones, tales como: "ladrón de guante blanco", y cosas por el estilo. Cuando la vi algo desocupada, le expliqué cada cosa de donde la sacaba. Ella, según me dio a entender, había comentado ese mismo texto en la carrera, y no se percató, o sea no vio lo que yo. Quizás me estaba llamando tolete de forma soslayada, me callé, aunque no me faltaran ganas de decirle cosas como: "A mí qué me cuentas si eres subnormal".

Era una recién licenciada, y estaba becada, mientras, hacía el doctorado. Sospecho que le desbordaban, para su capacidad, las ocupaciones.

Nadie estaba contento con ella, yo tampoco, aunque físicamente no estaba mal del todo; era algo velluda, lo que no quitaba para que fuese bella; no era mis mundo, pero parecía una buena chica, aunque nos atiborraba de trabajo. Yo tanto ese comentario, como los trabajos de clase, y el libro de Fernando Savater, "El valor de educar", los entregué el primero. Ello me llevó a que del que más discrepara fuera conmigo; quién sabe, si porque dudaba de mi capacidad de trabajo.

Me podría decir que los otros me los copiaba, pero del de Savater, no podía decirme nada, pues estaba recién publicado. De todas maneras no se leyó mi trabajo hasta después de Navidades.

Exigía demasiado para su nivel, y claro, la gente le protestaba, y le gritaba y demás. Aquello me alucinaba, y veía, que allí, el profesor, no era el dios, y nosotros los mierdas "pringaos", a lo que tan acostumbrado estaba. Era una gran diferencia con mi carrera. Encima aquí, por ser rápido y trabajador, se me criticaba.

A don Fermín, le protestó casi toda la clase el que quisiese que hiciéramos un trabajo de investigación en un trimestre.

Al final fueron tantas las críticas hacia él, que tuvo que dejarlo, y evaluarnos con un examen y un pequeño trabajo.

La asistencia era fundamental en varias asignaturas. No se controlaba por medio de "pasar lista", sino firmando cada uno en unas hojas a tal efecto, con nuestro nombre y apellidos. Había algunos, entre ellos "Juanma", que estaban de acuerdo con otros para cuando no iban, les firmaran por ellos en su casilla correspondiente. Algunos le cogieron, pero otros no, y gracias a ello, era por lo que faltaba mucho, y encima no se preocupaba. No consideraba el método honesto, por lo que nunca lo hice. Las veces que falté, cargué con las consecuencias.

Igual que digo, que había gente a la que caía mal, a otros les caía bien (igual que ellos a mí, había una corriente de empatía recíproca). Lo que sí les molestaba, es que saliera tan pronto de los exámenes; algunos me decían, pero aguanta más. Mira a ver si sabes más. No comprendían que me desesperaba estar delante de un examen, haciendo el tonto o intentando copiarme, cosa que nunca pensé ni hice; aunque así ocurría con algunos

e-libro.net

y algunas. Si me refiero en femenino a veces, tanto a las profesoras, como al grupo de alumnas es debido, a que en ambos, había mayoría de mujeres.

Había incluso una catedrática, muy maja, que no se las daba en absoluto de super, como eran los míos. Recuerdo que esa, el primer día que nos dio clases, dijo que la disculparan, pero que estaba nerviosa, precisamente por eso, por ser el primer día de clase, y venía en el coche pensando precisamente qué nos diría.

Me extrañó que una catedrática no se hubiera preparado su puesta en escena desde mucho antes. Era profesora de Magisterio. Según me contó Control, las de magisterio, las cátedras, eran más fáciles de conseguir, y según parece cobraban menos. Lo que no quita, pera que tuviera su gran mérito. Era, podría decirlo, de las mejores profesoras que tuvimos. Las jóvenes, la que comenté, y otra que usaba el pelo enorme, eran algo batata, pero eso sí, con ganas. A medida que iban pasando las semanas (mejor los meses) se las veía vestir mejor, cortarse mejor el pelo, en fin se ponían más atractivas, y eso era de agradecer, al menos para el estamento masculino. Los profes, la verdad que Claudio me resultaba un chorizo guaperas presumido, pero en fin, se portaba bien con nosotros, seguro porque iba de suave, y de colega de los alumnos.

Entre otros cosas, no les interesaba, ponerse a mal con nosotros, pues era muy probable, que la mayoría de nosotros o acabáramos como ellos, o los rebasáramos.

El curso constaba como les conté, de seiscientas y pico horas, de las que de los primeros meses, se iban cumpliendo a rajatabla.

De profes, el más buena gente era Eduardo, y encima se veía que se preocupaba por los alumnos. Decía a veces…

—Porque la administración tiene sus propios policías…

Se refería a los inspectores. Él, ignoro el motivo, los odiaba.

Tenía ganas de preguntarle si cobraba más, por dar clases allí y en el instituto, pero la prudencia pudo más que mi “culichicheo”, vamos que mi curiosidad. Me gustaba oírlo hablar, contándonos anécdotas de clase. En una ocasión me dijo que se había ido del aula y les había dicho a sus alumnos:

—Me voy a la sala de profesores, y hasta que no se callen, no me vuelvan a llamar.

No pensé en preguntarle, a qué llamaba él, el que estuvieran hablando, a si era de estar de risas y fiestas como lo estuvieron mis alumnos “del Tomás”, o a qué; me quedé con esa duda.

Algunos profesores, sabían que yo había dado clases antes, y que no tenía muy buen recuerdo de esa experiencia. Lo que no les decía era que las necesidades económicas apretaban, y no tenía donde recurrir. Y sobre todo, necesitaba tiempo libre para escribir este libro, claro está, con algo de dinero. Mucho, si miran lo que hasta ese momento había yo ganado.

Me daba la impresión de que Eduardo estaba separado, y que era padre, aunque ahora malvivía en algún piso. No le pregunté acerca de esto, aunque tenía unas ganas locas.

Tenía una táctica, que empleó, la que me supongo que tenía aprendido y experimentado desde hacía tiempo, pues improvisar en todo, no sólo es difícil, sino además, retener lo que se dice a toda hora, lo es más. Supongo, al menos para mí lo es; consistió en que un día empezó con:

—Yo no soy físico.

Otro día largó un:

—Yo, no soy biólogo.

Tenía auténtico interés en preguntarle a qué se dedicaba, y por fin, el tercer día de clases dijo:

—Yo, soy químico.

“Menos mal”, me dije, bueno, al menos estudió sobre ello en su día. Intentaba llevarnos cada día una novedad.

Nos contó también, que él no había hecho, ni siquiera el CAP, pues se enfrentó con su monitor, y no lo terminó. Suponía que tenía las oposiciones sacadas.

Se veía que era de los que se preparaban las clases. Me gustaba asistir a estas; así como con las profesoras, de esa misma asignatura, no me gustaba nada.

Con la bióloga, hicimos un par de prácticas, y entre ellas, analizar un corazón. En esos temas, el que más empollado estaba era José Manuel; sin embargo, el que más hablaba con Eduardo era yo; me llevaba pocos años. Me extrañaba mucho que usara siempre camisas tan arrugadas, y tan poca variedad de ropa, pero debía ser que con su sueldo, no le alcanzaba para mucho.

Me enseñaba sus lápices, rotuladores, bolígrafos, etc., y me decía lo que yo ya sabía:

e-libro.net

—Estos son Antonio, mis herramientas de trabajo.

Recuerden que eso lo decía yo desde la carrera.

José Manuel quería que su madre se comprara un ordenador. Me resultaba increíble, que siendo una persona que a veces trabajaba y que si tanto le gustaba ese trasto, no se lo comprara él con su dinero.

Josema, cuando se enteró que yo tenía algunos títulos y diplomas me comentó por lo "bajini":

-¿Me puedes dejar tus diplomas para yo sacarles fotocopias?, que tengo una amiga en la escuela oficial de idiomas, que me los compulsa, gratis y falsificados.

Me dejó alucinado; "¿pero éste sabe lo que me está diciendo? Falsificar títulos, cosa de una ilegalidad absoluta". Me negué en redondo.

Sabía que tenía un libro inédito. Y él me contó que tenía artículos en revistas y libros publicados.

Con el tiempo me diría que algunos de esos libros, sólo tenían cincuenta páginas. No le dije cuantas tenía el mío, pero sí el que estaba haciendo, que ya iba por más de mil. No recuerdo cuantas llevaba por esa época.

Personalmente, me seguía cayendo bien, aunque Orlando decía de él, que era un parásito. Imagino, que a éste no le diría nada de las falsificaciones.

Le gustaba mucho las relaciones públicas, lo contrario que a mí. Quizás porque ya iba empezando a pensar en mi actual profesión, la de escritor, por la que paso días enteros y hasta semanas, sin casi relacionarme con personas.

A mi favor he de decir, que salvo en raras ocasiones, ya no caigo tan mal en la primera impresión, a las personas, como cuando era adolescente. Quizás porque mi imagen de drogadicto rebelde, ha cambiado a la de trabajador tranquilo y conforme con el mundo.

Conforme sí, pero conformista no, hay que hacer cosas, y "mover el trasero", lo pongo entre comillas, pues actualmente casi no lo nuevo.

El asistir al CCP, me obligaba a caminar por el Paseo de Chil, luego atravesar la Calle Curva, y antes de entrar a clases, tomarme un café, donde el dueño, me miraba con muy mala cara; pudiera ser, porque no era como los demás, que consumían grandes cantidades, con sus desayunos faraónicos. Yo, con el cortado y el vaso de agua, estaba servido.

¿Por qué escribo lo que escribo?, pues porque la gente, sobre todo mis familiares, me daban la impresión, que querían saber sobre mi vida. Como es poco atrayente para muchos, me dije: "Sé que nadie va a escribir sobre mí, y ¡¿porqué no lo hago yo?!" Y eso he hecho. Empecé dedicando muy pocas horas, a medida que pasa el tiempo y hablo con algunas personas, voy aumentando el tiempo de estudio, lectura y en definitiva, de trabajo.

En esos años, después de clase, estudiaba tres horas, una descansaba, y si había tiempo, aprovechaba otras tres. Todo porque había leído en algunos manuales, que esto era lo mejor.

Es vergonzoso querer hacer algo con tan poco tiempo. El máximo de horas de estudio que le dedicaba al CCP eran tres diarias; pocas veces algo más, a no ser que me viera forzado a ello por alguna causa.

En Tutoría, con Maca, hicimos un examen. Fui el primero en salir, casi a los pocos minutos de haber empezado éste. Me había salido más o menos bien, y estaba contento con él.

Resultado, no salí en las listas, según la profesora porque no entendía mi letra. Se lo fui a leer, y dijo para sí:

—Pues, está mejor de lo que pensaba.

Me reí para mí solo. Empezó a hacerme preguntas, hasta que no supe responder una, que no estaba dentro de las del examen, ni de las que debía saber. Resultado, me suspendió. Se la veía venir, desde el principio nos habíamos caído mal.

Estudié demasiado, para quien era la profesora, y le hice el examen cuándo y dónde ella quiso. Era el día último de clases antes de Navidad. Salí corriendo de la otra clase, para llegar a tiempo a su despacho.

Ella muy profesional, me preguntó:

-¿Estás nervioso?

-¡Fiuf!, sí, algo.

—Relájate, no te preocupes.

Soy tan tronco, que fui el único que suspendió. Al final, le hice a todo tren el examen, y lo acabé en unos diez minutos. Se lo leí, y me lo dio por aprobado.

—Pues gracias, adiós –le dije por cortesía, aunque me daban más ganas de mandarla a la M, que de otra cosa.

e-libro.net

—Felices fiestas, adiós.

—Gracias, igualmente.

—Ja, ja, ja –se rió al devolverle las felicitaciones, sin que sepa por qué.

Esas Navidades, Ana se iba a Tenerife, a pasarlas con su familia. Me recordó a mi época de estudiante, con la salvedad que ella trabajaba continuamente. Últimamente, como les conté, lo hacía de canguro, y a saber la pobre los mil y un apuros que pasaba.

Un día que empezamos a decir en clases en qué consistían nuestros desayunos, ella dijo:

—Pues, yo, ni cereales, ni galletas, ni pan, ni nada de eso, yo tomo leche con gofio.

Me hizo gracia, y con ello volví a recordar mi época de estudiante; pues sí, ya no era yo el paupérrimo. Había subido algún escalafón, insuficiente, para ser independiente, pero bastante, como para no estar ya entre los peores.

Aun así, el que más y el que menos, tenía su coche, su ordenador, etc.

Una vez estábamos los de ciencias y educación física, a los que a los efectos se tomaban como todos de ciencias, que no científicos, en un departamento, viendo un diccionario enciclopédico en el ordenador. Encontraba aquello sumamente insulso, a pesar de que parecía que mis compañeros disfrutaban con aquello. Al llegar la hora de concluir, no aguanté más y me fui. También se vino Ana, a la que le hice un comentario sobre el ordenador. Ella, pensaba igual que yo, que cuanto menos lo usara mejor. Hasta ese momento, sólo había tenido contactos con él en el trabajo, y me parecía ofender a mi ocio, el haberlo introducido en esos breves y escasos momentos, los que prefería dedicarlos a la lectura de algún buen libro. Era otra cosa en la que estábamos de acuerdo: “qué chica más simpática” me decía para mí.

Poco a poco le fui haciendo preguntas, cada vez más personales. No les engañaría diciéndoles, que muchas veces, me preparaba con anterioridad, lo que le iba a preguntarle al día siguiente. Gozaba con su conversación y de su presencia. No me hacía mucha gracia su forma de vestir, pero estaba claro, que vestía así por necesidad.

Un día, llevó a clase de Eduardo, unos dibujos que había hecho el curso anterior, y que le valieron la “matrícula”. “Esta chica vale”. Fueron del regocijo de todos. A mí, me parecieron algo infantiles, y cómo no iban a serlo, pues le llevaba más de diez años. Ella trabajaba, y yo estaba parado.

Eduardo, en una ocasión llevó un juego consistente en ensamblar unas figuras de cartón, lo realizaron entre Josema y Pedro, dieron con el truco rápidamente. No quise jugar por aquello de que los juegos de azar no son aconsejables, aunque eso no quita para que juegue a la lotería y demás, en ciertas ocasiones. “La suerte es loca”.

Tenía que hacer un módulo de un curso exclusivo para farmacéuticos, y aparte de eso, quería ponerme al día en algunas asignaturas, entre ellas sociología, cuyo profesor, nos había dado una serie de preguntas, a partir de las cuales, haría los exámenes. No me fiaba, me parecía eso facilitarnos demasiado las cosas.

Las fotocopias de unos y otros, se iban acumulando, y entre finales de enero y febrero, debíamos realizar los exámenes de todas las asignaturas restantes. Cuando llegó Navidad, me dediqué a estudiar sociología, y la verdad que la asignatura, no los apuntes del profe, sino las fotocopias de los ensayos de donde salían algunos temas, eran sumamente interesantes. Daba gusto leerlos. Muchos trataban de la cultura.

Estaba con uno de ellos medio trabado, intentando descubrir a qué se refería con lo de “rol”, cuando vino Tony a visitarme, y leyó una cosa, en esos apuntes, que me lo aclaró todo. Con esa palabra, rol, hubo un cierto choteo entre los amigos, sobre todo con Carlos Padrón, Tony y yo. Me creía, al haberme aclarado a mí el concepto con la definición, que él también lo tenía claro, pero no era así, al menos la forma de declinar la palabra. Concretamente, llamó a su plural “rols”, en lugar de roles, y a partir de ahí, fue el choteo padre.

Hoy, ya comprendido su significado, cuando menciono esta palabra, no puedo olvidarme de lo que pasó con dicha palabreja en esos días.

Con Tony, parecía que se iba fraguando una gran amistad, mientras que con el Lu, me iba distanciando más. No me divertía el beber y comer, no discuto, porque tuviera unas metas apremiantes, pero lo encontraba monótono, y que gastábamos demasiado. En particular yo, que solía invitar siempre a algo, pero a mí, poco me invitaban. Encima, mi casa, la de mi madre, era el sitio de reunión de todos, con el consiguiente gasto de agua, café, etc.

A veces, comprábamos pizzas o comida del chino, que si sobraba, les decía a ellos que se la llevaran. Tan sólo una o dos veces, pedí que si no les importaba que comieran de ellas mis hermanas. Dijeron que no, y es de

e-libro.net

agradecer. Pedíamos excesos de comida, y al final, a pesar de hartarnos de ella, solía sobrar, que ya digo, se la llevaban algunos de ellos.

Tampoco me estaban gustando esas reuniones de todos los amigos, aunque continuarían mucho tiempo más, haciéndose.

Si salíamos a la calle con el Lu, éste después de beber muchísimo, decía de pasar por la zona de las prostitutas, y eso hacía. Afortunadamente, yo ya no iba con ninguna; no discuto que quizás él se sintiera más solo que yo, por no quedarle en este mundo, más familiar que su tía doña Antonia. Y si era verdad lo que me dijo sobre su madre: que era familiar de Fidel Castro, me extrañaba que no se beneficiara algo de este parentesco; me parecía, a la vez, absurdo y loable, sí, algo digno de loa por su parte.

De todas maneras, es difícil olvidar a un amigo, que lo ha sido durante toda la vida, desde que éramos unos niños, hasta ahora.

Me enteré, que las veces que me hacía esperar tanto, y que yo suponía que estaba en clases, seguramente estaría trabajando de freganchín o de representante, y cuando ya fue mayor de edad, de chófer. Fueron varios los trabajos que desempeñó hasta sacar la plaza de celador. Algo, que él no sabe aún lo que tiene, conozco a gente con carreras, que desempeñan ese cargo, y encima no están garantizados de por vida. Tampoco digo que ese vaya a ser el futuro de ellos, pero el Lu cobraba, eso sí, trabajando varias horas al día, más de lo que yo ganaba. Y por supuesto, mucho más que en esos momentos, en los que no cobraba nada. En fin, yo me estaba formando para un futuro más agradable, veríamos si era cierto o no. Podría ganar, con poco trabajo, un cuarto quilo al mes. Pero ¿y los médicos, y demás farmacéuticos, ganaban más que yo, o menos?

Un colega mío, que conocí allí, en clase, se despidió de mí, diciendo que él no seguía estudiando, que estaba harto de seguir con los libros a cuestas. Hay que ver, cómo somos los humanos, y yo que estaba harto del trabajo que él empezaba a desempeñar, el de auxiliar de farmacia. ¡Perdón, perdón: facultativo de farmacia!, y encima se ganaba una cantidad que creía escasa.

Él no estaba muy enterado en cosas del medicamento, a pesar de haber trabajado anteriormente en un par de ellas en Madrid. En una se había dedicado a hacer gafas, y según me dijo, las que usaba, se las había hecho él. En otras farmacias, no me explico qué haría, para no saber lo más elemental del negocio, perdón, de un centro sanitario, de ese tipo.

En resumen, me despedí de él y de Nicolás quienes tampoco se quedaron a la chuletada organizada por los alumnos y entre ellos, principalmente Chema, para despedir las clases antes de Navidad. Tenía ganas de quedarme, más que nada para estar con Ana. Compraron unas golosinas y entremeses, y se los comieron allí, yo, Antonio Fijoleis, pensarán que ocupado donde los haya, no me quedé a ese simple, pero quizás no inofensivo guateque, al menos para mí, pues empezaba a plantearme, si realmente era un alcohólico abstemio, o un ex-bebedor social. No puedo decir las características de estos últimos, pues solo lo he oído nombrar, y que así llaman a una serie de personas que tienen problemas con la bebida. No obstante, de ello huyo siempre que puedo; de ellas, me atraen, aunque intento elegir bien, por lo pensado: “la que venga ahora es la definitiva”. De todas maneras, como no soy una persona pudiente, de seguro que ninguna querrá casarse conmigo, qué le voy a ofrecer ¿ilusiones?, ¿pero de comer, qué? Nada.

Dicen que con esto del paro, los hijos tardan más en independizarse, y tienen razón, yo me paso el tiempo estudiando y leyendo, y no levanto cabeza. Pero bueno, esas Navidades, tenía que resolver un módulo del “Plan Nacional”, adelantar las asignaturas, para llevar medianamente bien los exámenes, y escribir el libro, que ahora, sí parecía que iba cogiendo forma.

También saben, que estaba pendiente de la farmacia, y empezó a rumorearse que iban a otorgarlas por medio de baremos, en lo que puntuaban ciertas cosas, qué cosas, aún era temprano para saberlo.

Un día, pasé por Sanidad, y esto que les acabo de decir, me lo dijo Juanso (a quien fui a ver, al decirme Mabel -la bella secretaria-, que él estaba enterado), cuyo verdadero nombre era Juan de Dios.

—Así que cruza los dedos, para que no sean muy estrictos.

Me choca que él, con ese nombre, no me dijese que rezase, cuando era lo más adecuado para la ocasión. Su auténtico nombre, lo averigüé más tarde, pero se me había quedado grabado lo de “cruza los dedos”, frase que no me terminaba de convencer.

Tenía un despacho para él solo. “Esto es nivel”, me decía yo, cuando lo más que había tenido para mí era una mesa, y no siempre para papeleo, pues muchas veces, la llenaba de medicamentos para revisar y colocar.

e-libro.net

Pero bueno, eso fue un episodio pasajero. El día a día era que estaba estudiando, y me decía que sí, que iba a ser en ello el mejor, pero que aún así, era la última vez que me dedicaba a una cosa al margen de mi carrera y de la meta que me tenía planeada. Me resultaba, una pérdida de tiempo el verme allí, muchas veces.

Lo que más me extrañaba, era la cantidad de grupos que se formaban, para resolver cualquier cosa, se hacían siempre grupos.

Poco después, vería como efectivamente, la unión hace la fuerza, y lo que no sabe uno, otro sí. Nuestro papel en las aulas, era de entrada, saber qué conocimientos del tema tenían los alumnos, segundo, enfocar la Unidad Didáctica, de tal forma, que todos, desde el más capaz, hasta el menos, fueran evolucionando paulatinamente. Esto me extrañaba mucho, pues hasta ese momento, me basaba yo en la teoría de los promedios, o sea, que los extremos se "eliminan", en el buen sentido de la palabra, y con lo "normal" es con lo que se trabaja. Con esto me llamarán facha, pero, qué es mejor, hacer caso a dos o cuatro o intentar que el "grueso" consiga metas ideales y satisfactorias. ¿No es mejor que "el sobre", profundice él por su cuenta, y "al infra", ayudarlo, sí, pero no pretender que llegue a ser un Einstein? Quieren la integración, pero, lo que se va lograr, precisamente así, es hacer más caso a los que más les cuesta, mientras que a los que quieren superarse se les ignorare. Tal vez, ahora que lo pienso, tengan razón, ayudar al que le cuesta, y el que puede, que se busque la vida, que en definitiva eso es lo que quiere; sí, tienen razón, qué menos que todos absolutamente todos tengan un mínimo de cultura y conozcan los entresijos básicos de esta sociedad. ¡Ojo!, no hablo de gandules y vagos, sino disminuidos de algún tipo, que sean algo difíciles de tratar. A los vagos, yo les daría la opción de que aprendan unos objetivos mínimos, si no quieren aprovecharlos, que se saquen las oposiciones para barrendero, que no se crean, sé que es un trabajo sucio, y no digo que degradante, pero tengo oído que ganan más que lo que un servidor ganaba hasta hacía poco.

La verdad es que en este tema, soy el típico farmacéutico, pensando siempre en lo mismo, el dinero.

Ya me decía en una ocasión, mi buen amigo Benedicto, que los médicos, cuando se reunían hablaban de varias cosas, en cambio, los farmacéuticos, desde que hay dos o tres, no hablan más que siempre de lo mismo, el vil metal.

De esto no estaría tan seguro, a no ser que se tratara de funcionarios o estatutarios, que tienen un sueldo fijo del estado. De todas maneras, les gusta a la mayoría de los sanitarios tanto su trabajo, que se pluriemplean. No es éste mi caso.

Estaba próximo a cumplir los treinta y cinco cuando ese curso hacía, faltaba menos de un mes, y aun seguía siendo insolvente. Sí, me he dado cuenta que en ropa gasto, pero es en lo único que invierto algo de dinero, y cómo no, en libros, pero no en comida, coche nuevo, y menos en un piso.

Tomás, más joven que yo, y ya tenía un chalé en una zona residencial.

Les digo esto, para que vean, que algunas familias ayudan hoy, no mucho.

No he de decir esto, cuando sigo siendo un parásito de mi madre. Los colegas que me rodean, el que más o el que menos, está pagando su casa y mantiene una familia, yo, Antonio Fijoleis, a quienes muchos auguraban ser de los primeros en formar una familia, no tiene con qué subsistir. Si me pego lujos como ir a mi casa en taxi, en realidad así ahorro dinero, pues de ir caminado a mi casa, las camisas las sudaría y estropearía mucho, y lo que gasto en el taxi, unas trescientas pesetas al día, me lo ahorro en camisas.

Iba generalmente andando, y me daba sentimientos de vergüenza el ver que los que iban a pie, eran estudiantes jóvenes y gente poco pudiente. Ahora bien, prefiero eso, a ir en guagua, trasto lento, y de los que guardo mal recuerdo de mi adolescencia, y… Sin embargo, para trayectos largos, no me humilla el cogerlas, ni mucho menos. Voy seguro en ellas, y hasta contento de no ir con alguien a quien debo caer agradable, dar conversación, y aunque les parezca absurdo, hacer la pelota; esta serie de cosas, me repatean, por lo que prefiero o el "coche de San Fernando", o los taxis, para trayectos en la capital.

Sin embargo, veo lógico coger el metro en las grandes urbes. Transporte que hasta hoy, ha sido poco usual en mí, pues en las zonas en las que he vivido, no había.

Bueno, pero sobre esto, y sobre muchas otras cosas, saben ustedes más que un servidor.

Las Navidades pasaron sin pena ni gloria. Fuimos en principio el día que se celebró el Nacimiento de Cristo, a cenar a casa de Pine, en Arinaga. La cosa salió bien, y Quillo apuntó que para la próxima, también podía venir su familia y hacíamos una chuletada, o una sardinada, en el patio. Pine, al momento, le hizo cambiar de idea. Por mi parte, no me atraía verme con Mari y su esposo, en un día tan señalado. Aparte de eso, siempre he considerado, no por otra cosa, mas que por mi madre haberlo planteado siempre así, como una fiesta muy especial

e-libro.net

y familiar. No es que fuera siempre mi familia sola, pero a lo sumo, habían venido en otras ocasiones los amigos íntimos de mi madre, que en ocasiones, se habían casi convertido en algo de la familia.

Sí he notado, que las familias de los maridos de mis hermanas, son más reacios (quizás seamos nosotros los culpables, los Fijoleis) a unirse a la mía.

Puede ser que esto sea ley de vida, no digo que no; pero…, no sé. Se imaginarán lo que les voy a decir, que siempre hay que dejar una ventana abierta, un margen de error, por aquello de que puede haber de todo, y por qué no ser la excepción la mía.

Fueron emotivas, gocé con mi familia. A mi sobrino Alejandro, fruto de la unión de Quillo y Pino (me da que esto queda algo cursi y típico), se le iba empeorando el cuerpo, y lo llevamos al médico de urgencias. Era un sustituto tan novato, que incluso para ver que prescribía para las diarreas, tuvo que ir a consultar a la enfermera o a algún médico amigo por teléfono. Sinceramente, es una mala jugada estar un día de esos de guardia, pero el trabajo es el trabajo. Yo también, con los libros estuve dando caña algunas horas, y allí, en casa de mi hermana y su familia, estuve leyendo algo después de cenar. Encima, se sentía uno acompañado, sí, algo reconfortante. Lo mejor hubiera sido leer algo de religión, o la Biblia.

Según me dice Carlos Padrón, él no se reúne casi con su familia, o una de dos, o este celador, pasa mucho de ella, o a saber por qué. Según dice mi madre, son precisamente ellas, las madres, las que mantienen unida la familia; Carlos, no tiene padres desde muy joven, y eso le tendrá que haber dejado marcado, ¿y a quién no?

La que desde que se casó no viene nunca, sino que está con su marido, es Saso, que esos días, hacen unas extravagancias de aquí te espero. Se preparan unas comidas rarísimas (eso sí, de la “mayor” calidad), para esos días.

Afortunadamente, ya no me da por salir esos días, pues en la calle, se siente más soledad, que sentir a mi madre en algún cuarto de la casa, y yo haciendo cualquier cosa. Bueno, ahora al leer, le llaman cualquier cosa. Últimamente, a pesar de que a veces soy de la misma opinión, veo y principalmente a mi madre, que dice que el ser escritor, no es un trabajo; ¿entonces el estar tantas horas pegado a esta labor qué es? De acuerdo que disfruto mucho con los buenos libros, pero qué culpa tengo de que haya gente que no disfrute con lo que hace.

Quizás para valorar la vida hay que sufrir, tal cual he leído que lo dicen dos licenciados en medicina, que después han seguido distintos caminos, pero llevando altos sus estandartes, y tan alto, uno de ellos es D. Pedro Laín Entralgo.

Uno trata a los escritores españoles, de una forma rara, por ser eso, algo así como de la casa; pero, pregunto ahora, ¿serán reconocidos en el extranjero?, les veneran igual que nosotros veneramos a algunos de otros países. Espero que sí. Sin ir más lejos, aquí en España, tenemos al que fue genial Premio Nobel, D. Camilo José Cela, que es de suponer que tenga prestigio internacional. Aunque es posible que la senectud le haya dejado alguna huella. Últimamente, no sacaba libros con la resonancia de antes, a pesar de que sospecho, pues no he leído nada de él posterior al citado premio, que las últimas obras, no son todo lo excelsas que antaño lo fueron. No he leído, mas que algunos cientos de páginas de su obra.

Lo de mi sobrino se quitó con Loperamida, aunque eso no quitó para que mi hermana, seguramente cardíaca con su hijo, casi nos mandase por el risco hacia abajo, cuando nos llevaba en el coche al centro de salud.

Recuerdo, que en La Laguna, se ponían a criticar mis amigas (amigas por ser amigas de Águeda), lo mucho que se criticaba en los pueblos. “Si ellos que son de ciudad son criticones, no les digo nada en los pueblos”. Eso barruntaba en mi cerebro, y por lo tanto, a mi manera las criticaba, y encima este libro no es más que una crítica a lo que me rodea. Sí, aquello, era un pueblo, se mirase por donde se mirase, y no les digo nada lo vacío que se habrá quedado, al poner en esta isla una Universidad, que si no completa, cada vez van apareciendo más facultades. Por lo pronto sigue sin estar la de farmacia. No les digo nada si la ponen, la competencia que debe haber entre colegas de profesión, lógicamente a nosotros nos hará ponernos derechitos, en forma, que de seguro repercutirá en un mejor servicio al ciudadano, y el que sea un vago o haragán, allá él con sus consecuencias. Después de mi primer jefe, quizás atontado y engreído, por la avalancha de dinero fácil que tiene, ha tenido, y probablemente tendrá, he visto muy buenos profesionales, incluso, mayores que él en edad, que se mantienen en mucho mejor estado físico y mental.

En el fondo, soy consciente de que lo que siento por el señor C..., son celos y envidias, y no debiera ser así, pues fue el primero que me contrató, el que creyó en mí, y que encima me pagó más de lo acordado. Sentí, sí, resquemor por el dinero negro con que me pagaba; pero, según parece, es práctica común en esta profesión, quienes, por otra parte, seguro que ponen el grito en el cielo, cuando se enteran que otro ha robado. Aquí debo

e-libro.net

hacer un alto, y no es para menos, al acordarme, de aquel refrán que dice: “El ladrón piensa que todos son de su condición”. Y yo, que he sido ladrón, lo creía. Y esto es cierto con todas las letras. Seguro que al confesarme como tal, caerá la justicia sobre mí, y si hasta ahora he “contado” lo malo que he hecho, intentaré seguir diciéndolo en el futuro. Objetivo de esto, que al que pretenda hacer un negocio conmigo, sepa, que todas las irregularidades, las denunciaré en mis escritos, aunque ya digo, seguramente saldré pringado.

Me gustaría ser honrado, eso lo pretendo, pero lo que quiero decir, es que lo hubiera sido siempre. Pudiera ser, que haya tenido que haber tropezado muchas veces en la misma piedra para llegar a ello (si es que ahora soy, que no lo tengo tan claro).

Llegaron los reyes, y al igual que hacíamos desde hacía pocos años, fuimos a almorzar todos ese día fuera. Esto es algo casi imposible, y sumamente difícil de hacer en tales ocasiones, pero todo sea por agradar a mi madre, que encima de gastarse un montón de dinero en regalos para todos, paga todas las comilonas. Algo sinceramente abusivo. Reconozco que soy el que menos ha de hablar, pues vivo de gorra, pero qué le vamos a hacer; me dan ganas de no salir esos días, por varias causas: por lo excesivo de los gastos, lo mal que se come y lo mal servido que está uno, encima, los restaurantes están a tope, de bote en bote. Hay que esperar horas para conseguir mesa. En fin, un desastre. No puedo acertar a comprender, qué gusto le ven al comer de esa manera. Cuánto más fácil, y mucho más barato, comer todos en casa de mi madre, cualquier comida comprada ya hecha. Barato, más íntimo, menos molestias; y al final, a mí no me importa lo más mínimo, lavar los platos, todo lo contrario, me gusta hacerlo para la familia.

En fin, acabaron las Navidades, y de vuelta a clase. Mucha gente tenía ropa nueva, y entre ellos Ana, quién me contó que su padre le dijo:

—Vamos Ana, cómprate algo de ropa…

Y eso hizo la magnífica muchacha, pero bien por falta de costumbre, o bien porque lo comprase pensando en sus otras hermanas, lo cierto es que algunas de ellas, le quedaban fatal. Sobre todo unos pantalones que las chicas solían usar muy ceñido, ella los tenía flojísimos, y la encharcaban. Igual ocurría con algunas prendas, que no llegaban a adaptarse a su cuerpo. Si he de ser sincero, no me preocupaba mucho la forma de vestir de las chicas, salvo la de ella. Me estaba empezando a enamorar, no lo cuestiono, aunque en esos meses lo hacía.

Ahora venían los exámenes, y había que dejarse de milongas. Empezaba a estudiar bastante; en las que no era obligatorio el examen, había que entregar un trabajo, y los que no, cualquier cosa, algo que fuera trabajoso. Me asombraba, que la gente de letras, llevara tal ritmo que pudiera abarcar todo. Ahora que lo pienso, posiblemente, la mayoría de mis compañeros, no se leía ni la mitad de las lecturas que debía. El menda, no sólo se las leía, sino que a veces las releía.

Una vez, la catedrática, me preguntó, si cuando era adolescente se metían conmigo, y le contesté que sí, que lo hacían con mi nariz.

—Y sigues “trabado” con ello.

—No, no, que va.

Le sentó muy bien. Le debía decir que lo que me trababa, como a la gran mayoría de las personas era la barriga; antes, de adolescente, no tenía, pero lo que es ahora, me sobresale del pantalón, aunque últimamente, parece que controlo el peso algo más, a base ingerir litros y litros de agua.

Total, los exámenes, unos bien, y otros mejor. Seguía siendo de los primeros en salir, cosa que parece que no le gustaba a ningún profe. Supongo que dirán: “Este mucho dárselas, pero hace tiempo que no estudia nada, y se cree que con asistir es suficiente, seguro que no sabe nada; encima sale el primero del examen…” Pues no queridos profesores, si salía rápido es porque consideraba las preguntas relativamente sencillas, con poca picardía. Ahora no discuto que el que tuviera poca picardía fuese yo, por salir tan rápido de los exámenes; pero ¿me pueden decir qué haría yo una hora delante de los folios haciendo el tonto?

Los profesores justos, los aprobé, los otros los suspendí. Al final, tuve que repetir dos asignaturas; en una, responder todas las preguntas a máquina, y en otra hacer un trabajo; el segundo me lo copié todo de unos apuntes que me dejó Maru. El primero, lo resumí a partir de las lecturas de las fotocopias; sí, esto último nombrado era de la parte de D. Fermín Romero, quién estoy convencido de que lo suspendí por, levantarme pronto, igual que el de Maca. De todas maneras había una gran diferencia con esta última, él me caía bien, ella fatal. En fin, cuestión de caracteres. De Maca, prefiero no volver a hablar, pues no tiene remedio.

Otro de los que suspendí, y encima fui de los pocos que lo hicieron, se debía a que el gran grupo, o sea el grupo-clase, consiguió los exámenes tipo test que nos iban a poner. Yo llegué justo a clase poco antes de

e-libro.net

empezar el examen. Alma me dijo lo que había pasado. Me dio un examen para que lo viera. Apenas tuve tiempo de ojear unas tres o cuatro preguntas de las treinta a cincuenta que eran. Llegó la profesora y se lo devolví a Alma, chica que me caía especialmente bien, tenía cara de ser una excelente persona. Y lo era.

Se armó un ir y venir, un correr de sillas y unos murmullos tales, que me era imposible concentrarme en el examen.

Asombroso, salieron todos en un plis plas. Fui de los últimos. "¿Pero qué pasa hoy aquí?, esto es absurdo". No, no lo era. Las preguntas eran exactamente las mismas que salían en el examen. Pensé también que quizás fuese una huelga, por lo que tenía que hacer las preguntas rápidamente. No era huelga ni manifestación, ni paro, no, era el copieteo padre. Eso era un choteo, aunque en ese momento no pensé eso ni mucho menos. Estaba estresadísimo. "¡Corre, eres un inútil!", me parecía que debían pensar todos de mí, y quizás lo fuera.

En resumen, suspenso, cuando la mayoría de la clase aprobó.

El trabajo que me mandó a hacer por suspender, según parece, no estaba muy bien hecho, pues me puso sólo un aprobado. Si supiera que era un trabajo hecho por profesionales y trabajadores especialistas. Y, precisamente, sólo saqué un cinco; otros, por el tono cortante en que me lo dijo al llamarla por teléfono, seguro que sacaron buena nota.

Estos humanistas, son la caraba, ¿o quizás lo sea yo? Debe ser, pues para tener tanta diferencia con los otros, seguro que era porque algo andaba mal. La embarazada, no asistió a los exámenes, pues con el parto y demás, ya se imaginan. Era una mujer alta, y si se lavara más la coleta, adorno que cada vez parece menos usual en las mujeres, ignoro su motivo, estaría realmente hermosa. Lo era para mí.

Había una chica de La Aldea, que a principio de curso, se creyó que le había cogido el trasero, a partir de entonces guardó las distancias. Muy guapa se debía considerar, y no lo era. Iba los fines de semana a su casa. Algo inaudito, ¿ir con tanta frecuencia al culo del mundo? "Pero Fijoleis, ¿ya has olvidado lo que hacían los estudiantes en Santiago?" Sí, pero…

Una profesora, la catedrática, quizás porque nos cayésemos bien mutuamente, me mandó a buscar folios para el examen. Anduve bastantes pasillos, buscándolos, y al final conseguiría unos pocos cientos. Mentiría, si dijese que por mi altura, y por mi manera sería de vestir, no fuese ya conocido por varios en la facultad. Al final, los conseguí donde menos pensé, pocos, pero menos es nada.

Me fui pronto del examen, y la profe supuso que me había salido mal, al final aprobé. Sinceramente fueron pocos los que suspendieron; estos, fueron precisamente a algunos de los que cogió copiándose. Ardid, excluido de mi concepción de los exámenes; no puedo decir del estudio, pues algunos trabajos medio me los copié, y medio los creé, si uno puede crear algo.

Claudio, según parece, se quedó impresionado con mi trabajo. Deduzco que fui de los pocos que lo hicieron como él quería; por una sencilla razón, porque nadie le hizo caso cuando explicó la forma de hacerlo: la U.D. Las Palmas había ganado un partido y él lo había celebrado, y ahora estaba resacado y le era imposible imponer orden, aparte de eso la clase estaba más sublevada de los normal. Inconvenientes del alcohol, que aunque sigan sin creerlo, es una droga dura, muy fuerte.

De todas formas, no era corriente ver al personal borracho. Bueno, había uno de secretaría, que tenía algo pinta de serlo. Lo vi en unas cuantas ocasiones por la inmediaciones, y no me saludaba; yo me quedaba mirando para él, pero el susodicho, se hacía el sueco. Al principio creí que era porque no me conocía, por último advertí, que lo que ocurría es que pasaba mucho de mí. Tengo mis sospechas de que esas salidas eran para ir a beber.

En un par de ocasiones vi a Control, al que si me veía, lo saludaba, y si no me veía, no.

Muchos profesores, una vez pasado sus exámenes, seguían saludándonos alegremente. Realmente había gente muy maja, sí, muy "chachis".

A Ana la veía menos, pues no coincidíamos a la salida de los exámenes. Una vez pasado todo este mogollón, salí con ella y me dijo:

—Ya dejé a mi novio.

—Entonces, ¿ahora estás sola?

—Bueno, tengo un amigo, sólo un amigo.

Se me volvió a caer el cielo encima. "¡Siempre llego tarde!"

El examen de Atención a la Diversidad, mataeria magníficamente explicada por Rosa Marchena, tuvo lugar en un aula enorme y en otra parte de la facultad, a la que fui por primera vez. La profe nos hizo esperar un

e-libro.net

buen rato. Al examen estaba permitido llevar los apuntes. “Malo, malo”, pero no, no fue tan malo. Lo hice en unos diez minutos. Lo entregué y me dijo a mí y a toda la clase:

—Pónganse la nota que crean que deben tener.

Le puse un apto. Al verlo dijo en voz alta, para que sirviera para todos:

—No vale con apto o no apto, quiero notas con números.

Me puse un seis con cinco, era lo que encontraba justo por lo estudiado.

Eso fue lo que ella me puso. No estudié mucho, pues sus clases eran tan amenas, que casi todo se me quedaba grabado. Por lo que oí, no sólo a mí, sino a varios se les quedó grabado, entre ellos, una chica, que siguiendo el modelo y el caso dicho por la profesora:

—Porque una lleva el fin de semana a las hijas a Las Arenas a que jueguen en los parques...

Una cosa es que se tomen ejemplos de los superiores, y otra que se repita exactamente lo de ellos, como si fuera Palabra de Dios. Pues bien, eso que he escrito, lo había dicho exactamente Rosa Marchena, o simplemente Marchena, como había llamado un condiscípulo a dicha profesora, para evitar el tú y el usted.

Algunos la tuteaban como Chema, otros la trataban de usted, y yo, las pocas veces que la traté, lo hacía de forma impersonal, pues aunque era de una edad próxima a la mía, era mi profesora. Encima, nos conocíamos de antes, de la farmacia de mis tías. Me caía bien, pero era tan alta y grande, que la ropa que usaba, me parecía, que no le quedaba bien. El estilo en el vestir era raro entre los raros. Sí, serio, pero raro. Bueno, cada uno tiene sus propias maneras.

Las de Didácticas Específicas, la bióloga sobre todo, se le notaba a la legua, que no quería más que dinero y dinero, ¿para qué?, pues para consumir, ¿para qué?, para así ser feliz. Le ocurría todo lo contrario, cada vez que se la veía más amargada. Me tenía impresionado su forma de vestir, y más de una vez, deduje que su marido debía ser muy rico, y que ella, invertía todo su sueldo en ropa; otra cosa no me imagino, y lo que es robar allí, poco podía hacerlo.

Pedro, poco a poco se iba introduciendo en un mundo laboral menos penoso y menos agotador. Por mucho que los profesores digan que su trabajo es durísimo, y que es el sector donde más depresiones hay, más duro es trabajar la tierra.

Últimamente, me tenían tan quemado mis hermanas diciéndome lo duro que era su trabajo, y no el de la farmacia, que no crea preocupaciones ni estrés, y que no se tiene uno que llevar trabajo a su casa, que les dije ya harto:

—Sí, tienen razón…; ¡por cierto!, en una ocasión, casi mato a un niño chico por darle una medicina equivocada.

Parece que a partir de ahí, se han callado algo, no se les ve que digan que el ser farmacéutico es una chorrada. A parte de eso, ¿donde hay más fracaso escolar, entre los de ciencias o entre los de humanidades?, en proporción. Piensen, también, que a ciencias generalmente van los más estudiosos. ¿Qué es mayor bien para la humanidad, hacer un libro gracioso y agradable de leer, o descubrir un antibiótico? Reconozco que cada uno tiene su mérito, pero lo digo sobre todo por los personajes de “base”, y observando lo que vi en mi infructuosa carrera. Heningway era alcohólico y no le dijeron nada. Yo bebía algo, y por ello tenía a casi todos los profesores contra mí. La comparación es absurda, lo sé, pero se puede decir de estudiantes, a los que veía beber tanto o más que yo, y ellos aprobaban; a mí, me llegó a costar la cordura, como al buen Sr. Quijote. Se me secaron los sesos. Y sigo sin compararme, que este ejemplo viene a decir precisamente lo contrario de lo que decía, pues Cervantes, sí fue un gran humanista. No voy a decir maravillas de él, pues no conozco mucho y hace tiempo que no leo nada acerca suyo, pero deduzco que he leído de él (su obra) y sobre él (su persona) más que quizá alguno que hable sobre el tema.

Por supuesto, sé mucho menos que los entendidos en él y en ello.

A Ana la veía más distante, pudiera ser, porque ya se sentía libre, afectivamente hablando, y que yo pudiera ser un posible candidato. Cuando no había exámenes y coincidíamos para salir de clase, seguíamos haciéndolo juntos.

No me decidía a dar el pistoletazo. Era guapa, pero ¿servirá para ser mi futura esposa?, sí, ¿por qué no?; ¿seguro?, mira que no te vayas a equivocar…

Con estas y al igual que en tantas ocasiones, las indecisiones jugaban en mi contra. Una vez le acompañé a la fotocopiadora de la facultad, y en otra ocasión al bar. Fue un desastre. En ambos sitios me callé, y no le dije nada.

e-libro.net

Quién me veían, sobre todo un compañero en especial, me decía:

—Bien fuerte te ha cogido, para que tú la estés esperando.

Y tenía razón.

Las mañanas, muy tempranito, cruzaba en medio de las chabolas, por delante de casa del Lu y me iba a clase. El barrio estaba tranquilo, aunque se veía algunos trabajadores mañaneros viciosos, algunos vagos, y sobre todo drogadictos. ¿Quiénes si no iban a venir por aquí?

Alguna que otra vez vi de refilón alguna que otra chabola abierta. Se veían camas de cualquier forma, eso sí, con sábanas, colchas, mantas y edredones. Los pobres de hoy día, no son, ni mucho menos, igual que los "pintados" por Baroja en sus trilogías. Con algún drogadicto me llevo más o menos bien, aunque alguno, entre ellos Santi, se quedan mirando para mi cadena de oro, pensando que posiblemente con ella, tendrían para un "chute". De eso me percaté hace poco, y me dio gran desazón el pensar que incluso un amigo de toda la vida, pudiera sacarme una navaja para quitarme una cadena. No somos nadie. Pasaba rapidito y algo temeroso, pues las pintas no eran nada aconsejables a esas horas.

Solía ver a la tía del Lu que salía a tender la ropa a esas horas de la mañana. El sitio para que se secaran, era en medio de la tierra, al lado de su casa, pero a la intemperie. El Lu, en otras ocasiones me había dicho que le robaban la ropa.

En cierta ocasión, se fue a la península, aprovechando unas vacaciones, a Cantabria, a la casa de un amigo rico, o al menos por eso se hacía pasar. No fue esto lo raro, ni que me pidiera a mí mucha de mi ropa para el frío y para varias ocasiones. Fue él quien estrenó gran parte de mi ropa que tenía preparada para alguna ocasión especial. Se la dejé con gusto, pensando en que le hacían falta unas vacaciones. No me gustó tanto, que le cogiera el gusto al dinero y fuese de rico. Cuando regresó, no paró de decir lo maravilloso que era aquello, lo bien que se vivía allí, etc. Sí, se lo imaginarán, se había enamorado de la sirvienta de su amigo. Tenía un hijo pequeño. A mí fue al que más confesiones sobre su relación hizo, incluso así, lo mantenía en secreto. No se lo quería decir a Control, pues según el primero, el último lo largaba todo.

Seguro que a Armando le contaría muchas cosas. Lo que parecía imposible, se estaba empezando a fraguar, el Lu, que prácticamente no había salido de la isla, estaba pensando y arreglando el papeleo para marchar-se a casarse con la chica que conoció en una semana de vacaciones. No es que aquí él tuviera una buena casa, pero por ella no pagaba alquiler, y encima estaba pluriempleado. Lo que en cierta ocasión me dijo sobre que no quería hacer una carrera, para no perder sus actuales amigos, estaba, a punto de dejarlos, por lo que a todas luces podía parecer un amor de verano. Otra cosa era, que el Lu había ido de rico y con ricos, y pensaba que podría seguir ese ritmo de vida con un sueldo de celador, y encima pagar una casa. Por supuesto, no quería que ella siguiera trabajando de chica de hogar; ¿pero Lu, de qué quieres entonces que trabaje?, ¿de primera ministra?, ¿entonces de qué? Otra cosa es que él la mantuviese mientras estudiaba unas oposiciones, pero sospecho que ni a eso aspiraba. ¿Tendría razón Control al decir que la vida era muy dura? Un servidor, a pesar de pasar hambre y volverse loco, no lo cree tanto; quizás por ello, creo que la vida debe ser alegre, y cuando más nos empeñamos en que no lo sea, es cuando aparecen todos los problemas. Allí estaba yo, con casi medio año sin trabajar, y más feliz que Ricardito, estudiando para un futuro que esperaba que no fuese muy lejano. De todas maneras, de la esperan-za a la realidad, va un ligero trecho, aunque sólo sea por el número de años invertidos en esa espera, a que se materialicen las cosas.

Seguía amando a Ana en silencio. Mis amigos casi no sabían nada de ella, ni mi familia, bueno, para ser sinceros, yo tampoco, más que veía que era una buena chica, cosa más que suficiente para mí. Quizás no para ella, pues uno debe saber ganarse sus garbanzos, es posible que dijera.

Una vez, Chema se metió conmigo porque cogía taxis a diario. Cuando nos dejó, ella enfadada me dijo:

—No tienes por qué decir a nadie por qué haces una cosa o por qué dejas de hacerlo.

Más me extrañó su reacción que la pregunta de Josema. A él le gustaba mucho hacer vida social. Llegarían los carnavales, y yo los aproveché para leer, Josema, para enrollarse con mujeres, a pesar de tener una novia oficial, con quién de todas maneras, no estaba muy contento. Me contó sus aventuras en las fiestas, y ciertamente, no sentí ninguna nostalgia, pues estaba casi seguro, que más pura eran las relaciones con Ana, en la que no mediaban copas y demás, que las de sus conquistas.

Quizás Ana, fuese hasta el momento la chica de la que me había enamorado con mayor categoría intelectual. De la social, no lo sabía. Ninguno de los dos parecíamos dispuestos a hablar de nuestras familias, ella, según parece estaba totalmente independiente, yo era totalmente dependiente. Quizás por mi ropa, por los

e-libro.net

cortados y los taxis, creyera Ana que era de gente pudiente. Qué lejos estaba ella de sospechar la auténtica realidad. Hasta el momento, había malvivido, y aun así, gracias a mi madre. Encima, había sido un mal estudiante, por mi mala cabeza, y por qué no, también por mi mala fortuna. Otro gallo me hubiera cantado, si hubiese seguido de novio con Conchi, ella aquí, y yo allá, o con alguna chica que estudiase también farmacia y me hubiera espoleado a seguir luchando con tesón; no habría bebido tanto, pues cuando lo hacía, era por amargura, al verme incomprendido por los demás estudiantes del piso. O por qué no, que Águeda me hubiera dejado en verano del último año, y pudiera ser, que Arturo no la hubiese cogido conmigo. No discuto que él tuviese razón, pero de ahí a la forma en que me trató va un abismo. Si hubiera estado al principio de la separación, y mi madre no hubiese heredado un poco de dinero de sus padres, seguramente hubiese sido un camarero, o un pinche de cocina, o quizás un barrendero, cualquier cosa, menos un boticario. Con esta profesión, de la que solía pensar que me daría para vivir y fundar una familia, no ha sido así, y estaba empezando a ver, que sí, que trabajando nadie se hace rico; ricos se hacen sólo los que roban. Y a la vista de lo visto, quizás tengan razón.

"El Practicum", así se llamaba la parte en que teníamos que dar clases a los alumnos de los institutos, nos había tocado, a los de ciencias (Josema, Orlando, Macu y yo) en el Pérez Galdós, a los otros, los de Educación Física, en el Tomás Morales. La profesora, era Magüi, veterana entre los veteranos, que si no es por dinero, o por ganas de aprender, no veo el motivo que la impulsara a ser nuestra tutora. Estaba casada y tenía hijos en institutos. La primera entrevista con ella, nos dijo lo que esperaba de nosotros. No fue Josema, alegando cualquier cosa. Él lo podía hacer, pues tenía un don especial por el que se ganaba a la gente. Era un artista en las relaciones interpersonales, a pesar de que mis otros dos compañeros, lo criticaran de mala manera, delante mío.

Él, Josema, según me contó, solía ir a la biblioteca de Humanidades y leerse los "Muy", para estar al día en ciencias. Pues ya hacía más que un servidor, quién a lo sumo, leía alguna que otra revista que me llegaba especializada, en mi profesión.

Una vez realizados todos los exámenes, empezamos pues el Practicum, que así llamaban a las prácticas, y lo cierto es que ignoro el motivo.

Magüi, nos dijo que ella no solía faltar nunca a clase, lo que no era motivo, para tener que justificarse, por qué había faltado unos dos o tres meses, por una operación de nosequé.

Lógicamente, no lo mencionó más, lo dijo como algo de refilón, y empezó a dar sus clases, cerca de unas dos semanas antes de empezar nosotros las prácticas. Nos indicaron un día para que asistiéramos todos los que íbamos a ir a ese instituto. Cuando nos vimos allí, supuse que éramos todos los que íbamos a estar dando la tabarra por allí un tiempo. No fue así. Por ejemplo, Gabriel, y sus compañeros de Historia, no fueron, y supongo que igual harían algunos más. Santiago, en la presentación, le dijo a la directora, que él encontraba lógico que cada uno se presentara. Puede ser que le saliera el tiro por la culata, y lo que realmente quisiera decir, era que tenía dos carreras. Al final dijimos nuestro nombre de pila, y la rama que teníamos. Está claro que a la directora por un oído le entró y por el otro le salió.

Los de filosofía, muy farrucos, desde el primer día de clase, empezaron ellos mismos a explicar. Fue tal el disparate, que una de las colegas, dijo una palabra, que los alumnos le preguntaron qué significaba, y ella, intentando explicarla, se había pasado la hora. Efectivamente, tal cual sospeché, no sabía el significado de la palabra, que por otro lado no era tan difícil. Lo siento por ti, querido lector, pero la palabra exacta no la recuerdo, pero recuerdo que sabía su significado.

La chica, era muy mona, pero a la vista de lo ocurrido, decayó varios puntos.

Otros que de entrada se pusieron a dar clases, fueron los de historia, cuya profesora, que estaba haciendo sustituciones, se puso mala y no pudo asistir. O sea, que tendrían ellos que sacar las clases adelante, y seguramente al final tendrían sobresaliente o matrícula. Esto parece que no afectaba a mis compañeros. Algo que a mi me habría desajustado, ellos se lo tomaron con la mayor tranquilidad del mundo. "Esperemos que Magüi no nos falle", me decía para mí. Aunque, quién sabe si no sería mejor el tener que pasar ese obstáculo, que por otra parte casi nadie había aún pasado. Nosotros éramos la segunda generación en las islas que hacíamos este curso. La anterior, en su titulación, no llevaban más que apto o no apto, a nosotros, se nos pondría una nota, en función de a saber qué, pues yo creo que nadie sabía exactamente en qué consiste eso de la LOGSE. Algunos, ni siquiera saben lo que significan las siglas. Lógicamente me refiero a los de ese gremio, los enseñantes. Les parece raro, pues un servidor, cuando empezó con ello, se lo preguntó a un alto cargo de la administración educativa. Tampoco sabía su significado. Si eso era así, no les cuento nada de lo que ocurrirá en escalafones más abajo.

e-libro.net

Muy grave sería, que nuestros propios profesores, los que nos impartían clases, no supiesen el significado de las siglas, pero, seguro que la ley, no habrá ni uno que se la haya leído. Yo la fotocopié, pensando que lo haría, y años después, sigo sin encontrar tiempo para echarle un vistazo, y eso que aseguraría que sobre el tema fui uno de los que más leyó.

Al principio, la cosa parecía que iba a ser muy estricta, pero en eso, Orlando, que parecía tan trabajador, se hizo un cuadrante por medio del cual íbamos cada uno a la mitad de las clases, y la otra mitad, en teoría, estaríamos revisando el material. Eso hicimos, al menos al principio. Yo iba todos los días, aunque con el tiempo, uno porque mi madre tuvo un esguince, y otro porque yo me hice otro, total, que no iba a todas las horas. Quienes más iban eran mis otros compañeros, los de Ciencias del Mar, pues José Manuel, se operó de una fístula, y se pasó más de un mes sin ir por clase. Siendo que la operación no era urgente, y que se la hizo por gusto, me alucinó que se la hiciera en mitad del curso. "¿Por qué no se la hizo en verano?", me cuestionaba. Según me contó, pensaba que no tendría las complicaciones que tuvo.

Por humanismo, y por ser compañero, me preocupé de la evolución de sus dolencias. Lo que él me decía, se lo contaba a Magüi, quien no decía nada, no así mis otros compañeros.

Aquello era un desastre. La jefa de seminario, era la que más inestable tenía su puesto de trabajo, quién entre otras cosas se cargaba de trabajo, no sólo para que le mantuvieran la plaza, sino para que no le pasaran al turno de tarde. No tenía ni idea de por qué esa fobia a coger ese turno, cuando un servidor, ha tenido en él, mayores gratificaciones, y lo ha pasado mejor, tanto con los alumnos, como con los compañeros.

No estaba mal esa chica, tampoco muy bien. Eran pocos los que componían el equipo, y a unos les tiraban flores, mientras que a otros, los inestables, no se les decía nada; debía ser que por si se vieran perjudicados por algo, no tuvieran que ser respaldados por la persona que a ellos alabaron. También había una chica más o menos de mi edad, con la que ni ella quería tener tratos conmigo ni yo con ella. Sí me decía: "Para ser bióloga, lleva una buena carrera, ganando un buen sueldo, y casi fija". Un día me comentó si vivía por ciudad alta, pues en un par de ocasiones me había visto por el Barranquillo don Zoilo, cuando ella bajaba en la guagua. Le contesté afirmativamente, aunque no amplié más. Supuse, y bien supuesto, que ella buscaba algo más estable y seguro, que no a alguien que empezaba ahora a optar por un puesto del que ella, quizás, ya estaba hasta harta. Al menos eso pasó con mis hermanas. Eso sí, nadie se lanza a la aventura, a lo incierto, a eso de: "0 César o nada", cosa, que para ser sinceros, yo tampoco hago, pues verán que aunque escribo, intento cubrirme las espaldas con algo. Sí, minucias, pero qué le vamos a hacer.

Total, que quizás estas hojas no lleguen a publicarse, y al ritmo que llevo, quizás ni se mecanografíen. ¿Con qué dinero?, esto para empezar. Y para terminar: ¿Con qué dinero?

Verán que es la misma cantinela de siempre. Parecía que no había posibilidades de ver más a Ana al menos hasta empezar la tercera parte. Iba un poco sin rumbo, preparándome las clases, que por fin, iba a dar algunas en segundo de bachillerato, donde encima, estaba el número uno del instituto. Y, por si fuera poco, me dan a elegir entre qué aparato del cuerpo humano quiero explicar, y viendo, que casi ninguno domino, no se me ocurre otra cosa que escoger el sistema nervioso, más que nada por aquello de más vale malo conocido que bueno por conocer.

El circulatorio, me resultaba dificilísimo, a la vista de lo explicado en las clases, y lo escogió antes de yo elegir Chema; seguro que él lo dominaba, pues en las operaciones a animales, deduzco, que ese sistema, debe ser muy importante.

Sus clases fueron la mar de amenas. En segundo, se veía a los alumnos que disfrutaban con ellas. "Pero qué don de gentes, qué saber estar, cómo llega a los chicos", en resumen, me resultaba un profesor genial, y por supuesto un sujeto fenomenal.

Esto me oprimía al pensar cómo daría yo las clases. Por fortuna él no estuvo, pues estaba de baja tal como les he comentado, cuando me tocó darlas.

Magüi, los primeros días me felicitaba. No sabía cómo empezarlas, por lo que les fotocopié dos prospectos de fármacos, uno de Valeriana®, y otro de Orfidal®.

Les hice ver diferencias, semejanzas, ventajas, inconvenientes, etc. La moraleja, era que si alguna vez se veían necesitados de usar alguno, y sin prescripción médica, se decantaran por la valeriana. Está claro que por mi actitud y estilo, ninguno se decantaría a hacer farmacia. Yo, aunque tarde, lo voy a decir, estoy orgulloso de ser un boticario. Un boticario sin más, pero que le ha costado mucho ser lo poco que es, y que por ello está orgulloso de serlo, aunque a veces sea un poco cabeza loca.

e-libro.net

En la clase, había hijos de profesores (uno que usaba pelo largo y coleta, era hijo de una que nos daba clase, la bióloga, la consumista-materialista), otra, era la hija de un político alto, que no tenía lo que se dice mucha vergüenza. Llevaba un top con el que iba enseñando la barriga, que ciertamente era bastante prominente. Me decía: “Unas, se acomplejan siendo más flacas, y a esta chica, le importa un rábano enseñar las chichas. Cosas de jóvenes”.

Al final de la clase, estaban los que no se enteraban de nada, pero afortunadamente abundaban los buenos chicos. Les hice una serie de preguntas, a desarrollar, que no dio tiempo a resolverlas, por lo que se las llevaron para seguir contestando las preguntas en sus casas.

También les di una serie de preguntas, que tendrían que tener presentes a la largo de la exposición del tema por mi parte. De ellas saldrían las del examen. Se los hice lo más fácil que pude, aunque con rigor técnico.

Mi intención, a la vista de mis antiguas experiencias, era dejarles claro las bases de este sistema, el nervioso. No pretendía que se aprendieran cosas farragosas, que de volverlas a estudiar, no las recordarían y seguro que ni las entenderían aunque se las hubiese explicado, aunque claro, estaba la pregunta para nota.

Magüi me decía que iba bien. Creo que las partes de la neurona y su funcionamiento, quedó claro, que en definitiva era lo que pretendía. El número uno, parecía un buen chico, y una cosa que me asombró comparándolo con chicos de otros cursos, aséptico. La gente de esa clase, eran casi todos los más limpios, salvo alguna, entre la que estaba una chiquita que le gustaba a Josema. A mí me gustaba una, pero me lo callé: “En la olla no metas la...”

Intenté no ser un cabrón, estimulando a los más lentos en el aprendizaje, y pretendiendo que los mejores, ansiaran más notas.

El número uno, me atacó a la salida de una clase, con unas preguntas; “pero que chico tan simpático es éste”. No solo eso, sino que después, en el examen, sacó la mejor nota, todo perfecto, salvo la última palabra de todo el examen. Algo se le truncó. Empecé con mi manía de averiguar el futuro, y le vaticiné grandes éxitos, salvo al final de su vida. Ojalá así sea, por siempre, y no decaiga ni desfallezca. Por primera vez en mi vida iba a poner una matrícula de honor, se la merecía, pero nuestra tutora, me dijo que no. Le puse un sobresaliente alto.

La chica que me gustaba, sin yo saberlo, la había suspendido, y todo por estudiar por otro libro distinto al resto de sus compañeros. Los conceptos, la base, estaba algo floja. Me di cuenta al leer: “los centro nerviosos”, cuando esos centros tienen sus nombre. Me enteré de quién era cuando le volví a corregir el examen a instancias de Magüi. No le guardaba en absoluto ningún tipo de ojeriza, todo lo contrario, quería que todos aprobasen, y a ser posible con un mínimo de notable, que es lo que le puse al final a la chica, aunque pensé en ponerle sobresaliente para compensar el mal trago que le hice pasar sin querer, pero la profe dijo que no, que le pusiera notable. Intuyo que Magüi no es partidaria de dar buenas notas hasta el final.

Por desgracia suspendieron algunos, pocos, pero algunos. Eso no debía ser así.

Los de las últimas filas, se entretenían sacando grandes dibujos de programas de ordenador. Uno de ellos, respondió una pregunta seguro que a partir de una enciclopedia. “Uf, fuerte rollo más raro, pero sí, estaba bien”, al final le di por válida la respuesta.

Los chicos me parecieron fenomenal, y en parte, le perdí algo el miedo al último curso, y deduje, que luchadores pasotas como uno había sido, no eran todos. Y golfos iguales a los que estudiaron conmigo, también habían pocos.

En resumidas cuentas, todo fantástico, estaba contento con las nuevas generaciones.

Orlando me dejó asombrado de sus conocimientos sobre ciencias de la naturaleza, y de las islas, algo tremendo; era una enciclopedia andante, según le definí en la memoria final. Esta memoria era lo que más me atragantaba. Magüi nos dejó una para que nos sirviera de guía.

También di clases a tercero de la ESO, donde usé las técnicas de grupo. A Magüi le asombró lo bien que me las tenía preparadas. Las empleé en dos cursos, en uno fue todo muy rápido, y no se les avisó sobre la fecha del examen. Al otro sí, encima a este último se les dio más tiempo para comprender y retener los conceptos, que era lo que yo pensaba hacer en los dos cursos. En definitiva, a los pasotas los estimulé, muy malamente por cierto, en lo que vi que eran sus aptitudes como el dibujo o lo que fuera, e intenté imbuirles el espíritu del amor al trabajo. Cosa que supongo que sea imposible en un par de días, al menos para mí.

Una chica de la ESO en uno de los primeros días en que iba de observador, de repente, me preguntó sobre los anticonceptivos.

—Eso mejor es que te vayas a informar a planificación familiar.

e-libro.net

Le respondí, acordándome de lo que me había dicho Águeda que había hecho, al principio de nuestras relaciones.

"¡Guau!, qué pronto empiezan ahora". Descubrí ya haciéndose real lo que sospechaba por haberlo oído. Yo, que soy un sanitario, no me debía sorprender eso, sin embargo, sí me sorprendió.

Íbamos casi todos los días a tomar un cortado a la hora del "recreo". Generalmente invitaba yo. Josema, sólo iría unos diez días por las prácticas. Al final también aprobó.

Tuve que, como don Fermín lo llamó: "ir a defender el examen", pues lo había suspendido. Fue más los nervios que lo que costó aprobarlo. Entré, de entre unos diez, el primero. Resultado: aprobado. Me daba igual que fuera un cinco pelado, pero al fin, tenía la primera parte, que no sabía por qué, consideraba que sería la más dura, aprobada.

A los chicos, a la mayoría aprobé. Uno de los que suspendió de la ESO había tenido algunos intentos de suicidio, por desgracia, no me aprendí su nombre para aprobarlo sin más, suponiendo que su pensamiento de suicidarse se debiera al fracaso escolar.

Me preguntó por la recuperación y le contesté:

—No te preocupes, esto es simplemente una nota más, que poco va a influir al final.

-¡Vaya, hombre!, encima que es de los pocos que apruebo, y no sirve para el final –me contestó una chica que estaba escuchándonos.

Le sonreí, y di por zanjado el tema.

Los trabajos de grupos, los hice lo mejor que pude, y parece que a Magüi le gustó lo bien preparado que lo llevaba. El material que les di para que ellos trabajaran, previamente, me lo había estudiado yo hasta la desesperación, una auténtica barbaridad, incluso, mirando en el diccionario palabras que no entendía o en las que tenía ciertas dudas; sobre estas últimas, incluso las suprimía de la fotocopia, no fuera a pasarme lo que a la filósofa, quien seguro que por dárselas de culta, metió la pata.

También, hicimos una tutoría. Me asombró la desfachatez de mis compañeros, que sin prepararse el tema, se pusieran a hablar y hablar de él. Sé que más que yo sabían pues era un tema de actualidad, pero me pareció poco serio el que todo lo dejaran a merced de la improvisación. Se lo hice ver a nuestra tutora en la memoria final. Yo no me porté muy correctamente, sino demasiado serio, cual si estuviese cabreado. Realmente lo que estaba era estresado, nervioso, incómodo, y así no pueden salir bien las cosas, a pesar de que aquel compañero en las prácticas de "Para" de quinto dijera aquello de:

—Pues yo, hago mejor las cosas con un poco de nervios.

Saben ya los funestos efectos que estas palabras tuvieron sobre mí.

En un par de ocasiones, hice algún comentario sobre mi madre, que estaba enferma y demás. De lo de los pulmones, por fortuna estaba recuperada, ahora quedaban unos problemillas que le surgieron a raíz del esguince. El mío me lo hice cierto día, paseando al perro por la noche, por unas montañas, se me torció el pie y casi no puedo llegar a mi casa. El perro ni se inmutó, "está bueno para ser transmisor de alguna desgracia que me ocurriera, no se enteraría de lo que debería hacer…"

Tuve que ir al día siguiente a la salida de clase al médico; me atendieron en urgencias, una doctora que ni siquiera me tocó la pierna, mas que con unos lápices.

—No creo que haya nada roto, así que mejor es que te pongas abajo una venda.

Bajé y el practicante me puso un tensoplast, con una venda de hilo por debajo, y me dijo:

—Aunque esto no se debe hacer, es preferible para a la hora de quitar la venda, no te duela tanto.

Le comenté las paradojas de la vida:

—Hay que ver, soy farmacéutico especialista en ortopedia, y ni esto sé tratar.

—Ah, ¿tú eres farmacéutico?

—Sí, lo soy.

—Pues no lo sabía.

Me conocía de la farmacia, y pensaba que era un empleado, que lo era. Lo que son las cosas. Seguramente será que no tengo el carisma típico de un boticario, si es que estos lo tienen.

A Magüi le comenté días después lo que me había pasado. No me dijo nada.

Cuando Chema llegó a clase, me enteré que la madre de Magüi se había muerto hacía poco.

-¿Cómo?

—Sí, que se murió el…

e-libro.net

Fui enseguida a la clase donde ella debía impartir las lecciones (perdón, las unidades didácticas), y la esperé. Cuando me vio, sonrió.

—Magüi, que no me había enterado de lo de tu madre, me enteré ahora. Lo siento.

—Son cosas que tienen que pasar –dijo bajando la cabeza.

—Lo siento…

Y me fui. Empecé a comprender, por qué a veces me parecía que se le inundaba la cara de tristeza, y parecía que iba a ponerse a llorar. Antes de saberlo, la encontraba sumamente humana, que al ver el fracaso escolar, le dolía muchísimo y sufría con ello. No era precisamente por eso.

Tenía un pronto Magüi genial; siempre que le veía a uno, ponía cara de fiesta, magnífico, aunque luego, quizás por ver mi absurda cara seria, no seguía de bromas.

Me habló de Vicente, mi amigo el farmacéutico, según contaba, este no estaba adaptado a las clases, y no hacía mucho había pedido unas cuantas semanas de permiso para irse a Cuba. No dijo ella, que se fuera tras una chica, pero si no es así, ¿a cuento de qué se fue tanto tiempo a Cuba, a conspirar?, lo dudo del bueno de Vicente.

Lo que son las cosas, terminó más tarde que yo, y ya estaba trabajando en un par de sitios. Yo mientras, intentaba optar por uno de sus puestos de trabajo, que tan difícil me parecían de conseguir. Por no meter la pata, no le pregunté a Magüi si tenía las oposiciones sacadas, pero supuse que sí, al pedir tantos días de permiso para un viaje.

No tenía prisa por ponerme a trabajar, pues para finalizar el curso me quedaba dinero, aunque viviendo con lo mínimo.

Había un profesor, que fumaba a todo poder y parecía una calamidad de persona, estresadísimo por las clases. Nunca había visto a una persona que se dominara tan poco. Qué quería, tenía un buen trabajo, y…, bueno yo no debe hablar, pues se me habían hecho cuesta arriba las explicaciones para COU.

Ahora con los módulos de la antigua Formación Profesional, no tendría que haber prisas por tener que dar conocimientos mínimos en función de la selectividad, con lo que suponía que se harían más fáciles las clases.

Fui un par de días, a las evaluaciones de los chicos; lógicamente, las hora a las que iba Magüi. Hay que ver, los más jóvenes eran los que más tontos se ponían y exigían a los adolescentes. Sin embargo había un profesor que me caía fenómeno, y encima aprobaba a todo el mundo. Enhorabuena.

Los jóvenes en cambio eran los que más suspendía. En especial recuerdo uno que se las daba de guapo y joven, que mejor le vendría una buena ducha y un afeitado, y que se lavara la ropa. Francamente, me pareció un estúpido.

Hablé en una ocasión con uno que había estudiado en casa de León, había empezado a estudiar biología, luego se pasó a matemáticas, las aprobó, sacó las oposiciones, y allí estaba con más de catorce años dando clase. Le comenté mi vida y mis títulos, y se me puso, no recuerdo a cuento de qué, a hablarme del ordenador.

—No, yo no tengo…

-¡Pero tan científico como eres y no tienes un ordenador!

—No…

Siguió la conversación, hasta que nos fuimos a la evaluación, vestía él fatal, de vaqueros desteñidos, y con camiseta igual de estropeada. “No puede ser que esté tan mal de dinero –me decía-, seguro que está pagando algo, o quizás le guste vestir así”. No me lo explicaba.

Angie, le llaman; debe ser que su nombre era Ángel y que no estaba muy satisfecho con él.

Empezando por mi familia, y siguiendo con mis amigos, cada vez veo que no consideran el estudio y la escritura como un trabajo, y eso que sospecho, que a ambos, les dedico más tiempo que ellos a su trabajo. Y ¡cómo no!, que tengo más despiertos los sentidos en lo que hago, que ellos en sus respectivos curros. Sí, me dirán, “¡ah!, la experiencia…”, en fin, de esto ya hemos hablado en otras ocasiones.

También fui a un claustro de profesores; no sabía cómo eran, pues nunca había ido a ninguno. Se hablaron de una serie de problemas en los que habían intervenido incluso la prensa. Según parece por abuso de poder de un profesor.

Fue un representante de la administración al claustro, al cual, lo zarandearon todo lo que pudieron. Me parecía una buena persona; a la hora en punto, tomó las de Villadiego.

Magüi llegó tarde, intervino, y se fue antes de acabar. “¿Quién tuviera su dominio…?”, pensaba yo. Pudiera ser, pensando mal, que interviniese para que constara que ella estaba allí. Cosa rara, pero allí todos se

e-libro.net

trataban unos a otros de tú. El mayor problema de todos, según parecía, era la falta de respeto y orden en presencia de la autoridad, perdón, el profesor.

Lo que son las cosas, de adolescente me decía: “De profesor ni de coña, son unos muertos de hambre”, etc., sin embargo, años después de trabajar, pensaba que era un chollo ser profesor. Hasta el momento, en nada había triunfado; veía a los demás triunfar, y yo, parecía estar estancado siempre en el mismo sitio.

Incluso, había gente que trabajaba y estudiaba. A mí, se me iba el tiempo en escribir y leer. ¿Iba bien encaminada mi vida así; por qué derroteros iría a parar? ¿Y si no conseguía publicar el libro?, ¿y a quién recurriría para que me lo publicara?, estos y otros muchos asuntos me cuestionaba, y mientras, parecía se me iba el tiempo sin aprovecharlo en nada.

Orlando, un día, cuando íbamos a tomarnos el café, comentó acerca de Ana, que era una chica que estaba muy bien, y otras cosas sobre ella. Me puse celoso. “Y tu amiga Macu que le parta un rayo”, barruntaba para mí, desde luego, la doctora no me gustaba nada en absoluto, su piel no me atraía lo más mínimo. Sí, algo de playa no le vendría nada mal. Ella debería pensar igual con respecto a mí. Algún viernes, salíamos juntos y antes del final de la jornada, entoces los invitaba a café; Orlando no acostumbraba a tomarlo. Me fastidiaba un poco cuando se ponía ella a desayunar a mi costa. Realmente era el tonto del pueblo; espero que cuando se vean con algo de dinero, hagan lo mismo con los pobres estudiantes, que siempre andan, andamos, a la última.

Yo, invariablemente, pedía cortado y agua. Macu, alguna vez iba a un bar, por la mañana a desayunar, según parece se pegaba unos desayunos de espanto, por lo que dejó traslucir la dueña del bar. Además, ese bar, era el más caro de la zona. Qué manía tiene la gente de ir a los sitios más caros, y que no era precisamente el más limpio, dejaba mucho que desear. Es raro, siendo un sitio tan céntrico y concurrido.

Algunas veces vimos a Ana y sus compañeros; estaba haciendo calor, y los educadores físicos (¿se llaman así, no?) iban en pantalón corto de gimnasia. Ana estaba realmente guapísima con la ropa de deporte, en general estaban físicamente fetén. Ahora, encima, tenía otro competidor, Orlando. Siempre estaban todos hablando de clases y demás; no me sentía integrado en el grupo. Josema, en cambio, cuando empezó a ir a clase, enseguida se hizo el amigo de todos. Sinceramente, de los del grupo, él me pareció el más inteligente, y con gran don de gentes. Era un hombre de mundo, y en vacaciones aprovechaba para viajar o ir de fiesta.

Una de las veces que le llamé por teléfono a su casa, me salió supongo que la hermana, y me dijo:

—El se fue a pasear al perro.

-¡Ah!, ¿vendrá entonces pronto?

—No creo porque iba a correr por la avenida.

Creí que iría por la Avenida Marítima. No supuse que fuera por la Avenida de Las Canteras, que es lo más probable, pues es la que más cerca de su casa está.

Un día, mejor en un par de ocasiones, vi a Feluco que seguía dando clases de matemáticas en un instituto.

Le conté lo que estaba haciendo, y le cambió el semblante. Se volvió hosco, tal como si fuera un apestado por no trabajar. Él que era un privilegiado, que manejaba algo de dinero, y que vivía con su padre, pues la madre había muerto, por lo que gastaría poco en la casa, no me invitó en ninguna ocasión. Yo sí, y eso que los desayunos de él eran tremendamente opíparos; esto le extrañó tanto, que cuando se enteró que le había invitado, fue rápidamente a buscarme a la calle y a darme las gracias.

—De nada hombre, no es para tanto.

Sentí lástima por él, pues deduje que nadie le invitaba, quizás fuera un amargado y un huraño que no compartía nada. Me dejó, les digo, alucinado.

En mi casa, mi madre me dice que soy yo el huraño, pero, cuando uno va al mundo (como lo llama Tomás), realmente, a veces se queda uno asqueado de él.

Según he leído del señor Gates, él cuenta que ha aprendido más a través de los libros que en los viajes; pero me pregunto yo, ¿y no se vivirá más a través de la tele que en los libros y los viajes? Lo digo porque en un poco rato, la tele, hace ver a uno la historia de cualquiera en menos que canta un gallo. Que la lectura da más imaginación, dicen algunos. Pero ¿y qué es la imaginación, los que ven la tele no la tienen?, yo supongo que todos tenemos, pues si no, a ver dónde queda la duda de Descartes: “Pienso, luego existo”, o sea que todos los que existimos pensamos, y si pensamos lo hacemos imaginando cosas, ¿o no?

A mí me da, que para lo que sirven las novelas, a las que soy tan adicto, es para aprender ciertas técnicas de escribir y demás. En este curso, pude observar, que efectivamente, la gente lee poco, incluso, la mayoría de los

e-libro.net

que allí estábamos, que en teoría éramos la intelectualidad, se pasan más tiempo tomando café y charlando, que dedicados a la materia en cuestión. Hasta en los trabajos de grupos, algunos se pasan más tiempo hablando de unos y otros, que dedicados al trabajo, y eso que eran jóvenes, y se suponía que debían tener más ímpetu, pero no, hay pocas ganas de trabajar, pero eso sí, aparentar mucho. Puede ser que yo siga haciendo todo al revés, o sea que soy un estudiante nato, aunque de idea de lo contrario.

Con Ana casi no hablaba, no por nada, sino porque nunca la encontraba a solas.

El día que fue Chema a clase después de la operación, lo vimos en la cafetería de la facultad. Iba cojo, fatal. Los demás se fueron, y yo me quedé con el, caminando poco a poco, él apoyado en mi hombro, a modo de bastón. La gente se nos quedaba mirando. Yo sentí pudor y le dije:

—Chema, ¿no crees que parecemos dos mariquitas que buscan una justificación para ir agarrados?

Algo se molestó pero al fin fue sin apoyarse. Pidió disculpas a Magüi por su falta, y prometió que iría los últimos días a dar sus clases de la ESO, y a poner los exámenes. Eso dijo y lo cumplió.

Es tan simpático, que Magüi le alentó a la salida de una clase:

—Seguro que si algún día vas de juerga, por tu forma de ser, no se notaría nada.

Y así era. La clase del día siguiente fue peor, ¿motivo?, que se fue de juerga por la noche, con lo que deduzco que su carácter es fruto de la inteligencia, y no del pasotismo, aunque él de a entender que es un pasota.

Cuando era adolescente, vestía punk, y me enseñó una foto de un periódico donde salía él. Yo le conté también que aunque no lo pareciese, antes iba de pasota. No le fije que realmente iba de drogadicto, y que lo era; él en cambio, parecía con el alcohol más moderado que cuando yo bebía.

Quizás, pueda parecerles, a lo largo de estas líneas, derrotista, depresivo, y es raro, pues a los que me rodean, intento animar e irles con buenas intenciones, también intento dar buenas vibraciones. Puede ser que en mis obligaciones no lo parezca, pero lo intento.

Chema, se asombraba por tanto que yo leía, hasta el punto, de no acostumbrar a quedarme reunido con los compañeros a las salidas de las clases.

Con Macu y Orlando, alguna vez me quedaba un ratito. Una de las veces nos reímos y pasamos un buen rato, hasta el punto, que Macu, me dijo cuando me iba:

-¿Pero adónde vas, sigue aquí con nosotros…?

Le dejé con el que parecía siempre que iba de super: Orlando, quien no obstante, confesaba, que este último año, seguro que debido al ordenador, notaba que su mente, había cambiado, no lo dijo, pero lo dio a entender, que intelectualmente iba perdiendo facultades. Incluso así, se veía que iba a ser un buen profesor.

Nos preparábamos en el seminario lo que sería la memoria del prácticum. Todo aquello, una de dos, o me estresaba muchísimo, o lo consideraba un choteo absoluto; uno días me parecía una cosa y otros otra.

No sabía por qué lado decantarme. Al final, ni por uno ni por el otro. No tenía ordenador, por lo que no podía ser tan virguero ni presentar los trabajos tan curiosos como los demás, pero hice lo que podía. Sí vi, que yo era de los pocos que cogían apuntes de las contestaciones de los alumnos, sus intervenciones y demás. Quizá, el farmacéutico, intentaba captar el lado más humano de los mocetones.

Había uno, de la ESO, que destacaba mucho. Siempre estaba rodeado de chicas, y usaba el pelo larguísimo, en plan cantante roquero. “¿Pero dónde vas tú tan pasado de moda?”, me reía del joven al verle con esa pinta. No era un genio, pero no era un mal estudiante. Era trabajadorcillo. No era de los rebeldes y conflictivos, a quienes no sabía uno como tratarlos. ¿Será difícil ese trabajo?, el enfrentarse con esos imberbes, ¿cómo saldrá cada uno?, ¿la clase siguiente, se revelarán, sí, no?

Al final, llegó la hora de terminar. Le enseñé la memoria a Magüi y en un aparte, en el mismo seminario, me largó:

—Me gustó mucho, si yo tuviera que puntuarte, la puntuaba más que la de Octavio. Me gustó mucho tu estilo.

Estos halagos, me extrañaron. “¿Tan bien estaba hecha, si es la primera vez que hago una? Pues es de agradecer, sí señor”. En cambio, a la hora de evaluarnos con una plantilla que tenía allí, y que dijo que la había hecho ella, cosa que dudo, que lo más seguro fuera que se las pasaran de un tutor a otro de los que dirigen a los alumnos del CCP. Casi ninguno de los requisitos que allí se pedían, los había cumplido yo, un auténtico desastre; “¿y llegaré al aprobado?”, me preguntaba. “Pero bueno, esto es lo que más temía, y ya está acabado”.

Esto de las nuevas técnicas de estudio, es un medio cuento chino, en el que el profesor, manda a hacer trabajos, mientras, él, en lugar de ver e investigar sobre el tema, para asesorar mejor a sus alumnos, se dedica en

e-libro.net

cambio a resolver su trabajo. En el caso de Magüi, se ponía a corregir exámenes o trabajos que había mandado a los chicos. Sí, de acuerdo que llevaba un control sobre las libretas trabajadas en clase, lo que era algo totalmente nuevo para mí, pero de ahí a investigar... Sí, ella ya tenía las oposiciones de por vida.

En cuanto a mí, debía estudiar todo, pues piensen que me había pasado demasiado tiempo tras un mostrador, y entre un servidor, y el tendero que vende frutas y verduras, poca diferencia hay. Si no, observen las palabras de Tomás para con sus clientes:

—Entre estos dos medicamentos, la diferencia es como entre el café Ortega y el JSP, o sea los dos son café, pero de distinta marca.

Se veía ahí su espíritu de pequeño comerciante, que evolucionó de una tienda de comestibles, a una pequeña, pero deseada farmacia.

Bueno, ahora estaba pensando en ponerme a dar clases. Chema, una vez entró a la sala de profesores y me indicó que lo siguiera; lo hice medio acomplejado, a pesar de que en el instituto conocía a varios, entre otros estaba Mendel, que hacía de las suyas entre sus alumnos, y Luis Macanti. Entré y me enseñó en un tablón de anuncios, lo que era el sueldo bruto de los profesores: trescientas diez mil pesetas al mes; “pues no está nada mal”, mascullaba, y aunque volvía a pensar, “¿esto al mes, o ganar grandes sumas con los libros?, siempre que estos tengan una calidad mínima”. “Pero, ¿y cómo saber si son buenos o no?”, por el momento, los intentos que he tenido de publicar algo, me han salido fallidos. ¿Será esta la vencida, o seguiré siendo un número más? La verdad que para eso prefiero ser farmacéutico de un pueblo, no para despachar, sino al igual que hacía mi padre, para estudiar dentro; aunque por lo que veo, eso tampoco es tan fácil.

He de tener cuidado y no obsesionarme, pues ya he visto, como es fatídico para la salud. Otros, al no ver reconocidos sus esfuerzos, se llegan a suicidar.

Todavía hay alguno que comenta que está harto de la fama. “Pues no siga caballero, no siga”; encima hace programas de televisión, con lo que su fama es mayor. No puedo decir exactamente si lo dice harto o en qué tono, pues las noticias que capto sobre él, es a través de Carlos Padrón.

Hablando de Padrón, una vez me llamaron por teléfono, era Pepe Padrón, contándome si había visto el incendio al lado de las chabolas que hay frente a nuestras casas.

—Sí, sí, lo he visto.

—Lo que hay que hacer es tirarles un par de bombas caseras y que ardan todos.

Tuvo la callada por repuesta. Al principio no lo reconocí, y me decía: “¿Soy yo, José Padrón”, “no, no caigo”, “el vecino de enfrente”, “¡ah!, ya, ya, dígame!”

Estaba más pensando en mi amigo el celador que en el vecino, y la verdad que aunque a él generalmente lo trato de “usted don José”, a todo el que oigo hablar con él, lo llaman Pepe, empezando por mi hermano Jose, mis hermanas y mi madre.

Es todo un director regional de la casa de una de los coches europeos de más prestigio. Se pueden imaginar la inteligencia del susodicho.

Una vez, Elena, su mujer, que siempre que habla por teléfono me dice:

-¿Antonio?

—Sí.

—Soy yo, María Elena.

Al principio me costaba muchísimo reconocerla, ahora ya por la voz la conozco, al igual que la de su marido. Si a ella me cuesta trabajo tutear, no les digo nada a su marido, que hasta no hacía mucho, daba por su trabajo todo, casi diría que hasta la vida. Ahora, se limita a cumplir con el trabajo, quizás por ver que sus hijos no piensan como él.

Es raro que los licenciados sigan estudiando. La obtención de la licenciatura es como la gran parada del tren, en la que se apean la mayoría de los universitarios. Es más notoria que la desbandada del COU, es más, de éste, todos los que lo aprobaron que yo conocía, siguieron estudiando. De hecho, fueron casi todos, a excepción de los muy “mataos”, con los que un servidor, compartía tiempo y juergas.

Mi sobrino Dani, fue un buen estudiante hasta llegar a COU, último curso que ha hecho, y del que no ha aprobado ni una asignatura. Según parece, se ha puesto a salir con una niña que le ha absorbido el seso. Tiene también una moto, y no parece ya el buen chico que era, ahora va de guapito y presumido. De dónde saca el dinero, no me he enterado. Algo bebe, no cerveza porque no le gusta, pero sí bebidas más fuertes.

e-libro.net

¿Pero bueno, a cuento de qué viene esto? Se preguntaran, pues bien queridos lectores, ni el que esto escribe sabe bien a cuento de qué, quizás desbarres que tiene uno.

El psiquiatra, se asombró en mi última consulta, porque le comenté que estaba leyendo a Pío Baroja. Le extrañó bastante. No sería así, si él lo leyera; a parte de eso, por estudios, era colega suyo; según tengo entendido, era Dr. en medicina, aunque después a trabajar sobre ello se dedicaría muy poco.

Esta trilogía que leo (sí, que sé que estamos al final del prácticum del CCP, pero déjenme divagar mi pensamiento), es de gente humilde, que muchos días no comen, y que es raro cuando lo hacen. No sospechaba yo eso de ir a las casas de citas para comer, creía que todo el mundo comía caliente, a diario, y varias veces al día. Pues no, queridos amigos, son muchos los que lo pasan mal, incluso en nuestra progresista (porque progresa, se sobrentiende que se llama así) Europa, se pasa hambre.

En las chabolas, la mayoría comen y beben bien, algunos compran las latas de refresco y cerveza por cajas. Otros, que venden una dosis, y se pican tres, lo tienen más difícil, pues la droga cuesta cara.

El alcohol está legalizado, el tabaco y el café también, por qué no controla el estado de alguna manera las otras drogas, ¿será que no le interesa?, que no me vengan con cuentos chinos de que no pueden, pues tienen fuerza para eso y para más. Por lo leído en lo escrito sobre el tema por los grandes novelistas de nuestra época, es difícil desarticular a los grandes de la droga, pero si el mal se corta de raíz, más abajo de la base, el árbol, al final terminará cayendo. Pero ¿qué será de aquel que se meta contra ellos?, si entre ellos mismos, por ajustes de cuentas se matan unos a otros, no les digo nada lo que harán, con los que les incomoden. Sé que cuando tuve problemas con Arturito, me decía aquello de: “estoy seguro que con lo que yo estudio, en el mundo de la droga sería más que rico”.

¿Será cierto?, posiblemente sí, o puede que no y en el caso de encontrarme con un Arturito en ese mundo, me habría liquidado sin muchas contemplaciones.

Había dado alguna conferencia Arturo, pero yo, que por sí, no suelo ir a ninguna, cuánto menos a la de él.

Generalmente era de esas charlas, que después se ofrece un vino español, o cualquier tentempié, con la finalidad de atraer a más gente. Asisto poco, y menos a las que hay algún convite. A aquellas que vaya Hardisson de ponente, no voy ni equivocado. Sí me gustaría saber, si sigue siendo el genio que era, pues intuyo que cabrón y de malos sentimientos seguirá siendo.

José Manuel tenía una novia estudiando Ciencias del Mar; según contaba, era la eterna estudiante, vamos que no salió muy trabajadora la muchacha. De todas maneras, él no perdía la oportunidad de contactar con otras chicas.

Es increíble lo de las vibraciones que se sienten de unas personas a otras, me refiero a las positivas, no a las negativas, que para mí, las primeras se deben a la atracción entre dos personas; para una persona casada, esa atracción extramarital, debe ser catastrófica. Supongo.

Puede parecer que tenga con mis vibraciones, la “luz de libre” encendida, y por ello, algunas miran hacia mí, igual que yo hacia ellas. Sin embargo, de esas que miro, no conozco su estado civil y religioso, ellas tampoco el mío.

Por fin acabamos las prácticas, en las que no usé el retroproyector de transparencias, pues era engorroso ir a buscarlo a donde estuviese y transportarlo al laboratorio, el cual, me dejó asombrado de lo mal equipado que estaba. Realmente, el de farmacia, el de la facultad, a pesar de estar de prestado en todos los sitios hasta el final, el material, que cuando lo usaba, me parecía desastroso, era ideal viendo posteriormente lo visto. Parece que a los sitios que he ido después, que no se da gran importancia a la formulación magistral. Y es que está claro, esas prácticas sólo las hacen los químicos y los farmacéuticos, y fuera de ellos, no creo que nadie más.

En la tercera y última etapa del CCP, prácticamente, nos iba a dar clase Eduardo solo de las didácticas, las otras dos, por fortuna muy poco. Las ganas que tenía Eduardo ahora de trabajar eran pocas, y nos hacía que fuéramos nosotros los que lo hiciéramos, teníamos pues que exponer cada uno un tema. Yo fui el primero, lo hice en diez minutos, y no usé ningún recurso didáctico, más que la exposición magistral; no por nada, sino porque al ver el cariz que tomaban las clases, me dije: “¡Ah!, esas tenemos, pasando un quilo de trabajar, pues ídem de ídem”.

Eduardo me decía:

—Antonio, el cinco ya lo tienes, así que vamos a ver.

Me decía eso para que me esforzara.

e-libro.net

Nicolás, se puso a trabajar y no hizo el prácticum, y sospecho que los exámenes de la primera parte los había suspendido. Puede ser que lo único que aprobara, fuera el trabajo en común que hizo con nosotros, y al que no fue en ninguna ocasión para cooperar. Le perdí el rastro.

Mi prima Cuqui Fijoleis, estaba de jefa de la biblioteca de aquella parte de la universidad, todo un gran cargo; tenía dos carreras, y luego había trabajado en el archivo en que mi tío había sido director. La biblioteca de humanidades y magisterio, era bastante grande, y ella era allí la que mandaba.

Una cosa que nunca había visto antes, había un salón con ordenadores para uso de los alumnos, todo un adelanto. Me dejó asombrado. No sabía usarlos, aunque estaba viendo que se empezaba a hacer imprescindible saberlos manejar, más que nada en la vida laboral. Los trabajos a ordenador, quedaban mucho mejor hechos que a máquina, pero me eran esos aparato tan insulsos, y los relacionaba siempre con las oficinas de farmacia, que...

¿Cómo haría con el libro que estaba escribiendo y que cada vez tomaba más forma? ¿Si no tenía ordenador, cómo hacer? “En fin, Antonio, no te compliques tanto la vida, cuando llegue el momento, plantéatelo”.

Nada podía adelantar preocupándome. Seguro que con el CCP hecho, encontraría trabajo más fácilmente en los institutos. A lo largo de los años, habían salido algunas convocatorias para farmacéuticos para dar clases, pero en pocas me había apuntado. Macu, se apuntó en una, y le dieron un número de lista de entre los primeros, seguro que para el siguiente curso la llamaban. Le di la enhorabuena, y ella me dio las gracias sonriendo. Chema también. A Orlando no le oí decirle nada. Al año siguiente Orlando tenía el cuartel, por lo que no se planteaba lo de ponerse en lista para trabajar. Lo encontraba fácil. “No te disgustes rey, pero tu compañera fue seleccionada porque aparte tiene el doctorado”.

Macu escribía un diario, aunque no sé sí será bueno o no. Su cara expresaba pena y tristeza, una especie de frustración. Quizás sea inherente a todos; pero no, me resisto, hay que ser optimista en esta vida. Observarán que de vez en cuando mis ideas se parecen a las de los libros de autoayuda, y es que ciertamente, algunos de esos leo.

Uno de esos, que aconsejaban para la vida de pareja, me lo había comprado en una ocasión; se lo presté a Tony, que era un enamoradizo de las mujeres, y a partir de ese momento, cosa que él decía, cosa que aseguraba que estaba en el libro. Lo tomaba igual que si fuese la Biblia, le hacía más caso a ese que a cualquier otro.

—Pero Tony, este libro no es Palabra de Dios, ni mucho menos.

—Sí, pero mira…

En fin, que con él ha estado un par de años, y a toda novia con la que sale, se lo presta. Estas, lectoras empedernidos según deduzco, se lo leen en un par de horas. Creo que tiene unas trescientas páginas, pero la casualidad, es que las novias de Tony, que ni siquiera suelen tener el bachiller, leen lo que sea en un santiamén. Ustedes me comprenden.

Tony y yo nos veíamos los viernes y nos tomábamos un par de cortados. Ya Camacho no venía. Casi no salía ya a la calle a cenar y menos a tomar copas. ¿Sería yo alcohólico, y ya no puedo oler ni beber alcohol?, quizás sí, pues ocasión en la que empezaba con una copa, terminaba completamente borracho. Era preocupante.

Eduardo se había vuelto un gandul; claro, que trabajásemos nosotros. El problema estaba, en que yo pagaba para aprender, para tener modelos en los que sostenerme, pero parece que él no lo entendía así.

Teníamos en al tercera parte, un profesor de Ciencias del Mar, joven, me dio la impresión de que era un cabrón. Era compañero de Macu. Su mujer, leía en esos días la tesis; Macu, estaba invitada y fue a acompañarla. “Pues estoy rodeado de genios; aquí me da la impresión de ser un auténtico pringao, y que he desperdiciado el tiempo trabajando”. Otros, sin embargo consideraban lo contrario, que lo que valía era el tiempo trabajado, que los títulos sirven de bien poco. ¿Para qué servirán los títulos?, me preguntaba y pregunto. Hombre, no ganará igual que un camarero un farmacéutico, dirán ustedes. Pues tienen razón, en ciertas ocasiones ganan más los primeros que los segundos, al menos eso es lo que hasta el momento he visto.

Mi primo Domingo, me contó que en la empresa privada, al principio se gana menos, pero después, se gana más que en trabajos del estado. Eso hasta la fecha, no se ha cumplido en mi persona. Gano menos que cualquier funcionario, en todos los sitios en los que he trabajado, en los que casi dejé el alma, y en los que parece no es de gran importancia la titulación. No tengo un buen coche, ni un buen piso, no tengo más que un par de camisas, y esas incluso son de hace ya varias temporadas. He sido, pero actualmente no lo soy, un despilfarrador con el dinero, motivo por el cual tenía algunos amigos.

e-libro.net

Desde que tengo casi lo justo para vivir, tengo a amigos más estables, aunque incluso así, parece que siempre soy yo el que más paga, o al menos el que más invita. El invitado, pocas veces me dice de devolverme la invitación, ni por cortesía.

Bueno, a decir verdad, esto ocurre con mis amigos, en cambio, mi familia, de la que decidí que sería ella mi principal conexión con el resto de los humanos, me invita a uno y otro sitio, a sus casas, etc., y yo no les devuelvo las invitaciones. Ellos ganan dinero, pero también es verdad que tienen que mantener pisos, casas, y en muchos casos, hijos.

Mi tía Dulcina, me empezó a comentar que había encontrado a Yeray, algo inferior, intelectualmente hablando, al resto de los niños de su edad. "No había caído en eso, pero ahora que lo dices…, pero bueno, es un chico fenomenal, una bellísima persona", pensaba. En breve entraría al cuartel, él, que tanto había defendido la vida a la naturaleza, al aire libre, sin electrodomésticos, sin casas, sin nada de lo creado por la civilización, se llenó la cabeza con tantas fantasías militares, que deseaba fervorosamente hacer la mili. Ahora que nadie la quiere hacer, va mi sobrino y se decanta por un servidor férreo de la patria. Eso sí, sólo patria y estado, pues lo que es en Dios, mucho no cree. Tiene fama de lector empedernido mi sobrinete.

En una ocasión me dieron a leer un escrito de él, y casi no se entendía de la cantidad de faltas de ortografía que tenía. Lo único que le dije por parecerme demencial en alguien que pretende saber de letras:

-¡Yeray!, los nombres propios van con mayúscula.

Me callé el resto, aunque me desmoralizó y confirmó lo que mi tía me decía.

Si tanto estaba delante de los libros, por qué no les había sacado más provecho. Lo mismo podría decir Juancho sobre mí. Pero lo mío fue negligencia por no revisar el libro al final, y creer, que el Lu, que casi lo más que tenía era el graduado escolar, no cometería faltas de ortografía, me equivoqué. Ahora, sabía que otra cosa no, pero corregir el libro, lo debía hacer bastante. Sobre este tema, también me preguntaba, cuánta sería la media de hojas escritas al día por los escritores. "¿Cuántas, Dios mío?" Escribía unas pocas diarias, por las dos caras pero con una letra sumamente laxa, muy extendida. ¿Los escritores, escribírían más o menos? Empecé a indagar sobre esto, y vi que no había norma fija. Algunos escriben mucho, otros menos. Pero, los que lo hacían menos, ¿duraban sus libros más de los que lo hacían más en los escaparates de las librerías? Empecé a hacer cábalas con mis libros. Casi más se parecía esto al cuento de la lechera.

Ven, que al margen del CCP, intentaba, continuaba luchando en mi libro. ¿A qué prestaba más atención? A los dos si podía, lo que aprendía por la mañana, intentaba retenerlo, sobre todo la terminología, para cuando llegara el tiempo de escribir sobre ese acontecimiento. Gran error, lo que se aprende, hay que intentar transcribirlo, y a ser posible que sea útil, incluso, si se puede desde el mismo momento. Ya vuelvo otra vez al laureado Heningway: "escribir lo que se sabe, ni demasiado tiempo antes, ni demasiado tiempo después", pero ¿cuál es el momento justo? Puede ser que este tipo de exigencia, me venga de mi idea del tiempo, en la carrera que acabé, en la que todo estaba sumamente cronometrado. Tiempo después pensaría si la gente vive equivocada, o soy yo el equivocado, con respecto a las cosas que hacen: "¿Vamos a hacer tal cosa?"; "¡hay tiempo, no te preocupes!", etc.

Eso lo veía mucho en el CCP, y eso que en teoría éramos los puntales, el futuro; pero, ¿es que en el futuro se harán menos cosas en el mundo, y se hablará más?, no en foros para exponer ideas brillantes y novedosas, sino en los cafés, en que se habla de cualquier cosa menos lo de intentar que el país salga adelante. En todo caso, de hundir más al país, y cómo no, que trabaje otro, pero eso sí, a la hora de cobrar que no se retrase el que ha de pagar. Yo, Fijoleis, las veces que trabajo, dejo el pellejo en ello y siempre salgo mal parado. Por ello es por lo que he decidido hacerme escritor y estudiante, cosa que me ocupa todo el tiempo del que dispongo, que no es mucho, entre otras cosas, por hacer caso de los mediocres; esto lo hacía hasta hace bien poco, tres horas de estudio o lectura, y una hora de descanso. Dividiendo así el día, se le va a uno todo él descansando. Esto lo hice así, hasta que un milagroso día, hablé con mi prima Concha Ester, quién siendo tan joven, me dio una magistral lección de estudio.

Las horas que pasaba en clase, me preguntaba si no sería excesivo el número de horas que estaba uno atendiendo, y es que eran bastantes al día.

Ahora, parecía que se habían quitados dos horas a cada día de clase, por lo que en lugar de seis, estábamos cuatro. Mejor. Pero era un arma de doble filo, pues teníamos que hacer más trabajos. Un servidor, que casi nunca había hecho ningún trabajo, salvo el de microbiología y el de bioquímica, no era de extrañar que sintiera algo de tensión. Después, parecía también que los profesores exigían más.

e-libro.net

Entre los nuevos profes, había una que no siendo tan joven, se las daba de ello, y de revolucionaria consecuente, eso sí, antipornográfica: “En fin, y yo que pensaba que era una devoradora de hombres. Pero y por qué largó aquí lo que dijo sobre la pornografía, si no era materia de sus clases”. “Debe ser que el que lo huele debajo lo tiene”. Encima era la que nos informaba sobre los medios audiovisuales. Según ella, sus clases eran eminentemente prácticas. Y algo desfasadas, diría yo, pues las transparencias, muchas, se veía que eran bastante viejas. Sin embargo sí observé que tenía razón, bajo muchos anuncios, se puede ver el elemento sexual, muy vivo, casi prácticamente en todos ellos. Sobre todo los relativos a nuestra sociedad desarrollada. Jugar con el tercer mundo con este factor, me resultaría sumamente humillante, denigrante y de lo más vil y bajo. Esta chica, iba casi siempre igual vestida, y en realidad, tenía tres o cuatro conjuntos, pero casi todos eran iguales. Me imaginaba que sería clienta fija de los bares de moda, al menos esa era la impresión que me causaba. Creo que tenía una hija, y o bien era madre soltera o separada. Su coche, que un día lo vi, dejaba mucho que desear, y no puedo yo hablar sobre esto, pero era extraño, pues todo el mundo, desde que puede se compra un coche grande. Al menos la gran mayoría. Yo seguí el consejo de mi padrino:

—Todo el mundo con sus grandes coches y yo con el de toda la vida.

En poco tiempo, siendo ya mayor, se ha comprado un par de ellos de lo mejorcito, pero supo esperar.

Uno de los trabajos de este último tramo, consistía en intentar inventar algo nuevo. Esto es muy bonito decirlo, pero ¿y hacerlo? No lo encuentro nada fácil. Los que a ello se dedican, se pasan una vida entera para dar un pasito adelante, para que la ciencia avance algo. Sin embargo una profesora (la química), quería que inventásemos algo en un par de semanas, y si era bueno, publicarlo en una revista. “¿Pero muchacha, no vas tú demasiado rápido?”

Le dije que podía explicar algo sobre el sistema nervioso. Al final no lo hice, pues Chema tenía una idea fenomenal, y mientras él expondría esa, en esa asignatura, yo me encargaba de otra, la del amigo de Macu. El cambio me pareció fenómeno. Al final hizo un trabajo no muy bueno, bastante desganado o para salir del paso. Los profesores estaban en huelga, y menos mal. “Ojalá dure la huelga todo lo que quede de curso”. Y duró. De todas formas, algunos profesores seguían dando clases entre ellos la marchosa. Bien, aprendí algo, cosas del estilo de: “los que visten de marrón, son pobres, o sea que no tienen dinero”, según le había dicho un vendedor de ropa en una tienda, a esta marchosa profesora. Seguro que iba por mí, que casi no usé más que un par de equipos, para que no se fijara en uno. Sí, era pobre, pero tal vez para gastos superfluos disponía como que ella.

Nos hizo trabajar algo, formamos grupos para un par de trabajos. Igual que en otras asignaturas, al final, cada uno debía exponer una parte del trabajo. En nuestro equipo, estábamos: Josema, una que tenía fama de inteligente entre los de lengua española y una de filología inglesa.

Esta última, a quien prácticamente empecé a ver por primera vez en esos días, era guapa, estaba realmente hermosa, y aunque era algo cegata, todo el resto lo compensaba; pero tenía novio, del que según vería en alguna ocasión, estaba muy enamorada, tanto como para descansar sobre su falda en el patio de la facultad.

La otra, se veía trabajadora, pero se descuidaba mucho su imagen, y encima vestía demasiado revolucionaria, algo pasada de moda. Vivía en Arucas, y a ella le conté que pensaba hacer la tesis, a ver si podía hacerla en su facultad.

—Pero, ¿tú no eras farmacéutico?

—Sí, pero estoy escribiendo una novela…

—Pero, estas equivocado, la tesis es trabajo de investigación.

Me preguntaba: “¿y la novela no es un trabajo de investigación. No tengo que leer a varios autores y demás libros para adquirir un estilo propio?”

Pero bueno, aquí parece que escribir una novela es un choteo. No digo que lo más difícil no sea empezar, y que luego, con constancia va todo sobre ruedas, pero los trabajos todos, ¿no son iguales? No digamos nada de los llamados trabajos alienantes. Sobre esto tengo mis dudas, pues el trabajo se llama así, al poco creativo, mirando la palabra en el diccionario, es algo así como aquel al que somos ajenos y no participamos de él.

Por deducción de algunos usos de esta palabra, viene a decir casi como se llama así, al trabajo que es rutinario, pero y ¿el trabajo intelectual, no es monótono? Que crea más estrés, porque siempre se ve y se aprende algo nuevo, dirán, pues he de decirles, que el continuo estrés, se caracteriza porque ya no es estresante, o sea, que el cuerpo se habitúa a él, y pasa a ser como un componente más nuestro, sin que lleguemos a sentir mayor desasosiego.

e-libro.net

Control, que es auxiliar administrativo, por cualquier ligero cambio en su trabajo, se toma un par de tranquilizantes como les he indicado. Por pequeñas que sean las variaciones que sienta, se preocupa enormemente por ello. A mí, que estoy casi de continuo examen, y que por cierto, pocas veces estoy a gusto con las calificaciones, lo que hago es rogarle siempre al médico que me reduzca la medicación, incluidos los ansiolíticos. Si me acostumbro a combatir mi ansiedad con fármacos potentes, ¿que será si alguna vez caigo (más de lo que estoy) en desgracia? No les digo nada.

Nosotros vivimos en una casa grande, somos muy poca gente, tres, en unos trescientos y pico metros cuadrados. Control vive en un piso con cinco o seis personas más. Ambos somos unos inconformistas conformes, él, me dice que debo trabajar; yo, al ver que con mi trabajo no gano dinero, no me canso de decirle lo afortunado que es. Sacó unas oposiciones, y de ellas ha vivido todo este tiempo. Tiene hasta el COU, va a su trabajo, y en él, la mayoría de los días, se pasa horas sin hacer nada; las primeras horas se dedica a leer el periódico, luego empiezan los cortados, etc. Trabajan un par de hora al día, salvo los principios de curso, en que deben hacer más cosas. Los motivos que le llevan a tomar pastillas tranquilizantes los considero nimios, comparado con algunos, como era el caso de Pablo Neruda, que el médico le aconsejó una pastilla para dormir, cuando lo intentaron matar. Un servidor, que lleva años sin casi dinero, y que pretende vivir medianamente de este oficio, y por el que ha rechazado otras ofertas de trabajo, intenta, tomar el menor número de pastillas posibles. Aunque no siempre lo consigo. Esto último lo considero una falta de seriedad y responsabilidad de los psiquiatras que me han tocado en suerte. Ojo, salvo el forense, uno de ellos, los demás no me llega a convencer su saber. Ese, al menos, se le veía que luchaba por algo, los otros, por mucho que presuman de dioses, tienen la mente cerrada y poco abierta a los avances o al saber en general.

A nadie le gusta gastarse grandes cantidades de dinero en cursos y demás, pero si uno se estanca, ¿no es peor? De los que veo que ya no luchan con un alto porcentaje de sus fuerzas, no me convence mucho su forma de vida; de ciertos escritores conozco sus obras, y aunque quizás lo que plasme en el libro o la imagen que de, sea distinta a la que la persona sea, he de decir, que me gusta enormemente leerlos.

Una de dos, o es que porque leo a personajes y a obras encumbradas, o no sé la causa, lo cierto es que la mayoría de los libros que leo, me colman de satisfacción. A veces, hay partes que no me gustan, pero más considero que sea por mi estado anímico de ese momento, pues si abandono el libro (cosa cada vez menos frecuente), cuando lo vuelvo a coger, me vuelve a cautivar. Quizás el determinante de esto, sean mis lecturas bíblicas, no digo que no, y es posible que sea también la causa, de haber pasado una época en la que me he querido suicidar, a cada vez más tener ansias por vivir, por hacer cosas, por leer nuevos libros, ver lo que dice este, y ahora aquel, etc.

Pero sigamos, había huelga de profesores universitarios, muchos la secundaban, creo que casi todos, otros a pesar de descontarles el sueldo, las daban, no se el motivo, pero sospecho que hay otro que el simple amor al trabajo. La filóloga atractiva, creía que Chema y yo éramos de historia, seguramente, le parecíamos estupidísimos. A mi me tocó prepararme la parte de historia de la televisión, por lo que saqué un pequeño librito antiguo, de la biblioteca, que trataba estos temas. Cada vez, me hacía más pasota al exponer los temas en clase, no porque no los preparara, sino que veía poco énfasis en el profesorado. A parte de eso, no me consideraba un buen profesor, había tenido algunos fracasos, aunque ya sé eso de no mirar atrás, siempre adelante, la vista al frente. Pero, ¿qué córcholis?, si lo que he hecho estos últimos años, precisamente es rememorar el pasado. Plasmar lo que a uno se le ocurre, no creo que tenga mucho trabajo, a pesar de que los trabajos quizás no haya que tener mucha cabeza para realizarlos. Lo malo del trabajo manual, y muscular, es que a veces, termina uno rendido, no puede más, está, parece al borde del derrumbe físico. No puedo garantizar si hay grandes fricciones y rozamientos y si son iguales entre los trabajadores de una cadena en una fábrica, como entre los jefes de dos fábricas que compiten con un mismo producto, en un mismo mercado.

De este mundo no conozco, pero sé, que a mí me han fastidiado, y a base bien. Por cualquier bobería, ya está uno suspendido, no puede salirse uno lo más mínimo de lo que al estúpido de turno le de por ordenar, y por ello, puede tenerlo a uno hundido años y años. Lo sé por experiencia. A otros, si no se les dora la píldora, inmediatamente, le ponen a uno de patitas en la calle.

Consideraba que los humanistas, eran más humanos, pero veo que ahí, también hay de todo, desde gente fenomenal, hasta gente absurda. Lo digo por Maca, que tan mal me hizo empezar el CCP, y eso que recuerden sus palabras sobre mi examen: “Ah, pues no está tan mal como pensaba”, pero me suspendiste querida.

e-libro.net

La profesora marchosa, era tan marchosa, que al primero que fuera algo pijo, le sentenciaba, al menos moralmente; al final, se portaría muy bien con las notas de todos.

Allí, se estimulaba a que los nuevos hallazgos y descubrimientos realizados por nosotros, fueran publicados. Nada vi, digno de tal.

Me da que este, mi libro, es un auténtico disparate, al margen de que a muchos, tal suele ocurrir a algunos con los muchos folios, les resulte pesadísimo. A mi sin embargo, me encanta coger el hilo a la historia, y pasarme un mes entero con la misma obra, siempre que la historia la comprenda y me abstraiga. Lo siento enormemente, pero el "Ulises" de James Joyce, lo he vuelto a dejar nuevamente de lado, y aunque lo tengo al alcance de la mano..., bueno, intentaré entusiasmarme con él, lo antes posible.

Cuando tanto se habla de ciertos libros, es que han de ser buenos, y más creo que sea culpa mía, de incompetente lector, el que no lo comprenda y no me introduzca en la trama.

Ana me seguía atrayendo, pero al tener un nuevo novio, o como ella lo llamaba, "sólo un amigo, por lo pronto sólo un amigo", me sentía cada vez con menos posibilidades de salir con ella. Se me hacía más cuesta arriba, aparte de eso, el CCP estaba terminando, y seguíamos ni ella, ni yo, por decidirnos. Tal vez ella esperaba que fuese yo el que le planteara salir a cenar, y yo estaba esperando una señal suya que sirviera de detonante. Se hacía de rogar. No la imaginaba como a una chica que con un contacto sexual fuera suficiente, y después, si te vi no me acuerdo; la consideraba ideal para ser la mujer de mi vida, pero, "¿por qué no te declaras, o le das una señal?" Pudiera ser que me encontrase algo vago, a pesar de que ella, con la cantidad de cosas que hacía, tenía tiempo para ir con los compañeros y amigos a tomar café, a comer por ahí, y en fin, todo un gran número de cosas, que pueden parecer la mar de sencillas y normales, pero de las que me privo.

No discuto que yo saliera con mis amigos a comer, pero cada vez era menos frecuente. Como no salía con chicas, también me resultaba difícil fornicar, por lo que pudiera parecer, que me estaba convirtiendo en un ermitaño, pero ¿se puede definir como tal, a la persona que no vive fuera de la sociedad, y que tiene por amigos muchos libros y de diversos temas?

Otros amigos, sobre todo los compañeros farmacéuticos, se extrañaban porque no quería trabajar, y porque me relacionaba muy poco con ellos. No discuto que no tengan algo de razón, pero soltar el dinero ellos para hacerle al trabajador, en este caso yo, la vida más llevadera, y más estimulante, no les parecía bien. Sí, gastar en copas y demás, eso sí, pero por un trabajo medianamente bien hecho, no. Claro, cuanto menos les cobre uno, mejor amigo es, y si de paso te sacan el cuero, por poco dinero, pues mucho mejor aún, cuando acabé de trabajar con Tomás, él dijo en público:

—Porque Antonio –refiriéndose a mí– podría ganar hasta trescientas mil pesetas.

"Claro, claro, pero que las pague otro", porque con él, trabajé bien por menos de una cuarta parte, y eso que me debía desplazar fuera de la capital. Si estoy indignado con mis colegas, es porque encima, me preguntan por qué no quiero trabajar en la miniempresa privada. Me gustaría que alguna vez, la fortuna no les sonriera como hasta ahora, y se intercambiaran los papeles, que les dejaran sus mujeres, que tuvieran grandes trastornos psíquicos, y cuando de estos avatares, se fueran reponiendo, se vieran que con su trabajo, no podían mantener sus casas, coches, ni mujer, ni hijos, ni casi a ellos mismos, a ver si entonces estaban tan risueños a la hora de tomarse las copas, que por cierto, no podrían ser de la calidad a la que se habían acostumbrado.

En fin, la mayoría de mis nuevos amigos del CCP, eran licenciados en paro, que seguíamos luchando, por lo que opino que debería ser obligatorio dar por el estado, un mínimo de alimentos necesarios para vivir. Sí, luchábamos por un mendrugo de pan, y un pisito en el que poder cobijar a una familia.

Pensarán que estoy lleno de odio, pero, y ¿no es para estarlo?, a mis treinta y tantos años, no tenía donde caerme muerto. Durante el curso, gastaba algo de dinero en el taxi, y en un café al día, ya ni el vaso de agua me lo tomaba. Por fortuna, no tenía que pagar los cigarros.

Para algunos encumbrados, el ganar en bruto trescientas diez mil pesetas, al mes, les parece irrisorio. Un servidor, al que tanto le costó tener una licenciatura, no le parece mucho, comparado con las fortunas del país, pero más demencial me parece lo que hasta el momento he ganado, y encima con quejas por parte de los jefes, como si les pareciera excesivo lo que gano; en cambio, que les haga ganar en cuatro horas más de lo que ellos me pagan en un mes, no les parece raro. Por cierto, gano menos que la chica que viene a limpiar a mi casa, y menos también que el jardinero del exiguo jardín de mi madre. No les digo nada de los fontaneros y albañiles. Encima, mi madre se enfada conmigo porque no trabajo. ¿Quién tiene la culpa de que estemos tan mal pagados? Según me comentó uno que sería mi compañero, la culpa era del colegio.

e-libro.net

Josema me llevó un día a un sitio, camino del cual, me enfadé muchísimo, por no indicarme de qué se trataba, al final, me asombró lo buen amigo que era, y lo agradecido que era con sus compañeros. Me llevó a un edificio de la universidad, en el que se publicaban o ayudaban a publicar gratis los libros. Si no se me salió una lágrima, se me debía haber salido, ¡Gracias mil Chema!

Otra vez, me indicó donde podía pedir trabajo. Allí fui, y la casualidad que estaba Ulises, el compañero de carrera, que más estaba pensando en las juergas que en la carrera. Nos reconocimos casi instantáneamente, y Rubens, otro colega, me trató bien a instancias de él. Rubens era un gallego, que había estudiado en La Laguna con Ulises, y según me diría, tras cuatro años en paro, consiguió meterse en ese trabajo. Con estas palabras, supuse que yo era un afortunado, o él una persona con muy mala suerte, que todo era posible. Se me olvidó preguntarle, si en ese tiempo hizo algo por "inflar" el currículum.

Poco antes, en ciertas ocasión, y tal cual acostumbraba Tony, llevó a mi casa a un amigo, bueno, a un hombre que acababa de conocer y que había llevado de un sitio a otro. Al final terminaron en mi casa. Uno, pensaba ir a cenar a un chino con Control, y luego a tomarnos un café en ca'Eduardo.

Llegaron y me lo presentó Tony:

—Felipe, qué tal.

—Antonio, qué tal.

Pasen dentro. El tal Felipe, cuyo nombre no olvidaría, saben el motivo, ¿no?, llevaba un bigote tupido; era sumamente moreno, casi un mestizo:

—No, viene huyendo de Cuba…

"Mi madre, este Tony está loco, traer un exilado político a mi casa" Me desajusté, el corazón me empezó a latir con fuerza. "Tranquilo, chico, reflexiona, habla, infórmate…"

-¿Pero bueno, y eso por qué, a qué te dedicabas tú en Cuba?

La cagamos, según contó, pertenecía a la seguridad de los altos mandos cubanos. Su misión consistía en revisar los aviones de las autoridades, y buscar algo sospechoso, sobre todo bombas y similares. Caso de encontrarlas, debía desactivarlas o hacerlas explotar donde no hicieran daño a nadie.

"Este Tony, cada vez está más loco, mira a quien me trae, sin conocerlo de nada. ¿Quién no me dice que sea un secreta?" Nos tomamos un café y seguimos charlando, y le intentaba tirar de la lengua al máximo. Tony muy generoso con el dinero y el tiempo ajeno, pero reticente a gastar el suyo, se fue a llevar a Felipe a no recuerdo qué sitio, con la intención que si les cuadraba pasarían por el restorán chino.

Al final, Felipe había escapado de su país, huyendo de ir a la cárcel por estar en contra del régimen castrista. Había dejado a su familia en Cuba, a la que estaban haciendo la vida imposible.

Cuando un amigo le informó que le iban a encarcelar, sin tiempo a nada, cogió el primer avión que iba a Europa, en uno de cuyos países le permitieron entrar, pero al poco, a los tres meses más o menos, lo echaron amablemente de allí.

Vino a parar a esta tierra, y no tenía trabajo, ni dónde quedarse. Pasaba la noche en casa de una señora, que le dejaba una cama, haciendo una obra de caridad, al encontrarlo en una iglesia evangelista. No sabía qué hacer, estaba desesperado.

Llegaron al restaurante cuando nosotros ya íbamos por el postre. Casualmente Tony no tenía hambre, por lo que sólo pidieron un plato de arroz. Me sorprendió, y si hubiera sido mi invitado, le habría invitado a lo que quisiese, pero no era ese el caso.

Después Tony nos llevó al bar especializado en cafés, y allí nos tomamos una copa cada uno. Yo un capuchino. Tony, quizás queriendo dejar claro que no quería ir más a ese sitio, no se tomó su café, a pesar de haberlo tomado con ganas cuando íbamos con chicas.

Felipe saludó a uno que parecía ser su abogado, y aunque no tenía depositadas grandes esperanzas en él, fue a saludarlo. Se terminó el día y con él, el capitulo de Felipe en mi vida.

Tony dijo que le había llevado a su fábrica, pero no era cumplidor. Supongo que de pasar de ser un policía especializado, a ser un obrero distaba mucho, lo suficiente para ponerse a llorar. El inspector de la policía, le había encontrado una casa estatal donde quedarse. También, intentaba encontrar trabajo en el aeropuerto. Espero que todo le haya ido bien.

Tony decía que era un farsante. Para él, pasar de secretarios y dependientes, a encontrarse con altos ejecutivos repatriados, le parecía imposible, y puede que ni siquiera sospeche que hay mucho de intrigas y complots a niveles internacionales, no lo creería. Yo sí, y me parecía eso más real, que por ejemplo:

e-libro.net

—Mira, esta es fulanita, secretaria de fulanito…

Que esas eran las amistades de Tony. No me parece mal, pero todo el que perteneciera a otro mundo, le parecía irreal, ilógico e imposible. “Eso sólo ocurre en las películas”, pensaría:

—Es un poco cuentista –se dejó caer un día, al yo preguntarle por su amigo.

Me callé, pero no pensaba igual que él. O una de dos, o tengo la cabeza llena de fantasías, o efectivamente, en este mundo hay tantos mundos, tal que de uno a otro parece haber un abismo, y por ello no parece que sean reales.

El caso que hoy me ha ocurrido es bien claro; he pasado de leer una novela de Baroja sobre gente corriente, de los que se mueren en la calle, por no tener con qué abrigarse, y que nunca sabrán si van a comer caliente ese día o no, bueno, ni caliente ni frío, muchos días no comían, ni siquiera en los asilos y casas de caridad; he pasado, a entresijos de drogas a nivel internacional. Por ello es por lo que sé que existen los dos extremos, y que en medio de ellos hay otros múltiples mundos.

Me extraña que Tony, siendo un devorador de programas televisivos, no sepa también sobre esto.

Tony seguía estando con una mujer un par de semanas, y con ella decía se iba a casar, y al poco lo dejaban, sufría una crisis que le duraba hasta ver a otra chica, de la que se enamoraba locamente.

Saben que su padre opina que sus novias todas tienen muchos problemas, pero y ¿quién no tiene problemas? Algunos son problemillas, y otros son problemones, pero todos los tienen. El rico y el pobre, pueden estar al borde de la muerte igualmente. Uno puede morir de hambre, y el otro por cualquier motivo, pero los dos tienen las mismas posibilidades. Si esto es así, no me explico la manía tan grande que tengo de no querer morir por mis convicciones religiosas. Si de algo hemos de morir, ¿qué no mejor por un ideal justo, humano, que por un ajuste de cuentas, sea entre bandas callejeras, como de altas intrigas entre distintos continentes?

Qué hacer, luchar con los cinco sentidos para conseguir un ideal, o embotarse los sentidos, con el alcohol, cada cierto tiempo con los amigotes y santas pascuas.

En fin, no me dejen divagar, que me quedo solo.

A Ana, la futura profesora, empezaba a cogerle el tranquillo, aunque no acertaba a saber de donde sacaba tanta labia, si es que se fijaba en todo, y a la hora de exponer el tema lo largaba todo; fuera lo que fuera, se ponía a hablar, y aunque no era muy clara en eso, hablaba y hablaba, mirando a todos. No le entendía nada, pero eso parecía ser moneda frecuente en todos. Ya lo decía la profesora marchosilla:

—A los profesores, nada más empezar las clases, se les moja la boca, y empiezan a hablar y a hablar hasta quedarse solos.

No me ocurría a mí eso, más bien todo lo contrario, se me secaba la boca, y no hacía más que sintetizar y sintetizar. Macu, pasaba por trabajadora, pero en lo que podía se escaqueaba, y lo que tenía que presentar, lo presentaba tarde. Me preguntaba si era que esperaba a que los demás lo entregaran para ella enterarse de lo que en realidad quería el profesor, y preguntar a los compañeros qué habían hecho, y qué dejaban de hacer. No lo sé.

Una vez, le pedí si me podía pasar una cosa a ordenador; vi que no le sentaba muy bien, por lo que opté por pagar a José Luis, el hermano de Tony, para que me pasara una cosa al aparato, a través del escáner. El, José Luis, se había hecho un negocio a partir de trabajos que hacía con sus potentes ordenadores. Hacía de todo, desde instalarle a uno el ordenador, hasta copiar CD-Rom piratas. De todo lo que pudiera sacar un dinero, lo hacía.

Tony, había intentado unos cuantos pequeños negocios pero en todos había fracasado, ahora en la fábrica de cajas de madera, parecía que había encontrado su sitio, lijando cajas.

En el CCP, empezaban a requerir nuestra presencia, algunas tardes los mismos compañeros. Un par de veces nos reunimos, y ellos mismos, me enseñaron a buscar en el ordenador de la biblioteca los libros que me hacían falta. Fue muy de agradecer. Observé que la de inglés, estaba más que potente, y ella lo sabía; tenía un pecho turgente, demasiado, tal que sospechaba que fuera producido por unos buenos sujetadores más que resultado de la sabia naturaleza o la gimnasia.

Ella era la que tomaba notas de todo, para pasarlas al ordenador. Cada uno le dio sus disquetes, pero hubo una parte que tenía que hacerse y por tanto copiar allí. “Tachín, tachín”, entre las palabras dictadas, estaba: “ayuda”, como es de suponer, en ingles lo sabía escribir: “Help”, aquí se escribía con “ele”, pero, “¿y en español, iba con “i” latina o “y” griega?” Juraría que fue ese el motivo por el que se detuvo y pidió a la estudiante que la naturaleza no había agraciado, que pusiera un sinónimo, dando a entender que esa palabra, no era muy correcta ni explicaba bien lo que se quería expresar. Al final encontraron un sinónimo que sabía escribir y pudo descansar.

e-libro.net

Hablando de descansos, hicimos uno, y fui a buscar café y bollos para la revolucionaria y para mí; la otra se fue a solazarse con su novio. Después del alto en el camino, y tras tomarnos los cafés, seguimos perdiendo el tiempo.

Josema no había ido. Quedamos para vernos otro día, el que no asistí, entre otras cosas porque no me lo indicaron claramente. Ese día si fue Josema, y se cabreó con la modelito. Me diría:

—Tiene muy buen cuerpo, pero la cabeza vacía.

No me lo parecía a mí, pero es que yo no me había cabreado con ellos, a pesar de que el mismo día que debíamos exponer, me dieron un papel para que me lo aprendiera. Lo leí después de mi exposición, que según parece gustó a la gente, aunque la resumí exhaustivamente, o sea que estuve exponiendo poco, muy poco, pero de forma sustanciosa y condensada. Por fin, una asignatura menos, y qué caray el curso constaba de unas bastantes horas, mientras que en Madrid duraba un mes, y encima se podía hacer a distancia.

Por suerte, la huelga duró hasta final del curso, por lo que la asignatura que más temía de ese periodo, la del amigo de Macu, no tuve que exponerla, mas que entregar un trabajo. Imagino, que esos meses el profesor no cobraría nada, pues a lo sumo nos explicaría qué es lo que quería de nosotros en unos diez minutos aproximadamente. Parecía que estaba empollado, y daba la sensación de ser de los que gusta que se les dore la píldora. No creo que hiciese mucho que estaba trabajando, pues toda su ropa, incluido el maletín, eran nuevos.

Cuando le dije a Macu, que debía cobrar mucho al dar clase en dos sitios, me respondió:

—Que va, lo que pasa es que lo mandan de un sitio a otro.

Dándome a entender que no cobraba más por ello, y encima, los profesores de universidad estatal cobran menos que los de medias. ¿Horas?, sí tienen menos, y quizá no tienen que imponer tanto el orden, son más adultos los alumnos, y lo que les interesa es aprobar por todos los medios.

Ana, en sus exposiciones, repetía cada pocos minutos el: “pues bueno, pues…”, esta muletilla, le daba paso a seguir con sus discursos.

Hablo de lo que veo, como habrán visto. Sin embargo, no puedo hablar de los grandes narcos, porque no los veo, e ignoro el motivo por el que nos quieren fastidiar, a base de bien, al poner una pequeña “sucursal” de sus negocios frente a nuestras narices. Calculo que ellos mueven billones y billones, que tienen islas y transatlánticos, y que con eso, y desde ahí manejan los entresijos de estas civilizaciones. Para uno que no tiene nada, lo que ve aquí, le resulta enorme y mucho movimiento de dinero.

Sospecho que el que aquí haya chabolas es un ajuste de cuentas entre uno y otro bando, y claro, este mi barrio, un barrio muerto intelectualmente, saben que aquí nadie va a luchar a escala nacional o internacional, haciendo ver lo que ocurre aquí, frente a mi ventana: nadie.

Puede ser que en el pique estuviera involucrado mi padre, pero, ¿y nosotros, qué hemos hecho para soportar día y noche las consecuencias de estos impresentables?

Sí, vienen mucho los policías “especiales”, pero de qué sirven si en lugar de vigilar e inspeccionar, la zona, se ponen a hablar entre ellos, a contarse chistes, y a decir mil y una historias, menos lo que debían hacer. De diez que vienen, trabajan dos o tres, los otros están todo el tiempo sin cumplir con su trabajo, sí, es que son funcionarios. Los policías que vienen, son los que visten todo de azul, tengo entendido que es un cuerpo especial, lo que no quita, para que a algunos, les sobren unos cuantos quilos. Esto para ser sinceros, no es común a todos ellos. Generalmente, cuidan el tipo, aunque a saber si es más por tener una imagen atractiva, que por requerimientos de su profesión.

Las chicas, generalmente son rubias y el uniforme les sienta la mar de bien, seguro que es porque no esté acostumbrado a ver mujeres uniformadas, pero se le salen a uno los ojos al verlas tan estilizadas. A algunas se les nota que todavía no están muy habituadas a llevarlo, pero aún así, mantienen el físico, como muchas querrían.

¿Qué será de ellas cuando empiecen a envejecer?, pues puede que les den unos puestos de oficinistas.

Lo que no sé es si habrán bastantes de esos puestos vacantes para todos y todas.

Antes, las chicas que llevaban uniformes, eran las azafatas, ya fueran de compañías aéreas o de congresos y demás. Estas chicas, llevaban faldas, y supongo que las siguen llevando, pero pantalones, pocas.

Otras que llevan pantalones, son las jardineras y las de la basura, me alegro, que estos puestos, menos añorados por los ciudadanos, también los ocupen mujeres, que no van a ser para ellas todo lo bueno y para nosotros, el sexo “fuerte”, los peores trabajos.

En la carrera estaba harto de ver que con una sonrisa de una chica mona se abrían muchas puertas. Me gustaría para estar en igualdad de condiciones, que se diera también el caso contrario. ¡O, no!, que no sé dé

e-libro.net

ningún caso, más que la valía de la persona. Si a parte de eso, Dios le ha dado una naturaleza atractiva, mejor que mejor.

La que fue madre, se reincorporaría al curso. Estaba hermosísima, el parto le había sentado la mar de bien, se la veía reposada y contenta.

—Enhorabuena, ¿qué fue, niño o niña?

Me contestó pero no me acuerdo, espero que también haya aprobado el curso, seguro que sí.

Su marido debía tener dinero, pues mantener una familia, y encima estar ella de punta en blanco, algo cuesta, por lo que deduje que su esposo debía ser un próspero ciudadano.

Al final del curso, no me despedí de Ana, pues el último día de clase se fue antes que yo, pues debía acompañar a Josema en la exposición de su absurdo experimento, que no aportaba nada nuevo, y encima, yo, poco experto en el tema, observé que "hacía aguas" por muchos sitios. Al él portarse mal con el hijo de la profesora de biología en el prácticum, ella que hasta ese momento tan bien había tratado a Chema, le gritó y poco faltó para insultarlo. Él en lugar de callarse y soportar la tormenta, se encabritó. Al ver el cariz que aquello tomaba, opté por marcharme sin despedirme de nadie en concreto sino con un:

—Bueno, adiós; me voy que tengo mucha prisa…

Y así les dejé. No perdería el contacto con José Manuel, a quién llamé para ver en qué había terminado aquello.

—A ver si nos vemos un día para tomarnos una cervecita.

Yo, ya le podía decir:

—No bebo, Chema, pero si quieres que nos veamos, cuando quieras, pero yo me tomo un café…

A las semanas, le llamé para anunciarle que se habían abierto las listas para dar clase. Él ya lo sabía.

Eso era una suerte, a pesar de yo considerarlo una cosa normal, que las listas se abrieran para nosotros. Había trabajo para tres tipos de asignaturas, y a ella podían concursar médicos, veterinarios, biólogos, y farmacéuticos. "¡Mi madre!, tengo que ir a buscar el comprobante del CCP, para que me cuenten puntos en el baremo". Era en Agosto, fui y la chica de la secretaría de la cuasi desierta facultad, me indicó que fuera a ver si estaba aprobado en las listas, a otra ventanilla. Fenómeno, tenía notable tanto en las prácticas como en la teórica, pero ¿cómo lo he hecho, si en la primera parte era casi todo raspando el aprobado? Miré la nota de Josema que era igual a la mía. Solo ojeé por encima y la verdad es que había varios sobresalientes. Me desmoralicé.

—Es una buena nota: Notable -me consoló la secretaria.

—Eeeeh, sí, gracias…

—Mira, para darte el certificado está difícil, yo lo voy a intentar, pero no te garantizo nada… Los que lo tienen que firmar, no están aquí, y vienen de vez en cuando. Ten por seguro que si los veo, les digo que lo firmen.

Ante tan buena disposición, fui a pagar el certificado al antipático cajero de la "Caja". Por suerte fue rápido este trámite. Lo llevé nuevamente a la secretaría y allí, la jovencita, me dio el número de teléfono para que llamara cuando quisiera, para ver si me lo habían firmado.

El plazo de presentación de solicitudes se acababa y no conseguía el certificado. Al fin, tuve que llevar mi expediente, sin el comprobante de haber realizado el CCP.

Mi cuñado Pepe, estaba de consejero territorial de educación. Me dijo que cuando fuera a presentar los papeles, pasara por su despacho, a la hora que me indicó.

Eso hice. Pregunté por él y según consejo de Pepe, dejé dicho que me esperaba. Me fui a una sala de espera, y allí estuve poco.

-¡Antonio Fijoleis, Antonio Fijoleis!

Oí que me llamaban insistentemente, era mi cuñado. Me entró a su despacho, y me aluciné el pedazo de ídem que tenía. Se lo hice saber y se rió.

Atendió una llamada de teléfono, y en vista del peloteo, deduje que se trataba de su jefe. Estaba allí, y podría tener un enchufe, pero en absoluto quería un enchufe, pero y "¿para qué me querrá Pepe que venga aquí?" Ya digo, le enseñé el total de títulos y certificados de trabajo. Hizo una llamada, preguntó una duda que yo tenía, y me mandó a entregar los papeles en secretaría. Los entregué. "Seguro que me llaman, con la cantidad de títulos que tengo yo…". Estaba contento, Después volví a instancias de mi cuñado a su despacho, pero antes tuve que recular, y poner en la solicitud, que sólo quería trabajar en Gran Canaria y Fuerteventura. ¿Por qué no en las otras?, pues porque Lanzarote es una isla muy cara y lo que ganara quizás casi no diera para vivir; a Tenerife no, pues me trae malos recuerdos, y en cuanto a las otras islas menores occidentales: "¿y si me llevan al culo del mundo, que

e-libro.net

se yo cómo se vive ahí? Una cosa es visitarlas de vacaciones pero otra bien distinta, es estar ahí viviendo, sin medios de transporte, etcétera". No caía en ello, pero si no hay casi gente, tampoco habrá escuelas, ¿es lo lógico no? Sí, pero soy lento de entendederas, y cuando tuve que deducirlo, no lo hice. Entré nuevamente, y en esta ocasión, el guardia de seguridad, me dejó entrar sin pedirme el carné.

Fui de nuevo al despacho y esta vez no esperé.

A Pepe le había dejado con miles de nóminas a firmar. Me asombró, pero mucho más cuando al llegar, salió con una mesa y dijo a la secretaria:

—Bueno, ya está.

-¿Están todas firmadas?

—Sí, sí, todas…

"¿A quién se las habrá dado para que las firme?" Había oído, que al principio, cuando se les daban a firmar, se estresaba al máximo, ahora, en menos de media hora, lo había resuelto.

En el despacho había un fulano al que no conocía y que me presentó, pero no recuerdo su nombre. Por la forma de vestir, se deducía que no era un político.

-¿Vamos a tomar un café?

—Bueno –respondí.

A la salida se puso a hablar de mujeres y demás; un poco me molestó, debía pensar que su mujer era mi hermana, y dejar esos comentarios para sus amigotes.

Según tengo entendido, la gente le quería, eso al menos me comentó Maru; él no quería trabajar más en las altas esferas, estaba muy cardiaco, según él y Maru. La verdad es que nunca había visto un despacho tan grande personalmente. Tenía un montón de mesas, en las cuales había un montón de teléfonos, ordenador, etc.

Él venía de un acto público, y sinceramente, estaba todo arrugado, tanto que me pregunté si Maru no planchaba la ropa. Sospecho que no. La ropa tampoco, ni mucho menos, era de calidad. Los pantalones eran de la misma marca que los que yo usaba, y la camisa, una cualquiera.

Fuimos a tomar café, y me entró la prisa, me lo bebí, y me despedí de los dos, de mi cuñado con un beso, y de su amigo con la mano. Me dije: "les dejo solos para que puedan hablar de mujeres y contarse las batallitas en paz". "Seguro que esta vez sí que entro en la selección". Era para dar clases sobre análisis de alimentos entre ellos el vino y los quesos.

Por lo visto, las clases se impartían solo en nuestra provincia, por lo que podía haber escogido toda la comunidad, y por tanto, tendría más puntos.

Ni Chema, ni yo, fuimos seleccionados. Le llamé para comunicárselo y él ya lo sabía. De todas maneras, él llevaba el certificado en regla como que había hecho el CCP. El muy cabrito, se adelantó a todos.

"En fin, a ver en qué lista me puedo apuntar para trabajar algo, y por supuesto, seguir con el libro adelante; ya sabes Antonio, tienes que escribirlo durante cuatro años".

No había pensado hacer más cursos, entre otras cosas porque no me quedaba dinero. "Dios mío, tengo que conseguir un trabajo, pues en esta situación no puedo seguir".

Di de baja el coche, tras absurdos papeleos. Me vacilaron como quisieron en la policía local. Incluso en una ocasión, fui a las cinco de la madrugada, y allí, me volvieron a tomar a la guasa. Al final, lo arreglé, tras esperar más de una hora, estando dicho policía, el que yo necesitaba, sin hacer nada, paseando por las oficinas. Sinceramente, el de información, que también era policía, se portó nefastamente, gracias a un mando que allí había. Por qué va la gente con tan mala fe, no tengo ni idea. Salí de allí amaneciendo, y me fui a mi casa a dormir.

El verano iba pasando. No quería volver a trabajar en una farmacia, y menos con los irrisorios sueldos que había cobrado, pues entre una cosa y otra, casi no podía ahorrar. En una ocasión, fui por la farmacia de los tías. Al llegar, Mila se escondió y Dulcina me dijo:

—La farmacia la vendimos.

Fue un shock tal, que me quedé sin habla.

—Y ahora, qué –me dijo Pilar, la boticaria.

-¿Cómo?

—Sí, que ahora qué.

Deduzco que se puso contenta al hacerme esa jugada mis tías. Se le agradece la intención.

—Ahora, cuando nos quieras visitar, nos llamas al…

—Bien, bien.

e-libro.net

Menos mal que tenía prisa, por lo que cogí el certificado de trabajo que les había pedido y que era el motivo por el que fui a verlas y me largué.

Llegué a mi casa sin haberme restablecido del todo. Se lo dije a mi madre, quién seguro que para darme ánimos me calmó con:

—Y tú te creías que tus tías te iban a dejar la farmacia, pero bueno, Antonio…

Seguía sin salir de mi estupor, "mi madre, qué gente, primero mi padre y ahora ellas".

Por lo que se veía, tenía que tener claro, que en la familia no podía confiar. Pues según parecía iba a ser cierto eso de: "el puro, cuando me lo fume será mío". "¿Qué me queda?, no puedo dar clases, no sé de ningún trabajo, no tengo dinero, tengo que escribir el libro. No tengo más que para un mes, sin muchos gastos, tan sólo para algún que otro libro, y para nada más".

"¿Qué pasa, que tan difícil es ponerme a trabajar pa'l estado?, pues sí, eso parece, ¡coño!, yo era un buen estudiante, mejor que muchos que ya tienen un puesto de trabajo. Encima cuando trabajo, soy un animal de él, mientras que otros hacen que hacen, pero realmente no hacen".

"¿Es tan hediondo este mundo? Pues a la vista de los resultados parece que sí".

David no me dijo nada, pero seguramente se estaría regodeando, y pensando, no sin razón: "por fin ya me he quitado esta familia de encima". Y vaya si tenía razón.

Por supuesto, no me dijeron en cuanto la habían vendido, pero de hacer caso a lo que me comentó mi tía cuando la estaba vendiendo, pedía doscientos millones. Según dijo la boticaria, la vendió en lo que pedía.

Ellas estaban invitadas a casa de mis hermanas para que les vieran. Antes de que eso sucediera, las fui a ver a su casa, y estaba extraño, tenía falta de costumbre, pensando entre: "me han jodido, y qué hago yo viniendo a casa de esta gente". Pero, en fin, mi madre tenía razón. Y, por otro lado, qué pretendía, que el mayor negocio de la familia Fijoleis, me lo llevase yo por mi linda cara, y luego los demás a pedir por puerta; pues no, la vendieron y ahora se lo gastan a base de bien.

Pero pasemos al día en que fueron a ver a mis hermanas a Arinaga. Un servidor no fue, pues no lo encontró necesario; en cambio, sí había ido Maru, Pine y Piluca. ¡Sorpresa, sorpresa!, dieron para cada sobrino dos millones de pesetas. Cuando me llamaron por teléfono y me lo dijeron me entró un cosquilleo por dentro, y di gracias al Señor, pues lo que empezaba a crearme una úlcera de estómago, la falta de dinero, me la acababan de solucionar por un tiempo. A saber cuánto habían cobrado, pues cualquiera les preguntaba las condiciones del negocio.

Di una miserable cantidad para obras benéficas, pero el resto lo guardé para mí, lo amontoné, para costearme un nivel de vida, que en absoluto me lo había ganado.

El primer desembolso grande, sería para comprarme un ordenador, no muy bueno, pero suficiente, para poder escribir en él este manuscrito. Primero pensé en uno de segunda mano, pero la gente es muy pesetera, y no dieron su brazo a torcer, pidiendo por los suyos lo que no valían. Descubrí casas que los vendían de segunda mano, me informé con mis amigos, y les dije más o menos cuanto quería gastarme. José Luis, el hermano de Tony era uno de mis contactos, el otro, Control. José Luis, trabajaba ahora en el sur, desde por la mañana hasta la noche, con él no se podía contar para que me acompañara. En los periódicos venían ofertas; no entendía nada sobre el tema, por lo que consultaba con los dos citados. "Sí, no está mal ese…", etc.

El dinero me quemaba en las manos, tenía que comprarlo y ya; no soy de los qué esperan las oportunidades, lo que se me ocurre me gusta hacerlo cuanto antes mejor. En eso, un día me llama Control, que por su casa hoy una tienda especializada en estos temas, y que venden barato. Allí fui, Control fue conmigo y él acordó las características del trato. El que pagaba era yo. Le aumentarían la memoria, o sea, supongo que la capacidad de almacenar datos. Me regalaban en el lote unos cuantos CD-Rom. Estaba completo. Faltaba la impresora que me la debían mandar de otra tienda. El joven que nos atendió, me hizo recordar a mi sobrino Dani, joven, decidido, bien cuidado, pero la ropa, igual para todos los empleados, le quedaba estrecha.

Cuando estábamos cerrando el trato, vino uno que por el saludo que le dio el joven, estaba claro que era el jefe. El cuasi adolescente, puso su cronómetro en marcha, quizás para saber cuanto tiempo estaba el jefe allí.

Total que me tuve que ir sin el ordenador, aunque dejé unas treinta mil pesetas a cuenta. Entre otras cosas mejor, porque no tenía coche en el que llevarlo, y un taxi habría que ir a buscarlo, en fin que era más engorroso.

Cuando me lo dieron, llamé a Tony y éste se prestó a ayudarme a transportarlo. Tony estaba a disgusto con el coche que le había regalado el padre, "pero era un coche", me decía para mis adentros.

e-libro.net

Esto de ser huérfano de padre, es sobre todo duro, porque económicamente, se ve sin respaldo el afectado. De todas maneras, nos había desheredado de antes, y ya lo decía él:

—De mí, no van a ver ni un duro.

Y así fue.

Nunca había visto tanto dinero junto, que por otra parte, no abultaba casi nada, un pequeño fajo con doscientos billetes nuevos de diez mil pesetas. Cuando me lo dio Piluca, me extrañó ver lo poco que abultaba. Billetes celestes; casi no me acordaba cómo eran, pues no los había vuelto a ver desde que D. Rafael me pagaba con ellos.

A partir del CCP, ya no tomaba café ni agua en los bares, tenía la sospecha de que esos establecimientos, se iban a quedar con un cliente menos.

Si de por sí he sido sedentario parte de mi vida, parecía que ahora más. Encima, las últimas noticias extraacadémicas apuntaban a que el ejercicio violento, no era aconsejable, lo mejor que había para la salud era pasear. A eso me apunté.

Llevaba al perro de la casa, “Buster” a pasear cerca del domicilio. Es una maravilla de perro, y sobre todo muy bueno, un cacho de pan. No empezaba a sacarlo ahora, sino que ya venía de atrás, y aunque muchas veces se me hace molesto sacarlo, es una recompensa tanto para el cuerpo como para el animalito.

Es posible que fuera lo más indicado, comprar oro, tal como me había hecho la observación Luis Cosmen, por consejo de un judío. No sé qué manía tiene la gente de poner este sustantivo de forma peyorativa; de ellos hasta hace poco, sólo sabía que se les daba muy bien los negocios. Ahora sospecho que es también porque fueron los que les tocó la peor parte del Nuevo Testamento, pero ¿eran todos los judíos los que Lo mataron? ¿No creen ellos también en Jesucristo? Yo creo que sí, y si no me enfado con mis amigos por cuestiones religiosas… (iba a decir que con ellos tampoco, pero ¿les ha perdonado Dios?, yo creo que sí, entonces ¿asunto de qué me voy yo a enfadar?).

Poco a poco, empezaba a pedirle al Señor, que dirigiera mis pasos, y la verdad es que en cuanto a salud, no me puedo quejar, y la de la familia, imagino que tampoco, en cuanto a dinero, había encontrado un respiro, un balón de oxígeno, que me permitía el poder llevar mi ritmo, aunque sin pensar que ya podría mantener una mujer y unos hijos. Todavía no. Y, aparte de eso, ¿iba ahora a dejar a mi madre en la estacada, sola?; ella me repite que si yo me voy de la casa, ella vende esta, y se va a una residencia (de ancianos, se entiende).

Pero, aunque me habían dado un dinero, si conseguía trabajar en algo, mejor que mejor, pero, “Señor, dirige mis pasos”, seguía rogando, para que me iluminara.

Una mañana, con pocas horas de sueño, llaman por teléfono; no hay nadie en la casa mas que yo, cojo el teléfono y preguntan por mí:

-¿Antonio Fijoleis?

—Sí, soy yo…

—Te llamo desde la Dirección del Área de Salud, para si quieres trabajar haciendo una sustitución de inspector en Mogán y La Aldea.

—No, no me interesa –pensaba en que, a saber lo que era eso, y que me mandaban al culo del mundo.

—Pues vale…

Me vuelvo, con la misma a la cama, y empieza mi cerebro a maquinar. “Fijoleis, no tienes ningún trabajo, y este es por el estado, quizás te interese…”

Total, que teniendo el número de teléfono que me había dado Rubens, el día que entregué el currículum llamo a Susana:

—Dirección de Área de Salud, buenos días.

—Me podría poner con Susana.

—Espere un momento.

-¿Sí?

-¿Susana?

—Sí.

—Hola, soy Antonio, al que llamaste hace poco, que mira, que sí me interesa el trabajo, pero no sé en qué consiste.

—Bueno, para eso, llama a Antonio Fernández.

Llamo, y ella no me aclaró, que él era el jefe de Área.

e-libro.net

—Con Antonio Fernández, por favor.

-¿Con don Antonio Fernández? –me responde un voz.

—Sí, gracias.

"¡Coño!, que bien tratan aquí a los farmacéuticos", deduje no sin cierta sospecha, tenía la mosca detrás de la oreja.

-¿Sí?

-¿Antonio Fernández?

-Sí.

—Mira, soy Antonio Fijoleis, y es para decirte, que yo no tengo ni idea del trabajo ese; no sé en qué consiste lo de ser inspector.

—Bueno pasa por aquí y hablamos –me dijo no sin cierto desconcierto por tutearlo y avasallarlo de entrada, sin habernos conocido previamente, ni haber tenido ningún contacto de ningún tipo.

Fui ese día. Al ver que había metido la pata al tutearlo, me pensé mucho en la ropa que debía llevar. "Seria, sí seria, pero no muy llamativa, nada muy caro, de oscuro mejor, ¡ah!, ya sé".

Al final, escogí un pantalón azul y una camisa de manga corta de cuadritos negros y blancos.

Bajé a la Dirección de Área, y allí, a la entrada, pregunté, por Antonio Fernández. Me indicaron el lugar. Hacia el que me encaminé con un ligero susto en el estómago.

A la entrada de su despacho, estaban unas secretarias. Una parecía nueva, o con ese nuevo destino. Su trabajo no era difícil, pegar unas fotos en unos carnés de manipulador de alimentos. Me tuvo esperando un rato, a pesar de que le avisaron que estaba allí. Dentro había un subalterno, que por la forma de vestir intuí que no de muy alto rango.

Cuando a él le pareció, salió, y me dijo:

—Un momentito.

Llamó a otro, el que me enteraría que se llamaba Gonzalo (el apellido no lo recuerdo).

Entramos los tres en el despacho del jefe.

Empezó a hablar y a hablar, y entre otras cosas, me dijo que cuando alguien empieza en su trabajo, no sabe en qué consiste pero luego ve como es, y lo hace. Entre otras cosas también dijo:

—Porque no sé para qué lo quieres tú, si como experiencia, para hacer carrera, para unas oposiciones,…

"Para hacer carrera", debió de iluminarse mis ojos al pensarlo. Total, que me seleccionaron, los jefes admitían mi persona.

"Que suerte más grande he tenido, y todo se lo debo a Chema. Oh, gracias Dios mío", pensaba al salir de la entrevista. Empezaba a trabajar, tres semanas más tarde. Fenómeno. Quiso la mala fortuna, que cayera enfermo con lo que creí que era un gripe, con diarreas, fiebre, vómitos y dolores.

No tenía medicamentos, por lo que le dije a Jose, mi hermano, si me iba a buscar los necesarios, para curarme. Me dormí, y a la media hora, más o menos, me desperté. Oí ruidos abajo.

-¡Jose, todavía no me has ido a buscar las medicinas! –dije desde mi cuarto arriba, en tono de voz bastante alto e indignado con su tardanza. "No sabe que estoy muriendo…".

Me quedé frito, dormido por completo. Al par de horas, me levanté, y quería ponerme a escribir, pero no podía levantarme de la cama: "¡Sí, tengo que escribir!, ¿escribiré hoy?, ¡sí, tengo que escribir! Pero no puedo, ¡Dios míos, me estoy cayendo, no puedo, la enfermedad no me deja! ¿Y si me vuelvo un gandul, y empiezo por un día, y después, me paso semanas, y quién sabe si meses, o todo la vida? ¡No Dios mío, tienes que ayudarme!" Al final ese día no pude escribir.

Había mandado a comprar paracetamol y una combinación de sulfamidas y antibióticos, al igual que el consabido Fortasec®. Empecé a medicarme sin ver al médico.

Estaba expulsando líquidos en exceso. Llamé a Mila y le pregunté sobre el tratamiento, a ver si creía que era el adecuado, y para preguntarle si pensaba que lo mío era gripe. Le dije los síntomas y:

—Sí, la epidemia de gripe que hay ahora es así.

—Pues vale, gracias. Adiós.

—Bueno, adiós.

Descansé al oír el dictamen de una persona con más experiencia que yo, aunque ahora en paro.

Al ver mi madre la cantidad de veces que iba a baño a defecar, empezó a llamar a la familia, para pedirle recetas con dietas astringentes. Me hicieron también la típica mezcla de suero fisiológico, Pepsi, Seven'up,

e-libro.net

bicarbonato y azúcar. La hizo en cantidades gigantescas. La comida, nada pesada, ni cosas que “aflojaran”. La verdad que aunque no era la primera vez, me estaba “yendo por patas”.

El primer día de estar enfermo, no escribí, ni pude leer nada; los días siguientes aunque enfermo, pude leer algo y escribir lo establecido en esos días.

Al principio, ni siquiera el pijama me puse, sino el chandal y la bata que tenía puestos; me sirvieron a modo de pijama, metido entre sábanas. Aunque no sé lo que dice la medicina al respecto, yo, en lugar de coger fresco para bajar fiebre, en tal estado de duda, opté por lo tradicional, sudar y sudar. La fiebre me subió hasta casi treinta y nueve, pero estaba confiado; estaba en mi casa y con mi madre, nada más me faltaba.

Mi madre, desde su neumonía, ha cogido pánico a las gripes y enfermedades infectocontagiosas, por lo que no va a casa de enfermos. En mi cuarto, intentaba entrar lo menos posible, aun así, no descuidó nunca mi estado de salud. Por fortuna, empecé a mejorar poco a poco. Sin prisas pero sin pausa.

Me llamó Susana, para que le llevara los papeles y una foto, para arreglar el contrato. Le dije que estaba malo, que si no le importaba que fuera a final de semana. “En absoluto”.

Al final de la semana, le tuve que volver a llamar, para decirle que aún estaba débil, que intentaría ir sin falta a la semana siguiente. Por lo pronto, interesaba curarme cuanto antes mejor. Ahora, sólo tenía décimas de fiebre, tal que algunos ni la consideran como tal; no creo lo mismo, el cuerpo está inestable.

Reconozco, que nuestra medicina alopática trata de neutralizar con lo contrario, y en el curso de ortopedia, bien nos indicaron que para combatir las lesiones calientes, se usara el frío, y para las fríos el calor; aun así, tengo pánico cuando estoy con fiebre, coger frío y ducharme con agua fría, que es lo que se oye que debería ser, pero al no estar demostrado, ni haberlo yo estudiado, pues sigo como dije con el método antiguo; pero, con ello ¿no estoy estancado y no progreso?

Sí, pero ¿qué voy a hacer, experimentar con mi persona, cuando sobre ello, no conozco casi nada, y quizás tenga los conocimientos que adquirí, caducados, poco puestos al día?

Últimamente me preocupa ponerme al día, aunque desconozco los medios por los que me puedo enterar de lo último de mi antigua profesión, salvo por el par de revistas que recibo mensualmente, algunas, incluso, más de tarde en tarde. Encima, sospecho que algunas no sean de fiar del todo.

Empecé a ver a Miguel, el boticario que había trabajado en la península, y que no acabó el CCP, solíamos hablar de vez en cuando. Cuando sacaba al perro y coincidíamos, charlábamos un par de minutos, me decía cosas como que ya estaba cansado de su trabajo, que el jefe le caía mal, etc. En definitiva, lo que hablan los trabajadores. Por mi parte, le contaba que tenía trabajo, aunque tampoco quería trabajar en una farmacia.

Por entonces, pensaba que no me importaría trabajar en una multinacional. Me decía para mí: “Sería fenomenal una gran empresa en la que prosperar”. Con el tiempo vería que eso no es tan bueno ni fácil, que lo que buscan las multinacionales es dinero y más dinero (¿y quién no?), pero así y todo, debía uno llevarse bien con los jefes, hacerles la pelota, y seguía existiendo el inconveniente, de que cuando uno no sirviera para la empresa, o le resultase molesto, sin duda, me despedirían. A parte de eso, ¿sabría yo desenvolverme en una multinacional? ¿Qué sería de mí si cometiera algún fallo?, etc. No todo es color de rosa. Y, ¿si metiera la pata igual que con los profesores, al hacer preguntas inoportunas, me castigarían con un suspenso, o con el despido?, quizás fuera entonces la cosa mucho más preocupante.

Aunque, por el estado, tampoco es tan fácil la cosa, si no, miren a los políticos, hoy arriba, mañana abajo, ¿ocurrirá igual con los farmacéuticos? Quizás lo mejor hubiera sido quedarme en la universidad, en el departamento de “Para”, no sé. Quién sabe; solo Dios.

Miguel, parecía estar contento con su suerte. Siempre que lo veía, él iba de camino a la piscina, aunque él evitaba decirlo.

Siempre decía:

—Voy a la playa.

Y no decía a cuál.

Poco a poco se iba sincerado, y me contaba que realmente iba a la piscina, ¿cuál, a la Julio Navarro, o al Metropole? Tampoco lo decía, pero igualmente me contó con el paso de los días, que iba a la Julio Navarro. Sólo me dijo un sábado, y por tanto no tenía que volver pronto para ir a trabajar:

—Hoy sí que voy a Las Canteras.

Parecía un joven sano, aunque algo finolis. Nunca le he preguntado si es de la acera de enfrente, pero creo que sí.

e-libro.net

Tampoco me ha hablado sobre poner él una farmacia; comprarla, imagino que tampoco, pues aunque económicamente, es más solvente que yo, dudo que tenga la cantidad necesaria para comprar una.

Fui a rellenar cuando me repuse, el papeleo con Susana. También me puse a hablar con Ulises, el compañero de estudios, y me dijo lo que debía saberme para inspeccionar piscinas. Estaba contento, pero, quedaba saber, dónde me iba a quedar, pues suponía que ir y volver a Mogán todos los días, me saldría carísimo, y una pérdida de tiempo. "Tengo que buscar una pensión barata y cercana a la parada de guaguas. ¿En qué consistirá eso de inspeccionar?"

Tenía un revoltijo de ideas y dudas, como hacía tiempo no lo tenía.

En eso estaba, cuando Tony llevó a mi casa a la novia que en esa época tenía. Era una chica de la limpieza que trabajaba en una ferretería. Contó un par de cosas, por ejemplo, que al principio, le iban a poner una bata azul para que limpiara, pero que ella no quiso, y pidió una blanca, y ella, tan limpia era, que con ella limpiaba sin que se le ensuciara. "Una de dos, o no limpias mucho, o a saber como lo haces, pues yo las ensucio y no mucho, sino muchísimo", dejaba en mi interior este pensamiento sin respuesta.

Estaba buena, muy buena. Llevaba una mochila de las que usan los colegiales, y en ella llevaba un montón de libros.

-¿Para qué llevas tanto libro?

—Para leerlos.

—Pero, ¿y dónde los lees?

—Yo leo a todas horas –decía ella–, en la guagua, donde sea.

Entendido.

Tony le habló del libro de las parejas, que empezaba a sospechar que era el único que se había leído, y encima no del todo. Le comenté que yo lo tenía, que si quería se lo dejaba.

—Ah, pues si me lo dejas, te lo pido.

Se lo dejé. Ella, llamó a una pensión desde mi casa, que previamente habíamos buscado en el listín telefónico. Concretó con la mujer el precio y los días que yo iba a estar. También llamamos a un piso de alquiler, pero era caro, muy caro. Total, que ya tenía estancia en Mogán. Así no tendría que madrugar tanto. Me llevaría un par de libros, y la Biblia y papel para escribir. Suponía que el cuarto, debía tener un mínimo de una cama una silla y una mesa. Costaba unas dos mil quinientas la noche. No sabía cuánto ganaría, pero ya veríamos, "seguro que un inspector debe cobrar mucho dinero, entre otras cosas, para ser insobornable, por los inspeccionados".

Al día siguiente, el domingo, volvió la pareja, ya no me pareció tan guapa. Vestía distinto, pero bastante desgastada la ropa, y eso que era domingo. Estaba buena, eso sí. Según parece, se había casado unas cuantas veces. Tony dijo de ella, que sabía pegar unas mamadas increíbles; así debía de ser, con la experiencia en hombres que tenía.

Había escrito y publicado un libro.

-¡¿Cómo?!

"¡Genial, una chica inteligente, una chica precoz!"

—Sí, cuando era adolescente publiqué un libro, y ahora vuelvo a retomar la poesía.

"Esta chica es una mina. Genial. Encima, tiene un cuerpo de escándalo. Lo único malo es que tiene una hija, a la que habrá que alimentar. Pero bueno, quizás este trabajo del que me han llamado, sea estable, seguro que sí. ¡Dios mío, dirige mis pasos! Se le mire por donde se le mire, no tiene desperdicio esta chica".

Le hablé un poco sobre Águeda, y que me había dejado, quizás por mi ambición.

—Qué tonto.

—Oh, gracias.

—No, no lo decía por ti.

Sospechaba, aunque ahora no sospecho, que sí, lo decía por mí.

Hay gentes que no soportan a los que quieren hacer cosas, pero sin embargo, sus "ídolos", son precisamente eso, luchadores. No me extraña, que deba tener un motivo para estar separada tantas veces. Pudiera ser por la ineptitud de sus esposos, en cambio cuando yo insinué que quería prosperar, me trató de estúpido, o sea que esa no debe ser la causa. En fin, se fueron los dos después de tomar un café.

e-libro.net

Un día la llamé a su casa, tenía el contestador puesto, y cuando le estaba dejando el mensaje, descolgó el teléfono. “O sea, que soy tonto, pero seguro que creía que yo tenía dinero, y eso le interesaba. Quizás si fuera otro, no descolgaría el teléfono”.

Le di el recado que me había dado Tony para ella. Al final no me devolvió el libro.

Tenía casa propia, cedida por el estado. Eso no interesaba a Tony, quien pensaba que le darían la casa que estaba pagando, en breve.

-¿Cómo vamos a hacer con dos casas? –me decía él.

Yo, desgraciadamente, no tenía ese problema.

Llegó el día de empezar a trabajar y fui a la Dirección del Área de Salud. Allí hablé con Ulises, quién me dijo lo que tenía que aprender, que él se iba a una boda los siguientes días a Madrid. Estaba pasándome el material cuando llegó Antonio Fdez., previamente le pregunté a Ulises si él lo trataba al jefe de “don”. Me hizo un gesto negativo y de extrañeza con la cabeza.

—Antonio, para cuando aprendas, vayas a hacer las piscinas a Mogán.

—Sí, ya tengo una pensión hablada en Mogán, donde quedarme. No es muy buena –no mencioné que intuía que más bien fuera mala-, pero para un par de semanas, tampoco hace falta mucho.

Esto le asombró al jefe, quién se fue chancleteando los zapatos, que a todas luces le quedaban anchos, y con su ropa comprada con mal gusto, y de baratillo. Nada acorde con su rango. El otro jefe, Gonzalo, vestía mucho, pero que mucho mejor, sin llegar a desentonar con su rango.

Los que estaban en la sala con mesas y sillones, eran pocos, pero todos juntos. Según parecía los que allí trabajaban, eran todos farmacéuticos, salvo dos, Nieves y Charo.

Antonio F. me dijo que fuera con Ulises a una inspección, para que aprendiera.

—Bien, bien, gracias.

—Ulises, le llevas a una piscina al sur y allí le enseñas.

—No, yo pensaba llevarlo a una piscina aquí –dando a entender al jefe, que él ni de coña iba a perder un día en bajar al sur.

—Ah, bien, bien, vete –respondió el jefe.

Me dio mucho material para estudiar, y me supuse que me iba a desbordar, pues estaba la cuestión, que en mi casa, leía literatura, para dar al libro consistencia de novela.

—Pero mira, yo en mi casa no puedo leer esto, pues estoy escribiendo un libro.

-¡Pero si eso te lo lees en un momento! –me respondió el compañero, que en ese momento estaba por encima mío.

Con el rabo entre las piernas, me fui a la mesa que me había adjudicado, y empecé a hojear. Estaba estresado, y no podía fijar bien la atención. “No creo que me de tiempo de leerlo todo”. Había al lado de la mesa de Ulises una chica que sí, pero no, era veterinaria, de nombre Rosario, pero conocida por Charo. Tenía cuerpo de mujer joven, pero su cara era de niña, no niña guapa, sino de niña que no ha alcanzado la belleza de una mujer joven, que es lo que el resto de su cuerpo denotaba. Enseguida observé, que allí se trabajaba poco, se llamaba mucho por teléfono a las amistades, y entre ellos se charlaba más si cabe.

La primera hora la pasaron tomando café en el local pero en un sitio que no me reseñaron.

Luego, se pusieron a leer el periódico, a pesar de que hacía tiempo que había sido la hora de comienzo de la jornada.

Pregunté que cuánto se cobraba y Ulises me dejó estupefacto:

—Unas ciento treinta o ciento cuarenta.

Asombrado, no daba crédito a lo que oía; “¡que unos inspectores farmacéuticos cobren tan poco! Esto es imposible”.

—Mira los gastos de la guagua se pueden pedir.

—Eso pregúntaselo a Antonio.

“Quizás sea mejor callarse”. Me puse a leer, aunque primero fui al baño. Bestial, magnífico, con las últimas medidas higiénicas. “Se nota que los que aquí hay son sanitarios”.

Los patios a los que daba el salón con las mesas individuales, eran feos, sosos, algo depresivo. Se notaba el contraste del interior con el exterior. Los ventanales, abundantes, tenían unas persianas plásticas verdes.

e-libro.net

Ulises, a parte de ese trabajo, tenía una parafarmacia en los sótanos de los locales para transportes de las guaguas que iban fuera de la ciudad, y que cubrían las comunicaciones más importantes de toda la isla.

No había visto su negocio, pero parecía que le debía ir bien, al menos por la forma de vestir que tenía. Era de piel y pelo moreno, se mantenía delgado, y el tipo y estilo, se me parecía al de Tony.

"Seguro, que me hago el dueño de esto, y luego, escribo una novela basada en inspectores sanitarios. Descarado. Primer paso: aprenderse la legislación de las piscinas, así que: a trabajar".

Me puse a leer con fruición aquello. Empezaron a salir los de la sala, por último salió Rubens. Ulises les gritó:

-¿Dónde van, al de siempre?

—Sí, sí.

Me estaba diciendo una cosa, y se le veía que tenía prisa por dejarme e ir a desayunar al bar con sus otros compañeros.

A mí, nadie me invitó. "Mejor, así tengo tiempo de leerme esto". Me consolaba yo. "O sea, que soy su colega, pero no soy aún colega con categoría como para acompañarles", aunque bien es verdad, que de qué iba a hablar con ellos, cuando no tenía en común ningún tema de conversación.

La sala estaba vacía, sólo yo en toda ella.

¿Irán todos los días a desayunar, y hacen tantas argollas siempre?

Esas y otras preguntas me hacía; "pero en fin, ya veremos qué es lo que ocurre".

Llegaron casi una hora después, poco a poco. Se sentaron y estuvieron en silencio y trabajando una media hora, después, vuelta a charlar y a llamar por teléfono, al novio, novia, marido, amigo, etc.

"Pues debe ser cierto lo que dicen de los funcionarios. No me extraña que la gente hable tan mal de ellos".

Le pregunté a Ulises, si él usaba maletín:

—Cuando empecé a trabajar aquí, me compré uno, pero no lo uso, y lo tengo en un ropero, en ese –me indicó con el dedo, señalándome un ropero que estaba detrás de Esther Lidia, otra colega.

Suponía que esa chica debía ser de las más nuevas, pues hacía la pelota bastante a sus compañeros. Me enteraría que ella y Ana Teresa, eran de Teror, y bajaban todos los días a Las Palmas a trabajar. "Eso es moral". Esther, vestía ropas vaporosas, y sueltitas, estaba macizota, y tenía un polvo, pero solo uno. Me imaginaba revolcándome en sus redondeces. No estaba mal. Ana Teresa, estaba casada y con hijos, parecía una buena chica, y que no le iba muy bien económicamente, pues la ropa se notaba hecha a mano por una mala costurera; quizá ella misma. El pelo lo tenía seco, como el mío. "No cuida mucho su imagen esta chica; hay que ver, tan joven y casada con hijos. Eso sí es una responsabilidad, sacar una familia adelante, y con lo poco que aquí se gana, a saber si el marido está parado, ¿quién sabe?"

Pensaba que no tenía remedio, y que era incapaz de mantener una familia, a pesar de estar volcado totalmente en el nuevo trabajo y mi libro.

Esos días, casualmente, mi hermana Saso estaba quedándose en mi casa, después de estar años sin dormir ni comer en la casa.

Llegaba tenso a las comidas, salíamos una hora antes del trabajo, por tener el horario de verano. Antes de salir, Antonio llegó con un número de teléfono de Silvia Estupiñán, veterinaria que iba a diario a Arguineguín, y con la que me debía poner en contacto, para ir con ella al sur.

—Gracias, muchas gracias –le respondí, al jefe, enormemente agradecido.

A la pregunta de qué hacer en el sur para buscar piscinas, sin coche, Ulises me respondió.

—Vas a las oficinas de Turismo o al ayuntamiento, y pides un mapa, y con él vas a las inspecciones, "uf, me espera un buen pateo", intuía.

Cuando fui a mi casa, en taxi, pues aunque no había cobrado, algo de dinero tenía, vi que estaba mi hermana Saso y mi madre, esperando para comer juntos. Tenía un traje muy veraniego, de color naranja y amarillo, aunque me dejaba asombrado el que se le vieran los pechos. De poco para acá, la casa de mi madre, se había convertido en puritana, por lo que el blusón, me sorprendió y me cohibía. Quizás si en lugar de ser mi hermana, hubiera sido otra chica, seguramente no me hubiera trastornado tanto.

Les dije lo que iba a ganar a las dos mujeres, y no dijeron nada, conté cómo me había ido el día y lo que había hecho.

e-libro.net

Comíamos un potaje de verduras, seguro que en honor a Saso, algo típico, aunque, con los calores no pegaba mucho, pero eso era cosa de mi madre. Observé que Saso estaba algo atontada, seguro que por falta de costumbre al caluroso tiempo que pasábamos.

Ellas hablarían de sus cosas, y saldrían por allí; por mi parte leía algo la legislación, e intentaba leer literatura. Seguía con el libro.

Me había comprado un manual para aprender a usar un programa, el "Word 97", por consejo de Control, con quién habíamos ido a El Corte Inglés. El que previamente me había aconsejado este auxiliar administrativo, ya no quedaba, y por no esperar más tiempo, compré ese otro.

El programa me lo instaló Control, y me dio un par de instrucciones de uso. Se llevaría nuevamente el CD-ROM. Creía que me lo iba a dejar, pero no fue así.

Leía todos los días algo el manual, y me iba familiarizando con el ordenador.

Empecé por escribir el currículum y un par de cosas más. "¿Qué invento más grande?", me decía, al ver cómo se imprimía lo escrito, y que se guardara en él la información, y que con un par de retoques de cada vez, se podía aumentar o disminuir lo escrito. Realmente algo genial.

Antonio Fijoleis, el enemigo del ordenador, se iba amoldando al progreso y reconciliando con el futuro.

Seguía sin tener vídeo, el que me gustaría tenerlo por las películas porno, pues para otra cosa no lo necesitaba, respecto a la tele, me pasaba días que ni siquiera pasaba por el cuarto en la que estaba.

Siempre voy casi directamente a hacer cosas a mi cuarto, después de las comidas, a lo sumo paseo al perro, pero ahora no tenía tiempo, debía trabajar y trabajar. En parte, también, para que Saso no creyera que uno era un gandul, respecto a su marido. De quien cada vez más, menos me explico, cómo ha llegado allá arriba. Supongo que a mi edad, ya disponía de un amplio bagaje a sus espaldas.

Un servidor malvivía, y no era capaz ni de ganar suficiente para alquilar un piso. "¡Señor, ayúdame! ¡No, dirige mis pasos!, mejor". Encima, parecía, que fuera de mi tierra, no sabía vivir de manera adecuada; allá donde iba, estaba de copas, o metiendo la pata continuamente.

En fin, por la tarde no pasó nada más interesante. Aprovechaba poco el tiempo, creyendo que debía hacer descansos cada pocas horas, según decían los malos manuales al uso.

Hablaba con Maru por teléfono, y le gustaba ese trabajo para mí, a Pine también. Me había dicho Ulises, que el primer día, fuera a Mogán, a presentarme a Emilio, el farmacéutico titular al que iba a sustituir:

—El día que vayas para abajo, lo vas a ver, y después te vuelves para tu casa.

-¿Hasta Mogán el primer día?

—Sí –me contestó cabreado por mi haraganería, sin pensar que él no quiso llevarme al sur, y que encima él tenía coche; más aún, se iba a Madrid de juerga cogiendo para ello días de trabajo.

Al día siguiente me levanté contento por ir al trabajo; sería a eso de las cinco de la mañana, para desayunar, afeitarme, ducharme, vestirme, etc, e ir caminando, a cumplir con mi obligación.

Cuando entré por la puerta, antes del horario al público, uno de seguridad me paró:

-¿A dónde va?

—Soy el sustituto.

Alguien le tuvo que decir que era farmacéutico, pues a la salida, solo le faltó lamerme los zapatos. No esperaba, ni deseaba tal servilismo, me abrió incluso la puerta de entrada, algo denigrante.

Fui al salón donde estaban los "despachos" y allí me senté en la mesa de Ulises. Todo estaba nuevo, daba gusto, aunque la calidad del sitio no fuera muy grande. Tampoco lo eran la mayoría de los institutos ni las farmacias.

A mi derecha, tenía una chica, muy fea, pero muy agradable, y como siempre, parecía una buena chica.

—Yo soy administrativa, pero tengo mi carrerita de Derecho.

Me asombró, "una licenciada, en un puesto en el que a lo sumo pedían el BUP. No podía ser posible, y yo me lamentaba de mi suerte".

Ella parecía satisfecha; deduje que estaba estrenando puesto, por su forma de vestir, y el respeto (miedo), que tenía a Gonzalo, nuestro jefe.

"Esto es inaudito, ella con unas oposiciones le tiene miedo, y yo paso bastante, siendo un pringao como lo soy"; quizás porque no era mi primer trabajo ese. Supuse que a mi nueva amiga Nieves, le caía bien, y así fue; de vez en cuando nos pegábamos algunas parrafadas.

e-libro.net

Parecía que iba bien en la comprensión (si es que se pueden comprender) de las leyes referentes a mi nuevo oficio.

Me daba vergüenza estar en la oficina, y no hacer más que leer y estudiar. “Seguro que estoy defraudando al contribuyente”. Otra colega, Conchi, se puso a hablar conmigo. No me parecía trigo muy limpio, en los dos sentidos del calificativo. Se ofreció a darme una cubeta con indicadores de pH y del cloro libre para las piscinas.

Después de leídas las leyes, cogí los libros que Ulises me había “aconsejado” y también me los leí. Por último, cogí las actas y anexos específicos para piscinas, y los estudié. Las palabras de las que tenía dudas, las apuntaba en un papel con zonas adhesivas, para buscar el significado en el diccionario. Me dijeron si quería ir a desayunar con ellos.

—No, gracias, pero si me traen un cortado, se los agradecería mucho.

Lo dije mirando a Esther quién aceptó, y le di una moneda de 100 pesetas.

“¿De dónde sacará esta gente tanto dinero para ir tan bien vestidos, desayunos, coches, en fin tantos complementos, con tan poco sueldo?”

Conchi, a pesar de tener un marido médico, vestía mal, con ropa desgastada, y de mal gusto. Algo me hacía mantener la distancia con ella. Daba también la impresión de que hablaba en exceso.

Rubens, no se afeitaba, sino de vez en cuando. Hablaba un gallego muy cerrado. Le conté que había vivido un par de años en Santiago, y que tuve allí una novia.

-¿Cuánto hace de eso?

Le indiqué cuantos aproximadamente.

—Esa ya está casada y con hijos.

Así debe ser, aunque sea un golpe bajo para mi persona. Me enteré que de vez en cuando él salía de copas. “Yo, ya nunca”, iba a decirle, pero sólo se quedó en eso, un pensamiento.

“La gente progresa, y yo me voy estancando cada vez más. Debía tener razón Tomás al decirme aquello de: ‘la vida está en la calle’”.

Intenté abarcar lo más que pude. Así pasé la mayor parte del tiempo, hasta que vino Ulises de Madrid. Ese día, era el que tenía para aprender *in situ*, qué tenía que hacer en las inspecciones.

El fin de semana, había intentado contactar con Silvia, pero no cogía el teléfono móvil; ignoraba la causa.

Esto me ponía cada vez más nervioso, “si no voy con ella, ¿con quién voy? Es un pateo increíble”. Aun llevándome ella, debía coger guaguas y guaguas. Al final, me llamó el domingo por la noche; nos presentamos, y quedamos que el día que empezara a bajar al sur (que sería en breve) quedaría con ella.

Ulises, se pasó un par de horas contando que la borrachera fue supina. No me atraían esas cosas, por lo que casi no le hice caso, dentro de lo difícil que eso es en un espacio tan pequeño.

Después de mucho demorarse, pues tenía que ir para aquí o para allá, qué se yo que follones, llegó la hora de ir a la piscina. Estaba en la capital, y muy cerca de donde estábamos, aunque él cogió un taxi. Estaba en el muelle deportivo, y casi costó más caro el suplemento por la entrada, que la “carrera”.

-¿Por qué es tan caro? –preguntó Ulises– ¿por entrar al muelle?

—Sí.

Yo iba callado, todo lo que Ulises hacía me parecía bien.

Llegamos al club, “allí había dinero, sí señor, todo nuevo y de calidad”; yo no llevaba ropa muy buena, Ulises sí, aunque suele vestir casi siempre igual. Debe ser que el negocio privado le iba bien. Me contó que su mujer era azafata.

—Mi hermana también.

—No, pero ella es de Aviaco.

—Ah –aunque no le dije que la mía era de Iberia, para qué.

No dábamos con la entrada, hasta que unas chicas, nos llamaron desde dentro de una oficina con la puerta abierta.

Se presentó Ulises:

—Hola, somos los inspectores sanitarios, que venimos a inspeccionar la piscina.

Tenía el estómago encogido de la tensión, aunque poco a poco me fui tranquilizando, viendo que aquello no era tan difícil. Me acomplejaba, ver a los que parecía que tuvieran dinero, y ser uno allí el muerto de hambre. Pero no, había más gente en peores condiciones que uno, entre ellos, el “piscinero”, que iba vestido de trabajador, pero bastante ajado. Más llamativo, era lo mal cuidada que tenía la dentadura. Se le veía sudoroso y desaliñado.

e-libro.net

Nos llevaron entre una secretaria y él a la piscina; en el borde de ella, sentada bajo una sombrilla, estaba la socorrista diplomada. “Qué nivel”, pensé.

Hablaban de sus cosas Ulises y la secretaria. Cuando salimos a las instalaciones recreativas (que eran las únicas que iban a inspeccionarse), Ulises, preguntó:

-¿Dónde me puedo apoyar para escribir?

—Ahí mismo –le respondieron, señalándole una pequeña y baja mesa para bebidas. Nos sentamos y empezó a murmurar los requisitos que debía cumplir toda piscina de esas características, y las que nos las iba señalando el piscinero y que efectivamente, estaban en regla. “Esto debe ser porque está en la capital, donde se le exige más a la gente”, deduje no sé si correctamente o no.

Había pocos bañistas. Sentí en esos momentos, lo que nunca había sentido, y era poder. Nos tuteaban todos, pero se les veía atentos a nosotros, pues dependían de Ulises y de mí, que los sancionáramos con algo, y por tanto, el que ellos fueran tal vez recriminados por sus superiores, por no tener todo en regla.

Esa sensación no la había sentido nunca, y no quise que se adueñara de mí.

Bajamos a las máquinas donde debían estar funcionando las necesarias para el buen mantenimiento de la piscina. No recuerdo cuántas debían tener para cada vaso, ni para qué servían. Sé que unas, debían ser para poner el cloro, aunque según el tamaño del vaso, podrían ser o no de aplicación manual.

En definitiva, que la cosa no parecía ser tan difícil como pensaba, más bien resultaba lo contrario.

Dio Ulises el visto bueno, todos firmamos las actas y anexos. Ulises, me había dado una lista de unas cuarenta piscinas que debía inspeccionar, pero de ellas, era imprescindible que viera cinco o seis que me indicaba claramente en el documento que me dio.

“Dame suerte, Dios mío, dame suerte…”

A la salida de las instalaciones inspeccionadas, la secretaria, que ya salía tarde, nos dijo:

—Si quieren les llevo a la salida; voy por Tomás Morales, o sea que si van por ahí, les alcanzo.

—No, no, llévanos hasta la salida –masculló el ligón de Ulises.

“¡Mi madre, qué servilismo es este!, pues está claro que no es un acto hacia él y hacia mí, de humanidad”, intuí.

Nos llevó fuera del muelle, y mi colega le contaba, para agradecer su invitación:

—Porque la piscina está muy bien… Este es un compañero que ahora va a inspeccionar las piscinas.

Casi dejó dicho que estaba aprendiendo, y que él era el maestro. Me callé, pues aunque así era, no era para pregonarlo a los cuatro vientos.

Tenía un buen coche, por lo que imaginé que su marido, o novio, o amante, debía estar bien situado. Me hizo recordar a Herse, y Tomás. La causa de ello, no sabría decirla. Quizás se acostaba con el jefe, pero no, era demasiado esclava de “sus señores” como para ello.

Hablaron ellos dos de lo que costaba hacerse socio de ese club, y demás cosas baladíes...

—Adiós.

—Adiós, adiós, gracias.

—Adiós, adiós, gracias.

Nos despedimos los dos de ella.

Una vez en la calle, nos despedimos los dos, y cada uno cogió un taxi, él primero, le debía hacer la pelota. No me importaba mucho, pues supuse que fuera fácil coger otro, a pesar de ser una hora punta. No eran las dos, hora de salida del trabajo; nos habíamos escabullido antes del tiempo reglamentario.

Llegué a mi casa, algo más contento, Saso ya no estaba; eso me entristeció. Comí con mi madre, y luego, en silencio fui a leer al cuarto.

Llamé a Silvia, con quien quedé al día siguiente en el pasadizo del garaje del aparcamiento de la Avda. Rafael Cabrera, “también es casualidad”. Tenía que ir al médico, por lo que quizás se retrasara, pero ella iría.

Estaba estresado, por lo que dormí, no muy bien. Me levanté prontísimo, y salí media hora antes para evitar los atascos, y poder coger un taxi, al que llamé por teléfono.

Estaba disgustado, pues me saldría caro ir todos los días tan lejos y gastar taxi de ida y vuelta. “Parece que este trabajo no va a ser muy rentable; todo sea por coger puntos –me dije– además, qué coño, si voy a ser en breve un jefazo de este trabajo, claro que sí”.

La casualidad, quiso que cuando fui al bar donde habíamos quedado, viese a David y Carmen. No sin pesar, les pregunté sobre la nueva farmacéutica:

e-libro.net

—Bienísimo, sí, sí.

-¿Están arreglándola, no?

—Sí, la están cambiando por completo. Vete un día por allí.

No le contesté nada, pero sabía que no iría, me era muy duro, que la que pensaba que fuera algún día mía, pertenecía a otra persona, la cual encima, estaba cambiando todo.

—Ahora hay dos baños, uno para nosotros, y otro para ella.

No quise intervenir, pero habría jurado que dijo ella, en singular, entonces, a Pilar la trataba como una empleada, la que debía ir al baño de los empleados. No eran distintos, por ser uno para las mujeres y otro para los varones, no, uno era para la jefa y otro para los subalternos. Pues bueno vamos.

—Trabaja también César, Cesáreo, que dice que te conoce. Sabe muy bien como funciona el nuevo ordenador.

-¿César?, sí, sí, lo conozco, dale recuerdos.

“Espero que no se acuerde, que le fui a comprar un inductor del sueño, psicotrópico, con neurolépticos escritos en la receta…”, me atormentaba.

Ahora pienso, que qué iba a saber él para que servía el Lonseren®, y aunque así lo fuera, no era ningún delito estar enfermo, aunque sí un inconveniente para muchas cosas.

Me tomé un café con agua, y les fui a pagar también sus consumiciones, pensaba que eran un café cada uno; la camarera, que me caía más bien mal desde que trabajé por allí, me dijo:

-¿Todo?

—Sí,

No me avisó que la cuenta iba a ser astronómica, mil y pico pesetas. Me quedé tibio. Aunque tenía dinero, ya me parecía más que suficiente gastar más de mil en transportes al día aparte los cortados, y después lo que Silvia me quisiese cobrar por llevarme al sur.

Estaba desesperado de esperar y esperar. Carmen se fue a su trabajo, y nos quedamos los dos varones solos. No sabía de qué hablar, cosa que daba la sensación de no afectar a David, quien me contó que hoy había salido antes de su casa para no recuerdo qué, y era ese el motivo por el que desayunaron allí.

“Puede ser que la nueva jefa le haya subido el sueldo”, deduje, no sé si certeramente o no.

La jefa, compró esa farmacia para ella, y una que estaba cerca de mi casa, que también era de ella, se la dejó a su hijo recién licenciado. Se estila mucho eso de ayudarse mucho unos a otros en la familia.

No me debo quejar, pues Mila, me diría en una ocasión:

—Si te hubieras quedado, en la farmacia en lugar de hacer esos cursos, ahora tendrías un trabajo fijo.

Dándome a entender, que de haberme quedado, ella pondría al nuevo comprador la condición de que uno iba incluido en el lote. “Esta familia mía es todo un sol, a que sí”.

Después de esperar y cuando estaba a punto de levantarme, veo una chica que no está mal; efectivamente, es ella, Silvia. Nos presentamos y me desesperaba por la hora, pues no deseaba incumplir el horario de trabajo de mi nuevo empleo (que para algo me pagaban); ella aún siendo tarde, me dijo:

—Espera un momento que coma algo, que llevo toda la mañana en ayunas.

“En fin, ella sabrá”. Comió y por fin salimos. Le pagué su desayuno, en agradecimiento por dejarme ir con ella en el coche.

Subimos al garaje, y cuando veo un gran coche, me sorprendió: “¿Cómo coño puede tener ese cochazo con los sueldos que cobramos?” Hablando, hablando, me enteré que era doctora en veterinaria, y que su tesis, había tratado sobre las mieles canarias.

“Esta chica, me atrae, se le ve culta, es inteligente, está buena, qué más quiero”. Empecé a sondearla y me enteré que estaba casada. Algo le conté sobre mi vida, y entre esas cosas, que había estado viviendo con una chica cuatro años y medio (mentía siempre a todo el mundo el tiempo real, así podía presumir de experimentado).

-¿Sí?, ¡ño! Eso es casi como estar casado.

Con ello deduje, que su matrimonio era muy reciente, vamos, que hacía poco que se había casado, y que no habían vivido juntos antes.

Me parecía tremendamente culta, y que le gustaba hablar. A cada paso, iba descubriendo nuevas cosas, de esa bella e interesante mujer. Intuía que pertenecía a una gran familia, lo que me achicaba. Le comenté, que ese

e-libro.net

primer día, lo que debía hacer era presentarme ante Emilio, farmacéutico al que iba a sustituir, y que aunque de vacaciones, estaba en su farmacia.

-¡Ah!, no te preocupes, que yo voy contigo.

"Bien, no tengo que coger la guagua para ir a Mogán, y allí a saber si tenía que ir caminando hasta la botica. ¡Fenomenal!"

—Porque él no va nunca por el centro de salud. Son los empleados los que van a buscar la correspondencia.

Éstas las llevaban en ambulancia al sur.

"¡Será comodón, el tipo!, ya me lo imagino, gordo, con un puro y pedante al máximo. En fin, espero no tener que verlo mucho".

Hablamos de más cosas, y cuando me quise enterar ya estábamos en Arguineguín. Me quedé asombrado de lo que habían ampliado la autopista. Era la primera vez que la veía al completo.

—La entrada a Arguineguín es un follón, por culpa del alcalde, que se tiene un jaleo con los semáforos, que no se aclara.

"Bueno, pues según ella, nos pegaremos aquí una hora más o menos". En cinco minutos estábamos ya aparcando en el centro de salud. Entramos a él, y lo primero que hicimos, fue ir a orinar, cada uno a su baño. El mío, era nuevo, pero nada funcionaba. El Centro de Salud, era mono por fuera, pero muy incómodo por dentro. Saludamos a todo el personal que vimos, y ella me iba presentando a los demás. Di por inútil el aprenderme todos los nombres. Al final, no aprendería ni uno.

Inconveniente muy grave, como para captar votos hacía uno, en el supuesto de pretender un cargo político.

—Aquí se está tranquilo –comentó mi compañera.

¡Tilín!, se encendió una lucecita en el interior: "Lo que suponía, ya no quiere progresar más, o al menos con tesón". Fuimos a coger la correspondencia. Yo iba detrás de ella sin abrir la boca, callado y observando. El estómago me daba vueltas y se me encogía. "¡Es eso nerviosismo! Pues claro tolete".

Me llevó, en medio de gran cantidad de personas al piso alto, y allí a una sala de juntas.

—Aquí es donde vengo -casi me quiso decir que era su cuartel general–. El teléfono a veces no funciona. Un par de veces me han echado, diciéndome que cuando hay reunión, no puedo estar aquí.

—Para darle estas cartas a Emilio...

—Ábrelas tú, ahora tú eres el sustituto.

No me parecía bien, pero ella era la jefa. Eso hice, aunque muy a disgusto. Llamó por teléfono, abrió y hojeó la correspondencia, y dijo:

—Vamos a ver a Emilio.

—Vamos.

Pensaba que iríamos al coche, pero dijo:

—Ven por aquí, es aquí cerquita.

Y tanto, era enfrente del "Centro".

-¿Está Emilio?

—De parte de quién.

—De los inspectores.

A mi no se me ocurrió mas que saludarlos con un "hola" a cada uno de la pareja de empleados, quienes sorprendidos me contestaron. Y qué menos iba a hacer, si eran mis colegas en todas las farmacias a las que había ido.

"Huele a perro" lo olfateaba sin hacer ruido con la nariz. Efectivamente, había un perro impresionante; uno de esos asesinos, sentí miedo, pero me repuse: "Si está aquí el jefe, no creo que ataque. Este hombre está majara, es inspector sanitario, y no se le ocurre otra cosa que tener un perro en la farmacia. No vayas a decirle nada y metas la pata. Chitón", me decía.

Nos saludamos los tres, y cuando preguntó por lo que tenía que hacer le referí:

—Me dijeron, que hiciera piscinas, piscinas y piscinas.

—Pues bien, eso haces –me indicó Emilio.

-¿Quieres que te abra las cartas? –me curé en salud.

—No, no, déjalas allí.

e-libro.net

—Bien –descansé del delito que había cometido, al abrir correspondencia de otra persona.

—Pues nada –repitió un par de veces el boticario que aunque si era pedante, no era gordo ni fumaba puros; mas bien parecía un deportista.

—Porque el alcalde… –objetó Silvia.

—Sí, sí, él… –le respondió Emilio.

-¿Por qué no te dedicas a la política?

—No que va…

Se estableció entre ellos un diálogo al que no presté la más mínima atención. "¿Pero esta chica no se da cuenta que nos está echando?".

Al final, nos fuimos.

-¿Qué te pareció?

—El típico farmacéutico del pueblo.

—Yo, no he hablado mucho con él pero una vez me resolvió un problema con el alcalde de La Aldea.

No le pregunté en qué consistía el problema. Un servidor sí que tenía un problema, ya saben cuál era, sí, el coche. Pregunté dónde estaba el ayuntamiento, y allí fui. Estaba al lado.

Me dirigí a las ventanillas de información, en las que no había casi nadie, pero incluso así, tuve que esperar una media hora. Al final pregunté: ¿cómo podría hacer para saber las calles del sur? Donde a la vez salieran los nombres de los complejos de apartamentos.

Me mandaron a la oficina de información de Puerto Rico.

—Está lejos de la guagua.

—No, por allí cerca.

—Bien, gracias –me despedí y me fui.

Di marcha atrás, y cuando iba camino del Centro de Salud, reculé para hacer otra pregunta, aunque me daba cuenta, que no hacían nada para facilitarme el trabajo.

Entré nuevamente y pregunté. La casualidad quiso que por allí estuviera un guardia, al que me confió la funcionaria. Me presenté como inspector sanitario y lo que deseaba.

Me enseñó un mapa que él tenía de la zona, en el que no se especificaban los nombres de las urbanizaciones, ni de los bloques de apartamentos. A la pregunta de si era difícil llegar en guagua, ya que no tenía coche, me aconsejó que hablara con su jefe.

-¿Dónde está?

—Ahora lo mejor es que le llames mañana –contestó ahora sí tuteándome, para mi fortuna, pues me atribuía y daba confianza.

Con la intención de ir al día siguiente por la mañana a hablar con el jefe de la policía local, me fui a coger la guagua. Cara y aunque directa, algo tardaba. Por suerte, había llevado las gafas y un librito para leer, del cual casi no me enteré nada, por la tensión de lo nuevo, y desconocido, comparado a estar siempre en la ciudad o en mi casa. Llegué al "Hoyo", y de ahí salí para coger un taxi que me llevara a mi casa. Iba a salir cara la cosa de los transportes. Ir, iría con Silvia, salvo los viernes, pues ella iba a La Aldea, por otro camino. Se pegaba un tute impresionante, algo salvaje. La vuelta, salvo los jueves, en que tenía que estar en la Dirección del Área de Salud de Las Palmas, a las doce, no sabía cuando volvería, por lo que no me podría llevar para la capital más que ese día con seguridad. Los otros, nunca sabía cuando terminaría. Le daban unos papeles especiales para aparcar en cualquier lado, sin pagar; "ventajas del trabajador para el estado". Todavía así, y coincidimos un par de veces a la vuelta. "Afortunado que es uno".

Le llamaba por las noches para quedar al día siguiente en el sitio y la hora que ella quisiera. Siempre quedaba a las ocho (hora en que debíamos empezar a trabajar; suponía que a esa hora ya teníamos que estar en el sur trabajando, pero ella no lo entendía así, y me callé), o algo más tarde. La iba a esperar a la salida del garaje, sin saber por qué no quería que la acompañase o esperase en el aparcamiento. Alguna vez, me esperó ella, y otras la esperaba yo, aprovechando entonces para tomarme un café.

Al día siguiente, hablé con el jefe de policía, al que le conté el problema. Me dejó alucinado, cuando me dijo:

—Espere a las diez y se va a hacer las inspecciones con los "de playas".

"¡Guau, me asignan un coche y un guardia para ayudarme, esto es increíble!"

e-libro.net

Cuando a ellos les pareció, fuimos al jeep con la finalidad de que me llevaran donde tenía que ir. Una vez en el coche, empieza la radio a mandarles a un sitio y a otro; encima uno de ellos, nuevo, y con afán de protagonismo, iba a amonestar a todos los relaciones públicas ilegales que veía. En definitiva, que dábamos vueltas y vueltas. Por fin, cuando parecía que íbamos a inspeccionar, nos avisan por la emisora, que fuéramos urgentemente a no sé dónde. Allí fuimos, y me desalé cuando vi lo que pasaba, un socavón, preparado para poner los cimientos de un edificio, estaba totalmente inundado de agua; no era eso lo grave, sino que al lado había un bloque de edificios, al que de seguro se le estaba dañando los cimientos, y las gentes del lugar no se podían mover más que en barca, porque la salida daba al filtrado de agua marina.

Me acojoné, y me dije: "Ay Dios mío, haz como si no hubiera visto esto, que seguro que también es función del inspector, y no sé como hacer, ni cómo resolverlo". Me callé aunque desangelado, me callé. Estábamos tres, y por suerte uno de los dos guardias, los que iban en pantalón corto y con gorra, decidió dejar al otro (al que tenía afán de protagonismo) en el lugar ese, y nosotros iríamos a inspeccionar las piscinas. Allí me llevó y aunque empezó a tratarme de usted, le reconvine amablemente, e insté a que me tuteara.

Fuimos a mi primera piscina, todo en orden, pero estaban clorando el agua con sal común.

-¿Cómo es eso…?

—Sí, es que tiene cloro.

—Sí, sí, ya lo sé, pero déjeme ver cómo la cloran.

Allí me llevó el piscinero. Había en el suelo grandes bolsas con la sal (cloruro sódico). Apunté eso en el acta, pues no estaba convencido, ni seguro de si era o no correcto el método. Hice las pruebas colorimétricas y dieron que no estaba bien clorada. Le dije que no estaban bien cloradas, aunque no comenté nada del método de cloración, por ineptitud, por desconocer si aquello era o no legal, aunque creía que no era correcto el método, vamos, que no servía para mantener la higiene.

Hacía un calor de mil demonios, y me daba algo de vergüenza ir con el policía a modo de guardaespaldas, pero a la vez me ayudaba a estar más desenvuelto. Al ver, que en Las Palmas, en mi casa, iban algunos a mirar los contadores del agua y la luz y no decían nada, mas que limitarse a tomar notas, yo me limitaba a contestar las preguntas de los formularios, y a rellenar las actas tal cual me habían indicado.

La verdad es que parecía más fácil de lo que pensaba. En ese día, hice tres inspecciones, en poco más de una hora, pues tuvimos que subir y bajar montañas al estar las piscinas a inspeccionar en sitios alejados. Hacer aquello sin coche era un auténtico disparate. Encima iba bien, pues del total obligatorio a hacer, llevaba resuelta casi la mitad en un solo día. "Bien Antonio, vas bien", me consolaba.

Le invité al guardia a un café, al que le pregunté, por su descomunal cuerpo, si hacía lucha canaria.

—Je, je, en qué se nota.

Me reí, pues el cuerpo no era normal, alto y fuerte, muy fuerte. Martín se llamaba.

De vuelta para tomarnos el café, que quería tomarlo con su compañero, hablamos de literatura, con la que le decía que era con la que quería pegar el "chupinazo". Me empezó él a hablar de un escritor, que enseguida averigüé quién era:

—Noah Gordon. Sí, de él el que más me gusta de la trilogía, es "El médico".

Se asombró, no sé si por haber averiguado el nombre del escritor que él había leído, o por que me gustaba el que quizá él menos entendiera, por tener muchos términos médicos. Me habló de la última novela de la trilogía, aunque a mí esa me gustaba menos.

Total, nos tomamos el café, esta vez descafeinado, pues estaba demasiado estresado y a esas horas de la mañana, ya había ingerido muchos cafés, y me estaba costando dormir por las noches, pues a lo sumo dormía cuatro o cinco horas, y aunque no es peligroso dormir en ocasiones poco, no quería meter la pata como la metía siempre que no dormía. Tenía que hacerlo bien, pues pensaba hacerme el jefe de aquello. ¿Iba bien?, pienso que sí.

Al final, por no tener cambio, y aunque insistí en que pagáramos con el billete de dos mil, por si el de la guagua no tenía cambio, el camarero prefirió cobrarle al que me ayudó. "Encima de hacerme el favor, me paga, que va, esto no está bien".

Se lo agradecí y me senté fuera del bar a esperar la guagua. Estuve esperando más de media hora. Cogía la que salía de Puerto Rico a las doce, e intentaba estar allí antes de que saliera. Llegué siempre a la parada mucho antes que el transporte público, y me desesperaba en la espera; aparte de eso, me daba vergüenza ponerme a leer en la parada, y después estaba el que me pudiera despistar y perdiera el "bus", cosa que sería para matarme.

e-libro.net

Cogería siempre el “Salcai” de las doce, y me extrañaba, no ver siempre el mismo chófer. Pensaba que cada uno tendría un horario más o menos constante, pero no era así.

Una vez llegaba a mi casa, intentaba relajarme, pero no podía del todo. Tenía unas ganas locas de comer, pero mi madre no me ponía más de lo habitual, y si antes me resulltaba excesivo, pues no hacía ningún ejercicio, a decir verdad llevaba una vida excesivamente sedentaria, ahora, después del meneo, llegaba hambriento.

Le conté a mi madre lo de la policía, y que estaba asombrado de lo que pasaba, casi tenía una escolta para mí.

Al día siguiente, salimos otra vez desde la Avda. Rafael Cabrera, en la que empecé a ver a los antiguos clientes, sobre todo al profesor que estaba pluriempleado, y que perdió la apuesta entre el “tú” y el “usted” cuando despachaba en la farmacia de mis tías.

Me daba sentimiento estar en ese barrio; yo, que tan chulo me puse con los clientes, ahora iba con el rabo entre las patas. Era un trabajador más, y encima con un sueldo que daba risa, mejor: lástima.

Le decía a Silvia de contribuir en pagar la gasolina, y ella me decía que no, que de todas maneras, ella tenía que ir, fuera o no fuera yo. Pensé en regalarle algo, tenía que averiguar qué. “Lo consultaría con mi madre”.

La vi llegar con uno al lado, la saludé.

—Espérame aquí.

Iba con un fulano que me resultaba algo obeso. “Seguro que también era veterinario, aunque no doctor como ella”. Por qué supuse esto, no lo puedo explicar, fue una sensación.

Ella me daba la impresión que se merecía más. En el coche, la consideraba una mujer con mucha clase, y encima culta. “¿Qué más se puede pedir?” Nunca había estado hablando tanto con una chica que creía que era de la clase alta.

Les decía a mis amigos que había conocido a una chica que tenía mucha clase. En mi mente la ponía perteneciente a las más altas capas sociales. Vestía bien, femenina y moderna. Me preguntó si farmacia era difícil y le respondí que sí, aunque no le nombré lo de Arturo y el “brote”, no quería enrollarme.

Hablando, hablando, salió a relucir, que ella tenía una amiga farmacéutica, que le dijo que en Agaete había habido unos follones no muy justos con una farmacia que uno tenía pedida…

—Sí, ese era yo.

Se extrañó pero no siguió con ese tema.

Al final, casi de los últimos días, me refirió que ella era de Telde, y que sus padres eran maestros, los dos.

—Ah –me sorprendió, “¿y este es el tan elevado nivel social que suponía?”–, no ganan mucho.

—No, no, sí ganan –soltó ella dolida y extrañada.

Me callé, pero meditaba: “Esta chica no sabe lo que es dinero”.

—De pequeños nos hacían dictados.

Me sonreí al ver lo humano de su disciplina. Buena educación debió tener, pues era de las chicas que mayor nivel universitario tenía, junto con Macu, que conocía. “Pues parece que eso de que las mujeres están más que justificadas con carreras sencillas, no es del todo real; al menos esa parecía ser la norma en mi familia”.

Mi madre, y seguramente con algo de razón, protestaba:

—Porque cuantos más estudios tiene uno, más bruto se vuelve, y eso que dicen que están más educados.

“Sí”, resonaba en mi cerebro a la vez que bajaba la cabeza, y es que tenía razón.

Ese día, hablé otra vez con el jefe de policía:

-Oiga, no le pido que me asigne un policía, simplemente alguien que sepa conducir y que tenga coche.

Me habían comentado sobre los objetores de conciencia, que de vez en cuando estaban allí. Se lo comenté:

—Vamos a ver si está en la oficina –no estaban–. Nunca están aquí. Y podrían coger el coche del Centro de Salud.

Me imaginé que sería una ambulancia.

—Cuando venga el de la valija, vas con él.

Bajé a la sala que tenía asignada la policía, y allí pedí al guardia que se encargaba de la centralita, que me avisara cuando llegara el portador de tan importantes documentos. Después de esperar mucho tiempo, llegó; casualidad de las casualidades, era el primer guardia con el que hablé.

e-libro.net

Era una persona encantadora, fabulosa. Vivía en Mogán, con su mujer. Me llevaba a las distintas piscinas sin interrupciones por parte de la radio, ni de ninguna otra índole. También estaba en forma, mucho más que uno.

Me contaba que a él lo que realmente le gustaba, era ser recepcionista, que para la policía, se presentó al examen por presentarse, y al aprobarlo, dejó su anterior trabajo. Pero estaba a disgusto con el cargo. Deduje que es porque ganaba menos. “El turismo deja mucho dinero”.

La fiesta de la policía, andaba cerca, algunos me invitaron otros no. De todas maneras, no pensaba ir.

Me explicó, que allí, el que más o el que menos, tenía algún amigo camarero, que era donde se iba a tomar el café, dándome a entender que de gratis, y encima, nosotros ahora, no lo podemos invitar a la fiesta porque es exclusivamente para policías.

Este joven, ayudaba mucho, sin que yo se lo dijera; a partir de las primeras inspecciones, y viendo en qué consistían, él, sin decirle nada, se prestaba a tomar muestras de agua y a hacer lo necesario.

—Gracias por ayudarme.

—Si contribuimos acabamos antes.

Y tenía razón.

-¿Por qué no te pones a la sombra, a escribir, en lugar de hacerlo a pleno sol?

Volvía a tener razón; empecé a hacerlo, pues notaba que estaba empezando a achicharrarme. Generalmente con quienes hablaba y me firmaban los papeles, eran gente de poco rango, pero así y todo, me gustaba ir bien vestido, para dar impresión de seriedad, de sobriedad, de trabajador. Lo malo, es que no tenía tanta ropa como para presumir y dármelas de rico. Y no iba a hacer un gasto enorme para el par de semanas que estaba contratado.

En algunos complejos, en unos más que en otros, se veía claramente, que había dinero, que corría mucho dinero. Hacía tiempo que no iba a las zonas turísticas. Estaba desfasado.

El policía que en adelante me llevara, se dedicaba a lo referente a la construcción de cualquier tipo de obras. El viernes que no fui con Silvia fui en guagua. No hubo problema. Entré al despacho tras orinar, aunque estaba un poco amedrentado, por si alguno me preguntaba qué es lo que estaba haciendo allí. Los pacientes eran casi todos personas mayores, que a juzgar, por sus vestimentas, debían ser pensionistas. “Es triste la vejez y sin pecunia. Es triste”.

En alguna ocasión, vi a algunos chicos jóvenes muy bien vestidos bajo la bata abierta. “Son los médicos recién licenciados. Qué de boberías hace uno cuando se ve por primera vez con algo de dinero”.

El día pasó normalmente.

En una ocasión le conté a Silvia lo poco que ganaba, ¿tú ganas igual?:

—No, un poquito más.

Pero no me dijo cuánto más. “Está bien, está bien; no te preocupes, que no insistiré”.

El trabajo era sencillo, aunque a veces, se complicaba algo, cuando no cumplían los requisitos mínimos que se le exigían a las instalaciones, como el número de alcachofas mínimo de las duchas, el número de salvavidas, las titulaciones en orden, los sistemas de emergencia, en fin una serie de requisitos que al no cumplirlos, lo debía hacer constar en los documentos. No tenía nada que ver con lo que hasta el momento había trabajado, y con creces, a pesar de lo mal pagado que estaba, sentía el poder que otorga el estado a sus trabajadores. No les digo nada lo que debían sentir los presidentes del gobierno y sus ministros, e incluso los parlamentarios.

Empecé a comprender que el estado da poder, mientras que la empresa privada da dinero. No es que yo hubiera tenido mucho de los dos, pero pude notar en propia carne, que hasta el director de grandes complejos turísticos, se bajaba los calzones para que el informe de sus instalaciones fuera favorable. Con ese, me puse algo nervioso ante él, y no quise mirarlo. Le había puesto que en general las instalaciones cumplían los requisitos, que estaban muy bien, salvo que las piscinas no tenían rebosadero perimetral, quizás me pasara en eso. Él me preguntó qué era; se lo expliqué, y:

-¿Pero no vamos a hacer ahora una obra por eso…?

—No se preocupe, que de tener que hacer algo ya le avisarán…

Dándole a entender, que lo que yo hiciera, tenía muy poca importancia, por no decir, que más me parecía aquello, mi función, el mantener a los parásitos que éramos, y que un poco hacíamos el “paripé”. Esa era al menos la sensación que me daba del trabajo que hacía. No podía ser que el que nunca había sido nada, fuera el causante de un desastre económico para tan buenos profesionales, que entre otras cosas, mantenían tan bien sus piscinas recreativas. Ese complejo en especial, parecía cosa de película, lo bien organizado que estaba todo. Era grande, el

e-libro.net

mayor que había visto, y los trabajadores se portaron muy bien conmigo, a pesar de mi cara no ser todo lo agradable que debiera. Sospecho, mas bien, que fuera todo lo contrario, y pensaba si estaría poniendo la cara de seriedad y acritud que hasta el momento me habían puesto mis jefes.

Viendo lo bien que estaban las instalaciones, le podía haber dado el visto bueno, pero no, para no pillarme las manos, y por si acaso, le puse un inconveniente, que era difícil de amonestar por sanidad, pues lo debían haber tenido en cuenta antes de dar el visto bueno para abrir al público el negocio.

Se veían extranjeras guapas, hermosas, aunque dejaba ver que estaba trabajando, mientras ellas descansaban, y no quería interrumpir su relax, mientras cumplíamos con el trámite.

¿Realmente son importantes nuestros trabajos? Hay que pensar que sí, pues por ello nos pagan, pero, no opino tanto, pues según dicen, no hay nadie indispensable en este mundo, y cuando uno falta, lo echan de menos un tiempo la familia, después se van olvidando poco a poco, hasta acostumbrarse a vivir sin uno. Los que hacen el bien, muchas veces no son tenidos en cuenta, a no ser que mueran haciéndolo, y que esto afecte a gran cantidad de personas, en cambio los malvados, que de ellos dicen que es este mundo, son admirados y temidos, e incluso muchas veces son los adinerados de este mundo. Llamo así a los promotores de las guerras, tal es el caso de Hitler y Napoleón, que son hombres, que movieron millones de personas hacia su causa, matando y dejándose matar, por ellos. Hay que estar mal para ello.

Con Hitler según tengo entendido, algunos alemanes de izquierdas, estaban de acuerdo al principio con él.

Cuando empezaron las masacres, no sé qué opinarían.

Sigamos con las piscinas, no nos pongamos (si es que ha ocurrido), a divagar sobre temas que no conozco más que lo poco que en la escuela he estudiado, o alguna que otra película y libro al respecto que he visto.

Me caía bien Silvia, y al final del trabajo, el día en que me despedía de ella, le llevé en agradecimiento una caja de bombones que mi madre me había comprado.

Me lo agradeció (y mucho más le agradecí yo el que me llevara y trajera), ese día, un jueves, fuimos a tomarnos un café a un bar en Arguineguín, donde abrió la caja y me invitó a bombones.

Cogí unos pocos:

—No más, que tengo problemas con el peso.

-¿Cómo?

—Que estoy gordo.

Puso cara de extrañeza, lo que no sería tan raro, si me comparaba con el que sospechaba era su marido. En cambio, si me comparaba con ella, sí era extraño que lo dijese. Era flaca, seguro que por trajín que se daba, y encima después, aguantar el calor que allí hacía.

Era jueves, quedamos en que me llevaría a Las Palmas. Fui a hablar con los policías, y allí el jefe en funciones, pues el auténtico estaba formando parte de un tribunal en unas oposiciones, no estaba, me habló en un tono despectivo, con no muy buenas maneras:

—Lo siento, pero no le puedo poner ningún coche, ni ningún guardia, estamos mal de personal.

—Bien, gracias.

Aunque era tarde para ir a inspeccionar, lo intenté. A ese guardia, le llamaban: “El sargento chatarra”, algún motivo debía de tener, pero no me enteré. En definitiva, me quedé muy contento de esa gente, de los compañeros, y en general del trabajo. Volví con Silvia, quién en una ocasión, sin saber a cuento de qué venía, me preguntó qué pensaba sobre los reyes.

—No me gustan.

-¿Eres antimonárquico?

—Sí –aunque no le respondí que no lo sería si yo fuera rey reinante. Pero a todas luces se ve claramente que no lo soy.

Soy consciente que respecto a otros, soy un privilegiado, algunos se mueren de hambre y frío, no en países subdesarrollados, sino aquí mismo (si es que somos desarrollados), mientras que la familia Fijoleis, tiene donde dormir y comer, sin grandes lujos, pero vamos tirando.

Para ser sinceros, casi el peor de mi familia, el que menos estabilidad económica y emocional tiene, es un servidor. ¡De usted, lector, depende!

e-libro.net

Silvia iba bostezando por el camino, y veía que debía mantenerla despierta, por lo que le preguntaba cosas y más cosas. Me preguntó a qué se podía deber su debilidad, se había hecho análisis y no daban con la causa.

-¿Estarás embarazada?

Me miró de una forma rara, casi con mala cara, ante lo que simplemente supuse que era una preguanta lógica de un profesional.

—No, no creo –me respondió, al ver que mi cara no traslucía cinismo, ni risitas, era la cara de profesional que ponía en la farmacia ante una consulta de un cliente.

Al final me llevó cerca del trabajo; era jueves y debía ir a la reunión semanal. Al día siguiente, se iría a La Aldea. En definitiva, que posiblemente no la vería más. Al no gustarme las despedidas, en un semáforo en rojo, dije:

—Pues bueno, Silvia, yo me quedo aquí. Muchas gracias por todo.

—Gracias a ti, por los bombones.

—Nada, nada. Adiós, adiós, y muchas gracias.

Me bajé de su bonito coche, sin pararme a pensar, que ese día lo único que había hecho era pasear mi cuerpo. Al día siguiente, iría a entregar las actas, efectivamente, había cumplido malamente con mi trabajo, aunque sí lo mejor que puede y supe. Cogí un taxi que me llevara a mi casa, y le conté a mi madre la despedida. Le agradecí que me hubiera comprado los bombones.

A la mañana siguiente, creyendo que mi contrato se había extinguido, fui a ver a Ulises, a quien le conté por encima lo que hice:

—Pues al que cloraba con sal, yo le hubiera cogido una muestra de agua.

—Es que no sabía nada…

Respondí a modo de disculpa. Fui a entregarle el carné de inspector a Susana, tal cual me había indicado. Cuando la vi, me dijo:

—No, no tu último día de trabajo es el lunes; hoy tienes que seguir trabajando.

Agobiado, fui a contárselo a Ulises:

—Por favor, no me hagas ir otra vez para abajo; ahora no –le pedí con gran y evidente amargura y descorazonamiento.

Viendo, que estaba amargado, y descubriendo que a nadie le apetecería a esas horas coger una guagua a Mogán, me dijo:

—Vete a tu casa –en un tono que no he sabido nunca interpretar.

Le dejé las actas de las piscinas inspeccionadas, y se quedó satisfecho del trabajo que realicé. Hice más del triple del auténtico trabajo a realizar, y todo en poco más de una semana. O sea, que si después de lo poco que trabajé, se quedaron satisfechos, no les cuento nada lo haragán que debía ser al que sustituía, cuyo trabajo por lo que había oído, consistiría en pensar (ojo, que no digo que inteligentemente ni fundadamente, sino lo que comúnmente llamamos: pensar en las musarañas), y claro está en hablar y dar órdenes a sus pobres subalternos.

A uno, en el fondo, le cayó bien el personal, ya fueran los cabecillas como los que me echaron una mano, pero hay cosas, que son evidentes: quien no es dueño de una empresa privada pequeña, tiene que currar, que lo hará más o menos, pero debe hacerlo.

Agradecí lo que hizo por mí Ulises, y tomándole por la palabra, me fui a mi casa. Le conté lo sucedido a mi madre, y me fui a leer (supongo, pues es prácticamente lo único que hago en mi casa). Lo de tener a unos padres separados, y encima el cabeza de familia muerto, el que desheredó a toda su prole, tiene sus desventajas, sobre todo las económicas, por lo que suele, el afectado, verse lleno de odio hacia los “compañeros” cuyos padres les dejaron mejor situados. Lucha uno desesperadamente por buscarse un puesto digno en esta sociedad, y encima todo son inconvenientes.

El sueldo lo cobraría a los dos o tres meses según Susana. No tenía prisa, había dinero fresco en la familia y se notaba. “No es para despilfarrarlo”, me decía, pero no lo conseguí, no tanto por los vicios insanos, sino por el quehacer intelectual: el ordenador, libros de calidad y en grandes cantidades, regalos, alguna que otra cena; en fin, cosas que no son de primera necesidad. Al ver la velocidad con que se me iba el dinero, me convencía cada vez más, que nunca llegaría a ser rico. Menos aún podía mantener la añorada familia, al menos hasta que el trabajo se estabilizase, y aunque así fuera, ¿ganaría bastante para mantener una casa de familia? Desde luego, mi mujer

e-libro.net

debería trabajar, para entre los dos poder pagar un pisito de alquiler, comer y pedir a Dios suerte para tener y mantener un retoño.

Iba a cobrar poco, y no sabía cuando me llamarían otra vez. Silvia, sin embargo, era doctora en veterinaria, y su trabajo era más seguro y mejor pagado que el mío. Ella también tenía quien le preparase un buen café en Mogán. Me pregunto si no se daba cuenta de que le hacían la pelota por interés. Ella sabrá. A mi me invitaron a tomar lo que quisiese en algunos "complejos", y no acepté; había que trabajar, y no quería ese tipo de complicidades. ¿Que quizás hubiera podido conseguir rebajas en el alquiler de algún apartamento?; seguro, pero empezaría a atufar, más si cabe, mi persona, y si encima que no dormía bien, le añadía más corrupción al asunto, no les digo nada, me darían las tantas y no podría dormir nada en absoluto, o bien, sería tan cerdo, que dormiría a mis anchas y tan campanudamente.

Se me olvidó preguntarle a Silvia lo que llevaba trabajando, pero suponía que poco. En una ocasión me dijo:

—Porque lo que no tienes que hacer, según me han contando, es no tener ningún día, sin haber rellenado al menos un acta.

Me quiso decir que falsificara la fecha, aunque luego, dándose cuenta de lo dicho, intentó rectificar, y lo hizo, pero el golpe al estómago estaba dado. "Pronto empiezas".

Será cierto eso de que escondemos mucha mierda en nuestro interior, y luego nos llamamos humanos. Asco nos debía dar de nosotros mismos. Encima cuando empezamos a corrompernos, no es por una familia, por unos hijos a los que hay que mantener, no, por gandulismo y negligencia nuestra. Por puro parasitismo.

En este, ya pesado, libro, he querido denunciar cosas en los demás y en mí, pero eso no ha impedido, que acepte corrupciones. ¿Sería el trabajo en todos lados igual de prostituíble? Por lo que había visto, sí.

Un servidor, que se las da de defensor del honor, se corrompe igualmente, y cuando oye de negocios que dan dinero, se le salen los ojos de sus órbitas como al que más.

Tomás, me preguntaba sin cortarse ni un pelo, cuánto ganaba, pero a él en cambio, no le podía preguntar lo mismo. ¿Qué pasa, que lo mío no es secreto pero lo de él sí?

Después de ese trabajo, estuve un tiempo, poco, dedicado en exclusiva a la lectura y escritura. Le daba la tabarra a mi abogada para ver cómo andaban las gestiones de la farmacia:

—Yo te aviso cuando salga algo, tú no te preocupes…

No me preocupo pero yo no tengo trabajo, y ella sí que lo tiene.

Aunque hacía lo posible para que el libro quedara digno, con el esfuerzo que intentaba dar de mí, seguía sin estar satisfecho. Empecé a aprovechar para aprender a escribir a máquina, por lo que compré a José Luis, el hermano de Tony, un CD-ROM especial para ello; ilegal. Anteriormente, había mandado a pedir otro CD-ROM, con el que poder escribir al dictado. "Entre uno y otro, podré escribir el libro, que por cierto, empieza a tomar dimensiones un tanto desproporcionadas, respecto a los libros que actualmente están ganando premios". Tenía también el gran inconveniente de "¿quién se leerá este tostón y me lo publique?; está lo mejor será mandarlo a un concurso".

Estas y muchas más incógnitas me rondan por la mente, tanto al principio, como en el medio, como ahora. Sé que no debo repetirme, y es evidente que lo hago mucho. El mejor remedio para ello: corregir y corregir, pero, es que esto me gusta tan poco. Lo que disfruto leyendo libros, y lo que me canso revisando el mío. Gala no corrige prácticamente nada, según me enteré hace poco; sin embargo De Prada, que es una muy joven promesa, lo hace muchísimo.

A cuál de los dos he de hacer caso, pues a ninguno, cada uno es como es. Sí, pero viendo dónde tropiezan los demás, uno puede aprender. Ahora que lo pienso, tanto no puede corregir De Prada, si él dijo, que antes de la novela ganadora había escrito unos ciento cincuenta cuentos; supongo que no le daría tiempo ni de estar un mes con cada uno, y en ese tiempo, poco da para repasos, claro que hay que ver la extensión de los cuentos.

No quiero decir que sea mentiroso, pues bien puede pasar que los periodistas, trastoquen las cosas, o que los autores no se oigan lo que dicen, o que eso sea fruto de la espontaneidad y de la irreflexión. Todo puede ser. ¿Pero qué demonios hago diciendo estas cosas, que ni me van ni me vienen, y encima son fruto del despiste y desvarío del acontecer normal del (confirmo, ahora sí) largo libro?

Al par de semanas, volví a escuchar la voz de Susana, que requería otra vez mis servicios. Si soy sincero, diré que esto me halagó, y mucho: "había hecho las cosas bien, les gustaba mi forma de trabajar, etc."; pero no

e-libro.net

podía ser también verdad, que simplemente fuese el siguiente de la lista, o tal como me contaría Rubens, había gente que era llamada, y aunque no iban a realizar esos trabajos, por considerarlos esclavos, o sea que no los aceptaban, pero le pedían a Rubens que les guardara el sitio en la lista, quien aunque me lo dijo disgustado, lo hacía.

Fui a ver para qué me querían, era para sustituir a Gustavo, un farmacéutico de San Bartolomé de Tirajana. “Mi madre, cada vez más lejos”. Llamé a Gustavo a su farmacia, y me dijo que me pusiera en contacto con Ana Teresa. No tenía “móvil”, y la única forma de ponerse en contacto con ella, era llamándola a la casa. Eso hice, pero no estaba. Le dejé un montón de recados en el contestador. Al final, cuando ya me parecía tardísimo, la localicé, y no se molestó porque la llamara tan tarde, todo lo contrario, en realidad era la única hora en la que se la podía localizar. “Otra que piensa que la vida está en la calle…” Supuse que por las tardes estaría haciendo cursos; pero, y por qué no podía ser que estuviera pluriempleada.

Quedé con ella para ir al día siguiente al Inglés. Ella, que vivía en Teror, también tenía que pasar por Las Palmas para ir al Sur, quedamos en el Hoyo.

Al día siguiente, la encontré después de buscarla por todos lados. Por fortuna la reconocí, pues estaba cambiadísima, tanto la forma de vestir, como el corte del pelo. Llevaba un maletín no muy bueno, pero buscando sobre todo la comodidad. Le di un beso y al poco subimos al Salcai. Me iba contando los descuentos de estos y los números que debía coger.

—Hoy no me corresponde trabajar, pero bueno –le comuniqué dándole a entender que los gastos que hiciera, eran míos, y que perdería el día con ellos.

En la guagua hablaba a media voz, no me había llevado las “Juanolas”, y presentía que con los nervios, tendría un mal aliento de aquí te espero. Me dio un par de papeles para que me los leyera, pero no había llevado las gafas, y entre el vaivén del auto y la costumbre de usar gafas, impidieron que me pudiera concentrar. Eso le dije. Ella estaba más que acostumbrada al trayecto y le parecía corto y rápido. A mí me resultaba una pérdida de tiempo indescriptible. Bueno, ya se que debía llevar un libro par leer.

Antonio Fernández me había mandado esa vez a inspeccionar pastelerías y panaderías. No tenía ni idea de cómo se hacía. Para eso estaba allí ese día, para aprender. Llegamos por fin al mercado del Inglés, y de allí Ana se encaminó a paso ligero a las dependencias donde estaban las oficinas. Llegué y me presentó a dos veterinarios, y a un médico que allí estaban. Les di la mano a todos. Tuvimos que esperar un buen rato por Gustavo. Cuando llegó, los que allí estaban, le “doraron la píldora”, de una forma escandalosa, está claro, era el veterano, y encima tenía farmacia.

Uno de ellos alarmado dijo:

—Encontraron contaminación fecal en una playa.

-¿Pero de algún accidente; roturas de tuberías o algo así?

—Bueno llamó una mujer y dijo que había caca en la playa –alegó el veterinario.

—Ah, es una caca aislada, seguro que fue algún crío… –tranquilizó Gustavo.

—Crío, o no tan crío –apostilló el segundo veterinario.

—Porque dicen que ya se aprobó la RPT –alentó a Ana el veterinario que cogía los recados del teléfono.

—Algo de eso he oído –le respondió ella.

No me enteraría hasta tiempo después que esas siglas significan: Reglamentación de Puestos de Trabajo, o sea que por fin iban a igualar los sueldos de los farmacéuticos con los de los veterinarios.

Rubens me diría que cuando eso se consiguiera, pedirán la igualación a los de los médicos. Yo veía eso un poco lejos, y probablemente a mí no me cogería.

Ana me contaría, que desde que se había puesto a trabajar allí, siempre había oído lo mismo y todavía estaba esperando.

Después de mucho hablar y hacer como que trabajaban, salimos en el coche de Gustavo a una panadería. No conozco casi nada del sur, pero casualidad de las casualidades, la panadería pertenecía al supermercado al que iba con Tomás cuando íbamos al sur, teniendo menos de veinte años. Me entristeció ver lo mal cuidado que estaba aquello. Daba pena y asco.

Fuimos los tres, el encargado estaba nerviosísimo. No les contaré lo sucio que estaba; eso me hacía pensar lo mal que tratábamos al turismo. No es extraño que padezcan de diarreas, hasta poco es, si es que somos

e-libro.net

unos guarros, y unos farsantes, esto último lo cuento porque hacían algunas variantes específicas de pan para los turistas que eran un fraude total. Allí no había higiene ninguna, y se lo hizo notar Ana.

En la inspección tardamos un par de horas, entre ir de un sitio a otro y rellenar las actas. Aquello, sin duda, era más difícil que las piscinas, y había que rellenar más formularios y cuestionarios. Ellos dos se ponían a hacer preguntas y más preguntas al encargado, que una vez en el despacho, no hacía más que morderse las uñas, y balancearse en el sillón de la "cardiaquera" tan grande que tenía.

Sobre todo a Ana, se le veía con mucha mala leche; o una de dos, o había dormido mal, o era una mujer de cuidado. Nunca había visto a ningún colega actuar de esa forma, y quién sabe si no es así como debíamos actuar todos. Imponer un orden, disciplina y rigor en la higiene del trabajo, ya que ellos lo que quieren es ganar dinero, que lo consigan haciéndolo de manera correcta desde el punto de vista sanitario, que es el que a nosotros nos interesa. Al final, quedaron en que Ana iría en otra ocasión a ver si habían limpiado y pintado las paredes y el suelo.

Estaba claro, y se notaba a la legua, que aquella gente no eran nada limpios. Eran unos guarros, hediondos; ¿no se daban cuenta que estaban jugando con la salud de los demás? No les cuento la cantidad de enfermedades que de seguro provocaban a diario.

Al fin, nos fuimos, y Gustavo, a modo de favor, nos llevó a la parada de la guagua. Tenía un BMW. Él iba por Vecindario. "Nos podría llevar a Las Palmas", pensé, aunque nada dije.

La casualidad es que bajándonos del coche, llegó una guagua. Ana se iba a sentar en los bancos. El menda quemado del trabajo, fue a preguntar al chófer:

—Sí, sí, esta va directa.

-¡Ana, vamos!

Si era por ella, esperaríamos un rato a la otra.

Hablamos poco en el trayecto; a ella se le veía acostumbrada a aquello, y parecía que le gustaba. Me comentó que hacía una media de tres piscinas al día, salvo una vez que hizo catorce, todas pertenecientes al mismo complejo, en el que la llevaban en carricoches especiales. "No somos nadie, pensar que hay gente que es dueña de tantas y tantas cosas, y uno trabajando por ciento y poco; qué le vamos a hacer".

No estaba muy convencido de trabajar en ese sitio. Les había preguntado cómo podía hacer para aprenderme los locales, y las direcciones de las panaderías:

—Con la práctica.

No me dijeron que pateando, pero sí que me olvidara de que me pusieran un coche a mi servicio. Literalmente fue:

—Eso, en los pueblos, sí, y te lo ponen con gusto, pero aquí, para que le hagan a uno un favor es un auténtico follón.

"Estaba claro que uno no es un Baltasar Garzón, ni cosa por el estilo. Uno es del montón".

Al llegar a Las Palmas, pregunté a Ana si quería que le llevara en taxi. Se extrañó mucho:

—Pero, ¿esto lo haces todos los días?

No le contesté. Le dejé cerca de las oficinas, y me fui a mi casa. El día que me correspondió empezar a trabajar, fui a hablar con Antonio F.

—Lo que haces es que vienes todos los días por la mañana aquí, estás un rato, y después vas. ¿Sabes cómo se inspeccionan las pastelerías?

—No mucho, pero aprenderé.

—Vete con Conchi, que ella sabe.

—Bien, gracias.

Seguía abrumado por haber tratado a mi jefe el primer día de tú por el teléfono.

En los primeros días de trabajo, fui a ver a Gustavo a su farmacia. No era tan sencillo, primero coger un taxi hasta el Hoyo, de ahí coger el Salcai a Vecindario, y una vez en el pueblo, coger la guagua que me llevaría a su apartada farmacia. Había leído algo la legislación al respecto, pero no estaba empollado todavía. Esteban, un Técnico, me había facilitado muchas leyes al respecto, y otros temas. Intenté abarcar al máximo, incluso en las guaguas iba leyendo leyes y más leyes. Una vez llegado a lo que pensé que era el lugar más apartado del mundo, había un inconveniente del que me enteraría a la hora de estar allí, tanto la empleada, como el empleado, estaban de entierro; eran primos y se había muerto la madre de él. Estaba por tanto Gustavo solo despachando. No le dije de ayudarlo, pues estaba harto del trato empleado-jefe, que todos tenían conmigo en las farmacias; a parte de eso,

e-libro.net

suponía que más que una ayuda iba a ser un estorbo, al no saber la distribución de las estanterías con los medicamentos y demás cosas de venta en las farmacias.

Él se puso a hablar del ordenador, lo que adelantaba el trabajo. Le había dicho dónde había trabajado, por lo que supuso, y así lo hizo saber, que sabía el manejo del ordenador. En realidad, ya casi se me había olvidado.

Mientras él trabajaba, yo leía las reglamentaciones, órdenes, leyes, etc. Por fortuna, había llevado material para estudiar. De todas maneras me costaba concentrarme, aquello no se podía comparar con la tranquilidad del hogar, en absoluto. Pero tenía que trabajar y eso estaba haciendo, aunque me extrañaba del concepto que de ello tenía al que sustituía. No se parecía en absoluto a los que había visto hasta entonces, este boticario, era muy servicial, ofrecía a los clientes las mayores facilidades para que probaran sus productos.

Estaba fumándose, y tenía en las estrechas mesas, un puro, pues la noche anterior había habido guardia, y en esas ocasiones, o sea en los extremos, "ya fuera por estrés, o por relax, se fumaba su purito. Pero no, no estaba enviciado".

Hablaba, y esperaba que vinieran sus empleados, al cabo de las horas, llegó ella; sí, estaba apetecible, y no sería extraño que fuera la amante del jefe, como suele ocurrir; tenía un traje negro que le favorecía. Le contó lo ocurrido, y él, como buen empresario que cuida la salud de sus empleados, formuló:

—Que venga él, que no despache, y que esté aquí dentro, que es mejor que trabaje y olvide. Pero nada, despachar al público no.

No me podrán negar que no son elocuentes y dignas de agradecer esas palabras cuando aún la madre muerta estaba caliente, sin enterrar. Tengo unos colegas que desde luego son un sol.

En una de las ocasiones se dejó caer con:

—Vamos cuando podamos a hacer la inspección que está pendiente, y luego te alcanzo.

Nada dije, y aunque lo agradecía, estuve callado por prudencia. Salió a relucir mi novela, el libro que estaba escribiendo, y sobre el que me daba vergüenza hablar.

—Yo conozco a uno, que te puede informar sobre ello.

-¿Quién es?

—Armas Marcelo.

-¿Juancho? –pregunté con una sonrisa y admiración, al ver que incluso allí tenía amigos.

—Sí.

—Es mi cuñado. Está casado con una hermana en Madrid –y al poco colegí– aunque en segundas nupcias –dando a entender que no fue su primer amor.

Por qué le doy a esto tanta importancia, no puedo contestarlo, pues mis primeros amores han sido fracasos estrepitosos.

Observé como la boca y la canosa barba de Gustavo, hicieron un gesto de terror, casi pidiendo que le tragase la tierra, por haber metido la pata de esa forma. Imagino que vería el brillo de mis ojos queriendo estallar en una risa de gozo; "el mundo es un pañuelo".

Llegó la hora del cierre, aunque antes pasó un repartidor de Cofarca que me reconoció, y me saludó:

—Estás en todas partes.

—Sí, sí –le sonreí.

Pedí ir al baño y allí me llevó Gustavo; desde la ventanilla del retrete puede ver que aquello era un campo; el lavamanos estaba aparte. La tenía bien montada la farmacia para estar tan retirada de la "civilización". Le pedí agua y me la ofreció en vasos de plástico. "Pues es higiénico este Gustavo, sí señor, así me gusta, pues somos sanitarios".

—Gracias.

Seguía intentando aprender todo lo que pudiera relativo a las inspecciones. Al final, a la una cerró, tranquilo, sin prisas.

Previamente había avisado a los que inspeccionaríamos que llegaríamos tarde, por surgir contratiempos. Al fin llegamos. Era una nave grande, en la que todo era nuevo.

—Fíjense en el cuadro de luz, costó seis millones –miró el encargado a nosotros con gesto de estar molesto por no habernos impresionado con el precio.

Yo tenía todavía en mente los doscientos millones, lo caro que salían las farmacias. "Sí, el cuadro era caro, pero…"

e-libro.net

Tenía grandes cámaras de fermentación (de las que nunca llegaría a saber su funcionamiento ni utilidad), los refrigeradores, los vestuarios, todo. Lo estaban preparando para inaugurarlo en breve; "por lo pronto, sólo hacían un poco de pan, nada serio, sólo para la zona…"

Sin decir Gustavo nada en sentido consolador (ni desolador tampoco), y haciendo de vez en cuando alguna pregunta; mientras por mi parte, yo ponía cara de jugador de póker. Previamente, le había dicho a mi colega:

—Tú diriges.

Por fin subimos a las oficinas, allí empezó Gustavo a hablar y hablar, con la certeza de que nadie se estaba enterando. Pidió papeles y carnés de todo y todos. El que esto escribe, escribía y escribía, a sabiendas de que no se estaba aclarando con lo que decía, pero él era el jefe. Yo callaba, veía y escribía lo que me indicaban.

Les mandó un par de cosas, que tenían que modificar.

—Les pongo una fecha para una próxima visita –le susurré.

—No, no –me respondió él.

Llevaba una camisa verde parecida a una que este sempiterno novato tenía. "OK, registrado, no traer aquí camisas iguales". Por fin salimos, y me dejó allí cerca, en la parada de la guagua.

—Bueno, adiós, adiós, y gracias –me despedí.

"Pues vaya con eso de que me iba a llevar, ya me extrañaba a mí", de todas maneras comprendí que tendría prisa, y poco más de una hora para comer y volver al trabajo; incluso allí, en un pequeño pueblo, había prisas y más prisas.

Esperé algo, pero al no saber el horario del Salcai, no pude leer, no se me fuera a escapar. Más pérdida de tiempo. Las paradas no estaban mal, "algo de arte en los descampados". Estaba solo, pero por fortuna a los diez minutos empezó a llegar gente. Miraba a los coches con la certeza de que no conocería a nadie, y aunque pasaran uno de mis familiares que vivían en Arinaga, no les iba a hacer la puñeta de que me llevaran a la ciudad.

Más guaguas, y más taxis "¿me saldrá rentable esto? Gasto un dineral increíble. Todo sea por el trabajo".

Dirán que podía ir caminando, o en el transporte público de la ciudad. Mi tiempo es oro, y ese oro lo invierto en mis libros. No lo hacía por tener hambre o por cualquier otro motivo similar, no, para seguir trabajando y cuanto antes mejor. No soy un ejecutivo al que le sale una úlcera por que se retrasan los grandes aviones; soy un licenciado, que se destroza el aparato digestivo, porque no llega una guagua a los límites de un pueblo, para llevarlo a una pequeña capital en una pequeña isla, de un pequeño archipiélago del gran océano Atlántico.

Qué dulzura cuando se llega al hogar, se ducha uno por segunda vez, almuerza, se va a su cuarto en el que ya casi no cabe por lo abarrotado que está, y lee la Biblia a modo de preludio y para empezar con buen pie, a disfrutar de la lectura (siempre que la tensión le deje a uno). Cuando se ha leído un cierto (corto, muy corto) número de horas, y el cerebro ya enfocado hacia temas más humanos, empieza a escribir lo que a uno bien le parece. Y así sea.

Estuve un par de días en la oficina, esperando a que Conchi dejara de hablar y me llevara a una inspección.

—Estate atento y aprende de Conchi, que sabe bien como se hace –me sermoneó y alabó un día Antonio Fernández, justo, el día antes de sus vacaciones.

Conchi, me había dado una relación de las panaderías y pastelerías que debía hacer. Era una lista medianamente grande. Si estaban separadas entre sí, era grande, pero si estaban cerca, se podría hacer. Lo que haría en primer lugar sería lo que Pepe, mi cuñado, me había dicho, y era pedir que me asignaran un coche en el Ayuntamiento. Eso esperaba.

Por fin, el viernes, y tras mucho esperar a que después de tantas argollas se decidiera a hacer la inspección:

—Pero no vamos a ir a una de nueva apertura, sino a una que ya he ido y que debo volver.

Asentí con un movimiento de cabeza. Por fin salimos, fuimos al retirado garaje y allí nos subimos en su jeep. Vivía con su marido en Telde; él era médico, y se llamaban todas las mañanas. Supongo que como algunas de las parejas, desconfiaban el uno del otro.

Nunca parece que se es del todo feliz, aunque hay momentos en que sí parece que lo somos.

Ella era la que hablaba durante el trayecto, mejor. Su charla era trivial, por lo que no le presté gran atención.

e-libro.net

La pastelería estaba por Las Rehoyas, y por unos callejones nos metimos hasta dar con ella; tenía un buen sentido de la orientación, si pensamos que era palmera, estudio en La Laguna, y encima, en Las Palmas, no vivía en la capital. Se orientaba infinitamente mejor que un servidor.

Llegamos a la pastelería, y en ella había varias dependencias, y la estaban ampliando aún más. Me sorprendió ver lo bien que estaba para tratarse de la zona marginal de la que se trataba. El dueño, joven, quizás más joven que nosotros, tenía aquello muy bien. Casi todo cumplía la normativa, salvo unos pequeños inconvenientes de una cámara de refrigeración. De resto todo en orden. Observé que uno de los artesanos, aplicaba una manga pastelera con la cabeza casi pegada a la tarta, supuse que aquello no era muy correcto, pues estaba contaminando el pastel con la nariz y la boca. Me callé; incluso pensé si estaba forzando la situación para que su joven jefe lo expulsara tras previamente llamarle la atención. Puede ser que no tuviera los conocimientos básicos que se requieren para ese trabajo. “Guárdatelo Antonio, guárdatelo”.

Tras pasear y mirar por todos sitios, Conchi me susurró.

—Tú, puedes hacer lo que quieras y abrir todo lo que te dé la gana.

Ella así lo hacía. Más parecía estar curioseando, que trabajando. Al final, se sentó para rellenar el acta.

—Traje la del último día para no poner nada nuevo y no contradecirme.

Supuse que era una pequeñilla trampa, pero que todo el mundo lo haría.

Empecé a oír:

—Tienes que hacer el ARICPC.

—Sí, conozco un veterinario que me lo va a hacer.

—También lo pueden hacer los farmacéuticos –espoleó Conchi.

—Sí, sí, pero lo tengo hablado con un veterinario.

Me dieron ganas de decirle que nosotros éramos farmacéuticos, pues veía que él, creyendo que éramos veterinarios, nos estaba haciendo la pelota.

En general la pastelería estaba fenomenal, lo que faltaba era saber la calidad de los dulces.

Después de tomárselo con tranquilidad, terminamos de llenar el papeleo; luego, los tres, estampamos nuestra firma.

A la salida nos preguntó el dueño:

-¿Qué, ahora se van para sus casas?

Conchi me miró pidiendo mi aceptación, pues todavía no era la hora de “recoger”. Hice un gesto afirmativo, dando a entender que ella era la jefa, pero que con mucho gusto me iría a mi casa.

—Pasen por delante que allí les tengo preparado un paquetito.

“¡No lo cojas!”, pensé inmediatamente, pero vi que Conchi entró con mucha tranquilidad. “Me estoy corrompiendo de una forma exagerada, seguro que esto no es legal”.

—Se los decía porque si no se les podían estropear con el calor en el coche –apostilló el jefe.

Salió Conchi con dos paquetes, y cogí uno. Esa corrupción nos unió más, pero a mí me dio asco, sentí repulsión de mí. Estaba seguro que no era un regalo por hacer bien nuestra labor, que había algo que volvía otra vez a atufar en mí.

—Yo no suelo aceptar en la capital regalos; en el campo sí, es otra cosa –me aclaró mi colega.

Me callé, aunque sentía asco de mí. Llevaba un regalo a mi madre, pero sentía que no estaba obrando bien. Si no nos hubieran dado eso, estaría más contento y satisfecho con él. “Tanto hablar de corrupción, y soy el primero en venderse, y por un par de dulces”.

Éramos cómplices, me había ensuciado las manos, y ni siquiera había pestañeado. Todos hacen la pelota para que el inspector no le haga mucho daño. Estoy seguro que más de una corruptela se habría solucionado si nos subieran los sueldos. Todos se quejaban de lo mismo, y por ello era por lo que no se mataban a trabajar. No era tan fácil permanecer “limpio” según iba viendo.

En un interminable semáforo, y con ganas de irme ya, me despedí de Conchi con la disculpa de que cogería el taxi que estaba un par de coches más adelante.

—Pues bueno, hasta luego, y gracias –dije como siempre.

—Adiós.

Al subirme al taxi la despedí con la mano. El taxista era joven y no parecía que estuviese de buen humor. “Mejor, así puedo deprimirme a gusto con lo mierda de tío que soy. Lo único bueno es que le llevo un regalo a la familia”.

e-libro.net

Cuando llegué a mi casa, estaban mi madre y su amiga Margarita terminando de almorzar.

—Les traigo unos dulces, aunque me siento mal al haberlos cogido, es algo así como…

Dejé en el aire que me había vendido, y muy barato encima.

—Qué va a ser eso, no hagas caso -dijo Margarita.

—No seas bobo -decía también mi madre.

Pero estaba convencido de que me habían comprado. Por suerte no iría a esa dulcería nunca más, y caso de hacerlo, le advertiría que no me diera más dulces ni ningún regalo. Que los policías aceptaran un café de un amigo era una cosa, pero esto era poner el culo descaradamente para que le follaran a uno.

Pasó ese fin de semana sin que saliera. Hablaba con mis amigos, entre ellos Tomás, que siempre preguntaba cuanto cobraba, aunque él nunca comentase de lo suyo, y también con mis hermanas, a quienes les comenté lo ocurrido.

—No te preocupes, no te preocupes.

Pero no era suficiente para quitarme de la mente lo que había hecho y compararme con esos policías que salen por la tele, que se dejan corromper, y aceptan lo que es ilegal. Algo así me sentía. "¿Y si viniese un inspector de inspectores?"

El lunes fui nuevamente a trabajar. Llegué a la oficina, y Esther Lidia había empezado sus vacaciones, por lo que podía sentarme en su sitio, no quería sentarme en el sitio de Conchi, de la que prefería no hablar, aunque el que pensase en ella no me lo podía quitar de la mente.

Fui bobo al no comunicar a Gonzalo, el nuevo jefe, que Antonio, me había dicho que estuviera allí un rato haciendo lo que quisiera antes de ir a las inspecciones. Para cumplir con mi trabajo, me ponía a leer leyes y leyes, ya que en mi casa, le dedicaba más el tiempo a otras cosas.

Con Nieves me sentía que empezaba a confraternizar. Tenía la impresión de que le gustaba; ella a mí para novia no, pero era la más agradable de todas, y eso que era la que ocupaba el puesto más injusto: de "administrativa" siendo abogada.

—Tengo algunas amigas que están dando clase, y que están muy a gusto.

—Yo hice el CCP, ¿sabes lo que es eso?, a ver si tengo suerte y me llaman.

No era raro, pero sí un poco a disgusto, les decía a los compañeros, que estaba escribiendo una novela, para disculparme así por no estudiar más el trabajo en mi casa. Me disgustaba hablar de ella, pues me parecía que lo que hacía era perder el tiempo. "Esto no puede ser nada serio, me martirizaba diciéndolo. Seguro que es mala, a quién va interesar esto…" Prefería callar y si me preguntaban acerca de ella, era lo más escueto posible.

El día que me tocó ir a Vecindario, lo hice. Preguntando, me bajé en la parada del ayuntamiento, me tomé en el primer bar que vi el riguroso cortado con un vaso de agua, y aproveché para ir al baño. Al finalizar, fui al ayuntamiento, donde pregunté por la concejala de sanidad. Suponía que me llevarían a algún subalterno, pero no, me atendió la misma concejala. Sorprendido, dudé en principio, más que nada porque no sabía cómo dirigirme a ella, si de excelencia, ilustrísima, señora doña, o sea que no tenía ni idea. Ella de entrada me tuteó, "¿la tuteo yo también?, no, no seas tan impulsivo, ojo que es un político…"

Le conté mis penas, y que si me podrían adjudicar un coche para que me llevara a las inspecciones.

—Mañana tengo una reunión con el alcalde, pásate por aquí para ver lo que dice.

—Bien, gracias. Hasta mañana –me despedí.

"Y ahora, ¿qué hago? Me voy a la oficina, ¡que va!, pues nada, me voy a mi casa. Ya es suficiente trabajo por hoy". En el fondo sabía que me estaba convirtiendo en un parásito, todo menos trabajar. Estaba más tiempo desplazándome de un sitio a otro, que desempeñando mi cargo. "¿Será todo el mundo igual?", dudaba de que así fuera, sabía que en Las Palmas había más control, a los fijos, los hacían fichar, y cumplir con un horario, así debía ser. Me estaba pasando.

A la noche llamé a Pepe y le conté lo sucedido.

—Llamo a un amigo, llámame tú mañana, para ver si lo he solucionado.

Al día siguiente fui nuevamente a hablar al ayuntamiento. Ahora me hicieron esperar un poquito pues la concejala estaba ocupada. Cuando tuvo tiempo me atendió.

—El alcalde me dijo que no te podemos asignar ningún coche, en todo caso, cuando vayas a ir a Santa Lucía, me avisas para ver si te pueden poner uno.

Bajé la cabeza descorazonado. A ella no se le ocurrió más que darme un mapa muy deteriorado del pueblo.

e-libro.net

—Bueno, gracias. Adiós.

Salí amargado y tenso. "¿Qué hago? Primero tranquilizarme". Vi el mapa y quiso la casualidad, que una de las calles en las que había una panadería a inspeccionar estaba por allí cerca, un par de calles perpendicular a la que estaba. Allí fui con ayuda del mapa y de los que encontraba por el camino.

Llegué al lugar en que debía estar el establecimiento buscado, pero no estaba. Pregunté en el negocio de fotografía que había al lado.

-¿No saben por aquí si antes había una panadería?

—Un momento –me dijo una dependienta.

Salió un joven que debía ser el jefe. Le hice la misma pregunta y no la conocía.

—Soy inspector, y tengo que levantar un acta confirmando que no está. ¿Me lo podría firmar como testigo?

-¡Yo no firmo nada! –me gritó haciéndose el interesante.

"¡Subnormal, estúpido, el niñato este!"

-¿Puedo rellenar el acta aquí?

Nada me contestó, por lo que me apoyé en el mostrador y lo rellené. Aquello estaba en penumbras.

"Menos mal que ahora estoy cumpliendo con mi trabajo, aunque haya empezado con tal mal pie".

Una vez relleno el acta, salí, y por si acaso, volví a preguntar por la existencia de la industria, nadie sabía nada. "Vamos a ver, para empezar no está mal. Snif, snif, a qué huelo, si no me equivoco, huele a gofio".

Siguiendo por donde me indicaba el olfato, di con un inmenso molino de gofio. "¡Qué grande!"

Mira el listado de los que creía que eran los únicos establecimientos del ramo existentes en el pueblo, y no veo por ningún lado que nombre a ese molino. Me invadió un terror atroz: "¡Qué hago, ¿me hago el sueco?, pero este molino es muy grande para pasar desapercibido!". Recordaba las palabras de Conchi: "Si no está en la lista, no lo inspecciones; todos, tienen que tener el registro sanitario". "¿Lo tendría ese? ¿No?, entonces ¿qué les digo? Sí, ¿entro y se lo pido? ¡Dios ayúdame!"

No se me ocurrió más que preguntar a un vendedor de "ciegos", y loterías si el molino ese llevaba mucho tiempo abierto.

—Sí.

—Y, ¿siempre ha estado aquí?

—Sí.

—Gracias –"ya podía ser más extenso en sus respuestas, no creo que le cueste mucho trabajo", casi le maldije.

Aquello ya era mucho para un día: "Ánimo, vete a la parada de la guagua, y en tu casa tranquilito, reflexiona". Del pensamiento al hecho, no distó mucho, a pesar de que tuve que esperar bastante por el transporte.

"Piensa, sólo te dejan un coche un día, y tienes que inspeccionar el resto. Lo que tienes que hacer, antes que nada es localizar los negocios, en las distintas zonas, e ir cada día a una. Sí, eso haré". Aunque pensé dejarlo para el día siguiente en el trabajo, no lo dejé para tan tarde. Ya en la guagua, camino a la capital, empecé a estudiar el tema. Al día siguiente, tenía más o menos la estrategia planeada aunque deducía que muchas zonas eran algo lejanas.

-¿Pero dónde te metes Antonio? –me increpó Gonzalo–. Te llamó Gustavo que le llames –fueron las primeras palabras de mi jefe al día siguiente a primera hora.

Llamé a Gustavo, y me dijo si había solucionado lo del guardia.

—No que va, no me lo dejan.

—Pues vete a hablar con el brigada que yo ya he hablado con él.

—Oh, gracias –"¡Bien, cojonudo!", exploté de alegría.

—Nada, nada. Cuando tengas que hacer algo me lo pides a mí, y olvídate de los políticos.

—Vale gracias. Adiós, gracias, gracias.

Tenía razón, lo de Pepe tampoco había salido.

"Eso de brigada, ¿qué será? Seguro que es un alto cargo. Muy alto. Dios mío, será un apuro pedirle ese favor".

Allí fui. Nuevamente a Vecindario, donde pregunté por el cuartel de la policía local. Estaba al lado del ayuntamiento, pared con pared.

—Buenos días, ¿está el brigada?

e-libro.net

—No, no.

-¿A qué hora vendrá?

—No debe tardar mucho.

—Si no le importa espero aquí sentado.

Y tanto que esperé, casi una hora y media. Al final me fui, pero antes pregunté:

—A qué hora es la última que debe estar aquí.

—El está casi todo el día.

"¡Mi madre, un alto cargo!"

—Bien, le llamaré por teléfono.

Le llamé desde mi casa.

—Pero usted no ha pasado por aquí –me dijo el brigada con una voz ronca que le daba la sensación de persona mayor, al presentarme por el teléfono.

—Sí, sí, disculpe, esta mañana estuve ahí esperándole más de una hora y media.

—Cuando venga mañana pregunte por mí que es de parte del inspector sanitario.

—Bien, hasta mañana.

Con tanto ir y venir, ya me había mirado y remirado las legislaciones y formularios al respecto.

Al día siguiente, fui allí y me asignaron un coche y un guardia, sin que viera al "jefe". Me llevaron a un par de sitios, y eran muy cerca, tanto que me avergoncé del revuelo que había armado por ello. Lo peor de ese día fue lo que me indignó un guarro y hediondo panadero, cuyas instalaciones estaban cayéndose de suciedad. Me indignó, aun así, recordé que Gustavo me había dicho que lo raro era que estuvieran limpios. "Será lo normal esto, tranquilízate Antonio, tranquilo. ¡Pero mira que es guarro este tío!"

-¿Qué está en muy malas condiciones? Sucio, ¿no?

—Un poco sí –contestaba reprimiendo la ira.

Encima antes de entrar se había caído una masa al suelo, hediondo hasta la saciedad, y la cogió poniéndola encima de la masa a hornear, junto a otras. Con ganas de marcharme de aquel asqueroso antro, llené lo más rápido posible las actas de inspección. No le puse que estuviera tan mal como realmente estaba, por el aviso de Gustavo, pero me sentía absolutamente indignado. Recordé que mi madre nos compraba, siendo estudiantes, pan bizcochado de esos pueblos y casi se me atragantó, de pensar en que guarras condiciones creí que se hacían todos.

Le hice las preguntas de rigor, y sin tardar mucho me fui. Debía haberle cerrado el negocio en el mismo momento, allí no valía la prudencia ni nada, aquello era insalubre sin mas. Les puede parecer un disparate, pero les aseguro que lo pensé: que era un atentado contra el hombre. Encima el operario, que debía ser el dueño, me molestaba continuamente.

Salí de allí con ganas de pegarme con alguien. Cuando vi al joven guardia, me repuse, y le pregunté dónde estaba la siguiente panadería. Estaba allí cerca, esta era más normal. Descansé y me relajé.

Le comenté lo guarra que estaba la primera al policía, quien me miró extrañado. Pensaría que mi obligación era hacer algo, pero no hice nada.

Intenté olvidar aquello, pero no pude, a pesar de que tampoco conté nada sobre ello a nadie, ni siguiera en el trabajo.

El guardia me llevó a la parada de la guagua, y me disculpé por las molestias.

—Para eso estamos, éste es mi trabajo.

Se lo agradecí.

De vuelta a casa. Esperaba generalmente cosa de tres cuartos de hora, por mi guagua. No podía seguir esto así, perdía mucho tiempo tontamente, debía buscarle un remedio. Se iba el tiempo en espera tras espera. Al estar las paradas en sitios algo transitados, me daba apuro ponerme a leer la legislación o los libros de literatura pequeñitos que llevaba. Pudo más mi absurdo sentido del decoro, por aquello de no desentonar con la mayoría de los mortales, o sea, por ser un borrego, y no me puse a leer, ni ese, ni muchos de los días que esperé tanto o más que ese. Antes de coger el auto, iba a un bar al lado de la parada, y me tomaba un cortado, a veces consumí algo más, hasta que un día me estafaron de tal forma que no fui más. Está claro que los negocios se ponen para ganar dinero, pero el dueño de aquel, daba asco. No pensaba más que en ganar y ganar dinero, sin que el servicio ofrecido a cambio, lo justificara. Me reventó, y desde que pude, no fui mas.

e-libro.net

En ese, y en otros lugares, he visto desvirtuarse al máximo, el sentido de la amistad y camaradería; todo se simplificaba a dar coba, para conseguir dinero.

No me extrañó cuando intentando amenizar una conversación con Gustavo, le pregunté sobre los frecuentes suicidios de Vecindario.

—Sí, es que hay un desarraigo muy grande.

Se me ocurrió que el desarraigo venía del excesivo afán de conseguir dinero rápido y fácil, y por esa obsesión, se creaban tantos inadaptados al medio. Eso pensé que les ocurría a los del bar al que fui.

El resto, todo igual, incluso en mi casa lo mismo: lectura y escritura, a la vez que intentaba controlarme y que se descompensasen lo menos posible los dos sistemas nerviosos (simpático y parasimpático).

Por fortuna, tenía previsto ir al culo del mundo al día siguiente, por lo que al llegar a la comisaría, donde me preguntaron adónde iba a ir ese día:

—A Santa Lucía, pensaba –le respondí.

El brigada (sin haberlo visto todavía), dio el visto bueno, pensando en que seguramente iría por allí cerca y por tanto me denegaría el permiso: "que fuera caminando", pensaría; y tendría toda la razón del mundo.

Me asignaron a un guardia joven. Era un trayecto largo y pesado; el paisaje árido, y la carretera, llena de curvas. A pesar de ir con un experto, no las tenía todas conmigo. Íbamos en un jeep de la policía. No sabía de qué hablar, y el acompañante hablaba poco, seguramente porque con su juventud, tenía poca experiencia, y por ello escasas cosas que contar.

El camino era lago, más aún me pareció por ser nuevo para mí. Al gran rato llegamos, y fuimos a localizar al único guardia que había en el pueblo.

Se veía que a pesar de apartado, el turismo llegaba allí, tanto por las tiendas como por los bares. "Seguro que los fines de semana, se llena de domingueros", intuí.

Encontramos al guardia, el que me llevó a todas las panaderías. Gustavo me había dicho que allí debía ir un mínimo de dos días. "Una mierda me hacen pegarme este pateo dos días", me dije, por lo que tuve que andar ligerito.

Lógicamente, allí por estar tan apartado, fui más flexible, incluso una panadería, totalmente artesanal y con horno de leña, la di por sanitariamente correcta, a pesar de que se veía en medio del tinglado, que habían desayunado muchos allí mismo, con el pan recién hecho. Esto es ilegal, pero más que disgustarme, me conmovió lo solidario, campechano y humano del dueño con su familia y los trabajadores. Tenía alguna que otra cosa mal, pero los papeles de sanidad, estaban en regla. Según vi, Gustavo no hacía mucho que la había inspeccionado, por lo que leí su informe y lo di por válido.

Por supuesto, no tuve en cuenta la ropa especial para el trabajo, o el cruce de la materia prima con la elaborada, y algunas otras cosillas. El dueño era algo mayor, y me dio todas las facilidades que estaban a su alcance.

Inspeccioné unos seis establecimientos; sólo nombrar, que uno de ellos, algo guarro, y al que se notaba que lo habían limpiado por primera vez hacía poco, pues se notaban las marcas de suciedad vieja en muchos sitios, juraría que por advertencia de los compañeros del guardia que me llevaba, quien me dijo:

—Esta es de mi suegra y la familia…

Se marchó, después de decirme esto, corriendo al coche. El daño estaba hecho. Volví a corromperme y les reprendí mucho menos de lo que debía; no tenían ningún papel en regla, ni ninguno el carné de manipulador de alimentos. El tanque del gasoil no estaba todo lo bien que debiera, en definitiva, que me callé muchas cosas de las que debía haber dejado constancia por escrito. Sin embargo sí les dije verbalmente lo que tenían que hacer, lo que era imprescindible. Salí amargado y asqueado con el mundo, mis semejantes, y conmigo mismo.

"Hasta en ese pueblo había favoritismos y corrupciones, y yo las toleraba". Me puse tenso, y a partir de ahí las relaciones con el guardia del pueblo, cambiaron.

También inspeccioné un molino con muy poca producción, tal que el dueño me dijo:

—Mire, yo mantengo esto por recuerdo de mi padre, pero si tengo que cambiar muchas cosas lo cierro, y estamos en paz.

Me mostré benévolo, a pesar de que aquello no estaba muy bien, entre otras cosas porque tenía unos veinte sacos de muchos kilos cada uno, de pienso para animales.

—Esto está aquí porque en la tienda no cabe, y van a subir de precio, sabe, por eso lo tengo aquí, pero lo quitaré de aquí enseguida.

e-libro.net

Me quedé con la duda de… “no estará este capullo haciendo gofio con el pienso. No creo que sea tan cabrón y que por ganarse unas pesetas, no compre el millo adecuado”. La duda me ha acompañado continuamente.

La verdad es que el personal canario es muy carroñero, buscan la peseta, desdeñando incluso, los márgenes legales. Si esto ocurre entre los escalafones sociales bajos, no les cuento nada lo que ocurre entre la casta superior.

Lo que veía no me gustaba, mas bien me ponía a disgusto. Por fin, inspeccioné lo que tenía encomendado, y pude irme satisfecho, entre comillas, a que me llevara el agente a coger la guagua.

A este guardia le tiré de la lengua, y este habló más que el otro, aunque cosas no muy importantes, se conoce que los grandes acontecimientos no eran frecuentes en ese su pueblo.

Conocía a mi cuñado Pepe, de haberlo tratado personalmente. No quise profundizar más. Me dejó en la parada de la guagua, y desde allí a mi casa, sólo era esperar.

En el hogar, todo transcurría apaciblemente, quizás lo más importante fuera mi trabajo. Iba bien, “con el tiempo sería el jefe, pero no como Antonio y Gonzalo, sino superior, famoso a nivel nacional por el trabajo, y con fama internacional por mis libros. Sí, todo va bien”; me enorgullecía al pensar estos y mil y un proyectos, ya faltaba poco. “Pues no soy poco inteligente ni nada, con lo que estudio del trabajo, después puedo hacer novelas. A ver, leo literatura la primera hora, cuando los demás leen el periódico, sí, no sería mala idea; pero, si en lugar de leer esas cosas, leo sobre el trabajo, seguro que llegaré antes a la fama por mi trabajo...” Estos y otros pensamientos me rondaban la cabeza, casi constantemente.

Al día siguiente, Gustavo me pidió que fuera por la farmacia, a lo que respondí que sí, que al día siguiente iría por allí.

Aparecí en coche de policía; otra vez me ruboricé de lo cerca que estaba la farmacia a la que casi se podía ir caminando, pero yo no lo sabía. Llegué y Gustavo estaba atareado:

—Bueno, mientras voy a hacer un par de inspecciones por la zona.

Me llevó el guardia, pero todo estaba cerca. No lo sabía, por lo que sentía ser tan torpe al no encontrar un medio por el que pudiera inspeccionar yo solo y rápido. El mapa, no tenía marcadas las rutas de los transportes, por lo que parecía todo muy lejano en el espacio. Fui a las que tenía marcadas por la zona. El mismo guardia me sirvió de testigo para dar fe de los establecimientos que estaban cerrados. A pesar de trabajar poco, iba cumpliendo con creces, la tarea que tenía asignada. Todo iba bien; al final, de vuelta a la farmacia. Me despedí del guardia quien se sorprendió de lo rápido que fue todo, y que no necesitase más sus servicios.

Otra vez estaba en la farmacia de Gustavo; en esta ocasión, me quedé a la entrada, en un asiento que había allí, con la finalidad de esperar al propietario.

—Un momento, Antonio, ahora mismo acabo.

Así fue, no se demoró mucho. Se vistió y se puso un pantalón distinto al del trabajo, y una camisa, la de siempre; usaba la bata típica, pero sin camisa, por lo que tenía el pecho descubierto. Era tal la costumbre, que cuando se ponía la camisa, los botones superiores, no se los abrochaba. Había ya descubierto, por qué iba tan desabrochado siempre.

Una vez fuera me preguntó:

-¿Y, todos los hiciste ya?

—Sí, creo que todos, menos la que quedamos en inspeccionar los dos.

—Le dijiste lo del ARICPC.

—Ah, pues creo que no, deja ver.

Miré y efectivamente no lo había constatado.

—Pues tenemos que ir a decírselo.

—Bueno vamos.

Pasamos por las que había visto hacía poco, y subsané el error. Cuando preguntó una en qué consistía eso:

—Es en fin, un sistema nuevo; vamos que…

Al ver desvariar tanto a Gustavo, y siendo lo que precisamente más me había leído intentado averiguar qué era, le contesté lo mejor que supe, esto es, diciendo lo que significaban las siglas:

-…porque el ARICPC, es el: Análisis de Riesgos y Control de Puntos Críticos, o sea de la cadena de producción, los sitios que son susceptibles de contaminación.

e-libro.net

Gustavo se dio la vuelta, y me miró asombrado. Esto me dio pie a aseverar lo que suponía: no tenía ni idea de lo que era aquello, ni lo que significaban las siglas, aún así, se aventuraba a hablar, y a recomendarlo, como algo que en breve, sería totalmente necesario.

Después, fuimos a una panadería de las más grandes de entre las que habíamos estado. Fuera, había un camión que decía en sus rótulos que era transporte de agua de consumo. Realmente en esos momentos, transportaba combustible derivado del petróleo. Gustavo, dirigiéndose al dueño del vehículo, algo enfadado le espetó:

—Porque éste –señalándome a mí-, será el encargado de vigilarte de ahora en adelante, y te aseguro que no es tan condescendiente como yo.

Le agradecí ese voto de confianza hacia mi persona, y puse cara impasible y seria.

Después entramos al local y empezó a decir a los que por allí veía:

—Porque usted, me conoce a mí ¿no?

Fue diciéndoselo a un par de ellos y todos, consternados, le decían:

—No, yo no…

Cabreado y desilusionado, al ver lo poco conocido que era, dijo:

—A ver, ¿quién es el jefe o el encargado?

Se nos presentó uno. Le puso en antecedentes de quienes éramos y qué veníamos a hacer. Como resultado, se portó igual a un corderito y nos llevó por todos los lados del establecimiento. Vimos también los vestuarios con sus taquillas, las que estaban descerrajadas, y por ello sin usar; también nos enseñó el tanque de gasoil usado como combustible del horno. Cuando estábamos rellenando los formularios, le pregunté a mi jefe, sobre el número de registro sanitario.

-¡Ay, mi madre! –se le demudó el rostro, al farfullarlo.

Supuse que habíamos cometido un fallo, pues es lo primero que debíamos apuntar, y lo que es obligatorio en todos los establecimientos dedicados a esos menesteres; se nos había pasado por alto, y no era raro, que no tuviesen ese requisito indispensable, según parecía.

Mientras, iba pasando al acta la lista de todos los que tenían carné de manipulador, por orden de Gustavo, en el sitio en el que expresamente debía ir precisamente todo lo contrario, o sea el nombre de aquellos, que trabajando en esas labores, no tuvieran carné de manipulador de alimentos o lo tuvieran caducado. Me callé y obedecí. Por lo visto, deduje que allí trabajaba gran cantidad de operarios, casi veinte.

Al final, por suerte, nos fuimos:

—Ahora, vamos a pasar por un bar que está próximo a la apertura.

Preveía que eso no era función nuestra, sino de los médicos; ya Manolo Fijoleis, me había dicho hacía años, que estaba de inspector y que inspeccionaba los restaurantes. A parte de eso, sabía lo de Silvia E., pero aun así, me callé.

El bar no era muy grande, pero más que suficiente para la zona en la que estaba ubicado. Le seguí, y quedó con el dueño en que pasaría por su farmacia. ¿Motivo?, lo ignoro.

Después fuimos al ambulatorio del pueblo, y me presentó a la doctora con que nos cruzamos a la entrada. Igual hizo con otras personas. Al final, fuimos a un despacho y:

—Bueno, Antonio, yo me quedo aquí firmando estos carnés, así que hasta luego.

—Bueno adiós. Adiós a todos.

Allí se quedó y yo me dirigí a la parada de la guagua.

Las actas cumplimentadas, las debíamos presentar en la Dirección del Área de Salud. Suponía que era de los que más entregaban. “Bien, la cosa va bien”, me autoconvencía.

Una farmacéutica, la mayor de los inspectores, y que hasta hacía poco era dueña de un laboratorio de análisis clínico, el que pretendía vender, supongo que por su poca rentabilidad, me había comunicado que ella estaba ahora encargada de inspeccionar las piscinas cuya labor yo había empezado:

—Porque la semana pasada, estuve hasta las cinco de la tarde para inspeccionar tres.

Un servidor, indudablemente era más rápido, y eso, a pesar de en ocasiones pensar que iba lento en el trabajo; me tranquilizó. No era tan difícil trabajar para el estado, según me había parecido en mi primera funesta experiencia.

Se me olvidó decirles, que ese mismo día le pedí a Gustavo, la forma de ponerme en contacto con el brigada de la policía.

e-libro.net

—Para qué.

—Para darle las gracias por todo.

—Yo te llevo, que tengo que pasar por allí.

"Bien por una parte, aunque no tenía planeado qué decirle; espero que no me salga mal la puesta en escena". Deseé al oír la nueva noticia del agradable compañero.

Al llegar, salió a saludarnos sonriente; lo suponía mucho mayor, y no sabía por qué, bueno sí, por su voz, creí que era un viejo bebedor, pero no era así.

—Buenas, soy Antonio, era para agradecerlo lo que hizo por mí –le tendí la mano, que él sonriendo aceptó y me la estrechó.

—Nada, nada, no hay de qué.

Satisfecho, me fui del pueblo, sabiendo que ahora, el trabajo que quedaba, debía hacerlo caminando. Y así lo hice, recorrí el pueblo de arriba a abajo, de un sitio al otro. Muchos negocios estaban cerrados, y a los nuevos, que poco a poco iban habiendo más, tenía la orden de no ir.

Un día fui al extremo más alejado del pueblo y como solía hacer, me metí en un bar a orinar, tomar café y agua. El bar era sucio, muy sucio. Le pregunté al camarero, por una dirección, y me sacó un mapa igual al mío, pero prácticamente roto por todos los dobleces. Me extrañó que no supiera la calle, que estaba a escasas manzanas de allí. Pudiera ser que estuviera fardando de entendido, o a saber qué. Me callé, y le oí, enseguida dio con la calle.

A mi lado había dos hombres que al parecer habían pedido dos platos de comida. Se llevaron una sorpresa, cuando un señor mayor salió con dos bandejas a rebozar de comida.

-¡Qué va, qué va!, esto no es lo que nosotros pedimos; esto es muchísima comida; no, no, no puede ser…

Me dio la impresión que lo decían, más que por lo que les pudiera costar, por lo que se les enfadarían sus mujeres cuando al par de horas fueran a sus casas a almorzar, y les dijeran que no tenían hambre, que se habían zampado unos platos de comida tan grandes, en el bar, y que no podían con nada más.

Asimismo deduje, que se trataba, los clientes, de dos amigos que hacía tiempo que no se veían, y que habían ido a celebrarlo. A la vista del desconocimiento de las costumbres de la casa, también deduje, que no eran asiduos del bar, y que probablemente, ni siquiera conocieran la zona.

La forma en la que habían entrado al bar, sería igual a la mía: por no haber otro cerca.

Al final, seguí mi camino y no me quedé a oír la discusión. Realmente las bandejas eran exageradas.

La mayoría de las panaderías estaban cerradas, por lo que el trabajo se me hacía más sencillo. Me había impuesto un número máximo a inspeccionar: tres, a partir de esa cantidad, se quedaría para el día siguiente, siempre que hubiera alguna por allí y que quedara muy a desmano de la zona a trabajar del día siguiente. El oficio no era difícil y en muchas ocasiones resultaba grato: cuando uno entraba a un negocio limpio, ordenado, en fin, en buenas condiciones. Esto era lo más frecuente.

A veces, no localizaba a los dueños, por lo que incluso a algunos, les di el número de teléfono de mi casa, lo cual no quitaba, para yo llamarlo aparte desde ella.

El peor que me trató, fue un pastelero, que al presentarme me pidió algo que verificase mi condición, enseñé el carné el que pareció tardar mucho en leer. Encima, no tenía ningún papel de los mínimos requeridos; aquello atufaba a clandestinidad. Tampoco tenía los carnés de manipuladores. El dueño, que cada vez me caía peor, decía que los tenía todos pero en su casa, que le diera tiempo:

—Bueno le voy a dar de dos a tres semanas para que lo presente todo.

—No, no, más; debe ser más de un mes, que ahora empiezan las fiestas y tenemos mucho trabajo.

Lo cierto, es que me intimidaba, y aunque me daban ganas de poner todo en su contra, él, su agresividad, podía más que mi decisión.

Por supuesto, no tenía un lavamanos separado de la cadena de producción, ni agua fría y caliente. En fin todo era tremendamente sospechoso. Se veía que los empleados eran ilegales, y cuando les pregunté por su cargo, me respondió:

—Son repartidores, pero trabajan aquí, ya me entiende.

Él, el dueño, también trataba de no tutearme ni de tratarme de usted. Yo tampoco, aunque a diferencia de la buena gente con que había tratado, le consideraba un enemigo y fuera de la ley.

También se dedicaba a hacer pizzas:

—Pero sólo la masa, es para unos hoteles del sur, que me la han pedido, pero estamos en prueba.

e-libro.net

“O sea, que no tenía licencia para ello”, pero soy tan zoquete, que no lo plasmé.

Tampoco me dejó ver con detenimiento la materia a medio elaborar, le dije que me abriera la nevera, pero la cerró enseguida. No les extrañe que tuviera también allí dentro cosas ilegales.

Lo cierto es que el local y el negocio era legal, pero no sé a cuento de qué venía tanto impedimento contra la ley. No es que fuera flexible ante las irregularidades, pero qué iba a hacer, cerrar el negocio y que se quedaran sin trabajo gran cantidad de gente. Hay que producir, para que el estado obtenga dinero de los impuestos y este cree puestos de trabajo, con los que aumente el nivel adquisitivo de la población, la que pueda gastar más, invertir más, y así subir a este decrépito país, en el que planea el fantasma del paro, que cada vez abarca a más ciudadanos.

Me fui de allí de mal humor. Está claro, hay días buenos y días no tan buenos.

Otra mañana, al comenzar la jornada, como siempre, pasé por la oficina, allí se puso a hablarme Ulises; se había ido la noche anterior de juerga para celebrar el principio de sus vacaciones, que comenzaban al terminar esa jornada, y sólo había dormido una hora. Estaba totalmente borracho. Se puso a hacerme confidencias, y me porté como un sacerdote, aunque no le recriminé su actitud. Empezó a contarme cosas personales de su familia; en el fondo yo era un viejo conocido de hacía años, y ahora éramos compañeros.

Al poco, vino Conchi, quién tardó en darse cuenta que estaba borracho. Cuando se percató dijo:

—Ay, Ulises, últimamente estás bebiendo mucho…

Y era verdad.

Se levantó Conchi con la idea de ir a otro sitio, pero al ver que yo no era candidato para sus charlas, se volvió a sentar con él (frente a él), aunque ahora el tema del colega, no era tan confidencial, era más parecido al de la fría relación laboral.

Cuando me levanté para irme, me preguntó Ulises:

-¿Dónde vas ahora?

—A Vecindario.

-¿Ahora vas para allá?

—Sí.

Le dejé claro que era responsable y que cumplía con mi obligación, quizás más que el que más.

Allí, me bajé al lado del local de la Cruz Roja, donde entré pensando encontrar el mismo ambiente que en los consultorios médicos. No fue así, lo que vi fueron unos adolescentes con las caras llenas de granos, pobremente vestidos y sentados sobre tablones. Me extrañó que el personal fuera ese, al observar el buen aspecto que presentaba el edificio por fuera.

Me indicaron donde estaba la calle a la que debía ir. Allí fui, y qué diferencia los trabajadores (el dueño y un empleado) a la hora de colaborar, algo fantástico, a pesar de ciertas (muy poco importantes) irregularidades.

Cuando terminé de hacer las inspecciones, y quedándome por cumplir tres días de trabajo, fui al centro de operaciones, y le dije a Gonzalo:

—Porque no voy para abajo más.

Me miró atónito, Y en ese momento comprendí que mi trabajo no era de oficinista como esperaba y ambicionaba, sino para estar al pie del cañón.

Ese mismo día, surgió un inconveniente, la panadería cercana a la farmacia de Gustavo, no tenía puesto el número de Registro Sanitario en el acta.

Le conté que sospechaba que no lo tenían pedido, pues le conté la reacción de Gustavo:

-¿Si no lo tienen, cuanto tiempo les doy para que lo pidan, una semana?

-¡Qué una semana!, ¡Ya!, inmediatamente.

—Bien.

Al día siguiente fui nuevamente a Vecindario, era mi penúltimo día, y aunque tenía pensado estar en la oficina leyendo, se torcieron las tornas, aunque no me disgustó tanto como pensé. Tardé en llegar, pero al final fui allí. Se lo dije a Gustavo:

—No te preocupes, que ahora llamo –llamó y se identificó, pidiéndoles el requisito–, es el que está en las cajas del pan, en uno de los lados.

Le dieron el NRS y tomé nota. Al ver lo bien aprendido que tenía el sitio donde estaba el número, deduje que algo debía haber pasado, para que supiese tan exactamente donde se encontraba escrito.

Después le dije que llamara a Gonzalo al despacho para decirle que todo estaba en regla. Eso hizo.

-… Sí, aquí esta conmigo…

e-libro.net

Fue una de las cosas que le oí, por suerte para mí, seguro que Gonzalo le había preguntado si estaba allí, y el lo confirmó.

También le dijo que no trabajara en las vacaciones, pero Gustavo le contestó:

-¿Y qué es el trabajo que hago, sólo firmar?, Bien…

Una vez solucionado esto, me dio una serie de hojas que le había facilitado la policía de panaderías y pastelerías que había allí.

—Vete mirando cuáles has visto y cuáles no.

Me asombró ver la gran cantidad que había, y posiblemente muchas ilegales. Empecé a revisar y comparar esos papeles con los míos, al poco vi que me sabía bien las calles a las que había ido, al igual que me sonaban mucho los nombres de los locales, de tal forma que aligeré y avancé en el trabajo encomendado por el titular.

—Eso es para que vayas a inspeccionarlas tú.

Me asombré, pues casi llegaban al centenar. De pronto, me acordé lo que me había dicho Conchi, y se lo largué a bocajarro a Gustavo:

—Gustavo, en el Área me dijeron que fuera únicamente y exclusivamente a las que yo tenía en mi listado, y eso he hecho.

Se sorprendió de verme tan gandul, y me contestó:

—Bueno, bueno, si es así, no te digo nada.

—Si quieres te termino de hacer lo que estaba haciendo.

—Sí, sí, como quieras.

Estaba claro que pensaba descargar su trabajo en mí. Pero a gandul, según parece no me gana nadie. Era verdad la orden que me habían dado, aunque no fuera una orden de mis jefes tales.

Cuando terminé me fui, y el farmacéutico me dijo:

-¿Qué, ahora a descansar?

Y aunque era verdad, le dije:

—Bueno, en realidad, ahora al paro, pero si lo quieres llamar así…

Me despedí de él y de su empleada, jamona cien por cien, y salí de allí con la intención de esperar la guagua al lado de la botica. Quiso la casualidad, que empezara a arrancar cuando salía de la farmacia el bus. Le di un grito, y los que por allí estaban, lo mandaron a parar. Agradecido me subí al transporte privado y me llevó hasta Vecindario, aunque dio infinidad de vueltas antes de llegar; eran rojos, y gracias al chillón color, eran fácilmente identificables.

Ese día, sabiendo que la guagua tardaría en llegar, me fui a un parque y allí me puse a leer la Biblia, después, reanudé la lectura de los cuentos que llevaba de grandes escritores.

Cuando supuse que era la hora da aparecer mi guagua, fui a la parada, y esperé unos diez minutos, y por fin, de vuelta a casa.

Al día siguiente, era el último día, y no iba a Vecindario (porque no me salió de los cojones, todo hay que decirlo). Hablé algo con Rubens, quien me contó que antes de empezar él a trabajar, había estado cuatro años en paro. Me alucinó esto. Cuando empezó a trabajar, llamó a su novia, también gallega como él, y ahora estaban viviendo por Ciudad Alta. Ella estaba preparándose unas oposiciones.

Supuse que con el sueldo únicamente de él, pagando casa y comida, lo debían estar pasando bastante mal; aún así me dijo:

—Bueno, de vez en cuando me voy a tomar un par de copas…

Acabáramos, de ahí le venía su mala imagen, su aspecto poco sano. A decir verdad, el más sano que allí había, era Esteban Campos, el técnico, el único farmacéutico de los allí presentes que tenía oposiciones sacadas. De todas formas, estaba ligeramente gordo.

Me llegaron rumores de que habían comentado sobre mi persona. Imagino que se referiría a mi forma de trabajar, o sea lo de empaparme bien las leyes al respecto, y después ir al campo de batalla. Eran varios a los que allí vi, todos, o casi todos colegas, que en su mayoría, se había retrasado en los estudios, igual que un servidor.

Por primera vez, me invitaron a ir a desayunar con Gonzalo y Rubens, ya en otra ocasión habíamos ido Rubens y yo solos. Esa vez me aluciné pues Gonzalo haciendo las veces de jefe, era el que llevaba la voz cantante. Habló de política, y yo claro está, ni idea, todo me sonaba a chino. Luego habló de un pariente suyo, que se había casado en Sudamérica, donde ganaba poquísimo; a parte de eso, debía estar en la carretera un par de horas para

e-libro.net

llegar al trabajo, en definitiva, todo un desastre. “Pero era tan bueno en su trabajo que le ofrecieron uno en la península, ganando casi setecientas mil pesetas mensuales…”

-¡Coño! –dije sorprendido al ver lo que ganábamos nosotros–. Y de qué trabaja.

—Oh, es que es muy bueno en su trabajo.

Al final, resultó que se tuvieron que marchar nuevamente a Iberoamérica, porque a su mujer, no el gustaba el clima de Andalucía. “¡País!”

Ese día se me hizo interminable, me estaba cayendo de sueño y presentía que todo el mundo me estaba mirando por eso. Se me cerraban los ojos, y más ganas tenía de ponerme a dormir, que estar allí leyendo reglamentaciones y reglamentaciones. Ojo, esas me gustan, pero más me gusta estar tumbado en la cama leyendo novelas, con lo que, según palabras de mi padrino: “con eso no hago daño a nadie”; aparte de que aprendo para seguir los consejos de mi cuñado: “escribe”.

Me sorprendía lo que se dedicaba Rubens al ordenador, que según me confesaría, no le gustaba nada, ni siquiera tenía uno en su casa; lógicamente no le iba a decir que me había comprado uno con el dinero que me había dado mi familia, cuando hasta hacía poco habíamos estado hablando de lo poco que ganábamos. Incluso así, ganando tan poco, esto no quitaba para que cuando fueran a los bares, fueran de potentados.

Charo, había llegado tras sus vacaciones en América. No le pregunté sobre su viaje, pero ella sí me interrogó:

—Y ¿cuándo se te acaba el contrato?

—Hoy

-¡Ay!, perdón, fuerte metedura de pata.

Le quise decir que en absoluto lo había hecho, pero me contuve, me abstuve sin saber por qué. En modo alguno porque quisiera aparentar ser un amante del trabajo, ni mucho menos.

Por fin llegó la hora, y salí el último, junto con Rubens, quien dándoselas de puntual y trabajador, salió en punto. Ya no había nadie en el edificio. Al despedirnos, me dijo que ahora seguramente no me volverían a llamar hasta dentro de seis meses. Me desmoralicé, a pesar de que me di ánimos pensando, que quién se lo había dicho a él.

—Encantado –se despidió él dándome la mano.

—Gracias, igualmente –le saludé yo también.

Salí algo incómodo, no era tan gloriosa mi salida como pensaba, a pesar de que un veterano me había saludado muy cortésmente. “¿Sería verdad eso de que no me llamarían hasta dentro de seis meses?, no lo creo”, me decía en mi burbujeante cabeza. “Y eso que pensaba hacerme jefe. Pero para ello, seguro que tengo que sacar antes las oposiciones”.

Por el camino a coger el taxi, me veo a Enrique, el abogado que vivía por Rafael Cabrera.

—Ah, qué ¿estás trabajando? -le pregunté con la certeza de que me diría que sí, pues la pinta lo reflejaba. Llevaba un traje y un enorme y repleto maletín.

—Sí, trabajo ahí enfrente. ¿Y tú? –me preguntó extrañado al verme tan pobremente vestido.

—Sí, de inspector sanitario –no le dije que terminaba el contrato ese día pues me dio vergüenza, y pena de mí.

“Qué bien le va a la gente, y uno, parece que va de ‘Guatemala a Guatepeor’”.

—Bueno, adiós, adiós -le contesté sin aumentar gran cosa, a sabiendas de que descubriría que sólo había trabajado un mes y poco, y ahora iba al temible paro. “Por fortuna, tengo mis libros... ¡Y yuupiii, el dinerito de mis tías!”

De vuelta a mi casa, volví a la rutina de ningún día igual uno al otro, y por esa fortuna, puedo escribir estas líneas.

En septiembre, mi madre cumplió setenta años, y lo iba a celebrar en el Metropole, ya que uno de sus primos, trabajaba allí y gracias a él, salía la cosa más barata. Fuimos la familia más allegada de mi madre, sus amigos íntimos y unos vecinos (el matrimonio: Pepe y María Elena). Todos íbamos de corbata, menos Chiew. Piluca estaba dando el pecho a su recién nacido; es su primer hijo, y ha sido la única de la familia que le ha dado el pecho.

Estábamos todos muy contentos; la cena estuvo magnífica (Saso y Juancho no estaban, a mi hermana, le fue imposible asistir, y a Juancho, no se le iba a hacer venir para una cosa de estas).

e-libro.net

Mi madre estaba radiante. Antes fui a buscar la tarta, enorme y muy gustosa, aunque ese día, debido a la gran cantidad de comida que se sirvió en la cena, no pude saborearla. De todas maneras, lo que sobró nos lo llevamos a mi casa.

Me puse a hablar con Domingo quien me comentó, un libro, que ya me había comentado hacía diez años atrás, y que yo había leído hacía doce; junto a él estaba mi tía y su hija, mi prima, quien cada vez se me hacía mas irresistible. Estaba fantástica, rebosante de vida. Es abogada y se está preparando las oposiciones para Registradora de la Propiedad; dicen de esas oposiciones, que si las saca, está resuelta de por vida.

Según me diría más tarde, si las aprobara, seguro que la mandarían a algún pueblo; aunque no me especificó, supuse que se refería a un pueblo de la península. O sea que primero por ser familiar y segundo porque me iba a durar poco el contento, mejor era no hacerse ilusiones. Aparte de esto, se imaginan el escándalo si me casara con mi prima. Ni que fuera Einstein.

Me di cuenta que Domingo se repetía. Y me hablaba siempre a mí, tratándome de igual a igual, con la salvedad de que él tiene dinero y yo no.

A mi lado, estaba sentado un primo de mi madre, Isidro, quien se había enamorado a sus cincuenta y tantos (con hijos ya adultos), de una profesora de Lanzarote, la que pertenecía a la alta sociedad de aquella isla. Isidro se caracterizaba porque ningún negocio ni empleo, le duraba mucho. Eso sí, era un hombre, según me enteraría después, muy religioso. Estoy seguro que sus hijos preferían esa virtud de él, que el que tuviera mucho dinero. El problema, es que según parecía, no tenía ni para lo mínimo, lo que no quitaba, para que siempre fuera muy bien vestido.

En ese momento, vi que en mi familia, ni entre los asistentes, había ninguno que siquiera estudiando de sol a sol, salvo mi prima y yo; el resto de los primos, ignoro cómo pudieron sacar las carreras, pues ninguno fue, salvo mi prima Concha Esther, ninguna lumbrera. Si no hubiera tenido, un servidor, una imagen tan nefasta de drogadicto, otro gallo me habría cantado.

La realidad, es que contaba con treinta y cinco años, y seguía ganando muy poco dinero. No me explicaba cómo habían llegado tan arriba algunos. ¿De dónde coño sacaban el dinero? Es todo un misterio para mí. Mi consuelo, es que dicen que es mejor tener un buen nombre que no fortuna, y según dice Jesucristo, es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que un camello por el ojo de una aguja. Sí es cierto, que a la pregunta de los apóstoles de que entonces quién entraría, Él dice que eso sólo lo sabe Dios Padre.

Entre dos, siempre habrá uno que es pobre, y otro que es rico. Uno que tenga una peseta, y otro que tenga diez. Y aunque el que tenga diez sabe que hay quienes tengan cien; para el que tiene uno, su compañero es rico, pues quizás el no pueda comprar ni un poco de harina para hacerse un pan, y el compañero, se lo podrá comprar hecho (es un ejemplo absurdo y entre otras cosas, actualmente no tengo ni idea del precio de los alimentos).

Isidro, por primera vez, al menos delante mío, le planteó a Domingo si él no se había nunca hartado de Conchita. Mi tío, le puso mala cara, dando a entender que eso no se lo dijera allí, que no era el lugar adecuado. De todas maneras, fue suficiente, para que me diera cuenta de que realmente le había pasado, ¿le pasaba ahora?, no sé. Me defraudó un poco, el que en su día fuera un personaje al que quería imitar. Domingo, no hacía nada por aspirar a más en su trabajo; sí quería cumplir con sus obligaciones, pero nada de llevarse trabajo a casa, ni estar los fines de semana trabajando, ni nada de eso. Y si puede escabullirse con los amigos a tomar café y charlar, pues quizás lo haga.

Le empecé a preguntar si su trabajo era una especie de funcionario y me decía:

—Sí, más o menos, algo así…

Con lo que no me aclaró nada.

A la salida de la fiesta, cargué la tarta hasta el coche, para llevárnosla a nuestra casa, donde mi madre, por lo grande que era, la repartió entre los demás (mis hermanas se sobreentiende).

Me decía cada vez más, y también mirando a mis hermanas, que siempre estaban en fiestas y jolgorios, que debía ser cierto eso de que en España se da mucho lo que le achacan tanto a los andaluces. Imagino que en Canarias se da eso también, por motivos climatológicos. O sea, el astro rey al brillar y calentar, quita las ganas de estar dedicado al trabajo e incita al festejo. También, y cómo no, todo hay que decirlo, porque es más fácil no trabajar que hacerlo, o hacerlo con fruición, pues si la juerga, también se hace en cuerpo y alma, también cansa, y si no, que me lo digan a mí.

e-libro.net

Un día, Pepe (D. José Padrón para mí), el vecino, le dijo a mi madre que fuera a hablar de la farmacia con él. Me vestí de serio, y fui con mi madre a su casa el día acordado. Allí me llevaron a su despacho: "Guau, aquí hay dinero", durante la espera, me puse a ver su biblioteca en la que había algunos libros de literatura, que creí que no se los había leído. Todos los libros eran de calidad. Me preguntaba dónde tendrían los baratos, si es que los tenían.

Sospeché que lo que en su día usara mucho, ahora ya casi no le daba uso. El despacho estaba inmaculado.

Al enterarse que mis tías habían vendido la farmacia en doscientos millones, se extrañó. Le pareció mucho dinero. Me salió una chispa de triunfo de mis ojos, y cuando él se percató de que algo se me había subido a la cabeza mis posibilidades, soltó impulsivamente:

—Porque estoy pensando en construir un hotel en Fuerteventura invirtiendo ochocientos millones.

Inmediatamente capté la indirecta y cerré la boca. Al mismo tiempo, mi anfitrión se dio cuenta que había sido él también imprudente, por lo que cambiamos el tema.

Me dije que mucho dinero debía manejar este hombre para que uno de sus negocios fuera de ochocientos millones. Ojo, no era su único negocio, sino uno que tenía en vista; a parte de eso, era accionista de otras empresas.

¿Es asqueroso el mundo del dinero? Sí, pero en que estrato social, no se ambiciona este, si incluso los religiosos piden para vivir ellos y para los pobres.

Me fui al poco, cuando ya Pepe (D. José), dio por concluida la charla. A la salida me dijo:

-¿Y qué estás haciendo ahora?

—Estoy leyendo un libro de…

-¿Cómo?, ese empieza...

Me dejó asombrado, se sabía el principio del libro de memoria y yo ni siquiera he sabido memorizar ni el autor ni el título del libro del Premio Nobel ruso que me leía esos días, cuyo resumen sí me sé, pero por supuesto, no el principio de memoria.

¿Quieren saber su resumen?, pues es algo largo, mil y pico páginas pero en síntesis es un hombre que va cultivando una montaña y va ganando poco a poco y va invirtiendo en ella y en su casa, lo que gana. Se casa con una mujer que por supersticiones, mata a su recién nacido, por lo que los que mal les quieren la denuncian. Pasa un tiempo en la cárcel y al tiempo vuelve junto a su marido. Tienen más hijos, y uno de ellos, va de señor y de hombre de mundo, que lo que hace es arruinar a la familia. Al final emigra, tras esquilmar nuevamente a su familia, a Sudamérica, y nunca más se supo de él. La familia una vez superado esto, vive feliz y en la opulencia. Los vecinos, que al principio no creían en la pareja de la montaña, no les quedó más remedio que creer.

Moraleja: el trabajo, y la constancia, hacen al hombre un ser próspero, a pesar de los contratiempos que surgen, que entre otras cosas, es muy normal que estos ocurran.

Entré en mi casa, y lo primero que hice fue ver el comienzo del libro que estaba leyendo, y efectivamente, tenía razón don José, empezaba así.

Es de suponer, que fuera en otro tiempo posiblemente, su prototipo de vida. Quiero pensar, que no fuese su libro culmen de cabecera; pues me parecería muy poca cosa. Mi madre me había advertido, que en casa de esos vecinos, ya no vivían en paz, debido a la mala cabeza de una hija, de la que según parece, el padre opinaba que había deshonrado a la familia. Era madre soltera, y encima, ella, la soltera, era la que había despedido a su amor, o sea, que no fue él quién se dio el piro al enterarse que iba a ser padre, sino ella la que lo había echado. "Vivir para ver".

No me parece tan grave la cosa, como para llevarla a los extremos que los llevó el padre. Sí me parece reprobable; puede ser que ella pensara que su padre, el abuelo del futuro niño, les alimentara. Se dio de bruces total, y esto ya no me parece tan mal; lo que sí me parece mal es que el que la niña (la madre), pensara que todo lo iba a resolver su papi (don José).

Eso es otro tema en el que no me quiero meter, entre otras cosas, porque nadie me ha dado autorización para ello, y por tanto, desconozco casi toda lo relacionado con él.

Sí me ocurrió una vez, que estando solo en mi casa, llamaron por teléfono, era ella, la ya afortunada madre (afortunada por ser madre, no por otra cosa).

-¿Quién eres?

—Soy Antonio.

e-libro.net

—Ah mira, soy…, que en mi casa no cogen el teléfono, me puedes hacer el favor de decirles que vayan a buscar al niño, que yo estoy en la carretera en un atasco.

—Bien, yo se los digo –me sonaba raro, qué pasa tan grande es el atasco.

—Gracias.

—De nada, adiós, adiós.

—Adiós.

Fui a la casa del vecino, y había unos trabajando por allí.

—Miren, soy el vecino ¿se puede entrar?

—No, no, toque el timbre y hable con ellos.

Toco el timbre del dictáfono.

-¿Si?

—Pepe, soy yo Antonio, que … -le conté lo ocurrido.

—Ah, pues nada, gracias Antonio; muchas gracias por el recado.

—De nada, adiós, adiós –para ser sinceros, estaba anonadado, había tuteado por primera vez a don José, y le había hablado de la hija de la que él había renegado. Había posiblemente mancillado su honor. Por fortuna, no noté inflexiones en su voz, de desagrado o desaprobación.

Mi misión era dar un recado, y eso hice. Seguro que mal, pero qué iba a hacer, decirle al dueño de la casa: “no mira, que se ponga otro, que le tengo que dar un recado de tu hija, con la que te llevas mal”. De todas maneras, Pepe parece que es más razonable que lo que era mi padre.

Espero, que el tiempo vuelva a llevar paz y armonía a esa familia, que eso parece que ocurre ahora con la mía ¡Gloria a Dios!, (según dirían mi amigos evangelistas, y que yo me apropio).

El veinticuatro, lo pasamos todos juntos en Arinaga, muy tranquilo, salvo que a mi madre la sentó mal la comida, y hubo que estar pendiente de ella. Fue al médico, a varios médicos, a alguno de los cuales fui yo con ella; al final, uno, el Dr. Facal, le diagnosticó una diverticulosis. Es tan aprensiva mi madre, que sigue un régimen tan estricto, que ha adelgazado más de quince kilos en pocos meses, a pesar de yo decirle que no sea bruta, que coma algo más. Come poca cantidad, y poca variedad, todo le da miedo.

Ese médico murió al poco tiempo de cáncer. Mi madre se quedó sin médico, y seguía adelgazando. Por fortuna, uno de sus primos: Pepe Luis, le llevó a otro médico, quien le aconsejó que se preocupara menos, que lo suyo no era grave, que con un régimen, no tan severo, y alguna medicación, iría bien.

Uno, sin embargo, leyó hace poco, que Noah Gordon, había sido operado de diverticulosis, y que ahora se encontraba bien. Está claro que este gran escritor iría a los mejores médicos del mundo especializados en ello. No ocurre igual con mi madre, quien tiene que hacer las mayores economías posibles.

Se hizo incluso un análisis de heces, mandado a hacer por un estomatólogo algo oleoso y repugnante, que encima de cobrar diez mil pesetas, por un saber más que dudoso, tras un par de minutos de consulta, se hacía el atareado y nos echaba. Era tan buen médico, que alardeaba de comerse hasta quince chuletas de una vez, en algunas ocasiones. Buen ejemplo para estar presumiendo un médico, quienes se supone han de ser prudentes, y conocer los inconvenientes de los excesos.

Cada médico le decía una cosa distinta. También fuimos al del seguro, al primero al que fuimos, por el dolor y unos excemas que le habían salido alrededor del torso. El médico dijo tal sarta de disparates, que hubo que llevarla a un dermatólogo particular y a los especialistas del aparato digestivo.

Ahora la cosa va más o menos bien, tanto, que mi familia, acaba de ir a una boda, por lo que no se le puede pedir más a la vida. Eso es hoy diez de diciembre del noventa y nueve.

Los reyes en ese año, no se pudieron portar mejor, había abundancia de dinero en mi casa, y se notó enormemente en los regalos de unos y otros. Deduzco, entre otras cosas por mi causa, que otros años no van a ser tan espléndidos.

El año, no tuvo grandes eventos, a no ser, que me llamaran para unos cuantos trabajos, uno para Sanidad exterior, éramos tres los candidatos, dos chicas y yo. Una de ellas, la que estaba a mi lado, estaba monísima, trabajaba en una farmacia, estaba fija en ella, y al igual que a mí, era de las primeras veces que le llamaban para un buen trabajo a través del paro.

Estaba seguro de que iba a ser el elegido. Entré el último, por cortesía, ya que la otra fue llamada la primera, y con la que yo hablaba tenía que cumplir con su trabajo, por lo que le cedí la vez.

e-libro.net

Los entrevistadores eran dos hombres, conocidas sus caras de verlas posiblemente en La Laguna, y una mujer. No supe cómo tratarlos a ninguno de ellos, por lo que evité el tratamiento tanto de "tú" como de "usted".

Uno de ellos, cogió el currículum y me dijo:

-¿Has hecho el CCP?

—Sí, sí.

—Así, que hiciste el CCP.

—Sí, sí.

Unos y otros hablaban, y a todo asentía, incluso me dijeron si sabía lo que era una cromatografía de gases. Les contesté que sí:

—Pero, ¿la has usado?

—No, no –se me olvidó decirles que lo había leído en el diccionario.

—Porque el puesto es para sustituir al de Pilar…

Sabía quién era, pues estaba con la misma abogada que yo, y le habían concedido su farmacia.

—Al principio tendrás que estar un mes estudiándote las leyes.

—Bien, bien –contestaba.

-¿Trajiste el certificado de notas?

La mujer buscaba y buscaba entre mis títulos, y al final no lo había llevado. Quedé en llevárselo al día siguiente, aunque se me olvidó adelantarles que en Botánica y Farmacognosia, había sacado notable.

Al final: ¡Rechazado! No era apto para ese trabajo. "Pero Dios mío, entonces, ¿para qué sirvo?"

Otro trabajo, era en Guía, me llamaron de un centro de toxicología, donde se sintetizaba Metadona, la cual, debería hacerla yo. Que fuera a llevar el currículum, me dijeron. Allí fui y más bien, más mal que bien, llegué al centro. Aquello era desolador, pero parecía tranquilo, salvo por la presencia de los heroinómanos. A mi madre el trabajo no le gustaba, pero para mí era un trabajo, aunque pensaba, que no sería tan bien pagado como pensaba sobre ellos antes de ponerme a trabajar para el último del estado. Pero bueno, podría hacer una novela basada en la Metadona.

Pensaba que no me iban ya a llamar, cuando me citan para que dos días después, fuera a una entrevista.

Llevé el jersey que Piluca me había regalado, uno simple, sin lujos, pues uno no es tan gran cosa. Estuve esperando más de una hora en el ayuntamiento; estaban todos los que nos iban a entrevistar, salvo una, que llegaría con mucho retraso. Nos pusimos a hablar una colega y yo. Previamente, había preguntado a una chica, que creo que era psicóloga, y me había tratado muy amablemente, y que no me preocupara, que era allí, que ya me llamaría. Me tuteaba, y eso me agradaba, era una señal de que nos caíamos bien.

Empecé a sospechar, que tal vez no fuera muy adecuadamente vestido, al ver a la otra candidata; pero no, al ver a los trabajadores del ayuntamiento, deduje que sí estaba correcto.

Había allí infinidad de adolescentes, que esperaban algo; venían de visita programada, según confirmé al rato.

Previamente, había ido a la iglesia que estaba al lado. Era grande, y le pedí a Dios ese trabajo, que me lo concediera; posteriormente opté porque simplemente guiara mis pasos, tal y como saben que le venía pidiendo hacía tiempo. Salí del edificio sacro, reconfortado, y luego pasó lo contado.

Por fin llegó la que debía ser la jefa. Al salir del ayuntamiento, se nos unió otro candidato, con quien intenté entablar conversación, pero que me dio de lado. Se mostró sumamente despreciativo hacia sus compañeros. Ella y yo, llevábamos portafolios y boli, él sólo boli.

Nos llevaron a un local que intuí que era para la tercera edad. Se metieron un montón de gente en una sala y a nosotros nos dejaron fuera.

Al rato salió la que tanto había tardado y llamó a mi compañera. Visto eso, me apresuré a ir a lo que supuse que era el baño, a miccionar; intenté ventorrearme, pero no pude. También entró el otro, el antisocial, y entonces sí me comentó que estaba deseando vaciar su vejiga urinaria.

Poco tardó en salir la chica, después me llamaron a mí: "¡Calma!" Pedí ante el inusitado nudo en el estómago y sequedad de boca que se me había puesto. Entré y la jefa me puso en antecedentes, poco entendí, había más de seis personas, aquello parecía un tribunal de guerra, más que una entrevista de trabajo.

Estaba frente a uno que iba con chaqueta aunque sin corbata. Empezó a hablarme la psicóloga, que me tenía que tratar de usted, cosa que le chocaba muchísimo, al igual que a mí, puesto que sus superiores así me trataron desde el principio. Me preguntó si era bueno dar la metadona a embarazadas:

e-libro.net

—No –contesté.

-¿Cómo? ¿No?

—Bueno, vamos a ver –rectifiqué al ver que metí la pata–no es aconsejable dársela pues tiene efectos secundarios, pero antes que se inyecten heroína, es preferible administrarles la metadona.

Desde el otro extremo me preguntó un joven muy bien afeitado, y al que supuse médico:

-¿Nos podría hablar algo desde el punto de vista farmacológico?

Entonces, pues desde días atrás me había leído algo sobre el tema, empecé a hablar sobre los receptores del organismo en los que se fijaba la sustancia en cuestión, etc.

A la pregunta de qué fármacos conocía con ella, le contesté:

—Bueno, está el Dolofine –que se le había puesto ese nombre no se sabía si por Hitler o porque causaba el "fin del dolor"– y después sé que los heroinómanos llevan… –empecé a dudar, pero respondí–: Valium®, Buprex® -y me bloqueé.

Otro me preguntó sobre qué otros sitios en que se suministraba metadona, conocía.

Dudé, e hice un gesto de estar buscando en mi memoria, pero al final, algo derrotado, contesté.

—Pues no, no lo sé. Realmente yo lo que sé sobre esto es lo que he leído por ahí.

Enseguida me despacharon. Supuse que no me habían elegido, y que me mandaban con viento fresco.

—Bien, gracias, adiós –me despedí, dándole sin querer un golpe con las piernas a la ancha y pulida mesa.

Me fui, y daría casi todo al afirmar que estaba seguro que el puesto sería para mi compañera, quién tenía familia a su cargo; su marido también era farmacéutico, pero no ejercía de ello. Era peninsular, pero llevaba años viviendo aquí. Había trabajado dando clases y en farmacias, llevaba todo un buen repertorio de empleos, y estaba pendiente de un trabajo en una farmacia en Vecindario, pero no le gustaba mucho pues no tenía coche y:

—Es que aquí los farmacéuticos en farmacia están muy mal pagados.

Era la segunda persona a la que se lo oía; o sea, que en la península deben estar mejor pagados.

Sin embargo, D. Pedro Capilla, al menos durante el tiempo que lo oí, no mencionó que los sueldos fueran distintos según la comunidad.

Salí rápido, con la idea de alejarme de allí. Volví por el trayecto recorrido a la ida, y me metí en una cafetería que no me pareció tan cutre como la que entré al llegar al pueblo.

Me atendieron relativamente mal y pude comprobar como los camareros discriminaban en el trato, según el oficio del cliente:

-¿Atendiste primero al del registro que al guardia?

Quien aún estaba sin atender. Le preguntó otro camarero, quien de no estar uno delante, seguro que también le hubiera dicho: "Hazlo, pero no seas tan descarado".

Incluso en los pueblos hay diferencias de trato. No pienso ya cambiar el mundo, y soy consciente, que en un hospital, no me van a tratar a mí igual que a D. Camilo, ya no sólo por la edad, sino por el prestigio, pues apostaría, que el sanitario que nos atendiera, diría: "Primero a D. Camilo, que tiene cosas que hacer, que Antonio puede esperar", o, "Primero a D. Camilo, que para eso es más trabajador que Antonio".

Observen también que a mi trato, se le puede prescindir del usted.

Después de lo visto y asimilando que lógicamente no se le tiene el mismo respeto en la selva al león que a una perdiz (si es que en la selva hay perdices), miccioné, consumí, y me fui a la parada de la guagua. Cogí la primera que salió, la que venía de La Aldea, cuyo chófer me pareció de lo más atípico. El personal de la guagua me hizo gracia, pues ya no solo se sabía que venían de lo más alejado de la isla, sino que lo representaban en su fisionomía.

A mi madre este trabajo no le gustaba para mí; pensaba que podría tener conflictos con los drogadictos. A mí personalmente no me repugnaba, y ya me había hecho ilusiones de ser un gran investigador, que escribía artículos y libros al respecto, junto con novelas. La fama y la gloria estaban ante mí, al alcance de mi mano.

Al par de días, me tuve que bajar del burro y aterrizar en la tierra; no, no me habían seleccionado. Empezaba a preocuparme, a nadie le interesaba mi persona. ¿Sería verdad eso de que mientras se abren unas puertas se nos cierran otras muchas? Seguro que sí. "Bueno Antonio, no te preocupes que al menos tienes el CCP hecho".

No era consciente, que tenía un expediente pésimo, y que hacía muy poco por agrandarlo. Seguía pensando que podía aguantar un tiempo sin trabajo, y mientras escribiría.

e-libro.net

Escribía sí, pero muy poco. No sabía cuánto era lo normal que escribiera cualquier escritor, así que empecé a calcular el número de páginas escritas por los grandes, entre ellos Pío Baroja: “Pues no, no me salen las cuentas, seguro que él escribía más”. Basándome en estas cábalas, es como he ido pasando desde un folio al día, hasta los ocho que ahora escribo. Pero, y luego pasados al ordenador, ¿en cuánto se queda? Todavía no lo sabía, “es cuestión de verlo más adelante”. “Por lo pronto, no sé cómo voy a hacer para pasar todos los folios escribiendo con dos dedos. Seguramente debería recurrir a un colaborador que por poco dinero, hiciera ese trabajo por mí”.

El nuevo año, seguro que será interesante para mí. “Bueno Antonio, está claro que debes inflar más el currículum”, éste fue el motivo por el que circular sobre cursos que me llegaban, información que pedía a Mabel al colegio.

Intuía que el colegio estaban hartos de mí. “¿Cómo podrá haber gente tan rica en este mundo, y uno no sale nunca de pañales?”, me preguntaba y pregunto casi a diario y continuamente.

Un buen día, me llamó Octavio por teléfono:

—Mira Antonio, que se me han puesto todos los empleados malos, y estamos solos Ani y yo; si pudieras venir un tiempo a ayudarnos.

—Lo siento Octavio, pero estoy pendiente de lo de las inspecciones –le contesté entre otras cosas porque me repateaba que él fuera mi jefe, ya estaba bien con Tomás, para bajar la cabeza ante él también.

—Supongo que es más o menos como lo de las clases, que van llamando poco a poco.

—Sí, espero que sea así -pues realmente lo pensaba, o mejor, deseaba.

A la vez, el Lu se había ido definitivamente a Cantabria, donde pensaba estar en casa de su amigo vendedor.

Estuvo, y trabajó con él, de secretario, pero no duró mucho, según decía porque estaba aquello muy descontrolado; puede ser que no quisiera decir que es que no cobraba, pero no podía admitir la derrota tan pronto. La que sería su mujer a partir de febrero del 99: María Ángeles, abandonó la casa de sus antiguos jefes, porque el Lu, no quería que trabajara de sirvienta. Las cosas no eran tan fáciles como pensaba mi amigo; él, que había ido de rico, por una pequeña temporada, se vio que su amigo, a la vez su jefe y el de M. Ángeles, se mudó de casa, y que él se quedó en la calle. Y según parece, ya no era tan buen amigo. El Lu tuvo que alquilar un piso, y después irse a uno compartido.

Una vez casado, se fue el nuevo matrimonio y el hijo de ella a otro piso. A la vez, estaba pagando una casa que su nueva cuñada, le había traspasado. Mi gran amigo, que cobraría sobre las cien mil, se vio pagando dos casas, y alimentando a dos personas más. Aparte de eso, debía pagar préstamos que había solicitado al banco, para costear su nivel de vida, pues no se había mentalizado que era pobre. Los ahorros hechos aquí, se esfumaron en menos de lo que canta un gallo. Sus pertenencias de algo de valor, tuvo que venderlas.

Parece que su mujer encontró trabajo de media jornada de vendedora en un supermercado, “algo es algo”. El hijo tengo entendido que es buen estudiante, sobre todo en matemáticas.

—Hombre, entonces quizás se haga profesor –le animé por teléfono.

—Mejor que se haga ingeniero -con la intención que lo dijo no puedo saberlo, si para que luchara para ellos, o por él mismo (por el chico), o porque destacara en la sociedad. Dependiendo del sentido que le diera, he de poner una cara u otra, pues no hay que olvidar que él no estudió porque no le salió de los cojones, y quería que el niño sí lo hiciera.

Aquí, prefería ganar dinero, aunque fuera ilegal, y después salir de copas. Al final vienen las lamentaciones. Sé que dirán que me he de aplicar el cuento, pero es que intento enderezar el barco, y que los demás no caigan en el mismo error.

Me indigné al enterarme que estaba saliendo de juerga con amigos, por dos motivos, el primero porque tiene una mujer a la que contentar (y por qué no, mantener), y luego porque dice que no tienen dinero: ¿qué pasa, que en la península, no sale caro el alcohol y los restaurantes? Aquí sí.

Me dijo que se estaba preparando para hacerse vendedor de seguros. Poco después, me diría que lo dejó pues estaba invirtiendo en eso mucho dinero y no veía frutos. Este hombre, menos mal que es celador con oposiciones, si no, no les cuento nada cómo sería su situación. No aguanta nada al pie del cañón.

Ahora prácticamente no salgo más que lo justo. Eso sí, tengo un esparcimiento que me sirve para coger sol, lo mínimo necesario par convertir la provitamina D en vitamina D, o sea, un cuarto de hora un par de veces a la semana, aunque intento sacar al perro todos los días, así también me oxígeno, camino, el perro defeca, orina y hacemos ejercicio los dos. Por otro lado, me ayuda a hacer la digestión.

e-libro.net

Me acostaba si no tenía trabajo, sobre las tres o las cuatro; actualmente sobre las cinco o las seis, aunque luego me levanto muy tarde.

Con Tony es con quien más migas hago, pero ese hombre está todo el día enamorándose y luego rompiendo con todas las mujeres que se le ponen a tiro.

Salió con una casada en Tenerife, que tenía una niña retrasada. Enseguida se puso a hacer planes, que si se iban a vivir a su casa que la estaban haciendo, etc. No le gustaba que la niña le molestara y no le hiciera caso. La niña en cuestión tenía unos diez u once años; él pretendía que hiciera lo que a él se le antojaba, y como muchas veces no le hacía caso, se enfadaba, tal era el caso, por ejemplo cuando se ponía a fornicar en el cuarto del marido cornudo. Estas son cosas que me sacan de quicio, pero que él ve muy normales, quizás porque a él no le pasaba nada de eso, Yo que he sido cornudo, sé lo que duele.

Al final, el marido descubrió el pastel, y Tony cambió el número de teléfono. A mí me dijo que era porque le ofrecieron una oferta, en cambio yo creo que era porque el marido cornudo le llamaba y lo amenazaba.

Ese matrimonio vivía en una casa del estado, y de ellos Tony decía que eran ricos. No me imagino qué dirá entonces de Botín, con sus quinientos y pico mil millones de pesetas. Una de dos, o los trata de dioses, o dirá que roban.

Pero, ¿puede un hombre que está constantemente observado, robar en el amplio sentido de la palabra, o es el que más justamente obra?

Según Le Carré, en su último libro, algunos llegan a robar, pero el brazo de la ley cae implacable sobre ellos.

Ruego al Señor que me dé sabiduría para no volver a caer en los horrores ilegales en que he caído, ni que caiga en algunos en el futuro.

Estaba claro, que al año siguiente debía hacer más cursos, y ahora a la fuerza, pues las leyes elaboradas por el gobierno autónomo, empezarían a primar a aquellos que tienen más currículum, tanto laboral como académico, para la concesión de la farmacia; ya no valía el que uno estuviera pidiéndola el primero, y los demás a ponerse en la cola, no, ahora el que más puntos, según sus baremos tenga, a ese, se la conceden primero.

Mi currículum era y es bastante deficiente, encima, los cursos interesantes son muy caros, y no sabía si sabría y podría hacerlos. No habían vuelto a salir nuevas plazas para dar clases en institutos, la cosa está cada vez peor. A medida que pasan los días hay mayor competencia. Encima cuando mi generación se retire, seremos tantos, que las nuevas generaciones, no darán abasto para mantenernos, por lo que la edad de jubilación supongo que se retrasará. Los viejos estaremos más tiempo trabajando, y podremos gozar menos de una vida tranquila.

Los gerontes actuales, cobran pensiones que el estado les puede pagar, porque son muchos los que trabajan y dan parte del dinero para ello. En cambio, cuando yo y mis coetáneos seamos viejos, no podrán pagarnos a todos las pensiones, pues habrá poca mano de obra y se generará poco dinero para mantenernos, con lo que puede ser que venga más mano de obra de otros países a ayudar al viejo continente, o sea, que los niños actuales, lo tendrán mucho más fácil para encontrar trabajo que mi generación, y encima los mimarán más que a nosotros, a quienes nos tratan a veces como mulas de carga.

Pero no nos pongamos tristes; estábamos en que estaba parado, cada vez tenía más difícil lo de la farmacia, y mis amigos iban fracasando en su vida. ¡Completo!

Encima, se pone uno a mirar, y ve que la gente joven triunfa, y sin embargo uno baja continuamente la cabeza, pero se le sigue humillando y vejando. No, es que los pobres reyes, viven fatal. A la aristocracia no la nombro, porque lo que de ella leo y poco, es en las revistas del corazón, y no puedo saber lo que de ellos es cierto o falso, pero es que sus majestades los reyes de España están muy sufridos.

¿Qué si estoy celoso?, no, pero lo que quiero es igualdad. ¿Cómo, que quiero una democracia?, no, no, quiero la monarquía.

Ya me entienden.

Serafín tenía razón: “Pero ¿qué quieres, cambiar el mundo?”. Ya algunos lo quisieron y gracias a ellos hoy vivimos mejor, hay más progreso, mayores comodidades, la esperanza de vida aumenta, al igual que la calidad de ésta, pero hay monarquías y sin ellas podríamos parecernos a los americanos; y recuerden, que ya Águeda decía, que los americanos nos tenían celos porque no tenían nobleza. ¿Cómo, que no son nobles de espíritu, o que ciertas familias se dedican a copular sólo con los que tengan títulos nobiliarios y dinero? Está claro que nos envidian los americanos.

e-libro.net

No se extrañen que si con el tiempo me hago con dinero, me hago un Solana, que en sus comienzos votó "no a la OTAN", y después se puso a dirigirla (algo de eso he oído, pero tampoco me hagan mucho caso).

O como decía el cantautor canario: "y ya ni Allende ni el Che, se encuentran en la pared, del cuarto donde tú duermes". No sigo con la otra parte de la canción, porque yo también he pasado de ser comunista basado en ideologías de humanos, a ser comunista partidario de Jesucristo, aunque mis tías digan que Él, era de derechas, y que la iglesia también lo es, porque la mantienen los fachas con su dinero. Esto no lo tengo muy claro, pero sospecho que los chabolistas, con lo que sacan de la venta de drogas y el robo, no la mantienen con sus donativos, dándole una parte de sus ingresos a dicha institución, que para un servidor, es de la más honrosa que hay, a pesar de la Inquisición y Las Cruzadas. El hombre mata por ser de un partido u otro, o por dinero, o por celos, o por lo que le salga de los mismísimos, en cambio de eso se comenta un poco nada más.

¡Ojo! Que yo, que he estado "crazy", sé que en tiempos de la Santa Inquisición me habrían quemado vivo por endemoniado, en cambio en esta sociedad, tan sólo le ponen a uno el sambenito de loco, y lo dan de lado. Mucho más humano, ciertamente.

Volví a ver a Santi por el barrio y le preguntaba que tal se encontraba, su respuesta era variable, unas veces:

—Regular, sólo regular.

Otras:

—Me voy a ir a Oriente Medio, embarcado, mira, aquí tengo los papeles.

Y me enseñaba una libreta del tamaño del pasaporte. Le creía, pensaba en que seguro que no encontraba trabajo más que de marinero. En otras ocasiones solo le saludaba de lejos, con un hola y adiós.

Estuve unos meses sin verlo, y no fue porque estuviera trabajando y mi horario no coincidiera con el de él, no, cuando lo vi, deduje que había estado en un centro de desintoxicación, pero que había vuelto a caer. Otro día, me lo veo que me dice que ha encontrado un puesto en un supermercado y que cobra sobre las ciento y pico.

-¡Ño!, qué suerte, es casi lo que gano yo, y eso que soy farmacéutico –no le quise decir con ello que tenía un título de prestigio, sino que me había dejado media vida por conseguirlo, para ganar como él o menos. ¿Sería él, dentro de la desgracia una persona afortunada?, por lo que parecía sí.

Ya en verano, me lo veo con la mano herida, y me la enseñó, tenía la palma de esta con una serie de puntos que la atravesaba de lado a lado intentando unir la raja que tenía.

—Aunque no te lo creas, me lo hice en el trabajo.

Tenía razón, no me lo creí, más pinta tenía de haber sido por una pelea con navajas o botellas.

Ven que cada vez lo veía con más frecuencia, señal de que iba frente a mi casa a comprar droga. Uno de los últimos días en que lo vi, estaba por el estadio de fútbol del barrio, en medio de las plantas; desde abajo, le llamo uno:

-¡Santiago!, ¿qué estás haciendo?

—Aquí que no tengo dinero más que para agua –supongo que destilada- y una chuta.

"Pues sí, los drogadictos engañan a su organismo, para poder aplacar su dependencia".

"Uf, la cosa va mal, espero que no me vean". Me imagino que él también robará para pagarse la droga, y la madre le comprará la ropa (que siempre va bien vestido, al menos muy limpio y planchado) y la comida. Esa mujer ha debido sufrir mucho con su familia, pero gracias a Dios que tiene casa, y seguramente una paga por el marido fallecido. Yo, ni eso soy capaz de aportar a la mujer que se me arrime, como no sea que pida una paga por inútil.

La última vez que lo vi, no hace mucho de eso, me dijo que se iba a desintoxicar otra vez, pero que ahora, ya sí en serio. Le ingresaban en un hospital para pasar el mono, y luego se iba a un centro.

A mi vez le dije que me habían llamado para sintetizar metadona, pero al final no fui elegido:

—Ah, claro es que tú eres farmacéutico.

"Ay, Santi, si supieras que no tengo donde caerme muerto, que él probablemente tiene referencias de farmacéuticos con farmacia, pero no era ese mi desafortunado caso".

Una tarde que estaba mirando a la calle, vi a uno que juraría que era Pepe Morales, me asombró ver su cara tan demacrada, casi no lo reconocí, su coche pequeño y hecho una mierda, acostumbrado él a buenos coches, y tan mal vestido. No me lo explico, un padre que le dio de todo, y que saliera ese hijo así; quiero decir con ello que no es fruto su dependencia de una vida dura en la niñez, incomprendido, con unos padres borrachos o drogadictos, o porque en su casa se pasaran necesidades, no, lo de él es por debilidad, y cuando yo los trataba,

e-libro.net

lo hacían porque eso era señal de ser progre; sí, aquello era el progreso, todos eran super. Lo vería en alguna que otra ocasión por el barrio.

¿Quién sabe si en el fondo soy un afortunado por no tener hijos que lo hagan a uno sufrir?, pero ello no quita para que muchas veces sienta pena y desazón, y se me salten las lágrimas, de ver que no soy capaz de traer descendencia a este mundo. A veces me ocurre esto, y me hago un ovillo en la cama y me dejo ir hasta que se me salen las lágrimas. Al poco, me tengo que consolar ante la evidencia; "y cómo lo alimento, si en ningún sitio me quieren". Pues sí Antonio, no te quedaría más remedio que hacerles la pelota a tus jefes y bajar la cabeza, todo por un sueldo mísero.

En muchas ocasiones, cuando Control viene a mi casa, nos comemos una pizza, y siempre le digo:

-¿Que suerte tienes? Con un trabajo seguro, de por vida.

Él, contesta muy orgulloso:

-¡No quiero trabajar!

El último día, le dije:

—Conozco gente que no es funcionaria, y porque al jefe le da por ahí, le echan a la calle, con lo que su familia, no tiene para comer, ni con qué pagar la casa. Tú, sin embargo, no tienes esas obligaciones, y tienes un sueldo –no le dije que mayor que el mío, pero ya lo sabe, y eso que él estudió hasta COU. Alguna vez me ha dicho que él es una persona culta. Sin embargo cuando le pregunto por los catedráticos, despotrica de ellos, sí, pero después quiere él ganar más y más, sin dar mucho golpe.

Nadie está contento con su suerte; yo sí, tan solo pido tener garantizado un techo, comida y vestido. No aspiro a tener grandes fortunas, entre otras cosas, porque es tarde para ello (tengo casi treinta y siete años). Si me dijeran que nunca es tarde cuando la dicha es buena, dudaría que el vivir con dedicación exclusiva a obtener dinero, sea una dicha.

Ya saben, para eso, me pongo a sintetizar éxtasis, LSD, heroína, y en fin una ingente cantidad de sustancias con las que se obtendría buenas ganancias, sin mucho esfuerzo.

Me recriminarán seguro, que quiero una farmacia, pero yo les podría preguntar: ¿No dejé casi la vida, por poder tener un dúplex (no con lujos, de esos de protección oficial, en un pueblo, con un par de habitaciones y un pequeño salón al margen de las cosas indispensables) obtenido con los frutos de una farmacia? No voy tan lejos, si Dios no quiere dármelo, que me de lo anteriormente citado, que por otro lado, son cosas básicas de un estado del bienestar, que es el que en teoría impera en nuestro continente.

Al menos una cosa me va a ocurrir, que puede ser que acabe el libro, en el plazo previsto: cuatro años, echas ya las correcciones y demás.

Con respecto a esto, contraté los servicios de José Luis, cuyo anuncio vi en Magisterio. Le pregunté el precio y me dijo que ciento veinticinco pesetas el folio:

—Pero, mira, son muchos folios, casi tres mil; a ver si me podrías hacer una rebaja.

Regateando, lo dejó en treinta y cinco pesetas el folio manuscrito, pero esto es irreal, pues se cobró a cien pesetas el folio a ordenador, con lo cual el descuento fue mínimo, pues uno de mis folios, escrito por las dos caras (y no como Gala que escribe en folios usados y por ello a una cara, aunque con letra diminuta), pero con letra muy laxa, tal que parece árabe, ocupa estimo una tercera parte del folio a ordenador.

No era sólo eso, sino que en pasarme dos mil folios, que en principio había establecido en un mes y medio (los tres mil de que creía que iba a constar el libro), tardó más de seis meses. Sí, la calidad del trabajo, no era mala, pero el tiempo es lo que cuenta en esta sociedad, y claro me veo apurado, y sin poder hacer las cosas que debiera. Pero bueno más vale no meterme con este pobre hombre, que encima de su escasez, es anoréxico y drogadicto, también bebe alcohol a diario ¿cómo mantiene a su mujer e hijo? No sé, con chanchullos, un poco de aquí, otro de allá, en fin. Ah, también fuma, y encima le gusta usar ropa de marca. Parece que este hombre no es un dechado de virtudes, pero algo bueno debe tener para que su familia confíe en él. Cobra el paro, y los sábados trabaja de repartidor de correos. Puede ser que recurra a sus padres para comer él y su prole, y para algunos otras cosillas. Eso no es lo que se llama cooperación generacional, en la que los mayores una vez se han jubilado, los jóvenes los mantenemos; en su caso y en el mío, ocurre todo lo contrario.

El primer día en que quedamos para entregarle los primeros mil folios para que los pasara a ordenador, fue frente a Humanidades; allí estuve esperando y esperando. A la hora de no aparecer a la cita, lo llamo por teléfono, que por suerte tuve la precaución de apuntar, y me contesta:

—Es que se me estropeó el coche, cuando iba a salir; a parte de eso, no sabía cómo eras…

e-libro.net

Dando a entender que le iba a dar plantón, motivo por el que me lo dio él a mí.

"Raro, raro", intuí, pero:

-¿Vienes entonces o no?

—Sí, sí, voy.

Por fortuna pudo arreglar el coche. Llegó tarde, pero llegó. Le di la mano y muy sonriente entabló conversación:

—Te llevo a tu casa, ¿por donde vives?

—Por Altavista, ¿sabes dónde están las chabolas?

—Ah, sí, sí.

No iba a saber, seguro que era un cliente habitual de ellas. Se habrán dado cuenta, que no me llevó a mi casa para hacerme el favor de alcanzarme, sino para ver si era solvente, o sea si le iba a pagar o no.

Me tenía con la mosca detrás de la oreja, pero me callé.

Al llegar le invité a un cortado, y por suerte tras éste se fue. Creí que se iba para empezar a trabajar en el libro, tal como haría yo.

Empezó a tardar y tardar en las entregas de los folios. Me desesperaba y le llamaba todas las semanas. Siempre me venía con un cuento:

—Es que seguro que el chiquillo –refiriéndose a su hijo, estuvo andando con el ordenador y borró lo que había.

Otra vez:

—No es que seguro que estuvo el gato aquí y destrozó lo que había.

En otra ocasión:

—Es que entró un virus y me borró todo.

"Aguántate Antonio, aguántate".

Durante meses me estuvo diciendo, que lo habían llamado para sustituir en el ayuntamiento, que era un trabajo dificilísimo, y como tenía que ir pronto y trabajar siete horas, pues no le quedaba más remedio que aplazar lo mío.

"Bien, bien, paciencia Antonio. No vayas a ser de esos estúpidos exigentes e intransigentes".

—Vale, vale, ¿cuándo crees que lo acabarás?

—Vamos a ver si para la semana que entra.

—Bueno, vale, adiós.

Había leído en un libro, que había que ser más humano, por lo que empecé a desearle buena ventura con su familia. Al final, según me dijo, dejó el trabajo de auxiliar, porque una piba le estaba amargando la vida. Seguiría cobrando el paro; que es más sencillo y menos trabajado, deduje. Eso sí, los sábados de cartero.

Al final del verano, después de unos cinco meses, para hacer unos setecientos folios a máquina con la letra del 14, y muchas sangrías, me diría:

—Chacho, que a mi madre le entraron unos temblores, y la tuvimos que llevar a urgencias.

No tengo ni idea cómo se las apañaba, para que siempre surgieran cosas indispensables a resolver, por lo que el trabajo, su trabajo, se retrasaba.

Al ver esto, no me quedó más remedio que empezar a contactar con otra gente. Mientras esto ocurría, fui con cierta asiduidad al médico del seguro, para sacar medicinas, e intentar resolver las dudas que sobre mi salud tenía.

Me cambiaron de doctora; ahora mi médico de familia, era la Dra. Guerra, que en esos meses, estaba enseñando la especialidad a la Dra. María de la O Bueno.

Estaba sentado fuera de la consulta, y cuando las vi llegar, la residente, jovencita, hermosa y con decisión, me impactó. "¡Coño, cojonudo, está buena, y encima tendrá dinero!; tranquilo, tantea el terreno".

La primera vez que la vi, me atendió junto con la ya especialista: Francisca. Se me iban los ojos a la joven, mientras metía mis datos en el ordenador, Tomaba bastantes antsicóticos, y me daba no sé qué, reconocerme enfermo.

Ese día no pasó nada más. Al mes aproximadamente, volví a ir; en esta ocasión me atendió la residente en el despacho contiguo, el que en teoría era una sala de enfermería. Me trataba de usted y de don. Uno que es así, consideraba absurdo tratar a una joven de veintipico años de usted y de doña, por lo que evité esto. Prefiero que me tuteen, pero ella parecía no darse cuenta o no querer.

e-libro.net

Me ocurrió un par de veces, que me quedé obnubilado ante ella: “¿Sentirá ella lo mismo por mí? No, no creo”, y salí del éxtasis al increparme:

—Don Antonio, ¿nada más, qué otra cosa quería?

—Ah, sí, la medicación.

Y me dio más recetas con el tratamiento tan delicado que llevaba.

En una ocasión, le llevé el resultado de un análisis que me había hecho por un laboratorio privado, de un renombrado especialista de la capital. Lo llevé para que me explicara ciertas dudas que tenía. Al verlo, me dijo:

—La próxima vez, si quiere, lo pide aquí, en lugar de hacerlo particular.

—Pero es que me da vergüenza.

—No se preocupe por ello, estamos acostumbrados –me contestó con una sonrisa sincera en la boca.

Realmente me había expresado mal, no sólo, que sí me daba algo de vergüenza hacerme el análisis por el seguro, siendo que el médico que me trataba era de pago, sino que a su vez, me causaba también rubor, llevarle al psiquiatra particular, un análisis hecho por el seguro. Por fortuna no me entendió por completo, entre otras cosas, porque no di la entonación y expresión total que el hacer eso me causaba.

Le interrogué sobre dudas que tenía del análisis:

-¿Esto?, es el tanto por ciento.

—No, si eso sí lo sé.

—Ah, ¿esto?, por esto no se preocupe, que son indicadores de alergias.

Me callé y no quise preguntarle de qué alergias se trataba, ni profundizar en el tema. Concluí: “Ha estudiado en La Laguna, y también la microbiología –ahora que lo pienso también fisiología e ingeniería genética–, las tiene flojas. Casi, por haberlas suspendido un servidor, lo tenga más claro que ella. Chitón”. Le puse cara inexpresiva, y supongo que no se dio cuenta de lo que deducía. Las cosas por lo que parece, se olvidan con mucha facilidad.

La última vez que la vi, me habían reducido muchísimo el tratamiento, y ella me dio las recetas que había sacado por la impresora del ordenador, que estaban dentro del sobre que me había adjudicado. Se armó un lío, y con pesar por tener que abandonar la tarea que le había ocupado ese tiempo, me dijo:

—Esto le dará para un mes.

En eso intuí que era el tiempo que le quedaba allí: “No, no puede ser, seguro que estoy equivocado”, me intentaba engañar a pesar de intuirlo por la inflexión de su voz; muy leve, pero suficiente para un curioso como yo, darse cuenta.

-¿Por qué no viene por las mañanas, está trabajando o algo así?

Dijo, queriendo y sin querer.

—No, ahora estoy parado –respondí, y unque intenté mostrarme impávido, no pude menos que sentir una gran derrota. “No soy capaz de producir. Soy un ser marginado de esta sociedad”.

Ella se ruborizó, quizás por sentirme un inútil, quizás por haber sido tan poco discreta, o quizás, yo qué sé, lo cierto es que se iba a ir con un mal recuerdo mío. Volví a fracasar, y eso que había pensado mandarle a la consulta un ramo de flores, grande, muy grande. Mis hermanas, cuando les conté mis intenciones, me hicieron desistir de ello. En especial Maru, quien me dijo en síntesis: “Regálale una flor, pues se puede sentir agobiada; a parte de eso si tiene novio o marido es un compromiso”.

Había pensado con el ramo, pedirle en una tarjeta, una cita para invitarla a cenar.

No le dije que la auténtica razón de ir por allí por las tardes y más concretamente los viernes, no se limitaba sólo al hecho de acompañar a mi madre a su médico de cabecera, sino porque sabía que ese era su último día de la semana, y que después de mí, poco más iba a trabajar, por lo que se iría a su casa a descansar, y me tendría fresco en su mente, y posiblemente me recordaría el fin de semana cuando se estuviera tomando una copa con sus amigos en los locales de moda de la noche de la capital.

Por una llamada de teléfono que recibió mientras estaba atendiéndome, me enteré que vivía en Tafira. “Vaya, o es rica de familia, o vive allí con su novio; no seguro es que pagan la casa entre los dos, pues a ella casi no le queda dinero para ropa”. La que llamó necesitaba de sus servicios: que le llevara en coche para arriba, “o sea, que sus padres son de dinero y le compraron el coche hace poco”, intuí nuevamente, ella no comprendió el auténtico motivo por el que su casi desconocida hablante le suplicaba el favor. Sabía que había algo escondido detrás de ello, pero no atinaba a averiguar qué.

e-libro.net

Derrotado me fui de la consulta y convencido de que era un pobre diablo. “No sirvo para nada, soy un inútil”. Mi madre intentaba consolarme con sus palabras, que yo no sabía si eran del todo acertadas o no, y si sabía ella llegar a lo hondo de mi corazón (entrando a él por el cerebro), o sin embargo no alcanzaba a conocerme del todo. Las palabras no eran lo más importante, sino las inflexiones del lenguaje.

Cuando fui a ver a mis tías, les conté lo del ramo de flores, a Mila le pareció bien: “O si no una orquídea”. “Bien, menos mal que ella me entiende”. “El próximo día la tanteo y se lo mando, pero, ¿será cierto que no va a estar?, veremos”.

Al par de meses fui, siendo ya el mes de agosto, y me desmoralizó ver que la que en ese momento estaba era una más joven si cabe, que la Dra. Bueno. O sea, no sólo se había acabado el período de especialización de ella, sino que encima estaba la Dra. Guerra de vacaciones.

Entré y le pregunté sobre los tapones de los oídos, ya que a pesar de hacer poco que me los habían quitado, Piluca me había dicho que tenía. Miró la nueva estudiante mis oídos con la linterna especial para ello, y no vio nada. Me extrañó muchísimo que tirara a la basura los materiales plásticos que se acoplaban a la luz de la linterna para inspeccionar el fondo del oído, creía que se podrían esterilizar.

Le pregunté también por las manchas de las manos, y sin mirarlas, dijo:

—Eso es de vejez.

“Eternamente agradecido, pero no me creo tan viejo”.

Por último le dije de tomarme la tensión:

—Por qué te la quieres tomar –me tuteó desde el principio.

—Porque no sé…

—Tienes taquicardia.

—Sí -solté, no del todo sincero.

Me alucinó al pedirme que pusiera el brazo derecho sobre la mesa, y en este, me aplicó el manguito y el esfigmómetro en el brazo; sí, era en el brazo equivocado.

De todas maneras dudé un tiempo si realmente se podría tomar ahí la tensión o no. Intenté recordar, y efectivamente el brazo que se ponía en el tensiómetro de las farmacias era el izquierdo. Hace pocos días, confirmaría que ella estaba ciertamente en un error. Incluso así, deduzco que consciente de ello, me mintió:

-¿Tengo alta la tensión?

—No, no, está bien.

Lo raro de todo ello, es que no la notaba nerviosa. Mentía a diestro y siniestro, y no se inmutaba. Llevaba un pañuelo en el cuello, de los que pensaba yo que no usaba desde hace años nadie. Creía que ese estilo marchoso, estaba caduco, acabado; sin embargo, todos los médicos de ese centro de salud, parecen muy progres, pero poco amantes de su profesión.

Me ha venido una revista del “colegio”, que en uno de sus artículos ojeados muy superficialmente, leí que la asociación Amoxicilina + Ac. Clavulánico, era hepatotóxica, no para todos los grupos de la población, pero ante la duda, lo más indicado es no usarlo.

Este año, he sufrido muertes cada vez más cercanas, una la del padre de Camacho a cuyos actos fúnebres asistí. También se murió el primo de mi madre: Isidro, que dejó a hijos jóvenes huérfanos del todo; él no tenía más que cincuenta y pocos años, y antes de morir, solo, había estado hablando con su novia de una isla a otra. Los curas amigos del él, según palabras de nuestros familiares, se portaron muy mal. Tengo entendido que Isidro colaboraba mucho con su iglesia, y al final, no fue ni un cura a los actos finales del finado.

Previamente se había muerto la tía de mi madre: Felisa, y a su entierro fui, allí me puse a hablar con mi familia, y pude ver a las jóvenes y hermosas familiares. Me quedé prendado de ellas. Pero intuyo que lo recíproco, no ha pasado.

Mi prima Concha Ester, está demasiado flaca; así la veía en esos momentos, y se lo hice saber. También le pregunté que cuándo se casaba:

—Para eso, primero tengo que tener novio.

“Perfecto, la cosa va bien”. Observaba sus mejillas, deformadas por su extrema delgadez y tensión nerviosa.

Gracias a ella por lo que allí me dijo, he ido aumentando poco a poco el número de horas de trabajo, siempre que lo que hago se pueda calificar de tal.

Otro muerto fue el marido de Felisa: Pepe; matrimonio que se ha ido sin dejar descendencia.

e-libro.net

El mismo día que fui al funeral de Pepe, fui a ver a los padrinos de Jose: Rosa María y José Manuel, que estaban cuidando a la nonagenaria madre de ella, a la clínica de El Sabinal, donde se encuentra la Unidad del Dolor, y Cuidados Paliativos, para enfermos terminales.

Se me agolpan demasiado las ideas en la mente, y me cuesta seguir el orden de hechos, y situaciones ocurridas en este movido año.

Amparo, madre de Rosa María, moriría tras largas estancias en la clínica, que llegó a agotar la paciencia y energías de su única hija. La nieta, Nenina, casada hacía poco, no colaboraba demasiado según entendí; de todas maneras su madre, o sea, la hija de su abuela, dio todo lo que podía y más.

Asistí a los actos fúnebres igual que a los que había asistido. Al llegar el día del fallecimiento de Amparo, me puse a hablar con Nenina, acerca de que consideraba más oportuno asistir a estos eventos, que a las bodas:

—Ay, no por favor… –contestó ella.

Y es que realmente eso es lo que pone la Biblia.

Pasé un rato satisfecho, pues creo que lo agradecen los familiares, cuando se asiste a estos rituales.

No tengo solución, mujer soltera que veo, mujer que me atrae, sin mirar que sean familiares o no.

Llevo un tiempo pensando en cómo terminar el libro y no encuentro la fórmula.

En verano asistí a un curso de muy pocas horas, todo un pasteleo, y pude apreciar, que la gente le echa mucho cuento al asunto, pero que al final nada de nada. Gracias al él, me enteré de sitios en los que se podían hacer cursos a distancia, modalidad que prefiero a los asistenciales. Me he hecho una burrada de ellos, y sigo haciendo.

Tuve que renunciar a un Máster sobre Formas Farmacéuticas Liposomiales por lo caro que era: o lo hacía y me quedaba en la bancarrota, o hacía otro más barato. Al final opté por lo último.

Salgo más de lo que quisiera, aunque ya no mucho a celebraciones, aunque mi familia, parece que no sale de una fiesta para meterse en otra. No sé qué atractivo le encuentran en ello. Personalmente, me aburro cada vez más cuando voy a ellas. Prefiero una charla después del trabajo que estar de fiesta en fiesta y tiro por que me toca.

Queda poco para el año dos mil, y está el fantasma de la mala programación de los ordenadores. Hay voces de alarma, pero no creo que sean tan grave; por si acaso, voy a consultar lo que puede suceder con la casa a la que le he comprado el mío.

Me rechazan de todos los trabajos con un golpecito en la espalda. Veo alrededor que la gente progresa, y uno, un servidor, va de culo y sin frenos. Pero no, voy a subsistir. Ganaré.

Y, ¿por qué no acabo aquí el libro?

Se me están cerrando los ojos, cuando son las seis y pico de la madrugada; antes de dormir, he de ir al odontólogo del seguro, a firmar la cartilla del paro, a Correos para llevar los respuestas de los cursos a distancia y por último descansaré; espero que pocas horas, pues he de cumplir con una serie de proyectos.

Amén. Ven, Señor Jesús.

El favor del Señor Jesús esté con todos.